

RUHM

REVISTA UNIVERSITARIA DE HISTORIA MILITAR
VOLUMEN 7 Nº 13



LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA UNA PERSPECTIVA BIOGRÁFICA

La RUHM está recogida e indexada en ERIHPLUS, Base de datos ISOC, Latindex, DOAJ, MIAR, REBID, CIRC, Sherpa/Romeo, evaluación de revistas científicas del CONICET, GoogleScholar Metric, Dialnet, Fuente Academia Plus de la ESCBO y Emerging Sources Citation Index Web of Science Thomson Reuters.

© Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España), 2018.

EDITA.

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España)
Revista Universitaria de Historia Militar ISSN: 2254 – 6111

<http://ruhmes>

<https://www.facebook.com/ruhmes>

E-mail: secretaria@ruhmes

DISEÑO DE LA PORTADA.

[JOTACAMILO](#)

FOTOGRAFÍA DE PORTADA.

Diseño de José Camilio López. Ilustrado en JotaCamilio. Son tres retratos, de Franco, Victoria Kent y Portela Valladares, bajo el fondo de un periódico de guerra. De sus cuerpos emana la sangre derramada en la guerra civil y debajo un soldado, un individuo que representa lo que pretendemos explicar en este dossier: que la contienda la protagonizaron personas y es a través de su estudio como abordaremos este episodio de la Historia Contemporánea de España que se ha convertido en central para estudiar nuestro pasado. Con el análisis de todos los personajes propuestos, queremos aproximarnos a que pudo pensar y a lo que tuvo que enfrentar la gente corriente.

MAQUETACIÓN.

[Solucionesdocumentais-FLeira](#)

La Revista Universitaria de Historia Militar es una publicación científica de carácter semestral editada por el Centro de Estudios de la Guerra-RUHM.

Esta revista no se identifica necesariamente con los contenidos aquí incluidos. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de cualquier contenido de la revista sin la autorización expresa y por escrito de la dirección de la revista.

Revista Universitaria de Historia Militar

RUHM

Volumen 7, número 13, año 2018

ISSN: 2254-6111

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

<http://ruhm.es>

Edita

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

Equipo editorial

Directores / Editors

David Alegre Lorenz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Miguel Alonso Ibarra, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Francisco J. Leira Castiñeira, Universidade de Santiago de Compostela, España

Consejo de Redacción / Editorial board

Daniel Aquillue Domínguez, Universidad de Zaragoza, España
Gonzalo Butrón Prida, Universidad de Cádiz, España.
Gerard Cabezas Guzmán, Universitat de Girona, España
Assumpta Castillo Cañiz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Carlos Heredia Chimenó, Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Bárbara Caletti Garciadiego, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
Santiago R. Gómez, EUSA-Universidad de Sevilla, España.
Javier Lion Bustillo, Universidad Autónoma de Madrid, España.
Antonio José Rodríguez Hernández, UNED, España
Alejandro Rabinovich, Universidad Nacional de la Pampa, Argentina
Alberto Reche Ontillera, IEM-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Stephanie Wright, University of Sheffield, Inglaterra.

Consejo Asesor / Consulting Board

Ángel Alcalde, European University Institute, Italia.
Isaías Arrayas, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona
Miguel Ángel Ballesteros, Instituto Español de Estudios Estratégicos, España.
Cristina Borreguero, Universidad de Burgos, España.
Luc Capdevila, Universidad de Rennes II, Francia.
Joanna Bourke, Birbeck College, University of London, Inglaterra.
Antonio Espino López, Universidad de Zaragoza, España.
César Fornis, Universidad de Sevilla, España.
Stig Förster, Universidad de Berna, Suiza.
Maximiliano Fuentes Codera, Universidad de Girona, España.
David García Hernán, Universidad Carlos III de Madrid, España.
Manuel-Reyes García Hurtado, Universidade da Coruña, España
Karen Hagemann, University of North Carolina, Estados Unidos
Francesc Xavier Hernández, Universitat de Barcelona, España.
John Horne, Center War Studies, Trinity College Dublín, Irlanda.
Mario Lafuente Gómez, Universidad de Zaragoza, España.
José Luis Ledesma, Universidad de Zaragoza, España.
Juan Marchena, Universidad Juan Pablo Olavide, España.
Enrique Martínez, Universidad Complutense de Madrid, España.
Sönke Neitzel, London School of Economics, Reino Unido.
Xosé Manoel Núñez, Universidade de Santiago de Compostela, España.
Fernando Puell de la Villa, IUGM-UNED, España.
Javier Rodrigo, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
María del Carmen Saavedra Vázquez, Universidad de Santiago de Compostela, España.
Manuel Santirso, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.
Nuno Severiano Teixeira, Universidad Nova de Lisboa, Portugal.
Germán Soprano, CONICET-Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Klaus Schmider, Sandhurst Military Academy, Reino Unido.
Juan Eduardo Vargas, Pontificia Universidad Católica de Chile.
Jordi Vidal, Universidad Autónoma de Barcelona, España.
Benjamin Ziemann, University of Sheffield, Inglaterra.



Desde su nacimiento en 2012, la **Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM)** surgió bajo la firme convicción de que era necesario propiciar una renovación de la historia militar que se venía desarrollando en el ámbito hispanohablante. Precisamente, el objetivo era buscar nuevas preguntas capaces de conducirnos a otras visiones, interpretaciones y debates para la comprensión y estudio de fenómenos capitales como el orden público, la violencia, las fuerzas de seguridad estatales, las instituciones militares o paramilitares y, por supuesto, la guerra. Así pues, el deseo de este proyecto no era otro que hacer de la historia militar y los estudios de la guerra un paradigma y un objeto de estudios valiosos e interesantes para el conjunto de la comunidad historiográfica. Sin embargo, siempre hemos creído que la materialización de este objetivo pasaba necesariamente por la apertura del proyecto a todas las épocas, desde la Antigüedad al presente. Este era el único modo de forzarnos a romper con la compartimentación y la hiperespecialización, tan características de la historiografía actual como inevitables: fomentar el diálogo entre colegas de todos los ámbitos para dar con una visión mucho más amplia de los casos de estudio y problemáticas abordadas por cada historiador e historiadora. El objetivo último una comprensión mucho más rica y compleja del pasado.

Asimismo, este proyecto nació con la clara voluntad de erigirse en una plataforma de referencia preocupada por promover y favorecer los estudios sobre los fenómenos bélicos, entendiendo éstos desde una perspectiva amplia, tanto a nivel cronológico como temático, y abarcando aspectos que van desde lo político, lo económico o lo social, a lo cultural, lo memorístico, lo tecnológico o lo científico. Así pues, en último término pretendemos introducir y promover en la historiografía hispanohablante las nuevas tendencias desarrolladas en el ámbito internacional en relación con la historia militar, así como servir de puente entre las más diversas experiencias investigadoras a ambos lados del Atlántico. Partiendo de estas consideraciones entendemos que el futuro de la historia militar pasa por cuestiones tan variadas e interrelacionadas entre sí como introducir la variable social; entender la guerra como el marco propiciatorio de proyectos políticos revolucionarios o, cuanto menos, transformaciones radicales; trabajar sobre los conceptos, aplicando de forma crítica ideas procedentes de otras disciplinas al estudio de lo bélico; analizar la experiencia de guerra como vía para situar al individuo en el marco de los conflictos, con sus miedos y sus motivaciones, pero también para dar con lo bélico en toda su riqueza y complejidad; abordar cuestiones relacionadas con la historia ambiental, situando como centro del análisis las transformaciones del paisaje a causa de la guerra, pero también las consecuencias mentales, económicas y sociales que se derivarían de todo ello; entender lo bélico y la violencia que genera dentro de unas cronologías porosas, mostrando preocupación por los periodos de posguerra; abordar la violencia como una dimensión inherente a la guerra en todos sus escenarios y que, además, acaba desbordando su marco consuetudinario; romper con la idea del civil como sujeto pasivo, recuperando su papel como agente activo y con capacidad de maniobra; seguir los cambios en las percepciones a través de la historia de los conceptos, todo ello para ver la evolución en el modo de entender el orden público, la violencia, el servicio de armas o la guerra; dar relieve y visibilidad a la siempre crucial perspectiva de género, sea porque la autora es una historiadora o porque los sujetos objeto de estudio son mujeres, pero también el modo en que la guerra ha contribuido a la construcción y destrucción de modelos

hegemónicos de masculinidad y feminidad; no olvidar las perspectivas propias de los estudios poscoloniales; y, finalmente, tener en cuenta la variable cultural, tan vital y necesaria en el contexto de los conflictos armados. Así pues, estamos abiertos a la recepción de artículos, reseñas y propuestas para la coordinación de dossiers que atiendan a una o varias de estas variables desde perspectivas novedosas. Todo esto, que en principio puede sonar a lugar común o a mera retórica, es un firme anhelo en nuestro caso y, por ello, también queremos que sea una realidad. Con esta ilusión trabajamos día a día.

En este sentido, tenemos el orgullo de decir que **RUHM** es la primera revista académica especializada exclusivamente en historia militar y estudios de la guerra, además de la primera en dicho ámbito que somete sus artículos a un estricto proceso de evaluación por doble ciego, previa revisión y valoración exhaustiva por parte del equipo editorial. El cuidado que ponemos en nuestro trabajo ha sido condición *sine qua non* para que la **RUHM** se encuentre reconocida por cada vez más índices de impacto, tanto a nivel nacional como internacional. Así pues, nuestra primera meta es que la **RUHM** se mantenga como un referente nacional e internacional en el campo de la historia militar y los estudios de la guerra, al tiempo que se erige como una plataforma capaz de dinamizar debates y promover visiones críticas de lo militar y de la guerra. Creemos que esta es una parte fundamental de nuestra tarea, más aún en un país donde el patrimonio bélico-militar es tan rico y donde la investigación sobre los conflictos armados, la violencia o las instituciones castrenses no han gozado del reconocimiento académico e universitario que tiene en los países de nuestro entorno.

Así pues, dentro del constante -si bien no siempre claro y fluido- diálogo entre la historiografía y la sociedad, creemos que la **RUHM** puede y debe convertirse en un puente que una y aúne el interés público que suscita a nivel social todo lo relacionado con la historia de la guerra. De este modo, el carácter gratuito y abierto de la publicación es la mejor muestra de nuestro compromiso ciudadano y de nuestro deseo por hacer partícipe a la sociedad de los últimos avances en materia investigadora desarrollados en un ámbito académico y universitario. Por eso mismo, en 2017 decidimos constituirnos como asociación bajo la marca **Centro de Estudios de la Guerra**, con la vista puesta en potenciar el proyecto, promover nuevas iniciativas paralelas a la **RUHM** y, muy importante, abrimos a la sociedad. En este sentido, ponemos nuestros humildes recursos y conocimientos a disposición tanto de entidades públicas y privadas como de asociaciones y particulares, ya sea para la dinamización y organización de actividades, la realización y coordinación de exposiciones, la impartición de charlas, conferencias y coloquios o la participación en debates relacionados con el mundo militar y la guerra.

David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra, Francisco J. Leira Castiñeira, 2018.

Sumario

Dossier

La Guerra Civil española. Una perspectiva biográfica

Coord. Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

| | |
|---|-----|
| <i>Presentación: La Guerra Civil española. Una perspectiva biográfica</i> Centro de Estudios de la Guerra-RUHM..... | 11 |
| <i>Franco: la violencia y la simplificación de España</i> Antonio Cazorla | 21 |
| <i>En tierra de ¿nadie? Manuel Portela Valladares y el republicanismo liberal en la Guerra Civil española</i> Pilar Mera-Costas..... | 36 |
| <i>Las carlistas en los años 30: ¿De ángeles del hogar a modernas Amazonas?</i> Antonio Manuel Moral Roncal..... | 61 |
| <i>Activism, Revolution and War: Mujeres Libres Addressing the Personal and the Political</i> Martha Ackelsberg..... | 81 |
| <i>Un derrotado en “La Victoria”: José María Gil-Robles y la Guerra Civil española (1936-1939)</i> Carlos María Rodríguez López-Brea y Eduardo González Calleja..... | 104 |
| <i>Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria</i> Felipe Nieto..... | 134 |
| <i>Mujeres (nacionalistas) del frente: Espacio y género en la guerra civil española</i> Inbal Ofer..... | 159 |
| <i>Castelao: República, Guerra Civil y exilio.</i> Justo Beramendi..... | 179 |
| <i>La insólita aventura de Ernesto Giménez Caballero</i> Enrique Selva..... | 196 |
| <i>Pintura del Pueblo frente a la tiranía: ‘La Religión del Trabajo’ de Mariuja Mallo</i> Amelia Meléndez..... | 216 |
| <i>Antonio Goicoechea: De la desliberalización a la sublevación. Trayectoria intelectual de un derechista en la crisis de la modernidad (1898 – 1936)</i> Joan Pubill..... | 233 |

| | |
|--|-----|
| <i>Tarradellas, fin de partida del sueño bilateral catalán</i> | |
| Joan Esculies | 257 |
| <i>“Condenarla y tener miedo”: El cardenal Gomá frente a la ideología nazi-fascista</i> | |
| Miguel Ángel Dionisio Vivas..... | 279 |
| <i>Tambores de guerra: Victoria Kent y el feminismo republicano en los años treinta</i> | |
| Dolores Ramos Palomo | 297 |
| <i>Experiencia de guerra y narrativas personales en la Guerra Civil Española: el diario de Álvaro Silva</i> | |
| José Miguel Hernández Barral | 318 |
| <i>Un embajador en Guerra: Gordón Ordás en México</i> | |
| Jorge de Hoyos Puente | 336 |
| <i>Indalecio Prieto y los fundamentos de la política socialista exiliada</i> | |
| Luis C. Hernando | 357 |
| <i>Telesforo Monzón, el nacionalismo vasco y la Guerra Civil: Historia y Memoria</i> | |
| Fernando Martínez Rueda | 375 |
| <i>Del relato biográfico al retrato colectivo: Margarita Nelken y Pilar Soler en la Agrupación de Mujeres Antifascistas</i> | |
| Vicenta Verdugo | 401 |
| <i>Enrique Lister: el antimilitarista que llegó a general</i> | |
| Víctor Manuel Santidrián Arias..... | 423 |
| <i>La guerra civil que no fue. Ossorio y Gallardo</i> | |
| Antonio Miguel López García..... | 440 |
| <i>El Consejo de guerra sumarísimo contra el coronel de Artillería José Franco Mussió y los oficiales de la Fábrica de cañones de Trubia</i> | |
| Carmen García | 466 |
| <i>Fal Conde: carlismo y modernismo</i> | |
| Javier Ugarte Tellería..... | |
| | |
| Ensayos bibliográficos | |
| <i>Pensar en genocidio el golpe de 1936, la guerra civil, el franquismo y la transición</i> | |
| Antonio Miguez Macho | 515 |
| <i>'El amparo que nunca existió': los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936-1939</i> | |
| Joan Serrallonga | 527 |

Reseñas

- Matteo TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo redondo (1905-1936)*, Granada, Comares Historia, 2017, 311 pp., ISBN: 9788490454985
- Miguel Ángel Ruíz Carnicer 546
- Enrique MORADIELLOS: *Historia mínima de la Guerra Civil española*. Madrid, Turner, 2016, 298 pp., ISBN 9788416714025
- Carlos Gil Andrés 550
- Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, La Catarata, 2014, 352 pp., ISBN 9788483199367
- Claudio Hernández Burgos 554
- David BAIRD: *Historia de los maquis. Entre dos fuegos*, Córdoba, Almuzara, 2016, 368 pp., ISBN 978-84-16776-76-4
- Alejandro Rodríguez Gutiérrez 557
- José MEJUTO BERNÁRDEZ: *Cartas de un condenado a muerte. Los últimos días en prisión en 1936 y 1937 del republicano gallego José Mejuto Bernárdez*, Santiago de Compostela, Alvarellos, 2015, 217 pp., ISBN 978-84-89323-91-9
- Concepción López Sánchez 561
- Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931-1936)* Granada, Editorial Comares, 2015, 488 pp., ISBN 9788490453285
- Rafael Cruz 564
- Gloria ROMÁN RUIZ: *Delinquir o morir. El pequeño estraperlo en la Granada de posguerra*, Granada, Editorial Comares, 2015, 187 pp., ISBN: 978-84-9045-277-6.
- Francisco Jiménez Aguilar 570
- Paloma AGUILAR and Leigh A. PAYNE: *Revealing New Truths about Spain's Violent Past: Perpetrators' Confessions and Victim Exhumations*, Palgrave Macmillan, 2016, 110 pp. ISBN: 978-1-137-56228-9
- Ofelia Ferrán 574
- Javier GÓMEZ CALVO: *Matar, Purgar, Sanar. La represión franquista en Álava*. Madrid, Tecnos, 2014, 381 pp., ISBN: 978-84-309-6183-2
- Erik Zubiaga Arana 578

| | |
|--|-----|
| Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): <i>Fascismo y Modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)</i> , Granada, Comares Historia, 2016, 281 pp., ISBN: 978-84-9045-457-2 | |
| Guillermo Sáez Aznar | 582 |
| Daniel OVIEDO SILVA y Alejandro PÉREZ-OLIVARES (coords.): <i>Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)</i> , Madrid, Catarata, 2016, 262 pp., ISBN: 978-84-9097-231-1 | |
| Gloria Román Ruiz | 587 |
| Jaume CLARET: <i>Breve historia de las brigadas Internacionales</i> , Madrid, Catarata, 2016, 94 pp., ISBN: 978-84-9097-242-7 | |
| Manuel Requena Gallego | 590 |
| Augusto CANTALUPPI y Marco PUPPINI: “ <i>Sin haber empuñado un fusil jamás</i> ”. <i>Antifascistas italianas en la Guerra Civil española 1936-1939</i> , Cuenca, Ediciones de la Universidad de Casilla-La Mancha, 2016, 166 pp., ISBN 978-84-9044-247-0 | |
| Amaya Caunedo Domínguez | 594 |
| César RINA SIMÓN, <i>Los imaginarios franquistas y la religiosidad popular (1936-1949)</i> , Badajoz, Departamento de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, 2015, 244 pp., ISBN: 978-84-7796-283-0. | |
| Antonio César Moreno Cantano | 598 |

Dossier

La Guerra Civil Española
Una perspectiva biográfica

Coord.: Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

Presentación: La guerra civil española. Una perspectiva biográfica

Coord. Centro de Estudios de la Guerra-RUHM, España
secretaria@ruhm.es

los personajes no mueren jamás, viven siempre que su mundo es «leído». Aunque jamás consiga besar a su amada, el pastor pintado en una urna griega sabe al menos que la va a contemplar eternamente. Esta es mi apuesta y mi esperanza. Espero con toda mi alma [...] ser el personaje de un relato y [...] no morir nunca [...]. Quizá no viva dentro de una historia importante, quizá sea tan solo un personaje secundario pero, para un hombre que afronta el final de su vida, cualquier perspectiva es preferible a la de desaparecer para siempre.
Mircea Cărtărescu, *El ruletista*¹

Dada la posición de la *Revista Universitaria de Historia Militar* como publicación de referencia en el ámbito de los estudios de la guerra y, no menos importante, aprovechando el tirón del octogésimo aniversario de la guerra civil española hemos querido contribuir a los debates a través de este número especial que presentamos aquí. Su preparación ha sido muy provechosa porque nos ha hecho pensar en algunas de las grandes cuestiones y preguntas que siempre han rodeado al oficio del historiador, las cuales a menudo se han hecho más presentes si cabe tras la crisis general de los paradigmas clásicos que habían dominado las ciencias sociales hasta la década de los 70 del siglo pasado. Hoy en día está claro que no podemos sustraernos a los profundos cambios que han tenido lugar desde entonces. Creemos que de forma intuitiva y a veces inconsciente, al calor del contacto con la realidad en que vivimos, de la formación en los institutos y las universidades, del debate con otros compañeros y compañeras, de nuestros compromisos personales y de aquello que leemos hacemos una historia que responde a los retos planteados por esa crisis. Al fin y al cabo somos hijos e hijas de las preocupaciones y necesidades de nuestro tiempo.

Por nuestra parte, nos contamos entre los optimistas que consideran que la crisis de la historiografía nos ha beneficiado al permitirnos aportar visiones y elaborar relatos mucho más complejos del pasado, sabedores de que este no puede responder en exclusiva a modelos teóricos preconcebidos o a una suerte de mecanicismo que imperaría sobre todas las cosas.² Como

¹ Mircea CĂRTĂRESCU: *El ruletista*, Madrid, Impedimenta, 2010 [1993], p. 58.

² Para una visión de conjunto muy recomendable Julio ARÓSTEGUI: *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2005 [1999], pp. 134-189 y la muy estimulante e intensa obra de Geoff ELEY: *Una línea torcida. De la historia cultura a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008, pp. 177-269, entre otros.

apuntaba la famosa tira cómica *Calvin y Hobbes*, de Bill Watterson, que no por casualidad apareció por primera vez a mediados de los años 80, hemos aprendido que «no entendemos qué hace realmente que los hechos ocurran»; que «la historia es la ficción que inventamos para persuadirnos de que los hechos son cognoscibles y que la vida tiene orden y dirección»; y que es justamente por eso «por lo que los eventos son siempre reinterpretados cuando los valores cambian. Necesitamos nuevas versiones de la historia para dar cabida a nuestros prejuicios actuales». Tras estas reflexiones del pequeño Calvin de seis años, Hobbes, un tigre de peluche al que solo él observa como un ente vivo, le pregunta qué está escribiendo, a lo cual el pequeño le contesta que tiene entre manos «una autobiografía revisionista».³ Por eso nos parecía oportuno comenzar esta presentación con la reflexión del escritor Mircea Cărtărescu, un autor extraordinario que por su estilo se enmarca en toda una tradición literaria con autores de la importancia y calado de Proust, Kafka, Borges, García Márquez o Cortázar, y que nos recuerda que la crisis del conocimiento, es decir, de la posibilidad de aprehender la naturaleza humana y comprender la realidad ya se hizo muy evidente en las artes a principios del siglo XX.⁴ Por eso, si entendemos la historia como un libro o como la cultura oral de los mayores al calor de la lumbre, dos de sus soportes indiscutibles hasta hace muy pocos años, cada vez que abrimos un tomo o que la memoria se despliega a través de la voz ese pasado vuelve a ser revisitado, revivido y reconstruido según el momento. La muerte no existe mientras el pasado es evocado, pero nuestro modo de contemplarlo cambia, incluso en el caso de algo que parece inamovible, como la mirada del pastor griego pintada sobre la cerámica. Su mirada y sus sentimientos serán los nuestros al contemplarlo, tal y como le ocurría al pequeño Calvin, que nos enseñaba en su convivencia con Hobbes que las visiones de la realidad, incluidas las que vertemos sobre el pasado, dependen de la perspectiva, y eso lo sabe muy bien cualquier historiador o historiadora que ha trabajado con testimonios orales.

En este sentido, quizás la historia llegó a estas conclusiones con varias décadas de retraso. O no. Marc Bloch nos recordaba una cita del también medievalista Henri Pirenne para introducir una reflexión de valor incalculable sobre nuestro oficio que aún hoy muchos historiadores e historiadoras y, por supuesto, la sociedad en general, quizás no han acabado de interiorizar: «“Si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida”». Por eso, con su sensibilidad habitual Bloch entendía que «esta facultad para captar lo vivo es, en efecto, la cualidad dominante del historiador», porque la puerta de acceso al pasado solo puede situarse en el presente: «En verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado». Hasta el punto que afirmaba que «Es cien veces preferible sustituir esa impregnación instintiva por una observación voluntaria y controlada». Y es que la vuelta a los clásicos, a los que fueron nuestros pre-

³ Agradecemos a Javier Rodrigo, miembro del Consejo Asesor de la RUHM, que nos llamara la atención sobre la existencia de la mencionada tira.

⁴ Un estudio clásico de referencia en este sentido es la obra de Carl E. SCHORSKE: *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011 [1980]. Más reciente, pero igualmente un clásico ya Philipp BLOM: *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Madrid, Anagrama, 2010. De hecho, del mismo autor, hace un par de años apareció la continuación natural de esta última obra bajo el título *La fractura. Vida y cultura en Occidente, 1918-1938*, Madrid, Anagrama, 2016.

cursores en tanto que humanistas, historiadores y autores, autoras e historiadoras, suele ser de gran ayuda a la hora de ponernos los pies sobre la tierra y recordarnos que no somos los primeros en llegar a ciertas conclusiones, que nuestras intuiciones o nuestro modo de entender el pasado no surgen *ex novo*. Así pues, el pronóstico de la crisis ya estaba presente de algún modo en la obra de Bloch cuando apuntaba que «hemos aprendido que también el hombre ha cambiado mucho: en su espíritu y, sin duda, hasta en los más delicados mecanismos de su cuerpo». Aún con todo, se aferraba a la necesidad de pensar que «a pesar de todo, es menester que exista en la naturaleza humana y en las sociedades humanas un fondo permanente».⁵ Íntimamente creemos que los historiadores e historiadoras seguimos de algún modo aferrados a esa esperanza, que para Bloch y sus colegas de la Escuela de Annales era mucho más firme porque nunca perdieron el pulso del presente, pero tampoco una visión de largo alcance sobre el pasado que sí que tiene mucha menos presencia en una historiografía cada vez más centrada en cuestiones concretas, compartimentadas e hiperespecializadas.

Sin embargo, tanto las palabras de Watterson a través de Calvin, como las de Bloch y tantos otros que le precedieron y sucedieron o las de los literatos de alcance universal nos recuerdan que cada generación tiene unas preocupaciones que marcan su necesidad y su derecho a visitar y construir su modo de ver al ser humano, de convivir en sociedad y de entender el pasado.⁶ Es más, casi podríamos decir que constituye una obligación, no ya solo de cara a situarnos en nuestro tiempo, sino también a la hora de dotarnos de una conciencia crítica y de instrumentos de análisis para comprender la realidad del presente. Si fracasáramos en ese intento también lo haríamos como individuos, como sociedad y por supuesto como representantes del oficio de historiador. Y aquí cobra sentido este número especial sobre la guerra civil española, tanto en su enfoque biográfico como en los diferentes y variados casos de estudio que aborda con sus infinitas ramificaciones. El conflicto del 36-39 constituyó uno de esos momentos históricos explosivos donde se revelan problemas esenciales de la vida en comunidad y donde salen a la luz de forma generalizada conflictos que siempre están latentes en cualquier sociedad. Sin embargo, Hobsbawm nos volvía a poner ante la necesidad de recuperar las visiones de largo alcance que tan ausentes han estado en ocasiones en la comprensión del conflicto del 36-39 y todo lo que ocurrió en él: «El peligro de este tipo de estudio» centrado en un

⁵ Marc BLOCH: *Introducción a la historia*, Madrid, FCE, 2001 [1949], pp. 38-39 y 37. El propio Tucídides, a quien volveremos, más de dos milenios antes ya apuntaba algo en ese sentido al reflexionar sobre las guerras civiles desatadas en muchos puntos de la Hélade bajo el paraguas de la guerra global del Peloponeso: «Se produjeron muchos horrores en las ciudades durante la guerra civil, horrores que se dan y se darán siempre mientras sea la misma la naturaleza humana, más violentos o atenuados y diferentes de aspecto según la modificación de las circunstancias que se dé en cada caso». TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 289. Sean más o menos discutibles algunos de los juicios que siguen a esta cita textual, lo cierto es que el griego ya apelaba a una continuidad en la naturaleza de los individuos y las comunidades humanas.

⁶ Vale la pena traer a colación las reflexiones de Raphael Samuel al respecto: «el hecho es que nuestra interpretación del pasado varía constantemente a la luz del presente; de hecho [...] estamos continuamente reinventándolo. Por más remoto que resulte el tema estudiado, nuestro punto de vista es inevitablemente contemporáneo. Los ecos de nuestro tiempo afloran incluso a la hora de reproducir al pie de la letra palabras o frases enteras. Por más fielmente que documentemos una época y más profundamente que nos sumerjamos en las fuentes, no nos es posible evitar la aparición de ideas a posteriori. Por más celosamente que protejamos la integridad de nuestro objeto de estudio, no lo podemos aislar del contacto con nosotros mismos». Raphael SAMUEL: *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*, Valencia, PUV, 2008 [1994], pp. 496-497.

acontecimiento o un periodo de tiempo muy concreto caracterizado por su intensidad «radica en la tentación de aislar el fenómeno de la crisis declarada del contexto más amplio de una sociedad que vive un proceso de transformación».⁷ Por eso este dossier analiza una serie de trayectorias personales de personajes y colectivos de primera y segunda línea que tuvieron un papel relevante en el curso de la guerra civil, pero la mayor parte de las veces los autores y autoras lo hacen dentro del conjunto de su recorrido vital, tanto por lo que respecta al periodo anterior al conflicto como a la posguerra, el franquismo e, incluso, la transición.

De hecho, es probable que cualquier nueva comprensión de lo ocurrido entre el 36 y el 39 pase por retrotraernos a las últimas décadas del XIX, marcadas por la crisis finisecular, los diversos conflictos y la definitiva implantación del capitalismo en España.⁸ Esto es algo en lo que llevamos pensando mucho tiempo, sobre todo fruto del trabajo continuado con supervivientes de la guerra a los que hemos tenido ocasión de entrevistar en estos últimos años. En la mayor parte de los casos se trata de individuos pertenecientes a las clases populares de los pueblos del agro peninsular, fuera mejor o peor su posición social y económica dentro de sus comunidades. Sin embargo, al hablar de la violencia que explotó en muchos de estos enclaves, algunos de ellos muy aislados de los puntos neurálgicos del país y los centros de decisión política, todos y todas suelen coincidir en señalar que aquello tuvo que ver con envidias y celos, con males de amores, con conflictos producidos por el roce cotidiano, con disputas por lindes y aguas o con deudas económicas sin saldar, entre otros muchos pleitos personales. Sin embargo, si algo nos enseñaron los convulsos años de finales de los 60 y principios de los 70 es que lo personal o lo privado es político. No por casualidad, esta consigna surgió muy vinculada a los movimientos feministas, y de hecho pone de manifiesto que muchas de las disputas y desavenencias de la vida cotidiana, incluidas las de “menor” intensidad, las que ocurren dentro de un goteo lento y continuado y las que alcanzan grados de violencia, ensañamiento y concentración como las vividas a partir del verano del 36 en España, no solo tienen que ver con conflictos personales y aislados, sino que a menudo y sobre todo suelen encontrar sentido en las graves desigualdades y la desprotección social y económica generadas por el impacto del capitalismo y los problemas estructurales derivados de la conformación del estado liberal contemporáneo.⁹

En cualquier caso, el eje metodológico y temático de nuestra propuesta busca poner en valor los estudios de la guerra, la nueva historia política y la biografía, apostando precisamente por una vuelta al individuo que nos permita reconectarlo con su escenario más amplio y profundizar en sus múltiples dimensiones o en sus repercusiones más estrictamente sociales

⁷ Eric HOBBSBAWM: “De la historia social a la historia de la sociedad”, en *Ibidem: Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998 [1997], pp. 100-101.

⁸ Al respecto de esta visión estamos muy en deuda con Assumpta Castillo Cañiz, miembro del Comité de Redacción de la *RUHM*, que entre sus múltiples proyectos en marcha está trabajando la conflictividad y el proceso de radicalización y organización política en el ámbito de las ciudades intermedias del agro del levante altoaragonés desde las décadas finales del XIX hasta la guerra civil.

⁹ Por eso mismo nos identificamos con el espíritu y los propósitos del dossier coordinado por Enrique Moradiellos para *Ayer* hace ya quince años, según el cual «la contienda fratricida española de 1936-1939 no fue una gesta heroica y maniquea ni tampoco una locura trágica colectiva. Fue un cisma de extrema violencia en la convivencia de una sociedad atravesada por múltiples líneas de fractura. Por eso sigue requiriendo la mirada serena e inquisitiva de los historiadores». Enrique MORA-DIELLOS (coord.): *La Guerra Civil, Ayer*, 50 (2003).

y culturales sobre su entorno. De ahí que reivindicemos lo bélico y lo político en una misma propuesta, tratando de entender cómo ambas cuestiones marcaron los ritmos de los discursos públicos y personales, de las relaciones comunitarias, de las mentalidades, de las transformaciones políticas y de la aparición de nuevos proyectos colectivos; por eso mismo también proponemos lo biográfico como una plataforma útil a través de la cual ver todo esto, a la par que lo reivindicamos como un objeto de estudio con valor por sí mismo. El primer estudioso de las guerras civiles, el historiador y militar ateniense Tucídides, que analizó con gran tino y sensibilidad todo lo que envolvía a los conflictos de esta naturaleza tenía muy clara la transformación de las percepciones, la inversión de valores que comportaba y hasta el reforzamiento de ciertos modelos de masculinidad:

Así, la audacia irreflexiva fue considerada entrega valerosa al partido, y, en cambio, la calma prudente, cobardía especiosa; la sensatez, fachada del cobarde, y parar mientes en todo, irresolución para todo. La precipitación desconcertante fue tenida por cualidad viril, y el maquinarse en pro de la seguridad por engalanado pretexto para desertar.¹⁰

Por tanto, lo que proponemos aquí es un repertorio amplio y variado de perfiles biográficos que, o bien son lo que entendemos como mujeres u hombres de primera fila o bien son individuos a los que a pesar de su evidente relevancia no se les ha prestado la atención necesaria o aplicado el enfoque adecuado. Sea como fuere, en todos los casos se trata de figuras que tanto por su papel al pie del terreno como por sus amplias conexiones con un escenario necesariamente complejo merecen ser revisitadas en el marco de un proyecto colectivo como este. Quizás, uno de sus principales valores sea la capacidad de dar una visión amplia y coral de una sociedad española que se había ido tornando cada vez más compleja a lo largo de las décadas previas a la guerra, de un modo muy similar a lo ocurrido en toda Europa. Por eso la anterior cita de Tucídides nos parece tan conveniente, porque la guerra civil y el franquismo –no así la izquierda en el exilio, muy dividida– contribuyeron a simplificar dramática y forzosamente el mapa sociopolítico y cultural de la preguerra, tan diverso, intenso y lleno de matices. Eso no quiere decir, tal y como revelan los estudios más avanzados de la historiografía, que no persistieran opiniones y actitudes de indiferencia o incluso de oposición durante el conflicto y bajo la dictadura, pero en la mayor parte de los casos dejaron de tener presencia e impacto públicos. Este dossier pretende dar cuenta de todo ello.

Es más, queremos poner sobre la mesa la necesidad de discutir esa idea de las dos Españas condenadas a enfrentarse, como si la historia del país respondiera de manera exacta a la dialéctica hegeliana o pudiera explicarse gracias al beneficio de la retrospectiva y las teleologías.¹¹ Lo mismo podría decirse de la idea de las tres Españas, que presupone una República

¹⁰ TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 290.

¹¹ A pesar del valor intrínseco de la obra y de su carácter estimulante, formativo para muchos y muchas historiadoras de nuestra generación, es el caso Santos JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2006 [2004]. Sin embargo, no se puede acusar en ningún caso al autor de llevar a cabo una simplificación del pasado, dado que una de sus apuestas fundamentales es integrar el mayor número de voces posible, destacar la pluralidad que ha existido en buena parte de la historia de la España contemporánea.

casi antropomorfizada, asediada por todos y condenada a desaparecer bajo el empuje del radicalismo de las izquierdas y las derechas.¹² Las dos ideas son efectivas a la hora de presentarlas a un público educado por activa y por pasiva en este tipo de discursos y ávido de satisfacer su autocompasión por el carácter presuntamente fratricida de los españoles y las españolas o de buscar un rayo de luz que permita exculparlos. Sin embargo, fueron un golpe de estado parcialmente fracasado y la guerra subsiguiente los acontecimientos que forzaron la destrucción de una sociedad hasta entonces muy plural, dando lugar a procesos de convergencia político-social a ambos lados del espectro político con el fin –entre otros– de aplastar al enemigo y llevar a cabo un reordenamiento del país en base a nuevos principios. Aquellos y aquellas que desfilan por este dossier, que marcaron de uno u otro modo la guerra civil y quedaron marcados de forma indeleble por esta, son la encarnación de una sociedad pujante y en proceso de transformación. Todos y todas ellas contribuyeron a su modo al clima de efervescencia política y cultural que vivió el país en los años 20 y 30, y en muchos casos también tendrían su papel más allá de la guerra. Los artículos de Victoria Kent, Margarita Nelken, Manuel, Portela Valladares o Ángel Ossorio ponen de manifiesto la existencia de diferentes sensibilidades y maneras de entender la república como sistema político. Lo mismo ocurre con respecto al fascismo, escisiones incluidas en el periodo de preguerra, y ya durante el conflicto podemos observarlo en las diferentes concepciones del fascismo para un Giménez Caballero o un Antonio Goicoechea, así como las diferencias de Isidro Gomá con el falangismo o la imposibilidad de Gil Robles para hacerse con una voz propia tras el golpe. Es evidente que dentro del amplio espectro de la izquierda socialdemócrata y revolucionaria no encontramos un mismo perfil o unas mismas intenciones, porque distintos son sus recorridos previos, sus talentos y sus necesidades, en casos como el de Indalecio Prieto, Juan Negrín, Largo Caballero, Enrique Lister o las militantes de Mujeres Libres.

Esto sigue planteándonos otro problema de enfoque, que es el de centrar el relato histórico en los grandes prohombres y las mujeres más destacadas, ya sean de primera o de segunda línea, o simplemente gente organizada dentro de la sociedad civil. Si bien esto se justifica por su capacidad para condicionar con sus decisiones y discursos los escenarios globales en que se desarrolló la gente común de los pueblos y ciudades de todo el país en los años que aborda este dossier, no es menos cierto que si no tenemos en cuenta su posición privilegiada (en la mayor parte de los casos) correremos el riesgo de hacer pasar la parte por el todo y de entender el pasado en términos simplistas. Ciertamente no ha tenido mucha cabida aquí la historia del «ser humano pequeño. El gran ser humano pequeño», que es como denomina Svetlana Aleksíevitch a los centenares de hombres y mujeres de las clases populares que entrevistó a lo largo de varias décadas en todos los territorios de la antigua Unión Soviética. Parafraseando a esta escritora de origen bielorruso y ucraniano, la pequeña historia de esta gente

¹² Es la idea presente a veces en la obra de Paul PRESTON: *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Debolsillo, 2015 [1998], que sin embargo coincide a grandes rasgos con este dossier por lo que respecta a sus propósitos: dar cuenta de «la profundidad del drama sufrido por los españoles con motivo de la guerra civil». Esta visión también subyace en el trabajo del mismo autor *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2015. En cualquier caso, lo que Preston trata de poner de manifiesto es precisamente esa riqueza y pluralidad de la sociedad española de los años 30, así como la gran cantidad de actitudes que la acompañarían en todos los ámbitos.

es depositaria y resultado de la gran historia, y por tanto da cuenta de ella, que es un poco lo que venía a decir Cărtărescu en la segunda parte de la cita que encabeza esta presentación.¹³ Al fin y al cabo, fueron las gentes corrientes las más afectadas por las políticas de esos mismos grandes prohombres y líderes de segunda fila de los que da cuenta este dossier, a la vez que contribuyeron a hacerlas posibles con sus propias acciones y decisiones individuales y colectivas. Por eso mismo insistimos en la necesidad de no perder la perspectiva y entender que la vida transcurre a muy diversos niveles, y que los individuos que hasta hace poco habían sido considerados tan solo parte integrante de grandes sujetos colectivos o meros actores de reparto que formarían parte del decorado deben tener su lugar en nuestros relatos del pasado. Son ellos y ellas quienes acaban por darnos la medida de los hechos a ras de suelo o de la mal llamada gran historia, y lanzamos este dossier desde la plena conciencia de esta realidad.¹⁴

En última instancia creemos que la amplia gama de decisiones, los variados grados de incidencia y la diversidad de destinos que protagonizaron los sujetos históricos analizados en este dossier nos pueden servir para entender la multitud y la dureza de los escenarios que hubieron de enfrentar muchos de los españoles y españolas de la época, la mayoría de los cuales no dejaron constancia documental de su paso por el mundo. Por lo que a nosotros respecta creemos en la posibilidad de encontrar pistas para una comprensión más compleja del pasado a través del estudio de la trayectoria de un individuo o un colectivo concretos, siempre y cuando dicha trayectoria sepa hilarse de forma constante con la época en que se enmarca. De ahí seguramente que no abunden los estudios biográficos, dada la enorme complejidad que comporta dar a luz el relato, la dispersión de fuentes o las dificultades para trabajar archivos sin clasificar y, por supuesto, el desgaste que supone centrar los esfuerzos en un único individuo u organización; por eso mismo son tan necesarias las buenas biografías. La propia portada pretende ser un reflejo de lo que venimos comentando: bajo las siluetas de Francisco Franco, Victoria Kent y Manuel Portela Valladares, todas ellas figuras que condicionaron el marco político-social de la España del siglo XX, aparece un individuo anónimo. Este bien podría ser uno entre las muchas decenas de miles de españoles reclutados a la fuerza, o uno de los muchos paisanos, hombres o mujeres, que lucharon por mantener en pie su casa y su familia a pesar del conflicto, dentro del margen de maniobra con que contaron, más o menos pequeño según su posición, pero casi nunca inexistente.

Por suerte, la historiografía ha trabajado mucho y muy bien en los últimos años en lo que respecta a la preocupación por la vuelta al individuo corriente, al hombre y la mujer que denominaríamos como comunes por enmarcarse su existencia dentro de un marco reducido de posibilidades e incidencia, muy restringido al ámbito local-comunitario. No es extraño que como historiadores e historiadoras de un tiempo de crisis e incertidumbre en cierto modo nos identifiquemos con la gente común del pasado, al menos en lo que respecta a la insignificancia y al nivel de exposición, de ahí nuestro deseo y necesidad de dar cuenta de su paso por la vida

¹³ Svetlana ALEKSIÉVITCH: *A propòsit d'una batalla perduda. Discurs d'acceptació del Premi Nobel de Literatura*, Barcelona, Raig Verd, 2015, p. 11.

¹⁴ Un caso de estudio fundamental en este sentido es el trabajo de Carlos GIL ANDRÉS: *Piedralén. Historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

y encontrar respuestas a las grandes preguntas a través de su experiencia.¹⁵ Sabemos bien, cada vez mejor, que los escenarios en que transcurren los días de hombres y mujeres son complejos, al igual que su propia naturaleza en tanto que sujetos individuales, y que la capacidad de maniobra e incidencia de la que disponen sobre su entorno varía según su posición social. No obstante, es importante no olvidar que siempre existe margen para actuar y decidir sobre el entorno, que la pertenencia a las clases populares, uno de los grandes sujetos afectados por la crisis de los paradigmas historiográficos clásicos –que se antoja más necesario que nunca en el análisis del pasado– no es sinónimo de pasividad y fatalidad. Una vez más, volviendo a la guerra civil española, esto se pone de manifiesto en las múltiples estrategias de supervivencia desarrolladas por hombres y mujeres en pos de la supervivencia frente al hambre, los bombardeos, la represión y la desprotección en los frentes y las retaguardias; o, sin ir más lejos, en el papel decisivo de los civiles en el desencadenamiento de la violencia allá donde la hubo, fuera de uno u otro signo, o también a la hora de brindar protección y formas de huida a paisanos en riesgo.

Así pues, desde nuestro punto de vista no es este un tipo de proyecto y una combinación de enfoques que sea habitual en el ámbito de la historiografía española o el hispanismo: no abunda el enfoque biográfico, a pesar de lo mucho que puede ofrecer, aunque se han hecho trabajos muy meritorios.¹⁶ En este sentido, creemos que la RUHM es la plataforma adecua-

¹⁵ En este sentido, el punto de partida y la referencia permanente vienen marcados por la obra de Ronald FRASER: *Recuérdalo tú, recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2016 [1979]. A partir de aquí se pueden destacar múltiples investigaciones que han hecho descansar su trabajo en una combinación crítica y equilibrada de fuentes de archivo y testimonios orales, siendo muy inspirador el trabajo de los y las historiadoras del grupo de investigación HISTAGRA de la USC, tanto a nivel interpretativo como en la recogida de fuentes. Podemos destacar muchos de los aportes de la obra colectiva de Aurora ARTIAGA REGO y Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura*, Madrid, Catarata, 2014 o la obra de Ana CABANA: *La derrota de lo épico*, Valencia, PUV, 2013. También existe toda una escuela en Andalucía que integra la recogida de testimonios entre supervivientes como una parte clave de su trabajo, véase por ejemplo Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, EUG, 2013, Francisco COBO y María Teresa ORTEGA: *Franquismo y posguerra en Andalucía oriental*, Granada, UGR, 2005, Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *Poder y actitudes sociales durante la postguerra en Almería (1939-1953)*, Almería, UAL, 2007, Antonio CAZORLA: *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza, 2016 o Sofía RODRÍGUEZ LÓPEZ: *Memorias de los nadie. Una historia oral del campo andaluz (1914-1959)*, Sevilla, CENTRA, 2015. Al mismo tiempo encontramos un peso muy importante de los testimonios orales en Javier RODRIGO: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005, Irene MURILLO ACED: *En defensa de mi hogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 2013 o David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

¹⁶ Un modelo de referencia en cuanto a lo que debería ser una obra biográfica desde las visiones más avanzadas de la historiografía en Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008, lo mismo puede decirse del trabajo de Julio ARÓSTEGUI: *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013. Por supuesto, otra referencia inevitable en este campo es la versión revisada y actualizada de Paul PRESTON: *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Debate, 2015. Desde otro punto de vista, proponiendo una disección de las claves en la forja del mito de la figura del dictador, véase Antonio CAZORLA: *Franco. Biografía de un mito*, Madrid, Alianza, 2015. También José Andrés ROJO: *Vicente Rojo. Un militar republicano*, Barcelona, Tusquets, 2006. Otros dos trabajos a tener en cuenta son los de Rafael CRUZ: *Pasionaria. Dolores Ibarruri, historia de un símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, Susanna TAVERA: *Federica Montseny. La indomable*, Barcelona, Temas de Hoy, 2005 y Gabriel JACKSON: *Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del Gobierno*

da para impulsar una labor colectiva de esta naturaleza y esperamos que esta iniciativa pueda servir de inspiración para futuros investigadores e investigadoras, así como también para aquellos y aquellas que ya están en activo y se encuentren a la búsqueda de nuevos retos. Y a pesar de que contamos con muy buenos trabajos en el ámbito de las biografías sobre personajes esenciales de la guerra civil, no es menos cierto que seguimos a la espera de otras que sean capaces de abordar la trayectoria personal y profesional de, por ejemplo, los principales mandos militares del bando sublevado. Muchos de ellos, como Fidel Dávila, Gonzalo Queipo de Llano, Emilio Mola, José Enrique Varela, Antonio Aranda, Juan Yagüe, Luis Orgaz Yoldi, Andrés Saliquet, José Solchaga, Alfredo Kindelán, Rafael García-Valiño o Agustín Muñoz Grandes, son figuras extremadamente controvertidas tanto en su desempeño durante las campañas de Marruecos y la propia guerra civil, como en su relación con la política y en sus diversos recorridos vitales bajo la dictadura que contribuyeron a crear.¹⁷ Un mejor conocimiento de sus trayectorias en consonancia con el escenario político-cultural en que crecieron, maduraron y forjaron su carácter y su modo de entender el mundo redundaría sin lugar a dudas en un mejor conocimiento del siglo XX en España. Lo mismo ocurre por lo que respecta a figuras del bando republicano como Enrique Lister, Juan García Oliver, Buenaventura Durruti, José Miaja, Cipriano Mera, Valentín González “El Campesino”, Etelvino Vega, Francisco Galán, Indalecio Prieto, José Giral o Julio Álvarez del Vayo, que todavía carecen de biografías solventes. Como siempre el principal problema en casi todos los casos serán las fuentes, sobre todo donde el acceso a los archivos personales esté custodiado por familias reticentes y desconfiadas frente a los historiadores e historiadoras.¹⁸

Así pues, conscientes del cansancio que produce el ritmo demencial impuesto por las conmemoraciones y los aniversarios, creemos que hay que apostar por la complejización de las visiones dominantes al nivel de la cultura popular y, no pocas veces, también en el ámbito historiográfico. Sin duda alguna, y sin ánimo de ensombrecer otros episodios marginados y menos atendidos del pasado peninsular, la guerra civil española sigue y seguirá siendo en buena medida el principal caballo de batalla de nuestro oficio a la hora de arrumbar con tópicos y visiones preconcebidas o maniqueas del pasado —se entiende de cualquier pasado— y de eso que llamamos la naturaleza humana. Por eso, quizás sea en momentos así cuando más im-

de la II República española, Barcelona, Crítica, 2008. No podemos olvidar los trabajos sobre figuras que culminan sus días en la guerra civil de forma traumática, contribuyendo en los años previos a poner los ingredientes discursivos y prácticos sobre los que discurriría el golpe y la violencia subsiguiente, como vemos en Ferran GALLEGO: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2014 y MATTEO TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017. Por último, y por acabar con la relación de obras, resulta muy valiosa por lo que respecta al periodo de la guerra y la primera posguerra la aportación de Paul PRESTON: *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013.

¹⁷ Hace apenas una década se publicaron las memorias del propio Queipo de Llano, compiladas y codificadas por Jorge FERNÁNDEZ-COPPEL: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, un buen material para empezar a trabajar.

¹⁸ Hace nueve años María Eugenia Yagüe Martínez Campo trataba de limpiar el nombre de su padre, marcado por la masacre de Badajoz, al tiempo que revelaba la existencia de un nutrido archivo personal que contendría hasta 20.000 cartas del general de origen soriano. Véase J. MORAN: “Mi padre, el general Yagüe, no era un sanguinario”, *La Nueva España*, 8 de mayo de 2009. Disponible online en <http://www.lne.es/siglo-xxi/2009/05/08/padre-general-yague-sanguinario/754303.html> [consultado por última vez el 10 de abril de 2018].

portante resulta ofrecer visiones profundas y responsables desde el punto de vista historiográfico, capaces de huir de los mitos y las simplificaciones, tan abundantes en este tipo de efemérides. Por otro lado, ya estamos viendo que en los casi dos años que llevamos de octogésimo aniversario han aparecido un sinnúmero de congresos, comunicaciones, artículos, capítulos y libros sobre la guerra, muchos de los cuales han seguido centrándose en la violencia, la represión y la historia local, muchas veces descontextualizada, poco hilada y demasiado centrada en las víctimas.¹⁹ Lo que buscamos aquí es ofrecer algo distinto y dar una vuelta de tuerca. Por eso la idea ha sido movernos en un arco cronológico que va de los puntos de inflexión y rupturas de la revolución de Asturias y las elecciones de febrero del 36 hasta la inmediata posguerra, situando el foco central de cada contribución en los tres años de la guerra, aunque siempre dentro de las necesidades, posibilidades y deseos de cada autor y cada autora. Por tanto, se ha intentado combinar de forma permanente lo factual con lo interpretativo, tratando de trabajar en diversos planos de la realidad: desde el público, al íntimo, pasando por el de las mentalidades, el de lo bélico, el de lo político, etc. Y aquí, como ya adelantábamos más arriba, veremos cómo los ritmos propios de las operaciones y la movilización bélica acaban condicionándolo todo. Por tanto, a caballo siempre entre la retaguardia y el frente, el objetivo esencial es ver la influencia que tuvieron cada uno de los colectivos, de las mujeres y de los hombres que aparecen en este dossier a nivel social, cultural y político en un contexto de guerra, a la par que analizamos lo que representaron en sus respectivos entornos, en sus movimientos políticos y, también, en el conjunto del espectro político—derechas o izquierdas—en que se movían.

Seguramente seguimos en crisis por lo que respecta a la historia, a las humanidades y al conjunto de las ciencias sociales, sobre todo porque los factores que contribuyeron al terremoto epistemológico de finales de los 70 no solo siguen vivos, sino que se han agudizado con el paso de las décadas. Nuestras vidas se rigen por un modelo económico, social y político en barrena que nos empuja a una constante huida hacia delante, como si no hubiera tiempo para detener el discurrir de los acontecimientos o para repensarnos con la pausa necesaria. Aunque el tiempo no espera por nosotros y nos arrastra, aunque estemos en el ojo de un violento huracán que se enreda entre nuestras alas, tal y como le ocurría al Ángel de la Historia de Walter Benjamin, nos mantenemos en pie, y esa crisis permanente en la que a duras penas nos mantenemos en pie nos inspira para seguir planteando nuevas preguntas. Después de todo no hemos perdido el rumbo del todo, y los referentes siguen estando ahí: podemos y debemos volver a ellos siempre con toda la humildad, pero ello no debe ser óbice para aspirar a todo por nosotros y nosotras mismas, porque solo de ese modo conseguiremos hacer justicia a quienes nos precedieron en su mirada al pasado y seguir avanzando en el camino del conocimiento.

¹⁹ Sin discutir el valor de los debates que se llevaron a cabo allí, que lo tuvo y mucho, un buen ejemplo de todo lo dicho lo encontramos en el congreso celebrado a mediados de noviembre de 2017 en la Universidad de Valladolid, *Territorios de la memoria: el franquismo a debate*. Por eso, el debate es y debe seguir siendo uno de los principales instrumentos de los y las historiadoras para avanzar en su trabajo, algo que debe ser promovido y estimulado de forma activa en las clases de historia desde los institutos a las universidades. Al contrario de lo que ocurre en el mundo angloamericano o germano, muchos y muchas docentes del mundo hispanohablante todavía conciben la docencia como clase magistral, negándose a sí mismos la posibilidad de nutrirse de las ideas, interpretaciones e intuiciones de sus propios alumnos y alumnas.

Franco: la violencia y la simplificación de España

Franco: violence and simplification of Spain

Antonio Cazorla
Trent University, Canadá
acazorla@trentu.ca

Resumen: ¿Cómo cambió Franco la historia de España? Este artículo sostiene que su poder exigía la imposición de una sociedad simplificada que negase la diversidad cultural y política del país. Esta simplificación excluyó a quienes no cabían en el discurso oficial y a los intereses materiales, incluyendo el derecho a la vida y a comer, de millones de personas. Franco entendió y limitó la vida pública española, más prometedor me parece explorar la conexión de a) la formación profesional/vital de Franco, esto es, el africanismo, y sus relaciones profesionales y personales políticas antes de la Guerra Civil y b) las ideas y hasta ideologías contemporáneas que sustentaron, racionalizaron y afectaron a las políticas del régimen desde el momento en que comienza la construcción de este hasta la muerte del dictador. Una vez discutidos estos dos aspectos, procederemos a ver cómo pudieron afectar a las políticas concretas del régimen, y en particular cómo la imposición de una elección personal de Franco – mantener el poder mediante el ejercicio del terror- marcó la política general del régimen. La única forma de imponer esta simplificación fue mediante el uso primero y la amenaza después de la violencia masiva. Esta fue la esencia de política de Franco pero también su elección personal. Franco, convertido en Caudillo, fue antes que nada el terror. Esta fue su mayor y más innegable contribución a la historia del país.

Palabras clave: Franco, mito, guerra civil, franquismo, dos Españas.

Abstract: This article discusses the contribution of Franco to the history of Spain. It starts by arguing that exploring his ideology is not the best way to understand what he did and why. On the contrary, it is the exploration, first, of his professional upbringing and interests, plus his opportunism, which gives us the keys to understanding the Caudillo's policies. What those policies had in common was that they were based on the negation of Spain's diversity. We cannot truly discern if a different political leader emerging from the Civil War, even another right-wing military dictator, would have followed similar policies. What we know is that Franco achieved his goal of maintaining permanent power by artificially using the discourse of two opposing Spains: the real one that he led and the "anti-Spain",

defeated in the Spanish Civil. This myth of the “two Spains” was created in the nineteenth century but took on a new meaning in the twentieth. It was useful not only for cementing Franco’s power but also for covering the real basis of his power: the terrorizing of his enemies (and of Spanish society at large) and the protection of the material and spiritual interests of his supporters. That myth negated the suppressed diversity of Spanish society, and it could be maintained only by force. Violence, rather than ideology, was thus the minimum of the Francoist regime and Franco’s main contribution to the country’s history. Terror should be at the center of any explanation of Franco’s policies, and should be at the center of explaining his contribution to Spain’s history. Franco chose terror, never repented of his terrorist acts and threatened Spaniards with terror if they did not follow his leadership. Franco meant terror like no other leader in the history of the country.

Key words: Franco, myth, Civil War, francoism, two Spains

| |
|--|
| Para citar este artículo: Antonio CAZORLA: “Franco: la violencia y la simplificación de España”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 21-35. |
|--|

Recibido: 30/05/2017

Aprobado: 29/08/2017

Franco: la violencia y la simplificación de España

Antonio Cazorla
Trent University, Canadá

Introducción

A los historiadores nos gusta pensar en claves amplias, en el papel de las fuerzas profundas, cambios sociales, cuestiones económicas, ideologías, etc. en la historia. Miramos con desdén al rol de los individuos, en parte como reacción a la historiografía más rancia que en teoría debió morir en las universidades –pero no en la literatura popular– con el siglo XIX.¹ Y sin embargo, la primera mitad del siglo XX, y aún después, se caracterizó por el ensalzamiento por parte de dictaduras del gobernante individuo genial al que la propaganda y la imaginación pública –incluso entre algunos sectores cultos de la población en países democráticos– presentaron como capaz de doblegar a las fuerzas de la historia porque, supuestamente, eran hijos egregios de la Historia, en mayúscula. Estos líderes trascendentales, estos superhombres, fueron creados tanto por dictaduras de corte fascista (casos de Mussolini, Hitler y Franco) como comunistas (casos de Stalin, Mao y la dinastía Kim), en este último caso en aparente contradicción con las teorías “científicas” de Marx sobre el papel de las clases y movimientos sociales en la evolución de la humanidad. En todo caso, es obvio que la imagen no recogía la realidad pues ya de entrada estos dictadores tuvieron límites a su poder, empezando por los impuestos por esas grandes fuerzas históricas profundas que ningún buen historiador ignora.

Al mismo tiempo, los historiadores tampoco pueden despreciar completamente el papel histórico de los individuos, y mucho menos el de los dictadores. No es una tarea fácil pues es muy difícil cuantificar cómo afectaron estos dictadores al desarrollo de las fuerzas históricas profundas o, puesto de otro modo, cómo ellos, como individuos con capacidad de elegir, moldearon de forma decisiva los sistemas económicos, sociales, políticos y culturales de los estados que gobernaron y, en el proceso, cambiaron el curso de la historia. Pero somos conscientes de que no hay un pasaje evidente, y quizás ni siquiera convincente, entre la biografía y el análisis estructural. Los límites de esta incertidumbre o desajuste vienen de que la psicología cuadra mal con el estudio histórico, especialmente el de tipo socio-económico, entre otras cosas porque faltan referentes materiales para contrastar las hipótesis. Por ejemplo, podemos comparar más fácilmente los resultados en el PIB de la política económica nazi y la franquista que la influencia de Hitler y Franco, respectivamente, en esas mismas políticas económicas. Y tampoco podemos saber qué habrá pasado si

¹ Algunos estudios metodológicos al respecto en: “AHR Roundtable: Historians and Biography”, *American Historical Review*, 114:3 (junio 2009); número especial: “Hero cults and the politics of the past: comparative European perspectives”, *European History Quarterly*, 39:3 (2009); número especial: “The Heroisation-Demonisation Phenomenon in Mass Dictatorships”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8:3-4 (septiembre 2007).

ninguno de esos dictadores, como personas individuales, no hubiesen existido.² Es esta una vía de corto recorrido que, sin embargo, no deja de seducirnos. Todos hemos oído y hasta especulado con qué hubiera pasado si Trotsky y no Stalin hubiese ganado la lucha por el poder que siguió a la muerte de Lenin; si los hermanos Strasser y no Hitler hubiesen liderado la Alemania nazi; o, más cercanos a España, si el general Sanjurjo no hubiese muerto al comienzo de la rebelión de julio de 1936.

En todo caso, el trabajo del historiador, a diferencia del de novelista, solo permite una leve excursión en el mundo de la hipótesis del pasado alternativo. Cuando la especulación cesa queda otra vez la pregunta real: valorar hasta qué punto el individuo en el poder afectó (que es el término semi-neutral que usamos en lugar de cambió) la historia. El peligro de la pregunta para el profesional reside en olvidar, lo repito, que nunca hay una respuesta clara y convincente al respecto pues, una vez más, vive bajo la sombra seductora de un falso pasado alternativo: lo que debió ser (algo que en términos históricos ya es un contrasentido) y el dictador alteró. La solución, insatisfactoria quizás, a perderse en este peligro camino es centrarse más en el régimen que en el individuo que lo encabezó pero, al mismo tiempo, intentar ver cómo la formación, las posibilidades y los intereses del dictador pudieron conformar la realidad. En todo caso, insisto por última vez, no hay una respuesta clara por el simple motivo de que estamos hablando de procesos incontrastables sobre los que se especula con qué dependió de la voluntad de una persona y qué del marco estructural en el que aquella desempeñó su cargo político.

Y aquí entra Franco y, más precisamente, su papel en el intento de su dictadura de destruir la diversidad política y cultural de España. No estoy seguro de que para entender este proceso el recurso a la ideología, entendida como patrón teórico para el análisis de la realidad, sea de entrada el más apropiado. Tampoco propongo que se abandone completamente el uso de la ideología, pero creo que esta, en el caso de Franco, tiene más valor como instrumento o recurso político oportunista que como guía o plan de su comportamiento. La franquista pudo ser una dictadura fascista o no —la respuesta está en la definición que se use— y ciertamente fue un régimen militarista, al menos al principio. Pero el término fascista no impone políticas sociales e incluso económicas predeterminadas (los casos de Alemania, Italia y España ofrecen un repertorio muy amplio de políticas divergentes y hasta enfrentadas). Tampoco el militarismo, y no olvidemos que Franco fue un general al frente de una rebelión militar, implica contenidos sociales o económicos precisos. A nadie se le debería ocurrir comparar las políticas del muy militarista primer franquismo con la del régimen más militarista contemporáneo, Corea del Norte. Aunque la noción de militarismo es esencial para entender cómo Franco entendió y limitó la vida pública española, más prometedor me parece explorar la conexión de a) la formación profesional/vital de Franco, esto es, el africanismo, y sus relaciones profesionales y personales políticas antes de la Guerra Civil y b) las ideas y hasta ideologías contemporáneas que sustentaron, racionalizaron y afectaron a las políticas del régimen desde el momento en que comienza la construcción de este hasta la muerte del dictador.

² Una elucubración al respecto (“If Stalin had died”) en Stephen KOTKIN: *Stalin*, Penguin, Nueva York, 2014, pp. 725-739.

Una vez discutidos estos dos aspectos, procederemos a ver cómo pudieron afectar a las políticas concretas del régimen, y en particular cómo la imposición de una elección personal de Franco – mantener el poder mediante el ejercicio del terror- marcó la política general del régimen.

Biografía e ideologías

Franco y sus hagiógrafos tuvieron dificultades para conciliar dos imágenes del dictador. Por un lado, la del militar profesional exclusivamente dedicado a su profesión y, por extensión, a la grandeza de la patria. Por otro, la de un hombre comprometido, a través del estudio, con los problemas del país. La respuesta, falsa, era que ambas características de Franco se unieron cuando España, la verdadera, reconoció la grandeza y el destino histórico del personaje y le dieron el poder formalmente el 1 de Octubre de 1936 aunque ya, espiritualmente, lo tendría desde el 17 de julio de 1936 (o, para los más devotos propagandistas, incluso antes).³ El militar y el patriota estudioso pusieron entonces su corazón y su cerebro al servicio supremo de la redención del país. El Caudillo no habría nacido en 1936, sino que se había revelado. Esta construcción se basó en dos mentiras y un mito patético: ni Franco fue nunca un meramente un militar ni, por supuesto, tampoco el comelibros de las hagiografías. Lógicamente, tampoco era el Caudillo oculto a la espera del momento histórico, predeterminado por dios, para salvar a España. Esta construcción del mito la he explicado en más detalle en otro lugar,⁴ por lo que solo la discutiré aquí brevemente, pero lo que quiero resaltar ahora es que su aceptación, esto es, su elevación a verdad única, implicó tanto una simplificación y una falsificación del pasado y la realidad de España como la imposición de un futuro único basado en las limitaciones *reales* del personaje *ideal* recién creado. Veámoslo con algo más de detalle.

Franco fue un militar político desde fechas muy tempranas. Su ascenso fulgurante, como el de muchos de otros oficiales contemporáneos, se debió a que supo insertarse en la maquinaria de patronazgo de los militares africanistas desarrollada por Dámaso Berenguer en torno a los Regulares, la unidad de élite que este creó. El patrón supremo de este entramado no fue otro que Alfonso XIII, y los dos mayores beneficiarios fueron el propio Berenguer y José Sanjurjo. Al amparo de estos se multiplicó una camada de oficiales que, a fuerza de rápidas promociones entre, aproximadamente, 1912 y 1926, llegaron muy jóvenes al generalato: Franco, Manuel Goded, Emilio Mola, etc. El apoyo del rey a Franco fue fundamental al menos desde 1923 cuando en apenas tres años ascendió de comandante a general de brigada. Para entonces Franco se había insertado en un nuevo instrumento de promoción también favorecido por el rey: la Legión. La República supuso un parón en la carrera de este general político pero los sucesos de Asturias de octubre 1934 y la llegada al Ministerio de la Guerra de Gil Robles en mayo del año siguiente volvieron a catapultar de nuevo la carrera de Franco, ahora al amparo de su vinculación a la CEDA.

³ He analizado esta superchería en Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Franco. Biografía del mito*, Madrid, Alianza, 2015, pp. 113-129 y 230-244.

⁴ *Ibidem*, pp. 98-112.

Además de por sus convicciones ideológicas conservadoras, no cabe duda de que el futuro dictador resintió y se resistió a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 porque una vez más esta representaba el final del apoyo político a sus aspiraciones. Franco volvía a ser un general profesional y eso significaba que se alejaba su sueño: que el Gobierno le nombrase Alto Comisario en Marruecos.⁵

Franco tampoco fue un intelectual. Su único libro, *Diario de una bandera*, probablemente no fue escrito por él. Y en todo caso se trata de una reflexión no demasiado profunda del mando de unidad de la Legión. Sí escribió algunos artículos en la revista que él mismo dirigió durante cierto tiempo, la *Revista de Tropas Coloniales*, pero son textos profesionales de escasa relevancia ideológica o, más bien, que revelan la ausencia de preocupaciones de este tipo del autor, quien obviamente se sentía muy cómodo con las guerras coloniales y el sistema monárquico de la Restauración. En todo caso, a pesar de lo que luego dirían sus hagiógrafos, la formación teórica de Franco profesional fue escasa, y sus lecturas personales irregulares. Sus chaqueteros dirían un día que sabía más de economía que el mismísimo José Calvo Sotelo, quien no era precisamente un Keynes, pero basta leer la entrevista que el ya Caudillo concedió a Manuel Aznar, precisamente uno de sus chaqueteros más desvergonzados, unos meses (diciembre de 1938) antes del final de la guerra para comprender la ignorancia, la estulticia y la vanidad del personaje.⁶

Mientras que se ha escrito mucho sobre la vida de Franco y hasta el ambiente profesional en que se desarrolló, principalmente el africanista, se han estudiado menos las prácticas, el modo de hacer las cosas, de ese mismo medio profesional y el social del futuro Caudillo. Lo que si aparente es que en ambos medios prevalecía una cultura de favoritismo y corrupción, pero también de convencionalismo y de escaso nivel intelectual. El ejército colonial era notorio por todos ellos. Mientras que despreciaban a la “corrupta” y “poco patriótica” sociedad civil española, los jefes y oficiales tenían un alto concepto de sí mismos. Esta autoimagen casaba mal con la escasa formación, y su falta de deseo de mejorarla, rampante entre esos mismos oficiales. Pero había más: la corrupción. Y esta no solo consistían en que a menudo los jefes y oficiales se llenaban los bolsillos con caudales públicos sino que, en una práctica más generalizada aún, ellos crearon y participaron en un sistema de ascensos y condecoraciones totalmente desorbitado y lleno de irregularidades. Mediocres de horizontes limitados pero ambiciosos y, a menudo, corruptos; estos eran los militares de la generación de Franco.⁷ Cuando muchos de estos mandos lleguen al poder político durante la Guerra Civil, como Ángel Viñas, pero no solo él, ha descrito recientemente, practicarán esa co-

⁵ Esto ya lo dejó claro hace mucho Paul PRESTON: *Franco. A Biography*, Londres, HaperCollins, 1993, pp. 91-143.

⁶ http://www.generalisimofranco.com/VIDAS/manuel_aznar/IMPRIMIR.HTM (consultado por última vez el 04-09-2017)

⁷ Para cultura del ejército colonial, ver Gustau NERÍN: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005; y para su transmisión a la España de Franco, ver Juan Carlos LOSADA MALVÁREZ: *Ideología del ejército franquista, 1939-1959*, Madrid, Itsmo, 1990.

rrupción y nepotismo con total impunidad.⁸ Esta fue una práctica que a Franco le vino muy bien para tener controlados a sus críticos en el ejército: la disidencia política podía llevar al castigo y a la irrisoria, por arbitraria, acusación de corrupción (como el caso de Heli Rolando de Tella en 1943 dejó muy claro para los entendidos). El militarismo de cuartel de los africanistas necesitaba de tropas para domeñar a la población civil: las fuerzas de orden y la Falange cumplieron este papel. En el fascismo de la primera del régimen había mucho no de un militarismo abstracto sino de las prácticas muy acendradas del ejército colonial español, que dese la Guerra Civil usó ese “fascismo” para imponer sus formas cuarteleras de entender el mundo, y dejar que falangistas y otros le hiciesen el trabajo sucio de dominar y encuadrar a la sociedad y en especial a las masas obreras.

Eso por lo que atañe al medio militar de Franco. En cuanto al medio político, el futuro Caudillo buscó, antes de la llegada de la República, patrones y amigos entre lo más granado del caciquismo, desde el propio Alfonso XIII a esos notorios virtuosos del fraude y del amiguismo que fueron Conde de Romanones y Natalio Rivas. Entonces y después, Franco podía leer boletines fascistas pero no era amigo de fascistas; a la hora de la visita social siempre prefirió a los representantes de la “vieja política” antes que a los regeneradores de cualquier laya. Es más, el régimen político ideal de Franco era la monarquía Alfonsina, entre otras cosas porque a él le venía bien. Cuando esta cayó, no se volvió a encontrar a gusto de nuevo hasta que José María Gil Robles se convirtió en su patrón político-profesional. Esto demuestra que el radicalismo político no iba con él, al menos hasta que se vio prácticamente forzado por sus colegas a rebelarse en julio de 1936. Puesto a escoger y sin alternativas entre un Gobierno que detestaba y los peligros y posibilidades de la rebelión, Franco se decantó por esta última.

Esto nos lleva al papel de la ideología en las acciones de Franco. Sobre esto los historiadores sabemos poco, probablemente porque hay poco que saber. Franco, como ya he explicado, nunca escribió ningún tratado político teórico, ni antes ni después de llegar a la Jefatura del Estado (dicho sea de paso, Mussolini tampoco lo hizo; Hitler redactó un bodrio; y Stalin plagió completamente al menos dos de sus trabajos mayores; de la pobreza teórica de Mao y los Kim, ni hablemos). Lo que sabemos que pensaba Franco Caudillo en términos ideológicos es lo que dijo en privado y sus discursos públicos (además de sus artículos periodísticos bajo el seudónimo de Jakim Boor). Del análisis de estas fuentes se desprende más que nada la banalidad de las ideas y el oportunismo del personaje. Salvo una cosa, el poder, sabemos más de lo que Franco rechazaba y odiaba que de lo que quería. No hay en sus discursos pensamiento sistemático, nada que se pueda enmarcar en un contexto teórico que vaya más allá de las generalizaciones de militarismo, reacción y lugares comunes históricos y a menudo erróneos o deformados. El saco de las banalidades de Franco es muy amplio; de este se pueden sacar muchas cosas que a menudo pueden resultar incoherentes y hasta incompatibles si se toman de forma literal. En serio sí hay que tomarlas, no

⁸ Ver, Ángel VIÑAS: *La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*, Barcelona, Crítica, 2015; e Íd.: *Sobornos. De cómo Churchill y March compraron a los generales de Franco*, Barcelona, Crítica, 2016.

por su rigor sino por las consecuencias terribles que tuvieron, pero sin buscar en ellas la clave de nada esencial.

Más que embelesarse con la verborrea narcisista del dictador hay que analizar sus políticas, y, sobre todo, no hay que olvidar que estas se caracterizaban en lo básico por dos parámetros: preservar el poder del Caudillo y adaptarse, escogiendo entre el repertorio ideológico de la coalición del 18 de julio, lo que sirviese al primer objetivo. Franco se servía a sí mismo y para ello atendía a los intereses que apoyaron la revuelta militar a la que él se sumó en el último minuto y con dudas, pero que acabó, en parte por accidente, liderando. La combinación entre lo que Franco sabía (cómo y dónde se había formado y cómo había vivido la política), cómo llegó al poder, sus necesidades de supervivencia política, y las ideas y prácticas de los distintos grupos de la coalición de fuerzas que formaban el régimen, determinó las propuestas de políticas públicas de la dictadura. Estas, claro está, tuvieron que adaptarse a las realidades estructurales de España y, por supuesto, a los acontecimientos nacionales e internacionales. La interacción de ambos grupos, lo estructural y lo contingente, determinó la realidad política del franquismo, y, lo más importante, el impacto de esta en la vida diaria de los españoles.

Del complejo sistema de interacciones arriba descrito hay dos elementos que apuntan directamente a Franco: por un lado, sus necesidades de poder y, por otro, sus limitaciones, prejuicios y preferencias de tipo ideológico. El nexo último de unión —es decir cómo funcionaban— entre estos dos elementos es simple: para mantenerse en el poder e imponer su visión del mundo era esencial negar la diversidad del país que gobernaba. Esto solo podía hacerse a través de un discurso simplista y maniqueo (la España buena y victoriosa contra la pérfida anti-España derrotada) y, sujetando este discurso y a la vez amparado por él, la represión. Sin esta última, sin la violencia contra los disidentes y la intimidación de la sociedad en general, no hubiese sido posible el mantenimiento de la dictadura de Franco. Este es el mínimo reductor del franquismo, y solo a partir de su aceptación se puede entender en su complejidad cómo funcionaba la dictadura y, sobre todo, su longevidad. Traumas históricos, miedos colectivos, intereses económicos y culturales, etc. ideologías de moda o de más solera, son parte necesaria de cualquier análisis medianamente sofisticado del régimen, pero al final, como Franco y todos los españoles entendían muy bien, estaba la violencia como pasado, presente o amenaza. Si se quita a esta no se entiende nada, como tampoco esta se entiende sin el hombre que la utilizó para su propio beneficio.

Pero si Franco fue, desde el punto de vista estructural, un producto de su tiempo y circunstancias, y hasta una carambola, también fue un individuo con capacidad para decidir, y su decisión fue siempre encaminada hacia un objetivo: mantener su poder a cualquier precio, consciente de que este precio pasaba por la aplicación y administración del terror. Que sepamos, el comportamiento inicial de Franco en la Guerra Civil no fue muy distinto del de sus compañeros generales rebeldes: aplicó la violencia de forma extensa e intensa. Esta normalización de Franco, reforzaría el argumento estructuralista en torno a su actuación, pero no puede extenderse, porque no hay elementos de comparación, a su comportamiento una vez que asume el poder. Podemos hacernos algunas preguntas como ¿De haber sido otro u otros los líderes del Nuevo Estado, habr-

¿han hecho estos generales las mismas políticas de represión de Franco? ¿Se habrían obstinado en mantener una dictadura personal a cualquier precio? La verdad es que no lo sabemos, porque no es posible una respuesta contrastable. En todo caso es dudoso que el recurso al argumento de la existencia de un pensamiento e incluso la idolología militarista y aún la africanista, ya de por sí conceptos ambiguos, puedan explicar o mucho menos predecir lo que otros rebeldes compañeros de Franco habrían hecho de estar en su lugar. El africanismo ayuda a entender qué hizo Franco y sus commilitones pero no lo explica, ni muchos menos, de forma total.⁹

Lo que sí sabemos es que, para negar la diversidad del país que gobernaba mediante el terror, y para ayudar a coagular el consenso entre sus partidarios, Franco usó la falsa, pero exitosa y hasta castiza, noción de las dos Españas. No se inventó nada, otra cosa es que utilizase lo existente con saña hacia los demás y enorme provecho propio. La bandera de la patria cubrió la sangre que necesitaba para mandar. A ojos de sus partidarios, le dio pátina de respetabilidad, le dio también sentido y dimensión espiritual, a lo que a la hora de la verdad no era más que un crimen continuo. No era una idea revolucionaria; la novedad estuvo en la aplicación. La historiografía y la cultura nacionalistas decimonónicas, como han demostrado, entre otros, Carolyn Boyd y José Álvarez Junco, proveyeron las bases del entramado intelectual de esta idea, haciéndola respetable sobre todo al bendecir a la patria (otrora un concepto liberal, revolucionario y hasta inclusivo) con la mano sagrada de la religión del estado.¹⁰ Dicho de otra manera, Menéndez Pelayo, por poner el ejemplo más famoso, no mató rojos (y, que yo sepa, a nadie) pero su construcción intelectual de una patria católica exclusiva, en la que no cabían heterodoxias, sirvió luego al franquismo para justificar el exterminio de los enemigos y aterrorizar a la sociedad, al hacer pasar el intento de eliminar la sociedad civil por la cruzada para desinfectar a España de los cuerpos extraños que se le habían ido incrustando en los últimos siglos, y en particular en el XIX, la bestia negra de ese hijo tardío del XIX que fue el propio Franco. Esto es irónico pero no excepcional. El Caudillo hizo lo que otros dictadores contemporáneos, hijos culturales del XIX como él pero que gobernaron en el siglo XX: aplicar proyectos, categorías, teorías y moldes mentales acuñados en aquel siglo (por ejemplo: imperialismo, darwinismo social y racial, y determinismo histórico basado en la lucha de clases) a las realidades de las políticas de masas, las complejas sociedades urbanas y a través de los cada vez más poderosos estados del siglo XX. Solo la dictadura de partido-estado, esto es, la violencia a gran escala, permitieron que esas ideas se impusiesen a la sociedad. Los resultados fueron terribles, tanto en los regímenes fascistas como en los comunistas.¹¹

La mayor parte de la violencia masiva del siglo pasado no se entiende sin la aplicación de esos esquemas ideológicos supresores de la diversidad por el poderoso estado contemporáneo. La

⁹ Para la tesis africanista, ver Sebastian BALFOUR: *Deadly Embrace. Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford, Clarendon, 2002.

¹⁰ Carolyn P. BOYD: *Historia Patria. Politics, History and national Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, University Press, 1997, pp. 99-121; José ÁLVAREZ JUNCO: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 383-464.

¹¹ Mark MAZOWER: "Violence and the State in the Twentieth Century", *American Historical Review*, 107:4 (diciembre, 2002), pp. 1147-1167.

dictadura fue una consecuencia de, y no solo una reacción a, la política de masas, y de la insuficiencia muchos sistemas liberales para democratizarse y alcanzar una estabilidad. El papel de los dictadores, como individuos, solo se entiende en este marco. A menudo se ha explicado que la violencia de los dictadores, y hasta de las sociedades de las que emergieron, viene de sus experiencias de brutalización en guerras (guerras coloniales de África, la Primera Guerra Mundial, la Guerra Civil rusa, etc.) Es un argumento tautológico: los futuros dictadores fueron a guerra, luego la guerra hizo a los dictadores. Con lo cual podríamos llegar al absurdo de considerar que cualquiera que fue a la guerra en tiempos modernos se convirtió, potencialmente al menos, en una persona cruel o en un dictador. El argumento no merece que perdamos mucho tiempo, pero hay que señalar que, en el caso de España, habría que aplicar esta sombra acusadora, entre otros, a los jefes y oficiales que después de luchar en África se mantuvieron leales a la República; y a los millones de españoles que, una vez acabada la Guerra Civil, aborrecieron de palabra y de obra la violencia para el resto de sus vidas. Lo mismo sirve para los millones de veteranos de países que, como el Reino Unido, Francia o Bélgica, siguieron siendo democracias después de 1918. No hay duda que la experiencia africana brutalizó a muchos jefes y oficiales, entre ellos a Franco, pero el africanismo no explica por sí solo la violencia de la Guerra Civil ni del franquismo. Entre otras cosas porque los falangistas y carlistas que fusilaron a mansalva, como lo hicieron también muchísimos milicianos republicanos, no eran africanistas, ni siquiera militares.

Responsabilidad y autoridad

La Guerra Civil no se produjo por una negación de la diversidad de España, ni el objetivo inicial de los rebeldes era necesariamente esto. La guerra no surgió en medio de una fractura de las supuestas dos Españas. La lógica bélica, y el proceso de implantación de la dictadura primero, y luego las necesidades del dictador Franco, crearon pronto esta situación, que se mantuvo hasta poco antes de la muerte de Franco, cuando el resurgimiento de la diversidad, y lo que algunos llaman sociedad civil, desbordó de forma evidente los controles político-sociales del tardofranquismo, revelando la realidad que la represión y el miedo habían escondido apenas durante las décadas previas. Esta diversidad demostró la falacia de la idea de las dos Españas.

Franco no impuso la España dual oficial que nació en julio de 1936, la guerra lo hizo, negando así la realidad de una España real y diversa que aterrada fue forzada a partirse en dos. La división en los frentes fue coetánea a la dictadura del miedo en ambas zonas de retaguardia. La expresión de divergencias se convirtió en mortal. La continuación de la guerra y el enroscamiento de Franco en el poder hicieron permanente este proceso. La propia creación del Caudillo, como líder carismático de España, exigió la supresión de la España diversa y la imposición de la dual. Su poder emanaba de verdades supuestamente trascendentes de naturaleza sagrada -la religión y la patria- y por lo tanto las minorías verdaderamente oprimidas, a diferencia de las masas de los no menos supuestamente engañados, tenían que representar lo ajeno a esa esencia nacional, la anti-España. El Caudillo se convirtió en el guardián de esa pureza de la España renovada que se había

ganado con la sangre redentora de los buenos españoles y, a su vez, con la derrota -en realidad el exterminio pero siempre presentado de manera difusa y hasta confusa- de los enemigos de la patria.

Sin embargo, esta construcción de la verdad única no podía basarse sola o principalmente en mitos histórico-culturales palingenésicos, sino que precisaba de políticas concretas que cimentasen los intereses económicos y culturales de la coalición política franquista. La violencia era la piedra angular del edificio del nuevo régimen, pero las políticas de recompensa eran los pilares del edificio de la España franquista. Estos se basaban en negar no ya la legitimidad los intereses de millones de españoles, sino aun más su propia existencia, y es ahí donde la violencia del Estado y la connivencia de una parte de la sociedad se reunieron en el silencio cómplice de los crímenes propios o en la denuncia de los reales o supuestos de los vencidos, y, por último, en la explotación material de los vencidos o incluso de los “vencedores” más pobres.¹²

El franquismo fue un régimen que negó la diversidad e España a base de reconocer una diversidad parcial, y por eso careció de una ideología cerrada única y completamente excluyente. Al contrario, tanto el dictador como su régimen mostraron una cierta capacidad de ambigüedad, de adaptación, siempre que esta no cruzase las ya citadas líneas rojas del poder de Franco y los intereses del núcleo social más poderoso de la coalición que le apoyaba. Las diferentes fases ideológicas del régimen y de los discursos del Caudillo como fascismo, social-catolicismo, desarrollismo, etc. se movieron siempre dentro de estos parámetros y, por supuesto, nunca cuestionaron la violencia de fondo de la dictadura. Represión, supresión de la diversidad, castigos y recompensa materiales y espirituales, y mentiras fueron las bases últimas de todas las políticas de las distintas fases del franquismo. Las ideologías aceptables para la dictadura solo lo eran en las medidas en que servían a estas políticas. Por eso es dudoso que la ideología de Franco sea relevante, al contrario que sus políticas, para entender el papel de este en la historia del país.

Sería un error separar aspectos de la represión franquista, de la negación de la diversidad, como por ejemplo la política lingüística, de otros como fueron las políticas de salarios o la contrarreforma agraria, para construir discursos sectoriales, o nacionales, lógicos en el contexto de la España de hoy pero de naturaleza anacrónica. Todas esas políticas formaban parte de lo mismo: de la violencia como esencia de la política. Esto explica por qué Franco, quien detestaba al nacionalismo periférico, al mismo tiempo hizo gestos para insertar la diversidad lingüística y cultural española de forma “orgánica” en su mentira de la España única (en esto, la política regionalista del franquismo fue muy similar, por ejemplo, a la de los nazis: el todo de la variedad regional era inseparable de la esencial nacional). De la misma manera y al mismo tiempo, el dictador que destrozó al campesinado pobre hizo gestos para construir una utopía rural a través del Instituto Nacional de Colonización. De nuevo, en ambas políticas, la cultural-nacional y la social-agraria, la violencia era la base de una actuación que a su vez permitía la negación de la diversidad, a base de

¹² He explicado esto en más detalle en Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo (1939-1975)*, Madrid, Alianza, 2016.

construir una diversidad aceptable y limitada desde el poder y al servicio este mismo y sus partidarios.

Quizás no sea una idea popular en estos tiempos cuando el nacionalismo periférico goza de fuerte vigor social, pero no creo que la violencia franquista se ensañase adrede con ninguna zona de España ni, a priori, con ningún sector social más que con otro. Esto contradeciría su propio concepto de la unidad de “los hombres y las tierras”, de España (como Franco explicó en su testamento político) que eran diversos. La dictadura atacó más fuerte allí donde encontró una diversidad real -esto es, una oposición a su proyecto negacionista- mejor articulada, ya que esta iba en contra de su propia esencia. Esta esencia nunca fue otra que la represión política que hizo posible otra represión más extensa aún, la socio-cultural, que sí se dirigió específicamente contra aquellos sectores que competían con los que apoyaban a la dictadura. Tampoco creo que hubiese una “cultura de represión” en el franquismo. Lo que sí hubo fue mucho más prosaico: la represión del enemigo y una profunda indiferencia hacia las consecuencias de las políticas sociales del régimen. En resumen, no se pueden separar los cerca de 150.000 fusilados, las quizás 200.000 personas que murieron de hambre, la falta de libertades públicas, el pisoteo de los derechos lingüísticos y culturales, etc. Esta realidad de la represión, que va más allá de meros marcos regionales, no es sino la manifestación de la extensión de la violencia esencial del franquismo. Esta violencia, en suma, explica mejor que fue este régimen que todas las etiquetas ideológicas.

¿Cuál fue el papel de Franco en esta violencia esencial? Hasta octubre de 1936 el de co-responsable, y después el de responsable máximo. Pero aun así hay que distinguir entre responsabilidad y autoridad, que no es lo mismo. Incluso si siendo muy generosos con el dictador, y presumiendo, que es mucho, que él no tenía autoridad o incluso conocimiento de muchos crímenes cometidos por su bando o por el estado que encabezó, no tenemos indicación alguna de que *hizo* nada y ni siquiera *dijo* nada, por suprimir o regular esos crímenes, que, repetimos eran la esencia de su régimen. Con otras políticas, como las sociales, y hasta con las culturales, nacionales y religiosas, se permitió en diferentes momentos presumir de hacer grandes y buenas cosas, y hasta de mostrar aparente tolerancia y generosidad. Hizo gestos equívocos y normalmente inútiles. Esto se debió a tensiones y presiones internas y/o externas, ligadas también al propio cambio de la sociedad española y del panorama internacional; pero también se debió a las propias contradicciones y exigencias lógicas de los discursos fascista, católico y desarrollista del régimen. En todo caso, esas expresiones o concesiones a la diversidad tuvieron siempre las mismas líneas rojas de no cuestionar su poder ni los intereses básicos de sus partidarios, y desde luego no reconocer que ambos estaban basados, en origen y en ejercicio, en el terror. En esto no hubo concesión alguna. Es aquí donde la responsabilidad y autoridad de Franco convergían y donde el papel histórico del individuo aparece como claro. Al no asumir, por negar, la violencia de su régimen, el Caudillo afectó de forma personal y profundamente la historia del país. Él, Francisco Franco Bahamonde, escondido detrás de la máscara del Caudillo, hizo y fue responsable de que centenares de miles de personas muriesen asesinados por balas o por hambre, que el país viviese más atrasado que sus vecinos europeos, que la vida de los españoles fuese muy dura, que no tuviesen libertad para expresar y

mostrar lo que pensaban o cómo se sentían, que no pudiesen defender sus derechos y aspiraciones, etc.

Es indemostrable si José Sanjurjo, Emilio Mola o Don Juan de Borbón, por poner algunos ejemplos, habrían hecho lo mismo, pero creo que en este ensayo queda patente lo que Franco, el hombre, hizo. Tampoco podremos saber qué habría hecho Franco de ganar Hitler la Segunda Guerra Mundial. En todo caso, no creo que podremos saber nunca con certidumbre por qué hizo lo que hizo, el papel de su psicología, su formación y experiencias profesionales, las contingencias y casualidades, el impacto de las ideologías de su tiempo, etc., pero esto es al fin y al cabo especulación, tan atractiva como inútil. Los historiadores llevan décadas preguntándose qué pensaba Stalin cuando permitió que muriesen u ordenó matar a millones de enemigos (reales o supuestos) y amigos y no creo que estemos más cerca de saber la verdad que en los años treinta. En el caso del dictador ibérico, lo importante, insisto, es lo que hizo y, sobre todo, cómo afectó esto a los españoles que gobernó. Para que Franco se transformase en el Caudillo tuvo que suprimir la diversidad de España. Dicho así casi se olvida uno de que detrás de esa diversidad no había otra cosa que las vidas de millones de personas.

La supresión de la diversidad era el miedo, y viceversa. Los cambios sociales y culturales que se dieron en España con el proceso acelerado de urbanización e industrialización que arrancó en los años cincuenta, y que se manifestaron en una clara mejora de los indicadores de bienestar y educativos en los años sesenta, últimamente contribuyeron a minar tanto el miedo como a la uniformidad impuesta. Esto es, que el progresivo retorno a la diversidad en el tardofranquismo cuestionó al miedo. Quitarse este, lo que en general se dio más entre los jóvenes que entre las generaciones mayores, supuso afirmar en público tanto las realidades que habían estado ocultas desde la Guerra Civil como las nuevas aparecidas desde entonces. Pero el anclaje último del miedo, esto es de la dictadura, Franco, seguía vivo. A pesar de las esperanzas de los enemigos del régimen, en perspectiva, parece casi inevitable que solo con la muerte del Caudillo podía acabarse con la dinámica creada en 1936. En todo caso, eso fue lo que ocurrió casi inmediatamente tras el 20 de noviembre de 1975; y por eso no debe de sorprender la explosión de conceptos y comportamientos, nuevos y viejos, esto es, el retorno a la diversidad, que se produjo a partir de entonces. Como he explicado en otro lugar, los españoles ya se sentían ciudadanos antes de aquella fecha pero solo se hicieron demócratas en su mayoría hasta poco después. En 1975, los españoles sentían que tenían derechos y deberes colectivos, pero el miedo y el régimen no les había permitido aún ser personas libres. Como se demostró en las calles primero y en el parlamento después, una vez garantizado un mínimo de libertad, los miedos a reaparición de las dos Españas fueron infundados. No podía ser de otro modo: esas dos Españas eran hijas pero no madres de la Guerra Civil, y su padrastro, Franco, había muerto.

En 1976 comenzaron a hacerse evidentes las muchas Españas reales, que no han dejado de evolucionar desde entonces. Porque en contra de lo que intentó imponer la dictadura, nunca hubo una España, ni una anti-España, esenciales, solo el terror y las complicidades que el dictador supo administrar para que este siguiese rigiendo la vida de los españoles. Dudo que esta re-

flexión atraiga a los que creen en las patrias esenciales, sea donde sea, hasta el punto de negar su carácter histórico-contingente. Yo solo me he limitado a explicar lo que he aprendido de lo que pasó a la diversidad en España a partir de 1936 y porqué y cómo un hombre, disfrazado de Caudillo, pudo afectar tanto a la historia del país. Para ello, he contado la verdad última del horror que apenas escondieron sus palabras y quienes lo justificaron o alabaron.

Conclusión

Las dos Españas no dieron lugar a la Guerra Civil, entre otras cosas porque ni antes ni después del conflicto hubo nunca dos Españas. El mito de las dos Españas si no nació si al menos caló el 18 de julio de 1936; y por una razón tan mala como efectiva: la propia guerra. La separación del territorio del país en dos bandos-estados forzó, al mismo tiempo, la polarización de la sociedad y el silencio impuesto sobre la diversidad de España. Esto es más válido para el bando rebelde que para el republicano, pero cierto para ambos. Luego, la dictadura que emergió de la guerra profundizó el doble proceso de polarización identitaria y de negación de la diversidad. Puesto de otro modo: las dos Españas no fueron nunca una realidad socio-cultural sino la forma interesada con la que se explicó un trauma colectivo y se justificó el poder de su principal perpetrador y responsable.

El poder ilegítimo de Franco precisaba de esta política. Solo mediante la creación de un discurso dualista, de España frente a la anti-España, podía el dictador justificar su papel de garante de la autenticidad; o, dicho de otra manera, solo mediante la falsificación simplificadora de la realidad podía el Caudillo clamar su misión histórica mesiánica. Detrás esta impostura había intereses materiales y espirituales clarísimos, pero el bulo necesitaba de una justificación esencial. Este el papel que le tocó a la historiografía nacionalista española. Como todo discurso nacionalista, esta se nutrió de una lógica dual de ellos frente a nosotros, y de acoso y redención, esto es, de un discurso palingenésico, que encajaba perfectamente con las necesidades del Nuevo Estado. Por eso Franco siempre echó mano de la historia para justificar sus políticas. En esto el autoproclamado Caudillo no inventó nada. Por un lado, Mussolini y Hitler hicieron lo mismo, y, por otro, había una larga tradición de pensamiento histórico nacional-católico disponible que arrancaba de la historiografía española de mediados del siglo XIX. No deja de ser irónico que el siglo que Franco hubiese querido borrar de la historia le proveyó con el tipo de Historia que el necesitaba para suprimir la realidad del siglo en el que él gobernaba, empezando por la negación de la complejidad cultural y social de un país europeo occidental moderno.

Los historiadores, y otros, hemos debatido si la de Franco fue o no una dictadura fascista o simplemente autoritaria. No estoy seguro de que este debate ilumine la cuestión de la supresión de la diversidad política, social y cultural que existía en España en 1936, y, lo que es más importantes, sus consecuencias en la vida de la gente. Lo importante fue la intención y el efecto de las políticas del dictador. La intención era clara: mantener su poder. Para ello necesitaba suprimir lo que no cupiese en el españolismo nacional-católico que ya existía, como ideología de una minoría, en la España prebélica; aquí cabían también diversos sectores con ideologías más diversas y hasta

modernas. Eso es lo que hay detrás del famoso (e insuficiente por blando) “pluralismo restringido” de las “familias políticas” del régimen. Pero, una vez sentados los límites de lo admisible, lo que realmente importaba es cómo se procedió a imponer la uniformidad (que nunca se consiguió, por supuesto) y esto nos lleva a las políticas del régimen, que para ser entendidas no necesitan del debate autoritarismo-fascismo, simplemente porque los datos hablan por sí solos y tienen un componente común esencial y permanente: el terror. En un determinado momento, el fascismo fue una opción, válida de forma parcial, al servicio del régimen y, sobre todo, del dictador para dar coherencia a su poder y su carisma políticos. Luego, según las conveniencias, la dictadura descartó al fascismo por fórmulas más social-católicas primero, y después desarrollistas. Pero por debajo de los discursos el franquismo fue algo más permanente, mundano, descarnado y simple: un régimen de terror, nacido gracias al terror y sostenido por el ejercicio o la amenaza del terror. Debajo de este terror había una realidad compleja y diversa que quedó apenas disimulada por las mentiras, las que el régimen decía para mantener su supuesta legitimidad política y las que sus víctimas fingían para mantenerse vivas. Encima había una red de intereses materiales y espirituales a los que les convino callar sobre el terror. El precio de la supresión de la diversidad fue la muerte y la miseria vital para millones de españoles. Esto lo hizo el Caudillo, pero detrás de esta imagen mítica había, Franco, la persona, quien eligió seguir gobernando España sabiendo muy bien el precio que los españoles debían de pagar por ello. Heredero del terror, ejecutor del terror, mentiroso del terror, beneficiario del terror: el Caudillo fue el terror. Este fue su contribución esencial, innegable, personal y determinante a la historia de España.

En tierra de ¿nadie? Manuel Portela Valladares y el republicanismo liberal en la Guerra Civil española

In "no-man's?" land: Manuel Portela Valladares and liberal
republicanism in the Spanish Civil War

Pilar Mera-Costas
Universidad Complutense de Madrid
mpmera@ucm.es

Resumen: Manuel Portela Valladares comenzó 1936 presidiendo el Gobierno de la Segunda República y lo terminó exiliado en Francia. Con setenta años y una larga carrera política a sus espaldas, se enfrentaba por primera vez a una guerra. Una guerra de cuyos contendientes se sentía lejano, no sólo porque no compartía sus planteamientos y su comportamiento en retaguardia, sino también porque ninguno fue capaz de garantizar su seguridad personal mientras ambos incautaban sus bienes. Así, Portela se encontró en los primeros compases del conflicto exiliado por obligación y en tierra de nadie, aunque su situación personal y su compromiso con la defensa de la República se fue clarificando con el paso de los meses. Partiendo de estas premisas, el objetivo de este trabajo es reconstruir la experiencia bélica de Manuel Portela Valladares: su persecución, su huida, sus dudas iniciales, el difícil acomodo que su posición centrista le planteaba en uno y otro bando, su apuesta definitiva por los republicanos y su defensa de la mediación internacional como estrategia para fortalecer las opciones de victoria.

De este modo y a través del relato y el análisis de una experiencia personal, el artículo ejemplifica las dificultades, persecuciones, peligros e incomprensiones que sufrieron los republicanos liberales tras el estallido de la Guerra Civil. Políticos e intelectuales cuya ideología se ubicaba entre el centro izquierdo y el centro derecha, firmes defensores de la democracia parlamentaria y enemigos de los regímenes autoritarios, que tras el golpe de Estado y el conflicto civil subsiguiente se encontraron sin espacio, perseguidos por los extremos, con su vida en peligro y atrapados en un mundo en el que su manera de entender la política parecía no tener ya cabida. Este espacio intermedio y fluctuante ha recibido, en ocasiones, la denominación de Tercera España, un concepto de presencia intermitente que pese a las posibilidades que ofrece está todavía pendiente de una definición historiográfica sólida y que va más allá de una pequeña minoría de intelectuales que se abstuvo de la guerra, englobando a una amplia nómina de demócratas que, desde el exilio o el

interior de España, siguió defendiendo en sus escritos y en sus acciones los valores de la democracia liberal.

Palabras clave: Manuel Portela Valladares, Guerra Civil española, republicanismo liberal, Tercera España, biografía

Abstract: Manuel Portela Valladares began in 1936 presiding over the Government of the Spanish Second Republic and ended up in exile in France. With seventy years and a long political career behind him, he was facing a war for the first time. A war whose contenders felt distant, because not only they did not share their political approaches and their behavior in the rear-guard, but also because none was able to guarantee their personal safety, while both sides seized their property. Thus, Portela was in the early stages of the conflict exiled by obligation and in no man's land, although his personal situation and his commitment to the defense of the Republic was clarified over the months. Starting from these premises, the objective of this work is to reconstruct the war experience of Manuel Portela Valladares: his persecution, his flight, his initial doubts, the difficult accommodation that his centrist position posed him in one and another side, his definitive bet for the Republicans and his defense of international mediation as a strategy to strengthen victory options.

In this way and through the story and the analysis of a personal experience, the article exemplifies the difficulties, persecutions, dangers and misunderstandings suffered by the liberal republicans after the outbreak of the Spanish Civil War. Politicians and intellectuals whose ideology was located between the center left and the center right. Firm defenders of the parliamentary democracy and enemies of the authoritarian regimes, that after the coup d'etat and the subsequent civil conflict were without space, persecuted by the extremes, with his life in danger and trapped in a world in which his way of understanding politics seemed to have no place. This intermediate and fluctuating space has received, on occasion, the name of Third Spain. A concept of intermittent presence that despite the possibilities it offers, is still pending a solid historiographic definition, and that goes beyond a small minority of intellectuals who abstained from the war, encompassing a wide range of democrats who, from exile or inside Spain, continued defending the values of liberal democracy in their writings and actions.

Keywords: Manuel Portela Valladares; Spanish Civil War; Liberal Republicanism; Third Spain; Biography.

Para citar este artículo: Pilar MERA-COSTAS: "En tierra de ¿nadie? Manuel Portela Valladares y el republicanismo liberal en la Guerra Civil española", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 36-60.

Recibido: 25/01/2018

Aprobado: 01/03/2018

En tierra de ¿nadie? Manuel Portela Valladares y el republicanismo liberal en la Guerra Civil española

Pilar Mera-Costas
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

A lo largo del siglo XX, los intelectuales españoles han contado la historia de España a través de relaciones bipolares de bandos enfrentados. La «España muerta, hueca y carcomida» frente a la «España nueva, afanosa, aspirante, que tiende hacia la vida», de José Ortega y Gasset.¹ Las heladoras del corazón a las que cantaba Antonio Machado. Liberales ilustrados frente a católicos tradicionales. Republicanos frente a franquistas. Vencedores y vencidos... Sin embargo, la arquitectura de dos frentes bien delimitados, homogéneos y sin vasos comunicantes entre uno y otro se resiente a la primera aproximación que intente definirlos, especialmente si esa aproximación se hace desde una perspectiva prosopográfica. Incluso en un contexto como el de una guerra, con el enfrentamiento real de dos bandos en lucha, no sólo resulta difícil describir un panorama homogéneo, sino también colocar de manera natural en uno de ellos a un buen número de personajes y también de sectores políticos, sociales y culturales. Si bien en buena medida la mayor parte de ellos acabó optando por un bando, pues la neutralidad es una opción poco viable en una guerra civil, la mayoría mantuvo puentes entre ambos y no acabó de sentirse cómodo en ninguna de las posiciones.²

Este espacio intermedio y fluctuante ha recibido, en ocasiones, la denominación de Tercera España, un concepto de presencia intermitente que pese a las posibilidades que ofrece está todavía pendiente de una definición historiográfica sólida. Quizás la más completa hasta el momento es la ofrecida por Paul Preston, que en su uso ha ido más allá de los ejemplos clásicos, algunos discutidos, de una pequeña minoría de intelectuales que optaron por «abstenerse de la guerra»: Salvador de Madariaga, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón o Ramón Pérez de Ayala. Preston incluye también a políticos centristas que no participaron en el conflicto, como Alejandro Lerroux o el expresidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, pero va más allá, ampliando el espectro a «un reducido grupo de exiliados y a grandes sectores de ambos bandos durante la contienda». Una nómina que inicia con uno de los ejemplos más evidentes: el del político gallego Manuel Portela Valladares.³

¹ José ORTEGA Y GASSET: «En defensa de Unamuno», *Obras completas*, vol. X, Madrid, Alianza y *Revista de Occidente*, 1986, p. 266.

² José María NIN DE CARDONA: «La oratoria política de Ortega y Gasset», *Revista de Estudios Políticos*, 195-196 (1974), pp. 239-254; Santos JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2005.

³ Paul PRESTON: *Las tres Españas del 36*, Madrid, Plaza y Janés, 1998, pp. 15-16.

Liberal de larga trayectoria política, Portela fue diputado, gobernador civil y ministro de Fomento durante la Restauración. Se opuso al golpe de Primo de Rivera y, tras la caída de la dictadura, se convirtió en uno de los llamados *viudos de la monarquía*, políticos liberales que desde la defensa del orden, el consenso y las prácticas parlamentarias transitaron hacia el republicanismo abrazando su causa. Durante la Segunda República, Portela no sólo fue de nuevo diputado, sino que ocupó los puestos más importantes de su vida pública: el Gobierno General de Cataluña, el Ministerio de la Gobernación y la Presidencia del Consejo de Ministros. Fue el encargado de gestionar las elecciones de febrero de 1936, en las que encabezó un proyecto de partido de centro cuya misión era atemperar la progresiva polarización política y lograr consolidar así, el régimen republicano. El resultado electoral fue más pobre de lo que esperaba, pero su negativa a respaldar un golpe de Estado que lo mantuviese al frente permitió la entrada de Manuel Azaña y los republicanos de centro izquierda en el Gobierno. Con estos antecedentes, la situación que se desató tras el golpe de 1936 lo dejó, de entrada, huérfano de referentes, alejado tanto de la política militar como de los proyectos revolucionarios. A los setenta años, se enfrentó por primera vez a una guerra en la que su posición le daba, al menos inicialmente, un difícil acomodo. Por ello, la reconstrucción y análisis de su experiencia personal a lo largo de estas páginas permitirá describir y ejemplificar las dificultades que atravesaron durante la Guerra Civil los republicanos liberales, aquellos exmonárquicos que se convirtieron en republicanos a fuer de defensores de la democracia liberal, en un momento en el que su manera de entender el parlamentarismo y la política parecía no tener ya cabida.⁴

El camino previo. Julio de 1936

Portela comenzó el mes de julio con la resaca victoriosa y entusiasta del referéndum del estatuto de autonomía de Galicia, al que tanto él como su periódico, el diario vigués *El Pueblo Gallego*, habían apoyado de manera intensa. Pero la alegría no duró demasiado. La euforia de ambos y el protagonismo que el periódico dedicó tanto al resultado como a sus consecuencias se vieron empañados por una noticia que sacudió el panorama político: la de los asesinatos consecutivos del teniente Castillo, el 12 de julio, y el líder de Renovación Española, José Calvo Sotelo, el día 13. Para *El Pueblo Gallego* estas muertes encadenadas eran un presagio trágico de guerra contra el que había que luchar.⁵

La Diputación Permanente de las Cortes se reunió el 15 de julio para analizar la gravedad de la situación y las posibles consecuencias. Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, encabezó una sesión a la que asistió Portela, como representante del Partido de Centro. Junto a ellos, los demás diputados que integraban la Diputación: Luis Fernández Clérigo, Marcelino Domingo, Leandro Pérez Urría, Emilio Palomo y Pedro Vargas, de Izquierda Republicana;

⁴ Pilar MERA COSTAS: *Monárquico. Republicano. Liberal. Biografía política de Manuel Portela Valladares*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

⁵ *El Pueblo Gallego*, 14 de julio de 1936, p. 1.

Indalecio Prieto, Julio Álvarez del Vayo y Luis Araquistain, del PSOE; José María Gil Robles, Geminiano Carrascal y Rafael Aizpún, de la CEDA; Pedro Corominas y José Tomás Piera, de Esquerra Republicana de Cataluña; Juan Ventosa, de la Lliga Catalana; Pedro Rico López, de Unión Republicana; José María Cid, del Partido Agrario; José Díaz Ramos, del Partido Comunista, y Fernando Suárez de Tangil, de Renovación Española. En representación del Gobierno, el ministro de Estado, Augusto Barcia, y el de la Gobernación, Juan Moles.⁶

La sesión fue tensa y grave. La primera intervención le correspondió a Suárez Tangil, quien leyó una declaración sobre la posición adoptada por el Bloque Nacional tras el asesinato de su líder que acusaba directamente al Gobierno y a las izquierdas. «Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto», proclamó, manifestando que esto suponía un cambio en la actitud de su grupo, que mantenía sus ideales y su deber de «salvar a España», pero se alejaba del Congreso. Augusto Barcia, respondió a las acusaciones del conde de Vallengard defendiendo la inocencia del gabinete. Gil Robles, en la misma línea que Suárez Tangil señaló la responsabilidad del gabinete con extrema dureza. «La sangre de Calvo Sotelo está sobre vosotros y no os la quitaréis nunca, sobre vosotros y sobre la mayoría», anunciándoles que recogerían lo sembrado y que la violencia que habían desatado se volvería contra ellos. También Prieto defendió al Gobierno, doliéndose por la muerte del diputado de Renovación Española, pero también por la de otros, como Luis Sirval, a quienes Gil Robles no recordaba, reprochándole que entonces no hubiera tomado la misma actitud y en lugar de corregir los excesos de su entorno, los hubiese aprobado. Por ello, en su opinión, no tenía «derecho a creer sus manos totalmente limpias y pulcras mientras porfía por enfangar las de los demás».

Las intervenciones se convirtieron en un cruce de acusaciones apasionadas, y dolidas, que más que al acuerdo, parecían tender a la asunción del desencuentro, alimentando la tensión. Ante esto, Portela Valladares planteó su participación en el debate como una llamada a la calma y a la necesidad de caminar hacia la concordia. Una llamada a la búsqueda del terreno común que dejó una impresión favorable, incluso en un político como Martínez Barrio, quien no sentía especial afinidad por Portela, y que lo reflejó en sus memorias con tono elogioso, destacando la lucidez de sus palabras, «colmadas de razón y prudencia».⁷

Con un discurso pausado, llamó la atención sobre las consecuencias trágicas que sobrevolvían sobre los últimos acontecimientos e instó a los presentes a actuar con responsabilidad, respondiendo a la gravedad de la situación y a la dignidad de su cargo. Recogiendo el análisis de Prieto sobre la situación de España, «inestable, cruda, hiriente, expuesta a la explosión, con el temor en la calle», apuntó a que si se prolongaba de manera permanente, sólo traería «estrage para España y para la República». Si no se cortaba el miedo y la violencia, estos sucesos podían ser el inicio de un nuevo ciclo para el país. Ejerciendo entonces de fiel de la

⁶ El relato de la sesión está tomado de las actas de la misma: *Diario de Sesiones de la Diputación Permanente de Cortes*, núm. 5, 15 de julio de 1936, pp. 1-28.

⁷ Diego MARTÍNEZ BARRIO: *Memorias*, Barcelona, Editorial Planeta, pp. 345-355.

balanza, el papel al que había aspirado para su partido de centro, interpeló a ambos extremos, recordándoles los valores que compartía con unos y otros y conminándolos a su defensa:

Vosotros (dirigiéndose a los ministros y a los diputados del Frente Popular) tenéis el fervor del régimen; yo también lo siento. Vosotros (dirigiéndose a los diputados de la oposición de derechas) tenéis el fervor de la patria. ¿No os preocupa la patria? ¿No la habéis de poner, en estos momentos de gravedad y preocupación, por encima del apasionamiento político? ¿No vale la pena que unos y otros tengamos un momento de detención ante el porvenir, y que en esa situación, hoy tan zozobranante y tan llena de angustias y temores, tratemos de remediarla, y de llevar por otros caminos la vida política de nuestro país? (...)

Creo que podemos luchar y que tenemos un camino común para luchar; creo que por el bien de todos, hasta por egoísmo personal, estamos obligados unos y otros a decir: ¡Alto el fuego!

¿No es posible que llegemos a un punto, no de inteligencia, pero sí de tregua? Pensadlo señores diputados. (...)

Os engañaríais, se engañarían aquellos que creyesen de esta situación de violencia iba a venir la tranquilidad para unos y para otros. Triunfará, momentáneamente, una u otra fracción, después vendrá la reacción del otro lado. Por este camino, nunca habrá paz en España, jamás se podrá considerar fijo y definitivo el triunfo de una de las banderías en lucha, iremos cayendo unos y otros, dejando en estas tristes páginas de la historia los momentos por que estamos atravesando tan dolorosos y tan agudos, dentro y fuera de España; momentos de conmoción, momentos de desequilibrio del mundo, de renacimiento del mundo en que, al venirse abajo los escombros de lo viejo, sepultan a muchos seres. Creo que los que estamos aquí, si nos lo proponemos, podemos llegar a un momento de mayor calma, de mayor aquietamiento, de mayor convivencia.⁸

Su llamada a buscar el terreno común cambió el tono de la sesión. Las siguientes intervenciones, la del catalanista Ventosa y el diputado agrario, José Cid, recogieron la petición de Portela y limitaron su crítica a Casares Quiroga, manifestando su buena intención y su deseo de alcanzar la concordia a la que el centrista apelaba. Pero Gil Robles rompió el encanto y pese a alabar su invocación al sentido patriótico, le recordó que no eran ellos quienes habían alterado el clima de paz. «¿Qué os extraña que las gentes oprimidas estén pensando en la violencia, no para aplastaros a vosotros, sino para librarse de vosotros y de la tiranía con la que los estáis oprimiendo?». Por eso, las izquierdas eran las únicas culpables. Se desvanecía el espejismo de tregua y encuentro a la que Portela había abierto la puerta. La sesión se cerró con una votación sobre la prórroga del estado de alarma, que se interpretó como una prueba de confianza al Gobierno y que se aprobó por trece votos contra cinco, con la abstención de Portela, que se anclaba a la posición intermedia. Preocupado por la evolución de los acontecimientos y por las consecuencias que tendría esta falta de acuerdo, regresó a Barcelona tras la reunión. Allí le sorprendería el golpe de Estado.

⁸ *Diario de Sesiones de la Diputación Permanente de Cortes*, núm. 5, 15 de julio de 1936, pp. 16-17.

El inicio de la Guerra Civil: la huida de Barcelona

Siempre bien informado a través de una extensa y variada red de contactos, Portela tuvo noticias de la sublevación de la guarnición de Marruecos el mismo día 17. El 18 por la tarde, agentes de los cuerpos de orden público que habían estado bajo sus órdenes le avisaron de que corría el rumor de un levantamiento previsto en la ciudad esa madrugada y que se estaban preparando para evitarlo. Salió a la calle para hacerse una idea de lo que estaba sucediendo y comprobó que un retén de unos doscientos guardias de asalto se había apostado en un cruce muy próximo a su domicilio, en la confluencia del Paseo de Gracia con la Diagonal. Regresó a casa al caer la noche, pero inquieto por lo que había visto y por lo que imaginaba al unirlo a lo que le habían contado, a las tres de la mañana ya estaba en pie. Poco después comenzaron los disparos. Tras un par de llamadas telefónicas a sus contactos de Gobernación, averiguó que un grupo de soldados sublevados se había tropezado con otro de guardias de asalto y que después de un tiroteo que se saldó con varios muertos, estos habían conseguido disolverlos. Otro grupo de soldados se unió a las fuerzas de orden público para intentar neutralizar a aquellos de sus compañeros que querían sublevarse. El golpe fracasó y el día 20 la insurrección militar estaba controlada, pero eso no trajo la calma a la ciudad. Se produjeron manifestaciones triunfales por la calle que desembocaron en enfrentamientos, asaltos a casas y edificios oficiales protagonizados por grupos de anarquistas eran continuos. Robos, detenciones arbitrarias sin la garantía de seguridad jurídica, muertes accidentales y no tan accidentales...«Toda señal de autoridad y policía desapareció» y el desorden se apoderó de Barcelona.⁹

Ese desorden, en el que la autoridad policial parecía haberse diluido, suponía un peligro real no sólo para monárquicos o golpistas. Todo elemento que pudiese ser relacionado con la derecha incluso con el centro, aunque llevase el apellido republicano, temía ser detenido, asaltado o asesinado. En medio de ese clima, Portela corría doble peligro. Por un lado, por su condición de conde consorte y por la situación económica desahogada de la que gozaba gracias a su matrimonio con Clotilde de Brías.¹⁰ Por otro, por sus vinculaciones políticas: su pasado monárquico, su etapa de gobernador civil de Barcelona frente al pistolero, con los anarquistas como el objetivo principal de su política de orden público, hasta su experiencia republicana, en la había ocupado la cartera de Gobernación y había compartido gabinete con la CEDA. Todo ello lo convertía en un blanco previsible, sin que su mala relación con Gil Robles, sus enfrentamientos con él para evitar sus intentos de militarizar el orden público o su negativa de amparar con su presidencia un golpe de Estado tras las elecciones de febrero fuesen coartada suficiente para garantizar su seguridad.

⁹ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias. Dentro del drama español*, Madrid, Editorial Alianza, 1988, pp. 52-55; Abel PAZ: *La guerra de España: paradigma de una revolución. Las 30 horas de Barcelona (julio del 36)*, Barcelona, Flor del Viento, 2005.

¹⁰ Sobre la situación social y económica de Clotilde de Brías y su familia véase: Martín RODRIGO Y ALHARILLA: *Indians a Catalunya: capitals cubans en l'economia catalana*, Barcelona, Fundació Noguera, 2007, pp. 275-276.

Conscientes del peligro que corría, varios amigos de significación izquierdista y nacionalista le habían ofrecido su casa como refugio, pero como el día 22 se despertó con fiebre, prefirió quedarse en su domicilio mientras se recuperaba. Sí aceptó la oferta de la Generalitat de preparar su salida a Francia si la situación de peligro se mantenía. Una decisión que por precaución, desagrado o miedo tomaron a lo largo del verano otros republicanos de centro, como los expresidentes Niceto Alcalá-Zamora y Alejandro Lerroux o la exdiputada Clara Campoamor. La impulsora del voto femenino, por ejemplo, abandonó Madrid en el mes de septiembre y se exilió en Suiza. Durante la primera parte de su viaje, que realizó a bordo de un barco alemán rumbo a Génova, un grupo de falangistas planeó asesinarla y, al no conseguirlo, la denunció a las autoridades fascistas, que la mantuvieron retenida durante varios días. Atacada por sectores de los dos bandos en lucha, Campoamor siguió la guerra desde Lausana con amargura, doliéndose del «desastre nacional» y de «los excesos» y preguntándose «con angustia lo que el pueblo español, herido y arruinado por la sacudida» conseguiría «salvar de los escombros».¹¹ La misma desazón impulsó el exilio temprano de otros liberales del ámbito intelectual, que se fueron «con miedo y asco de la lucha» a pesar de su compromiso republicano. El periodista Manuel Chaves Nogales, director del diario *Ahora*, ejemplifica a la perfección este perfil, definido por él mismo en el prólogo de sus novelas *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, escritas en 1937, ya desde el exilio, como el de un «pequeño burgués liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria». El «intelectual al servicio del pueblo» que cuando el golpe se convirtió en guerra civil pareció quedarse sin lugar. Al igual que su diario, que el 25 de julio denunciaba a los golpistas desde su editorial («La ley condena sus actos; la conciencia del país los repugna. Frente a la ley, frente a la razón, frente al pueblo, cuyo temple heroico han puesto a prueba, ¿qué empresa decorosa pueden intentar en España los que han ensangrentado su suelo?») y pese a ello fue incautado un día después por el Consejo Obrero.¹²

Su convalecencia fue el tiempo de espera acordado para la huida de Portela. Ante el temor de sufrir un asalto mientras tanto, tomó precauciones, haciendo acopio de las armas que tenía y previendo posibles escondites y vías de escape en su casa. Decidió que el terrado del cine vecino, que formaba una especie de patio interior entre los edificios contiguos y al que se podía acceder desde su jardín, era la salida más segura. Para despistar, colocó una escalera de mano en el lado contrario, con la intención de hacer creer a posibles asaltantes que había escapado por ahí. En cuanto a las armas, le pareció que lo más seguro era entregárselas a los tres hombres de

¹¹ Clara CAMPOAMOR (Edición de Luis ESPAÑOL BOUCHÉ): *La revolución española vista por una republicana*, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata-Editorial Renacimiento, 2013, pp. 157-158. Sobre la vida y la trayectoria de Clara Campoamor véase Concha FAGOAGA y Paloma SAAVEDRA: *Clara Campoamor. La sufragista española*, Madrid, Dirección General de Juventud y Promoción Socio-Cultural, Subdirección General de la Mujer, 1981.

¹² La cita en el prólogo de Santos JULIÁ a Manuel CHAVES NOGALES: *Crónicas de la guerra civil. Agosto de 1936-Septiembre de 1939*, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata-Editorial Renacimiento, 2011, p.1. Sobre el diario *Ahora* véase Jesús DE JUANA: *La posición centrista durante la Segunda República. (El periódico AHORA 1930-1936)*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1988.

confianza que pasaban las noches en su piso para protegerlos. De este modo quizás podría evitar un enfrentamiento de grandes dimensiones en caso de asalto. Con todo, se quedó con una pistola, por si necesitaba defenderse en solitario. Por último, pidió a los dos policías que hacían guardia ante su casa, que no dejaran entrar a nadie a partir de las diez de la noche y que si alguien lo intentaba, pidiesen refuerzos de inmediato.

El 27 de julio tuvo oportunidad de poner a prueba estas medidas. Los dos agentes dieron aviso de que un grupo de gente armada estaba llamando a la puerta. El matrimonio Portela y los policías se escondieron en el terrado y permanecieron allí durante cuatro horas. Mientras, los asaltantes consiguieron entrar en la casa por la caja del ascensor y rompiendo la cristalera que daba al hueco. Revolvieron todas las habitaciones, subieron al jardín y siguieron la falsa pista de la escalera. Cada vez más cerca y ante el temor de que los encontrasen, los agentes bajaron a su encuentro. Al escuchar la violencia con la que los recibieron y la insistencia con la que preguntaban por él, Portela decidió entregarse, temiendo que si los descubrían hicieran daño a su esposa. Pero cuando llegó al piso de abajo se encontró un panorama inesperadamente tranquilo. Los asaltantes habían huido al creer que desde jefatura se había enviado un camión con doce agentes en respuesta a la petición de refuerzos, aunque tuvieron tiempo para llevarse cuatro mil pesetas, dos relojes de oro, varios objetos de valor y otros menudos, como calcetines, corbatas o jabón.¹³

A la vista de lo sucedido, se fijó la huida a Francia para esa misma noche. Joan Casanovas, presidente del parlamento catalán, se encargó de los preparativos en colaboración con el consulado francés, que envió dos coches para recogerlos. Otros dos coches de policía se encargaron de escoltarlos. Para pasar desapercibidos, los condes de Brías huyeron disfrazados, vestidos ambos de mujer, haciéndose pasar por sufragistas inglesas. La comitiva salió a las nueve, rumbo al puerto. Al pasar por Vía Laietana, a la altura del centro de la FAI, un grupo de afiliados les dio el alto y mientras el primer coche se detenía, el de los Portela aceleró la marcha y se saltó el control. En plena carrera se cruzaron con más coches de la FAI en el paseo de Colón, a los que esquivaron aprovechando un cruce de tranvías, y todavía se saltaron un nuevo puesto de control, en este caso de gente armada pero a pie, que no consiguió detener la marcha acelerada del vehículo. En el puerto, los esperaba el *Duquesne*, un crucero de guerra donde pasaron dos días escondidos. Portela entretuvo la espera hablando largo y tendido sobre la situación de España y su futuro con el almirante Gensoul, que estaba al cargo del navío, quien le sugirió una lista de políticos franceses con los que le recomendaba entrevistarse cuando llegase a su país. Dos días después, el matrimonio se trasladó al contratorpedero *La Fortune*, encargado de llevarlos a Francia. Arribaron a Port-Vendres el 31 de julio. Allí los recibió el prefecto Monsieur Tabiani, a quien el expresidente manifestó todas sus ideas e inquietudes, acariciando la idea de poder ejercer labores de mediación y contribuir a poner fin cuanto antes a la guerra que entonces se iniciaba.

¹³ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, pp. 57-60. Los detalles de los disfraces y la huida los relata Portela en una entrevista publicada en *The Times*, 1 de septiembre de 1937.

Tras un viaje lleno de peripecias, los Portela recalaron en Niza, donde permanecieron los primeros meses de la guerra.¹⁴

El primer exilio francés. En tierra de nadie.

La huida de Portela de la retaguardia republicana para garantizar su seguridad no le abrió las puertas de la zona rebelde. Era un diputado republicano, de filiación masónica conocida pese a encontrarse en situación de durmiente y había sido el presidente del Gobierno que en opinión de los rebeldes había franqueado el paso del Frente Popular, acusado de manipular las elecciones a favor de estos y de cederles el puesto antes de tiempo en lugar de encabezar un golpe de Estado que Franco y Gil Robles deseaban secundar, pero no se habían atrevido a protagonizar todavía. Su perfil político y su posición intermedia hacían que no estuviese seguro en ninguna de las dos retaguardias. Sus bienes fueron incautados en ambas.

Exiliado y sin apenas recursos económicos, los primeros meses de guerra los vivió en una situación de extrema precariedad. Un tiempo de espera en el que se dedicó a recopilar la información que recibía de España y a analizar qué posibilidades de retorno tenía antes de optar por un bando. Pese a su defensa de la supremacía del poder civil, la actuación de la República le generaba desconfianza. A lo vivido en Barcelona se sumó el goteo de noticias que llegaba a Niza. El relato de quienes allí se refugiaban, pródigo en conflictos, rapiñas y alteraciones callejeras, reforzó su impresión de que la zona gubernamental estaba sumida en el caos. Las muertes de la cárcel Modelo de Madrid, especialmente la de su exministro, Manuel Rico Avello, y la del líder progresista, Melquíades Álvarez, fueron un duro golpe para su estima por la causa republicana. ¿Cómo creer en quienes convertían en enemigos a políticos liberales, moderados y que siempre habían defendido el sistema parlamentario? Frente a esto, silencio absoluto sobre los sucesos en la otra retaguardia, de la que no llegaban noticias. El desequilibrio de información pareció inclinarlo a romper su tradicional equilibrio político en favor de los golpistas. Sus crecientes apuros económicos eran una presión añadida para tomar una decisión, cerrar la espera y salir de tierra de nadie. No era la primera vez que Portela vivía una racha de penurias pecuniarias, pero sí era una situación nueva para su esposa, cuyos problemas de nervios se acrecentaron. Monárquica convencida e ideológicamente muy alejada de su esposo, su simpatía por la República siempre había sido escasa, pero las condiciones del exilio aumentaron las diferencias que existían entre ambos, deteriorando su relación.¹⁵

Volver a España parecía imprescindible para salvar su matrimonio, lo que obligaba a tomar una decisión. Señalado en ambos bandos, horrorizado por los episodios de violencia que fue conociendo en la retaguardia republicana, contrario a la revolución y a la intromisión militar en la vida política, cualquier alternativa se antojaba conflictiva, tanto por chocar con los principios que

¹⁴ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de dos guerras (1936-1950). Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español. Manuel Portela Valladares.* (Edición de José Antonio Durán), Sada (A Coruña), Edición do Castro, 1988, pp. 10-13; [d: *Memorias...*, pp. 74.81.

¹⁵ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de...*, p. 13. Las citas, en pp.75 y 71.

había defendido a lo largo de su trayectoria como por las probables dificultades, incluso hostilidades que podría encontrar tanto en una como en otra dirección. También parecía difícil seguir su deseo de erigirse en mediador entre ambos bandos, entrando en contacto con el Gobierno francés para que amparase un proceso negociador, alternativa que se planteaba desde la entrevista que había mantenido a su llegada a Francia con el prefecto de Port-Vendres, Monsieur Tabiani. Finalmente, las presiones de su esposa, los problemas económicos y su desconfianza en la capacidad de los republicanos para recuperar el orden hicieron que se plantease la opción de los rebeldes como el camino más corto para regresar a casa.

Aunque tampoco era fácil. No sólo por lo que podía contravenir en su pensamiento aproximarse a un golpe militar, sino por las relaciones nulas o negativas que mantenía con quien podía facilitar su regreso. Por un lado, la temprana muerte del general Sanjurjo lo había dejado sin la única puerta de entrada amistosa. Por otro, el general Gonzalo Queipo de Llano se había convertido en un obstáculo propagandístico que operaba en su contra de manera continua y belicosa. El militar protagonizaba cada tarde en Radio Sevilla una sesión airada de insultos a los personajes republicanos más célebres y Portela destacaba entre sus blancos más frecuentes.¹⁶ Sus ataques añadían a su inquina habitual ante la antipatía política los intereses familiares. Y es que Ernestina, una de sus hijas, se había casado con Niceto Alcalá-Zamora hijo, lo que convertía al militar en el consuegro del ex Presidente de la República.¹⁷ La joven había marchado al exilio junto a su familia política y su regreso no parecía fácil. Haber sido la primera autoridad del régimen que se combatía dificultaba extraordinariamente el retorno de Alcalá-Zamora y el de su familia, de modo que la estrategia del espadón se centró en trasladar las culpas de abrir las puertas al Frente Popular al presidente del Consejo de ministros. Si además se trataba de un pérfido masón que había engañado al jefe del Estado como a tantos otros, la explicación se redondeaba. El error de haber sido traicionado podía ser perdonado con el tiempo. La traición, no. De este modo, el general desató una feroz campaña contra Portela, que contribuyó de manera notable a elevarlo al gran ejemplo del traidor dentro de la mitología del franquismo.

Así las cosas, el general Franco era el único de los golpistas con el que Portela mantenía una relación de cierto respeto, a pesar de que su negativa a mantenerse en su puesto con el apoyo del Ejército tras las elecciones de febrero había marcado una fractura entre ambos.¹⁸ Reconocido el terreno de partida, jugó sus pocas bazas vía postal. Para empezar, escribió una carta al general Franco para tantear, a partir de su respuesta, sus opciones de volver. Lo hizo el 8 de octubre de 1936, con la excusa de felicitarlo por su nombramiento como «Jefe del nuevo Estado y

¹⁶ Ian GIBSON: *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1986.

¹⁷ “El enlace matrimonial del hijo del Presidente de la República con la señorita Queipo de Llano”, *La Vanguardia*, 30 de diciembre de 1934, p. 27; Julio GIL PECHARROMÁN: *Niceto Alcalá-Zamora. Un liberal en la encrucijada*, Madrid, Síntesis, 2005.

¹⁸ Sobre la visita de Franco a Portela Valladares la noche previa a su dimisión, pueden consultarse, entre otra las de los propios protagonistas: Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, p. 185 y Francisco FRANCO SALGADO-ARAÚJO: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Editorial Planeta, 2005, pp. 695-697. Una versión similar a la de Portela en MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Memorias...*, pp. 303-305.

Generalísimo de los Ejércitos de España», elogiando su carácter y su obra. Mucho jabón, pero poco compromiso. Su adhesión personal se limitaba a un ambiguo apoyo moral al final de la carta, reconociéndose demasiado anciano para alistarse y sin fortuna para poder ofrecerle tras haber sido privado de todos sus bienes, cuestión que dejaba caer de paso que justificaba sus servicios pasados a la patria:

A su Excelencia Don Francisco Franco

Ilustre general y distinguido amigo: Al ser investido V. con las supremas jerarquías de Jefe del nuevo Estado y Generalísimo de los Ejércitos de España, quiero enviarle la más honda y expresiva felicitación, que alcanza a la Nación entera y hacer constar mis fervorosos votos por su ingente obra, que ha de dar a nuestro país un mañana de orden, de justicia, de paz, de prosperidad y de fortaleza que le restituyan el alto lugar que debe ocupar en el mundo.

En V. recae la providencial misión de realizar una segunda reconquista de la Patria; de salvarla de la barbarie, del crimen, de la destrucción, erigidos en sistema de gobierno. Nunca las ideas políticas o el origen del poder pueden invocarse en contra de la Patria: han de someterse a ella y situarse en la subordinada categoría de medio para mejor servirla. En esta hora terrible sólo pienso en España, y en V. que, con sus singulares condiciones de inteligencia, de serenidad, de carácter y de un valor profesional que sólo encuentra precedente en la cumbre de nuestra historia, ha de renacerla.

Mis años, que en esta ocasión me duelen, no me permiten solicitar el honor de ser soldado a sus órdenes; de recursos no dispongo, porque de todo me han despojado: salvé de milagro la vida que nada vale pero que alienta por el bien de la Patria, a la que he servido tan bien como supe y pude, manteniendo incólume el principio de autoridad y luchando, sin reparar en riesgos, contra el desorden y la anarquía. Los más apasionados habrán de reconocerlo.

Con estos sentimientos seguiré emocionado, como la he seguido hasta aquí, su empresa magna. Y siempre a su devoción completa, admirador y amigo.¹⁹

El movimiento no obtuvo respuesta. Tan sólo una breve nota de Nicolás Franco, hermano y secretario del general, quien le respondió corteses vaguedades. La segunda carta tuvo como destinatario a Niceto Alcalá-Zamora. El 22 de diciembre Portela le dirigió una larguísima misiva con el objetivo de que intercediese en su favor ante su consuegro para que detuviese sus ataques radiofónicos.²⁰ Tampoco en esta ocasión tuvieron éxito sus gestiones. Apenas unas líneas desabridas en las que don Niceto le dejaba claro al «antiguo amigo» que no podía contar con él. Fracasados sus dos movimientos, Portela asumió que la salida por el lado rebelde no era posible, a pesar de los deseos y la presión de su esposa. Llegados a este punto, el matrimonio decidió separarse y Clotilde Puig regresó a España. Una vez sólo, Portela decidió trasladarse a París, donde recuperó el contacto con otros compañeros republicanos y empezó a recibir noticias de lo

¹⁹ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, pp. 231 y 37.

²⁰ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de...*, pp. 57-63 y 65; Niceto ALCALÁ-ZAMORA: *Memorias*, Barcelona, Editorial Planeta, 1998, pp. 398, 477-478. La cita, en "Carta de Portela Valladares a Niceto Alcalá Zamora, 22 de diciembre de 1936", Fundación Penzol, papeles de Portela Valladares (en proceso de catalogación)

que sucedía en la retaguardia franquista. Eliminada la presión conyugal, constatado el rechazo a su persona entre los líderes golpistas y descubiertos los horrores del otro bando, el equilibrio portelista volvió a su posición de partida: la defensa de la legalidad vigente. Apenas recibió señales de bienvenida de las autoridades republicanas, la balanza se decantó definitivamente a su favor.²¹

La apuesta republicana: el mito del traidor

En París vivió con sus sobrinos políticos, el matrimonio Martí de Vesés, y sus dos hijos, Javier y Clotilde. Por petición de su madre, los niños intentaban mantenerse alejados de él y lo observaban entre preocupados y asustados por su expresión sombría y silenciosa, mientras se pasaba los días escribiendo, pensando, sin hablar apenas. No entendían bien lo que hacía, pero con el tiempo supieron que entonces había empezado a escribir sus memorias, mientras reflexionaba sobre el pasado y meditaba qué podía hacer con su futuro.²²

Al tiempo que fue recuperando el contacto con viejos amigos, su conocimiento sobre la violencia franquista aumentó. Las noticias que llegaban de Galicia sobre muertos, perseguidos y paseados, entre ellos muchos de sus compañeros de tantos años, le indignaron profundamente. Por el contrario, la situación en zona republicana parecía calmarse gracias al Gobierno de un Francisco Largo Caballero del que se sentía ideológicamente muy alejado, pero cuya actuación e intentos de control de la violencia lejos del frente, comenzaron a inclinarlo de nuevo hacia el bando republicano.²³ Al mismo tiempo, el Gobierno de la República, necesitado de apoyos públicos que proviniesen de la política moderada de centro o centro-derecha que contribuyesen a reforzar su imagen internacional, intentó aproximarse a él. El primer acercamiento llegó a través de un amigo de largo recorrido y compañero de aventuras masónicas, Augusto Barcia. Todavía presidía el Consejo Largo Caballero. «Allá cuentan con V. y desde ahora le piden su ayuda», le trasladó su amigo. Esto era lo que necesitaba escuchar el hombre que se consumía encerrado en su casa sin hacer nada, el que recurría a su vejez como pantalla y excusa, pero que necesitaba de la acción política.

Los siguientes mensajes llevaron ya la firma de Juan Negrín. Aunque no tenía demasiadas esperanzas en la victoria republicana, Portela creía que el nuevo presidente era el hombre adecuado para encauzar la situación. Le gustaba su manera de afrontar los problemas y creía que podría ser el líder firme, pero liberal que en su opinión necesitaba España, así que no sólo se decantó definitivamente por el bando republicano, sino que además se convirtió en un acérrimo defensor de Negrín y su política. Seguro de la opción que había tomado, Portela ya no se

²¹ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, p. 278-279.

²² Entrevista con Clotilde Martí de Vesés Puig, sobrina nieta de los Portela-Puig de Abaría, 18 de marzo de 2015.

²³ Sobre la evolución de los Gobiernos durante la Guerra Civil y en particular el de Francisco Largo Caballero, véanse Enrique MORADIELLOS: *Historia mínima de la Guerra civil española*, Madrid, Turner, 2016, y Francisco LARGO CABALLERO: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*. (Prólogo y notas de Enrique de Francisco). México D. F., Ediciones Unidas S. A., 1976.

desdijo de su apoyo, aunque con el transcurrir de los meses estuviera cada vez más seguro de la derrota de la República.²⁴

La llamada de Negrín revivió sus intenciones de actuar como mediador y aprovechando sus contactos, consiguió entrevistarse con George Bonnet, ministro de Hacienda francés al que había conocido en diciembre de 1935, durante su primer gobierno, cuando este había viajado a España para firmar un tratado comercial entre ambos países. Su intención al entrevistarse con él era abrir una vía que favoreciese el apoyo de Francia a la República, un apoyo diplomático, pero también económico. Su moneda de cambio para convencerlo era la promesa de que el Gobierno republicano «pondría orden», eliminaría los elementos extremos, buscaría apoyo de republicanos moderados y garantizaría el fin de la violencia en la retaguardia. Con estos elementos, aducía, dejarían sin razón a los que habían impulsado la insurrección militar apelando al desorden y falta de legalidad de la República. Bonnet recibió con interés su visita y compartió sus argumentos:

Francia necesita la amistad de España, y esta, su Gobierno, sufriría mucho de la hostilidad francesa. Pero nuestro país y el mundo no pueden colaborar con Gobierno de ostentosa y peligrosa revolución. Si allá nos ofrecen garantías de seguir ese camino con hombres como usted, Francia ayudaría con dinero y con todos los elementos que pueda necesitar. No hay más solución que la V. expone.²⁵

Satisfecho con la respuesta, Portela la hizo llegar a las autoridades republicanas por dos vías. La primera, a través de Felipe Sánchez Román, quien, junto a Barcia, se convirtió en su enlace con el Gobierno republicano. El líder del Partido Nacional Republicano trasladó su mensaje a Azaña, quien a su vez, lo comentó con el presidente del Consejo. Negrín recibió la noticia con optimismo, pues coincidía con sus propias intenciones, las que le habían llevado a intentar contar con Portela. El presidente de la República, por su parte, vio bien las gestiones, aunque se mostró menos convencido de sus posibilidades de éxito. También temió que el embajador de la República en París, Ángel Ossorio y Gallardo, al que estimaba pero a quien consideraba excesivamente franco e impulsivo, pudiese reaccionar con brusquedad y contribuyese a frustrar esta vía. No andaba desencaminado. Cuando Portela fue a visitarlo para hacerlo partícipe de sus conversaciones, Ossorio restó importancia a las posibilidades de la diplomacia e, intentando frenar su entusiasmo, intentó convencerlo de que lo que insinuaba Bonnet era imposible. Le recordó que se olvidaba de una quinta potencia interesada en el conflicto cuya actuación sería la decisiva. Y, regalándole la figurita de plomo de un miliciano, le aseguró que serían estos y no las conversaciones bienintencionadas quienes ganarían la guerra y salvarían la República. Justo lo que Azaña temía. «Por algo le encargué yo a Negrín que se apresurase a dar instrucciones a Ossorio, en previsión de su genialidad», anotó en su diario el

²⁴ Enrique MORADIELLOS: *Negrín*, Barcelona, Ediciones Península, 2006.

²⁵ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario...*, pp. 95-99.

presidente de la República cuando Giral le contó la respuesta del embajador. La alternativa de mediación languideció apenas arrancaba.²⁶

Aun así, Portela mantuvo su apuesta por Negrín y la apuesta fue mutua. El primero veía en el nuevo presidente el carácter y la decisión necesaria para poner orden en el Gobierno y la sociedad republicana, y compartía sus criterios de pacificación. Así, no dudó en apoyarlo públicamente. En entrevista concedida a la *Revue des Deux Mondes*, afirmaba: «Negrín merece plena confianza para reconstruir la República: ahora se puede hablar de un Gobierno republicano, y no de un Gobierno rojo; y hay orden.» Por su parte, Negrín tenía confianza en la visión de Portela y en su capacidad de análisis y de gestión durante las crisis. Conseguir su presencia en la reunión de Cortes de Valencia se consideraba vital para dar al mundo una imagen más centrada y ordenada de la República. Confirmada la ausencia de Miguel Maura, su viaje se convirtió en la gran novedad de la sesión. Con esta decisión, que se comunicó públicamente en el mes de agosto, Portela cerraba definitivamente las puertas del bando golpista, desde el que se le respondió con una intensa campaña de prensa en su contra. Más madera para el mito del traidor.²⁷

Para los periódicos nacionales, Portela era el hombre que había cedido el poder al Frente Popular, un liberal de la vieja escuela que encarnaba algunos de los valores más denostados por el nuevo régimen; el dueño de un periódico abierto y dinámico, crítico con la derecha, partidario de la autonomía, en el que escribían muchos de los hombres que se habían convertido en proscritos, y además, masón de alto grado. Con esta tarjeta de presentación no era difícil suponer que no iba a contar con el beneplácito de la prensa franquista. Empezando por su propio periódico, *El Pueblo Gallego*, que tras ser requisado había cambiado radicalmente su línea editorial. Desde el 9 de enero de 1937, como decía en su subtítulo, era el «Órgano de Falange Española de las JONS» y como tal ejerció. Como dejó claro el 1 de octubre de 1936, ya no era el periódico de Portela ni quería parecerlo:²⁸

El Pueblo Gallego, purificado en esta gran aurora de la PATRIA, ha dejado de pertenecer a su antiguo propietario, don Manuel Portela Valladares, para incorporarse al SERVICIO DE ESPAÑA Y DE SU GLORIOSO EJÉRCITO LIBERTADOR.²⁹

Los ataques a su expropietario no fueron ocasionales. En primer lugar y como los demás periódicos del bando rebelde, reprodujo en sus páginas las charlas radiofónicas del general Queipo de Llano. Como ya se ha dicho, Portela fue uno de sus blancos preferidos. Las recriminaciones del general habían empezado en agosto de 1936, cuando afirmaba que «nueve décimas parte del país están con nosotros; si los marxistas ganaron las elecciones fue merced al favor y ayuda ministerial

²⁶ *Ibidem*, pp. 95-99; Manuel AZAÑA: *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 1.113-1.115.

²⁷ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de...*, pp. 84-87.

²⁸ *El Pueblo Gallego*, 9 de enero de 1937, p. 1.

²⁹ *El Pueblo Gallego*, 1 de octubre de 1936, p. 1.

que les dio el viejo canalla Portela Valladares.» Una y otra vez lo señaló como el gran culpable de amañar el triunfo del Frente Popular. El cobarde que había huido del Gobierno dejando la presidencia en manos de la izquierda sin resistir, dando entrada al caos que se había apoderado de la nación y había obligado a los militares fieles a la patria a alzarse para recuperar el orden. En palabras de Queipo:

... nosotros no nos hubiésemos levantado si no se hubieran permitido los crímenes que el desgobierno del Frente Popular autorizó e ideó. Pero además en aquellas elecciones todos sabemos que no triunfaron y que si Portela Valladares no hubiera cometido la cobardía de abandonar el Poder, el Frente Popular no hubiera amañado las actas de Pontevedra, Cáceres y de tantas otras provincias.³⁰

Los ataques de Queipo de Llano contra el «conde de los cabellos de plata» se intensificaron tras su acercamiento republicano. El «masón que escapó disfrazado de señorita, tan guapo y tan inteligente», el «venerable hermanito de mandil», incapaz y «acabado para la política» desde hacía años, se había convertido en una preocupación constante para el general. Con el acercamiento de Portela a los republicanos, sus motivos para atacarlo se multiplicaron. Ya no era sólo algo personal, un cabeza de turco familiar o la ejemplificación de las denostadas virtudes liberales. Si marcaba su posición a favor del Gobierno, el demonio se convertía en un peligro real. De cara al reconocimiento exterior de la España nacional no interesaba que los republicanos contasen con moderados en sus líneas. Cuanto más amplia fuese la base ideológica en la que se sustentase la República, mayor sería la legitimidad que podría reclamar en instancias internacionales. El golpe de julio de 1936 se amparaba en la presunta violencia social y el desgobierno que dominaba España y que, según la propaganda franquista, aún reinaba en la zona gubernamental. Frente a esto, los nacionales ofrecían unidad y control, actuaban con orden y se jactaban de una retaguardia tranquila. Las revueltas sociales de los primeros tiempos, los asaltos y venganzas personales, la liberación de presos no políticos y los fusilamientos como los de la cárcel Modelo e Madrid ayudaron a mantener este argumento. Un Gobierno republicano que mantuviese el orden, que diese sensación de unidad y que estuviese respaldado por todos los partidos democráticos echaba por tierra estas justificaciones. La estrategia elegida para contrarrestar este movimiento fue desacreditar a personajes republicanos para provocar desunión en sus filas.

Así, comenzó a gestarse la imagen del Portela vacilante y traidor, el falso amigo de todos que podía vender a cualquiera. En julio del 37, cuando se empezaba a especular con que él y Maura volverían a España para asistir a las Cortes, Queipo hablaba en sus charlas de una cena en París entre ambos y el embajador Ángel Ossorio y Gallardo:

¿De qué vivirá Maura en París? Porque estoy seguro de que si nosotros les ofrecemos las dietas de diputado, enseguida se pondrán de nuestra parte. Durante la comida Bigardo

³⁰ ABC (Sevilla), 13 de agosto de 1936, p. 12. La cita, en *El Pueblo Gallego*, 17 de abril de 1937, p. 8.

invitó a sus invitados a trasladarse a España para asistir a las sesiones de Cortes. Claro que los dos se negaron, porque dicen que no les ofrecen las necesarias garantías personales.³¹

Con estas palabras pretendía matar dos pájaros de un tiro. Dejar claro que centro y derecha democrática no estarían en Valencia y que Portela y Maura no podían venir a España porque no se les garantizaba su seguridad. El Gobierno no podía ni proteger a aquellos a los que quería utilizar. ¿Qué mejor ejemplo de desorden y de falta de control? Además, el radiofónico general aprovechaba para llamar interesados a ambos políticos. Aunque aseguraba que no vendrían, mejor desacreditarlos por si acaso. Queipo empezaba a calentar el ambiente ante su posible presencia en Valencia.

El 18 de agosto, según anotaba en su dietario, Portela ya había decidido que asistiría a la Cortes. Había iniciado una serie de conversaciones siguiendo su idea de mediar por la paz y ganar apoyos entre las potencias democráticas. Para ello creía necesario ampliar todo lo posible el arco ideológico de los respaldos a la República. Su opinión era que la guerra la ganaría el bando que tuviese «en mejores condiciones de normalidad y gobierno inteligente la zona bajo su mando», algo que, entre otras cosas, le permitiría contar con el apoyo de las potencias democráticas. El de Reino Unido le parecía cada día menos seguro y creía que había que intensificar las labores en este sentido, pues el bando franquista se aproximaba progresivamente a ganar esta batalla.³²

Sus contactos extranjeros, al igual que Negrín, compartían su visión de la necesidad de «normalizar» y centrar la imagen de la República. Esa era la razón, precisamente por la que el presidente del Consejo quería que tanto Portela como otros diputados que estaban fuera de España asistiesen a las Cortes. Y ese mismo argumento era el gran temor en el bando golpista y el que justificó que la campaña de descrédito de Portela se fuese intensificando progresivamente. El 30 de septiembre, el *ABC* de Sevilla publicaba un artículo titulado «PORTELA VALLADARES, UNO DE LOS GRANDES CULPABLES, SERVIDOR Y CRIADO DE RUSIA». Y como subtítulo, «Espejo de traiciones, Portela se incorpora a la horda». Con estos adjetivos, la propaganda nacional incorporaba definitivamente al político pontevedrés a su galería de malvados, aplicándole el vocabulario al uso en estos casos: gran culpable, criado de Rusia, traidor, miembro de la horda... En tres columnas a toda página, el autor se despachaba contra el político liberal.

³¹ *El Pueblo Gallego*, 15.07.1937, p. 6.

³² "SIFNE. Informe del 2 de agosto de 1937", Ministerio de Asuntos Exteriores R 591. Sobre las labores diplomáticas de España en Reino Unido y la política de No intervención, véanse Enrique MORADIELLOS: *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*. Oviedo, Editorial Pentalfa, 1990; Julián CASANOVA: *República y Guerra Civil. Vol. 8 de la Historia de España, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares*, Barcelona, Crítica/Marcial Pons, 2007 y Pablo DE AZCÁRATE. Edición de Ángel Viñas: *En defensa de la República: con Negrín en el exilio*, Barcelona, Crítica, 2010;

... unas recientes declaraciones de Portela Valladares nos levantan el estómago en sensación de terrible asco. El asco físico, que es signo deficiente del asco moral que produce lo repugnante y monstruoso.

Se decía indignado de que Portela no guardase silencio tras su actuación en febrero de 1936, cuando además de no cumplir con su deber había animado a la barbarie, convirtiéndose

...en uno de los hombres que más alevosamente alzaron las esclusas de la ley para que se desbordase ese torrente de las peores pasiones que llegaron a teñir con su sangre los españoles inmolados a la causa nacional. Le correspondía a Portela preservar al país de una revolución que ya se anunciaba horrenda y no dudó en traicionar su mandato de legalidad (aunque fuese tan precaria como la de febrero de 1936) para franquear el paso al Poder de los hombres que ya contaban en su haber con los crímenes de Asturias de 1934.

E insistía en esa idea al afirmar que

...el fatídico jefe del Gobierno que el 16 de febrero se allanó a los primeros resultados de las elecciones (ni auténticas ni completas), abandonando el Gobierno en las manos alevosas de Azaña-Prieto-Martínez Barrio (...), ha marchado a Valencia, donde se propone asistir a la trágica mascarada parlamentaria del 1 de octubre.

No faltaban, por supuesto, las menciones a la malvada Rusia y a la no menos pérfida masonería, siempre detrás de todos los males.

Cualquiera diría que Portela Valladares ignora la gravitación de Moscú sobre la República española, republicano marxista y la intervención preponderante en las hordas rojas de mandos extranjeros y brigadas internacionales... mas no cabe presunción alguna de ignorancia o error, dado el volumen y lo significado de todo lo que está acaeciendo, y no olvidemos que Portela Valladares conoce perfectamente la gestión a este propósito de todas las internacionales porque una de estas, la Masonería, es la suya, su pedestal, su órgano impulsor, la fuerza que le llevó al Poder, tras muchos años de eclipses, sin que el descalificado ex ministro de la Corona contase en la política nacional con el menor sustentáculo confesable, la misma fuerza que le obligó a transmitir el Gobierno con nocturnidad y alevosía a la cuadrilla del Frente Popular y ahora le hace volver a la zona roja para ocupar un escaño en un falso Parlamento, con diputados falsos pero delincuentes de veras.³³

La masonería, causante de todos los desastres, la que había llevado a Portela al poder, orquestado el triunfo del Frente Popular y causado todas las revueltas era la que lo rescataba de nuevo para la vida política, esta vez en un parlamento criminal. Así, de un sólo plumazo, el autor

³³ABC (Sevilla), 30 de septiembre de 1937, p. 6 y 1 de octubre de 1937, p. 13.

dibujaba al viejo liberal como un masón maquiavélico, director y dirigido, y barco a la deriva en el bando republicano.

La campaña anti Portela no había hecho más que empezar. El hombre «de perfil anguloso, piel amarillenta y llena de arrugas y alba cabellera, crespa y alborotada», flexible y falto de escrúpulos, que adulaba «al de arriba y tiranizaba al de abajo si era débil», protagonizó portadas, artículos, semblanzas... Los dos golpes más duros los recibió cuando ya estaba en Valencia, el 6 y el 8 de octubre. Para este ataque sus acusadores se sirvieron de sus propias palabras, lanzando primero la publicación seriada, como si de un folletín de intriga se tratase, de fragmentos manipulados de las hojas robadas de su dietario. En estas notas, escritas a su llegada a Niza, Portela dedicaba duros juicios a Azaña, a Prieto o a Casares Quiroga. El segundo golpe maestro, ataque definitivo a su credibilidad republicana fue hacer pública su carta de adhesión a Franco, que se reprodujo a toda plana en toda la prensa nacional.³⁴

La campaña propagandística de la prensa nacional había fracasado en su intento de evitar la presencia de Portela en las Cortes, así que el nuevo objetivo era mellar la influencia de su visita a Valencia, atacar su credibilidad, restarle apoyos a su posible entrada en el Gobierno e incluso poner en peligro su seguridad en zona republicana, lanzando contra él a quienes ya lo habían perseguido al empezar la guerra. El fichaje estrella de las sesiones de Cortes no era más que un anciano interesado y cambiachaquetas y su lealtad republicana, una afirmación endeble y poco creíble. El objetivo de amedrentar a Portela no se cumplió, pues no dejó de asistir a las Cortes y en su intervención contó las presiones que había recibido en febrero de 1936 para que permaneciese en el poder y fuese la cara civil de un golpe de Estado. Además, Negrín mantuvo su confianza en él y lo nombró presidente del trust que gestionaba los bienes del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE). Y también prosiguió su relación con republicanos de diferentes tendencias, incluidos los galleguistas. ¿Había fracasado, entonces, la feroz ofensiva de la propaganda franquista? Sí, desde este punto de vista. Sin embargo, no todo salió como entonces esperaba. Portela no entró en el Gobierno, ni entonces ni en 1946, cuando, finalizada la Segunda Guerra Mundial sonaba como ministro gallego sin cartera en el gabinete Giral. Entonces fue Castelao quien desempeñó este cargo, a pesar de que el líder del Partido Galeguista había sido el primero en pensar en Portela. Sin embargo, sus compañeros que permanecían en España echaron abajo esta posibilidad al negarse a apoyar esta candidatura por su desconfianza en el viejo centrista. Quizás el conocimiento de su carta a Franco no fuese la única razón, pues no fiarse de un Portela amigo de todos y de nadie era tradición en ciertos sectores del galleguismo, pero sin duda fue una razón más. La sombra de la carta lo acompañó a través de los años e incluso en la actualidad se aduce en ocasiones como prueba de su pertenencia a la órbita del franquismo, sin

³⁴ *ABC* (Sevilla), 1 de octubre de 1937, p. 13, 6 de octubre de 1937 y 8 de octubre de 1937. Sobre las Cortes de Valencia véase Matilde DE LA TORRE (edición de Francisca VILCHES-DE FRUTOS): *Las Cortes republicanas durante la Guerra Civil. Madrid 1936, Valencia 1937 y Barcelona 1938*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2015.

tener en cuenta las críticas constantes que recibió de los golpistas, su persecución judicial o el exilio que sufrió hasta su muerte.³⁵

La puntilla a esta campaña de prensa llegó en el mes de diciembre desde las páginas de *El Pueblo Gallego*. El «Mefistófeles centrista», el viejo «indeciso, versátil y claudicante», era atacado por Clotilde Puig. El diario vigués reproducía la carta que su exmujer había escrito al general Franco para comunicarle su separación. En ella le pedía permiso para hacer partícipe a la prensa de la noticia para así desmarcarse del «traidor» de su marido

Yo quisiera que la Prensa nacionalista hiciera saber mi separación absoluta, mi desligamiento total de una persona que olvidando en absoluto los principios de dignidad, comete el delito de alta traición.³⁶

La información incluía una fotografía del original, manuscrito y fechado en Francia. El comentario rendía honores a Clotilde Puig, la «gran dama que siente el orgullo de ser española por encima de todos los orgullos, y siente una congoja y amargura única por encima de todas sus tristezas». ¿Cómo sería ese hombre si incluso su esposa, una mujer tan digna, se volvía contra él, señalando su traición? La acusación no era nueva, pero su dimensión personal provocaba un daño mayor. Se consolidaba así su imagen de traidor a la patria. Como rezaba un viejo estribillo, célebre durante el franquismo: «Galicia lo dio todo por salvar a la patria. La víctima: Calvo Sotelo. El asesino: Casares Quiroga. El salvador: Franco. Y Portela Valladares, que fue el traidor».

Pese a todo, al menos superficialmente, Portela salió airoso del conflicto. Repitió su presencia en las sesiones de Monserrat y fue un asiduo en las reuniones de la Diputación Permanente. Mientras, transcurrieron los meses, avanzó la guerra y la situación empeoró para la República. Portela era consciente de ello, pero no dejó de apoyar a Negrín. Cuanto mayor parecía su convencimiento de la derrota, mayores eran sus manifestaciones de adhesión a la República.³⁷

El apoyo que ofreció a Negrín se mantuvo en los instantes finales de la guerra. En el mes de marzo, la preocupación sobre la existencia o no de poderes que mantuviesen la legitimidad republicana centró las reuniones de la Diputación Permanente en estas fechas y a las que Portela no faltó. El 7 marzo se inició la discusión con una proposición del diputado comunista Antonio Mije, que pedía que el pleno publicase una declaración expresa de la legitimidad del Gobierno Negrín como único de origen constitucional, condenando la Junta de Madrid, constituida tras el golpe de Casado. Esta propuesta se rechazó por dieciséis votos en contra, el voto a favor del propio

³⁵ «Informe número 3 da secretaría política do comité executivo do PG», en Xavier CASTRO (ed.): *Caste-lao e os galeguistas do interior. Cartas e documentos. 1943-1954*. Vigo, Editorial Galaxia, 2000, p. 323. Mariano ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*. Espejo de España, Editorial Planeta, Barcelona, 1976, p. 304

³⁶ *ABC* (Sevilla), 10 de octubre de 1937, p. 17; «UNA DAMA ESPAÑOLA. La señora condesa de Brías se ha separado de su marido, traidor a la Patria. Carta emocionante al Caudillo». *El Pueblo Gallego*, 15 de diciembre de 1937, p. 10.

³⁷ Manuel PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de...*, pp. 130-141. La cita, en «Papeles originales del dietario de Portela Valladares», p. 456. Fundación Penzol (en proceso de catalogación).

Mije y la abstención de Jáuregui. Portela también votó en contra, según él, no porque considerase que el Gobierno de Negrín fuese ilegítimo, sino porque en su opinión, «la Diputación Permanente no tiene facultades [en este tema] y, por ello no debe intervenir para condenar o apoyar al Gobierno Negrín ni a la Junta de Madrid.» Si el Gobierno de Negrín fue refrendado en la última reunión del Parlamento celebrada en Figueras apenas un mes antes, ¿cómo iba a discutir la Diputación Permanente el mismo tema?³⁸

Sí se aprobó, en cambio, una propuesta del diputado de Izquierda Republicana, Álvaro Pascual Leone que decía que:

...siendo la representación permanente del Parlamento y éste el único organismo de carácter popular de la República, se reserva el derecho de solicitar de todas las autoridades republicanas, de las dimitidas y de las existentes, el informe de sus actas y el establecer acerca de ellos, en el momento y lugar oportunos, el juicio que corresponda.³⁹

Una reunión tan breve como la del 7 de marzo dejó una difícil papeleta para resolver en la sesión del día 31. Negrín asistió a esta sesión en calidad de presidente del Consejo de ministros para dar cuenta de la acción de su Gobierno en el tiempo que había transcurrido tras haber recibido el respaldo del parlamento en Figueras. En la sesión anterior, la Permanente se había manifestado como único poder legítimo de la República y de ahí venía el conflicto. Si se aprobaba la última acta, Negrín ya no podría asistir a la reunión en calidad de presidente. Por ello la sesión se inició con una primera discusión que trató de establecer si, de forma extraordinaria, se posponía la aprobación del acta hasta después de la intervención de Negrín, para que este pudiese hablar como presidente. Superado este escollo, el gran debate giró sobre la continuidad tanto del Gobierno Negrín como de la propia Diputación Permanente. Los diputados se perdieron en una discusión formal que planteaba si tenía sentido mantener estas instituciones sin contar con un territorio sobre el que ejercer su potestad. Frente a los que afirmaban que sin territorio no había poder que tuviera lógica, otros oponían que sí tenían ciudadanía y debían ocuparse de aquella parte de la población que los había respaldado y que entonces, como ellos mismos, se encontraba desplazada más allá de sus fronteras, al igual que de los republicanos que permanecían en España y corrían el riesgo de ser represaliados por las nuevas autoridades.⁴⁰

En medio de un duro cruce de acusaciones que se desarrolló alrededor del enfrentamiento por la autolegitimación y la defensa de la respectiva cuota de poder, generando un clima de extremada tensión, Portela también intervino. Sobre la cuestión del acta, para protestar porque no apareciesen algunas de las manifestaciones que había hecho en la sesión anterior. Quiso dejar claro que él no estaba conforme con la sublevación de Madrid. «No había querido rebelarme antes y tampoco quiero sumarme a los rebelados en esta ocasión.» Parecía empeñado en dejar

³⁸ *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 7 de marzo de 1939, pp. 1-3.

³⁹ *Ibidem*, p. 3.

⁴⁰ Enrique MORADIELLOS: *Negrín...*, pp. 463-466.

claro que no era partidario de las rebeliones, posiblemente para disipar cualquier duda que la carta de adhesión a Franco pudiese seguir generando.⁴¹

En cuanto a la cuestión de la legitimidad del Gobierno y de la Permanente Portela creía que lo lógico era que ambos poderes se apoyasen, pues criticarse u oponerse uno a otro no era más que despojarse de autoridad a sí mismos, y nada ganaban con ello. Sólo «una rebelión más, una división más, un dolor más para la República.» Con su intervención, Portela logró templar los ánimos y encauzar las diferentes voluntades en la búsqueda de soluciones para aprobar la existencia de ambos poderes. Para ello, los diputados se dispusieron a hacer una declaración que los legitimase, aunque para conseguir ponerse de acuerdo hubieron de ir párrafo a párrafo. Cuando el diputado socialista Ramón Lamóneda propuso que se nombrase una comisión que fiscalizase la gestión del Gobierno, surgieron nuevas tensiones y Martínez Barrio amenazó con dimitir si se aprobaba dicha enmienda, pues en su opinión esto suponía compartir una responsabilidad sobre la que la Permanente no tenía autoridad. Portela intervino de nuevo para pedirle que no dimitiera y no colocase a la Diputación en una situación de colapso, ya que no podrían elegir un nuevo presidente de las Cortes. Sería la República la que saldría perdiendo al verse privada de uno de los poderes institucionales que podía conservar. Poderes que precisaba lo más intactos posible mientras esperaban que la nueva situación internacional reabriese el camino republicano.⁴²

La propuesta que reconocía la legitimidad del Gobierno y de la Permanente se aprobó finalmente sin la dimisión de Martínez Barrio. El escollo se había salvado, pero esta sesión mostraba que la división seguía existiendo en el seno de los poderes republicanos. La guerra había terminado, pero no los problemas.

Algunas consideraciones finales

*Ando moiatafegado. Os días fíxenme dos pés. Da Europa, vella e indecente, hai que fuxir. Quero rematar unstraballos e tomar o barco para velos, abrazalos e escomezar nova vida.*⁴³

En abril de 1939, Portela escribía a su amigo, el intelectual y político galleguista, Alfonso Daniel Rodríguez Castelao. Dejaba atrás una guerra y estaba seguro de que se disponía a dar sus primeros pasos de otra. Intuición que se convirtió en creencia en agosto, cuando se convenció de que el estallido del conflicto europeo era inmediato. A pesar de que la posibilidad de un conflicto internacional le hacía albergar la esperanza de que el Gobierno de Franco cayese antes, quería alejarse de Europa. En cualquier caso, se mostraba esperanzado y opinaba que incluso en el escenario deseable pero improbable de que se evitase el enfrentamiento, los totalitarismos

⁴¹ *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, p. 3.

⁴² *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, pp. 25-34

⁴³ Carta de Portela Valladares a Castelao, 8.04.1939. Fundación Penzol, CA 742/ 3(5)

quedarían tocados «*e con eles o destino de Franco*». Eso le hacía confiar en que podría volver a casa algún día. Consciente de la influencia del nuevo conflicto para la situación española, su deseo era seguir trabajando por la República, aunque quería hacerlo lejos de Europa. Acababa de cumplir setenta y dos años, no había recuperado sus bienes y vivía de su trabajo, entre las dietas de diputado y su papel dentro del SERE. Esto, a pesar de todo, lo dejaba en una posición económica más ventajosa que la de la mayor parte de los exiliados. La experiencia de la Guerra Civil pesaba demasiado, pero no tanto como para no querer empezar de nuevo en América. Quería reunirse con los amigos y compañeros que habían sobrevivido y que se habían refugiado al otro lado del Atlántico. Sus opciones de destino favoritas: Chile, Cuba, Estados Unidos o México. Sus planes: dar conferencias, editar sus memorias, seguir vivo en la política republicana.

Pero no lo consiguió. Sufrió una nueva guerra, que vivió bajo arresto domiciliario de la administración de Vichy. Al igual que otros republicanos, como Luis Nicolau d'Olwer, Julio Álvarez del Vayo, Josep Tarradellas, Julián Zugazagoitia o Lluís Companys, fue perseguido por el Gobierno de la Francia ocupada a instancia de la Embajada española. Las autoridades franquistas, apelando al cumplimiento del Acuerdo Jordana-Bérard, exigían la incautación de los bienes de los exiliados republicanos, especialmente de los responsables de las organizaciones de ayuda a los refugiados. Al frente de estas campañas de acoso estaban el inspector Víctor Druillet, anticomunista furibundo que dirigió durante la guerra una compleja red de espionaje franquista, y Pedro Urraca, policía español encargado de supervisar las campañas de persecución, arresto y eliminación de los líderes republicanos. Portela fue una de sus víctimas. El 9 de diciembre de 1940 recibió la visita de una patrulla comandada por estos dos siniestros personajes. Registraron la habitación que ocupaba en una pequeña pensión del sur de Francia, requisaron todos los papeles y los bienes que conservaba junto a él y lo detuvieron bajo la acusación de liderar un complot contra Franco y haber ocultado joyas y valores robados al tesoro español. Permaneció dos semanas detenido sin acceso a su medicación y con una alimentación deficiente. La siguiente jugada del Gobierno franquista fue solicitar su extradición, siguiendo la misma estrategia que en los casos de Zugazagoitia o Companys. Portela logró sortearla in extremis en dos ocasiones, entre otras cosas, gracias a su feroz empeño en llamar la atención sobre las tropelías de Druillet y denunciarlo ante la justicia francesa, que, pese a su colaboracionismo, terminó investigándolo por usurpación de funciones y falsedad documental. Protegido por el mariscal Pétain y el embajador Lequerica, Druillet acabó por librarse de la prisión y terminó sus días en el Alto Ampurdán, amparado por el franquismo tras la Segunda Guerra Mundial como otros fascistas huidos. Interrogado también por la Gestapo, Portela permaneció bajo arresto domiciliario hasta la liberación.⁴⁴

Tras la victoria aliada, comenzó a recuperar la salud, maltrecha tras seis años de penalidades. Y con ella, el afán por volver a mediar y colaborar en el relevo del Gobierno y del

⁴⁴ Archivo Nacional de Francia BB/18/3207; Jordi GUIXÉ COROMINAS: *La República perseguida. Exilio y represión en la Francia de Franco, 1937-1953*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de Valencia, 2013; Arturo COLORADO CASTELLARY: *Arte, revancha y propaganda. La instrumentalización franquista del patrimonio durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Cátedra, 2018, pp. 343-347.

régimen en España, confiando en que el franquismo sería el último fascismo que caería tras el final de la guerra. El cambio de orientación de la política internacional frustró sus planes y pronto asumió que no llegaría a ver la caída de Franco, convencido de que la división del mundo en bloques y la capacidad de adaptación del general, lo mantendrían en el poder hasta su muerte. Confiaba que, al menos entonces, España consiguiera volver a una democracia parlamentaria y que las enseñanzas del siglo XX contribuyeran a que esa nueva oportunidad fuese la definitiva. Murió en Bandol en 1952. Jamás volvió a salir de Francia.⁴⁵

El repaso de la experiencia bélica de Manuel Portela Valladares no sólo permite asomarnos a las penurias y peripecias vitales que sufrió en sus últimos años quien fuera presidente del Consejo de Ministros de la Segunda República. Más allá del relato personal, su caso ejemplifica las dificultades que atravesaron durante la Guerra Civil y el franquismo los republicanos liberales, aquellos políticos e intelectuales sociabilizados políticamente en la Monarquía, defensores del orden constitucional, que se vieron alejados de ella después de que Alfonso XIII respaldase el golpe de Primo de Rivera y que tras siete años de dictadura, transitaron con mayor o menor rapidez y entusiasmo hacia el republicanismo. El suyo fue un republicanismo más o menos convencido en los primeros tiempos, pero terminó enraizado en el sistema por su pragmatismo político, que les hacía creer en el orden establecido mientras esté garantizada la legalidad, la paz social, el constitucionalismo y los mecanismos propios de la democracia parlamentaria. Defensores del poder civil, desconfiados del militarismo y horrorizados por la violencia, la paulatina brutalización de la política que invadió la vida pública europea en los años 30 los puso frente a un modo de enfocar la resolución de conflictos que no compartían ni sabían cómo gestionar. Su incomodidad fue absoluta tras el golpe de julio de 1936 y más aún, cuando este se convirtió en una guerra civil con intervención soterrada de intereses extranjeros y vocación de una resolución no democrática sino totalitaria. La situación revolucionaria que se vivió en la retaguardia republicana, especialmente en las ciudades de Madrid y Barcelona, durante los primeros meses dificultó su identificación con el bando gubernamental, aquel que por lógica legal consideraban el legítimo frente a un bando golpista y liderado por el poder militar. Sin embargo, les costaba reconocer en los partidarios del Gobierno a los defensores de una República democrática al ver que la persecución que sufrieron los sectores derechistas y religiosos más próximos a los rebeldes se llevaba por delante las garantías judiciales, a otros sectores conservadores pero legales e incluso a los republicanos de centro y centro izquierda que se identificaban con la tibieza. Muchos de ellos, sintiéndose en peligro, abandonaron el país. Algunos, como Gregorio Marañón o José Ortega y Gasset se declararon neutrales, aunque su neutralidad los llevó a apoyar implícitamente el lado franquista. Otros mantuvieron una neutralidad real y se concentraron en conseguir una mediación internacional pacificadora, como Alfredo Mendizábal, el impulsor del Comité Español de la Paz Civil. También los hubo quienes, como Santiago Alba, se sumaron a los rebeldes enseguida. Pero tampoco se sintieron a gusto en la “nueva España”. El propio Alba, tras pasar la Guerra Civil en Londres contribuyendo al reconocimiento y apoyo del

⁴⁵ *Ibidem*; Pilar MERA COSTAS: op. cit., pp. 334-347.

Reino Unido a la España de Franco, fue atacado por un grupo de falangistas a su regreso a Madrid tras la guerra. Humillado y sin reconocerse entre los vencedores, Alba abandonó España y tampoco regresó jamás. Si el franquismo no fue capaz de acoger a los liberales que lo apoyaron, ¿qué podría hacer con quienes, como Portela, intentaron mediar, buscar una solución pacífica o apoyaron abiertamente al bando republicano?

Portela perteneció a un último grupo, quizá el más numeroso. El de los republicanos liberales que pese a su incomodidad ante la guerra, pesa a iniciarla en tierra de nadie y en la mayor parte de los casos verse obligados a huir para salvar su vida, se mantuvieron cercanos a la República y defendieron su posición y sus valores incluso cuando sintieron que era el Gobierno o sus partidarios los que no lo hacían. Políticos como Alcalá-Zamora, Clara Campoamor o Felipe Sánchez Román. Intelectuales como Manuel Chaves Nogales, Arturo Barea o Irene Polo. Terminada la guerra, el franquismo los persiguió con especial saña y la mayor parte jamás regresó a España. Muchos de ellos, además, carentes de un proyecto político que los reconozca como sus mayores o dispute su herencia y su legado, han permanecido semiperdidos en el olvido durante décadas, incluso tras la llegada de la democracia.

No quiere decir ello que la trayectoria de Portela y la de sus próximos ideológicos fuese impoluta. La del político pontevedrés está llena de momentos contradictorios, de dudas e idas y vueltas. Portela, como los viejos liberales con los que compartió credo y trayectoria, tuvo que lidiar con la desventaja de actuar con los modos aprendidos en un mundo diferente, sin terminar de entender los nuevos elementos y desbordado por la progresiva brutalización de la política. Su proyecto durante la guerra, fue el intento de configurar una alternativa liberal-demócrata, pero su dispersión y la extrema debilidad de sus recursos fue un obstáculo insalvable. Sin embargo, entre tantas propuestas de miras cortas y que coqueteaban con la violencia sin medir las consecuencias, cuando no se abrazaban a ella con convicción, el discurso, los valores y las prácticas de estos viejos liberales sonaban a democracia.

Las carlistas en los años 30: ¿De ángeles del hogar a modernas amazonas?

The Carlists in the 30s: From Angels from Home to Modern Amazons?

Antonio Manuel Moral Roncal
Universidad de Alcalá
antonio.moral@uah.es

Resumen: Análisis del papel que desarrollaron las mujeres carlistas en la escena política y bélica de aquella significativa década y de su influencia en la transformación del rol de mujer activista en la Comunión Tradicionalista. Del mismo modo, compara su trayectoria con la de otras mujeres del universo político conservador. Entre 1931 y 1933, las mujeres carlistas fueron claves en la búsqueda del voto, animando la visibilidad de la opción política de la Comunión en pueblos y ciudades. En esta dinámica se forjó la figura de la propagandista más famosa: María Rosa Urraca Pastor. Entre 1933 y el comienzo de la guerra Civil Española de 1936, se pasó a una segunda fase de consolidación de las asociaciones femeninas carlistas. En esta época se fundó el Socorro Blanco, una organización creada para dar asistencia espiritual y material para carlistas perseguidos o encarcelados. Las Margaritas asumieron la misión educacional y espiritual que los comandantes les confiaron. Durante la guerra, se les encomendaron tareas de apoyo al soldado en retaguardia, asumiendo Urraca Pastor y sus Margaritas la Delegación de Frentes y Hospitales. Siempre mantuvieron su rol de madres y mujeres: nunca serían “modernas Amazonas”. La defensa de la Religión, el Hogar y la Patria había justificado su papel en la escena política por 5 años, y su movilización era ahora más justificable debido a las extraordinarias circunstancias que la nación estaba atravesando. Su contribución fue esencial para mantener la vida en la retaguardia, la asistencia social o el cuidado de los heridos, en tanto que las mujeres se organizaron como enfermeras, recaudadoras de donaciones o trabajadoras de intendencia

Palabras clave: carlismo, guerra civil, margaritas, política asistencial, Urraca Pastor.

Abstract: Analysis of the role played by Carlist women in the political and war scene of that significant decade and its influence in the transformation of the role of activist women in Traditionalist Communion. Likewise, it compares its trajectory with that of other women of the conserva-

tive political universe. Between 1931 and 1933, Carlist women were key in the search for the vote, encouraging the visibility of the political option of the Traditionalist Communion in towns and cities. In this dynamic was forged the figure of most famous propagandist: Maria Rosa Urraca Pastor. Between 1933 and the beginning of the Spanish Civil War in 1936, a second phase of consolidation and organization of the Carlist women's associations was carried out. At this time was founded Socorro Blanco, an organization created for material and spiritual assistance to persecuted or imprisoned Carlists. The Margaritas assumed the spiritual and educational mission that the commanders entrusted to them. During the war, they were entrusted with tasks to support the soldier in the rear, with Urraca Pastor and his Margaritas assuming the Delegation of Fronts and Hospitals. Always their traditional role as mother and wife: they would never be "modern Amazons". If the defense of Religion, Home, and Homeland had justified his departure on the political scene for five years, his mobilization was now more defensible because of the extraordinary circumstances that the nation was undergoing. Their contribution was essential to maintain life in the rear, social assistance, care of the wounded, as the women organized themselves as nurses, recruiters of donations and workers in the quartermaster.

Keywords: Carlism, civil war, daisies, welfare policy, Urraca Pastor.

Para citar este artículo: Antonio Manuel MORAL RONCAL: "Las carlistas en los años 30: ¿De ángeles del hogar a modernas Amazonas?", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 61-80.

Recibido: 01/06/2017

Aprobado: 30/08/2017

Las carlistas en los años 30: ¿De ángeles del hogar a modernas Amazonas?

Antonio Manuel Moral Roncal
Universidad de Alcalá

La movilización inicial de la mujer carlista: el arroyo

Antes de la llegada de la Segunda República, existían escasas asociaciones de mujeres carlistas, siendo sintomático que en Navarra tan sólo se hallaran tres antes de las elecciones municipales del 14 de abril.¹ Sus socias se llamaban Margaritas y fueron el modelo social de la mujer carlista, cuyo origen debe retrotraerse al periodo cronológico en el que tuvo lugar la Tercera Guerra Carlista (1872-1876), y a una figura específica que sirvió como referente, tanto como símbolo como en la adopción del nombre con el que fueron denominadas: Margarita de Borbón, piadosa esposa del pretendiente Carlos VII, quien desempeñó labores de asistencia sanitaria a los heridos en los hospitales de campaña y organizó centros de beneficencia, por lo que fue tildada como *Ángel de la Caridad*. Las mujeres de destacados carlistas habían creado en esa época Juntas de Damas Católico-Monárquicas, pero sin el carácter popular y llano que tendrían las asociaciones de Margaritas.²

A partir de la instalación del régimen republicano comenzó a producirse un aumento tanto del número de círculos tradicionalistas como de agrupaciones femeninas carlistas, debido a varias causas. En primer lugar, la necesidad de hacer frente a la política de la coalición republicana-socialista favoreció la vitalidad de las asociaciones existentes y el nacimiento de otras muchas nuevas, al llamar a las católicas a la defensa de sus creencias. Muchas de ellas aceptaron ese envite y los tiempos ayudaron a su mayor participación en la esfera pública. Apelaciones como la realizada por Dolores de Gortázar, escritora tradicionalista, en un artículo publicado en *El Siglo Futuro* el 26 de noviembre de 1931:

En estos momentos amargos, dolorosos, de descatalogación en España, llamo al corazón esforzado, intrépido, elevadísimo de todas las mujeres cristianas, para que, unidas en un solo pensar, respetando las leyes que sean justas, las que no vulneren nuestros sagrados derechos, las que no atropellen nuestros sentires religiosos, para defender y reivindicar lo que en justicia nos pertenece y pedir la concesión de la libertad que disfrutaban los que no militan en el campo católico. (...) Queremos libertad para que nuestros hijos se eduquen en escuelas conforme a nuestros sentires,

¹ Gloria SOLÉ ROMEO: "Mujeres carlistas en la República y en la Guerra (1931-1939). Algunas notas para la historia de las Margaritas de Navarra", *Príncipe de Viana*, 54, extra 15, (1993) pp. 581-591. En 1919 se había creado la asociación de Margaritas navarras en Pamplona.

² Antonio Manuel MORAL RONCAL: *Las guerras carlistas*, Madrid, Sílex, 2006.

sin oponernos a que funcionen todas las escuelas laicas que el Estado quiera costear. Pedimos el goce absoluto de la libertad en nuestras familias (...); el libre ejercicio en lo religioso; en suma, lo que es recto, bueno, progresista y regenerador, porque las mujeres católicas no somos ni retrógradas ni obscurantistas.³

Cabe subrayar que fueron mujeres carlistas las que animaron a otras a participar en la vida pública, en defensa de la Religión y la Patria, sin que por ello –como intentaron dejar claro en sus alocuciones- se mermaran su condición femenina y su labor como esposa y madre de familia, manteniendo asimismo todo el respeto a las autoridades canónicas y estatales.⁴ Ideas que no resultaban novedosas pues durante el primer tercio del siglo XX se había construido y divulgado un modelo social de la mujer española basado en la trilogía Dios, Patria y Hogar.⁵ Por eso, en un primer momento, estas mujeres se centraron en labores religiosas y benéfico-sociales, ya que la esfera política había de estar reservada a las autoridades carlistas superiores y masculinas. Es decir, organizaron actividades religiosas como triduos, peregrinaciones, horas santas, misas de comunión, entronizaciones del Sagrado Corazón de Jesús, difusión de la doctrina cristiana; actividades benéfico-sociales como reparto de donativos de ropa o efectivo entre familias pobres.⁶ Para ingresar, la aspirante debía tener el aval de dos socias y ser aceptada por la junta local. Sus actividades se desarrollaban en los domicilios particulares o en instituciones benéficas como la Casa de Misericordia y el Hospital Provincial.

Sin embargo, conforme fueron pasando los meses y la tensión política fue aumentando ante la polémica religiosa y la elaboración de la polémica Constitución republicana, poco a poco, comenzaron las carlistas a rozar la esfera política. La maestra e inspectora de trabajo María Rosa Urraca Pastor, en una conferencia en el Centro Tradicionalista Montañés, se dirigió a las asistentes señalándoles que había llegado el momento de «descender de las gradas del templo y salir a la lucha política».⁷ Comenzaron así a aparecer líderes femeninas capacitadas para la lucha, revelándose en poco tiempo sumamente activas en la revitalización de los círculos carlistas.

Como señaló Martin Blinkhorn, el momento más destacado de las actividades que intentaban impulsar la identidad tradicionalista a nivel local, durante esos primeros años republicanos, fue la visita de una o más figuras destacadas. Podían ser tanto un diputado como Lamamié de Clairac como un orador extraparlamentario como Manuel Senante. En esta segunda categoría se insertó María Rosa Urraca que, con el paso de los meses, se hizo inmensamente popular. Los

³ *El Siglo Futuro*, 26 de noviembre de 1931, nº 17.269, p. 3, artículo eventual. Dolores de Gortázar lo firmó como directora de prensa de *Aspiraciones*.

⁴ Se insistiría en esta idea durante los siguientes años: la participación de las mujeres no debía dañar su feminidad, p. e. “Mujeres siempre”, *El Siglo Futuro*, 23 de febrero de 1932, nº 17.343, p. 4, sección Femenina.

⁵ Ver Rebeca ARCE: *Dios, Patria y Hogar: la construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo XX*, Santander, Universidad de Cantabria, 2008.

⁶ Así se desprende de la memoria que presentó el Círculo Tradicionalista de Madrid y resumió *El Siglo Futuro*, 20 de julio de 1933, nº 17.749, p. 2.

⁷ “Elocuente conferencia de la señorita Pastor en Santander”, *El Siglo Futuro*, 30 de diciembre de 1931, nº 17.296, p. 3, sección Movimiento Tradicionalista.

grandes círculos urbanos recibieron con frecuencia estas visitas, pero la mayor parte de los pueblos se vieron obligados a esperar a una de las giras oratorias o "Semanas Tradicionalistas" que se convirtieron en características de la movilización propagandística de los carlistas. En el curso de una de esas semanas, prácticamente las principales personalidades del carlismo iban a una región e intervenían en conferencias populares, que culminaban en el fin de semana en una concentración masiva en la capital regional. Este tipo de mítines ya eran tradicionales en el carlismo, buena muestra de sus intentos de adaptación a las estrategias políticas modernas.⁸ La prensa local cubría esos actos, tanto la simpatizante como la contraria, ya que las actividades carlistas fueron realizadas bajo la estrecha vigilancia de las autoridades republicanas y de los militantes de la izquierda que no se olvidaban del resurgir carlista anterior a la Tercera Guerra, por lo que no resultaron extraños los choques callejeros entre unos y otros.⁹

Esos numerosos mítines en ciudades, pueblos y aldeas que comenzaron a organizarse funcionaron como un acicate para la fundación posterior tanto de asociaciones femeninas tradicionalista como de círculos carlistas. En Navarra, el rápido desarrollo de las Margaritas –como así se denominaron las activistas legitimistas– se debió, en buena parte, a las activas propagandistas de Pamplona: Dolores Baleztena, Carmen Villanueva, Clinia Cabañas, Josefa Alegría, Isabel Baleztena, Ascensión Cano, Rosa Erice y las presidentas de las asociaciones locales. En el País Vasco y Valencia actuó la monárquica alfonsina Pilar Careaga, y Rosa Urraca Pastor por casi toda España. A veces se organizaban mítines con tres oradores: dos hombres y una mujer, pero en pocos meses algunas carlistas fueron tan famosas que su sólo nombre animaba a la concurrencia a sus simpatizantes. Algunas de ellas fueron maestras solteras y otras estudiantes, pero en general tuvieron un nivel de estudios suficiente para intentar movilizar, con ayuda de la oratoria, a las mujeres católicas. La mayoría de estas líderes fueron finalmente elogiadas por la prensa tradicionalista, enfrentando el modelo de mujer que encarnaban con el laico defendido por las republicanas.

La presidenta de las carlistas castellanas, Margarita Martín A. García-Alessón, realizó un llamamiento al resto de asociaciones de damas católicas tradicionalistas para estructurar una confederación, respetando su autonomía a nivel local. Esta llamada, presentada y divulgada en la prensa afín, a finales de 1931, reveló la falta de una unidad organizativa dentro de la sección femenina del movimiento carlista, que la líder castellana consideró necesaria para la organización de actos de propaganda, la fundación de agrupaciones locales, el impulso de escuelas católicas, el ejercicio de la caridad cristiana en todas sus manifestaciones y la publicación de un periódico a nivel nacional –titulado *Las Margaritas Españolas*– para la difusión del ideario y de sus activida-

⁸ Desde principios de siglo XX, los carlistas realizaban aplecs, mítines, banquetes en honor de sus personalidades. En la revista ilustrada *Nuevo Mundo* fueron noticia los homenajes a Vázquez de Mella, 28 de marzo y 23 de mayo de 1907; los aplecs jaimistas en Gironela, 25 de agosto de 1910, y en Tibidabo, 1 de septiembre de 1910; el banquete carlista contra la Ley del Candado, 12 de enero de 1911; la colisión entre jaimistas y radicales en Cataluña, 8 de junio de 1911; el aplec jaimista en Valencia, 17 de agosto de 1911, entre otros actos.

⁹ Martín BLINKHORN: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 117.

des.¹⁰ Dolores Baleztena, vicepresidenta de las Margaritas navarras, también había hecho una llamada general a una mayor unidad también en ese sentido. Esta urgente necesidad para replantearse la organización de la Comunidad Tradicionalista había sido sentida, igualmente durante ese año por numerosos carlistas,¹¹ por lo que a partir de entonces comenzó un proceso de estructuración interna que alcanzaría su cenit en los siguientes años, gracias a líderes como, entre otros, Manuel Fal Conde.

Entre las oradoras femeninas, fue María Rosa Urraca Pastor quien más destacó por su enorme capacidad de trabajo y su labor como propagandista, llegando a realizar 50 mítines en cuatro meses. Participó en grandes concentraciones organizadas por la Comunidad Tradicionalista, como la realizada en el Frontón Euskalduna de Bilbao, el 17 de enero de 1932, junto a Marcelino Oreja y Joaquín Beunza.¹² Asimismo, fue invitada por Círculos locales y provinciales, cuya organización y difusión animó a intensificar, hablando ante mujeres, obreras y jóvenes, en conferencias diferentes. Entre marzo y junio de ese año, ACM en Andalucía organizó diversos actos públicos en protesta por la política antirreligiosa del Gobierno republicano-socialista, a los que invitaron a actuar como oradoras a Pilar Careaga y a Rosa Urraca. También fue convidada para hablar en locales de Acción Nacional, hasta que se produjo la ruptura con los seguidores de Ángel Herrera Oria, a los que los carlistas acusaron de accidentalistas.¹³ Su manifiesto antirrepublicanismo y su importancia como oradora motivaron que las izquierdas la tuvieran en su diana política. En Sanlúcar la Mayor, Urraca Pastor fue multada por las autoridades por proclamar públicamente el convencimiento general de los carlistas de que Azaña y su gobierno eran moralmente —si no legalmente— responsables de los sucesos de Casas Viejas.¹⁴

No sólo recorrió España participando en mítines y conferencias, sino que escribió numerosos artículos en *El Pensamiento Navarro*, *El Pensamiento Alavés*, *La Voz de España* de San Sebastián, *El Norte de Castilla*, *La Unión de Sevilla* y el *Boletín de Orientación Tradicionalista*, entre otras publicaciones conservadoras y católicas. Ya en el verano de 1932, la destacada labor política de Urraca Pastor fue reconocida por los más importantes líderes carlistas del momento, que elogiaron su figura en el banquete-homenaje que organizó el Centro Femenino Tradicionalista de Madrid, el 12 de julio.¹⁵ Desde la reina Margarita, no había habido una mujer que fuera halagada y encumbrada por los tradicionalistas de esta manera. Al igual que otras figuras del

¹⁰ “La Agrupación Las Margaritas. Su intensa actuación en Valencia y Castilla”, *El Siglo Futuro*, 16 de diciembre de 1931, n° 17.285, p. 1, sección Movimiento Tradicionalista. En ese mismo sentido de impulso de las asociaciones femeninas, “Las Margaritas de Pamplona a todas las restantes de España”, Dolores Baleztena, *El Cruzado Español*, 13 de noviembre de 1931, n° 121.

¹¹ “Hacia el Frente único de salvación”, *El Cruzado Español*, 6 de noviembre de 1931, n° 121, p. 1.

¹² *ABC*, 19 de enero de 1932. Tras el acto se produjeron tumultos entre carlistas y republicanos, siendo detenidos varios líderes tradicionalistas y encerrados en la cárcel de Larrinaga, noticia que fue recogida en *ABC*, 31 de enero de 1932.

¹³ Por ejemplo, el 31 de marzo de 1932, Urraca Pastor ofreció una conferencia en los locales de Acción Nacional de Gijón y Sonio, ver *ABC*, 1 de abril de 1932.

¹⁴ Martín BLINKHORN: op. cit., p. 148.

¹⁵ *ABC*, 12, 13 y 14 de julio de 1932. El día anterior había impartido una conferencia en la agrupación femenina tradicionalista de Madrid.

carlismo, Urraca Pastor no olvidó referirse al problema social en sus conferencias, muchas de las cuales se dirigieron especialmente a obreros. Criticó al liberalismo, por haber convertido al trabajador en una máquina y a su trabajo en mercancía, defendiendo la vuelta a la tradición como solución para sus males,¹⁶ aplicando la doctrina social cristiana. En ese sentido, al igual que otros oradores, insistió siempre en animar a los empresarios a cumplir con sus deberes cristianos, y a los más ricos a emplear su dinero socialmente. Criticó la nueva legislación laboral, al ser incompleta para las obreras, pues, a pesar de la conquista de 8 horas de trabajo, resultaba falsa la pretendida igualdad con el hombre, ya que éste, tras la jornada laboral, pasaba a la de ocio, mientras la mujer continuaba trabajando en el hogar y la familia.¹⁷ Manifestó a los trabajadores que el tradicionalismo era enemigo de la lucha de clases y, de esta manera, se unió a los esfuerzos de otros dirigentes, como el diputado Ginés Martínez, por impulsar las secciones obreras carlistas.

Ante las medidas que el gobierno de izquierdas impuso, en materia religiosa y educativa, a comienzos de 1932, las Margaritas de algunos pueblos y ciudades reaccionaron sacando a sus hijos e hijas de las escuelas públicas, matriculándolos en escuelas privadas y católicas, animando a otras madres a imitarlas. Varios círculos tradicionalistas abrieron escuelas nocturnas para la enseñanza de la doctrina cristiana, tomando parte en la enseñanza un buen número de Margaritas.¹⁸ También recogieron firmas como método de protesta moderno contra medidas como la retirada de los crucifijos de los lugares públicos o de las imágenes del Sagrado Corazón. Precisamente, cuando el Ayuntamiento de Bilbao votó la demolición de un monumento a esta devoción, situado en la plaza de Bélgica, las damas tradicionalistas de Madrid remitieron al alcalde de la ciudad vasca una lista de protesta con 300 firmas de mujeres bilbaínas residentes en la capital, que fue ampliada en los días siguientes hasta lograr 25.000 rúbricas.¹⁹

A comienzos de 1933 las Margaritas fundaron el Socorro Blanco, organización creada para la asistencia material y espiritual a los carlistas perseguidos o presos, y a sus familias, con visitas a las cárceles, tarjetas y cartas de adhesión a los atropellos por venganzas políticas. Quisieron emular la organización de Margaritas creada durante la Tercera Guerra Carlista, a la que calificaron como «verdadera Cruz Roja del carlismo». Para su sostenimiento crearon sellos de cotización y donaciones extraordinarias que canalizaron a través de mítines y convocatorias populares con

¹⁶ “Elocuente conferencia de la señorita Pastor en Santander”, *El Siglo Futuro*, 30 de diciembre de 1931, p. 3; “Vibrante acto de afirmación tradicionalista. Discursos de Ana Benítez y María Rosa Pastor”, *El Siglo Futuro*, 28 de octubre de 1935, p. 20.

¹⁷ “Brillante conferencia de la señorita Pastor acerca del tema La Mujer y la Tradición”, *El Siglo Futuro*, 7 de febrero de 1935, p. 3.

¹⁸ “Junta de Margaritas de Haro”, *El Siglo Futuro*, 2 de febrero de 1932, n° 17.324, p. 2, Sección Movimiento Tradicionalista. El Círculo Tradicionalista de Madrid inauguró su círculo de estudios bajo la dirección del diputado Lamamié de Clairac, *El Siglo Futuro*, 10 de junio de 1932, n° 17.437, p. 1, artículo eventual.

¹⁹ “La protesta contra el Ayuntamiento de Bilbao en la Sección Femenina Tradicionalista”, *El Siglo Futuro*, 21 de febrero de 1933, n° 17.623, pp. 1-2, artículo eventual. Sobre esta devoción y su vinculación con el tradicionalismo español.

la participación de alguna oradora popular.²⁰ También impulsaron las llamadas secciones obreras de los Círculos tradicionalistas, donde organizaron e impartieron clases de taquigrafía y secretariado, organizaron rifas y fiestas para costear ayudas económicas a obreras.

¿Cuál fue la reacción de los hombres? Los líderes carlistas que, durante el primer tercio del siglo XX, habían abogado siempre por la marginación social y política femenina, postulando su ausencia de la escena política, comenzaron a modificar sus principios. Ante la coyuntura republicana, el avance electoral de la izquierda laica, y con la confianza de recabar el mayor número posible de votos católicos, los nuevos dirigentes legitimistas decidieron convertir a la mujer en protagonista destacada. Fue un proceso lento, pero ya a comienzos de 1932, el diputado y propagandista José María Lamamié de Clairac, comenzó a divulgar en sus mítines y conferencias el papel que debía asumir la mujer dentro del tradicionalismo. En un discurso ante simpatizantes, un periodista escribió que

Dedicó elocuentes párrafos a señalar el papel importantísimo que corresponde a la mujer en la defensa de nuestra Religión, de la enseñanza y de la familia, así como en la parte social en la que la mujer, con las cualidades de dulzura, ternura e insinuación, puede llegar más fácilmente, y sin inspirar recelos, al pueblo para restaurar sus heridas, para derramar sobre él el bálsamo del consuelo; en una palabra, para buscar ese acercamiento, tan necesario, de unas clases con otras, para, en una armonía perfecta, buscar la solución para los pavorosos problemas sociales. Igualmente, hizo resaltar lo que la mujer podía hacer en la propaganda y defensa de los ideales tradicionalistas tanto en los hogares como en sus amistades, en los talleres, etc., y como debe, al mismo tiempo, dentro de las Asociaciones de Damas Tradicionalistas, formar su inteligencia para estas luchas políticas y para conocer perfectamente los problemas de índole política y social que hoy absorben a tantas gentes. Asimismo, concretó la necesidad de organizar el censo electoral femenino y de llegar, en su día, a la emisión del voto en las elecciones, con una completa orientación y considerando el ejercicio de este derecho como un deber de la más estricta conciencia.²¹

La búsqueda de votos católicos fue especialmente encomendada a la mujer, objetivo al cual exhortaron todos los periódicos carlistas, así como los del resto de partidos de derechas, ya que con mayoría católica de diputados y concejales volverían los gobiernos, los pueblos y la legislación a serlo.²² Las mujeres comenzaron a aparecer descritas por algunos hombres en la prensa tradicionalista como émulas y herederas de reinas cristianas como Berenguela de Castilla, Blanca

²⁰ «Acudid todos dispuestos a entregar vuestro óbolo, cada uno en la medida de sus fuerzas, pues, muchas veces vale más el sacrificio que se realiza que la cantidad que con la generosidad se entrega. No regateéis sacrificios y sed generosos con los que antes lo fueron de sus propias vidas y haciendas». Así se animó a la participación en la primera cotización organizada en el cine Ópera de Madrid, *El Siglo Futuro*, 5 y 6 de marzo de 1933, nº 17.633, p. 1, y nº 17.634, pp. 1-2.

²¹ «Conferencia del señor Lamamié de Clairac a las señoras en los salones de la Única (Vitoria)», *El Siglo Futuro*, 19 de febrero de 1932, nº 17.339, p. 4, sección Propaganda Tradicionalista. Repitió, en esencia, las mismas ideas en otras conferencias impartidas a público femenino en Murcia y en Molina de Aragón, ver *El Siglo Futuro*, 3 de marzo de 1932, nº 17.350, p. 1, sección Propaganda Tradicionalista.

²² «Reacción y elección», *El Siglo Futuro*, 31 de marzo de 1932, nº 17.375, p. 4, Sección Femenina.

de Navarra, Isabel la Católica, y Santa Teresa de Jesús, valientes en su defensa y exhibición de la cruz, verdadero acto de desagravio frente a las medidas republicanas que intentan alejarla de la vida pública.²³ En vísperas de las elecciones de 1933, *El Siglo Futuro* publicó en su primera página un discurso de Juan Vázquez de Mella elogiando el papel de la mujer en la cristianización de las masas obreras y en la restauración de la grandeza patria.²⁴

La cara femenina más popular del carlismo, María Rosa Urraca Pastor, fue propuesta e incluida inicialmente en la candidatura Católico-Agraria de La Rioja, con el objetivo de atraer el voto femenino, pero el intento quedó cortado por el veto de Tomás Ortiz de Solórzano. Posteriormente, María Rosa se integró en la candidatura Unión Regionalista Guipuzcoana, siendo la séptima más votada con 31.618 votos. Pero los comicios otorgaron la victoria a los candidatos nacionalistas vascos que obtuvieron 5 escaños, siendo el sexto y último para Ramiro de Maeztu, a muy escasa distancia de la oradora carlista. Urraca Pastor se sintió verdaderamente frustrada, escribiendo a la esposa del pretendiente Alfonso Carlos I que sólo la habían incluido en la lista de Guipúzcoa, «de comparsa y de reclamo (...) la Comunión Tradicionalista me ha vendido por unas miserables pesetas. Y mientras al Parlamento irán una porción de señores desconocidos (...) la única mujer que les convenía haber mandado se queda sin ir».²⁵ Tampoco logró escaño la alfonsina Pilar Careaga, que se había presentado en Vizcaya por Renovación Española.

Pese a todo, las elecciones de 1933 fueron un éxito para las derechas y los monárquicos, lo cuales llegaron a formar un grupo de 48 diputados (alfonsinos, carlistas e independientes). Manuel Fal Conde escribió, tras los comicios, un impactante artículo titulado «Honor a las mujeres españolas», donde afirmó con rotundidad que ellas eran quienes habían triunfado y no las derechas, al mostrar las virtudes que se consideraban varoniles. No habían tenido miedo, mostrándose prudentes y constantes, sin flaquezas, de tal manera que no dudó en animar a sus carlistas con estas palabras: «¡Votad como mujeres, si queréis portaros como hombres!». Sus elogios a la mujer continuaron en las siguientes líneas, afirmando que su aparición en el campo político había sido la presentación de la sociedad auténticamente española, defensora de la Patria y la Religión.²⁶

²³ “Las damas españolas y el crucifijo” por José María Ruano, *El Siglo Futuro*, 4 de mayo de 1932, nº 17.407, p. 1, artículo eventual. Ver igualmente, “La mujer carlista” artículos publicados en *El Cruzado Español*, 12, 19, 26 y 29 de enero de 1932, 2 y 12 de febrero, 8 de marzo, 1, 5 y 15 de abril, 10 de mayo.

²⁴ «¿No hemos de contar con vosotras para devolver su noble, varonil, hermosa fisonomía a España? ¿No hemos de contar con vosotras? (una señorita contesta desde un palco: Sí, señor)», en “Vázquez de Mella preside el triunfo de la mujer española”, *El Siglo Futuro*, 11 de noviembre de 1933, nº 17.851, pp. 1-2.

²⁵ Carta de Urraca Pastor a S. M. la reina, 24 de noviembre de 1933. Archivo de la Universidad de Navarra, Archivo Fal Conde, correspondencia, caj. 133/5.

²⁶ “Honor a las mujeres españolas” por M. Fal Conde, *El Siglo Futuro*, 24 de noviembre de 1933, nº 17.858, p. 1.

Nuevo impulso organizativo: el torrente

Durante el bienio radical-cedista, los dirigentes carlistas decidieron fomentar la participación de la juventud femenina, a través de la sección de Margaritas, frente a las ramas femeninas de Acción Católica, alentadas por su líder de facto, Rosa Urraca, que había pertenecido a las juntas de Acción Social y Juventud Católica, llegando a ser directora del *Boletín de Acción Católica* desde su fundación. No sólo se trataba de captar a las mujeres católicas sino de formar féminas tradicionalistas, por lo que debían ser monárquicas y fervientes propagandistas. Sus actividades, de una práctica católica innegable, debían ayudar a evitar la suspicacia de la Santa Sede, que había condenado Acción Francesa, uno de los temores de algunos dirigentes de la organización a partir de 1934. Debe tenerse en cuenta que, para la élite tradicionalista, el posibilismo católico defendido por Acción Católica, por sectores de la CEDA y por algunas personalidades como el cardenal Vidal, Ángel Herrera Oria y el nuncio Tedeschini, constituía un peligro y un rival a batir por el bien de la Religión y de la Patria. Sin embargo, en ese camino no quisieron herir ni enfrentarse con la Santa Sede, donde los accidentalistas españoles contaban con mayores apoyos.²⁷

Más allá del oportunismo electoral, la mujer había llegado a transformarse, para la nueva jerarquía de la Comunión, en la única capaz de salvar la Patria amenazada y la Religión perseguida. De ahí que se ansiara buscar en ella a la perfecta propagandista —a imitación de su modelo Urraca Pastor—, que en la prensa, tribunas públicas, trabajos de organización y actos de propaganda defendiera los altos intereses morales y materiales, contribuyendo en la medida de sus fuerzas a la salvación de España, contra la ola secularizadora y revolucionaria. En dos años escasos, la mujer tradicionalista había cambiado su imagen: había abandonado la voluntad de apoliticismo de décadas anteriores, apareciendo una mujer enérgica, militante activa de partidos que defendían la Iglesia, comprometida hasta el punto de llegar a ser multada, agredida o encarcelada, convirtiéndose en heroína de la lucha antirrepublicana. Las mujeres, llegado el caso, habían puesto al servicio de la política su superioridad moral, respecto a los hombres, que las hacía más religiosas, menos tolerantes, mas abnegadas y más valientes.

El modelo de mujer originario en el ideario carlista —totalmente identificado con el ideal decimonónico de *Ángel del Hogar*— se había ido transformando, bajo la influencia de múltiples cambios en los años republicanos, hasta integrar la aceptación de la ciudadanía política femenina o la salida de las mujeres al espacio público.²⁸ Y en este cambio habían participado mujeres que, en décadas anteriores, habían trabajado o militado en organizaciones religiosas, donde pudieron haber recibido ciertas influencias de un tímido feminismo católico.²⁹

²⁷ Un desarrollo de esta cuestión más pormenorizado se encuentra en Antonio Manuel MORAL RONCAL: *La cuestión religiosa en la Segunda República. Iglesia y carlismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

²⁸ Tal vez habría habido sustanciales circunstancias en el primer tercio del siglo XX dentro de las organizaciones jaimistas que también habrían ayudado a este lento cambio, pero la falta de estudios al respecto nos impide confirmar o definir dichas circunstancias.

²⁹ Inmaculada BLASCO, *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

A comienzos de la década de los años veinte, el feminismo cristiano, católico, moderado y aceptable, en su versión española, comenzó a crear una pequeña elite cultural y política, definiendo su compromiso político como apolítico, de tal manera que se encontró preparado a colaborar con el inesperado régimen del general Primo de Rivera, lo cual tuvo un efecto muy favorable sobre el movimiento social católico de damas. Encuadradas en el mismo, la escritora carlista, Dolores de Gortázar Serantes, impulsó una revista femenina en Acción Católica, mientras la futura oradora tradicionalista María Rosa Urraca Pastor participaba activamente en esa misma organización durante esos años. Si está probado que algunos carlistas –a título personal en muchos casos y desobedeciendo en algún momento las consignas del Pretendiente Don Jaime– colaboraron con la Dictadura, no ocurre lo mismo con el caso de las mujeres tradicionalistas, pendiente de confirmar los límites de su participación en un marco donde sus afines encontraron múltiples posibilidades. Primo de Rivera tuvo gestos favorables al movimiento social de damas, cuya moderación y apoyo al régimen fueron recompensados con nombramientos de mujeres como miembros de la Asamblea Nacional -en su mayoría procedentes de la Acción Católica de la Mujer- y con una reforma electoral que permitió la presentación de candidaturas femeninas a concejalías. Con ello, el dictador atendió las reivindicaciones de participación de estas mujeres, brindándoles un marco político e ideológico en el cual las conservadoras y católicas se sintieron cómodas y animadas a la colaboración, si bien al margen de las autoridades eclesiásticas, aunque siempre dentro del más fervoroso catolicismo. La imagen de un ideal femenino basado en la fortaleza y la religiosidad, que comenzó a conformarse durante la Restauración, continuó defendiéndose a lo largo de la dictadura, viéndose reforzado por la progresiva integración de las mujeres en la vida política, a pesar de que se tratase de una unificación en condiciones precarias, al depender casi exclusivamente de la voluntad del general y desarrollarse, necesariamente, en el marco de un partido único y en condiciones diferentes a las de los varones.

Indudablemente, la organización interna se consolidó, pues en abril de 1935, el número de agrupaciones femeninas era de 300 y, a finales de ese mismo año, había ascendido a 741 juntas de damas, según datos internos. En las asociaciones de Margaritas se organizaron tres clases diferentes de asociadas. Por un lado, las *aspirantes* entre las que encuadraban aquellas que eran hijas de afiliados, hasta que cumplían los dieciséis años; las denominadas *socias de número* que superan esa edad y que, principalmente, eran hijas, hermanas o estaban casadas con activistas carlistas y, en último término, la figura de las *socias honoríficas u honorarias*. Y en ellas se mantuvo el espíritu de continuidad en el fomento y defensa de los principios esenciales que sirvieron de pilares de la Comunión, al igual que los padres transmitían a sus hijos varones.³⁰

El nuevo reglamento, surgido a finales de 1935, reconoció como jerarquía política a la jerarquía de la Comunión, encargada del nombramiento de todos los cargos directivos. En el mismo, se estipuló como fin la promoción de la formación femenina, bajo los principios de la Tra-

³⁰ Mónica ORDUÑA PRADA: "La mujer en las publicaciones carlistas. De la Segunda República a la Guerra Civil", en VV. AA., *Del periódico a la sociedad de la información*, vol. 3, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2002, pp. 115-124.

dición, prestando apoyo moral y material a todos los afiliados a la Comunión, preparando su organización en forma que pudiera contribuir en al cualquier momento a su lema Dios, Patria y Rey. De esa manera, según el *Boletín Oficial de la Comunión Tradicionalista*, a las mujeres carlistas se les confió una Gran Cruzada Espiritual: educar a los hijos –futuros requetés–, difundir propaganda de los santos ideales, formar grupos de estudio en los círculos, dirigir escuelas nocturnas para los obreros, organizar actividades caritativas entre los pobres y los desempleados, regentar el Socorro Blanco para consuelo de los carlistas perseguidos o encarcelados y a sus familias, aunque su primer reglamento, sin embargo, tardaría en publicarse en el *Boletín de Orientación Tradicionalista* hasta el 21 de enero de 1936. La mujer legitimista había de encarnar los principios de piedad, modestia y autosacrificio, ayudando, ofreciendo consejos y ánimos a los hombres jóvenes tanto en la paz como en la previsión de una guerra. Su catolicismo se daba por descontado, siguiendo el conocido lema de finales del siglo XIX: se podía ser católico sin ser carlista pero resultaba imposible ser carlista sin ser católico.

La misión educativa fue reconocida como el deber más importante de las Margaritas, ya que se presentaba en el campo de batalla entre el comunismo y la civilización cristiana era la escuela. Se debían encargar, por lo tanto, de la educación de los hijos de los carlistas, por lo que se recomendó que ejercieran actividades como la visita a la familia donde naciera un futuro Requeté o Margarita, regalándoles una boina o una insignia de margarita. Con ello el pequeño quedaba dado de alta como aspirante en la asociación correspondiente. Todos los años debían felicitarle por su cumpleaños y, cuando la edad lo permitiera, se debía fomentar su reunión diaria o periódica con otros hijos de socios y amigos, organizando juegos diversos, orfeones, cuadros artísticos, grupos de baile, etc. Pretendiendo, de esta manera, mantener vivo el culto a la Tradición, conservando lo típico y castizo de cada región. En ese sentido, las carlistas participaron en la organización de la Fiesta del Niño Tradicionalista, celebrada en Santander en junio de 1935, que incluyó actos religiosos, deportivos y recreativos. La jornada se inició con una misa de comunión general para todos los Pelayos, a la que asistieron numerosas Margaritas, Requetés y jóvenes. A continuación se celebró un desayuno popular en los locales del Centro Tradicionalista Montañés –preparada por las margaritas– y posteriormente se disputó un partido de fútbol entre Pelayos y alumnos de los Agustinos, seguido de una prueba atlética.³¹

Sin embargo, no se ambicionó ofrecer a los Pelayos sólo una educación alternativa o complementaria, sino que se pensó en la creación de escuelas primarias en las que educar a sus hijos conforme a sus santos ideales. Estas escuelas, junto con las catequesis y los grupos infantiles, complementarían el Apostolado de Educación Infantil. Por otro lado, las Margaritas no descuidaron la educación de adultos, continuando con la fundación de escuelas nocturnas para obreras y clases combinadas con los gremios de todas las afiliadas.

Tras las elecciones de febrero de 1936, y conforme la situación política comenzó a radicalizarse, la actuación del Socorro Blanco fue más importante. La organización fue encomendada a

³¹ Julián SANZ HOYA: *De la resistencia a la reacción. Las derechas frente a la Segunda República (Cantabria, 1931-1936)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, p. 220.

las Juntas Locales Femeninas, cada una de las cuales debían tener su sección de Socorro, dependiente todas ellas del Secretario Central Femenino. Para lograr una dotación económica especial para sus gastos, se ordenó que —además de cuestaciones y donativos— se divulgaran con aún mayor entusiasmo los sellos de cotización, obligatorios en la correspondencia oficial, y que todos los carlistas debían utilizar en sus cartas.³² Los sellos fueron de 10 y 25 céntimos, 1 y 5 pesetas, y podían ser adquiridos en las oficinas de las Asociaciones de Margaritas.³³ Durante la guerra civil, esa estructura les serviría tanto para organizar la participación de la mujer tradicionalista en la España nacional, como para facilitar redes de apoyo clandestinas en la España del Frente Popular, respondiendo, en la medida de sus posibilidades, a los efectos de la represión política.³⁴ Análogamente, continuaron ejerciendo, como ejemplo de católicas, la caridad cristiana, materializada en roperos, cocinas económicas, oficinas de colocación, reparto de juguetes para niños pobres, visitas domiciliarias, etc. Organizaron veladas de oración a la Virgen y los Santos, rosario en los salones de las Asociaciones, recogida y distribución de limosnas.³⁵ Desde octubre de 1934, todos los viernes en una iglesia diferente, las damas tradicionalistas de Sevilla organizaron un Via Crucis por España.³⁶

En cierto modo, las actividades de las Margaritas fueron paralelas —y semejantes— a las desarrolladas por las mujeres de Acción Católica. De esta manera, antes del estallido de la Guerra Civil, la Juventud Femenina de Acción Católica podía presumir de 11.870 obreras afiliadas y 198 academias nocturnas para su educación y recristianización, siempre dentro de los límites del apoliticismo, aunque deseando la mejora de los intereses católicos. Por ello, las Margaritas protagonizaron una Cruzada Espiritual de oración, sacrificio y penitencia. Desde las páginas del *Boletín* se aconsejó, en abril de 1936, a las damas tradicionalistas que intensificaran de manera especial los actos de culto y piedad a raíz de la gravedad de las circunstancias por las que atravesaba la patria. Al mes siguiente, la respuesta de la Juventud Femenina de Acción Católica fue la preparación de una Gran Semana del Evangelio, en donde se implicaría a la mayor parte de la población posible. Finalmente, las autoridades prohibieron tal acontecimiento, así como la celebración de su III Asamblea Nacional.³⁷

³² “La campaña de exaltación del perseguido” por Álvaro G. de Amezúa, *Boletín de Orientación Tradicionalista*, 17 de mayo de 1936, n.º 40, p. 3.

³³ “Asociación de Margaritas”, *El Pensamiento Navarro*, 22 de marzo de 1936, p. 1; “¿Qué es el Socorro Blanco?”, 31 de marzo, p. 1.

³⁴ Ver, para el caso de la actuación del Socorro Blanco a favor de asilados en las representaciones diplomáticas extranjeras, Antonio Manuel MORAL RONCAL: *Diplomacia, humanitarismo y espionaje en la Guerra Civil Española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

³⁵ “Asociación de Margaritas de Pamplona”, *El Pensamiento Navarro*, 3 de julio de 1936, p. 1.

³⁶ De acuerdo con las normas de *El ejercicio de Vía Crucis de los católicos españoles por las actuales necesidades de la Patria*, Toledo, Editorial Católica Toledana, 1933. La noticia fue divulgada, con carácter ejemplarizante y con esperanza imitadora, en el *Boletín de Orientación Tradicionalista*, 7 de octubre de 1934, p. 4.

³⁷ Inmaculada GUIRADO LARA: *La Juventud Femenina de Acción Católica en la Guerra Civil Española, 1936-1939*, trabajo presentado para la obtención del DEA en la Universidad de Alcalá, 2004, pp. 21-22.

La concreción de la mujer tradicionalista como educadora, orante ferviente y generosa samaritana se completó con la faceta de propagandista de los santos ideales. Las Margaritas organizaron actos públicos, fomentaron los círculos de estudios y la divulgación del ideario en impresos, desplegando la palabra oral o escrita como arma de combate en la lucha política y social declarada, con el fin de que sus ideales fueran siempre Cruz, Bandera y Corona. Las referencias religiosas inundaban el concepto de la perfecta carlista, que debía ser el modelo de mujer católica hispana. La parte central de la Ordenanza se destinó al desarrollo del lema tradicionalista Dios, Patria y Rey, con un contenido semejante al de los principios de la Comunión. Al final se incluyó el apéndice *La Boina Bendita*, que fue el mismo del devocionario del requeté.

Las publicaciones carlistas más trascendentales se hicieron eco de las actividades de todo tipo en la cuales hubiera una presencia femenina. Recogieron la constitución de las diferentes juntas, secciones y asociaciones de Margaritas que se fueron formando por toda la nación. Aludieron indistintamente a su presencia en actos conmemorativos tales como desfiles, fiestas o funciones en beneficio de niños o de los Mártires de la Tradición, en su tradicional fiesta del 10 de marzo. Además, en ellas se insertaron anuncios y avisos para que participasen en la realización de actividades tales como las visitas a familiares de presos tradicionalistas, organización de rosarios, participación en la confección de prendas, reparto de juguetes y aguinaldos, representaciones de teatro, etc.³⁸

Desde un punto de vista organizativo, las Margaritas estaban obligadas a cumplir el reglamento, a cotizar para el sostenimiento de la Causa, a obedecer a la Junta Directiva y a acatar con absoluta disciplina y subordinación las órdenes de las autoridades jerárquicas de la Comunión. El jefe local tradicionalista nombraba la Junta Directiva compuesta de presidenta, vicepresidenta, secretaria, vicesecretaria, tesorera, vicesecretaria y un número ilimitado de vocales. Resultaban ser vocales natos las delegadas de cada una de las secciones. Además de la Junta Directiva, que se reunía una vez al mes, el reglamento también contemplaba la celebración de Juntas Generales, ordinarias —una vez al año— y extraordinarias; y en la misma línea de subordinación emanada de todo el articulado, en el número 19 se señalaba que los acuerdos tomados en Junta General, si eran de orden político, sólo tendrían el carácter de propuesta a la autoridad jerárquica correspondiente.

Perfilando lo conseguido: el río

A comienzos de 1936, se realizó un recuento de las asociaciones de Margaritas, saldándose con la cifra de 23.238 integrantes, aunque debe subrayarse la ausencia de datos de muchos centros, por lo que el número de margaritas total pudo ser un poco mayor. Se apreció tres grandes grupos de provincias: aquellas con un gran número de militantes y de agrupaciones (Navarra,

³⁸ Por ejemplo, en *El Cruzado Español*, “Las Margaritas carlistas”, 16 de enero; “La mujer carlista”, 26 de enero de 1934; “De nuestras Margaritas”, 6 de marzo; “Llor a la entereza de una Margarita”, 25 de mayo; “Discurso de Mercedes Plazaola en Zumarraga”, 27 de julio; “La misión de las Margaritas”, 4 de septiembre; “A mi madre”, 6 de noviembre; “Espejo de madres”, 13 de noviembre.

Castellón, Vizcaya, Valencia, etc.), con la excepción de Alicante, que a pesar de contar con tan sólo 3 agrupaciones tenía 913 afiliadas. El caso opuesto era el de Tarragona, con 18 agrupaciones pero tan sólo 839 mujeres afiliadas. Un segundo grupo lo formaban aquellas provincias en las que existía cierta implantación de las agrupaciones femeninas carlistas, aunque raramente superaban las 10 agrupaciones. Lérida con 8 y Jaén con 7 son claros exponentes de este grupo. Y, por último, aquellas provincias sin apenas afiliadas y con menos de 5 agrupaciones, añadiéndose la circunstancia de que muchas de ellas aparecieron señaladas como «en periodo de formación» en la documentación del Archivo Histórico M. Ferrer: caso de Gerona con 4 agrupaciones en toda la provincia y 3 de ellas (Olot, La Sella y Bañolas) en formación.³⁹

Las provincias con mayor militancia y número de asociaciones de margaritas fueron Navarra -4.923 mujeres y 33 agrupaciones-, Vizcaya y Guipúzcoa -4.350 asociadas y 50 agrupaciones-, la región valenciana -6.555 militantes y 60 agrupaciones- y Barcelona, con 1.647 mujeres y 28 agrupaciones. Nuevamente la geografía tradicional del carlismo se impuso a la hora de calibrar la militancia femenina, aunque en algunas regiones los datos todavía no están debidamente estudiados, pues en Andalucía se calcularon 590 afiliadas sin contar, por desconocidas, las cifras de Almería y Cádiz.

Si comparamos las 23.238 Margaritas con las 70.000 socias de la Juventud Femenina de Acción Católica –más sus 20.000 aspirantes y 4.000 benjamins-, el número de las carlistas fue indudablemente menor, incluso que las 61.354 activistas de la Confederación de Mujeres Católicas de España.⁴⁰ No obstante, en algunas provincias no se obstaculizó la entrada de las carlistas en las agrupaciones femeninas de Acción Católica, por lo que hubo, perfectamente, casos de doble militancia. Geográficamente, al igual que las asociaciones de Margaritas, las diócesis con mayor número de asociadas a las Juventudes Femeninas de Acción Católica, durante ese año, fueron Pamplona y Sevilla.⁴¹ Sin embargo, hubo una diferencia sustancial, a la hora de calibrar los límites de su actuación, pues, para las elecciones de febrero de 1936, los llamamientos a las urnas y a la participación política desaparecieron de las secciones femeninas de Acción Católica, mientras que las Margaritas no dejaron de actuar como activistas del Socorro Blanco y propagandistas de la Comunión Tradicionalista.⁴² La mayoría de esas mujeres habían renunciado al velo negro de la

³⁹ F. CARRIONERO SALIMER y otras: “La mujer tradicionalista: las margaritas” en VV. AA., *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1991, pp. 194-198.

⁴⁰ Los datos de la Confederación de Mujeres Católicas de España –nacida de la fusión entre la Unión de Damas del Sagrado Corazón y la Acción Católica de la Mujer- corresponden a 1935. En todo caso, habían mermado su número desde las 118.000 afiliadas en 1929, a causa de su participación en la sección femenina de Acción Popular durante los años republicanos, especialmente entre 1932 y 1934. Así lo analiza Inmaculada BLASCO: “Las ramas femeninas de la Acción Católica durante la II República: de la política al apostolado”, en Feliciano MONTERO, (coord.): *La Acción Católica en la Segunda República*, Alcalá, Universidad de Alcalá, 2008, pp. 34-57.

⁴¹ Lo que dinamita el tópico del norte español católico y el sur laico. GUIRADO LARA: op. cit., pp. 52-55.

⁴² En el caso de Navarra, en casi todos los números de febrero y marzo de 1936 en *El Pensamiento Navarro*, se publicaron constantes llamamientos a las Margaritas y a la “Mujer española” o a la “Mujer católica”.

pena por la boina blanca de la esperanza y la visión relativizadora de lo religioso por una participación más ágil en la esfera pública de pueblos y ciudades.⁴³

En ese mes de febrero, quizá preparándose para la proximidad de una posible guerra según Dolores Andrés, el Secretariado Nacional de Margaritas envió, desde Madrid, una circular donde ordenaba la organización urgente de cursillos clandestinos de enfermeras allí donde se contara con un local y algún médico carlista de confianza dispuesto a impartirlo. De este modo comenzaron en marzo los cursillos sobre nociones básicas de enfermería y primeros auxilios en al menos cuatro localidades navarras: Pamplona, Estella, Sangüesa y Artajona. Fueron aleccionadas sobre inyecciones, vendajes, curas y los principales fármacos. Varias Margaritas calculando lo crítico de la situación se prepararon, por propia iniciativa, en el cursillo de “Damas Enfermeras” que la Cruz Roja de Pamplona organizó a comienzos de 1936. Otras, obtuvieron títulos oficiales de enfermeras del Estado en las Facultades de Madrid, Zaragoza, etc., por lo que se formaron dos tipos de enfermeras: las de título oficial, con mayor preparación académica -sobre las que recaía la dirección de cada sala o servicio- y otras, auxiliares de enfermería, preparadas mediante los cursillos antes descritos.⁴⁴

Turno de hierros: el mar

Al poco tiempo de estallar la Guerra Civil, el Frente Popular utilizó a las mujeres como señuelo para el reclutamiento de los hombres poco animados a acudir al frente, y una vez conseguido esto, las expulsó de los frentes bélicos, tachándolas en ocasiones de prostitutas en el ejercicio de la profesión y acusándolas de transmitir enfermedades venéreas. Aunque fueron escasas aquellas que tomaron las armas, sirviendo especialmente en la intendencia o en vigilancia, cuando recibieron la orden de retirarse, se negaron a cumplirla y en algunas zonas tuvieron que pasar meses hasta que retornaron a las ciudades. La miliciana fue primero ensalzada, luego desprestigiada y sustituida por la figura de la madre combativa sobre la que recaía la responsabilidad del bienestar familiar y colectivo, la transmisión de los valores republicanos a sus hijos y la incitación a que lucharan por su defensa.

En la España republicana se hizo propaganda de la maternidad: las virtudes de una madre eran el valor, el coraje, la protección y la abnegación y a todas ellas se apelaba. Debían ser fuertes, valerosas, proteger a su especie, pero también estar dispuestas a los mayores sacrificios. Las funciones de la mujer fueron de tres clases: producción en fábricas o encargadas de los transportes; asistencia sanitaria del soldado y, finalmente, el cuidado de la población en retaguardia. La mujer ocupó pues, el lugar del hombre en los medios de producción, pero con la condición de

⁴³ Camino que continuaron emprendiendo durante el conflicto cainita. Ver Francisco Javier CASPISTEGUI: “No, las mujeres no lloran: Pamplona y la imagen de la mujer durante la Guerra Civil”, en María CAMPO GUINEA, y otras: *Mujeres que la historia no nombró*, Pamplona, Ayuntamiento, 2005, pp. 218-228.

⁴⁴ María Dolores ANDRÉS PRIETO: *La mujer en la política y la política de la memoria*, Trabajo fin de Máster, Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca, 2012, , pp. 53-54.

prometer abandonarlos al finalizar la guerra por la fuerte oposición de muchos hombres al trabajo remunerado femenino.⁴⁵

En la España nacional, la intensa movilización de la mujer también fue un hecho, pero se defendió siempre su rol tradicional de madre y esposa: no serían nunca modernas amazonas”. Si la defensa de la Religión, el Hogar y la Patria había justificado su salida a la escena política hacia cinco años, ahora resultaba más defendible su movilización debido a las extraordinarias circunstancias que atravesaba la nación. No obstante, se le adjudicó papeles relacionados con ese papel como el de las madrinan de guerra, una figura que se creó para cartearse con los soldados, sosteniéndoles psicológicamente en duras circunstancias de frente bélico. Al comienzo de la campaña del Maestrazgo, en 1937, la presidenta de las Margaritas de Anzuloa (Guipúzcoa) ofreció una madrina a cada requeté carlista del Tercio de Lácar. Sus componentes aceptaron rápidamente la oferta.

Pronto se reveló que la contribución de la mujer fue imprescindible para mantener la vida en la retaguardia, para la asistencia social y para el cuidado de los heridos, pues las mujeres se organizaron como enfermeras, reclutadoras de donaciones y trabajadoras en intendencia. Las falangistas, organizadas en la Sección Femenina, invadieron un terreno -los servicios sociales- que tradicionalmente había estado a cargo de la Iglesia Católica. Su Auxilio de Invierno se transformó, en mayo de 1937, en Auxilio Social que movilizó a las jóvenes de su zona imbricándolas en tareas de distribución de ropa, alimentos, organización de donaciones, etc. Así lo recuerda la carlista María Isabel Ruiz de Ulíbarri:

En el invierno del 36, todas las tardes nos juntábamos un buen grupo de margaritas de Cáseda para hacer jerséis, pasamontañas y guantes para los requetés. También las de Falange estaban organizadas y trabajaron en cosas parecidas, pero cada grupo por su cuenta. A comienzos del 37, Blanca Castiella y yo, otra margarita, nos ofrecimos para trabajar en el Hospital Alfonso Carlos de Pamplona. Como estaba todo cubierto nos enviaron al Hospital Provincial. Allí todas las chicas éramos voluntarias, sin apenas conocimientos médicos; unas carlistas, otras de Falange, y muchas de Acción Católica. (...) Estoy orgullosa del bien que pude hacer aquellos años, de la gente a la que pude ayudar y de mi aportación a la causa que aprendí de mis padres.⁴⁶

A mediados de abril de 1937 apareció el decreto de Unificación, según el cual se dispuso la fusión de todas las organizaciones políticas de un nuevo partido, Falange Española Tradicionalista y de las JONS, bajo el mando único de Franco. Los falangistas obtuvieron una posición preponderante frente a los carlistas, aumentando sus conflictos internos durante la guerra. A la Sección Femenina no le gustó la Unificación: las tradicionalistas poseían raíces morales muy profundas y vigor en sus creencias pero sólo Falange podía proporcionar el sentido de la justicia social y

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 73-74.

⁴⁶ Pablo SAGARRA y Juan Ramón de ANDRÉS, *Atlas ilustrado del carlismo*, Madrid, Susaeta, 2016. pp. 194-195.

el salto al futuro que España requería. Sin embargo, se aceptó el hecho consumado y, tal como se postuló, las delegadas provinciales serían falangistas y las Margaritas serían designadas para las secretarías. Así las necesidades de obtener la victoria y el control militar de la Nueva España se impusieron a las diferencias entre los componentes del bando alzado, mientras se construía, lentamente, el futuro Estado franquista.⁴⁷ En la España republicana, las margaritas sufrieron la persecución y el encarcelamiento por sus ideas políticas y encuadramiento católico, llegando a la muerte muchas de ellas.⁴⁸

María Rosa Urraca Pastor fue nombrada delegada nacional de Asistencia de Frentes y Hospitales el 29 de abril, cuyo fin residía en el mantenimiento de depósitos para los frentes, lavaderos, confección de ropa en talleres de la Sección Femenina, envío de paquetes con comida, ropa y tabaco a los soldados del frente, la instalación de hospitales y otros servicios. Su amiga Pilar Careaga -una vez liberada de la cárcel de Bilbao- fue nombrada delegada provincial.⁴⁹ Los nuevos hospitales que se pusieron en funcionamiento tuvieron que organizarse de acuerdo con la Delegación Nacional de Sanidad y el Jefe Provincial Militar, pero tanto la primera como Frentes y Hospitales se repartieron la gerencia de esos servicios; Sanidad se hizo cargo de las funciones técnicas mientras Frentes y Hospitales se encargaba del sostenimiento material, así como de la organización de visitas y de la asistencia espiritual de los combatientes, tema de enorme preocupación para las carlistas. Las Margaritas despacharon a los frentes miles de crucifijos, rosarios y medallas por un valor total de 21.600 pesetas. Cosieron sus lemas ("Detente bala, el Sagrado Corazón de Jesús está conmigo") y símbolos (Cruz de Borgoña) en las prendas para los soldados.⁵⁰

En los siguientes meses se puso a su cargo numerosos vehículos, material de transporte, material y mobiliario, vestuario, alimentos, tabaco, vino y licores. La comida para las tropas fue el artículo más importante en el presupuesto de las Margaritas navarras, al comprar más de 20.000 tarros de mermelada y leche condensada y varios cientos de miles de kilos de chocolate y dulces. El algodón para hacer jerséis a los soldados ocupó un distante segundo lugar, seguido de bebidas alcohólicas. En verano, las mujeres carlistas incluso lograron suministrar helados a las tropas destacadas en el frente. Pero además, las Margaritas ejercieron como empleadas de correos, costureras, lavanderas, enfermeras y maestras.⁵¹ Enviaron ropa limpia al frente y se llevaban la sucia de

⁴⁷ Mónica ORDUÑA PRADA: "Voluntariado Femenino durante la Guerra Civil Española: Justicia Social y Dios, Patria y Rey", en Oleg AUROV (coord.), *La URSS y la guerra civil española*, Moscú, Russkij Sbornik (Colección Rusa), Tomo XX, 2016, pp. 369-385.

⁴⁸ Así lo analiza Laura SÁNCHEZ BLANCO, *Rosas y margaritas*, Madrid, Actas, 2016.

⁴⁹ Sobre esta figura femenina me remito a Francisco Javier GONZÁLEZ MARTÍN: "Pilar Careaga y Basabe (1908-1993): feminismo católico y militancia política en el franquismo", *Aportes*, 81 (2013), pp. 159-189.

⁵⁰ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2012, pp. 203-213. Asimismo, sobre el papel de las carlistas en la guerra, Juan Carlos PEÑAS BERNALDO DE QUIRÓS: *El carlismo, la república y la guerra civil (1936-1937)*, Madrid, Actas, 1996, y Mónica ORDUÑA PRADA: "El voluntariado femenino en la Rioja en los inicios de la Guerra Civil", *Berceo*, 147 (2004), p. 119-148.

⁵¹ Los capellanes y algunas Margaritas dieron clases de alfabetización a los soldados, y teniendo en cuenta la extracción geográfica de los soldados de la España franquista, sus clases beneficiaron más a los soldados provenientes de zonas rurales que de ámbitos urbanos. Al mismo tiempo, los sacerdotes intentaron recristianizar grandes partes de Andalucía, Asturias y Canarias con ayuda de esas mujeres.

los requetés para lavarla, desinfectarla y remendarla en una semana. Esas tareas de alimentar, criar y recordar -roles típicamente femeninos- reforzaron los ya fuertes lazos entre los hogares y el frente, siendo recordados por los requetés supervivientes más adelante.⁵²

Esta Delegación de servicios del partido único intentó ser un reducto de los carlistas, y aunque se estableció que la Secretaría de la misma sería desempeñada por una persona de distinta procedencia política a la del delegado, no se produjo esa situación, ya que a Urraca Pastor le sustituyó otra conocida Margarita, Casilda Ampuero, a finales de julio de 1938.

Pero las diferencias con el resto de organizaciones de FET fueron claras desde el principio: las tradicionalistas se negaron a lucir los uniformes reglamentarios y a imponer el tuteo falangista. No se mostraron cómodas con la unidad organizativa y trataron de mantener espacios propios pues, si bien, se obligó a que convivieran en muchos locales junto a la Sección Femenina, lo cierto es que se permitió independencia a las afiliadas a Frente y Hospitales. La personalidad propia de esta Delegación permitió salvar ciertos conflictos de competencias con otras, como Auxilio Social y su obligado cumplimiento del servicio social femenino. En este sentido, Urraca Pastor obtuvo que el Departamento Central de Organización del Servicio Social autorizara a la Nacional –a pesar de la prohibición del artículo 27 de su reglamento- la posibilidad de certificar los servicios prestados por las mujeres en la Delegación carlista.⁵³

En julio de 1937, el Secretariado Político de FET dispuso, mediante una circular número 12, la forma de conseguir fondos para Frentes y Hospitales, organizando recaudaciones callejeras los días 5 y 20 de cada mes, que se añadirían a los ingresos recaudados por las suscripciones a los boletines mensuales y los donativos que se lograran conseguir. Las Jefaturas Provinciales de FET debían entregar, además, una peseta por cada afiliado de segunda fila. Las Margaritas tuvieron una sorprendente participación en la búsqueda de recursos económicos para su organización, manteniendo actitudes de independencia respecto al partido único que fueron toleradas, en muchas ocasiones, por las fuertes contrapartidas que ofrecían en su labor asistencial, social, sanitaria y recaudatoria. Además, su militancia católica a favor de la idea de Cruzada también les ayudó en ese sentido, pues Frentes y Hospitales realizaron una campaña para enviar sacerdotes como asistentes espirituales de los soldados y oficiales del frente en el mes de noviembre de ese año.

Pero la rivalidad entre Frentes y Hospitales y la Sección Femenina alcanzó quizá límites que las Margaritas no supieron calibrar apropiadamente. En 1938, a Castellón llegó Urraca Pastor con dos camiones: uno lleno de boinas rojas y otro de alimentos en frío, mucho más fáciles de

SEIDMAN: op. cit., pp. 214-215. Sobre el papel de las enfermeras carlistas el mejor estudio es Pablo LARRAZ ANDÍA: *Entre el frente y la retaguardia: la sanidad en la Guerra Civil: el hospital "Alfonso Carlos" Pamplona 1936-1939*, Madrid, Actas, 2004.

⁵² Como se aprecia en la recopilación de testimonios orales de requetés en Pablo LARRAZ ANDÍA y Víctor SIERRA-SESÚMAGA: *Requetés. De las trincheras al olvido*, prólogo de S. G. Payne, segunda edición, Madrid, La esfera de los libros, 2010. Igualmente, ver Christian GARAY VERA, José Luis ORELLA: "Súbditos de la tradición. Los rusos blancos en el requeté español y otras unidades nacionales 1936-1939", en Oleg AUROV (coord.), op. cit., pp. 349-368.

⁵³ Francisco BLANCO: "Delegación de Asistencia a Frentes y Hospitales", 20 enero 2013, publicado en http://www.rumbos.net/rastroria/rastroria13/Frentes_Hospitales.htm (consultado por última vez el 25-11-2017).

mantener y repartir. Se trataba pues de una operación mucho más positiva desde el punto de vista propagandístico y logístico a una zona que estaba en pleno frente de batalla y que había sido de primordial voto carlista. Para la cúpula de Auxilio Social esta acción supuso una extralimitación de sus atribuciones que estaban ceñidas a la actuación en el frente, pero también fue una muestra del poder que las falangistas no deseaban compartir. Tanto Urraca Pastor como las falangistas Pilar Primo de Rivera y Mercedes Sanz Bachiller desplegaron su actividad en el marco de diferentes familias políticas que habían quedado sometidas a la disciplina del decreto de Unificación. La tensión entre la líder carlista y la hermana de José Antonio se nutrió del progresivo arrinconamiento que sufrieron los partidarios de la Monarquía tradicional dentro de FET. Rosa Urraca, pese a ser nombrada consejera nacional y condecorada por su valor en el frente de Somosierra, fue sometida a ostracismo político al final del conflicto bélico.⁵⁴

Tras la victoria militar un decreto disolvió tanto la organización femenina del carlismo como su Delegación. Así, el 24 de mayo de 1939, Franco dispuso la finalización de la Delegación de Frentes y Hospitales, ya que su servicio no tenía ya sentido, subsistiendo sólo la organización exterior para recaudar divisas. Al día siguiente, se creó una comisión liquidadora de la extinta delegación carlista que comenzó a realizar un recuento de sus existencias y bienes. Siete meses más tarde se valoraron en 750.000 pesetas, aunque faltaban los fondos de algunas provincias, por lo que la cifra debía elevarse a más de un millón. Y, como muestra de su victoria, Auxilio Social fue beneficiaria de dicho desmantelamiento, ya que en el reparto de sus bienes le correspondió la totalidad de los víveres almacenados. En el amanecer de la inmediata posguerra, quedaba claro que las mujeres falangistas habían sido preferidas a las carlistas para organizar y modelar el ideal femenino en el Nuevo Estado. No resulta raro que numerosos requetés y Margaritas sintieran cierta frustración en la Victoria.

⁵⁴ Sobre la líder carlista me remito al estudio de Antonio Manuel MORAL RONCAL: "Auge y caída de una líder carlista en el franquismo: María Rosa Urraca Pastor", *Aportes*, 81 (2013), pp.63-96.

Activism, Revolution and War: Mujeres Libres Addressing the Personal and the Political

Militancia, Revolución y Guerra: Militantes de Mujeres Libres enfrentando “lo personal” con “lo político”

Martha Ackelsberg
William R. Kenan, Jr. Professor emerita
Smith College, Northampton, MA USA
mackelsb@smith.edu

Abstract: Mujeres Libres, an organization of anarchist women established during the Spanish Civil War, was characterized by a dual focus on *capacitación* (empowerment) and *captación* (mobilization): (a) empowering women to enable them to recognize and act on their own potential and (b) mobilizing them into the organizations of the broader libertarian movement. An exploration of the activist biographies of two of its three founders (Lucía Sánchez Saornil and Mercedes Comaposada), as well as of two of its younger activists (Soledad Estorach and Sara Berenguer), makes clear how reflecting on personal experience within a larger political frame led to the creation of the organization and to its appeal to its base of (largely) working-class women. Although it did not frame its analysis in these terms, Mujeres Libres effectively prefigured mid-twentieth century feminist analyses of the social construction of women’s subordination as well as feminism’s claims about the relationship between “the personal” and “the political”.

Founded officially as a federated organization in Valencia in 1937, Mujeres Libres’ roots were laid in small gatherings in different parts of the country in the preceding years. In this paper, I explore those roots through attention to the personal histories of these four activists, drawing on their writings, memoirs and personal interviews. The paper argues that, although Mujeres Libres did not define itself as a “feminist” organization, many of the writings of its founders—and, in particular, their analyses of the nature and causes of women’s subordination that appeared in journals both before and during the Civil War—would find echo in later 20th and 21st century feminism. Especially significant was Mujeres Libres’ insistence on the relationship between anarchist analyses of relations of domination and subordination in the society at large and the specific subordination of women, both within society and in the movement, itself. While it addressed problems that women confronted *as individuals*, Mujeres Libres was not interested in *individual*

solutions. Rather, its goal was to develop programs that would empower women to take their places alongside other women (and men) in workplaces and in movement activism, while, at the same time, supported by other women, to take more effective charge of their lives, their households, their sexuality, and the education of their children. In doing so, they reflected not only the overall commitment of the libertarian movement to the inseparability of war and revolution, but also their own recognition of the inseparability of personal and collective liberation, the interweaving of “the personal” and “the political.”

Keywords: mobilization, empowerment, feminism, “the personal and the political”, social construction of women’s subordination

Resumen: Mujeres Libres, una organización de mujeres anarquistas establecida durante la Guerra Civil Española, se caracterizó por un doble enfoque en *capacitación* y *captación* (a) la capacitación de mujeres para que puedan reconocer y actuar sus propias capacidades y posibilidades, y (b) la captación—movilizándoles dentro de las organizaciones del movimiento libertario más amplio. Una examinación de las biografías de militancia de dos de sus tres impulsoras (Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada), y de las de dos militantes entonces más jóvenes (Soleidad Estorach and Sara Berenguer), deja claro como la reflexión sobre experiencias personales dentro de un marco político más amplio facilitó la creación de la organización y su mensaje dirigido a mujeres de la clase trabajadora. Aunque no utilizó un discurso explícitamente feminista, de hecho, Mujeres Libres anticipó los análisis del movimiento feminista de mediados del siglo XX en cuanto a la construcción social de la subordinación de las mujeres tanto como sus afirmaciones sobre la relación entre “lo personal” y “lo político”.

Fundada formalmente como federación en Valencia en 1937, Mujeres Libres tuvo raíces en grupos pequeños que surgieron en diferentes partes del país durante los años anteriores. Este artículo examina estas raíces a través de la atención a las historias personales de las cuatro militantes, basándose en sus escritos publicados, memorias, y entrevistas. Aunque Mujeres Libres nunca se definió como organización “feminista”, muchos de los escritos de las militantes—en específico, sus análisis de las bases de la subordinación femenina que aparecieron antes y durante la Guerra Civil—resonarían en los feminismos de los años posteriores. Destaca, específicamente, la insistencia de Mujeres Libres en la relación entre el análisis libertario de las relaciones de dominación y subordinación en la sociedad y la subordinación específica de las mujeres, tanto en la sociedad como en el movimiento libertario. Mientras abordó problemas que enfrentaron las mujeres *como individuos*, no propugnó *soluciones individuales*. Al contrario, quería desarrollar programas que capacitasen a las mujeres para que pudieran actuar juntas con otras mujeres (y hombres) en las fábricas y en el movimiento; mientras, apoyadas por otras mujeres, que contribuyeran a la estructuración de sus vidas, sus casas, su sexualidad, y la educación de sus niños. Así, reflejaron no solamente el compromiso del movimiento libertario en “guerra y revolución”, sino, también, su

propio reconocimiento de la indivisibilidad de la liberación personal y la liberación colectiva, la conexión entre “lo personal” y “lo político”.

Palabras clave: capacitación, captación, feminismo, lo personal y lo político, construcción social de la subordinación de la mujer

Para citar este artículo: Martha ACKELSBURG: “Activism, Revolution and War: Mujeres Libres Addressing the Personal and the Political”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 81-103.

Recibido: 28/05/2017

Aprobado: 10/12/2017

Activism, Revolution and War: Mujeres Libres Addressing the Personal and the Political

Martha Ackelsberg
William R. Kenan, Jr. Professor emerita
Smith College, Northampton, MA USA

Introductory comments

One of the central insights of mid-twentieth century western feminism was the notion that “the personal is political.” As Carol Hanisch stated in 1969, to claim that the personal is political is to recognize that «personal problems are political problems. There are no personal solutions at this time. There is only collective action for a collective solution.»¹ That insight developed from the process of consciousness-raising, when small groups of women met to speak about their lives, to recognize commonalities and to analyze them in a larger context.² The term refers to the fact that, although problems may be experienced at the individual level, many have broader social and political causes; and the solutions to them, therefore, must be collective, rather than individual. Drawing on movement journals, published writings, memoirs, and personal interviews with the protagonists, this article reviews the activist biographies of four members of *Mujeres Libres*, an organization of anarchist women established in Spain during the Spanish Civil War. In exploring the life stories of two of its founders, Lucía Sánchez Saornil and Mercedes Comaposada, as well as of two of its younger activists, Soledad Estorach and Sara Berenguer, it examines how their personal experiences and struggles spurred them to develop a specific analysis of women’s subordination. And it makes clear how reflecting on personal experience within a larger political frame led both to the creation of the organization and to its successful appeal to its base of largely working-class women.

Although *Mujeres Libres* did not define itself as feminist, many of the writings of its founders that appeared in journals both before and during the Civil War effectively prefigured mid-twentieth century feminist analyses of the social construction of women’s subordination, as

¹ Carol HANISCH: “The Personal Is Political,” in *Notes from the Second Year: Women’s Liberation*, ed. Shulamith Firestone and Anne Koedt, New York, Radical Feminism, 1970, available at <http://carolhanisch.org/CHwritings/PIP.html> (last consulted 19-06-2017)

² As the document “Consciousness-Raising” declared, these were conversations “in which personal experiences, when shared, are recognized as a result not of an individual’s idiosyncratic history and behavior, but the system of sex-role stereotyping. That is, they are political, not personal, questions.” June ARNOLD: “Consciousness-Raising”, in *Women’s Liberation: Blueprint for the Future*, ed. Sookie Stambler, New York, Ace Books, 1970, p. 280

well as feminism's claims about the relationship between "the personal" and "the political". Especially significant was Mujeres Libres' insistence on the relationship between anarchist analyses of domination and subordination more generally and the specific subordination of women. They were particularly concerned with obstacles to activism that women confronted within the anarchist movement, itself --a movement officially committed to the equality of men and women. The movement had formed the context of their activism; yet their experiences as women (both individually and collectively) led them to believe that existing movement organizations were not effectively reaching women. They insisted that a separate organization, developed by and for women, would be necessary to overcome the subordination of women and to enable women to take their places alongside men within the movement and in the struggle for a better, more egalitarian, society.

While there have been a number of studies of women's organizations during the period of the Civil War, and of Mujeres Libres, in particular,³ there has been no explicit exploration of the relationship between their personal histories, their movement activism, and the analyses they developed. Nor, with minor exceptions, has there been an effort to examine these stories collectively,⁴ nor to highlight their theoretical contributions. In comparing Mujeres Libres' perspectives to later twentieth-century feminist analysis, I wish to emphasize their largely-unrecognized contributions to feminist theory and the ways in which the issues they confronted of trying to negotiate their condition as women within anarcho-syndicalist organizations are still all-too-relevant to the situation of women in contemporary social movements.

* * *

Founded officially as a federated organization in Valencia in 1937, Mujeres Libres' roots were laid in small gatherings in different parts of the country in the preceding years. Many of those who became activists in the organization initially came to political awareness within the context of the anarcho-syndicalist movement. The major organization of the movement, the CNT, *Confederación Nacional del Trabajo*, was founded in 1910, but anarchism (or libertarian socialism) had been growing since it was first introduced into Spain by Giuseppe Fanelli, an emissary of Bakunin and the First International, in 1868. Spain at the time was particularly ripe for anarchist organizing: economic development was highly uneven: the economies of Andalusia and

³ Mary NASH: *Rojas: Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999; Íd.: "Mujeres Libres": *España 1936-39*, Barcelona, Tusquets, 1976; Íd.: *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1981; Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres y la lucha para la emancipación de las mujeres*, Barcelona, Virus, 1999; Eulàlia VEGA: *Pioneras y revolucionarias: Mujeres libertarias durante la República, la Guerra Civil y el Franquismo*, Barcelona, Editorial Icaria, 2010.

⁴ For some exceptions, see, Yanira HERMIDA MARTÍN: *Luchaban por un mundo nuevo: Lucía Sánchez Saornil y Sara Berenguer Laosa, Militancia anarquista durante la Guerra Civil Española*, Barcelona, Descontrol Editorial, 2016; Eulàlia VEGA: "Mujeres Libres, Una luz que se encendió: La organización libertaria en la memoria de sus militantes", en *Mujeres Libres y feminismo en tiempos de cambio*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo y Fundación Andreu Nin, 2016, pp. 101-119; and Íd.: *Pioneras y revolucionarias*.

Extremadura were dominated by vast agricultural estates, owned mainly by absentee landlords and worked by landless laborers who lived in conditions of extreme poverty in large urban-like agglomerations. Mid-nineteenth century efforts at liberal reforms (including the disentailment of church estates) succeeded only in changing the identities of the absentee owners and establishing new inequalities.⁵ The utopian vision that Fanelli espoused gave voice to these laborers' yearnings for land and greater stability. Anarcho-communism took firm root in this area. The latter years of the 19th, and early years of the 20th, saw often-massive protests for better living and working conditions in these rural areas; as well as community-based protests around cost of living, in which women took active roles.⁶

Living and working conditions were only marginally better in industrialized areas. In the Catalan textile industry, for example, an 1892 report found that the average industrial worker labored for over 12 hours a day, in poorly-lit and minimally-ventilated conditions. Approximately 40-45% of the workers were men, an equal percentage were women, and the rest were children, some of who had begun working at 6 or 7 years of age. A large proportion of wages went to food, most of that to bread⁷. Cataluña was the other major area of anarchist/anarcho-syndicalist organizing. Although, as I have noted, women constituted a high percentage of industrialized workers in the Catalan area (particularly in textiles), the CNT—as was the case of many male-dominated labor union organizations in that time and even now—largely ignored them in its unionizing efforts.⁸ Nevertheless, women were quite active in community-based protests in the early years of the century, notably in the anti-war demonstrations during the Tragic Week in 1909, and in cost-of-living protests throughout the early decades of the twentieth century.⁹

⁵ Josep FONTANA: *La revolución liberal: Política y hacienda en 1833-1845*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, Ministerio de Hacienda, [s.a.], p. 336; Antonio-Miguel BERNAL: "Persistencia de la problemática agraria andaluza durante la Segunda República", en *La propiedad de la tierra y las luchas agrarias andaluzas*, Barcelona, Ariel, 1974, p. 142. See also Julián CASANOVA and Carlos Gil ANDRÉS: *Twentieth Century Spain: A History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, especially chs. 1-2

⁶ See, for example, Temma KAPLAN: *Anarchists of Andalusia: 1868-1903*, Princeton, Princeton University Press, 1977; Íd.: "Class Consciousness and Community in Nineteenth-Century Andalusia," *Political Power and Social Theory*, 2 (1981), pp. 21-57, and Íd.: "Female Consciousness and Collective Action: The Case of Barcelona, 1910-1918," *Signs*, 7:3 (1982), pp. 545-67

⁷ Josep FONTANA: "Nacimiento del proletariado industrial y primeras etapas del movimiento obrero", *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1973, p. 85; and Ignasi TERRADAS SABORIT: *Les colonies industrials: un estudi entorn del cas de l'Ametlla de Merola*, Barcelona, Laia, 1979

⁸ On this point, in addition to sources cited above, see also Julián CASANOVA: *The Spanish Republic and Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, ch. 11; Mary NASH: *Mujer y movimiento obrero*, ch. 1-2; and Íd.: *Mujer, Familia y Trabajo en España, 1875-1936*, Barcelona, Anthropos, 1983, pp. 40-60; and Eulàlia VEGA: "Mujeres y militancia en el anarquismo español (1931-1936)", *Spagna contemporanea*, 40 (2011), pp. 70-77

⁹ In addition to essays by Temma KAPLAN (see above, note 6), see also Pamela RADCLIFFE: "The Culture of Empowerment in Gijón, 1936-1937", in C. EALHAM and M. RICHARDS (eds.), *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge and New York, Cambridge University Press, 2005, pp. 133-155; and Martha ACKELSBURG and Myrna BREITBART: "Terrains of Protest: Striking City Women," *Our Generation*, 1987

Spanish women won the right to vote in 1931, but this achievement sparked little interest among anarchists, who did not believe that voting would do anything to address the massive social and economic inequalities which plagued the country. If anything, they were concerned that women's votes—particularly in rural areas—would only add to the electoral power of the Church and right-wing parties, a fear that was partially borne out by the victory of right-wing parties in the elections of 1933 (although that victory was probably a consequence of multiples factors).¹⁰

It was in this economic, social, and political context that *Mujeres Libres* was created. When the Civil War—and its accompanying social revolution—broke out in July of 1936, some anarchist women were already engaged in movement activism in many arenas, but that engagement was rarely recognized or attended to by men in movement organizations. *Mujeres Libres*, therefore, developed programs with a dual focus on *capacitación* and *captación*: (a) empowering women to enable them to recognize and act on their own potential and (b) mobilizing them into the organizations of the broader libertarian movement. This set of goals became even clearer and more compelling as the Civil War progressed. Its original statutes defined its aims as follows:

- (a) crear una fuerza femenina consciente y responsable que actúe como vanguardia del progreso; (b) Establecer a este efecto escuelas, institutos, ciclos de conferencias, cursillos especiales, etc., tendentes a capacitar a la mujer y a emanciparla de la triple esclavitud a que ha estado y sigue estando sometida, esclavitud de ignorancia, esclavitud de mujer y esclavitud productora.¹¹

Its spokeswomen attempted to walk a thin line, rejecting both feminism (by which they meant opposition to men or the struggle to achieve equality for women within an existing system of privilege) and the relegation of women to a secondary status within the libertarian movement. As the National Committee wrote to the CNT in 1938, as part of a campaign to be recognized as an autonomous “fourth branch” of the movement:¹²

Conocíamos el precedente de las organizaciones feministas y su inmediatez con el de los partidos políticos. Recogidas estas experiencias no podíamos actuar ni como unos ni como

¹⁰ See, e.g. Julián CASANOVA, *The Spanish Republic and Civil War*, chs. 2-4

¹¹ Por la Comisión Organizadora, MUJERES LIBRES, “Estatutos de la Federación Nacional de ‘Mujeres Libres’”, Valencia, septiembre de 1937, reproduced in *Mujeres Libres: Luchadoras Libertarias*, prólogo de Antonina Rodrigo, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1999, p. 83. See also, MUJERES LIBRES: “Estatutos de la Agrupación de Mujeres Libres”, 4pp, Alfáfar (Valencia), undated, Archivo Histórico Nacional/Sección Guerra Civil-Salamanca [AHN/SGC-S], P.S. Madrid 432, Legajo 3270; also in Federación Nacional ‘MUJERES LIBRES’, Comité Nacional: “A todos los Comités Regionales y Provinciales de la Federación Nacional Mujeres Libres,” Barcelona, 12 julio 1938, p. 1, International Institute of Social History, Amsterdam [IISH], FAI: 48.c.1.a. Primary documents and interviews are included in their original language; citations from secondary sources are translated by the author.

¹² Along with CNT, FAI and FIJJ

otros. No podíamos separar el problema femenino del problema social, ni podíamos desentendernos del primero y del segundo para convertir a la mujer en un sencillo instrumento de cualquier organización, por más que ésta fuera la nuestra propia, la organización libertaria.

La intención de sus impulsoras era más amplia, mucho más amplia: servir a una doctrina, no a un partido; capacitar a la mujer para hacer de ella el individuo capaz de contribuir a la estructuración de la sociedad futura, el individuo que aprendiera a determinarse por sí mismo, no a seguir ciegamente las indicaciones de una Organización.¹³

Our understanding of how they came to these goals can be illuminated by an exploration of some of their biographies.

* * *

Lucía Sánchez Saornil and Mercedes Comaposada: Life and thought of two founders

At the time of the outbreak of the Civil War and the creation of Mujeres Libres, both Lucía Sánchez Saornil and Mercedes Comaposada were among those considered older, more “professional” women.¹⁴ Both had been active in the CNT in the preceding years. Lucía worked for a number of years as a journalist, in addition to holding a position at the central telephone company; and Mercedes was also a journalist, and a lawyer. Both had grown up in straightened circumstances; and they confronted significant challenges as girls and women—both within and outside the libertarian movement. A closer look at their stories can help to explain Lucía’s focus on both engaging women in the movement while improving their situation within it, as well as Mercedes’ commitment to *formación*.

Lucía was born in Madrid in December 1895 to a working-class family.¹⁵ Relatively few details are known about her life, though Antonia Fontanillas states, simply, that her youth «must have been hard».¹⁶ Her mother died when she was young, and she took on the responsibility of helping her father to raise a younger sibling. In 1916, she began working for Compañía Telefónica de Madrid, enabling her to contribute to support of the family while also pursuing her

¹³ FEDERACIÓN ‘MUJERES LIBRES’, Comité Nacional, “Anexo al informe que la Federación Mujeres Libres eleva a los comités superiores del movimiento libertario y al pleno del mismo,” Barcelona, octubre 1938, p. 2, available at IISH, CNT: 40.c.4

¹⁴ On the ways Mercedes and Lucía were viewed by others, see also Eulàlia VEGA: “Mujeres Libres, Una luz que se encendió”, pp. 107ff.

¹⁵ Antonia Fontanillas cites this date, basing her claim on Lucía’s national identity card, and on documentation obtained from the Compañía Telefónica de Madrid. Antonia FONTANILLAS BORRÁS and Pau MARTÍNEZ MUÑOZ: *Lucía Sánchez Saornil: Poeta, periodista y fundadora de Mujeres Libres*, Madrid, La Malatesta, 2014, p. 26. Yanira Hermida says that Lucía was born in 1896, the date that appears on her death certificate: Yanira HERMIDA: op. cit., p. 57

¹⁶ Antonia FONTANILLAS BORRÁS and Pau MARTÍNEZ MUÑOZ: op. cit., p. 26.

own interests in poetry and art (especially painting).¹⁷ That same year (1916), she began publishing her poetry, under the masculine pseudonym, Luciano San-Saor, in the *ultraísta* poetry journal, *Los Quijotes*,¹⁸ apparently the only woman to form part of the group of poets at the core of the journal. The poems were mostly love poems, written in the voice of a male lover to his female lover—possibly simply because that was the expected mode; but possibly also (as a number of critics surmise) to hide her lesbian desire. During the years to follow, her poetry increasingly challenged conventional models of femininity—a process of critique that she would soon transfer to her prose writing.¹⁹

Most likely she was introduced to the CNT through the presence of CNT activists at the Telefónica.²⁰ In any case, she seems to have participated actively in telephone workers strikes during the late 1920's, for which she was “exiled” to Valencia in 1927 to work at the offices of the Telefónica there.²¹ Returning to Madrid in mid-1933, she joined the editorial office of *CNT* and the secretariat of the Federación Nacional de la Industria Ferroviaria. In the years to follow, she published a number of articles in movement journals—such as *Solidaridad Obrera*, *Tierra y Libertad*, *Umbral*, and *Fragua Social*—on issues related to women. These reflected her sharp analysis of sexism, not just in the larger society, but even within the organizations of the libertarian movement.²²

Easily the most significant of these was a series on “the woman question” published in *Solidaridad Obrera* in response to articles by Mariano R. Vázquez (Marianet), the Secretary of the CNT. Those articles have been widely reprinted, and discussed in multiple venues.²³ I will not

¹⁷ Yanira HERMIDA: op. cit. pp. 57-68; Antonia FONTANILLAS BORRÁS and Pau MARTÍNEZ MUÑOZ: op. cit. pp. 23-30; *Lucía Sánchez Saornil: Poesía*, Introducción y edición de Rosa María MARTÍN CASAMITJANA, Valencia, Pre-Textos, 1996, and Nuria CAPDEVILA-ARGÜELLES: *Autoras inciertas: Voces olvidadas de nuestro feminismo*, Madrid, Edición horas y HORAS, 2008

¹⁸ Rosa María MARTÍN CASAMITJANA: “Lucía Sánchez Saornil. De la vanguardia al olvido”, *Duoda: Revista d'Estudis Feministes*, 3 (1992), pp. 46-7.

¹⁹See, for example, Rosa María MARTÍN CASAMITJANA: “Lucía Sánchez Saornil,” p. 47; *Lucía Sánchez Saornil: Poesía*, pp. 9-10; Nuria CAPDEVILA-ARGÜELLES: op. cit., p. 159; Yanira HERMIDA, op. cit., p. 62; and Luz SANFELIU GIMENO: “Lucía Sánchez Saornil: Una vida y una obra alternativas a la sociedad de su tiempo”, paper prepared for I Congreso Internacional de Cultura y Género de la Universidad Miguel Hernández de Elche, 11-13 noviembre 2009 (www.lrmcidii.org/wp-content/uploads/2012/06/Lucia_Sanchez_Saornil.pdf) (last consulted 19-06-2017). In addition, Nuria CAPDEVILA-ARGÜELLES describes a later poem (written under Lucía's own name), as «a poetic coming out of the closet» [«una salida poética del armario»], op. cit., p. 166

²⁰ Antonia FONTANILLAS BORRÁS and Pau MARTÍNEZ MUÑOZ: op. cit., pp. 29-30.

²¹ The original article by Rosa María MARTÍN CASAMITJANA (published in 1992) says that Lucía was transferred to Valencia in 1931 (p. 57), but in her 1996 book she says that that this took place in September of 1927, op. cit., p. 17

²² Luz Sanfeliu argues that Sánchez Saornil was the most explicitly feminist of *Mujeres Libres*' founders. See Luz SANFELIU: “Educando y viviendo en la ‘Libertad Sexual’”. *Mujeres Libres* y Lucía Sánchez Saornil”, in Raquel OSBORNE (ed.), *Mujeres bajo sospecha: Memoria y sexualidad 1930-1980*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2012, pp. 340-44

²³ They have been reprinted in Mary NASH: *“Mujeres Libres” España: 1936-39*, Barcelona, Tusquets, 1975; and summarized in Yanira HERMIDA: op. cit., pp. 68-76; Antonia FONTANILLAS and Pau MARTÍNEZ

rehearse all their arguments in detail here; but I do want to note the emphasis she placed on the experience/treatment of women *within* movement organizations, the treatment of women's subordination as a *social* problem, and the importance she gave to changing both men's and women's views of women's capacities and possibilities.

Vázquez's initial article appeared to understand the issues women confronted in the movement.²⁴ In effect, his article affirmed that women had been active participants in historical events, but that they had too often been forgotten or ignored. In Spain of that era, he wrote, women were, effectively, the "slaves of slaves" ["esclavas de los esclavos"]. The obvious question was, why had women allowed this to happen; and he answered: because of their economic dependence on men. That dependence could be overcome through the incorporation of women into the paid labor force, and their active participation in the workers' movement. Only by joining the struggle for a new society that would guarantee the economic independence of everyone would women free themselves from masculine tyranny. Women would need to join the anarchist movement.

Lucía responded that most male anarcho-syndicalists seemed little interested in encouraging meaningful participation by women. There were many contexts to organize them. Propaganda and conversation can take place in factories, schools, *ateneos*, and even the very homes of male anarchist activists.²⁵ That so few women *had* been recruited indicated a problem with *men* and with movement organizations, rather than with women: «Hay que decirles [a los compañeros] que antes de reformar la sociedad es preciso reformar su casa».²⁶ Vázquez had called on women to engage in propaganda with other women; Lucía replied that the problem was with anarchist men, whose homes were "ruled by the purest feudal norms" ["las más puras normas feudales"]. Her critique was sharp, and reflected her awareness that behavior in the "private" domain of the home was inseparable from that in the "public" domain of the workplace or union hall: men who treat their wives with disrespect, and effectively as servants, in their homes will not treat women equally outside of the house, and cannot expect those women to come running to movement organizations. Lucía challenged the sexism and misogyny of all-too-many anarchist men, arguing that, over the course of history, men's views of women had oscillated «de la prostituta a la madre, de lo abyecto a lo sublime sin detenerse en lo estrictamente humano: la mujer»;²⁷ that treating women in these ways left no room for actual women to see themselves, or

MUÑOZ: op. cit., pp. 32-39; Nuria CAPDEVILA-ARGÜELLES: op. cit., pp. 168-171; Mary NASH: "Dos intelectuales anarquistas frente al problema de la mujer: Federica Montseny y Lucía Sánchez Saornil", *Convivium*, 44-45 (1975), pp. 89-93; Mary NASH: *Mujer, Familia y Trabajo en España*, pp. 15-17; and Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres*, pp. 161-165, among others.

²⁴ Mariano R. VAZQUEZ: "Mujer: Factor revolucionario," *Solidaridad obrera*, 18 septiembre 1935.

²⁵ «Propaganda en casa! Es la más sencilla y más eficaz. ¿En qué hogar no hay una mujer, compañera, hija, hermana?». Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: "La cuestión femenina en nuestros medios," *Solidaridad obrera* 26 septiembre 1935

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: "La cuestión femenina en nuestros medios IV," *Solidaridad obrera* 15 octubre 1935

be seen by others, as true equals.²⁸ More significantly, women's emancipation could not be achieved simply through their incorporation into the labor force, or the labor movement. Women's situation would need to be addressed directly, and specifically: «la problemática de la mujer proletaria requería soluciones específicas, al margen de las resoluciones del conflicto de clases».²⁹

The series of articles she wrote addressed women's economic subordination and the devaluation of women in society; indeed, she articulated an early version of what, today, would be described as the social construction of women's subordination: Woman's 'nature' is simply the product of «el medio ambiente en que se ha desenvuelto».³⁰ Men then demean women because they behave «como vosotros la habéis creado!»³¹ To put it another way, women have been reduced to

...nacer, gestar, morir... el concepto de madre [está] absorbiendo el de mujer, la función, anulando al individuo. Para un anarquista, antes que el trabajador está el hombre, antes que la madre debe estar la mujer. Porque para un anarquista antes que todo y por encima de todo está el individuo...³²

Men's treatment of women as less than fully equal, the denial to women of opportunities to develop themselves, resulted in women's *being* much less able to realize themselves. At the same time, however, she insisted that the only solution to the so-called "sexual problem"—women's subordination at home, at the workplace, and in the society at large—«es en la solución al problema económico. En la revolución. Nada más».³³

Marianet responded to the first three articles with another of his own, in which he argued that, while it was true that many libertarian men were tyrants both at home and in movement organizations, it was the responsibility of women to claim their rights. Indeed, in the same way

²⁸ Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: "La cuestión femenina en nuestros medios III", *Solidaridad obrera*, 9 de octubre de 1935. Many women told stories of not being taken seriously at one or another anarchist or anarcho-sindicalist gathering. See, for example, María Luisa COBOS: "A la mujer, no; a vosotros, proletarios", *Solidaridad obrera*, 8 de octubre de 1935; Pepita Carpena and Sara Berenguer, quoted in Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres*, ch. 4. See also Eulàlia VEGA: "Mujeres y militancia"; e Íd.: "Mujeres Libres, Una luz que se encendió"; Mary NASH: *Mujer y movimiento obrero*, ch. 2; and Julián CASANOVA: *The Spanish Republic and Civil War*, ch. 11.

²⁹ Lucía Sánchez Saornil, cited in Antonina RODRIGO: *Una mujer libre: Amparo Poch y Gascón, médica y anarquista*, Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2002, p. 88

³⁰ Lucía SÁNCHEZ SAORNIL, "La cuestión femenina en nuestros medios, IV"

³¹ Lucía SÁNCHEZ SAORNIL, "La cuestión femenina en nuestros medios, II," *Solidaridad obrera* 2 octubre 1935

³² Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: "La cuestión femenina en nuestros medios, IV", *Solidaridad obrera*, 15 octubre 1935, p. 2

³³ Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: "La cuestión femenina en nuestros medios, V", *Solidaridad obrera*, 30 octubre 1935, p. 2; see also the article by María Luisa COBOS, inspired by Lucía's writings: "A la mujer, no; a vosotros, proletarios", *Solidaridad obrera*, 8 octubre 1935, p. 3. See also the discussion of this point in SANFELIU: "Educatando y viviendo en la 'libertad sexual'", pp. 338-9; and Helena ANDRÉS GRANEL: "Mujeres Libres. Diferencia sexual y autonomía feminista en la movilización revolucionaria de las trabajadoras" en *Mujeres Libres y feminismo en tiempos de cambio*, op. cit., p. 206

that the bourgeoisie would not voluntarily cede its power over workers, it was «muy humano» for men to want to hold onto their privilege. Just as anarchists had argued that “la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos” so, he stated, «desde hoy podemos lanzar el grito unánime: La emancipación de la mujer ha de ser obra de la mujer».³⁴ Lucía criticized Marianet sharply for this position. If women were to take their places as equals in the movement and in the revolution, she argued, then the *capacitación* of women was an essential, and not secondary, task of the movement. Further, though «será ‘muy humano’ que el hombre desee conservar su hegemonía, pero no será anarquista!». She insisted that the analogy to bourgeoisie and proletariat was flawed: the interests of capitalists and workers are fundamentally incompatible, but those of men and women (in the movement) are not: «siendo [el hombre y la mujer] diferentes, sus cualidades se complementan y forman un todo armónico. No habrá armonía en la vida futura si todos estos elementos no entran proporcionalmente en su constitución».³⁵ Women’s subordination was a result of a combination of factors—women’s cultural backwardness (levels of illiteracy were extremely high among working-class women at the time, because most were sent to work at a very young age) as well as devaluation of women as workers. Only a multi-faceted approach, encompassing both education in the broadest sense, and incorporation into the labor movement as equals, would allow women to achieve true emancipation.³⁶ And in that work, men had to engage, along with women. As Mary Nash has summarized, «Lucía Sánchez Saornil stated that her goal, which should be the goal of every true anarchist, was to enable the majority of working women to have the education [formación] necessary for them to take on their own emancipation, whether as women or as workers.»³⁷

Thus, while *Mujeres Libres* did not claim the label of “feminism”—understood to mean antagonism to men or a demand for equality of women within existing hierarchical structures—Lucía was clear about her commitment to overcoming women’s subordination. As she stated in an interview in 1938,

Ya sé que se murmura y hasta se dice en voz alta que somos una organización feminista...;Feminismo!...si se entiende por feminismo el afán de superación, el esfuerzo por colocarnos a un nivel de cultura y de derechos sociales iguales al hombre, somos feministas; si se entiende por feminismo el no cultivar un complejo de inferioridad creado por una educación atrabiliaria sino, por el contrario, hacer esfuerzos por librarnos de él somos feministas ;qué duda cabe!³⁸

³⁴ Mariano R. VÁZQUEZ: “Avance: Por la *elevación* de la mujer”, *Solidaridad obrera*, 10 de octubre de 1935

³⁵ Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: “Resumen al margen de la cuestión femenina”, *Solidaridad obrera*, 8 noviembre 1935

³⁶ See also Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: “El problema sexual y la revolución”, *Mujeres Libres* 9. Further, in an interview published in *Tierra y Libertad* in May of 1938, she said that «uno de los mayores obstáculos para la emancipación de la mujer era la incapacidad de los hombres para comprender su importancia». Cited in Nuria CAPDEVILA-ARGÜELLES: op. cit., p. 172.

³⁷ Mary NASH: “Dos intelectuales anarquistas”, p. 92.

³⁸ Lucía SÁNCHEZ SAORNIL: interview reported “La Federación Nacional ‘Mujeres Libres’”, in *Ilustración Ibérica*, N° 2 (marzo 1938), p.2

Her life was a life of activism—initially within the CNT, then, once the war began, founding and becoming National Secretary of *Mujeres Libres*, and also as Secretary of Press and Propaganda of SIA (Solidaridad Internacional Antifascista). In that latter role, she traveled around Spain, and, often, into France, to gather supplies and provide shelter for women and children displaced by the war. Although the journal *Mujeres Libres* was established before the war (its first issue appeared in May 1936), the organization, itself, was founded in August, 1937. The war was to make her concerns all-the-more immediate and critical. She had a powerful presence. Sara Berenguer, for example, described her as forceful and charismatic, despite her small physique: «Mujer sumamente enérgica y convincente, cuando hablaba, nosotras, que éramos más jóvenes, quedábamos impresionadas».³⁹

Her personal life—at least before and during the war-- was fully congruent with her activism. True to her nature, she was among those who stormed Madrid armories in response to the generals' rebellion, and was very active in organizing resistance and daily life in the days and weeks to follow.⁴⁰ Many of those who knew her—whether as family members or as comrades in struggle—remembered her as one who had no patience with the sort of off-hand remarks that we might term “casual sexism”. For example, a niece recalled a meeting in which a male activist—in what was clearly meant to be a statement of praise—said “has sido tan valiente como un hombre!” But, the niece continued,

Cuando nos lo contaba, nos reímos porque conociéndola a ella nos figuramos el efecto que le haría. Se limitó a decirle, “Te equivocas he sido tan valiente como somos la mayoría de las mujeres” (Eso que para darle categoría a las mujeres las compararan con los hombres, lo llevaba muy mal)”.⁴¹

Lucía's later writings critical of the institution of marriage⁴²-- which followed logically from her earlier plea not to ignore “women” in favor of “mothers”-- take on even more power when we realize that she was a lesbian, and lived openly with her partner, América Barroso, during a period when such sexual nonconformity—even within the libertarian movement—was far from common.⁴³ Indeed, they continued to live together both during their post-war exile in

³⁹ Sara BERENGUER: op. cit., p. 242. Many other young activists described her—and her impact on them—in similar ways. See, for example, Eulàlia VEGA, “Mujeres Libres. Una luz que se encendió”, pp. 107-9; and Antonia FONTANILLAS BORRAS and Pau MARTÍNEZ MUÑOZ: op. cit. pp. 43-45

⁴⁰ See, for example, Antonia FONTANILLAS BORRAS and Pau MARTÍNEZ MUÑOZ, p. 41

⁴¹ M^a Elena Samada Barroso, cited in Yanira HERMIDA: *Luchaban por un mundo nuevo*, pp. 83-4.

⁴² “Proyecto para la creación de una fábrica de bodas en serie”, *Mujeres Libres* 7; also “La ceremonia matrimonial o la cobardía del espíritu”, *Horas de revolución*, Barcelona: Mujeres Libres, 1937, pp. 24-26.

⁴³ Mary NASH makes a similar point, in *Rojas*, p. 143. Although Antonia Fontanillas insists that there is no basis for the claim that Lucía was a lesbian (Antonia FONTANILLAS BORRAS and Pau MARTÍN MUÑOZ, pp. 63-68), both Suceso Portales and Pepita Carpena stated, on more than one occasion, that Lucía never denied that she was a lesbian (see *De toda la vida*; also Martha ACKELSBERG, p. 210). In addition, scholars who have studied her poetry (Nuria CAPDEVILA-ARGÜELLES, Rosa María MARTÍN

France, and after their clandestine return to Valencia (roughly in 1941 or 42), until Lucía's death in 1970. Nevertheless, during the years of the dictatorship, Lucía lived in virtual anonymity. Even former movement colleagues lost touch with her. She supported herself by retouching photographs, and continued to write poetry—but none of this late poetry was ever published.

Another of the three founders of what was to be *Mujeres Libres*, Mercedes Comaposada, was born into a working-class family in Barcelona in 1900. As was the case with many other female activists, she was introduced to left-wing ideas by her father, a strongly-committed socialist, who believed in the value of education. He had escaped from the extreme poverty of his youth to become a shoemaker, but was, as Mercedes described him, a “cultural worker,” waking at 4 or 5 a.m. to study, and teasing his children about needing so much sleep.

His activities and commitments left a deep imprint on Mercedes, marking her—and others around her—with his humanism and concern for workers. At age 12, Mercedes learned to type, and went to work for a film company, where she learned editing and mounting. «Todos eran de la CNT, así que yo también me afilié. Mi primer carnet sindical fue el del cine». ⁴⁴ During 1916-17, she studied in Madrid, where she began to be aware of the particular situation of women, as well as of working people in general.

Estuve viviendo en Madrid, donde la condición de las mujeres era muy mala, mucho peor que en Cataluña. Y me impresionó mucho la CNT. Era tan directa, tan sensata. Además, trabajaban con un proletariado que estaba—si me perdona la expresión, no lo digo en sentido despectivo—menos preparado que el de la UGT. Así que me afilié. ⁴⁵

In 1933, while she was studying law in Madrid, Orobón Fernández invited her to teach a class to workers (in an *ateneo*). Lucía Sánchez Saornil was also in attendance, and there they met for the first time. The event provided an opportunity (if one can call it that) for them to experience, at first hand, the negative attitudes about women held even by some CNT activists: the men in attendance interrupted Lucía as she tried to teach, and ridiculed her as a woman. Both women were affronted by the experience. They left the meeting and began to talk—conversations which led, eventually, to the founding of *Mujeres Libres*:

Salimos fuera Lucía y yo. Nos pusimos de acuerdo enseguida. Durante meses nos reuníamos en el Parque del Retiro, nos sentábamos en un banco, hablábamos, paseábamos un poco más. . . . Entonces, en 1935, empezamos a enviar notas. Lucía trabajaba para el sindicato de ferroviarios y tenía acceso a las listas de todos los grupos de mujeres afiliados al movimiento anarcosindicalista (tanto a los que operaban dentro de los sindicatos como a los de fuera). Escribimos a todos los gru-

CASAMITJAN) and Yanira HERMIDA all say that there is no doubt about this aspect of her life. See also Luz SANFELIU: “Lucía Sánchez Saornil: Una vida y una obra.alternativas”, pp. 340-42.

⁴⁴ Mercedes COMAPOSADA: Interview with author, Paris, France, 3 January 1982

⁴⁵ Mercedes COMAPOSADA: Interviews with author, Paris, 3 and 5 January 1982, and 22 April 1988

pos de la lista y a todos los que conocíamos. Les preguntábamos qué cuestiones les parecían importantes, de cuáles les interesaba informarse... Y, por supuesto, nuestra mayor alegría fueron las respuestas. Estaban entusiasmadas; nos llegaron cartas de todas partes, Asturias, el País Vasco, Andalucía... y siempre había más.⁴⁶

Younger women like Soledad Estorach, Pepita Carpena, Conchita Guillén and Sara Berenguer, who became active in *Mujeres Libres*, recalled Mercedes as a formidable, even demanding, presence. Perhaps not surprisingly, given her own background, her main emphasis and focus within the organization was on education [*formación*]*—*on preparing women, enabling them to find their voice, and encouraging them to take on the work of public speaking, writing, and action to engage others. While the younger women all appreciated what they learned from her, and how she pushed them to take on responsibilities that they did not know they were capable of, they all also acknowledged that—at one point or another—they had been awed, and somewhat intimidated, by her strength and her expectations of them.⁴⁷ Sara Berenguer Guillén captured the sense of Mercedes that I heard from many who worked with her:

Mercedes...llevó a cabo una labor admirable en cuanto a la preparación cultural y la orientación en la propaganda de muchas de nuestras jóvenes. Muchas son las que recuerdan la influencia que ejerció sobre ellas. ¿Influencia? ¡No! Planificar con tacto y sabiduría la formación social, con buena base para poder encauzar la acción de cara a otras mujeres. Cada una de nosotras éramos como flores silvestres, puras de forma y colorido, a quienes nos faltaba algo más para poder realizar nuestro anhelo de liberación femenina. Nos hacía falta una entidad social más vasta... Los cursillos que daba abrían senderos y daban cierto reflejo de luz hacia lo que se había aprendido...⁴⁸

After they completed courses with Mercedes, for example, Pepita Carpena, Sara Berenguer, and Soledad Estorach participated in *Mujeres Libres*' speaking tours (in collaboration with CNT unions) in towns and villages around Barcelona.⁴⁹

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ Pepita CARPENA: interviews with author, Montpellier, France, 30 December 1981 and in Barcelona, 3 May 1988; Conchita GUILLÉN and Amada DE NÓ: interviews with author, Montady, France, 29 and 30 April 1988

⁴⁸ Sara BERENGUER, describing the classes that Mercedes offered, in her memoir, *op. cit.*, pp. 255-56. See also the similar comments by Eulália VEGA, based on her interviews with other younger activists in *Mujeres Libres*, in "Mujeres Libres. Una luz que se encendió", pp. 109-114, and *Pioneras y revolucionarias*, pp. 195-198.

⁴⁹ Pepita CARPENA: interview with author, Montpellier, France, 30 December 1981. Addressing culture and education was to be a critical dimension of the work of *Mujeres Libres*. A budget of the Comité Regional de *Mujeres Libres* de Cataluña in 1938 listed 12 members of the committee, seven of whom had posts related to culture and propaganda. Those named included Sara Berenguer, Propaganda; Angela Colomé, Pepita Margallo, Angelina Cortez, and Pepita Carpena, Cultura; and María Luisa Cobos and Agueda Abad, Propagandistas y Organizadoras. "Presupuesto de los gastos mensuales del Comité Regional 'Mujeres Libres' de Cataluña," Barcelona, 3 noviembre 1938, IISH/CNT: 40.c.4

Soledad Estorach and Sara Berenguer: Two younger women's paths into *Mujeres Libres*

Mercedes and Lucía, together with Dr. Amparo Poch y Gascón, a physician based in Barcelona, established the magazine *Mujeres Libres*, which published its first issue in May of 1936. But, as Mercedes noted, groups of movement-affiliated women had been meeting both in Madrid and in Barcelona starting in the early 1930s, attempting to address different aspects of the issues that Lucía had raised. In Barcelona, for example, Soledad Estorach, who was active both in her *ateneo* and in the CNT, also found existing movement organizations unable to fully incorporate women, because of the sexism (whether intentional, or not) of the men:

Por lo menos en Cataluña, la postura dominante era que debían participar hombres y mujeres. Pero el problema era que los hombres no sabían cómo integrar a las mujeres como militantes. Los hombres y muchas de las mujeres seguían considerándolas como de segundo orden. Querían [los hombres] ser militantes las veinticuatro horas del día, y en esas condiciones, desde luego, era imposible que se diera la igualdad. Los hombres estaban tan comprometidos que las mujeres se quedaron atrás casi por necesidad⁵⁰

Who was Soledad? And what was her route into *Mujeres Libres*? Soledad Estorach was born in 1915, in Albatàrrec (Lleida), about 200 km outside of Barcelona, although—as she explained—she did not live “the life of a traditional peasant”. Her father was an educated man who had spent years living outside of Spain.⁵¹ He gave classes to adults, and also taught Soledad to read and write—highly unusual for working-class girls. His politics were leftist; but her mother's family was much more conservative.

After her father died when she was 11, Soledad went to work to enable the family to avoid destitution. For a number of years, she was able to continue learning with a teacher in a nearby village, for a few hours a week. But once she turned 15, her mother began pressuring her to find a man to marry, who would support her and the family. As Soledad reported,

Fui fiel a mi padre, su mundo y sus ideas. Quería viajar como él, aprender. . .No quería vivir mi vida dentro de las cuatro paredes de una casa. . .Convencí a mi madre de que me dejara ir a Barcelona, donde podría ganar dinero para mantener a la familia y obtener una educación.⁵²

⁵⁰ Soledad ESTORACH: interview with author, París, 6 January 1982. See also Eulàlia VEGA: “Mujeres y militancia”, pp. 70-76; NASH: *Mujer y movimiento obrero*, ch. 2; and NASH: *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*, Denver, CO, Arden Press, Inc., 1995, pp. 23-33, 78-92

⁵¹ Soledad was hardly the only woman to become active in *Mujeres Libres* who was deeply influenced by her father. As noted above, that was also the case with Mercedes Comaposada. Fathers seem to have had similar impacts on the activist trajectories of, among others, Sara Berenguer, Julia Hermosilla, Concha Guillén, Conchita Liaño and Conxa Pérez. Note Eulàlia VEGA's reports of her interviews with them in *Pioneras y revolucionarias*.

⁵² Interview, 6 January 1982

Soledad went to Barcelona; her mother and sister followed soon thereafter. At first, she worked in the shop of an uncle, but economic crisis forced him to close the shop and she found work in domestic service. The hours there were long, and the pay low, however; so she began working in a factory, with the hope of both earning more money and having time to “cultivate” herself. Much of her self-education was accomplished through reading the anarchist press, for example, *La Revista Blanca*, or *Estudios*. Toward the end of 1930, she began attending night classes, and meeting members of the CNT (which was operating clandestinely).

After the fall of the monarchy in 1931—and, at least in part, in an attempt to meet those who were writing in the anarchist press—she made her way to an *ateneo*. There she met one of the most well-known “*obreros conscientes*” of the libertarian movement, Abelardo Saavedra, who impressed her deeply with his personality and the force of his ideas: «Era para gente joven como un libro que nunca se cerraba!»⁵³ She joined a youth group at the *ateneo* and became an activist. Soon, she was spending virtually all of her time in meetings or preparing for meetings, elated by the community and the excitement of collective action. Nevertheless, by 1934, she was also discussing with other women the difficulties that women were experiencing both at work and in movement organizations:

Lo que pasaba era que las mujeres venían una vez, quizá incluso se afiliaban, pero luego no volvías a verlas. Así que, muchas compañeras llegaron a la conclusión de que era una buena idea formar un grupo aparte para estas mujeres. En Barcelona, el movimiento era amplio y poderoso, y había muchas mujeres en los sindicatos de algunos ramos, en especial en el textil y la confección. Pero incluso en ese sindicato era rara la mujer que hablaba. Empezamos a preocuparnos por la cantidad de mujeres que estábamos perdiendo. A finales de 1934, un pequeño grupo de nosotras empezó a tratar estas cuestiones. En 1935, hicimos un llamamiento a todas las mujeres del movimiento libertario. No pudimos convencer a las militantes más mayores, que ocupaban lugares de honor entre los hombres—veteranas como Federica [Montseny] o Libertad Ródenas—para que se unieran a nosotras, así que nos centramos principalmente en las compañeras más jóvenes. Llamamos a nuestro grupo ‘Grupo Cultural Femenino, CNT’.⁵⁴

Although the group focused primarily on addressing the particular situation of women within the movement, their broader commitment was to the libertarian cause. Thus, for example, Soledad and some other members of the group met throughout the night of July 18, 1936, in expectation of the military rising. When Marianet and the rest of the CNT leadership went off to storm the military barracks at Atarazanas, at the foot of the Ramblas, she went with other women gather arms. But she soon returned with others to the union hall. A few of them then

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ Soledad ESTORACH: interview with author, París, 4 January 1982. On the very different experiences—and views—of the “veteranas” like Federica Montseny, see NASH: “Dos intelectuales anarquistas frente al problema de la mujer”, *op. cit.*; Susana TAVERA: “Federica Montseny o las paradojas de una biografía militante”, *Historia Social*, 48 (2004), pp. 111-128 and *Íd.*: *Federica Montseny: La indomable*, Barcelona, Temas de Hoy, 2005.

went to the Casa Cambó, «uno de los más hermosos edificios de Barcelona, en la Vía Laietana». They built barricades outside, and carried rubble inside to fortify it. «Y cuando los compañeros regresaron, victoriosos, por supuesto, y vieron qué edificio tan hermosos era, lo tomaron como la Casa CNT-FAI».⁵⁵

As Soledad and many other women recounted, perhaps some of the most important things women did in those first hours and days of the revolution (in addition to the heroic acts of resistance in which so many, men and women, participated) was to go up to the roofs of buildings, with paper megaphones, and call out to the soldiers “to come to our side, to take off their uniforms and join the people”. In addition, women built barricades and undertook the work of provisioning both the militias and the city.⁵⁶ Soledad reported that

Requisamos los grandes cines y los convertimos en comedores populares. ¿De dónde sacábamos la comida? ¿De donde podíamos! Íbamos a las tiendas de la zona y la pedíamos. Los pobres comerciantes tenían que darnos todo lo que tenían. No les hacía mucha gracia, claro. . .no se podía hacer otra cosa, eran los primeros días de la revolución, había que conseguir comida para la gente. Hombre, después, íbamos con camiones a los grandes mercados y cogíamos la comida de allí.⁵⁷

Sara Berenguer was another young woman who found her way to Mujeres Libres, although by a somewhat different route. Sara was born in January 1919 to a mother who was a seamstress, and a father who was an anarchist activist. She, herself, had not been involved in any movement organizations before the outbreak of the Civil War, but was working from home as a seamstress. On the day of the military rebellion, Sara was headed to the beach with her mother and siblings, when they heard that shots had been fired, the military was rising, and the revolution was beginning. They returned home. Two days later her father reappeared, along with two CNT comrades. Almost as soon as they entered the house, a fire-fight broke out between them and others on the streets. Sara insisted on staying with her father, while her mother shouted at her to come down, lest she be killed. When the fighting ended, her father took her down to a storage space, and taught her how to use a rifle. Sara asked to go with her father to the front--«I wanted to be part of the struggle that was beginning»-- but he took her, instead, to the Revolutionary Committee in her neighborhood, Las Corts. She was active there through the years of the war, in addition to working as secretary to the Comité regional de las Industrias de la Edificación,

⁵⁵ Soledad ESTORACH, interview, 4 January 1982. See also Soledad ESTORACH: “Mujeres Libres de Cataluña: La agrupación Cultural Femenina de Barcelona”, pp. 49-54 en *Mujeres Libres: Luchadoras libertarias*.

⁵⁶ On the critical work of women in the “rearguard,” see, among others, Helena ANDRÉS GRANEL: “Discursos y experiencias femeninas en el anarquismo español: Mujeres Libres en la retaguardia oscense (1936-1938)”, *Argensola*, 116 (2006), pp. 240ff, and Julián CASANOVA: *A Short History*, pp. 108-110

⁵⁷ Soledad ESTORACH: Interview, 4 January 1982. As Enriqueta ROVIRA noted, «todos hacían algo». Interview with author, Castellnaudary, France, 29 December 1981.

Madera y Decoración de Cataluña, and working with SIA, where she came to know Lucía Sánchez Saornil.⁵⁸

Sara did not join Mujeres Libres until late in 1937; initially, she was opposed to the idea of a separate organization for women:

No estaba de acuerdo con que se formara un grupo de mujeres. Creía que la lucha afectaba tanto a las mujeres como a los hombres. Todos luchamos por una sociedad mejor, ¿para qué una organización aparte? Un día que estaba con un grupo de las Juventudes, fuimos a un acto que había organizado Mujeres Libres en la sede de la FIJL, donde tenía además una oficina. Los muchachos empezaron a burlarse de las oradoras, lo que me enfureció. Cuando la mujer que estaba hablando terminó, los muchachos empezaron a hacer preguntas y a decir que no tenía sentido que las mujeres se organizaran por separado, pues de todos modos no harían nada. El tono de sus comentarios me molestó incluso más y salí en defensa de Mujeres Libres...al final, me nombraron delegada de nuestra barriada para la reunión de la Federación Local de Mujeres Libres de Barcelona.⁵⁹

Yanira Hermida, in her recent study of Sara, argues that her story is representative of those of many women who, while not especially active before the war, were caught up in the events and radicalized in the process:

...[her] biography helps us to understand the trajectory of a young woman who came into the libertarian movement completely aside from any feminist goals, but who, in experiencing patriarchal behaviors in that revolutionary context,...and as a result of her own development as an anarchist, came to commit herself to women's struggles within the movement.⁶⁰

Although Sara started out opposed to the idea of an organization specifically for women, her own experiences of anarchist men demeaning women led her to active engagement with Mujeres Libres.

Civil War and Social Revolution: Personal and Political in the Programs of Mujeres Libres

We can see clearly the imprint of many of these women's experiences-- both from their "personal lives" and within movement organizations-- in the programs of Mujeres Libres. Even those who had long been active in the movement—especially Lucía and Mercedes, but also Sole-

⁵⁸ Sara BERENQUER: *Entre el sol y la tormenta*, pp. 16-18.

⁵⁹ Sara BERENQUER: interview with author, Montady (France), 28 December 1981. Information about the life and activism of Sara appears, also in the documentaries *De toda la vida*, realización y producción, Lisa BERGER and Carol MAZER (1986) and *Indomables: Una historia de Mujeres Libres* (2012), Co-produced by CGT-Euskadi and Zer Ikusi A; in Yanira HERMIDA: *Luchaban por un mundo nuevo*, ch. 5, in Eulàlia VEGA: "Mujeres Libres, Una luz que se encendió", and in Íd.: *Pioneras y revolucionarias*

⁶⁰ Yanira HERMIDA: op. cit., pp. 96-97.

dad—had confronted demeaning and dismissive attitudes and behaviors toward themselves and other women, including from their movement comrades. Thus, particularly as the initial resistance to the generals' coup turned into an ongoing civil war, and the work of recruiting [*captación*] of working people (including women) took on ever more importance, the seemingly “personal”, “non-political”, work of changing both men's and women's attitudes and behaviors became ever *more*, not less, important. How could they bring women into a movement that did not respect them? How would the movement be able to retain their loyalty? This was particularly the case in a movement that insisted that war and revolution were profoundly linked, and that it was only revolutionary fervor, and commitments to a better world, that would enable popular forces to defeat a professional army, especially one supported by outside forces.⁶¹ If men in the movement did not change, and if women could not be helped to see themselves as capable and competent, the entire revolutionary project was in jeopardy—and, with it, the struggle to win against the military rebels.⁶²

Anarchists insisted that war and revolution were inseparable, at the same time that they acknowledged that the war created—and necessitated—new roles for women. In the initial rush to put down the rebellion, and to form a revolutionary army, some women joined the militias. Indeed, as Mary Nash and Julián Casanova have noted, in the early stages of the war, the armed militiawoman became a symbol of revolutionary fervor.⁶³ While, on the one hand, the image was probably aimed more at men than at women—using women's transgression of traditional gendered norms to “shame” men into volunteering—nevertheless, it captured challenges to norms in a very immediate way. Still, those women who *did* join the militias often found themselves doing tasks that were more traditionally defined as feminine—making food, providing support services, etc. And virtually all of them reported continuing struggles to be treated with anything approaching equality.⁶⁴ Further, once the militias were militarized, beginning in September 1936,

⁶¹ On the role of international powers, see Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres*, Ch. III, pp. 139-145, and ch. VI, and sources cited there; also Julián CASANOVA: *A Short History*, ch. 3; *Íd.*: *The Spanish Republic and Civil War*, ch. 8

⁶² The struggles and dilemmas they confronted have echoes in those of many women in social movements, encapsulated in later years by the words “double struggle” [“doble lucha”]—the need of women to struggle for equality, respect and dignity *within* the movement while, at the same time, working *with* others in the movement for broader social justice goals, whether socialism, anti-fascism, Spain's “democratic transition” or others. See, e.g. Mary NASH: *Defying Male Civilization*, pp. 177-185; Fernanda ROMEU ALFARO: *El silencio roto: Mujeres contra el Franquismo*, Madrid, 1994, pp. 179ff; Llum QUIÑONERO: *Nosotras que perdimos la paz*, Madrid: Foca, 2005; Julia VARELA, Pilar PARRA, and Alejandra VAL CUBERO: *Memorias para hacer camino. Relatos de vida de once mujeres españolas de la generación del 68*, Sebastián de los Reyes (Madrid), Ediciones Morata, 2016; Nadia VARÓ: *Treballadores, conflictivitat laboral i moviment obrer a l'àrea de Barcelona durant el franquisme. El cas de Comissions Obreres (1964-1975)*, Tesis, Universitat Autònoma de Barcelona, 2014

⁶³ See, for example, Julián CASANOVA: *A Short History*, p. 108; *Íd.*: *The Spanish Republic and Civil War*, p. 319; Mary NASH: *Defying Male Civilization*, especially ch. 4.

⁶⁴ See, for example, Anna DELSO: *Trois cents hommes et moi, ou Estampe d'un revolution*, Montreal, La pleine lune, 1989; Helena ANDRÉS GRANDEL: “Transgrediendo las fronteras del género. Milicianas en la Guerra civil española”, pp. 161-175 in *Mujeres Libres y feminismo en tiempos de cambio*; Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres*, pp. 118-123; and Mary NASH: *Defying Male Civilization*, pp. 101-108

most women were forced to abandon combat roles and return home, the new slogan being: «men to the front, women on the home front».⁶⁵ Nevertheless, some women resisted and stayed at the fronts; and, of course Mika Etchebéhére, a miliciana who had replaced her dead compañero as leader of her company, was, effectively, the exception who proved the rule.⁶⁶

The context of war and revolution, of course, affected the gendered division of labor—and understandings of the relationship between personal and political—on the homefront, as well as at the battlefield. As Mary Nash has noted,

The experience of surviving the war also brought a new dimension to the traditional roles of mother and housewife, as women's duties were projected onto the larger community and beyond the bounds of their immediate family to embrace, on numerous occasions, the civilian populations. The collective dimension of women's nurturing role was groundbreaking and accurately reflected the blurring of the boundaries of public and private life at the republican homefront.⁶⁷

The women of *Mujeres Libres*, however, argued that these new roles for women should not be limited to wartime necessity, but viewed as opening opportunities for women to move permanently into what had traditionally been perceived as male-only “public” spaces.

Thus, the clearest evidence of the connection between “personal” and “political” is to be found in *Mujeres Libres*' programs of education and empowerment [*capacitación*], its efforts to adapt anarchist principles of “preparation” to the particular situation of women in Spain, and to respond to very specific obstacles to active engagement that women faced in the movement.⁶⁸ Key to understanding these programs was *Mujeres Libres*' analysis of women's subordination and women's “difference”—issues that, as we have seen, Lucía Sánchez Saornil addressed in her articles in *Solidaridad Obrera* as early as 1935. The organization focused on the links among economic, cultural, and sexual subordination. A review of their writings on these topics makes clear their recognition that gender relations (roles, expectations, power) are *socially*-constructed, even though they did not use that language. Just as they saw larger economic forces creating and reinforcing the subordination of the working class, they insisted that what appeared as women's “personal” limitations—e.g. high rates of illiteracy, lack of preparation for paid jobs, lack of knowledge about body and sexuality—were, themselves, products of larger social structures, and needed to be addressed as such. Thus, the expectation that women will be at home (whether as daughters, wives, mothers), economically dependent on men, contributes to their sexual subordi-

⁶⁵ Mary NASH: *Defying Male Civilization*, p. 120; Julián CASANOVA: *A Short History*, pp. 108-109; Helena ANDRÉS GRANEL: “Transgrediendo”, p. 168.

⁶⁶ Helena ANDRÉS GRANEL: “Transgrediendo”, pp. 165-170; Mika ETCHEBÉHÉRE: *Ma guerre d'Espagne à moi*, Paris, Denoël, 1976; and Íd.: “La capitana de Somosierra”, *Mujeres Libres*, 10.

⁶⁷ Mary NASH: *Defying Male Civilization*, p. 141

⁶⁸ These programs are discussed at length in Chapter V of Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres*. See also Íd.: “Mujeres Libres: Identity, Community, Sexuality and Power”, *Anarchist Studies*, 8 (2000), pp. 99-117; Eulàlia VEGA: “Mujeres y milicianas”; and *Pioneras y revolucionarias*, Mary NASH: *Mujer y movimiento obrero*.

nation. Since they are not expected to work for pay, there is little pressure for women to be educated; but that lack of education also contributes to a lack of respect for women—whether self-respect or respect from others. Further, those women who *are* in the paid workforce fare little better: low salaries are “justified” on the grounds that women are uneducated, secondary workers, not supporting a family. And those same low salaries contribute to women’s subordinate status, and the reluctance of many union organizations even to try to organize them. Finally, the combination of economic subordination and relative cultural backwardness make women particularly vulnerable to sexual exploitation—whether in marriage or outside it.⁶⁹

No one approach would be sufficient to overcome women’s subordination: it was a complex problem that would need to be addressed from many angles at once. *Mujeres Libres* mounted a coordinated effort in many different arenas, offering basic education to overcome illiteracy and overall cultural backwardness; programs of apprenticeship and “job readiness” to enable women to take their places in the paid labor force; programs of what we would now call “consciousness-raising” to support women’s sense of self and their activism within the movement; and programs to address women’s ignorance about sexuality, birth control, motherhood, and the education of children.⁷⁰ Lucía’s insistence that “there is no solution to the women’s problem apart from economics” was central to their work. The emancipation of women would be a *collective* project—ideally, one involving men as well as women, but one in which women would take responsibility for their own liberation.⁷¹

Many twentieth-century feminists came to political/structural analysis by beginning with the personal, and realizing that their gendered experiences were grounded in socio-economic systems that had a deep impact on their lives. The activists of *Mujeres Libres*—rooted in the anarcho-syndicalist movement—came to analyze the personal (and, in particular, gender relations) by beginning with political-structural realities. While addressing problems that women confronted *as individuals*, they were not interested in *individual solutions*. Rather, their goal was to develop programs that would empower women to take their places alongside other women (and men) in workplaces and in movement activism, while, at the same time, supported by other women, to take more effective charge of their lives, their households, their sexuality, and the education of their children. As the war dragged on, and demanded ever more in the way of sacrifices, material and otherwise, some of the more radical demands (particularly in the arena of sexuality) seem to have been relegated to a secondary status.⁷² But even in the midst of civil war, *Mujeres*

⁶⁹ Many of these arguments were made, initially, by Lucía SÁNCHEZ SAORNIL in her 1935 articles responding to Mariano Vázquez in *Solidaridad obrera*. See also Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres*, Ch. 5 and MUJERES LIBRES: “El problema sexual y la revolución,” *Mujeres Libres* 9

⁷⁰ See also Sara BERENGUER: *Entre el sol*; and “Labor constructiva y cultural de *Mujeres Libres*”, pp. 113-115 in *Mujeres Libres: Luchadoras libertarias*.

⁷¹ See also Helena ANDRÉS GRANELL: “*Mujeres Libres*. Diferencia sexual y autonomía feminista”, pp. 201-211; and “Discursos y experiencias femeninas”

⁷² On the limits of *Mujeres Libres*’ sexual radicalism, in the context of the war, see, Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres*, pp. 203-212; and “Identity, Community, Sexuality and Power”.

Libres insisted on the importance of respect and dignity for women, and the continued importance of programs of *capacitación*. In doing so, they were reflecting not only the overall commitment of the libertarian movement to the inseparability of war and revolution, but also their own goals of *captación* and *capacitación*, a recognition of the inseparability of personal and collective liberation, the interweaving of “the personal” and “the political”.

Un derrotado en “La Victoria”: José María Gil-Robles y la Guerra Civil española (1936-1939)

A defeated in “La Victoria”: José María Gil-Robles and the Spanish Civil War (1936-1939)

Carlos María Rodríguez López-Brea
Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III
edgcalle@hum.uc3m.es
cmrodrig@hum.uc3m.es

Resumen: José María Gil-Robles siempre sostuvo que su papel en la preparación y ejecución del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 había sido marginal; en su famoso libro de memorias, *No fue posible la paz*, argumentó incluso que la vía violenta para alcanzar el poder era del todo contraria a sus planteamientos políticos. Los autores, a partir de una minuciosa investigación en fuentes primarias y secundarias, especialmente en el Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN) y en los archivos vaticanos, rebaten que el líder de la CEDA fuera un simple espectador de los sucesos golpistas de julio de 1936. Por el contrario, sostienen que Gil-Robles cuestionó el accidentalismo y la vía legalista desde al menos 1935, lo que explica su ambiguo papel en las sucesivas crisis políticas de diciembre de 1935 y febrero de 1936. Tras el triunfo del Frente Popular sus discursos y sus actuaciones se encaminaron a deslegitimar las instituciones de la República, en disputa con Calvo Sotelo, aunque solo hacia mayo de 1936 decidió prestar su colaboración política y económica a los golpistas, siendo Francisco Herrera Oria su contacto con los generales.

Aceptando que tras el 18 de julio habría una breve fase de dictadura militar, Gil-Robles aspiraba a liderar el proyecto contrarrevolucionario en un plazo relativamente corto; con ese fin redactó incluso un programa político de tipo corporativo y no democrático, al que sin embargo nadie prestó atención. Pudiendo haber sido el jefe de la Nueva España, Gil-Robles no supo jugar sus bazas: su manifiesta enemistad con otros partidos de derecha, su carácter difícil, la desconfianza que despertaba entre los generales –Franco en particular–, el limitado papel de las milicias de la CEDA en la contienda y la excesiva duración de la Guerra Civil, entre otras razones, terminaron por malograr sus planes. Aislado y marginado en Portugal, Gil-Robles rechazó la deriva totalitaria de la España nacional y terminó por desentenderse de “La Victoria”, a pesar de haber sido

uno de sus principales apoyos en 1936.

Palabras clave: Gil-Robles, Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA); Guerra Civil española; 18 de julio de 1936; Accidentalismo.

Abstract: José María Gil-Robles always argued that his role in the preparation and execution of the coup d'état of 18 July 1936 had been marginal; in his famous memoirs, *No fue posible la paz*, he even said that the violent way to achieve power was completely contrary to his political views. The authors, based on a thorough investigation of primary and secondary sources, especially in the General Archives of the University of Navarra (AGUN) and in the archives of the Vatican State, claim that the leader of the CEDA was a simple spectator of the coup d'état events of July 1936. On the contrary, argue that Gil-Robles questioned accidentalism and legalism from at least 1935, which explains his ambiguous role in the successive political crises of December 1935 and February 1936. After the triumph of the Popular Front his speeches and his actions were directed to delegitimize the institutions of the Republic, in dispute with Calvo Sotelo, although only in May 1936 he decided to lend his political and economic support to the coup-makers, Francisco Herrera Oria being his contact with the Generals.

Accepting that after July 18 there would be a brief phase of military dictatorship, Gil-Robles aspired to lead the counterrevolutionary project in a relatively short time; to that end he even drew up a political program of a corporate and non-democratic type, to which nobody paid any attention. Having been the head of the “Nueva España”, Gil-Robles did not play his tricks: his manifest enmity with other right-wing political parties, his strong character, the mistrust he aroused among the generals –Franco in particular–, the limited role of militias of the CEDA in the battlefield and the long duration of the Spanish Civil War, among other reasons, ended up by defeating their plans. Isolated and marginalized in Portugal, Gil-Robles rejected the totalitarian drift of the Nationalist Spain and ended up by disregarding “La Victoria”, despite having been one of its main supporters in 1936.

Keywords: Gil-Robles; Spanish Confederation of the Autonomous Rights (CEDA); Spanish Civil War; July 18, 1936; Accidentalism.

Para citar este artículo: Carlos María RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA y Eduardo GÓNZALEZ CALLEJA: “Un derrotado en ‘La Victoria’. José María Gil Robles y la Guerra Civil española (1936-1939)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, Nº 13 (2018), pp. 104-133.

Recibido: 30/08/2017

Aprobado: 10/12/2017

Un derrotado en “La Victoria”: José María Gil-Robles y la Guerra Civil española (1936-1939)

Carlos María Rodríguez López-Brea
Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III

José María Gil-Robles pudo haber sido jefe de Estado en 1936, si nos fiamos del testimonio del periodista Francisco Herrera, que le conocía muy bien por ser hermano de Ángel Herrera Oria, su mentor en la vida pública. Sin embargo, el líder de la CEDA acabó aislado y marginado, forzado por los suyos a un exilio que difícilmente hubiera podido imaginar. La historia de Gil-Robles, antes y durante la Guerra Civil, fue sin duda una sucesión de frustraciones. No fue presidente del Consejo en diciembre de 1935 por el veto de Alcalá-Zamora, como tampoco pudo serlo tras las elecciones de febrero de 1936, ya que sus resultados electorales quedaron por debajo de las expectativas. Ni fue el hombre fuerte de la conspiración que liquidó la República, ni pudo influir en la situación política salida del alzamiento militar; todas sus iniciativas quedaron desbaratadas ante la irresistible ascensión del general Franco, a quien el destino reservó la jefatura y el liderazgo al que Gil-Robles había largamente aspirado.

Primera frustración: la fallida presidencia del Gobierno en la República (Madrid)

El 9 de diciembre de 1935 se cumplía el cuarto aniversario de la promulgación de la Constitución republicana, cuya profunda revisión era la principal razón de ser de la CEDA. A partir de ese día la reforma podría ponerse en marcha si así lo decidía la mayoría absoluta de las Cortes. El éxito de esta estrategia pasaba necesariamente por la conquista de la presidencia del Consejo de Ministros, un objetivo factible dada la descomposición del Partido Radical y la debilidad del gobierno Chapaprieta, cuya oportuna dimisión a comienzos de diciembre abría las puertas a Gil-Robles.

Firme en sus principios, supo ser flexible en su táctica. Su discurso acerca del orden constitucional fue siempre conscientemente confuso: a veces parecía conformarse con una reforma del texto vigente, en otras ocasiones, sobre todo en sus grandes mítines de septiembre de 1935, exigía una Constitución “enteramente nueva”, en todo distinta a la de 1931, por él calificada de “sectaria”, “contraria al espíritu español”, “antipatriótica”, “persecutoria” y “cobarde”. Estando aún recientes los ecos de aquellos discursos, Alcalá-Zamora se negó a encargar a Gil-Robles la presidencia del Consejo de ministros en sustitución del dimitido Chapaprieta. En una decisión muy cuestionada, el elegido fue Manuel Portela Valladares, un veterano político de la Restauración sin partido ni apoyos parlamentarios. Alcalá-Zamora frenaba en seco las aspiraciones de la CEDA y

de su líder, vetado por su tibio compromiso con la República. Lejos de acatar la decisión del jefe del Estado, Gil-Robles denunció –textualmente– un golpe de Estado presidencial cuyo objetivo era devolver el poder a las izquierdas.

Privado de la jefatura del Gobierno y cesado del ministerio de Guerra tras la crisis de diciembre, un airado Gil-Robles escuchó y “se dejó querer” por los generales Fanjul y Varela, que le propusieron una maniobra de fuerza para obligar a Alcalá-Zamora a reconsiderar su veto. Don José María admite en *No fue posible la paz* que no se opuso en absoluto a esta posibilidad:

Si el Ejército agrupado en torno a sus mandos naturales, opina que debe ocupar transitoriamente el poder con objeto de que se salve el espíritu de la Constitución y se evite un fraude gigantesco de tipo revolucionario, yo no constituiré el menor obstáculo...¹

Es difícil creer que Gil-Robles tuviera ese grado de compromiso con una Constitución a la que dedicaba calificativos tan duros como los anteriormente mencionados.² Sería el general Francisco Franco, jefe del Estado Mayor, quien convenció a los conspiradores de que una solución militar a la crisis política era muy peligrosa, y que podría terminar volviéndose contra sus promotores.³ En todo caso el amago golpista de Gil-Robles no está en contradicción con lo que él mismo escribió en 1942 reclamado por la Causa General franquista. Según testimoniaba entonces, desde al menos la conmutación de penas a los cabecillas de la revolución de Asturias –febrero de 1935– «la CEDA se mostró dispuesta a dar por fracasados los métodos evolutivos y abrir camino a una situación de fuerza. La coacción hecha por el presidente de la República al Gobierno para obtener el indulto de González Peña ofreció una magnífica ocasión para este cambio de táctica». Y aún prosigue: «No se llevó a cabo porque el Ejército, según informe hecho por los generales Goded y Fanjul, que me fue comunicado con el mayor secreto, no estaba en disposición de evitar que el presidente de la República diera el poder y el decreto de disolución a las mismas izquierdas revolucionarias».⁴ Con estas palabras Gil-Robles admitía que si la militarada no prosperó no fue por su falta de compromiso, sino por la ausencia de unidad en el Ejército. Aun así, las derechas competidoras de la CEDA dejaron correr el bulo de que el verdadero culpable del “no-golpe” de 193 había sido Gil-Robles. Este bulo fue tan solo el primero de otros muchos que buscaban desacreditarle como futuro líder de la España posrepublicana.

¹ José María GIL-ROBLES: *No fue posible la paz*, Barcelona, Editorial Ariel, 1968, p. 365.

² Un autor como Álvarez Tardío, por lo general complaciente con Gil-Robles, no puede menos que reconocer que lo obrado por el jefe de la CEDA en aquella crisis «era, a todas luces, una acción que ponía en entredicho el reiterado legalismo al que Gil-Robles había apelado una y otra vez en público» (Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: *Gil-Robles. Un conservador en la República*, Madrid, Gota a Gota-FAES, p. 199).

³ Un detallado relato de los hechos, en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Alianza, Madrid, 2011, pp. 297-299.

⁴ AHN, FC-Causa General, exp. 40. “Antecedentes del Alzamiento. Actuación de los partidos políticos anticomunistas y españolistas en la preparación del Movimiento y sus relaciones con el Ejército y actuación de este último en dicha preparación”. Microfilme neg. 6046. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

Tras su agitada salida del Gobierno, Gil-Robles inició una agotadora campaña de mítines. Las principales dianas del dolido ex-ministro fueron Alcalá-Zamora y Portela Valladares, a quien presentaba como cómplices de los revolucionarios. Tampoco escondía sus propósitos de llevar a cabo una reforma integral del Estado: «Queremos el Gobierno para imponer a rajatabla nuestra política, para hacer otra Constitución- la actual no la queremos ni nos sirve. Queremos otro Estado. Para ello hace falta que nos deis suficiente número de votos y de diputados».⁵ Convencido de que la CEDA obtendría una victoria contundente –al menos 150 escaños⁶–, Gil-Robles dejó de lado cualquier veleidad golpista, ya que le bastaban los mecanismos legales para volver al poder y reparar la “injusticia” de diciembre. Fue tal su sorpresa ante el fracaso electoral que, visiblemente nervioso, se presentó en la madrugada del 16 al 17 de febrero en la sede del Ministerio de Gobernación y reclamó hablar con Portela Valladares, a quien exigió la inmediata declaración del estado de guerra en todo el territorio nacional, argumentando que «dominaba ya la anarquía en algunas provincias, los gobernadores civiles desertaban de sus puestos, las turbas amotinadas se apoderaban de las actas».⁷ El conde de Peña Castillo, secretario personal de Gil-Robles, avisaba entretanto al general Franco, quien a su vez presionó a Alcalá-Zamora y a otros mandos militares para forzar esa declaración. Todo se vino abajo, de nuevo, por la falta de unidad en el Ejército y por la marcha atrás de Franco. Gil-Robles todavía tuvo tiempo para reunirse con Portela a las afueras de Madrid la mañana del día 19 de febrero, no se sabe muy bien con qué propósito; en cualquier caso, pocas horas después Azaña asumía la presidencia del Gobierno, cortando el paso a cualquier veleidad contra la Constitución.⁸

Esta nueva frustración de los planes de Gil-Robles le ponía ante una delicada tesitura, tanto en lo personal como en lo político. Agotado por el esfuerzo de campaña, *El Debate* anunció el 20 de febrero que el Jefe había decidido tomarse un descanso «en el campo»,⁹ asueto que Gil-Robles tuvo que aplazar ante los rumores de que había decidido retirarse de la política. La misma tarde del día 20 volvía precipitadamente a la capital para verse con varios dirigentes del partido en el Hotel Palace, en lo que fue un «simple cambio de impresiones» organizado con rapidez para acallar rumores. Otro testigo de los hechos, José María Taboada Lago –en esos momentos secretario general de Acción Católica–, ofreció una versión muy distinta de los hechos en un informe que remitió al Vaticano. Según Taboada, un Gil-Robles aterrado habría querido fugarse hacia la frontera de Portugal, «*lasciando tutto*». Habría sido Ángel Herrera quien *in extremis* le convenció para regresar, salvando así al partido de lo que el informante define como un momento de «*gravissimo pericolo*».¹⁰ Se trate o no de un bulo, sí es cierto que Gil-Robles sentía su vida en peli-

⁵ “El discurso de Gil-Robles en Valladolid”, *El Debate*, 20 de diciembre de 1935.

⁶ “Panorama electoral”, *El Debate*, 13 de febrero de 1936; “En más de cuatrocientas poblaciones españolas oirán a Gil-Robles esta noche”, *El Debate*, 15 de febrero de 1936.

⁷ José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 492.

⁸ Eduardo GONZALEZ CALLEJA: op.cit. pp. 301-305.

⁹ “El viaje de Gil-Robles”, “Hasta última hora”, *El Debate*, 20 de febrero de 1936.

¹⁰ AA EE SS, Spagna, pos. 876, fasc. 252, “Informe de José María Taboada Lago, secretario general de Acción Católica”, 2 de junio de 1936, ff. 45-46.

gro en Madrid, por lo que decidió instalar a su familia—su mujer y un solo hijo—en Biarritz, donde él mismo se desplazaba escoltado en fines de semana «largos».¹¹ Los días que pasaba solo en Madrid ocupaba el domicilio familiar de la calle Velázquez, donde disponía de rifles y pistolas para su defensa personal.¹² Los temores del líder católico no eran en absoluto infundados: cuando el 13 de julio de 1936 un grupo vindicativo encabezado por el capitán Condés se presentó en su domicilio madrileño, Gil-Robles estaba en Biarritz y pudo así salvar su vida.

El análisis que hizo Gil-Robles de la derrota define bien su personalidad, ya que no encontraba otros errores que los ajenos: el empeño de Portela y de Alcalá-Zamora por hundir a su partido, el abstencionismo del elector de derechas (cómodo y egoísta), la «deslealtad» de algunos aliados «que se entendieron con las izquierdas» o la manipulación de las actas electorales por el Gobierno del Frente Popular fueron, a su juicio, las causas del fiasco.¹³ Interesa mucho esta última acusación de fraude y corrupción electoral, porque fue una de las líneas maestras utilizadas por la CEDA y *El Debate* para cuestionar la legitimidad de la República antes del 18 de julio. Todavía en una fecha tan posterior como mayo de 1937 Gil-Robles declaraba que «las derechas no perdieron» las elecciones de febrero del 36, porque a pesar de las falsificaciones y escándalos que habrían beneficiado a las izquierdas en no menos de quince provincias, la suma de sus votos habría superado en 250.000 a las del Frente Popular.¹⁴ Unas acusaciones tan graves, repetidas antes y después del 18 de julio, cumplían un objetivo: provocar la reacción de los derrotados contra una República que se había desviado de la legalidad.

Otro problema sobrevenido con el que Gil-Robles tuvo que lidiar tras la derrota electoral fue la creciente popularidad de José Calvo Sotelo, el gran adalid del catastrofismo.¹⁵ El jefe de la CEDA, a diferencia de Calvo Sotelo, tenía que contentar a las «dos almas» que habitaban en su partido, de ahí que sus discursos fueran muy medidos, alternando dosis de prudencia y de alarmismo. Se advierte, sin embargo, que la vertiente alarmista fue ganando peso con el transcurso de las semanas. El 15 de abril Gil-Robles advertía en las Cortes que los partidos que habían apostado por la legalidad—el suyo—«empezamos a perder el control de nuestras masas» y que cada vez tenía menos argumentos para frenar a los que se inclinaban por la violencia:

Llegará un instante en que, como deber ciudadano y de conciencia, tendremos que volvernos a nuestras masas y decirles: dentro de la legalidad no tenéis protección, porque la ley no tiene el amparo del Gobierno, que es la suprema garantía de la ciudadanía; en nuestro partido no os podemos defender;

¹¹ Juan Ignacio Luca de Tena asegura que Gil-Robles le pidió que transmitiera este mensaje al líder monárquico: «Hágale saber a Calvo Sotelo, de mi parte, que me consta la existencia de un complot para asesinaros a los dos unos comunistas disfrazados de guardias de asalto» (Juan Ignacio LUCA DE TENA: *Mis amigos muertos*, Barcelona, Planeta, 1971, p. 73).

¹² José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 759-760.

¹³ «Gil-Robles habla de la CEDA en relación al momento político», *El Debate*, 6 de marzo de 1936; José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 509-523.

¹⁴ AGUN, Fondo Alfredo López Martínez, 02/001/060. «Transcripción del artículo...», 28 de mayo de 1937.

¹⁵ Eduardo GONZALEZ CALLEJA: op.cit., p. 358.

tendremos que decirles con angustia que vayan a otras organizaciones, a otros núcleos políticos que les ofrecen, por lo menos, el aliciente de la venganza cuando ven que dentro de la ley no hay una garantía para los derechos ciudadanos.¹⁶

Es superfluo señalar que para Gil-Robles el culpable de la situación era el Gobierno frentepopulista, incapaz de parar la violencia revolucionaria. La alternativa a esa anarquía era «un Gobierno nacional fuerte», conformado por «una amplísima concentración de fuerzas no marxistas» y para la que ofrecía la colaboración de su grupo.¹⁷ Esta solución, que equivalía a la defunción del Frente Popular, no consiguió apoyos ni en la mayoría ni entre los monárquicos, aunque parece que el líder de la CEDA intentó convencer a Martínez Barrio de que la que proponía era la única salida frente a la revolución.¹⁸ Pero, como se verá más adelante, Gil-Robles ya estaba al tanto de otras alternativas para parar la que llamaba revolución.

Segunda frustración: posición subalterna en la conjura militar (Biarritz)

Entre diciembre de 1935 y julio de 1936 Gil-Robles vio palidecer su pasada estrella, no tanto porque se mantuviera fiel al legalismo o a los métodos “evolutivos” de hacer política, sino por sus prolongadas ausencias de Madrid, mal vistas por su militancia —y en llamativo contraste con el omnipresente Calvo Sotelo—, y por sus dudas estratégicas que denotan falta de liderazgo en los momentos difíciles y que dejaron el partido dividido en al menos tres corrientes.¹⁹ Es casi seguro, además, que su frustrado acceso al poder por las vías democrático-legales le convencieran de la necesidad de ensayar una solución de fuerza, con la que ya había amagado en diciembre de 1935 y febrero de 1936. En su declaración ante la Causa General de 1942 lo expresó sin medias tintas: después de las elecciones de febrero solo un golpe militar podía salvar a España de la anarquía; nada dijo, en cambio, de un posible Gobierno de unidad nacional, seguramente porque nunca creyó en la bondad de dicha alternativa. Uno de los miembros de la CEDA más proclives a ese ejecutivo de amplio espectro, Manuel Giménez Fernández, recordaba años después que fue el propio Jefe quien dio por clausurada esa vía a finales de mayo:

¹⁶ “Contra la violencia”, *El Debate*, 16 de abril de 1936.

¹⁷ “Gil-Robles enjuicia el momento político”, *El Debate*, 24 de abril de 1936.

¹⁸ Diego MARTÍNEZ BARRIO: *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 21.

¹⁹ Así lo da a entender Álvarez Tardío: «No hay que descartar que una posición un tanto ambigua fuera algo deliberado; en definitiva, algo que respondiera a la necesidad de mantener cierta neutralidad entre el sector cedista que era abiertamente contrario a abandonar el legalista y los que no, de tal forma que él pudiera mantener abierta, hasta el último momento, la puerta con al que hacer política parlamentaria por si finalmente la situación política y social mejoraba» (Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: op. cit., p. 251.)

Gil-Robles nos planteó a finales de mayo a Lucía y a mí la imposibilidad de seguir preparando la posición de centro, que realmente querían muy pocos, pues la mística de la guerra civil se había apoderado desgraciadamente de la mayoría de los españoles.²⁰

Las palabras de Gil-Robles ante los jueces franquistas en 1942 no dejan espacio para demasiadas dudas sobre su verdadero pensamiento acerca de una solución militar:

La posición de la CEDA era bien clara. Había hecho una experiencia de actuación legal, fracasada por los manejos antidemocráticos y por la violencia criminal de las turbas. Estaba abierto el camino a la intervención de las fuerzas armadas y legitimado plenamente el empleo de la fuerza para restaurar el orden social y jurídico. No se divisaba más solución posible que la militar, y la CEDA se dispuso a darle todo el apoyo posible.²¹

Ese golpe legítimo habría de ser defensivo y violento, y a diferencia de otras intentonas anteriores, no tendría como objetivo restablecer la legalidad —a la que Gil-Robles ya no apela, ni siquiera como punto de partida para una futura revisión constitucional— sino abrir un camino político totalmente nuevo.

Una de las claves es averiguar en qué momento exacto Gil-Robles perdió toda esperanza en la República y se sumó a la conjura golpista. No es fácil saberlo, porque durante varias semanas estuvo jugando a dos barajas, la del gobierno de unidad y la del golpe. Al tiempo que se ofrecía a Martínez Barrio para la gran coalición, no era ajeno a la conspiración militar que se fraguaba, y que tuvo su primer episodio en una reunión de mandos militares en el domicilio particular de José Delgado y Hernández de Tejada, agente de bolsa, militante de la CEDA y amigo de Gil-Robles, cualidad esta última que también distinguía a no pocos de los generales allí reunidos. En otra acción que en 1942 presentó —ante la Causa General— como favorable a la conspiración en ciernes, Gil-Robles patrocinó la candidatura del general Franco como diputado por Cuenca, con la intención, según sus palabras, de «cubrirle» con la inmunidad parlamentaria.

Si en abril aún se concebían algunas esperanzas de «rectificar» el rumbo de la República, el retraimiento de la CEDA en las elecciones de Granada, la polémica derrota derechista en la segunda vuelta de Cuenca y la consolidación del Frente Popular con el gobierno Casares terminaron por convencerle, probablemente hacia mediados de mayo de 1936, dando ya por enterrada la alternativa de Gobierno unitario. Durante sus fines de semana en Biarritz reforzó sus lazos con profesionales de la conspiración, como Juan March, Juan Ignacio Luca de Tena, el conde de los Andes o Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorriá, que ya estaban en conexión con el general Mola. Gil-Robles reconoció haberse reunido con sus amigos de Biarritz en su propio domicilio y en el del conde de los Andes, pero no parece muy creíble que, en aquellas circunstancias, apenas «oía los comentarios que se hacían acerca de posibilidades de un golpe de estado, de

²⁰ Carlos SECO SERRANO: "La experiencia de la derecha posibilista en la II República española", estudio preliminar a José María Gil-Robles, *Discursos parlamentarios*, Madrid, Taurus, 1971, p. XVIII.

²¹ AHN, FC-Causa General, exp. 40. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

preparativos, etc.» y que, a lo sumo, cuando volvía de Madrid, «des ponía al tanto de las últimas incidencias políticas y nos comunicábamos nuestros temores», pero nada más.²² Los hechos nos permiten dudar de la marginalidad de Gil-Robles en el proceso. El propio interesado contradice su papel de mero oyente cuando en 1942 declaró ante la Causa General que «supe lo que se preparaba, y cooperé con el consejo, con el estímulo moral, con órdenes secretas de colaboración e incluso con auxilio económico, tomando en no despreciable cantidad de los fondos electorales del partido». Incluso menciona su participación en acciones golpistas muy concretas:

El intento de cubrir al general Franco con la inmunidad parlamentaria mediante su elección con el general Fanjul por la provincia de Cuenca; una gestión realizada en San Juan de Luz cerca del señor Fal Conde por encargo del general Mola; la redacción de un Manifiesto impreso en Biarritz y enviado a Pamplona el 16 de Julio; y las diligencias hechas en Francia en unión con otros elementos para enviar un avión a Canarias al General Franco.²³

En esa misma declaración añade otra clave: habría estado «desconectado» de los elementos directivos del Alzamiento, «sin yo quererlo». Por elementos directivos Gil-Robles no entiende a sus amigos de Biarritz, elementos auxiliares de la trama, sino a los generales promotores del golpe, Mola y Sanjurjo en particular, a los que se ofreció para tener un papel más relevante en la trama, sin conseguirlo del todo, como se trasluce de sus palabras. No es de descartar que hasta casi el último momento —mediados de junio— Gil-Robles no anduviera demasiado preocupado por su papel testimonial en la conspiración. Sin duda tenía en mente el golpe portugués de 1926, que aunque tuvo carácter militar culminó con la dictadura del economista Oliveira de Salazar, cuyos principios doctrinales eran muy cercanos a los del político español. Por eso, hasta más o menos mediados de junio, Gil-Robles no se había querido inmiscuir demasiado en los planes militares, de los que sabía relativamente poco.²⁴ Pensaba que el golpe, de triunfar, le aclamaría como el líder natural de la derecha, avalado por su mayor número de votos y de diputados. Sin embargo, las circunstancias impidieron que el modelo portugués —sentarse y esperar— se repitiera en España. El primer responsable de ello fue sin duda el propio Gil-Robles, que como se ha dicho, quiso tener un papel más protagonista en la conspiración. No es coincidencia que por aquellos días ingresaran en la conspiración los generales Cabanellas y Queipo de Llano, favorables a dar mayor protagonismo a las fuerzas políticas en el alzamiento, lo que sin duda ofrecía a la CEDA una inesperada posibilidad de influir en los acontecimientos. Gil-Robles debió entender que la pasividad ya no era posi-

²² AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/2-3, “Mi relación con el general Franco” (I), borrador del libro: Josep Carles CLEMENTE: *Diálogos en torno a la guerra de España*, Madrid, EASA, 1979; José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 790.

²³ AHN, FC-Causa General, exp. 40. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

²⁴ No obstante, Gil-Robles alardeó ante Fal Conde, el 5 de julio de 1936, de estar en contacto con Mola «hace tiempo», una afirmación que el jefe carlista no se creyó, Gil-Robles también habría aludido en esa misma reunión estar «al habla» con Cabanellas y Queipo de Llano (cfr. “Informe de la dirección tradicionalista, 6-VII-1936 (Archivo Fal Conde)”, en Manuel FERRER MUÑOZ: “Navarra y País Vasco, 1936. Conspiración contra la República”, *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, 22 (1994), pp. 259-260).

ble, y que por eso había que hacerse visibles ante los cabecillas militares, Mola en particular, quien hasta entonces, y contra los intereses de la CEDA, tan solo se había mostrado partidario de «políticos con gente de acción», o sea, con milicias organizadas.

Siendo Gil-Robles un personaje muy conocido, que se movía escoltado por España, es evidente que no podía asumir personalmente esos contactos con los golpistas, papel que recayó en uno de los colaboradores que consideraba más leales: Francisco Herrera Oria, hermano de Ángel, y fallido diputado por Granada. El primer paso para hacerse visibles pasaba por ganarse el favor del general Mola, “el Director” del golpe, quien tenía razones para estar agradecido a Gil-Robles, toda vez que el ex-ministro de Guerra le había sacado del ostracismo en agosto de 1935, confiándole primero la comandancia de Melilla y luego la jefatura superior de las fuerzas en Marruecos. La manera de obtener la complicidad de Mola fue ofrecerle la elevada suma de medio millón de pesetas, al parecer provenientes de los fondos electorales de Acción Popular.²⁵ Los hechos debieron tener lugar hacia finales de junio y están rodeados de no pocos interrogantes. No parece creíble, como escribe Gil-Robles en sus memorias, que la iniciativa para dicha entrega partiera de “Paco” Herrera, quien al parecer se presentó en el despacho de su líder político en compañía de otro destacado militante cedista, Carlos Salamanca, con la supuesta misión, por parte del general Mola, de conseguir el mayor dinero posible para financiar algunos aspectos del golpe. El Jefe no habría puesto ningún obstáculo a esta entrega, entendiéndolo que «interpretaba el pensamiento de los donantes de esa suma si la destinada al movimiento salvador de España». La versión de Gil-Robles es difícil de sostener, en primer lugar porque consta, por testimonio de Mola, que en esa fecha aún no conocía a “Paco”, en segundo término porque Herrera actuó siempre como emisario de Gil-Robles en las misiones más delicadas del golpe, y por último, porque en una reunión con Fal Conde, Gil-Robles ligó la entrega del dinero con la consecución de unos determinados fines políticos que, como pronto se comprobará, resultaban esenciales para la supervivencia de la CEDA y de su líder.

Más extrañas resultan las versiones sobre el modo en que se entregó el dinero a Mola. Los encargados de hacerlo fueron Herrera y Salamanca, dos rostros desconocidos para el general, pero que se presentaron en Pamplona con la suma en efectivo. Se cuenta que Mola, receloso de las intenciones de los emisarios de la CEDA, no quiso inicialmente recibirles, alegando que «no había pedido dinero alguno ni lo necesitaba». Solo a ruegos del capitán Lastra el desconfiado general aceptó tomar en mano la importante cantidad que se le ofrecía, que quedó depositada en un banco de Pamplona, y que tras el 18 de julio se usaron para abonar los gastos corrientes de las tropas sublevadas en la capital navarra y para pagar gratificaciones a los conductores de los vehículos

²⁵ Parece ser que Gil-Robles le dijo a Fal Conde que el medio millón provenía de la Editorial Católica; sin duda Gil-Robles no consideró prudente mencionar la procedencia electoral de dicha suma porque los partidos coaligados con la CEDA en febrero de 1936 siempre sospecharon que los accidentalistas habían utilizado los recursos comunes con absoluto partidismo, incluso había sospechas de malversación (lo de la Editorial Católica en Manuel FAL CONDE: “El medio millón de pesetas, aportación de Gil-Robles al alzamiento (y II)”, *ABC*, 3 de mayo de 1968).

militares implicados en el golpe.²⁶ Gil-Robles da a entender que el responsable de la entrega fue “Paco” Herrera Oria, e incluso que su mano derecha habría actuado por su cuenta, sin la obligada lealtad hacia el jefe de filas.²⁷ Sin desmentir las deslealtades de Herrera, resulta más creíble la versión que de estos mismos hechos ofrece Manuel Fal Conde. Parece que los posibles recelos de Mola venían del deseo de los donantes de ligar la entrega del dinero con el cumplimiento de un determinado programa político, que Gil-Robles quería poner en marcha tras la caída de la República.

Dando como seguro que la actuación de los militares sería “corta” en el tiempo, Gil-Robles pretendía que en corto plazo se formara un Gobierno de concentración de derechas, cuyas carteras –gobiernos civiles y demás prebendas incluidas– se repartirían entre los jefes de los partidos que habían conformado el bloque contrarrevolucionario en febrero de 1936.²⁸ Desde Biarritz, Gil-Robles elaboró incluso un programa de acción política para después del golpe, del que se conserva una copia autógrafa en el Archivo General de la Universidad de Navarra. El manifiesto es, en realidad, un programa gubernativo con cuarenta puntos que se agrupan por ministerios

²⁶ Sobre el uso dado a ese dinero hay abundante literatura, por ejemplo: Joaquín ARRARÁS IRIBARREN et al.: *Historia de la Cruzada Española, vol. III. Alzamiento*, Madrid, Ediciones Españolas, 1940; Félix MAÍZ: *Mola, aquel hombre*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 235-240; FUNDACIÓN NACIONAL FRANCISCO FRANCO: *Archivo documental. Apuntes personales del Generalísimo sobre la República y la guerra civil*, Madrid, FNFF, 1987, pp. 35-36; Francisco ALÍA MIRANDA, *Julio de 1936: conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 84. La versión más fiable, creemos, es la que ofrece Mola al propio Gil-Robles en enero de 1937: antes del 18 de julio apenas se habrían sacado unas 5.000 pesetas de la cuenta, el resto lo usó «el día del movimiento», «que retiré unas cantidades bastante crecidas con destino a las tropas que salieron la tarde del 19 de julio, pues las cajas de los cuerpos apenas contaban con lo indispensable para el abono de los haberes corrientes, pero no para el pago del personal perteneciente a requetés y Falange, a quienes asigné el haber diario de tres pesetas. También di unos miles de pesetas al coronel García Escámez para atenciones ineludibles». «No volví a hacer gasto alguno hasta el mes de agosto en que el citado coronel me pidió dinero para abono de gratificaciones para conductores entregándole de unas 50 a 60 mil pesetas». Algún tiempo después Mola entregó a un emisario de Francisco Herrera la suma de 25.000 pesetas, «por creer que dicho dinero a él pertenecía». Cuando Mola escribe a Gil-Robles en enero de 1937 aún quedaba la mitad del dinero sin gastar (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/009, Mola a Gil-Robles, Ávila, 1 de enero de 1937). Mola ofreció estas cifras a Gil-Robles en repuesta de un correo anterior del político católico, muy interesado en desacreditar a Herrera Oria (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/008, Gil-Robles a Mola, Lisboa, 29 de diciembre de 1936). Para esquivar toda duda ante Mola, Gil-Robles dio por bien empleado el dinero, «que es del Ejército y de España» (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/010, Gil-Robles a Mola, Lisboa, 6 de enero de 1937).

²⁷ Mola parecería avalar esta tesis al escribir a Gil-Robles, meses después, que «Cuando Herrera escapó de la zona roja y vino a verme, puse a su disposición el sobrante por creer que dicho dinero a él pertenecía, pero no lo quiso». En enero de 1937, fecha de esta carta, las relaciones entre Gil-Robles y Herrera eran tormentosas, al entender el primero que su emisario había obrado buscando su medro personal, y no el de su principal. No es improbable que Mola quisiera ayudar a Gil-Robles en su venganza contra “Paco” Herrera, por el que Mola tampoco sentía en aquellos momentos la menor simpatía (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/009, Mola a Gil-Robles, Avila, 1 de enero de 1937).

²⁸ Cfr. Manuel FAL CONDE: op.cit., *ABC*, 3 de mayo de 1968; “Informe de la dirección tradicionalista, 6-VII-1936 (Archivo Fal Conde)”, en Manuel FERRER MUÑOZ: op.cit., pp. 259-260.

(“Política General”, “Ministerio de Trabajo”, “Ministerio de Agricultura”, etc.)²⁹ Tras la debacle de la República se tendría que formar un nuevo Gobierno cuyas funciones vendrían reguladas por un estatuto provisional, a la manera de lo que ocurrido en 1931. Pero aquí acaban las posibles coincidencias con el 14 de abril, porque lo que Gil-Robles presenta es algo sustancialmente distinto: un Estado autoritario y corporativo, con expresa prohibición de los partidos, sindicatos y medios de prensa de signo obrero y separatista, tal como la CEDA había prometido hacer en los mítines de sus principales dirigentes durante la campaña electoral de febrero. La Constitución en vigor sería derogada –no reformada– al estimarse que había sido violada por el Frente Popular. Un consejo asesor de tipo corporativo, cuyo sistema de elección no se explicita, se encargaría de elaborar la nueva Constitución, que *a posteriori* tendría que ser votada en plebiscito por los españoles, una vez depurado y revisado “convenientemente” el censo, se entiende que aplicando unos previsibles criterios de desafección política. Con la idea de evitar la lucha de clases se admitiría la pluralidad de afiliación sindical, siempre que las organizaciones obreras abjuraran de las ideas internacionalistas. El libre mercado estaría condicionado por la regulación de un “Estado fuerte”, con amplias potestades en materia agraria, industrial, bancaria o de obras públicas, a la manera de lo ensayado por Miguel Primo de Rivera durante su dictadura. No sería obligatoria la enseñanza católica, aunque se procedería a expulsar a los maestros cuyos principios fueran contrarios a la moral de la patria, una propuesta ya lanzada por el mismo Gil-Robles en la última campaña electoral. Las fuerzas de orden público –incluida la Guardia de Asalto– serían militarizadas, tal como propugnaba la CEDA en su programa. El epígrafe “Guerra” aparece tachado, seguramente porque el autor no consideraba oportuno indicar a los mandos militares promotores del golpe cuál debía ser la futura política en este terreno.³⁰

Con la única salvedad de la política militar, el enorme detalle con el que está redactado este programa gubernativo conduce a pensar que Gil-Robles tenía fundadas aspiraciones a obtener un papel muy relevante en el Gobierno que emergiera del golpe, entendiendo esa participación como un paso previo hacia un ejecutivo “no militar” donde él sería el hombre fuerte, el Salazar español. Tan desmesuradas ambiciones muestran hasta qué punto el líder cedista midió mal sus fuerzas. No intuyó que, salvo excepciones, los militares españoles tenían otras ideas. A pesar de su evidente rechazo a los planes políticos de Gil-Robles, Mola agitó el fantasma de un Gobierno

²⁹ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/001, “Papeles autógrafos de Gil-Robles relacionados con la Guerra Civil. Texto autógrafo”. Podría pensarse que este documento es al que Gil-Robles se refiere en una nota de *No fue posible la paz* (p. 788, nota 37), que habría elaborado en octubre. Nosotros en cambio fechamos este texto en una fecha anterior al 18 de julio porque en su exposición de motivos para derogar la Constitución republicana no se menciona en ningún momento la violencia revolucionaria posterior a esa fecha ni los sucesivos Gobiernos de Giral o Largo Caballero que avalarían con creces su tesis sobre la necesidad de derogar la inoperante Constitución.

³⁰ No es del todo seguro que este manifiesto guarde relación directa con otra actuación en el golpe que Gil-Robles menciona en su declaración ante la Causa General, que consistiría en «la redacción de un Manifiesto impreso en Biarritz y enviado a Pamplona el 16 de Julio». Si ese manifiesto fuera el que aquí presentamos es evidente que Mola lo desechó sin más, porque el bando finalmente publicado por el general el 19 de julio, que declaraba el estado de guerra en las provincias del norte, con las prohibiciones y restricciones habituales en un golpe militar.

de partidos para presionar a los carlistas, muy reacios a sumarse incondicionalmente a los planes de los militares golpistas. Aparentando interesarse por los proyectos de Gil-Robles, el “Director” pidió al líder cedista que se entrevistara con el indómito Fal Conde, refugiado en una localidad vecina a Biarritz, San Juan de Luz. Como la misión era fuera de España, Gil-Robles se podía desenvolver sin las mismas prevenciones con que se movía por España, y decidió acudir en persona, acompañado de su inseparable Herrera Oria y del director de *ABC*, Juan Ignacio Luca de Tena.³¹ Gil-Robles no tuvo la sagacidad suficiente para comprender que estaba siendo utilizado por Mola y acudió a la reunión con Fal Conde –que se celebró el 5 de julio– con los ánimos muy crecidos, queriendo humillar a su interlocutor. Presentó su programa político como algo decidido, a modo de “trágala”; le habló de su Gobierno de concentración derechista y del reparto de gobiernos civiles, e invitó a Fal a renunciar a todas sus exigencias. Según una airada carta escrita por Fal a Sanjurjo al día siguiente de la reunión, los “mediadores” llegaron a afirmar que el carlismo no hacía falta, pues sólo se precisarían quinientos hombres disfrazados de soldados, a lo que el líder carlista replicó indignado que se extrañaba que entre CEDA y Renovación Española fueran incapaces de proporcionar siquiera esa fuerza.³² La impetuosa discusión terminó siendo un episodio más de las tormentosas reuniones celebradas entre los líderes de las derechas para conformar las últimas candidaturas contrarrevolucionarias. Las heridas seguían abiertas y ni siquiera las expectativas de recuperar pronto el poder ayudaban a cicatrizarlas. Sin duda, la profunda división entre las fuerzas de la derecha hacía muy difícil una solución civil “a la portuguesa”; Mola lo sabía y enviando a Gil-Robles consiguió sus objetivos: que Fal Conde se aviniera a negociar –presionado igualmente en el frente “interior” por el conde de Rodezno–, al tiempo que dejaba fuera de juego al insaciable líder de la CEDA.

Mola intentó contentar a Gil-Robles con una propuesta descafeinada: en vez de Gobierno de políticos tras el golpe, habría una mera reunión de los diputados derechistas de las Cortes aún en vigor, que tendría lugar el 17 de julio y cuyo propósito sería declarar “facciosas” a las instituciones de la República, “apelando al pueblo y al Ejército contra ellos”. Mola sondeó a los principales líderes de la derecha sirviéndose de Luis de Zunzunegui, encargado de contactar con Goicoechea y Calvo Sotelo, y de “Paco” Herrera, que debía hacer lo propio con Gil-Robles. El líder de la CEDA, sintiéndose desautorizado, se negó a colaborar con esas Cortes de Burgos, que juzgó imprudente convocar, argumentando que el desplazamiento de más de un centenar de congresistas podría poner al gobierno de Casares Quiroga al corriente de toda la trama³³. A la negativa de Gil-Robles se unió la de alfonsinos y carlistas, temerosos de que un “hecho parlamentario” les pusiera

³¹ Gil-Robles citó por error a Lamamié de Clairac como uno de los tres emisarios que se reunieron con Fal Conde, cuando en realidad se trataba de “Paco” Herrera (José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 733; Juan Ignacio LUCA DE TENA, op.cit., p. 68).

³² Melchor FERRER, Domingo TEJERA y José F. ACEDO: *Historia del Tradicionalismo Español*, Ed. Trajano, Ed. Tradicionalista, Ed. Católica, Madrid-Sevilla, 1941□1979, vol. XXX, pp. 162□163 y 327□329. Una visión de conjunto: Julio ARÓSTEGUI: “El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936”, *Arbor*, 491-492 (1986), pp. 27-75.

³³ José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 787-788.

en inferioridad de condiciones ante la mayor fuerza de la CEDA en el terreno institucional. Justo por eso, Herrera Oria creyó que la oferta de Mola era más que razonable, e incluso hizo ver a su jefe que la reunión de Burgos le conduciría a lo más alto, sería «la consagración de tu vida política». El Jefe, obsesionado con el Gobierno provisional, no lo quiso ver así, e incluso intuyó que “Paco” Herrera comenzaba a actuar movido por ambiciones personales más que por lealtad. Dos meses después, cuando las relaciones entre ambos se habían enfriado, un duro cruce de cartas terminó por romper su amistad. “Paco” acusaba a su jefe de filas de cerrazón: «te lo propuse y si hubieras aceptado, creo hubieras sido el futuro jefe de Estado». ³⁴ Gil-Robles optaba en cambio por zaherir a su antiguo protegido: «me armo de comprensión para no censurar a quienes buscan la sombra de un árbol más frondoso que yo». ³⁵

Los frecuentes viajes de “Paco” a Pamplona le valdrían una efímera confianza del general Mola, que se sirvió del ambicioso cedista para otras misiones, en principio también respaldadas por Gil-Robles. La más conocida de esas misiones fue el alquiler del *Dragon Rapide*, el legendario avión que transportó a Franco desde Canarias a Marruecos, en cuya contratación Gil-Robles se atribuyó ante la Causa General «diligencias hechas en Francia en unión con otros elementos», entendiendo por tales “elementos” a sus amigos de Biarritz (Luca de Tena, Juan March, el conde de los Andes, “Paco” Herrera. . .). Casi treinta años después, en cambio, en las páginas de *No fue posible la paz*, Gil-Robles habla del asunto en tercera persona y concede todo el protagonismo de la negociación a su escudero Francisco Herrera. ³⁶ Cuestionada su versión por Luca de Tena, Gil-Robles fue más explícito en la réplica que publicó en las páginas del diario *Ya*, allá por abril de 1968: «Concretamente, en el asunto del avión no tuve la menor parte». ³⁷ Recopilemos los hechos: muy a finales de junio “Paco” Herrera viajó a Marruecos para sumar apoyos cara al golpe. Allí el emisario de Mola y Gil-Robles se encontró con la inesperada negativa del teniente coronel Yagüe, que no quería sublevarse si Franco a su vez no lo hacía; ambos, Yagüe y Herrera Oria, idearon “un hecho consumado” para convencer a Franco, a la sazón en Canarias, que consistía en poner a disposición del indeciso general una avioneta que le trasladase a Marruecos. Inmediatamente después “Paco” Herrera volaba a Pamplona el 1 de julio, donde buscó –y obtuvo– el visto bueno de Mola a este plan.

Fueron los conspiradores de Biarritz los que dieron forma a la “operación avión”. Apenas llegó Herrera de Pamplona se reunieron en casa del marqués de Luca de Tena; Juan March se avino a poner el dinero, mientras el director de *ABC* se ponía en contacto con el periodista Luis

³⁴ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/006, Fco. Herrera a Gil-Robles, Salamanca, 21 de octubre de 1936.

³⁵ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/007, Gil-Robles a Fco. Herrera, Lisboa, 22 de octubre de 1936.

³⁶ *Ibidem*, pp. 780-782.

³⁷ El texto de la réplica de Gil-Robles en el diario *Ya* de 10 de abril de 1968 se ha consultado en AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/276; Juan Ignacio LUCA DE TENA: “Sin comentarios”, *ABC*, 1 de mayo de 1968.

Antonio Bolín y con el aviador Juan de la Cierva, que agilizaron las gestiones desde Londres³⁸. No es seguro que a esta reunión asistiera Gil-Robles. En todo caso, el 19 de julio Gil-Robles sí oyó por boca de Bolín –recién aterrizado en Biarritz desde Marruecos– las peripecias del viaje de Franco en el *Dragon Rapide*.³⁹ Para entonces el golpe ya estaba en marcha, aunque las cosas no salieron del todo bien para el dirigente católico.

Ante la inminencia del levantamiento, Gil-Robles se limitó a dirigir, entre junio y julio, unas directrices a las organizaciones provinciales del partido, invitando a sus afiliados a ponerse a disposición de los militares con armas y dinero, y a los jóvenes en particular les conminaba a «colocarse bajo el mando de los jefes militares, huyendo todo lo posible de formar milicias o batallones propios, en los que se vería un grave peligro de particularismo e indisciplina».⁴⁰ Sin embargo, no todos en la CEDA estaban de acuerdo con ese rechazo de Gil-Robles a la formación de milicias. Los más ardorosos se fugaron a organizaciones vecinas, como la Falange o la Comunión. Otros militantes, sin abandonar formalmente la disciplina de la CEDA, formaron milicias sin el aval de la dirección del partido. Es el caso del joven secretario general de la Derecha Regional Valenciana, José María Costa Serrano, que gestionó en su territorio la creación de grupos de acción organizados como milicias, con funciones de espionaje de las actividades revolucionarias y de enlace con fuerzas afines y células militares proclives al alzamiento; para Costa Serrano era importante mantener la militancia en la DRV, que serviría de fachada legal para las acciones clandestinas de las células.⁴¹ Ya tras el 18 de julio se multiplicaron las milicias asociadas a la CEDA y a la JAP, como el batallón Pérez del Pulgar bajo el mando del dirigente granadino Ramón Ruiz Alonso. Ante el repentino prestigio de la sangre, Gil-Robles se vería forzado a rectificar sobre la marcha su posición inicial en este punto, pero el cambio de estrategia llegó muy tarde y la CEDA quedó en franca inferioridad frente a la Falange o el Requeté.

Tercera frustración: progresiva irrelevancia en el Nuevo Estado (Lisboa)

El 15 de julio de 1936, tras un crispado intercambio telefónico con el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, a quien acusó de complicidad en el asesinato de Calvo Sotelo, Gil-Robles intervino por última vez ante la Diputación Permanente responsabilizando de nuevo al Gobierno del estado de tensión preinsurreccional que se vivía en España.⁴² Esa misma tarde, tras almorzar con sus fieles, salió hacia Biarritz, donde llegó en la madrugada del 16. De nuevo cruzó la frontera a mediodía del 17 para celebrar con un día de retraso la onomástica de su mujer (Carmen

³⁸ Torcuato LUCA DE TENA: *Papeles para la pequeña y gran historia*, Barcelona, Planeta, 1991, pp. 207-210

³⁹ Juan Ignacio LUCA DE TENA: op.cit., p. 83.

⁴⁰ AHN, FC-Causa General, exp. 40. José María Gil-Robles, Lisboa, 27 de febrero de 1942.

⁴¹ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/1 (7/7), “Lucia y el movimiento. Telegrama depositado en el centro de Telégrafos de Benicàssim en la mañana del 19 por el propio firmante”.

⁴² “Texto íntegro de todos los discursos pronunciados en la Diputación Permanente”, *El Debate*, 17 de julio de 1936.

Gil-Delgado) en San Sebastián, en casa de los Peña Castillo; tras una copiosa merienda familiar se animó a dar un pequeño paseo por la “Avenida” donostiarra (¿el Bulevar?), sin saber que a esa misma hora unidades del Ejército español iniciaban la sublevación en Marruecos. A ruegos de Carmen, «movida por un presentimiento», el matrimonio Gil-Robles volvía a Biarritz sobre las ocho de la tarde, antes del anochecer.⁴³

El paso a Francia se hizo más tedioso que de costumbre por los severos controles establecidos ese día por la Gendarmería. La policía gala preguntó a Gil-Robles por sus planes para los próximos días, porque tenían órdenes de velar por la seguridad de una serie de personas, entre las que el político español alcanzó a ver los nombres de Casares y de Goicoechea. Convencido de que los controles tenían que ver con un agravamiento de la situación de España, apenas llegado a Biarritz se puso en contacto con otros conspiradores, como March, Luca de Tena o el conde de los Andes, que decían saber tan poco como él. No fue hasta las siete de la mañana del día siguiente, 18 de julio, cuando Luca de Tena le telefoneó para informarle del pronunciamiento en África. La conversación entre ambos fue breve pero reveladora: «¿Solo el ejército de Marruecos?», interrogó Gil-Robles; «únicamente, las tropas de Marruecos», replicó el director de *ABC*⁴⁴. ¿Ese “solo” significaba que el dirigente de la CEDA esperaba una maniobra de mayores dimensiones? Es muy probable que sí.

Gil-Robles siempre sostuvo que desconocía la fecha exacta del alzamiento y no hay por qué no creerle. Como se ha dicho, eran poquísimos los que estaban al tanto de los pormenores, como dictan los cánones de toda intentona golpista. Gil-Robles, incidiendo en su total ignorancia, alega que hubiera sido una gran imprudencia dejarse ver por San Sebastián mientras se daban los primeros pasos de la sublevación. También menciona que había convocada una reunión con los parlamentarios de la CEDA para el 21 de julio, a su juicio otra evidencia de su desconocimiento de lo que iba a ocurrir en aquellas fatídicas horas.⁴⁵ El primer argumento puede parecer sólido, aunque sin dejar de lado la extrema reserva impuesta por Mola y conociendo además que la sublevación de Marruecos hubo de adelantarse varias horas sobre lo previsto por el riesgo a que el Gobierno descubriera lo que los jefes golpistas del Protectorado se traían entre manos. Sobre la reunión proyectada el día 21 llama la atención que la mayor parte de la cúpula de la CEDA estuviera fuera de Madrid, salvo Francisco Herrera, asumiendo los posibles riesgos: «Yo en el Movimiento – recordaba “Paco” tiempo después – acepté el único papel que pudiera obligarme a permanecer en Madrid, sabiendo de antemano que podría costarme la vida».⁴⁶ Esta mención nos lleva a pensar que la reunión parlamentaria de la CEDA del día 21 era en realidad una tapadera para evitar una posible represalia si el golpe salía mal. Se podrá alegar que Herrera no era en aquellos momentos diputado, y por tanto no estaba formalmente convocado para la reunión, pero en aquel momen-

⁴³ José María GIL-ROBLES, op.cit.: p. 771,

⁴⁴ *Ibidem*, p. 772.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 767-768.

⁴⁶ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/006, Fco. Herrera a Gil-Robles, Salamanca, 21 de octubre de 1936.

to, muy anterior a su ruptura con Gil-Robles, aparte de actuar como emisario de los golpistas, era un habitual en todos los actos políticos de relevancia.

No está de más recordar que Gil-Robles había vencido sus escrúpulos ante el golpe semanas antes que Franco, por ejemplo. Todos sus actos tras el 18 de julio prueban su absoluta toma de partido. Hizo oídos sordos ante la llamada de Martínez Barrio, que al parecer –Gil-Robles lo da como muy probable– le contactó la madrugada del 19 de julio para ofrecerle una cartera en un Gobierno de unidad,⁴⁷ invirtiéndose así las tornas respecto a la “intentona” unitaria del político cedista en abril y mayo, que Barrio refutó. También se indignó con el diario francés *Paris-Soir* por publicar unas supuestas declaraciones suyas en las que se mostraba contrario al golpe militar.⁴⁸

La repentina muerte del general Sanjurjo, con quien Gil-Robles mantenía buenas relaciones, fue posiblemente su primer gran revés en sus planes de influir decisivamente en la España nacional. El día 20 de julio supo por boca del industrial vasco Gabriel Artiach que las autoridades militares no veían con buenos ojos su inmediata presencia en España, y aunque tres días después el alfonsino Luis María Zunzunegui le invitó en nombre de Mola a instalarse en Burgos, Gil-Robles consideró más prudente no volver de momento, probablemente sabedor de que en Burgos sería solo uno más, al mismo nivel –en el mejor de los casos– que falangistas y tradicionalistas.⁴⁹ Sus planes inmediatos no pasaban tanto por establecerse en una España incierta como por regresar convertido en el hombre necesario. En todo caso, ese regreso no lo podría hacer desde Francia, sino desde Portugal. El 20 ó el 21 de julio se le comunicó que por orden gubernativa debía abandonar territorio francés antes de 48 horas, dejando a su elección salir por la frontera de Alemania o de Suiza. Contraviniendo las órdenes, partió el 24 de julio, rumbo a París, llevando en su bolsillo doce mil libras esterlinas que le había dado su amigo Juan March, «por si hacía falta para algo».⁵⁰ En París le esperaba el ex-embajador Quiñones de León, gran amigo de Alfonso XIII, que le facilitó un viaje en tren hasta Boulogne-sur-Mer, puerto donde pudo al fin tomar un barco rumbo a Portugal tras sortear los controles de la Gendarmería. Después de treinta y seis horas de travesía marítima Gil-Robles desembarcaba en Lisboa la mañana del 27 de julio de 1936, sin sospechar que allí estaría hasta 1953.⁵¹ La elección de Portugal estuvo condicionada por sus reconocidas simpatías hacia el régimen de Salazar, que en esos momentos servía como retaguardia de la sublevación española.

Al salir de Biarritz, Gil-Robles tenía la misión de conseguir de Salazar que Gran Bretaña impidiese el abastecimiento de la flota republicana en Tánger.⁵² Como esa labor no cubría sus grandes expectativas, decidió poner en marcha la conocida como Junta de Lisboa, un comité

⁴⁷ José María GIL-ROBLES: op.cit., p. 791.

⁴⁸ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/001 Gil-Robles a Bertrand de Jouvenel. Biarritz, 21 de julio 1936.

⁴⁹ José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 788-789.

⁵⁰ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/003, “Memorias Gil-Robles París-Lisboa”, f. 6.

⁵¹ José María GIL-ROBLES: op.cit., pp. 792-794. Algún detalle más del viaje en AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/1. “Últimos encuentros con Franco”.

⁵² AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María Gil-Robles: “Mi relación con el general Franco (II)”, f. 31.

inicialmente pensado para acoger refugiados derechistas españoles y ayudarles a pasar a “zona nacional”. Esta junta de carácter oficioso estaba integrada por monárquicos, en muchos casos antiguos colaboradores del general Primo de Rivera, como Joaquín Bau, Ildefonso Fierro, Gabriel Maura, el marqués de la Vega de Anzo o el marqués de Aledo, junto a funcionarios de la embajada española en Lisboa, pronto separados del servicio por el Gobierno republicano, como el marqués de Villaurrutia, José María Saro y José Sebastián Erice. El trabajo de esta junta fue particularmente activo en los primeros momentos de la Guerra Civil, cuando Badajoz aún estaba en manos de la República. Gil-Robles enfatiza que sus funciones fueron estrictamente humanitarias, como la compra de ropa y medicamentos, o el paso de tropas desde el sur hasta Salamanca y Tuy. Para financiar esas operaciones se abrió una cuenta en el Banco Espíritu Santo de Portugal, uno de cuyos titulares fue Gil-Robles; la mayoría de los ingresos procedían de donaciones de particulares en España y en América. El político de la CEDA negó en cambio la intervención de la junta en la compra de armamentos, aunque los hechos conducen a pensar que Gil-Robles daba un significado peculiar a ciertos conceptos. Admite, por ejemplo, haber entregado a la Junta las 12.000 libras esterlinas dadas por Juan March, y que ese dinero terminó en manos de Juan de la Cierva «que desde Londres negociaba con Alemania el envío de aviones de guerra a la zona nacional». Al parecer, Alemania exigía el pago por adelantado y era preciso reunir el dinero lo antes posible. La Junta también tramitó el desembarco de armas alemanas en el puerto de Lisboa, que el gobierno Salazar enviaba a la España nacional camufladas como maquinaria agrícola. La mentira quedó al descubierto cuando una de las cajas se cayó de la grúa, quedando a la vista de los estibadores una pieza de artillería antiaérea.⁵³ Ante el escándalo y el riesgo de sanciones a Portugal, se canceló la ruta lisboeta, al tiempo que crecían las tensiones entre las potencias europeas, solo calmadas tras la creación en septiembre del inoperante Comité de No Intervención. No obstante, Gil-Robles alega que esas operaciones no fueron obra de la Junta, sino de «miembros particulares» de la Junta, con la supervisión de Nicolás Franco y el apoyo de la policía secreta portuguesa.⁵⁴

La cada vez más frecuente presencia de Nicolás Franco en Lisboa –en calidad de embajador solo desde 1938, porque el cauto Salazar retrasó hasta esa fecha el reconocimiento de la España nacional– fue restando protagonismo a la Junta; tampoco Francisco Franco, jefe del Estado desde octubre de 1936, se sentía cómodo con un organismo que podía servir como plataforma de las ambiciones políticas del jefe de la CEDA, nunca escondidas. Gil-Robles, de hecho, reconoce haber actuado como enlace entre la Junta y el primer ministro Salazar, «en materias que podríamos calificar de diplomáticas».⁵⁵ Las misiones de Gil-Robles se hicieron sin autorización expresa del Gobierno de Burgos, e incluyeron puntos tan delicados como salir al paso las bravatas falangistas sobre una presunta unidad ibérica o calmar a Salazar cuando éste amenazó con revisar su

⁵³ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/003, “Memorias Gil-Robles París-Lisboa”, ff. 8-10.

⁵⁴ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/002.1. “El segundo tomo de las Memorias debe comenzar por una información que sirva de enlace con la anterior y que comprenda el período 1936-1937”.

⁵⁵ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/003, “Memorias Gil-Robles París-Lisboa”, f. 10.

política de ayuda a la España sublevada ante algunos nuevos desplantes de la Falange. Sí admite Gil-Robles, en cambio, que contó con la aquiescencia de Nicolás Franco para desmentir ante las autoridades británicas la noticia de una inminente invasión a Gibraltar, también propalada por la prensa falangista.⁵⁶

Con la intención de frenar el creciente poder de la Falange, Gil-Robles consultó con los líderes de otros partidos de derechas la posible publicación de una declaración colectiva firmada por los diputados residentes en zona rebelde, haciendo constar su adhesión sin reservas a la causa nacional. Gil-Robles también sugería a esos diputados la conveniencia de convocar unas Cortes que elaborasen una nueva Constitución que sería sometida a plebiscito a acabar la guerra; el propósito del jefe católico no era nuevo, ya había intentado algo parecido en julio que solo encontró eco en algunos sectores moderados del alzamiento. A finales de septiembre, con Franco a punto de asumir la jefatura del Estado, la repuesta de los interpelados fue todavía más hostil, hasta el punto de que Gil-Robles se dijo “asombrado” ante la beligerancia mostrada contra él.⁵⁷ Los partidos implicados –incluido un sector de la CEDA– entendían que se trataba de una maniobra oportunista de un Gil-Robles que quería a la desesperada recuperar la influencia perdida desde el 18 de julio, a costa incluso de las organizaciones más comprometidas con la sublevación. El alfonsino Zunzunegui ponía el dedo en la llaga: «¿Qué contestación creía merecer un señor que, después de esa apreciación de las circunstancias de un Movimiento que o no era nada o era anti-democrático, quería resucitar a los tres meses una asamblea de diputados difuntos?».⁵⁸

No menos indignación produjo otra acción unilateral del líder cedista: en enero de 1937 dirigió unas palabras al cotidiano inglés *The Universe* minimizando la influencia fascista en el “movimiento patriótico militar”, que Gil-Robles consideraba en cambio plenamente católico; de igual modo negaba la validez del calificativo “rebelde” para referirse al bando nacional, en tanto que la sublevación había sido una respuesta lícita contra un Gobierno ilegítimo que conducía a España hacia el comunismo. «No puede llamarse rebelión –afirmaba–, sino resistencia perfectamente lícita a la opresión, a la tiranía. Esto está defendido como doctrina católica por Santo Tomás, Suárez, el gran apologista Balmes, cardenal Hegerother y muchos otros».⁵⁹ Aunque los argumentos no eran nuevos, provocaron un profundo rechazo entre los falangistas, porque entendían que la intención del jefe católico era equiparar el papel de la CEDA –su ideología, sus víctimas, su apoyo financiero y político– con el de la propia Falange, que en aquel momento –

⁵⁶ *Ibidem*, ff. 13-15.

⁵⁷ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/011, Gil-Robles a José Yanguas, 28 de septiembre de 1936. El contenido de la proclama es el que incluimos en el apéndice (AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/001), que según nuestra hipótesis recogería el mismo contenido que el que Gil-Robles elaboró en julio, con algún añadido inicial referido a una hipotética toma de Madrid y a que el plebiscito tuviera lugar tras el fin de la guerra.

⁵⁸ José María GIL-ROBLES: *op.cit.*, p. 788, nota 37. Gil-Robles fecha la iniciativa en octubre, en puridad debería retrotraerse a finales de septiembre, poco antes de la elección de Franco como jefe del Estado. ¿Acaso Gil-Robles pretendía condicionarle?

⁵⁹ Declaraciones de Gil-Robles al diario *The Universe*, 22 de enero de 1937, recogidas por *Diario de Navarra*, 17 de febrero de 1937 y *El Noticiero*, 18 de febrero de 1937.

enero de 1937— pugnaba por monopolizar la vertiente política de la España levantada en armas contra la República. Un pasquín falangista advirtió que las declaraciones de Gil-Robles, «pretenciosamente habilidosas», eran «una intriga para mover favorablemente hacia sus miras partidistas a la opinión pública inglesa» y significaban «una traición al Movimiento Nacional y revisten los caracteres de un delito de lesa Patria».

Es intolerable —proseguía el pasquín— que, aprovechándose de la cándida buena fe de unos cuantos milicianos, restos ínfimos de las antiguas mesnadas cedistas, se pretenda ser presunto aliado del Movimiento dentro de España y entretanto, agredir en el exterior al prestigio de las fuerzas nacionales que, en unión del Ejército, luchan por la salvación de esta Patria que el antiguo Jefe populista puso en trance de muerte con sus torpezas, veleidades y cobardías. Se impone la disolución fulminante del partido Acción Popular y de sus milicias ridículas⁶⁰.

Para comprender esas durísimas críticas de la Falange hacia Gil-Robles conviene retrotraerse a agosto de 1936. A finales de dicho mes el líder católico hizo un breve viaje a Pamplona para recoger a su mujer y a su por entonces hijo único, que habían obtenido el permiso de reunirse con su marido en Lisboa. Camino a Pamplona paró en Valladolid y en Burgos, donde pudo advertir la fragilidad de su situación política. En Valladolid consiguió reunirse con el general Mola, con quien mantenía unas buenas relaciones personales («entre nosotros llegó a existir confianza y amistad suficientes para justificar las vistas que le hice después del 18 de julio», escribió Gil-Robles⁶¹); el encuentro entre ambos fue cordial pero corto, y además la charla quedó interrumpida por una llamada del general Franco, con el que Gil-Robles no había hablado desde que abandonó el Ministerio. Gracias a los oficios de Mola, el ex-ministro de Guerra pudo al menos saludar a su antiguo jefe del Estado Mayor, que en esos momentos solo era un aspirante a la jefatura de la sublevación. Peor le fueron las cosas en Burgos, donde los falangistas le recibieron de la manera más hostil; hubo incluso un conato de agresión de la que Gil-Robles pudo salvarse gracias a una rápida intervención del Ejército, que dispersó a los airados manifestantes.⁶² Ya en Pamplona, aparte de reunirse con su mujer e hijo, invitado por Mola asistió en el frente a las operaciones previas a la toma de Irún.

Su conocimiento de las circunstancias españolas convenció a Gil-Robles de que en aquellos momentos la única manera de potenciar la presencia de la CEDA en la vida nacional era creando milicias propias. Antes del 18 de julio los principales dirigentes católicos, como Lucía, Giménez Fernández o el propio Gil-Robles, se habían mostrado muy escépticos con dichas milicias, en la confianza de que el golpe militar tendría una salida política que obligaría a contar con los parti-

⁶⁰ Panfleto falangista contra Gil-Robles y AP (ca. II-1937), en FUE.APSR, caja 34, carp. 10.

⁶¹ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María GIL-ROBLES, "Mi relación con el general Franco (II), f. 37.

⁶² Gil-Robles minimiza el alcance de ese intento de agresión, que reduce a «simple alboroto»: «No se trató, en realidad, más que de un simple alboroto, nada espontáneo, del que fueron protagonistas determinados elementos de la Falange a quienes se lanzó apresuradamente a la calle para desahogarse con gritos e insultos. Unos oficiales del Ejército pusieron fin a la algarada en el acto» (Ibidem, ff. 37-38).

dos, la CEDA en particular. Por ese motivo Gil-Robles se conformó con aconsejar a sus militantes que se pusieran a las órdenes del Ejército, sin más. Las consignas eran:

Obedecer ciegamente al mando militar, no tomar iniciativas sin órdenes expresas de los jefes militares y mantener y exaltar el prestigio del Ejército por encima de todo. Amamos la unión con las demás milicias. No dividir, pase lo que pase. Somos todos hermanos y como hermanos colaboraremos por un mismo ideal: España grande en la unidad territorial y religiosa. Dios y Patria⁶³.

Pero el golpe derivó en Guerra Civil y esa contienda, le confesó Mola a Gil-Robles en Valladolid, no acabaría antes de fin de año. Los deseos de Gil-Robles chocaban igualmente con la inquietud de sus afiliados, sobre todo los más jóvenes, que formaron milicias tras el 18 de julio, sin que nos conste el permiso de la dirección del partido para ello; en lugares como Burgos, Salamanca o Valladolid surgieron grupos de japistas uniformados con camisas pardas y la Cruz de la Victoria en el pecho.⁶⁴ Formadas sobre la marcha, las milicias de la CEDA-JAP estaban en situación de franca minoría respecto a la Falange, el Requeté e incluso Renovación Española. Unas declaraciones de Gil-Robles publicadas en *El Adelanto* de Salamanca a duras penas escondían el reconocimiento paladino de la impotencia política del cedismo, aunque se quisiera hacer de la necesidad virtud: «Hemos preferido diluirmos en la magna cruzada [...]. Es un deber fundamental renunciar a todo lo específico, para que quede solo el denominador común de un hondo y acendrado patriotismo».⁶⁵

Para sortear la marginación, Gil-Robles decidió cambiar su estrategia respecto de las milicias, probablemente tras conseguir la aquiescencia del general Mola en su breve reunión en Valladolid. Al regreso de su viaje a Pamplona, y antes de traspasar de nuevo la frontera, el Jefe se reunió en Salamanca con Luciano de la Calzada, que ejercía como su plenipotenciario en España. Gil-Robles visitó el cuartel de las milicias de la JAP, a las que felicitó efusivamente por su comportamiento en el frente y en la retaguardia, donde sufrían continuos ataques y vejaciones de los falangistas.⁶⁶ Fue allí, en Salamanca, donde el Jefe nombró a De la Calzada jefe nacional de milicias y de la JAP, «con facultades ilimitadas» en ese terreno;⁶⁷ con ello se pretendía enderezar el rumbo y someter a las dispersas milicias cedistas a una cierta disciplina política, hasta entonces inexistente. En prueba de su renovado interés por este asunto, pocos días después Gil-Robles rea-

⁶³ Cit. por Manuel GALIÑO LAGO: *¡Viva España! 1936. Hacia la restauración nacional*, Valladolid, Imp. y Lib. Casa Martín, 1937, p. 60.

⁶⁴ Eduardo GONZALEZ CALLEJA: op.cit., p. 361.

⁶⁵ *El Adelanto*, 8 de septiembre de 1936, cit. por Alberto REIG TAPIA: *Violencia y terror: estudios sobre la Guerra Civil española*, Madrid, Akal, 1990, p. 60.

⁶⁶ Entre las acciones contra la CEDA de los falangistas salmantinos durante los primeros meses de la guerra se pueden citar: el robo en dos ocasiones de la bandera de la CEDA izada en el Ayuntamiento de Salamanca, la destrucción de una gran fotografía de Gil-Robles en la finca de Pérez Tabernero o la agresión al médico y secretario personal de Gil-Robles en el Espolón (entrevista a Tomás Niño Molinos, Madrid, 26-X-1990).

⁶⁷ La nota de nombramiento, en el archivo personal de Luciano de la Calzada, cit. por Francisco TORRES GARCÍA: "Actuación de Gil-Robles en la guerra civil", *Historia 16*, 186 (1991), p. 30.

lizó otro viaje reservado a Salamanca, donde encargó a De la Calzada un informe sobre la situación política y la del partido, para estudiar su posible reestructuración a partir de las milicias propias.

Nada de lo dicho debe hacernos pensar que Gil-Robles creyera que las milicias eran una realidad incontestable e independiente del mando militar. Al contrario, siendo un político más simpatizante del somatén que de las modernas milicias fascistizadas, su repentina preocupación por las mismas debe interpretarse como un recurso para obtener la visibilidad que falangistas y carlistas le habían robado tras el 18 de julio. Recién formalizadas sus milicias, Gil-Robles insistía en *El Castellano* de Burgos en que éstas debían aceptar incondicionalmente las órdenes y la disciplina de los mandos militares: «La autoridad de los directivos del partido –enfaticaba– empieza allí donde termina la del último escalón de la jerarquía militar. Ni ahora, ni más adelante, queremos otra cosa que lo que quiera y ordene el mando».⁶⁸ Gil-Robles pretendía con ello que las de la CEDA fueran unas milicias manejables y “cómodas” para el Ejército, en contraste con la indisciplina mostrada por falangistas y requetés, pensando sin duda que la estrategia de la sumisión terminaría por favorecerle en las circunstancias adversas. No cabía otra salida ante la debilidad numérica de sus fuerzas: las milicias de la JAP apenas contaban con 6.000 hombres en retaguardia y 1.200 en el frente, muy lejos de las 35.000 y 23.000 que se atribuían Falange y Comunión, respectivamente.⁶⁹

Gil-Robles incidió incluso en esta estrategia tras el nombramiento de Franco como jefe del Estado, a pesar de que la elección de un general joven y ambicioso no podía sino resultar un contratiempo para los planes inmediatos del jefe de la CEDA. A esas alturas, además, Gil-Robles ya sabía, por confidencia de “Paco” Herrera, que su imagen entre los generales y los cabecillas falangistas era peor que mala, con la única salvedad de Mola y de algunos generales del Ejército del Norte, cada vez menos influyentes ante el ascenso de Franco y los africanistas.⁷⁰ Ajeno a esta evidencia, Gil-Robles abogaba ahora por la progresiva disolución de los partidos afectos al movimiento, sometiendo todas las milicias al mando militar como ya había hecho la CEDA. El 26 de octubre Gil-Robles escribía al marqués de la Vega de Anzo –que ofició de mediador entre Franco y el líder cedista– cuál era su pensamiento al respecto: «Creemos que el momento actual exige la desaparición de todos –entiéndase bien, de TODOS– los partidos, incluso de los que huyen de ese nombre». Para dar ejemplo, Gil-Robles ordenaba a principios de noviembre la suspensión indefi-

⁶⁸ “Una interesantísima carta de Gil-Robles”, *El Noticiero*, Zaragoza, s.a. Recorte de prensa conservado en AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/002.

⁶⁹ Así, por ejemplo, en Valladolid, Luciano de la Calzada, que se hizo cargo del Gobierno Civil, consiguió a duras penas formar dos compañías para luchar en el Guadarrama, mientras Onésimo Redondo encuadró a 23. A la altura de octubre de 1936, las milicias cedistas sumaban siete compañías en el frente y dos en retaguardia, con un total de entre 2.200 y 2.800 hombres (Francisco TORRES GARCÍA: op.cit., pp. 24 y 28). La JAP y la formación de milicias en la guerra, en Sid LOWE: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism: The Juventud de Acción Popular in Spain, 1931-1939*, Brighton, Portland y Toronto, Sussex Academic Press, pp. 154 y ss., 187-189 y 213-220.

⁷⁰ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/005, Fco. Herrera a Gil-Robles, Biarritz, 26 de septiembre de 1936.

nida de las actividades políticas de la CEDA, dejando en pie tan sólo sus milicias, claro está que en total obediencia con el Ejército. Mantener las milicias respondía, como la paralización de actividades de la CEDA, a un determinado fin político, que no era otro que recuperar poder más adelante, porque el objetivo más perentorio era debilitar a Falange y a Comunión; así se deduce de la mencionada carta de Gil-Robles al marqués:

No parece del todo inútil la existencia de una fuerte milicia de Acción Popular, enteramente sometida a la disciplina militar, que sirviera de contrapeso a ciertos extremismos, y que, dispuesta a desaparecer a la primera indicación, preparase el camino a la unificación de esfuerzos que exige la vida nacional⁷¹.

Y es que, a pesar a la elección de Franco, Gil-Robles seguía pensando que el poder militar, insustituible mientras hubiera guerra, terminaría cediendo ante los civiles. Oliveira Salazar tardó seis años en ser primer ministro tras el golpe militar de 1926, ¿por qué a él no le podía ocurrir lo mismo? Por eso, y a pesar de su aparente sumisión, Franco nunca terminó de fiarse de Gil-Robles, a quien veía más como un peligroso rival que como a un hipotético aliado; la resignación de su antiguo ministro le resultaba falsa, una mera fechoría con la vista puesta en una resurrección política a no muy largo plazo. Además, la fórmula con la que Gil-Robles se dirigía a Franco en todos sus correos, «mi querido y reputado general» o «mi querido y reputado amigo», pero nunca Generalísimo o Su Excelencia, acrecentaba los temores del flamante jefe de Estado de que el líder católico, bajo su fingida sumisión, le consideraba un igual y no el caudillo excepcional que lideraba una cruzada por España.

Por eso Gil-Robles siguió postergado y la prensa falangista le puso seguir vapuleando con total comodidad. A finales de octubre de 1936 una enésima campaña de desprestigio contra el Jefe difundía informaciones sesgadas sobre la actuación del entonces ministro durante la intentona golpista de diciembre de 1935, dando a entender que Gil-Robles había sido responsable directo de aquel fracaso al frenar a los militares. El ex-líder cedista reaccionó airadamente, e incluso pidió un desmentido a Franco por el conducto de Vega de Anzo. En tono lastimero, Gil-Robles rogaba así a su amigo el marqués: «Esto pasa de la raya (...). Díselo de mi parte al general Franco. Dile que apelo a su amistad», sacando también a colación el honor de su familia: «Quiero solo tener en mi mano una prueba que destruya esa maldad, aunque solo sea, si yo desaparezo, para que el día de mañana la pueda conocer mi hijo y pueda defender el nombre de su padre». ⁷² En vista de que Franco demoraba su respuesta, Gil-Robles volvía a insistir en su demanda a finales de diciembre, esta vez ante el propio Generalísimo, al que pedía de forma casi patética una entrevista particular: «Desde hace meses, y por distintos conductos, vengo solicitando inútilmente una entrevista con

⁷¹ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/009, Gil-Robles al marqués de la Vega de Anzo, Lisboa-Salamanca, 26 de octubre de 1936.

⁷² AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/010, Gil-Robles al marqués de la Vega de Anzo, 2 de noviembre de 1936.

Ud. (...) Insisto en mi petición pensando en España y solo en ella».73 Sin dejar pasar una semana de su carta anterior, en una nueva misiva Gil-Robles hacía saber a Franco que la entrevista que con tanto denuedo pedía no era por su honor mancillado en la prensa, sino para hablar de asuntos de Estado, «de cosas que afectan a España, de cuestiones vitales que preocupan a todos los sinceros amigos de nuestra Patria».74 Es casi seguro, en este sentido, que Gil-Robles pretendiera prevenir a Franco contra la influencia de Alemania y de la Falange en la España nacional, así como de los riesgos que esa deriva totalitaria podía suponer para la diplomacia del Nuevo Estado.

El Franco de aquellos meses, cada vez más escorado hacia el fascismo, evidentemente no tenía el menor interés en escuchar las advertencias de su antiguo ministro. Aunque en dos correos de enero y febrero de 1937 –el primero particularmente escueto– Franco mostraba su disposición a recibirlo en cualquier momento, allegados al Caudillo, como su hermano Nicolás, le transmitían a Gil-Robles que lo más prudente era retrasar la entrevista *sine die*. El único favor con el que transigió Franco fue el de dirigir al líder católico una carta algo más extensa de lo habitual en la que confirmaba la “inocencia” de Gil-Robles durante la frustrada intentona de derribar la República en 1935. Pobre consolación, porque al tiempo no se le autorizaba ni a defenderse ante los tribunales ni a replicar ante la prensa; con gran cinismo Franco le hacía entender que solo el tiempo podría poner las cosas en su lugar:

Es necesario dejar que el tiempo, que todo lo serena y que corre más rápido de lo que deseamos, destruya tan absurda campaña y entonces se comprenderá, que los graves sucesos de España son el resultado de un proceso histórico en el que las personas solo pueden tener una mínima y relativa influencia75.

Para entonces la suerte de la CEDA y de sus milicias ya estaba echada. La entrada en escena de Ramón Serrano Suñer a comienzos de 1937 dinamitaba aún más los puentes entre Gil-Robles y Franco, siendo “el Cuñadísimo” un fascista converso que quería borrar de su pasado todo rastro de su pertenencia a la CEDA, y que desde su llegada a Salamanca tomó las riendas del aparato de propaganda del Estado, ya de por sí hostil a Gil-Robles. Serrano también fue el autor del Decreto de Unificación, anunciado por Franco en la radio el 19 de abril de 1937; dicho decreto suponía la creación de un partido único a partir de la unidad forzosa de Falange y de Comunión Tradicionalista –los otros partidos aún existentes ni se mencionaban– y ponía todas las milicias bajo el mando personal del Generalísimo. Tan sólo un mes antes había tenido lugar, que se sepa, el último acto oficial de la CEDA, una Asamblea Nacional de la JAP celebrada en Burgos sin la

⁷³ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/004, Gil-Robles a Franco, Lisboa-Salamanca, 29 de diciembre de 1936.

⁷⁴ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/014, Gil-Robles a Franco, Lisboa-Salamanca, 6 de enero de 1937.

⁷⁵ AHN, FC-Causa General, exp. 40. “Antecedentes del Alzamiento. Actuación de los partidos políticos anticomunistas y españoles en la preparación del Movimiento y sus relaciones con el Ejército y actuación de este último en dicha preparación”. Microfilme neg. 6046, Francisco Franco a José María Gil-Robles, Salamanca, 24 de febrero de 1937.

presencia de Gil-Robles. En el curso del acto la organización juvenil se autoproclamó «milicia al servicio de España, sin otra preocupación que la de colocarse a las órdenes del jefe del Estado», anticipándose a lo que estaba a punto de llegar.⁷⁶ Tanta generosidad nunca fue premiada por Franco, ni desde luego por Serrano Suñer. De hecho, aunque es cierto que ningún dirigente político de los partidos unificados fue consultado por Franco, la CEDA y la JAP recibieron el peor trato posible, al no reconocérseles ningún elemento de su simbología en la flamante Falange Española Tradicionalista de las JONS, del mismo modo que las víctimas de las milicias católicas eran convenientemente ignoradas en homenajes y actos de reconocimiento a los caídos de “la Cruzada”. Luciano de la Calzada protestó públicamente por este deliberado olvido, lo que le valió el destierro en la localidad cántabra de Colindres.⁷⁷

Y sin embargo, la unidad política dictada por Franco fue buena para los intereses de aquella parte de la CEDA más comprometida con la España nacional, que se nos antoja abrumadoramente mayoritaria. La Unificación evitaba la primacía de un grupo político determinado y facilitaba el medro de los cedistas –técnica y culturalmente mejor cualificados que sus rivales falangistas o carlistas–, en las instancias del Nuevo Estado. Como era previsible, Gil-Robles no planteó batalla ante la marginación sufrida por la organización que había contribuido a crear y aceptó sin más los hechos consumados. En su último acto como jefe de la CEDA se dirigió a sus militantes a través de Luciano de la Calzada para comunicarles la definitiva disolución de la CEDA y de todas sus milicias, sin exigir contrapartida alguna. El mensaje, muy emotivo como demandaban las circunstancias, estaba repleto de expresiones patrióticas y referencias pseudorreligiosas: «Para que la unificación de la conciencia nacional sea pronto un hecho, es necesario que Acción Popular muera. Bendita muerte que ha de contribuir a que crezca vigoroso un germen de nueva vida».⁷⁸ Tres días antes de esta despedida ya había escrito a Franco dejando en sus manos los restos de la CEDA e incluso, en su enésimo acto de sumisión, dejaba al albedrío del jefe del Estado cualquier acción respecto a las milicias católicas, «ya sea la disolución, la fusión obligatoria con otro u otros organismos o la incorporación pura y simple al Ejército».⁷⁹ Con esas palabras Gil-Robles admitía incluso una eventual integración de sus milicias en la Falange, al no exigir como única alternativa su sometimiento a los mandos militares. La derrota de las estrategias de Gil-Robles era así absoluta.

¿Qué fue de Gil-Robles tras la disolución de la CEDA? Asilado de todos y de casi todos contempló desde la distancia el modo en que sus antiguos delfines se sumaban a la más provechosa jefatura de Franco. Siguió perteneciendo a la Junta de Lisboa hasta 1938, al menos nominalmente, pero sus contactos con España eran casi nulos. Solo el primer ministro portugués, Oliveira

⁷⁶ *Heraldo de Aragón*, 24-IV-1937, cit. por José María GARCÍA ESCUDERO: *Historia política de las Dos Españas*, Madrid, Editora Nacional, 1975, vol. IV, p. 1799.

⁷⁷ Francisco TORRES GARCÍA: op.cit., p. 24.

⁷⁸ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/013, Gil-Robles a Luciano de la Calzada, Lisboa, 25 de abril de 1937.

⁷⁹ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María GIL-ROBLES, “Mi relación con el general Franco (II), f. 48.

Salazar –con quien le unió una intermitente amistad–, le sacó un par de veces del ostracismo para confiarle tareas de mediación ante Franco. La primera de ellas, a mediados de mayo de 1937, trataba de forzar algún tipo de acuerdo amistoso que pusiera fin a la guerra, para el que Gran Bretaña y Portugal se ofrecían como interlocutores. A Gil-Robles le pareció que la oferta era muy vaga, y según su versión de los hechos, no quiso inicialmente aceptarla, por miedo sobre todo a que se le implicara en alguna trama contra Franco. Semanas atrás ya había corrido un rumor en Salamanca según el cual Gil-Robles, Gabriel Maura, Ventosa, Cambó y Quiñones de León conspiraban junto al ex-rey Alfonso XIII para reimplantar en España la monarquía constitucional bajo la protección del gobierno de Londres.⁸⁰

Sin embargo, a finales de ese mes de mayo a Gil-Robles se le presentó la ocasión de hablar personalmente con Franco. El día 28 el dirigente católico se vio obligado a viajar urgentemente a Vitoria para asistir a los funerales de su suegro. En plena campaña del Norte, en la capital alavesa coincide con Mola, con quien aún conserva una relación de afecto; su anfitrión le convence para que pase a saludar a Franco, que está de paso por Vitoria. Esa inesperada charla con el Generalísimo, a la que Gil-Robles dijo acudir “sin demasiado entusiasmo”, fue sin embargo la ocasión propicia para exponerle las ideas de Salazar respecto a la mediación inglesa, que Franco despacha con sequedad: «No hace falta esa gestión, tengo medios sobrados para acabar la guerra este año». Sin que Gil-Robles tuviera mucho más que decir, el resto de la conversación fue un monólogo del crecido Caudillo, que entre otras lindezas auguró la inminente caída de Inglaterra en las garras del comunismo.⁸¹

Fue la última vez que Gil-Robles se encontró con Mola, fallecido unos días después en accidente de aviación, pero no su última visita a Franco. La mañana del 16 de julio de 1937 Gil-Robles recibía una llamada urgente de Salazar, que le convocaba con la mayor urgencia en el Palacio de São Bento, su residencia oficial. Allí Salazar le comunica que Gran Bretaña se muestra dispuesta a reconocer el derecho a la beligerancia de la España nacional –negado por el Comité de No Intervención–, a cambio de que Franco aceptara una retirada parcial de las tropas de Alemania y de Italia, que Londres sugería incluso que podría ser simbólica. Gil-Robles voló esa misma tarde hacia Salamanca, donde Franco le aguardaba en su residencia del palacio episcopal. Al principio los dos conversaron a solas, aunque la charla resultó continuamente interrumpida por las innumerables llamadas telefónicas que atendía el jefe de Estado; más adelante apareció Nicolás Franco, que recibió la propuesta inglesa con mayor frialdad incluso que su hermano, convencido de que la España nacional no podía consentir la retirada de tropas alemanas e italianas sin la aquiescencia de sus aliados fascistas, que los hermanos Franco consideraban imprescindible consultar. Como en su primer encuentro en Vitoria, la charla de Gil-Robles con Franco derivó por derroteros surrealistas, escenario en el que el Generalísimo puso en duda la gallardía de soldados y milicianos italianos («no han combatido demasiado», aseguró) y le explicó a su atribulado interlocutor algunos pormenores de la toma de Bilbao. Concluida la entrevista, se invitó a Gil-Robles a

⁸⁰ *Ibídem*, f. 45.

⁸¹ *Ibídem*, ff. 52 y ss.

reunirse con el embajador Sangróniz, miembro del gabinete diplomático de Franco, para redactar con él la nota de consulta que debía enviarse a las cancillerías de Italia y de Alemania. A la mañana siguiente Gil-Robles volvió a Portugal sin conseguir una respuesta oficial, que nadie le dio a pesar de sus continuas llamadas al cuartel general de Franco. Solo 48 horas después, ya en Lisboa, tuvo la respuesta esperada: Alemania e Italia rechazaban la propuesta inglesa y Franco no haría nada por convencerles.⁸²

Tras estas dos gestiones Gil-Robles volvió a su reclusión lisboeta, ya sin esperanzas de influir en la política española. A finales de 1937 entró a formar parte de un bufete de abogados, actividad que compagina con su trabajo como asesor jurídico en la Unión Española de Explosivos. Esporádicamente actúa como mediador de varias empresas españolas con intereses en Portugal, como la ferroviaria MZA.⁸³ Ni él mismo sabe qué hacer con su futuro: si en enero de 1938 anuncia a su amigo Juan Antonio Bravo que tiene intención de instalarse en América,⁸⁴ apenas tres meses después confiesa a su antiguo correligionario Cándido Casanueva que le gustaría instalarse en España y vivir «como un ciudadano corriente» sin más ocupaciones que sus negocios personales.⁸⁵ Casanueva le contesta que «no hay una orden terminante que te prohíba residir en España» y le propone pasar unos días en la finca que el ex-diputado tiene cerca de Ciudad Rodrigo, a pocos kilómetros de la frontera con Portugal. Gil-Robles acepta gustoso la invitación, pero tan solo podrá quedarse tres días en la finca de su amigo, alertado por el gran número de viejos conocidos que se pasaban por Ciudad Rodrigo a saludarle.⁸⁶ Si la maniobra consistía en medir la reacción del Gobierno y de su prensa adicta ante la presencia en España del político católico, el efecto para Gil-Robles no pudo ser más devastador. El 4 de julio de 1938 el diario falangista vallisoletano *Libertad* le interpeló como «Don José María, el jefazo resucitado», parodiando el articulista lo que pudo haberse hablado en la finca de Casanueva:

Hemos llegado a saber, por ejemplo, que el hospedero reputaba caducados los 26 Puntos y todo esto del Estado totalitario. “¡Vendrás bajo palio!” . “No hay más remedio que obedecer por ahora al Caudillo”. A sus íntimos ha dicho en secreto otro cacique “balneario” que a José María se le ha ofrecido el Gobierno, pero éste no aceptaría más que con una condición. ¿Qué terrible condición será esa? Pues algo tremendo, definitivo: “que el Gabinete lo formarían cinco militares y cinco paisanos...”. Está bien claro que en dos días de estancia en España se han cometido delitos políticos de reunión y de difamación de los gobernantes. Lo que sucede también es que ahora la justicia alcanza a todos, y nadie

⁸² *Ibidem*, ff. 54-58. Aunque se especuló con una posible misión secreta de Gil-Robles a Londres tras su entrevista con Franco, el propio interesado desmintió esas informaciones. Véanse *Morning Post*, 23 de julio de 1937 y *Corriere della Sera*, 2 de julio de 1937.

⁸³ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/036-1, Gil-Robles a Vasconcelos Correia, Lisboa, 11 de abril de 1938.

⁸⁴ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/024, Gil-Robles a Juan Antonio Bravo y Díaz-Cañedo, Estoril, 19 de febrero de 1938.

⁸⁵ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/017/025, Gil-Robles a C. Casanueva, Estoril, 28 de abril 1938.

⁸⁶ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María GIL-ROBLES, “Mi relación con el general Franco (II)”, ff. 63-64.

puede conspirar impunemente contra el Estado, que tiene plena consciencia de sus deberes y ha abierto el correspondiente sumario para aclarar los hechos y las complicidades.⁸⁷

De nuevo se especulaba con una posible conspiración de monárquicos y cedistas desplazados para derribar el Movimiento. La campaña fue casi seguro orquestada por Serrano Suñer y propició la apertura de un sumario militar por conspiración.⁸⁸ El expediente terminó archivándose por falta de pruebas, pero fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Gil-Robles. En un tono colérico impensable meses atrás se quejó del trato recibido en la España nacional ante el conde de Jordana, ministro de Asuntos Exteriores de Franco: «¿Se me negará en la nueva España las mínimas garantías que se otorgan al último de los delincuentes?», se preguntaba indignado.⁸⁹ Acabada la Guerra Civil y a ruegos del marqués de la Vega de Anzo, Franco se mostró dispuesto a rehabilitar a Gil-Robles y nombrarle embajador de España en Washington, con la condición de que el antiguo líder católico reconociera en público que el Caudillo estaba consiguiendo lo que la CEDA no pudo con su táctica gradualista. Se le pedía, a fin de cuentas, un acto de arrepentimiento público que le inhabilitara para siempre como posible alternativa a Franco; entendiendo correctamente que la oferta era una humillación personal, Gil-Robles declinó cualquier colaboración.⁹⁰ El político más influyente de la derecha española durante la II República no encontró cabida en la estructura de poder del nuevo régimen, y a partir de entonces, su vida pública quedó limitada y supeditada, como la de tantos otros españoles de su época, al trauma del exilio. Gil-Robles sería así un derrotado en “La Victoria”.⁹¹

Apéndice

Programa político de José María Gil-Robles ante el 18 de julio (AGUN Fondo Beltrán de Heredia, 022/016/001, “Papeles autógrafos de Gil-Robles relacionados con la Guerra Civil”).

⁸⁷ *Ibidem*, f. 65.

⁸⁸ José María GIL-ROBLES: *La fe a través de mi vida*, Madrid, Desclée de Brouwer, 1975, pp. 141-142.

⁸⁹ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/015/015, Gil-Robles a Jordana, Lisboa, 20 de julio de 1938.

⁹⁰ AGUN, Fondo Beltrán de Heredia, 022/012/4, José María Gil-Robles: “Mi relación con el general Franco (II)”, ff. 71-72.

⁹¹ Sirva como ejemplo de su mal disimulada frustración el duro cruce de cartas que en 1947 tuvo con uno de sus antiguos pupilos, Alberto Martín Artajo, por entonces ministro de Asuntos Exteriores. Compruébese la dureza del tono de Gil-Robles: «Acostumbrados como estáis los hombres que servís a esta situación a consideraros únicos depositarios del honor nacional, y disponiendo como disponéis de un monopolio de propaganda que os hace considerar como verdades intangibles todas vuestras afirmaciones, estáis incurriendo de un lamentable modo en el error de considerar cualquier divergencia con vuestra política como un crimen de lesa Patria, y toda actuación fuera de las fronteras como un atentado a la soberanía de la nación» (AGUN, Fondo Francisco de Luis, 047/001/083, Gil-Robles a Alberto Martín Artajo, Villa Somar, Estoril, 27 de octubre de 1947).

«El Gobierno de Madrid, después de comprobar que ocho décimas partes del territorio nacional no le obedecen, ha desertado su puesto, dejando entregada la capital al saqueo de las turbas.

Abandonado el poder, las fuerzas militares lo recogen constituyendo un Gobierno provisional integrado por... y que transitoriamente fija su residencia en...

Este Gobierno ejercerá sus funciones hasta la total pacificación del territorio nacional y sus disposiciones tendrán fuerza de ley hasta que sean ratificadas por los organismos que encarnen la legítima voluntad de España».

«Esta proclama debe ser publicada, difundida por la radio y lanzada por aviones tan pronto se tenga noticia de que alguno o algunos de los miembros del Gobierno han huido de Madrid.

0) Supresión prensa marx[ista]. o antip[atríotica]

1) Estatuto de p[rensa]. comprender:

- a) Publicidad capital
- b) Prohibir atacar princ[ipio]s. fund[amentales],
- c) Capacidad director y redactores
- d) Sanciones con proced[imiento] espe[cia]l. rápid[o].

2) Autonomía administrativa

3) Respeto a las creencias

Política general

A) Derogación de la C[onstitución]. fundada

- a) En su violación x el G^o Portela al prorr[ogar]. los presupuestos x de cr[eto].
- b) En la práctica constante contraria a la C[onstitución]. en la formación de los GG.[Gobiernos]
- c) En el falseamiento del resultado de la vol[untad] pop[ular].
- d) En el acuerdo de destitución del P[residente]. de la R[epública].
- e) En la elecc[ión]. antidem[ocrática]. del nuevo P[residente]. de la R[epública].

B) Establecimiento de un Estat[uto] del Gob[ierno]. provisional, limitando sus facultades.

C) Creación de un Consejo asesor de carácter corporativo, encargado de preparar los proyectos de ley o dictaminar los elaborados por el G^o

D) Preparar un proyecto de Constitución, que se someterá a plebiscito, una vez pasado el 1er. periodo de depuración y luego de revisado convenientemente el censo.

Ministerio de Trabajo

A) Disolución de las organizaciones q. propugnen la lucha de clases e incautación de sus bienes. Los fondos de las mutualidades y cooperativas se seguirán aplicando a sus finalidades, intervenidos por el Estado, mientras no se extienda y regule el funcionamiento de estas entidades.

B) Establecimiento de la sindicación libre, dando representación (con principio prop[orcional] en los org[anismo]s. de trab[ajo]. a los sindicatos reconocidos e interv[enidos] por el G^o.

C) Prohibición de huelgas y locks outs con arbitraje obligar. a cargo de organismos parits. con magistraturas del trabajo

D) Inmediato establecimiento de seguros sociales, e iniciación de salario familiar

E) Intensificación lucha antituber[culosa]. y antivenérea

F) Vivienda obrera y campesina

Ministerio de Agricultura

- A) Concesión de un amplísimo crédito para la agricultura al interés máximo del 2% y dos años de duración como mínimo.
- B) Consolidación de la reforma agraria, transformando los asentam[ient]os. en prop[iedad].
- C) Creación del consorcio triguero, dirigido por los propios productores, con red de silos, limitación de área de cultivo, etc.
- D) Intensificación de repob[lación]. forestal
- E) Régimen de arrend[amient]os.
- F) Bienes comunales para crear patrimonio municipal

Ministerio de Obras Públicas

- A) Ejecución inmediata del plan de OP presentado a las Cortes en nov. 1935
- B) Estado ferroviario, coordinado con el transporte por carretera
- C) Restablecimiento de la autonomía de las Conferder[acione]s. Hidrog[ráficas].

Hacienda

- A) Urgente solución del problema del cambio
- B) Desarrollo del impuesto sobre la renta, con carácter fuertemente progresivo
- C) Impuesto fuertemente progresivo sobre la prop[iedad]. territorial, para favorecer la parcelación
- D) Gran empréstito de reconstrucción con interés reducidísimo

Industria

- A) Creación del Consejo Ordenador, que coordine, impulse y oriente toda la economía nacional.

Instrucción pública

- A) Libertad absoluta de enseñanza, con deroga[ción]. de todas las medidas contra la relig[ión].
- B) Enseñanza relig[iosa]. cuando la pidan los padres
- C) Rígida inspec[ción]. del G. para evitar enseñanza contra los princip[ios]. morales o los contrarios a la unidad material o esp[iritual]. de la P[atria].
- D) Separación mediante exped[iente]s. de los insp[ectores]. y maestros respon[sable]s. de esas enseñanzas.

Gobernación

- A) Reorganización de la D[irección]. G[eneral]. S[eguridad].
- B) Militarización de las fuerzas de seguridad y asalto
- C) Nombramiento de gestoras municipales y provinciales, en tanto se dicta una nueva ley municipal

Guerra (tachado).»

Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria

Jorge Semprún and the Civil war. History and memory

Felipe Nieto

UNED

felnieto@telefonica.net

Resumen: La Guerra Civil española, que Jorge Semprún no vivió, fue el acontecimiento histórico que marcó su vida del modo más definitivo. Causa de su expatriación en 1936, la suerte de la República y después la derrota a manos de militares facciosos apoyados por las potencias fascistas europeas estuvieron presentes de modo ininterrumpido a lo largo de su vida, tanto en su actividad política como en la de escritor e intelectual.

Semprún se incorporó a la Resistencia antifascista como un modo de continuar la Guerra Civil. La derrota del fascismo en Europa supondría la liberación de España. Se hizo comunista y vivió clandestinamente en España organizando la lucha contra el franquismo que había hecho de la victoria en la guerra el pilar de su régimen político opresor. En 1956, veinte años después del comienzo, Semprún difundió la política Reconciliación Nacional del Partido Comunista, una propuesta para superar la división vencedores-vencidos a favor de una lucha común por la libertad para todos los españoles.

Durante la etapa de transición después de la muerte del dictador, Semprún defendió el ejercicio simultáneo de la amnistía y la amnesia, es decir, la condonación de todos los delitos políticos cometidos durante la dictadura y el olvido de los enfrentamientos pasados, con el objetivo de asegurar la convivencia política democrática, con derechos y libertades para todos.

Una vez asentado el sistema democrático sigue siendo necesario investigar con rigor el pasado, concretamente la Guerra Civil, lejos de las versiones partidistas impuestas. Además es justo apoyar los esfuerzos de familiares y herederos de las víctimas de la guerra y de la represión inmediata posterior, la mayoría de ellas olvidadas, para conocer lo realmente sucedido, facilitar su recuperación y reconocer y honrar su memoria.

La literatura de Jorge Semprún –las novelas, los escritos autobiográficos, sus artículos y conferencias–, quiere ser llamada y estímulo para continuar en los esfuerzos por resolver las secuelas aún vivas de los conflictos del pasado sin las divisiones y enfrentamientos que los provocaron.

Palabras clave: Semprún, Partido Comunista, exilio, Guerra civil, resistencia antifascista.

Abstract: The Spanish Civil war, which Jorge Semprún did not live, was the historical event that marked his life of a most definitive way. Reason of his expatriation in 1936, the fate of the Republic and later her defeat to hands of factious military men supported by the fascist European powers were present in an uninterrupted way along his life, so much in his political activity as in that of writer and intellectual.

Semprún joined to the antifascist Resistance as a way of continuing the Spanish Civil War. The defeat of the fascism in Europe would suppose the liberation of Spain. It became communist and lived clandestinely in Spain organizing the fight against the Franco's regime that had done of the victory in the war the basis of his political oppressive regime. In 1956, twenty years after the beginning, Semprún spread the political National Reconciliation of the Communist party, an offer to overcome the division winning-defeated in favour of a common fight for the freedom for the Spanish people.

During the stage of transition after the death of the dictator, Semprún defended the simultaneous exercise of the amnesty and the amnesia, that is, the cancellation of all the political offenses committed during the dictatorship and the oblivion of the past clashes, with the aim to assure the political democratic conviviality, with rights and freedoms for all.

Once seated the democratic system, it'll be necessary continuing to investigate with rigor the past, concretely the Civil War, far from the partisan well versed versions. In addition, it is just to support the efforts of relatives and inheritors of the victims of the war and the late immediate years, the majority of they forgotten, to know the really happened, to facilitate her recovery and to recognize and to honor their memory.

Jorge Semprún's literature - the novels, the autobiographical writings, his articles and conferences-, wants to be a call and a stimulus to continue in the efforts for solving the still alive sequels of the conflicts of the past without the divisions and clashes that provoked them.

Keywords: Semprún, Communist Party, exile, Civil War, antifascist resistance

| |
|--|
| Para citar este artículo: Felipe NIETO: “Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 134-158. |
|--|

Recibido: 30/08/2017

Aprobado: 10/12/2017

Jorge Semprún y la Guerra Civil. Historia y memoria

Felipe Nieto
UNED

En recuerdo de mi querido profesor de literatura Francisco Pérez

Para Jorge Semprún y los suyos la Guerra Civil fue hecho traumático de efectos duraderos imborrables. Truncó la vida de toda la familia de forma trágica. Acabó para siempre con todo lo que constituía el universo de sus ideales y creencias políticas y culturales, compartidos con quienes sostenían la España republicana, liberal y democrática. La derrota de esa España llevaría a la familia Semprún, a la mayoría de sus miembros, a formar parte de la España de la diáspora y el destierro de modo irreversible. En esa nueva situación no querida, lejos de España, algunos de los miembros del clan Semprún lograron desarrollar una destacada actividad intelectual y política.

Sin embargo, como vamos a ver a lo largo de las páginas que siguen, las ideas de Jorge Semprún sobre la Guerra Civil evolucionaron de modo considerable a lo largo de los años y de las distintas coyunturas políticas. En los años 50, el militante comunista, siguiendo a su partido, considerará que la ya lejana Guerra Civil no debería ser el punto de partida para la construcción de la futura España en libertad. Más adelante, el recuerdo épico, más bien vacío tópico, del pasado bélico, languideciente en el exilio, empezó a hastiarle y se convirtió en objeto de críticas acerbas en su escritura. A la muerte del dictador y llegada el momento de comenzar una nueva etapa de recuperación de derechos y libertades, Semprún fue partidario de que la sociedad española se autoimpusiera, como otras sociedades en otros periodos históricos críticos, la práctica de la amnesia, el olvido del enfrentamiento fratricida pasado, porque no sería conveniente que condicionara el deseado establecimiento y posterior consolidación de un sistema democrático de todos los españoles. Finalmente, pasado un periodo de tiempo prudente, afirmada ya la democracia parlamentaria, Semprún consideró necesario, junto con el estudio histórico del pasado, el conocimiento de los efectos de la Guerra Civil en los frentes y en las retaguardias mucho tiempo postergados, a fin de restablecer, no solo la verdad de los hechos, sino también la dignidad de las víctimas desconocidas o ignoradas, y de aliviar en lo posible los largos sufrimientos de sus herederos, con la recuperación honrosa de todos los restos dispersos u ocultos y la restitución honrosa de su memoria sepultada durante los cuarenta años de dictadura.

El «paraíso de la memoria antifascista»¹

La Guerra Civil que arranca en 1936 es uno de los acontecimientos más recordados y estudiados de toda la historia de España, el «acontecimiento central y decisivo de la historia contemporánea española» como se la ha denominado.² Si atendemos a las repercusiones de todo tipo podríamos calificarla, como «el más profundo desgarró moral que han conocido (los españoles) como pueblo», de acuerdo con Reig Tapia, que supuso «un verdadero suicidio de toda España», en palabras de Elías Díaz.³ Una «guerra incivil», «la guerra de los hunos contra los hotros que están descuartizando a España», la denominaba un decepcionado –por su primer apoyo a los sublevados– y al tiempo lúcido Miguel de Unamuno en los ya pocos meses que la vivió.⁴ No se alcanzó la paz con el silencio de las armas, pues, en este tipo de guerras, dijo el general De Gaulle, la paz «no nace cuando la guerra termina».⁵ Se impuso la victoria del bando vencedor bajo el caudillo triunfante. Dominó sobre todo el territorio nacional. Impuso una férrea dictadura sin concesiones. A los vencidos se les abrían dos posibilidades, el sometimiento y la represión irrestricta o la exclusión y el exilio. El estado de guerra oficial llegaría hasta 1948⁶, pero el real se prolongaría de hecho hasta la muerte física del dictador en 1975. Dejó, según los historiadores, unas 650.000 víctimas.

La causa republicana suscitó oleadas de solidaridad entre la izquierda mundial, volcada en diferentes gestos de apoyo, en la inteligencia de que en España se estaba jugando la carta de la libertad y de la democracia frente al fascismo. Al final de la guerra el recuerdo de la derrota republicana y la pérdida de España serán el acicate solidario y la causa movilizadora en la continuación de la lucha sin cuartel contra la tiranía instalada en España. Muchos nunca la olvidarían. Camus lo dejó dicho en numerosas ocasiones a lo largo de su corta vida. Repetidas veces mostró su simpatía por los republicanos y solicitó ayuda solidaria para los que combatían a Franco y su régimen, al tiempo que dedicaba críticas aceradas a los políticos e intelectuales franceses que nunca ayudaron a la República española y más tarde, consumada la derrota, transigían y colaboraban con la dictadura española:

¹ Jorge SEMPRÚN: *Aquel domingo*, Barcelona, Planeta, 1981, p. 203.

² Enrique MORADIELLOS: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004, pp. 15-16.

³ Alberto REIG TAPIA: *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, en Enrique MORADIELLOS: op. cit., p. 16; Elías DÍAZ: *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 48.

⁴ Miguel de UNAMUNO: *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*, estudio de Carlos Feal, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 51 y pp. 21, 33, 35. Se trata de unas notas escritas entre agosto y diciembre de 1936, inéditas hasta la fecha del libro citado. V. «Unamuno y la guerra incivil de 1936», en Elías DÍAZ, op. cit., pp. 33-52; Alberto REIG TAPIA: op. cit., pp. 280-293; Colette y Jean-Claude RABATÉ: *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2017. Como es sabido, Miguel de Unamuno murió el 31 de diciembre de 1936.

⁵ Enrique MORADIELLOS: op. cit., p. 220.

⁶ Alberto REIG TAPIA: op. cit., pp. 22.

Hace nueve años que los hombres de mi generación llevamos a España en el corazón. Nueve años que los españoles la llevan como una herida sin cicatrizar. Por ella han conocido por primera vez el sabor de la derrota y han descubierto, con una sorpresa indecible, que puede tenerse razón y ser vencidos; que la fuerza puede someter al espíritu y que, en muchas ocasiones, el arrojo y el sacrificio no son recompensados.⁷

El recuerdo de lo que vivieron en España u oyeron contar de la Guerra Civil fue para muchos una enseñanza que nunca borrarían de sus vidas. Arthur Miller lo expresó así todavía recientemente:

No hubo otro acontecimiento tan trascendental para mi generación en nuestra formación de la conciencia del mundo. Para muchos fue nuestro rito de iniciación al siglo XX, probablemente el peor siglo de la historia. (...) La palabra «España» en los años treinta era explosiva.⁸

Una estación intermedia: la representación diplomática en La Haya

La familia Semprún residió muy poco tiempo en España durante la Guerra Civil. Su experiencia al respecto, salvo los ecos iniciales de la campaña del Norte, no fue vivida sino refleja, lo que no impidió que afectara de lleno a todos sus miembros. Su suerte, se irá viendo a lo largo de estas páginas, quedó asociada para siempre a la de la República española. Los lazos con la República se remontan al tiempo anterior a su establecimiento en España. José María Semprún y Gurrea, el padre el Jorge y jefe del clan por tanto, formó parte de la plataforma *Agrupación al Servicio de la República*, eficazmente activa en el fin definitivo de la monarquía. Católico con interés destacado por las cuestiones sociales, entró en la política junto a su cuñado y socio profesional Miguel Maura, en el partido Derecha Liberal Republicana que encabezaba Niceto Alcalá Zamora. Cuando aquel es designado Ministro del Interior en el primer gobierno provisional republicano, Semprún Gurrea es nombrado gobernador civil de Toledo primero, y después de Santander, tareas que desempeñó hasta octubre de 1931. En los años siguientes continuó su matizado apoyo a la república –con diferencias significativas como la política religiosa. Siguió participando en diferentes empresas culturales, la más destacada, la revista *Cruz y Raya*, de cuyo consejo editorial era miembro fundador.

Pasar largos periodos de vacaciones veraniegas era lo acostumbrado en familias burguesas como la de los Semprún. Tradicionalmente las disfrutaban en el norte de España. La muerte de la esposa y madre de los siete hijos, Susana Maura, en 1932, determinó un cambio de destino vacacional, de Santander a la villa marinera de Lequeitio, en Vizcaya. Las vacaciones del 36 em-

⁷ Albert CAMUS: *¡España libre!*, Madrid, Ed. Júcar, 1978, p. 47. V. también sus palabras al filósofo cristiano existencialista Gabriel Marcel: «Usted ha olvidado que en 1936, un general rebelde levantó, en nombre de Cristo, un ejército de moros para lanzarlos contra el gobierno legal de la República española...», «¿Por qué España? (Respuesta a Gabriel Marcel)», *La sangre de la libertad*, Madrid, La linterna sorda ediciones, p. 170.

⁸ Arthur MILLER: “España, en los ojos de Inge Morath”, *ABC*, 26 de octubre de 2002 (discurso de recepción del XXII Premio Príncipe de Asturias de las Letras), en Enrique MORADIELLOS: op. cit., p. 17.

pezaron bajo señales inquietantes por los rumores de sublevación militar inminente. El padre de familia aceleró los preparativos y en dos viajes, el último, en el que iba Jorge, el mismo 17 de julio, trasladó a la numerosa comitiva familiar, formada por su nueva esposa, Annette Litschi, de origen suizo-alemán, hasta entonces institutriz de los hijos, con la que había contraído matrimonio recientemente, y los siete hijos, las dos hijas mayores, y los cinco hijos varones. Atrás quedaba la casa del barrio de los Jerónimos de Madrid, en el piso cuarto del número 12 de la calle Alfonso XI, a la que ya nunca volverán.⁹ Aquel de 1936 iba a ser un viaje sin retorno. Durante el mismo pudieron advertir movimientos extraños, especialmente a su paso por las provincias de Burgos y Álava.¹⁰ Un comienzo singular para unas vacaciones que resultaron diferentes a todas.

Así que, para mí en principio, la guerra fue (pasar) unas vacaciones raras. Las casas se transformaban en hospitales; los coches transportaban milicianos, o sea, en el sentido español, los voluntarios de las milicias populares. Sí, la guerra para mí ha correspondido a las vacaciones. Por poco tiempo, por supuesto¹¹.

Una vez fracasado el golpe militar inicial y comenzada la guerra, el norte de España, reducido a una franja costera, quedó separado del resto de la zona republicana. Desde los primeros días de la guerra, su territorio iba mermando ante el avance de las fuerzas rebeldes que atacaban y avanzaban desde Navarra. Tomaron pronto Irún, se hicieron con el control de la frontera con Francia, entraron en San Sebastián y, tras una breve interrupción, continuaron su avance por la costa hacia el oeste, hacia la provincia de Vizcaya. Semprún recuerda haber percibido el estruendo de las armas y los frentes de guerra invisibles pero próximos. Lentamente el tranquilo pueblo de vacaciones se iba llenando de refugiados que huían de las zonas de guerra.

El recuerdo más profundo que me queda, al menos la impresión más fuerte, es la de haber vivido esta especie de levantamiento en masa de un pueblo que ha tomado las armas de donde ha podido y que ha combatido. Con fusiles de caza, fusiles encontrados no se sabe dónde, contra una fuerza evidentemente superior y enseguida aplastante. Los aviones, por ejemplo, eran siempre aviones enemigos... Para mí la aviación tiene algo de maléfico...¹²

Como años anteriores, estaban instalados en la «casa del puente», a la entrada de Lequeitio si se accedía desde el este, desde Ondárroa, el pueblo anterior, a unos quince kilómetros. Como

⁹ Una placa recientemente colocada en ese punto por el Ayuntamiento de Madrid da cuenta cabal de estos hechos.

¹⁰ Felipe NIETO: *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Barcelona, Tusquets, 2014 (En este libro, capítulos I a VI, se tratan por extenso muchos de los asuntos tratados en este escrito. Por ello, no será necesario repetir la cita); Ander LANDABURU: «La izquierda no acertó a condenar la lucha violenta de ETA». Entrevista: Jorge Semprún. Escritor. Miradas sobre Euskadi», *El País* 10 de enero de 2011.

¹¹ Michèle COTTA, Jean-Louis FERRIER y François GIROUD: «L'Express va plus loin avec Jorge Semprun. Prix Femina 1969», *L'Express* (1969), n. 961, pp. 153. (Traducción FN).

¹² *Ibidem*, p. 159. (Traducción de FN).

a muchos otros vecinos y veraneantes, a los Semprún se les fue imponiendo la idea de abandonar el pueblo amenazado. Jorge Semprún recordaría esta breve vivencia de la Guerra Civil. La reconstruiría en diferentes obras. La primera evocación escrita de la huida del pueblo aparece en *Soledad*, una obra de teatro de 1947 que permanece inédita:

Estábamos en la carretera. Ya te he dicho que había un puente. Los hombres del pueblo lo atravesaban. Del otro lado construyeron una barricada, con sacos de arena, colchones y piedras. Pasaban delante de nosotros, de camino a la barricada, con sus armas heteróclitas. Pasaban sin decir una palabra y el sol empezaba a levantarse. Nos hemos puesto en camino. Estábamos a la entrada del pueblo, así que éramos los últimos en partir. Nos íbamos y mirábamos hacia atrás, hacia la barricada del otro lado del puente. Y entonces, bruscamente, las colinas de enfrente, a dos o tres kilómetros, han empezado a arder. Todo el horizonte se iluminaba por el incendio.¹³

La familia Semprún se trasladó a Bilbao en automóvil y pocos días después, al atardecer del 22 de septiembre, abordaron en el puerto de Bilbao el “bou” *Galerna*, un barco bacaladero requisado por el gobierno vasco, utilizado para correo y transporte de mercancías y pasajeros entre España y el sur de Francia. Algunos de los ahora embarcados, como Semprún y Gurrea y su esposa, no volverían nunca a España. La singladura nocturna finalizó en el puerto francés de Bayona. Desembarcarían de buena mañana un día soleado y plácido. Aquellos rojos españoles fugitivos debieron interrumpir el sosiego francés reinante en las terrazas soleadas de la gran plaza con su quiosco de música en el centro. Ajenos voluntarios a todo lo que pasaba al otro lado de la frontera, a menos de 30 kilómetros, los franceses no podían disimular su desagrado ante la llegada de unos visitantes tan intempestivos.

Ello es que, llegados a Bayona y sorprendidos los asustados adolescentes –Jorge tenía 13 años– por la hostilidad ambiente inesperada, acudió a su rescate el amigo del padre de familia, Jean-Marie Soutou, miembro destacado del movimiento personalista, creado por Emmanuel Mounier en los años treinta, del que Semprún Gurrea era representante en España, así como corresponsal de su revista, *Esprit*. El personalismo era el movimiento cristiano renovador, de izquierdas, caracterizado por su voluntad de alejarse tanto del individualismo liberal como del materialismo que percibía tanto en el fascismo como en el comunismo marxista.¹⁴

Soutou instaló a los Semprún, para unos primeros días de descanso y adaptación, en su casa familiar de Lestelle-Bétharram, en la región pirenaica de Béarn, mientras se estudiaban los

¹³ Archivo Histórico del Partido Comunista de España, AHPCE, caja 129, carpeta 1, p. 29. Se conserva una copia mecanografiada del original francés. (Traducción de FN). Está en curso de publicación próxima todo el teatro de Semprún, en edición de Manuel Aznar Soler y Felipe Nieto. V. el estudio de Manuel AZNAR SOLER: *El teatro de Jorge Semprún*, Lit Verlag, Wien, 2015, pp. 65-112. Una versión complementaria del abandono de Lequeitio en Jorge SEMPRÚN: *El largo viaje*, Barcelona, Seix Barral, 1976 (edición original francesa de 1963), p. 238.

¹⁴ Xavier ITURRALDE: «José María de Semprún Gurrea, católico y republicano», en Jaime CÉSPEDES e Íd. (coords.), *Études sur l'œuvre de José María de Semprún Gurrea, Jorge Semprún et Carlos Semprún Maura*, *Regards*, n° 18, Presses Universitaires de l'Université Paris Ouest Nanterre La Défense, 2013, pp. 9-23.

próximos pasos. El plan de José M.^a Semprún era ponerse de inmediato al servicio de la República, en principio desde España, a donde pensaba volver por la frontera de Cataluña. Mientras se concretaba el modo del ansiado servicio, tuvo tiempo de escribir «La question d'Espagne incon nue», un largo artículo que aparecería en los meses siguientes en la revista del grupo y que tuvo la virtud, al decir de su fundador, de descubrir a los franceses la realidad de la Guerra Civil española.¹⁵ Por fin, en diciembre de 1936, con la familia instalada en los alrededores de Ginebra, las gestiones de Semprún Gurrea ante el gobierno de la República, en concreto con el ministro de Estado Julio Álvarez del Vayo, dieron como resultado la propuesta de hacerse cargo de la legación española de los Países Bajos con sede en La Haya. Así lo haría, primero como Secretario de primera clase interino y un año después como Encargado de Negocios. En los meses sucesivos, siguiendo al cabeza de familia, el resto de la misma se fue instalando en la casa del *Plein 1813*, una plaza conmemorativa de la derrota napoleónica de ese año, en la que residirían hasta finales de febrero de 1939.

Como en el caso de muchos de los embajadores republicanos, la misión principal de Semprún era contrarrestar la idea generalizada de que el gobierno de la República española era enemigo de la religión católica y perseguidor sanguinario del clero. El católico Semprún y Gurrea se emplearía a fondo en la tarea diplomática ante los católicos holandeses y de otros países, en contacto con embajadores republicanos. Se trataba de hacer bascular la posición de falsa neutralidad de las democracias occidentales y de inclinarlas del lado del gobierno legítimo de España. A decir verdad, el éxito diplomático de la República, en una Europa de extremismos, fue más bien escaso. Una pequeña victoria, excepcional en cualquier caso, obtendría Semprún y Gurrea. El conocimiento y la difusión de su opúsculo más arriba citado dio lugar a que intelectuales cristianos de la significación de Jacques Maritain se declararan públicamente a favor del gobierno republicano radicado en Valencia.¹⁶

Un incidente menor, pero significativo, viene a mostrar la personalidad de Semprún Gurrea y da cuenta de la seriedad con que trataba de aunar sus personales convicciones religiosas con sus obligaciones profesionales, también sustentadas en firmes convicciones políticas. Jorge, que ya había dejado las prácticas religiosas, se vio obligado a acompañar a su padre a misa un domingo de 1938. El celebrante se despachó a sus anchas con un sermón violento a favor de la santa cruzada contra los rojos españoles. El representante diplomático español pidió a su hijo, conocedor de la lengua holandesa, que le asegurara si había entendido bien las palabras del sacerdote. Confirmadas las impresiones iniciales, padre e hijo en funciones de intérprete, se dirigieron a la sacristía. Allí el diplomático explicaría a aquel cura fanático que la guerra española era un levantamiento de los ricos y terratenientes en defensa de sus privilegios contra el pueblo pobre y oprimido, justamente

¹⁵ *Esprit*, n. 50, noviembre, 1936, p. 291. Posteriormente fue editado como folleto. A lo largo de 1937 fue traducido al inglés, *A catholic looks at Spain*, London, The Labour Publications Department, 1937 y, según Jorge Semprún, al holandés, con este mismo título. V. igualmente Felipe NIETO: *Diccionario Biográfico Español*, «Semprún Gurrea, José María», Madrid, Real Academia de la Historia, tomo XLVI, 2013, p. 509.

¹⁶ Xavier ITURRALDE: op. cit., p. 20.

al que protegía el gobierno republicano. ¿No era esa la doctrina del Evangelio? ¿Cómo un representante suyo se atrevía a predicar la mentira y el odio? La soflama encendida del diplomático español acabó poniendo en fuga al aterrizado sacerdote holandés, incapaz de proferir respuesta alguna.¹⁷

El trabajo diplomático alcanzó un estimable reconocimiento por parte del presidente de la República, a quien debió visitar en La Pobleta (Valencia) en la primavera de 1937. En la entrada de su diario del día 22 de junio escribe Azaña:

Estos días he visto también al señor Semprún, ministro en La Haya. Estuvo casado con una hermana de Miguel Maura, a quien oí muchas veces elogiar a su cuñado. Cuando se proclamó la República, Maura, ministro de la Gobernación le nombró gobernador de Toledo, con ánimo de valerse de él como agente oficioso cerca del arzobispo. No he conocido a Semprún hasta el año 35; fue a visitarme y me dio algunas de sus publicaciones. Después hemos hablado cuatro o cinco veces. Es hombre perfectamente educado, inteligente e instruido. Católico y lealísimo a la República. He leído algunos artículos suyos en revistas extranjeras, tratando de la situación de la Iglesia católica en España, muy justos de razonamiento y muy serenos¹⁸.

Los dos largos años de La Haya fueron un paréntesis remansado en la vida expatriada, pero relativamente confortable, de Jorge Semprún. La casa de la legación española en el *Plein 1813*, con su amplio jardín y su arboleda en la que destacaban las magnolias, fue el último hogar de que dispuso la familia Semprún al completo. Con visitantes ilustres, procedentes de los círculos personalistas, y el escaso personal de servicio, dedicaban las veladas fundamentalmente a comentar la marcha de la guerra en España, seguida con interés y pesimismo creciente, al comprobar cómo el territorio bajo su control disminuía irremediabilmente. En voz alta se leían los despachos oficiales y las informaciones de la prensa holandesa. La ansiedad y la emoción a partes iguales presidían aquellas reuniones familiares, no en vano «nuestro destino dependía del desenlace de la guerra civil».¹⁹ No faltaban las actividades literarias, lectura y recitado de poemas, algunos originales de Semprún y Gurrea, secundado por su hijo Jorge, en el comienzo de una afición, la poesía, cultivada durante bastantes años, sin mucho éxito, todo hay que decirlo.

Asistía a las clases del *Gymnasium* (instituto) holandés donde recuerda haber recibido buena formación en lenguas clásicas. Por su cuenta y con sus amigos desarrolló una pasión por la pintura que había empezado a cultivar en las visitas al Museo del Prado y ahora podía continuar a través de las colecciones del *Mauritshuis*. Dos obras captaron su espíritu para el resto de los días, la *Vista del Delf* de Johannes Vermeer y *El jilguero* de Carel Fabritius. Al mismo tiempo y al margen de los estudios oficiales, continuó su formación literaria. Empezó a conocer y disfrutar la

¹⁷ Jorge SEMPRÚN: *Adiós, luz de veranos...*, Barcelona, Tusquets, pp. 20-23.

¹⁸ Manuel AZAÑA: *Memorias políticas y de Guerra. IV. Cuaderno de la Pobleta: 1937*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1961, p. 98. Es la única noticia que tenemos de este viaje de Semprún y Gurrea a España. Jorge Semprún nunca lo ha mencionado.

¹⁹ Jorge SEMPRÚN: *Adios...*, p. 27].

literatura francesa, a través de autores como Baudelaire, Proust parcialmente, o Gide.²⁰ Y se acercó por vez primera a uno de los escritores a los que guardaría admiración duradera toda su vida, André Malraux. El conocimiento de este escritor se produjo de un modo muy especial:

Porque para mí, ante todo, Malraux fue una voz anónima, oída en 1938 en la radio, que leía una página de *La esperanza*, la ejecución de Hernández. Estábamos entonces en La Haya con mi familia, y no volveríamos a España. Era en septiembre, algunos días antes de la conferencia de Múnich...²¹

Leído en Francia poco después, en 1939, *L'Espoir* (*La esperanza*) fue uno de sus libros fetiche, su vademécum imprescindible en la «mochila del maquis», compañía literaria tanto como guía política. Ello ha sido así porque en él ha encontrado Semprún las razones para «ser comunista» –el apoyo de Malraux a la forma de llevar la guerra los comunistas españoles– y la crítica radical a esa misma ideología –las reflexiones de algunos personajes sobre los principios y los fines del comunismo–, en definitiva «apología y crítica del comunismo en un solo acto». Según Semprún, Malraux rompió definitivamente con el comunismo a partir de la firma del pacto germano-soviético de agosto de 1939, el fin de la que llama «ilusión lírica», pero el recuerdo de su paso por España durante la Guerra Civil no quiso nunca someterlo a juicio crítico.²² A grandes rasgos no creo que esté fuera de lugar insinuar aquí el paralelismo que pudiera existir en la trayectoria vital, intelectual y política, de ambos escritores.

El libro de Malraux apareció en las librerías francesas en diciembre de 1937, pero se empezó a escribir, según el historiador Juan P. Fusi, en mayo de 1937. Fue ese «un mes prodigioso para la creación artística» porque distintos hechos de la guerra o de la retaguardia suscitaron, además del citado libro, cuadros como el *Guernica* de Picasso –denuncia del bombardeo de la villa vasca el mes anterior–, el *Homenaje a Cataluña* de Orwell –dedicado a los llamados “hechos de Barcelona” de los que el autor fue testigo–, que se publicaría en inglés en 1938, Hemingway empieza *¿Por quién doblan las campanas?*, el relato de la ofensiva republicana en Segovia y La Granja que ha presenciado y seguido de cerca y, por último, Manuel Azaña, presidente de la República, finaliza su reflexión sobre la guerra, *La velada de Benicarló*, que aparecería en 1939. Dejando del lado el último, las otras tres obras, a su manera,

idealizaban la guerra española como la resistencia del pueblo español contra el fascismo, defendían la legitimidad de la causa republicana y glorificaban el romanticismo revolucionario

²⁰ *Ibidem*, pp. 50-59; Franziska AUGSTEIN; *Lealtad y traición. Jorge Semprún y su siglo*, Barcelona, Tusquets, 2010, pp. 51-55.

²¹ Daniel BERMOND: «Jorge Semprun. Rencontre», *Lire*, 250 (1996), pp. 45-46. (Traducción FN); Jorge SEMPRÚN: *Adiós...*, p. 65.

²² Sobre la mochila, «El combatiente de la guerra civil española», en *El universo de Max Aub*, catálogo de la exposición, centenario de Max Aub, Valencia-Madrid, 2003, p. 171; sobre Malraux y el comunismo, Jorge SEMPRÚN: «Prólogo», número especial, «*Sierra de Teruel*, cincuenta años después», Valencia, *Archivos de la Filmoteca*, 3 (1989), pp. 5-9; Jorge SEMPRÚN, *Adiós...*, p. 114.

—la “ilusión lírica” en palabras de Malraux— que inspiró a milicianos españoles y voluntarios extranjeros en la lucha contra la sublevación militar.²³

El golpe de gracia definitivo para la República en la guerra —así lo percibió el representante español en La Haya— llegó en septiembre de 1938, cuando las potencias democráticas europeas, Gran Bretaña y Francia, cedieron a las presiones de Hitler y Mussolini, un traspiés más de su política de apaciguamiento en el intento de frenar la guerra en Europa, que tuvo como consecuencia, además de la entrega de los Sudetes checos a las exigencias del *Lebensraum* (espacio vital) alemán, el abandono de la República española a su suerte, lo que justamente se denominaría “la traición de las democracias”.

A juicio de algunos historiadores, los Acuerdos de Múnich no serían la causa última de la derrota final de las fuerzas republicanas. Sí parece indiscutible que frustraron las escasas esperanzas últimas que quedaban para que la Gran Bretaña y Francia rectificaran la vergonzosa política de no-intervención que seguía permitiendo tan desequilibrada ayuda extranjera a uno y otro bando contendiente. Nada se hizo pese a los esfuerzos y gestiones del siempre decidido jefe de gobierno Negrín, dispuesto a agotar todos los recursos, básicamente una intervención internacional mediadora con vistas a forzar una negociación directa entre las partes en lucha. Pero en Múnich se trató muy poco de España. Las potencias occidentales ya se habían asegurado del general Franco su neutralidad en caso de que se llegara a producir la guerra con Alemania. Previamente, se había acordado el abandono de fuerzas extranjeras del campo de batalla, si bien, era más que evidente que no significaban lo mismo los 10.000 italianos retirados, del total de 40.000 presentes en España, que los 7.500 brigadistas internacionales que abandonarían la península a finales de octubre. Más todavía, ambas potencias del Eje incrementaron en esos mismos días su apoyo decisivo, armamento y aviones fundamentalmente, al ejército nacionalista en la batalla del Ebro, la última y desesperada ofensiva republicana comenzada en el verano de ese año, cuya frustración y fracaso, esta sí, selló definitivamente el curso de la guerra. Stalin por su parte, habría comprendido que no convenía a sus intereses contener en solitario a una Alemania en expansión, ni contradecir a las potencias occidentales con su ayuda a una lejana república española. «La cuestión española, no es importante» diría Stalin, o, como dijo Azaña, es «una baza menor».²⁴ Lo prioritario para la URSS sería atender al frente alemán, si fuera preciso pactando con él.²⁵

Los contemporáneos fueron conscientes de las consecuencias de la «política muniquesa», sinónimo de claudicación política, no importa el contexto, aplicado por el PCE en años posterior-

²³ Juan Pablo FUSI: «En el fuego del combate», *El País*, 15 de abril de 2012.

²⁴ Azaña al embajador español en Moscú en 1937, en Santos JULIÁ: *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Barcelona, Galaxia de Gútemberg, p. 27.

²⁵ Antony BEEVOR: *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 544-547; Paul PRESTON: *El final de la guerra. La última puñalada a la República*, Barcelona, Debate, 2014, p. 26-30; Enrique MORA-DIELLOS: op. cit., pp. 167-170; Samuel de LEÓN PÁEZ: *La gestación del pacto de Múnich a través de los medios españoles*, Tesis Doctoral, Madrid, 2017, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, pp. 102-112. eprints.ucm.es/41693/1/T38557.pdf

res. Indalecio Prieto declaró que Europa había traicionado a España y sobre el terreno militar, en plena batalla del Ebro, el teniente coronel Tagüeña afirmaba que

aunque todos en la España republicana comprendimos que en el pacto de Munich nos habían sacrificado a nosotros, al mismo tiempo que a Checoslovaquia, no se nos ocurrió en ningún momento dejar la lucha ni abandonar nuestros frentes.²⁶

Semprún recuerda el pesimismo que se apoderó de toda la familia después de Múnich: «quedó claro que la República estaba condenada». Más todavía, el representante diplomático fue consciente de que las democracias habían «retrasado unos meses, a lo sumo unos años, el momento fatal. Pero, aún así, habrá guerra. ¡Nos han sacrificado para nada!».²⁷

El adolescente tomó nota a su modo. Si un año después, pactando con el mismo Hitler, la URSS traicionaba a las democracias, no era cuestión de lamentarse. Se les pagaba con la misma moneda. Y es que en La Haya o en París más tarde, confiesa Semprún,

por aquel entonces, mi único criterio a la hora de formarme un juicio era la actitud que habían adoptado unos y otros con respecto a la República española. No pretendo que fuera el colmo del refinamiento político. Pero era lo que dictaba el corazón.

París: exilio, militancia y Resistencia

La derrota de la República era inexorable. Antes de que se consumara, la familia Semprún abandona la legación diplomática española. La Gran Bretaña y Francia reconocen al gobierno de Burgos a finales de febrero, el presidente Azaña comunica su renuncia en carta dirigida al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, ambos radicados en suelo francés desde comienzos de ese mes.

Comienza ahora realmente el exilio. Aunque en condiciones mejores que las de los cientos de miles que cruzan los Pirineos hacia Francia, los Semprún llegan a París con muchas incógnitas y escasos recursos para afrontar la nueva vida. Se impone la dispersión de los miembros de la familia, esta vez definitiva. Mientras el matrimonio y los hijos menores se instalan en Saint-Prix, «un pueblo del suburbio norte» de París, gracias a la ayuda de los amigos personalistas, los dos hermanos mayores, Gonzalo y Jorge son acogidos en el internado del Liceo Henry-IV, uno de los reputados centros públicos de enseñanza de París, los gastos sufragados por benefactores de la misma procedencia.

Un mes después de la llegada a París sucedió lo indefectible esperado, la caída de Madrid, el fin de la guerra:

²⁶ Manuel TAGÜEÑA LACORTE; *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 2005, P. 251.

²⁷ Jorge SEMPRÚN: *Adiós...* p. 28.

Leí el titular en *Ce Soir* y se me llenaron los ojos de lágrimas... Había caído Madrid y era como si me hubieran despojado brutalmente, de un hachazo, de una parte de mi cuerpo... A partir de entonces, me aventuraba en el desconocido territorio del exilio, del desarraigo. De la edad adulta, también. Cual adiós a la infancia...²⁸

El estudiante Semprún se va sumergiendo lentamente en la cultura francesa, su lengua y su literatura en especial, hasta hacerla propia con entusiasmo y placer. Sin olvidar por ello sus orígenes y compromisos adquiridos. Procuraba parecer un francés por el dominio perfecto de la lengua, pero en su fuero interno conservaba su condición de «rojo español a perpetuidad», leal a los ideales republicanos aprendidos desde la niñez.

El breve y relativamente pacífico periodo de formación «entre las dos guerras de mi adolescencia»²⁹ se vio pronto perturbado de nuevo por sonos de guerra, esta vez más rudos y feroces, pues afectaron pronto a todo el continente europeo, más tarde a los otros, finalmente al mundo entero.

La vida de Jorge se vio una vez más alterada por completo. La guerra llegaría a París a finales de la primavera de 1940. Muchos de los protectores familiares, de origen judío algunos, decidieron emigrar. Jorge tendría que dejar de estudiar. Los proyectos de cursar filosofía en la *École Normale Supérieure*, para los que tenía tantas aptitudes como ilusiones, debieron quedar suspendidos. Pronto habría que tomar otras decisiones en aquel París ocupado por los alemanes donde, sin embargo, se desarrollaba una vida que quería aparentar normalidad. En primer lugar la de ganarse la vida, con toda suerte de trabajos, como también tuvo que hacerlo su padre, mediante el recurso de las clases en un colegio religioso. Semprún y Guerrea además, decidido a no volver a pisar más España mientras imperase la tiranía franquista, ofreció sus servicios a las autoridades francesas y pidió la nacionalidad francesa.

Jorge no quiso dar ese paso. A sus dieciocho años, a pasos acelerados hacia el mundo adulto, sentía la obligación de mantener sus lazos con la República española y la solidaridad con los miles de compatriotas antifascistas derrotados cuyo destino compartía. La nueva guerra, aunque llegara demasiado tarde para salvar a la República como muchos habían soñado, les ofrecía ahora una nueva oportunidad de lucha contra el fascismo, una oportunidad de vengar combatiendo contra la Alemania nazi la injusta derrota de la República. Para el joven Jorge, después de haber asistido a los combates de otros sin poder tomar parte, llegaba la deseada hora de actuar, las armas en la mano, contra el enemigo causante de todos los infortunios y deshones del presente. La cuestión es bien sencilla:

Guerra de España, ocupación alemana, estaban en presencia los mismos enemigos y también las mismas fuerzas enfrente de los mismos enemigos... Otros miles de españoles han pensado igualmente que se trataba de la misma lucha.³⁰

²⁸ *Ibidem*, pp. 62 y 69.

²⁹ *Ibidem*, p. 50.

³⁰ Michèle COTTA, Jean-Louis FERRIER y François GIROUD: op. cit., pp. 165. (Traducción FN).

A esta razón se sumaba otra más inmediata, su formación intelectual, común a la de sus amigos y compañeros de estudios. Partiendo de Hegel y de otras lecturas filosóficas, habían llegado a Marx y a las obras de los estudiosos del momento, como Lukács y Korsch, lo que se complementaba con llamadas a la acción política revolucionaria, como el *Manifiesto*, opúsculo de gran impacto en todos los jóvenes, como Semprún no dejará de recordar en tiempos posteriores.

Efectivamente, entre estas dos fechas, 1941 y 1943, había habido en mi vida un acontecimiento considerable: había descubierto las obras filosóficas de Karl Marx. Había sentido pasar sobre todas mis ideas, sobre mi manera de estar en el mundo, el soplo avasallador del *Manifiesto del partido comunista*, un verdadero huracán.³¹

Teoría y praxis, razón filosófica y corazón republicano español llevaron a Semprún en un primer movimiento a afiliarse al Partido Comunista de España, PCE, en 1942,³² si bien en esas circunstancias, con los dirigentes principales huidos, refugiados en la URSS o en América, y con muchos militantes detenidos e inactivos (salvo en el sur de Francia), se decidió a entrar—segundo movimiento—en la Resistencia francesa, la «armada, la de verdad»,³³ donde ya actuaban algunos compañeros de estudios.

La misión del grupo de Semprún era recibir armas lanzadas en paracaídas por aviones ingleses y distribuir las entre los diversos grupos de maquis dispersos por los bosques y zonas rurales de Borgoña.³⁴ Había recibido una formación sumaria en el manejo de las armas y una preparación adecuada para resistir la más que previsible tortura en caso de detención por las fuerzas alemanas que ya ocupaban toda Francia, pese a que formalmente subsistiera el régimen colaboracionista de Vichy. Para ello se desplaza con frecuencia desde la Borgoña a París a las citas clandestinas, algunas con el jefe del grupo, Henry Frager, alias *Paul*, que acabaría cayendo en manos alemanas y, deportado a Buchenwald, donde se reencontró con Semprún, murió fusilado.

Aunque poseía una documentación falsa a nombre de Gérard Sorel, de profesión jardinero—tal vez el primero de la nutrida lista de falsos nombres que usó en su vida política—, disponía asimismo de documentación española en regla, lo que hacía que sus movimientos fueran menos sospechosos ante los muchos controles policiales.³⁵

Una delación llevó a la detención de varios miembros del grupo a mediados de 1943. Semprún fue encerrado en la *Feldgendarmarie* (cuartel de la policía nazi) de Joigny y llevado a diario a un chalet cercano dispuesto *ad hoc*, donde experimentó a manos de la Gestapo toda la serie de torturas teóricamente aprendidas sin que le arrancaran ninguna confesión útil. Al cabo de

³¹ Jorge SEMPRÚN: *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets, p. 120.

³² Jorge SEMPRÚN: «Cuestionario biográfico con ocasión del V Congreso del PCE» (1954), AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 34.3.

³³ Jorge SEMPRÚN: *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 189.

³⁴ Françoise NICOLADZÉ: *La deuxième vie de Jorge Semprun. Une écriture tressée aux spirales de l'Histoire*, Castelnau-le-Lez, Climats, 1997

³⁵ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios de supervivencia*, Barcelona, Tusquets, 2016, pp. 33-37.

un tiempo encontraría un descanso relativo en la cárcel de Auxerre. De aquí sería trasladado al campo de internamiento de Compiègne y finalmente deportado al campo de concentración de Buchenwald (cerca de Weimar, en la región de Turingia) a finales de enero de 1944, en uno de los transportes masivos de aquellos meses –más tarde se supo– finales de la guerra en Francia.

Buchenwald era un campo de concentración, *Konzentrationslager* en la denominación alemana, construido por presos políticos alemanes, comunistas en su mayoría, por el que pasaron en sus ocho años de historia unos 250.000 prisioneros de todas las nacionalidades europeas, salvo ingleses, de los que habrían muerto a consecuencia del trabajo extenuante, el hambre, las enfermedades, las torturas, los malos tratos y las ejecuciones, en torno a 56.000 prisioneros.

La administración interna del campo estaba en manos de los prisioneros políticos comunistas alemanes (conseguida en feroz disputa con los presos de delincuencia común). Ello les permitía controlar todo el funcionamiento material del campo con los puestos clave en sus manos. Al mismo tiempo crearon una organización clandestina de resistencia, con un comité de dirección en el que estaban presentes todas las fuerzas políticas de todas las nacionalidades, desde el que se preparaban las actividades de resistencia, entre otras, el sabotaje de la producción industrial de armamento y el almacenamiento de armas decomisadas.

La comunidad de prisioneros comunistas españoles era muy reducida, en torno a 200. Sin embargo, por tratarse en buen número de curtidos luchadores antifascistas, con experiencia en dos guerras en muchos casos, gozaban de gran prestigio y respeto. Estaban excluidos, como los checos y algún otro grupo, de los traslados a los peligrosos comandos exteriores. Como declaró hace pocos años Semprún

a nosotros la administración comunista del campo nos trató siempre como a privilegiados. Gracias a la leyenda rosa de la Guerra Civil, demasiado rosa quizá, si había algún español en una lista de castigo o de tareas duras, se le quitaba inmediatamente. Teníamos esa paradójica ventaja.³⁶

Semprún había llegado en un convoy con mayoría de prisioneros franceses y fue inscrito con el nombre de George Semprun, pero pronto fue, misteriosamente para él, detectado por la organización comunista española. El ya culturalmente muy afrancesado militante se integró en su comunidad de origen, a la que rendiría algunos buenos servicios, dado su conocimiento de la lengua alemana. Semprún fue destinado a la Estadística de Trabajo, *Arbeitsstatistik*, un puesto privilegiado desde el que se distribuía la fuerza de trabajo concentracionario, y desde el cual, de modo clandestino y a riesgo de ser descubiertos, los prisioneros ahí destinados podían manipular las listas y, de acuerdo con el comité de resistencia interna, preservar de los trabajos más peligrosos a sus miembros, con vistas a una posible lucha por la liberación del campo. Algo de ello se hizo realidad. Cuando el 11 de abril de 1945 el campo iba a ser liberado por los ejércitos americanos, los

³⁶ Miguel MORA: «Semprún remata su primera novela en español», *El País*, 1 de febrero de 2003.

prisioneros armados persiguieron por los bosques que rodeaban el campo a los últimos SS escapados.

En la primera oleada, armada con fusiles y metralletas, solo había combatientes curtidos, con experiencia militar... veteranos de las Brigadas Internacionales de la guerra española. ...combatientes de toda Europa... La segunda oleada éramos nosotros, los armados con bazucas.³⁷

Semprún se integra, pues, en la comunidad de españoles, de los antiguos soldados que tienen la Guerra Civil como su experiencia vital más importante, fuente inagotable de relatos y anécdotas. Los recuerdos compartidos de esa lucha les mantienen vivos y les ayudan a hacer más soportable el infierno de su vida diaria. En muchas ocasiones se les unían los numerosos combatientes de las Brigadas Internacionales todavía con España en el corazón. No solo era la nostalgia del pasado lo que así les sostenía. Era también su convicción firme de la victoria total sobre el fascismo. Por medio de las historias, los cantos, los romances y poesías populares en varios idiomas, las celebraciones, como el día de la República, Semprún empieza a sumergirse en esa mística española y europea, revolucionaria, que tiene a la guerra española como el común denominador, gracias a la que revive sus orígenes y recibe un nuevo alimento político-emocional. Semprún refuerza su compromiso revolucionario, sumando ahora un argumento más, el de la recuperación de la libertad en España, «el paraíso de la memoria antifascista».³⁸ Tan fuerte inmersión en el mundo español pudo cambiar su orientación vital:

Así, en Buchenwald, en el lugar del exilio más lejano... en el último fondo del desarraigo, en cierto modo volví a encontrar mis puntos de referencia y mis raíces... las palabras de mi niñez no significaban solo reencuentros con una identidad perdida... sino también la apertura a un proyecto, lanzarse a la aventura del porvenir... fue en Buchenwald, entre los comunistas españoles... donde se forjó esa idea de mí mismo que me condujo más tarde a la clandestinidad antifranquista.³⁹

Las incertidumbres de la repatriación

Tras la liberación de los campos de concentración y la vuelta a sus lugares de procedencia, los excautivos españoles toparon con la triste realidad de que Franco seguía ahí, al frente del poder de su patria, más afianzado si cabe, a pesar de haber apoyado a los regímenes fascistas que acaban de ser derrotados. Más aún, en los días y semanas inmediatos a la liberación empezaban a comprobar que la única cuestión acuciante para ellos, qué hay de lo nuestro, es decir, cuándo acabamos con Franco, no solo no tenía respuesta sino que resultaba impertinente. En el aspecto in-

³⁷ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios...*, pp. 128-129.

³⁸ Jorge SEMPRÚN: *Aquel...*, p. 203.

³⁹ Jorge SEMPRÚN: *Viviré con su nombre...*, p. 102.

dividual, la mayoría de los españoles tenía dudas elementales, a dónde volver, dónde empezar a vivir después de haber sobrevivido a tanto horror y tanta muerte cercana. La palabra repatriación carecía de sentido para ellos. Su nueva patria volvería a ser el exilio.

En esa coyuntura tan adversa muchos militantes y organizaciones antifascistas reanudaron el juramento hecho en la hora de la liberación. Es conocido el de Buchenwald, obra de los comunistas alemanes, según Semprún, en realidad un mensaje antifascista dirigido a los pueblos de los países aliados.⁴⁰ Jorge Semprún regresó a París, perplejo por haber sobrevivido y desconcertado ante el incierto rumbo vital que tenía ante sí pero decidido a colaborar en la lucha contra la dictadura española.

Tras varios intentos fallidos de poner por escrito las impresiones aún en carne viva de la deportación, afianzó su compromiso comunista militante, oscilante en principio entre organizaciones francesas y españolas del exilio, hasta que a partir de 1947 se dedicó exclusivamente al Partido Comunista de España, PCE. Actuaba en el frente cultural, con una literatura de combate — poesía y prosa simultáneamente. Dirigía sus dardos contra el régimen franquista y todo lo que se produjera bajo su dominio. Así difundía con entusiasmo, sin grieta alguna, la doctrina comunista y la política del PCE. A medida que pasa el tiempo y que el franquismo se consolida, se va desarrollando en Semprún un deseo cada vez más intenso de volver a España, por el procedimiento que fuese posible, para organizar la lucha contra una dictadura que, según creían los comunistas y la mayoría de los exiliados, estaba a punto de caer definitivamente. Se trataba, en palabras de Semprún, de tomar parte en una lucha que sería «victoriosa» necesariamente. En la ya mencionada obra, *Soledad*, el personaje de Santiago, trasunto claro del propio Semprún, es un exiliado que regresa a España a dirigir una huelga en Vizcaya. Literariamente Semprún está propiciando su vuelta a España como enviado del partido comunista. Después de años de meritoriaje y preparación, en 1953 vería alcanzado ese deseo. Regresó a España para realizar el trabajo de instructor en los sectores intelectuales.

Clandestinidad: el redescubrimiento de España

La vuelta a España, el recuperar la ciudad de la infancia, «la alegría radiante de Madrid», proporcionaron las primeras emociones a una aventura gozosa, pese a los riesgos indudables que implicaba, con la presencia aplastante del aparato dictatorial, invariable durante los aproximadamente diez años que duró tan singular embajada intermitente. Descubrir vida, curiosidad, inquietud, incluso ilusión entre muchos españoles, más allá de la pobreza, el atraso y la opresión, fue desde el principio un estímulo para la organización de la protesta y de la lucha contra el opresor, uno de cuyos recursos recurrentes para mantenerse en el poder era la victoria cobrada en la Guerra Civil y la gloriosa paz consiguiente, la paz guerrera impuesta, como siempre vieron los escasos grupos opositores.

⁴⁰ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios*, p. 119; Sabine et Harry STEIN: *Le tour memorial*, Weimar-Buchenwald, 1993, p. 14.

El tiempo iba haciendo su trabajo y el franquismo se afianzaba, a pesar de las penurias diarias y algunas andanadas exteriores superadas sin concesiones ni contrapartidas, mientras los enemigos, pocos y lejanos, perdían fuerza y eficacia. El pueblo español pasivamente y sin alternativa conllevaba la situación mientras lentamente percibía una lenta mejoría en sus condiciones de vida y supervivencia.

Las nuevas generaciones de españoles de mediados de los años cincuenta no han conocido la Guerra Civil. Muchos no muestran interés en seguir oyendo los mismos discursos en la prensa o en la radio, en las aulas y desde los púlpitos, machaconamente repetidos. En algunos lugares minoritarios pero relevantes, como las universidades, se encontraron y convivieron, por primera vez en sus vidas, jóvenes procedentes de familias de ambos bandos. Un ambiente propicio al acercamiento y la distensión empezaba a abrirse paso, lo que iría implicando el cuestionamiento crítico del pasado transmitido, de la visión maniquea de la Guerra Civil imperante y hasta del régimen, fenómenos convergentes, que se van a ir desarrollando a partir de estos años.

Al mismo tiempo, la agitación de grupos disconformes (algunos de ellos captados para el PCE por el emisario Jorge Semprún), con la promoción de actividades político-culturales que chocaban fácilmente con las autoridades, sacaron a la luz un malestar con la situación impuesta, el monolitismo en la vida y el pensamiento, que acabó estallando en la universidad de Madrid, en lo que se conoce como los «sucesos de Febrero» del año 1956, año-frontera. A consecuencia de ello, dieron con sus huesos en la cárcel estudiantes, licenciados y profesionales procedentes de familias de ambos bandos de la Guerra Civil, entre otros, Dionisio Ridruejo, uno de los dirigentes falangistas significados de la primera hora, justamente al comienzo de la Guerra Civil.⁴¹

Jorge Semprún, o Federico Sánchez o como se llamara en ese momento, se entrevistó con Ridruejo a los pocos días de salir de la cárcel, Pradera mediante, en una cafetería de la calle Goya de Madrid. Fue un encuentro, dice Semprún, entre dos políticos procedentes de las corrientes totalitarias más importantes del siglo XX, en fase y grado diferentes de abandonarlas. Querían hablar de la pasada colaboración entre Ridruejo y los jóvenes e informarle de que algunos de ellos habían ingresado en el PCE. Convinieron en que sería prioritario enterrar el espíritu guerracivilista generalizado y en establecer lazos de cooperación en la lucha contra el franquismo y en los proyectos para después, el posfranquismo. Sin mencionarlo expresamente, fue una muestra práctica de reconciliación. Desde ese momento fraguaron una amistad que fue mucho más allá de la relación política.⁴²

La cárcel no detuvo las protestas, más bien se incrementaron en los meses siguientes con el surgimiento de nuevos grupos. Miembros del partido comunista (Javier Pradera y Jorge Semprún) y de la Agrupación Socialista Universitaria, ASU, (Víctor Pradera y Francisco Bustelo), elaboraron un manifiesto, llamamiento a toda la comunidad universitaria española, que di-

⁴¹ Javier PRADERA: «Una nueva visión de la guerra civil», en Antonio LÓPEZ PINA (ed.), *La Generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp., 193-215.

⁴² Jorge SEMPRÚN: *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 296-297.

fundieron nada menos que el 1 de abril de ese año, el llamado día de la Victoria. Su presentación tiene cierto tono solemne:

En este día, aniversario de una victoria militar que sin embargo no ha resuelto ninguno de los grandes problemas que obstaculizaban el desarrollo material y cultural de nuestra patria, los universitarios madrileños nos dirigimos nuevamente a nuestros compañeros de toda España y a la opinión pública. Y lo hacemos precisamente en esta fecha –nosotros, hijos de los vencedores y los vencidos– porque es el día fundacional de un régimen que no ha sido capaz de integrarnos en una tradición auténtica, de proyectarnos a un porvenir común, de reconciliarnos con España y con nosotros mismos».43

Se trata de una denuncia del régimen franquista en toda regla, de su fracaso a los veinte años de su asalto violento al poder, proferida no por los “enemigos de siempre” sino por españoles procedentes de los dos bandos que demandan lo que hubiera debido hacerse desde el fin de una guerra, la reconciliación –palabra que aparece por primera vez frente al belicista discurso político oficial español– de los contendientes de uno y otro signo. Frente a ese pacto moral imprescindible, denuncian los jóvenes estudiantes, la respuesta del régimen a sus peticiones ha sido siempre «el recurso a la fuerza». En consecuencia, exigen la libertad de los detenidos y convocan a nuevas huelgas y acciones de protesta.

Qué hacer ante este panorama, se preguntaban continuamente los seguidores de Lenin. Los dirigentes del PCE, sin renunciar al objetivo de acabar con la dictadura, creyeron prioritario dirigirse a todo el pueblo español en la coyuntura concreta del vigésimo aniversario del comienzo del enfrentamiento cruento entre españoles. Era llegada la hora de acabar con la «artificiosa división de los españoles en “rojos” y “nacionales”... El Partido Comunista de España declara solemnemente estar dispuesto a contribuir sin reservas a la reconciliación nacional de los españoles, a terminar con la división abierta por la guerra civil y mantenida por el general Franco».44 Todos los españoles deben sentirse ciudadanos con la garantía de sus derechos a la vida y a la libertad. Se ha llegado a una situación en España en que la pasada Guerra Civil –«nuestra guerra», así llamada por los partidarios de ambos bandos para escándalo de Hemingway ante Semprún en su encuentro en el Hotel Palace de Madrid– ha dejado de ser la línea divisoria entre los españoles. A partir de ahora deben contar exclusivamente los problemas de la libertad, la soberanía nacional y el desarrollo económico.45

⁴³ El manifiesto, con el extracto de la Declaración de Derechos Humanos al dorso, en AHPCE, *Fuerzas de la Cultura*, caja 123, carpeta 2/2.4; Roberto MESA: *Jaraneros y alborotadores*. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid: Ediciones de la Universidad Complutense, 1982; Javier PRADERA: «Una nueva visión...», p. 215; Jorge SEMPRÚN: *Autobiografía...*, p. 44.

⁴⁴ Párrafo subrayado en la «Declaración del Partido Comunista de España. Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español», Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, FPI Fa 5903, p. 3.

⁴⁵ Felipe NIETO: «Los contextos de la *Reconciliación Nacional* del PCE: La contribución desde el interior. Jorge Semprún y los intelectuales», en Feliciano MONTERO y Joseba LOUZAO (eds.), *Catolicismo y*

En tiempos recientes, entrado ya el siglo XXI, Semprún hizo público su reconocimiento de la importancia de la reconciliación nacional con su tercer libro escrito en español, *Veinte años y un día*,⁴⁶ en buen parte reconstrucción novelesca de diferentes historias que confluyen veinte años después del comienzo de la Guerra Civil, cuando deberían clausurarse por completo. El 18 de julio 1956 van a ser solventadas y enterradas para siempre –aparte de los muertos de la guerra de cualquier bando– costumbres y prácticas que vienen atormentando desde hace veinte años a la población campesina del latifundio manchego en que transcurre la acción en la obra, tales como el llamado derecho de pernada, los trabajos y sevicias humillantes y, lo más significativo, la repetición ritual, año tras año, en los meses de julio, de una ceremonia en la que, al modo de un auto sacramental, los campesinos estaban obligados a representar el crimen originario, fundacional, el asesinato del patrón a manos de sus ancestros recientes, los campesinos levantados en armas el 18 de julio de 1936.

La necesidad de mirar al futuro que iba calando en los diferentes grupos sociales españoles de todos los sectores, obreros, profesionales, intelectuales, incluso eclesiásticos, junto a las importantes transformaciones socioeconómicas de los años sesenta, hacían cada vez más innecesario mirar al pasado, cuando menos para la construcción de un futuro distinto del presente franquista, nacido y avalado por la Guerra Civil. Un cierto olvido de este acontecimiento empezó a hacerse necesario, en ese caso en un sentido doble, olvido de la omnipresente y repetitiva visión triunfal y aniquiladora impuesta y difundida por el régimen franquista y olvido de la también muy repetida mística de la injusta derrota republicana a manos del fascio internacional.

Semprún lo fue viendo a lo largo de sus años de dirigente clandestino en España. También lo percibía en los medios de un exilio español envejecido, cansado y, principalmente, alejado de la España real que él conocía de cerca. Sin previo aviso fue retirado del trabajo en España, una actividad que le atraía y que consideraba haber desempeñado satisfactoriamente. Pronto saldrían a la luz algunas discrepancias políticas en el seno de la dirección comunista. A su juicio –y en esto se asociaba a Fernando Claudín que lo venía pensando por su cuenta– la política del partido en esta nueva década estaba quedando desfasada, inadecuada para la nueva sociedad española, dinámica y rejuvenecida, hacia la que los comunistas se dirigían en un lenguaje inadecuado y a la que se seguía proponiendo los mismos métodos de lucha, repetidamente fracasados, como la soñada y nunca realizada huelga general política. Las diferencias en el seno de la dirección del partido resultaron insalvables. Los dos discrepantes fueron expulsados del Comité Ejecutivo del PCE y, un año después, en 1965, «excluidos» del partido.

Semprún ya había empezado su actividad de escritor, reconocida y premiada desde su primera obra, *Le grand voyage (El largo viaje)*, escrita en francés. Surgió la posibilidad de escribir un guión para el director Alain Resnais. Al narrar su propia aventura política como dirigente clandestino en España, incide en la crítica de las visiones estereotipadas dominantes sobre la Gue-

franquismo en la España de los años cincuenta. Autocríticas y convergencias, Granada, Ed. Comares, pp. 153-165.

⁴⁶ Jorge SEMPRÚN: *Veinte años y un día*, Barcelona, Tusquets, 2003.

rra Civil, en este caso en el exilio y en la sociedad francesa. *La guerre est finie*, la guerra ha terminado, anuncia Semprún desde el título. Y se lo hace proclamar a su personaje Diego Mora, su alter ego, en un parlamento justamente famoso (que debe leerse imaginando la voz y el gesto del actor, Yves Montand):

La desgraciada España, la España heroica, la España en el corazón: estoy hasta la coronilla. España se ha convertido en la buena conciencia lírica de toda la izquierda: un mito para antiguos combatientes. Mientras tanto, catorce millones de turistas pasan las vacaciones en España. España no es más que un sueño turístico o la leyenda de la Guerra Civil. Todo eso, mezclado con el teatro de Lorca, ya está bien del teatro de Lorca: las mujeres estériles y los dramas rurales, ¡ya basta de todo eso! Y de la leyenda de la Guerra Civil también, ¡basta ya! Yo no he estado en Verdún, tampoco estuve en Teruel, ni en el frente del Ebro. Pero los que hacen cosas en España, cosas verdaderamente importantes, tampoco estuvieron allí. Tienen veinte años y no es nuestro pasado el que les mueve, sino su porvenir. España ya no es el sueño del 36 sino la verdad del 65, aunque parezca desconcertante. Han pasado treinta años, los antiguos combatientes me fastidian.⁴⁷

Semprún quiso ir más allá en su comprensión de la Guerra Civil a la altura del comienzo de la cuarta década del franquismo. Se propuso mostrar las diferentes visiones, y a diferentes voces, de y en cada uno de los bandos, a través de un variado elenco de testimonios, *Las dos memorias*, como se tituló su película documental, la única dirigida por Semprún. El título no tiene que ver con la conocida expresión machadiana de las “dos Españas”. Tampoco, dijo Semprún, pretendía ser la exposición paralela de una memoria «roja» frente a una memoria «blanca», porque en realidad se ofrece una pluralidad de voces más bien discordante. De hecho, después del estreno, Semprún pensó que hubiera sido mejor haberla titulado *La mémoire dédoublée*, *La memoria desdoblada*.

Fue un intento pionero. Sin embargo no pudo cumplir sus objetivos satisfactoriamente, a juicio de muchos críticos al menos. «Para mí, el objetivo de la película era conservar en la memoria colectiva la palabra de los testigos, incluso la ocultada. Como los del POUM, han tenido un papel importante pero, en el presente, han desaparecido».⁴⁸ Un propósito latente era huir de películas de gran éxito popular, como *Mourir à Madrid* de Frédéric Rossif, ejemplo mayor del fervor romántico republicano. Y fue lo que debió prevalecer.

Los problemas de producción, las dificultades para rodar en la España franquista y la limitación del espectro político y geográfico seleccionado, restaron eficacia y claridad al proyecto. Semprún entrevistó a muchos dirigentes políticos del exilio (Carrillo, Montseny, Peirats, Claudín, Wildebaldo Solano del POUM...), a políticos del interior en número significativamente menor

⁴⁷ Jorge SEMPRÚN: *La Guerre est finie*. Scenário du film d'Alain Resnais, Paris, Gallimard, 1966, pp. 88-89. (Traducción de FN).

⁴⁸ Françoise NICOLAZDÉ: «Entretien avec Jorge Semprún», en Jaime Céspedes (dir.), *Cinéma et engagement. Jorge Semprún scénariste*, Condé-sur-Noiteau, Charles Corlet, 2011, p. 157. (Traducción de FN).

(Ridruejo –una de las entrevistas más largas y cuidadas por el director–, Gil Robles...), a historiadores, a escritores, a jóvenes, algunos hijos de participantes en la guerra, etc. Las ausencias más significativas fueron la de dirigentes y militantes socialistas, en parte debido a la circunstancia de estar en un proceso de debate y renovación internos, y la de representantes de los partidos republicanos. Se comentó negativamente el peso excesivo de los testimonios del exilio. Lo más discutido ha sido el uso del montaje –obra técnica de la mujer de Semprún, Colette Leloup– de las más de 40 horas de grabación para una versión final de 140 minutos. Semprún habría tratado de matizar o contradecir las posiciones, tópicas a su juicio, del exilio sobre la Guerra Civil –por ejemplo la pretensión, muy común en muchos exiliados, ser los vencedores morales de la guerra pese a haber sido derrotados– mediante montajes paralelos o la inclusión de discursos ajenos al rodaje, como la ya citada diatriba de *La guerre est finie*.

En su estreno en Francia, en 1974, la película sempruniana no tuvo buena acogida. Hubo quien lamentó la confusión latente y la distorsión de los mensajes. La vigente censura franquista hizo imposible su estreno en España, cuando hubiera podido ser objeto de discusión entre el público al que preferentemente estaba destinada. La muerte de Franco poco después y los nuevos tiempos que se abrían ante los españoles, el fin de la dictadura y el futuro inmediato, restaron interés para un documento que iba a hablarles una vez más del pasado⁴⁹. Con razón puede hablarse de un film malogrado.

Amnesia, historia, reparación

En medio de la incertidumbre temerosa y expectante a la muerte del dictador longevo era difícil hacer pronósticos sobre el rumbo que iba a tomar el país, incluso para quienes tuvieran planes y previsiones muy delineados. Un supuesto común implícito parecía estar en la mente de todos, en las fuerzas de oposición exiliadas y en las del interior. No podría producirse un nuevo enfrentamiento entre españoles, nunca más se podría dar una guerra civil para resolver diferencias políticas. Los españoles tenían que desmentir el tópico interesado y repetido desde instancias franquista de su cainismo congénito y de su incapacidad para gobernarse. Cuestión que indirectamente era indicativa de lo interiorizado que seguía estando el recuerdo de la Guerra Civil.

Semprún ha defendido que en esas circunstancias, cuando se pone en marcha el proceso de transición, se hacía necesario un doble ejercicio:

La Transición española hacia la democracia había tenido, entre otras causas, el doble motor, la doble motivación de la amnistía y la amnesia, surgidas ambas de las profundidades de la voluntad popular.⁵⁰

⁴⁹ Para el comentario de esta película he seguido a Román GUBERN: «La mémoire frustrée: *Les deux mémoires*», y a Jaime CÉSPEDES: «Le moment des questions : *Les deux mémoires*», en Íd. (dir.), *Cinéma et engagement...*, pp. 122-130.

⁵⁰ Jorge SEMPRÚN: *Ejercicios...*, p. 96; Íd.: «Memoria, desmemoria y transición», conferencia pronunciada en el Círculo de Lectores de Madrid el 11 de marzo de 1997 dentro del ciclo *Visiones de España*.

Amnistías hubo cuatro, si contamos el primer indulto, la última de ellas una ley aprobada por las Cortes democráticas en 1977. La amnesia, autoimpuesta, debió estar presente desde el principio. Como los atenienses en 403 a. C., recuerda Semprún, tras el largo periodo de la Guerras del Peloponeso, o los franceses tras el Edicto de Nantes de 1598, tras las guerras intestinas de religión, los españoles decidieron sensatamente que los enfrentamientos del pasado no influyeran en la construcción del futuro común.⁵¹

Pero esta situación no puede eternizarse, considera Semprún. Consolidada la democracia parlamentaria nada impide confrontar el pasado siguiendo para ello un programa basado en la justicia y en el conocimiento con tres puntos esenciales.

En primer lugar, se ha de seguir desarrollando el estudio de la Guerra Civil con «rigor histórico», siguiendo las ya abundantes líneas de investigación existentes, tanto fuera como dentro de España y dejando de lado, eso sí, algunos intentos revisionistas de escribir la historia de la guerra, más bien libelistas, que a Semprún, confiesa, «se le caen de las manos». Para esta visión crítica, Semprún cree necesario partir de las siguientes premisas. La Guerra Civil fue una guerra justa, sostenida por la República en defensa de un gobierno legítimo contra un golpe militar. No fue en modo alguno una cruzada, como proclamó de inmediato la Iglesia católica alineada con los insurrectos. Su apoyo pleno a estos fue fundamental para el curso de la guerra y se incrementaría notablemente durante el franquismo. Por cierto, la Iglesia debería revisar oficialmente su actuación parcial, nada católica, y hacer autocrítica pública, dos cosas a las que hasta ahora se ha opuesto sistemáticamente. En el desarrollo de la guerra se produjeron conflictos internos en cada uno de los bandos. Semprún recuerda la lucha encarnizada en el bando republicano emprendida por los comunistas, auspiciados por los agentes soviéticos en España, para perseguir y eliminar a anarquistas y militantes del POUM. Todo lo cual viene a confirmar la sentencia de Malraux que Semprún repite: «Hay guerras justas, pero no hay ejércitos inocentes». En sus conclusiones, Semprún cree que la Guerra Civil fue inevitable, por la voluntad inquebrantable de los conspiradores de acabar con la República por todos los medios. Tampoco alberga ninguna duda sobre el final de la guerra, la victoria de la República era imposible.

Concluye Semprún con el recuerdo del mensaje de Azaña en su discurso de 18 de julio de 1938 en el Ayuntamiento de Barcelona que pide «Paz, Piedad y Perdón». No tuvo oídos que lo acogieran, ni en los campos de batalla ni en las cancillerías. Pero sigue siendo una necesidad.⁵²

Junto a la historia, en segundo lugar, la memoria. Semprún ha querido cumplir con ambos compromisos. Para ello se ha trasladado a Gurs, una localidad situada en la baja Navarra francesa, en el Béarn precisamente, donde hubo un campo de concentración por el que pasaron, entre 1939 y 1945, según se recuerda en el mismo lugar, unos 120.000 seres humanos de toda

⁵¹ «No instrumentalizar el pasado fratricida con fines políticos» en palabras de Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso de España en perspectiva comparada*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 284-304.

⁵² «La Guerra Civil, con rigor científico. Semprún censura, en la apertura de un congreso internacional, la falta de autocrítica de la Iglesia», *El País*, 28 de noviembre de 2006.

condición, vencidos republicanos españoles exiliados, brigadistas internacionales, judíos de países y épocas diferentes, de España, de Francia, de la Alemania nazi de antes de la guerra mundial – Hannah Arendt entre ellos–, perseguidos de todas las procedencias considerados indeseables por los nazis y los colaboracionistas de Vichy –gitanos, apátridas...–, guerrilleros antifranquistas españoles... un lugar, en suma, que reúne vivencias y experiencias como el destierro, la resistencia y la deportación, parte de la historia de Europa y de la historia personal del europeo y cosmopolita Semprún que quiere difundir con su obra teatral, *Gurs, une Tragédie européenne*.⁵³ Los años dramáticos de la Europa de los años cuarenta rescatados por Semprún.

En este lugar, sinécdoque del territorio del mal de todos los tiempos, sitúa Semprún la acción dramática de su obra, representada por unos personajes, prisioneros del campo, que le sirven para repasar los temas histórico-políticos que siempre le han preocupado y a los que ha vuelto en libros y conferencias, la Guerra Civil, los crímenes de Stalin, las repercusiones del pacto germano-soviético en las filas de los comunistas europeos, el antisemitismo con gérmenes diversos, el pasado y el porvenir de Europa... todos lanzados a los cuatro puntos cardinales desde un marco que también le es familiar, el campo de concentración. Ahora Semprún, sin testigos mediadores como los que tuvo que usar en *Las dos memorias*, puede presentar libremente los conflictos que le obsesionan y avisar de los peligros que se avizoran para el presente. Se trata, en resumidas cuentas, de la memoria viva de una historia de obligado recuerdo por un lado y, por otro, de un aviso moral para la Europa actual confrontada con problemas similares y tristemente actuales, como el de la acogida de los refugiados, el aumento de los excluidos sociales o las amenazas de la xenofobia y el racismo, porque, como dijo cuando se presentaba en público la obra, «todavía es fecundo el vientre de la bestia donde se engendra el fascismo».⁵⁴

Por último, en tercer lugar según Semprún, queda una cuestión pendiente, más inminente, que no debería demorarse, la de los muchos miles de “muertos sin sepultura”, víctimas de la Guerra Civil y de la represión franquista, desperdigados por cunetas, encrucijadas y caminos de España, abandonados en fosas comunes, contra toda convención y norma internacional, que siguen siendo la huella viva de una guerra que no termina de borrarse por completo:

Que los cadáveres de nuestra vieja guerra resuciten me parece lógico y positivo, siempre que no se utilice eso para volver a la confrontación civil, sino para esclarecer la memoria y consolidar la razón democrática.⁵⁵

La llamada Ley de Memoria Histórica de 2007 es un paso primero e insuficiente. Como información complementaria, consignemos que a día de hoy quedan, según las asociaciones que

⁵³ Jorge SEMPRÚN: *Gurs, une Tragédie européenne*, Version Paris avril 06 (mecanografiada, cortesía que agradezco a María Luisa García Manso); Miguel MARTORELL, «Españoles en Gurs», *El País*, 22 de agosto de 2014; Manuel Aznar Soler, *El teatro de Jorge Semprún*, Lit Verlag, Wien, 2015, pp. 213-247.

⁵⁴ Jorge SEMPRÚN: Conferencia en el Círculo de Lectores con motivo del nombramiento Socio de Honor, Madrid, junio de 2006.

⁵⁵ *El País*, 26 de abril de 2003.

se ocupan de la memoria histórica, unas 114.000 víctimas de la guerra y de la postguerra, sin ser reconocidas y, en consecuencia, sin poder recibir digna sepultura.

La Guerra Civil es todavía caso abierto.

Mujeres (nacionalistas) del frente: Espacio y género en la guerra civil española

Women (nationalists) from the front: Space and gender in the Spanish Civil War

Inbal Ofer
The Open University of Israel
inbalof@openu.ac.il

Resumen: La Sección Femenina desempeñó un papel central a la hora de "nacionalizar" a las masas españolas. Esa organización desarrolló por primera vez, a lo largo de la Guerra Civil, un cuadro local y nacional de dirigentes; su número de afiliadas se disparó de 2.500 en 1936 a aproximadamente 600,000 a mediados de 1939; además, llegó a monopolizar (entre otras corporaciones) la rama femenina del sindicato español de estudiantes universitarios (SEU); los sindicatos de profesoras y enfermeras; la sección femenina del movimiento juvenil de la Falange y el Servicio social para mujeres. Durante la guerra, militantes de la SF tomaron sobre sí diversas tareas tanto en la retaguardia como en el frente. Algunas eran de carácter auxiliar tradicional (como la enfermería, la recolección de fondos, cocinar y cuidar la ropa de las tropas) y otras de una naturaleza menos convencional (por ejemplo, el espionaje o el contrabando de armas y escamoteo de hombres a la zona nacionalista).

El presente artículo examina la relación entre género y espacio dentro del contexto de la guerra civil española. Al analizar el discurso y las prácticas cotidianas de mujeres movilizadas por la SF del partido fascista español, estudia algunas de las prácticas espaciales y representaciones del espacio que conformaron la vida de las mujeres nacionalistas de dicho periodo. A mi modo de ver, el liderazgo de la SF, así como muchas de las mujeres movilizadas por la organización durante la Guerra Civil, tomaron parte activa en la forja de lo que algunos historiadores han llamado la cultura política del fascismo español

Palabras clave: fascismo español, Sección Femenina, nacionalización, guerra civil, Falange

Abstract: The Sección Femenina played a central role in "nationalizing" the Spanish masses. That organization developed for the first time, throughout the Civil War, a local and national

cadre of leaders; its number of affiliates soared from 2,500 in 1936 to approximately 600,000 in mid-1939; in addition, it came to monopolize (among other corporations) the female branch of the Spanish union of university students (SEU); teachers 'and nurses' unions; the feminine section of the youth movement of the Falange and the social service for women. During the war, SF militants took on different tasks in the rear as well as in the front. Some were of a traditional auxiliary nature (such as nursing, fundraising, cooking and caring for the troops' clothes) and others of a less conventional nature (for example, espionage or arms smuggling and men sneaking into the nationalist area).

This article examines the relationship between gender and space within the context of the Spanish Civil War. When analyzing the discourse and the daily practices of women mobilized by the Sección Femenina of the Spanish fascist party, it studies some of the spatial practices and representations of space that made up the life of the nationalist women of that period. In my view, the leadership of the SF, as well as many of the women mobilized by the organization during the Civil War, took an active part in the forging of what some historians have called the political culture of Spanish fascism

Keywords: Spanish fascism, Feminine Section, nationalization, civil war, Falange

| |
|---|
| Para citar este artículo: Inbal OFER: “Mujeres (nacionalistas) del frente. Espacio y género en la guerra civil española”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 159-178. |
|---|

Recibido: 01/07/2017

Aprobado: 15/02/2017

Mujeres (nacionalistas) del frente: Espacio y género en la guerra civil española

Inbal Ofer

The Open University of Israel, Israel

El presente artículo examina la relación entre género y espacio dentro del contexto de la guerra civil española. Al analizar el discurso y las prácticas cotidianas de mujeres movilizadas por la sección femenina (en adelante SF) del partido fascista español, estudia algunas de las prácticas espaciales y representaciones del espacio que conformaron la vida de las mujeres nacionalistas de dicho periodo. A mi modo de ver, el liderazgo de la SF, así como muchas de las mujeres movilizadas por la organización durante la Guerra Civil, tomaron parte activa en la forja de lo que algunos historiadores han llamado la cultura política del fascismo español; una cultura que «recurrió a la sacralización y la mitificación de la Patria, erigiéndola en objeto de culto. [...] Perseveró en la cimentación de una doctrina fuertemente nacionalizadora impregnada de definiciones organicistas, espiritualistas y trascendentes».¹ Cultura que, debido precisamente a los mencionados atributos, no se puede comprender totalmente sin prestar atención, también, a la interacción entre género y espacio.

Dada la gran cantidad de material académico referente a la naturaleza del fascismo en general y del fascismo español en particular, hay que empezar por hacer ciertas aclaraciones conceptuales. Siguiendo con ello el trabajo del historiador Ismael Saz, mi referencia al fascismo español tal como se integró en el discurso y la práctica de la Falange Española, es decir, en un movimiento que, al menos en los años 1933–1941, podía definirse como post-liberal (en sus intentos de oponerse al liberalismo no tanto mediante la restauración de proyectos nacionales pasados como proponiendo un proyecto nuevo y modernizador), ultranacionalista (considerando la nación como orgánica por principio y sobrepasando no solo la lucha de clases sino también todas las demás instituciones existentes, incluyendo los partidos políticos e incluso la Iglesia católica) y populista por naturaleza (en el sentido de que aspiraba, al menos retóricamente, a articular las necesidades y los deseos de la comunidad nacional en su totalidad).²

¹ Ángela CENARRO: "Encuadramiento y consenso en la obra del Movimiento: mujeres, jóvenes, obreros", en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (coord.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 2013, pp. 199-216; Ismael SAZ CAMPOS, "Fascismo y nación en el régimen de Franco. Peripecias de una cultura política", en Miguel Ángel RUIZ CARNICER, op. cit., pp. 61-76; Ferran GALLEGRO, *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014; María Teresa ORTEGA LÓPEZ, "Hijas de Isabel". Discurso, representaciones y simbolizaciones de la mujer y de lo femenino en la extrema derecha española del período de entreguerras", *Feminismo/s*, nº 16, p. 213.

² Ismael SAZ CAMPOS: op. cit., p. 68.

Ferrán Gallego destacó el hecho de que, aunque la ideología falangista tomaba elementos del pensamiento católico tradicional, incluía también «envidiables aspectos de modernización, de tensión militante, de atractivo juvenil, y de la llamada permanente a la nacionalización de las masas, dando a su propaganda una singular vehemencia revolucionaria». ³ Javier Rodrigo, que considera la evolución del falangismo dentro de un contexto comparativo europeo, subraya las características orgánicas y regenerativas del fascismo español y el papel desempeñado por la violencia y la experiencia bélica en el desarrollo de su cultura política. ⁴ Centrándose en las dialécticas de la destrucción y la reconstrucción apunta:

Al lado pues (o incluso por *encima*, en términos de importancia) de la experiencia del combate y la trinchera, equiparable por otro lado a la experiencia prefascista de italianos y alemanes en la Gran Guerra, estuvo la participación civil en las tareas de limpieza política en la retaguardia. [...] En ese contexto, el teórico modelo de coacción fascista, el de la recuperación, regeneración y asimilación del *rojo*, del que Falange había hecho gala durante años, saltaría por los aires junto con el golpe de Estado y las nuevas oportunidades que éste ofrecería. ⁵

Tal como Ángela Cenarro apuntó, el análisis de la historia de la Falange española desde su perspectiva de cultura política, nos lleva más allá del enfoque tradicional que la consideraba como una "familia política" más dentro del régimen. ⁶ Un análisis de ese tipo requiere examinar el discurso específico de la Falange sobre la nación así como del contexto institucional y de las posibilidades de participación pública que brindaba a sus afiliados. También destaca el hecho de que, a pesar del contexto de heterogeneidad ideológica que caracterizó al bando nacionalista durante la guerra civil española, la Falange logró cumplir su objetivo de convertirse en un movimiento de masas. Analizar los medios por los que lo consiguió resulta capital para entender no solo el fascismo español, sino también el desarrollo de distintas formas de consenso social durante el régimen de Franco.

La SF desempeñó un papel central a la hora de "nacionalizar" a las masas españolas. Esa organización desarrolló por primera vez, a lo largo de la Guerra Civil, un cuadro local y nacional de dirigentes; su número de afiliadas se disparó de 2.500 en 1936 a aproximadamente 600.000 a mediados de 1939; además, llegó a monopolizar, entre otras, la rama femenina del sindicato español de estudiantes universitarios (SEU); los sindicatos de profesoras y enfermeras; la sección femenina del movimiento juvenil de la Falange y el Servicio social para mujeres. ⁷ Durante la gue-

³ Ferran GALLEGU: op. cit., 6.

⁴ Javier RODRIGO: "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista", en Miguel Ángel RUIZ CARNICER, op. cit. p. 147.

⁵ Ibídem, p. 153.

⁶ Ángela CENARRO: "Encuadramiento y consenso en la obra del Movimiento", p. 199.

⁷ Teresa GALLEGU MÉNDEZ: *Mujer, Falange y Franquismo*. Madrid, Taurus, 1983; Marie-Aline BARRACHINA: "Ideal de la mujer falangista, ideal falangista de la mujer", en *Las mujeres en la Guerra Civil Española, III Jornadas de Estudios Monográficos*, Salamanca, Instituto de la Mujer, pp. 211-217; Antonieta JARNE: *La Sección Femenina a Lleida*. Lleida, Pagès Editors, 1991; Inmaculada BLASCO HERRANZ: *Armas femeninas para la contrarrevolución*, Málaga, Atenea, 1999; Sofía RODRÍGUEZ LÓPEZ: *La SF y la*

rra, militantes de la SF tomaron sobre sí diversas tareas tanto en la retaguardia como en el frente. Algunas eran de carácter auxiliar tradicional (como la enfermería, la recolección de fondos, cocinar y cuidar la ropa de las tropas) y otras de una naturaleza menos convencional (por ejemplo, el espionaje o el contrabando de armas y escamoteo de hombres a la zona nacionalista).

Para ensamblar la relación entre género y espacio, me he basado en el marco teórico establecido por el filósofo y sociólogo francés Henri Lefebvre, que formula una teoría del espacio en que éste se forma a tres niveles: el espacio percibido (producido materialmente) concebido (producido ideológica o institucionalmente) y experimentado (simbolizado por medio del uso cotidiano).⁸ Lefebvre no hizo referencia en su trabajo al género en tanto que categoría analítica. Sin embargo, su consideración del espacio como producto de estrategias del Estado y su opinión de que las transformaciones espaciales conllevan transformaciones tanto en las prácticas políticas, como en los acuerdos institucionales y en los acuerdos y símbolos políticos, pueden resultar muy útiles a los interesados en el análisis de las relaciones de género en la sociedad.

Otra contribución de la teoría de Lefebvre al estudio de las relaciones de poder de género se desprende de su tesis de que las funciones privadas y sociales asociadas a la vida cotidiana y las estructuras que se construyen para la articulación de las mismas están también, todas ellas, embebidas en el espacio y se deben analizar espacialmente. Con el fin de descifrar la relación entre el poder del Estado, la vida cotidiana y el espacio, Lefebvre señaló tres escalas que el análisis espacial debe tomar en consideración: un ámbito de lo privado, que incluye el espacio vital de los individuos y las familias; un nivel provisional hecho de avenidas, plazas y otros espacios que abastecen a la comunidad inmediata del individuo y conducen al ámbito privado y, finalmente, un nivel global dividido en espacios que están abiertos al público general y cerrados a los espacios institucionales. Vista en su conjunto, la teoría espacial de Lefebvre abre el camino a un análisis de lo vivido en la Guerra Civil que se centra (entre otras cosas) en las formas como las mujeres utilizaron su espacio vivido en tanto que individuos y que actores políticos. Destaca el hecho de que la utilización en el día a día del espacio (mediante prácticas de residencia, trabajo y ocio) pueden acarrear cambios no solo espaciales, sino también en la estructura de las relaciones de poder dentro de la familia, lo local y la comunidad política.

Desde su inicio mismo la guerra civil española, como todas las guerras totales, tuvo claras implicaciones espaciales. Entre 1936 y 1939, el territorio español estuvo precariamente dividido entre republicanos y nacionalistas. Esas extensiones incluyen muchos enclaves y territorios que cambiaban constantemente de manos. En ambos bandos surgieron durante la guerra nuevas prácticas espaciales y representaciones del espacio. Sin embargo, la realidad extrema en la que operaban hombres y mujeres así como naturaleza heterogénea de los dos bandos en términos ideológicos, llevaron en ocasiones a la aparición de prácticas y representaciones espaciales contra-

sociedad almeriense durante el Franquismo: de las mujeres del movimiento al movimiento democrático de mujeres, Tesis doctoral inédita, Universidad de Almería, 2004; Ángela CENARRO: *La sonrisa de la Falange: Auxilio Social en la Guerra Civil y la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2006; Inbal OFER: *Señoritas in Blue. The making of a female political elite in Franco's Spain*, Brighton, Sussex University Press, 2009.

⁸ Henri LEFEBVRE: *The Production of Space*, Blackwell, Oxford, 1984, pp. 33-4.

dictorias dentro de una misma zona, que fueron negociadas de manera diferente por los individuos en función de su sexo, estado socioeconómico y afiliación ideológica.

En una sociedad conmocionada por las convulsiones de la guerra, la construcción de un nuevo orden social y el mantenimiento del control político e ideológico dependían de la capacidad de dominar no sólo el espacio de la vida política, sino también el de la cotidiana. Las experiencias de la guerra, sin embargo, alteraron la naturaleza misma del espacio: hubo casas que se transformaron, cambiaron o incluso se destruyeron, y las familias que vivían en ellas quedaron desperdigadas; la función de los espacios comunes (tales como iglesias, escuelas, mercados o lugares dedicados al ocio), a menudo se modificó o cambió por completo y las comunidades susceptibles de disfrutarlos se re-definió; los espacios políticos cambiaron de mano, fueron destruidos, reconstruidos y desdibujados con significados simbólicos distintos; por último, surgieron espacios nuevos como los campos de batalla y los frentes. Esta realidad, junto con la naturaleza omnicomprendiva de la movilización ciudadana, tuvo profundas implicaciones de género.

En este contexto, el presente artículo se centra en tres preguntas: ¿Cómo se reguló el activismo de las mujeres nacionalistas en términos espaciales durante la Guerra Civil? ¿Qué representaciones espaciales se utilizaron con el fin de legitimar y explicar las prácticas espaciales impulsadas por la SF? Y, finalmente, ¿cómo se utilizaron dichas representaciones y prácticas espaciales en el proceso de construcción de una nueva cultura política falangista? Para responder a estas tres preguntas, la primera sección del artículo analiza brevemente la forma como se representaron dentro de la ideología falangista, antes de la Guerra Civil, el espacio de la nación y la relación entre nación española y estado español. El artículo se centra en los escritos y discursos de José Antonio Primo de Rivera para explorar la utilización de conceptos tales como función, jerarquía y la naturaleza orgánica de la comunidad nacional a la hora de definir la relación de la Falange tanto con lo referente al espacio como al género. La segunda sección examina algunas de las prácticas espaciales que adoptaron las mujeres nacionalistas afiliadas a la SF así en la retaguardia como en el frente. La tercera analiza las representaciones espacial y de género que se utilizaron para legitimar la movilización de las mujeres nacionalistas durante la guerra.⁹ Por último, la cuarta sección se examina algunas de las formas como dichas prácticas y representaciones contribuyeron a consolidar una cultura política falangista propia.

Nación, espacio y género en la ideología de la Falange española

Un análisis de la historia de la Guerra Civil tiene que tomar con consideración que, durante la década que precedió a la contienda, la sociedad española experimentó grandes cambios en su relación de género y espacio. Bajo la Segunda República, se reconoció la movilidad espacial como derecho universal para todos los hombres y mujeres fuera cual fuese su estado civil o socioeconómico.

⁹ Estas secciones se basan en entrevistas y memorias publicadas por militantes de la SF, así como en testimonios publicados en la revista mensual *Y Revista para la mujer nacional sindicalista*. Esta revista, publicada por la SF de San Sebastián en los años 1938-1945, tenía una amplia difusión nacional.

mico. Las mujeres conquistaron, casi literalmente, espacios de estudio, trabajo y ocio. La coeducación subvencionada por el Estado, las nuevas oportunidades de empleo y la representación política igualitaria así como la posibilidad de implementar el derecho al divorcio, afectaron la posición y experiencias de las mujeres en el ámbito público y en el hogar. Sin embargo, las nuevas libertades que la República ofrecía tanto en términos espaciales como de género, fueron cuestionadas por algunos sectores de la sociedad española.¹⁰ Podemos encontrar una prueba de ello en la retórica conservadora que, aun haciendo llamamientos a favor de la movilización política de las mujeres, veía la mezcla "caótica" de clases y géneros en diferentes espacios (como el lugar de trabajo, la escuela e incluso el ámbito legal), como un peligro para la potencia e integridad moral de la nación.

Tal como prueban los discursos y escritos de José Antonio Primo de Rivera y otros ideólogos falangistas, la relación del reducido movimiento fascista con el espacio y el género era distinta a la de otros partidos conservadores o de la extrema derecha. La Falange consideraba la nación como un todo orgánico en el que cada persona o entidad, ya fuera esta pública o privada, tenía una función específica. Por lo tanto, la presencia y libertad de grupos e individuos para actuar en espacios o esferas distintos dependía del papel social, político y profesional que se les asignara y de su habilidad para desempeñar ese papel. En un discurso pronunciado en el marco de un curso de formación política a principios de 1935, José Antonio habló del conflicto entre las libertades del individuo y las necesidades del Estado, ofreciendo una solución fascista clásica:

El Estado se encastilla en su soberanía: el individuo, en la suya; los dos luchan por su derecho a hacer lo que les venga en gana. [...] Pero hay una salida justa y fecunda [...]. La Patria es una unidad de destino en lo universal, y el individuo, el portador de una misión peculiar en la armonía del Estado. Aceptada esta definición del ser – portador de una misión, unidad cumplidora de un destino –, florece la noble, grande y robusta concepción del "servicio". [...] Interviene, pues, el individuo en el Estado como cumplidor de una función [...].¹¹

A la vista de ello, los ideólogos falangistas buscaron una forma de representación política que daría voz a las necesidades de los individuos y grupos sociales enmarcando y evaluando a un tiempo los que estaban relacionados con su "función". Abogaban por la canalización de la representación política a través de las unidades definidas como unidades básicas de "incorporación" o "identificación" humanas: la familia, el municipio y el sindicato profesional. En palabras de José Antonio:

¹⁰ Inmaculada BLASCO HERRANZ: *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2003; Mónica MORENO SECO: "Mujeres, clericalismo y asociacionismo católico", en Julio DE LA CUEVA MERINO y Ángel Luis LÓPEZ VILLAVARDE (coords.), *Clericalismo y asociacionismo católico en la España contemporánea (1875-1975). Un siglo entre el palio y el consiliario*, Cuenca, UCLM, 2005, pp. 107-131.

¹¹ José Antonio PRIMO DE RIVERA: "Estado, individuo y libertad", en *Textos de doctrina política*, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina, 1971, pp. 476-477.

[...] la construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo [...] tenemos que empezar por el hombre y pasar por sus unidades orgánicas, y así subiremos del hombre a la familia, y de la familia al Municipio, y por otra parte al sindicato, y culminaremos en el Estado, que será la armonía de todo.¹²

Aunque en los años de posguerra el régimen de Franco adoptó algunos principios de la doctrina falangista, esta última nunca fue totalmente incorporada como "ideología del Estado" como fue el caso en la Italia fascista o en la Alemania nazi. Las experiencias de la Guerra Civil hicieron más profundas las divisiones existentes entre los conceptos nacionalista y republicano de qué podía ser considerado como la verdadera nación española y quiénes eran los verdaderos españoles. "Función" y "jerarquía" se convirtieron en la Guerra Civil en conceptos por medio de los cuales se definiría el estatus de los individuos y de las distintas entidades públicas (tales como la Iglesia católica y el ámbito de lo militar) dentro del estado español.

El discurso que contemplaba el cumplimiento de la función social como una precondition para llegar a la posición de ciudadanía activa, podía actuar también a favor o en contra de la noción de la igualdad de género. Las mujeres, antes de la Guerra Civil, constituían una minoría dentro de la Falange. Las primeras activistas fueron, en su mayor parte, parientes y amigas de los fundadores de la Falange: mujeres jóvenes, solteras, de la clase media alta.¹³ Muchas de ellas eran estudiantes universitarias y, consecuentemente, trataron de afiliarse en un principio por medio del sindicato de estudiantes de la Falange. No tardaron en ser enviadas a una sección femenina separada (encabezada por Pilar, la hermana de José Antonio) y, a pesar de su clara pasión ideológica, tuvieron un papel político limitado antes de 1936. Quizás por eso, los discursos y escritos de José Antonio Primo de Rivera contienen muy pocas referencias a asuntos de género. El más interesante de todos se encuentra en un mitin pronunciado ante las militantes de la SF en la pequeña ciudad de Don Benito en la provincial de Badajoz, en abril de 1935. En un posicionamiento retórico que se opone tanto a la ideología de la derecha como de la izquierda, el dirigente de la Falange declara:

Ningún otro partido podréis entender mejor, precisamente porque en la Falange no acostumbramos usar ni la galantería ni el feminismo.

La galantería no era otra cosa que una estafa para la mujer. Se la sobornaba con unos cuantos piropos, para arrinconarla en una privación de todas consideraciones serias. [...] Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles. [...] El verdadero feminismo no debería consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas.¹⁴

¹² *Ibidem.*

¹³ Inbal OFER: *Señoritas in Blue*, pp. 26-33.

¹⁴ José Antonio PRIMO DE RIVERA: "Lo femenino y la Falange", en *Textos de doctrina política*, p. 538.

A la luz de la forma como la SF utilizaría la doctrina de José Antonio en los años subsiguientes para justificar el activismo público y político de la organización, merece la pena señalar que Primo de Rivera nunca definió con precisión aquellas "funciones femeninas" sociales a las que hacía referencia. Aunque dichas funciones incluían claramente el papel de las mujeres como madres y esposas, no se las limitaba a esas funciones. Lo que es más, en una toma de posición que sería citada por su hermana en el futuro, Primo de Rivera equiparaba a la Falange, como movimiento, con la característica más pronunciadamente femenina según la opinión tradicional:

Los movimientos espirituales del individuo o de la multitud responden siempre a una de estas dos palancas: el egoísmo y la abnegación. El egoísmo busca el logro directo de las satisfacciones sensuales; la abnegación renuncia a las satisfacciones sensuales en homenaje a un orden superior. Pues bien: si hubiera que asignar a los sexos una primacía en la sujeción a esas dos palancas, es evidente que la del egoísmo correspondería al hombre y la de la abnegación a la mujer. [...] la mujer casi siempre acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea.

La Falange también es así. Los que militamos en ella tenemos que renunciar a las comodidades, al descanso, incluso a amistades antiguas y afectos muy hondos.¹⁵

Como veremos en la tercera sección de este artículo, fue este mitin (junto con los modelos históricos adoptados por la SF tales como Santa Teresa de Jesús e Isabel la Católica) el que permitió a la organización subvertir el discurso tradicional acerca de los rasgos personales apropiados para las mujeres.

Una segunda referencia de José Antonio al papel público y político de las mujeres, lo encontramos en una entrevista publicada en el diario republicano *La Voz*, en la que se refirió al asunto del sufragio femenino. Oponiéndose al sistema entonces existente de representación política, Primo de Rivera declaró a pesar de todo:

No confío en el voto de la mujer [...] no confío tampoco en el voto del hombre. La ineptitud por el sufragio es igual para ella que para él. [...] Ahora bien, si lo estimásemos imprescindible para la vida de la nación – va usted a escucharme una extravagancia – de tener que votar forzosamente, mejores frutos habrían de lograrse con el voto de la mujer que con el del hombre. Ella tiene más aplomo y una sensibilidad práctica de que él carece.¹⁶

Como era de esperar a la vista de esas citas, la SF, al iniciarse la guerra civil española, tuvo que afrontar mensajes contradictorios en lo que respecta al papel de sus afiliadas en una futura España nacional-sindicalista: Por un lado, un llamamiento claro a su movilización social y política; y, por el otro, un compromiso que preservara los roles de género diferenciados. Una percepción de que las mujeres eran tan aptas como los hombres para ejercer sus derechos políticos dentro de

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ José Antonio PRIMO DE RIVERA, "El voto de la mujer", *La voz de Madrid*, 14 febrero de 1936, <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001039315&search=&lang=es> (consultado por última vez el 01-03-2018).

un sistema que se estructuraría en torno a la familia, el sindicato y el municipio; pero sin una comprensión clara de cómo serían priorizados exactamente los derechos de las mujeres si entraban en conflicto con los de los hombres, ya fuera dentro de la familia, en el lugar de trabajo o en la sociedad nacionalista en general.

Entre la retaguardia y el frente: las mujeres nacionalistas y sus prácticas espaciales en tiempo de guerra

Durante el primer año de la guerra civil surgieron tres organizaciones que fueron las principales entidades movilizadoras abiertas a las mujeres en la zona nacionalista. La que probablemente adoptó el papel más tradicional en términos de género fue “Auxilio de invierno” o “Auxilio Social”, que fue fundada en julio de 1936 por Mercedes Sanz Bachiller (jefe provincial de la SF de Valladolid y esposa del dirigente de Falange Onésimo Redondo). Durante la guerra, sus afiliadas tuvieron a su cargo tareas de ayuda social en la retaguardia y crearon comedores populares y casas de acogida para niños. Las mujeres carlistas ultra-tradicionistas (encabezadas por María Rosa Urraca Pastor) desempeñaron desde los primeros momentos de la guerra un papel crucial en la prestación de servicios médicos auxiliares en toda la zona nacionalista. En abril de 1937, las *margaritas* se hicieron cargo de una entidad llamada *Frentes y Hospitales*, donde sirvieron como enfermeras, enlaces y lavanderas de primera línea. La SF fundó durante la guerra su propio servicio de prensa y se hizo con el control del Servicio Social para la mujer y de la sección de niñas del Movimiento Juvenil de la Falange. Por medio de estas entidades, consolidó su posición como administradora única de programas de formación profesional (para enfermeras, instructoras de jóvenes, trabajadoras sociales, etc.) y de adoctrinamiento ideológico de mujeres nacionalistas.

A finales de 1936, las tres organizaciones tenían el mismo estatus; si en algo se diferenciaban, era en que la SF era la más pequeña y la menos organizada, Pero a raíz de la ejecución de José Antonio Primo de Rivera y de la publicación del Decreto de Unificación de abril de 1937, Pilar Primo de Rivera aprovechó su nueva posición simbólica en el bando nacionalista para imponer una jerarquía clara.¹⁷ A finales de 1937, la SF había consolidado ya su posición y pasado a ser la entidad organizativa más importante mediante la cual las fuerzas nacionalistas movilizaban y reestructuraban las prácticas espaciales de las mujeres. En una carta enviada a todas las delegadas provinciales de la SF escribió:

Todas las falangistas y margaritas pertenecen, desde que se hizo la Unificación a FET-JONS. Por lo tanto, están bajo la disciplina y autoridad directa de las Jefes Locales de las Secciones Femeninas, que se encargarán con unas y otras los grupos de camaradas que han de atender los distintos servi-

¹⁷ Inbal OFER: *Señoritas in Blue*, pp. 15-20.

cios de Auxilio Social, Asistencia al Frente, etc. No permitirán las Jefes Provinciales que se organicen otros grupos de mujeres (...) que pretendan apartarse de la disciplina de FET-JONS.¹⁸

Sí volvemos a la teoría espacial de Henri Lefebvre podemos ver que el definió las prácticas espaciales, primordialmente, como aquellas que asignan las funciones de producción y de reproducción a lugares concretos con características espaciales específicas. Pero Lefebvre no mencionó en su análisis el contexto de una guerra total; un contexto en el que las funciones tradicionales de producción y reproducción quedan en suspenso. En esas condiciones, la separación aparente entre espacios privados y públicos o globales se trastoca y la distinción entre la retaguardia y el frente cobra mayor importancia. Durante la guerra civil, la habilidad para dominar espacio (tanto material como simbólico) se consideraba equivalente a la victoria. Sin embargo, entre los años 1936 y 1939, la movilidad espacial quedó muy constreñida. Al mismo tiempo, el movimiento a través de espacios era, a menudo, la única respuesta posible ante situaciones en que la vida estaba amenazada y no hacían distinción entre hombres y mujeres. Así que con el estallido de la guerra las prácticas espaciales de las mujeres nacionalistas quedaron condicionadas, en primer lugar y, ante todo, por su ubicación física. En las siguientes líneas enfocamos en unos casos concretos para exponer algunos de los cambios generados en las prácticas espaciales y la relación espacio-género en el campo nacionalista.

Mientras la retórica nacionalista aludía a menudo al "hogar" como el baluarte de las mujeres, la realidad de la guerra hacía que muchas de las mujeres que residían en territorios que quedaron en manos de los republicanos o que habían sido línea de combate, hubieran perdido la suya. Ana María de Fronza (una militante de la SF que en septiembre de 1938 acababa de llegar a la zona nacionalista) escribió sobre su experiencia al perder su casa, su propio espacio privado y, consecuentemente, también su lugar en el mundo:

[...] Las mujeres [...] salimos de nuestro sopor y lo primero que se nos presenta a la mirada del alma, aparte los eternos «¡Presentes!» inolvidables, es la idea del hogar. La falta de hogar, mejor dicho. Las que hayáis tenido la suerte inigualada de estar desde el primer día en la España Nacional, 'sin rodar por cárceles ni embajadas, imaginad con un pequeño esfuerzo el dolor exclusivamente femenino de las que todo lo material nos fue arrebatado o tuvimos que dejarlo en la zona roja. El hogar se puede ir creando ya. —¡Pero si sólo tengo un cuarto en el hotel! —¡Si yo vivo en casa de mis suegros! —Si mi habitación es tan modesta, tan modesta [...].¹⁹

Por distintos canales, de los que el más efectivo era la prensa nacionalista, la SF insistió en que el sueño de un hogar, un "hogar nacionalista" podía recrearse. Pero las realidades de la guerra redujeron considerablemente tanto los medios económicos que podrían haberse utilizado con ese

¹⁸ Pilar PRIMO DE RIVERA: "Circular núm. 12 dictada en Salamanca, julio de 1937", en Ángela CENARRO: "Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo", *Historia y Política*, 16 (2006), p. 168.

¹⁹ Y. *Revista para la mujer nacional-sindicalista*, julio 1938, p. 11.

fin como el espacio real de la vida diaria. La nueva situación queda reflejada en el siguiente resumen tomado de un artículo titulado "Sobre las ruinas marxistas edificamos nuestra casa" publicado en 1938 por la revista *Y*:

Aquí os presentamos el proyecto de una casa, proyecto hecho con todo esmero y entusiasmo por un arquitecto, para ayudaros ahora para que muchas de vosotras, al reconstituir vuestros hogares, podáis disponer de él.

Es una casa muy económica y sencilla, de capacidad calculada para una familia de 7 personas. Se le supone un presupuesto total de 22,000 pesetas, pues vamos a contar con pocos recursos, pero con energías sobradas para hacer de nuestros hogares los más alegres y confortables y los de mejor gusto, tomando parte en esta cruzada que con tanto entusiasmo ha emprendido la Falange Femenina por la belleza y la higiene de nuestras casas.²⁰

El artículo continúa describiendo con algo de detalle el cuarto de estar, el más importante en términos arquitectónicos falangistas puesto que es en él donde diariamente tiene que inculcarse la educación y adoctrinamiento de la familia falangista.²¹ El cuarto se describe como «amplio, familiar, alegre [...] con elementos sencillos, económicos, sólidos y agradables».²² El arquitecto asume que los objetos que se encuentran en el cuarto de estar tendrán que reponerse después de la guerra. Los más importantes de todos son las sillas y los sillones que (como queda claro en el dibujo que acompaña al artículo), están colocados de manera que faciliten la discusión frente a frente de los miembros y amigos de la familia. Los dormitorios y las habitaciones asociadas a las rutinas sanitarias no se mencionan en absoluto, mientras que el comedor se describe como transformado en un rincón de estar y la biblioteca, un lugar esencial de muchas casas previas de la clase media, consiste una única librería abierta. Este tipo de descripción detallada (y muchas otras que publicaron durante la guerra las revistas femeninas) reflejaron no solamente la esperanza de recrear un hogar ideal, pero también el hecho de que la recreación del hogar será la responsabilidad de la mujer nacionalista. Una responsabilidad condicionada por sus capacidades económicas, pero también morales.

Si nos trasladamos ahora a los espacios públicos de la zona nacionalista, podemos encontrar una división entre la retaguardia y el frente, pero no tan clara como cabría esperar. En realidad, la movilización de las mujeres nacionalistas durante el conflicto y las prácticas en que se estimulaba su participación, no diferían significativamente de las adoptadas por las mujeres republicanas. En la retaguardia, las actividades de las mujeres más mencionadas públicamente incluían las funciones de enfermería y de ayuda social. Sin embargo, ambas se llevaban a cabo en condiciones que eran radicalmente nuevas. Un extracto tomado de la novela *Porque lo quiso Dios*, escrita por Francisca Cristina Sáenz de Tejada y Orti y publicada en *Y* a lo largo de 1938 no es

²⁰ *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, mayo 1938, pp. 13-14.

²¹ Inbal OFER: *Claiming the City/Contesting the State: Squatting, Community Formation and Democratization in Spain (1955 – 1986)*, Londres, Routledge, 2017, pp. 25-33.

²² *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, mayo 1938, p. 13.

sino un ejemplo de las formas como la SF encaró el cambio que la guerra había producido en la rutina diaria de sus militantes. La novela cuenta la historia de Marisa, una mujer joven de la clase media de San Sebastián. La guerra interrumpe sus estudios de Medicina y Farmacia y ella opta por trabajar de voluntaria en uno de los hospitales de la ciudad:

Sus veintidós años, llenos hasta la fecha de películas, tenis, natación, conciertos y coqueterías, han sufrido «la revolución de la guerra» y su vida actual está llena de actividades que tratan de aliviar, y alivian, las penalidades que sus camaradas sufren a consecuencia de la defensa de la Patria.

En el hospital, Marisa conoce y se enamora de un soldado herido. Un día, al asistirle cuando él vuelve a la habitación después de oír misa, se da cuenta de que, en realidad, se trata de un soldado republicano. Mientras que en la iglesia ambos son iguales, al salir de ella a Marisa la paran:

A la puerta, un compañero sale a recibir a Juan Manuel, y ella se queda alicaída ante la prohibición de la rigurosa consigna. —¿Qué haces, Marisa?— pregunta de lejos Fernanda. —Ya ves. Que ayer nadie nos habló de esta sala... y yo quería entrar, si no ahora, luego, a traerles, como a «dos otros», tabaco, y algo más. ¡Los reyes, vamos!... ¡Y no me dejan! ¿«Lo» conoces?²³

El extracto que acabamos de presentar, refleja los efectos potencialmente desestabilizantes que la guerra tiene incluso en mujeres movilizadas en espacios femeninos considerados tradicionalmente como "apropiados". El más amenazador está relacionado con la interacción con hombres desconocidos, en ocasiones sospechosos desde el punto de vista político. Merece la pena señalar que Marisa, a la que la autora presenta como un modelo positivo para otras mujeres jóvenes (debido a su devoción religiosa, su enrolamiento como enfermera voluntaria y su participación en las actividades de la SF), no se detiene ni ante la barrera espacial (el ala del hospital de los prisioneros de guerra cuyo acceso está prohibido) ni ante la ideológica. Al final, termina rompiendo con su novio y manteniendo relaciones íntimas con Juan Manuel.

Además de a trabajar como enfermeras, la SF también alentó a sus militantes a acceder y monopolizar otras esferas de la vida que resultaban menos aceptables para las mujeres conservadoras de la clase media; todo ello para llenar el vacío dejado por los hombres. Alfredo Marqueríe Mompín (un dramaturgo, poeta y ensayista) escribió en *Y*:

Trabaja la mujer [...] en las tareas todas de la segunda línea: -faenas labriegas en el campo, oficina, fábrica, taller en la ciudad. Los rudos brazos de los hombres faltan, pero allí hay, para que ni el trabajo ni la vida, ni el triunfo de vida y trabajo se interrumpan, guardia vigilante y milicia férvida de mujeres vistiendo el azul entero, serio y proletario.²⁴

²³ *Ibidem*, p. 29.

²⁴ *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, marzo, 1938, p. 70.

Los llamamientos de ese tipo estaban en franca contradicción con la nueva ley publicada ese mismo año – el *Fuero del trabajo*– que instaba a las mujeres nacionalistas a retirarse específicamente de las fábricas y del trabajo en general por los posibles efectos negativos del trabajo femenino en la capacidad reproductiva de la nación.²⁵ Esos mensajes contradictorios reflejan las tensiones dentro de un movimiento de masas cada vez más numeroso que agrupaba a mujeres conservadoras y nacionalistas. Conviene destacar que esas contradicciones se encuentran también en los discursos y escritos de la propia Pilar Primo de Rivera. En el tercer Congreso General de la SF, que tuvo lugar en 1939, la delegada nacional recordó a las militantes de la SF que formaban «parte de esa minoría que José Antonio le asignó una misión tan gloriosa, la formáis vosotras, camaradas de la SF. Vosotras que no tenéis que desalentar, aunque todas las cosas se os pongan al revés». Al mismo tiempo, también advertía: «pero nuestra misión en esta tarea es misión de ayuda, no es misión directora, porque esa solo corresponde a los hombres».²⁶ ¿A cuál de los dos mensajes se suponía que las militantes de la SF tenían que adherirse? La respuesta a esta pregunta se puede hallar en las funciones que su dirigente les asignaba:

Lo que tenemos nosotras que hacer es preparar a todas las camaradas, para que cuando tengan una casa y unos hijos sepan inculcarles en el espíritu [...] este modo de ser de la falange. Todas aquellas españolas que el gobierno no considera que se las deba imponer un castigo ejemplar, a todas esas tenemos que incorporarlas, tenemos que hacerles conocer nuestras doctrinas, a las que atacaron quizá por desconocimiento.²⁷

Si la primera misión tenía que llevarse a cabo en los confines del propio hogar falangista, la segunda era, por naturaleza, claramente política y pública.

La prensa de la SF dedicó también tiempo a describir el papel de las mujeres en el frente. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en la zona republicana, en la nacionalista nunca se planteó una discusión acerca de si la presencia de las mujeres en el frente era deseable.²⁸ Las mujeres nacionalistas, por ejemplo, no fueron animadas a participar en los actos de guerra directamente y nunca se las fotografió armadas. A pesar de eso, la propia Pilar Primo de Rivera se refirió al contrabando de armas como una acción auxiliar necesaria que al mismo tiempo incomodaba y enorgullecía a quienes la llevaban a cabo:

[...] qué apuros pasaban las chicas con aquellos pistolones por debajo de los abrigos y dentro de las botas katiuskas, sin saber si se dispararían solos o si con algún movimiento se les

²⁵ <http://www.ub.edu/ciudadania/hipertexto/evolucion/textos/trabajo/1938.htm> (consultado por última vez el 01-03-2018)

²⁶ Pilar PRIMO DE RIVERA: "Discurso de Pilar Primo de Rivera en el III Consejo Nacional de la SF", *Escritos*, Madrid, Sección Femenina de la F.E.T. Y de las J.O.N.S., 1942, p. 19.

²⁷ *Ibidem*, p. 20.

²⁸ Mary NASH: "Milicianas and homefront heroines: Images of women in revolutionary Spain (1936–1939)", *History of European Ideas*, 11 (1989), pp. 237-239.

quitaría el seguro sin querer. Ni a sentarse se atrevían cuando iban en el metro o en los tranvías camino de los mítines, por si al moverse se les notaba que llevaban aquello.²⁹

Felipe Ximénez de Sandoval (un destacado ideólogo falangista), dando un paso más allá, presentó la proximidad de las mujeres a las armas y a la sangre como consecuencia natural de la guerra misma. En su elogio de Pilar Carrillo de Albornoz (que fue movilizada como lavandera y enlace en el frente de Madrid) escribió:

Pili es, tal vez, la figura más popular del Frente de Madrid. [...] Pili tiene un arsenal de cosas magníficas: un carnet de Falange con la firma de José Antonio, de octubre del 34 (pocas camisas azules poseen ese documento, que llena de envidia mojada de nostalgias nuestros ojos).

Pili pertenece a los Lavaderos de guerra, de la Delegación de Asistencia a Frentes y Hospitales. Pero no es lavandera ni enfermera. [...] Pili es enlace. [...] Probablemente no hay otra chica en España que haya estado más veces que Pili en la Ciudad Universitaria. Y pocos hombres tendrán, como ella, pase permanente para circular por aquel glorioso y terrible sector.³⁰

En otro artículo titulado "Falange femenina de primera línea en el frente de Madrid", se destaca de nuevo la presencia de voluntarias permanentes en el frente:

Luisa Terry de la Vega—¡Presente!—primera Jefe local de Puerto Real (Cádiz), herida gravemente en Seseña, subió a los luceros en el Hospital de Griñón, quizá desde la misma cama en que murieron también por España, soldados y falangistas. Y Maribel y Marilú cayeron prisioneras en Brúñete. [...] ¿Qué hacen estas camaradas en la primera línea? Están en las Enfermerías y Lavaderos del Frente de Falange. En la Ciudad Universitaria, también hay mujeres de Falange. Desde fines de 1937, un equipo fijo [...] presta consuelo a los heridos del glorioso sector.³¹

Tal como estas citas dejan claro, las mujeres nacionalistas no sirvieron en el frente en oposición a las prácticas espaciales que les habían sido impuestas, sino que la propia SF las alentó a hacerlo. La diferencia entre mujeres consagradas al servicio de la Patria y conducta inapropiada no surgió relacionada con los espacios que esas mujeres ocuparon durante la guerra, sino más bien con la función que cumplían y la forma como se presentaban.

²⁹ Pilar PRIMO DE RIVERA: "Historia de la Sección Femenina", *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, mayo 1938, pp. 32-33. Véase también: Toni MORANT I ARIÑO: "Para influir en la visa del Estado futuro: discurso – y práctica – Falangista sobre el papel de la mujer y la feminidad, 1933-1945", *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 121-122.

³⁰ *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, junio 1938, p. 19.

³¹ *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, diciembre 1938, p. 28. Más sobre las mujeres mencionadas en Real Academia de Historia, Fondo de Asociación Nueva Andadura (ANA), Serie Azul, 'Camaradas caídas', Carp. 18.

El papel de las mujeres entre "función" y "jerarquía": representaciones de espacio y género

El hecho de ir más allá de la división tradicional entre público y privado y de juzgar el activismo de las mujeres según su función y posición en la sociedad y no según el que supuestamente tenían que ocupar, fue típico de las prácticas de movilización de la SF. Esta conclusión queda reforzada no solo por las fuentes orales y escritas, sino también por las representaciones visuales de las mujeres nacionalistas durante la guerra. Beatriz de las Heras Herrero (que ha estudiado las imágenes de las mujeres republicanas y nacionalistas en Madrid y en Burgos) llega a la siguiente conclusión:

[...] lo cierto es que las imágenes que se conservan muestran que la actividad de las mujeres de ambos lados fue la misma, aunque esas imágenes presentan características diferenciadas. En las fotografías tomadas a las mujeres de Burgos se retrata un modelo único de mujer multifacético, prima la idea de conjunto sobre la del individuo, el interés fotográfico reside en quién realiza la acción (una actividad que se revela como específicamente femenina), se muestra una imagen más ordenada (la guerra no ha alterado la forma de vivir o estar en la retaguardia).³²

El concepto de función social estaba directamente ligado a la consideración de la sociedad como un todo orgánico en que la función y la jerarquía definían el lugar de la persona. Dicha consideración asignaba a las mujeres roles específicos que emanaban de sus supuestas capacidades naturales para cuidar de los demás. Destacaba ciertos espacios en que las mujeres debían actuar pero se abstenía conscientemente de definir espacios de los que las mujeres debían ser excluidas a priori porque dicha exclusión iba contra la lógica de una comunidad orgánica en la que cada individuo podía ser llamado, e incluso obligado, a contribuir según las necesidades del "todo" nacional. Durante la guerra civil, la SF utilizó los conceptos de sociedad orgánica / Estado y de regeneración nacional con el objeto de reformular la relación entre género y espacio. Para entender cómo esto se llevó a cabo, no basta con analizar las prácticas de organización espacial. Hay que examinar también sus representaciones del espacio y las formas como esas representaciones dieron forma a la movilización en masa de las mujeres.

Sí volvemos a la teoría espacial de Lefebvre vemos que el definió las representaciones espaciales como elementos retóricos que "ordenan" y legitiman la asignación del espacio y la construcción de prácticas espaciales por medio del discurso académico, profesional e ideológico. En el caso español, centrarse en la contribución potencial de las mujeres a la sociedad y a la patria, requerían "cortar" en primer lugar la conexión entre lo "femenino" y el "pecado original". En una sociedad católica devota, esta empresa precisaba ciertas acrobacias retóricas, pero se consiguió por

³² Beatriz DE LAS HERAS HERRERO: "Madrid y Burgos, 1936-1939: Representación visual de las mujeres a través del Fondo Fotográfico de la Guerra Civil española de la Biblioteca Nacional, *Discursos Fotográficos*, 10 (2011), p. 170.

medio de textos como el que sigue, publicado en *Y* en febrero de 1938. En un artículo titulado "La voluntad y el sexo", el jesuita Vicente Gar Mar escribió:

Primero pecó EVA, después ADÁN: pero el pecado de EVA no hubiera sido suficiente para introducir en el mundo el pecado original. Ahora, de hecho, todos los niños nacen en ese pecado "mortal", no por el pecado de la primera mujer, sino por el pecado del primer hombre. La voluntad masculina es, pues, más responsable que la femenina en todos los males derivados del pecado original.

Un paso más. Para nosotros es evidente que las almas no tienen sexo. [...] En un almacén de almas humanas, independientes de todo cuerpo, nosotros no podríamos predecir "a priori" cuáles habrían de ser calificadas algún día de masculina y cuáles de femeninas; y por lo mismo, al considerar sus facultades (entendimiento, voluntad) no advertiríamos privilegio alguno en ninguna de ellas.³³

A lo largo de la guerra, la SF publicó relatos sobre la vida de sus dirigentes y de sus "mártires" de guerra que presentaban una compleja variedad de rasgos femeninos. Estos rasgos fueron utilizados para legitimar la presencia y activismo público de mujeres nacionalistas. Según la SF, esas mujeres vivieron vidas normales. Fue la guerra, por encima de cualquier otra circunstancia, la que les obligó a revelar su potencial como "mujeres nacional sindicalistas". La SF se sirvió de sus historias para cuestionar la supuesta masculinidad de determinados rasgos de personalidad y de la virilidad misma. Como ya dije en otra parte, las características más comunes del término "virilidad" según los diccionarios españoles son: valor, energía, entereza, esfuerzo, tenacidad e inteligencia. Los textos compuestos en memoria de las mártires de la SF incluían con mucha frecuencia las siguientes características: valor, inteligencia, fuerza, intensidad y entusiasmo, determinación y heroísmo. El paralelismo resulta bastante sugerente, pero es importante destacar que las características consideradas como masculinas no aparecen solas. Siempre van acompañadas de adjetivos que describen rasgos femeninos como cariñosa, compasiva, abnegada y graciosa, así como otros de género menos específicos como animada, disciplinada y tranquila. En mi opinión, esas características no se eligieron por su naturaleza "viril", sino porque se consideraron libres de connotaciones de género y, por lo tanto, no podían rebajar la femineidad de las mujeres a quienes se les atribuían.

Podemos encontrar una combinación de rasgos personales semejante en las historias de las mujeres elegidas como modelos históricos de la SF, por ejemplo Isabel la Católica y Margarita de Borbón-Parma, la reina carlista, así como Santa Teresa de Ávila, bajo cuyos auspicios estaba la organización. La historiadora Giulina Di Febo ha sostenido que el régimen de Franco reelaboró y distorsionó las biografías de Teresa de Ávila y de Isabel la Católica hasta tal punto que todo lo que quedó de ellas fueron símbolos simplistas y uniformes de vocación femenina.³⁴ Sin embargo, un análisis del discurso de la SF durante la Guerra Civil indica que la organización empleó la idea de las mujeres como defensoras de la raza de forma más compleja. Fue precisamente la contribu-

³³ *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, febrero 1938, p. 16.

³⁴ Giuliana DI FEBO: "La Santa de la Raza. Teresa de Ávila: un culto barroco en la España franquista (1937-62)", *El Ciervo: revista mensual de pensamiento y cultura*, 445 (1988), pp. 63-71.

ción de Isabel y Teresa a proyectos políticos y religiosos de amplia escala lo que permitió a la SF utilizar sus biografías para legitimar diversos modelos de activismo femenino. La historia de Isabel la Católica, por ejemplo, se utilizó para demostrar que las mujeres españolas no debían limitarse a ser compañeras y consejeras de los hombres que cambiaron la historia. También las mujeres podían cambiar la historia, en ocasiones a la cabeza de un ejército conquistador.³⁵

A partir de la publicación del Decreto de Unificación, la SF integró como modelo adicional la imagen de la reina Margarita de Borbón-Parma, cuyo nombre llevaba la organización de mujeres Carlistas. En un artículo sobre su vida, el abogado y periodista vasco Jesús María de Arozamena mencionó varias veces el papel de la reina en los campos de batalla de las guerras carlistas. Arozamena era muy claro en la lección que había que sacar de ello y exhortaba a las mujeres españolas a aprender de la vida de Margarita una lección de compromiso:

¿Te acuerdas de la Reina Margarita? Llevaba su cabalgadura por los campos genuinos de la guerra carlista. [...] Su figura ideal es la más sublime representación de la mujer que se "hace". Un concepto ardiente de las posibilidades femeninas, envuelve toda su vida.

Está en vosotras. En tí. En todas las mujeres que sienten y laboran por el ideal de nuestra Revolución. Algunas, tomásteis su nombre, para actuar políticamente por la vida—tú, también para Dios en el nacimiento—siguiendo la ruta que el la marcó con su dedo real.³⁶

Finalmente tenemos a Santa Teresa de Ávila «que nació para Capitán General», que «era como un caballero del Apocalipsis *vincens ut vinceret* [...] vencedor para vencer».³⁷ Santa Teresa fue elegida como santa protectora de la SF por Pilar Primo de Rivera, que escribió acerca de ella en sus memorias: «Nadie como ella, humana y divina, mujer andariega, como nosotras entonces, con una vida interior rayando en lo sublime, con un magisterio espiritual que hoy la ha llevado al Doctorado de la Iglesia [...]».³⁸ Como puede deducirse de estas citas, la SF no banalizó las vidas de Teresa e Isabel. En lugar de eso, construyó un discurso que permitió a esas historias interactuar con la dialéctica de la Falange destacando la necesidad de movilizar a las masas de mujeres en lo que ellas definían como un proyecto nacional revolucionario.

Conclusión

La Guerra Civil Española acarrió consigo una alteración de los espacios, ya fueran estos privados y globales o públicos, así como la creación de otros. A pesar de los horrores de la guerra, algunos de esos espacios alterados y recientes, procuraron nuevas oportunidades al activismo público de las mujeres en ambos bandos. La diferencia entre retaguardia y frente era, tanto en términos retóricos como espaciales, la más pronunciada. Mientras la retaguardia se presentaba

³⁵ "Recompensas," en ANA, Serie Azul, Carp. 8, Doc. 1.

³⁶ Jesús María DE AROZAMENA: *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, mayo 1938, p. 43.

³⁷ *Y. Revista para la mujer nacional-sindicalista*, octubre 1938, p. 15.

³⁸ Pilar PRIMO DE RIVERA: *Recuerdos de una vida*, Madrid, Ediciones Dyrsa, 1983, p. 104.

como el terreno de las mujeres y de los hombres inhábiles para el servicio militar activo, el frente se presentaba como terreno del hombre. Como hemos visto, sin embargo, esta distinción era, en realidad, menos significativa de lo que habría cabido esperar, especialmente en lo que concernía a las mujeres jóvenes y solteras a las que en ocasiones se exhortaba e incluso se obligaba a alistarse para llevar a cabo toda una serie de servicios en el frente mismo. Hablando de los efectos que tuvo la Guerra Civil sobre las mujeres falangistas, la historiadora Ángela Cenarro ha señalado el conflicto innato en la relación de los movimientos fascistas con la mujer:

En realidad, la falta de mesura en el discurso se debía precisamente a la amplia actividad de las falangistas: para los rebeldes el reto consistió en tener a sus mujeres en la calle sin poner en entredicho ese modelo de género que garantizaba la completa restauración del orden social.³⁹

Al concentrarse en las formas como los movimientos fascistas adaptaron su discurso respecto a la conveniencia y alcance de la movilización de las mujeres, sin embargo, se corre el peligro de pasar por alto las particularidades de esa movilización femenina "de hecho". Ese enfoque corre el riesgo de pasar por alto el efecto a largo plazo de una movilización de masas que no se hizo en nombre de la igualdad de género, así como las tensiones y contradicciones que se daban en el discurso elaborado por las mujeres fascistas respecto a los patrones y el alcance de su propio activismo.

La realidad de la retaguardia nacionalista, como la republicana, estaba muy lejos de ser el "refugio femenino" que la prensa mostraba y con el que los soldados que estaban en el frente soñaban. Los bombardeos, la escasez de suministros y la represión política afectaron gravemente la vida de la mayoría de los civiles. Durante la contienda surgieron en la retaguardia nuevas formas de control social y adoctrinamiento político. Las tácticas de vigilancia, coerción y reeducación forzada se encontraban habitualmente arraigadas en, o relacionadas con espacios públicos específicos (como la escuela, el lugar de trabajo o incluso la calle), pero también afectaban al ámbito privado del hogar cada vez más politizado. Entre los años 1936 y 1939, los nacimientos, las muertes, los matrimonios y el consumo se convirtieron, más que nunca antes, en la preocupación de las autoridades. Los patrones de la vida cotidiana, al igual que los de la vida política, se presentaban como indicio de lealtad o desviación.

Mientras que la vigilancia y la reeducación forzada causaron un sufrimiento indescriptible a individuos y sectores de la población marcados como desviados, los nuevos mecanismos de control social también proporcionaron nuevos espacios para el activismo público de hombres y mujeres identificados con el régimen nacionalista. Las mujeres falangistas, en particular, gozaban de un amplio papel público y político en la retaguardia; si el hombre fascista debía limpiar la nación por medio del fuego y la sangre, la mujer fascista tenía que reconstruirla. Dentro de la cultura política del fascismo español, las mujeres, como hemos visto, tenían una clara función de apoyo

³⁹ Ángela CENARRO: *La sonrisa de Falange*, p. 175.

(en lo que hace a los soldados nacionalistas y a la población de la retaguardia) y regeneradora (con respecto a las mujeres y los niños republicanos).

Los falangistas, tanto hombres como mujeres, compartieron los temores de otros grupos de la derecha en la sociedad española con respecto a los efectos desestabilizadores del desorden social (ya fuera en términos de género o de clase). Sin embargo, a diferencia de otros sectores dentro de la derecha española, los falangistas siguieron la doctrina de José Antonio Primo de Rivera al sugerir que el remedio para el desorden no estaba en la segregación espacial. En su lugar, abogaban por un mantenimiento del orden social basado en el concepto de función que pudiera facilitar las interacciones entre personas de diversas clases, géneros y, en ocasiones, afiliación ideológica. Entre los años 1934 y 1939, la mayoría de los ideólogos falangistas emplearon los conceptos de "orden" y "función" para tratar el tema de las relaciones de clase, prestando menos atención a las implicaciones que conllevaban con respecto a las cuestiones de género. Las mujeres falangistas, por su parte, utilizaron las oportunidades políticas que les ofrecían las realidades de una guerra total para construir un discurso autónomo de género que empleaba los conceptos de "orden" y "función" para armonizar sus prácticas espaciales con las representaciones espaciales de una sociedad ultranacionalista inmersa en un profundo conflicto civil.

El discurso de género de la SF basó sobre ciertos principios católicos. Al mismo tiempo, superó ampliamente el discurso tradicional sobre el papel de las mujeres en la sociedad y destacó el compromiso de estas, ante todo, con la nación. En consecuencia, las militantes de la SF eran libres de actuar en todas partes (incluido el frente) en nombre de la nación, siempre y cuando se limitaran a las funciones que se les asignaban. Junto con el estatus político excepcional de su Jefe Nacional, fue este discurso -y la forma de actuar que promovió y legitimó- lo que permitió a la SF convertirse en una organización de masas por derecho propio, y en un instrumento de control y adoctrinamiento dentro del nuevo régimen.

Castelao: República, Guerra Civil y exilio.

Castelao: Republic, Civil War and exile.

Justo Beramendi

Universidade de Santiago de Compostela

Resumen: Este artículo versa sobre la figura del principal líder político del nacionalismo gallego, Alfonso Daniel Rodríguez Castelao. Con trayectoria vital se trasluce otros aspectos, como la lucha por la autonomía, las relaciones políticas durante la República y el exilio. El nacionalismo gallego a principios del siglo XIX se dividía ideológicamente entre un ala democrática y filorrepublicana y otra católico-tradicionista que fueron muy fecundos en la elaboración discursiva y en la promoción de un segundo *rexurdimento* lingüístico y cultural, pero ineficaces en lo organizativo. Por esto, en las elecciones a Cortes Constituyentes de 28 de junio de 1931, se presentaron dos candidaturas distintas. En una de ellas estaba Castelao, que se convirtió en el principal líder político del nacionalismo gallego durante la República, así como un referente cultural. Bajo su influjo se presentaron bajo las siglas del Partido Galleguista en siguientes elecciones. Castelao comprendió que tenía que resignarse a aceptar un Estado Integral que establecía la Constitución de 1931, que no era sino una república unitaria en la que cabía la posibilidad de una autonomía limitada para aquellas “regiones” que demostrasen una fuerte vocación autonomista y olvidarse de objetivos más ambiciosos. También supo darse cuenta que esto solo lo podría conseguir de la mano de los partidos de izquierda, a pesar de que muchos nacionalistas no estaban de acuerdo con una unión con el Frente Popular. Pero la rebelión militar iniciada el 18 de julio bloqueó la tramitación parlamentaria y a la postre haría imposible la instauración efectiva de las instituciones autonómicas previstas. Su final fue la resistencia en el exilio y un legado político y cultural que sería recogido cuarenta años más tarde.

Palabras clave: nacionalismo gallego, Castelao, Estatuto de Autonomía, guerra civil, exilio

Abstract: This article deals with the figure of the main political leader of Galician nationalism. The analysis of Castelao's life reveals aspects such as the struggle for autonomy, political relations

during the Republic and exile. Galician nationalism at the beginning of the 19th century was divided ideologically between democratic and republican and traditionalist Catholics. It was a very fruitful moment in the discursive elaboration and in the promotion of a second linguistic and cultural "rexurdimento", but ineffective in the organizational aspect. Therefore, in the elections to Constituent Cortes of June 28, 1931, two different candidates were presented. In one of them was Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, who became the main political leader of Galician nationalism during the republic, as well as a cultural reference. Under his influence, the whole of nationalism was presented under the initials of the Galician Party. Castelao understood that he had to accept an Integral State as a unitary republic with the existence of political autonomy in some "regions". For that, he had to forget more ambitious political objectives. He also knew that this could only be achieved by the parties of the left, despite the fact that many nationalists did not agree with a union with the Popular Front. The military rebellion that began on July 18 blocked the parliamentary process and made the effective establishment of autonomous institutions impossible. Its end was the resistance in exile and a political and cultural legacy that would be collected forty years later.

Keywords: Galician nationalism, Castelao, Statute of Autonomy, civil war, exile.

| |
|--|
| Para citar este artículo: Justo BERAMENDI: "Castelao: República, Guerra Civil y exilio", <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 179-195. |
|--|

Recibido: 15/12/2017

Aprobado: 23/02/2018

Castelao: República, Guerra Civil y exilio.

Justo Beramendi

Universidade de Santiago de Compostela

Los precedentes

Para entender bien la trayectoria de Alfonso Daniel Rodríguez Castelao (Rianxo, 1886 – Buenos Aires, 1950) en los años treinta y cuarenta del siglo XX conviene tener en cuenta la naturaleza del nacionalismo gallego en el que militó desde el principio. Nacido ese nacionalismo en 1916-1918 con las primeras Irmandades da Fala por evolución del regionalismo decimonónico previo, había definido su programa en la I Asamblea Nacionalista (Lugo, noviembre de 1918). Allí, aparte de proclamar colectivamente por primera vez que Galicia es una nación por su singularidad lingüística, étnica e histórica, nación oprimida y expoliada por un Estado español centralista al servicio de Castilla, se esbozó el conjunto de reivindicaciones que derivaban de tal condición nacional y de la voluntad de superar el atraso socioeconómico, la postergación pública de su identidad y las graves carencias democráticas del sistema de la Restauración. Los puntos principales de ese programa¹ eran:

- a) la “autonomía integral” para Galicia, lo que implicaba un Estado gallego dentro de una Federación Ibérica de diseño pimargalliano en lo relativo a la distribución vertical de la soberanía, es decir, un Estado dotado de parlamento y gobierno propios y con poder exclusivo en las siguientes materias: administraciones públicas; poder judicial completo presidido por un tribunal supremo gallego de última instancia; régimen tributario con total soberanía fiscal, ya que el sostenimiento de la Federación se haría por el sistema de concierto entre los Estados federados; régimen bancario y crédito agrícola, «pol-a función social que oxen teñen os bancos»; agricultura, industria y comercio; policía y orden público; legislación social, salvo en los casos en que los problemas sociales fuesen compartidos por las naciones federadas; derecho foral gallego recuperado; comunicaciones internas (correos, telégrafos, carreteras, puertos e unos ferrocarriles “nacionalizados”); educación a todos los niveles y cultura. Por exclusión, a la Federación solo le competirían la legislación sobre derechos fundamentales, los códigos, las relaciones exteriores, las fuerzas armadas, la moneda, la regulación del mercado y de los mecanismos económicos básicos y las relaciones y conflictos entre las naciones federadas.
- b) la instauración de una democracia representativa auténtica, incluido el voto femenino entonces no reconocido, y la consiguiente erradicación del caciquismo y del fraude electoral;
- c) un sistema de partidos con predominio de los exclusivamente gallegos;

¹ *Ao pobo galego. Manifesto da Asambleia Nazonalista de Lugo*. Lugo, 18 de noviembre.

- d) la normalización social de la lengua y la cultura autóctonas mediante, entre otras medidas, la cooficialidad del gallego y su incorporación a la enseñanza;
- e) la galleguización del funcionariado;
- f) la reforma de la administración local con supresión de las diputaciones provinciales y los ayuntamientos rurales (sustituídos por parroquias y entes comarcales) y la instauración de la autonomía municipal en los ayuntamientos urbanos;
- g) un sistema tributario centrado en los impuestos directos progresivos y no en los indirectos;
- h) la sustitución del proteccionismo por el librecambismo;
- i) la eliminación del foro y el acceso del pequeño campesino a la propiedad plena de la tierra;
- j) el desarrollo agropecuario y agroindustrial con ayuda del cooperativismo y de una banca pública;
- k) la mejora sustancial de las infraestructuras terrestres y marítimas; y
- l) la elevación del nivel de vida de las clases populares, especialmente del campesinado, con la consiguiente disminución drástica de la sangría migratoria.

Este nacionalismo naciente, ideológicamente dividido entre un ala democrática y florrepblicana y otra católico-tradicionalista, fue muy fecundo en la elaboración discursiva y en la promoción de un segundo *rexurdimento* lingüístico y cultural, pero muy ineficaz en lo organizativo.² La acción política de las Irmandades, cuya estructura estaba a medio camino entre la asociación cultural y el partido político, fue bastante consistente en el ámbito de la propaganda (mítines, conferencias, boletines, octavillas) pero muy débil y errática en el campo electoral por culpa de las discrepancias tácticas entre esos dos bandos ideológicos, lo que frenó su crecimiento. Con un techo de unos 700 afiliados en los mejores momentos, sus efectivos se repartían en unos quince grupos locales (aparte de los de Madrid, La Habana y Buenos Aires), casi todos poco numerosos y no muy bien organizados, con excepción del de Coruña en el que se concentraba la mitad del total y era el único capaz de sostener un periódico (*A Nosa Terra*, portavoz del movimiento), un amplio local y multitud de actividades.

Para colmo de males, las tensiones internas desembocaron en una escisión en la IV Asamblea Nacionalista (Monforte, 1922). Por un lado, quedó la Irmandade de Coruña y un par de grupos menores. Por el otro, el resto de las agrupaciones, que formaron la Irmandade Nazionalista Galega, contraria a participar en las elecciones, sobre todo si había que hacerlo en alianza con los republicanos, pero con vocación de formar un auténtico partido, muy jerarquizado y muy nacionalista. El golpe de Estado que encabezó el 13 de septiembre de 1923 el general Miguel Pri-

² Los dirigentes e ideólogos principales del ala demócrata fueron Antón y Ramón Villar Ponte, Lois Porteiro, Xan Vicente Viqueira y Lois Peña Novo y, ya en los años treinta, Alfonso R. Castelao y Alexandre Bóveda. En el sector católico-tradicionalista destaca la figura de Vicente Risco, el teórico mayor del movimiento en los años veinte, junto a las de Ramón Otero Pedrayo y Xosé Filgueira Valverde en la década siguiente. Para un análisis completo de las ideologías y programas del nacionalismo gallego anterior a la Guerra Civil, vid. Justo BERAMENDI: *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*, Vigo, Xerais, pp. 469-644.

mo de Rivera desde la Capitanía General de Cataluña y la dictadura consiguiente acabaron con el experimento cuando daba sus primeros pasos. Sólo sobrevivió, aunque muy disminuida, la Irmandade da Coruña. En suma, la incidencia del naciente nacionalismo gallego sobre la dinámica política del país fue prácticamente nula en el tramo final de la Restauración.³

En esta primera etapa del nacionalismo gallego, Castelao, licenciado en Medicina pero que había abandonado pronto la práctica médica para ser funcionario de la Delegación de Hacienda y profesor de Dibujo en el Instituto de Pontevedra, fue un militante destacado de las Irmandades que asistía a sus Asambleas y participaba en algún mitin pero nunca ocupó primeros puestos de responsabilidad política ni ejerció de teórico del movimiento. Su función era otra: ser *o noso xenial artista*, la persona que contribuía con sus caricaturas, dibujos y exposiciones a la popularidad de los irmandiños. Ni por formación ni por vocación era Castelao un ideólogo. Acostumbrado a captar y representar realidades, problemas y sentimientos muy concretos, no era muy dado a los conceptos teóricos ni a las formulaciones abstractas. Por supuesto los usaba, pero siempre tomados de otros. En cambio, tenía una gran capacidad para adoptar en cada momento la posición política más coherente con los objetivos principales que perseguía. Por eso en los momentos decisivos se guió siempre, no por las teorías, sino por los imperativos de justicia o de eficacia coyuntural, por aquello que reclamaba cada situación para la mejor defensa de las libertades y el progreso del pueblo gallego, y muy en especial de sus clases trabajadoras. De aquí que, mientras en el plano ideológico asumía a veces elementos contradictorios entre sí, en el plano político su actuación fue siempre rectilínea, aunque eso supusiese en la práctica negar algunos de esos elementos o por lo menos las consecuencias políticas de ciertas ideas.

Por supuesto entre los ingredientes ideológicos que nunca negó ni en la teoría ni en la práctica estaban los que se expresaban en el programa de las Irmandades que hemos resumido *ut supra*. Aun así se percibe en su pensamiento de estos años la presencia de ideas de origen tradicionalista que, en todo caso, ocupaban una posición subordinada como guías de su conducta política. La gran autoridad teórica que ejercía entonces Vicente Risco sobre el conjunto de las Irmandades⁴ y la poderosa influencia personal de Antonio Losada Diéguez⁵ sobre Castelao desde 1919 por su estrecha relación personal en Pontevedra hicieron que en esos años diese un gran valor a la tradición para algunas cosas, desde la propia concepción de la nación gallega a la valoración negativa de las vanguardias artísticas, como se pone de manifiesto en su *Diario*.⁶ Pero ya en esta primera etapa, un examen atento de las actitudes de Castelao revela diferencias muy hondas entre

³ Una descripción pormenorizada de la ejecutoria política y cultural de las Irmandades entre 1916 y 1931 en Ibídem, pp. 428-468 y 645-772) y Emilio INSUA: *A nosa Terra é nosa! A xeira das Irmandades da Fala (1916-1931)*, A Coruña, Baía Edicións.

⁴ Para una aproximación a la evolución del pensamiento de Vicente Risco, vid. mi estudio introductorio a la edición crítica de su *Teoría do nacionalismo galego*, edición crítica de Justo Beramendi, Santiago, Sotelo Blanco, 2000 [1920].

⁵ Antonio LOSADA DIÉGUEZ, *Obra Completa*, ed. de J. Beramendi, estudios introductorios de Luis Losada, Justo Beramendi, Xosé Filgueira y Ramón Villares, Vigo, Ed. Xerais, 1985.

⁶ Alfonso Daniel R. CASTELAO, *Diario 1921. Viaxe a Francia, Bélxica e Alemaña*, ed. facsímil de Xosé Filgueira Valverde, Pontevedra, Diputación de Pontevedra, 1986 [1921]

su sistema de valores y el de los verdaderos tradicionalistas. Para detectarlas hemos de recurrir sobre todo al análisis de los contenidos de sus dibujos, pues estos constituían entonces su principal forma de expresión. En primer lugar, lo que en un Risco o un Losada era hostilidad manifiesta a todo lo que viniese de fuera del viejo entramado social, desde el binomio capitalista-obrero al simple tendero maragato, en Castelao no era más que indiferencia, cuando no un *wait and see*, como en ese dibujo en el que se preguntaba si el bolchevismo vendría a Galicia hablando gallego, es decir, si la novísima revolución podría o no ser beneficiosa para su pueblo. Esta actitud de ambivalencia expectante era tan impensable en los tradicionalistas como la sarcástica pregunta que Castelao, en figura de demonio, se hacía en otro dibujo -*Este é o mundo que fixo Deus?*- y que no era sino la consecuencia lógica de su implacable rosario de denuncias contra la explotación económica y la marginación social y cultural que sufrían campesinos y pescadores, no sólo por parte del Estado y los caciques, sino también de los curas, hidalgos, rentistas, abogados, médicos e implícitamente de todo poder político o social. Por algo uno de sus sapos sentenciaba: *O home é esclavo do home*.

Esta interiorización de las miserias y los intereses del pueblo trabajador sólo podía convivir pacíficamente con la asunción teórica de determinados postulados del tradicionalismo mientras los hechos no exigiesen derivar de esos postulados las pertinentes consecuencias en la práctica política. Pero la realidad de Galicia y de España empezó a reclamar de todos una concordancia cada vez mayor entre ideas y actuaciones políticas en 1923 y sobre todo a partir de 1930-1931. En el caso de Castelao, el primer aviso de que empezaba a dissociarse ideológicamente de sus mentores llegó en 1924, cuando no secundó la efímera colaboración de Risco y Losada con la dictadura de Primo de Rivera, seducidos por la promesa, luego incumplida, de conceder a Galicia una Mancomunidad como la catalana. Lo que en estos era proclividad a cualquier “revolución” desde arriba, en Castelao era desconfianza instintiva para con todo lo que viniese del poder, y más si era un poder centralista y dictatorial. Comienza así su progresivo alejamiento de la derecha nacionalista, aunque esto no salga claramente a la luz durante la Dictadura, que impone un obligado silencio político y promueve la solidaridad entre los galleguistas reprimidos.

La incorporación de Castelao al liderazgo político

La llamada Dictablanda (1930-1931) y la proclamación de la República el 14 de abril de 1931 significaron sendos puntos de inflexión tanto en la evolución del nacionalismo gallego como en la vida del propio Castelao. La mayor tolerancia de la primera a las actividades políticas de la oposición y la instauración de libertades plenas por la segunda permitieron que el nacionalismo gallego, manteniendo las mismas bases ideológicas y programáticas, se reactivase con bastante fuerza, aunque todavía fragmentado en numerosos grupos locales o provinciales deficientemente coordinados entre sí. Por otra parte, la mayoría de sus efectivos en las provincias de Coruña y Lugo habían renunciado a actuar en organizaciones expresamente nacionalistas al converger en 1929 con los republicanos autonomistas de Santiago Casares Quiroga en la formación de la Orga-

nización Republicana Gallega Autónoma (ORGA). No ocurrió lo mismo en las provincias de Pontevedra y Ourense donde los diferentes grupos nacionalistas decidieron retomar el camino iniciado por las Irmandades. Y lo hicieron con bastante éxito creando o recreando una tupida red de agrupaciones locales en la que destacaban la provincial de Ourense con centro en la capital, el Grupo Autonomista Galego (GAG) de Vigo y el Partido Galeguista de Pontevedra (PGP). Y es en esta decisiva bisagra de 1930-1931 cuando nace el Castelao líder político, ahora claramente alineado con la izquierda del nacionalismo, demócrata y filorrepublicana. Su protagonismo fue indiscutible en la fundación del PGP junto con el joven Alexandre Bóveda, así como en la activa campaña de mítines que desarrolló la alianza de ourensanos, vigueses y pontevedreses y que colocó por primera vez al nacionalismo gallego en condiciones de competir con ciertas posibilidades de éxito en los albores de la nueva República.

Y así, en las elecciones a Cortes Constituyentes de 28 de junio de 1931, el nacionalismo gallego presenta dos candidaturas propias. En la provincia de Ourense, el Partido Nazonalista Republicán de Ourense (PNRO), que compite en coalición con dos fuerzas republicanas, consigue escaño para su cabeza de lista, Ramón Otero Pedrayo, del sector católico conservador. Y en la provincia de Pontevedra, Castelao es elegido al frente de la Candidatura Galleguista. Además, dos dirigentes históricos del nacionalismo gallego, Antón Villar Ponte y Ramón Suárez Picallo, salen diputados por Coruña dentro de las listas de la ORGA. Por primera en sus casi cien años de historia el galleguismo político lograba estar representado en Madrid. Naturalmente sus diputados iban al Congreso con un objetivo principal: que Galicia fuese un Estado dentro de la República Federal Española. Pero, como sabemos bien, los partidos mayoritarios, de los que dependía aprobar este o aquel diseño del nuevo sistema político, rechazaron la solución federal por temor a sus consecuencias para la unidad española, habida cuenta del vigor de los nacionalismos catalán y vasco, ambos con fuertes sectores independentistas en su seno. Así que Castelao, como los demás federalistas de los diferentes territorios, tuvo que resignarse a aceptar el Estado Integral que establecía la Constitución de 1931, que no era sino una república unitaria en la que cabía la posibilidad de una autonomía limitada para aquellas “regiones” que demostrasen una fuerte vocación autonomista mediante una iniciativa mayoritaria de sus ayuntamientos y un referéndum final en el que debían votar a favor al menos los dos tercios de su censo electoral.

En suma, el sistema sólo ofrecía el portillo, difícil de abrir en Galicia, de un Estatuto de Autonomía semejante como mucho al que se iba a facilitar a Cataluña para evitar males mayores a la naciente República. Era un nivel de autogobierno muy inferior al que había figurado en los programas del nacionalismo gallego desde 1918. A pesar de ello el conjunto de los galleguistas, Castelao incluido, aceptó con realismo este bien menor y empezó por dotarse de un instrumento eficaz para impulsar o proceso autonómico. Con tal fin todos los grupos nacionalistas existentes se reunificaron fundando el Partido Galeguista (PG) en Pontevedra los días 6 y 7 de diciembre de 1931. Casi todos los nacionalistas que se habían embarcado en la aventura de la ORGA volvieron también a su espacio organizativo natural en pocos meses.

El PG, con las mismas diferencias ideológicas internas que las Irmandades pero ahora aparcadas de momento, supo dotarse de una estructura que combinaba muy bien la democracia interna con una eficaz y disciplinada acción política y demostró ser un excelente motor para la expansión social del nacionalismo. Unos pocos datos permiten calibrar la dimensión de este salto cualitativo. En los cuatro años y medio que separan su fundación de julio de 1936 pasó de unos 750 afiliados a casi 5.000 (bastantes más que los que tenía el PSOE en Galicia en ese momento), de 22 agrupaciones locales a 151, y de 55.000 en junio de 1931 a 119.500 en noviembre de 1933 y 286.000 en febrero de 1936 en el número de electores que incluyeron a uno o varios candidatos nacionalistas en su papeleta.⁷ También fue espectacular el cambio en la procedencia social de los afiliados. La vieja matriz de las clases medias, que había acaparado más del 75% de la afiliación en todas las fases anteriores del galleguismo político desde mediados del siglo XIX hasta 1931, con predominio de profesionales liberales e *intelligentsia* y grupos reducidos de comerciantes y pequeños empresarios, bajaba ahora al 25% (aunque crecía en términos absolutos) y era claramente superada por las clases populares urbanas y rurales, que sumaban más de dos tercios del total (de ellos un 29% de campesinos). Eso sí, la “burguesía” (2%) continuaba casi ausente como siempre.

La naturaleza nítidamente popular que adquirió el PG tuvo su correlato en la ruptura del empate interno entre tradicionalistas y demócratas que había caracterizado a las Irmandades y que tanto había contribuido a su parálisis política. En el PG los segundos se hicieron rápidamente mayoritarios y coparon la dirección, lo que explica en parte su deriva a la izquierda en la política de alianzas a partir de 1934.

La lucha por la autonomía

A pesar de contar, por primera vez, con un excelente instrumento organizativo, el camino hacia la autonomía resultó plagado de obstáculos pues la mayoría de las fuerzas políticas gallegas, desde la derecha a la extrema izquierda, no se caracterizaba precisamente por su autonomismo, salvo la ORGA, pronto rebautizada Partido Republicano Gallego (PRG). En realidad casi todo dependía de ella al principio, pues fue el partido hegemónico en Galicia durante el primer bienio republicano, no sólo por los buenos resultados electorales obtenidos en 1931, sino sobre todo por la incorporación de su líder, Santiago Casares Quiroga, al gobierno de Madrid y por las buenas relaciones que este mantenía con Manuel Azaña, lo que le permitió copar los gobiernos civiles y las comisiones gestoras de las cuatro diputaciones provinciales. En un primer momento, mientras Casares Quiroga andaba ocupado con su ministerio, la ORGA (o mejor, su componente ex-nacionalista) hizo honor a sus compromisos autonomistas convocando a las fuerzas políticas a una asamblea pro-Estatuto que se celebró en Coruña el 4 de junio, bastante antes de las primeras

⁷ En el sistema electoral de la Segunda República las listas eran abiertas y cada elector podía incluir en su papeleta los nombres que quisiese de entre las diferentes candidaturas hasta un 70% del número de diputados a elegir en su circunscripción provincial.

elecciones. Sólo acudieron los interesados en la autonomía, nacionalistas incluidos. Allí se aprobó un anteproyecto de Estatuto basado en el supuesto de una República Federal. Pero después de la formación del Congreso y a medida que avanzaba la elaboración parlamentaria de la Constitución, los entusiasmos autonomistas de la dirección de la ORGA, y muy en especial los de Casares Quiroga, se fueron enfriando. El hecho es que, después de una segunda asamblea pro-Estatuto el 25 de octubre, y una vez aprobada la Constitución, el proceso autonómico gallego quedó paralizado, algo que provocó airadas protestas desde el nacionalismo.

Castelao, una vez cumplido el objetivo de crear el PG, centró todas sus energías, dentro y fuera del Congreso, en reactivar el proceso y contribuyó a que el PG fuese su motor mayor, y a veces el único. Una carta suya al concejal compostelano, conservador pero algo galleguista, Enrique Rajoy Leloup (abuelo de nuestro Mariano Rajoy), consiguió sorprendentemente que las cosas empezasen a moverse de nuevo. Rajoy, explotando hábilmente la idea de que Galicia no podía ser menos que Cataluña y el País Vasco y que todo serían perjuicios para ella si quedaba fuera de esa carrera, fue consiguiendo apoyos en la corporación hasta conseguir que el Ayuntamiento acordase tomar la iniciativa y convocar para el 3 de julio de 1932 en el Paraninfo de la Universidad una asamblea de partidos y fuerzas vivas de la que salió aprobado un nuevo anteproyecto, acorde con la Constitución, y un Comité Central da Autonomía que difundió el texto y abrió un plazo para la presentación de enmiendas por parte de ayuntamientos y organizaciones políticas, sindicales, económicas o culturales. Transcurrido el plazo, se celebró la asamblea de municipios contemplada en la Constitución los días 17 a 19 de diciembre de 1932 en la Facultad de Medicina. Debatidas las enmiendas, a veces en medio de una gran polémica, se aprobó finalmente un proyecto de Estatuto con muchos más votos favorables que el exigido en la Constitución tanto en número de ayuntamientos como en población representada. Sólo el referéndum separaba ya a Galicia de su autonomía.

Pero a partir de este momento se puso de manifiesto que el autogobierno de Galicia ocupaba un lugar muy bajo en la lista de prioridades del gobierno central e incluso en la de los dirigentes de la ORGA-PRG, en la que los cofundadores nacionalistas o ya se habían marchado al Partido Galeguista o pintaban poco. El hecho es que el gobierno, quizá porque no consideraba conveniente que Galicia accediese a la autonomía antes que el País Vasco, cuyo Estatuto estaba empantanado en el Congreso por inconstitucional, nunca encontraba el momento para convocar el referéndum, que iba aplazando con un pretexto o con otro. Y el PG se pasó el año 1933 luchando en solitario por una autonomía que consideraba insuficiente. En este *impasse* llegaron las elecciones de noviembre de 1933 que, como bien sabemos, se saldaron con la clara derrota de las izquierdas y el acceso al poder de gobiernos antiautonomistas de centro-derecha. En esas elecciones el PG perdió sus diputados pero obtuvo en solitario un apreciable número de votos (casi el triple que las candidaturas nacionalistas de 1931 y más que el PSOE en las provincias de Coruña y Pontevedra), con lo que demostró que era un sumando necesario en una futura coalición capaz de derrotar a las derechas.

Entre tanto, la derecha del nacionalismo, descontenta por el carácter laico de la República y alarmada por la agudización de la lucha de clases y por el anticlericalismo de las izquierdas españolas, levantaba de nuevo en el seno del PG la bandera de un confesionalismo católico disfrazado de radicalización nacionalista y se mostraba abiertamente beligerante contra toda alianza que implicase un compromiso con planteamientos, no ya de izquierdas, sino simplemente laicos y republicanos. Castelao, que fue nombrado Secretario Político tras cesar como diputado, y Alexandre Bóveda, Secretario General, capitanearon la resistencia contra esta embestida derechista. La actitud de los gobiernos radical-cedistas les convenció además de que los enemigos del nacionalismo y los de la democracia republicana eran los mismos, por lo que la autonomía de Galicia sería imposible sin el concurso de las izquierdas españolas. Este convencimiento se vio reforzado a partir de octubre de 1934 cuando el gobierno aprovechó la represión de la llamada “revolución de Asturias” (también de Cataluña) para perseguir de paso a los nacionalismos subestatales, aunque no hubiesen participado en ella como era el caso del gallego y del vasco. Castelao fue desterrado a Badajoz y Bóveda a Cádiz en forma de traslado forzoso en su condición de funcionarios.

Durante esta ausencia las tensiones internas fueron a más en el PG. Su dirección, orientada desde la distancia por los desterrados, consiguió en abril de 1935 que la IV Asamblea aprobase por amplia mayoría intentar la alianza con los republicanos de izquierda, pese a la oposición frontal de los católicos. La pugna se saldó con una pequeña escisión por la derecha de la que nació la minúscula Derecha Galeguista de Pontevedra. Desde Badajoz, un Castelao cada vez más escorado a la izquierda ante la horrible realidad social de la España del latifundio que ahora podía contemplar en vivo, refutaba con dureza los argumentos de los escindidos:⁸

Nos eidos da República abrollan todol-os vicios da monarquía. A poda doulles vitalidade. O caciquismo e a inxusticia inzan as terras hispánicas. Hoxe asesinan a un rapaz (o meu primeiro amigo en Badaxoz) que por defender as reivindicacións dos traballadores, co ardimento inexperto da sua mocidade, morre as mans dunha cría do caciquismo reverdecido. [...] Eu creo que ningún galeguista por arredado que se atope de nós, concordará coas forzas reacionarias que campan agora pola Hespaña adiante. Creo que ningún galeguista pode sentir a necesidade dunha caracterización dereitista nestes intres de guerra incivil.

Y consecuentes con la táctica que derivaba de este análisis, Castelao y Bóveda fueron preparando, durante y después de su destierro, la alianza del PG con la Izquierda Republicana de Manuel Azaña, resultado de la fusión de Acción Republicana, el PRG de Casares Quiroga y parte de los radical-socialistas. La condición central del pacto al que finalmente se llegó fue que, en caso de victoria electoral, el nuevo gobierno convocaría sin más dilaciones el referéndum del Estatuto. Pacto y condición que pasarían a principios de 1936 al programa del Frente Popular en Galicia, coalición en la que se integró el PG tras otra tormentosa asamblea y una segunda y también pe-

⁸ “Verbas de chumbo – XI”, *A Nosa Terra*, nº 370, 29 xuño 1935, p. 1.

queña escisión por la derecha, encabezada en esta ocasión nada menos que por Vicente Risco y Ramón Otero Pedrayo.

La apretada victoria del Frente Popular en Galicia permitió al PG obtener tres diputados (Alfonso Castelao, Antón Villar Ponte y Ramón Suárez Picallo) y, lo que era más importante, que los coaligados cumplieran su compromiso respecto de la autonomía gallega. El referéndum se celebró con éxito el 28 de junio de 1936. Una nutrida representación de parlamentarios y líderes gallegos, encabezada por Castelao, se desplazó a Madrid a mediados de julio para entregar el Estatuto al presidente de la República y al del Congreso. Pero la rebelión militar iniciada el 18 de julio bloqueó de momento la tramitación parlamentaria y a la postre haría imposible la instauración efectiva de las instituciones autonómicas previstas.⁹ Al menos, gracias al azar de encontrarse en Madrid, estos delegados salvaron la vida, incluido el propio Castelao

La Guerra Civil: mucha destrucción y algo de resistencia¹⁰

En los primeros días posteriores al 18 de julio de 1936 los partidos agrupados en el Frente Popular en Galicia (PSOE, PG, PCE, Unión Republicana e Izquierda Republicana) intentaron contener la sublevación pero las autoridades republicanas se negaron a entregar armas al pueblo, quizás por temor a lo que pudieran hacer con ellas anarquistas y comunistas. Por tanto, fue muy fácil para militares conjurados, falangistas y monárquicos derrocar a los poderes legítimos tras breves episodios de resistencia. En un par de semanas los “nacionales” controlaron totalmente

⁹ Sobre el nacionalismo gallego durante la Segunda República, Justo BERAMENDI: op. cit., pp. 786-1.074) y Xavier CASTRO PEREZ: *O galeguismo na encrucillada republicana*, Ourense, Deputación Provincial, 1985, 2 vol.

¹⁰ La bibliografía sobre los años de la Guerra Civil en Galicia es relativamente abundante. Vid., entre otros, Xerardo AGRAFOXO: *A Guerra Civil en Lousame e Noia. Testemuñas dunha represión*, Lousame, Concello de Lousame; Xosé ÁLVAREZ CASTRO: *Pontevedra nos anos do medo. Golpe militar e represión (1936-1939)*, Vigo, Xerais, 2013; Xosé CHAO REGO: *La Iglesia en el franquismo*, Madrid, Ed. Punto Crítico, 1976; Xerardo DÍAZ FERNÁNDEZ: *Os que non morreron*, Sada, Ed. do Castro, 1982; Carlos FERNÁNDEZ SANTANDER: *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia (1936-1939)*, Sada, Ed. do Castro, 2 vols, 2000; Emilio GRANDIO SEOANE: “El primer personal político del franquismo en la provincia de A Coruña. Cambio y continuidad de las élites políticas municipales durante la Guerra Civil en la retaguardia nacional (1936-1939)”, en J. TUSELL (ed.), *El régimen de Franco (1936-1975)*, vol. I, Madrid, UNED, 1993, pp. 69-87, e íd.: *Vixiancia e represión na Galicia da Guerra Civil. O “Informe Brandariz” (A Coruña, 1937)*, Sada, Ed. do Castro, 2001; Luis LAMELA GARCÍA: *A Coruña, 1936. Memoria convulsa de una represión*, Sada, Ed. do Castro, 2003, e íd.: 1936, *la “Cruzada” en Compostela. La guerra civil y la represión franquista en los documentos policiales y militares*, Sada, Ed. do Castro, 2005; Bernardo MÁIZ VÁZQUEZ: *Galicia na República e baixo o franquismo*, Vigo, Ed. Xerais, 1988; Luis MOURE MARIÑO: *Galicia en la guerra*, Madrid, [s.n.], 1939; Héctor QUIJANO: *Galicia mártir*, Buenos Aires, Virtus, 1938; Xulio PRADA RODRÍGUEZ: *Ourense 1936-1939. Alzamiento, guerra e represión*, Sada, Ed. do Castro, 2004; Isabel RÍOS: *Testimonio de la Guerra Civil*, Sada, Ed. do Castro, 1986; María Xesús SOUTO BLANCO: *La represión franquista en la provincia de Lugo (1936-1940)*, Sada, Ed. do Castro, 1998; Xosé M. SUÁREZ MARTÍNEZ: *Guerra Civil e represión en Ferrol e comarca*, Ferrol, Concello de Ferrol, 2002; José A. TOJO RAMALLO: *Testimonio de una represión. Santiago de Compostela: Julio de 1936-Marzo de 1937*, Sada, Ed. do Castro, 1990; Carlos VELASCO SOUTO: *1936. Represión e alzamiento militar na Galiza*, Vigo, A Nosa Terra, 2006; y VVAA: *A represión franquista en Galiza. Actas do Congreso da Memoria*, Culleredo, Memoria Histórica Democrática, 2006.

Galicia donde, en puridad, no hubo pues guerra civil, aunque sí aplastamiento de una parte inermes de la sociedad por la otra parte.

Ni la rapidez de una victoria prácticamente sin bajas ni el hecho de que en los años anteriores no hubiese habido en Galicia violencia contra las derechas y los curas como en otros territorios indujeron una actitud generosa en los vencedores. Todo lo contrario. Durante el resto del verano y en los años siguientes, los partidarios de la República fueron sometidos a una persecución cruel y sistemática. El proyecto Nomes e Voces del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidade de Santiago ha documentado en Galicia 1.466 ejecuciones de sentencias de muerte en consejos de guerra y 3.233 asesinatos extrajudiciales entre 1936 y 1939, a los que hay que sumar muchos más condenados a penas de prisión. En los primeros momentos el objetivo de los mandos militares fue descabezar al bando contrario. Para ello fueron asesinados, entre muchos otros, los cuatro gobernadores civiles, los alcaldes de Vigo, Santiago, Ferrol, Sarria, Bueu, Lalín y otras villas, los líderes políticos más significados de los partidos coaligados en el Frente Popular y los de sus comités locales de las ciudades y villas mayores, así como los pocos jefes militares leales a la República como el general Rogelio Caridad o el jefe del Arsenal de Ferrol, Antonio Azarola. Después, con el país controlado, se hizo una caza completa de cuadros medios y militantes significados con la ayuda de las milicias falangistas y de las delaciones de algunos curas y de particulares.

Pero la limpieza no se limitó a las izquierdas. Aunque con menos dureza también alcanzó a quienes, aun siendo conservadores y hasta muy católicos, se habían mantenido fieles a la legalidad republicana y no se habían sumado al alzamiento. Estos ni eran ajusticiados ni iban a prisión, pero sufrían ora el destierro con o sin expropiación de sus bienes, ora la depuración administrativa. La “limpieza” a fondo de las administraciones públicas, de los cuerpos docentes y de las empresas consideradas estratégicas, como el ferrocarril, fue fundamental para asentar el nuevo régimen sobre bases totalmente fiables.

Además de las condenas a muerte o a largos años de cárcel se aplicaron de modo sistemático y generalizado un conjunto de castigos “menores” que, sin embargo, fueron muy eficaces para amedrentar a toda la población, para que a nadie se le ocurriese oponerse al régimen político que estaba naciendo. Eran las expropiaciones de bienes, las amenazas de “paseo”, los destierros, las depuraciones de funcionarios, los despidos de las fábricas y los arrestos de días o meses que a veces adoptaban la forma de detenciones y liberaciones reiteradas de la misma persona hasta quebrar su voluntad de resistencia, como las que sufrió el viejo líder obrero compostelano y fugaz irmandiño de primera hora José Pasín Romero.¹¹ Y por último estaban las innumerables multas impuestas por Orden Público a quienes se consideraban desafectos al Movimiento Nacional, en cantidades que oscilaban entre las 50 y las 5.000 pesetas, suma esta enorme entonces si tenemos en cuenta que el sueldo de un empleado medio rondaba las 300 pesetas mensuales. Los motivos también eran muy variables. Podían ir desde tener un familiar condenado o huido a ser denun-

¹¹ Dionisio PEREIRA: *José Pasín Romero: memoria do proletariado militante de Compostela*, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2 ed., 2016.

ciado por cualquiera como simpatizante del Frente Popular, no ayudar bastante al esfuerzo de guerra o simplemente sonreír de mala manera al paso de un oficial del Ejército, falta que le costó 250 pesetas al santiagués José Rodríguez.

Desde el principio se ejerció una estrecha vigilancia sobre toda la sociedad. La atenta mirada de policías, falangistas, curas aguerridos y mandos militares no sólo observaba a los sospechosos de republicanismo sino también a personas de derechas y a distinguidos participantes en el Alzamiento que, por no comportarse con el fanatismo y la crueldad exigibles, parecían tibios o condescendientes con el enemigo. Ni siquiera el catedrático universitario Abelardo Moralejo Laso, notorio conservador españolista, se libraba de tener abierta una ficha. Y en la de su colega Luis Legaz Lacambra, nombrado por los militares nuevo Secretario General de la Universidad, aparecía el sambenito de su supuesta inclinación ¡«hacia los sistemas libertarios»!

En la Iglesia gallega apenas hizo falta depurar nada. Enemiga declarada de la República por su laicismo anticlerical, habiendo sufrido ataques y violencia desde la extrema izquierda en otras partes de España, la inmensa mayoría del clero español se apuntó entusiasmado a una rebelión que prometía devolverle, acrecentadas, sus antiguas parcelas de poder y privilegios. Y el clero gallego no fue una excepción. Ya en noviembre de 1936, el arzobispo compostelano Tomás Muniz de Pablos ordenaba a sus sacerdotes que se abstuviesen de expedir certificados de buena conducta o de testificar en juicios a favor de afiliados o simpatizantes de «sociedades marxistas», y ello «sin miramiento alguno y sin atender a consideraciones humanas de ninguna clase». Además sugería esta pauta a las demás diócesis de Galicia, que cumplieron de muy buen grado la indicación. Y en su pastoral de 15 de diciembre volvía por activa esa actitud de colaboración pasiva al afirmar que «Los hijos del Apóstol Santiago estamos empeñados de nuevo en una guerra religiosa por Dios y por la Patria», por lo que «La gracia máxima que todos debemos pedir es la paz de nuestra España por el único medio viable y legítimo que será la victoria del Ejército nacional. ¡Santiago y cierra España! ¡Arriba España!».

Algunos de sus subordinados llevaron al extremo este ardor de cruzados. Destacó en ello el tristemente famoso canónigo compostelano Manuel Silva Ferreiro, cuyo libro, *Galicia y el Movimiento Nacional* (1939), plagado de datos personales del enemigo, fue una preciosa guía para la represión en años posteriores, tanto que hasta su autor, arrepentido de las consecuencias de su obra, intentó retirarla del mercado adquiriendo todos los ejemplares que aún estaban en circulación. Otros eclesiásticos, especialmente los pocos que habían simpatizado con el galleguismo, procuraron, en cambio, amortiguar los golpes de los vencedores dentro del escaso margen de manobra que se les dejaba. Tales fueron los casos de los santiagueses Paulino Pedret Casado y Jesús Carro.

Esta represión sistemática y de una gradación que casi podríamos calificar de “científica” no sólo buscaba destruir hasta la raíz partidos y sindicatos sino sembrar entre la población un terror paralizante que acabase con cualquier voluntad de resistencia en el presente y en el futuro. Y fue muy eficaz porque consiguió plenamente su objetivo durante más de veinte años. De momento era un aviso de lo que le aguardaba a toda España si los sublevados ganaban la Guerra Civil.

Pero la represión, pese a todo, no fue capaz de acabar totalmente con la oposición interior a la dictadura. Algunos consiguieron escapar a la persecución en ciudades y villas. Fueron los *fixidos* (huidos), que se ocultaron en los montes. De aquí nacieron las guerrillas antifranquistas, los *maquis*, pocas y mal organizadas durante la Guerra Civil al contrario de lo que ocurriría durante casi toda la década de los cuarenta.¹²

El nacionalismo gallego: hecatombe y resistencia

Uno de los principales elementos definidores del Alzamiento Nacional, aparte de su carácter socialmente reaccionario y políticamente filofascista, era un españolismo radical y totalmente intolerante, no sólo con los nacionalismos alternativos, sino también con cualquier lengua diferente de la castellana. Galicia fue la primera en comprobarlo. El nacionalismo gallego quedó casi desaparecido en su propia tierra. Fueron eliminados físicamente la mayor parte de los dirigentes que habían apoyado la entrada del PG en el Frente Popular y se encontraban en Galicia: el secretario general, Alexandre Bóveda, y su segundo, Víctor Casas; los alcaldes de Santiago, Ánxel Casal, y Bueu, Johan Carballeira; el líder del minoritario sector socialista del nacionalismo, Xan Xesús González; y hasta figuras de mentalidad conservadora y sin responsabilidades políticas pero muy conocidas como el pintor y diseñador Camilo Díaz Baliño, al que encerraron en los calabozos municipales de Santiago y luego lo soltaron para que lo pasearan los falangistas que le estaban esperando a la salida. A ellos hay que sumar periodistas (Roberto Blanco Torres), secretarios municipales (Arturo Noguerol, Xaquín Martín Martínez), dirigentes locales (Xosé Antonio Suárez Picallo en Sada, Segundo García en Valdeorras, César Parapar y Xavier Soto en Viveiro, Manuel Rodríguez Castelao en Rianxo) y un buen puñado de simples militantes hasta un total de cerca de ochenta. Unos 125 sufrieron penas de prisión y, por supuesto, todos los que eran funcionarios fueron sometidos a expedientes de depuración que, en la mayoría de los casos, se saldaron con la expulsión. No faltaron tampoco los destierros, como el que recayó sobre Plácido R. Castro. Más de una de las jóvenes promesas del nacionalismo escaparon de milagro de los escuadrones de la muerte en las primeras semanas y tuvieron luego que enrolarse en el ejército franquista para salvar la vida como Ramón Piñeiro, Francisco Fernández del Riego o Ricardo Carballo Calero, que después harían de puente con el galleguismo de posguerra. Y algunos, pocos, pasaron a la clandestinidad y se enrolaron en los maquis.¹³

¹² Hermut HEINE: *A guerrilla antifranquista en Galicia*, Vigo, Xerais, 1982; Aurora MARCO LÓPEZ: *Mulieres na guerrilla antifranquista galega*, Santiago de Compostela, Laivento, 2011.

¹³ Vid. Uxío Breogán DIEGUEZ CEQUIEL: *Nacionalismo galego aquí e alén mar. Desarticulación, resistencia e reorganización (1936-1975)*, Santiago de Compostela, Laivento, 2015; José A. DURÁN: *Camilo Díaz Baliño. Crónica de otro olvido inexplicable*, Sada, Ed. do Castro, 1990; Xosé Ramón ERMIDA MEILÁN: *Mortos por amor á Terra. A represión sobre o nacionalismo galego (1936-1950)*, Santiago de Compostela, Sermos Galiza, 2016; Miguel Anxo FERNÁN VELLO y Francisco PILLADO: *Conversas en Compostela con Carballo Calero*, Santiago, Ed. Sotelo Blanco, 1986; y Francisco FERNÁNDEZ DEL RIEGO: *Anxel Casal e o libro galego*, Sada, Ed. do Castro, 1983.

La minoritaria ala derecha del nacionalismo recibió tratamientos diferentes. Los que se habían mantenido dentro del Partido Galeguista, aunque discreparan públicamente del viraje a la izquierda, fueron depurados administrativamente, como Ramón Otero Pedrayo y Antonio Fraguas, separados de sus cátedras. En cambio, quienes se habían escindido previamente y después del 18 de julio abjuraron de su nacionalismo y apoyaron el Alzamiento fueron respetados e incluso premiados. Y así, Vicente Risco, el que había sido ideólogo mayor de las Irmandades da Fala en los años veinte pero escindido del PG en febrero de 1936 con su Dereita Galeguista para no mezclarse con el Frente Popular, conservó su cargo de director de la Escuela Normal de Ourense hasta su jubilación. Y Xosé Filgueira, también escindido por la derecha en 1935 con un pequeño grupo, llegó a acumular cargo tras cargo en la Pontevedra de los cincuenta: director del Instituto de Enseñanza Media, del Museo provincial y del Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, presidente del Tribunal Tutelar de Menores, procurador en Cortes y alcalde de la ciudad. El resultado de todo esto en Galicia fue, al menos de momento, el desmantelamiento total del nacionalismo gallego por aplastamiento, como ocurrió con todas las demás fuerzas políticas partidarias de la República.

No puede decirse lo mismo de los escasos nacionalistas que estaban fuera de Galicia el 18 de julio. Los diputados que se encontraban en Madrid, los que ocupaban cargos políticos en diferentes lugares de España o los pocos que consiguieron pasar de la Galicia sometida a la España republicana se mantuvieron políticamente activos ayudando en todo lo que pudieron a la lucha contra el franquismo, en la que por cierto colaboraron estrechamente con los comunistas, a través de los gallegos Enrique Líster y Santiago Álvarez, fuese en las filas de la Milicia Gallega, fuese en publicaciones como *Nueva Galicia*, fuese aceptando diversas misiones encargadas por el gobierno republicano. Algunos murieron en el empeño, como el coruñés Carlos Monasterio, caído en el frente, o el pontevedrés Enrique Peinador Porrúa (hijo de Enrique Peinador Lines, dueño del Balneario de Mondariz y destacado miembro del PG), que participó en la organización de las Milicias Gallegas, fue fiscal de la República y acabó condenado a muerte y ejecutado en 1940.¹⁴

En ese esfuerzo pro-República destacó Castelao. Las noticias de las atrocidades cometidas por los insurrectos en Galicia pusieron de nuevo en movimiento su lápiz, algo inactivo en sus años de liderazgo político. Un Castelao furiosamente antifascista nos legó tres series de grabados (*Galicia mártir*, *Atila en Galicia* y *Milicianos*) que son otros tantos alegatos estremecedores contra la barbarie de los “nacionales”. Pero su contribución a la causa de la República no se limitó a esto. También colaboró con las revistas y las actividades de los gallegos que combatían a las fuerzas de Franco, incluidos los comunistas. Además cumplió el encargo del gobierno republicano recorriendo durante más de dos años la URSS, Cuba y Estados Unidos en misiones de propaganda y de recogida de fondos. Y aún tuvo tiempo para seguir luchando por la autonomía gallega. Gracias a su insistencia, el Congreso, en su última sesión en la Península, celebrada en Montserrat camino

¹⁴ Vid. Santiago ÁLVAREZ GÓMEZ: *Memorias*, Sada, Ed. do Castro, 3 vols., 1985-1990; Alfonso Daniel R. CASTELAO: *Sempre en Galiza*, Buenos Aires, As Burgas, 2ª ed, 1961; y Xosé Ramón ERMIDA MEILÁN: op. cit..

del exilio, tomó en consideración el Estatuto gallego, primer paso de su tramitación parlamentaria.

El exilio

Aparte de algunos que permanecieron en Francia, la mayoría de los nacionalistas exiliados se afincaron en las principales colonias de emigrados (La Habana, Buenos Aires, Montevideo y en menor medida México y Nueva York) en busca de un cobijo que les permitiese reorganizar sus vidas y también reiniciar su actividad nacionalista. En este sentido, el núcleo más importante fue sin duda Buenos Aires, donde existía además una base nacionalista bastante consolidada desde los años veinte, aunque dividida entre una tendencia separatista (agrupada en la Sociedad Nazionalista Pondal y su revista *A Fouce*) y otra federalista y más afín a los republicanos, que en consecuencia sintonizaba con la línea dominante en Galicia. Por otra parte, los nacionalistas competían por la hegemonía política con los republicanos dentro de la Federación de Sociedades Gallegas.

A Castelao el final de la Guerra Civil le sorprendió en Nueva York, con 53 años y sin dinero. Tras unos meses en los que intentó sin éxito abrirse camino en Estados Unidos, decidió finalmente afincarse en Buenos Aires, junto a su gente. Su llegada fue muy importante para reorganizar y revitalizar el nacionalismo gallego en el exilio. Procuró acabar con las diferencias internas primero en el Grupo Galleguista y después en el seno de su sucesora desde 1941, la Irmandade Galega, que reinició en 1942 la publicación de *A Nosa Terra*. Pero en realidad, las discrepancias internas persistían, dobladas ahora por la rivalidad más o menos soterrada entre los líderes preexistentes del galleguismo porteño y los dirigentes exiliados. A pesar de ello, el nacionalismo gallego se mantuvo bastante activo en la década de los cuarenta y dejó para el futuro algunos hitos y acciones que por lo menos aseguraron su supervivencia futura y la recuperación de la autonomía. Y en todo esto fue fundamental la infatigable actividad de Castelao en varios frentes.

Citemos en primer lugar el más sorprendente, el ideológico. Con su obra *Sempre en Galiza*,¹⁵ Castelao elabora un completo testamento político-ideológico de todo el nacionalismo de anteguerra, que hará de puente y punto de partida del resurgir de los años sesenta. En segundo lugar, promueve en 1944 la constitución del Consello de Galiza para, a falta de ese gobierno gallego que no había dado tiempo a formar, disponer de un instrumento político que, por agrupar a todas las fuerzas gallegas antifranquistas, presionase con eficacia en favor de una III República federal tras la caída de Franco, caída que se consideraba segura después de la derrota de los aliados. Sin embargo, la creciente frialdad autonomista del republicanismo gallego y español, junto con la hostilidad antinacionalista del PSOE, dieron lugar a un órgano poco representativo y en consecuencia débil. En efecto, sólo se integraron en el Consello los tres diputados vivos del PG (Castelao, Suárez Picallo y Alonso Ríos) y dos de Izquierda Republicana (Elpidio Villaverde y Alfredo So-moza), con lo que en la práctica este organismo fue sólo una apoyatura bastante partidista de la

¹⁵ Alfonso Daniel R. CASTELAO: *Sempre en Galiza*.

acción individual de Castelao, empeñado en que Galicia no fuese ignorada en el concierto de las fuerzas políticas en el exilio. Al menos consiguió una efímera presencia en el gobierno Giral en París, experiencia frustrante de la que volvió a Buenos Aires con una valoración pésima de los partidos de ámbito español.

En tercer lugar se esforzó por revitalizar la alianza Galeuzca, empeño en el que sólo contó con el apoyo decidido del lehendakari Aguirre, convencido también de su utilidad. Pero el único fruto tangible de este intento fue la publicación de una revista del mismo nombre en Buenos Aires durante algo más de un año. Y por último siguió presionando todo lo que pudo para completar la tramitación parlamentaria del Estatuto, algo que finalmente consiguió en la sesión que las Cortes en el exilio celebraron en México en 1945. Fue su única victoria política. Y con consecuencias de futuro, pues reforzó la equiparación de Galicia con Cataluña y País Vasco, algo que reconocería la Constitución de 1978 y que facilitaría en la Transición el acceso de Galicia a la autonomía de primera por la vía rápida.

Pero el presente no pintaba bien. La constatación de que los aliados iban a respetar el régimen de Franco tras el fin de la Segunda Guerra Mundial marcó el comienzo del declive del nacionalismo gallego en el exilio. La muerte de Castelao en 1950 contribuyó a acelerarlo.

La insólita aventura de Ernesto Giménez Caballero

The unusual adventure of Ernesto Giménez Caballero

Enrique Selva Roca de Togores
enrique.selva@gmail.com

Resumen: Intelectual excepcionalmente dotado para la literatura y la organización y agitación cultural, Ernesto Giménez Caballero (1899-1988) vivió con una intensidad poco común las convulsiones ideológicas de su tiempo. Su formación estuvo polarizada entre el europeísmo de Ortega y el iberismo paradójico de Unamuno. Destacado universitario, colaborador del Centro de Estudios Históricos, lector de español en la Universidad de Estrasburgo... el mundo de la literatura se le abrió súbitamente a raíz de su participación en la guerra de Marruecos tras el desastre de Annual y la publicación de su primer libro: *Notas marruecas de un soldado*. Inserto en las coordenadas del nacionalismo liberal regeneracionista y de fuerte tono crítico –especialmente con la actuación del ejército–, le ocasionó su procesamiento por la jurisdicción militar. Pronto entró en el círculo intelectual orteguiano como colaborador de *El Sol* y la *Revista de Occidente*, y de allí saltaría a la literatura de vanguardia, donde alcanzó su perfil más notorio.

El estudio de Giménez Caballero, Gecé (el seudónimo con el que firmó sus reseñas librescas de *El Sol* y sus Carteles literarios), se convierte en obligado porque arroja mucha luz sobre dos realidades que protagonizó en los años veinte y treinta. La primera fue el desarrollo de la vanguardia literaria y artística en España, desde su condición de creador (obras como *Yo, inspector de alcantarillas* o *Julepe de menta*) y también como fundador y director de una empresa cultural irreplicable, *La Gaceta Literaria* (1927-1932), y en su órbita una pluralidad de iniciativas en el campo de la cinematografía, de la nueva arquitectura, etc. La segunda –que guarda conexión con la anterior– consistió en su papel en los orígenes del fascismo español, como precursor y como ideólogo. En Giménez Caballero su condición de escritor vino acompañada de una propensión irreprimible a intervenir en la vida pública, incluso en el juego político. Desde esa perspectiva, sus conatos de intervención iluminan bien las dificultades de la implantación del movimiento fascista en España, desde sus primeras propuestas intelectuales de 1928-1929 –cuando cayó rendido ante el fascismo mussoliniano– hasta el momento en que publica sus textos fascistas más destacados: *Genio de España*, *La Nueva Catolicidad* y *Arte y Estado*.

Aquí trazamos su trayectoria intelectual y política –concebida como una aventura en muchos aspectos insólita en el panorama español– hasta los años de la guerra civil, cuando colaboró en la Unificación de Falange con el tradicionalismo (1937) y se dejó llevar por el espejismo de reempezar –al amparo de Franco– su carrera política. Pero con el franquismo, su obra literaria perdió mucho nervio, derivando, en buena medida, hacia en el ámbito de lo propagandístico; Giménez Caballero quedó cada vez más postergado en la sociedad cultural y sus aspiraciones políticas se vieron pronto defraudadas.

Palabras clave: guerra civil, Giménez Caballero, fascismo, vanguardias literarias, Falange.

Abstract: An exceptionally gifted intellectual for literature and cultural organization and agitation, Ernesto Giménez Caballero (1899-1988) lived with an unusual intensity the ideological convulsions of his time. Its formation was polarized between the Europeanism of Ortega and the paradoxical iberismo of Unamuno. Outstanding university student, collaborator of the Center of Historical Studies, reader of Spanish at the University of Strasbourg ... the world of literature suddenly opened up as a result of his participation in the war in Morocco after the disaster of Annual and the publication of his first book: Moroccan notes of a soldier. Inserted in the coordinates of the liberal regenerationist nationalism and of strong critical tone -especially with the performance of the army-, it caused its processing by the military jurisdiction. He soon entered the Ortegian intellectual circle as a collaborator of *El Sol* and the *Revista de Occidente*; and from there it would jump to the vanguard literature, where it reached its most notorious profile.

The study of Giménez Caballero, Gecé (the pseudonym with which he signed his book reviews of *El Sol* and his literary posters), becomes mandatory because it sheds much light on two realities that he starred in the twenties and thirties. The first was the development of the literary and artistic avant-garde in Spain, from his condition as creator (works such as *Yo, sewer inspector* or *Julepe de Menta*) and also as founder and director of an unrepeatable cultural enterprise, *La Gaceta Literaria* (1927- 1932), and in its orbit a plurality of initiatives in the field of cinematography, new architecture, etc. The second, which is connected to the previous one, consisted of its role in the origins of Spanish fascism, as a precursor and as an ideologist. In Giménez Caballero his status as a writer was accompanied by an irrepressible propensity to intervene in public life, even in the political game. From this point of view, his attempts at intervention illuminate well the difficulties of the implantation of the fascist movement in Spain, from his first intellectual proposals of 1928-1929 - when he fell before Mussolini fascism - until the moment he published his most outstanding fascist texts: *Genius of Spain*, *The New Catholicity* and *Art and State*.

Here we trace his intellectual and political trajectory - conceived as an adventure in many aspects unusual in the Spanish landscape - until the years of the civil war, when he collaborated in the Unification of the Falange with traditionalism (1937) and let himself be carried away by the illusion of to resume - under Franco's protection - his political career. But with the Franco regime, his literary work lost a lot of nerve, deriving, to a large extent, in the field of propaganda;

Gimenez Caballero was increasingly postponed in the cultural society and his political aspirations were soon defrauded.

Keywords: civil war, Gimenez Caballero, fascism, literary vanguards, Falange

Para citar este artículo: Enrique SELVA: “La insólita aventura de Ernesto Giménez Caballero”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 196-215.

Recibido: 01/07/2017

Aprobado: 15/02/2017

La insólita aventura de Ernesto Giménez Caballero

Enrique Selva Roca de Togores

Este año se han cumplido treinta años de la muerte de Ernesto Giménez Caballero y todavía resulta difícil hacer una valoración ecuánime de su figura. La historia y la crítica literaria han sido –hasta no hace mucho y con contadas excepciones– poco generosas con él. Si por algo destacó Giménez Caballero en los años veinte y treinta fue por su participación en un doble proceso: el desarrollo de la vanguardia literaria y artística, como creador y como activista cultural; y los orígenes del fascismo en España, en su condición de precursor e ideólogo. La crítica ha acabado por reconocer la relevancia de su intervención en ambos procesos, pero con frecuencia ha incurrido en dos tentaciones distorsionadoras.

La primera, mediante una compartimentación excesiva –y por lo tanto artificiosa– de los múltiples proyectos, iniciativas y actuaciones que desplegó un intelectual tan polifacético. Como si todos ellos no hubiesen brotado del mismo sujeto, de idéntico ímpetu, por mucho que sus resultados nos puedan parecer, en cada caso, legítimamente, acreedores de elogio o de reprobación. Y así, cuando se admite sin reservas su importancia como impulsor de *La Gaceta Literaria* (una de las más ambiciosas empresas culturales de su tiempo), es demasiadas veces a costa de menoscabar el valor de su obra creativa, tratada como una expresión meramente circunstancial y mimética de experiencias vanguardistas foráneas y por lo mismo condenada a una rápida, implacable obsolescencia.

El fácil recurso a la trivialización ha hecho el resto. En ocasiones, haciendo extensiva a la totalidad de su obra las limitaciones más evidentes de su producción, la más averiada, la posterior a la guerra civil. Otras, proyectando sobre el conjunto de sus iniciativas la repulsa política que suscita por haber sido el más entusiasta abanderado del fascismo en España, cuando no algo peor: un contumaz defensor de la victoria de 1939 y adulador del general que la encabezó. No pocas veces se le despacha reduciéndolo a su condición –por otra parte cierta– de personaje excesivo, estrafalario o histriónico; como una excepción pintoresca, en suma, de nuestra historia cultural. Irónicamente, las anécdotas que generó su leyenda –alentada por el interesado hasta el final de su vida¹–, si contribuyeron a fijar ese estereotipo, dificultaron también que el olvido acabase por arrasarlo, como ha ocurrido con tantos otros prosistas de su generación (y por descontado, con muchos estimables escritores que se alinearon en el bando

¹ La autocreación del personaje culminará en sus *Memorias de un dictador*, Barcelona, Planeta, 1979, un ejercicio de exhibicionismo difícilmente superable.



nacionalista durante la guerra civil).

En este balance de urgencia me atenderé a la única cesura que considero objetiva, la temporal, con la guerra civil como bisagra. Porque a partir de entonces la cotización de su obra literaria sufrió una alarmante caída y los destellos de genialidad —que sin duda poseyó— difícilmente podían encontrar cauce de expresión en un medio cultural tan encorsetado como el del franquismo. Había desaparecido —y él contribuyó con todas sus fuerzas a ese final— el mundo donde su ebullición creativa era posible. Y en esa circunstancia, por encima de cualquier otra, pareció residir la clave de la inmolación del intelectual que había saltado en el ruedo patrio armado de una infrecuente combinación de talentos.

Del nacionalismo regeneracionista a la vanguardia

Ernesto Giménez Caballero nace en el corazón del Madrid castizo en 1899, en plena resaca de la liquidación de los restos de un imperio donde, en tiempos, no se ponía el sol. Lo hace en una familia sin la menor tradición intelectual. Su padre fue todo un ejemplo del *self made man*: en unas décadas pasó de modestísimo dependiente del comercio a empresario de artes gráficas, con una próspera imprenta en Madrid (donde se imprimiría *La Gaceta Literaria*) y una fábrica de papel en Cegama (Guipúzcoa), integrada en La Papelera Española, la empresa dirigida por Urgoiti que llegó a controlar el negocio papelerero en condiciones casi monopolísticas. Un tránsito tan rápido desde la estrechez al desahogo económico debió marcar con fuerza al joven Ernesto: criado en la entraña popular madrileña, al incorporarse al mundo de la alta cultura era el vástago mayor de una familia de la burguesía acomodada. Muy gráficamente, Ramón Gómez de la Serna —con quien guarda más de un parentesco su figura— se refirió a ese «contraste suyo de gitanería madrileña con el chispazo de Europa»,² que daría a su literatura, junto a la cita erudita, una tonalidad de desgarramiento achulapado.

Al margen de sus acusados rasgos personales, Giménez Caballero no dejó de ser un producto bastante típico de la renovación universitaria de su época. Su formación corrió pareja con la de otros intelectuales en ciernes revelados al despuntar la década de los veinte: estudios de letras en la Universidad Central madrileña (con profesores de primer orden como Américo Castro, Ortega y Gasset, Asín Palacios, García Morente, Besteiro...) complementados con la frecuentación del Ateneo; participación en las tareas de la escuela histórico-filológica del Centro de Estudios Históricos, bajo el magisterio de Menéndez Pidal; lectorados de español en universidades europeas...

Cuando todo hacía pensar en la profesión académica como su destino más lógico, la guerra de Marruecos, en la que se vio obligado a intervenir como soldado de cuota, le abriría súbitamente las puertas de la literatura. La movilización que siguió al desastre de Annual en julio de 1921 partió en dos su lectorado en Estrasburgo. Y de las áridas tierras rifeñas volvería con un buen puña-

² R[amón] G[ÓMEZ] DE LA S[ERNA]: «Los toros, las castañuelas y la Virgen», por Ernesto Giménez Caballero», *Revista de Occidente*, LIII (octubre de 1927), pp. 129-133.

do de anotaciones a las que puso el cadalsiano título de *Notas marruecas de un soldado*. Antes, apenas si había publicado breves escarceos literarios en la revista estudiantil *Filosofía y Letras*, dirigida de hecho por Sainz Rodríguez, sin que su significación conservadora –inspirada por el ideario menendezpelayista y germanófila ante la Gran Guerra– constituyese obstáculo alguno para que el joven Ernesto militase, al mismo tiempo, en el Grupo de Estudiantes Socialistas.

Inscritas en un nacionalismo crítico y regeneracionista, las *Notas marruecas* salen a comienzos de 1923. El fuerte tono crítico del libro –sobre todo a la actuación militar y al papel de comparsa de España en el juego de las grandes potencias– motivó su recogida y el procesamiento de su autor por la jurisdicción militar, acusado de insultos al ejército e incitación a la sedición. Con independencia de sus méritos literarios, ciertos, no parece ajena a aquella circunstancia la favorable acogida que le dispensaron las primeras firmas del país: Unamuno (con quien mantendrá una nutrida correspondencia),³ D’Ors, Gómez de Baquero, Castrovido... O el líder socialista Indalecio Prieto, empeñado por entonces en una tenaz campaña parlamentaria por las responsabilidades, para quien se trataba del «único libro que nos ha emocionado» del infortunado conflicto, calificando a su autor como «dominador del léxico, observador perspicaz y espíritu hidalgo».⁴ Mainer ha señalado la sintonía ideológica del libro con autores como Costa y Ganivet; como en ellos, su pensamiento se debatirá en «esa contradicción entre el imperialismo expansivo y el regeneracionismo sin ambiciones».⁵ Sin embargo, en la «Nota final» –fechada en Madrid en diciembre de 1922–, toda ambivalencia se disipa. Su enérgico llamamiento a la continuidad de la unión lograda por guerra como antídoto frente al peligro de un particularismo disgregador, parece responder más a las advertencias de Ortega en *España invertebrada* que a la experiencia vital de la guerra. «Unámonos otra vez en algo»,⁶ escribirá sin más concreción, por mucho que con posterioridad se esforzase en establecer un paralelismo entre su experiencia y la de algunos intelectuales europeos a quienes la Gran Guerra habría de abocarlos al fascismo.

No fue pequeña su sorpresa cuando, poco después del pronunciamiento de Primo de Rivera, fue absuelto en consejo de guerra, con el tiempo justo para reintegrarse a un nuevo curso en Estrasburgo como ayudante del romanista Kohler. Desde la ciudad alsaciana empezó a colaborar en el diario *La Libertad* con artículos de tema europeo, tras hacer rápidas incursiones por países aledaños como Holanda o Suiza. «Tienen el mismo viso regeneracionista de sus *Notas marruecas*».⁷ Y parecido sesgo debió informar el manuscrito de su segundo libro, *El fermento*, que dejó inédito y perdió en la guerra civil. Ese conjunto de escritos deja traslucir su inquieta curiosidad

³ La he publicado en «Epistolario de Ernesto Giménez Caballero a Miguel de Unamuno», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXXIX (2013), pp. 263-282.

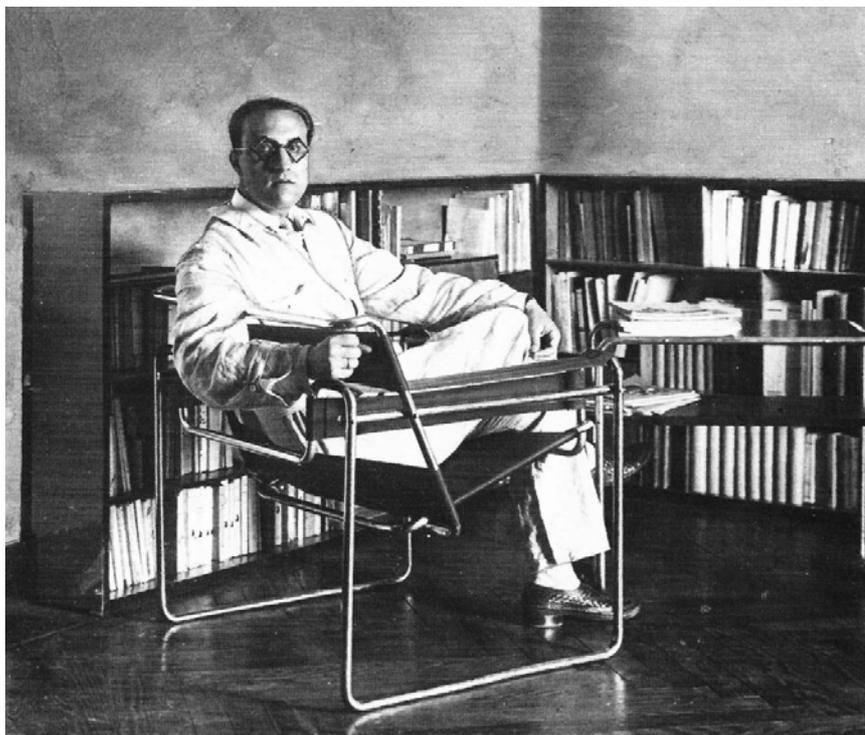
⁴ Indalecio PRIETO: «Leyendo un libro. “Notas marruecas de un soldado”», *El Socialista*, 15 de marzo de 1923.

⁵ José-Carlos MAINER: *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1981, p. 246.

⁶ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Notas marruecas de un soldado*, Madrid, Imp. E. Giménez, 1923, p. 252. Cuando se reeditó sesenta años después, lo sustituiría significativamente por un enfático «¡Unámonos en haz!» (Barcelona, Planeta, 1983, p. 187).

⁷ Miguel Ángel HERNANDO: *Prosa vanguardista en la generación del 27 (Gecé y «La Gaceta Literaria»)*, Madrid, Prensa Española, 1975, p. 131.

por conocer otras realidades culturales, una preocupación por el atraso del país, resaltado por el inevitable contraste con la Europa más avanzada, y, a la vez, la amarga confesión de la inutilidad de pretender importar elementos más «modernos» por resultar inasimilables a las peculiaridades de la vida española.



A partir de su regreso definitivo a Madrid y su matrimonio con la toscana Edith Sironi (hermana del cónsul italiano en Estrasburgo –fascista entusiasta– y vecina en la infancia de Curzio Malaparte), su escritura dará un giro radical. La vinculación empresarial de su padre con Urgoiti facilitó su entrada en el círculo intelectual de Ortega, con tribunas tan prestigiosas como *El Sol* y *Revista de Occidente*. Pero será, sobre todo, la aparición de *Literaturas europeas de vanguardia*, en 1925, y el encuentro con su autor, el ultraísta Guillermo de Torre, quien acabe por lanzarlo por la vía de la vanguardia, dentro de la cual alcanzará su perfil inconfundible, siendo así que en sus inicios no había pasado de ser un fruto epigonal de la literatura del 98: Unamuno, Azorín y, sobre todo, Baroja, habían sido hasta el momento sus ídolos literarios. En ese tránsito, De Torre será su «mentor vanguardista», aunque la asimilación de los nuevos *ismos* se produjese –según recordaría en la vejez– «siempre con una gran reticencia»⁸ y un sustrato nacionalista nunca dejase de alentar en su pensamiento.

⁸ «Giménez Caballero entre la vanguardia y la tradición. Su autobiografía intelectual a través de una entrevista», *Anthropos*, 84 (mayo de 1988), p. 23.

Su incorporación a *El Sol* en 1924 lo convirtió en uno de los periodistas culturales más inquietos y originales del momento, a través de la simultaneidad de dos fórmulas: la «Revista de libros» y las «Visitas literarias». En sus reseñas críticas firmó con el seudónimo Gecé (un acrónimo de sus iniciales silabeadas) y se permitió los mayores atrevimientos expresivos, en una escritura desenfadada y desgarrada que busca sorprender al lector. Pero sobre todo, como señaló Nigel Dennis, con una «tendencia hacia la esquematización extremada», fuente de sus «innovaciones más radicales», que desembocará en su cartelismo. Las «Visitas literarias» las concibió como un género híbrido entre la entrevista y el reportaje a personajes, instituciones o hechos noticiosos, donde también encontraron cabida no pocos de aquellos atrevimientos. Y sin apartarse de la preocupación por la realidad cultural española, vinieron a constituir «el puente entre el escritor principiante de *Notas marruecas de un soldado* y el fundador de *La Gaceta Literaria*». *Gaceta Literaria* fue la empresa capital de su vida. Se gestó a través de una intensa colaboración entre Gecé y Guillermo de Torre, el crítico mejor informado del panorama vanguardista europeo.¹⁰ Aparecida el 1 de enero de 1927, fue la cita obligada de las firmas de la «nueva literatura», la posteriormente conocida como «generación del 27», junto a las generaciones anteriores, en un propósito sostenido de «nacionalizar» la vanguardia. Atenta a su labor informativa e incitadora, como las revistas que le sirvieron de modelo (*Les Nouvelles Littéraires*, *La Fiera Letteraria* o *Die Literarische Welt*), abarcó la totalidad del panorama literario y artístico, abasteció de novedades a una sociedad cultural que se desperezaba y sacudió sus inquietudes con inteligencia y apertura de criterio. Todo ello sin dejar de lado ese espacio de contornos difusos donde la cultura interfiere con la política, hasta donde lo permitía una dictadura como la existente en el país. Acogió la expresión de la pluralidad lingüístico-cultural de la península (con especial atención a la cultura catalana y portuguesa) en el marco de un vago proyecto de unidad ibérica, una pretensión — que resultó fallida — de hegemonía cultural con respecto a la América hispana y de expansionismo dirigido hacia las comunidades sefardíes balcánicas. Esta combinación de revista cosmopolita, abierta a las últimas novedades, y su trasfondo nacionalista, quizá explique la aportación económica, más bien parca, de sus iniciales mecenas (hasta que en 1929 pasaría a depender financieramente de la poderosa Compañía Ibero-Americana de Publicaciones): Urgoiti, Marañón, el pedagogo Luzuriaga y los diplomáticos Lequerica, Sangróniz y Ramón de Basterra —éste último también ensayista y poeta—, por citar a los más destacados.¹¹

Su abrumadora dedicación a las tareas organizativas y críticas frenó por un tiempo su obra creativa, pero no tardó ésta en desbordarse a un ritmo vertiginoso. En 1927, además de *Carteles*,

⁹ Nigel DENNIS: «El inquieto (e inquietante) Ernesto Giménez Caballero», prólogo a *Visitas literarias de España (1925-1928)*, Valencia, Pre-Textos, 1995, pp. 38 y 43-44.

¹⁰ Detalles de esa gestación pueden seguirse en Carlos GARCÍA y María Paz SANZ ÁLVAREZ (eds.): *Gacetas y meridianos. Correspondencia de Ernesto Giménez Caballero y Guillermo de Torre (1925-1968)*, Frankfurt am Main/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2012.

¹¹ Miguel Ángel HERNANDO: «*La Gaceta Literaria*» (1927-1932). *Biografía y valoración*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1974, p. 17; Enrique SELVA: *Ernesto Giménez Caballero entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000, pp. 82-83.

publica *Los toros, las castañuelas y la Virgen*, libro de transición, donde apunta ya su característica «ausencia de melindres para barajar temas y mezclar personas, presentándolas bajo aspectos antisolemnes». ¹² *Yo, inspector de alcantarillas* (1928) es un conjunto de relatos introspectivos que inauguran la narrativa surrealista en España; y *Hércules jugando a los dados*, un «ensayo de sistematización crítica y hasta de interpretación metafísica del deporte» ¹³ donde está ya presente una exaltación del cesarismo contemporáneo. *Julepe de menta* (1929) es una colección de prosas — y su «Oda al bidet» — de muy varios registros, donde quizá se encuentren algunas de las mejores que salieron de su pluma. En *Círculo imperial* (1929) recogió sus crónicas viajeras del año anterior, con agudas miradas —artísticas y políticas— sobre la Europa del final de los veinte. Y el libro misceláneo *Trabalenguas sobre España* (1931), escrito en cinco lenguas y con el que cierra su ciclo propiamente vanguardista. ¹⁴

Pero la actividad de Gecé desborda su condición de escritor para invadir el campo de la plástica con sus «Carteles literarios»: una modalidad de crítica literaria visual, con utilización de la técnica del *collage* de resonancias futuristas y dadaístas, presentada como alternativa a la crítica tradicional. A la veintena que integran la sección final de su libro *Carteles* —dedicado «A la era industrial del mundo. Nada menos» ¹⁵— debe añadirse la serie expuesta en las Galerías Dalmau, de Barcelona. Hace también su incursión en el campo de la cinematografía, como patrocinador del Cineclub Español y como realizador de dos cortometrajes en 1930: «Esencia de verbena» y «Noticiero del Cineclub». ¹⁶ En éste último podemos ver en amistosa camaradería a integrantes de tres generaciones de intelectuales a quienes las inmediatas circunstancias políticas separarían de forma irreparable: César M. Arconada, Eugenio Montes, Alberti, Ledesma Ramos, José María Alfaro, Juan Piqueras, Sainz Rodríguez, Salazar y Chapela, Agustín Espinosa, Pérez Ferrero o José Bergamín, por atenernos sólo a los de su entorno generacional. Y por último, como promotor de un establecimiento comercial, La Galería, orientado a difundir la arquitectura racionalista, el mueble metálico y la artesanía popular.

En el temprano ensayo que venimos citando, Guillermo de Torre colocó a un Gecé en continua metamorfosis bajo el signo de Proteo: su figura «es —sin disputa— la más rica, proteica y renovadora de todas las que pueblan el ámbito de la joven literatura española». Las trayectorias descritas por el escritor, con su «avidez tragadistancias» y su inquietud insaciable, al cambiar de territorio en cada nuevo libro, obligaban al crítico y al espectador «a efectuar una constante modificación del punto de enfoque o de la abertura del diafragma». ¹⁷ Con más distancia temporal, el mismo crítico lo incluiría entre los continuadores del ultraísmo (entendido más como un fenómeno abarcador de los diversos *ismos* europeos que como una escuela cerrada), donde su obra vendr-

¹² Guillermo de TORRE: «La trayectoria de Giménez Caballero», *Síntesis*, 20 (enero 1929), p. 145.

¹³ *Ibidem*, p. 153.

¹⁴ Andrew A. ANDERSON: *Ernesto Giménez Caballero. The Vanguard Years (1921-1931)*, Newark, Juan de la Cuesta, 2011.

¹⁵ GECÉ: *Carteles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1927.

¹⁶ Véase el estudio imprescindible de Román GUBERN: *Proyector de luna. La generación del 27 y el cine*, Barcelona, Anagrama, 1999.

¹⁷ Guillermo de TORRE: «La trayectoria...», p. 144.

ía a ser «una especie de extensión periodística, de manufactura en gran escala del inicial y minoritario espíritu vanguardista».¹⁸

Si queremos extraer el núcleo cohesionador, por encima de las múltiples facetas en que se expresó, nada como acudir a su conferencia-ensayo de 1928 titulada «Eoántropo», una travesía andanada contra las tesis de Ortega publicada en las páginas de su propia revista. El ensayo se singulariza por «llevar al interior de la *Revista de Occidente* los ecos de un debate contra el modelo formalista dominante en ella»; es decir, por afirmar una línea vitalista e irracionalista, que trataría de volver a emparentar la vanguardia con el futurismo, en agudo contraste con el «vanguardismo racionalista, distante y negador de sí mismo» auspiciado por la revista orteguiana.¹⁹ Para cifrar el signo de la novísima producción artística —afirmaba Gecé— no se debe hablar «de una cosa deshumana, ni prehumana, ni inhumana, ni simplemente humana. Sino *eohumana*. La *eohumanización del arte*. Tal juzgo el verdadero postulado de la más avanzada estética: generación de un hombre auroral».²⁰

La seducción fascista

De la vanguardia futurista —de Marinetti en particular, a quien recibirá con todos los honores en su visita a España a comienzos de 1928²¹— extrajo notas que pesarán en su asimilación inicial del fascismo: la fascinación de la ciudad moderna, transformada por la técnica y la industria, con el espectáculo de las masas, de la velocidad como símbolo de la modernidad mecánica, el anti-tradicionalismo (que en Gecé cohabitará pronto con la tendencia inversa), la exaltación de la violencia o un concepto aristocratizante y antiburgués de la sociedad y su organización, son, entre otros, ingredientes del futurismo que preparan la visión del mundo fascista. El futurismo marinettiano y la utilización sesgada de Nietzsche son el cauce a través del que discurre esta evolución de Gecé dentro de la vanguardia; pero un salto cualitativo se producirá cuando en 1928, de la mano de Curzio Malaparte y conocedor de la Italia de Mussolini, a la defensa de los regímenes autoritarios y de las minorías que «disciplinan» a las masas, se unan contenidos populistas y la valoración de lo «campesino y elemental», en el marco de una revolución nacional superadora de los esquemas del siglo XIX. Esa tensión entre la más estridente modernidad y la tradición, se resolverá con una adhesión absoluta al fascismo presentada como una *conversión*, donde Malaparte («mi Virgilio en esta visita italiana») habría acompañado su particular camino de Damasco. Con tonos delirantes y notas freudianas (las mismas que había utilizado para componer los relatos de

¹⁸ Guillermo de TORRE: *Historia de las literaturas de vanguardia*, 2ª ed., Madrid, Guadarrama, 1974, vol. II, p. 248.

¹⁹ Andrés SORIA OLMEDO: *Vanguardismo y crítica literaria en España (1910-1930)*, Madrid, Istmo, 1988, p. 187.

²⁰ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «Eoántropo. El hombre auroral del arte nuevo», *Revista de Occidente*, LVIII (marzo de 1928), p. 314.

²¹ «Marinetti en España», *La Gaceta Literaria*, 28 (15 de febrero de 1928), p. 3.

Yo, inspector de alcantarillas), ofreció esta arrebatada imagen en la etapa italiana de *Círculo imperial*:

... en Roma, a las pocas horas de caer en Roma... ¿qué cosa me pasó? No sé. Sólo recuerdo que girovagué alucinado por calles y jardines, y cielos, y árboles, y palacios, y acentos de aquella vida. Y que de pronto me encontré abrazado a Roma con ansia incontenible y desarticulada de balbucear tenuemente: madre.

Roma, a los pocos días, ya fue todo para mí.

Roma era el Madrid cesáreo e imperial que Madrid no sería nunca.

Roma era ese firmamento cálido, azul, de un azul sexual, embriagador, azul y dorado que yo no había visto en parte alguna de España –y que era España, sin embargo– y que me protegía como una mano regia.

Era la matriz de una Castilla mía, depurada, antigua, eterna, inajenable. Roma era –¡qué impresión descubrir eso, sencillamente!– mi lengua, el manantial de mi habla, espuma y cristal, originario en el que yo ahora zahondaba mi espíritu como en un Jordán beatífico, saturándome de santidad, de *período de orígenes*, de ternura agradecida.²²

Su agudeza se puso a prueba cuando percibió en la Roma fascista un «Olor a mundo antiguo, medieval y nuevo». Allí encontraría nuestro personaje el terreno donde recomponer su coherencia ideológica. Desde sus primeros pasos como escritor se había visto atrapado en un nudo de contradicciones: la difícil compaginación de tradición y modernidad; la tensión entre el europeísmo y el casticismo como soluciones a la decadencia nacional; y el sentimiento de enajenación experimentado como integrante de la minoría intelectual respecto del pueblo. Tres contradicciones rastreables en las corrientes ideológicas del primer tercio del siglo XX, que en Gecé llegan a su punto de máxima agudeza hasta hacer crisis en esta visita a Italia. El alucinado texto transcrito viene a constituirse, así, en prólogo para una nueva profesión de fe, pues cuando –como confiesa a continuación– el fenómeno fascista «irrumpió en mi conciencia, a posteriori de mi reconocimiento entrañable de Roma, me vi perdido. Tenía que admitirlo *acríticamente*». Y desde la nueva certeza, «todo un pasado juvenil, envenenado de exotismos y torceduras, se me desvanecía como una veste de humo».²³

Su percepción inicial del fascismo resaltó el carácter revolucionario, juvenil y popular (a fuerza de antiliberal y antidemocrático), sin que acertara todavía a discernir cuanto tenía de fenómeno exclusivamente italiano –y para Italia– y de respuesta universal a la crisis del liberalismo en la era de la incorporación de las masas a la vida política. El paso siguiente lo dio con la «Carta a un compañero de la Joven España», prólogo a su traducción de textos de Curzio Malaparte, a la que tituló, con un préstamo de Unamuno, *En torno al casticismo de Italia*. Publicada simultáneamente en *La Gaceta Literaria* en febrero de 1929, es el primer manifiesto intelectual del fascismo hispano: la invitación a formar en un nacionalismo de nuevo cuño valiéndose del

²² E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Círculo imperial*, Madrid, Cuadernos de La Gaceta Literaria, 1929, pp. 48-49.

²³ *Ibidem*.

paralelismo entre la Italia prefascista y la España del momento. Su argumentación partía de dos ejes afrontados por Malaparte en su vertiente italiana: el sentido de «rebelión contra la modernidad», contra la Europa nórdica y protestante, ofrecido por ambas naciones –y por Rusia– en los últimos siglos; y la comparación del *Risorgimento* con el despertar nacionalista inserto en la vida intelectual española desde la crisis finisecular:

Sustituyamos nombres y veremos que frente a Rajna o D'Ovidio, hay un Menéndez Pidal, creador de nuestra *épica nacionalista*, frente a Croce o Missiroli, hay un Ortega, creador de nuestra *Idea nazionale*, un D'Ors, amante de la Unidad; frente a D'Annunzio, Marinetti y Bontempelli, un Gómez de la Serna, creador del sentido latino y modernísimo de España, «stracittadino» y «strapaesano» a un tiempo; frente a Pirandello, un Baroja, un «Azorín», regionalistas como punto de partida en su obra y elevadores del conocimiento nacional de una tierra, creadores de anchos espejos; frente a Gentile, un Luzuriaga, en posibilidad de experimentos enérgicos, de instrucción...

Y sobre todos ellos Miguel de Unamuno, por haberse anticipado a Malaparte al señalar –aunque con vacilaciones– como vía de conducta el antieuropeísmo constitutivo de España. Ni la corriente *cosmopolita* de Moscú ni la *casticista* de Roma «nos arrancarán nuestro yo. Sino que lo fortificarán, lo revelarán», escribe Gecé con ecos del pensador vasco. El reinado de los Reyes católicos constituye el vértice de nuestra experiencia histórica, con su emblema del yugo y las flechas, cuando un manojo de tendencias disgregadoras se trabó en un «haz». Y ante la deserción de las figuras intelectuales mayores –intercambiables con las italianas–, la convocatoria a la juventud intelectual, a su generación, para actuar como avanzadilla de la «enorme misión» del resurgimiento hispano.²⁴

Su decantación política fue un caso temprano en la evolución del esteticismo al compromiso político del artista en que se vio inmersa la joven *intelligentsia* de la época. En ese tránsito había que declarar liquidada la vigencia del vanguardismo al modo como se había entendido hasta entonces. Con todo, fue la llegada de la República quien dio la puntilla a *La Gaceta Literaria* hasta convertirla, en su tramo final, en *El Robinsón literario de España*. Con un empuje de humor amargo que hace suya la angustia desolada de Larra, bajo esa rúbrica escribió en solitario seis de las últimas entregas de su revista, un alarde grafománico de periodismo total que acertó a definir como «Una *Summa literaria* hecha con cante jondo».²⁵

Los que hayan observado –escribirá en *Genio de España*– mi vida literaria o espiritual de estos últimos tiempos saben [...] que mi ánimo se levanta hoy del yermo y soledad donde hace un año se ejercita en liberarse de crisis e inquietudes, algunas de las cuales he ido transcribiendo a esa mi obra monacal de *El Robinsón Literario de España* (testimonio respetable, al menos, por su generosa abundancia).²⁶

²⁴ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «Carta a un compañero de la Joven España», *La Gaceta Literaria*, 52, 15 de febrero de 1929, pp. 1 y 5.

²⁵ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «Mi género», introducción a la edición de bibliófilo de *El Robinsón Literario de España*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1932.

La tentación política

El torso de Gecé queda seriamente mutilado si lo contemplamos sólo desde el ángulo del escritor y hurtamos su reverso: el de hombre de acción. Ya en su etapa de activista cultural de la vanguardia acabó por descubrirse como un «empresario o contratista de asuntos poéticos» o «un poeta metido a empresas».²⁷ Y desde esa autoconciencia se comprende mejor que, frustradas sus aspiraciones al liderazgo intelectual en el terreno del arte, intentase desplegar su influjo en la esfera de la política, primero como intérprete y teórico del fascismo y después entrando abiertamente en su juego.

Es entonces cuando acabará de perfilar su discurso ideológico, atemperando sus radicalismos iniciales y confiriendo a su nacionalismo una creciente «dimensión católica y proyección imperial».²⁸ El cambio es muy perceptible ya en *Genio de España* (1932). Escrito en tono de exaltación profética, es la invitación a un porvenir fascista apoyada en la reinterpretación de la trayectoria histórica española y con una óptica muy dependiente del fascismo de Mussolini, personaje por el que sintió veneración. Autoproclamado «nieto del 98», Giménez recoge el grito rebelde de esa generación y se ensaña con la *España invertebrada* de Ortega, su repudiado maestro, de quien salva en última instancia una «zona perspicaz», la susceptible de abrir horizontes al fascismo.²⁹ Después de tres siglos de fracasos y renunciadas –los «trece noventayochos» de España, desde la paz de Münster (1648) hasta el 14 de abril de 1931– la resurrección hispana es posible siguiendo la ruta marcada por su genio nacional. En ese sentido, la tradición auténtica de España se inscribe en el «genio cristiano y universo», representado en esa hora por el fascismo, como vía armonizadora de contrarios, frente a un «genio oriental» basado en el predominio de masas absolutas y la anulación de la libertad, localizado en Moscú, y un «genio occidental» dominado por el criticismo individualista, con sede espiritual en Ginebra. El referente legitimador ya será la España de los Reyes católicos (ni los Comuneros los primeros fascistas, como había propuesto en la «Carta a un compañero») sino la época imperial de Carlos V y Felipe II. El fascismo deviene en una «nueva catolicidad» donde a España le corresponde ser otra vez el «brazo diestro» de Roma, como lo fuera en el momento cenital de su historia.³⁰ La utilización del término *catolicidad* es deliberadamente equívoca; lo precisará en *La Nueva Catolicidad* (1933) como sinónimo de *universalidad*. Así, el catolicismo, a base de transigencias y derrotas desde el fin de la Contrarreforma, de ser «una doc-

²⁶ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1932, p. 267.

²⁷ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Trabalenguas sobre España*, Madrid, CIAP, 1931, p. 348.

²⁸ Ismael SAZ CAMPOS: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 117.

²⁹ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Genio*, pp. 69-114. Se trata de la segunda parte, titulada «Los huevos de la urraca (Notas a Ortega)».

³⁰ *Ibidem*, pp. 19-27, 229 ss.

trina creadora, emprendedora, acogedora, interventora de la historia, había ido quedando reducida a una doctrina inmóvil, a la defensiva, transigente e intervenida». ³¹ De hecho, Giménez Caballero irá confiriendo al fascismo los atributos de una nueva *religión política* en concordancia con las ideas seculares del siglo XX. ³²

Aún hará una aportación excepcional a la estética fascista con *Arte y Estado* (1935), publicado originariamente en la revista *Acción Española*. El texto es una buena muestra de la «estetización de la política» a que conducía el fascismo según Walter Benjamin, pero más aún una afirmación extrema de la «politización del arte», disparada expresamente contra las tesis *deshumanizadoras* de Ortega. Tras un lúcido análisis de la situación artística en la crisis de la era liberal, Gecé concluye que el arte siempre es *reflejo* y *propaganda* del Estado, y el estadista compenetrado con el «genio» de su nación es un artista, pues no hay arte superior al de interpretar y *salvar* las querencias inconscientes de un pueblo, como el escultor modela la materia informe. «Lograr un Estado es un Arte. Y un arte supremo lograr aquel Estado que encarne el genio absoluto de un pueblo»; algo que en España se alcanzó un día en el siglo XVI para quedar plasmado en El Escorial: «Estado hecho piedra, jeroglífico, esfinge». ³³

Un juicio apresurado de la trayectoria de Giménez Caballero nos presenta únicamente contradicciones y malabarismos. Las hubo, desde luego. Pero es posible encontrar un hilo conductor que dé alguna coherencia a sus variadas propuestas intelectuales y políticas. Cuando hizo pública profesión de fe de su nueva ideología en 1928-1929, actuaba en un medio que, si al principio indiferente –todavía se podía jugar con las paradojas–, no tardó en volverse abiertamente hostil. En un primer momento puso todo su ardor en la *nacionalización de la izquierda*, incitando a sus maestros y compañeros de letras (como después al presidente del gobierno republicano, Manuel Azaña) ³⁴ a seguir una vía que estaba calando en una Europa atravesada por una profunda crisis. Tan ambicioso propósito no pudo presentarse en hora más inoportuna. La dictadura primorriverista agonizaba y en poco más de un año su caída acabaría arrastrando a la propia monarquía; la *intelligentsia* hispana basculaba en su inmensa mayoría hacia posiciones liberal-republicanas o socialistas y no estaba por dar el salto mortal que pedía el intrépido escritor. El fracaso, con todo, no fue absoluto; el mensaje prendería en algunos jóvenes intelectuales, entre los que destacó Ramiro Ledesma Ramos. El joven comentarista filosófico y científico de *La Gaceta Literaria* y de la *Revista de Occidente* es inexplicable sin Ortega, pero más aún sin Giménez Caballero, en cuya órbita completó un tramo de su formación y encontró el entorno acogedor y propicio donde expresar y compartir sus inquietudes, centradas en las implicaciones ideológicas de la ruptura estética de la

³¹ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *La Nueva Catolicidad. Teoría general sobre el Fascismo en Europa: en España*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1933, p. 108.

³² Douglas W. FOARD: *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1975, p. 203. Véase Emilio GENTILE: «El fascismo como religión política», en *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 219-245.

³³ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Arte y Estado* [1935], edición de Enrique Selva, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 262 y 253.

³⁴ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Manuel Azaña (Profecías españolas)*, Madrid, Ediciones de «La Gaceta Literaria», 1932.

vanguardia. Su primer gesto público fascista se produciría —y no es casual— en un banquete a Gecé en Pombo en enero de 1930. Asistido por algunos intelectuales y estudiantes de escaso relieve, inició la formación de núcleos desde los que empezará a desarrollarse en España un movimiento fascista autóctono: el grupo de La Conquista de Estado (editor del semanario homónimo), después las JONS... Giménez Caballero firmó el manifiesto y colaboró en los primeros números de la revista, pero no tardó en alejarse al comprobar su incapacidad para salir de la condición de grupúsculo.

Tampoco cumplió sus expectativas el proyecto falangista. Tuvo una participación muy activa en la iniciativa frustrada de *El Fascio*, que le sirvió de preámbulo, y se integró en Falange Española de las JONS cuando ambos grupos se unificaron. Pero con el modelo italiano como espejo, estimó que el liderazgo del fascismo español mal podía encarnarlo un aristócrata como José Antonio Primo de Rivera, incapaz de crear el campo magnético necesario para atraer a las masas y vertebrar un movimiento con aspiraciones efectivas a la conquista del poder. Le desagradaron también sus pretensiones de elegancia retórica, además de que su propia ubicación en el partido se viese obstaculizada tanto por sus actitudes inestables e improcedentes, como por la rivalidad de escritores como Sánchez Mazas o Eugenio Montes, cuyos alambicamientos estilísticos estaban mucho más cerca de las preferencias joseantonianas en ese entorno que ha dado en llamarse su «corte literaria»,³⁵ a la que, desde luego, no perteneció Gecé. Ridruejo contó al respecto una anécdota muy reveladora. En conversación con el jefe de Falange, el joven poeta hizo una mención incidental a *Genio de España*, cuya lectura le había fascinado. «Sí, está bien», le contestó Primo de Rivera, «pero, ¿no encuentras que todo parece allí demasiado simple? Por otra parte se percibe correr por el libro una vena presuntuosa de aparecer como un *Führer*, lo que es algo ridículo». «Yo —comenta Ridruejo— conocía entonces mal las intimidades del falangismo, pero tomé buena nota de que el antiguo vanguardista Giménez Caballero no estaba ya en los altares, si es que lo había estado alguna vez».³⁶

Todo lo anterior podría haberlo pasado por alto Gecé si José Antonio Primo de Rivera, en el contexto de la crisis del partido de 1934/1935, no hubiese aparecido a sus ojos como una rémora a la hora de reorientar el movimiento y sacarlo de su situación marginal. Algo que suponía mostrar la disponibilidad del partido hacia una política de alianzas con otras fuerzas derechistas, no afines, pero sí convergentes, dando así aliento a ese «campo de fuerzas» al que se ha referido Ferran Gallego, sin el que las aspiraciones de capturar el poder eran pura quimera.³⁷ En tales condi-

³⁵ Véase Mónica y Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

³⁶ Dionisio RIDRUEJO: *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 54.

³⁷ El sentido de la crisis falangista de 1934-1935 fue planteado hace tres décadas por Ismael SAZ CAMPOS en «Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español», *Revista de Estudios Políticos*, 50 (marzo-abril de 1986), pp. 179-211. Por su parte, Ferran GALLEGO ha desarrollado ampliamente esa crisis en dos destacados estudios: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005; y «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en Íd. y Francisco MORENTE (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 253-447.

ciones, cuando la crisis estalló, Giménez Caballero se apartó de Falange y, lejos de cualquier disciplina partidaria, optó por la búsqueda de un *influjo trasversal en el conjunto de las derechas* sin renunciar por ello a la significación fascista de sus planteamientos. Desde esa perspectiva puede cobrar sentido su disponibilidad a formas de convergencia táctica con aspectos del pensamiento y la mentalidad de la derecha radical, como el grupo de Acción Española (que le ofreció un banquete en febrero de 1935 por su éxito en las oposiciones a la cátedra del instituto Cardenal Cisneros), sus guiños a la derecha posibilista de Gil Robles y a las JAP, sus elogios a Calvo Sotelo, la creación del Partido Económico Patronal Español (el PEPE) y, finalmente, su presentación a las elecciones de febrero de 1936 por la candidatura contrarrevolucionaria madrileña... Aunque hubiese deseado un proceso distinto, no tardó en comprender que no quedaba otro camino que la aceptación del protagonismo militar apoyado por la ancha base de las derechas, tratando por todos los medios de evitar que la conspiración en curso terminara en un mero pronunciamiento militar. Eso lo vio con claridad meridiana el observador pragmático que se amagaba tras el arrebatado y fantasioso Gecé.

Dos notas resaltan en su discurso de los años republicanos: la voluntad de construir una primera síntesis cultural en consonancia con la visión del mundo fascista y la pretensión de desplazar el magisterio orteguiano sobre los sectores juveniles del país en beneficio propio. *Genio de España*, es en buena medida la respuesta a *España invertebrada*, como *La Nueva Catolicidad* aspira a contestar las concepciones europeístas del filósofo madrileño; *Arte y Estado* de *La deshumanización del arte*, y *Exaltación del matrimonio* de los *Estudios sobre el amor* orteguianos. En todos estos escritos sustituye la *meditación* (inspiradora de duda, reflexión y actitud analítica ante la realidad) por la *exaltación*, como género donde la irracionalidad del discurso ha de aceptarse acrítica y fanáticamente, con apelaciones a una movilización basada en el instinto y la fe. Poco importa a este respecto la evidente diferencia de profundidad teórica entre Ortega y Giménez Caballero, el valor sustantivo o la capacidad de permanencia de sus respectivas obras. El propósito de suplantar al maestro es indudable y los escritos de Gecé encontraron un eco nada desdeñable en los años de preguerra, sobre todo en sectores de la juventud llamados a tener una destacada intervención en la vida española.

Es cierto que la obra teórica de Giménez Caballero no resiste la comparación, en punto a rigor, con la de Ledesma Ramos, a quien González Cuevas califica muy justamente como «el máximo teórico del fascismo español».³⁸ Pero no debe perderse de vista que tanto en los importantes ensayos de Ledesma *¿Fascismo en España?* y *Discurso a las juventudes* (1935), como en los textos de José Antonio Primo de Rivera —que en buena medida parecen ejercicios de estilo—, estamos ante elaboraciones doctrinales políticas, incapaces por sí solas de configurar una cosmovisión abarcadora del conjunto de la realidad. Y ahí radica la importancia de la obra de Giménez Caballero durante el quinquenio republicano. Porque de la síntesis entre la Italia de Mussolini y su interpretación de la historia y la cultura españolas no extrajo un entramado de instituciones y

³⁸ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: «Ledesma Ramos o el imposible fascismo español», introducción a Ramiro Ledesma Ramos: *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 32.

consignas que poner en práctica (y cuando lo intentó, lo hizo con rigidez y hasta torpeza), sino los fundamentos vitales y la sensibilidad sobre los que se erigía la realidad política del fascismo. Y consiguió transmitirlos con un formato expresivo propio, inconfundible. Además, sus textos desbordaron los estrechos cauces partidistas para poder ser asumidos también por los sectores en trance de *fascistización* que se armaban ideológicamente para cerrar violentamente la crisis abierta en la sociedad española como resultado de un proceso de modernización vivido como traumático.

La guerra civil y la Unificación

Las primeras noticias de la sublevación militar en Marruecos le llegaron al anochecer del 17 de julio cuando se encontraba en la sede de *Acción Española* en compañía de Ramiro de Maeztu, a quien sus correligionarios —implicados y conocedores de los entresijos de la conspiración—, incomprensiblemente, habían dejado abandonado. Para el pensador vasco suponía la detención y la muerte. Para Giménez Caballero fue el inicio de una angustiada búsqueda de refugio: en casas particulares, en un pabellón de la Embajada alemana, en el Instituto francés... *El Mono Azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, en su delatora sección «A paseo» —título incalificable— le dedicaba los más gruesos improperios.³⁹ Su vivienda fue objeto de registros y saqueos, de los que dio cuenta la prensa afecta al Frente Popular.⁴⁰ En tales circunstancias se perdió el rico archivo que atesoraba de los años de *La Gaceta Literaria*. Mediado el mes de octubre, valiéndose de unos amigos alsacianos, pudo escapar del Madrid revolucionario en una avioneta, teñido de rubio y con la identidad falsa de un tal *monsieur* Bonafoux, de profesión periodista. Aterrizado en suelo francés, partió en tren a Milán, y tras reencontrarse con su mujer y sus hijas y descansar unos días en Oggiono, se desplazó a Roma, donde sería recibido en audiencia por Mussolini.

A comienzos de noviembre de 1936 entraba en la España sublevada. Se presentó en Salamanca, sede del embrión administrativo del nuevo Estado. Las gestiones de Sangróniz le facilitaron una audiencia con el general Franco en el palacio cedido por el obispo. «Creí encontrarme —escribirá en sus memorias— más que ante un militar a la española, con una figura legendaria y bíblica: *¡un rey David!* Breve de estatura pero con una cabeza entre el guerrero y el artista». De dar crédito a sus memorias, el general le habría hecho un elogio de *Genio de España* y planteado la posibilidad de volver a tomar la bandera internacional del catolicismo. Ante lo cual, Giménez Caballero, sin duda halagado, apostillaría que ese catolicismo en ningún caso debía ser el que «ha venido ondeando la C.E.D.A., las derechas autónomas y vaticanistas. Sino una fe más heroica y mística».⁴¹ Acaso sin saber muy bien qué hacer con el escritor, Franco tuvo la ocurrencia de ponerlo a las órdenes de otro personaje no menos histriónico, el general Millán Astray, para que le ayudase a organizar los rudimentarios servicios de prensa y propaganda del Cuartel General.

³⁹ «A paseo», *El Mono Azul*, 2 (3 de septiembre de 1936), p. 7.

⁴⁰ «Registros y detenciones» y «En torno al Círculo de la Unión Mercantil», publicados el 9 de septiembre de 1936, respectivamente, en *ABC* y *Fragua Social*.

⁴¹ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Memorias...*, p. 89.

Ya resulta significativo el hecho de que Gecé se integrase de buen grado en esos servicios tan precarios, instalados en el palacio de Anaya, y no en los mucho mejor dotados de Falange. A su instinto para olfatear el poder allí donde se encontrase venía a sumarse la circunstancia de su todavía no resuelto reingreso en el partido. Éste se consumó, según García Venero, por la mediación insistente de Francisco Bravo y «a través de jeremiáticas manifestaciones de arrepentimiento».42 Bien sabía que debía hacer frente a la actitud hostil de los falangistas de primera hora, reuentes a perdonarle sus públicas discrepancias con José Antonio Primo de Rivera, cuya figura ausente era ya objeto de mitificación; como recordó Ridruejo, «sus textos se habían convertido en sentencias sacras e indiscutibles y sus afectos y querencias –cuando eran conocidas– decidían el destino de las personas».43

La concesión del premio internacional San Remo sobre el fascismo por su obra *Roma risorta nel mondo*, que había presentado en vísperas del estallido de la sublevación, vino a sacarlo por unas semanas del incómodo ambiente salmantino. En enero de 1937 se desplazó para recoger el galardón a Roma, donde de nuevo fue recibido en audiencia por Mussolini y aprovechó la estancia italiana para desenvolver una intensa campaña propagandística por toda la península.

A finales de marzo entraba en los planes unificadores de Franco, quien contaba ya con la proximidad de su cuñado Serrano Suñer como cerebro político. Ambos le pondrían al tanto –a espaldas del partido– de sus designios de unificar las dos principales fuerzas políticas actuantes en la zona nacionalista, falangistas y carlistas, en un organismo único, con evidente preponderancia del falangismo, y bajo la jefatura personal de Franco. Y le encargaban la redacción de un discurso que habría de pronunciar Franco como preámbulo explicativo del decreto.

Cuando se desató la lucha entre facciones por el control de Falange, García Venero considera que Giménez Caballero ofreció su colaboración en potencia –aunque deseando guardar sigilo– al grupo conjurado contra Hedilla. Pero la afirmación no resiste la crítica histórica. Prueba de ello es que en la turbulenta última reunión del Consejo Nacional, la facción rebelde culpaba a Hedilla de convocar entre otros a Giménez, «traidor varias veces a Falange antes del 18 de Julio, detractor personal y encarnizado de José Antonio y contumaz traidor en la actualidad contra nuestra Organización, la cual desfigura constantemente».44 Muy al contrario, nuestro personaje actuaba en la órbita del Cuartel General, desde donde, según la afortunada expresión de Ridruejo, se preparaba un verdadero «golpe de Estado a la inversa»; una operación por la cual, al revés de lo ocurrido en Italia y Alemania, no era el partido el que se apoderaba del Estado, «sino el Estado –su jefe– el que se había apoderado de los partidos fundiéndolos para acomodarlos a sus propósitos».45

42 Maximiano GARCÍA VENERO: *Falange en la guerra de España: La unificación y Hedilla*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 199 y 353.

43 Dionisio RIDRUEJO: op. cit., p. 157.

44 GARCÍA VENERO: op. cit., p. 353. Vicente de CADENAS Y VICENT: *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las J.O.N.S.*, Madrid, 1975, p. 94.

45 Dionisio RIDRUEJO: op. cit., p. 106.

Tanto en el discurso que leyó Franco al anochecer del 18 de abril de 1937 anunciando la Unificación, como en un lago escrito difundido días después en la prensa, Giménez Caballero trazaba las líneas de la evolución histórica hasta llegar al momento presente. Según el discurso, el Movimiento conducido por Franco –lejos de lo «inorgánico, fugaz [y] pasajero»– había atravesado tres fases. Una primera ideal o normativa, desde la Reconquista hasta los tiempos de plenitud alcanzados con los Reyes Católicos y el Imperio de Carlos V y Felipe II. La segunda etapa sería la histórica, representada por el carlismo como fuerza centenaria de oposición al liberalismo extranjerizante. Por último, la contemporánea, que arrancando de la dictadura de Primo de Rivera –momento puente entre los pronunciamientos decimonónicos y los movimientos fascistas– llegaba hasta Falange Española de las JONS con «la figura nacional de José Antonio Primo de Rivera» e influía «en otros grupos más o menos afines de católicos y de monárquicos».⁴⁶

La Falange anterior a la guerra, pues, no era sino *una etapa más* de esa evolución, culminada en las nuevas condiciones bélicas, que le permitían proyectar su irradiación ideológica y su capacidad movilizadora, alcanzando a los sectores fascistizados de la derecha, y todo ello bajo la égida del ejército. A la cabeza del nuevo organismo, «no ya un estudiante [Ledesma], no ya un joven jefe civil [José Antonio], sino el hombre con la categoría que hubiese tenido el José Antonio de “hoy”: con la categoría de “general”, de “Caudillo”. De adalid de una guerra universal que va a salvar al mundo». Ahora, sí: Falange superaba sus etapas de adolescencia y de juventud, se hacía hombre y conquistaba el Estado al encarnarse en la figura «viril y paterna» de Franco.⁴⁷

Al desmitificar en esos términos la historia falangista, Giménez Caballero demostraba haber comprendido mejor que otros camaradas la única posibilidad española de fascismo. Era el punto de llegada de un camino lleno de obstáculos transitado en los años republicanos; e incluso antes, si nos remontamos a su condición precursora. Por añadidura, la realidad impuesta tenía para él la ventaja de permitirle reiniciar su carrera política al amparo del poder absoluto del dictador. Sus servicios a la causa unificadora fueron recompensados con uno de los diez puestos de la Junta Política. Desde entonces, aduló sin tasa al nuevo jefe, llevando su estilo a límites inverosímiles, se convirtió en el propagandista incansable del nuevo falangismo tradicionalista, y pensó que la Unificación «podía ser, tenía que ser su gran momento político», como recordó Laín.⁴⁸

No tardaría mucho en salir de su engaño. Aún entraría en el I Consejo Nacional de FET y de las JONS, que juró en el monasterio de las Huelgas. Pero ahí se frenó su carrera y paulatinamente se fue alejando de los centros de poder, sin dejar de brujulear cuanto pudo, y viéndose obligado a hacer, de alguna manera, la guerra por su cuenta. Se estampilló de alférez provisional y se dedicó a recorrer los frentes y arengar a las poblaciones «diberadas» a medida que el ejército nacionalista proseguía su imparable avance. Colaboró en toda la prensa nacionalista y en las dos revistas de mayor empaque publicadas en la zona franquista: *Jerarquía* y *Vértice*. Pensando en el

⁴⁶ El texto íntegro del borrador en Enrique SELVA: op. cit., pp. 294-298.

⁴⁷ E. GIMÉNEZ CABALLERO: «La conquista del Estado. La Falange se ha hecho hombre», *La Gaceta Regional*, Salamanca, 25 de abril de 1937. El texto se editaría posteriormente como folleto con el título *La Falange –hecha hombre– conquista el Estado*.

⁴⁸ Pedro LAÍN ENTRALGO: *Descargo de conciencia*, 2ª ed., Madrid, Alianza, 1989, p. 223.

cercano final de la contienda, fundó sin apoyo oficial y escribió casi en solitario el periódico de los frentes *Los combatientes*, del que sólo pudo sacar tres números. Y sabiéndose cada vez más postergado, al prologar en 1938 la tercera edición de *Genio de España*, no le quedó otro consuelo que jactarse de que en su libro podía encontrarse «en germen casi todo el *Material de guerra terminológica y conceptual de nuestro Movimiento*». «Hasta el punto –añadía– de haber sido considerado este libro –dentro y fuera de España– como la *justificación espiritual de nuestra Causa*».⁴⁹

Epílogo: el profeta preterido

Aquella «enrevesada mezcla de intelectual y hombre de acción», condición desde la que «se soñaba un profeta de los tiempos futuros, un capitán de las iluminadas huestes creadoras del porvenir» –como lo retrató José María Alfaro muchos años después, cuando la aventura había concluido⁵⁰– acabó por derivar en un francotirador rehuido por casi todos. A Giménez Caballero le habría de perseguir la sombra de la preterición. La historia de su larga supervivencia es también la de su continuo ofrecimiento, en todas las situaciones, seguida del lamento por su marginación: en la República, en el mismo franquismo, donde aspiró a ser ministro de propaganda («Yo os pido, fascistas de España, que seáis piadosos conmigo cuando triunfemos. ¡Dadme ese ministerio! Sólo os lo cambio por un sillón de Gran Inquisidor», había escrito en *Arte y Estado*)⁵¹ y no pasó de embajador en el Paraguay del general Stroessner.

Los años de la transición democrática le devolvieron una fugaz notoriedad, a la que no fue ajena la reedición de algunos de sus libros anteriores a 1936, la publicación en 1979 de sus *Memorias de un dictador* (tan personales como decepcionantes en otro sentido) y la reimpresión facsímil de *La Gaceta Literaria*. Creyó entonces llegada la hora de su rescate, pero en un tiempo en que tantos entonaron la palinodia, Giménez Caballero, Gecé, se mantuvo en sus trece e hizo –última pirueta– cuanto estuvo en su mano para impedirla. «A mí –afirmaba en sus memorias– sigue sin intimidarme el haber sido fascista e intentado españolizar esa nueva salvación romana de nuestro genio».⁵² Y en esas estaba, solitario otra vez, terne en su convencimiento en la fuerza de la palabra como creadora de realidad, alimentando la leyenda de su insólita aventura, cuando le alcanzó la muerte, casi nonagenario, esperando una reivindicación total que no llegaba, que no podía llegar.

⁴⁹ *Genio de España*, 3ª ed., Ediciones Jerarquía, 1938, p. 11.

⁵⁰ José María ALFARO: «Giménez Caballero, del vanguardismo al robinsonismo», *El País*, 9 de noviembre de 1980.

⁵¹ E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Arte y Estado*, p. 163.

⁵² E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Memorias...*, p. 68.

Pintura del Pueblo frente a la tiranía: *La Religión del Trabajo* de Maruja Mallo.

Painting of the People in front of the tyranny: *La Religión del Trabajo* of Maruja Mallo

Amelia Meléndez
Universidad Nebrija
ameliamelendez@gmail.com

Resumen: Este artículo realiza una panorámica de Maruja Mallo desde el punto de vista de su trayectoria vital y proyección artística en que se encontraba en el inicio de la Guerra Civil. De esa manera se facilita la valoración de aquello que le obligó a abandonar. El análisis de la primera serie pictórica en suelo americano, la primera producción cerrada en el exilio, evidencia no sólo la continuidad de su poética personal sino de cómo la Mallo artista superó con éxito sobrado esa prueba de estrés que supuso el cambio forzado de escenario vital. La voluntad de creación se impuso en ella a los condicionantes del nuevo contexto. Una muestra de cómo la guerra modificó la carrera profesional de tantos intelectuales que formaron parte de la generación del 27 como ella. Tras la victoria rebelde dentro de las fronteras españolas nada fue igual, la censura coartó la actividad cultural de los que se pudieron quedar y la experiencia que vivió durante la guerra y la posguerra modificó la forma de entender el mundo. Maruja Mallo es reflejo de todo eso y de la importancia de que representa como la mujer durante la república se fue haciendo un hueco dentro de la intelectualidad española.

Palabras clave: arte, guerra civil, exilio, cultura, humanismo, voluntad artística

Abstract: This article makes an overview of the point on her life trajectory and artistic projection in which Mallo was at the beginning of the Civil War. This way is more straightforward to assess what this conflict forced her to leave. The analysis of the first pictorial series on American soil, the first production completed in exile, shows not only the continuity of her poetics but also how the Mallo artist successfully overcame that stress test that entailed the forced change of vital scenery. Her will to create succeed imposing on the conditioning factors of the new context. A sample of how the war changed the career of many intellectuals who were part of the generation of 27 like

her. After the rebellious victory within the Spanish borders nothing was the same, censorship restricted the cultural activity of those who could stay and the experience they experienced during the war and the post-war changed the way of understanding the world. Maruja Mallo is a reflection of all that and the importance of representing how women during the republic was making a hole within the Spanish intelligentsia.

Keywords: Art, Civil War, exile, Culture, Humanism, artistic will

Para citar este artículo: Amelia Meléndez: “Pintura del Pueblo frente a la tiranía: *La Religión del Trabajo* de Maruja Mallo”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 216-232.

Recibido: 29/01/2017

Aprobado: 19/03/2017

Pintura del Pueblo frente a la tiranía: *La Religión del Trabajo* de Maruja Mallo.

Amelia Meléndez
Universidad Nebrija

En el ochenta aniversario del inicio de la guerra fratricida española pretendo reflexionar sobre las consecuencias que tuvo para la trayectoria profesional, siempre unida a la vital, de la artista que se hizo conocer como Maruja Mallo.

Maruja Mallo, como es bien conocido, estudió becada por la Diputación de Lugo en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y al mismo tiempo se formó en modelo del natural en la Escuela que Julio Moisés tenía en el Pasaje de la Alhambra. Trabajó amistades con Dalí, Lorca y la generación institucionista del 27 poético y conformó la nómina más deslavazada del 27 artístico. Nómina que según Rafael Santos Torroella incluiría también a Ángel Ferrant, Bores, Palencia, Manuel Ángeles Ortiz, Alberto Sánchez, Joaquín Peinado y Ramón Gaya. Con ella compartió Alberti de la mano de Alberto la experiencia de la Escuela de Vallecas.¹ Esos años con poco trato con su familia fueron «dos años de Maruja Mallo, de la gran amistad con José Herrera Petere».²

Mallo fue pareja de Alberti cinco años e influyó en su poesía y en la de Miguel Hernández. Permeó la poética albertiana desde el tercer libro titulado *El verde alhelí* del poemario *El alba del alhelí* aunque fue advertida en los posteriores desde *Cal y Canto* tal y como advirtieron otros poetas como Tomás Seral y Casas o José María Quiroga Plà.³ La influencia inversa orientó a Mallo hacia un interés profesional que va a prolongar después de la guerra: la escenografía. Se trataba de escenografía para marionetas, representaciones que atrajeron la atención de las vanguardias en toda Europa, desde los futuristas Balla y Depero a la Bauhaus de Schreyer, Schlemmer, Kandinsky y Klee o los constructivistas rusos. En España lo cultivaron para acompañar la música de Falla o las obras de Lorca pintores como Manuel Ángeles Ortiz, Hernando Viñes, Hermenegildo Lanz o Rafael Barradas. Alberti había contraído a su vez ese interés a raíz de las representaciones madrileñas del *Teatro dei Piccoli* de Vittorio Podrecca, traído a Madrid en 1924 por Cipriano Rivas Chérif y Mario Rivas. Con Alberti fueron todas escenografías frustradas, que no vieron representación más allá de simulacros privados *en petit comité*. Así ocurrió con el guirigay lírico bufobailable de *La pájara pinta* (1925) para el que también aportaría luego figurines Benjamín Palencia. Para Alberti realizó también escenografías para las farsas de guiñoles *Figuras del guiñol* y *Colorín y Colorete* (1926), en origen titulada *Colorín y colorado*. Vivieron luego juntos el momen-

¹ Rafael ALBERTI: “La arboleda perdida – Algo sobre mi amistad con Alberto y su obra”, *El País*, 14 de abril de 1985. p. 15

² Rafael ALBERTI: “Milagros”, *El País*, 15 de septiembre de 1985. p. 15

³ Tomás SERAL Y CASAS: *Poesía*, Zaragoza, Guara Editorial, 1988, pp. 38-39. Y José María QUIROGA PLÀ: *Revista de Occidente*, 78 (diciembre de 1929).

to surrealista ibérico que supuso la recepción del surrealismo francés entretejida con la poética telúrica de la Escuela de Vallecas que en Mallo dio lugar a dos series, la pictórica de *Cloacas y Campanarios* y la fotográfica de Cercedilla. También de consuno experimentaron la influencia del cine que esta generación fue la primera en acusar de forma relevante y que recibían por el Cineclub de la Residencia a iniciativa de Buñuel y el Cineclub de *La Gaceta Literaria*. En el caso de Mallo y Alberti de esa influencia resultó una serie de ilustraciones conocida como *La Historia de los tontos* que fueron parcialmente publicadas por Alberti en *La Gaceta Literaria* y expuestas por Mallo como edición especial en la Galería Jeanne Bucher de París.

Sí llegaron a estrenarse las escenografías de Mallo para *El ángel cartero* de Concha Méndez el 7 de enero de 1929 en el Lyceum Club. Para Ignacio Sánchez Mejías según algunas informaciones trabajó en 1931 en figurines, de un peregrino y un bandolero, que podrían tener como destino la comedia en tres actos y prosa *Ni más ni menos*.⁴ Aunque no es posible descartar tampoco su correspondencia con el misterio en tres actos y un epílogo finalizado por Alberti en marzo de 1930 y titulado *Santa Casilda* del que en la segunda mitad de 1930 realizaron Alberti y Mallo lecturas públicas⁵ y el poeta alguna lectura privada en domicilios particulares. En una de estas últimas conoció a María Teresa León y el resto es historia sabida. Son figurines cuyo perfil es repasado con tinta mientras la artista emplea lápiz de color para el iluminado a diferencia de otros contemporáneos como Alberto que preferían la acuarela o el gouache. Eran bocetos que el diplomático chileno Carlos Morla describía «de matices claros, rosados y celestes, pálidos y virginales».⁶

Las últimas escenografías de las que se va a ocupar Maruja Mallo son las de *Clavileño* para la obra que Rodolfo Halffter Escriche constaba con estrenar el verano de 1936 en la Residencia de Estudiantes.⁷ Rodolfo y su esposa Emilia Salas Viu eran viejos amigos de Mallo desde el noviazgo con Alberti. En 1931 Mallo les ofreció el óleo *Dos mujeres en una playa* como regalo de bodas. Mallo tuvo relación también con otros músicos del Grupo de los Ocho o Grupo de Madrid como el lucense Jesús Bal y Gay (1906–1993) a quién agradeció en una tarjeta de visita el envío del artículo por él escrito ilustrado con las obras de Mallo.⁸

Para “Clavileño” se sirvió de materiales secos que había adquirido en las cercanías de la Plaza Mayor en compañía de Neruda, como el chileno recuerda en sus memorias. Representó el Caballo, los Músicos, Malambruno, la condesa Trifaldi y Trifaldín en escenarios donde volcó parte de lo que ha aprendido de escenografía en teatros y museos de París durante los nueve meses como becada por la Junta de Ampliación de Estudios de la Institución Libre de Enseñanza entre 1932 y 1933. En esas escenografías se ha visto influencias de Oskar Schlemmer, Fernand Léger o

⁴ Rosa ARCINIEGA: “Maruja Mallo, la pintora revolucionaria, sostiene que las Escuelas, en general, son estafas al candor público”, *Cosmópolis*, 28 (1931).

⁵ Eladio MATEOS (ed.) Rafael Alberti. *Poesía*, Barcelona, 2003.

⁶ Carlos MORLA LYNCH: *En España con Federico García Lorca. Páginas de un diario íntimo (1928-1936)*, Aguilar, Madrid, 1957, pp. 46-47.

⁷ Maruja MALLO: “Escenografía”, *Gaceta de Arte*, 34 (1935).

⁸ Centro de Documentación Residencia de Estudiantes. Madrid. Archivo Jesús Bal y Gay, Serie Correspondencia, subserie Cartas a J. Bal y Gay y R. García Ascot. Signatura BAL280790340/BAL/2/157BIS/1.

Sonia Delaunay.⁹ Admitiendo la objetivación evidente de las figuras habría que ser prudente en las comparaciones con el maquinismo de *Metrópolis* de Fritz Lang o el *Ballet triádico* de Schlemmer y la propuesta de Mallo. Pero sí habría que enlazarlas, como bien hizo Attilio Rosi, con la serie de dibujos de *Arquitecturas* de Mallo (1933-5)¹⁰. Es verdad que hay una traducción cubista a formas geométricas similar a los figurines de *Skating Rink* (1921) o *La création du monde* (1922-3) de Léger. Pero también hay un eco lejano de escenografías de Arthur Gordon Craig en las que Mallo anduvo indagando bibliográficamente tal y como hizo constar en su memoria de solicitud de beca a la JAE. Y debe tenerse en cuenta que a su vuelta de París no era a Léger a quien acreditaba deudas Mallo sino a «Picasso siempre por las nubes, seguido de Matisse, Bracque y Giorgio de Chirico, el italiano».¹¹ Luego, habría que prestar más atención a los “Managers” del *Parade* picassiano. Además, observando la temporada teatral parisina de 1932-1933 que Mallo tuvo ocasión de conocer tan extensivamente, hay elementos como las guirrnaldas que parecen sacados de *Les noces* de Gontcharova; contrastes fuertes similares de la arquitectura de *Guerceur* de Albéric Magnard para L’Opéra o Gaston Baty para *Crimen y Castigo* en el Théâtre Montparnasse; o los contrastes en figurines de la Commedia dell’Arte de Bracque en *Les Facheux* por no hablar del *Romeo y Julieta* de Jean Hugo, nieto del escritor con gran experiencia como escenógrafo, cuyo estudio Mallo tuvo ocasión de visitar en París.

También antes de la guerra comenzó Maruja Mallo su carrera ilustradora no sólo para Alberti sino también para Ernesto Giménez Caballero, Tomás Seral y Casas, Agustín Espinosa o Pedro García Cabrera pero sobre todo, por encargo de Ortega y Gasset, como viñetista de *Revista de Occidente* en series sobre juegos infantiles, frutas y labores agrarias como ya he desarrollado con anterioridad.¹² Esa carrera venía precedida del éxito inmediato que tuvo su primera individual en los salones de Revista de Occidente en 1928. Ese éxito llevó a una publicación asidua en muchas revistas de vanguardia como *Verso y Prosa*, *Parábola*, *Cosmópolis* y tantas otras de sus *Verbenas* y sobre todo de sus *Estampas*, que comenzaron a ser vistas ya en 1929 en las ediciones montevidéanas de *Alfar* o la revista *Galicia* de la mano de Francisco Ayala. Ayala fue acreditado por sí mismo y la propia Mallo como uno de los primeros en reconocer su talento y aportación, antes incluso de que el ateneísta Melchor Fernández Almagro le presentara a Ortega.

Tras otra individual en la parisina Galería Pierre en 1932, Mallo solo realizaría una última individual, que resumiría el nuevo rumbo que tras *Cloacas y Campanarios* había tomado su plástica. Esa exposición incluía no sólo su plástica escenográfica de *Clavileño* sino sus series de *Arquitecturas* (vegetales y minerales), *Construcciones* y *Edificaciones campesinas* influídas por el magisterio que había dejado el paso por la capital de Joaquín Torres García. A Torres García, a

⁹ José Luis. PLAZA CHILLÓN: “Tendencias de la escenografía teatral en España de 1920 a 1936. Entre la tradición y la vanguardia: De Salvador Alarma a Maruja Mallo”, *Teatro. Revista de Estudios Teatrales*, 13-14 (junio 1998-2001), pp. 116-117.

¹⁰ Attilio ROSSI: “Maruja Mallo”, *Sur*, 7: 32 (1937), p.65.

¹¹ *Ibidem*, nota 6., p. 283.

¹² Amelia MELÉNDEZ: “El exilio profesional de Maruja Mallo: de viñetista a ilustradora total”, en Larraitz ARIZNABARRETA (coord.), *Espacios para la heterodoxia del exilio*, Hamaika Bide Elkarte, 2017.

pesar de los vínculos comunes con la tertulia parisina de Tota Atucha y las galerías Pierre y Jeanne Buchard, no lo conocería hasta su venida en 1933 a Madrid. Torres quiso emular la experiencia parisina de *Cercle et Carré* reclutando para ello a los pintores Luis Castellanos, Francisco Mateos (1894-1976), Antonio Rodríguez Luna, Manuel Ángeles Ortiz, Benjamín Palencia, José Moreno Villa y Maruja Mallo. En escultura contó con Alberto, su futuro yerno Díaz Yepes, Julio González y Germán Cueto.

Mallo también vivió hacia 1934 una experiencia docente como profesora de niños tras participar en los cursillos de selección celebrados en el año 1933, que aprobó con el número 20 del Tribunal de la Asignatura de Dibujo y destinada como interina de esa disciplina en el Instituto Elemental de Segunda Enseñanza de Arévalo (Ávila). Allí prestó servicios desde el 1º de noviembre de 1933 hasta el 30 de octubre de 1934, en que por Orden Ministerial de la misma fecha se le concedió la renuncia al expresado cargo con reserva de los derechos concedidos a quienes aprobaron los mencionados Cursillos de Selección.¹³ Los Profesores Cursillistas del 33 fueron una iniciativa del Ministerio de Instrucción Pública de la República de equilibrar con laicos la carga docente desempeñada por religiosos en enseñanza secundaria. Para preparar esa oposición se fraguó ese verano en Madrid un grupo de estudio de artistas que luego cumplieron sus obligaciones en destinos alejados de la capital entre los que estaban Flores, Manuel Ángeles Ortiz, Rodríguez Luna, Alberto Sánchez, Enrique Climent y Maruja Mallo¹⁴. La muerte de su padre en 1933, que convirtió a Mallo en huérfana y dejaba a todos los hermanos bajo la tutela de su hermano José, pudo haberse sumado a sus propias convicciones republicanas a la hora de asumir una actividad profesional más convencional como la docente. El cuñado de Rodolfo Halffter, Vicente Salas Viu, escribió en *Diablo Mundo* sobre la pedagogía no restrictiva con la creatividad de los niños que Mallo aplicó basado en dibujo de imaginación, dibujo de composición y apuntes de memoria. Mallo no hacía sino trasladar, aumentadas por su experiencia, las lecciones que sobre dibujo había recibido en San Fernando de José Garnelo y Alda.

Mallo nunca interrumpió el contacto con la Escuela de Vallecas y unió a esa experiencia de la tierra lo que vivió y aprendió junto a Miguel Hernández. De todo esto dio cuenta en la muestra de 1936 en la sala madrileña de ADLAN (Asociación de Amigos de las Artes Nuevas a la que pertenecía Mallo) en el local del Centro de Exposición e Información Permanente de la Construcción sito en el número 32 de Carrera de San Jerónimo. Se vieron allí también la serie de *Cerámicas* de 1935 donde Mallo había evolucionado desde las enseñanzas recibidas en las clases de Pintura decorativa de Enrique Simonet Lombardo en San Fernando siguiendo *L'Ornement polychrome* de Albert Charles Racinet hacia diseños regidos por la proporción áurea tal y como la explicaban los tratados de Mattila C. Ghyka. Torres García le había animado a seguir esa proporción que otros vallecanos como Luis Castellanos habían descubierto traduciendo a Luca Paccioli. Y que además, y esta es una vía menos comentada, pudo haberle

¹³ Solicitud de pensión de jubilación al Ministro de Educación y Cultura del 4 de mayo de 1977. Expediente personal de María Gómez-González Mallo. AGA signatura 83869-41.

¹⁴ Miguel CABAÑAS BRAVO: "Picasso y su ayuda a los artistas españoles de los campos de concentración" en *Congreso La Guerra Civil Española 1936- 1939*, Madrid, SECC, 2006.

llegado antes por el escultor Francisco Pérez Mateo, alumno de cursos superiores de San Fernando y aficionado al deporte como Mallo y sus hermanos. Mateo conoció en su viaje a París de 1927 la primera edición en Gallimard de los tratados de Ghyka.¹⁵

La muestra de ADLAN no funcionó como Mallo esperaba pese al catálogo con prólogo de Enrique Azcoaga y la reseña que hizo tras su visita Manuel Abril.¹⁶ O incluso Margarita Nelken, quien antes incluso de su exilio en México se ocupó de la crónica artística. Nelken comparó su escenografía con las de Meyerhold para una joven compositora rusa, Barbanovna. Y señaló como muchos que la calidad de enunciado de desarrollo futuro de esta muestra centrada en lo popular.¹⁷

Pero toda la trayectoria que hemos condensado hasta aquí debería bastar a cualquiera para entender que un lapso de tiempo muy breve Mallo había logrado el reconocimiento de artistas e intelectuales españoles y proyectar su carrera hasta la que era entonces la capital artística por antonomasia.

Tras la clausura de su muestra el 5 de junio de 1936 en Madrid, Maruja Mallo se incorporó según su propia versión a las Misiones Pedagógicas en Galicia, afirmación que hay que acoger con prudencia pues no aparece en los listados oficiales de las Misiones como no apareció tampoco en la nómina de participantes de La Barraca lorquiana. Pero sí puede ser que su destino en Galicia como profesora fuera interpretado por ella como una tarea afín y equivalente a la emprendida por las Misiones Pedagógicas. No se marcharía sola. Tras su ruptura con Miguel Hernández, Mallo había iniciado una relación sentimental con el orensano Alberto Fernández Mezquita, troskista y miembro del POUM (Partido obrero de Unificación Marxista) con quien acudía en compañía del común amigo Eugenio Fernández Granell a diversos actos culturales y políticos a favor de la República. En otras ocasiones se encontraban en el despacho de la estación ferroviaria que regentaba Alberto.¹⁸ Además, el desfile campesino del primero de mayo de 1936 que Mallo presenció en Colón junto a María Zambrano le dio idea para el único óleo presente en la exposición de ese año, *Sorpresa del Trigo*, que iniciaría la serie pictórica que completaría en América. Ese año participaría en dos colectivas importantes, la del *Group Logicofobista* afín a ADLAN en la Llibrería Catalonia y en la Exposición Internacional de surrealismo de julio en las New Burlington Galleries de Londres que sólo convocó además de ella a Ángel Planells, Picasso, Miró, Dalí y Oscar Domínguez.

En Galicia se presentó a las autoridades, y desempeñó su labor de profesora de Instituto por la que percibió emolumentos hasta finales de diciembre.¹⁹ Además de enseñar dibujo conti-

¹⁵ Josefina ÁLIX: *Francisco Pérez Mateo (1903-1936)*, Madrid, MNCARS, 2002.

¹⁶ Manuel ABRIL: "Maruja Mallo", *Blanco y Negro*, 46:2342 (1936).

¹⁷ Margarita NELKEN: "La vida artística. Exposición Maruja Mallo", *Claridad*, 11 de junio de 1936.

¹⁸ Eugenio GRANELL: "La Sorpresa del trigo" en Guillermo ESCRIGAS:(comis.) *Con motivos duns gravados y litografías de Maruja Mallo*, A Coruña, Sada, 1998.

¹⁹ Solicitud de pensión de jubilación al Ministro de Educación y Cultura del 4 de mayo de 1977. Expediente personal de María Gómez-González Mallo. AGA, Madrid.

nuó su labor creativa tomando apuntes de pescadores y útiles de la mar y ese verano disfrutaron de los pueblos de la ría de Pontevedra como recordará luego con nostalgia con Maria Rosa Oliver:

Hubiera querido darte mariscos ¿sabes?... Aquí casi no los hay. ¡No, qué!... Hacerte una paella como la que comí (mencionó un pueblo de pescadores del que no recuerdo el nombre) cuando estuve allá con el chico ese del que te he hablado... Fíjate que sigo sin saber si lo han fusilado o no... Bueno, en la posada en que dormimos - ¿te lo he contado o no? – a la cena nos comimos una fuente entera de mariscos... Son afrodisíacos ¿sabes? Al amanecer me levanté a hacer un pis, abrí de par en par la ventana a la noche estrellada, al mar... Chica, aquello ¡todo aquello era la gloria! ¿me entiendes?²⁰

La Guerra Civil estalló mientras ellos tomaban como base de su veraneo Beluso, en la ensenada de Aldán de las Rías Baixas. Esta elección venía motivada por el buen entendimiento en las tertulias madrileñas de Rafael Dieste de Alberto Fernández Mezquita y Federico Ribas que se prolongaba en los veranos en la casa que el dibujante adquirió en la aldea ayudado por el empresario conservero Gaspar Massó García y donde recibió a tertulianos de 1933 a 1936. Maruja Mallo se sumó a ellos en Praia de Beluso el verano de 1936 a raíz de su noviazgo con Mezquita. Huéspedes de veranos anteriores habían sido el cónsul venezolano Rómulo Gallegos y su esposa o Castella. Allí frecuentaban además al alcalde de Beluso, Johan Carballeira y al fotógrafo KSADO, Luis Casado Fernández (1888- 1972).²¹

Mallo se dedicó a dibujar a las gentes del Berbés, de villas próximas a Vigo como Bueu y sus artes de pesca hasta conformar dos cuadernos de dibujo que constituyeron los bocetos seminales de su primera serie pictórica de importancia en tierras americanas. Las descripciones que hizo de la belleza de los colores oro, plata, salmón de los reflejos de las escamas del pescado se unió con el horror de la violencia de la que fue testigo y ese contraste justificó para ella la pronta salida de España:

—Yo recordaba mi niñez libre y feliz en Galicia, los mercados en la plaza tan pintorescos, las romerías tan alegres, y no pude resistir aquello tan terrible. Tenía un telegrama de Argentina, lleno de sellos, donde se me invitaba a exponer. Me fui en 1937 y ya no regresé hasta 1962.²²

Alberto, refugiado primero en la embajada chilena de Lisboa, fue luego detenido por la policía portuguesa y entregado a las autoridades nacionales. La intervención del cónsul chileno Eduardo Dieste y el poeta Eugenio Montes consiguió conmutar la pena de muerte por la de exilio que el novelista Rómulo Gallegos facilitó en Venezuela, país del que luego sería agregado cultural en Yugoslavia y en el que murió.²³ Esta huida hizo pensar primero a Granell y luego a muchos

²⁰ María Rosa OLIVER: *Mi fe es el hombre*, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1981, pp. 27-29.

²¹ Lois PÉREZ LEIRA: “Federico Ribas, un artista xenial”, en *Galiciazig.com*, Vigo, 2 de agosto de 2004.

²² Manuel VICENT: “Maruja Mallo, la diosa de los cuatro brazos”, *El País*, 12 de septiembre de 1981, pp. 11 y 12.

²³ Eugenio GRANELL: op. cit.

después de él que la salida a Buenos Aires de Mallo pudiera haber sido desde Lisboa. Algunos apuntaron incluso la ayuda de Gabriela Mistral y Claudio Sánchez Albornoz.

En las memorias de Rosa Oliver parece dejarse entender que Mallo nunca volvió a saber de Mezquita, cosa difícil de creer con tantos amigos comunes y con destinos de exilio tan próximos. Shirley Mangini se hace eco de una copia de una carta de Mezquita a Mallo propiedad de Xurxo Martínez Crespo que le ha permitido afirmar que Mallo no sólo tuvo noticias de él sino que incluso le prestó ayuda en los inicios de su exilio.²⁴

La salida de España de Mallo siguió su propia ruta de dificultad. Una vez detenido Alberto el 11 de noviembre de 1936 a Maruja la confiaron a la tutela de un tío en Vigo cuyo domicilio unos autores sitúan en el barrio de Lavadores y otros en el de Berbés.

En una carta escrita desde el Restaurant Paradis de la Alameda viguesa próximo al domicilio de la familia materna fechada el 5 de diciembre de 1936 Mallo dirigida a un casi ilegible José Trenofes que había escrito a Sansisena de Elizalde para agradecerle la invitación de la presidenta de la Asociación de Amigos del Arte a exponer en Buenos Aires. Acompañaba la carta de una serie de mentiras y enmascaramientos, vivas y hurras al “Glorioso ejército nacional salvador de España”, argumentos de reencuentro con hermanos emigrados en la Argentina cuando en realidad dejaba a toda su familia en España e incluía recuerdos entre otros a Raúl González Tuñón, en cuyo poder terminó la carta, y a Federico pues Mallo ignoraba entonces la muerte de Lorca. Mallo hubo de esperar a que los barcos en dirección a Sudamérica pasaran por Vigo pues la salida por Portugal se había tornado imposible. Y esa espera le procuró unas vivencias que no contaría completamente hasta 1938. Ese lapso le procuró la acusación de tibieza en su compromiso republicano pero podría ser explicado por un trastorno de estrés post-traumático que era evidente en los síntomas de soledad producto del desarraigo, flash-backs o explosiones de ira e impaciencia en las primeras entrevistas que se le hacen en suelo argentino como las que debió sufrir Adriana Piquet en la que hizo para Atlántida.²⁵ Mallo vivía acosada por pesadillas de asesinatos, mutilaciones de niños y otras violencias. Finalmente acabó enviando un texto titulado “Relato Veraz de la realidad de Galicia” que apareció publicado por entregas el 14, 16, 21 y 26 de agosto en La Vanguardia de Barcelona. Mallo eligió este diario porque, como ha señalado Carme Vidal, entre 1936 y 1938 figuró en él como redactora Mari Luz Morales Godó, escritora catalana de ascendencia coruñesa muy vinculada al galleguismo. Morales había sido nombrada además directora en 1938 por un comité obrero de la CNT-UGT tras el estallido del conflicto. Eso le convertía en la destinataria idónea para recibir este testimonio y más si se tiene en cuenta la amistad con María de Maeztu y la emulación barcelonesa de la Residencia de Señoritas en el Palacio de Pedralbes en que se hallaba comprometida.²⁶ No cabe dudar, como se ha hecho, sobre la autoría de Mallo de los textos pues no sólo el compromiso de la artista con la causa republicana era firme y reconocido por

²⁴ Shirley MANGINI: *Maruja Mallo and the Spanish Avant-Garde*, Surrey, Ashgate Publishing Limited, 2010, nota 87, p. 195.

²⁵ Adriana PIQUET: “Maruja Mallo. Drama y Verbena”, *Atlántida*, 848 (1937).

²⁶ Antonina RODRIGO: “María Luz Morales, escritora, entre la esperanza y la utopía”, *El País*, 26 de septiembre de 1980.

muchos contemporáneos sino también notable su capacidad de escritura. Expresiones tales como «la potencia creadora del pueblo»; o una visión amplia del arte mural presente en frases como «Los primeros grabados murales del pueblo que aparecían en las paredes, o con tiza en las vallas, representando los instrumentos de labor»[.]; observaciones hechas sobre los escaparates de distintas poblaciones gallegas que se poblaron de banderas fascistas; el saqueo del campo y sus elementos que ella venía de registrar y el detenimiento particular en el testimonio de asesinatos de maestros como la Ponte Deume que cavó su propia fosa además de descripciones de mártires muy concretos aconsejan erradicar toda duda. Entre esos mártires el alcalde de Beluso, en el concello de Bueu, José Gómez de la Cueva, más conocido por su seudónimo de Johan Carballeira que utilizaba en sus correspondencias para *El Pueblo Gallego* desde 1927 que estuvo muy conectado con la Generación de la Vanguardia gallega, el masón Didió Riobó Bustelo, el galleguista Alejandro Bóveda o el abogado y diputado Luis Rupilanchas Salcedo junto al fusilamiento de otras personas del pueblo conocidas por ella como el carbonero Francisco Domínguez, el niño recolector de piñas Cilio Martínez de sólo catorce años de edad o el carpintero y marinero José de la Torre.

Por fortuna el cablegrama de la Eastern Telegraph Vía Vigo Imperial enviado por Sansisena Elizalde el 29 de noviembre desde Buenos Aires y que por dirección insuficiente se retrasó hasta el 3 diciembre de 1936 evitó a Mallo compartir su suerte. La invitación no era para dar conferencias sino para “urgente exposición diciembre”. El vapor postal *Alcántara* de bandera inglesa que admitía pasajeros para los puertos de Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires la dejó en la capital Argentina el 9 de febrero.²⁷ Ese vapor, al igual que el *Asurias* realizaba trayectos rápidos de pasajeros en 1º, 2º y 3ª sin parada en Lisboa. En tercera clase el pasaje costaba unas 737,70 pesetas a las que había que añadir otras 42 si se deseaba un camarote cerrado.

Mallo pues realiza una salida de tipo individual del país que no se insertó en ninguna de las tres oleadas de refugiados republicanos (1938, 1945 y posterior) y esa fórmula solo era posible por la carta de llamada de familiar o empleador de los emigrantes o como turista adquiriendo un billete de primera clase. El cablegrama antes mencionado puede haber funcionado como carta de llamada. A la circunstancia de hallarse en Galicia, que hacía que esa salida evitara los peligros del retroceso hasta Francia, se unían las condiciones de acogida que la República Argentina podía ofrecer por la Institución Cultural Española fundada en 1914 que había creado lazos desde entonces entre grupos cultivados argentinos e intelectuales españoles. Argentina, como explicó Dora Scharztstein, combinó las simpatías franquistas del General Justo con la defensa de la doctrina del derecho de asilo por la diplomacia y la actividad de organizaciones regionales como el Comité Pro-Inmigración Vasca. A eso se unían las simpatías republicanas de los partidos Radical, el Socialista que controlaba la Confederación General del Trabajo (CGT), el Comunista que canalizó ayuda a través de la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE) y el Demócrata Progresista. La primera oleada de 1939 de la que es ejemplo la llegada del vapor *Massilia* con 60 intelectuales recibió el apoyo y la intercesión del director del diario *Crítica* Natalio

²⁷ *Faro de Vigo*. 84: 21. 451. Vigo, miércoles 30 de septiembre de 1936. página 4.

Botana ante el presidente Dr. Ortiz para pedir su residencia. El diario *Sur* dirigido por Victoria Ocampo y sus colaboradores Guillermo de Torre o María Rosa Oliver también sumaron apoyos. Y hubo una serie de editoriales que fundadas por exiliados como Losada, Sudamericana y Emecé que ayudaron a éstos a continuar su profesión.

En el caso de Mallo es evidente que la guerra interrumpió entre otros planes la representación de *Clavileño* en la Residencia y una exposición que la revista *Noreste* quería organizar de ella en Zaragoza, que Guillermo de Torre ya había anunciado esa primavera.²⁸

El escritor argentino Raúl González Tuñón, al escribir a su mujer Amparo Mom en febrero de 1937 desde el barco francés Florida, se despedía con recuerdos para su hermano Enrique y «Cariños a Marujita, a todos los amigos.» Desde su llegada Maruja Mallo fue huésped del matrimonio tal y como se hizo eco la prensa argentina.²⁹ Y no de Alfonso Reyes como se ha publicado en alguna fuente. Desde ese momento anunciaba su intención de seguir creando y se le atribuyen una serie de reflexiones como la «plástica es una especie de escritura de la forma y por tanto no existe el arte abstracto» que demuestran que ya está preparando la que será su primera conferencia porque ésa, la actividad como conferenciante, será la primera ocupación profesional que asuma en suelo americano. Tuñón partía como corresponsal de la Guerra Civil española para *La Nueva España*. Amparo Mom Medina era prima de la esposa de Natalio Botana, Salvadora Medina Onrubia quien había conocido a Mallo y a Concha Méndez en 1932 en Madrid el tiempo en que el diario *Crítica* estuvo intervenido por gobierno de Uriburu. En otra carta a Amparo Mom de su marido, fechada en Dakar, el 28 de febrero de 1937, Raúl escribe «Dile a Marujita que tendré presentes todos sus encargos» y con esto quiere significar las gestiones que hizo para recuperar su obra retenida en Madrid. Al volver a escribir desde Madrid el 19 de abril de 1937 el escritor ya se había reunido con la familia y conseguido la colaboración de su hermano: «Él los reunirá todos y luego arreglaremos con Álvarez del Vayo para ver la forma de enviártelos.» Alberto Sánchez también tuvo que dejar su obra atrás. La carta fechada en Valencia el 22 de abril de 1937 le transmitía la alegría de los antiguos amigos Acario Cotapos, Alberto Sánchez y Luis Lacasa por saberla a salvo. Finalmente, en una carta enviada desde Valencia el 31 de mayo de 1937 comunicaba su intención de servir de correo para las obras que se pudieran conseguir.

Es decir, Mallo tuvo la fortuna de contar con amigos en su llegada a Buenos Aires que le facilitaron enormemente su inserción en la capital y a los que sumó simpatías de las amistades hechas por Méndez en 1930 entre Alfonso Reyes, Ramiro de Maeztu, Guillermo de Torre, Norah Borges, Consuelo Berges y Alfonsina Storni. Con Guillermo y Norah había coincidido mucho en el domicilio madrileño de Torres García y a Ocampo debía conocerla ya de sus conferencias de 1935 en la Residencia de Señoritas y el Lyceum Club. María Rosa Oliver, peso pesado del Consejo de Redacción de *Sur*, era amiga de Neruda y prosecretaria de la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles. Y sin embargo, a pesar de ayudarla, la retrató cambiando su nombre

²⁸ «Maruja Mallo va a exponer en Zaragoza», *Noreste*, Año V. Nº 14b. Zaragoza, primavera 1936.

²⁹ «Maruja Mallo: Pintora Orientada por Claros Conceptos Técnicos y Estéticos», *La Voz del Interior*, 22 de marzo de 1937

por el de Maruja Gallo en su tercer libro de memorias como una republicana «a franjas rojoblancas»³⁰. Según me relató uno de sus amigos de exilio, Arturo Lorenzo, en cuanto pudo establecerse en su piso de la Avenida Santa Fé, Mallo se sirvió de los oficios de una cocinera gallega que le hacía con frecuencia sopas de ajo.³¹ De esa cocinera, que se congració especialmente con Ramón Gómez de la Serna volvió a hablar en una entrevista de sus últimos años.³² Mallo era de las pocas personas exiliadas en frecuentar a Ramón a pesar de la cobardía que éste había demostrado ante el régimen franquista. No debe olvidarse nunca que será Ramón el autor de la monografía que en 1942 se editó en Losada sobre Maruja Mallo, el mejor estudio sobre la artista hecho en vida de ésta.

Frente a la imagen frívola que Oliver elaboraría de Mallo en forma tardía estaba la simpatía inicial de que fue acreedora por los escritores que trabajaban para el diario *Crítica* como Pablo Rojas Paz quien también habría de señalar su venida en el número 37 del montevideo *Alfar* González Carbalho (1899-1958), tertuliano del Tortoni, le dedicó el poema *Defendamos el par*³³. De esta manera ayudaban a su presentación ante la sociedad americana antes de que acudiese a pronunciar las conferencias encargadas por Elena Sansisena de Elizalde, la presidenta de la Sociedad de Amigos del Arte fundada en julio de 1924 con fondos presidenciales y que prolongó su actividad de eventos, ediciones y exposiciones hasta 1946. La escritora Virginia Carreño ha señalado la labor de difusión de arte autóctono y foráneo de esta asociación en cuya filial de Montevideo dio Mallo su primera conferencia. Sobre esta actividad y el carácter pedagógico que asumió para la sociedad rioplatense no abundaré más de lo que ya me extendí en su día.³⁴ Baste decir que fue una actividad ampliamente registrada en prensa especializada por autores tan autorizados como Romualdo Bruguetti, Cordova Iturburu o Julio Payró. La red de apoyos con la que contó se tejía con constancia y solidez facilitando la continuidad de su labor en el exilio. Mallo se granjeó las simpatías de la homóloga uruguaya de Sansisena, Milka Lussich y volvió a ver allí a Joaquín Torres García tal y como éste anotó en su diario ese año 1937 como antes había anotado en el de 1933 las frecuentes visitas de la artista a su domicilio madrileño. Sus conferencias bonaerenses fueron seguidas por la que habría de ser su casa editorial, *Atlántida*, donde ya Federico Ribas disponía de larga trayectoria como ilustrador y entonces era el director artístico que le encomienda sus primeros encargos también como ilustradora. En esas notas de prensa se puede ver también a Sara Tornú Ojeda (“La Rubia” Rojas) casada con Pablo Rojas Paz cuya tertulia intelectual rivalizaba con la de Victoria Ocampo en su residencia de San Isidro.

³⁰ María Rosa OLIVER: *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1981, pp. 27-9

³¹ Amelia MELÉNDEZ: “Entrevista inédita a Arturo Lorenzo”, Viña del Mar (Chile), 2 de diciembre de 2005. 12:00-17:30 horas.

³² Fernando HUICI: “Entrevista con Maruja Mallo”, *Camp de l’Arpa*, 53-4 (1978).

³³ Pablo ROJAS PAZ: “Maruja Mallo: «Pinto desde que veo»”, *Crítica. El Diario de Buenos Aires*, Buenos Aires, miércoles 17 de febrero de 1937.

³⁴ Amelia MELÉNDEZ: “El valor pedagógico de las conferencias de Maruja Mallo en América”, en José Ángel ASCUNCE; Mónica JATO y María Luisa SAN MIGUEL (coord.), *Exilio y Universidad (1936-1955). Presencias y Realidades*, Vol. II, Editorial Saturarán S.L., 2008. pp. 1181-1193.

En América Maruja Mallo tuvo también relación con psiquiatras como Ángel Garma, amigo común con Luis Lacasa, y Felipe Jiménez de Asúa, quien fue coleccionista de su obra. Recibía a Ramón los jueves y a Oteiza los viernes hasta la marcha de éste en 1949. También frecuentó amistades de Ramón como los poetas Oliverio Gironde y su esposa Norah Lange, antiguos pombianos. O antiguas conocidas del Lyceum club como María Martos, esposa de Ricardo Baeza que como la escritora Silvina Bullrich también fue coleccionista suya.

Y luego estaban los círculos gallegos unidos al Grupo del café Tortoni como Luis Seoane, Amparo Alvajar, Sira Alonso, Lorenzo Varela, María Miramontes o Suárez Picallo.³⁵ A ese grupo pertenecía Attilio Rossi quien en mayo de 1937 le dedicará un artículo en *Sur*. Y también el orense Eduardo Blanco Amor (1897-1979) quien retratará a la artista con los cuadros de su nueva serie americana conforme ésta va creciendo y de quien se ha afirmado que la relación con la artista fue intensa y tortuosa a pesar de que su exilio se concretó más en Chile que en Buenos Aires.³⁶

También el coruñés Rafael Dieste, amigo común de Fernández Mezquita y Ribas. Mezquita había cuidado la impresión en 1933 del libro de su hermano Eduardo titulado *Buscón poeta y su teatro* de su hermano Eduardo. Rafael estaba desde 1934 vinculado a las Misiones Pedagógicas, donde conoció a su mujer Carmen Muñoz Manzano. Parece que Mallo ayudó a Dieste a encontrar trabajo en la editorial *Atlántida*³⁷ donde sin duda ella fue introducida por Federico Ribas. En esta revista oficiaba en ocasiones de productor Luis Seoane, quien también escribía para el diario *Crítica*. En sus cartas Seoane comentó la llegada por las mismas fechas de los exiliados Mallo, Ribas y el fotógrafo José Suárez con el que tanta relación tendría la serie de *La religión del trabajo de Mallo*.³⁸ Con Jesús Manuel Lorenzo Varela, que también colaboró en Misiones Pedagógicas y al igual que su hermano Cristino Mallo en *El Mono Azul*, había coincidido en las veladas de la Casa de las Flores de Neruda en Madrid. Varela se incorporó al exilio bonaerense en 1941, tras pasar por el mejicano, editó en Poseidón una monografía de Murillo y en *Atlántida* un libro de divulgación del Renacimiento además de otros estudios posteriores de Seoane o Dalí. Colaboró con la mejor prensa argentina y dirigió la revista femenina *El Hogar* que siguió de cerca la trayectoria de Mallo. Editó además libros de poemas como *Torres de amor* (1942) que admiten paralelismos con la producción de Mallo.

Pero entrando ya más en materia con la serie a la que queremos dedicar lo que resta de esta reflexión es preciso aclarar que el testimonio sobre la guerra civil que va a proporcionar la artista se limita al «Relato Veraz» que envió a *La Vanguardia*. No estuvo en su voluntad reflejar en su obra la violencia de la guerra como sí hicieron en España José Gutiérrez Solana (*Recogiendo a los muertos*), Aurelio Arteta (*Tríptico de la Guerra* de 1937), Horacio Ferrer de Morgado (*La toma de Teruel*) antiguos compañeros de vanguardia como Manuel Ángeles Ortiz (*Fugitivos*,

³⁵ Xosé Manuel LENS: "Maruja Mallo. A vida estruturada nos seus momentos, inesperada", *Grial*, 184 (2009), p. 143.

³⁶ Carme VIDAL LAGE: *Maruxa Mallo*, Vigo, Edicións A Nosa Terra, 1999, p. 86

³⁷ Marga ROMERO: *Entrevistas a Rafael Dieste*, Vigo, Nigra, 1995

³⁸ Francisco FERNÁNDEZ DEL RIEGO: *Cartas de Luis Seoane desde o exilio*, A Coruña, Edición do Castro, 2002, p. 163

1937); Santiago Pelegrín (*Bombas en Tetuán*) o Wifredo Lam. En la comunidad gallega de Buenos Aires le dedicaron series Luis Seoane, Manuel Colmeiro, Alfonso Castelao (*Galicia mártir, Ati-la en Galicia*) o Federico Ribas ilustrando en el diario *España Republicana* el testimonio «Lo que han hecho en Galicia» de Blanco Amor. Entre los argentinos más que las aportaciones de Antonio Berni o Demetrio Urruchúa importa valorar la de la artista argentina Raquel Forner en la serie *De España* (1937-1939). La expresividad e iconografía de caras y manos cortadas surrealistas, con ruinas estatuarias en medio de un paisaje expresionista que recuerdan tanto a Chirico como al *Roma quanta fuit. Ipsa ruina docet* que ilustraba el Mantegna renacentista estaba al servicio de un *pathos* que no interesaba a Mallo aunque la retórica pudiera emparentarlas.

Mallo optó por proponer una vía clara de humanismo agrario pues la misión del joven plástico era «sintonizar la profesión con el afán histórico de las masas, hacia un mundo optimista y feliz»³⁹. Tras *Sorpresa del trigo* pintó en 1937 *Mensaje del mar y Arquitectura Humana* que son las obras capitales de la serie que prolongará con *Mensaje del Mar y La red, El Mar y La tierra*, ambas de 1938. Julio Payró la saludaba en prensa como una superación del nihilismo estéril de *Cloacas y campanarios* o algunas *Estampas* pero también advertía en ella la elusión y alejamiento del horror de una realidad que era incapaz de asimilar. Ese año también llegó a Buenos Aires uno de sus coleccionistas, el arquitecto Antonio Bonet (1913-1989) que fue su amigo y coleccionista. Paralelamente editaba en Losada las conferencias en las que disponía el marco interpretativo para su propio arte y la monografía que le servía de publicidad.

Aunque no todo era evitación en Mallo, que no faltó en muchos de los homenajes que se hicieron desde el teatro y la literatura al poeta caído en la Guerra Civil que había sido su amigo de juventud. Así en junio de 1937 figuraba su nombre en el recital de *Seis Poemas Gallegos* de Federico junto al de Blanco Amor, Bóveda, Ribas y Seoane. Alfonso Reyes compuso *Cantata en la tumba de Federico García Lorca*. De él se conserva una foto con dedicatoria a Mallo «que se ríe conmigo de todos los enemigos de nuestra España, fraternalmente» y para él reelaboró su *Clavileño*, para acompañar esa obra dramática de cuya música se ocupó el también exiliado Jaume Pahissa y que iba a representar Margarita Xirgu el 23 de diciembre de ese año. Y volvió a ser representada en mayo y agosto en el Teatro Smart por la Xirgu. Luis Seoane se ocupaba de la producción. Antonio Machado se ocupó del texto de lo que sería luego el *Libro Homenaje de escritores y artistas a García Lorca* por las mismas fechas en que escribía a Mallo, el 1 de octubre de 1938 desde la Torre de Castañer en el número 21 del Paseo de San Gervasio de Barcelona, agradeciendo una ayuda que calificaba de providencial.⁴⁰

Al final de su vida, otro pintor gallego ofreció el matiz que permite entender la animadversión de María Rosa Oliver hacia Mallo y la difícil situación en que la situó la venida del matrimonio Alberti-León entre la comunidad exiliada porque Mallo «Era muy de izquierdas pero a la

³⁹ Maruja MALLO: «La plástica», *U.O. Revista de cultura moderna*, 1936.

⁴⁰ Carta de Antonio Machado a Maruja Mallo. Barcelona, 1-10-38. Arch. Maruja Mallo, Madrid.

vez muy anticomunista»⁴¹ De ahí su reticencia también a volver a la península acabada la guerra civil contra el consejo de Rafael Sánchez Mazas y José María Alfaro.⁴²

Volviendo a su obra, la producción de Mallo había entrado de lleno en el mundo del campo hacia 1930, encaminándose a una plástica agraria en distintas técnicas y formatos. Exploró el volumen, espacio y construcción del paisaje rural del que extrajo luego elementos arquetípicos sometidos a proporción áurea para extraer finalmente su carácter decorativo y volver a la naturaleza transformada por el hombre. Los *Cuadernos Gallegos* y *La Religión del Trabajo* fueron extensiones en dibujo y pintura a la obra de la segunda etapa madrileña de la artista. Mallo había crecido en ese tiempo como docente en el Instituto Escuela, la Escuela de Cerámica o Arévalo. Todas las influencias que recibió apuntaban en la misma dirección comprometida y humanista con esa gran mayoría española empleada en el laboreo del campo. Uno de los elementos iconográficos van a ser las espigas que en la pintura europea de esos años podían encontrarse en el surrealista André Masson en obras como *El hombre solar* (1935) 1832 o *El hombre y el tiempo* (1938). Era imagen frecuente en la poética de Miguel Hernández y del Lorca que escribía en junio de 1932 a su amigo Carlos Martínez Barbeito: «aún estoy anhelante de una sociedad mejor, que gire alrededor de la espiga»⁴³.

En Argentina el panteísmo agrario de las pinturas de Mallo inspiraron al periodista argentino hijo de gallegos José González Carbalho (1899- 1957) “Defendamos el Pan” o versos de homenaje a Hernández como “Duerme. La tierra es tuya. Eres el grano/ Volverás. Aguardemos que regreses/ [...]para que vuelvan a ondear las mieses/ sobre los yermos campos españoles”.⁴⁴

La llamada a la reconstrucción humanista por vía de simbología agraria era también frecuente en un empleador de Mallo, el director de Atlántida Constancio Cecilio Vigil que recibió de su biógrafo Luis Villaronga el sobrenombre de “el sembrador”. Editor de “Germinal” (1908) y autor de los libros “El Erial” (1915) o “El maíz, fabuloso tesoro” (1944) en un país como Argentina, considerado “el granero del mundo”. El óleo *El canto de las espigas* contenía además una referencia chilena. Antonio de Undurruga menciona el hábito de Mallo de recolectar recolección de espigas maestras en Concón en la costa cercana de Viña del Mar.⁴⁵

En *Cuadernos Gallegos* Mallo volvió a reflejar los oficios del mar de modo más realista a como había abordado a los marineros en sus *Verbenas* siguiendo al Dalí influido por los *Valori Plastici*. El siglo XIX había tipificado oficios en litografías populares como la serie de vendedores ambulantes titulada *Gritos de Hamburgo* (1806) del grabador Cristhiani Cornelius Suhr. Ya en el

⁴¹ “Maruja Mallo, la musa del surrealismo español, fallece en Madrid a los 93 años”, *El País*, 7 de febrero de 1995, p. 40

⁴² Shirley MANGINI: op. cit., nota 76., p. 194.

⁴³ “Federico García Lorca, seis cartas a Carlos Martínez Barbeito”. *FGL, Boletín de la Fundación García Lorca*, Nº 3, junio de 1988, p. 77.

⁴⁴ José GONZÁLEZ CARBALHO: *Sólo en el tiempo*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 146.

⁴⁵ Antonio de UNDURRAGA: “Un mural de Maruja Mallo”, *La Nación*, Santiago de Chile, 23 de mayo de 1948.

siglo XX la fotografía de la Neue Sachlichkeit de entreguerras contaba con los *Hombres sin máscara* de August Sander que presentaban una *gravitas* clásica y retrataba a una *Pescadora de Camarones de la isla de Halligen* (1926) por Albert-Renger Patzsch con el mismo juego de volúmenes de cuerpos y redes que intentará captar Mallo en sus dibujos. Influencias más cercanas a Mallo eran los retratos de taberna de Rafael Barradas que constituyeron un planismo o clownismo que llevó a sus marineros de San Juan de Luz (1925). Otras influencias adquirirían el valor de resonancias en el imaginario de Mallo: los marineros de *El Acorazado Potemkin* de Eisenstein que también estaba interesado en la regla áurea. Esa admiración compartida por los republicanos por la clase obrera y su ética del trabajo les lleva como a Mallo a poéticas sobre eternos esencialistas. Mallo se recreó en la observación de la llegada de la pesca como un festival luminista de Sorolla aunque sus obras estén más próximas a quien extendió a Chile el luminismo, el gallego Fernando Álvarez de Sotomayor. En Beluso coincidió con el fotógrafo Luis Casado Ksado que publicó en 1936 *Estampas de Galicia*, un libro con 405 fotografías. Y José Suárez recogía en esos mismos escenarios material para su película *Mariñeiros*. Eso sí, aunque la inspiración de Mallo fuera regional nunca hizo obra regionalista pues siempre mantuvo esa traducción intemporal de la vanguardia y las leyes matemáticas. Además es posible la asociación de la obra de Mallo no sólo con la de Arteta, Flores Kaperotxipi o Piñole sino sobre todo con series fotográficas de José Ortiz Echagüe como *Remeros vascos* (1929-1932) o los encuadres del cine de *Drifters* (1929) de John Grierson, *Man of Aran* (1934) de Robert O'Flaherty, *Redes* de Paul Strand (1934), *Almadrabas* (1935) y *Galicia* (1936) de Carlos Velo o el propio *Mariñeiros* (1936) de José Suárez. Sin desdeñar la rotundidad mediterraneísta de Mallol o el Togores de *La pescadora de Banyuls* (1921).

La Religión del Trabajo (1936-1939) fue finalmente una serie de ocho óleos, cinco dedicados al trabajo del mar y cuatro al de la tierra que podrían equivaler a los versos nerudianos del *Canto a las madres de los milicianos muertos* publicados en *El Mono Azul* el 24 de septiembre de 1936 antes de aparecer en el libro *España en el corazón* (1937). Pero sobre todo contienen, como observó Córdoba Iturburu, un estudio detenido del arte universal y de la naturaleza, el conocimiento de las leyes regidoras del universo, la matemática de la mecánica del mundo.⁴⁶ Las lecciones del manual de Reinach, el Prado y el Louvre se superponen en Mallo, del campo de Castilla y el litoral gallego. El “dinamismo estático”⁴⁷ que le atribuyeron después tenía veneros muy antiguos. Encuentro semejanzas evidentes de *Arquitectura humana* y *La dama de Elche* y el gesto de las manos de resonancia religiosa estaba presente en damas oferentes ibéricas como las halladas en el Cerro de los Santos en Montealegre del Castillo (Albacete) que Mallo pudo contemplar en las visitas frecuentes al Arqueológico prescritas por su padre. *Mensaje del mar* remitía al avance de la *Niké arcaica de Delos* (550 a.c.) reproducida en el Apolo de Salomón Reinach que Mallo estudió tan intensamente. Su gesto de avance puede encontrarse en muchas figuras femeninas de Mallo.

⁴⁶ Pablo CORDOVA ITURBURU: “Sobre rigurosos cánones matemáticos reposa el Arte Popular de Maruja Mallo”, *Crítica*, Año XXX: 10.404 (1943).

⁴⁷ María Jesús LOSADA: “Maruja Mallo”, *Bellas Artes*, 74 (1974).

Al publicar su primera conferencia en el número de febrero de 1939 de la revista *Sur* Mallo seleccionó un kurós arcaico con una disposición de avance similar. El Petit Palais que Mallo frecuentó en 1931 recibió en 1902 dentro del Legado Dutuit el pequeño bronce del *Hybrisstas*, un Poseidón de Epidauro con idéntico ademán. Pero el estatismo en Mallo habría incluso que ir a buscarlo al Antiguo Egipto. Las redes-velo hacían decorativo una cuadrícula constructivo de modo similar a la pintura mural de la tumba del contable Ounsou de la XVIII extraída del templo de Amón en Tebas y conservada en el Louvre (1450a.c.) Es fácil encontrar en los relieves y murales egipcios que ornar templos funerarios como el de Seti I en Abydos (1370 a.c.) que figuraba como ejemplo en *El Apolo*. En *El canto de las espigas* Maruja eligió para las espigas una disposición radial que pudo haber observado en el arte antiguo. Sabemos que, de noviembre de 1931 a enero de 1932 Maruja visitó los Museos del Louvre, Trocadero, Cluny, Bellas Artes. 1865 Puedo entonces haber observado imágenes como la del fresco que adornaba la tumba de Néferhétep. (1450-1400 a.c.) *Scène dans le marais du Nil*¹⁸ de la dinastía Tebas T. Néferhétep. Las espigas están superpuestas sobre hoces marrones. Mujeres en disposición radial con manos extendidas representaba también el fresco minoico *Damas de Azul* de Akrotiri.

Comienzan además en estas obras las vibraciones matéricas en el óleo producidas por la huella disciplinada del pincel en la pintura como un modelado suave y calculado eliminador del azar. Hay quien ha visto relación entre la monumentalidad de los miembros de estos obreros del mar y el campo y el realismo marxista que glorificaba a los trabajadores rusos con los atributos de su oficio. Pero en Mallo sería más acertada la unión con el arte griego o incluso egipcio que con el arte coetáneo, ella aspiraba a lo universal, el arquetipo y es ahí donde confluyen intereses diversos en formas similares, el humanismo revolucionario y el humanismo triunfante rescataban la heroiización griega de la figura. Colmeiro, Maside o Seoane llegaban al arquetipo pero por la abstracción de la vanguardia. Seoane atacaba el falso arte popular miserabilista que no dignificaba al pueblo producto de la ignorancia de su verdadera realidad: «No han oído jamás una canción tierna y sana en el instante más terrible de una huelga, o escuchado el alegre coro improvisado al regreso de una faena campesina.»⁴⁸

Mallo, como Jesús Bal y Gay y los gallegos de Tortoni había sabido escuchar al pueblo, recoger en él la verdad de lo popular. Habría que plantearse si esta serie suponía para ella ruptura o continuidad con los planteamientos plásticos previos a la guerra de Retorno al orden (el Rappel a l'ordre de Cocteau) y el Realismo mágico analizado por Franz Roh a los que todavía pertenecer *Sorpresa del trigo*. Ayala separaba esa obra de las otras siete pero fue mayoritaria la creencia contraria que la tuvo por obra póstica de la primera serie americana. La guerra forzó un crecimiento en Mallo, la separó de su gran familia, de su pareja y de los apoyos desde difusores a coleccionistas que su éxito temprano le procuró. Es inútil plantearse ucronías. La marcha de la historia española la dejó sin red ante un “nadar o ahogarse” del que salió a fuer de necesidad triunfante como una Proserpina sirenaica de germinación imparabile

⁴⁸ “Luis Seoane declara: expolitud”, *El Orensano*, 16 (1945), p. 8.

Antonio Goicoechea: De la desliberalización a la sublevación. Trayectoria intelectual de un derechista en la crisis de la modernidad (1898 – 1936)

Antonio Goicoechea: From the de-liberalization to the uprising. Intellectual trajectory of a rightist in the crisis of modernity (1898 - 1936)

Joan Pubill

Universitat Autònoma de Barcelona

joan.pubill@e-campus.uab.cat

Resumen: La abundante literatura entorno a la guerra civil española demuestra que ocupa un lugar privilegiado en la historiografía. Sin embargo, su enorme centralidad ha provocado que se la analice como un contexto cerrado, prescindiendo de perspectivas más amplias que la contextualicen. Para superar este marco interpretativo, el presente artículo pretende aproximarse a las causas de la guerra civil a través de una mirada de largo alcance que permita introducir las problemáticas que desencadenaron el conflicto en un horizonte más amplio: el de la crisis de la modernidad. Para ello, se utilizará la biografía intelectual y política de Antonio Goicoechea, personaje capital para comprender el proceso de desliberalización del maurismo, es decir: el progresivo distanciamiento de una parte del conservadurismo de los preceptos liberales. A través de la trayectoria de Goicoechea, se planteará cómo en la desliberalización del sector maurista se encuentra la génesis de la contrarrevolución. A su vez, se buscará repensar la experiencia de la dictadura primorriverista y el papel que Goicoechea, aunque no muy visible, tuvo en la preparación y financiación del golpe de julio de 1936.

Palabras clave: Goicoechea, crisis de modernidad, desliberalización, contrarrevolución, maurismo.

Abstract: The huge bibliography around the Spanish civil war underlines its prominent place in historiography. Nevertheless, due to its centrality and importance, the period has been examined as a closed subject, somehow decontextualized. In order to surpass this interpretative framework, the aim of the present article is to delve into the causes of the Spanish civil war through a *longue durée* perspective. Due to this long term analysis, the problematic issues that triggered the con-

flict can be observed as part of a common, wider process: the crisis of modernity. In order to achieve that goal, the paper is going to approach the intellectual and political career of Antonio Goicoechea, whose biography is essential to understand the process of deliberalisation of the maurist faction, that is to say: the progressive rejection from a sector of the Spanish conservatism of the liberal ideas and the genesis of counterrevolution. Moreover, the paper seeks to rethink the nature of Primo de Rivera's dictatorship as well as the role that Goicoechea—a minor character in the war—played conspiring against the Republic and aiding financially the coup d'état in July 1936.

Keywords: Goicoechea, crisis of modernity, deliberalisation, counterrevolution, maurismo

Para citar este artículo: Joan PUBILL: “Antonio Goicoechea: De la desliberalización a la sublevación. Trayectoria intelectual de un derechista en la crisis de la modernidad (1898–1936)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 233-256.

Recibido: 31/06/2017

Aprobado: 12/12/2017

Antonio Goicoechea: De la desliberalización a la sublevación. Trayectoria intelectual de un derechista en la crisis de la modernidad (1898 – 1936)

Joan Pubill

Universitat Autònoma de Barcelona

Una nota introductoria. Por una historia sin miopía: la quiebra anterior a 1936

Si la relevancia histórica de un personaje tuviera que medirse por la cantidad de biografías, estudios y monografías de que ha sido protagonista, Antonio Goicoechea y Coscolluela (1876–1953) no sería más que un transeúnte, un mero espectador de los tiempos que le tocó vivir; un actor más del «universo conservador» de Antonio Maura.¹ Una relegación en el anonimato que desmerece a quien fue diputado durante la Restauración, ministro de Gobernación (15 de abril de 1919–20 julio de 1920) en el cuarto gobierno Maura, gobernador del Banco de España (1938–1950) y procurador en Cortes (1943–1952). De hecho, una aproximación a la trayectoria intelectual y política de Antonio Goicoechea permite enmarcar la guerra civil –cuya centralidad en la historiografía española resulta tan intocable como narcisista– dentro de la *longue durée* histórica. Esto permitiría ubicarla en los meandros de la crisis de la modernidad que irrumpió con el desajuste entre las aspiraciones liberales, analizarla como el corolario del hastío surgido en el fin de siglo. Con el objetivo, pues, de presentar históricamente a uno de los grandes protagonistas en la sombra de la conflagración fratricida, haremos uso del concepto de desliberalización, el cual sirve de filón interpretativo para comprender el proceso gradual pero sísmico que llevó a un diputado liberal-conservador no sólo a oponerse a la revolución, sino a asquearse de la democracia y de los principios liberales.

Juventud y politización. La experiencia de la crisis conservadora (1893-1913)

Nacido en Barcelona, Goicoechea cursó estudios en derecho en la universidad de Madrid, donde tuvo como maestros entre otros a los liberales organicistas Gumersindo de Azcárate y Adolfo Posada.² En sus años como universitario ya demostró tener una capacidad analítica pers-

¹ Ver la única de referencia sobre Goicoechea en la capital obra de María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *El universo conservador de Antonio Maura: Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 288.

² Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Antonio Goicoechea: político y doctrinario monárquico”, *Historia y Política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 6 (2001), pp. 161-162; Íd.: “El pensamiento socio-político de la derecha maurista”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 190, cuaderno 3, 1993, p. 384.

picaz. En 1893 publicó el artículo “El derecho a castigar (estudio jurídico)”, donde defendió que con la coacción desaparecería la moral y el derecho,³ haciendo de la violencia estatal un mecanismo inocuo al orden social. Un año después, su memoria titulada “El socialismo cristiano y la reforma social” se haría eco del debate sobre el corporativismo cristiano suscitado por la encíclica *Rerum novarum* (1891). Goicoechea apostaba por implementar la organización gremial, de un modo distinto al corporativismo medievizante que defendía el católico francés Albert de Mun.⁴

Habiéndose licenciado en derecho con diecinueve años, se afilió al Partido Conservador dirigido por el balear Antonio Maura. El 1909 fue elegido diputado en Cortes por el distrito de Becerreá, en la provincia de Lugo. Sin embargo, desde su escaño luchó activamente contra el proyecto de ley de huelgas que se debatió en marzo y que tenía el soporte de Maura y su partido,⁵ sin que ello supusiera ningún acercamiento a postulados izquierdistas: en mayo cargó con dureza contra la política secular que los liberales progresistas pretendían implantar, medidas que consideraba oportunistas, arguyendo que la Real Orden del 23 de octubre de 1876, aún vigente, concedía amplísima licitud a toda confesionalidad.⁶

Su proyección política se vería ligada a los acontecimientos de la *Setmana Tràgica*, cuyos efectos en la cultura apolítica conservadora serían muy profundos. El escándalo internacional que supuso el fusilamiento del pedagogo librepensador Francesc Ferrer Guàrdia provocó que Alfonso XIII decidiera dejar caer el gobierno de Antonio Maura.⁷ La defenestración del político balear sacudió el conservadurismo: las posturas dentro del Partido Conservador se polarizaron en torno a los fieles a Maura y a Dato. Los adeptos a Maura, que pasarían a conocerse como *mauristas*, actuarían como lobby a favor de los planteamientos del expresidente de origen balear, oponiéndose a los conservadores que, incómodos con la estrategia de choque con los liberales, pretendían restaurar el honor del partido culpabilizando a Maura.⁸ Goicoechea, junto con Ángel Ossorio Gallardo y José Calvo Sotelo, sería parte de esos jóvenes seguidores.⁹

Tras la revisión del Caso Ferrer, Canalejas prometió una ley que, mediante tribunales arbitrales, regulase las relaciones entre las compañías y los trabajadores como solución a la huelga ferroviaria de octubre de 1912. Una cuestión política delicada, porque los intereses en torno al

³ Antonio GOICOECHEA: “El derecho a castigar (estudio jurídico)”, *Revista Contemporánea*, año XIX, tomo XC, 1893, pp. 10-11.

⁴ Antonio GOICOECHEA: *El socialismo cristiano y la reforma social. Memoria leída el día 19 de diciembre de 1894 en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación*, Madrid, Imp. Ángel B. Velasco, 1894, pp. 8-12.

⁵ Antonio GOICOECHEA: “El derecho a la huelga” (discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados el 18 de marzo de 1909), en *Hacia la democracia conservadora (artículos y discursos)*, Madrid, Talleres Tipográficos “Stampa”, 1914, 129-147.

⁶ Antonio GOICOECHEA: “La libertad religiosa y la secularización como programa político”, *Nuestro Tiempo*, año ix, n° 125, 1909, 137-162, p. 149.

⁷ Gabriel MAURA y Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Por qué cayó Alfonso xiii: Evolución y disolución de los partidos históricos durante Su Reinado*, Madrid, Alderabán Ediciones, 1999 [1948], p. 137.

⁸ María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo xxi Editores, 1990, pp. 15-16.

⁹ José GUTIÉRREZ-RAVÉ: *Yo fui un joven maurista. Historia de un movimiento de ciudadanía*, Madrid, Libros y Revistas, 1945.

ferrocarril eran abono para la corrupción.¹⁰ Frente a la posible derogación de la ley de huelgas que aprobó en 1909, Goicoechea se puso del lado de Maura, quien no podía consentir que con los cambios en la jurisprudencia los obreros se apropiaran de la red ferroviaria y paralizasen la nación.¹¹ El abogado y político catalán acusó a los liberales de cargarse el contrato de trabajo porque con los intermediarios «no existirá ya el derecho de contratación por parte de los obreros ni por parte de los patronos».¹²

En el transcurso de los años venideros, Maura y sus seguidores mantendrían las distancias frente a liberales y datistas.¹³ La actitud de Maura de acceder al poder si «se renunciaba a que vuelva jamás a gobernar el actual partido conservador»¹⁴ provocó el distanciamiento de una facción conservadora. Las muestras de fidelidad que protagonizaron algunos altos mandatarios conservadores cuando afirmó renunciar a la jefatura del partido¹⁵ se circunscribieron a la voluntad de no fracturar el partido ni malmeter contra el antiguo líder. De hecho, pese al distanciamiento, Maura era una de los políticos más valorados. En la biografía del expresidente que elaboró siendo miembro de la contrarrevolucionaria *Renovación Española*, el maurista César Silió explicó que el político balear y sus acólitos «desde 1909 fueron el *Cuerpo de Bomberos* de la Monarquía», llamados sólo cuando había un incendio.¹⁶ Esta “necesidad política” de Maura fue el carburante de la tensión dentro del conservadurismo, pese a que hubo voces que presionaban a Dato para que proclamara abiertamente su disconformidad con la línea del partido,¹⁷ como sucedió con la “conjura de Biarritz”.¹⁸ Al final, Dato no movió ficha en contra del jefe del partido. Sin embargo, con la caída de los liberales el monarca le ofreció las llaves del gobierno a él y no a Maura, iniciándose la ruptura.

¹⁰ Salió publicada una relación de 31 senadores y 23 diputados vinculados a las compañías. En “Sociedades políticas”, *El Correo español*, 17 de octubre de 1912, p. 1.

¹¹ Antonio Maura en *Diario de sesiones del Congreso*, 17 de octubre de 1912, nº 162, p. 4665.

¹² Antonio GOICOECHEA: “El derecho de huelga de los obreros ferroviarios” (discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados el 18 de octubre de 1912), en Íd., *Hacia la...*, p. 157.

¹³ «Nos llega el polvo de vuestra conducta; me he levantado a sacudírmelo». Antonio Maura en *Diario de sesiones del Congreso*, 31 de enero de 1912, nº 77, pp. 2062-2063.

¹⁴ José GUTIÉRREZ-RAVÉ: *Yo fui un...*, pp. 66-79.

¹⁵ En las tribunas liberales se criticó la “huelga conservadora” de senadores y congresistas: *La Mañana* (Madrid), 2 de enero de 1913, p. 1.

¹⁶ César SILIÓ: *Vida y empresa de un gran español, Maura*, Madrid, Espasa Calpe, 1934, p. 162. Cursiva en el original.

¹⁷ Carlos SERRANO SECO: *Perfil político y humano de un estadista de la Restauración: Eduardo Dato a través de sus archivos, con contestación de Diego Angulo Iníguez, el día 5 de febrero de 1978*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1978, pp. 66-69.

¹⁸ La carta, originalmente publicada en *La Voz de Guipúzcoa* (19 de marzo), llevaba supuestamente el membrete del Congreso y se mostraba el soporte a Dato. En “Disidencia conservadora. Proclamación del Sr. Dato”, *El Imparcial* (Madrid), 29 de marzo de 1913, p. 1.

El nacimiento del maurismo. La progresiva desliberalización de un sector conservador (1914–1922)

Con el gobierno Dato se movilizaron por todo el estado distintos grupos a favor de Maura, quien acusó un complot conservador para destituirlo.¹⁹ Ossorio sería el promotor del movimiento conservador protestatario tras anunciar una serie de ocho puntos programáticos en la asamblea del 30 de noviembre en Zaragoza, los cuales giraban en torno al catolicismo social y a la necesidad de vigorizar las estructuras estatales.²⁰ Por su parte, Goicoechea mantendría una visión del catolicismo social más anti-individualista y antirrevolucionario.²¹ Como jefe de la Juventud definió el maurismo como la antítesis del «nombre de *liberal-conservador*». Su objetivo era implementar una “democracia conservadora” que asentara las verdaderas bases de un sistema representativo y acabara con «una oligarquía que explota el poder público en su provecho».²² En la asamblea del 14 de enero de 1914 se acordó estructurar el movimiento con un aparato organizativo que, para el funcionamiento de la época, resultó democráticamente muy avanzado.²³ Maura los describió como una «juventud entusiasta y bulliciosa».²⁴

Es en este clima de reordenación del espacio conservador donde la figura de Antonio Goicoechea empezó a cobrar relieve. La conflagración de agosto de 1914 situó a los mauristas en una posición de neutralidad que no disimulaba las mayoritarias sensibilidades germanófilas de sus miembros, exceptuando la fobia teutona de Ossorio.²⁵ En estos años empezó a producirse el viraje antiliberal de una parte de sus miembros, entre ellos Goicoechea. El proceso que experimentaron estos mauristas mantiene semejanzas con la experiencia vivida en otras sociedades liberales coetáneas. El escritor maurassiano Albert Thibaudet habló por entonces de que Francia sufrió un proceso de *dextrismo* tras el caso Dreyfus: la intelectualidad y la opinión de izquierdas viraron hacia la derecha.²⁶ En ese mismo sentido se expresaron Henri Massis y Alfred de Tarde, quienes señalaron que la nueva generación prefería dejar atrás Anatole France para leer Charles Maurras.²⁷

Inserido en la misma crisis finisecular, en España el proceso afectó a la cultura política conservadora y no a militantes izquierdistas. La desliberalización fue un proceso gradual, de gal-

¹⁹ «Me encontré con que, S. S. [Eduardo Dato], meses antes, a espaldas mías había tramado mi sustitución», Antonio Maura en *Diario de sesiones del Congreso*, 1 de julio de 1916, nº 41, p. 1037.

²⁰ Véase Ángel OSSORIO GALLARDO: *Un discurso y tres artículos*, Madrid, Imp. Juan Pueyo, 1914.

²¹ Antonio GOICOECHEA: “Catolicismo social” (abril de 1908), en *Íd.*, *Hacia la...*, p. 99.

²² Antonio GOICOECHEA: “Liberalismo y maurismo” (discurso pronunciado en el Ideal Retiro el 1 de febrero de 1914), en *Íd.*, *Hacia la...*, pp. 174 y 177 respectivamente.

²³ Javier TUSELL y Juan AVILÉS: *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1986, p. 55.

²⁴ Antonio Maura en *Diario de sesiones del Congreso*, 5 de junio de 1914, nº 5, p. 81.

²⁵ Gabriel MAURA y Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: op. cit., p. 274.

²⁶ Albert THIBAUDET: *Les Idées politiques de la France, Paris, Stock, Delamain et Boutelleau, 1932, pp. 29-30.*

²⁷ Henri MASSIS y Alfred de TARDE [Agathon]: *L'Esprit de la nouvelle Sorbonne. La crise de la culture classique. La crise du français*, París, Mercure de France, 1911, p. 160.

vanización, cuya cronología empezó con la Gran Guerra y culminó con la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Por proceso de desliberalización se entiende la experiencia que condujo a algunos conservadores a desprenderse del contenido liberal de su identidad política, hasta el punto de rechazar y combatir los principios fundamentales del liberalismo. Una transformación que les llevó a posturas muy próximas a las mantenidas por los antiliberalismos tradicionales (integristas, carlistas), pero con la particularidad de ser el producto de la quiebra del estado liberal, una consecuencia de la crisis de la modernidad que no mantenía vínculo directo con el pensamiento reaccionario.

En los meses previos a los comicios de marzo del 1914, se pudo ver el empeño de esos jóvenes mauristas llamados despectivamente “callejeros”, los cuales actuaban como «multitudes mesócratas» para competir en la calle contra las «huestes proletarias».²⁸ La actitud que mostraron fue denunciada por algunos conservadores, por coactiva y violenta.²⁹ En Barcelona, durante un mitin en septiembre de 1914, mientras los radicales lanzaban piedras y hacían añicos ejemplares del semanario catalán *Maura sí!*, Goicoechea proclamó la necesidad de acabar con los falsos revolucionarios, asumiendo que, si por revolución se entendía prosperidad y orden, ellos eran revolucionarios.³⁰ En marzo de 1915 publicaron un manifiesto rabiosamente populista donde denunciaron a los caciques que «a costa del estómago de los trabajadores» provocaban una crisis de subsistencia, porque especulaban con la coyuntura internacional.³¹ Su vehemencia y violencia recordaban a las empleadas por los radicales de Lerroux en 1909.³²

En buena medida, el discurso de los “callejeros”, si bien en sintonía con el pensamiento regeneracionista de Maura, chocaba con la concepción política biempensante del maurismo parlamentario.³³ Maura nunca se pronunció acerca de la forma de proceder del movimiento y tardó tiempo en lanzar algunos guiños a sus seguidores.³⁴ Sólo reivindicó la misión regenerativa de «traer una savia nueva a los partidos gobernantes».³⁵ Para gran parte de sus partidarios, particularmente de los “callejeros”, el maurismo estaba lejos de ser un culto personalista. Es importante tenerlo en cuenta, porque permite comprender la trayectoria de Goicoechea, quien pese a definirse siempre como maurista terminó por situarse en las antípodas políticas de su líder. Para Goicoe-

²⁸ José María CARRETERO NOVILLO [El Caballero Audaz]: *Goicoechea y la Restauración. Un hombre, una conducta, una doctrina*, Madrid, Al Servicio del Pueblo, xvi, 1935, p. 47-55.

²⁹ “Coacciones al uso”, *La Atalaya* (Santander), 1 de febrero de 1914, p. 1.

³⁰ Antonio GOICOECHEA: “Canovismo y maurismo. La Revolución y los revolucionarios” (mitin del Teatro Tivoli, Barcelona, 28 de junio de 1914), en Íd., *Hacia la...*, p. 23; “El ideal nacional: aspiraciones inmediatas que pueden servirlo” (Conferencia pronunciada el día 5 de febrero de 1916 en el Salón de la Filarmónica, de Bilbao), en Íd., *Problemas...*, 207-246, p. 245.

³¹ Fernando SOLDEVILLA: *El año político 1915*, Madrid, Imp. Ricardo F. de Rojas, 1916, p. 124. Cursiva en el original.

³² “Los mauristas contra todo: hasta contra Maura”, *La Época* (Madrid), 20 de abril de 1914, p. 1

³³ «¿Es pecado organizar *meetings*, costear periódicos, construir Comités, dar tumbos por los pueblos, afrontar enemistades y practicar, en fin, lo que usted toda su vida predicó?». Carta de Ossorio a Maura (4 de marzo de 1915), citado en Javier TUSELL y Juan AVILÉS: op. cit., p. 78.

³⁴ Antonio Maura en *Diario de sesiones del Congreso*, 5 de junio de 1914.

³⁵ Antonio MAURA MONTANER: *Conferencia resumen pronunciada en el Teatro Real de Madrid, el día 21 de abril de 1915*, Madrid, Imp. Juan Pérez Torres, 1915, pp. 20-25.

chea Maura no era un «*santo civib*», sino un «*hombre representativo*».³⁶ En definitiva, «para la juventud española, Maura es un joven más».³⁷

El 28 de febrero de 1916, a raíz de la campaña para las elecciones generales de abril de 1916 tras la dimisión fortuita de Dato, salió una nueva tribuna: *La Acción*, un termómetro para seguir el proceso de desliberalización que afectó a Goicoechea y a su director, Manuel Delgado Barreto, a lo largo del siguiente lustro. Aunque el periódico rezaba que no tenía vinculación alguna con los «gremios políticos» no podía estar más politizado.³⁸ La estrategia electoral estuvo marcada por una política de colaboración con jaimistas y regionalistas de derechas, la cual no sólo respondió a la voluntad de Maura de abrir el turno, sino a la evolución intelectual de la plana mayor del maurismo. Interesado por el positivismo empírico y la concepción nacional orgánica de *Action Française* (AF),³⁹ Goicoechea percibió que se tenía que superar «la divinización del individuo frente al Estado».⁴⁰ El orden liberal tenía que dejar paso a una *sociocracia*, un sistema político corporativo que eliminara los principios individualistas de igualdad y libertad por ser la semilla de la revolución.⁴¹ La «guerra sin cuartel» marcaba la hora de imponer la lógica del «imperio más fuerte».⁴² Las lecturas del contexto bélico que hicieron los jóvenes mauristas, como la crítica al postulado de igualdad de Gabriel Maura,⁴³ no estaban muy alejadas de las de sus contemporáneos europeos. En Verdún, Georges Valois teorizó sobre la necesidad de imponer la división social del trabajo mediante la cooperación jerarquizada.⁴⁴ En la misma línea, Goicoechea entendió que el poder público tenía que armonizar los intereses, porque «la economía nacional es un sistema integral de vida».⁴⁵

El desfase negativo entre expectativas y resultados en las elecciones,⁴⁶ que costó precisamente el acta a Goicoechea, exacerbó el antiparlamentarismo de algunos “callejeros”. El otro puntal de radicalización tuvo que ver con las demandas autonomistas de la Lliga. Como catalán

³⁶ Antonio GOICOECHEA: “Liberalismo y maurismo”, en *Íd.*, *Hacia la...*, p. 174.

³⁷ Antonio GOICOECHEA: “Lo que ha hecho y lo que aspira hacer el maurismo” (Discurso pronunciado en el meeting del teatro de la Zarzuela, 14 de junio de 1914), en *Íd.*, *Hacia la...*, p. 218.

³⁸ El periódico habría recibido financiación de la Marquesa de Argüelles y de otros nobles. Juan PAULIS y Fidel de SOREL: *Maura ante el pueblo*, prólogo de Ángel Ossorio Gallardo, Madrid, Fr. Beltrán, 1915, p. 313.

³⁹ Antonio GOICOECHEA: *El problema de las limitaciones de la soberanía en el derecho público contemporáneo*, Madrid, Tip. Blass, 1923, p. 218.

⁴⁰ Antonio GOICOECHEA: *La guerra europea y las nuevas orientaciones del Derecho Público* (conferencia en la sesión pública de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación el 16 de febrero de 1916), Madrid, Tip. J. Ratés, 1916, p. 12.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 31-33.

⁴² Antonio GOICOECHEA: “Los deberes sociales de la mujer” (conferencia pronunciada en el teatro Príncipe Alfonso el día 4 de marzo de 1915), en *Íd.*, *Problemas...*, pp. 47-75.

⁴³ Gabriel MAURA: “España ante la Guerra” (décima conferencia del curso organizada por la Juventud maurista en el hotel Ritz, Madrid), *ABC* (Madrid), 17 de marzo de 1915, 13-15, p. 14.

⁴⁴ Georges VALOIS: *Le Cheval de Troie. Réflexions sur la philosophie et sur la conduite de la guerre*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1918, pp. 251-53.

⁴⁵ Antonio GOICOECHEA: *El problema económico y financiero de España*, Madrid, Juan Pérez Torres, 1917, págs. 37-38.

⁴⁶ Sólo hubo mejora en Madrid. “La contienda de ayer. Resultados de las elecciones”, *La Acción*, 10 de abril de 1916, p. 3.

de nacimiento, de madre «muy inteligente y españolísima»,⁴⁷ Goicoechea se opuso a un «catalanismo triunfante» que sometía «al silencio o a la picota» a los opositores. Declarándose regionalista, defendió que no era posible conjugar regionalismo y federalismo porque respondían a planteamientos opuestos.⁴⁸

Pese a participar con energía en todos los debates, el maurismo vivía un impasse que incomodaba a algunos miembros. En un intercambio de opiniones con Ossorio, Claudio Frollo — nombre de pluma del periodista Ernesto López Rodríguez— expresó acaloradamente que el maurismo tenía que asaltar el poder:

Cuando el orador dice que quien espere un gobierno inmediato puede marcharse, es como si dijera «nuestro reino no es de este mundo». Pues ¿de qué mundo es el reinado de los partidos políticos? Hay que distinguir entre secta y partido, y el maurismo es un partido.⁴⁹

Pese a que Maura afirmó que no podían hacer una campaña subversiva para frenar el ímpetu de algunos seguidores,⁵⁰ la pesadumbre se agravó con la crisis social, militar y parlamentaria de 1917. En el aspecto social, frente a la política de garrote de los conservadores, temerosos de un contagio rojo por la huelga general convocada por la CNT y la UGT, Goicoechea haría del populismo un recurso discursivo para atacar a los partidos dinásticos.⁵¹ Si nueve años atrás elogió la ley preventiva sobre el terrorismo⁵² ahora se refirió a que «cada vez más hay mayor confianza en las muchedumbres y menor confianza en los directores».⁵³ Mediante el “socialismo meliorista”⁵⁴ se proponía unir a los “Caballeros del Ideal” y los “Caballeros del Trabajo”.⁵⁵ Este discurso sibilinaamente nuevo, empero, no implicaba concesión alguna a la revolución: «ante este peligro de subversión del orden social, las diferencias políticas no existen».⁵⁶

⁴⁷ José GUTIÉRREZ-RAVÉ: *Antonio Goicoechea*, Celebridades. Revista Popular de Biografías, Madrid, 1965, p. 7.

⁴⁸ En Antonio GOICOECHEA: “La nueva fase del problema catalán”, *Problemas del día (mosaico de conferencias, discursos y artículos)*, Madrid, Imp. El Mentidero, 1916, 297-345, p. 331.

⁴⁹ Claudio FROLLO [Ernesto LÓPEZ RODRÍGUEZ]: “Maura y el maurismo. Cirugía, no terapéutica”, *El Pueblo Cántabro* (Santander), 14 de marzo de 1917, p. 2.

⁵⁰ Antonio MAURA: *Tres discursos de Maura sobre política exterior. Reeditados en el centenario de su nacimiento: 1915, Teatro Real; 1916, Beranga; 1917, Plaza de Toros*, Madrid, AGESA, 1954, p. 12.

⁵¹ Antonio GOICOECHEA: “La labor administrativa y sus supuestos éticos y jurídicos” (Conferencia pronunciada en el Palace Hotel, Madrid, 23 de abril de 1917), *Conferencias y discursos varios*, Madrid, Imp. Juan Pérez Torres, 1917, 103-133, p. 107.

⁵² Antonio GOICOECHEA: “La represión del terrorismo”, en *Íd.*, *Hacia la...*, pp.11-128.

⁵³ Antonio GOICOECHEA: “Significación política del maurismo” (conferencia en la Sala Narbón de Santander el 18 de marzo de 1917), resumen en *El Debate* (Madrid), 19 de marzo de 1917, p. 3.

⁵⁴ Antonio GOICOECHEA: “Intervención del obrero en la lucha política” (Discurso pronunciado en el Centro Instructivo Obrero Maurista del distrito del Hospital el 24 de noviembre de 1915), *Íd.*, *Problemas...*, pp. 154.

⁵⁵ Juan PAULIS y Fidel de SOREL: *op. cit.*, p. 154.

⁵⁶ “Los directores del movimiento revolucionario, detenidos. El tercer día”, *La Acción* (Madrid), 15 de agosto de 1917, p. 1.

El otro frente fueron las juntas militares en Barcelona. Si bien con la aparición del juntismo se visibilizaron signos antidemocráticos y autoritarios,⁵⁷ el maurismo se mostró cauto. Pero la frustración con la gestión política estallaría contra el monarca cuando pidió a Dato, y no a Maura, que formara gobierno. El rechazo hacia Alfonso XIII fue tal que podría haberse manifestado públicamente si Maura lo hubiera deseado.⁵⁸ Goicoechea tuvo que escribir al rey pidiéndole disculpas en nombre de la Juventud por el incidente que protagonizó Felipe Salcedo Bermejillo al romper el retrato que presidía el centro maurista.⁵⁹ Tras el incidente, las juventudes emitieron un manifiesto prohibido por la censura, en el cual denunciaban la gravísima situación política.⁶⁰ Sin embargo, el maurismo no aprovechó la oportunidad que les brindó la Asamblea de parlamentarios al dejar que el sector desliberalizado enturbiara las relaciones con los *lígaires*.⁶¹

Después del derrumbe del gobierno Dato el rey pidió a Maura formar gobierno, pero las negativas de los conservadores impidieron un acuerdo. Con el gobierno conservador de García Prieto, el primero no condicionado por el turno, las simpatías mauristas dejaron paso a las rencillas cuando se intentó sobornar a Delgado Barreto con el acta de Tenerife. En vez de moderar la beligerancia, desde la tribuna maurista se instó a las Juntas a promover un acto insurreccional transitorio fuera de la legalidad con el fin de restablecer el orden.⁶² Un tipo de sublevación que recuerda a la proclamada por Charles Maurras, líder de AF: «nous faisons tourner des révoltes qui sont fatales au profit d'un ordre public qui sauve et qui restaure tout».⁶³

Después de la victoria de la candidatura de unión monárquica, donde se integró Goicoechea en las generales de febrero de 1918,⁶⁴ la bifurcación dentro del maurismo se evidenció debido al resurgimiento del debate regional y el miedo al terror rojo. Goicoechea acusó al particularismo de «abandonar a cada uno a su responsabilidad y a su suerte».⁶⁵ A su vez, pidió la unión de «integristas, jaimistas, mauristas, independientes y conservadores»⁶⁶ para luchar contra «dos que quieren que siga corriendo la sangre».⁶⁷ En estas mismas fechas, *La Acción* defendió hermanar partidarios de la dictadura y revolucionarios con el objetivo de lanzarse «a un trabajo demoledor de todo lo viejo» mediante «una mano de hierro».⁶⁸ Con la caída de Romanones se preguntaron si

⁵⁷ Fernando PÉREZ BUENO: "Militares y políticos", *La Acción* (Madrid), 9 de junio de 1917, p. 1.

⁵⁸ Gabriel MAURA y Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: op. cit., pp. 300-302.

⁵⁹ La carta lleva fecha del 11 de junio de 1917, en Javier TUSELL y Juan AVILÉS: op. cit., p. 113.

⁶⁰ Fernando SOLDEVILLA: *El año político 1917*, Madrid, Imp. Ricardo F. de Rojas, 1918, p. 237.

⁶¹ "Problemas políticos. El movimiento regionalista", *La Acción* (Madrid), 7 de agosto de 1917, p. 1.

⁶² "Que termine pronto. La polémica se agrava", *La Acción* (Madrid), 25 de octubre de 1917.

⁶³ «Provocamos revueltas terribles en nombre de un orden público que todo lo salva y restaura». En Charles MAURRAS: "L'éducation de Monk", en *Une campagne royaliste au "Figaro"*, dentro de *Enquête sur la monarchie. Suivie d'Une campagne royaliste au "Figaro", et Si le coup de force est possible 1925* [1901], 467-532, p. 487.

⁶⁴ La relación de candidatos mauristas en: *La Acción* (Madrid), 20 de enero de 1918, p. 4.

⁶⁵ Antonio GOICOECHEA: "El proyecto de estatuto regional y las aspiraciones a la autonomía" (conferencia pronunciada en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 17 y 20 de enero de 1919), en *Política de Derechas*, Madrid: Núñez de Balboa, 1922, 55-120, p. 65.

⁶⁶ "Sin embargo... Está solo", *El Debate* (Madrid), 12 de noviembre de 1918, p. 1.

⁶⁷ "Reacción salvadora. Contra el desorden", *La Acción* (Madrid), 12 de noviembre de 1918, p. 1.

⁶⁸ "La dictadura y la revolución", *La Acción* (Madrid), 8 de marzo de 1918., p. 1.

«¿no habrá quien se atreva a repetir la hazaña de Pavía?».⁶⁹ La severidad con la que Maura atajó al día siguiente las veleidades dictatoriales no implicó una rectificación substancial.⁷⁰ Más bien matizaron sus palabras: aclararon que querían un Gobierno «patriótico consorcio de todas las fuerzas nacionales».⁷¹

De hecho, los dos gobiernos de concentración de Maura (marzo y noviembre de 1918 y abril y julio de 1919) no apaciguaron el proceso de desliberalización. Goicoechea, escogido subsecretario de Gracia y Justicia en noviembre de 1918, intentó compaginar su sensibilidad política con el cargo de diputado, como cuando, aprovechando el debate en julio de la ley del espionaje destinada a salvaguardar la neutralidad del país, justificó la vulneración de los derechos básicos en nombre de la seguridad y el honor de España.⁷² Más visceral fue *La Acción*, que afirmó que «la frase metafórica de que “Están para que los ahorquen” va tomando cuerpo».⁷³ En buena medida, el clima social no ayudaba a templar los ánimos. El segundo gobierno de concentración, con Goicoechea como ministro de Gobernación, tuvo que lidiar con los incidentes en Barcelona a raíz de “La Canadencia” de 1919. Si el cierre de las Cortes y la apología que algunos mauristas hicieron de la dictadura mermaron la popularidad de Maura,⁷⁴ las cacicadas de La Cierva y Goicoechea en los comicios de junio mancharon las aspiraciones regeneradoras del maurismo.⁷⁵ Además, pese a obtener los mejores resultados hasta la fecha, estuvieron subordinados a la mayoría conservadora; cuando los datistas les retiraron su apoyo el gobierno cayó. Antonio Goicoechea justificaría el fracaso de los gobiernos de coalición arguyendo una «conjura de pasillo» de los conservadores.

Si en 1909 se produjo la división entre familias conservadoras, la caída de Maura diez años después supuso la corroboración de la existencia de un espacio desliberalizado cuyo alcance no se circunscribía al maurismo. La actitud de repudio al «empacho de legalidad»⁷⁶ también se hizo notar en las filas de la Federación Patronal catalana, en tanto que sus miembros decidieron apelar al desorden momentáneo del lockout antes que atender a los medios estatales para frenar el conato revolucionario.⁷⁷ *La Acción* aplaudió el desapego de esos elementos burgueses que padecían el «desamparo» del estado y decidían actuar por su cuenta y riesgo.⁷⁸ Con todo, el desgaste para el

⁶⁹ “Espectáculo parlamentario. Hace falta el desahucio”, *La Acción* (Madrid), 15 de noviembre de 1918, p. 1.

⁷⁰ Carta de Antonio Maura (9 de marzo de 1918) en *El Sol* (Madrid), 10 de marzo de 1918, p. 1.

⁷¹ “La fuerza de los hechos”, *La Acción* (Madrid), 9 de marzo de 1918, p. 1.

⁷² Antonio Goicoechea en *Diario de sesiones del Congreso*, 6 de julio de 1918, nº 71, p. 2271.

⁷³ “Los sembradores de conflictos. Para ahorcarlos”, *La Acción* (Madrid), 25 de mayo de 1918, p. 1.

⁷⁴ Fernando PÉREZ BUENO: “La dictadura de los Grandes Hombres. El problema del Gobierno”, *El Debate* (Madrid), 17 de diciembre de 1918, p. 1.

⁷⁵ Para las malas praxis electorales, véase Juan de la CIERVA PEÑAFIEL: op. cit., pp. 212-213.

⁷⁶ “Contra la corrupción, la dictadura”, *El Debate* (Madrid), 27 de junio de 1919, p. 1.

⁷⁷ Soledad BENGOCHEA: *El lockout de Barcelona (1919-1920)*, prólogo de Pere GABRIEL, Barcelona: Curial, 1998, pp. 72-73.

⁷⁸ “Consecuencias de la injusticia. Sindicalismo frente a sindicalismo”, *La Acción* (Madrid), 14 de octubre de 1919, p. 1; “La política y el país. Ante el congreso patronal”, *La Acción* (Madrid), 18 de octubre de 1919, p. 1; “Deseamos que no fracase”, *La Acción* (Madrid), 1 de noviembre 1919, p. 1; “Ya no habrá huelgas ni ‘lock-out’. Todo arreglado y Gedeón triunfante”, *La Acción* (Madrid), 12 de noviembre 1919, p. 1.

maurismo fue tremendo. En la Asamblea maurista de noviembre se visibilizó que la experiencia gubernamental dejó «herido de muerte, aburguesado y abachillerado» al movimiento maurista.⁷⁹

Goicoechea afrontó las elecciones municipales de febrero de 1920 comparando las aspiraciones bucólicas de 1789, las cuales terminaron en masacres, con la utopía revolucionaria.⁸⁰ Con la mejoría de votos en Madrid y la entrada de Fernández Prada como ministro de Gobernación en el gobierno Allendesalazar,⁸¹ volvió a plantear una unión de derechas.⁸² De ahí que lanzara guiños a los datistas.⁸³ Sin embargo, el vocabulario empleado por el sector desliberalizado, que tildaba de «inmoralidad política» al sistema difícilmente podía seducir a los conservadores.⁸⁴ Tras el magnicidio de Dato el monarca pidió a Maura que formara gobierno. No obstante, recibió duras negativas de Vázquez de Mella y La Cierva, siendo la más clamorosa la de Ossorio, descontento con la experiencia gubernamental de 1919.⁸⁵ La decisión de Ossorio desagradó a Goicoechea, quien no compartía sus opiniones doctrinales.⁸⁶ Para el exministro catalán la solución pasaba por conectar con las masas derechistas mediante la evocación regionalista y el espíritu religioso,⁸⁷ por lo que consideraba un error fomentar la división con un Partido Católico.⁸⁸

El “desastre” de Anual, cuyas repercusiones serían hondas en el imaginario de la extrema-derecha militarista,⁸⁹ devoró la «menuda y deleznable política»⁹⁰ del gobierno Allendesalazar y reveló un cuadro de corrupción que salpicaba al monarca. El devenir del episodio marroquí fue aprovechado por los mauristas, quienes hicieron una lectura teleológica de lo acontecido: la infausta situación rifeña era la consecuencia lógica de haber abortado el rumbo de 1909.⁹¹ La “solución Maura” a la debacle aparecía como el único paliativo. Habiendo ganado la capital en junio,

⁷⁹ Gabriel MAURA y Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: op. cit., p. 332.

⁸⁰ Antonio GOICOECHEA: “Multiplicación de la pequeña propiedad”, en *El Debate* (Madrid), 22 de marzo de 1920, pp. 1-2.

⁸¹ “Las elecciones del domingo. La organización de los votos”, *La Acción* (Madrid), 10 de febrero de 1920, p. 1.

⁸² Antonio Goicoechea en *Diario de sesiones del Congreso*, nº 61, 30 de enero de 1920, p. 2176; *La Acción* (Madrid), 16 de octubre de 1920, p. 2.

⁸³ «¡Se inicia el coqueteo!» diría sarcásticamente Santiago Alba, en *Diario de sesiones del Congreso*, nº 61, 30 de enero de 1920, p. 2175.

⁸⁴ Fernando PÉREZ BUENO: “Conferencia de Don Fernando Pérez Bueno”, *El Debate* (Madrid), 19 de abril de 1920, pp. 1-2.

⁸⁵ “Una carta del señor Ossorio. No nos convence”, *El Debate* (Madrid), 5 de abril de 1921, p. 1.

⁸⁶ Ángel OSSORIO GALLARDO: “Conferencia de Don Ossorio y Gallardo”, *El Debate* (Madrid), 28 de febrero de 1920, pp. 1-2.

⁸⁷ “En el Teatro de la Comedia. Mitin de afirmación maurista”, *La Acción* (Madrid), 16 de noviembre de 1920, pp. 1-2; “El mitin maurista. Hacia el gran partido”, *La Acción* (Madrid), 16 de noviembre de 1920, p. 1.

⁸⁸ Antonio GOICOECHEA: “¿Partido Católico?” (conferencia en el Teatro de la Princesa, Madrid, 3 de marzo de 1921), en Íd., *Política de...*, pp. 9-10.

⁸⁹ Véase Gemma TORRES DELGADO: “El soldat espanyol i el guerrer rifyen: la construcció de la masculinitat a l’africanisme militar durant les guerres del Rif (1909-1927)”, *Segle xx. Revista catalana d’història*, vol. 9, 2016, 1-24.

⁹⁰ “Resultado lamentable”, *La Acción* (Madrid), 13 de marzo de 1921, p. 1.

⁹¹ “La política del desastre”, *La Acción* (Madrid), 5 de agosto de 1921, p. 1.

los mauristas desliberalizados celebrarían la vuelta de Maura el 15 de agosto de 1921 con una firme voluntad de limpiar el «descombro de las ruinas».⁹² En líneas generales, si el terremoto de 98 fue el detonante del maurismo como respuesta terapéutica de la cultura política conservadora frente a los males del país, la crisis del 21 señaló la culminación de la desliberalización.

En medio de la vicisitud nacional, Goicoechea se erigió como un ferviente defensor de la labor colonial. Hijo de madre antillana, era consciente de que Marruecos no podía convertirse en una nuevo Flandes o Cuba.⁹³ En 1923, como presidente de Liga Africanista Española subrayó la importancia de Tánger para los intereses españoles en el Mediterráneo.⁹⁴ Afirmó que la empresa africana era «consustancial con la existencia misma de la Patria española».⁹⁵ Desde hacía unos años, el exministro había emplazado en el centro de su ideario doctrinal la nación española y la tradición.⁹⁶ Como afirmó, el territorio era más que beneficios comerciales y estratégicos: «Tánger es un ideal».⁹⁷

Pese al arraigo municipal del maurismo en las elecciones de febrero de 1922,⁹⁸ la heterogeneidad del gobierno impidió corregir las consecuencias sísmicas de Annual. El chasco para sus seguidores fue tremendo: se auguró una «crisis total».⁹⁹ Goicoechea convocó una junta extraordinaria de la Juventud en Madrid para discutir la situación y en noviembre, con la tercera Asamblea Nacional Maurista, el movimiento se dividió. Si las fracturas ideológicas eran profundas antes de 1922, la desilusionadora dimisión de Maura, que significó el hachazo definitivo al regeneracionismo, hizo imparable el cisma. Mientras Pérez Bueno acusó a la propuesta democristiana de Ossorio de formar el Partido Social Popular de ser una traducción «en pésima prosa» del *Partito Popolare Italiano*,¹⁰⁰ Goicoechea puso al líder fascista Benito Mussolini como ejemplo para resolver el juntismo militar.¹⁰¹

Cabe ir con cuidado a la hora de sacar conclusiones sobre la filia fascista de los mauristas radicales. En los albores de los años 20, ni Goicoechea, ni Delgado Barreto, admirador del *Duce*,¹⁰² ni Pérez Bueno, el cual habló maravillas de los *fasci* a Maura,¹⁰³ pueden ser etiquetados

⁹² «La liquidación del pasado», *La Acción* (Madrid), 15 de agosto de 1921, p. 1.

⁹³ Antonio GOICOECHEA: «Ir tirando...», en *Íd.*, *Hacia la...*, p. 309.

⁹⁴ Antonio GOICOECHEA: *El problema de Tánger y la opinión española* (conferencia pronunciada el 27 de junio de 1923 en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid), Voluntad, Madrid, 1923, pp. 10-15.

⁹⁵ Antonio GOICOECHEA: «El problema de Marruecos y los sucesos de Agosto de 1921», en *Política de... op. cit.*, 293-329, pp. 295-298.

⁹⁶ Antonio GOICOECHEA: «¿Partido Católico?», en *Íd.*, *Política de...*, p. 22.

⁹⁷ Antonio GOICOECHEA: «La gestión económica-administrativa y la organización de los partidos» (discurso sesión del Senado 2 de marzo de 1921), en *Íd.*, *Política de...*, p. 30.

⁹⁸ «Avances de ciudadanía. El afianzamiento de las ideas monárquicas», *La Acción* (Madrid), 6 de febrero de 1922, p. 1.

⁹⁹ «Retirada de los ministros liberales. El planteamiento de la crisis total», *La Acción* (Madrid), 3 de marzo de 1922, p. 1.

¹⁰⁰ Francisco PÉREZ BUENO: «Los «pipiolos» y el maurismo ante el pugilato demagógico», *La Acción* (Madrid), 28 de junio de 1922, p. 1.

¹⁰¹ Antonio GOICOECHEA: «El sindicalismo militar y su obra», en *Íd.*, *Política de...*, p. 555.

¹⁰² «Contra el profesionalismo político. La significación fascista y el anhelo español», *La Acción* (Madrid), 30 de octubre de 1922, p. 1.

como fascistas, porque la fascistización,¹⁰⁴ a excepción de Italia, siguió la desliberalización. La importancia de esos itinerarios desliberalizados radica en la aparición de unas fuerzas antiliberales de nuevo cuño, furibundamente críticas con el sistema liberal que, sin embargo, habían sido parte fundamental del engranaje institucional. En algunos casos, estos militantes acabarían por identificarse con el fascismo, precisamente por ser dicha ideología una expresión de esta nebulosa contrarrevolucionaria.¹⁰⁵

En diciembre de 1923 se certificó la fractura del maurismo. Goicoechea salió reforzado como presidente como «director del maurismo» con la jefatura única. Desde la nueva postura afirmó que el movimiento no estaba «en un momento de decadencia, sino de nueva germinación».¹⁰⁶ Con esa imagen botánica certificaba que algo había retoñado, y esa semilla no era más que la floreciente nueva derecha antiliberal.

De la dictadura. La experiencia contrarrevolucionaria en el poder (1923–1931)

Goicoechea se definió a sí mismo como un “conservador a la moderna”.¹⁰⁷ Desde su periódico Delgado sintetizó a la perfección el espíritu de ese nuevo antiliberalismo: «hacemos obra revolucionaria porque somos conservadores». Las bases fundamentales de su ideario revolucionario constituyen las esencias mismas de lo que se ha denominado “revolución conservadora”, o lo que viene delimitándose en el presente trabajo: la contrarrevolución. Para el escritor y periodista antiliberal la única solución viable era la que Mussolini había abierto en Italia: una dictadura que viniese de la mano del monarca.¹⁰⁸ Durante las elecciones de abril de 1923 –las cuales terminaron en desastre porque perdieron todos los diputados en Madrid–, las incesantes alusiones a la dictadura y a la farsa parlamentaria fueron acompañadas por una verborrea filofascista.¹⁰⁹ En el Teatro de la Comedia, proclamó que, a la imagen de Mussolini, era necesaria «una reacción, un movimiento nacional que todo lo arrolle» por «la salud del pueblo» y no «en nombre de la soberanía

¹⁰³ Cartas de Pérez Bueno a Maura (20/08/1922, 5/11/1922 y 5/12/1922), citadas en María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía... op. cit.*, p. 122.

¹⁰⁴ Ferran GALLEGÓ: *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona Crítica, 2014, pp. 21-22.

¹⁰⁵ Sobre el espacio contrarrevolucionario, véase Olivier DARD: *Le rendez-vous manqué de relèves des années 30*, París, puf, 2002; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de la derecha durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.

¹⁰⁶ “La Asamblea maurista. Palabras del Sr. Goicoechea”, *La Acción* (Madrid), 15 de diciembre de 1922, p. 3.

¹⁰⁷ Antonio GOICOECHEA: “Discurso del mitin maurista en el Teatro de la Comedia (12 de enero de 1923)”, en *Afirmación Maurista. Zabala, Maura, Silió, Goicoechea*, Madrid, Blass Soc., 41-47, p. 43.

¹⁰⁸ Manuel DELGADO BARRETO [Duque de G.]: “Del pueblo al Rey”, *La Acción* (Madrid), 4 de diciembre de 1922, p. 1.

¹⁰⁹ “Habla Goicoechea. La situación y el porvenir del maurismo”, *El Debate* (Madrid), 17 de mayo de 1923, p. 3.

popular»,¹¹⁰ porque «la noción de soberanía universal es incompatible con la existencia misma del Estado».¹¹¹

Al final, los deseos de dictadura terminaron por ser correspondidos. A diferencia de Maurra, *La Acción* se congratuló de la decisión tomada por el monarca de dar respaldo a Primo de Rivera en vez de al gobierno. Refiriéndose al golpe de estado militar en el *Correio da Manhã* portugués, Goicoechea argumentó que tanto «Mussolini como Primo de Rivera son los símbolos del descontento originado por un sistema gubernativo que fracasó». Afirmó que en el sistema parlamentario «eran siempre los mismos hombres los que gobernaban», liberales o conservadores, con el único afán de «mantenerse en el Poder».¹¹² A su vez, Delgado veía en el fascismo las máximas del maurismo regeneracionista: el fascismo representaba «la acción contra el sistema despreciable de la vieja y corruptora política». Para el periodista, «el fascismo en el Poder» era «¡maurismo puro!».¹¹³

En los primeros retozos de la dictadura, Goicoechea tomó un perfil discreto. Pese a «serle simpática la tendencia doctrinal que la Dictadura representaba» quería centrarse en el porvenir de la monarquía.¹¹⁴ Aludiendo a estas razones rechazó los puestos de embajador en Argentina y director del Banco de España. Sin embargo, lejos de quedar ensombrecidas, sus ideas encontraron en el ejecutivo de Primo de Rivera una gran reverberación a través de su compañero, el maurista José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda (diciembre de 1925–enero de 1930), y del *exlligaire* Eduard Aunós, ministro de Trabajo, Comercio e Industria (febrero de 1924–enero de 1930) cuyo transcurso ideológico también es sintomático de la desliberalización.

Para comprender la naturaleza contrarrevolucionaria de la experiencia dictatorial es menester analizar someramente los principales fundamentos del pensamiento contrarrevolucionario que se aplicaron durante el régimen primorriverista, como fueron la política autoritaria, la tecnocracia gubernativa, la organización socioeconómica mediante corporaciones y la exaltación del españolismo regionalizado.

En primer lugar, el autoritarismo es indisoluble de la contrarrevolución en la medida en que la noción autoritaria del poder que compartían los contrarrevolucionarios se basaba en la refutación violenta de la soberanía popular y la igualdad y en la creencia de que la «ley del desarrollo de la vida» provenía de la «selección».¹¹⁵ No obstante, el autoritarismo no es una ideología,

¹¹⁰ “La conferencia del señor Goicoechea”, *El Debate* (Madrid), 2 de abril de 1923, p. 3.

¹¹¹ Antonio GOICOECHEA: *El problema...*, p. 13.

¹¹² “Las declaraciones de Goicoechea. El maurismo y la situación militar”, *La Acción* (Madrid), 18 de octubre de 1923, 1-2, pp. 2 y 1 respectivamente.

¹¹³ Manuel DELGADO BARRETO: “Una declaración... No ministerial. Con las mismas convicciones”, *La Acción* (Madrid), 27 de marzo de 1923, p. 1.

¹¹⁴ José María Carretero Novillo [El Caballero Audaz]: *Goicoechea... op. cit.*, p. 60.

¹¹⁵ Antonio GOICOECHEA: “Los síntomas y las causas en la crisis del régimen constitucional” (conferencia pronunciada en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 11 de diciembre de 1923, en *La crisis del constitucionalismo moderno*, prólogo de Adolfo BONILLA SAN MARTÍN, Madrid, Voluntad, 1925, 17- 46, p. 36.

sino la ejecución política de una doctrina, con lo que no es exclusivo del antiliberalismo.¹¹⁶ De hecho, la jerarquización, la disciplina y la obediencia son valores muy presentes tanto en el conservadurismo como el marxismo, con lo que reducir la contrarrevolución a un “autoritarismo de derechas” puede resultar insuficiente. La particularidad del autoritarismo contrarrevolucionario reside en la voluntad de suprimir la experiencia liberal, *lo político*, de la función gubernativa.

Derivado de esta esencia antiliberal, la gobernabilidad contrarrevolucionaria era opuesta a la praxis política liberal, emocional y viciada de rencillas y amiguismos. La toma de decisiones se debía regir por un criterio técnico, convirtiendo el arte de gobernar en una gestión administrativa.¹¹⁷ Frente a la política caciquil y corrupta se requerían los ideales clínicos de eficacia y precisión. Como aseveró Goicoechea en 1917, «estamos ansiosos de realidades y cansados de apariencias».¹¹⁸ Delgado afirmó que se imponía «la eliminación de los políticos profesionales»,¹¹⁹ esos como Alba, quien escapó de la ley de responsabilidades de Primo para refugiarse en Francia y poner a salvo su cuantiosa fortuna.¹²⁰ Con todo, Goicoechea tenía claro que los militares tenían que ser los primeros en regirse por medios técnicos y de aptitud.¹²¹ No podían volverse a dar casos como el escandaloso “desfalco de Larache”.¹²² La tecnificación gubernativa tenía que acompañarse del ordenamiento corporativo de la sociedad, de hacer entrar la Nación al Gobierno.¹²³ En definitiva, el Estado corporativo tenía que regirse por «el sentido de disciplina», la «jerarquía» y la «ordenación funcional».¹²⁴

El último aspecto a mencionar tiene que ver con la concepción nacionalista. Ante todo, cabe ir con cuidado a la hora de asemejar sinónimamente nacionalismo exacerbado con contrarrevolución. La cualidad de exacerbado puede encontrarse en otras muchas identidades políticas, como en la coetánea *Acció Catalana* (1922) de Jaume Bofill. Al ser la exaltación un grado, el nacionalismo contrarrevolucionario debe analizarse desde el antiliberalismo, que viene marcado por el nacionalismo integral, donde la nación es, sin paliativos, una entidad inviolable que se sobrepo-

¹¹⁶ Esta sería la principal crítica a la obra de Theodor W. ADORNO: *Else Frenkel-Brunswik*; Daniel LEVINSON y Nevitt SANFORD: *The Authoritarian Personality*, Nueva York, Norton, 1982 [1950].

¹¹⁷ Robert D. MERTON, introducción a Jacques ELLUL: *The Technological Society*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1964, v-viii, p. vii.

¹¹⁸ Antonio GOICOECHEA: “La democracia y la división del trabajo en la vida pública” (Conferencia pronunciado en el Ateneo Guipuzcoano de San Sebastián, el 3 de febrero de 1917), en *Íd.*, *Conferencias...*, p. 62.

¹¹⁹ Manuel Delgado BARRETO [Duque de G.]: “Los primeros pasos en la nueva situación”, *La Acción* (Madrid), 15 de septiembre de 1923, p. 1.

¹²⁰ José de ELOLA GUTIÉRREZ [Coronel Ignatus]: “Cómo se fugó el señor Alba y puso a salvo su fortuna”, *La Acción* (Madrid), 18 de septiembre de 1923, 1-2, p. 1.

¹²¹ Antonio GOICOECHEA: “El reclutamiento del Alto Mando”, en *Íd.*, *Política de...*, p. 552.

¹²² Delgado BARRETO [Duque de G.]: “Corrijase pronto el mal. El caso de Larache es gravísimo. Y puede ser la iniciación del saneamiento”, *La Acción* (Madrid), 11 de septiembre de 1923, p. 1.

¹²³ Antonio GOICOECHEA: “La monarquía y la división de poderes y el principio electivo en los gobiernos” (Universidad de La Habana, 15 de mayo de 1924), en *Íd.*, *La crisis...*, p. 193.

¹²⁴ Eduardo AUNÓS: *El Estado Corporativo. Discurso pronunciado en la Unión Patriótica de Madrid, el día 16 de Abril*, Madrid, Talleres Gráficos de E. Giménez-Huertas, 1928, pp. 16-17.

ne a los principios de 1789.¹²⁵ Sin embargo, precisamente por el carácter totémico de la nación, el españolismo no se entendía desde el centralismo, producto liberal, sino desde la pluralidad regional.¹²⁶

Como se ha comentado, Goicoechea hizo un balance crítico del primer año del Directorio. Había decisiones estructurales que no eran de su agrado, como la formación de las Uniones Patrióticas, pero consideraba el nuevo régimen «irremplazable».¹²⁷ Para el político catalán, la prioridad del ejecutivo tenía que pasar por formar un gobierno nacional cuyo fin fuera desmontar la vieja política liberal. No obstante, a medida que la obra dictatorial se iba asentando su entusiasmo fue *in crescendo*. Tomó parte activa en la Asamblea Nacional de 1928 para redactar un anteproyecto de constitución, hasta el punto de atribuirse la autoría del texto,¹²⁸ cuya naturaleza liquidacionista era evidente:

Quien niegue esto [la imposibilidad de gobernar con arcaicos modelos] podrá ponerse la etiqueta embustera de liberal y demócrata, disfraz por muchos años de los déspotas del absolutismo parlamentario, más desenfrenado e irresponsable que cualquier absolutismo de Monarquía.¹²⁹

Probablemente, el detonante de la colaboración activa se debió a la muerte de Antonio Maura en 1925, que acrecentó la fractura insalvable que existía entre los mauristas liberales y los desliberalizados. Difícilmente pueden tomarse como certeras las afirmaciones de Goicoechea cuando afirmó que el error de Maura de no establecer una dictadura se debió a una época que «no supo o no quiso utilizar a Maura como instrumento».¹³⁰ Más incoherentes con la figura del expresidente resultan los elogios de Rafael Sánchez Mazas, posterior falangista, quien como Delgado Barreto arguyó que Maura, junto con Mussolini y Maurras, era una «gran figura precursora en la presente revolución política del mundo latino».¹³¹

El deterioro de la dictadura y de su epígono, la dictablanda, llevó a Goicoechea a involucrarse activamente en las elecciones de abril para evitar la caída de la casa real.¹³² Pese a los es-

¹²⁵ Antonio GOICOECHEA: “El problema fundamental del régimen constitucional y las dos corrientes del constitucionalismo” (Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 8 de enero de 1924), en Íd., *La crisis...*, p. 58; “La monarquía y la división de poderes y el principio electivo en los gobiernos” (Universidad de La Habana, 15 de mayo de 1924), en Íd., *La crisis...*, p. 192.

¹²⁶ Antonio GOICOECHEA: “El ideal nacional: aspiraciones inmediatas que pueden servirlo” (conferencia pronunciada el día 5 de febrero de 1916 en el Salón de la Filarmónica, de Bilbao), en Íd., *Problemas...*, 207-246, p. 225.

¹²⁷ Antonio GOICOECHEA: “Balance de una etapa de dictadura” (correspondencia publicada en *El Diario de la Marina*, de la Habana, 23 de diciembre de 1924), en Íd., *La crisis...*, pp. 250-252.

¹²⁸ José María Carretero Novillo [El Caballero Audaz]: op. cit., p. 60.

¹²⁹ [Un Español], *Para que España se entere. Impresiones del proyecto de Constitución comparado con el de 1876*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1929, p. 35.

¹³⁰ Antonio GOICOECHEA: “Águilas y gorriones”, en *Ensayos críticos (artículos y discursos)*, Madrid, Editorial Voluntad, 1926, 141-158, p. 158.

¹³¹ Rafael SÁNCHEZ MAZAS: “Maura, el fascismo y la ilusión nacional”, *ABC* (Madrid), 25 de diciembre de 1925, 3-4, p. 3.

¹³² “La campaña electoral ante la próxima renovación de los ayuntamientos”, *ABC* (Madrid), 9 de abril de 1931, pp. 29-30.

fuerzos, la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931 abrió la caja de truenos para quien había situado la monarquía en el centro gravitacional de su ideario político como institución imprescindible para el desarrollo de España.¹³³ El exilio de Alfonso XIII le empujó a participar en la formación de *Acción Nacional*, de Ángel Herrera Oria, instigador de *El Debate*, una organización que no quería concurrir en la lucha partidista, sino salvaguardar la «defensa social» y los valores de «veinte siglos de civilización cristiana». Se le encargó la redacción del manifiesto de la entidad, cuyo lema rezaba una amalgama de valores conservadores e integristas: «Religión, Patria, Familia, Orden, Trabajo y Propiedad».¹³⁴

Años de repliegue. La contrarrevolución, entre la política y la conspiración (1931 – 1936)

Tras la proclamación de la República, Goicoechea adoptó una postura defensiva porque el nuevo panorama político lo ubicó en los márgenes de la inferioridad política. En buena medida, la contrarrevolución se agrupó con otras tendencias opositoras al nuevo sistema bajo unos mínimos comunes: el antirrepublicanismo, el monarquismo, el antirrevolucionarismo y la defensa de las formas sociales tradicionales, lo cual impedía desplegar los elementos más furibundamente añejos de su naturaleza. Las elecciones a cortes constituyentes evidenciaron ese programa de mínimos, ya que la candidatura que presentó, sin ganarla, por Madrid pivotó en torno al catolicismo y a la defensa de la propiedad privada.¹³⁵

La aprobación de la constitución republicana sin apenas aportación de las derechas provocó que Goicoechea se mostrara hostil a la «desenfrenada omnipotencia parlamentaria».¹³⁶ Su oposición al régimen dio sus frutos cuando consiguió desplazar a Niceto Alcalá Zamora de la presidencia de la Academia de Jurisprudencia y Legislación.¹³⁷ Sin embargo, el posibilismo al que parecía jugar *Acción Nacional*, que sería rebautizada como *Acción Popular* (1932) para suavizar su imagen opositora al régimen, no conjugaba con las aspiraciones de quien había participado activamente de la experiencia dictatorial. Los rifirrafes dentro de la formación le hicieron perder la presidencia de la formación a favor de José María Gil Robles.¹³⁸ Esto le llevó a organizar paralelamente su propio altavoz ideológico: la sociedad y revista *Acción Española* [AE] (1931),¹³⁹ que se convertiría en el baluarte más potente a nivel doctrinal del monarquismo contrarrevolucionario.

¹³³ Antonio GOICOECHEA: *Monarquía y República. Discurso pronunciado el día 20 de abril en 1930 en la plaza de toros de Madrid*, Madrid, Ciap, 1930, pág. 23.

¹³⁴ “Un manifiesto de Acción Nacional”, *ABC* (Sevilla), 8 de mayo de 1931, p. 32

¹³⁵ Juan MONGE BERNAL: *Acción Popular (Estudios de biología política)*, Madrid, Saez Hermanos, 1936, págs. 163-164.

¹³⁶ Antonio GOICOECHEA: *Posición de las derechas en el momento actual*, Madrid, 1931, pp. 20-22.

¹³⁷ Academia Nacional de Jurisprudencia y Legislación, *Resumen crítico del curso 1931 a 1932. Leído por el secretario general D. Ángel Antonio Tabernilla y Bolomburu*, Madrid: Imp. De Galo Sáez, 1932, p. 40.

¹³⁸ José María Carretero Novillo [El Caballero Audaz]: op. cit., p. 145.

¹³⁹ Véase Pedro Carlos González Cuevas: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid: Tecnos, 1998.

Su actividad fue más allá de la producción doctrinal. El *Heraldo de Madrid* hizo pública una carta con su firma donde pedía financiación «para el triunfo de la Causa».¹⁴⁰ La participación de miembros de AE en el fallido golpe del general José Sanjurjo el 10 de agosto de 1932 se saldó con la detención de varios miembros. En octubre, pese a negar su colaboración con la Sanjurjada se le encarceló por acusar al parlamento de ser una dictadura.¹⁴¹ Después de salir de la cárcel el 11 de noviembre, declaró que la elección tenía que ser un modo de designación «escogido para seleccionar aristocráticamente el personal legislador».¹⁴²

Un mes después de salir de prisión dejó AE. Si se hace caso a los testimonios, el político catalán era visto como un político arcaico, un vestigio de lo que había significado la Restauración, por contradictorio que parezca.¹⁴³ Estas críticas internas le llevaron a abandonar el grupo junto al exmaurista Fernando Suárez de Tangil, conde de Vallellano. Afirmó que su marcha se debió principalmente a lo incómoda que resultaba para un epígono del antiparlamentarismo y del anti-liberalismo la actitud accidentalista de la formación.¹⁴⁴ Tras el abandono, fundó en febrero de 1933 el partido *Renovación Española* (RE),¹⁴⁵ que, tal y como se explicaría en la revista mensual homónima dirigida por Ramiro de Maeztu, nació para la «restauración de un pensamiento auténticamente español», para solventar «el problema religioso», para resolver el «problema jurídico de la garantía del derecho», para «la organización política de España» y para la nueva «organización social», y cuya estrategia pasaba por «la unión de todas las derechas».¹⁴⁶

La decisión de Goicoechea de formar un nuevo partido que liderase las derechas opositoras se debió a su ascendiente. Según palabras de Fernando Gallego de Chaves Calleja, marqués de Quintanar, admirador del integralismo lusitano,¹⁴⁷ era «el hombre más autorizado para dirigir el

¹⁴⁰ «Los enemigos de la República. ¿Acción Española es una organización de conspiradores monárquicos que disimulan sus fines con el pretexto de fomentar la cultura? Un documento que demuestra que se recauda dinero para una maniobra contra el régimen», *Heraldo de Madrid* (Madrid), 5 de agosto de 1932, p. 1.

¹⁴¹ «Por su intervención en un mitin. Don Antonio Goicoechea ha ingresado en la cárcel a disposición del Juzgado de Guijón», *Heraldo de Madrid* (Madrid), 11 de octubre de 1932, p. 11.

¹⁴² Antonio GOICOECHEA: «La idea democrática y la evolución hacia el Estado de Derecho» (conferencia pronunciada en la Academia de Jurisprudencia y Legislación el 30 de noviembre de 1932), Madrid, Galo Sáez, 1932, p. 68.

¹⁴³ Pedro Saínz Rodríguez: *Testimonio y recuerdos*, Barcelona: Planeta, 1978, pp. 135-137. Eugenio VEGAS LATAPIE: *Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la Segunda República*, Barcelona, Editorial Planeta, 1983, págs. 296-297.

¹⁴⁴ «La tradición española y el programa de las derechas», *ABC* (Madrid), 20 de diciembre de 1932, pp. 19-20. También véase José María GIL ROBLES: *No fue posible la paz*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1968, pp. 85 y 860-861.

¹⁴⁵ Julio GIL PECHARROMÁN: *Renovación Española: una alternativa monárquica a la Segunda República*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1985 y *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, Eudema, 1994.

¹⁴⁶ Antonio GOICOECHEA: ««Renovación Española» y la unión de derechas», *Renovación Española* (Madrid), nº 1, octubre de 1933, p. 2.

¹⁴⁷ Véase George Manuel GOMES: «A construção do «hispanismo» na obra política de António Sardinha (1915-1925)», *Ler História*, nº 68, 2015, 109-127, pp. 110-112.

amplio y solido frente contrarrevolucionario español». ¹⁴⁸ El elogio fue acompañado por la petición de numerosas personalidades de la extrema-derecha, que le instaban a encabezar una nueva formación que superara las «viejas y anticuadas clasificaciones al uso en nuestra política». ¹⁴⁹ La respuesta de Goicoechea al ofrecimiento pone de manifiesto que el concepto de contrarrevolución no era intercambiable en su totalidad con el de reacción. Afirmó que el movimiento que «representamos no se propone como objetivo la restauración pura y simple del pasado anterior al 14 de abril». Esta explicación de la contrarrevolución como antítesis de la reacción conecta perfectamente con la experiencia desliberalizadora y con la cosmovisión del fascismo. ¹⁵⁰ Goicoechea tenía claro que, pese al respeto que le tenía a Antonio Maura, no podía ser su «continuador» debido a los enormes «errores y vicios» del sistema liberal. Su proyecto político no era el retorno al régimen anterior, sino la regeneración, la renovación, de la nación a partir de la tradición: «queremos una España renovada, pero que no deje de ser España. La renovación española; tal es nuestro ideal y tal debe ser también nuestra divisa». ¹⁵¹

El advenimiento de las elecciones tras la crisis del gobierno Azaña fue la coyuntura propicia para la formación de un canal transversal para el espacio de las derechas. Esta plataforma fue lanzada en 12 de octubre e integró *Acción Popular*, *Renovación Española*, la *Comunión Tradicionalista*, el *Partido Agrario*, y la formación federada de Gil Robles, la *Confederación Española de Derechas Autónomas* (CEDA). La acción conjunta que se aprobó fue de mínimos debido a la participación de formaciones posibilistas: la revisión de las leyes laicas, la defensa de la agricultura como sector básico y la amnistía de los delitos políticos. ¹⁵² El triunfo que obtuvieron sobrepasó las expectativas. No obstante, fruto precisamente del accidentalismo de algunas formaciones, la tensión no se hizo esperar debido al apoyo de Gil Robles al gobierno Lerroux. ¹⁵³

La llegada al poder del Partido Republicano no hizo variar la estrategia de Goicoechea. Desde su escaño intervino para corregir lo que llamó los 3 “grandes separatismos” (el de la tradición, el de clase y el de las regiones) que azuzaban España. ¹⁵⁴ Para ello, pese a que tenía muy claro que no había «más que un medio de extirpar la yedra, y es derribar el árbol», ¹⁵⁵ tendió una mano a Gil Robles y combatió a los socialistas, a los cuales acusó de mantener una doble moral a conveniencia. ¹⁵⁶ A través de una proposición parlamentaria luchó por amnistiar a los políticos de la

¹⁴⁸ Joaquín ARRARÁS: “Las ideas y los hechos. La actualidad española”, *Acción Española* (Madrid), nº 20, 1 de enero de 1933, p. 163.

¹⁴⁹ “Hacia un frente contrarrevolucionario español”, *Acción Española* (Madrid), nº 21, 16 de enero de 1933, 285-286, p. 286.

¹⁵⁰ En ese espacio oránico de la contrarrevolución, el fascismo se erigió como la síntesis de todos los espíritus antiliberales. Ferran GALLEGÓ: op. cit., pp. 23 y 62.

¹⁵¹ Antonio GOICOECHEA: “Carta-programa del señor Goicoechea”, *Acción Española* (Madrid), nº 21, 16 de enero de 1933, 286-291, pp. 286-287.

¹⁵² “Las bases del Frente único electoral de derechas en toda España”, *ABC* (Madrid), 15 de octubre de 1933, p. 27.

¹⁵³ “Las derechas y la República”, *ABC* (Madrid), 19 diciembre de 1933, p. 15.

¹⁵⁴ Antonio GOICOECHEA: “Discurso del Teatro Beatriz”, *Renovación Española* (Madrid), nº 2, 1934, 4-6, p. 4.

¹⁵⁵ Antonio Goicoechea en *Diario...*, p. 114.

¹⁵⁶ Antonio Goicoechea en *Diario de sesiones del Congreso*, 20 de diciembre de 1933, nº 7, pp. 125-126.

dictadura, entre ellos a Calvo Sotelo, en el exilio debido a la Sanjurjada.¹⁵⁷ Por último, con la victoria de *Esquerra Republicana* en las elecciones de junio de 1934, pidió la suspensión de la autonomía de la Generalitat para evitar una revolución secesionista.¹⁵⁸ Sus temores estallaron en octubre, cuando se puso del lado de la república y se ofreció a luchar contra «la desmembración de la Patria y la desmembración del orden social».¹⁵⁹ Desde su fundación, los miembros de RE tenían claro que «pretendemos españolizar, mudando las formas, y mudar las formas, pero siempre españolizando».¹⁶⁰ Una opinión que no difería de la de sus compañeros fascistas.¹⁶¹

En el plano subversivo, las maniobras iban combinando dos frentes. Por un lado, RE quiso atraerse a la plana mayor del ejército mediante la creación de la Unión Militar Española, en la que ingresaron generales –Goded, Sanjurjo, Mola o Varela– cuyo papel en el posterior golpe de estado sería clave.¹⁶² Por el otro lado, desplegó una intensa actividad diplomática cuyo colofón fue el Pacto de Roma, suscrito por el fascista Italo Balbo y firmado por Goicoechea y los tradicionalistas el 31 de marzo de 1934. A cambio de ayuda en caso de un golpe (los acuerdos tuvieron que ser renovados tras el estallido de la guerra civil) tenían que defender públicamente la política exterior italiana. Goicoechea así lo hizo en sus intervenciones parlamentarias a favor de la conquista de Abisinia. Sus argumentos italianófilos se cimentaban en las lecciones históricas de Tánger,¹⁶³ temática sobre la que vertió ríos de tinta en su momento.

Buen conocedor de lo que sucedía en Europa, Goicoechea ambicionaba la captura del poder por parte de las fuerzas contrarrevolucionarias. Aprovechando la invitación de Franz von Papen para el congreso de abogados alemanes en septiembre de 1933, se entrevistó con Adolf Hitler en Leipzig, quien le causó una profunda impresión.¹⁶⁴ También visitó la Austria de Dollfuss cuando partió para Pörschach a dar el pésame al exiliado monarca por la muerte del infante Gonzalo de Borbón.¹⁶⁵ Tenía claro que tanto tomar «el Poder para realizar la contrarrevolución», como se hizo en los países germanos, como la opción mussoliniana de «realizar la contrarrevolu-

¹⁵⁷ Antonio Goicoechea en *Diario de sesiones del Congreso*, 24 de enero de 1934, nº 27, pp. 658-659.

¹⁵⁸ Antonio GOICOECHEA en *Diario de sesiones del Congreso*, 25 de junio de 1934; 5 de noviembre de 1934, nº 105, 3982-3987.

¹⁵⁹ Antonio GOICOECHEA en *Diario de sesiones del Congreso*, 9 de octubre de 1934, nº 114, 4491-4492, p. 4491.

¹⁶⁰ “Cómo nació «Renovación Española» y cuál es su programa”, *Renovación Española* (Madrid), nº 2, noviembre de 1933, 10-13, p. 11.

¹⁶¹ Ver: Ramiro LEDESMA RAMOS: “Qué pasa en Cataluña?” (*La Conquista del Estado* (Madrid), nº 7, 25 de abril de 1931), en Íd., *Escritos políticos 1931*, Madrid, Trinidad Ledesma Ramos, pp. 145; José Antonio PRIMO de RIVERA: “Los vascos y España” (intervención parlamentaria el 28 de febrero y reproducido en *La Nación* (Madrid), el 1 de marzo de 1934) en Íd., *Obras completas. Edición del Centenario*, vol. i, Madrid, Plataforma 2003, pp. 499-503.

¹⁶² José GUTIÉRREZ-RAVÉ: op. cit., pp. 20-21.

¹⁶³ Antonio GOICOECHEA en *Diario de sesiones del Congreso*, 17 de mayo de 1935, nº 188, 75-76-7582 y *Diario de sesiones del Congreso*, 1 de octubre de 1935, nº 233, 9564-9570.

¹⁶⁴ “El señor Goicoechea, jefe de Renovación Española, es recibido por Hitler en Leipzig”, *ABC* (Madrid), 4 de octubre de 1933, p. 30.

¹⁶⁵ “El señor Goicoechea en Austria”, *Renovación Española* (Madrid), nº 9, 1934, p. 5.

ción para llegar al Poder» eran el camino a seguir.¹⁶⁶ Con todo, prefería reflejarse en el ejemplo italiano, porque había compatibilizado el régimen con la monarquía.¹⁶⁷

Tras los hechos de octubre de 1934, la contrarrevolución se volcó en un nuevo intento de canalizar los esfuerzos de la extrema-derecha. El 8 de diciembre de 1934 Goicoechea suscribió el manifiesto del *Bloque Nacional* (BN), de su compañero exmaurista Calvo Sotelo,¹⁶⁸ quien se proponía una coalición de fuerzas revisionistas.¹⁶⁹ No obstante, el BN acabó por no sumar ni a los falangistas, ni a los cedistas, ni a una parte del carlismo. Además, dividió RE por culpa de la bicefalia que se había gestado con la estructura paralela dirigida por Calvo. Desde su regreso a España, el maurista gallego había conseguido labrarse una imagen carismática que, haciendo sombra a un por aquel entonces sesentón Goicoechea, le convertía en un candidato firme a dirigir el movimiento contrarrevolucionario.¹⁷⁰ Una muestra del cambio generacional se encuentra en la pérdida de la presidencia de la Academia en mayo 1935 a favor del joven gallego.¹⁷¹

El exministro catalán, hasta entonces motor de la contrarrevolución (apoyó económicamente los inicios del proyecto nacional-sindicalista de Ledesma Ramos¹⁷² y, siendo amigo de José Antonio,¹⁷³ estableció con los falangistas un pacto de ayuda mutua en agosto de 1934), tuvo que financiar el BN de Calvo Sotelo una vez se rompió la colaboración con los falangistas en 1935.¹⁷⁴ Además, la pérdida del acta de diputado por Cuenca en los comicios de febrero de 1936¹⁷⁵ puso en un serio aprieto a RE, que vio muy mermada su representación en un hemiciclo donde las derechas habían sido barridas. Así, la visibilidad del partido recayó solamente en Calvo, en un momento en que la estrategia del político gallego también quedó en entredicho tras la ruptura de los carlistas con el BN.¹⁷⁶

Aunque más relegado, su nombre continuaba siendo muy bien considerado. En una carta fechada el 26 de mayo, el general Emilio Mola le pidió que fuera el redactor del manifiesto que utilizaría para anunciar en el Norte el levantamiento y que movilizara a los hombres de RE para

¹⁶⁶ Entrevista de Carlos SÁENZ a Antonio GOICOECHEA: “Opiniones del jefe la minoría de Renovación Española”, *Renovación Española* (Madrid), nº 7, 1934, 3-4, p. 4.

¹⁶⁷ Antonio GOICOECHEA: “España, Europa y la lección de Italia”, *Renovación Española* (Madrid), nº 9, 1934, p. 2.

¹⁶⁸ Goicoechea viajó a Roma para consultarlo con Alfonso XIII, quien dio su aprobación sin mucho convencimiento. En Francisco OLAYA MORALES: *La conspiración contra la República*, Barcelona, Producciones Editoriales, 1979, p. 281.

¹⁶⁹ “Declaraciones políticas. El señor Calvo Sotelo, en un magnífico discurso, estudia la revisión constitucional y la unión de derechas”, *La Nación* (Madrid), 9 de marzo de 1935, p. 3.

¹⁷⁰ Pedro SAINZ RODRÍGUEZ: “Discurso pronunciado en honor a Calvo Sotelo y Yanguas Messia”, *Acción Española* (Madrid), nº 54, 16 de abril de 1934, 581-588, p. 585.

¹⁷¹ En Eugenio VEGAS LATAPIE: op. cit., pp. 136-138.

¹⁷² Stanley G. PAYNE: *Falange: A history of Spanish fascism*, Stanford, Stanford University Press, 1961, p. 45.

¹⁷³ Julio GIL PECHARROMÁN: *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996, pp. 292-294.

¹⁷⁴ Eugenio VEGAS LATAPIE: op. cit., p. 218.

¹⁷⁵ “Homenaje a Antonio Goicoechea en su fiesta onomástica”, *ABC* (Madrid), 14 de junio de 1936, p. 35.

¹⁷⁶ Martín BLINKHORN: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1975, pp. 322-323.

garantizar el paso de las tropas a través de la Sierra madrileña.¹⁷⁷ El rol que desempeñó a la hora de configurar el golpe se debió tanto a su capacidad organizativa –Primo de Rivera, encarcelado, le confió las gestiones que él no podía hacer—¹⁷⁸ como a sus contactos diplomáticos. Como interlocutor privilegiado con Italia volcó esfuerzos ingentes en recibir soporte económico por parte de los fascistas.¹⁷⁹ Según sus palabras, consiguió reunir 300.000 pesetas que envió a Sanjurjo.¹⁸⁰ Con el asesinato de Calvo el 13 de julio, Goicoechea volvió a alzarse con la jefatura plena del partido. En el sepelio del exmaurista, declarando la venganza del difunto, dejó entrever que los preparativos para la sublevación estaban en marcha:

Empeñamos juramento solemne de consagrar nuestra vida a esta triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte, salvar a España, que todo es uno y lo mismo; porque salvar a España será vengar tu muerte e imitar tu ejemplo será el camino más seguro para salvar a España.¹⁸¹

Conclusiones para proceder. Goicoechea como atalaya

La trayectoria política e ideológica de Goicoechea permite observar el tránsito de parte de un sector del conservadurismo liberal, el maurista, a posiciones antiliberales. La desliberalización, término que sirve para describir este proceso o viraje intelectual, ayuda a dilucidar un poco más un punto ciego en la historiografía española: la formación de un grueso antiliberal previo a la ruptura republicana. Este enfoque permite resituar la experiencia de la dictadura primorriverista fuera de los cauces tradicionales e incardinarla en otros modelos interpretativos, como se ha ido haciendo en estos últimos años.¹⁸² Así, la naturaleza del régimen dictatorial no (sólo) fue una respuesta de las élites centenarias del país para salvaguardar el *statu quo* monárquico, sino la primera vez que se asentó un gobierno abiertamente antiliberal en España, precedente capital de la contrarrevolución.

A través de un enfoque de largo recorrido y atento a los meandros ideológicas en cada coyuntura política, el caso de Goicoechea permite solamente acercarse a un resquicio de este fenómeno, ya que, como cualquier personaje histórico, la vida del político barcelonés tuvo momentos álgidos, donde su figura, como la sombra de los cipreses, se volvió alargada, y otros en que el fulgor de su persona se atenuó. La guerra civil es un ejemplo de unos de esos pequeños crepúsculos. Su actividad política cesó formalmente con la disolución de RE cuando se aprobó el Decreto de

¹⁷⁷ José GUTIÉRREZ-RAVÉ: op. cit., p. 33.

¹⁷⁸ Ibídem, p. 36.

¹⁷⁹ Massimo MAZZETTI: “I contatti del governo italiano con i cospiratori militari spagnoli prima del luglio 1936”, *Storia Contemporanea*, 6 (1979), pp. 1191-1994.

¹⁸⁰ Antonio GOICOECHEA: *Apuntes para la historia de Renovación Española y de su intervención en el Movimiento Nacional*, San Sebastián, 1939, p. 8.

¹⁸¹ José GUTIÉRREZ-RAVÉ: op. cit., p. 31.

¹⁸² Ver por ejemplo el estudio comparado de Giulia ALBANESE: *Dittature mediterranee: Sovversioni fasciste e colpi di Stato in Italia, Spagna e Portogallo*, Roma, Laterza, 2016, o la aproximación al mundo católico en Alfonso BOTTI, Feliciano MONTERO y Alejandro QUIROGA (Eds.): *Católicos y patriotas. Religión y nación en la Europa de entreguerras*, Madrid, Sílex, 2013.

unificación de Falanga Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (FET-JONS) en abril de 1937. A partir de ese momento, se centró en la administración de la victoria. En tanto que oficial letrado, formó parte de la comisión que elaboró el dictamen para el ministro de Gobernación Ramón Serrano Suñer para justificar el golpe de estado y la configuración de un nuevo orden: «los órganos y las personas que en 18 de julio de 1936 detentaban el Poder adolecían de tales vicios de ilegitimidad en sus títulos y en el ejercicio del mismo, que, al alzarse contra ellos el Ejército y el pueblo, no realizaron ningún acto de rebelión contra la Autoridad ni contra la Ley».¹⁸³

Durante el nuevo régimen, desempeñó diferentes cargos, como el de gobernador del Banco de España (abril de 1938 a agosto de 1950) o el de decano del Colegio de Abogados de Madrid.¹⁸⁴ De su etapa en las Cortes en representación de Asociaciones, Colegios y Cámaras, y elegido por los Colegios de Abogados, cabe resaltar la carta que firmó junto con otros procuradores para el restablecimiento de la monarquía a manos del heredero de Alfonso XIII en 1943.¹⁸⁵ Sin embargo, su relación con don Juan de Barbón no fue unilateral: pese a su adhesión al alfonsismo, refutó el “Manifiesto de Lausana” que publicó el Pretendiente el 19 de marzo de 1945, donde afirmaba que «la política exterior seguida por el Régimen compromete también el porvenir de la Nación».¹⁸⁶ Un ejemplo más que pone de soslayo cómo la figura de Goicoechea es poliédrica y debe resituarse dentro de la compleja maraña de la contrarrevolución, teniendo en cuenta que no existe la pureza ideológica en ninguna cultura política, sino más bien la porosidad y los continuos acomodos entre cosmovisión y praxis.

¹⁸³ Ramón SERRANO SUÑER: “Ministerio del Interior. Orden”, *Boletín Oficial del Estado*, nº 175, 22 de diciembre de 1938, p. 3079.

¹⁸⁴ Rogelio PÉREZ-BUSTAMENTE: *El Ilustre Colegio de Abogados de Madrid*, Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, Madrid, 1996, pp. 533-535.

¹⁸⁵ Joaquín BARDAVÍO: *El reino de Franco: Biografía de un hombre y su época*, E. B, S: Barcelona, 2015, pp. 220-225.

¹⁸⁶ “El ‘Manifiesto de Lausana’”, en Pedro SAINZ RODRÍGUEZ: *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 324-235. Respuesta de Goicoechea, en José María TOQUERO: *Franco y Don Juan: la oposición monárquica al franquismo*, Javier, Plaza y Janés, Barcelona, 1989, p. 109.

Tarradellas, fin de partida del sueño bilateral catalán

Tarradellas, end of the Catalan bilateral dream

Joan Esculies
jesculies@hotmail.com

Resumen: A través de la trayectoria de la figura del político catalanista Josep Tarradellas, presidente de la Generalitat de Cataluña en el exilio y durante la Transición, el artículo traza las distintas fases por las que durante el siglo veinte pasó la propuesta catalanista para tratar de conseguir la bilateralidad en la relación Barcelona-Madrid en un marco confederal y acomodar su proyecto político en el seno de España. Tarradellas conformó su ideología, como el nacionalismo catalán en su conjunto, influenciado por el planteamiento historicista de una Península ibérica formada por dos coronas —a su entender Castilla y Cataluña—.

Tarradellas ejerció como consejero de Gobernación y diputado a Cortes Constituyentes y en el primer parlamento catalán durante la Segunda República. Vivió de cerca la aprobación del Estatuto de autonomía de Cataluña en 1932 y la problemática que conllevó su confección y su despliegue. Asimismo, durante la Guerra Civil ejerció como consejero de Finanzas y jefe de sucesivos gobiernos de la Generalitat presidida por Lluís Companys. Con Tarradellas al frente del ejecutivo Cataluña superó las cotas competenciales previstas y se estableció una situación confederal *de facto* en el seno de la República.

La pérdida de la Guerra Civil por parte de la República marcó el fin del Estado que proyectaba un gobierno central y tres gobiernos autónomos, un modelo en el que el nacionalismo catalán se hubiese podido sentir cómodo en gran medida. Los pactos de la Transición para superar la dictadura franquista y a la vez para contener, mediante la España de las autonomías, las demandas de los llamados nacionalismos periféricos, no gustó ni a Tarradellas ni al catalanismo. Se aceptó, dadas las circunstancias, pero descolocó el relato establecido de su imaginario, que prefiguraba un Estado con dos capitales en relación bilateral.

Palabras clave: Tarradellas, catalanismo, comunidad autónoma, nacionalismo, confederal

Abstract: Through the trajectory of the Catalan politician Josep Tarradellas, president of the Generalitat of Catalonia in exile and during the Spanish Transition, the paper traces the different

phases through which, during the twentieth century, Catalanist aim to achieve bilaterality in the Barcelona-Madrid relationship in a Confederal state—in order to accommodate its political project within Spain. Tarradellas shaped his ideology, as Catalan nationalism as a whole, influenced by the historicist approach of an Iberian Peninsula made up of two crowns—in this view Castile and Catalonia—.

Tarradellas exerted like *consejero* de Gobernación and deputy to Cortes Constituyentes and in the first Catalan parliament during the Second Republic. He intervened in the approval of the Statute of Autonomy of Catalonia in 1932 and knew about the problems that led to its preparation and deployment. Also during the Spanish Civil War exerted like *consejero* de Finanzas and head of successive governments of the Generalitat presided over by Lluís Companys. With Tarradellas at the head of the executive, Catalonia exceeded the expected levels of competence and established a *de facto* confederation within the Republic.

The loss of the Civil War by the Republic marked the end of the state that projected a central government and three autonomous governments in which Catalan nationalism could have been comfortable to a great extent. The pacts of the Transition to overcome the Franco dictatorship and at the same time to contain, through the Spain of the autonomies, the demands of the so-called peripheral nationalisms, did not like Tarradellas or Catalanism. It was accepted, given the circumstances, but the new model dislocated the established account of his imaginary that prefigured a state with two capitals in bilateral relation.

Keywords: Tarradellas, catalanism, autonomous communities, Nationalism, Confederal

| |
|---|
| Para citar este artículo: Joan ESCULIES: “Tarradellas, fin de partida del sueño bilateral catalán”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 257-278. |
|---|

Recibido: 01/07/2017

Aprobado: 12/03/2017

Tarradellas, fin de partida del sueño bilateral catalán

Joan Esculies

En enero de 1978, apenas cuatro meses después de regresar a Cataluña tras un exilio de casi cuarenta años, el entonces presidente de la Generalitat, Josep Tarradellas, expuso su visión sobre la España que se conformaba, el Estado de las autonomías:

Los que piden la autonomía no se dan cuenta realmente de lo que esto significa. La prueba está en que cada vez que surge un decreto que crea un gobierno autonómico, al día siguiente ya surgen las dificultades. Sólo hace falta fijarse en lo que ocurre en el País Vasco, en Andalucía, en todas partes. Y es que lo piden, yo no diré como una moda, pero sí, quizá, como un deseo de seguir el ejemplo de Cataluña.

Y añadió:

Pero estos pueblos olvidan que nosotros, menos en tiempo de dictadura, siempre hemos tenido un gobierno. Cataluña es una unidad geográfica, lingüística, comercial, industrial, espiritual... cosa que ellos, francamente, no tienen. Con ello no quiero decir que no puedan autogobernarse, pero sí que las condiciones son muy diferentes.¹

A pesar de que sobre todo en la última década los llamados partidos constitucionalistas, el Partido Popular y Ciudadanos, han querido presentar a Tarradellas como a un pactista favorable al régimen Monárquico y a la España autonómica, principalmente para contraponer el restablecimiento de la Generalitat y el modelo de la Transición a las demandas del separatismo catalán, lo cierto es que el político no fue ni lo uno, ni lo otro.² Aceptó la situación por pragmatismo, porque el exilio y la dictadura franquista pesaban enormemente y porque él más que ningún otro dirigente sabía que era mejor contar con un autogobierno, aunque otros territorios también contaran con él, que no tenerlo. Medio año después de dejar la presidencia de la Generalitat, en enero de 1981, insistió:

Con tanta autonomía, España se puede convertir en una paella valenciana. Pero esa paella no se va a comer bien. Va a haber demasiadas autonomías con demasiados presidentes y funcionarios que no van a trabajar, aunque sí a cobrar.³

¹ Declaraciones a *Catalunya-Exprés* del 19 de enero de 1978 extraídas de Josep BENET: *El president Tarradellas en els seus textos (1954-1988)*, Barcelona, Empúries, 1992, p. 621.

² Joan ESCULIES: "Tarradellistes quan convé", *Ara*, 6 de febrero de 2017.

³ Declaraciones a *La Vanguardia* de enero de 1981 extraídas de Josep BENET: op.cit., p. 621.

La incomodidad de Tarradellas con el régimen autonómico no era algo personal, venía dada por su experiencia política, pero sobre todo porqué como catalanista su corpus ideológico, aunque no fuera muy elaborado, procedía de una cosmogonía que había cuajado durante su más temprana juventud. Para comprender la reacción del político ante la configuración estatal que salió de la Transición española el presente artículo se inicia asumiendo el hito de la ‘bilateralidad’ como desiderátum máximo del catalanismo separatista. A continuación se contextualiza el ingreso del joven Tarradellas en las filas del nacionalismo catalán y su relevancia política en el momento de la aprobación del Estatuto de Autonomía de 1932 durante la Segunda República. Seguidamente se describe el papel del político en la consecución de una Cataluña confederal *de facto* en el contexto de la Guerra Civil y la desaparición de ésta después de los denominados *sucesos de mayo* de 1937. Más adelante se exponen los motivos por los cuales el catalanista trazó durante el exilio una política acorde con el marco constitucional de 1931 y sin querer superarlo.

A la postre el artículo se cierra con la argumentación de los elementos que fundamentan el título del artículo. La derrota republicana de la Guerra Civil no solo dio paso a cuarenta años de dictadura, sino también a un replanteamiento de la autonomía regional y nacional que lejos de resolver la cuestión catalana en el seno del Estado, como se creía, cambió la cosmogonía estatal en la que el nacionalismo catalán se podía sentir cómodo. Una alteración a la que el catalanismo y su ala más separatista, ni sobre todo su capital Barcelona, se han sabido sobreponer. La trayectoria de Tarradellas es un ejemplo diáfano para comprender por qué.

El separatismo, anhelo de una mesa para dos

El separatismo catalán se comenzó a gestar entre finales del siglo XIX y principios del XX. Por una parte lo hizo a través de proclamas dispersas que reclamaban un “estado catalán”. Aunque durante el siglo XIX este “estado” se confundía a menudo con los términos de nación, región o comunidad. Por otra parte, el separatismo catalán apareció a través de las acusaciones procedentes tanto de los políticos y la prensa madrileña como de algunos sectores de la misma sociedad catalana que veían una acción “separadora” en la singladura que iniciaba el catalanismo como movimiento político. Entre una y otra, lo más determinante es que mientras que los federalistas del XIX difícilmente se reconocían como separatistas, la catalogación “desde fuera” del nacionalismo catalán en su conjunto como separatista era claro.⁴

⁴ Por ejemplo, en artículos como los del médico y periodista republicano federal Josep Narcís Roca Farreras (1834-1891), que a sido reivindicado como «el primer separatista» por el independentismo catalán moderno. Ver Toni STRUBELL: *Josep Roca Farreras i l'origen del nacionalisme d'esquerres. A partir del material aplegat per Fèlix Cucurull*, Arenys de Mar, Llibres del Setciències, 2000; Íd.: *Josep-Narcís Roca i Ferreras (1834-1891)*, Barcelona, Fundació Josep Irla, 2008. Para una visión panorámica, Pere GABRIEL: *El catalanisme i la cultura federal: història i política del republicanisme popular a Catalunya el segle XIX*, Reus, Fundació Josep Recasens, 2007, y Àngel DUARTE: *El republicanisme català a finals del segle XIX (1890-1900)*, Tesis Doctoral, Bellaterra, Universitat Autònoma de Bellaterra, 1987. Por otra parte en 1868 Valentí ALMIRALL publicó el opúsculo *Bases para la Constitución federal de la nación*

El nacionalismo radical catalán —también separatismo o ultracatalanismo— apareció al abrigo de la Unió Catalanista. Esta organización, una federación de entidades fundada en Barcelona en 1891, tenía por objetivo mantener y ampliar el movimiento cultural catalanista que había significado la *Renaixença*. De éste modo, pronto se convirtió en portavoz de un catalanismo culturalista promoviendo acciones que contribuyeran al “despertar” nacional de Cataluña. La Unió tuvo su momento álgido en 1892 con el impulso y la elaboración de las *Bases para la Constitución Regional Catalana*, un proyecto redactado en la ciudad de Manresa que basaba su demanda de autogobierno partiendo de las constituciones catalanas del siglo XVI como ha explicado Jordi Llorens, entre otros.⁵

En la primera década del siglo XX, unos pocos centenares de jóvenes catalanistas vinculados a entidades adheridas a la Unió Catalanista —pero al margen de la dirección, pues ésta pretendía mantener la imagen transversal de la organización como casa común de todos los nacionalistas catalanes— fueron radicalizando su discurso. Aumentaron su crítica hacia la configuración del Estado y realizaron algunos actos catalanistas que fueron percibidos, principalmente por la policía y el Ejército, como una amenaza a la unidad de España. Esta primera etapa de ebullición, todavía con unos planteamientos muy genéricos, viene a considerarse un estadio inicial del movimiento, una *tentación*, un proto-separatismo como sostuvo Jaume Colomer.⁶

Las entidades de esta primera etapa languidecieron, sobretudo por una cuestión generacional, y no fue hasta entrada la década de los años diez cuando el separatismo se consolidó como ideología. Y lo hizo a través de organizaciones de nuevo cuño inicialmente también vinculadas a la Unió Catalanista y a su presidente el psiquiatra Domènec Martí i Julià.

En el marco de la evolución ideológico del separatismo, el impacto de la Primera Guerra Mundial fue determinante. Por un lado, contribuyó el vago concepto de autodeterminación lanzado por el presidente estadounidense, Woodrow Wilson, enmarcado en sus Catorce Puntos, el plan para poner fin al conflicto y reconstruir Europa. Los sectores nacionalistas catalanes que se habían ido radicalizando durante toda la contienda quisieron ver una solución internacional al pleito catalán con el Estado. Es decir, una vía para cambiar la estructura de España con ayuda y legitimación externos.⁷ Por otro, el florecimiento de movimientos nacionales, principalmente del

española y para la del estado de Cataluña: observaciones sobre el modo de plantear la confederación en España, Barcelona, Celestino Verdaguer.

⁵ Jordi LLORENS: *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític: dels orígens a la presidència del dr. Martí i Julià, 1891-1903*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat (PAM), 1992; Josep TERMES y Agustí COLOMINES: *Les Bases de Manresa de 1892 i els orígens del catalanisme*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992.

⁶ Jaume COLOMER: *La Unió catalanista i la formació del nacionalisme radical, 1895-1917: l'obra del doctor Martí i Julià*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1984; Íd.: *Martí i Julià: notas para una biografía política*, Tesis de licenciatura, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1975, pp. 53-58.

⁷ *L'Intransigent*, 19 de setiembre de 1918, núm. 3, pp. 3-4, y 24 de abril de 1919, núm. 30, p. 4; *La Vanguardia*, 12 de setiembre de 1918, p. 4; las entidades en Pere ANGUERA: *L'Onze de Setembre. Història de la Diada (1886-1938)*, Barcelona, Centre d'Història Contemporània de Catalunya – PAM, 2008.

centro y el este de Europa, que pedían estados propios y “liberarse del yugo” de los imperios Austrohúngaro, Alemán y Ruso y que la propaganda aliadófila tan bien había jugado para ponerlos a su lado, contribuyó a que la palabra “separatismo” fuera aceptada sin complejos y pasara de ser un elemento reactivo o defensivo en un elemento propositivo.

Cuando a finales del verano de 1918 ya se vislumbraba la victoria de los Aliados, los jóvenes intransigentes, la mayoría de los cuales nacidos alrededor del desastre de 1898, ya se definían como “separatistas”, pero no del centro madrileño como habían hecho algunos de los primeros catalanista como el propio Ángel Guimerà, sino del Estado en su conjunto. La constante definición de todo catalanismo como separatista, los efectos de la Ley de Jurisdicciones, la Solidaridad Catalana, la crisis múltiple del verano de 1917, la traición *Iligaire* con su entrada en el gobierno español en otoño de ese año y la llamada Guerra de las Naciones, contribuyeron a que un segmento del nacionalismo catalán, muy minoritario aún, se viera a sí mismo como separatista.⁸ No se trataba ya de sentir simpatía por los secesionistas cubanos respecto a España o por los irlandeses respecto a los británicos, ahora este segmento se veía como si ellos *fuieran* los cubanos o los irlandeses.

A pesar de ello, este nacionalismo radical catalán no tenía una ideología coherente.⁹ Así como el catalanismo conservador había dado el libro de Enric Prat de la Riba *La nacionalidad catalana* (1906), el ultracatalanismo no contaba con una obra similar a partir de la cual definirse.¹⁰ Martí i Julià apenas escribió un volumen de artículos, en ocasiones contradictorios. Y fue así como, bebiendo también de Prat, el separatismo se conformó añadiendo al afianzamiento de la lengua y cultura social catalanas un cúmulo de símbolos literarios, imágenes derivadas del romanticismo y referencias históricas. Todo ello con una fuerte carga “antiimperialista”, derivada del pensamiento del psiquiatra, fallecido en junio de 1917, en contraposición con la visión “imperial” de España que proponía la Liga.

El ultracatalanismo reivindicaba la “libertad de Cataluña” a partir de un pacto español o ibérico con una base confederal. Los nacionalistas radicales no tomaban como modelo los planteamientos federalistas de Pi y Margall. El que había sido el segundo presidente del gobierno de la Primera República Española en 1873 había muerto en 1901, y para estos jóvenes era un referente lejano. Lo mismo sucedía con Valentí Almirall, muerto en 1904, y su federalismo asimétrico, que desde 1887 había perdido ascendente en el mundo catalanista. Los jóvenes separatistas catalanes partían de un conocimiento teórico nulo, o casi, respecto a qué significaba y cómo se articulaba una federación o una confederación. Y en el sentido en que federalismo implica una cesión de las partes al todo, al poder central, y confederalismo unas partes fuertes y un poder central débil, los

⁸ El momento en David MARTÍNEZ FÍOL y Joan ESCULIES: *1917, el año en que España pudo cambiar*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2017.

⁹ Un perfil de los jóvenes separatista en Enric UCÉLAY-DA CAL: “Llegar a capital: Rango urbano, rivalidades interurbanas y la imaginación nacionalista en la España del siglo XX”, *Papers de la Fundació Rafael Campalans* (2002), pp. 3-50. Y también Joan ESCULIES: *Via fora lladres! El separatisme català i el teatre patriòtic*, Barcelona, Ed. 1984, 2015, pp. 15-98.

¹⁰ Enric PRAT DE LA RIBA: *La nacionalitat catalana*, Barcelona, La Catalunya, 1906.

nacionalistas radicales eran partidarios de esta segunda versión incluso, en la gran mayoría de casos, cuando hacían uso de la expresión “federal”.¹¹

Su planteamiento no se basaba en la lectura de tratados, sino en la referencia constante en el seno de la Unió Catalanista de una imagen muy potente: la unión medieval de las coronas de Aragón y Castilla, “pactando de igual a igual”, en un sentido confederal. Una visión que emanaba de la publicación *La Renaixensa* y su influencia guimeraniana pero que, a diferencia del planteamiento más accidental del dramaturgo, era radicalmente republicana.¹² España, por tanto, debía ser un Estado compuesto por dos, a lo sumo tres —con Portugal— naciones. Y, por ende, con dos capitales, Madrid y Barcelona, sin que el poder político de una estuviera por encima de la otra o le coartara. Cada ciudad debía manejar su nación, la castellana y la catalana, a sus anchas, para coincidir tan solo en asuntos que pudieran afectar a la unión en su conjunto. El modelo no era otro que la monarquía Austrohúngara, dónde Castilla se debía asemejar a Austria y Cataluña a Hungría.¹³

De esta manera, los intransigentes podían proponer, en ocasiones, la constitución de unos Estados Unidos de Iberia, contando también con Portugal: «El catalanismo no pide sino que se reintegre a Cataluña lo que es suyo. Nuestro sueño es el de un estado compuesto de las antiguas nacionalidades ibéricas con verdaderas libertades para todas en espontánea y voluntaria federación». ¹⁴ Incluso, aunque no era el habitual, dejaban la opción de que una hipotética República catalana formara parte del concierto de las naciones de manera independiente. Esta, sin embargo, era vista como una última opción, porque existía la visión de la península Ibérica como un todo que hacía priorizar el pacto, siempre, entre iguales.¹⁵

Incluso la muerte al comenzar el agosto de 1917 de Enric Prat de la Ribera, antes de que la Lliga participase del gobierno de España, sirvió también para mitificar su figura entre las filas

¹¹ Enric UCÉLAY-DA CAL: *El imperialismo catalán. Prat de la Ribera, Cambó, D’Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, pp. 338-350; Javier VARELA: “El sueño imperial de Eugenio d’Ors”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 2 (2999), pp. 39-82; Josep PICH: «El projecte polític catalanista, progressista i modernitzador de Valentí Almirall i Llozer», *Recerques*, 44 (2002), pp. 111-138; Íd.: “Federalisme i catalanisme”, en Valentí ALMIRALL, *Antologia de textos*, Barcelona, Generalitat de Catalunya – Institut d’Estudis Autònoms, 2011, pp. 9-44.

¹² Una aproximación a su vertiente política, Xavier ALBERTÍ y Albert ARRIBAS: *Guimerà. Home símbol*, Barcelona, Edicions 62, 2016. También Enric UCÉLAY-DA CAL: “Per un catalanisme ‘imperial’. La publicitat política de la Lliga”, *L’Avenç*, 27 (2003), pp. 14-19. Y Manuel PÉREZ NESPEREIRA: *Prat de la Ribera. Nacionalisme i formació d’un Estat Català*, Barcelona, Editorial Base, 2007.

¹³ Enric UCÉLAY-DA CAL: “Pròleg”, en Enric PRAT DE LA RIBERA, *La Nacionalitat Catalana*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 7-33.

¹⁴ Manuel FOLGUERA DURAN: *L’Intransigent*, 6 de marzo de 1919, núm. 25, p. 3.

¹⁵ Ni que decir tiene que el debate en torno al federalismo y sus grados está, todavía hoy, lejos de resolverse. En todo caso, hay otra interpretación que considera que cuando los separatistas se denominaban “federales” quería decir que entendían lo que era el federalismo y que vinculaban su tradición ideológica al federalismo intransigente catalán, por ejemplo: Fermí RUBIRALTA: *Una història de l’independentisme polític català: de Francesc Macià a Josep Lluís Carod-Rovira*, Lleida, Pagès Editors, 2004. Por otra parte, la visión «confederal» de la monarquía Hispánica es más compleja, como se demuestra en Núria SALES: «Podem parlar de la Catalunya dels Àustries com d’un estat? I on rau l’estatalitat, en les monarquies compostes?», *Revista d’Història moderna, Manuscrits. Catalunya i Espanya a l’època moderna. Homenatge a J. H. Elliot*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, núm. 15, 1997, pp. 23-31.

separatistas.¹⁶ Para ello sus miembros se aferraban al panfleto redactado por éste *Por Cataluña y la España grande*, que lanzaba una propuesta de corte federalista y que, por tanto, de alguna manera podía casar con sus expectativas. En el relato intransigente, al morir el presidente de la Mancomunidad, la Lliga había quedado en manos de los malvados regionalistas como Cambó, que habían pervertido lo que Prat de la Riba proponía.¹⁷

El contexto *separatista* del joven Tarradellas

Josep Tarradellas creció y se formó en ésta época y ambiente. Nacido en 1899 en Cervelló, a escasos quilómetros al sur de Barcelona, se instaló en la ciudad con apenas quince años. Su padre, a pesar de ser un campesino que había trabajado en los hornos de vidrio de su localidad natal, quiso probar suerte con su hermano en el negocio de la restauración. Abrió un bar en un chaflán cercano a plaza Cataluña, para entonces no tan urbanizada ni céntrica como en la actualidad. El negocio marchó bien y pudo trasladar a su esposa y dos hijos a Barcelona.¹⁸

Nada más llegar a la ciudad, Tarradellas entró a formar parte del Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria, CADCI). En las escuelas del CADCI se formaba a los jóvenes para el trabajo mercantil. De allí salían las generaciones de catalanes que comenzaban de aprendices en tiendas y oficinas y que soñaban con ser propietarios de las mismas y escalar en el sector terciario.¹⁹

Para cuando la Mancomunidad comenzó su andadura, Tarradellas contaba con quince años. El joven vivió el siguiente lustro del devenir de la política catalana en el tránsito de la juventud a la edad adulta formando parte del magma catalanista movido por el afán de contar con una administración catalana potente y propia. A muchos de ellos la Mancomunidad les sabía a poco, querían ir más allá, puesto que en ella entraban los más preparados —los que no tenían que pasar por el CADCI y podían estudiar en la Universidad de Barcelona porqué sus familias se lo podían permitir— o quienes tenían buenos contactos.²⁰ Tarradellas fue socio de una de las entidades separatistas más destacada, la Joventut Nacionalista La Falç (Juventud Nacionalista La Hoz), fundada en 1918 en Barcelona.²¹

En este magma recibió la influencia confederal procedente del historicismo catalanista y romántico del dramaturgo Guimerà, de la Unió Catalanista y del primer presidente de la Man-

¹⁶ Una aproximación biográfica Rafael OLIVAR: *Prat de la Riba*, Barcelona, Aedos, 1964 y más reciente en Joan ESCULIES: *A la recerca de Prat de la Riba*, Barcelona, Pòrtic, 2017.

¹⁷ «Afirmació nacionalista. L'acte de la Lliga», *L'Intransigent*, 3 de octubre de 1918, núm. 5, p. 1.

¹⁸ Joan ESCULIES: *Josep Tarradellas. Dels orígens a la República (1899-1936)*, Barcelona, Edicions Dau, 2012.

¹⁹ Martí SANS ORENGA: *Els treballadors mercantils dins del moviment obrer català*, Barcelona, Pòrtic, 1975.

²⁰ Joan ESCULIES: *Via fora...*

²¹ Joan ESCULIES: “La Falç (1918-1939). Història d'una joventut del nacionalisme radical català”, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 78 (2014), pp.495-523; Íd.: “El nacionalismo radical catalán (1913-1923)”, *Espana Contemporanea*, 43 (2013), pàg. 7-28.

comunidad de quién consideraba que “el primero y más grande valor de Prat de la Riba es que demostró a los catalanes que éramos capaces de goberarnos, y esta creencia es, ha sido y será el hito de mi vida”.²² Y es que entendía Tarradellas que el «sentido de la misión que debía cumplir Cataluña, fue representado por Enric Prat de la Riba y los hombres que se habían reunido a su alrededor en una magnífica acción de conjunto [la Mancomunidad], que tanto honra este gran patriota como todos los catalanes».²³

Poco después del desastre de Annual, en 1921 Tarradellas marchó a Melilla como sanitario. Se libró de ir al frente, como soldado de cuota, pero pasó allí año y medio. A su regreso ya no volvió a la tienda donde había trabajado de aprendiz, ni tan siquiera buscó trabajo de dependiente de comercio, como muchos de sus amigos, sino que trazó un plan para convertirse en empresario. Era lo que en terminología actual se denomina *un emprendedor*. Consiguió de este modo ejercer como representante de media docena de firmas extranjeras para Cataluña e, incluso, en algunos casos para toda España, siendo la más destacada de ellas la empresa de Nueva York IB Klei- nert, de materiales de caucho.²⁴

Pese a socializarse en el medio nacionalista, el joven Tarradellas no tuvo un interés por involucrarse en política. Estaba al corriente de ella, podía compartir visiones, pero no mucho más. En paralelo al desarrollo de la Dictadura de Primo de Rivera, Tarradellas prosperó. No participó en acciones clandestinas del catalanismo, sino que se dedicó a su negocio. Cuando en 1927 se casó con Antonia Macià, quién pese al apellido nada tenía que ver con el político, tenía ya una posición acomodada, lo que le permitió regalar un coche y comprar una casa en Cervelló a sus padres.²⁵

Un año después aconteció algo que cambió la vida de Tarradellas y su familia para siempre. Nació su hija Montserrat, que padecía síndrome de Down. La situación no fue nada fácil para la joven pareja. A partir de entonces, coincidiendo con la Dictablanda, Tarradellas comenzó a involucrarse en política. Era, de acuerdo con su propio testimonio y con el de la gente que le conoció íntimamente, una manera de escapar de la situación familiar en la que se encontraba. Fue uno de los jóvenes que fueron al encuentro de Francesc Macià en su retorno del exilio. Como presidente de honor de la Joventut Nacionalista La Falç ya en 1918 el exteniente coronel era su referente político más inmediato.²⁶

²² «Prat (Editorial)», *Avui*, 7 agosto de 1977, p.1; «Tarradellas anirà demà a Vilafranca del Penedès», *Avui*, 29 agosto de 1979, p.5.

²³ Josep TARRADELLAS, «Catalunya en la política española», *La Humanitat. Portaveu d'Esquerra Republicana de Catalunya adherida a la Solidaritat*, 30 d'abril de 1946, pp.1-2.

²⁴ Joan ESCULIES: *Josep Tarradellas (1899-1936). Dels orígens a la Guerra Civil*, Tesis doctoral, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2012.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Ibidem*.

El bilateralismo momentáneo

Tarradellas participó en la fundación de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), y desde ese momento se convirtió en secretario de Macià. Era marzo de 1931. Un mes después, tras la inesperada victoria electoral de ERC en Barcelona en las municipales y el triunfo de las candidaturas republicanas en la mayoría de capitales de provincia españolas, el segundo de a bordo de ERC, Lluís Companys, en un *coup de théâtre* inaudito proclamó la República desde el balcón del Ayuntamiento de Barcelona. Se refería, claro está, porque ese era su imaginario, a la República española, como bien explica la biografía de Josep Maria Solé Sabaté.²⁷

Alertado Macià, le corrigió desde el mismo balcón proclamando la República catalana y después desde el balcón de enfrente, el del Palacio de la Diputación, antigua sede de la Mancomunidad y de la antigua Generalitat de Cataluña. En sus múltiples proclamaciones, Macià hablaba de integrar el Estado Catalán a la Federación Ibérica o de Repúblicas Ibéricas e incluso una República catalana en una Confederación ibérica o de pueblos ibéricos.²⁸ Lo cierto es que no había teorizado sobre la cuestión porque era un hombre de acción. Tenía referencias del nacionalismo vasco y gallego, claro está, porque durante su exilio parisino había entablado contactos con algunos de sus representantes, como demostró Ucelay-Da Cal.²⁹

Tarradellas había teorizado mucho menos, lo suyo era la organización y pronto se convirtió en un gestor destacado de su partido y de la Generalitat provisional, la institución que se pactó a cambio de renunciar a la República catalana. Según Macià, el día que renunció a ella fue el más triste de su vida. De acuerdo con Tarradellas, lo fue porque cuando el presidente catalán lo anunció a la multitud desde el balcón del Palacio de la Generalitat, a la gente le dio lo mismo República catalana que Generalitat, puesto que lo que querían era quitarse de encima al régimen monárquico del que tan mal recuerdo tenían.³⁰ Pero tal como le dijo Macià al escritor César González-Ruano apenas un mes después de proclamarse la República:

Cataluña, históricamente, es un país, un auténtico Estado. A nosotros nos basta con que se reconozca así. Con que nos digan oficialmente que tenemos derecho a nuestra independencia. Luego, no haríamos jamás fuerza en la tal independencia [sic]. Queremos pertenecer al mapa de España.³¹

²⁷ Josep Maria SOLÉ SABATÉ: *Lluís Companys. President de Catalunya. Biografía humana i política*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2 vols., 2007.

²⁸ Joan ALAVEDRA: *Francesc Macià. President de Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1981.

²⁹ Enric UCELAY-DA CAL y Joan ESCULIES: *Macià al país dels soviets*, Barcelona, Edicions de 1984, 2015, pp. 48-52.

³⁰ Así lo certificó Tarradellas según Josep M. BRICALL: *Memoria de un silencio, el gobierno Tarradellas (1977-1980)*, Barcelona, Plaza&Janés, 2003, pp. 236-237.

³¹ César GONZÁLEZ-RUANO: "No existe 'hoj' un separatismo catalán, sino un romanticismo catalán", *Nuevo Mundo*, 22 de mayo de 1931.

De nuevo quedaba clara la voluntad del catalanismo, fuera cual fuera su tendencia, de querer el reconocimiento de su igualdad respecto a Madrid. Y es que a pesar de proponerse desde el centro-izquierda, la idea no era para nada diferente a la de Prat de la Riba. Macià hubiese firmado gustoso la estructura de imperio *interior* de los regionalistas si en su zenit se hubiese ubicado un presidente de república en vez de Alfonso XIII, en quien después de un breve idilio había perdido la confianza.³²

A lo largo de su vida, Tarradellas escribió algunos artículos pero no teorizó en profundidad sobre la relación de Cataluña con el resto de España. Como secretario de Macià se encargó de la organización del referéndum sobre el Estatuto de autonomía de Cataluña que tuvo lugar en agosto de 1931. Y puesto que desde junio de 1931 era diputado a Cortes Constituyentes vivió en primera persona la tramitación del mismo. Asimismo vio cómo las Cortes cercenaban, corregían y modificaban abundantes partes del texto surgido y aprobado en Cataluña.³³ Uno de los ejemplos más evidentes fue el cambio que sufrió el artículo primero del título primero: “Cataluña es un Estado autónomo dentro de la República española”, decía el original siguiendo la idea del nacionalismo catalán. Sin embargo el redactado final rezaba como sigue: «Cataluña se constituye en región autónoma dentro del Estado español, de acuerdo con la Constitución de la República y del presente Estatuto».³⁴

Tarradellas era consejero de Gobernación cuando el 9 de setiembre de 1932 las Cortes aprobaron el Estatuto catalán después de un larguísimo debate, con intento de golpe de Estado incluido. Como ya venía haciendo desde que Macià lo nombrara para el cargo, que revalidó en las sucesivas remodelaciones de gobierno, el joven político se centró en lo que sabía hacer: gestionar. Esa fue su prioridad siempre durante los años en los que contó con un cargo, entre abril de 1931 y enero de 1933, y así se lo reconocieron con unanimidad correligionarios y oponentes.

Aunque nunca fue un miembro más de ella, Josep Tarradellas se sentía cómodo dentro de ERC en la corriente del grupo del diario *L'Opinió*. La lideraba Joan Lluhí Vallescà, a quién Tarra —como le conocían los amigos— definió como el político más inteligente que había conocido.³⁵ Lo que no impedía que existieran visiones dispares y disputas entre los dos. Para Tarradellas y los de *L'Opinió*, entre ellos Joan Casanelles y Antoni Xirau, no tenía ningún sentido caer en el victimismo por los recortes estatutarios, como expuso Joan B. Culla y han reiterado Ucelay-Da Cal y González Vilalta.³⁶ No veían el beneficio de la táctica de la corriente de ERC más radicalizada e independentista, las Joventuts d'Esquerra Republicana d'Estat Català (JEREC), lideradas por

³² Josep M. ROIG i ROSICH: *Francesc Macià. Polític, teòric, agitador. Documents (1907-1931)*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2010; Enric JARDÍ: *Francesc Macià. El camí de la llibertat (1905-1931)*, Barcelona, Aymà, 1977.

³³ Joan ESCULIES: “Tarradellas el organizador. La campaña propagandística del Estatuto de Autonomía de Cataluña en 1932”, *Historia y Política*, 36 (2016), pp. 241-262.

³⁴ Manuel GERPE: *L'Estatut d'autonomia de Catalunya i l'estat integral*, Barcelona, Edicions 62, 1977.

³⁵ Entrevista a Montserrat CATALÁN, exsecretaria de Josep Tarradellas, mayo 2017.

³⁶ Joan B. CULLA: *El catalanisme d'esquerra (1928-1936)*, Barcelona, Curial, 1977; Enric UCELAY-DA CAL y Arnau GONZÁLEZ: *Joan Lluhí Vallescà. L'home que va portar la República*, Barcelona, Editorial Base, 2017.

Josep Dencàs y Miquel Badia. La queja constante por el maltrato, real o supuesto, recibido de Madrid no llevaría a ninguna parte, según Tarradellas. Lo que se hacía necesario era gestionar las competencias cedidas o que se debían traspasar a Cataluña en vez de quejarse porque las Cortes no habían aprobado el Estatuto deseado.³⁷ A pesar de ello, Tarradellas nunca renunció a obtener el máximo competencial o superior al que habían acordado los redactores del anteproyecto del Estatuto en Núria. Pero la manera de conseguirlo, en vez del lamento, debía ser la demostración del gobierno catalán y su parlamento de que los catalanes se podían gobernar a sí mismos. La visión —naif o no, nunca se pudo comprobar— partía de la idea de que si la Generalitat gestionaba bien y con lealtad sus competencias el gobierno de la República no tendría problemas para ceder otras.

A pesar de que en otros puntos de España pudieran existir demandas nacionalistas y de autogobierno, durante el período de la Mancomunidad, en el que Tarradellas se fogueó en el catalanismo, y durante la Segunda República, cuando hizo lo propio como gobernante con treinta y pocos años, el Estado vivió en una bilateralidad tácita. Algunos nacionalistas catalanes, quizás los que compartían elementos en común como la religión más allá del propio nacionalismo, como Unió Democràtica de Catalunya, podían tener una simpatía por el Partido Nacionalista Vasco. Sin embargo no existía ni una coordinación ni tan siquiera un anhelo real desde Catalunya para que otras partes equiparasen su estatus con el obtenido por Barcelona. Es cierto que Macià, había comentado, por ejemplo, que «Cataluña no quiere otra cosa que caminar con sus hermanos de España, con los vascos y los valencianos, con los gallegos y los castellanos, con los andaluces y los aragoneses, con todos, a una República Federal». Pero también lo es que en los momentos clave, como la proclamación de la República, había mantenido las distancias con el nacionalismo vasco.³⁸ Para el proyecto catalanista, los demás nacionalismos de España no eran aliados necesarios, como mucho circunstanciales. De hecho, eran vistos incluso como atrasados políticamente. Sin ir más lejos, Tarradellas le diría a Manuel de Irujo años después:

Cataluña se ha movido siempre sola, y contra todos. Cataluña obtuvo lo que obtuvo por su propia fuerza, sin mendigar apoyos ajenos. Cataluña volverá a tener satisfacción a su derecho por su propia fuerza. No nos hace falta apoyo de nadie, como no nos hizo antes.³⁹

Lo que se quería era hablar de tú a tú con Madrid y afianzar la visión de que en España había dos naciones principales, la castellana y la catalana, con sus respectivos estados o al menos un espejismo de ellos. En caso de sumarse algún otro, sin impedirlo, se deseaba que no interfiriese

³⁷ Joan ESCULIES: *Josep Tarradellas (1899-1936). Dels orígens a la Guerra Civil...*, pp. 281-292; Josep TARRADELLAS: “Realitats i no il·lusions”, *L’Opinió*, 20 de febrero de 1934, p. 3.

³⁸ Enric UCÉLAY-DA CAL y Anna SALLÉS: “L’analogia falsa: el nacionalisme basc davant de la República Catalana i la Generalitat provisional, abril-juliol 1931” en Manuel GONZÁLEZ PORTILLA, Joaquim MALUQUER y Borja DE RIQUER (dirs.), *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*, Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1985, pp. 443-470.

³⁹ Manuel DE IRUJO: Informe de la relaciones vasco-catalanas, 21 de noviembre de 1949. Archivo Fundación Euskomedia.

en la bilateralidad Madrid-Barcelona. Aunque no sea definitivo el ejemplo sí que es ilustrativo: Tarradellas nunca puso un pie en Galicia. Viajó a San Sebastián en setiembre de 1932 para asistir a la firma del Estatuto catalán por parte del presidente de la República, Alcalá-Zamora, y no parece que volviera a visitar la ciudad de nuevo. Nunca trató de buscar complicidades para su proyecto político fuera de Cataluña durante su época de gobernante en la Segunda República, aunque sí lo hizo en el exilio posterior muy a su pesar:

Soy muy respetuoso con todo el conjunto de los pueblos de España, pero mi preocupación fundamental es el tema de Cataluña. [...] Si España quiere ser federal, yo no me opongo. Pero, en mi opinión, es lo que menos conviene a Cataluña en estos momentos. Los catalanes podemos llegar, como siempre, a soluciones de entendimiento con el Estado español. Y por eso mismo no debemos presentarnos en Madrid llevando a comer a otros invitados.⁴⁰

Desde el catalanismo se podía plantear la idea de una España federal o confederal, pero a la hora de plasmar que otras regiones o naciones debían formar parte de este corpus la teorización se complicaba. La idea de una España como “nación de naciones” —que no ganó fuerza hasta los años setenta— fue algo que Tarradellas tuvo muy poco presente.⁴¹ No es extraño. Para un catalanista de la primera mitad de siglo veinte la imagen no casaba para nada con el imaginario en el que se habían formado: el de una España simplemente formada por la unión de dos coronas —de la que, por supuesto, Aragón se desgajaba y pasaba a formar parte de la nación castellana. Tarradellas tampoco consideró la idea de *Països Catalans* —una suerte de gran nación cultural a partir de la articulación política de los territorios de Cataluña, el País Valenciano y las Baleares—. ⁴² Veía con cierta simpatía el dominio lingüístico pero era lo suficientemente inteligente como para entender que ya en los años treinta, cuando el término cobró fuerza, que el sur y las islas tenían realidades muy distintas como para poderlas conjugar con Cataluña.⁴³ No se negaba a ello, simplemente era una batalla difícil que no vio nunca la necesidad de dar. Sin embargo en el seno de la intelectualidad y entre algunos políticos catalanistas existió un interés por el dominio lingüístico y cultural de la lengua catalana, sí. Básicamente porque desde principios del siglo veinte se hizo evidente la falta de un mercado más amplio donde vender los productos en catalán. La Barcelona catalana, pero cada vez más bilingüe, no daba para mucho. Era necesario convertir Valencia y Palma de Mallorca en núcleos de cultura catalana, si no generadores al menos sí receptivos a ella, un intento que no se logró entonces ni se ha logrado todavía hoy. La unidad cultural que

⁴⁰ Respuesta a Joaquín SOLER SERRANO: *Conversaciones con Tarradellas*, Madrid, Sedmay, 1977, pp.53-54.

⁴¹ Xavier ARBÓS: “La idea de nación de naciones”, *La Vanguardia, Culturas*, 5 de agosto de 2017.

⁴² La idea explicada en Arnau GONZÁLEZ: *La nació imaginada. Els fonaments dels Països Catalans (1931-1939)*, València, Afers, 2011.

⁴³ Declaraciones de Tarradellas a *El Día, Montevideo*, 23 de noviembre de 1958, *El País* el 3 de juliol de 1978, *Catalunya-Exprés* el 25 de enero de 1979 y *Cambio16* el 20 de junio de 1988 extraídas de Josep BENET: op.cit, pp. 592-593.

había propugnado y vendido Prat de la Riba referida al catalán era un espejismo: nunca existió y nunca pudo realizarse.⁴⁴

Por fin, mesa para dos: la confederación

En enero de 1933 el grupo de *L'Opinió* se pelearon con Macià, no por una cuestión discrepante en cuanto a proyecto político, sino porqué el viejo presidente quería ostentar el poder ejecutivo pero sin dar cuentas al Parlamento de su gestión.⁴⁵ Tarradellas y, sobre todo Lluhí, querían tomar las riendas del gobierno y dejar para el presidente una función representativa, vacía de atribuciones ejecutivas. La disputa de fondo se maquilló como una desavenencia acerca del traspaso de competencias en el orden público. Macià se impuso y los consejeros vinculado a *L'Opinió* y Tarradellas abandonaron el gobierno.

Éste último no volvió a él hasta finales de julio de 1936, ya con Lluís Companys como presidente. Durante los sucesos de octubre de 1934, Tarradellas se mostró en desacuerdo con Companys y Josep Dencàs —por entonces consejero de Gobernación y miembro del ala separatista de ERC—, y también en esta ocasión con Lluhí, en su proclamación del Estado catalán en el marco de la República federal española y ofreciendo Barcelona como sede del gobierno de la República. Pero no por no estar de acuerdo con esta concepción de España, como se reitera una y otra vez de forma errónea. Tarradellas estuvo en contra porque la acción del presidente catalán la llevó a cabo para apoyar la sublevación socialista, sindical y anarquista —con diferente implicación según el lugar y contexto—, que fracasó en general y que aguantó unos días en Asturias. El político no quiso distanciarse de Companys por la proyección socialista o anarcosindicalista que pudiera tener sino porqué entendía que Cataluña era una unidad, un todo, que se gobernaba a través de su parlamento y ejecutivo y que la Generalitat no podía depender bajo ningún pretexto del color del partido que gobernase la República.⁴⁶ Por eso, debía entenderse con la tendencia política existente a través de su presidente, fuera de izquierdas, centro o derechas. Así entendía que la Generalitat no era una concesión de las izquierdas españolas, sino una concesión del Estado en su totalidad, y mantenerse al margen de las pugnas de la política española era lo único que podía asegurar la bilateralidad del eje Barcelona-Madrid.

Recobrada la libertad en marzo de 1936 y con ella la autonomía catalana, apenas transcurrieron cinco meses hasta el comienzo de la Guerra Civil española. Como diputado que era, Tarradellas aprovechó para ponerse al servicio de Companys en ese momento delicado. Mantenían desde 1933 una relación fría, porqué el primero entendía que el ahora presidente no había apoyado al grupo de *L'Opinió* cuando se habían enfrentado a las JEREC y a Macià. En el río revuelto, Tarradellas no tardó en sacar partido de sus dotes como organizador, y después de conseguir la consejería de Economía pronto logró la cartera de Finanzas y el cargo de consejero primero. Lo

⁴⁴ Joan ESCULIES: *A la recerca...*, pp. 163-168.

⁴⁵ Joan B. CULLA: op. cit.

⁴⁶ Lo evidencia el trabajo de Joan ESCULIES: *Evitar l'error de Companys. Tarradellas i els fets d'octubre*, Barcelona, Edicions de 1984, 2014.

que equivalía a ejercer de jefe del gobierno catalán, puesto que Companys, en una actitud que nunca aprobó Tarradellas, quiso mantener un perfil por encima de los partidos que formaban su ejecutivo. Éste siempre le recriminó que en momentos clave no diera la cara por ERC, principalmente frente a los comunistas del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) liderados por Joan Comorera.⁴⁷

En lo que sí coincidieron Companys y Tarradellas fue en la lectura del 19 de julio. Dada la situación, como consejero de Economía Tarradellas mandó incautar las sedes del Banco de España en Cataluña.⁴⁸ Era la única manera de disponer de liquidez y de participar con ciertas garantías en la contienda que comenzaba. También impulsó, presidiéndola, la Comisión de Industrias de Guerra, para fabricar armamento, de lo que Cataluña carecía por completo hasta entonces, como expusieron Javier de Madariaga y Pelai Pagès.⁴⁹ Aunque algunos sectores anarcosindicalistas no se lo permitieron por completo, trató de ejercer un cierto control sobre la seguridad interior. Como mínimo intentó evitar algunos descontroles, como ha puesto de manifiesto Martín Ramos.⁵⁰ Así mismo el gobierno Companys trató de controlar el ámbito de la Justicia y en algunos casos como en el de la Audiencia de Barcelona, lo consiguió con Josep Andreu Abelló, dirigente de Esquerra, al frente, como ha demostrado Federico Vázquez.⁵¹

En conjunto, bajo la figura conscientemente suprapartidista de Companys y el mando de Tarradellas, entre agosto de 1936 y mayo de 1937 Cataluña logró tintes de la bilateralidad anhelada por el proyecto separatista bajo una situación excepcional. Desde el gobierno catalán se planteó *de facto* una España confederal, con dos gobiernos casi equiparables en poderes sobre sus territorios. Si bien, claro está, este proyecto impulsado por las dos máximas figuras de ERC, convivía con la revolución anarquista que tenía un modelo anticentralista y antiestatista como ha tratado el historiador Josep Antoni Pozo González.⁵² Precisamente sería esta situación revolucionaria la que acabaría por dinamitar el mayor desarrollo de autogobierno catalán.

La reacción de los gobernantes republicanos fue iracunda. Indalecio Prieto, por ejemplo, no pudo tolerar el control armamentístico de una parte del territorio bajo tutela catalana, y Manuel Azaña pasó de tener en excelente concepto a Tarradellas a considerarle «un miserable cana-

⁴⁷ Josep TARRADELLAS – Gobierno de Cataluña: *Crònica de la Guerra Civil a Catalunya*, vol. I-II, Barcelona, Edicions DAU, 2008-2009.

⁴⁸ Se explica en Josep M. BRICALL: *Política económica de la Generalitat (1936-1939)*, Barcelona, PAM, 1970.

⁴⁹ Javier de MADARIAGA: *Tarradellas y la industria de guerra de Cataluña (1936-1939)*, Lleida, Editorial Milenio, 2008; Pelai PAGÈS: *La Comissió d'Indústria de Guerra de Catalunya (1936-1938)*, Barcelona, PAM, 2008.

⁵⁰ Josep Lluís MARTÍN RAMOS: *Josep Tarradellas. La Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Edicions DAU, 2013; Íd.: *Ordre públic i violència (1936-1937)*, Barcelona, Edicions DAU, 2011.

⁵¹ Federico VÁZQUEZ OSUNA: *La justicia durante la Guerra Civil. El Tribunal de Cassació de Catalunya (1934-1939)*, Barcelona, L'Avenç, 2009; Joan ESCULIES: *Josep Andreu Abelló. Els clarobscur del catalanisme*, Barcelona, Edicions de 1984, 2015.

⁵² Josep Antoni POZO GONZÁLEZ, *Poder legal y poder real en la Cataluña revolucionaria de 1936*, Sevilla, Espuela de Plata, 2012.

lla».⁵³ Sin embargo, los dirigentes de Esquerra Republicana se toparon con una situación de excepción y entendieron que actuaban en la forma que lo hacían porque de otro modo la guerra no se podría ganar, y así lo presentaron. Es decir, el apoyo a la República pasaba por comandar desde Cataluña la asunción de funciones que habían hecho y no subordinarse al mando central ubicado primero en Madrid y después en Valencia. Para Tarradellas y Companys afrontar la situación de guerra ateniéndose a las competencias que les otorgaba el Estatuto no era posible. Pero para entonces ya tampoco era deseable. Y es que Tarradellas entendió que el 19 de julio en Cataluña había hecho saltar por los aires el pacto constitucional y estatutario para con la República. El estallido de la guerra debía permitir a los catalanes obtener como mínimo la cuota de poder explicitada en el anteproyecto de Estatuto redactado en Núria. En su visión se habían asumido los recortes en el Congreso, porque no había otra, pero no se había renunciado a obtener el proyecto inicial. Por tanto, la situación a partir del verano de 1936 debía corregir el error y la desilusión con el nuevo régimen que para muchos catalanes había significado el correctivo de las Cortes sobre el Estatuto. Así lo expuso Tarradellas a finales de diciembre de 1936 siendo consejero primero en un mitin de ERC en conmemoración del tercer aniversario de la muerte de Macià:

Cataluña no puede volver a ser políticamente el pueblo de antes del 19 de julio. Y con ello debemos decir a todos los pueblos hermanos de España que Cataluña luchará con ellos hasta donde sea necesario, que nuestra vida y nuestra suerte va unida a la de ellos, y que Cataluña siempre será el pueblo leal que ellos conocen, pero que sepan también todos, para que después no puedan creerse engañados, que para Cataluña el 19 de julio representó también una ruptura para siempre de aquellas leyes constitucionales que habían disminuido nuestras libertades. Están equivocados aquellos que creen que en este momento pueden invocar la Constitución de la República y el Estatuto de Cataluña como canalización de nuestros anhelos políticos. Ante esto tenemos que decir con crudeza pero con toda lealtad que esto ya ha pasado y para no volver más. Cataluña aspira a una más amplia libertad individual como también colectiva. Cataluña vive un momento histórico de su vida, es necesario que después de esta lucha que sostenemos junto con todos los otros pueblos de la República, encabece, una vez más, este deseo y pensamiento de nuestro Macià que era el de ir a la formación de la gran Federación de los pueblos libres de Iberia.⁵⁴

Que Tarradellas asumía de manera natural la relación bilateral con el gobierno del Estado y la idea confederal es evidente. El político no fue partidario de ceñir su horizonte competencial al Estatuto de 1932, ni entonces ni después, lo mismo que el catalanismo en conjunto. Lo que sucedió fue que Tarradellas tuvo que adaptar su ideal o interés político a las circunstancias y fue mucho más consciente de los estreñimientos de cada momento que otras propuestas maximalistas pero irrealizables. Este pragmatismo, no por convicción sino circunstancial, pesó en el juicio pos-

⁵³ Manuel AZAÑA: *Memorias políticas y de guerra* (entrada del 20 de setiembre de 1937), vol.2, Barcelona, Crítica, 1981, p. 299.

⁵⁴ Josep TARRADELLAS: Transcripción del discurso, 27 de diciembre de 1936. Archivo Montserrat Tarradellas y Macià; *La Humanitat*, 28 de diciembre de 1936.

terior que se hizo de su figura desde el catalanismo más radicalizado. Asimismo permitió a los defensores del quietismo estatutario hacer bandera de su actitud y presentarle como un defensor a ultranza del techo competencial obtenido en 1932, cuando en realidad no lo era.⁵⁵

En mayo de 1937 fracasó el proyecto de Tarradellas y Cataluña perdió nuevamente *de facto* el estatus confederal que había asumido. A Companys no le quedó otra que pedir ayuda al gobierno de la República para sofocar los proyectos anarcosindicalistas. El mapa institucional de la República y la situación catalana cambió, como ha destacado Martín Ramos. La Generalitat perdió buena parte del poder, estatutario o no, que había ejercido desde julio. El gobierno de Negrín intervino el orden público de acuerdo con las previsiones estatutarias y constitucionales de manera indefinida. También asumió todas las competencias en materia de Defensa, con excepción de las industrias de guerra, aunque trató de dominarla. Se instaló a finales de año en Barcelona y asumió la política de abastecimiento y se confiscaron los fondos del Banco de España.⁵⁶

El nuevo panorama relegó a Tarradellas al frente de la consejería de Finanzas y el presidente catalán no nombró a ningún nuevo jefe de gobierno. A partir de ese momento, además, el hasta entonces jefe de gobierno se distanció del presidente. Companys, muy influido por el cónsul soviético en Barcelona, Antonov Ovseenko, llegó a considerar que la presencia de los representantes de la CNT en su ejecutivo era favorable pero no imprescindible. Tarradellas opinaba todo lo contrario.⁵⁷

El influjo comunista del PSUC y de su líder, Joan Comorera, por otra parte conllevaba la aceptación de un modelo de estado centralizado, con un poder catalán supeditado al gobierno de Negrín. A Tarradellas, aunque distase mucho de compartir horizonte político con los cenetistas, el proyecto descentralizador de éstos reforzaba el que desde el inicio de la contienda y hasta la fecha había tratado de mantener. En este sentido, Tarradellas era más autonomista o estatalista (respecto a Cataluña) que Companys. No era nada extraño. Su referente ideológico básico, el magma separatista, defendía la solución confederal, mientras que para el presidente el referente originario era el republicanismo español, sin que fuere este federalista, como ha expuesto González Vilalta.⁵⁸

A finales de febrero de 1938 Tarradellas se replegó a su nuevo cargo de secretario general de ERC. En el tercer pleno de ERC en el que fue elegido se aprobó un programa que proponía superar el “menguado” marco del Estatuto de 1932, como mínimo hasta el máximo que permitiese la Constitución republicana y una mayor participación de Cataluña, es decir de Esquerra, en la dirección política y militar de la República.⁵⁹ Así se llegaría al fin de la contienda.

⁵⁵ Joan ESCULIES: Ponència ‘Legitimar la presidencia. El jove Tarradellas i Macià’. 7 de junio de 2017, Monasterio de Poblet, [En fase de publicación por la Diputación de Barcelona].

⁵⁶ Josep Lluís MARTÍN RAMOS: *Josep Tarradellas...*, pp.47, 60-61. Un trabajo pormenorizado del mismo autor en *La rereguarda en guerra. Catalunya, 1936-1937*, Barcelona, L’Avenç, 2012 y *Territori capital. La guerra civil a Catalunya, 1937-1939*, Barcelona, L’Avenç, 2015.

⁵⁷ Josep Antoni POZO GONZÁLEZ, *Poder legal y poder real en la Cataluña revolucionaria de 1936*, Sevilla, Espuela de Plata, 2012; Íd.: *La Catalunya antifeixista. El govern Tarradellas enfront de la crisi política i el conflicte social*, Barcelona, Edicions Dau, 201, p.190.

⁵⁸ Por ejemplo, Arnau GONZÁLEZ VILALTA: *Lluís Companys, home de govern*, Barcelona, Edicions Base, 2009.

⁵⁹ Josep Lluís MARTÍN RAMOS: *Josep Tarradellas...*, p.70.

Retorno a la Constitución republicana de 1931 por conveniencia

El momento de cruzar la frontera hacia el exilio fijó el inicio de una nueva suerte de relación entre los poderes republicanos. Desde octubre de 1936 Euskadi contaba con la aprobación de su propio Estatuto. Ese había sido el motivo por el cual el PNV había apoyado a la República en el último minuto, en vez de elegir combatir al lado de los rebeldes.⁶⁰ El apoyo fue pues circunstancial, no como el de ERC, comprometida desde el principio con la causa republicana. Esta circunstancia marcó el exilio, así como la relación que tuvieron ambos partidos y la visión de sus líderes sobre lo que debía hacerse.⁶¹

Sin duda alguna, la clave fue el dinero. Negrín, tal como explicó Enrique Moradiellos, obligó a la Generalitat a entregar sus fondos. Tarradellas no estuvo de acuerdo con Companys, que acató, tal y como también quería el entonces consejero de Cultura, Carles Pi i Sunyer. Pero parece que no había más alternativa, puesto que la guardia de carabineros que controlaba la frontera era el cuerpo más fiel al presidente del gobierno de la República.⁶² Era por las buenas o por las malas. La Generalitat-ERC contaba con una cantidad puesta a salvo en París durante la guerra, pero a pesar de que nunca se ha llegado a conocer la cuantía no parece que fuese suficiente como para soportar el exilio que comenzaba. En cambio, desde la caída de Bilbao ya en el exilio francés, el PNV se había preocupado de procurarse un sustento por si la guerra acababa como acabó, aunque algunos de sus dirigentes estuviesen en Barcelona, tal como analizaron Gregorio Arrien y Inaki Goiogana.⁶³ En el exilio, los contactos vascos y los propios del lehendakari, José Aguirre, con las agencias de información y espionaje americanas hicieron lo suyo para conseguir recursos con los que evitarse un exilio penoso. De los cuatro nacionalismos en el exilio, el español, el catalán, el gallego y el vasco, este último siempre fue el pariente rico.⁶⁴ El PNV podía permitirse tener una política propia, pedir la autodeterminación, mover su péndulo hacia el autonomismo o hacia el independentismo según la circunstancia, puesto que contaba con dinero y no dependía del gobierno de la República para su supervivencia como asegura Mees.⁶⁵ Ese nunca fue el caso del nacionalismo catalán encarnado en los dirigentes de ERC y de manera principal por Tarradellas. ¿Con que fuerza podía defender éste una posición como la que pedían Carles Pi i Suñer y su

⁶⁰ Santiago DE PABLO, Ludger MEES y José Antonio RODRÍGUEZ: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, v. 2, Barcelona, Crítica, 2001, pp.9-15.

⁶¹ Informe confidencial de Tarradellas, 30 de marzo de 1960, extraído de Josep BENET: *op.cit.*, pp.615-619.

⁶² Enrique MORADIELLOS: *Negrín*, Barcelona, Península, 2006, pp. 412-448; Carles PI I SUNYER: *La República y la Guerra. Memorias de un político catalán*, México DF, Ediciones Oasis, 1975, pp. 200-210.

⁶³ Gregorio ARRIEN y Inaki GOIOGANA: *El primer exili dels bascos. Catalunya 1936-1939*, Barcelona, Fundació Ramon Trias Fargas, Fundació Sabino Arana, 2001.

⁶⁴ Santiago DE PABLO et al.: *op. cit.*

⁶⁵ Ludger MEES: *El profeta pragmático. Aguirre, el primer lehendakari (1939-1960)*, Irún, Alberdania, 2006.

Consejo Nacional de Cataluña en Londres (1940-1945) —una copia del consejo vasco de Irujo, financiada por éste hasta que perdió interés con la reaparición del lehendakari Aguirre—⁶⁶ si el sucesor de Companys, Josep Irla, a través de Tarradellas tenía que pedir dinero para sustentar una mínima estructura de la institución? Lo hizo hasta mediados de los años cincuenta mientras las arcas de la República contaron con fondos, tal como demuestra el historiador Josep Sánchez Cervelló.⁶⁷

En el exilio, primero como secretario general de ERC sustentando la legitimidad de Irla como sucesor de Companys y a partir de 1954 la del propio Tarradellas como presidente de la Generalitat recaía en la institución procedente de la Segunda República. Tarradellas competía con otros grupos de exiliados catalanes, en particular los comunistas y otros nacionalistas catalanes, y por lo tanto, su autoridad solo podía fundamentarla en la legalidad republicana. Debía hacer frente también a la amenaza que suponía a su autoridad la proyección internacional que tenía el comunismo catalán y el anarquismo, para nada comparable con lo que ocurría en el exilio vasco. El proyecto de la ERC de Macià y Companys estaba, además, comprometido con la República desde incluso antes de su fundación como había quedado claro en el Pacto de San Sebastián, a diferencia de lo que sucedía con el PNV. Incluso ante el inicio de la Guerra Civil los dirigentes de ERC como el propio Tarradellas no habían dudado de qué lado estaban. No ocurrió lo mismo con los jeltzales.⁶⁸

A pesar de todo ello la falta de recursos económicos comprometía la libertad de proyecto político que pudiese plantearse Tarradellas. Éste era muy consciente que, sin fondos, elucubrar alternativas al modelo aceptado por los republicanos y socialistas españoles era simplemente fantasear. Ese fue el motivo que le llevó a defender una posición autonomista, ‘el legalismo’ tal y como se denominó, y trabajó para imponer esa posición como paradigma de su partido. ¿Quién habría financiado a la Generalitat si en el exilio Tarradellas —quien todo el mundo reconocía que movía los hilos de la política catalana— hubiese defendido una relación confederal con el gobierno de la República o la independencia directamente? La falta de fondos propios tuvo mucho que ver con la estrategia política. Al parecer, el fondo de la Generalitat-ERC en París se agotó al finalizar la Segunda Guerra Mundial.⁶⁹ A partir de los años cincuenta, con la ayuda norteamericana al régimen de Franco, la sequía en las arcas republicanas y el relevo de Irla por Tarradellas en 1954

⁶⁶ Carles PI I SUNYER: *Memòries de l'exili. El Consell Nacional de Catalunya 1940-1945*, v.I, Barcelona, Curial, 1978.

⁶⁷ Josep SÁNCHEZ CERVELLÓ: *La Segunda República en el exilio (1939-1977)*, Barcelona, Planeta, 2011, pp. 311-322.

⁶⁸ Para el posicionamiento político de ERC, Enric UCÉLAY-DA CAL: *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, La Magrana, 1982 y M. Dolors IVERN: *Esquerra Republicana de Catalunya, 1931-1936*, 2vol, Barcelona, PAM, 1988, 1989.

⁶⁹ Se infiere a partir de la correspondencia de Tarradellas, aunque no se ha hallado hasta la fecha un extracto de cuentas o similar. Para la política llevada a cabo por el máximo dirigente de ERC en el exilio véase Joan ESCULIES: *Josep Andreu Abelló. Els claroscurs del catalanisme*, Barcelona, Edicions de 1984, 2015 y, del mismo autor, *Pau Casals. La carta secreta de Tarradellas i Prieto*, Barcelona, Edicions Base, 2016.

hizo que cambiar el relato no tuviera sentido para el nuevo presidente de la Generalitat.⁷⁰ La visión de éste era que con un mundo separándose en dos bloques a cada lado del telón de acero la solución a la llamada cuestión catalana pasaría por una solución española en su conjunto. Apelar a una salida confederal o independentista significaba añadir ruido a la débil oposición antifranquista y perder colaboradores.

Un nuevo modelo incómodo

Una vez muerto Franco, Tarradellas tuvo la esperanza de volver a Cataluña como presidente, aunque la ocasión llegó más por una alineación de factores que no siguiendo un plan trazado por el gobierno Suarez que pilotó la Transición. A pesar de que desde 1976 con el interés de Manuel Fraga y su enviado Manuel Milián Mestre y después con el informe que Casinello redactó para Suárez el presidente catalán aparecía como una opción para pactar una solución a la cuestión catalana, fue el resultado de las elecciones generales del 15 de junio de 1977 lo que favoreció su regreso.⁷¹ Suárez contaba con una victoria de la UCD o de Pujol y el triunfo socialista desbarató los planes. Su falta de sintonía con los dirigentes catalanes del PSC-PSOE, comenzando con el líder socialista Joan Reventós, puso el foco en Saint Martin le Beau. Así lo corroboran las últimas investigaciones del historiador Enric Pujol.⁷²

Tarradellas nunca había sido monárquico, ni lo sería después, a pesar de las buenas relaciones que mantuvo con el rey Juan Carlos I, a pesar de la concesión y aceptación —como un reconocimiento— del título de marqués, que siempre se tomó con sorna y se llamaba a sí mismo «el marqués de la ensaimada».⁷³ Incluso fue de entre los políticos en el exilio el que estaba más convencido, en un error de percepción, de que España era eminentemente republicana.⁷⁴ El presidente en el exilio aceptó el planteamiento de Suarez, la Monarquía, puesto que no había otra a cambio de que Cataluña recobrase la Generalitat y un Estatuto, pero no renunció nunca a la relación bilateral, de tú a tú, con Madrid.

Fue precisamente porque no creía en el Estado autonómico por lo que Tarradellas se negó durante su corto gobierno después de su retorno (diciembre de 1977 a mayo de 1980) a mandar consejeros a las reuniones múltiples en las que participaban representantes de los demás territorios españoles.⁷⁵ Incluso llegó a proponer que el presidente catalán de turno ocupara alguna cartera en el gobierno español para mantener esta relación, no para inmiscuirse en los asuntos del resto de

⁷⁰ Una visión del exilio en Carles SANTACANA: *Josep Tarradellas. L'exili (1939-1954) y (1954-1977)*, 2vol., Barcelona, Edicions DAU, 2014-2015.

⁷¹ Manuel MILIÁN MESTRE: *Els ponts trencats*, Barcelona, Pòrtic, 2015.

⁷² Enric PUJOL: *El retorn del president Tarradellas (1977-1980)*, Barcelona, Edicions Dau, 2017.

⁷³ Entrevista a Montserrat Catalán...; «Marqués de la ensaimada» hacía referencia al apodo que recibía el cantante mallorquín Bonet de San Pedro, famoso por su *Raskayú*.

⁷⁴ Albert ARBÓS: *Tarradellas. La conciencia de un pueblo*, Barcelona, Grijalbo, 1988, p. 73.

⁷⁵ Josep M. BRICALL: op.cit.

España, algo en lo que Tarradellas siempre estuvo poco interesado. No ocurrió.⁷⁶ Por entonces Suarez y las demás fuerzas y partidos políticos españoles creyeron que el modo más eficaz de diluir el peso del nacionalismo catalán en España, para abortar definitivamente la aspiración de éste de convertirla en una suerte de imperio *interior*, era replicar el modelo estatutario.⁷⁷ No tan solo en Euskadi y en Galicia, sino también en territorios donde no había habido reivindicación autonomista alguna o donde el inicio de la Guerra Civil no la permitió desarrollar como en el País Valenciano.⁷⁸ La visión de Tarradellas fue siempre que el Estado de las autonomías que se proyectaba sería caro e ineficiente.

Con el retorno de Tarradellas se llegó al fin de la partida del bilateralismo o del imperio pratiano. A partir de mayo de 1980, la nueva presidencia de Jordi Pujol no supo o no pudo mantener la dinámica bilateral con el gobierno estatal. En adelante el nacionalismo catalán tuvo que lidiar también con la presión y las críticas llegadas de dieciséis presidentes de comunidad autónoma dispuestos a combatir cualquier propuesta que a su entender beneficiase a Cataluña en detrimento de su región. No importaba si el agravio era real o instrumental. Nunca se ha sentido cómodo el catalanismo en esa tesitura. Ni tan siquiera las demás comunidades le han reconocido ser una suerte de *primus inter pares*, algo que habría conducido la situación a otro cauce. Desde la década de los ochenta Barcelona ha tenido que competir con Madrid, pero también con Valencia, Sevilla o Bilbao, ya no a nivel meramente económico y comercial, sino también político. Debido en buena medida al legado pratiano, a la fuerte carga ideológica con que la historiografía catalanista ha presentado el pasado medieval de la península —reduciéndola prácticamente a dos coronas, sin ahondar en las complejidades de la época—⁷⁹ y también a la evidencia de la ciudad pujante que fue, y es, la capital catalana, Barcelona como centro de poder del nacionalismo catalán nunca ha sabido aprovechar a su favor las demandas de otras capitales de comunidad autónoma.

El nacionalismo catalán no ha digerido el relato de la España de las autonomías, puesto que no ha encajado con la *realidad* historicista que sus ideólogos dibujaban. Los partidos Barça-Madrid y la importancia de ambos clubes en la Liga de fútbol profesional —una relación bilateral, con breves excepciones— o la consecución de los Juegos Olímpicos de 1992 —la representación del triunfo sobre la Madrid-capital— han sido durante años momentos de esperanza o de añoranza por lo que podía haber sido y el autonomismo truncó.

⁷⁶ Declaraciones de Tarradellas en *Cambi16* el 11 de noviembre de 1979 y *El Correo Catalán* el 16 de noviembre de 1979 extraídas de Josep BENET: *op.cit.*, pp.608-610.

⁷⁷ Miquel BELTRÁN VILLALVA, Manuel GARCÍA FERRANDO y Eduardo LÓPEZ-ARANGUREN: *La conciencia nacional y regional en la España de las autonomías*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994; M. GUINJOAN Y T. RONDON: “Más allá de las identidades: El sentimiento autonomista en España”, comunicación presentada al *VIII Congreso Vasco de Sociología*, Bilbao, 2010; Un caso particular en Mariano ESTEBAN DE VEGA: “La creación simbólica de la Comunidad Autónoma de Castilla y León”, en Mariano ESTEBAN DE VEGA y Antonio MORALES MOYA (eds.), *Castilla en España. Historia y representaciones*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, pp. 328-350.

⁷⁸ Lo explica Alfons CUCÓ: *El valencianisme polític (1874-1936)*, València, Garbí, 1971.

⁷⁹ Ferran SOLDEVILA: *Historia de España*, Barcelona, Ariel, 1952.

Fin de partida

Entre agosto de 1936 y mayo de 1937, la Guerra Civil trajo consigo el hito del proyecto del nacionalismo catalán en su concepción más transversal: un proyecto confederal momentáneo y singular. A su vez, la derrota republicana supuso un golpe definitivo a una configuración estatal de una España con un gobierno central y tres autonomías. Un proyecto en el que si bien la relación bilateral Barcelona-Madrid no hubiese sido única, la comparación de la capital catalana con Bilbao y A Coruña y la influencia en su *hinterland* es probable que hubiese acomodado mejor las demandas catalanistas a sus propias expectativas. Por el contrario, la superación del franquismo con la España autonómica sumió al catalanismo en la obligatoriedad de ejercer como un gobierno regional más. Debido a su edad y al fin de su mandato en 1980, Tarradellas no tuvo que lidiar con tal situación. Mientras que en otros temas podía ser más ambiguo, en cuanto a la organización estatal el político era preclaro:

Yo pensaba que con una mancomunidad de provincias, con el traspaso de unos servicios administrativos muy amplios, la mayoría de las regiones podía pasar, pero nunca pensé en la posibilidad de que todas tuvieran competencias que pasaran del orden administrativo al político, ya que ello, tal y como estamos viendo, podría acarrear muchas dificultades al Estado y dañar el concepto que los catalanes tenemos de la autonomía.

Y añadía:

Hay un problema de nacionalidad en Cataluña, un poquillo en el País Vasco y algo menos en Galicia. Eso es todo. Hace poco yo dije que no sé para qué quieren autonomía los castellanos, que han mandado durante cuatro siglos.

Para reiterar que:

Lo he dicho muchas veces, no creo en un Estado con 17 gobiernos, con 17 parlamentos y 17 policías; además, viajando por España uno comprueba que estas autonomías tampoco creen en sí mismas.⁸⁰

Este político, con quién Cataluña consiguió las más altas cuotas de poder como poco des del inicio del siglo XVIII, no llegó a entender nunca que los presidentes de Murcia, La Rioja, Extremadura o Cantabria, por citar algunos pocos, pudiesen tener el mismo rango que él. El nacionalismo catalán, separatista o no, tampoco.

⁸⁰ Declaraciones a *Cambio 16* en febrero de 1980, a *Diario 16* en noviembre de 1983 y a *La Vanguardia* en setiembre de 1984 extraídas de Josep BENET: op.cit, pp. 622-623.

“Condenarla y tener miedo”: El cardenal Gomá frente a la ideología nazi-fascista

“Condenarla y tener miedo”: Cardinal Gomá in front of nazi-fascist ideology

Miguel Ángel Dionisio Vivas

Escuni. Centro Universitario de Magisterio-Universidad Complutense de Madrid

madioni_70@yahoo.es

Resumen: *En ce qui concerne l'hérésie naziste proprement dite, je ne puis que le condamner et en avoir peur.*

Estas palabras, proclamados en 1938 por el cardenal Isidro Gomá, Arzobispo de Toledo y Prímado de España, antes de conocer la futura configuración del sistema político del bando vencedor, reflejan la posición de la figura que fue la principal cabeza visible de la Iglesia española durante la Guerra Civil, un conflicto que devastó el país. El cardenal Isidro Gomá y Tomás es comúnmente definido como uno de los principales defensores de la “España Nacional”, el editor de la “Carta Colectiva” del episcopado y un gran defensor de Franco ante la Santa Sede. No obstante, el apoyo de Gomá a Franco era reservado respecto a la posible futura organización del sistema político tras la victoria frente a la República. A pesar del persistente apoyo al catolicismo, dichas reservas se cimentaban en el dominio de las tendencias pro-fascistas. El Cardenal Gomá siempre se mostró preocupado ante la influencia creciente de Alemania en los asuntos internos de la España "nacional", prevención que extendió hacia Falange, a la que veía como el caballo de Troya a través del cual el Reich pretendía dirigir la política española. En el presente trabajo analizaremos la evolución de la actitud del primado hacia Falange, desde los comienzos de la guerra civil hasta los enfrentamientos con el gobierno de Franco en la primera posguerra, incidiendo en la contraposición de los modelos falangista y católico a la hora de plantear el futuro de la nación, más allá de la aparente conjunción entre ambos.

Palabras clave: Isidro Gomá, Guerra Civil Española, nazi-fascismo, Falange, franquismo.

Abstract: *En ce qui concerne l'hérésie naziste proprement dite, je ne puis que le condamner et en avoir peur.*

These words, uttered in 1938 by Cardinal Isidro Gomá, Archbishop of Toledo and Primate of Spain, before knowing the future configuration of the victors' political system, reflect the position of the figure who was the outstanding, leading head of the Spanish Church by the time of the Civil War, a conflict which was devastating the country. Cardinal Isidro Gomá y Tomás is usually identified by being the main apologist of the "España Nacional", the editor of the "Carta Colectiva" of the episcopate and the great defender of Franco before the Holy See. Nonetheless, Gomá's support for Franco was cautious about the possible future organisation of the political system after the victory over the Republic. Despite the persistent support for Catholicism, his approach was cautious, because of the dominion of the pro-fascist trends. Cardinal Gomá was always apprehensive of the growing meddling of Germany into the Spanish internal affairs. He extended that mistrust to "Falange", on his view the Reich's Trojan horse to dominate Spanish politics.

In this paper, we will analyse the evolution of the attitudes of the Primate towards "Falange", from the beginning of the Civil War to the confrontation with Franco's government in the first stage of the post-war period. We will examine the opposition of the political models of Catholicism and "Falange" for the future of the nation, despite the apparent resemblance of both.

Keywords: Isidro Gomá, Spanish Civil War, nazi-fascism, Falange, Francoism.

Para citar este artículo: Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: “‘Condennarla y tener miedo’ El cardenal Gomá frente a la ideología nazi-fascista”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 279-296.

Recibido: 01/07/2017

Aprobado: 12/03/2017

“Condenarla y tener miedo”: El cardenal Gomá frente a la ideología nazi-fascista

Miguel Ángel Dionisio Vivas

Escuni. Centro Universitario de Magisterio-Universidad Complutense de Madrid

Un obispo en el vórtice de la tormenta

Pero, ¿quién era Isidro Gomá?¹ El que con el tiempo se consideraría el mayor valedor de la "España católica", había nacido, en 1869, en La Riba, un pueblo de Tarragona, en el seno de una familia de pequeños industriales. Realizó sus estudios eclesiásticos en el seminario de Tarragona, obteniendo posteriormente los grados de doctor, y vinculándose, tras una breve etapa pastoral, a la docencia en dicho seminario, y más tarde, a las tareas vinculadas a la catedral tarraconense. Coincidió aquí con el que iba ser su gran antagonista, principal protagonista eclesial durante los tiempos republicanos,² Francisco de Asís Vidal y Barraquer, que pasados unos años sería su propio prelado como arzobispo de Tarragona. Ambos llegarían a recibir la púrpura cardenalicia, y los dos ostentarían, de nuevo en un marco de rivalidad, la primacía de la Iglesia en España, disputada entre Toledo y Tarragona.³

Gomá, brillante predicador, importante teólogo y conocido escritor, alcanzaría el episcopado, a pesar de una primera oposición de Vidal, siendo nombrado obispo de la pequeña sede de Tarazona, donde se encontraba en el momento de la proclamación de la República.⁴ Desde allí manifestaría su preocupación, aunque, al mismo tiempo, y a diferencia del cardenal Segura, op-

¹ Sobre la figura del cardenal Gomá contamos con una serie de estudios, desde diferentes perspectivas, que nos acercan a su perfil biográfico: Roberto CEAMANOS LLORENS: *Isidro Gomá i Tomàs. De la Monarquía a la República (1927-1936) Sociedad, política y religión*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2012; Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: *Isidro Gomá ante la Dictadura y la República. Pensamiento político-religioso y acción pastoral*, Toledo, Instituto Teológico San Ildefonso, 2011; Íd.: *Por Dios y la Patria. El cardenal Gomá y la construcción de la España Nacional*, Toledo, Instituto Teológico San Ildefonso, 2015; Anastasio GRANADOS: *El Cardenal Gomá Primado de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969; M^a Luisa RODRÍGUEZ AISA: *El Cardenal Gomá y la guerra de España*, Madrid, CSIC, 1981. Aunque no lo trata de modo exclusivo, la labor del primado durante la guerra es también analizada por Hilari RAGUER: *La pólvora y el incienso*, Barcelona, Península, 2001. Sobre la documentación del archivo del cardenal, imprescindible para analizar este periodo, véase José ANDRÉS-GALLEGO y Antón PAZOS: *Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil, 13 Vols*, Madrid, CSIC, 2001-2010; Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: "El fondo Gomá del Archivo Diocesano de Toledo", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 25 (2011), pp. 349-372.

² Ramón CORTS BLAY et al.: *Cardenal Vidal i Barraquer. Testimoni fidel (1943-2013)*, Tarragona, Silva Editoria, 2017.

³ Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: "La controversia sobre la Primacía entre los arzobispos Gomá y Vidal i Barraquer", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 19 (2008), pp. 265-288

⁴ Acerca de la Iglesia y la República, sobre la que existe ingente bibliografía, para una buena síntesis general, véase Ángel Luis LÓPEZ VILLAVEVERDE: *La Segunda República (1931-1936). Las claves para la primera democracia española del siglo XX*, Madrid, Sílex, 2017, pp. 283-291.

taría por una línea accidentalista, llegando a defender la compatibilidad entre catolicismo y república, si bien en su concepción, en España esta república debería ser confesional, dada la substancial relación entre la nación y la religión, siendo ésta la auténtica alma del país. Asimismo, y a lo largo de todo el periodo republicano, desarrolló una intensa labor apologetica frente a la política laicizadora de la República, que concretó en numerosos escritos.⁵

Al fracasar la política de diálogo y concordia defendida por el cardenal Vidal y por el nuncio Tedeschini,⁶ en el marco de la aprobación de la Ley de Congregaciones y Confesiones, y en parte debido a la influencia en Roma del cardenal Segura, Gomá pasó de la pequeña diócesis aragonesa a la sede primada de Toledo, a la que Segura había tenido que renunciar en 1931.⁷ Gomá era partidario de una línea dura de confrontación frente a la política anticlerical del gobierno. Sin embargo, la derrota electoral de la izquierda y el inicio del bienio radical-cedista, llevó a un descenso de la tensión, de modo que Gomá no tuvo que desempeñar una tarea rectora de la Iglesia en España; más bien hubo de afrontar problemas intraeclesiales derivados de su antagonismo con el cardenal Vidal, que culminaría con su nombramiento como cardenal en 1935 y su reconocimiento romano como primado.

El comienzo de la guerra civil le sorprendió en Tarazona, donde se encontraba para consagrar a su obispo auxiliar, Gregorio Modrego. De allí pasó a Pamplona, y aquí residió durante toda la guerra, desarrollando una intensa labor de información a la Santa Sede, a la vez que de dirección de la Iglesia en España. Nombrado representante oficioso del Vaticano ante Franco en diciembre de 1936, tarea que desempeñó hasta la llegada de monseñor Antoniutti, pronto apostó por él, ya que le consideraba un buen católico, que, en su opinión, restablecería el tradicional papel de la religión en España. Sin embargo, tempranamente el cardenal empezó a recelar del rumbo que tomaban las cosas dentro del bando nacional, debido a la creciente influencia falangista, a su vez reflejo del protagonismo que el pensamiento nazi, inspirado por la Alemania aliada, estaba alcanzando en España.⁸

Gomá se convirtió, a lo largo de la guerra, en uno de los principales propagandistas de la España nacional. Ello no fue óbice para que se opusiera, como tendremos ocasión de comprobar, al influjo del nazismo y el fascismo, que consideraba tan peligroso como el comunismo, pues iban radicalmente en contra de un punto esencial en el pensamiento del cardenal, la íntima unión del catolicismo con el ser más profundo de España, lo que era, a su juicio, el auténtico alma del país, su verdadero ser. Al acabar la guerra y comenzar las tareas de reconstrucción, el primado no sólo afrontó la misión de restaurar su diócesis toledana, terriblemente devastada por la violencia anti-

⁵ Isidro GOMÁ Y TOMÁS: *Antilaicismo 2 vols.*, Barcelona, Rafael Casulleras Editor, 1935.

⁶ Sobre la actuación de Tedeschini, véase: Ramiro TRULLÉN FLORÍA: *Religión y política en la España de los años treinta. El nuncio Federico Tedeschini y la Segunda República*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012.

⁷ Sobre la figura del cardenal Segura véase: Santiago MARTÍNEZ: *Los papeles perdidos del Cardenal Segura 1880-1957*, Pamplona, EUNSA, 2004.

⁸ Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: "El cardenal Gomá frente al estatismo falangista", en *Actas de las II Jornadas Doctorales de Historia Contemporánea. Madrid 20-22 de junio de 2012*, Madrid, UAM Ediciones, 2013, pp. 80-89.

clerical, por el asesinato de sacerdotes y las destrucciones materiales, sino también la de dirigir la de la Iglesia en España. Al mismo tiempo hubo de dedicar grandes esfuerzos para que "la nueva España" no se desviara del que entendía era su camino natural, inserto en su más profunda tradición. De ahí las tensiones y enfrentamientos con el gobierno, en el que imperaba la corriente fascizadora de Falange. El cardenal, agotado y enfermo, no veía el declinar de la misma, sino que moriría con la sensación de fracaso, de que la Iglesia en España, oficialmente protegida, sin embargo se enfrentaba a una ideología totalitaria que pretendía, en el fondo, controlarla y usarla para sus propios fines.

Estas breves pinceladas nos dan una idea del importante papel desempeñado por el cardenal Gomá en la vida española de la segunda mitad de la década de los treinta.⁹

Dos modelos de Estado contrapuestos

Bajo la aparente homogeneidad del autodenominado bando nacional, en gran medida derivada de la priorización de la victoria sobre cualquier otro objetivo, así como de otras concomitancias, en la España de Franco existían evidentes tensiones acerca de cómo debería configurarse el Estado vencedor. Como lo primordial era vencer la guerra, los debates se pospusieron, sacrificándolo todo a la victoria; sin embargo, las tensiones y diversidad de posturas estaban latentes. La unificación decretada por Franco era una amalgama artificiosa de corrientes dispares y contrapuestas, a pesar de evidentes coincidencias, en la que Falange parecía irse imponiendo. El auge de Falange era debido, en no pequeña medida, junto a otra serie de motivos,¹⁰ al apoyo aportado por Alemania. Ésta empezó a influir de un modo cada vez mayor en la política interior de la España nacional, haciendo temer en algunos sectores, entre los que se incluía el cardenal Gomá, que lo que se construiría en el futuro sería un estado totalitario de carácter "nazi-fascista".¹¹

Frente al programa fascizador de Falange, sería la Iglesia, con el cardenal primado al frente, la que tendría que oponer otro modelo, en este caso enraizado en la tradición conservadora del catolicismo español.¹² En efecto, el gran protagonista de la oposición a Falange, en lo que representaba de expresión de las ideas nazis y fascistas, sería Isidro Gomá, y ello desde fechas muy

⁹ Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 136.

¹⁰ Sobre la génesis del fascismo español, una buena síntesis en Miguel A. RUIZ CARNICER: "La modernidad retorcida: raíces y origen de la cultura política fascista", en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA (coords.), *Historia de las culturas políticas en España y Latinoamérica. La Restauración y la República 1874-1936 Volumen III*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 345-375.

¹¹ No vamos a entrar en las evidentes diferencias entre la ideología nacionalsocialista alemana y fascista, objeto de numerosos estudios y análisis; para el tema que tratamos las englobaremos, y así lo hacemos desde el propio título del artículo, en la denominación, no exenta de ambigüedad y de posible confusión, de nazi-fascismo, pues así es como era percibida.

¹² José Manuel CUENCA TORIBIO: *Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*, Madrid, Actas Editorial, 2008, pp. 24-46.

tempranas. Coincidió en esto con el papa Pío XI.¹³ Y no era el único entre los obispos españoles que tenía estas prevenciones, que pueden explicar el por qué de la asunción del término cruzada desde casi los comienzos de la guerra dentro del léxico de los documentos episcopales.¹⁴

El pensamiento político del cardenal no era nada original. Respondía a las coordenadas ampliamente vigentes en el seno del catolicismo español más tradicional. Para éste era una verdad incontrovertible que en España se identificaba el ser nacional con la religión católica. Esto era fruto de una historia secular en la que el catolicismo no solo había influido en los diversos acontecimientos vividos por la colectividad, sino que había configurado, hasta la raíz más profunda, el alma del país. No se podía entender España separándola de la fe que, según la tradición, había sido plantada en el suelo patrio por el propio apóstol Santiago, regada por la sangre de los mártires de las persecuciones romanas, profundizada en los Concilios de Toledo, fortalecida durante la guerra secular contra el infiel, y por último, trasplantada a las tierras americanas y defendida hasta la extenuación frente a herejes protestantes e infieles turcos. En el imaginario colectivo era éste último momento el punto culminante de la historia nacional, cuando los reyes de la Casa de Austria, erigidos en adalides de la Iglesia Católica, empleaban el oro y la plata americana en sostener los ejércitos que luchaban por la fe, mientras los teólogos españoles brillaban en Trento y los grandes santos nacían en el suelo patrio. Esta era la auténtica, la verdadera y única grandeza nacional.¹⁵ Todo lo que venía a continuación era decadencia, imitación estéril de modelos extranjeros, sobre todo franceses, primero por los Borbones, dinastía extranjera incapaz de entender el alma nacional, y después por los liberales.

Esta era, en síntesis, la imagen existente de la historia española en un amplio sector del catolicismo,¹⁶ que asumió plenamente Gomá, imagen que repitió en sus escritos, y que influyó en su concepción de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Para Gomá el catolicismo no sólo había fraguado la realidad nacional, sino que fue la causa principal del esplendor del país. Consecuentemente, la decadencia del catolicismo se convertía para él en causa de la decadencia del país:

Nunca llegó la Patria querida a mayor expansión, mayor profundidad y esplendor de su cultura, a más llena y equilibrada función de sus instituciones, al supremo ápice de su prestigio internacional, que cuando en ella se embebió todo del pensamiento, del sentido y de la vida del Catolicismo. Sólo cuando el pensamiento católico se ha debilitado entre nosotros ha empezado la decadencia de la Patria, y cuando, como ocurre en los organismos decaídos, hemos recibido de prestado inyecciones

¹³ Lucia CECL: *L'interesse superiore. Il Vaticano e l'Italia di Mussolini*, Bari, Editori Laterza, 2013.

¹⁴ José ANDRÉS-GALLEGO: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1997, pp. 23-25.

¹⁵ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, 2006, Vol. II p. 1038.

¹⁶ El catolicismo español presentaba una mayor variedad ideológica de la que el sector tradicionalista quería reconocer. Sobre las culturas políticas del catolicismo español de la época, véase M^a Pilar SALOMÓN CHÉLIZ: "Las culturas políticas del catolicismo español (1875-1936)", en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA, Manuel (coords.), op cit., pp. 315-344.

de algún espíritu exótico que no han hecho más que trastornar la vida nacional y llevarla a trance de muerte.¹⁷

La fe católica era la que, a su juicio, había mantenido vivo el nervio de la nación. Ella había generado la conciencia nacional, una conciencia nacional católica. Los concilios toledanos habían marcado la pauta político religiosa del país durante quince siglos, la Reconquista había sido el yunque en el que se había endurecido y modelado el alma española; el catolicismo era la savia que alimentó la vida de España, desde el momento en el que superado el arrianismo, la unidad católica, fraguada en el III Concilio de Toledo, alcanzó la unidad nacional. El catolicismo permitió la victoria sobre el Islam, salvando así la civilización europea, lo cual, según el primado, volvió a repetirse durante la guerra civil.

La lección de la historia, para Gomá, estaba clara: si España quería recuperar su esplendor, si pretendía volver a las glorias del pasado, era preciso restaurar la religiosidad oficial y estatizante del siglo XVI, fundiendo íntimamente Iglesia y Estado.¹⁸ Esta ideología manifestaba coherentemente lo que podíamos considerar, desde la doctrina eclesiástica, expresada en el siglo XIX en la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*,¹⁹ y los principios del derecho canónico anteriores al Concilio Vaticano II, la situación ideal, la tesis: la fórmula de unión entre la Iglesia y el Estado, por la cual éste, en un país católico, debía profesar oficialmente la religión católica, reconociendo a la Iglesia todos los derechos que le correspondían según la Ley divina, que se sitúa, por su naturaleza, en un plano superior a la Ley humana. Cuando surgieran conflictos, habría que resolverlos de mutuo acuerdo. Esta era la mentalidad imperante, no sólo en Gomá, sino prácticamente en todo el episcopado español. La separación Iglesia-Estado sólo podía considerarse un mal menor, pero mal al fin y al cabo, tolerado porque las circunstancias no permitieran otra cosa. Era un error, nacido de la Reforma protestante.²⁰

No debe, por tanto, extrañarnos que la separación que trajo la República, generara un profundo rechazo en la mayor parte de los medios católicos.²¹ Por ello, para el cardenal, la consecuencia última de la guerra civil, cuando ésta se produzca, debía ser la restauración, el restablecimiento de la España tradicional. No bastaba con la reconquista del territorio nacional por las tropas de Franco, sino que era preciso hallar de nuevo el alma de España. Ese alma que se encontraba en lo más profundo del ser español, que no cambiaba, como había demostrado el hecho de que, después de los cinco años de “deformación del alma nacional” por parte de la República, ese

¹⁷ Carta pastoral *Catolicismo y Patria*, 5 de febrero de 1939. Véase Anastasio GRANADOS: op. cit. p. 378.

¹⁸ Rafael DÍAZ-SALAZAR: *El factor católico en la política española. Del nacionalcatolicismo al laicismo*, Madrid, PPC, 2006, p. 17.

¹⁹ Publicados por Pío IX el 8 de diciembre de 1864. Recoge y sistematiza la doctrina expresada anteriormente por el papa Gregorio XVI en las encíclicas *Mirari vos*, de 15 de agosto de 1832 y *Singulari nos*, de 25 de junio de 1834.

²⁰ Carta pastoral *Horas graves*, 12 de julio de 1933. Véase Anastasio GRANADOS: op. cit, pp. 277-305.

²¹ Sin embargo, existían en el seno del catolicismo español corrientes avanzadas, que recibieron con alegría la proclamación de la República y se sumaron a su proyecto. Véase: Feliciano MONTERO et al.: *Otra Iglesia. Clero disidente durante la Segunda República y la guerra civil*, Gijón, Trea, 2013.

alma había sido capaz de romper con el molde político y legal que, a su juicio, la estaba sometiendo a tortura, saliendo a los campos de batalla.

Pero no bastaba el éxito material de la contrarrevolución, y ésta no tendría eficacia alguna si no se era capaz de volver a los cauces de la historia nacional. El primado estaba convencido de que el pueblo español se había opuesto, frente a la revolución que pretendía transformar el alma del país, con las armas en la mano, pues no quería someterse a la servidumbre de ningún pueblo extranjero y por ello las autoridades debían

aspirar a la restauración del alma nacional, a la revalorización de todo factor netamente español, a una reclasificación radical de todos los hechos humanos, a su reajuste según las exigencias de nuestra historia²²

No bastaba con restañar, una vez terminada la lucha, las heridas del cuerpo nacional, sino que era necesario curar el alma del país, que Cristo reviviese en todas las cosas, pues injertándose en él, España resurgiría gloriosa.

Esta concepción del alma nacional como algo permanente y subyacente a la vida y a la historia de España será una constante en la obra de Gomá, y a ella apelará para justificar la oposición a todo aquello que tratara de destruirla. Este alma, en su opinión, llevaba siendo atacada desde el siglo XVIII por las corrientes extranjerizantes que, so capa de modernización, socavaban las raíces más profundas del país. La Ilustración, el liberalismo, y ahora, en el siglo XX, el comunismo, como también el pensamiento nazi y el fascismo, eran los grandes enemigos del auténtico espíritu español.

Las prevenciones respecto al influjo del nazismo las expresó claramente el primado en una entrevista concedida, el 13 de agosto de 1938, al periódico *L'Epoque*.²³ En ella, al preguntarle si tenía miedo al nazismo, respondió

Oui et non. Nous sommes un peu les alliés du Reich, ou plutôt l'Espagne a pris à son service un petit nombre de techniciens allemands. Mais cette question ne me regarde pas. En tant qu'Espagnol, je ne puis être que reconnaissant à tous deux qui ont aidé l'Espagne catholique à repousser l'assaut du marxisme.

En ce qui concerne l'hérésie naziste proprement dite, je ne puis que le condamner et en avoir peur.

"Condenarla y tener miedo"; he aquí las dos actitudes del cardenal frente al nazismo, y por proximidad, al falangismo. Pero no se limitó a la primera, ni se dejó paralizar por la segunda, sino que empleó todas sus fuerzas a luchar contra dicho influjo. Nazismo y catolicismo eran incompatibles y el primado no perdió ocasión para evitar que el primero llegara a imponerse. De modo paradójico, el cardenal coincidía en este punto con algunos de los clérigos partidarios y propagandistas de la República, con los que se enfrentó duramente, como el canónigo de Córdoba José

²² Contestación en la Ofrenda nacional al Apóstol Santiago, 25 de julio de 1937.

²³ Archivo Segreto Vaticano (en adelante ASV), Archivio della Nunziatura di Parigi, b. 609, ff. 14-15.

Manuel Gallegos Rocaful, quien en su obra *¿Puede un católico colaborar con el nazismo?*, denunció el silencio que existía en la España nacional respecto a la persecución de los católicos en Alemania; también el sacerdote segoviano Jerónimo García Gallego puso de relieve la contradicción existente entre la católica España franquista y la Alemania pagana.²⁴ Y la preocupación no era menor para la Santa Sede.

En efecto, Pío XI se decidió al reconocimiento del Gobierno de Burgos,²⁵ precisamente para evitar esa progresiva influencia.²⁶ Antoniutti, desde su llegada, y posteriormente Cicognani, tuvieron que tratar el mismo problema. Veamos algunos ejemplos.

El 11 de octubre de 1937 escribió Antoniutti una carta a Pacelli, en la que expresaba la gravedad de la situación y respondía a la preocupación que se vivía en secretaría de Estado debido a algunas manifestaciones de simpatía de Franco y sus colaboradores a la política alemana.²⁷ El prelado señalaba en la carta que la infiltración nazi era cierta dentro de la Falange. Las autoridades eclesiásticas y los dirigentes de Acción Católica veían el peligro que podría derivar de ello para la nueva España, y para neutralizar tal corriente se estaba acentuando en la prensa local la defensa del movimiento español en el sentido tradicional católico. Los diarios iban publicando artículos de tinte claramente ortodoxo, y, a menudo, con claras alusiones contra las infiltraciones heterodoxas del exterior. Antoniutti informaba de cómo el 7 de octubre se había entrevistado con Franco, y en el diálogo, procuró que se tratase del tema; el Generalísimo, hablando del decreto que estaba para publicar sobre la obligatoriedad de la enseñanza católica en todas las escuelas, le afirmó explícitamente su voluntad de que la juventud fuera educada según las tradiciones católicas españolas. Franco le confió que había pedido el alejamiento del anterior embajador alemán, porque se ocupaba demasiado, en un sentido no católico, y por tanto, tampoco español, de las organizaciones falangistas. Le aseguró que ciertas manifestaciones de simpatía por Alemania habían sido dirigidas a la nación aliada, y no al sistema político que la dirigía, y manifestó el deseo de que en tal sentido fuesen interpretadas ciertas actuaciones del Estado español respecto a Alemania. Cuestión aparte sería el grado de sinceridad de estas palabras de Franco y si Antoniutti, que acabaría con el tiempo asumiendo la postura de los sublevados, le creyó o no.

²⁴ Antonio C. MORENO CANTANO: "Literatura de propaganda religiosa en España en tiempos de guerra (1936-1945)", en Íd. (coord.), *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2013, pp. 55-57.

²⁵ El motivo último de la misión de Antoniutti, que en un primer momento se revistió de carácter humanitario, fue precisamente la indicación, que recogió Pacelli tras uno de sus encuentros diarios con Pío XI, de reconocer de algún modo al gobierno de Franco para evitar el progresivo influjo alemán que denunciaba el cardenal Gomá. Véase Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: *Por Dios...*, p. 128.

²⁶ El papa, que a pesar de los Pactos Lateranenses, no había dejado de tener graves enfrentamientos con el régimen de Mussolini (incidentes entre la Acción Católica y el fascismo, que dieron lugar a la encíclica *Non abbiamo bisogno*, de 29 de junio de 1931), y que vio como el concordato con Alemania no dejó de ser más que papel mojado para Hitler, consideraba funesto e inadmisibles el acercamiento entre fascismo y nacionalsocialismo; los últimos actos de su pontificado, viejo y enfermo, pero indómito, serían protestar contra la vulneración del concordato italiano por las leyes antihebreas. Véase Maurilio GUASCO et al.: *Storia della Chiesa XXIII. I cattolici nel mondo contemporaneo (1922-1958)* Cinisello Balsamo, Edizioni San Paolo, 1996, pp. 54.138-145.

²⁷ ASV, Archivio della Nunziatura di Madrid (en adelante Arch. Nunz. Madrid), b. 968, ff. 557-559.

Para Antoniutti, quien mayores simpatías manifestaba, dentro del entorno gubernamental, hacia la organización estatal alemana era Nicolás Franco, que había participado en el Congreso de Nuremberg; hombre, según el representante pontificio, inteligente, astuto y de una conciencia poco rígida, que, en caso de continuar en su puesto, tendría una gran influencia en la orientación futura del país.

En una entrevista posterior con Franco, realizada el 22 de noviembre, expresó de nuevo Antoniutti la preocupación de la Santa Sede por las infiltraciones nazis en el movimiento nacional.²⁸ Dicha preocupación se basaba en las informaciones de los obispos españoles, quienes habían tenido que lamentar la actitud poco tranquilizadora de algunos ambientes falangistas. La respuesta de Franco, al que Antoniutti entregó un ejemplar de *Mit brennender Sorge*, señaló la imposibilidad de que dicha infiltración tuviera lugar, dada la opuesta tradición española, esencialmente católica, a la alemana, acerca de la cual señaló que no tenía simpatía.

Sin embargo no sería la última vez que Antoniutti tuviera que lamentar la negativa influencia alemana, incluyendo algún lamentable incidente diplomático, como el suscitado por el embajador en Berlín y antiguo representante oficioso ante la Santa Sede, el marqués de Magaz.²⁹

Espacios de conflicto

Uno de los ámbitos que más preocuparon a Gomá fue el de la prensa, que las tendencias totalitarias y estatistas de Falange trataba de controlar. El cardenal hubo de intervenir defendiendo de un modo particular la existencia de una prensa independiente católica, primero, paradójicamente, mientras un sacerdote navarro, Fermín de Yzardiaga, estuvo al frente de la Delegación Nacional de Propaganda,³⁰ a partir de mayo de 1937,³¹ y más tarde, cuando, en virtud del decreto del 31 de enero de 1938, por el que Franco sustituyó la Junta Técnica por su primer Gobierno, esas tareas fueron asumidas por el ministro del Interior, Ramón Serrano Suñer.³²

Por otra parte, la prensa se estaba convirtiendo en altavoz de propaganda a favor de Alemania, siendo numerosas las noticias, y siempre en sentido favorable, relativas al Reich y a Hitler.³³ El crecimiento económico, político, cultural y militar de Alemania eran ensalzados en los periódicos españoles, mientras se silenciaba la persecución a la Iglesia por parte del nazismo. Y,

²⁸ ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 968, ff. 563-565.

²⁹ ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 968, ff. 572-574.

³⁰ Gomá y el obispo de Pamplona se dirigieron a Franco para que relevara a Yzardiaga de su tarea, donde, en carta del primado a Antoniutti, había actuado en forma «indiscretísima», lamentando Gomá que la respuesta había sido nombrarle consejero nacional. Véase ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 970, f. 36. El cardenal pensaba que quien obraba a través de él, y quien lo utilizaba para sus planes, era el ministro del Interior. Véase ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 970, f. 66. Por su parte, Antoniutti, en carta al secretario de Estado, Pacelli, tras la constitución del nuevo gobierno y el traslado de la Delegación al ministerio del Interior, se refería a Yzardiaga como sacerdote de «principi dottrinali poco sicuri e d'idee superficiali e strane». Véase ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 973, f. 365.

³¹ José ANDRÉS-GALLEGO: op. cit., pp. 41-65.

³² *Ibidem* p. 67.

³³ ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 968, ff. 425-510.

por supuesto, no faltaban artículos que elogiaban la figura de Hitler.³⁴ El cine también contribuyó a esta glorificación, con la proyección de *El triunfo de la voluntad*, film de Leni Riefenstahl que venía a consagrar el culto al Führer como nuevo mesías, salvador de Alemania, una de las piedras miliarenses en la construcción del mito de Hitler.³⁵ Dicha proyección fue promovida por la subdelegación del Estado para Prensa y Propaganda.³⁶

También preocuparon a Gomá los intercambios de jóvenes con Alemania, pues veía en ellos un peligro claro de ideologización. Acerca de los mismos llamó la atención del ministro del Interior antes de dirigirse al Congreso Eucarístico de Budapest. El primado advertía del peligro que existía al enviar jóvenes de ambos sexos para que visitaran y conocieran directamente los progresos alemanes. No habiendo obtenido respuesta, Gomá escribió de nuevo al ministro,³⁷ y envió, el 5 de julio de 1938, asimismo una carta a Franco. En ella ponía en evidencia el daño que tanto a la religión como a la patria producían visitas similares, y la grave preocupación de la jerarquía eclesiástica española, llamada a velar por la pureza de la fe. No valía, observaba el primado, aducir razones de cordialidad que debían existir entre España y Alemania, porque se trataba de salvar principios elementales y sagrados; ni mucho menos insistir en la conveniencia de una cultura más amplia, ya que el fin auténtico era infundir en los jóvenes el espíritu y el amor de las doctrinas neo-paganas. La respuesta que recibió el cardenal, procuraba tranquilizarle al respecto, pero los intercambios seguirían.

Especial significación tuvo el retraso en la publicación de la encíclica del papa Pío XI sobre el nazismo, *Mit brennender Sorge*, fechada el 14 de marzo de 1937. El documento condenaba la ideología nazi y su mito de la supremacía de la raza, denunciando la persecución a la que se venía sometiendo a la Iglesia en el Reich. Asimismo oponía, punto por punto, la ortodoxia católica al neopaganismo nazi. La publicación, ya preparada en España por el primado, hubo de diferirse, debido a la presión sobre el gobierno español por parte de Alemania. El cardenal Gomá tras consultar a Secretaría de Estado, de la que no recibió ninguna indicación, y al obispo de Salamanca, decidió retrasar su publicación. Ésta no tuvo lugar hasta principios de 1938, debido en parte a que los jesuitas iban a publicarla en su revista *Razón y Fe*, que recogía toda la documentación emanada del magisterio pontificio. Gomá hizo que se publicara en el Boletín Eclesiástico del arzobispado de Toledo, con fecha de 15 de enero de 1938.³⁸ El 4 de febrero se dirigió a los obispos españoles,³⁹ indicando que había llegado el momento de publicar la encíclica en los Boletines Diocesanos, y con ello «puede hacerse un gran bien a las almas, sobre todo a los dirigentes de la pública opinión.» El cardenal, además, distribuyó una copiosa edición entre diferentes personas, sobre todo periodistas y dirigentes de opinión, especialmente de Acción Católica.

³⁴ Fotos. *Semanario gráfico nacionalsindicalista* 77, agosto 1938.

³⁵ Ian KERSHAW: *El mito de Hitler. Imagen y realidad del Tercer Reich*, Barcelona, Planeta, 2011.

³⁶ *Gaceta del Norte*, 26 de diciembre de 1937.

³⁷ Archivo Diocesano de Toledo, Archivo Cardenal Gomá (en adelante, ACG), F-III-80

³⁸ Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Toledo (en adelante, BEATO), vol. 94, 1938, págs. 1-19.

³⁹ ACG C-IX-36

En 1939 surgiría un nuevo motivo de preocupación y enfrentamiento, a causa de la firma del *Convenio sobre la colaboración espiritual y cultural entre Alemania y España*. Por este motivo el cardenal Gomá protestó, tanto ante el ministro de Educación, Pedro Sainz Rodríguez como ante el mismo Franco. Al primero dirigió una carta el 24 de enero, el mismo día de la firma del Convenio, tras una reunión con el nuncio Cicognani, quien, por su parte, había recibido instrucciones de Secretaría de Estado para que tuviera informada a la Santa Sede sobre un acuerdo que «non mancherebbe di dare motivo a nuove preoccupazioni circa la futura organizzazione della Chiesa in Spagna.» En su carta, el primado advertía del peligro de infiltración del pensamiento nazi y del daño que podría hacer en España:

No ha dejado de azorarme el peligro que podría representar para el espíritu español todo injerto de una ideología forastera que pudiera no ser homogénea con el espíritu nacional. . . Una forma de civilización que, por hoy, es a lo menos totalmente dispar con la nuestra; que tiene el poder alucinante de la fuerza y de la gloria externa. . . Conozco las corrientes actuales del pensamiento alemán y siento miedo de que pueda penetrar en el alma española.

Una vez más, el sentimiento del primado era de miedo ante la influencia nazi. El 26 de enero, Gomá visitó al nuncio Cicognani y le informó de las declaraciones que el ministro Sainz Rodríguez había hecho. Este no dio, o fingió no dar, importancia al acuerdo, que sólo concretaba, a su juicio, en forma jurídica, lo que de hecho se venía practicando desde hacía muchos años, pues era habitual que estudiantes españoles fueran a Alemania a especializarse en algunas disciplinas; asimismo, el acuerdo con el Reich era el primero de una serie de convenios que se estipularían con Italia, Inglaterra y Bélgica, no concediendo a Alemania especiales prerrogativas, ni abría camino a determinadas influencias ideológicas. Aseguró el ministro que nunca se habría prestado a formular un pacto que hubiese facilitado a los alemanes la propaganda de sus ideas, y que mientras permaneciese en el ministerio, no debía de temerse nada. Los jóvenes enviados a Alemania estarían con personas de confianza, dedicándose a los estudios de ciencias aplicadas o de medicina, en los que los alemanes eran maestros, y no al estudio de disciplinas en las que pudieran infiltrarse las doctrinas metafísicas o religiosas del pensamiento alemán. Concluyó Sainz Rodríguez insistiendo en la relativa importancia del acuerdo, calificado de “juego diplomático.” El primado le leyó la carta que había escrito; el ministro la escuchó con aire contrariado, se la guardó y dijo al cardenal que le respondería, enviándole una copia del acuerdo.

Gomá, a pesar de la benevolencia que tenía con él el ministro, no quedó satisfecho de sus declaraciones. En realidad la manera superficial con la que éste había hablado le reforzaba la sospecha de que el acuerdo, lejos de ser de poca importancia, revestía una gravedad no pequeña. El primero que debía estar persuadido de ello era el propio ministro, quien, previendo la impresión desfavorable que el acuerdo suscitaría, tuvo gran cuidado de prepararlo con el mayor secreto, y en el momento de darlo a conocer, hacerlo con una breve reseña.

Tras la entrevista con el cardenal primado, el nuncio se dirigió esa misma tarde a Burgos, donde fue recibido por el ministro de Exteriores, al que manifestó la sorpresa desagradable que la

noticia del acuerdo había suscitado. Le transmitió la preocupación por la formación cristiana de los jóvenes, así como por la fe en España; asimismo le habló de las consecuencias y complicaciones que para la solución de otros problemas dicho acuerdo podría traer. De modo particular hizo hincapié en lo que la prensa francesa señalaba sobre la prohibición de libros juzgados como dañinos para el Estado, manifestando que este artículo podía impedir a los obispos la necesaria libertad de predicación de la doctrina católica y de condena de los errores, que era uno de los derechos fundamentales de la Iglesia. El ministro Jordana se mostró sorprendido por estas observaciones, como si fuesen algo exagerado; respondió que en la redacción del acuerdo se había tenido cuidado en evitar dificultades, que, no teniendo presente el texto lo examinaría, pero que estaba seguro que ningún detrimento vendría para la fe, siendo conocidos los sentimientos católicos de los hombres que formaban parte del gobierno. Cicognani estaba seguro, y así lo manifestó en el informe que envió a Roma el 6 de febrero, que Jordana hablaba con sinceridad. Era cierto que aunque había firmado el acuerdo, no participó personalmente en la redacción del mismo. El nuncio estuvo esperando el texto del acuerdo, pero no se lo proporcionaban, de modo que tuvo que obtenerlo de manera reservada. La lectura del texto, que calificó de «disgraziatissimo documento» no hizo más que justificar sus temores y preocupaciones. Cicognani se apresuró a dar una copia al cardenal Gomá, así como tratarlo directamente con otros prelados. Todos quedaron consternados. Algún obispo señaló la necesidad de convocar una asamblea de todo el episcopado, con el fin de fijar de un modo claro y preciso la situación de la Iglesia frente al Estado, pero el cardenal Gomá y otros obispos opinaron que una asamblea general podría hacer surgir un conflicto de consecuencias incalculables.

El 4 de febrero, el nuncio se entrevistó de nuevo con el ministro de Exteriores. Este tenía noticia del coloquio entre el embajador cerca de la Santa Sede y el cardenal Pacelli sobre el tema, conociendo las graves palabras que el papa había pronunciado, «come Papa e come amico della Spagna». Cicognani insistió en demostrarle que era una cuestión en la que estaba empeñada la conciencia de aquellos que estaban llamados a vigilar la pureza de la fe, y que era necesario darles las garantías requeridas para el desempeño de su misión, así como tomar medidas oportunas para salvaguardar la educación cristiana de la juventud. El ministro le respondió que ni él ni sus colegas habían imaginado que el acuerdo fuese causa de tantas complicaciones, y le reafirmó los sentimientos sinceramente católicos del gobierno. El nuncio le respondió que no se podía dudar de los nobles propósitos del gobierno, que Franco no dejaba ocasión de proclamar solemnemente, manifestados en la abolición de la legislación republicana; pero por esto mismo, era mayor el desconcierto ante un acuerdo, no de índole comercial o técnica, sino en orden a una colaboración espiritual con una nación que tenía como programa la descristianización de los pueblos, y que diariamente insultaba a las personas más sagradas y las cosas más santas. El ministro le respondió que, a veces, era necesario atender a las exigencias del momento, a lo que el nuncio convino, pero señalando que no con perjuicio de la fe. Jordana indicó que el acuerdo sería aplicado de forma discreta, a lo que Cicognani objetó que el acuerdo era grave en sí, y que en el futuro, con otros hombres en

el poder, de otras ideas, podría resultar un arma terrible. El ministro se mostró bastante apenado y le dijo al nuncio que pasaría su nota al ministro de Educación.

En Roma, el secretario de Estado, al reunirse con el embajador, aludió al Convenio. Pacelli renovó la expresión de profundo dolor por parte de la Santa Sede, añadiendo «no le oculto que este incidente dificulta mucho nuestras relaciones, especialmente negociación Concordato», para el que Pacelli tenía ya una fórmula de acuerdo que dicho Convenio hacía imposible. El embajador creía que esto demostraba la extraordinaria importancia que la Santa Sede atribuía a dicho acuerdo. El secretario de Estado manifestó también la profunda queja por la publicidad que la prensa nacional había dado al discurso del canciller alemán sobre la situación de la Iglesia en el Reich, abiertamente contrarias a las manifestaciones reiteradas del papa. El 30 de enero ya había escrito indicando que las quejas de la Santa Sede contra el reciente acuerdo cultural se fundaban en considerar que abría el camino a la propaganda anticristiana, violando los artículos segundo y tercero del Concordato, de cuya vigencia se estaba discutiendo.

Por su parte, el cardenal Gomá, tras las respuestas recibidas, que para nada le dejaron tranquilo, el 9 de febrero escribió a Franco una carta,⁴⁰ a la que adjuntó una exposición detallada de sus puntos de vista respecto al Convenio.⁴¹ En la carta calificaba esta firma como un "asunto gravísimo" y pedía a Franco que analizase atentamente los puntos de vista de la Iglesia española, expresando la negativa impresión que dicha firma había producido en Roma, así como la inquietud de los obispos españoles, que habían hecho llegar a Gomá sus advertencias ante el peligro de la influencia paganizante nazi. El 15 de marzo, contestaba Franco al cardenal dándole todo tipo de seguridades,⁴² aunque insistiendo en mantener el Convenio. Sin embargo, éste, finalmente no pudo ser ratificado; el estallido de la guerra en Europa, y sobre todo, la oposición de la Santa Sede, en el exterior, y de la Iglesia española y los tradicionalistas, en el interior, hizo que se pospusiera *sine die* la misma.

La pluma como arma

Gomá fue siempre un escritor prolífico, ya desde su etapa como profesor en el seminario de Tarragona, faceta que continuó a lo largo de todo su ministerio episcopal. Durante la guerra fueron numerosos los escritos que salieron de su mano, en gran medida destinados a defender las posiciones de la España nacional. Por ello, también recurrió a la pluma para afrontar el reto de la influencia de la ideología nazi y fascista, que para él era una sola, tratando de iluminar tanto a sus fieles diocesanos como a la sociedad española en general, denunciando, unas veces de modo más velado, y otras de modo abierto, los errores que veía en el pensamiento nacionalsocialista y sus reflejos en Falange. Para el cardenal ésta no era sino una proyección en España de aquél, de modo que lo veía como un solo bloque, aunque con matices y peculiaridades según tratara uno u otra.

⁴⁰ ACG, E-III-4 y ACG, Ñ-5-24.

⁴¹ ACG, E-III-4 y ACG, Ñ-5-24.

⁴² ACG E-III-5

Un campo de batalla dialéctico muy importante se fraguó en torno a la concepción de lo que era la guerra. Falange entendía ésta como una etapa palingenésica, que daría lugar a una nueva España, en la que el catolicismo estaría presente como un elemento básico e importante,⁴³ pero no esencial al nuevo estado. Frente a ello, Gomá no cesó de reivindicar, y lo hará precisamente tras haber negado que la guerra fuera una cruzada en la Carta Colectiva, el carácter religioso de la misma, como un periodo de purificación y expiación de los pecados cometidos por la sociedad española, que debería conducir a una restauración plena de la España católica tradicional, aquella que había proporcionado su grandeza al país en el siglo XVI.

Ya en su primera gran pastoral de la guerra *La Cuaresma en España*, publicada el 30 de enero de 1937, hizo un análisis teológico y espiritual del conflicto, siguiendo el esquema Cuaresma-Resurrección, es decir, interpretando la guerra como un tiempo de penitencia que daría lugar, cuando finalizara, al renacimiento del país. Esta concepción religiosa se acentuará a partir de 1938, al ver el cardenal cómo Falange trataba de desvirtuar, a su parecer, esta dimensión. Todos sus escritos, que culminarán con su gran pastoral de final de la guerra, *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, documento que sufrió la censura por parte de las autoridades,⁴⁴ insistirán una y otra vez en este carácter de la lucha como conflicto religioso.

El primer escrito en el que tendrá que afrontar de un modo polémico las posiciones de Falange será la pastoral escrita con motivo del vigésimo sexto aniversario de la coronación de Pío XI, documento que el primado, al enviarla a Antoniutti en febrero de 1938, calificará de literatura volandera, pero que contenía los puntos esenciales en las circunstancias que se estaban viviendo.⁴⁵ Antoniutti lo consideró un texto de importancia no común en aquella hora, y creía que disiparía los prejuicios de la opinión pública.⁴⁶ El título de la pastoral era *Lo que debemos al Papa*, y en ella, además de hacer una reflexión teológica sobre el pontificado romano, dedicaba todo un apartado a la relación entre Pío XI y España, reivindicando la especial predilección del papa por la nación española, para concluir con unas prevenciones hacia ciertas actitudes de rechazo hacia el pontificado que venía observando, y condenando como herética una fórmula que se estaba escuchando, «católicos sí, vaticanistas no», y que de forma más suave aparecía en cierta prensa que apuntaba contra las direcciones pontificias. Gomá, y apuntaba contra lo que se fraguaba en ambientes falangistas, reivindicaba que al Vaticano debía España toda su grandeza nacional.

El siguiente escrito, uno de los más importantes del cardenal, lo publicará poco antes del fin de la guerra, en febrero de 1939. Titulada *Catolicismo y Patria*,⁴⁷ esta pastoral se ha considera-

⁴³ El punto 25 del ideario de Falange afirmaba que «la Falange incorpora el sentido católico, tradicional del pueblo español, a la resurrección de España». El propio Fermín de Yzardiaga en un discurso en Vigo, en noviembre de 1937, en el que criticaba a la vieja política, hizo una encendida defensa de la catolicidad de la Falange, frente a los que la acusaban de paganismo y de copiar sistemas políticos, sociales y religiosos extranjeros, al mismo tiempo que denunciaba la descatalogación de España, después de tres siglos de cristianismo oficial. Véase *Arriba España*, 30 de noviembre de 1937.

⁴⁴ Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: *Por Dios...*, pp. 365-374; Antonio MARQUINA BARRIO: *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*, Madrid, CSIC, 1983, pp. 204-208.

⁴⁵ ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 970, f. 23.

⁴⁶ ASV, Arch. Nunz. Madrid, b. 970, f. 24.

⁴⁷ BEATO, vol. 95, 1939, pp. 41-73.

do, por parte de uno de los mayores estudiosos del tema, como el texto programático del nacionalcatolicismo,⁴⁸ aunque, dado el contexto, no tuvo una aplicación política inmediata. Su finalidad era orientar cómo deberían ser las relaciones entre la fe y el patriotismo, y las consecuencias que de ello se derivaban. La motivación del documento era, por un lado el deseo de que la prueba que había supuesto la guerra sirviera para el resurgimiento religioso de España, y a la vez, el miedo a que, sin orientaciones correctas, todo ese sacrificio vivido pudiera frustrarse; por otro, trataba de responder a los que, en ambos bandos, proyectaban un futuro nacional sin la presencia de la Iglesia. Aunque aduce ejemplos tomados tanto de la prensa republicana como de publicaciones en la España nacional, está claro, por la fecha, cuando se preveía a corto plazo el colapso de la República, que es sobre todo una advertencia frente a los sectores más fascizantes de la Falange. Por ello recuerda el fuerte contenido religioso que había caracterizado la guerra, y que aquí, a diferencia de en la Carta Colectiva, sí que compara con una Cruzada, defendiendo esta dimensión religiosa contra la opinión de sectores del catolicismo extranjero. Frente a los diversos totalitarismos, ya fuera el nazi-fascista o el comunista, el cardenal destacaba que no existe ningún otro sistema de pensamiento que favorezca tanto a la patria, como el catolicismo, porque valora a la persona, a la vez que defendía la existencia de derechos de la persona que son inalienables y que el Estado tendría que reconocer. Advertía acerca de los totalitarismos que se estaban imponiendo en Europa, y que trataban de absorber todos los ámbitos de la vida social. En la conclusión de la pastoral, el primado manifestaba su esperanza en el resurgimiento del catolicismo en España, a pesar de las dificultades y problemas, destacando, una vez más, que España es lo que es gracias al catolicismo, y que el resurgimiento de éste era la garantía del resurgimiento del país. Y en este contexto, aunque no los mencionó por su nombre, incluyó un firme rechazo tanto al fascismo como al nazismo, tratando de prevenir de nuevo contra la influencia que ambas ideologías pudieran tener en España, sobre todo la alemana, peligro real, como se había visto con la firma, el mes anterior, del Convenio Cultural entre ambos países.

Por último, el cardenal haría una nueva advertencia, no exenta de ironía respecto al lenguaje falangista, en su última gran pastoral *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*.⁴⁹ Texto extenso y muy denso, de contenido doctrinal profundo, quería poner las bases de lo que debía ser la reconstrucción nacional. La idea clave es que el futuro de España pasaba por ser fiel a sus raíces y a su fe cristiana, fe que debería conformar toda la realidad del Estado, el cual habría de estar impregnado de un "totalitarismo divino", opuesto, por tanto, a cualquier otro tipo de totalitarismo.

Uno de los puntos en los que hizo una crítica a las ideas (y al lenguaje que las expresaba) de Falange, fue en el referente a la memoria y recuerdo de los caídos, debiéndose perpetuar, en su opinión, desde posturas cristianas, más allá de fórmulas poéticas sin contenido. Es posible que fuera esta alusión al *Cara al Sol*, uno de los motivos de enfado de las altas jerarquías falangistas,

⁴⁸ Alfonso ÁLVAREZ BOLADO: *El experimento del nacional-catolicismo 1939-75*, Madrid, Editorial Cuadernos para el diálogo, 1976, p. 194.

⁴⁹ BEATO, vol. 95, 1939, pp. 257-304

que condujo a la prohibición de la difusión de la pastoral, que sólo pudo hacerse en los Boletines de las diócesis. Asimismo realizó una crítica de algunas teorías políticas, entre ellas «el estatismo moderno y exagerado, que hace del Estado a un tiempo regla de moral y pedagogo de las multitudes», señalando que la acción del Estado sólo puede ser externa, y que éste no tiene derecho a invadir el ámbito de la conciencia, teniendo un límite la intervención estatal.

Con este documento se cerraba el magisterio, pero no la actuación del cardenal frente al proyecto fascitizador de Falange, proyecto que se iba haciendo, día tras día, más concreto y presente en la vida nacional. La prohibición de la difusión del texto no hizo sino aumentar las prevenciones y miedos de Gomá, marcando su actuación a lo largo del año que le quedaba de vida.

El fracaso de una apuesta

La censura de la pastoral, así como los conflictos que fueron surgiendo a lo largo del otoño de 1939,⁵⁰ y las tensiones con la Santa Sede a principios de 1940,⁵¹ llevaron al cardenal a una situación de profundo pesimismo acerca del futuro de la Iglesia en España. La sensación de fracaso era patente. Tras haber apostado por Franco, en la esperanza de que la guerra vendría, como mal necesario pero purificador, a restaurar la España católica en todo su esplendor, veía como el proyecto político que se imponía era el falangista, modelo plagado de los, a su juicio, errores nazis y fascistas, con todo lo que suponía de injerencia y control de la vida de la Iglesia, de limitación de sus ámbitos de actuación y de riesgos futuros.

Gomá aborrecía el estatismo, la idolatría del Estado, y sin embargo, contemplaba impotente cómo éste se estaba imponiendo. El alineamiento político pro-alemán de Franco, sobre todo a partir de la primavera de 1940 tras la ocupación por el Reich de Francia, tenía que conducir, para algunos, hacia un régimen más decididamente falangista.⁵² A este pesimismo contribuía también la propia enfermedad del cardenal, que le llevaría a la muerte en agosto.

Y sin embargo, la determinación de resistir y oponerse a la influencia nazi y fascista y al predominio de Falange no resultó estéril.

En efecto. Si en España no se estableció finalmente un régimen fascista fue en gran medida por esta actitud de rechazo y resistencia eclesial,⁵³ encabezada por el primado,⁵⁴ unida sin duda a la propia política personalista de Franco, que, a la postre, estableció una dictadura en la que

⁵⁰ Miguel Ángel DIONISIO VIVAS: "La prohibición de la carta pastoral 'Lecciones de la guerra y deberes de la paz' y los conflictos entre la Iglesia y el gobierno español en el otoño de 1939", en *Toletana. Cuestiones de Teología e Historia*, 20 (2009), pp. 81-108.

⁵¹ Antonio MARQUINA BARRIO: op. cit., pp. 181-242.

⁵² Stanley G. PAYNE: *El régimen de Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 281.

⁵³ La más destacada fue la del obispo de Calahorra, Fidel García, quien escribió una Carta Pastoral en 1942 fuertemente crítica con las ideas racistas del III Reich, así como con la situación política española. Véase M^a Antonia SAN FELIPE ADÁN: *Una voz disidente el nacionalcatolicismo. Fidel García Martínez, obispo de Calahorra y La Calzada (1880-1973)*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2014, pp. 187-337.

⁵⁴ Otra visión, que matiza esta opinión, en Alfonso BOTTI: "Iglesia y totalitarismo: el caso español (1936-1939)", en *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 28 (2012), pp. 31-35

la parafernalia sería externamente fascista,⁵⁵ pero vaciada de contenido en la medida en que lo que se estableció fue un culto a la persona del Generalísimo, personalismo que acabó desbancando a cualquiera que intentara poner en duda la autoridad del "Caudillo por la gracia de Dios", y que llevaría a la defenestración de Serrano Suñer y, una vez finalizada la Guerra Mundial, al equilibrio de las diversas familias. Sería en ese momento cuando el elemento católico adquiriría una importancia fundamental a la hora de hacer presentable el régimen ante el exterior, a la vez que profundizaría en su tarea, ya iniciada durante la guerra civil, de estructurar y legitimar interiormente al mismo.⁵⁶

Quizá si Gomá hubiera vivido unos años más podría haber considerado que era el triunfo final de su proyecto de una España católica. Pero en el tórrido verano de 1940 todo ello estaba aún lejos y el cardenal fallecía en Toledo el 22 de agosto, lleno de angustias y prevenciones acerca del futuro de esa España católica que era el centro de su pensamiento político-religioso. Había condenado el pensamiento nazi y fascista, que para él eran una misma cosa, y moría con el miedo a que sus temores se hicieran realidad.

⁵⁵ Zira BOX: *España año cero: la construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010; Giuliana DI FEBO: *Ritos de guerra y victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002.

⁵⁶ Enrique BERZAL DE LA ROSA: "Iglesia y Franquismo: tensiones dentro de una estrecha colaboración", en Feliciano MONTERO et al. (eds.), *La Historia religiosa de la España contemporánea: Balance y perspectivas*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2017, pp. 87-108; Feliciano MONTERO y Joseba LOUZAÑO (coords.): *La restauración social católica en el primer franquismo (1939-1953)*, Alcalá de Henares, Servicio de publicaciones de la Universidad, 2015; José SÁNCHEZ JIMÉNEZ: "Después de la tempestad..." El uso político de la religión en la reconstrucción nacional (1936-1945)", en Pilar DÍAZ SÁNCHEZ et al. (eds.), *El Poder de la Historia. Huella y legado de Javier Donézar Díez de Ulzurrun Vol. II*, Madrid, UAM Ediciones, 2014, pp. 389-406.

Tambores de guerra: Victoria Kent y el feminismo republicano en los años treinta

The Drums of War: Victoria Kent and Republican Feminism in the Thirties

Dolores Ramos Palomo
Universidad de Malaga
mdramos@uma.es

Resumen. El objetivo de estas páginas es analizar, utilizando como referente la trayectoria política de Victoria Kent Siano (1892-1987), el papel de las mujeres republicanas durante la Guerra Civil de 1936-1939 y su relación con los feminismos desarrollados en España en el primer tercio del siglo XX. El movimiento de emancipación de las mujeres, vinculado en gran medida a las culturas políticas republicanas, socialistas y libertarias, había logrado un importante refrendo a comienzos de los años treinta, cuando las españolas obtuvieron los derechos políticos, la igualdad civil y sustanciales derechos sociales. Pero la sublevación del 18 de julio y el desarrollo del conflicto armado supusieron un giro radical en la lucha por la ciudadanía, los derechos humanos y la democracia, que afectó en gran medida a la población civil y, de manera específica, a las mujeres, que se vieron privadas en la zona rebelde de las conquistas legales que habían alcanzado en el primer bienio republicano, o debieron readaptar sus roles y prácticas de vida en la España republicana. Debido al nuevo orden de prioridades establecido los feminismos se truncaron o alteraron. A la vez que se producía una fuerte polarización política, el término “republicanas” adquiriría nuevos significados, abarcando a las afiliadas y simpatizantes de todas las fuerzas progresistas: socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas de diferentes tendencias y republicanas propiamente dichas. Algunas, como Victoria Kent, optaron por una tercera vía de corte reformista.

Palabras clave: Victoria Kent, republicanismo, feminismo, guerra civil, “rojas”

Abstract: The purpose of these pages is to analyze, using the political trajectory of Victoria Kent Siano (1892-1987) as a reference, the role of Republican women during the Civil War of 1936-1939 and its relationship with feminisms developed in Spain in the first third of the twentieth

century. The women's emancipation movement, largely linked to republican, socialist and libertarian political cultures, had achieved an important endorsement at the beginning of the 1930s, when the Spanish obtained political rights, civil equality and substantial social rights. But the uprising of July 18 and the development of the armed conflict meant a radical turn in the struggle for citizenship, human rights and democracy, which affected the civilian population and, specifically, women, that they were deprived in the rebellious zone of the legal conquests that they had reached in the first republican biennium, or had to readjust their roles and practices of life in republican Spain. Due to the new order of priorities established feminisms were truncated or altered. While there was a strong political polarization, the term "republicans" would acquire new meanings, encompassing the affiliates and sympathizers of all the progressive forces: socialists, communists, anarchists, trade unionists of different tendencies and republicans proper. Some, like Victoria Kent, opted for a third reformist way.

Keywords: Victoria Kent, republicanism, feminism, civil war, "rojas".

Para citar este artículo: Dolores RAMOS: "Tambores de guerra: Victoria Kent y el feminismo republicano en los años treinta", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, Nº 13 (2018), pp. 297-317.

Recibido: 01/06/2017

Aprobado: 16/01/2017

Tambores de guerra: Victoria Kent y el feminismo republicano en los años treinta*

Dolores Ramos Palomo
Universidad de Málaga

Mujeres y derechos humanos en las coyunturas bélicas

El concepto de derechos humanos ha pasado por diferentes etapas en su evolución. La primera, de signo racionalista e individualista, asociada a las ideas ilustradas, se liga a la obtención de los derechos civiles y políticos basados en la necesidad de defender al individuo frente a los poderes públicos mediante el ejercicio de la libertad de conciencia de reunión y de expresión, y la puesta en práctica de garantías procesales. La “segunda generación” de derechos humanos tiene mucho que ver con las luchas sociales desarrolladas en el siglo XIX y la reivindicación de políticas públicas y actuaciones favorables al derecho al trabajo, a la educación y la salud, y las coberturas sociales en caso de paro, accidente, enfermedad y maternidad. Posteriormente, en una tercera etapa, el protagonismo ha recaído en los derechos basados en la solidaridad, la seguridad, la paz, el desarrollo humano y los aspectos multiculturales.¹

En este marco, los derechos de las mujeres y el principio de no discriminación sexual se abrieron paso paulatinamente desde la Revolución francesa. La Declaración de Derechos de la Mujer y la Ciudadana, de Olimpe de Gouges (1791), y el texto de Mary Wollstonecraft: *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792) no sólo constituyen dos obras fundacionales de la teoría feminista en occidente sino que proporcionan una nueva densidad semántica al término “ciudadanía” y alumbran la crítica a un concepto androcéntrico de los derechos humanos centrado en las experiencias masculinas y en unas desequilibradas relaciones de poder entre los sexos.² La carencia, la provisionalidad o la accidentalidad de la ciudadanía femenina explican la marginalidad histórica de las mujeres y su exclusión a la hora de tomar decisiones y defender sus propios intereses. Habitantes de la periferia, el poder, la autoridad y la proyección de imágenes de fuerza se les

* Proyecto de Investigación I+D+i: “La voz de las mujeres en la esfera pública”. HAR 2014-53699-R

¹ Una síntesis en Javier ROLDÁN BARBERO: “Derechos humanos”, en Mario LÓPEZ MARTÍNEZ (dir.), *Enciclopedia de paz y conflictos. Tomo I, A-K*, Granada, Eirene, Instituto de Paz y Conflictos, 2004, p. 269.

² Ver Alicia PULEO (ed.): *Condorcet, De Gouges, De Lambert y otros: La Ilustración olvidada, la polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Barcelona, Anthropos, 1993, pp. 100-106. También Isabel ALONSO y Mila BELINCHÓN: *1789. La voz de las mujeres en la Revolución francesa. Cuaderno de Quejas y otros textos*, Barcelona, La Sal, 1989.

han resistido en numerosas sociedades y épocas, provocando su invisibilidad, su desplazamiento de la esfera pública y el establecimiento de una doble moral sexual.³

Evidentemente, el uso de la categoría género ha establecido en la teoría política una importante polaridad en torno a las esferas pública y privada cuyas consecuencias se reflejan en discursos, disposiciones y experiencias. El debate sobre si lo público y lo privado son ámbitos antitéticos o complementarios ha sido, y sigue siendo, inagotable. El pensamiento feminista insiste en la necesidad de tender puentes entre ellos a la vez que defiende los plurales significados de la esfera privada. En este sentido, la historia de las mujeres ha analizado las conexiones entre ambos espacios, resaltando que las aportaciones discursivas, las experiencias y las prácticas de vida producidas en el ámbito privado inciden, de forma absolutamente central, en el espacio público, y viceversa. Por una parte se ha reivindicado la inclusión de las mujeres en la ciudadanía en aras de un universalismo que no es igualitario ni en la teoría ni en la praxis; por otra se han destacado las capacidades y actividades femeninas en los espacios públicos y privados como elementos básicos para que las féminas adquieran plenos derechos.⁴ Hannah Arendt se ha ocupado en profundidad de esta cuestión en su libro *La condición humana*. En él resalta que el espacio público es el lugar de lo visible, de la pluralidad, la publicidad, el reconocimiento, la exposición y el riesgo, originando, entre otras cualidades asociadas a dicha esfera, el coraje, el heroísmo, la disciplina, el brillo, la excelencia y la fama; por el contrario, el ámbito privado o pre-político remite al hogar, a lo oculto, lo invisible, a la reproducción biológica, social y cultural, estando sometido a visibles jerarquías patriarcales, influencias políticas y creencias religiosas.⁵

De este modo, en una concepción amplia de la historia social, la historia cultural y la historia política, el género actúa como elemento transversal y origina unas relaciones desiguales de poder marcadas por equilibrios, desequilibrios y negociaciones. Por ello el análisis en clave de género de la ciudadanía, los derechos humanos y los derechos de las mujeres no puede ser considerado un tema puntual o complementario sino fundamental en la escritura de la Historia.⁶

En este sentido, el tema que aquí se plantea tiene diferentes lecturas en el plano historiográfico. Algunos estudios realizados sobre el papel de las mujeres en los conflictos bélicos coinciden al señalar que los procesos de emancipación femenina suelen sufrir un freno en tales coyunturas. Así lo sostienen Françoise Thébaud, Christine Bard y Anna Bravo, entre otras historiadoras, para quienes las guerras, las posguerras y los ciclos contrarrevolucionarios truncan los derechos de las mujeres y refuerzan los estereotipos tradicionales de género.⁷ Luc Capdevila mantiene que los

³ Mary WOLLSTONECRAFT: *Vindicación de los derechos de la mujer* (ed. Isabel Burdiel), Madrid, Cátedra, 1994.

⁴ Carole PATEMAN: *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995.

⁵ Hannah ARENDT: *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 43-47 y ss.

⁶ María Dolores RAMOS: "Historia de las mujeres y género. Una mirada a la época contemporánea", *Revista de Historiografía*, 22 (2015), pp. 211-233.

⁷ Françoise THEBAUD: "La Primera Guerra Mundial: ¿la era de la mujer o el triunfo de la diferencia sexual?", en Íd. y Michele PERROT (dirs.), *Historia de las mujeres. 5. El siglo XX*. Madrid, Ed. Taurus, 1993, pp.45-106; Christine BARD y Françoise THÉBAUD: "Los efectos antifeministas de la Gran Guerra", en Christine BARD (ed.), *Un siglo de antifeminismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp.129-143. Anna BRAVO: "Guerre e mutamenti nelle strutture di genere", *Italia contemporanea*, 195,(1994), pp. 367-374.

conflictos bélicos permiten a las mujeres irrumpir en lo público y transgredir, parcialmente, los papeles de género, sin que sufran por ello menoscabo las identidades masculinas.⁸ Desde otras perspectivas analíticas se ha subrayado que las contradicciones entre los elementos de ruptura presentes en la actuación de heroínas y milicianas, la formación de batallones militares femeninos, el papel de las espías y el de las luchadoras antifascistas, y las “continuidades” que conforman las pautas de género tradicionales.⁹ Especial relevancia adquieren las violaciones femeninas como arma de guerra, es decir las derrotas infringidas al enemigo en el cuerpo de las mujeres, hecho que conlleva, más allá del dolor y de la humillación de las víctimas, la profanación de una “propiedad”, un golpe al honor masculino, incluso un sentimiento de menosprecio hacia los varones que no fueron suficientemente hombres para defender a las víctimas.¹⁰

El objetivo de estas páginas es analizar, utilizando como referente la trayectoria política de Victoria Kent Siano (1892-1987), el papel de las mujeres republicanas durante la Guerra Civil de 1936-1939 y su relación con los feminismos desarrollados en España en el primer tercio del siglo XX. El movimiento de emancipación de las mujeres, vinculado en gran medida a las culturas políticas republicanas, socialistas y libertarias, había logrado un importante refrendo a comienzos de los años treinta, cuando las españolas obtuvieron los derechos políticos, la igualdad civil y sustanciales derechos sociales. Pero la sublevación del 18 de julio y el desarrollo del conflicto armado supusieron un giro radical en la lucha por la ciudadanía, los derechos humanos y la democracia, que afectó en gran medida a la población civil y, de manera específica, a las mujeres, que se vieron privadas en la zona rebelde de las conquistas legales que habían alcanzado en el primer bienio republicano, o debieron readaptar sus roles y prácticas de vida en la España republicana. Debido al nuevo orden de prioridades establecido los feminismos se truncaron o alteraron. A la vez que se producía una fuerte polarización política, el término “republicanas” adquiriría nuevos significados, abarcando a las afiliadas y simpatizantes de todas las fuerzas progresistas: socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas de diferentes tendencias y republicanas propiamente dichas. Algunas, como Victoria Kent,¹¹ optaron por una tercera vía de corte reformista. Mientras tanto, la propaganda franquista insistía, desde una óptica profundamente anticomunista, en agrupar a sus

⁸ Luc CAPDEVILA: “Identités masculines et féminines pendant et après de la guerre”, en E. Morin-Rotureau (dir.), *1939-1945. Combats des femmes. Françaises et allemandes, les oubliées de la guerre*. Paris, Autrement, 2001, pp. 199-220.

⁹ Ana AGUADO y María Dolores RAMOS: *La modernización de España 1917-1939. Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2002.

¹⁰ Brigitte TERRASON: “Las violaciones de guerra y las mujeres en Francia durante el primer conflicto mundial, 1914-1918”, en Mary NASH y Susana TAVERA (eds.), *Las mujeres y las guerras. El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la contemporánea*, Barcelona, Icaria, 2003, pp. 308-325; George L. MOSSE: *Fallen soldiers. Reshaping the memory of the World wars*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.

¹¹ María Dolores RAMOS: *Victoria Kent (1892-1987)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1988; Zenaida GUTIÉRREZ VEGA: *Victoria Kent. Una vida al servicio del humanismo liberal*, Málaga, Universidad de Málaga, 2001; Miguel Ángel VILLENA: *Victoria Kent. Una pasión republicana*, Madrid, Debate, 2006.

adversarias políticas bajo el nombre de “rojas”¹² por lo que muchas militantes perderían su identidad política y desaparecerían de la memoria.¹³

Las posiciones del feminismo republicano se vincularon a la lucha antifascista y al “maternalismo” cívico de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, la Unió de Dones de Cataluña, la Unión de Muchachas y Aliança de las Dones Joves de Cataluña, entidades donde convivían mujeres republicanas, socialistas y comunistas, aunque la orientación política estuviera desde sus orígenes en manos de las últimas.¹⁴ Por otra parte, a medida que avanzaba la guerra, la organización libertaria Mujeres Libres y el Secretariado Femenino del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), fueron incrementando también la realización de tareas asistenciales y de cuidado en la retaguardia. Aunque la Agrupación había incorporado a su programa reivindicaciones como el derecho de las mujeres a la educación, la cultura y el trabajo, la igualdad salarial y la participación femenina en la vida pública, estas cuestiones pasaron a un segundo plano ante la necesidad de priorizar la defensa de la República y la lucha por la democracia. Por ello, a corto plazo, no contempló ninguna medida revolucionaria para las mujeres, sino que potenció sus funciones públicas y domésticas mediante la realización de actividades encuadradas en las llamadas “brigadas de conservación” (apertura de guarderías, cuidado de la infancia, asistencia de las personas heridas y refugiadas y organización de talleres de costura). Por otra parte, la organización de “brigadas de choque” potenció la incorporación femenina a los trabajos extradomésticos: transportes públicos, siderurgia y fabricación de armas, entre otros. Las mujeres formaron también “brigadas publicitarias” desde las que promovieron la organización y participación en mítines, la confección de octavillas y la difusión de carteles. Por último, jugaron un activo papel en las “brigadas de defensa urbana” participando en las tareas de construcción de barricadas. La organización libertaria Mujeres Libres sumaría a estas experiencias una doble lucha encaminada a lograr la revolución social y la emancipación femenina, por entender que sin la segunda la primera quedaría seriamente limitada.¹⁵

Esta perspectiva otorgan visibilidad a una concepción de la ciudadanía basada en un modelo de actividad política que prioriza las actividades de atención y cuidado.¹⁶ frente al individualismo liberal, predominantemente masculino y vinculado a la “ética de la justicia” o de lo público. Muestran las tensiones surgidas entre las demandas igualitarias y las consecuencias políticas de la diferencia entre los sexos, y hacen visibles a dirigentes como Victoria Kent, cuya trayectoria política ha quedado oscurecida por la fama de otras líderes, entre las que se cuentan Dolores Ibárruri y Federica Montseny, y por su relativa lejanía del foco mediático durante el tiempo en que ocupó el cargo de secretaria de la Embajada de España en Francia. En todo caso, esas

¹² Mónica MORENO SECO. “Republicanas y República en la Guerra Civil”, en María Dolores RAMOS (ed.), *República y republicanas en España*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 165-195.

¹³ Mirta NÚÑEZ DÍAZ-BALART: “La represión antirrepublicana. La memoria dispersa, la huella liberada”, en *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*, Madrid, CIERE, 2004, p. 232.

¹⁴ Mary NASH: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra civil*, Madrid, Taurus, 1999.

¹⁵ Mary NASH: *Mujeres Libres. España, 1936-1939*, Barcelona, Tusquets, 1975.

¹⁶ Gisela BOCK y Pat THANE (eds.): *Maternidad y políticas de género. La mujer en los Estados de Bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra, 1996.

tensiones no surgieron de la nada sino que estaban presentes en los diferentes feminismos generados durante las tres primeras décadas del siglo XX, como se verá a continuación.

El republicanismo feminista en España: del laicismo al sufragismo (1900-1931)

El estudio de las genealogías republicanas femeninas muestra los sucesivos eslabones de la cadena establecida entre las pioneras y sus sucesoras, revela sus aprendizajes, tradiciones, experiencias, estrategias y transformaciones, resaltando la necesidad de recuperar retazos desconocidos de su memoria individual y colectiva. No fue un hecho fortuito que el liberalismo postulara la libertad individual y la neutralidad del yo, negara las redes de privilegio como “cosas del pasado” y, paralelamente, condenara a las mujeres y a otros colectivos sociales a los márgenes de la esfera pública, donde los sujetos subalternos han protagonizado numerosas rebeldías ignoradas por la historia hasta hace unas décadas.

La necesidad de recuperar las voces, identidades y experiencias de las mujeres en el marco de variadas tradiciones políticas (desde los liberalismos y republicanismos a los obrerismos marxistas y anarquistas) ha llevado a investigar la trayectoria de las militantes republicanas, desde los primeros núcleos utopistas, federales e internacionalistas a las activistas del período de la Restauración, que unieron las enseñanzas recibidas de sus antepasadas con la libertad de pensamiento, la moral racionalista, la impugnación del utilitarismo burgués y unas experiencias de vida que se consideraban “raras” desde el punto de vista del modelo hegemónico de feminidad y los roles asignados a las “ángelas del hogar”.¹⁷

En las primeras décadas del siglo XX las republicanas españolas comprendieron que el fin de siglo era una etapa de contradicciones, una encrucijada que permitía la salida a la luz de nuevos sujetos políticos y culturales opuestos a las viejas ideologías e inclinados a defender un concepto de república revolucionaria, social y radical. Durante esos años emergió una conciencia política comprometida con la necesidad de subvertir el orden instituido y un ansia de renovación estética que otorgaba a la esfera del arte y la bohemia un valor supremo y cosmopolita. Ambos aspectos potenciaron la construcción de espacios culturales librepensadores, antimilitaristas y feministas en los que las mujeres estuvieron muy presentes y formaron importantes redes. En esos espacios se combatieron los discursos hegemónicos sobre la monarquía, la iglesia, el trabajo, el matrimonio y la prostitución, se revitalizaron el lenguaje y las prácticas de vida, las narrativas de emancipación y las rebeldías femeninas, proceso que adquirió gran trascendencia en las dos primeras décadas del siglo XX.¹⁸

¹⁷ Gloria ESPIGADO: “Las primeras republicanas en España: prácticas y discursos identitarios (1868-1874)”, *Historia Social*, 67 (2011), pp. 75-91; Luz SANFELIU: *Republicanas. Identidades de género en el blasquismo*, Valencia, Universidad de Valencia, 2005; María Dolores RAMOS: “La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo”, en María Dolores RAMOS (ed.), *República y republicanas en España*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 45-74.

¹⁸ Iris M. ZAVALA: “Modernidades sexualizadas”, en Tina ESCAJA (comp.), *Delmira Agustini y el modernismo. Nuevas propuestas de género*, Rosario (Argentina), Beatriz Viterbo Editora, 2000, p.110 y ss.

Francia fue un referente para las republicanas españolas, que trataron de fortalecer la sociedad civil mediante prácticas culturales que confirieran identidad pública a los dos sexos.¹⁹ Como ha señalado Julio de la Cueva, la ritualización de lo social en el campo del republicanismo representa un ciclo perfectamente ordenado de fiestas y conmemoraciones entendido como un proceso sociológico y una empresa política.²⁰ Coherentes con estos objetivos, las militantes republicanas participaron en manifestaciones cívicas, contribuyeron a la secularización del tiempo mediante la difusión de calendarios laico-civiles y organizaron mítines, conferencias, meriendas políticas, grupos de teatro, orfeones y sesiones de lectura para reforzar las identidades colectivas.²¹ Estas actuaciones potenciaron su compromiso político, cultural y ético, consolidando un universo simbólico que provocó renovadas rupturas con lo canónico. El hecho de que muchas mujeres reconvirtieran la ética del cuidado en una vocación de “servicio público” ligada al bien común repercutió favorablemente sobre su autonomía y su autoestima, logrando que adquirieran cada vez mayor conciencia del valor de la libertad.²² Sin duda se había producido un movimiento de equilibrio entre los sexos que si bien no sirvió para que se superaran las normas hegemónicas de género, contribuyó a revelar a la opinión pública que la igualdad entre hombres y mujeres era un problema político y no una cuestión privada. En ese proceso las mujeres vinculadas a las culturas republicanas, conscientes de los males que habían detectado en la esfera pública y del peso de las desigualdades sexuales, trataron de materializar sus principios políticos. Su lucha por la libertad, la igualdad y la “felicidad pública” les reveló su propia subordinación al patriarcado y la necesidad de un compromiso feminista que se basó, hasta el estallido de la primera Guerra Mundial, en la reivindicación de derechos sociales como la educación, el trabajo y las prestaciones relacionadas con la enfermedad, los accidentes laborales y la maternidad.

Sin embargo, al amparo de los nuevos discursos y las prácticas sociales desarrollados durante conflicto bélico se recondujeron los objetivos secularizadores de las republicanas, que se centraron centrados en la posguerra en la reivindicación de sus derechos políticos y civiles. La transición se hizo de forma gradual en Madrid, Barcelona, Valencia y otras ciudades que contaban con asociaciones feministas desde hacía dos décadas y supuso en unos casos la refundación de dichas entidades y en otros la organización de otras nuevas.²³ Este hecho contribuyó a dar continuidad

¹⁹ Helena BÉJAR: *El corazón de la República. Avatares de la virtud pública*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 102 y ss.; Jacqueline LAULETTE: *La libre pensée en France. 1848-1910*, París, Albin Michel, 1997, pp. 296-332.

²⁰ Julio De LA CUEVA MERINO: “La democracia frailofoba, democracia, democracia liberal y anticlericalismo”, en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La Restauración entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 267-271.

²¹ *El Gladiador* (Barcelona), nº 4, 28 de agosto de 1906 y nº 18, 27 de julio de 1907; *La Conciencia Libre* (Málaga), segunda época, año I, nº 5, 29 de diciembre de 1905 y año II nº6, 6 de enero de 1906.

²² Victoria CAMPS: *Virtudes públicas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993, pp.102-103.

²³ Concha FAGOADA: “La herencia laicista del movimiento sufragista”, en Ana AGUADO (coord.), *Las mujeres entre la historia y la sociedad contemporánea*, Valencia, Generalitat de Valencia, 1999, pp. 105-107; Luz SANFELIU: “Del laicismo al sufragismo. Marcos conceptuales y estrategias de actuación del feminismo republicano entre los siglos XIX y XX”, en María Dolores RAMOS y Mónica MORENO (coord.), *Mujeres y culturas políticas, Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2008), pp. 27-56.

al movimiento de mujeres y dinamizó el salto cualitativo que estaba a punto de producirse, aunque en los años veinte el sufragismo español fuese débil en relación con el registrado en los países anglosajones. La petición de derechos políticos femeninos fue formulada por primera vez durante la celebración en Barcelona del Congreso Universal de la Libertad en 1913, en un acto protagonizado por la dirigente republicana Ángeles López Ayala (1858-1926). Casi a la par la Sociedad Progresiva Femenina (1898-1923), la Sociedad Concepción Arenal de Valencia y los periódicos *El Gladiador del Libre Pensamiento* (Barcelona, 1913-1919) y *Redención* (Valencia, 1915-1923) llevaron a cabo acciones coordinadas para constituir la Liga Española para el Progreso de la Mujer, que en 1919 envió a las Cortes la petición del voto femenino mientras se debatía el proyecto de ampliación del sufragio promovido por el conservador Burgos y Mazo.²⁴

Ese mismo año surgía una “red de redes” que aglutinaría a las entidades del feminismo republicano. A la Sociedad Progresiva Femenina, la Asociación Concepción Arenal y la Liga Española para el Progreso de la Mujer se unieron la Asociación Nacional de Mujeres Españolas y su filial la Juventud Universitaria Feminista -a la que pertenecieron Victoria Kent y Clara Campoamor, entre otras republicanas- y la Asociación La Mujer del Porvenir.²⁵ Así surgió un “nosotras” sufragista que enlazaba con el “nosotras, mujeres racionalistas”, de la etapa que se estaba cerrando, y el “nosotras, mujeres, nosotras, sansimonianas, nosotras, proletarias”, de las pioneras.²⁶ La defensa de la emancipación femenina, la libertad y la igualdad, así como la necesidad de derogar las leyes discriminatorias constituyeron un importante capital político en clave femenina, que pasaría de generación a generación e inscribiría sus huellas en las culturas de izquierdas y en las corrientes feministas.

El ingreso de las mujeres en la Universidad a partir de 1910, la concesión de pensiones por parte de la Junta de Ampliación de Estudios a maestras y profesoras para que realizaran estudios en el extranjero, la apertura de la Residencia de Señoritas, dirigida por María de Maeztu (1881-1948), donde se formó Victoria Kent en el espíritu institucionista, y posteriormente la fundación del Lyceum Club hablan de una generación de mujeres de las clases medias urbanas que al final de los años veinte dieron el salto a las profesiones liberales, la política y la gestión.²⁷ El sufragismo español organizó numerosos debates sobre el voto, la reforma del Código Civil y la República,²⁸ con el respaldo de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (1918) su filial, la Juventud Universitaria Femenina, y la Unión de Mujeres Españolas (1919), que fue impulsada, entre otras dirigentes, por la escritora socialista María Lejárraga y la periodista federal Magda Donato (1898-1966). Sin embargo el establecimiento de contactos con la *International Women's Suffrage*

²⁴ Concha FAGOADA: ‘La herencia laicista...’, p. 106.

²⁵ *Ibidem*, p. 107.

²⁶ *Las Dominicales* (Madrid), 29 de marzo de 1901.

²⁷ Carmen DE ZULUETA y Alicia MORENO: *Ni convento ni college. La Residencia de Señoritas*, Madrid, CSIC, 1993; Concha FAGOADA: ‘El Lyceum Club de Madrid, élite latente’, en Danièle BUSSY-GENEVOIS (dir.), *L’espagnole dans l’histoire. Une sociabilité démocratique (XIX-XX siècles)*, Saint Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 2002, pp. 145-167.

²⁸ *La Tribuna* (Madrid), 18 de febrero de 1920; *El Mundo* (Madrid), 19 de abril de 1920; *España* (Madrid), 21 de agosto de 1920.

Alliance (IWSA) produjo desencuentros y rivalidades entre la Asociación Nacional de Mujeres Españolas y la Unión de Mujeres Españolas.²⁹ Hay que recordar al respecto que el concepto “mujeres” no presupone una identidad fija ni homogénea, sino que se construye en el campo de las experiencias políticas, culturales y de clase en función de variadas tradiciones. En cualquier caso, el hecho de que la ciudadanía femenina se consolidara en 1931, tras la obtención de los derechos políticos y otras reformas civiles y sociales, tuvo mucho que ver con la presión de los grupos feministas, que si bien no lograron grandes movilizaciones de masas, como había ocurrido en otros países, contribuyeron a concienciar a un segmento de las mujeres de las clases medias de la necesidad de luchar por sus derechos.³⁰

Victoria Kent Siano y el feminismo republicano en los años treinta. Sufragio, frentepopulismo y maternalismo cívico

Un tema que precisa ser investigado en profundidad es el de las relaciones establecidas entre el Estado y los diferentes feminismos durante la Segunda República (1931-1939). Sin embargo, a la espera de las aportaciones que den repuesta a ese objetivo, se podría adelantar que fueron unas relaciones conflictivas en las que se implicaron numerosos colectivos de mujeres, partidos, gobiernos, sindicatos y agentes sociales, saldándose en muchos casos con reivindicaciones y movilizaciones dirigidas a combatir la desigualdad sexual.³¹ Aunque esas acciones repercutieron en la legislación, las estructuras jurídicas y los programas de gobierno, la lucha por la emancipación femenina dio paso a otras prioridades en el “bienio conservador” y, sobre todo, en la guerra civil, etapa en la que la defensa de la República y la resistencia antifascista pasaron a ocupar el primer plano.

La ciudadanía femenina fue uno de los grandes logros obtenidos en el periodo constituyente, no sin grandes tensiones y debates dentro y fuera de las Cortes. Sin entrar en un tema que es ampliamente conocido, hay que resaltar dos posturas políticas y estratégicas. Por una parte, la defensa de la igualdad como baluarte de una república democrática tuvo en Campoamor a su gran valedora, con el apoyo de las asociaciones sufragistas, que se oponían a que la Constitución estableciera privilegios de género;³² por otra, los argumentos relacionados con el principio de oportunidad política y la necesidad de un aplazamiento fueron esgrimidos por Victoria Kent en el Parlamento y por Margarita Nelken, que no había tomado aún posesión de su escaño, en la prensa. Pese a estas diferencias, las tres parlamentarias compartían militancia en las asociaciones de

²⁹ *El Sol* (Madrid), 26 de diciembre de 1919.

³⁰ Luz SANFELIU: “Del laicismo al sufragismo”, p. 60.

³¹ Ángela MUÑOZ y María Dolores RAMOS: “Mujeres, política y movimientos sociales. Participación, contornos de acción y exclusión”, en Cristina BORDERÍAS (ed.), *La historiade las mujeres. Perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria, 2009, pp. 69-131.

³² Rosa CAPEL: *El sufragio femenino en la Segunda República*, Madrid, Horas y Horas, 1992; Mary NASH: “Género y ciudadanía”, en Santos JULIÁ (ed.), *Política en la Segunda República*, Madrid, Marcial Pons, 1996, pp. 241-258.

mujeres y se consideraban feministas. Algo que las separaba de los diputados que se escudaron en posiciones misóginas, retrógradas y recalcitrantes para oponerse al sufragio femenino.³³

Evidentemente, el feminismo había adquirido en los años treinta numerosos significados en función de sus objetivos, tácticas y estrategias. Pero con independencia de la perspectiva en que se sustentara –interclasista, obrera, igualitaria o diferencial, por citar algunas-, sus defensoras luchaban por la equiparación de derechos con los hombres, o resaltaban las virtudes femeninas como el principal valor de una concepción de la ciudadanía ligada a la “ética del cuidado”, es decir a los problemas concretos de la gente, frente a las grandes abstracciones del liberalismo. En todo caso, el feminismo produjo numerosos procesos de concienciación. La ampliación del sufragio en 1931 impulsó la creación de secciones femeninas en los partidos republicanos y llevó a muchas mujeres a sus filas. Así ocurrió en las Agrupaciones Femeninas del Partido Unión Republicana Autonomista (PURA) en Valencia, de incidencia blasquista, donde militaban en los años treinta algunas veteranas feministas que habían protagonizado el tránsito del laicismo al sufragismo en la década anterior, como las hermanas Amalia y Ana Carvia Bernal. Así sucedió también en los grupos de Mujeres Federales, encabezadas por Belén Sárraga y Magda Donato, y otros colectivos femeninos: la Asociación de Mujeres Republicanas, dirigida por Blanca Ramírez, y la Unión Republicana Femenina, fundada por Clara Campoamor con la finalidad de politizar a las españolas, luchar por sus derechos y divulgar los principios pacifistas.³⁴

Sin duda una de las consecuencias de la llegada al poder de las clases medias fue la producción de para respaldar las prácticas políticas y sociales regeneracionistas y laicas. Estos aspectos estuvieron muy presentes en el “feminismo consciente” de Victoria Kent durante la Segunda República y la Guerra Civil. Un feminismo pausado y teñido de humanismo que buscaba la igualdad entre los sexos, defendía la dignidad de las mujeres y resaltaba la importancia de la maternidad biológica, cívica y social, siempre alerta a los problemas de la sociedad y el entorno.³⁵ De ahí los múltiples compromisos que la abogada malagueña suscribió a lo largo de su vida, patentes en su lucha por los derechos humanos, femeninos e infantiles. Compromisos que ella puso en relación con las reformas del régimen republicano, aceleradas o desaceleradas en función de las coyunturas, las ideologías, los pactos y acuerdos programáticos.

La Segunda República legisló por vez primera sobre cuestiones relacionadas con la esfera privada y la familia, tratando de extender la igualdad en esos ámbitos. El matrimonio civil, el reconocimiento de los hijos e hijas de madres solteras, o nacidos fuera del matrimonio por otras

³³ Clara CAMPOAMOR: *El voto femenino y yo. Mi pecado mortal*, Barcelona, La Sal, Edicions de Les Dones, 1981 y Ana AGUADO: “Entre lo público y lo privado: sufragio y divorcio en la Segunda República”, en María Dolores RAMOS (ed.), op. cit., pp. 112-119.

³⁴ Gloria NÚÑEZ PÉREZ: *Madrid, 1931. Mujeres entre la permanencia y el cambio*, Madrid, Horas y Horas, 1993; Rosa DASÍ ASENSI: “La integración política de las mujeres valencianas. El PURA”, en *Las mujeres y la Guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales- Ministerio de Cultura, 1991, pp. 74-79; Mónica MORENO SECO: “Republicanas...”, pp. 174-175; Luz SANFELIU: “Educar para la democracia. Las Agrupaciones Femeninas Republicanas en la Segunda República”, en Ana AGUADO y Luz SANFELIU (eds.), *Caminos de democracia. Ciudadanías y culturas democráticas en el siglo XX*. Granada, Comares, 2014, pp. 225-241.

³⁵ Victoria KENT: “Feminismo consciente”, *Gaceta Ilustrada* (Madrid), nº 1097, 16 de octubre 1977.

circunstancias, y el divorcio—el más avanzado de Europa en aquellos años—, contribuyeron a equilibrar las relaciones sociales de género y a mejorar la vida de las mujeres. Hay que recordar que la tensión entre el ser y el querer ser es característica de las épocas de cambio y de los personajes que, abocados a cruzar esa frontera, recogen sobre sí mismos las contradicciones del momento histórico y son protagonistas de estrategias personales y colectivas nuevas y arriesgadas. A la luz de este enunciado se explica la posición de Victoria Kent sobre el sufragio femenino, su encendida defensa del artículo 23 de la Constitución sobre la igualdad entre los sexos, del artículo 25 sobre la libertad de conciencia, el artículo 29 sobre la secularización de la sociedad, el artículo 43 sobre la investigación de la paternidad y la protección de la maternidad y la infancia, y el artículo 46 sobre la igualdad salarial de mujeres y hombres, así como su implicación en el proyecto de ley que ratificaba y ampliaba el decreto de amnistía de febrero de 1936.³⁶

Prototipo de mujer ilustrada, independiente y moderna,³⁷ Kent ejerció la abogacía, desempeñó el cargo de Directora General de Prisiones (1931-1932) y revolucionó las teorías y prácticas penitenciarias vigentes en España. Siguiendo el ejemplo de Concepción Arenal, entendía que la cárcel debía ser un centro de rehabilitación donde se pusieran en práctica medidas educativas y regeneradoras.³⁸ Más allá del tiempo convulso que le tocó vivir, de las grandes rupturas que marcaron a su generación, de la guerra, la persecución y el exilio, defendió siempre su actuación al frente de las cárceles y apoyó la reforma penitenciaria de signo democrático que comenzó a gestarse en la Transición.³⁹ Si relacionamos las categorías “identidad”, “diferencia” y “representación” quizá podamos entender algunos de los comentarios que corrieron en los años treinta sobre su actuación al frente de la Directora General de Prisiones. Por ejemplo el rumor sobre “sus cualidades viriles”⁴⁰, avivado por su determinación a la hora de poner en práctica las medidas penitenciarias, algo que contradecía la “pasividad” de las mujeres.⁴¹ Hay que recordar al respecto que las construcciones de género, la cultura y el lenguaje confieren significados diferentes al signo “hombre”, que representa la norma, la acción y la “perfección”, y el signo “mujer”, que simboliza lo otro: la desviación, la pasividad, la “imperfección”. Si el hecho de afrontar la modernización de las cárceles se consideraba, desde el punto de vista de los estereotipos de género tradicionales, una

³⁶ Zenaida GUTIERREZ VEGA: op. cit., pp. 62-69.

³⁷ Susan KIRKPATRICK: *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid, Cátedra, 2003; Shirley MANGINI: *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Barcelona, Península, 2001; María Dolores RAMOS: “La construcción cultural de la feminidad en España. Desde el fin del siglo XIX a los locos y politizados años veinte y treinta”, en Mary NASH (ed.), *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*. Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 21-45.

³⁸ Victoria KENT: “Una reforma penitenciaria”, *Tiempo de Historia*, 17 (1976), pp. 4-10; María TELO NÚÑEZ: *Concepción Arenal y Victoria Kent: las prisiones, su vida, su obra*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1995.

³⁹ Victoria KENT: “Prisiones y prisioneros”, *El País* (Madrid), 27 de mayo de 1977 y “Una nueva vocación”, *El País* (Madrid), 1 de noviembre de 1979.

⁴⁰ María Dolores RAMOS: “Tiempo de reformas y memoria histórica. La situación penitenciaria en la Segunda República”, en Francesco SAVERIA FESTA y Rosa María GRILLO (eds.), *La Spagna degli anni '30 di fronte all'Europa*. Roma, Antonio Pellicani Editore, 2001, pp. 113-128.

⁴¹ Nelly RICHARD: “Feminismo, experiencia y representación”, *Revista Iberoamericana*, 106-107 (1996), pp. 733-744.

empresa impropia del sexo femenino, la forma en que Victoria Kent la llevó a cabo no estaba tampoco al alcance de la mayoría de los hombres. Diseñó la cárcel del siglo XXI en un país que a duras penas había dejado atrás el siglo XIX,⁴² llevando al límite su “feminismo consciente”. Fiel a las teorías del penalista sueco Erikson sobre las “prisiones de familia”, suprimió grilletes, aprobó los permisos de salida, los encuentros íntimos y la mejora de las condiciones de vida en las cárceles; creó el Cuerpo Femenino de Prisiones para sustituir a las Hijas de la Caridad y construyó la Cárcel de Mujeres de Ventas, que se consideró un centro modélico por sus instalaciones y por su funcionamiento.⁴³

Pero no fue ésta la única ocasión en que la dirigente republicana estuvo en boca de la gente por su “virilidad”. Su decisión de encerrarse a solas con los amotinados del Penal del Dueso, a los que conminó a dejar las armas en el suelo, dio mucho que hablar.⁴⁴ Voluntariamente se situó en una peligrosa línea fronteriza de la que salió airoso. Los reclusos dieron marcha atrás. Kent atendió sus reivindicaciones y compartió un almuerzo con ellos. El hecho de mostrar esa valentía la situó al margen del modelo de feminidad hegemónico y también del “sentido común”, que en las sociedades patriarcales se construye a partir de un consenso, compartido pero inestable, que genera situaciones de tensión y conflicto. En España, país en el que la presencia de activistas femeninas había sido casi inexistente hasta bien entrados los años veinte, el hecho resultaba chocante. La denominación “tierras republicanas” y los calificativos de “extrañas” y “transgresoras” que recibieron Victoria Kent y otras líderes políticas reflejan las trabas que condicionan las formas de gestionar los asuntos públicos en la sociedad patriarcal y muestran que el lenguaje tiene, entre otras funciones, el poder de agredir.⁴⁵ En este sentido Rosi Braidotti enfatiza que los temas ligados directa o indirectamente al género, la sexualidad y la reproducción, tan ligados a las estrategias de poder, han sido uno de los campos de batalla de las luchas feministas, señalando que los proyectos de las mujeres, incluso los más igualitarios, se definen desde la diferencia en tres niveles: entre hombres y mujeres, entre las mujeres y, por último, en el interior de cada mujer.⁴⁶

Estos niveles resultan clarificadores para analizar la evolución del feminismo republicano durante la guerra civil, como se verá a continuación. El contexto bélico potenció en la España republicana la necesidad de desarrollar perspectivas reformistas o revolucionarias en el plano social, en el de la cultura y los derechos humanos, gravemente dañados en 1934 con motivo de la represión que siguió a la Revolución de Octubre. Hay que hacer notar también la extrema politización desarrollada, motivo por el que los frentes y la retaguardia se convirtieron en grandes espacios de confrontación, sumamente ideologizados, donde los partidos, las asociaciones femeninas, las organizaciones civiles, los intelectuales y la gente corriente manifestaban a diario su compro-

⁴² Michel FOUCAULT: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.

⁴³ Victoria KENT: “Una reforma penitenciaria”, pp. 4-10.

⁴⁴ *La Vanguardia* (Barcelona), 7 y 8 de octubre de 1931.

⁴⁵ Hannah ARENDT: op. cit., p. 47 y ss.

⁴⁶ Rossi BRAIDOTTI: *Sujetos nómades*. Buenos Aires, Paidós, 2000; Joan W. SCOTT: “La experiencia como prueba”, en Neus CARBONELL y Meri TORRAS (comp.), *Feminismos literarios*. Madrid, Arco/Libros, 2000, pp. 77-112; Ana María BOSH: *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires, Biblos, 2010.

miso con la República, el antifascismo, la democracia y la revolución; mientras tanto en la zona franquista los sublevados defendían los valores falangistas, católicos, conservadores y monárquicos. El proyecto de revolución social en la España republicana fue acompañado por una revolución cultural que incidió en las clases trabajadoras y en las campañas de instrucción pública y alfabetización de la población infantil y adulta. La cultura se consideró un arma de concienciación cívica, republicana, antifascista o revolucionaria.⁴⁷ Obviamente tanto la guerra a secas como el intento de llevar a cabo la revolución incidieron en la vida cotidiana, el paisaje de ciudades y pueblos, las pautas de conducta y las relaciones personales. En la retaguardia, sumida en la escasez, la especulación, el hambre y las colas, a las mujeres les correspondió la responsabilidad de resistir, atender a sus familias y a las familias ajenas, y hacerse cargo de los trabajos productivos y domésticos, mientras crecía la necesidad de cuidar a las personas enfermas, heridas, desvalidas y desplazadas.

Partiendo de estas experiencias hay que reflexionar sobre la fuerte densidad semántica de la noción de ciudadanía, más allá de la clásica definición de Marshall, que incluye, como es sabido, los aspectos políticos, sociales y económicos.⁴⁸ El pensamiento feminista ha elaborado otras interpretaciones en relación con este asunto. Así, el maternalismo o feminismo relacional, difundido por la sueca Ellen Kay a comienzos del siglo XX, subraya la importancia del rol materno como un valioso elemento para la nación y el espacio político. Tras su consolidación en las coyunturas de las dos guerras y posguerras mundiales, así como en el conflicto civil de 1936-1939, el maternalismo experimentó una etapa de declive en los años sesenta y setenta, coincidiendo con la extensión del movimiento de liberación de las mujeres y el feminismo radical, reactivándose dos décadas después. Otra autora feminista, Jean Elshtain, sostiene también que los valores implícitos en la ética del cuidado deben proyectarse en la esfera pública y postula la necesidad de redefinir la política a partir de las cualidades mostradas por las mujeres en los espacios privados: laboriosidad, generosidad, capacidad de mediación y administración, flexibilidad y pluriactividad, entre otras. Asimismo, considera que las experiencias reproductivas –biológicas, sociales o culturales– desencadenan formas de conciencia y procesos de aprendizaje muy útiles para transformar la sociedad. En una línea de pensamiento similar, la republicana y feminista francesa Hubertine Auclert ya había postulado en la primera década del siglo XX que el Estado, en vez de devorar «la sangre o los recursos de los ciudadanos a través de impuestos y guerras [tenía que] alimentar a sus gentes ofreciendo seguridad o trabajo a las personas sanas, y ayuda a los niños, los ancianos, los enfermos y los incapacitados».⁴⁹

La Guerra Civil redefinió en la España republicana la relación entre masculinidad y feminidad en términos materiales y simbólicos, consolidando el papel de las mujeres en unos escenarios en los que se constatan continuidades y cambios. Así, la figura de la miliciana coexistió con el arquetipo de “madre heroica” en la retaguardia. La Agrupación de Mujeres Antifascistas y la

⁴⁷ Ana AGUADO y María Dolores RAMOS: op. cit., p. 224 y ss.

⁴⁸ Theodore H. MARSHALL: “Ciudadanía y clase social”, *Revista de Investigaciones Sociológicas*, 79 (1997), pp. 297-344.

⁴⁹ Hubertine AUCLERT: *La Citoyenne. 1848-1914*. París, Syros, 1982, p. 41.

Unió de Dones de Cataluña, con sus movimientos juveniles respectivos, la Unión de Muchachas y la Aliança Nacional de la Dona Jove, priorizaron, como ya se ha dicho, la defensa de la República y la necesidad de ganar la guerra, manteniéndose fieles a la consigna: “los hombres al frente, las mujeres a la retaguardia”. La organización libertaria Mujeres Libres, fundada en 1936 por Amparo Poch y Gascón, Mercedes Copaposada y Lucía Sánchez Saornil, era partidaria de mantener una doble lucha contra la explotación económica y la subordinación femenina. Llegó a tener 20.000 afiliadas en 1938 y se vio condicionada, a medida que avanzaba el conflicto armado, a asumir cada vez más tareas asistenciales, poniendo énfasis en sus alocuciones, folletos y octavillas en la necesidad de ejercer la maternidad consciente.⁵⁰ Evidentemente, en el periodo bélico no se cuestionó la hegemonía patriarcal pero en cambio se produjeron significativas modificaciones en las relaciones sociales de género en las grandes ciudades como Madrid, Barcelona o Valencia, no así en los medios rurales. En los primeros momentos las milicianas adquirieron protagonismo, fueron exhibidas como símbolo de la movilización contra el fascismo y elevadas a las categorías de heroínas, igual que las “madres cívicas”. Tanto unas como otras evocaban el trabajo, el valor y el sacrificio de las mujeres en los frentes y en la retaguardia.

Se facilitó así una lectura del conflicto en clave femenina, dinamizada por el ejemplo de mujeres como Rosario Sánchez, la Dinamitera, que perdió una mano al manipular un artefacto explosivo, o Lina Odena, dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas y del Comité Nacional de Mujeres Antifascistas, que se suicidó en el momento de ser detenida en un puesto de control falangista.⁵¹ Un fiel exponente de las contradicciones de género registradas durante la guerra es el hecho de que las milicianas tuvieran que hacerse cargo en las trincheras de las tareas domésticas (guisar, fregar, lavar o zurcir), lo que motivó protestas, denuncias y abandonos por parte de algunas. No obstante, antes que acabara el año 1936, tras una campaña de desprestigio político y militar planteada en términos de moralidad sexual y salud pública, fueron retiradas de las trincheras por Largo Caballero. En diciembre las milicias voluntarias extranjeras ya sabían que las mujeres no podrían alistarse en ellas.⁵² Es significativo que ninguna de las organizaciones femeninas españolas criticara esta medida. Ni siquiera Mujeres Libres, que había enviado numerosas milicianas a las líneas de combate; tampoco el Secretariado Femenino del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).⁵³

Victoria Kent formaba parte de la sección española del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo desde su fundación a mediados de 1933, en compañía de Dolores Ibá-

⁵⁰ Lola ITURBE: *La mujer en la lucha social y en la guerra civil de España*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1974. Mary NASH: *Mujeres Libres...*, 1975. Conchita LIAÑO GIL y otras: *Mujeres Libres. Luchadoras libertarias*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1999; Martha ACKELSBURG: *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. 3ª ed., Barcelona, Virus, 2006. VV.AA.: *Mujeres Libres y feminismo en tiempos de cambio*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo y Fundación Andreu Nin, 2016.

⁵¹ Ana AGUADO y María Dolores RAMOS: op. cit., pp.263-264. Carlos Fonseca: *Rosario, Dinamitera. Una mujer en el frente*. Madrid, Temas de Hoy, 2007. Julio BELSA: “Así murió Lina Odena”. *Historia y Vida*, 4 (1979), pp. 156 y ss.

⁵² Mary NASH: *Rojas*, pp. 163-166.

⁵³ *Ibidem*, p. 167.

rruri, Clara Campoamor, Federica Montseny y Catalina Salmerón, entre otras líderes. Intervino en el primer Congreso Nacional de la organización en 1934 y asistió ese mismo año al Congreso Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo celebrado en París, donde defendió el concepto de «paz realista», que presupone la necesidad, llegado el momento, de liquidar el fascismo con las armas en la mano para garantizar «la libertad de las generaciones futuras». ⁵⁴ Ese mismo año Mujeres contra la Guerra y el Fascismo fue ilegalizada debido a la marea represiva que sufrieron las organizaciones populares. Sus afiliadas se vieron obligadas a fundar una asociación denominada Pro-Infancia Obrera, que se volcó en las tareas asistenciales de ayuda a los presos y sus familias. Pero tras la llegada del Frente Popular la antigua organización resurgió con el nombre Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA). Su primer órgano de expresión, la revista *Mujeres*, vio la luz el 15 de febrero de 1936, solicitando el voto para el Bloque Popular y la amnistía.

La guerra incidió en la trayectoria de Mujeres Antifascistas acentuando su apuesta por el maternalismo cívico. La organización creó una red de asistencia social, sanitaria y hospitalaria en la que participaron mujeres como Belén Sárraga, Matilde Landa o Tina Modotti (alias “María”) y lanzó reiteradas llamadas a las madres españolas para que se incorporaran a estas actividades. En los inicios del conflicto el gobierno creó la Comisión de Auxilio Femenino, integrada por líderes republicanas, socialistas y comunistas adscritas a la AMA o próximas a ella (Victoria Kent, Margarita Nelken, Dolores Ibárruri, entre otras), con la finalidad de que contribuyeran a la defensa de la República. Se les adjudicó la tarea, claramente relacionada con la ética del cuidado y el «gobierno de la familia», ⁵⁵ de adquirir y distribuir uniformes, mantas, ropas de abrigo y otros artículos para los combatientes, así como la labor de construir redes solidarias en la retaguardia. Victoria Kent solía recorrer los frentes de Guadarrama y Somosierra para coordinar la entrega de suministros a los soldados. ⁵⁶ En Madrid, ciudad sitiada y con graves problemas de subsistencias desde los primeros meses del conflicto, se dirigió por radio a la población femenina en varias ocasiones:

Nosotras, las mujeres, necesitamos dar el esfuerzo de nuestros brazos y el calor de nuestro corazón; ni lágrimas, ni suspiros; esfuerzo, eficacia, abnegación y sacrificios silenciosos. Esto, nada más que esto, demanda España de nosotras; nada menos que esto, nos ha tocado en suerte dar a España. Que cada una cumpla con su deber, que mañana será necesario dar cuentas de nuestra obra hoy. ⁵⁷

Quería que la audiencia tuviera conocimiento y valorara esta labor:

Os asombraréis contemplando a la mujer en la casa-cuna, en los refugios infantiles, en talleres improvisados para la confección de ropas, en los comedores de adultos, en los hospitales, en los puestos

⁵⁴ Encarnación FUYOLA: *Mujeres Antifascistas. Su trabajo y su organización*. Valencia, Ed. Mujeres Antifascistas, 1937; Dolores IBÁBURRI: *El único camino*. París, Ediciones Sociales, 1962; Gloria NÚÑEZ PÉREZ: op. cit., p. 142. Mónica MORENO SECO: “Republicanas...”, pp. 169-170.

⁵⁵ Geneviève FRAISSE: *Los dos gobiernos. La familia y la ciudad*. Madrid, Cátedra, 2003.

⁵⁶ Zenaida GUTIÉRREZ VEGA: op. cit., p. 204.

⁵⁷ Carmen ALCAIDE: *La mujer en la Guerra Civil española*. Madrid, Edición Cambio 16 D.L./España viva, 1976, p. 195.

de socorro, en las avanzadas y en las avanzadillas. Lo mismo ha cogido el fusil que ha enjugado las lágrimas a un pequeño abandonado; lo mismo se ha metido en la nave silenciosa de un hospital que ha ido al frente para atender las necesidades de los bravos hombres que luchan por la libertad y la justicia.⁵⁸

La Agrupación Mujeres Antifascistas, cada vez más escorada hacia los trabajos productivos, reproductivos y asistenciales, experimentó un gran crecimiento durante la guerra (unas 60.000 afiliadas en más de 255 agrupaciones locales) y se convirtió, con la Unión de Dones, su entidad paralela en Cataluña, en la organización de mujeres más importante en territorio republicano.⁵⁹ Sólo una minoría de militantes de la AMA, entre las que se encontraba la socialista Matilde Huici, propuso en el Segundo Congreso de la organización celebrado en Valencia en octubre de 1937, abordar aspectos como la educación sexual, el control de la natalidad y el aborto.⁶⁰ No hay que olvidar que el feminismo español había tomado conciencia de la necesidad de defender la democracia, colaborando en la formación, en 1936, lo que Mary Nash ha denominado el Frente Popular de las Mujeres, una coalición de organizaciones antifascistas femeninas.⁶¹ Por otra parte, las líneas de convergencia surgidas entre la Agrupación de Mujeres Antifascistas y la Sección Española del Socorro Rojo Internacional (SRI) sirvieron para promover numerosas experiencias asociadas con la ética del cuidado. Algunas líderes, como Encarnación Fuyola, Margarita Nelken y Victoria Kent, compartieron militancia en ambas organizaciones; otras se integraron en el Comité Nacional del SRI, donde había delegadas de Mujeres Antifascistas, Unión de Muchachas y Mujeres Libres.⁶²

Por otro lado, desde la ética de lo público o de la justicia, el paso de la anarquista Federica Montseny, que no perteneció a Mujeres Libres,⁶³ por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, y del también libertario Juan García Oliver por el Ministerio de Justicia (desde noviembre de 1936 a mayo de 1937), originó la adopción de medidas jurídicas de signo igualitario que incidieron favorablemente en la situación de las mujeres. Entre esas medidas hay que destacar el Decreto para la Igualdad de Derechos entre Mujeres y Hombres; el descenso de la mayoría de edad de 21 a 18 años para ambos sexos; el reconocimiento y la validación de las uniones de hecho y la legitimación de los hijos e hijas y de los derechos de viudedad de estas parejas. Consecuentemente, desaparecieron del registro civil los apellidos “Expósito” o “de la Cruz” para referirse a los hijos o hijas de “padres desconocidos”. Pero quizá la medida más destacada fue la legalización del aborto por el Decreto de 25 de diciembre de 1936, que establecía razones terapéuticas, higiénicas, neo-

⁵⁸ *El Sol* (Madrid), 12 de agosto de 1936.

⁵⁹ Mary NASH: *Rojas*, p. 115.

⁶⁰ Mary NASH: *Rojas*, p. 123. Emilia ELÍAS: *Por qué luchamos las mujeres antifascistas*. Valencia, Agrupación de Mujeres Antifascistas, s.a. *Claridad*, 2 de noviembre de 1937. Cf. *Frente Rojo*, 29 de noviembre de 1937 y *Estampa* (Madrid), 13 de diciembre de 1937.

⁶¹ Mary NASH: *Rojas*, p. 111.

⁶² Laura BRANCIFORTE: *El Socorro Rojo Internacional (1923-1939). Relatos de solidaridad antifascista* Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 213 y 249.

⁶³ Mary NASH: “Dos intelectuales anarquistas frente al problema de la mujer: Federica Montseny y Lucía Sánchez Saornil”, *Convivium*, 44-45 (1975), pp. 71-99.

malthusianas y personales para llevarlo a cabo.⁶⁴ En relación con los aspectos señalados se produjo un salto cualitativo que incidiría en el incremento de la politización femenina.

Sin duda uno de los puntos fuertes del maternalismo cívico fue la atención prestada a la infancia durante el conflicto armado, asunto al que Victoria Kent dedicó gran parte de su tiempo desde los primeros días de la guerra. Ese interés no era nuevo en ella. En 1927 ya había aireado en la prensa su preocupación por las criaturas abandonadas, vagabundas, alojadas en viviendas insalubres, «donde no se concebía la vida sino como una maldición», mostrándose partidaria de organizar guarderías y casas de acogida.⁶⁵ La guerra agudizó esos problemas en pocos meses. Kent sabía que era imprescindible amparar a la población infantil con un plan de medidas de choque en el que tenían que sobresalir las actuaciones preventivas, higiénico-sanitarias y educativas. Ese plan implicaba la necesidad de prestar atención urgente a los niños y niñas huérfanos, evacuar a la población infantil de las zonas más castigadas, crear redes familiares de acogida, abrir comedores y organizar colonias infantiles. Con el respaldo de la Agrupación de Mujeres Antifascistas logró que el gobierno aprobara el Decreto por el que se creaba la Junta Nacional de Huérfanos de Combatientes de la República y asignara un crédito extraordinario para establecer centros infantiles de acogida en el verano de 1936⁶⁶. Consciente de la peligrosa situación militar de Madrid, creó improvisadas guarderías y organizó la evacuación de menores a Chinchón, El Escorial, Colmenar Viejo y otros pueblos de los alrededores de la capital, después trasladó el radio de acción a las provincias de Cuenca, Guadalajara, Albacete, Murcia, Alicante, Castellón y Valencia, y finalmente a Cataluña, según fue evolucionando la guerra.

No fue una tarea fácil, teniendo en cuenta los grandes desplazamientos de población y el hacinamiento padecido en las ciudades más alejadas de los frentes. Por citar un ejemplo, Valencia, Alicante y Castellón disponían, conjuntamente, de 32.000 plazas disponibles para hacer frente a la llegada de 242.000 personas refugiadas en los primeros meses del conflicto, lo que quiere decir que por cada plaza había 7,56 personas que demandaban alojamiento.⁶⁷

Victoria Kent se trasladó a Valencia con el gobierno de la República al iniciarse la primera ofensiva contra Madrid en noviembre de 1936, haciéndose cargo en la ciudad del Turia de la Dirección de Colonias Infantiles y aireando su compromiso:

Es necesario organizar rápidamente refugios para esos niños, hijos y hermanos de nuestros milicianos. Refugios donde tengan cubiertas sus necesidades y donde estén alejados de la corrupción callejera. He estado en el frente y he hablado con nuestros milicianos. No tienen más preocupación que ensombrecer su alegría en la lucha: el estado en que quedan los suyos.⁶⁸

⁶⁴ Ana AGUADO y María Dolores RAMOS: op. cit., p. 269.

⁶⁵ *El Sol* (Madrid), 24 de abril de 1927.

⁶⁶ *Gaceta de Madrid*, 5 de agosto y 10 de septiembre de 1936.

⁶⁷ Juan M. FERNÁNDEZ SORIA: "La asistencia a la infancia en la Guerra Civil. Las colonias escolares", *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 6 (1987), p. 86.

⁶⁸ *Crónica* (Madrid), 30 de agosto de 1936.

También fue muy crítica con el alistamiento de adolescentes en el Ejército republicano, concretamente con las levadas de 1938 y 1939 conocidas popularmente como la “quinta del biberón”, formada por unos 30.000 chicos nacidos en 1920-1921 que participaron en la Batalla del Ebro y se integraron en el Batallón Alpino en los Pirineos leridanos: «¡Ejércitos de niños, jamás! Contribuyamos a formar una España limpia de corazón. El odio despertado por nuestros enemigos, que lo consuma esta generación, que lo entierre esta generación».⁶⁹ Su labor en este ámbito demandaba una acción solidaria con los más débiles, plenamente identificada con el papel que debían jugar las mujeres en la retaguardia:

Hemos recogido pequeñuelos que nunca se habían acostado en una cama, ni aún en un colchón, y poco menos que llorando nos pedían no volver más a la choza con sus padres. Esto no puede continuar en España. Esto ha terminado en España. Y ha terminado porque las mujeres queremos que termine.⁷⁰

De ahí la necesidad de organizar guarderías, escuelas, comedores y refugios infantiles y de hacer reiteradas llamadas a las madres para que acogieran en sus casas a niños y niñas huérfanos de diferentes edades: «Compartid el pan y la sal [con ellos]”, pedía en mítines y alocuciones radiadas».⁷¹ Kent recabó la ayuda de partidos políticos, sindicatos, organismos internacionales y comités de ayuda a la España republicana. Desde Cruz Roja y Socorro Rojo Internacional a Femmes Prevoyantes Socialistes, Comité International des Femmes, Centros de Ayuda Cuáqueros, Unión de Femmes Socialistes, Comité Nacional de Alojamiento de los Niños Españoles en Bélgica y otras organizaciones europeas y norteamericanas.⁷² En julio de 1937 fue nombrada secretaria de la Embajada de España en Francia, puesto que simultaneó con la Delegación en París del Consejo Nacional de la Infancia Evacuada, creado por el Ministerio de Instrucción Pública y el de Sanidad y Asistencia Social en agosto de ese año. En ese momento funcionaban en España 564 colonias que acogían a 45.248 niños y niñas. Los albergues estaban instalados en hoteles, balnearios, casas de campo y otros edificios requisados que solían tener huerto y jardín. En ellos se pusieron en práctica numerosos proyectos de renovación pedagógica. Asimismo se materializó el régimen de acogida familiar supervisado por maestras o maestros.⁷³

Por su situación geográfica Francia se convertiría en centro de acogida de gran parte de la población desplazada procedente de España, registrándose entre julio de 1936 y abril de 1939 cinco oleadas de personas refugiadas que buscaban acomodo tras las derrotas republicanas. Durante las primeras oleadas se instalaron en Francia 22.234 niños y niñas, desviándose a Bélgica 3201 menores. El límite de edad se fijó en quince años para los chicos, mientras que las chicas, a

⁶⁹ María Dolores RAMOS: *Victoria Kent*, p. 36.

⁷⁰ *Ibidem*

⁷¹ *Crónica* (Madrid), 30 de agosto de 1936.

⁷² Eduardo PONS PRADES: *Las guerras de los niños republicanos (1936-1995)*, Madrid, La Compañía Literaria, 1997.

⁷³ María Dolores RAMOS: *Victoria Kent*, pp. 36-37

las que no se les puso cota, llegaban a rozar en algunos casos los dieciocho años. En las expediciones participaron personal docente y sanitario.⁷⁴

Fiel al compromiso contraído, Victoria Kent viajó desde París a Barcelona en varias ocasiones para distribuir a los niños y niñas que habían llegado a distintas poblaciones catalanas. En 1938 asistió a las Cortes Republicanas celebradas en la Abadía de Montserrat y participó en la Conferencia Internacional Femenina organizada en Marsella por el Comité Internacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, donde presentó un informe favorable a los logros de la República, a pesar de sus derrotas militares.⁷⁵ Concluido el conflicto, se dedicó a sacar de los campos de concentración del sur de Francia a los refugiados que habían sido reclamados por sus familiares en tierras americanas, tarea que se vio truncada con la invasión alemana. Entonces los acontecimientos adquirieron un cariz todavía más trágico. Se cancelaron los permisos de salida y las plazas en las compañías navieras. Victoria Kent, como muchos compatriotas, no pudo embarcar con destino a México. Su nombre estaba en las listas entregadas por Franco a las autoridades de Vichy y a la Gestapo. A partir de ese momento tuvo que afrontar el peligro de vivir clandestinamente en una ciudad ocupada por los nazis.

A modo de reflexión

El feminismo republicano recorrió en España un largo camino en las tres primeras décadas del siglo XX, originando un movimiento de equilibrio entre los sexos que si bien no logró superar las restricciones de género a que estaban sometidas las mujeres, contribuyó a revelar que la desigualdad sexual era un problema social, cultural y político, no un asunto privado. En ese proceso de toma de conciencia dos generaciones de mujeres lucharon por lograr una sociedad más igualitaria y democrática. El compromiso contraído les reveló su propia subordinación al patriarcado y la necesidad de luchar por sus derechos sociales y civiles hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Posteriormente, en los años veinte, estos objetivos, que habían cristalizado en aprendizajes, discursos y enriquecedoras experiencias, se centraron en la reivindicación de la ciudadanía política y sirvieron para impulsar numerosos cambios sociales, culturales y de género durante la Segunda República.

El sufragio, la reforma del derecho civil y de familia, el ingreso en las filas políticas, sindicales y feministas, el Seguro de Maternidad y la coeducación fueron hitos que favorecieron la situación de las mujeres en los espacios públicos y privados. El salto del laicismo al sufragismo, y posteriormente al frente-populismo, de las feministas españolas, originó un nuevo espacio político en 1936 en el que la denominación “republicanas” se extendió a las mujeres vinculadas a diferentes culturas políticas de izquierdas. En este escenario el ejercicio del maternalismo cívico fue una de las expresiones del antifascismo y ejemplificó la división de roles presente en la consigna: “Hombres al frente. Mujeres a la retaguardia”. El maternalismo plantearía una concepción de la con-

⁷⁴ *Ibidem*, p. 37.

⁷⁵ Zenaida GUTIÉRREZ VEGA: *op. cit.*, p. 86

ciencia política femenina basada en las cualidades asociadas a la esfera privada y constituiría el punto de partida de una posible moral pública y de un modelo ideal de actividad pública. La ciudadanía, desde esta perspectiva, implicaba la protección de la vida y el ejercicio del rol materno entendido en un sentido material, cultural y simbólico.

Como se ha podido apreciar en la trayectoria política y feminista de Victoria Kent, sobre todo en su compromiso solidario con la población infantil y las personas desplazadas durante la Guerra Civil, la identidad maternal, de la que puede dar ejemplo la actividad desplegada por la Agrupación de Mujeres Antifascistas y otras organizaciones femeninas, impulsó numerosas prácticas de vida ligadas a la ética del cuidado en un contexto sumamente complejo y originó discursos políticos y experiencias relacionados con los derechos humanos, los derechos de las mujeres y los derechos de la infancia. En este sentido se produjo un precario equilibrio entre igualdad y diferencia que afectó a las relaciones sociales de género, fortaleciendo las líneas de tensión entre ruptura y continuismo.

El final del conflicto armado marcó el destino de los feminismos gestados en el primer tercio del siglo XX, de las feministas y de las mujeres y hombres que habían permanecido fieles a la República. Acallados los tambores de guerra, sobrevinieron la pérdida de las libertades, la liquidación de la democracia y la llegada de tiempos oscuros marcados por el exilio, la represión, el miedo, la derogación de las leyes republicanas y la imposición de la ideología de la domesticidad, que exigía a los dos sexos formas de comportamiento acordes con los modelos normativos de feminidad y masculinidad impuestos mediante dispositivos políticos, legislativos, culturales y religiosos.

Experiencia de guerra y narrativas personales en la Guerra Civil Española: el diario de Álvaro Silva

War experience and personal narratives in the Spanish Civil War:
Álvaro Silva's diary

José Miguel Hernández Barral

Centro Universitario Villanueva-Universidad Complutense de Madrid

jhernandezb@villanueva.edu

Resumen: El análisis de fuentes subjetivas –cartas, memorias, diarios- ha introducido el elemento experiencial en el estudio de los conflictos bélicos. Ésta no es una novedad historiográfica y sus aportaciones ya han marcado muy positivamente importantes trabajos, constituyendo una pieza esencial de la nueva historia militar. La Guerra Civil Española no ha sido una excepción en este sentido y son numerosos los estudios que incorporan la visión del yo a otras fuentes tradicionales. Sin embargo, es cierto que este enfoque ha primado en ciertos trabajos, por ejemplo, aquellos que abordan la represión, más que en aquellos que afrontan el estudio de los campos de batalla. El recurrente problema de la escasez de fuentes constituye un obstáculo importante para incorporar esta perspectiva.

El diario de Álvaro Silva Bazán resulta una fuente de gran interés desde este punto de vista. Hijo de un conocido noble español, tenía veinte años al empezar el conflicto. Durante toda la guerra hasta su muerte en junio de 1938, llevó un diario personal con anotaciones muy frecuentes. En ellas se plantean temas de cierta calado y otros -muchos- relacionados con la vida cotidiana de un voluntario del bando sublevado. Un análisis profundo permite abordar una serie de temáticas de gran interés: la guerra entendida como un conflicto entre amigos, la guerra como enfrentamiento de clase en el propio bando y la guerra en su dimensión marítima.

Además, la fuente utilizada no resulta un obstáculo en su subjetividad, sino más bien un valor añadido para afrontar temas conocidos desde otra perspectiva. Así, el papel ambivalente de los nobles sin rey, la visión de la contienda desde la juventud, la cotidianeidad del barco de guerra, la constante experiencia de la muerte de conocidos o la visión del enemigo, son algunos aspectos

contemplados por el autor que aumentan el valor de la fuente y dejan claro la relevancia de su estudio.

Palabras clave: egodocumentos, nobleza, experiencia, guerra naval, conflicto de clase.

Abstract: The study of letters, memoirs, diaries –subjective works- has drawn the relevance of an experiential point of view in war studies. This isn't an historiographical novelty and its contributions have already defined, in a very positive way, important historical works, constituting an essential element of the new military history. The Spanish Civil War (1936-1939) has not been an exception in this sense, and there are several studies which are including the vision of the individual among other traditional sources. Nonetheless, it is also true that this approach has been central in some works, for example, those addressing repression, more than in those addressing the study of battlefields. The common problem of the lack of sources represents an important obstacle for developing this perspective.

Álvaro Silva's personal diary is a really interesting source from this point of view. He was a renowned noblemen's son, being 20 when the conflict started. Since the beginning of the war until his death in June 1938, he wrote a personal diary with frequent notes. There he addresses certain important topics while many other related with the day-to-day life of a volunteer in the rebel army. A deep analysis allows us to tackle some interesting topics: war understood as a conflict fought by friends, war as a class conflict in their own side and war in its naval dimension.

Moreover, the diary used as main source was not an obstacle in its subjectivity, rather a helpful tool to develop old topics in a different way. Hence, the ambivalent role of noblemen without a king, the vision of the war from youth's perspective, the everyday life in a warship, the constant experience of the death of acquaintances or the vision of the enemy are some aspects addressed by the author which make the source more valuable and make clear their importance of its study.

Keywords: egodocuments, nobility, experience, sea war, class struggle.

Para citar este artículo: José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: “Experiencia de guerra y narrativas personales en la Guerra Civil Española: el diario de Álvaro Silva”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 318-335

Recibido: 01/06/2017

Aprobado: 16/01/2017

Experiencia de guerra y narrativas personales en la Guerra Civil Española: el diario de Álvaro Silva

José Miguel Hernández Barral

Centro Universitario Villanueva-Universidad Complutense de Madrid

Sobre los deseos y las ilusiones de los hombres están los designios de Dios, que siempre ordena lo más conveniente a nuestro fin eterno, y en Palma de Mallorca, el 25 de junio de 1938, practicando un ejercicio de natación, en el que varias veces resultó premiado, por accidente casual desgraciadísimo, el marinero voluntario, el monárquico de condiciones, caballeroso y cristiano, murió sirviendo a su Patria.¹

Estas líneas eran parte del elogio a Álvaro Silva, hijo del marqués de Santa Cruz, contenido en *Héroes y mártires de la aristocracia española*, un elenco de los muertos en la Guerra Civil que ostentaban título nobiliario. Poco se diferenciaba esa referencia de la exaltación de otros nobles tan propia de este texto, concebido desde su inicio como reivindicación del sacrificio de la aristocracia española durante el conflicto.² Sin embargo, Álvaro Silva ofreció una cara singular de la guerra. Esta especificidad se debe fundamentalmente a las notas que fue tomando durante todo el conflicto, recogiendo sus impresiones con una periodicidad casi diaria.

Silva era un joven de 20 años al inicio de la contienda. En 1936 se encontraba realizando la carrera de derecho y pertenecía un mundo absolutamente aristocrático que aún seguía vigente en Madrid.³ Hijo de un Grande de España, su padre era en aquellos momentos el decano de la Diputación de la Grandeza. En conexión con su original función representativa de los nobles, esta institución se encargó de conducir las alegaciones contra la expropiación de las tierras de los Grandes decretada en 1932 tras el golpe de Sanjurjo.⁴ Por otra parte, su abuela –la duquesa de San Carlos– había desempeñado durante muchos años un cargo de confianza en Palacio junto a la Reina Victoria Eugenia. Además de ese marcado perfil “cortesano”, la familia tenía tierras y

¹ Marqués de SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS: *Héroes y mártires de la aristocracia española*, Madrid, s.n., 1945, p. 275.

² En una línea interpretativa similar continúa Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: “Aristócratas muertos en la Guerra Civil española”, *Aportes*, 44(2000), pp. 75-106. Proponiendo la idea de un discurso propia del monarquismo frente a otros mártires, Miguel ARTOLA BLANCO: “La aristocracia durante la guerra y la posguerra. La problemática reconstrucción de la memoria del conflicto”, comunicación inédita presentada al congreso *Posguerras. 75 aniversario de la Guerra Civil Española*, Madrid, 3-5 abril 2014.

³ En Madrid y muchas otras ciudades europeas. En expresión de Conze se podía hablar de un *Adelswelte* que abarcaba pautas sociales, culturales pero también políticas y económicas. Eckart CONZE et al.: *Aristokratismus und Moderne: Adel als politisches und kulturelles Konzept, 1890-1945*, Köln, Böhlau Verlag, 2013.

⁴ Sergio RIESCO ROCHE: *La reforma agraria y los orígenes de la Guerra Civil: cuestión yuntera y radicalización patronal en la provincia de Cáceres (1931-1940)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

estaba emparentada con muchas otras casas nobiliarias. Estas características de la nobleza madrileña le conectaban y distinguían al mismo tiempo del resto de la alta sociedad de Madrid.⁵ Se trataba, por tanto, de una casa nobiliaria que resultaba un claro ejemplo de una elite que no se debe entender sin más como una víctima de la modernización de los siglos XIX y XX.⁶ Por otro lado, Álvaro Silva formaba parte de una generación nacida en la segunda mitad del reinado de Alfonso XIII y madurada durante la II República. Sin renunciar a su origen social, las actitudes de los jóvenes de la nobleza ante el conflicto eran distintas a las de sus padres. Todos estos matices plantean una peculiar forma de concebir el enfrentamiento bélico.

En su diario, Silva repite una serie de temas de forma recurrente: sus amigos desplegados en otros frentes, las relaciones con el resto de los combatientes, la guerra en el mar, la imagen del enemigo o la rutina de guerra una vez embarcado. Cada uno de esos temas aporta valiosos elementos de análisis para el estudio del compromiso de la derecha monárquica en la Guerra Civil tras el golpe militar o la dimensión generacional que tuvo el conflicto. Aún así, el elemento central que define el interés de este trabajo –y de los análisis implícitos– es la dimensión experiencial que incorpora la peculiaridad de la fuente. Esa experiencia bélica relatada aporta una nueva serie de preguntas o, al menos, una nueva formulación de preguntas. Si Alastair Thomson se planteó la construcción de una memoria/identidad nacional a partir de los recuerdos de soldados del ejército ANZAC o Philip Dwyer ha estudiado recientemente la visión de la violencia en las guerras napoleónicas a partir de memorias de combatientes, el diario de Silva es una ocasión para proponer nuevas preguntas –y respuestas– en el contexto de la Guerra Civil española en esa clave experiencial.⁷ ¿Por qué combatieron los voluntarios en el bando sublevado? ¿Por qué no dejaron de hacerlo? ¿Existió un sentimiento de comunidad en esos combatientes que prevaleciera más allá de sus orígenes sociales? ¿La nobleza vivió la Guerra Civil de una forma distinta en el bando franquista?

El texto del diario tiene dos etapas diferenciadas, ya que su autor aprovechó un permiso para transcribir la primera parte, fechada entre el 16 de julio de 1936 y el 1 de febrero de 1937, que adquirió otra forma, más cercana a las memorias. Desde febrero de 1937 a mayo de 1938, sus reflexiones a lápiz recogidas en tres libretas transmiten una visión de la guerra desde una élite peculiar muy poco frecuente.⁸ La relevancia no se refiere exclusivamente al análisis de la Guerra

⁵ Un estudio clásico sobre el grupo, Manuel TUÑÓN DE LARA: *Historia y realidad del poder*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1967. Visiones más recientes: José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: *Perpetuar la distinción. Grandes de España y decadencia social, 1914-1931*, Madrid, Ediciones 19, 2014. Miguel ARTOLA BLANCO: *El fin de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2015.

⁶ John LEONHARD and Christian WIELAND: "Introduction", en Íd. (dir.), *What Makes the Nobility Noble? Comparative Perspectives from the Sixteenth to the Twentieth Century*, Vandenhoeck & Ruprecht, 2011, pp. 8-31.

⁷ Alistair THOMSON: *Anzac memories living with the legend*, Melbourne; New York, Oxford University Press, 1994; Philip DWYER: "Historias de guerra: las narrativas de veteranos franceses y la "experiencia de guerra" en el siglo XIX", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:4 (2015), pp. 108-132. Sobre este punto sigue siendo imprescindible el trabajo pionero de Paul FUSSELL: *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner, 2016.

⁸ Aparte de las cinco hojas mecanografiadas que suponen una reelaboración del diario existen tres libretas escritas a mano. Hasta el 15 de junio de 1937 hay una transcripción del diario que es fiel al original. Agradezco a los archiveros Dña. Fátima Díaz y D. Antonio Alonso las facilidades para la consulta de

Civil Española, sino también a otros conflictos donde la elite y, particularmente, la nobleza tuvieron una implicación simbólica o real. Los nobles –aunque parezca contradictorio– tomaron parte en aquellos conflictos que, para muchos, supusieron su definitiva desaparición como grupo social de prestigio en las sociedades europeas. En el caso de la nobleza alemana, por ejemplo, la evolución de su papel a favor y frente al nazismo es inexplicable sin la experiencia de la guerra mundial. Los casos italiano, francés o británico constatan esta problemática, incorporando especialmente en el caso italiano la división interna de la propia aristocracia.⁹ La posición de la nobleza ante los conflictos del periodo de entreguerras es mucho más compleja de lo que se puede pensar en un primer momento. La figura de Álvaro Silva constata esta controversia.

En el artículo se abordarán una serie de temas que resultan centrales en la experiencia del autor. En primer lugar, se tratará la visión de la guerra como un conflicto entre amigos, algo que se trasluce en las relaciones sociales del autor en retaguardia y también en su reacción e interpretación de la muerte de sus conocidos. En segundo lugar, se tendrá en cuenta la idea de la guerra como un conflicto de clase en el propio bando y las implicaciones ideológicas que esto conllevaba. Por último, se dedicará atención a la visión del autor de la singularidad que suponía el conflicto en el mar, perspectiva a la que se alude menos en la literatura bélica en general y en la de tipo experiencial en particular.

Una guerra entre amigos

Para Álvaro Silva el conflicto no se puede entender sin las relaciones de amistad que, de principio a fin, marcaron absolutamente el desarrollo de la guerra. Silva conoció de antemano el día de la sublevación, al estar en contacto con personas cercanas a Falange y a las juventudes de Renovación Española. Eran sus amigos y con ellos quería combatir. La presión de su familia le condujo primero a Zarauz, desde donde se pasó a la zona rebelde junto con otro amigo, Lorenzo Gómez Acebo. Su primera incorporación a filas y varios viajes por la España bajo el dominio sublevado las hizo de la mano de distintos amigos. Nada más pasarse, quedó fijada una constante que se va a repetir en todo el diario: Silva tomó nota de todas y cada una de las amistades con las que se encontraba a su paso. Sin duda, tenía una inclinación muy especial por mencionar a otros miembros de familias nobiliarias. En su relato sobre la huida de Zarauz no se le pasó referir que,

estos y otros documentos en el Archivo Santa Cruz. También se agradece a D. Álvaro Fernández-Villaverde el permiso para la consulta de la documentación.

⁹Stephan Malinowski: *Vom König zum Führer: deutscher Adel und Nationalsozialismus*, Frankfurt a.M, Fischer, 2004; Ellis Archer Wasson: *Aristocracy and the modern world*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006. Para el caso inglés, abordando los dos conflictos mundiales, David CANNADINE: *The decline and fall of the British aristocracy*, London & New Haven, YUP, 1990. Para el francés, atenta sólo a la Gran Guerra, Alice BRAVARD: *Le Grande monde parisien. 1900-1939 La persistance du modèle aristocratique*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013. Las contradicciones de la nobleza italiana especialmente en el periodo 1943-1945 en Maria Malatesta: "Between consent and resistance. The Italian nobility and the Fascist Regime", en Yme KUIPER, Nikolaj BIJLEVELD y Jaap DRONKERS(eds.), *Nobilities in Europe in the Twentieth Century: Reconversion Strategies, Memory Culture and Elite Formation*, Peeters - Groningen Studies in Cultural Change, 2015, pp. 205-228.

según llegó a Bayona, coincidió con Borja Santillana y en Pamplona con Banting Santoña, ambos hijos de otros Grandes de España.¹⁰

Sus notas diarias son una muestra de un tipo de sociabilidad particular. Tras pasarse a Francia y combatir en el frente del Norte, entre los meses de febrero y abril de 1937 –hasta que recibió su destino definitivo en el *Canarias*–, todos los días siguió una rutina de bares, copas, toros, tenis o similares, fundamentalmente en Cádiz pero también en Sevilla. La intensidad de su ir y venir tenía sentido por aquellos a quienes conocía, saludaba y con los que compartía mesa o paseos. La nota que tomó el 14 de febrero en Sevilla es un buen ejemplo:

Por la mañana fui a Misa al Salvador y después al Bar del Cristina. Tomé unos cocktails y me fui con el tío R. y Perico Parladé a almorzar. –A las tres nos fuimos el tío y yo a unas barreras a los toros que fueron muy aburridos. – Los matadores eran Ortega, Belmonte (padre e hijo) –Sánchez Mejías (hijo), José Amorós y Márquez.

Después me fui con Perico Zugasti que sigue con su brazo herido a casa de las Ibarras en la plaza de S. Leandro. –Había mucha gente, los Maestres, Tablantes, Marita Ozores, etc., después Perico y yo nos fuimos al Cristina y después a cenar al Aereo.

Recorrimos los cabarets acabando yo de juerga por ahí-

Son las 3 y media o las 4 de la mañana.¹¹

Sus relaciones estaban muy marcadas por las referencias a las mujeres con las que se encontraba, siendo muy concreto al recoger apellidos y la impresión que le causaban cada una de sus conocidas. El 10 de abril, ahora en Cádiz, comentaba:

Luego me hice unas fotos con Fina y María Teresa Álvarez Osorio [...].

Yo estuve en el Francia dónde estaba la chica de Madrid que se llama Pitusa Fernández-Muro. Después fui al tennis y al cine.

Luego un poco de calle Ancha para arriba y para abajo, a cenar y a dormir.¹²

Su embarque en el crucero *Canarias* no rompió la costumbre y siempre que llegaban a puerto reseñaba con quién se encontraba. Nada más llegar de su primer viaje, recogía: «vi a Fina Macheman y su primo Osborne en el muelle». Su experiencia de guerra atenuó lógicamente la intensidad de su vida social, pero la inquietud por recoger nombres de conocidos fue una constante hasta el final de su vida, también –y muy especialmente– en los puertos donde atracaban puntualmente como Palma, Ferrol o Ceuta.¹³ Los permisos fueron un momento especialmente des-

¹⁰ Archivo Marqués de Santa Cruz, c. 562 exp. 1 f. 5. En adelante, todas las referencias al diario vendrán relacionadas por la fecha excepto los folios iniciales. La aparición de nombres es constante, casi siempre usando de apelativos e incorporando el título nobiliario que ostentaban sus familias.

¹¹ *Diario Álvaro Silva*, 14 febrero 1937. Tío R. era el duque de Santo Mauro. Subrayado en el original.

¹² *Ibidem*, 10 de abril de 1937.

¹³ *Ibidem* (para Ceuta), 16 de junio de 1937, 9 de agosto de 1937 o 16 de marzo de 1938. Para Palma, 25 de junio o 16 de septiembre de 1937.

tacado para todo tipo de encuentros. Una estancia en Sevilla o un viaje a su casa de campo predilecta en Santander eran un elenco de nombres y títulos nobiliarios.¹⁴

El peso de la relación para la elite nobiliaria queda subrayado en este contexto bélico como uno de los elementos de distinción que la propia nobleza cultivaba como parte de su habitus específico.¹⁵ Pero la guerra aportaba a estas relaciones un matiz particular. El conflicto era, para Silva, una guerra entre amigos. La muerte de sus amistades fue recogida, una detrás de otra, con una fuerza especial. En su diálogo consigo mismo, la idea que repite con frecuencia es que todos sus amigos están muriendo. La primera víctima referida como miembro de su “pandilla” no fue otro que Lorenzo Gómez Acebo, con quien había huido de la España republicana en agosto de 1936. La noticia no pasaba de eso, probablemente porque correspondía a la primera parte del diario. Desde el 27 de febrero de 1937 hasta justo un año después, Silva recogió nominalmente la muerte de catorce amigos. Casi siempre las noticias sobre muertes o heridos le llegaban al volver a puerto o al ver a terceras personas que le informaban. Una breve referencia al motivo de su amistad («compañero de esquís», «me recuerda muchas cosas agradables», «uno de los poquísimos amigos de Sevilla») iba de la mano con un lamento frecuentemente repetido: «es horrible», «esto es una burrada», «bárbaro la gente que está cayendo», «es horrible recontar la lista de amigos caídos».¹⁶

Ninguno de estos amigos se encontraba en el frente con Silva, pero de sus referencias se percibe esa amistad como uno de los elementos decisivos que dan sentido al conflicto. También se puede plantear como esas muertes vaciarían de significado el enfrentamiento, algo que no llegó a sugerir el redactor en el texto. En su relato no se desarrolla un discurso en torno al sinsentido de la guerra, aunque tampoco se elabora una retórica sobre el sacrificio por la nación ni por la patria: la muerte de los amigos es una catástrofe que el autor no hace trascender más allá del impacto que tiene para sus relaciones personales. Según la propuesta de Neitzel y Welzer, el marco de referencia prioritario de Silva sería no sólo la amistad, sino un tipo de sociabilidad que daría sentido –y que se pondría en peligro– a su participación en la guerra.¹⁷ Por otra parte, se trataba de un tipo de amistad específico, distinto a la camaradería generada en el frente y que se fundaba en los

¹⁴ *Ibidem*, en Sevilla, 22-25 de agosto de 1937. Viaje a Las Fraguas, 25 de octubre - 6 de noviembre de 1937.

¹⁵ Sigue siendo ejemplar el trabajo de Gary Wray MCDONOGH: *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*, Barcelona, Omega, 1989. Más actual María ZOZAYA: *Identidades en juego: formas de representación social del poder de la elite en un espacio de sociabilidad masculino, 1836-1936*, Madrid, Siglo XXI de España, 2016. Una elaboración teórica en Pierre BOURDIEU: "Postface", en Didier LANCIEN et Monique de SAINT MARTIN, *Anciennes et nouvelles aristocraties de 1880 a nos jours*, Paris, Editions de la MSH, 2007, pp. 385-397.

¹⁶ *Diario de Álvaro Silva*, 27 de febrero, 15 de marzo y 7 de noviembre de 1937.

¹⁷ El concepto de “marcos de referencia” lo toman los autores de Maurice Halbwachs, alguien que a su vez había mostrado cierta atención sobre la nobleza en sus estudios sobre la memoria. Maurice HALLBWACHS: *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004. Sönke NEITZEL y Harald WELZER *Soldados del Tercer Reich: testimonios de lucha, muerte y crimen*, Barcelona, Crítica, 2012.

vínculos previos al conflicto, lo cual resultaba algo contradictorio con las experiencias bélicas que enfatizaban la relevancia de las nuevas amistades hechas en el conflicto.¹⁸

La muerte que más impactó a Silva fue la de Tirso Roca de Togores, vizconde de Puebla de Alcocer. En sus notas le consideraba su mejor amigo, «el único de verdad».¹⁹ La referencia se hizo más amplia al encontrarse unos días más tarde con un pariente del difunto y recordar los momentos compartidos.²⁰ El impacto de las muertes se constataba en la entrada del 17 de julio de 1937. Los aniversarios se recogían profusamente, tanto de fechas relevantes para la República como de otros acontecimientos relacionados con el golpe. En el primer aniversario de éste, Silva mencionaba el recuerdo de su casa y de su familia pero, en su mente, tenía aún más peso la idea de que: «quien hiba (sic) a creer que los amigos reunidos hoy hace un año en mi casa y luego en la de los Gamazos apenas quedamos para recordarlo».²¹ Las dos últimas víctimas que refirió, el 26 y el 27 de febrero de 1938, supusieron un nuevo lamento: «todos los amigos de cuando éramos niños en los buenos tiempos de Madrid dan sus vidas. Apenas quedan algunos para contarlos. Esto es tremendo!! Cuando acabará!! Yo por ahora no veo el fin!!».²² Al margen de otras motivaciones y problemáticas que se analizarán posteriormente, el peso del relato de su experiencia gira sin duda en torno a este tipo de relaciones, muy difíciles de captar en otro tipo de fuentes.

El impacto de la guerra en una generación de nobles parecía un discurso muy interesante si se quería realzar el papel de la aristocracia en la España de posguerra. De hecho, el texto mencionado al principio del artículo –*Héroes y mártires y mártires de la aristocracia española*–, además del elenco de víctimas, contenía una interpretación sobre el papel de los nobles no carente de repercusiones sociales y políticas.²³ Cristina de Arteaga, hija del duque del Infantado, uno de los grandes de España más destacados de la época, publicó un texto en homenaje a uno de sus hermanos fallecidos al acabar la guerra. Aunque el eje era la figura de su hermano, la atención a los amigos del mismo ofrecía toda una serie de referencias que se podían cruzar perfectamente con las que Álvaro Silva recogió en su diario.²⁴ Sin embargo, ni la retórica del sacrificio generacional ni la de los héroes aristocráticos singulares cuajó en una España donde la intervención de los nobles

¹⁸ Christopher McKEE: *Sober men and true: sailor lives in the Royal Navy, 1900-1945*, Cambridge; London, Harvard University Press, 2002, p. 65. José Gregorio CAYUELA: "Los Hombres de Wellington: ¿Amigos en el Averno? La amistad, conjunto emocional de supervivencia entre las tropas británicas", *Vínculos de Historia*, 14 (2015), pp. 125-146.

¹⁹ *Diario de Álvaro Silva*, 5 de mayo de 1937.

²⁰ *Ibidem*, 5 de mayo de 1937 y 17 de mayo de 1937. En la segunda referencia reconocía haber llorado y «pensar que el Tirso no existe es algo inconcebible».

²¹ *Ibidem*, 17 de julio de 1937.

²² *Ibidem*, 26 y 27 de febrero de 1938.

²³ Marqués de SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS: op. cit., en especial destacaba su reflexión sobre el lujo y el derroche.

²⁴ Cristina de ARTEAGA: *Borja. Por su hermana C.*, Madrid, s.n., 1941. En el prólogo se citaba a "Alvarito Santa Cruz". La dedicatoria era a «una juventud sacrificada; a la gloriosa memoria de los amigos de Borja que como él supieron POR DIOS Y POR ESPAÑA heroicamente morir». Borja Arteaga tenía hueco a su vez en el diario de Silva: «Me dijeron la muerte del buen amigo y pariente Borja Santillana. Era un excelente chico y uno de mis buenos amigos que formaban mi pandilla en Madrid de la cual apenas quedan ninguno», *Diario de Álvaro Silva*, 18 de junio de 1937.

quedó orillada en el contexto de un modelo social y político en el cual no cuadraban del todo. El diario plantea como la alternativa podía haber existido e, incluso, hubo ciertos conatos de una puesta en marcha. Por otra parte, la presencia de los amigos refleja una serie de motivaciones que conectan la particularidad de una condición social volcada hacia una relación casi compulsiva, junto con los vínculos propios de una edad donde estos lazos se priorizan.²⁵

“Las personas decentes del barco”: diferencias de clase en el bando sublevado

La interpretación de la Guerra Civil como un conflicto social ha tenido sus partidarios y detractores en la historiografía. Este debate se ha repetido en otras contiendas, muy singularmente en el mundo de entreguerras. En la actualidad, y desde hace tiempo, la interpretación gira en torno a una multiplicidad de factores que completarían un análisis más adecuado (religiosidad, el concepto de Estado, violencia y represión, etc.), pero que han hecho perder de vista, en muchos casos, la dimensión social del conflicto.²⁶ En el diario de Álvaro Silva, esa dimensión social de la guerra tiene un peso muy claro desde varios puntos de vista. Su visión del enemigo, casi siempre personificada en el miliciano, transitaba desde la ignorancia a la cobardía, dejando de lado la apreciación sobre las diferencias sociales en el bando republicano.²⁷ Sin embargo, y de una forma que puede parecer contradictoria, el texto es tremendamente rico en sus alusiones a las diferencias sociales en el propio bando. Siendo marinero, Silva no se posiciona del lado de sus compañeros, una experiencia singular especialmente en el caso de la Marina.²⁸ Esta singularidad se percibe en dos aspectos fundamentales: los enfrentamientos con otros soldados y la vinculación entre conflictos de carácter político con las distinciones sociales.

Silva se alistó como marinero voluntario y acabó destinado en el *Canarias* a partir de abril de 1937. Antes pasó brevemente por otro barco, el *Malaspina*, donde decía haber hecho muchos amigos. Para él, su habilidad y educación fueron la causa de que le encomendaran un puesto —el de apuntador de una batería— y colaboraciones —traductor en los registros de barcos— que no estaban al alcance de todos los voluntarios ni de marineros profesionales. Según su perspectiva, la envidia que esto provocó explicaba los enfrentamientos que surgieron bastante pronto. En dos días consecutivos del mes de junio relató una pelea frenada por un oficial contra «un cubano compañero mío de rancho y de cañón» y el encaramiento con un marinero «que tiene más de

²⁵ La importancia de la sociabilidad en la nobleza ha sido resaltada recientemente desde un punto de vista comparativo en Yme KUIPER, Nikolaj BIJLEVELD y Jaap DRONKERS (eds.): op. cit.

²⁶ Un resumen ya algo desfasado pero elocuente sobre la producción historiográfica y su evolución en los últimos años en Hugo GARCÍA FERNÁNDEZ: “La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo” en *Ayer*, 62 (2006), pp. 285-306.

²⁷ Por ejemplo, *Diario de Álvaro Silva*, f. 4 y 25 de abril de 1937

²⁸ Alpert, por ejemplo, sitúa esas diferencias como una de las claves en el momento de la sublevación. Michael ALPERT: *La Guerra Civil española en el mar*, Barcelona, Crítica, 2008. Para McKee, éste es el motivo de su libro de testimonios de marineros. Desafortunadamente, éste autor no ofrece análisis relevantes, centrándose en la descripción de lo aportado en los testimonios Christopher McKEE: La relevancia de Odessa, Kiel o Kronstadt hace casi innecesario subrayar este particular.

hipopótamo que de hombre».²⁹ Estos roces devenían en críticas y desahogos. Unos días más tarde, Silva describió con una mezcla de asco y altanería el comportamiento de los marineros:

Hoy me he estado fijando en lo brutos que son algunos marineros pues desde el hombre que cree que los peces no hablan por que (sic) no se les enseña al tío que no usa papel de retrete y en lugar usa el dedo dejando luego por las paredes del pañol la porquería. Además hay casos de animalismo que no me atrevo a poner en este diario.³⁰

Aunque en alguna ocasión también mencionó su aprecio por aquellos que cumplían su papel militar meritoriamente³¹, la distancia se constataba en su pequeño círculo de relaciones en el barco y, muy especialmente, cuando hacía escala en algún puerto: sus compañeros de salidas no eran muy variados, la camaradería tenía sus límites. También se plasmaba en su trato con los mandos, que frecuentaba si tenían parientes con título nobiliario o conocían a su propia familia. Sin embargo, para Silva, el conflicto de clase en su propio bando venía definido eminentemente por la política. En las páginas de su diario el autor se presentaba como monárquico, aunque en sus alusiones a Hitler, Mussolini, Franco y, en general, el Movimiento transmitía una sintonía clara con soluciones autoritarias, sin atender a sus derivas de carácter totalitario. En el diario no existe una reflexión explícita sobre su compromiso político. Por otro lado, sí se refieren evoluciones que van delimitando en su postura una serie de planteamientos que se deben en exclusiva a su origen social. Silva manifestó «haberse enfriado» con respecto a Falange por un comentario leído en la prensa y sentirse más próximo a los requetés –aunque sólo fuera para facilitar su enrolamiento en la Marina–.³² Al margen de estas menciones superficiales, su postura adquirió una dimensión distinta en un momento muy concreto. El 30 de septiembre relató un episodio que adquirirá una trascendencia notable:

Me para un falangista del barco que iba con otro también vestido de falangista y un marinero. Me preguntan si soy yo uno que llaman “Malaspina”. Digo que sí. Y entonces insolentándose conmigo me dice que él sabe que yo estoy en contra del movimiento y en contra de Franco. Creo que está borracho el tío y hago ademán de marcharme pero él sigue sosteniendo que yo

²⁹ *Ibídem*, 11 y 12 de junio de 1937.

³⁰ *Ibídem*, 7 de julio de 1937.

³¹ Es singular la referencia a un joven cabo: «este compañero y buen marinero merece figurar en este diario como recuerdo al tío de cualidades más grandes de mando, valentía, educación, tacto y muchas otras buenas cualidades que he conocido. Trabaja como nadie y a pesar de no ser de la misma clase de los que formamos el rancho, pues él era antiguo marinero y aunque no tiene más que 22 años, es curioso como todos acatamos lo que manda y el respeto que le tienen. Se llama Francisco Eictor y pronto espero verle de cabo de 2º pues lo merece más que nadie!». *Ibídem*, 21 de febrero de 1938.

³² Su sentimiento monárquico («No comprendo como todavía hay gente que no sean monárquicos!!») en *Ibídem*, 16 de enero de 1938. La afinidad con Hitler y Mussolini, especialmente en sus gritos, consignas e himnos, 9 de abril y 4 de octubre de 1937, 15 de enero de 1938. La distancia con Falange, *Ibídem*, 17 de febrero de 1937.

soy un rojo. Armo el jaleo correspondiente y mi compañero también se indigna de semejante tontería.³³

Tras esta acusación, Silva se vio obligado a dar explicaciones a los mandos de su barco, especialmente porque el segundo de a bordo recabó varios testimonios que confirmaban la acusación del falangista. A las sospechas se le añadió una pelea con el implicado, que conllevó un arresto disciplinario. Álvaro Silva tenía muy clara la causa de estos sucesos: todo se debía a una interpretación rígida e interesada de distintos comentarios irónicos que había pronunciado sin mucha precaución. Manifestaba, en concreto, haberse «cagado» en Franco, que en Sevilla se fusilaba más que en Madrid y que su familia había estado protegida en dicha ciudad tras el golpe de Estado.³⁴ Los días sucesivos el diario recogía su preocupación por los acontecimientos, insistiendo una y otra vez en lo absurdo que era acusarle de ser rojo y, por tanto, dudar de su patriotismo. La justificación tenía tintes más sociales que políticos: «esa gente de tan poca cultura no han sabido darle el sentido de broma a lo que no es más que una broma además mezclado con la eterna envidia y ganas de hacer daño al que no es de su misma clase». Aunque estas palabras fueran de su comandante, Silva las hacía propias en su diario, refrendándolas con un rotundo: «Todas las personas decentes del barco me dan la razón y a mí es delante de estos frente a los cuales quiero quedar bien y no frente a los que se valen de la calumnia, la mentira y difamando».³⁵

Silva pensó presentar su renuncia ante el ambiente creado, pues desde entonces relató varios acontecimientos en los que entreveía una especie de persecución. Una y otra vez, la duda de su patriotismo aparecía como la mayor ofensa. Aunque la situación no se resolvió de inmediato —hubo una denuncia en tierra por los mismos motivos—, la acusación no tuvo ninguna trascendencia efectiva. Silva siguió viendo conexiones entre este hecho y otros conflictos internos del barco.³⁶ Desde nuestro punto de vista, este conflicto hace patente la contradicción que surgía al desembarcar en el bando “nacional” perfiles de carácter ideológico y social tan dispares. Silva era una personificación de esas contradicciones que para él tenían una definición sencilla: «Yo creo que esto es que como yo no soy muy falangista moderno y no pienso como todos estos envidiosos creen que soy rojo» El peso que la Falange desempeñaba en el barco parecía limitarse, hasta entonces, a himnos, camisas y una identificación simple entre los sublevados y la Falange misma. Silva manifestó otras veces distancias con Falange, pero no tenía problema en entonar el «Cara al sol» y saludar a la romana.³⁷ Fue en este conflicto cuando destacó la tensión que no sólo era de carácter

³³ *Ibíd.*, 30 de septiembre de 1937.

³⁴ *Ibíd.*, 1 de octubre de 1937.

³⁵ *Ibíd.*, 2 de octubre de 1937. Subrayado en el original.

³⁶ «Como a mí no me quieren muchos de los que hay aquí me acaban de decir que me han arrestado tres turnos por tirar unos pellejos de plátano cuando todo el mundo lo hace. Además todavía no habían barrido el suelo. Que se le va a hacer. Viva España y todo sea por ella! Si yo no fuese quien soy seguramente no me tendrían tanta envidia». *Ibíd.*, 2 de diciembre de 1937.

³⁷ En cambio, en su diario señaló como este tipo de manifestaciones son peor vistas por algunos militares que observaban una posible sustitución de lealtades. Después de un acto en el que habló un falangista comentaba: «Al final se tocó el himno de falange y todos saludaron a la romana. Con este motivo el Comandante hizo formar la gente otra vez y en tonos enfadadísimos y con toda la razón dijo que no

ideológico, sino también social y que enseguida identificó con su condición nobiliaria, alejada de esos “modernos” a los que muy intencionadamente definió como ignorantes.³⁸

Los conflictos entre las distintas formas de enfrentarse a la revolución se plasman aquí de una forma sutil, incorporando a la dimensión política la explicación social. La historiografía sobre la nobleza ha atendido últimamente al equilibrio inalcanzable al que aspiraron las aristocracias en la Europa de entreguerras –por ejemplo en contextos tan dispares como Alemania, Francia o Gran Bretaña–. Urbach ha definido esta situación como una especie de esquizofrenia, provocada por la necesidad de elegir entre dos soluciones insatisfactorias.³⁹ En definitiva, estaba claro que –como postula Silva en sus notas– se encontraban a gusto con algunos elementos de esas nuevas ideologías, mientras que otros aspectos –definidos en esa ignorancia recurrente– se detestaban.

En ese contexto, Conze apunta la evolución de un conflicto en el que llevaban las de perder. Para este autor, el núcleo del problema estaba en la dificultad de transferir fidelidades. En este sentido, no está nada claro el tipo de monarquía que apoyaría Silva. Sus referencias a Juan III y no a Alfonso plantean una evolución nada continuista con modelos restauracionistas clásicos, algo que se podría extender a su generación de nobles comprometidos con el golpe desde un principio.⁴⁰ En el caso de los nobles, las tensiones entre los partidarios de la contrarrevolución, esa dificultad de transferir fidelidades, a pesar de que se apuntaran durante la guerra, no se presentaron con fuerza hasta acabado el enfrentamiento. En contraposición a la crisis dentro de la propia Falange, por el momento la nobleza se sintió bastante cómoda en la evolución autoritaria y católica del régimen de Franco. El mismo recorrido personal de Silva lo manifiesta, al margen de sus quejas, pues no se abrió un proceso ni se tomaron medidas disciplinarias. La guerra servía como disolvente para algunas diferencias a la espera de su desenlace.⁴¹

Guerra en el mar

La experiencia bélica de Silva transcurría de la amistad a la clase, con las implicaciones que esto tiene tanto para la historia social de la élite como del bando franquista. Sin embargo, aunque parezca una obviedad, ninguna de estas dos perspectivas tiene sentido pleno ajenas al

quería que se volviese a ver un acto de indisciplina como éste al haberle desobedecido en el modo de saludar. “En el barco y de marinero se saluda como siempre se ha saludado teniendo este modo de saludar tantos mártires o mucho más que el otro”. *Ibidem*, 11 de agosto de 1937.

³⁸ Sobre la conflictiva construcción del falangismo como ideología del régimen es imprescindible: Ferrán GALLEGU MARGALEFF: *El evangelio fascista: la formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.

³⁹ Con una personificación muy adecuada, Urbach habla del dilema de elegir entre Stafford Cripps y Oswald Mosley, para el caso de la aristocracia británica. Karina URBACH: “Age of no extremes? The British aristocracy torn between the House of Lords and the Mosley movement”, en Íd. (ed.), *European aristocracies and the radical right, 1918-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 53-71.

⁴⁰ Eckart CONZE: “«Only a dictator can help us now»: aristocracy and the radical right in Germany”, en Karina URBACH (ed.), *op. cit.*, pp. 129-147. El último de sus diarios se abre con el nombre de Franco escrito tres veces en letras mayúsculas y un “Viva España, viva el rey Juan III”.

⁴¹ Al acabar el conflicto, las cosas evolucionaron de otra manera, aunque no inmediatamente, vid. Miguel ARTOLA BLANCO: *El fin de la clase ociosa...*, pp. 229-264.

teatro de la guerra. En el caso de Álvaro Silva, su condición de combatiente en el mar aporta una dimensión singular, más aún cuando el frente marítimo es uno de los grandes olvidados del análisis bélico del conflicto. Michael Alpert ya señaló este olvido hace años, subrayando que la importancia de este frente fue esencial desde la perspectiva de la logística y de la internacionalización del conflicto. A pesar de estas sugerencias, poco ha avanzado la historiografía en este punto. Obras como *La victoria nacional* de Seidman, que trata de explicar la victoria del bando franquista poniendo énfasis en su mejor organización en muy distintos ámbitos, tampoco dedican una atención mínima al frente en el mar.⁴²

El alistamiento de Silva como marinero voluntario aparece en su diario como una decisión casi natural. No obstante, en un primer momento combatió en el Frente Norte. Su incorporación a la armada sublevada fue de la mano de la influencia y consejo de su tío, el duque de Santo Mauro, marino de carrera.⁴³ Aunque él apenas hiciera mención, sin duda también tuvo que pesar la historia de la familia, en especial el ejemplo del I marqués de Santa Cruz.⁴⁴ Tras su incorporación al crucero *Canarias*, enseguida fue transmitiendo una serie de experiencias que no sólo definieron su condición de combatiente, sino que también configuraron su visión de la guerra de España en una escala más amplia.

En un primer momento, para Silva, su vida en el crucero fue poco más que rutina, pura sucesión de encargos y horario sin mucho interés. Esa sensación de rutina, de guerra como algo cotidiano, no desapareció al comenzar a navegar y sucederse guardias, ataques, celebraciones o amarres en nuevos puertos. Lo que más contribuyó a dar esa sensación de rutina al barco fueran las actividades de carácter doméstico, repetidas diariamente.⁴⁵ Silva abundaba bastante en las conversaciones: «La gente hace diarios y escriben cosas como poesías a la novia, otros recuerdan los buenos tiempos de Madrid levantándose a las doce y luego se paseaban en coche por el Retiro. —En cambio ahora todos están hechos polvo con un gran espíritu».⁴⁶ En el diario también hay

⁴² Michael ALPERT: *La guerra civil española en el mar*, Barcelona, Crítica, 2008 [1987]. Michael SEIDMAN: *La victoria nacional: la eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

⁴³ Curiosamente, la influencia de Santo Mauro no supuso el embarco inmediato como parecía la voluntad de Silva e, incluso, el ya mencionado cambio de destino del Malaspina al *Canarias* no gustó nada al interesado. *Diario de Álvaro Silva*, 6 de marzo de 1937 y 16 de abril de 1937.

⁴⁴ Las referencias a la historia son llamativamente escasas en el diario. Destaca una al ver los estandartes de los tercios Duque de Alba y Duque de Medinaceli de la Legión: “(en Ceuta) al pasar por el campamento de la Legión paramos aquí para verlo. Esto tiene un ambiente bárbaro y allí vi los escudos de Luis Medinaceli y de Alba que son las insignias de la 5ª y la 6ª Bandera. Todo esto tiene y tendrá en lo futuro una gran historia”. *Ibidem*, 10 de agosto de 1937. Sin embargo, es difícil dar a la historia un papel destacado en la vida y decisiones de Silva a la altura del que le otorgan análisis más atentos a la distinción social de la nobleza. Vid. Maurice HALBWACHS: *op. cit.* Ni mucho menos con las referencias que se hicieron al propio Silva en las obras más laudatorias del papel de la nobleza en la guerra. Marqués de SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS: *op. cit.*, pp. 273-5.

⁴⁵ Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la guerra civil. I La España Nacional*, Barcelona, Planeta, 1974. En el texto de Abella no se han encontrado menciones a la guerra en el mar.

⁴⁶ *Diario de Álvaro Silva*, 24 de abril de 1937.

espacio para actividades insulsas, como la observación de los pájaros, y una atención importante a las fiestas y ceremonias religiosas.⁴⁷

Dentro de esa rutina se encuentra su amarre en puertos como Palma –muy frecuente– o Ceuta y la idea persistente de cuántos días llevaban en alta mar y la pregunta sobre los que restaban para arribar a puerto. El tema de la rutina es una constante en testimonios de marinos en otros conflictos.⁴⁸ En el testimonio de Silva, juega un papel destacado en esa lógica la amenaza de la locura. Apenas embarcado, Silva ya lo hizo notar:

No tengo nada de particular que decir en este diario. –Metido en esta casa de acero no viendo más que la inmensidad del mar y del cielo, le pone a uno neurasténico y le hace pensar mucho. – Yo afortunadamente no lo estoy pero hay muchos a bordo que están regaderas completamente.⁴⁹

La frecuencia de esos brotes a veces se vinculó con tareas concretas dentro del barco: «Hoy se ha vuelto otro fogonero loco y van ocho. Si nuestra vida es dura, la de estos pobres hombres metidos en unos infiernos de máquinas con unas guardias muy largas es muchísimo más».⁵⁰ De la mano de su asombro por los brotes de locura iría la conexión entre las estancias prolongadas en alta mar y las peleas. Sin embargo, Silva no relacionó esta tensión acumulada con los conflictos en los que se vio envuelto, ni tampoco le dedicó una atención particular a la disciplina en el barco.⁵¹

Locuras y rutina quedaban en un segundo plano cuando Álvaro Silva hablaba de la importancia de la marina en el conflicto. En sus primeros meses como marinero no dedicó mucha atención a esto pero, después, la labor del *Canarias* como guardián del Mediterráneo ganó peso en sus reflexiones. Más que el papel del barco como arma de combate, Silva insistió en su utilidad como obstáculo para los envíos de material al bando republicano y al requisamiento de los mismos. Para Alpert, éste fue el papel principal desempeñado por la Marina del bando sublevado.⁵² Por una parte, Silva hacía esto reivindicando la relevancia de la marina en el trascurso de la guerra. Tras apresar un mercante, decía:

⁴⁷ «Llevamos varios días sin ver tierra; hoy han aparecido en el barco muchas golondrinas, es el anuncio de la primavera y lo único que tenemos que pertenezca a tierra. –Los marineros y la dotación se entretienen con verlas colocarse al calor de la chimenea y en los palos y vergas. –Se conoce que van de paso a otras tierras; también hemos visto algún gorrión». *Ibidem*, 1 de mayo de 1937.

⁴⁸ Así es, por ejemplo, en los diarios de Richard Stumpf, marinero de la Armada alemana en la Primera Guerra Mundial. Richard STUMPF: *The private war of Seaman Stumpf: the unique diaries of a young German in the Great War*, London, Frewin, 1969 citado en Peter ENGLUND: *The beauty and the sorrow: an intimate history of the First World War*, London, Profile, 2011.

⁴⁹ *Ibidem*, 29 de abril de 1937.

⁵⁰ *Ibidem*, 30 de septiembre de 1937.

⁵¹ «Nada de particular ocurrió hoy. Se ven muchas peleas y hay puñetazos fuertes como el de Arroyo de la comisión de compras que tan fuerte le pegaron que lleva dos días en cama. Siempre hay peleas cuando la gente lleva unos días en la mar». *Ibidem*, 3 de septiembre de 1937.

⁵² Michael ALPERT: *op. cit.*, p. 12.

El negocio cogiéndoles a los rojos esto es magnífico pues el material es muy bueno y además gratis porque ellos lo pagan además va mucha diferencia de tener el material enfrente a tenerlo de nuestro lado y cogido sin bajas, sin haberlo podido usar ellos y nuevo. ¿Qué unidad de tierra ha cogido 200 camiones nuevos? ¿Cuántas bajas tienen en el ejército para coger un solo cañón?⁵³

Pocos días más tarde relató el apresamiento de otro mercante, esta vez cargado de trigo. No obstante, las noticias más frecuentes en este sentido eran las que hablaban de la persecución y regreso al puerto de origen de los barcos que habían salido a buscar. El mérito de la marina y, en especial, la sensación de que la infantería se llevaba todo el reconocimiento es un relato ya existente en otros conflictos. Thomson lo recoge de una forma similar en marinos que combatieron en el Mediterráneo durante la Primera Guerra Mundial.⁵⁴ En este contexto Silva criticó con dureza a aquellos que colaboraban con el bando republicano, bien aportando sus mercantes o acogidos en puerto. Sobre un barco griego al que apresaron en dos ocasiones, Silva sentenciaba: «son unos judíos estos barcos griegos que solamente se dedican a los negocios sucios». Cuando supo del amarrado en el puerto de Argel de mercantes a los que perseguían, no dudó en calificar a los franceses de auténticos cínicos.⁵⁵

Junto con estas reflexiones, Silva transmitió con frecuencia la intensidad y temores de los enfrentamientos directos. Su puesto como apuntador le otorgaba una perspectiva especial. Por una parte, los bombardeos a ciudades no venían seguidos de ninguna reflexión de carácter moral, mientras que el hundimiento de barcos pesqueros era interpretado como una lucha desigual.⁵⁶ La vergüenza aparece como un sentimiento conectado más bien con el fracaso en el combate. Ante la incapacidad de derribar unos aviones republicanos que les atacaban, Silva comentó: «Parece mentira que la gente se pusiese tan nerviosa después de la cantidad de ataques aéreos que lleva este barco. Todo el mundo lo hizo a mi juicio muy mal. Empezando por arriba y acabando en el último».⁵⁷ Por otro lado, el contraste entre el combate y la retaguardia le sorprendían, pero no se planteaba una crítica hacia la población o un discurso de alabanza hacia sus méritos.⁵⁸ En sus

⁵³ *Ibidem*, 4 de septiembre de 1937. Curiosamente, relató cómo celebraron este hecho con juegos tradicionales en el propio barco: tirar de la cuerda, carreras de sacos, etc.

⁵⁴ Alastair THOMSON: *op. cit.*, p.34. Lamentablemente, en la obra de Thomson sólo hay dos testimonios de marinos y ninguno juega un papel destacado en las reflexiones del autor.

⁵⁵ *Ibidem*, 11 de julio de 1937. El 9 de septiembre mencionó haber interceptado de nuevo a este mismo barco. Sobre los franceses: «Seguimos costeadando África francesa pasando continuamente frente a Orán y Argel. Por lo visto hay cuatro barcos mercantes rojos metidos en esos puertos y hay que impedir que este material llegue a España. Desde Argel nos han preguntado los franceses que, que queríamos siendo esto lo más grande que en cinismo se ha visto». *Ibidem*, 31 de agosto de 1937.

⁵⁶ Ataques a Valencia, Barcelona y Alicante, *ibidem*, 27 de abril, 18 de septiembre y 3 de octubre de 1937. Los barcos pesqueros, 24 de junio y 22 de julio de 1937.

⁵⁷ *Ibidem*, 28 de junio de 1937.

⁵⁸ «Se divierte todo el mundo; parece mentira que sólo unas horas antes hemos estado en pleno combate y bombardeos y tan cerca de la muerte. —Esta gente no se da cuenta de la labor de estos cruceros, si no fuese por ellos no podrían vivir en plena tranquilidad y sin peligro de la escuadra roja les bombardeen», *ibidem*, 28 de abril de 1937.

anotaciones la guerra no era ningún juego, pero carecía de una dimensión violenta o cínica. De alguna forma seguía siendo una guerra entre caballeros, como si la *brutalización* traída por la Primera Guerra Mundial no significara nada ni para su generación, su clase o para aquellos que combatían en el mar.⁵⁹

Sin duda, el momento más intenso vivido en combate fue para él el hundimiento del *Baleares*, cuyos supervivientes fueron recogidos, entre otros, por su barco:

Fecha imborrable para mí y para todos los que tuvimos la desgracia de ver este dramático episodio de la guerra. Hoy no puedo escribir por no encontrar palabras en mi pobre diccionario, lo que yo quisiera relatar de este horrible golpe que hemos sufrido todos los españoles y principalmente por tocarnos directamente a los que luchamos en el frente de mar (...). El agua se puso de luto.⁶⁰

El día siguiente seguía siendo el tema prioritario en su cabeza: «Todos estamos impresionadísimos por lo de ayer. Ha sido lo más grande que han hecho ellos durante toda la campaña! Lo mejor es procurar no pensar más en la tragedia. Claro que es muy difícil!!».⁶¹ Tanto en el contexto del hundimiento del *Baleares* como en otras reflexiones de Silva, la visión que se da sobre el conflicto en el mar se asimila en parte, pero también se distancia de las conclusiones aportadas en los análisis de Neitzel y Welzer sobre testimonios de marinos alemanes. En los textos recogidos por estos autores resulta central el objetivo del hundimiento del enemigo, es preocupación y mérito principal. Para Silva, sólo es algo reseñable en el momento en que se sufre ese hundimiento, como en el caso del *Baleares*. Sin embargo, aunque Neitzel y Welzer incluyen el análisis de la lucha en el mar en el capítulo «combatir, matar y morir», coinciden con el testimonio de Silva al entender que la guerra en el mar era más una cuestión de combate y, como un temor real pero lejano, muerte. Matar, y más aún salvajemente o de una forma injusta, quedaba diluido en la nebulosa de la distancia y, para Silva, condenado por una moral personal que aflora en comentarios sobre la igualdad en combate.⁶²

En conjunto, la experiencia bélica de Silva matiza la interpretación general de Neitzel y Welzer sobre los distintos marcos de referencia que convergen y colisionan en el conflicto. Para estos autores, el marco de referencia clave para los combatientes no sería el ideológico sino el propio de la guerra, ese que definen como «luchar, matar y asesinar». Desde su punto de vista,

El desplazamiento del marco de referencia del estado civil al de guerra resulta el factor más decisivo, más importante que toda la ideologización, concepción del mundo y disposición. Estos últimos solo

⁵⁹ Una reflexión sobre el conocido concepto de George L. Mosse y los debates en torno al mismo: Ángel ALCALDE: "La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15 (2016), pp. 17-42.

⁶⁰ *Ibidem*, 6 de marzo de 1938.

⁶¹ *Ibidem*, 7 de marzo de 1938.

⁶² Sönke NEITZEL y Harald WELZER: op. cit., pp. 94-98. El epígrafe donde los autores tratan este tema lleva el elocuente título de "hundir".

son importantes para lo que los soldados consideran esperable, justo, irritante o indignante, pero no para las cosas que hacen.⁶³

En el diario de Álvaro Silva, una ideología de clase entendida como una «concepción del mundo» parece priorizarse tanto en el combate como en los actos más cotidianos de la vida durante el conflicto. Aunque estos autores sobre todo cuestionaran el peso del nazismo en los soldados, el caso de Silva sugiere la priorización de planteamientos personales por delante de las dinámicas propias de la guerra.

Conclusiones

El diario de Álvaro Silva ha sido un protagonista principal de la reflexión sobre la identidad social de una elite en conflicto. El trabajo con otro tipo de egodocumentos además de los diarios se ha demostrado como una línea tremendamente productiva para acercarse a protagonistas desplazados por la costumbre –mujeres, niños⁶⁴– o por la propia derrota –reclusos, exiliados⁶⁵–. Las palabras de Silva, necesitadas de un trabajo donde hace falta la distancia con que siempre nos acercamos a todo tipo de fuentes, nos parecen especialmente relevantes. Como ya se ha apuntado, su diario aporta una visión sobre la identidad nobiliaria sometida a la excepcionalidad de la guerra, contestada en su propio bando y que, además, no se puede estudiar ajena a la condición de combatiente del autor de ese relato. Al mismo tiempo, estas visiones se vuelcan en un diario, hecho para ser leído muy probablemente pero resultado de una escritura apenas mediatizada por el temor al público y la reflexión del tiempo.

Los análisis planteados en este artículo (la importancia de las relaciones personales en el conflicto, las fisuras sociales en el bando sublevado y la guerra en el mar) tienen también otra lectura –más compleja si cabe– al preguntarse por los silencios del diario. Una de las grandes cuestiones que Silva no trata en su texto con la extensión que se podía prever es el papel de su familia. En este sentido, la omisión conecta con un factor central en todo análisis de fuentes históricas, no sólo personales, como son los silencios. La familia de Silva se quedó en Madrid durante el inicio de la guerra, algo que les hacía posibles víctimas del llamado “Terror Rojo” que otros memorialistas sí

⁶³ Ibidem, p. 324.

⁶⁴ Sobre el concepto de egodocumento, James AMELANG: “Presentación”, *Cultura escrita & Sociedad*, 1(2000), pp. 17-18. Verónica SIERRA BLAS: *Palabras huerfanas: los niños y la guerra civil*, Madrid, Aguilar, 2009.

⁶⁵ Guadalupe ADÁMEZ CASTRO: “Cartas entre alambradas: el correo en los campos de refugiados durante el primer exilio español (1939-1945)”, en Antonio CASTILLO GÓMEZ y Verónica SIERRA BLAS (dirs.), *Cartas-Lettres-Lettere: discursos, prácticas y representaciones epistolares (siglos XIV-XX)*, Madrid, UAH, 2014. Javier Cervera planteó una propuesta sugerente en su análisis cronológico de la guerra a través de cartas procedentes de ambos bandos. Sin embargo, las limitaciones que plantea su proyecto –las cartas no suelen estar citadas por decisión de los descendientes de los autores– hacen algo confuso el resultado a nuestro entender. Javier CERVERA GIL: *Ya sabes mi paradero: la Guerra Civil a través de las cartas de los que la vivieron*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 2006.

captaron.⁶⁶ Aunque Silva mencionó las penalidades que sus padres y hermanas pudieron sufrir, en su cabeza primaron las afinidades personales sobre las de la sangre. En este contexto, no se debe pasar por alto que la apuesta por participar en la sublevación llevaba implícito un riesgo más que notable para los familiares, que Silva pudo obviar en sus reflexiones, marcado por un conflicto personal interno.⁶⁷ Más que una limitación, los silencios se presentan como una oportunidad para entender las distintas formas de interpretar el conflicto.

Para acabar, pensamos que este artículo sigue la línea del trabajo de Philip Dwyer al subrayar la importancia de las fuentes de carácter subjetivo —narrativas personales desde su punto de vista, más que egodocumentos— a la hora de insistir en una línea abierta hace tiempo en los *wars-tudies*: el análisis de cómo los propios protagonistas modifican el mismo concepto de la guerra a la vez que ésta les cambia a ellos mismos.⁶⁸ Ajenos a una concepción omnisciente de la fuente, trabajos como los del propio Dwyer o el de Neitzel y Welzer permiten añadir a sus reflexiones en torno al propio conflicto otros análisis de elementos de cambio social y político que trascienden los límites del enfrentamiento.⁶⁹ El diario de Álvaro Silva, con sus peculiaridades, plantea estos mismos desafíos. La guerra como una experiencia de amistad, la guerra como un conflicto de clase en el propio bando y las especificidades de la guerra en el mar son algunos de los elementos centrales de su experiencia. Todos estos análisis constatan las posibilidades que ofrecen —y ofrecerán— los estudios basados en estas narrativas personales.

⁶⁶ Aunque no sean exactamente unas memorias, vid. Agustín DE FOXÁ: *Madrid de Corte a checa*, Salamanca, Jerarquía, 1938.

⁶⁷ Sus padres fueron de las primeras personas en recibir asilo en una embajada, en su caso, en la argentina. Antonio Manuel DEL MORAL RONCAL: *Diplomacia, humanitarismo y espionaje en la Guerra Civil española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

⁶⁸ Philip DWYER: op. cit., pp. 111-114.

⁶⁹ En el trabajo de Neitzel y Welzer, aparte de la peculiaridad de sus fuentes, resalta la dimensión psicológica que pretenden dar a su estudio. El concepto de ‘marcos de referencia’ que utilizan para plantearse sus interpretaciones puede parecer más o menos adecuado pero no dista mucho de cualquier trabajo que pretenda señalar habitus o estructuras sociales cuestionadas o distorsionadas por el conflicto. Sönke NEITZEL y Harald WELZER: op. cit., pp. 16-18. Sigue siendo sugerente, no sólo por su dimension comparativa, Arthur MARWICK: *War and social change in the twentieth century: a comparative study of Britain, France, Germany, Russia and the United States*, London, Macmillan, 1974.

Un embajador en Guerra: Gordón Ordás en México

An ambassador at War: Gordón Ordás in Mexico

Jorge de Hoyos Puente

UNED

dehoyosjorge@gmail.com

Resumen: En este artículo abordamos la trayectoria de Félix Gordón Ordás, embajador de España en México durante la Guerra Civil española. Este político leonés, dirigente del Partido Radical Socialista y de Unión Republicana, decidió apartarse de la primera línea política española tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936. Para ello solicitó el puesto de embajador en México, país por el que sentía una profunda admiración. Apenas un mes después de su toma de posesión de lo que pretendía ser un destino tranquilo, la sublevación militar y la Guerra Civil cambiaron radicalmente su actividad. La República mexicana se convirtió en uno de los pocos países abiertamente defensores de la democracia española, lo que convirtió esa delegación diplomática en un punto clave. Gordón Ordás desplegó desde el primer momento una intensa agenda de trabajo que es objeto de estudio en este artículo. A lo largo de la Guerra, Gordón Ordás debió desempeñar delicadas tareas como diplomático y propagandista en unas penosas condiciones materiales y con escaso personal de apoyo debido a las deserciones producidas. Además, en 1938 asumió también la embajada de Cuba lo cual le obligó a viajar constantemente entre ambos países. A través de diversa documentación realizaremos un análisis de sus actividades, atendiendo las más relevantes. En primer lugar, destacó como propagandista político en defensa de la causa republicana, teniendo sus intervenciones públicas una gran repercusión entre la opinión pública mexicana y generando a su vez un fuerte rechazo entre la colonia española, más proclive a apoyar la sublevación militar. En segundo lugar, Gordón realizó una intensa labor como intermediario para la compra de armas y suministros destinados a las tropas del frente. Finalmente, en la gestión de la llegada de recepción de los republicanos españoles al final de la Guerra Civil. Liquidada la contienda, Gordón Ordás desempeñó diversos cargos políticos dentro de las instituciones republicanas en el exilio, llegando a desempeñar la presidencia del gobierno en París entre 1951 y 1960.

Palabras claves: Gordón Ordás, Guerra Civil española, México.

Abstract: In this article we discuss the trajectory of Félix Gordón Ordás, Spanish ambassador to Mexico during the Spanish Civil War. This politician, leader of the Socialist Radical Party and the Republican Union Party, decided to depart from the first Spanish political line after the Popular Front triumph in February 1936. For this, he applied for the position of ambassador in Mexico, country for which he felt a deep admiration. Barely a month after his inauguration of what was intended to be a quiet destination, the military uprising and the Civil War radically changed his activity. The Mexican Republic became one of the few countries openly defenders of Spanish democracy, which made that diplomatic delegation a key point. Gordón Ordás deployed from the first moment an intense work agenda that is object of study in this article. Throughout the war, Gordón Ordás had to carry out delicate tasks as a diplomat and propagandist in difficult material conditions and with limited support staff due to the defections produced. In addition, in 1938 he also assumed the embassy of Cuba which forced him to travel constantly between both countries. Through diverse documentation we will carry out an analysis of its activities, attending the most relevant ones. In the first place, he stood out as a political propagandist in defense of the Republican cause, his public interventions having a great repercussion among Mexican public opinion and generating in turn a strong rejection among the Spanish colony, more inclined to support the military uprising. In the second place, Gordón carried out an intense job as an intermediary for the purchase of weapons and supplies for the front troops. Finally, in the management of the reception arrival of Spanish Republicans at the end of the Civil War. Liquidated the contest, Gordón Ordás held various political positions within the republican institutions in exile, reaching the presidency of the government in Paris between 1951 and 1960.

Keywords: Gordón Ordás, Spanish Civil War, Mexico.

Para citar este artículo: Jorge DE HOYOS PUENTE: “Un embajador en Guerra: Gordón Ordás en México”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 336-356.

Recibido: 01/06/2017

Aprobado: 03/11/2017

Un embajador en Guerra: Gordón Ordás en México*

Jorge de Hoyos Puente
UNED

Introducción

La generación de Félix Gordón Ordás (León, 1885- México DF, 1973) estuvo condicionada por las experiencias bélicas que, de una forma u otra, afectaron al devenir de España en el periodo que les tocó vivir. A lo largo de su existencia Gordón Ordás fue un profundo pacifista. Como podemos leer en sus memorias uno de los elementos que marcó definitivamente su conciencia política y su pacifismo en los primeros años de su vida fue la imagen del regreso a España, en pésimas condiciones físicas y mentales, de los soldados derrotados en Cuba.¹ En su dilatada carrera política su oposición a la guerra y a la utilización de cualquier método violento para defender cualquier causa fue una constante. Gordón protagonizó una gira de actos de protesta contra la guerra de Marruecos junto con su amigo Álvaro de Albornoz. En el transcurso de esta iniciativa se produjo el inicio de la Primera Guerra Mundial, contra la que también se manifestó Gordón. Esta actitud pacifista, que condicionó fuertemente su carácter, también marcó el final de su vida política en 1960, cuando dimitió irrevocablemente como presidente del gobierno republicano en el exilio, tras escuchar un discurso del presidente de la República, Diego Martínez Barrio, defendiendo la violencia como instrumento legítimo para luchar contra la dictadura franquista. Habían transcurrido nueve largos y difíciles años desde que Gordón asumió la presidencia del gobierno de la República en el exilio en 1951.² Años en que las expectativas de la causa republicana se habían reducido considerablemente tras la firma de los acuerdos entre la dictadura franquista y los Estados Unidos en 1953 centrados en el asentamiento de bases militares norteamericanas en España y el posterior ingreso de la dictadura en la ONU en 1955. Otro conflicto, la Guerra Fría, condicionó sobremanera los últimos años de este republicano ilustre que al final de su carrera política había desempeñado diversas responsabilidades públicas, tanto en su ámbito profesional, la veterinaria, como en la vida política, donde fue diputado, director general, ministro e incluso embajador en guerra.³ Para comprender el desempeño de esta última función, la de embajador de España en México durante la Guerra Civil española, objeto último de este artículo, es necesario conocer mínimamente su evolución anterior.

* Este trabajo se inserta dentro del proyecto de investigación "Estado, nación y nacionalización en Europa del Sur y América Latina (1850-1930). Una perspectiva comparada" (HAR2015-64419-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad, años 2016-2018.

¹ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política en España, Tomo 1*, México DF, Imprenta Fíguro, 1961, p. 11.

² Josep SÁNCHEZ CERVELLO: *La Segunda República en el exilio (1939-1977)*, Barcelona, Planeta, 2011.

³ Miguel CORDERO DEL CAMPILLO: *Félix Gordón Ordás (1885-1973)*, León, Diputación de León, 2004.

A pesar de su relevancia política incuestionable, Gordón Ordás es un personaje bastante desconocido, que ha despertado un escaso interés dentro de la historiografía y ha sido más estudiado desde el campo de la veterinaria, donde fue un adelantado a su tiempo.⁴ Sin embargo, tanto su labor profesional como su actividad política están inevitablemente ligadas. Interesado desde la infancia por la vida pública, su entorno familiar humilde impidió al joven Gordón realizar estudios de Derecho en Oviedo, y debió conformarse con ingresar en la Escuela de Veterinaria de León en septiembre de 1900. Para esa fecha, Gordón ya había realizado sus pinitos en la vida política leonesa, como orador en distintos actos defendiendo ideas republicanas. Desde joven Gordón demostró una gran vehemencia dialéctica a la hora de exponer sus posiciones, lo que le llevó a enfrentamientos con su padre por discrepancias religiosas. Más tarde su espíritu renovador chocó en el ámbito de la veterinaria donde frecuentemente se encontró con un muro de incompreensión y jerarquía. Su primer espacio de sociabilidad político fue el Centro Republicano de León, donde Gumersindo de Azcárate jugaba un papel central.⁵ En sus años de formación en la escuela veterinaria publicó artículos políticos en la prensa local y participó en 1904 como orador en un acto político con Álvaro de Albornoz. Graduado en 1905, se trasladó a Madrid para solicitar una pensión de ampliación de estudios en el extranjero, pero un choque dialéctico con el catedrático Juan Manuel Díaz Villar le impidió obtener la ayuda.⁶ Un enfrentamiento que le perseguirá durante años, hasta que Gordón publicó en 1927 un folleto demostrando el plagio de la tesis doctoral de Díaz Villar. Tras ese primer fracaso académico, Gordón desempeñó el puesto de profesor auxiliar en la Escuela veterinaria de León entre 1906 y 1908. Al año siguiente, Gordón aprobó las oposiciones del Cuerpo de Inspectores de Higiene y Sanidad pecuaria con el número uno, pudiendo elegir como destino Madrid.

Afincado en la capital, Gordón participó en el Partido Radical, colaborando en su órgano de expresión *El Radical*, primero como crítico teatral y llegando a ser redactor jefe. Su actividad política fue creciendo de forma paralela a su desarrollo profesional, donde su toma de conciencia de la situación de atraso y desprestigio de los veterinarios en España le llevó a emprender diferentes iniciativas encaminadas a mejorar la formación de sus compañeros y la defensa corporativa de sus intereses. En 1913 abandonó el Partido Radical por “escrúpulos morales” y centró su actividad en promover una asociación de veterinarios como mejor instrumento para defender los intereses de grupo.⁷ Esta iniciativa le permitió recorrer varias veces España y tomar conciencia de las profundas desigualdades existentes entre el mundo urbano y rural. La consolidación de la Asociación Nacional de Veterinarios es un hecho a la altura de 1923, cuando se instaura la Dictadura de Primo de Rivera. Gordón es llamado a colaborar para realizar un plan agrario nacional, pero su

⁴ Además de los trabajos de Cordero del Campillo, destacaba José Manuel ETXANIZ MAKAZAGA: *Félix Gordón Ordás y sus circunstancias. Apuntes para su biografía*, León, Fundación Vela Zanetti, 2003.

⁵ Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL: *Gumersindo de Azcárate. Biografía intelectual*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2005.

⁶ Félix GORDON ORDÁS: *El sabio don Juan Manuel*, Madrid, La Semana Veterinaria, 1927, pp. 5 y 6.

⁷ Miguel CORDERO DEL CAMPILLO: *Aspectos de la vida de D. Félix Gordón Ordás*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1973, p. 16-26.

oposición a la dictadura le situó fuera del sistema, y en noviembre de 1925 la Gaceta publicó la disolución de la Asociación Nacional de Veterinarios.⁸

Gordón Ordás se implicó activamente en la creación del Partido Republicano Radical Socialista. Este partido nació en la cárcel del impulso de personalidades como Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz, Benito Artigas y Ángel Galarza, y fue refrendado en Madrid en diciembre de 1929. A través de su manifiesto fundacional podemos ver que nació con la vocación de ser una organización de izquierda republicana, democrática e inspirada por las doctrinas del socialismo no dogmático, partidario del Estado federal y laico.⁹ Gordón Ordás figuró en la Comisión organizadora que en febrero de 1930 publicó las normas del partido, y más adelante fue elegido miembro del Comité Ejecutivo Nacional.¹⁰ Entre las líneas ideológicas del nuevo partido figuraba el pacifismo como seña de identidad, junto con la defensa del sufragio universal, la intervención del estado en la economía o la reforma agraria. Con la caída del comité revolucionario formado en San Sebastián en agosto de 1930, Gordón formó parte del comité sustituto creado en febrero de 1931, alcanzando su figura una relevancia en la política nacional.¹¹

Con la proclamación de la Segunda República, Gordón Ordás fue designado secretario del partido en el Segundo Congreso Nacional del Partido Radical Socialista, y en las elecciones de junio de 1931 fue elegido diputado a Cortes por León. Ponente constitucional, ocupó también diversas responsabilidades en el Ministerio de Fomento, desde donde trató de dignificar y modernizar la profesión de veterinario. Precisamente, estas iniciativas y su condición de veterinario fueron motivo de escarnio y mofas por sus compañeros, entre los que destaca la actitud displicente de Manuel Azaña, recogida en sus diarios:

Ríos tiene que entenderse con los desaguisados cometidos por Albornoz, bajo la dictadura de Gordón Ordás, con los ingenieros agrónomos y los ingenieros pecuarios. Nos ha leído párrafos de un larguísimo decreto, que hizo Gordón, y que se publicó en la Gaceta sin que Albornoz diese cuenta de él en Consejo de Ministros. Contiene cosas divertidísimas: un registro general de animales, en que habían de inscribirse hasta los gazapos, y los cochinitos al cumplir tres

⁸ Real Orden de 29 de octubre de 1925, publicada el 1 de noviembre.

⁹ Juan AVILÉS FARRE: *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2006, pp. 51-52.

¹⁰ Formaron parte de la Comisión: Álvaro de Albornoz, Joaquín Arderius, Benito Artigas, Juan Botella, Javier Bueno, Marcelino Domingo, Ángel Galarza, José Salmerón y Félix Gordón Ordás. Juan AVILÉS: op. cit., p. 55. El primer Comité Ejecutivo Nacional quedó constituido en el Primer Congreso del partido celebrado los días 25-27 de septiembre de 1930. Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: "La democracia de los radicales-socialistas", en Fernando del REY (ed.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 241.

¹¹ Junto a Gordón Ordás participaron Rafael Sánchez Guerra, Felipe Sánchez Román y Luis Jiménez de Asúa, véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, Francisco COBO ROMERO, Ana MARTÍNEZ RUS y Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015, p. 51.

meses de edad. Todos los ministros reían a carcajadas. Y el bueno de Albornoz también se reía.¹²

A pesar de estas críticas, Gordón trabajó intensamente por la dignificación del mundo del campo, consiguiendo la creación de la Dirección General de Ganadería e Industrias Pecuarias a finales de 1931 y siendo elegido en abril de 1932 presidente de la Alianza Nacional de Labradores, organización sindical republicana.¹³ Como parlamentario destacó en los debates constitucionales, especialmente afrontando la cuestión religiosa, la organización territorial y los asuntos económicos del Estado.

La vida interna del Partido Radical Socialista distó mucho de ser apacible durante el bienio progresista. Dentro de la organización se articularon dos facciones con estrategias cortoplacistas incompatibles entre sí. Por un lado el grupo liderado por Marcelino Domingo, partidario de mantener el partido cercano a las tesis de Azaña y favorable a una alianza duradera con los socialistas, y por otro el grupo capitaneado por Gordón Ordás, defensor de una opción más centrista y cercana a la facción del Partido Radical dirigida por Diego Martínez Barrio. El distanciamiento de Gordón con los socialistas se debía a su visión contraria a la legislación laboral desarrollada por Largo Caballero para el campo español.¹⁴ Estas posturas colisionaron en el Tercer Congreso extraordinario del partido en septiembre de 1933, que se saldó con el triunfo de Gordón y el abandono de los seguidores de Domingo.¹⁵ Esta escisión, que acabó significando la defunción del Partido Radical Socialista, pone de manifiesto la volatilidad de las organizaciones políticas y el fuerte papel de la influencia de los líderes y sus aspiraciones en el devenir de los acontecimientos. Gordón Ordás fue acusado durante ese periodo de tener una ambición desmedida por alcanzar el poder.¹⁶ El diputado socialista Gabriel Morón acusó a Gordón de creerse llamado a ser el cirujano de hierro y volvió a recurrir al chiste fácil de su condición de veterinario:

Para nosotros, esto sería inadmisibile. Gordón no puede pasar de ser un veterinario y como españoles nos dolería que él nos sometiera a su tratamiento. Bueno está que asista a Lerroux y a su gobierno en esta hora de concordia y efusión, pero a los españoles que no entramos en ese pleito que nos deje quietos.¹⁷

¹² Manuel AZAÑA: "Apunte del Consejo de Ministros del día 22 diciembre 1931", en Santos JULIÁ (ed.), *Manuel Azaña, Obras completas, Tomo III Diarios*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pág. 877.

¹³ Juan AVILÉS: op. cit., pp. 191-192.

¹⁴ José Luis MARTÍN RAMOS: *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015, pp. 60-61.

¹⁵ Juan AVILÉS: op. cit., pp. 278-280.

¹⁶ Diario de Azaña, 1 marzo 1933, en Santos JULIÁ (ed.), *Manuel Azaña, Obras completas, Tomo IV Diarios*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, p. 625.

¹⁷ Gabriel MORÓN: "El veterinario metido a cirujano", *Córdoba Obrera*, 30 de septiembre de 1933, citado en Rafael QUIROSA-CHEYROUZE: *Gabriel Morón Díaz (1896-1973): Trayectoria política de un socialista español*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2013, p. 303.

Gordón Ordás tuvo que conformarse con ser ministro de Industria y Comercio en el último gobierno del bienio progresista, presidido por Diego Martínez Barrio. Con el triunfo de las derechas en noviembre de 1933, pasó a ser un diputado en la oposición, donde jugó un papel destacado en debates relevantes como los motivados por los intentos de reforma del artículo veintiséis de la Constitución y los haberes pasivos al clero.¹⁸ En septiembre de 1934 su alianza con Martínez Barrio se consolidó con la fundación de Unión Republicana, surgida de la fusión del Partido Radical Demócrata y el Partido Radical Socialista.

La actitud de Gordón Ordás frente a la revolución de octubre de ese año fue muy crítica. Para el político leonés la insurrección obrera significaba un elemento profundamente desestabilizador para la República. Como diputado interpeló al gobierno sobre la represión ejercida contra los manifestantes. Partidario en abril de 1935 de la creación de una gran coalición electoral de izquierdas, la gestión del pacto y sobre todo la inclusión final del Partido Comunista de España le generó un profundo rechazo, llegando a vetar en la candidatura de su feudo, León, la inclusión de candidatos comunistas.¹⁹

A pesar del triunfo electoral, Gordón Ordás no estaba llamado a ocupar un papel relevante en el nuevo escenario político. Enemistado con Azaña y con buena parte de los socialistas, optó por solicitar un puesto diplomático para tomar distancia, sin abandonar su escaño de diputado. Para disgusto de sus partidarios, Gordón rechazó la embajada de Portugal, decantándose por México, decisión ratificada por el Consejo de Ministros el 9 de abril.²⁰ Previamente, el cuerpo diplomático en México había gestionado el preceptivo visto bueno de las autoridades del país con la Secretaría de Relaciones Exteriores, que pronto fue aceptado después de recibir informes de la embajada en España.²¹ El gobierno presidido por Casares Quiroga solicitó a Gordón evitar cualquier motivo de fricción con el gobierno cardenista.²²

Gordón Ordás en México

Gordón Ordás llegó a México el 28 de mayo de 1936 a bordo del vapor *Yucatán* de la compañía Ward Line, procedente de Cuba, donde representó al gobierno republicano en la toma de posesión del presidente cubano Miguel Mariano Gómez.²³ La elección de Gordón de México

¹⁸ Félix GORDÓN ORDÁS: *Una campaña parlamentaria. El artículo 26 y de la Constitución y los haberes pasivos del clero*, Madrid, Talleres tipográficos de Galo Sáez, 1934.

¹⁹ Javier TUSELL: *Las elecciones del Frente Popular*, Madrid, Edicusa, 1971, pp. 122 y 297.

²⁰ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política en España (II)*, Edición del autor, México, 1962, pp. 526-527.

²¹ Carta de Ramón M^a de Pujadas, encargado de negociación de la Embajada de España en México a Eduardo Hay, Secretario de Relaciones Exteriores de 2 de abril de 1936. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores (México) Expediente de Félix Gordón Ordás, Exp III, 323/(46)/24, F. 9. Con fecha 8 de abril, Pujadas comunica al Ministro de Estado, Augusto Barcia, el plázet del gobierno mexicano a Gordón Ordás. AGA (10) 61 54/18441. Fondo Embajada de España en México.

²² Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS y Pedro PÉREZ HERRERO: *Historia de las relaciones entre España y México 1821-2014*, Madrid, Universidad de Alcalá-Marcial Pons, 2015, p. 153.

²³ Carta de Gordón Ordás a Eduardo Hay, México 29 de mayo de 1936. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Expediente de Félix Gordón Ordás, Exp III, 323/(46)/24, F. 18.

como lugar de retiro temporal estuvo motivada por diversas razones. En primer lugar, la simpatía y cercanía existente hacia el gobierno del general Lázaro Cárdenas y sus políticas reformistas. En segundo lugar, la importancia de la experiencia previa que Gordón había tenido en el país en un viaje realizado en noviembre de 1924 con motivo de la celebración del Primer Congreso Internacional de Zootecnia y Salubridad Pecuaria, hecho recordado por la prensa mexicana a su llegada al país.²⁴ Finalmente, la existencia de una importante colonia de españoles donde los republicanos, aunque minoritarios, también estaban organizados.²⁵

Sin formación ni experiencia diplomática previa, Gordón llegó a México dispuesto a imprimir su sello personal a la representación española en el país. En su primera declaración a los medios de comunicación enumeró una lista de prioridades entre las que figuraban la solución de los problemas generados por los toreros españoles al negarse a compartir cartel con los mexicanos en España, la firma de un tratado comercial entre ambos países y el estrechamiento de los lazos existentes entre ambos gobiernos, en la medida en que los dos afrontaban problemas políticos similares.²⁶

Después de las reuniones preceptivas con el Secretario de Relaciones Exteriores, Eduardo Hay, el primero de junio, y con el presidente Cárdenas en un acto oficial de entrega de cartas credenciales el día 9 de ese mismo mes, Gordón fue agasajado en el Casino español. Si con las autoridades mexicanas la actitud del nuevo embajador fue prudente y protocolaria, ante los españoles Gordón realizó un discurso eminentemente político, de defensa del proyecto de Estado diseñado y consagrado en la Constitución de 1931.²⁷ A pesar del protocolario aplauso que recibió su discurso, no es menos cierto que la vehemencia de Gordón en la defensa de sus firmes convicciones no gustó a la emigración española en México, escorado hacia posiciones conservadoras y en muchos casos abiertamente reaccionarias. No tardará en ser informado públicamente Gordón del estado de opinión de la colonia. El periodista mexicano Mateo Podán escribió en *La Prensa* un artículo premonitorio acerca de la actitud de los antiguos residentes españoles, muy dados a los protocolos y festejos con el embajador, pero abiertamente hostiles a la política desempeñada por el gobierno republicano surgido del Frente Popular.²⁸

Pocas gestiones más pudo realizar Gordón Ordás como embajador en paz, en la medida en que por motivos de salud fue ingresado en el Sanatorio Español hasta el 28 de junio, donde fue intervenido por el prestigioso urólogo mexicano Aquilino Villanueva.²⁹ Apenas repuesto de la operación tuvo que afrontar la decisión unilateral del gobierno español de levantar el embargo de

²⁴ Luis SANTA MARÍA: "El nuevo embajador de España en México", *El Universal Gráfico*, México, 6 de mayo de 1936.

²⁵ "Una diplomacia incompatible con el régimen", *Acción Republicana, semanario político*, México, 14 de mayo de 1936.

²⁶ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, op. cit., pp. 141-143.

²⁷ *Ibidem*, pp. 159-165.

²⁸ Mateo PODÁN: "Cosas de Nueva España" en *La Prensa*, 17 de junio de 1936.

²⁹ "El embajador de España saldrá el día de mañana del Sanatorio Español", *El Nacional*, 28 de junio de 1936.

importación de garbanzos mexicanos, impuesto por el bienio radical-cedista, y dos días más tarde la noticia de la sublevación militar en España.³⁰

Gordón Ordás ocupó muy poco espacio en sus memorias a la explicación de impresiones y sentimientos ante los diferentes acontecimientos que debió afrontar en su dilatada vida política. Siempre optó por dejar hablar a sus discursos y sus escritos como fórmula para evitar reinterpretaciones posteriores que distorsionaran su actuación. Sin embargo, no resulta difícil poder interpretar los complejos momentos que vivió ante las noticias de la sublevación militar, unas noticias, eso sí señala, que parecían factibles ante el clima de extremismo en que se estaban posicionando los sectores más radicales del arco parlamentario y social español.³¹ Informaciones de insubordinaciones militares, huelgas y finalmente el asesinato de José Calvo Sotelo mantenían preocupado al embajador desde hacía días. El miedo por los suyos, la incertidumbre ante la situación de inestabilidad e incluso la posibilidad del regreso a España son ideas que con toda probabilidad rondaron aquellos primeros momentos. Como diplomático, tuvo que hacer frente a dos tareas urgentes. En primer lugar, la gestión informativa acerca de los sucesos ocurridos en España. Desde su llegada a México el embajador había tratado de conseguir del gobierno republicano una mejor política de información diaria que permitiese al cuerpo diplomático contar con argumentos para contrarrestar las campañas antirrepublicanas que la prensa más conservadora promovía en México. La información de los primeros días también generó fuertes muestras de solidaridad que abrumaron al embajador, como las peticiones de mexicanos que querían ir como voluntarios a luchar por la República.

En segundo lugar, pronto tuvo las primeras deserciones entre el personal de la embajada. Varios de los funcionarios de carrera, a pesar de haber manifestado abiertamente su lealtad con la República el 27 de julio, no dudaron en ponerse al servicio de los sublevados solo dos días más tarde. La actitud de Ramón María de Pujadas, primer secretario y ministro consejero de la embajada, se destapó con la llegada a la sede diplomática de un telegrama de la Junta Militar, destituyendo a Gordón y nombrando al primer secretario responsable de la misma como Encargado de Negocios. A pesar de la negativa rotunda del embajador leonés a aceptar dicha disposición de los sublevados, Pujadas trató por todos los medios de ser reconocido por las autoridades mexicanas. Allí chocó con la firme determinación de Eduardo Hay, secretario de Relaciones Exteriores, con el que logró reunirse el 29 de julio.³² A pesar de la negativa, Pujadas encontró una fuerte cobertura mediática en la prensa anticardenista. Titulares sobre la existencia de dos embajadas españolas en México no faltaron en la prensa del momento. La actitud de Pujadas fue apoyada por una parte de la colonia española, partidaria de la sublevación, lo que desencadenó la declaración oficial del gobierno mexicano manifestando su firme determinación del mantenimiento única y exclusi-

³⁰ Comunicación de Gordón Ordás al Ministerio de Estado español, 16 de julio de 1936, AHEEM (Col-mex) r. 137. Abdón MATEOS: "Gordón Ordás y la guerra de España desde México" en Ángel VIÑAS (dir.), *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, Madrid, Marcial Pons, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2010, pp. 241-266.

³¹ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, op. cit., p. 181.

³² Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS y Pedro PÉREZ HERRERO: op. cit. p. 158.

vamente de relaciones con el gobierno de Madrid representado por Gordón Ordás. Ese mismo día, Gordón cesó a Pujadas de sus responsabilidades. Solo dos días después del cese, la noche del 31 de julio, la sede del Consulado de España en Tampico fue asaltada y la clave para cifrar las comunicaciones robada.³³ Además, llegaban noticias alarmantes acerca de los intentos por parte de algunos diplomáticos españoles en otros países de América para conseguir el reconocimiento de los sublevados con desigual éxito.³⁴

Las tensiones internas vividas dentro de la embajada durante los primeros días de julio provocaron en Gordón una vehemencia que pronto aparecería en sus discursos, generando una imagen exaltada de su figura que le persiguió durante toda la contienda. En el primer gran acto multitudinario celebrado en México el 26 de julio de 1936, organizado por la Confederación de Trabajadores Mexicanos, la CTM, en repulsa por la sublevación franquista, Gordón Ordás fue orador principal junto con Vicente Lombardo Toledano, líder sindical. Gordón en su intervención señaló que los republicanos españoles preferían el comunismo que la imposición de una dictadura militar, una afirmación no muy afortunada en ese momento.³⁵ En un discurso enfervorecido Gordón resaltó su origen humilde y su pertenencia al pueblo, su deseo de compartir los deseos del pueblo español que tomaba las armas para frenar a los militares:

Estad seguros de que en estos momentos dramáticos la misma evolución que dentro de mi espíritu se ha operado se operó ya en el espíritu de todos los republicanos dirigentes de las masas españolas, de todos. ¡Ellos lo han querido! Nosotros fuimos con ansias de paz: ellos vienen con clarines de guerra, y puesto que guerra quieren, guerra tendrán (*Aplausos*).³⁶

Su discurso, ampliamente difundido, pronto fue atacado por parte de la prensa mexicana más reaccionaria y también por un amplio sector de la colonia española. Así, Querido Moheno publicaba en *Excelsior* un alegato en el cual Gordón era calificado de soviético.³⁷ Tres días después, en el *Universal Gráfico* Tomás de Salvatierra acusaba a Gordón de connivencia con la dictadura de Miguel Primo de Rivera, hombre sensato que no asesinaba a los oponentes como sí había hecho la República con Calvo Sotelo.³⁸ La tensión fue en aumento y pronto la presencia de Gordón en actos generó altercados entre los mexicanos, como el acto celebrado el 30 de julio en el Anfiteatro Bolívar del Antiguo Colegio de San Ildefonso, sede de la Universidad, donde jóvenes fascistas lanzaron bombas lacrimógenas para impedir la intervención del embajador, acto que se

³³ Carta de Gordón Ordás a Eduardo Hay, México 1º de agosto de 1936. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Exp. III 241/(46)/9576, F. 6388 y sig.

³⁴ A través de la embajada mexicana en Lima, Gordón Ordás recibió el aviso del español Vicente Gómez de las maniobras de los representantes de España en Perú, solicitando ayuda. Comunicación interna de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1 de agosto 1936. Archivo de Secretaría de Relaciones Exteriores, Exp. III 323/(46)/24, F. 28.

³⁵ *Excelsior*, 27 de julio de 1936.

³⁶ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, p. 363.

³⁷ Querido MOHENO Jr.: "¿Diplomático o político?" en *Excelsior*, 3 de agosto de 1936.

³⁸ Tomás de SALVATIERRA: "El camarada Gordón alaba a Primo de Rivera" en *El Universal Gráfico*, 6 agosto 1936.

saldó con múltiples golpes.³⁹ Gordón dedicó una buena parte de sus esfuerzos a combatir en la prensa todos los ataques infundados que se vertían de forma continuada contra su persona y sobre todo contra la República.⁴⁰ Las autoridades mexicanas recibían presiones por parte de la colonia española, que se quejaba de la actitud poco diplomática de Gordón Ordás y su yerno, Anselmo Carretero.⁴¹

La Guerra Civil española tuvo un impacto inusitado en la opinión pública mexicana a tenor de la virulencia de las publicaciones periódicas, posicionadas desde un principio en uno u otro bando. El cese del secretario de la embajada no impidió que Pujadas continuase haciendo declaraciones públicas en nombre de los sublevados, lo que acabó forzando su expulsión de México, consumada el 29 de diciembre de 1936.⁴² Gordón se vio también obligado a cesar los días 4 y 9 de septiembre de ese mismo año a los secretarios segundo y tercero, Miguel Teus y Núñez Iglesias. A estos problemas con el personal diplomático profesional hay que sumar la necesaria limpieza en el cuerpo honorario, que le llevó a destituir a la mayoría de vicecónsules honorarios y a sustituirlos por otros partidarios de la República.⁴³

Por todas estas razones, Gordón tuvo que afrontar durante casi un año el sostenimiento de la embajada sin personal auxiliar.⁴⁴ A pesar de las carencias materiales y de personal, realizó una actividad frenética como embajador, consciente como era de que México se había convertido en un lugar clave, en la medida en que era una excepción en el panorama internacional, caracterizado por el abandono generalizado a la República.⁴⁵ Sus comunicaciones con el gobierno republicano durante la guerra ascendieron a 910 despachos y 904 cablegramas.⁴⁶

Reorganización de prioridades en una embajada en Guerra

Gordón Ordás tuvo que redefinir sus prioridades atendiendo al nuevo escenario que se planteaba en España. Desde el comienzo de la guerra fue consciente de la necesidad de establecer un relato capaz de contrarrestar la batalla ideológica desarrollada por un importante sector de la prensa mexicana en contra de los intereses de la república española. Gordón padeció la falta de una infraestructura informativa eficaz para afrontar la batalla mediática y para combatir las

³⁹ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, pp. 434-438.

⁴⁰ Para esta cuestión, José Antonio MATESANZ: *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*. México, El Colegio de México-UNAM, 1999.

⁴¹ Carta de la colonia española a Eduardo Hay, suscrita por 84 españoles, 1º de agosto 1936, Archivo Secretaría de Relaciones Exteriores, Exp. III 323/(46)/24, F. 29-30.

⁴² Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, op. cit., pp. 423-424.

⁴³ Cable cifrado 336 SRE. 1 agosto 1936. Información de Vicente Gómez Paratcha, español residente en Lima sobre la actitud de los diplomáticos españoles a favor de los sublevados. SER 24-13-50 EXP III 323(46)24, F. 28.

⁴⁴ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, op. cit., pp. 348-349.

⁴⁵ Como embajador, Gordón contaba con un salario de 9.031,20 francos franceses, unas 25.000 pesetas de la época, más 24.384,25 francos (67.500 pesetas) para gastos de representación gestionados a través del Banco Nacional de México. Carta del Banco Nacional de México a Félix Gordón Ordás, 23 de mayo de 1936. AGA (10) 61 54/18441, Fondo Embajada de España en México.

⁴⁶ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, op. cit., p. 349.

imágenes totalmente distorsionadas de la democracia española que se promovían en ciertos medios. No por nada, la Guerra Civil española fue uno de los primeros conflictos bélicos internos que fue seguido a nivel mundial de forma masiva y que transformó el modo de narrar las guerras.

Para contrarrestar estas diatribas de la prensa, Gordón Ordás comenzó a elaborar un boletín informativo de la Embajada que, de forma precaria, recogía las noticias de la guerra que le llegaban por distintos medios. El boletín salió a la luz por primera vez el 21 de julio de 1936 y existió hasta el 12 de octubre de 1938. Publicado de forma íntegra en el diario *El Nacional* era transmitido por la Agencia Trens para toda Centroamérica.⁴⁷ El embajador comenzó a escribir en este diario mexicano de forma habitual, anteponiendo una vez más su faceta política a la diplomática. En su artículo “La lucha civil en España” resaltó el heroísmo del pueblo español en armas que batallaba en un conflicto que, según sus propias palabras, afectaba al porvenir internacional y a las conquistas sociales de los trabajadores, un pueblo heredero del heroísmo de los madrileños del 2 de mayo de 1808.⁴⁸ En uno de sus mejores artículos, publicado el 31 de julio, explicaba de forma didáctica la actitud de la derecha que había animado al golpe militar y el miedo de los militares a ser juzgados por los crímenes perpetrados al margen de la ley en la represión del movimiento obrero en Asturias en 1934.⁴⁹ Otro de los argumentos esgrimidos por los sublevados, la inseguridad ciudadana, también fue rebatido con abundantes datos en su artículo “El pretexto de la rebelión militar”. En él Gordón sostuvo que los pocos meses de paz que disfrutó el gobierno del Frente Popular no fueron más convulsos que los del gobierno radical cedista, que demostró su incapacidad para controlar el orden público de todo signo que se produjo en su periodo.⁵⁰

Además de estas iniciativas, Gordón intensificó sus relaciones con la prensa mexicana, concediendo múltiples entrevistas. En una de las primeras, realizada el 29 de julio por el periodista de *El Nacional* Manuel Moguel Traconis, Gordón se mostraba tranquilo y confiado en el triunfo de la República. Probablemente por la falta de información que manejaba, Gordón negó que las relaciones de la República con Alemania, Italia, Francia e Inglaterra se hubiesen visto alteradas y situaba la sublevación lejos del entorno del fascismo italiano. No dudó el embajador republicano en realizar una crítica contra los dirigentes del Frente Popular, que habían confiado y sido magnánimos con una parte de la sociedad española, la más reaccionaria y acomodada, que mostraba su incapacidad para aceptar el resultado democrático de las urnas, defendiendo la necesidad de aplicar con todo rigor el código militar, a los militares que habían violado su juramento de servir al pueblo que pagaba sus sueldos.⁵¹

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 352-353.

⁴⁸ Félix GORDÓN ORDÁS: “La lucha civil en España” en *El Nacional*, 26 de julio de 1936.

⁴⁹ Félix GORDÓN ORDÁS: “Frente a la dictadura militar, soy beligerante” en *El Nacional*, 31 de julio de 1936.

⁵⁰ Félix GORDÓN ORDÁS: “El pretexto para la rebelión militar” en *El Nacional*, 25 de agosto de 1936.

⁵¹ Manuel MOGUEL TRACONIS: “El momento histórico de mi patria. Entrevista a Félix Gordón Ordás” en *El Nacional*, 29 de julio de 1936.

Su papel como propagandista fue controvertido. Por un lado, porque le enemistó definitivamente con la colonia española, de la que expresó la peor opinión en sus memorias, a pesar de evitar en todo momento ataques públicos al colectivo:

La colonia española en México, cuya capacidad de trabajo he admirado y aplaudido desde que comencé a conocerla, es acaso la intelectualmente más atrasada en su conjunto de toda Hispanoamérica.⁵²

Con toda probabilidad, fueron los sectores más exaltados de la colonia los responsables del atentado perpetrado el 3 de agosto de 1936 contra la embajada de España.⁵³ En parte quizás porque en más de una ocasión sus declaraciones contra Italia y Alemania acababan generando protestas diplomáticas ante la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana.⁵⁴ Sin embargo, su activismo le granjeó grandes simpatías entre las bases sociales del cardenismo y entre sus dirigentes. La documentación conservada en la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana nos permite comprobar hasta qué punto sus embajadas y consulados se convirtieron en centros prorrepblicanos en América, siendo utilizadas sus valijas diplomáticas para transmitir mensajes seguros a españoles. Gordón Ordás encontró a través de esa vía solidaria, un mecanismo efectivo para comunicarse con compatriotas, recibir y enviar información delicada y hasta propaganda política.⁵⁵ Es importante resaltar que sin la complicidad de las autoridades mexicanas Gordón Ordás no hubiera podido llevar a cabo otra de las misiones en las que destacó a lo largo de la guerra, como fue la de “conseguidor” de armas para la República, asesorado por los militares españoles José Melendreras y Francisco Corral.

La política de aislamiento a la que la comunidad internacional sometió a la República hizo de Gordón Ordás una figura clave en la obtención de material militar para la causa republicana. Desde el primer momento, México se convirtió en una excepción a la hora de suministrar armas. Así lo reconoció el presidente Lázaro Cárdenas en su discurso ante el Congreso mexicano el primero de septiembre de 1936, poniendo a disposición del gobierno español su arsenal. Sin embargo, México no era un gran productor de material bélico y Gordón Ordás tuvo que buscar en otros mercados por indicación del ministerio de Estado español.⁵⁶ De tal modo que un pacifista declarado tuvo como tarea prioritaria la compra y adquisición de armamento bélico en la peor coyuntura internacional posible. El recién nombrado ministro de Estado, Julio Álvarez del Vayo, solicitó a Gordón que buscara el respaldo mexicano para obtener de su legación en París la posibi-

⁵² Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, pp. 368-369.

⁵³ *Ibidem*, pp. 439-441.

⁵⁴ Carta del responsable de la Legación de Italia en México a Eduardo Hay, 20 de diciembre de 1937. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, F. 90.

⁵⁵ En diciembre de 1937 Gordón Ordás utilizó la valija diplomática mexicana para mantener intercambio de información y material con Panamá, Quito, Lima, Guatemala y Tokio. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, Fs. 76-86.

⁵⁶ Cablegrama reservado n° 57, “Del Ministro de Estado en Madrid a Embajada de España en México” 13 de septiembre de 1936.

lidad de que fuesen intermediarios en la compra de armas para el gobierno republicano, en vista del embargo que los países europeos estaban aplicando. No tardó mucho el embajador en conseguir el beneplácito de México para colaborar en esa tarea a condición de que sus diplomáticos no tuviesen que mentir a los países vendedores. México declararí­a siempre que las armas eran para la causa republicana en España.⁵⁷ El presidente Cárdenas sugirió la posibilidad de comprar armas en Checoslovaquia, país que había ofrecido sus productos a México.

Gordón entró pronto en contacto con empresas de armamento estadounidenses, convirtiéndose en un experto en la materia. Las ofertas de material de diversa índole le llovían en la embajada. Gordón transmitía las ofertas al gobierno y solicitaba el envío de fondos para la adquisición. Cada compra necesitaba la autorización del presidente Cárdenas para hacer el traslado a México y desde allí a la España republicana⁵⁸. El principal problema con el que tenía que lidiar el embajador no era la compra de armamento, sino la organización del traslado a España. Una parte de su labor diplomática pasó a ser la búsqueda de vías para sortear los obstáculos que se fueron incrementando en los meses finales de 1936. En noviembre, Gordón comunicaba a la Secretaría de Relaciones Exteriores la llegada de tres millones de dólares procedentes de España, a los que el gobierno mexicano daba tratamiento excepcional, exento de impuestos, facilitando así las gestiones del embajador.⁵⁹

A pesar del embargo moral existente en Estados Unidos y de las presiones ejercidas por la administración Roosevelt sobre los productores de armas para evitar las ventas a España, la Vimalert Company, representada por Robert L. Cuse, solicitó la venta de material militar con destino a España, operación autorizada a regañadientes el 28 de diciembre de 1936 por el Departamento de Estado estadounidense.⁶⁰ Para tal fin, Gordón se trasladó en enero de 1937 a Washington y Nueva York, acompañado de su mujer y su hija Ofelia como tapadera, para cerrar la compra de dieciocho aviones y cuatrocientos once motores por valor de tres millones de dólares. El viaje en un avión privado estuvo lleno de dificultades, incluyendo un aterrizaje forzoso.⁶¹ A pesar de la pretendida discreción, a su llegada la noticia estaba en las primeras planas de los diarios estadounidenses. Gordón se reunió con Fernando de los Ríos, para evitar las suspicacias que había generado la gestión de la compra de armamento por parte de la comisión técnica dependiente de la embajada mexicana.⁶² De los Ríos, hábil embajador para otras funciones, demostró bastante poca pericia a la hora de trabajar en la compra de armamento.

⁵⁷ Cablegrama reservado n° 90 "De embajador de España en México a Ministro de Estado en Madrid" de 14 de septiembre de 1936.

⁵⁸ Cablegrama reservado, n° 76 "De embajador de España en México a Ministro de Estado en Madrid" de 4 de septiembre de 1936.

⁵⁹ Comunicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores a la Secretaría de Hacienda de México, 26 de noviembre de 1936, Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, F. 37-39.

⁶⁰ Andreu ESPASA: *Estados Unidos en la Guerra Civil española*, Madrid, Catarata, 2017, p. 58.

⁶¹ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, op. cit., pp. 702-704.

⁶² Cablegrama reservado sin número "Del Ministerio de Estado al Embajador de España en México" de 30 de noviembre de 1936.

Después de una entrevista con Fernando de los Ríos, ejecutó la operación en Nueva York días antes de la aprobación de la ampliación de la Ley de Neutralidad estadounidense, que bloqueaba la venta de armamento a los países sumidos en guerras civiles. Gordón había planeado la operación al dedillo, trasladando uno de los buques de carga requisados por la embajada, el “Mar Cantábrico”, al puerto de Nueva York. Con ayuda de las Sociedades Hispánicas Confederadas, de fuerte implantación entre los estibadores de Brooklyn, consiguió introducir en tiempo record el material en el barco y zarpar el 6 de enero hacia el puerto de Veracruz, gracias en parte a las tácticas obstruccionistas del congresista frentepopulista de Minnesota, John T. Bernard, que consiguió retrasar la aprobación de la ley en el Congreso, que entró en vigor el día 8.⁶³ Gordón regresó a México el 16 de enero para continuar con sus tareas al frente de la embajada⁶⁴.

Con el cierre definitivo del mercado estadounidense, el gobierno mexicano, a través del general Mújica, por entonces Secretario de Comunicaciones, continuó trabajando de forma activa con Gordón, proporcionándole un equipo radiotelegráfico y dos técnicos, ya que el embajador dudaba de la lealtad de esos miembros de la tripulación encargada de llevar a España el cargamento comprado en Estados Unidos. Lamentablemente todos los esfuerzos de Gordón fueron infructuosos, ya que ese cargamento fue interceptado en marzo de 1937 en el Golfo de Vizcaya, cuando trataba de llegar al puerto de Santander para abastecer al frente norte.⁶⁵ Además de perder el valioso cargamento, que fue desembarcado en el puerto rebelde de El Ferrol, Gordón tuvo que sumar la pérdida de las vidas de los telegrafistas mexicanos.

Además de las tareas de suministrador de armas y propagandista, donde no cejó en su empeño de dar a conocer a la opinión pública mexicana los crímenes de la retaguardia franquista o en confrontar con personalidades partidarias de los sublevados, como José Vasconcelos, Gordón tuvo que asumir una tercera actividad prioritaria en los primeros meses de 1937, y fue la organización de la recepción de los primeros refugiados españoles: los niños de Morelia. Desde su embajada se transmitió al gobierno republicano la creación de un Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español presidido por Amalia Solórzano de Cárdenas, con la voluntad de esta organización de recibir a los pequeños.⁶⁶ Desde Valencia se canalizaron las gestiones con el Ministerio de Sanidad y el Consejo Nacional de Asistencia Social, órgano competente para la gestión de los envíos de contingentes de niños.⁶⁷ Gordón se entrevistó con Lázaro Cárdenas, que garantizó la protección y el sostenimiento de los niños españoles mientras durase la guerra en España.⁶⁸ Como en otras actividades existió cierta descoordinación en la información recibida entre la embajada y el gobierno de Valencia, hecho que provocó que Gordón no estuviese en el recibimiento de los niños en Veracruz en junio de ese año, por encontrarse en Valencia en una reunión de embajadores

⁶³ Andreu ESPASA: op. cit. p. 63.

⁶⁴ Carta de Gordón Ordás a Eduardo Hay, 16 de enero de 1936. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, F. 45.

⁶⁵ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, op. cit., pp. 744-749.

⁶⁶ Cablegrama nº 10 “Embajador de España en México a Ministerio de Estado” el 13 de enero de 1937.

⁶⁷ Cablegrama nº 14 “Ministerio de Estado a Embajador de España en México” el 19 de enero de 1937.

⁶⁸ Así lo comunicó Gordón en el cablegrama nº 89 de 1 de marzo de 1937.

convocada por el presidente Juan Negrín, viaje del que regresó a mediados de julio.⁶⁹ En aquel primer viaje a España, Gordón pudo tomar el pulso de la situación, reencontrarse con familiares y amigos y manifestar nuevamente sus quejas sobre los imperdonables descuidos informativos del gobierno republicano, que continuaba suministrando de forma deficitaria material propagandístico a las embajadas. Al menos consiguió que el personal de la embajada fuera reforzado con el nombramiento de José Loredo Aparicio como primer secretario de embajada; José María Argüelles, encargado hasta el momento del consulado de Veracruz, como segundo secretario; y con la incorporación de Salvador Etcheverría como responsable de la oficina de información y propaganda, y con funciones de cónsul en Veracruz.⁷⁰ Aquella reorganización dio un cierto respiro a Gordón, abrumado por tener que tramitar personalmente asuntos de muy diversa índole. Las tareas propias de la guerra le impedían desarrollar su labor de representación en multitud de actos sociales, propios de cualquier diplomático en una situación ordinaria.

Después de su viaje a España los quehaceres de Gordón continuaron centrados en la propaganda política y la adquisición de armamento. En la primera de las tareas, lo más relevante fue afrontar el debate sobre la No Intervención en la Sociedad de Naciones y el posicionamiento de México a través de su representante Isidro Fabela.⁷¹ En la tarea armamentística destacó la compra de material bélico en Bolivia sobrante de la Guerra del Chaco, gestión para la que también contó con la ayuda de las autoridades mexicanas. El general Manuel Ávila Camacho proporcionó técnicos militares que supervisaron el estado del armamento en La Paz.⁷² La compra ascendió a dos millones de dólares y pudo ser trasladada a España en el vapor Ibay en diciembre de 1937, junto con veinte aviones de carga comprados en Estados Unidos.⁷³

En enero de 1938, Gordón emprendió otro viaje a España que se prolongó hasta primeros de abril. Desde allí pudo contemplar el desenlace de la batalla de Teruel y el avance de las tropas franquistas por el frente de Aragón. A su regreso a México a primeros de abril, Gordón se manifestaba más pesimista que nunca. Su colaborador en la embajada, Salvador Etcheverría, recoge en sus memorias que Gordón se mostraba perplejo ante la negativa del gobierno a decretar el estado de Guerra y confiar más en los militares republicanos.⁷⁴ El día 8 de ese mes, Gordón realizó una visita al Presidente Cárdenas y a Ignacio García Téllez, Secretario de Gobernación. Con toda probabilidad el embajador expresó sus opiniones sobre lo que había encontrado en España, lo que se materializó al día siguiente en una declaración oficial del gobierno mexicano comprometiéndose a aceptar en el país a cuántos españoles hubieran luchado por la causa republicana.⁷⁵ La declara-

⁶⁹ Gordón Ordás estuvo fuera de México del 30 de mayo al 13 de julio de 1937. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, Fs. 55 y 62.

⁷⁰ Salvador ETCHEVERRÍA: *Eclipse en España: apuntes del diario íntimo de un diplomático de la República Española*, A Coruña, Ediciones do Castro, 1989, p. 36.

⁷¹ David JORGE: *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la Paz mundial*, Valencia, Tirant humanidades, 2016.

⁷² Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, pp. 749-755.

⁷³ Abdón MATEOS: op. cit., p. 249.

⁷⁴ Salvador ETCHEVERRÍA: op. cit., pp. 80-81.

⁷⁵ Félix Gordón Ordás: *Mi política fuera de España (I)*, p. 775.

ción molestó profundamente al presidente del gobierno Juan Negrín, ya que contribuía a propagar la imagen de que la causa republicana estaba perdida. El 24 de abril, el ministro de Estado Álvarez del Vayo emitió una circular para todo el cuerpo diplomático exigiendo mantener el ánimo y evitar realizar actuaciones públicas o privadas que proyectasen flaquezas y escepticismos.⁷⁶ Gordón respondió a la circular muy pronto con una carta donde aseguraba al ministro que su gestión ante el presidente Cárdenas estaban fundamentadas en lo siguiente:

Opino que es de gran conveniencia tener previsto hasta en sus menores detalles un plan de salvación de numerosas familias españolas, que pudieran ser desde el extranjero la base para la reconquista de la patria si la continuidad de la política funesta de no intervención permitiera que de España se apoderasen los ejércitos extranjeros a cuyo servicio se han puesto los rebeldes. Nuestra admiración profunda por el heroísmo de nuestro pueblo en armas no puede cogerlos hasta el extremo de descartar en nuestra relación oficial íntima toda posibilidad de una derrota final siquiera transitoria. Y si esta posibilidad es forzoso admitirla, habremos de reconocer igualmente que es una altísima función a cumplir por el servicio diplomático, especialmente en la América hispánica, la de tener de antemano procurado trabajo digno y protegido al mayor número posible de familias españolas que puedan abandonar el suelo patrio si éste llegara a ser militarmente ocupado en su totalidad. Claro está que yo nada me he atrevido a resolver al llegar el momento decisivo y por eso en el mencionado telegrama pedía al gobierno autorización para proseguir los trabajos si él como yo conceptúa de gran importancia este asunto.⁷⁷

Lo que molestó al gobierno de Negrín no fue la gestión en sí, sino la publicidad de la declaración mexicana. Gordón desconocía con toda probabilidad que en septiembre de 1937 Negrín había enviado de forma secreta al diputado Juan Simeón Vidarte para sondear esa posibilidad, habiendo obtenido ya una respuesta favorable del presidente mexicano, lo que permitía superar el escollo legal de la ley de migración mexicana, muy restrictiva con la llegada de españoles.⁷⁸

Aunque Gordón mantuvo bastantes tensiones por diferencias de criterio con el gobierno presidido por Negrín durante la guerra, la inmensa mayoría de las disputas quedaron sepultadas en los telegramas cifrados y su actitud fue de una lealtad manifiesta. No obstante, la confianza del gobierno republicano en Gordón había mermado. Prueba de ello fue la solicitud del pláacet al gobierno cubano gestionado a finales de abril para que asumiera la embajada cubana. En los diarios de Azaña se recoge su malestar por el nombramiento y sobre todo por la gestión diplomática realizada a sus espaldas por parte de Negrín y sus colaboradores, que comunicaron a Azaña que la

⁷⁶ Circular N° 47 del Ministerio de Estado al cuerpo diplomático, Barcelona 24 abril 1938 AGA (10) 61 54/18441 Fondo Embajada de España en México.

⁷⁷ Carta de Gordón Ordás a Álvarez del Vayo, México 18 mayo 1939. AGA (10) 61 54/18441 Fondo Embajada de España en México.

⁷⁸ Juan Simeón VIDARTE: *Todos fuimos culpables*, Barcelona, Grijalbo, 1978 pp. 786 y sig. y analizado por José Antonio MATESANZ: op. cit., pp. 247 y sig.

intención era que Gordón sumara esta embajada a la que ya gestionaba en México.⁷⁹ Sin embargo, en esa fecha Negrín estaba decidido a nombrar embajador en México a Indalecio Prieto, para el que obtuvo el plácet del gobierno mexicano, operación solo abortada por la intermediación de Azaña, que se negaba a prescindir de Prieto como un posible remplazo de Negrín.⁸⁰ Todo parece indicar que Gordón fue ajeno a estos intentos de sustituirlo, ya que su actividad siguió con normalidad. En el mes de junio, Gordón continuó gestionando asuntos de lo más dispares, como atender la petición de la Hemeroteca Municipal de Madrid para obtener publicaciones centroamericanas, la atención a la correspondencia de los familiares de los niños de Morelia o los intentos por parte de Vicente Lombardo Toledano por celebrar un congreso obrero internacional contra la guerra y el fascismo.⁸¹

En julio, Gordón se desplazó a Cuba para presentar sus nuevas cartas credenciales, y al mismo tiempo participó en un gran acto homenaje a los republicanos que luchaban en España. El multitudinario acto tuvo una gran repercusión en los medios cubanos, trascendiendo la isla, que contó con la presencia de Juan Marinello y Manuel Lister, el padre de Enrique Lister, además de las adhesiones personales de Fernando de los Ríos y Juan Negrín.⁸² Como había ocurrido en México, el discurso vehemente y poco diplomático de Gordón Ordás no dejó de molestar a aquellos que distaban mucho de simpatizar con la causa republicana.⁸³

Los últimos meses en la embajada

A partir de su nombramiento como embajador en Cuba y hasta el final de la guerra la actividad de Gordón Ordás se multiplicó, a pesar de no contar con el apoyo explícito del gobierno republicano. En Cuba logró ciertos avances en el entorno de Fulgencio Batista, con quien se reunió varias veces y del que consiguió algún gesto, como que nombrase embajador ante el gobierno republicano.⁸⁴ En sus memorias Gordón se queja de esta situación en la medida en que fue sometido a cierta desinformación y descortesía por parte del ministerio controlado por Álvarez del Vayo. Visitas no anunciadas en México, como las realizadas en septiembre de 1938 por Ramón González Peña y Margarita Nelken, generaban trastornos en el trabajo cotidiano de un hombre poco dado a la improvisación. Tampoco fue debidamente implicado en la gestación de La Casa de España, iniciativa mexicana para poner a resguardo a intelectuales españoles que fue gestionada y

⁷⁹ Diario de Azaña, 3 mayo 1938, op. cit. Tomo VI p. 587. El decreto de nombramiento fue firmado el 4 de mayo.

⁸⁰ Julián ZUGAZAGOITIA: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 410.

⁸¹ Sobre las comunicaciones con el Ministerio de Estado AGA (10) 61 54/18422 Embajada de España en México; sobre los niños de Morelia Archivo Histórico Ateneo Español de México, Serie Niños de Morelia, Caja 23, Exp. 296, F. 31.

⁸² Véase artículo "Magnífico homenaje se rindió el domingo a las democracias del mundo y a la República Española" en *El Mundo, diario de La Habana*, 19 de julio de 1938, p. 13

⁸³ José RUBINOS: "Algunas equivocaciones del Señor Gordón Ordás en su discurso". *Diario de la Marina*, La Habana, 19 de julio de 1938.

⁸⁴ Gordón se reunió con Batista el 11 de agosto de 1938, a esta reunión le siguieron otras de carácter informal. Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (II)*, p. 94.

supervisada desde Madrid.⁸⁵ A pesar de esto, Gordón encontraba útil su trabajo en la medida en que el apoyo de las autoridades mexicanas hacia la causa republicana continuaba presente, con actos como el Congreso Internacional contra la Guerra, realizado en el Palacio de Bellas Artes con presencia del presidente Cárdenas.⁸⁶

Los últimos meses de 1938 su actividad estuvo centrada en Cuba, desde donde realizó viajes a Puerto Rico y a Nueva York para participar en diferentes actos de propaganda y solidaridad con la República española.⁸⁷ Pocos días después de regresar de Estados Unidos, Gordón solicitó desde La Habana al encargado de negocios de México en ese país que le facilitase un pasaporte mexicano para viajar de incógnito a Francia y poder realizar una misión reservada encomendada por el gobierno republicano español.⁸⁸ Ignoramos el contenido explícito de la misión, probablemente relacionada con la compra de material de guerra, pero conocemos la respuesta negativa de la Secretaría de Relaciones Exteriores, una de las pocas veces que se negaron a colaborar con el embajador español. Gordón regresó brevemente a México el día 17 de noviembre sin poder realizar aquella misión secreta.⁸⁹

Gordón viajó a España en diciembre de 1938, y allí permaneció hasta mediados de febrero de 1939. Con toda probabilidad la caída de Barcelona y el inicio del éxodo masivo de los republicanos hacia Francia coincidieron con su viaje oceánico. A su llegada a la embajada en México recibió un cablegrama del Ministerio de Estado para que acelerase las gestiones con los gobiernos de México y Cuba para saber a cuántos españoles estaban dispuestos a recibir y bajo qué condiciones.⁹⁰ Con el colapso del gobierno republicano, tras la dimisión de Azaña el 27 febrero y el golpe de Estado de Casado el 5 de marzo de 1939, Gordón mantuvo su puesto de embajador, a pesar de no tener muy claro a quién debía fidelidad. El encargado de negocios en Cuba estaba dispuesto a entregar la embajada a las autoridades cubanas bajo el argumento de que vacante la presidencia de la República española la embajada carecía de sentido.⁹¹ Gordón viajó a Cuba precipitadamente para evitar la entrega de la embajada y para gestionar la posible llegada de españoles. Aunque consiguió mantener momentáneamente la institución, la gestión con el gobierno cubano en referencia a la llegada de españoles fue poco halagüeña. Del presidente cubano obtuvo solidaridad personal y compromiso de refugio para él y su familia, así como alguna exención aduanera para la

⁸⁵ Clara E. LIDA: *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988; Daniel COSÍO VILLEGAS: *Memorias*, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 169 y sig.

⁸⁶ Informe de Gordón Ordás al Ministerio de Estado, 14 de septiembre de 1938. AGA (10)61 54/18422. Fondo Embajada de España en México.

⁸⁷ Gordón estuvo en Nueva York entre el 22 de octubre y el 3 de noviembre participando en actos de las Sociedades Hispánicas Confederadas.

⁸⁸ Cable cifrado de Spindola, encargado de negocios de México en La Habana a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, La Habana, 8 de noviembre de 1938. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, F.107.

⁸⁹ Carta de Gordón Ordás a Eduardo Hay anunciando su regreso a México, 17 de noviembre de 1938. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, F. 106.

⁹⁰ Cablegrama del Ministerio de Estado, 17 de febrero de 1939.

⁹¹ Carta de Carlos Montilla, encargado de negocios de la Embajada de España en Cuba a Gordón Ordás, 28 febrero de 1939.

llegada de algunos profesores universitarios.⁹² En México las perspectivas acerca de la recepción de un importante contingente de españoles eran más optimistas. Sin embargo, la desinformación de la situación en España y la prudencia diplomática mexicana dejaba a Gordón en una posición muy debilitada.

A esta situación se añadió la ignorancia absoluta de Gordón por lo que respecta a la gestión de la llegada a México del yate *Vita* el 23 de marzo de 1939. Todo parece indicar que no estaba informado de aquella operación, lo que sin duda fue un error por parte del gobierno de Juan Negrín que, acosado por todos, desconfiaba de la mayoría. Sin duda Gordón era la persona más indicada para hacerse cargo de la custodia de aquel sensible cargamento por su cargo de embajador de la Segunda República todavía reconocido por las autoridades mexicanas. El día siguiente de la llegada del barco, Gordón había declarado que tras la renuncia del Presidente de la República era difícil mantener la figura de los embajadores en el exterior.⁹³ En una carta dirigida a Daniel Alonso, de las Sociedades Hispanas Confederadas de Nueva York, reconocía Gordón el 27 de marzo de 1939 que carecía de información oficial sobre la existencia de recursos de la República española en México. Lo hacía ante la necesidad de organizar el mantenimiento de los mil refugiados españoles que dicha sociedad estaba dispuesta a transportar a México desde Francia.⁹⁴ Fuese o no consciente de la llegada del *Vita*, bien parece que Gordón Ordás debía de haber jugado un papel mucho más importante del que Negrín y Prieto le otorgaron con respecto al barco, ya que al tratarse de fondos públicos el encargo de su custodia debía ser el embajador de España.

Así pues, el 31 de marzo de 1939 Félix Gordón Ordás comunicó por carta al Secretario de Relaciones Eduardo Hay el fin de su actividad como embajador de la República española en México, al igual que hizo con el responsable cubano Juan José Remos.⁹⁵ A cargo de los edificios y archivos quedaban José Loredó Aparicio y Carlos Montilla, secretarios de la embajada y tantas veces encargados de negocios en las ausencias de Gordón. Tras la derrota total de la República, México canceló las relaciones con España y Gordón Ordás entregó la embajada el 17 de abril de 1939, quedando bajo la custodia del embajador cubano en México. Esa situación contribuyó a aumentar la división ya de por sí aguda entre los exiliados españoles. Sin una voz clara y autorizada que organizase todo el proceso de la llegada masiva de los exiliados, las pugnas por las legitimidades marcarían los próximos y decisivos años.

Félix Gordón Ordás fue sin duda un embajador singular para un momento político clave. Poco ducho en las cortesías diplomáticas, debió afrontar una situación particularmente difícil con el estallido de la guerra en España. México representó uno de los pocos aliados sinceros con que contó la Segunda República, lo que hizo de aquel lugar un punto singularmente importante a la hora de realizar gestiones de muy diversa índole. Gordón no sólo compró armas, también consi-

⁹² Carta de Gordón Ordás al Ministerio de Estado, 17 marzo 1939. AGA (10)61 54/18441 Fondo Embajada de España en México.

⁹³ Véase el Fondo Gordón Ordás, Caja 3, exp. 2, 3.2.43 en la Fundación Universitaria Española.

⁹⁴ Véase la carta en el Fondo México 110-1, Fundación Universitaria Española, Madrid.

⁹⁵ Carta de Gordón Ordás a Eduardo Hay, 31 de marzo de 1939. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores Exp. III 323/(46)/24, F. 127-128.

guió abastecer a la zona republicana de productos de primera necesidad en tiempos de escasez como garbanzos, café, azúcar y judías. Según sus propias cuentas, durante el conflicto bélico envió a España 25.893 toneladas de garbanzos, 1.200 toneladas de café, 1.000 toneladas de judías y 690 toneladas de azúcar, compradas a cuenta de la deuda contraída por el gobierno mexicano en 1933 por la fabricación de los astilleros españoles de navíos para la marina mexicana.⁹⁶ En total, Gordón Ordás gastó más de nueve millones de dólares en la compra de suministros.⁹⁷ A pesar del volumen de dinero que manejó, este mostró una honestidad intachable en la gestión de esos fondos, y al igual que Fernando de los Ríos, ambos tuvieron importantes dificultades económicas para subsistir una vez terminada la guerra, trabajando brevemente a sueldo de El Colegio de México, comisionado para realizar un exhaustivo informe sobre el estado de la ganadería mexicana.⁹⁸

Gordón fue mucho más que un embajador. Obsesionado con la recuperación de la democracia en España, continuó luchando en el exilio a través de las instituciones republicanas, llegando a ser ministro y presidente del gobierno en el exilio entre 1951 y 1960. A su vez, demostró contar con una capacidad sobrehumana para sobreponerse a la adversidad y desarrollar una ingente labor como propagandista y organizador. Trabajador incansable, puso todo su talento al servicio de una causa que consideraba justa y por la que luchó hasta el final de sus días. A partir de esa fecha y fijando definitivamente su residencia en México, consagró el resto de su vida a la recopilación de materiales para la redacción de sus memorias con el fin de que la historia no olvidase su legado. Gordón murió en México en 1973.

⁹⁶ Félix GORDÓN ORDÁS: *Mi política fuera de España (I)*, pp. 772-773.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 687.

⁹⁸ Archivo Histórico de El Colegio de México, Caja 10, Exp. 17. 44 f.

Indalecio Prieto y los fundamentos de la política socialista exiliada

Indalecio Prieto and the foundations of exiled socialist politics

Luis C. Hernando

UNED

luis.c.hernando@gmail.com

Resumen: Este artículo se centra en la figura de Indalecio Prieto Tuero y el impacto que ha tenido en la historia del PSOE. Esto es especialmente cierto durante la etapa del exilio, un período que, pese a suponer a día de hoy un poco más de un cuarto de la historia del partido socialista, ha sido tradicionalmente poco atendido. Durante esa etapa Prieto fue el principal reorganizador del PSOE en América, el líder del Grupo Parlamentario Socialista en las Cortes de la República en el exilio, presidente del PSOE en el Exilio y, en todo momento, la principal referencia política y doctrinal hasta el momento de su muerte a principios de 1962. Entre 1939 y 1944 Prieto, junto con el resto de los políticos exiliados en México, se dedicó a la dura tarea de asumir la derrota y reconstruir la sombra de sus organizaciones. Acabado ese período comenzó un activismo antifranquista enfrascado en buscar cobijo bajo las alas de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Prieto se empeñó en esta labor, pretendo escribir sobre tres principios políticos de singular importancia que Prieto instituyó, con gran esfuerzo, en el PSOE y que marcaron con similar profundidad la política socialista durante el exilio. Estos principios constituyeron, en mi opinión, la densa red sobre la que el plebiscito se asentó. Estimo, además, que su análisis permite ver la lógica subyacente a las contradicciones y paradojas que el plan plebiscitario de Indalecio Prieto escondía.

Esos principios son: el aislamiento del partido comunista, la disposición socialista a actuar en solitario y la permanencia de la línea política del partido por encima de todo. Pasemos a analizarlas una a una.

Palabras claves: Indalecio Prieto, Guerra Civil española, México, exilio, socialismo

Abstract: This article focuses on the figure of Indalecio Prieto Tuero and the impact he has had on the history of the PSOE. This is especially true during the period of the exile, a period that, despite supposing today a little more than a quarter of the history of the socialist party, has traditionally been neglected. During that stage Prieto was the main reorganizer of the PSOE in America, the leader of the Socialist Parliamentary Group in the Cortes of the Republic in exile, president of the PSOE in Exile and, at all times, the main political and doctrinal reference so far of his death at the beginning of 1962. Between 1939 and 1944 Prieto, along with the rest of the exiled politicians in Mexico, dedicated himself to the hard task of assuming defeat and reconstructing the shadow of their organizations. At the end of that period, an anti-Francoist activism began, seeking to find shelter under the wings of the Allies in World War II. Prieto insisted on this work. I intend to write about three political principles of singular importance that Prieto instituted, with great effort, in the PSOE and that marked with similar depth the socialist policy during the exile. These principles constituted, in my opinion, the dense network on which the plebiscite settled. I also believe that his analysis allows us to see the underlying logic of the contradictions and paradoxes that Indalecio Prieto's plebiscite plan hid. These principles are: the isolation of the communist party, the socialist disposition to act alone and the permanence of the party's political line above all else. Let's analyze them one by one.

Keywords: Indalecio Prieto, Spanish Civil War, Mexico, exile, socialism

Para citar este artículo: Luis C. HERNANADO: “Indalecio Prieto y los fundamentos de la política socialista exiliada”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 357-374.

Recibido: 01/06/2017

Aprobado: 03/11/2017

Indalecio Prieto y los fundamentos de la política socialista exiliada

Luis C. Hernando
UNED

Introducción

Es difícil delimitar el impacto que Indalecio Prieto Tuero ha tenido en la historia del PSOE. Esto es especialmente cierto durante la etapa del exilio, un período que, pese a suponer a día de hoy un poco más de un cuarto de la historia del partido socialista, ha sido tradicionalmente poco atendido. Durante esa etapa Prieto fue el principal reorganizador del PSOE en América, el líder del Grupo Parlamentario Socialista en las Cortes de la República en el exilio, presidente del PSOE en el Exilio y, en todo momento, la principal referencia política y doctrinal hasta el momento de su muerte a principios de 1962.

Más allá de esos cargos orgánicos, las ideas de Prieto, nacidas de las traumáticas experiencias de los socialistas durante la Guerra Civil, abrieron un camino al PSOE que determinaría la historia del socialismo español hasta el retorno de la democracia y, se puede argumentar, hasta nuestros días. El gran aporte de Prieto a la política socialista y democrática española fue su idea plebiscitaria. Prieto pretendía dar la solución más justa posible al secular problema español mediante un plebiscito celebrado con irrefragables garantías. A su entender, la dictadura franquista no era más que el síntoma más agudo de ese y para solucionarlo había que ir más allá de la mera restitución democrática: era necesario que los españoles se pusiesen de acuerdo, de forma definitiva y con total libertad, sobre qué forma institucional había de gobernarlos. Así se prevendrían en el futuro las luchas políticas, guerras civiles y las debilidades institucionales que habían plagado la historia de España desde 1868.

Conviene dar un rapidísimo repaso de la política plebiscitaria durante el período del exilio; más adelante nos sumergiremos en determinados momentos. La idea plebiscitaria fue articulada por Prieto antes del fin de la guerra, si bien fue ahogada por el caos de los últimos combates y la diáspora republicana. Entre 1939 y 1944 Prieto, junto con el resto de políticos exiliados en México, se dedicó a la dura tarea de asumir la derrota y reconstruir la sombra de sus organizaciones. Acabado ese período comenzó un activismo antifranquista enfrascado en buscar cobijo bajo las alas de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Prieto se empeñó en esta labor, mientras buscaba el mejor medio de proponer el plebiscito. En 1944, la aparición de una fuerte organización socialista en la Europa liberada fue una gran noticia para el PSOE, pero también un golpe para el plebiscito: la posguerra mundial fue el momento del optimismo, y pocos creían necesario más plan que la restitución sin más de la II República. Prieto no vio llegado su momento hasta fin de esa esperanza en 1947. En ese año consiguió dar un vuelco a la política del PSOE, estableciendo la política plebiscitaria, y firmar el Pacto de San Juan de Luz con las fuerzas políticas monárquicas exiliadas que orbitaban alrededor de don Juan de Borbón. El acercamiento del pretendiente al trono español a Franco y las contradicciones

internas del propio pacto terminaron por darle fin en 1952. Prieto dimitió de sus cargos y el PSOE se vio abocado a duros años de convalecencia. El plebiscito, pese a todo, se mantuvo como política socialista. A fines de los cincuenta comenzó una nueva ronda de negociaciones con las derechas liberales, enmarcadas en todo momento en las posibilidades y límites del plebiscito. Los éxitos de este periodo fueron la Unión de Fuerzas Democráticas (UFD) — primera plataforma que aunaba fuerzas del exilio y el interior— y el encuentro de la oposición antifranquista en Múnich en 1962, poco después de la muerte de Prieto. A esto siguieron años de fatiga en los que, pese a todo, la posición plebiscitaria y los contactos previos con las derechas que esta había incentivado permitieron que los demócratas españoles de izquierda y de derecha estuviesen familiarizados entre sí, a la espera del momento de la transición. El cambio llegó durante el proceso de renovación del PSOE, cuando los socialistas se emplearon, no sin problemas, en adecuar sus ideas y su organización a la nueva sociedad. Durante esos años el plebiscito se mantuvo, si bien en un segundo plano, como última línea de defensa a la que los nuevos socialistas no dudaban en retirarse cuando eran cuestionados. En 1978 el referéndum de la Constitución eliminó casi todo el sentido del plebiscito prietista y este, junto con la legitimidad republicana fueron sacrificados en el altar del nuevo régimen democrático español. Más allá del mismo plebiscito,¹ sin embargo, pretendo escribir sobre tres principios políticos de singular importancia que Prieto instituyó, con gran esfuerzo, en el PSOE y que marcaron con similar profundidad la política socialista durante el exilio. Estos principios constituyeron, en mi opinión, la densa red sobre la que el plebiscito se asentó. Estimo, además, que su análisis permite ver la lógica subyacente a las contradicciones y paradojas que el plan plebiscitario de Indalecio Prieto escondía.

Esos principios son: el aislamiento del partido comunista, la disposición socialista a actuar en solitario y la permanencia de la línea política del partido por encima de todo. Pasemos a analizarlas una a una.

El aislamiento del Partido Comunista de España

Desde fines de los cuarenta hasta los últimos días de su vida Prieto estuvo presente en la vida del militante socialista exiliado gracias a su columna en la portada en *El Socialista*. Cada jueves, excepto en periodos de enfermedad o durante eventos excepcionales que reclamaban toda la atención de la prensa del Partido, Prieto dedicaba unas ochocientas ácidas palabras a recordar los viejos tiempos en España, a azotar al franquismo y a comentar noticias de actualidad. No faltaba, de entre esos temas, la condena al comunismo y el comentario sobre la Guerra Fría;² pero para el lector atento aparece una flagrante omisión: casi nunca es mencionado el Partido Comunista de España.

¹ A esta cuestión y a los contactos con las derechas españolas, cuya participación era necesaria si se pretendía un plebiscito que abarcase a la mayoría de españoles, dediqué mi tesis doctoral, publicada como: Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía. De la posguerra a la Transición*, Madrid, Eneida, 2013.

² Ver, por ejemplo, los artículos de Prieto de *El Socialista*, n.º 5758 de 17/02/1955, y 5786 de 01/09/1955.

Esta omisión es, en menor medida, achacable al resto de líderes socialistas, hasta el punto de que cabe considerar el esfuerzo por ignorar la existencia del PCE como una política establecida. La pauta fue clara durante toda la etapa franquista: en el momento en el que el PCE dejaba de ser percibido como una amenaza existencial, los socialistas actuaban en público como si los comunistas españoles no existiesen. Esta es la mejor muestra de una política socialista dedicada a mantener aislado al PCE del resto de las fuerzas antifranquistas, hasta el punto de reconocer su existencia solo a regañadientes.

Esta política se mantuvo desde el fin de la colaboración del PCE en el Gobierno de la República en el exilio en 1948 hasta que, a principios de los años setenta, el activismo antifranquista comunista se hizo innegable y por tanto una amenaza para la posición socialista. Su longevidad se debe a que fue, de los tres principios que nos ocupan, el más aceptado por el conjunto del partido, incluso por a aquellos opuestos al resto de ideas prietistas.

Prieto, sin embargo, no solo fue de los primeros en defender el aislamiento, sino que fue quien lo estableció como una de las bases fundacionales del PSOE en el exilio. Desde ahí hasta su muerte fue su principal defensor y la autoridad a la que prontamente se acudía para reafirmarlo mediante sus escritos, en reuniones o congresos siempre que era puesto en duda.

Ya durante la Guerra Civil, su labor como ministro de Defensa Nacional tuvo un pronto fin, además de por su derrotismo, por su actitud ante un PCE que pretendía engullir al PSOE y hacerse hegemónico en la política republicana.³ El enfrentamiento resultante con el presidente Juan Negrín y su denuncia del PCE le valieron un pronto exilio, al ser destinado como embajador extraordinario a Chile en 1938.⁴ La maniobra de Negrín, ideada para apartar a Prieto de los centros de decisión del Gobierno y del partido socialista, le situó, en una ironía del destino, en la mejor posición para reorganizar en América los restos del partido socialista. Para este proceso Prieto se sirvió de la cercanía entre comunistas y negrinistas para equipararlos y reclamar un PSOE libre de ambos.⁵ Así, el anticomunismo se convirtió en la seña de identidad del nuevo PSOE nacido en México a principios de los cuarenta.

Durante los años siguientes no se hizo difícil despreciar a un PCE cuya línea política venía dictada desde Moscú. En los dos primeros años del exilio, los comunistas españoles recibieron el encargo de defender la agresión nazi frente al «imperialismo» de las democracias europeas.⁶ Si para muchos republicanos la Guerra Civil fue el prólogo de la guerra mundial antifascista, el PCE hubo de situarse al lado de los fascistas. Cuando en 1941, a raíz del ataque alemán a Rusia, pudo por fin unirse al resto en la lucha contra el fascismo, lo hizo obviando su previo error, ignorando la labor del resto de fuerzas y creando plataformas pretendidamente unitarias a las que los demás habían de sumarse.⁷ Esta arrogancia no fue necesaria para afian-

³ Octavio CABEZAS: *Indalecio Prieto. Socialista y español*, Madrid, Algaba, 2005, pp. 406 y ss.

⁴ *Ibidem*, pp. 424 y 428.

⁵ José Carlos GIBAJA VELÁZQUEZ: *Indalecio Prieto y el socialismo español*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1995, pp. 207 y ss.

⁶ Joan ESTRUCH TOBELLA: *El PCE en la clandestinidad (1939-1956)*, Madrid, Siglo xxi, 1982, pp. 27 y ss. y también Luis Carlos HERNANDO y Emanuele TREGLIA: "Dopoguerra e ritorno al socialfascismo", en Enrico ACCIAI y Giulia QUAGGIO (eds.), *Un conflitto che non passa. Storia, memoria e rimozioni della guerra civile spagnola*, Pistoia, I.S.R.Pt Editore, 2012, pp. 107-122.

⁷ Me refiero a la Junta Suprema de Unión Nacional, a la posterior Unión Nacional y a Unión Democrática Española. Ver Joan ESTRUCH TOBELLA: *op. cit.*, p. 74 y Hartmut HEINE: *La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 102 y ss.

zar el anticomunismo de Prieto, pero sí que facilitó su tarea de establecer una cuarentena política alrededor del PCE y sus compañeros de viaje. Prieto y sus aliados socialistas en México supieron explotar cada una de esas torpezas comunistas.

En 1944, tras la liberación de Francia, otra fracción del PSOE comenzó a reorganizarse en Europa y el norte de África.⁸ Ante la posibilidad de la unificación desde México solo se puso una condición: el rechazo absoluto al PCE y a los negrinistas. Una vez quedó confirmado, los debates se centraron en cómo se realizaría la fusión; los socialistas de ambos lados del atlántico habían recibido prueba suficiente de su hermandad.⁹

Sin embargo, pronto se demostraría que el fervor anticomunista de los socialistas sitos en Francia no llegaba al extremo exigido por Prieto y los suyos. Los primeros valoraban la colaboración de las fuerzas antifranquistas por encima del principio anticomunista. Si para formar un frente común con republicanos, nacionalistas y libertarios habían de sentarse junto o al lado de los comunistas, los socialistas de la Ejecutiva afincada en Toulouse lo aceptarían. Así ocurrió con la entrada de los comunistas en el recién formado Gobierno de la República en el exilio.

Inicialmente, el PCE saludó la restauración de las instituciones republicanas en el exilio con las acostumbradas contradicciones y cambios de parecer. No fue hasta 1946 cuando decidieron participar en ellas tal y como habían quedado conformadas.¹⁰ Al poco, Diego Martínez Barrio, nuevo presidente de la República, decidió reformar el Gobierno de José Giral y conceder un Ministerio sin cartera a Santiago Carrillo, quien sería más tarde sustituido por Vicente Uribe como ministro de Economía.¹¹ Barrio debió de considerar que la entrada de los comunistas podía servir como un contrapeso ante un PSOE que hacía pequeños a los demás partidos. El conjunto del PSOE protestó, ausentándose, incluso, de la tradicional celebración del 14 de Abril. Sin embargo, una vez consumado el hecho, la dirección socialista no tuvo más remedio que aceptar y tolerar la colaboración con los comunistas si querían participar dentro de las instituciones. Los prietistas, por su parte, no dudaron en emplear el II Congreso del PSOE en el Exilio para criticar duramente la entrada a los comunistas en el Gobierno y cuestionar la permanencia de los socialistas en él.¹² Igualmente se sirvieron de otra herramienta bajo su control, el Grupo Parlamentario Socialista, para entorpecer la labor del Gobierno y la participación del PSOE al negarse, por ejemplo, a designar al socialista que habría de sustituir a Fernando de los Ríos como ministro de Exteriores.

Para Prieto la colaboración con los comunistas y las riñas entre fuerzas políticas por las carteras eran muestras de la poca utilidad del Gobierno como herramienta antifranquista. En todo momento había defendido la necesidad de una plataforma magra, que pudiese ac-

⁸ Carlos y José MARTINEZ COBO: *La primera renovación, intrahistoria del PSOE, 1939-1945*, Barcelona, Plaza&Janés, 1989, pp. 203 y ss.

⁹ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 28.

¹⁰ Hartmut HEINE: op. cit., p. 183 y Sonsolés CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *Historia política de la II República en el exilio*, Madrid, FUE, 1997, pp. 57 y ss.

¹¹ Carlos y José MARTINEZ COBO: *Intrahistoria del PSOE, ¿República? ¿Monarquía?: en busca del consenso*, Barcelona, Plaza&Janés, 1989, p. 85 y Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 36.

¹² Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE en el exilio*, Volumen I, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1981, p. 42.

tuar ágilmente ante las democracias aliadas en la guerra y en la posguerra antifascista para reclamar su apoyo para la causa democrática española. Así lo logró con la creación de la Junta Española de Liberación (JEL) en 1943, pero su proyecto fue abortado por la restauración del Gobierno de la República dos años después.¹³ Por suerte para él, la entrada del PCE en el Gobierno era la excusa perfecta para sugerir una alianza alternativa que trabajase al margen de las instituciones republicanas. Retomaremos esta idea en el próximo apartado.

Las instituciones republicanas desaparecieron como plataforma de unidad antifranquista en 1948. A partir de ese año, y a pesar de los esfuerzos de sucesivos presidentes, quedaron como un vestigio, sustentadas en exclusiva por los partidos republicanos.¹⁴ Desaparecida la plataforma, desapareció la necesidad de actuar junto a los comunistas y con ello el PCE se esfumó del discurso socialista. Cualquier crítica que pudiera hacerse a este, se dirigía directamente sobre la Unión Soviética, siguiendo la lógica de que el PCE no era más que un obediente apéndice de Moscú. Nadie en el exilio, ni siquiera los contrarios a Prieto, volvió a proponer la conveniencia de colaborar con los comunistas. Diferente, sin embargo, fue la situación entre las fuerzas clandestinas.

A finales de los cincuenta y principios de los sesenta la incipiente protesta social contra la dictadura comenzó a tomar forma.¹⁵ Fueron los comunistas, empeñados desde el final de la guerra en la organización y actividad clandestina, los principales actores de la acción antifranquista en España. El PSOE, dedicado desde el comienzo a una estrategia internacional, había desatendido la actividad clandestina e incluso la propia organización en España. No ayudó a las buenas relaciones con el aparato del interior el hecho de que los socialistas clandestinos se hubiesen mostrado demasiado dispuestos a interpretar libremente los planes establecidos por Prieto y la Ejecutiva exiliada.

Así pues, el aparato clandestino asistió a un aumento de la contestación al franquismo en el que ellos no aparecían más que como mera nota al pie. Muchos estaban convencidos de que el papel de los socialistas sería mucho más relevante si se aceptaban las constantes ofertas del PCE a la colaboración. La cuarentena impuesta por el principio de Prieto, articulada claramente en la posición política del Partido, era el principal obstáculo a esa cooperación.

Así, en 1958, una delegación del interior al Comité Director —principal órgano político entre congresos— planteó, entre otras propuestas para la renovación, que se les permitiese llegar a pactos de acción con el PCE,¹⁶ En respuesta a la reclamación, Prieto cedió la palabra a Luis Araquistáin, con quien se sabía plenamente de acuerdo:

[...] para eso es mejor negociar con Rusia y no con los comunistas españoles. [...] Ya sabemos cuál es el resultado de los contactos con los comunistas [...] deshicieron el Partido

¹³ Luis Carlos HERNANDO: “Complejas alianzas. La experiencia de la Junta Española de Liberación” en Mari Carmen SERRA PUCHE, José Francisco MEJÍA y Carlos SOLA AYAPE (eds.), *1945, entre la euforia y la esperanza: el México posrevolucionario y el exilio republicano español*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 49-78.

¹⁴ Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: op. cit., pp. 155 y ss.

¹⁵ Ver Rubén VEGA GARCÍA: “Entre la derrota y la renovación generacional. Continuidad y ruptura en la protesta social” en Abdón MATEOS (ed.), *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida 2008, pp. 171-200.

¹⁶ Abdón MATEOS: *El PSOE contra Franco*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1993, p. 121.

y absorbieron a las Juventudes Socialistas. [...]La alianza con el comunismo no contaría con ninguna simpatía fuera de España.¹⁷

Este sentimiento y el principio de aislamiento al PCE sobrevivieron a Prieto. Fue, sin duda, el más compartido y el más duradero. Sobre el papel quedó eliminado en 1972 durante el xii Congreso en el exilio¹⁸ y roto definitivamente con la creación en 1976 de Coordinación Democrática, la *platajunta*, que acogió a los organismos unitarios encabezados por PCE y PSOE.¹⁹

La actuación al margen de otras fuerzas exiliadas

El esfuerzo de Prieto y los socialistas por aislar al PCE tuvo como consecuencia la creación de dos esferas de acción antifranquista: la comunista, que reunía al PCE y a los cada vez más agotados e independientes negrinistas, y la liberal (a falta de mejor palabra) conformada por PSOE, partidos republicanos, nacionalistas y CNT. Ambas raramente se tocaban y cuando lo hacían la dirección socialista no tardaba en alzar la voz.

Esa separación beneficiaba al PSOE ya que con el PCE fuera de la ecuación podía convertirse y se convirtió en la fuerza dominante de la esfera liberal. Y, de hecho, los primeros años de la política exiliada pueden analizarse desde el punto de vista de ese conflicto entre socialistas y republicanos por fijar quién determinaría la estrategia antifranquista común —un viejo conflicto que tenía origen en la antigua competencia entre dos fuerzas ideológicas que luchaban por la misma base—. En el exilio los socialistas contaron con una ventaja sobre los republicanos: la resistencia a la intemperie de la organización socialista.

Es fácil dar por hecho la supervivencia al franquismo de aquellos partidos exiliados en 1939, olvidando a las organizaciones que se quedaron por el camino, derrotadas por la falta de fondos, el cansancio o la muerte de su militancia. El miedo a desaparecer fue muy real en todas las organizaciones políticas exiliadas, especialmente durante los cincuenta, cuando el franquismo recibió nuevo aliento. El PSOE fue del puñado de partidos que mostraron una gran capacidad de resistencia al ostracismo, en su caso gracias a la solidaridad internacional y a una política diseñada para resistir el tiempo. Esto le permitió ser capaz de operar independientemente, con el convencimiento de que los demás grupos de la esfera liberal habrían de venir a él o debilitarse irremisiblemente en el camino.

Eso, sin embargo, solo se hizo aparente en el largo plazo. En los primeros años, esa primacía necesitaba ser luchada. Y así hizo Prieto durante los primeros años del exilio, mientras trabajaba para mantener a raya al PCE. La lucha tuvo dos fases: primera, en América, donde fue más enconada, y segunda, en Europa, donde Prieto hubo de desenvolverse en una aparente inferioridad. En México Prieto hubo de dar respuesta a cada una de las tempranas iniciativas de la coalición Acción Republicana Española, enfrascada en organizar actos como

¹⁷ Acta de la reunión del comité director, 11 y 12/8/1958, FPI/AE 115-8.

¹⁸ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, Volumen II, p. 204.

¹⁹ Santos JULIÁ DÍAZ: *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, p. 451.

representantes de la política antifranquista. Prieto y el resto de socialistas del Círculo Pablo Iglesias —que funcionaba como dirección del PSOE en América— se dispusieron a mostrar que sin el apoyo socialista toda iniciativa republicana carecía de calado. Para ello, boicotearon todos y cada uno de los esfuerzos republicanos evidenciando lo huecos que quedaban sin la cooperación socialista.²⁰

Una vez que el PSOE mostró que había de ser tenido en cuenta se hizo posible negociar en igualdad de fuerzas una plataforma conjunta. De esa forma nació en 1943 la JEL.²¹ Pese a todo, ese equilibrio implicaba que la JEL no era más que una tregua. Cada cual pretendió emplearla en provecho de su propia estrategia antifranquista. De hecho, el acuerdo se hizo sobre mínimos: el respeto a la Constitución de 1931 y el derrocamiento del franquismo, sin explicitar ninguna estrategia concreta. Por su parte, Prieto se esforzó por convertir la JEL en una plataforma ágil que pudiese actuar en los foros internacionales de la posguerra y que sirviese como púlpito desde el que anunciar y defender su solución plebiscitaria. Para los republicanos —particularmente para Martínez Barrio— la JEL fue un trampolín desde el que, una vez se llegó al momento crítico, se reconstruyeron las instituciones de la República en el exilio como prolegómeno de su retorno a España.²²

Este primer encontronazo terminó con la derrota de Prieto y la formación del Gobierno republicano en noviembre de 1945.²³ No obstante, Prieto había logrado dejar claro el peso orgánico del PSOE, facilitando la labor de los socialistas en Europa. El reencuentro de los socialistas a ambos lados del Atlántico enfrentó también a dos pareceres diferentes respecto a esta cuestión. Desde Toulouse siempre se defendió que el PSOE debía situarse como líder de toda coalición del antifranquismo liberal: una vez que existía el Gobierno republicano los socialistas habían de ponerse a su cabeza, y, de necesitar una nueva plataforma, los socialistas habían de esforzarse por alistar al mayor número posible de fuerzas de izquierda bajo su iniciativa. Para Prieto y los suyos, sin embargo, el PSOE era capaz de actuar en solitario, y otras fuerzas de izquierda no harían más que restar a su determinación. Así, el apoyo de otros grupos sería aceptado, pero no valía la pena sacrificarse para recabarlos. Para unos el PSOE era un elemento necesario del antifranquismo, para Prieto era suficiente.

Este debate tuvo sus vueltas, revueltas y vicisitudes hasta quedar definitivamente resuelto en 1959. Como ya se ha comentado, el partido socialista recién reorganizado como PSOE en el Exilio se enfrentó claramente dividido a la restauración del Gobierno. Durante este periodo el papel más penoso recayó sobre los socialistas caballeristas, quienes rehicieron la organización en Francia en 1944 —entre otros: Enrique de Francisco, Rodolfo Llopis y Wenceslao Carrillo—. Se les conoce como caballeristas más por sus orígenes ideológicos y por su oposición a Prieto que por seguir los consejos que Largo Caballero impartió durante su cortísimo exilio. Como es bien sabido, este coincidió con Prieto en la necesidad de acercarse a las derechas, si bien le discutió precisamente los principios de aislar al PCE y de actuar en solita-

²⁰ Abdón MATEOS: *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, p. 183 y *Adelante* (México D.F.), n.º 34, 15/6/1943 y n.º 37, 1/8/1943.

²¹ Luis Carlos HERNANDO: “Complejas alianzas...”, p. 58.

²² *Ibidem*, pp. 56 y 71.

²³ Respecto al proceso de restauración de las instituciones de la II República en el exilio ver: Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *op. cit.*, p. 41 y ss.

rio.²⁴ Estos caballeristas, a cargo desde 1945 de la Comisión Ejecutiva sita en Toulouse, se propusieron controlar el Gobierno republicano, retornando así al liderazgo sobre las izquierdas que el PSOE alcanzó con la presidencia de Largo Caballero durante la Guerra Civil. En teoría la labor no sería difícil: actuar diligentemente dentro del Gobierno; señalar lealmente los fallos y carencias, sobre todo en la proyección internacional del Gobierno de José Giral y esperar a que el propio peso político del partido se impusiese. Resultó mucho más complicado de lo que esperaban. Por un lado, se encontraba Prieto, en firme control del Grupo Parlamentario; por el otro, unos republicanos dispuestos a reivindicar el espacio de liderazgo político sobre la izquierda que la ideología liberal republicana había disfrutado desde principios de siglo.

Prieto no dudó en usar al Grupo Parlamentario para denunciar los errores del Gobierno de Giral. En las dos reuniones de Cortes celebradas en México pronunció sendos duros discursos atacando a las instituciones republicanas, mientras defendía implícitamente su posición plebiscitaria.²⁵ A partir de entonces denunció la legitimidad del Gobierno, dada su falta de voluntad de volver a reunir a las Cortes. Esa posición fue seguida con contrariedad desde la Ejecutiva, que desde el otro lado del Atlántico vio, incapaz, cómo sus parlamentarios defendían una posición diferente a la de la dirección. La acción de Prieto causó una breve lucha en la que la Ejecutiva terminó por reafirmar su autoridad sobre el Grupo Parlamentario Socialista.²⁶ Prieto acumulaba derrotas que, junto con el progresivo movimiento de la política del exilio a Francia, debilitaron mucho su posición. Pese a todo, esto no facilitó la labor de la Ejecutiva socialista.

Claramente la actitud de Prieto, quien tras la muerte de Largo Caballero quedó como el socialista más influyente del exilio, hizo mucho por enviscar la suspicacia de los republicanos. Estos se vieron obligados a defenderse ante un PSOE dividido entre la oposición y la colaboración con su proyecto. Es en este sentido en el que se entiende la entrada del PCE en el Gobierno como un intento de restar preponderancia al PSOE. Ante esa suspicacia republicana, los caballeristas de la Ejecutiva tuvieron que tomar toda precaución en su lenta labor de escalar dentro del Gobierno: debían criticar la labor del presidente del Consejo de Ministros, José Giral, a la vez que mostraban deferencia y lealtad ante las instituciones y se distanciaban de la actitud de Prieto. El único punto en el que la Ejecutiva se vio obligada a retirar su apoyo al Gobierno fue la entrada del PCE ya referida. Respecto a esa, la Ejecutiva socialista decidió reprimir toda crítica explícita, pero en adelante evitó también cualquier defensa del Gobierno. La Ejecutiva esperó hasta que el fracaso del Gobierno fue innegable, lo que ocurrió durante la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU a fines de 1946.²⁷ A principios de 1947 la Ejecutiva retiró su apoyo a Giral, si bien se esforzó en recalcar que mantenía el respaldo a las instituciones de la República. Tras crear la crisis, el PSOE hizo valer su peso político para que la Pre-

²⁴ Julio ARÓSTEGUI: *Francisco Largo Caballero en el exilio: La última etapa de un líder obrero*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 1990, pp. 118 y ss.

²⁵ El discurso de Prieto ante las Cortes en Indalecio PRIETO: "Obligación de servir a España por encima de todo" en *Convulsiones de España. Trayectoria de una actitud. Primera parte*, México, D. F., Fundación Indalecio Prieto, 1997, pp. 43 y ss. Respecto a la campaña de Prieto y sus consecuencias ver Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 31.

²⁶ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 51.

²⁷ Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: op. cit., p. 116.

sidencia del Gabinete de Ministros recayese en uno de los suyos.²⁸ En teoría, con el Gobierno de Rodolfo Llopis, secretario General del PSOE, se cumplió el objetivo de los caballeristas: la coalición de las fuerzas antifranquistas liberales liderada por los socialistas. Fuera del papel no fue tan simple, entre otras cosas porque los republicanos se negaron a suspender la colaboración de los comunistas²⁹. Esta flagrante violación de uno de sus principios sirvió a Prieto como perfecta palanca para zaherir a las instituciones republicanas y ganar apoyos para su plan plebiscitario. Prieto se vio ayudado, igualmente, por el hecho de que el Gobierno Llopis hubo de improvisar un plan de acercamiento a los monárquicos, aun cuando fuese para justificar con un cambio de política el cambio de Gobierno.³⁰

Y, si se pretendía el acercamiento a las derechas, Prieto ya llevaba planeándolo y defendiéndolo desde hacía siete años. Al ver llegado su momento, Prieto solo necesitó de una reunión organizativa menor, la Asamblea General de Delegados, para llevar al PSOE hacia su política, la plebiscitaria, y hacia su planteamiento implícito de que el PSOE no necesitaba del resto de fuerzas liberales para dar una solución al problema español.³¹ La Asamblea concedió a Prieto la autoridad para organizar una Comisión Especial, integrada en exclusiva por socialistas, que llevaría a cabo la aproximación a las fuerzas políticas seguidoras de don Juan de Borbón. Y con ello el Gobierno Llopis quedó sentenciado.³²

Por supuesto Prieto no despreció abiertamente al resto de fuerzas del exilio, pero tampoco se esforzó por convencerlas o integrarlas. Se limitó al envío de un llamamiento a seguir la vía del plebiscito que apelaba por igual a izquierdas y derechas y quedó a la espera de respuesta.³³ Ante la negativa (o la falta de respuesta) de todas las fuerzas excepto parte de CNT y, tíbicamente, Esquerra Republicana de Catalunya, Prieto prosiguió con su labor, sin pretender convencer a los incrédulos ni dar sitio a los crédulos en su Comisión Especial.

La comisión prietista obtuvo un empañado éxito al firmar el Pacto de San Juan de Luz con las fuerzas políticas promonárquicas en 1948, y la alianza siguió un complicado y rocoso camino hasta estrellarse en 1952. El fracaso del pacto a la hora de atraer apoyos internacionales afectó profundamente a Prieto, quien dimitió como secretario del PSOE y marchó de nuevo a México en una especie de autoimpuesto segundo exilio. Pese a todo, su fracaso no evitó que remachase el principio de la actuación en solitario: ante el temor de que su dimisión implicase la vuelta a la colaboración con los republicanos, Prieto empleó su control sobre la poderosa Agrupación Socialista de México para arrastrar al Partido a una política de aislamiento capaz de dar a los socialistas un periodo de convalecencia. Con ello, además, se aseguraba que sus políticas no serían desbancadas de la estrategia socialista. Así, tras llamar a cancelar todos los acuerdos con los monárquicos que aún persistían, defendió la conveniencia de lo

²⁸ Carlos y José MARTINEZ COBO: *Intrahistoria del PSOE...*, p. 108.

²⁹ Bruno VARGAS: *Rodolfo Llopis (1895-1983). Una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 164-165.

³⁰ Bruno VARGAS: ob. cit., p. 207.

³¹ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 70 y Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 53.

³² Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ: op. cit., p. 151.

³³ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 57 e "Informe de Indalecio Prieto en México ante los comités de la Agrupación socialista, de la UGT y el grupo parlamentario del partido" de 7/12/1947. FIP/AIP, Monárquicos 1947, Carpeta 2.

aceptado en la Asamblea de Delegados de 1947 y, punto clave, llamó a «prescindir de cualesquiera alianzas, conjunciones o pactos de carácter permanente y conservar íntegra nuestra independencia de partido obrero», limitando así cualquier colaboración a «coaliciones de tipo provisional y eventual con objetivos de inmediata realización».³⁴

Esta «independencia» de los socialistas se mantuvo, rígida, hasta 1957. En ese año se mostró como la más sacrificable de la tríada prietista, ya que ante la nueva posibilidad de negociar con las fuerzas promonárquicas hubo de ser suspendida.

A principios de 1957, el PSOE tuvo que posicionarse ante los requerimientos del exfangista Dionisio Ridruejo y del profesor Tierno Galván, quienes pedían nuevas negociaciones con las derechas desde el punto de partida de la aceptación de la monarquía, la cual asumían como un hecho.³⁵ Frente a esa posición se hizo necesario reivindicar que la república aún era una opción. Con Prieto en México, la Ejecutiva decidió presentar los requerimientos de Ridruejo y Galván ante el resto del exilio liberal y darles una detallada respuesta conjunta.³⁶ El documento resultante, la Declaración de París, fue un éxito tardío para el PSOE, ya que significó la adopción del plebiscito por el resto de la izquierda liberal. El conjunto de fuerzas creado por los firmantes de París sirvió como el núcleo desde el que se realizó toda negociación posterior.

Ese éxito del PSOE no fue suficiente para que Prieto aceptase sin más la trasgresión de uno de sus principios. Antes de que finalizasen las negociaciones con Tierno, y a pesar de que tenían pocos visos de prosperar, Prieto decidió publicar los documentos de ésta en el periódico de la Agrupación Socialista de México, apostillados con duras críticas a republicanos y libertarios. Tras el consiguiente escándalo, sin embargo, Prieto hubo de retractarse y disculparse ante la Ejecutiva y el resto de firmantes de París por intentar forzar el fin de las nuevas negociaciones.³⁷ Con ello se consumó el primer sacrificio de los principios prietistas, el único hecho durante su vida.

Desde entonces Prieto siguió de cerca y ofreció su apoyo y consejo a la Ejecutiva socialista en los continuados contactos con las diferentes fuerzas de izquierda y de derecha existentes en el interior de España. Estos culminaron en el encuentro de Múnich —el conocido *con-tubernio*— de 1962, pocos meses después de su muerte.

La permanencia de la Posición Política del PSOE

El momento en el que el plebiscito se estableció como posición política del PSOE tuvo grandes consecuencias. En 1948 muchos exiliados ya comenzaban a poner en duda el optimismo, en buena medida justificado, sentido desde 1944. Las potencias democráticas habían tenido sobradas oportunidades para respaldar la causa democrática española y enfrentarse a la dictadura franquista, pero, salvo contadas excepciones, su acción se limitó a gestos huecos.

³⁴ Asamblea de la Agrupación socialista española en México, celebrada los días 27 y 28 de septiembre de 1951 en *Adelante*, n.º 190, 25/12/1951 y Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, pp. 219 y ss.

³⁵ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 172.

³⁶ *El acuerdo fue firmado por UR, PRF, IR, ERC, PNV, STV, ANV y MSC —posteriormente lo sería por la CNT colaboracionista. Abdón MATEOS: El PSOE...*, p. 65.

³⁷ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 178.

La posibilidad de dar una solución internacional al problema español era para entonces escasa y menguante. Por ello, Prieto no tardó en convencerse de que el exilio se prolongaría más de lo esperado y, por lo tanto, que el Partido y su plan plebiscitario debían prepararse para el largo camino.

Aunque pareciese que el momento había pasado, Prieto estaba convencido de que el plan plebiscitario tenía que asentarse como base de la política socialista hasta el retorno de la democracia a España, si no más allá, pasase lo que pasase. El partido socialista mantuvo la política plebiscitaria hasta 1978. Durante esos treinta años de plan plebiscitario hubo de sobreponerse a numerosos y dispares retos: para empezar, una facción muy importante del partido —en la que estaba implicada la propia Ejecutiva— actuó abiertamente en contra de Prieto y su Comisión Especial entre 1947 y 1948.³⁸ Desde ese año hasta 1951 el plan plebiscitario fue sometido a la presión de las negociaciones con las derechas. En 1952 llegó el momento del fracaso del pacto con los monárquicos y, a su vez, la definitiva aceptación internacional de la dictadura española, ahogando las esperanzas de los exiliados liberales y la propia lógica del plebiscito.³⁹ A eso siguieron años de convalecencia y aislamiento hasta el nuevo rebrote de cooperación entre la oposición al franquismo que culminó en 1962. Y después, el lento languidecer del PSOE y del viejo antifranquismo, roto solo por la sacudida de la renovación iniciada a principios de los setenta.⁴⁰ Los renovadores trataron al plebiscito como una reliquia de la vieja política que siquiera se atrevieron a desempolvar, ocupados como estaban en reclamar primero la república robada y después en abrirse un espacio en el sistema político monárquico de la transición. No llegó a abandonarse explícitamente hasta 1978, cuando Felipe González aceptó el referéndum constitucional como trasunto del viejo plebiscito prietista.⁴¹

Prieto se empeñó en asegurar la permanencia de la política plebiscitaria porque creía no solo que era la mejor solución al problema político español, sino que también facilitaba la supervivencia del PSOE a un largo exilio. El PSOE debía hacer todo lo posible para derribar a Franco, excepto sacrificar al propio PSOE. Esto no era miedo ni egoísmo: el final de la dictadura era un objetivo inmediato que no invalidaba el objetivo final del socialismo —la llegada a un sistema dedicado al bien de los trabajadores— para el cual el propio PSOE era necesario. El plebiscito, por tanto, aseguraba que la solución al franquismo sería la más justa y democrática y aumentaba las posibilidades de supervivencia del PSOE, al no ponerle nunca en contra de la opinión mayoritaria de los españoles.

La política plebiscitaria se mostró extremadamente resistente a todos los cambios que he señalado. Esto se debía a su diseño: en su interior se encontraba un fuerte núcleo, formado por sólida lógica: la larga división entre españoles sobre la institución y sistema que habían de gobernarlos, iniciada en la segunda mitad del siglo xix y germen de numerosos conflictos, sería resuelta por una apelación incontrovertible a la mayoría. Muchos podrían atacar esa idea por poco práctica o problemática, pero difícilmente podrían negar su justedad. Ese núcleo quedó

³⁸ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 73, José Carlos GIBAJA VELÁZQUEZ: op. cit., p. 432.

³⁹ Rosa PARDO SANZ: “La salida del aislamiento: la década de los cincuenta”, en Mateos (ed.): *La España...*, pp. 109-136.

⁴⁰ Sobre el proceso ver Santos JULIÁ DÍAZ: op. cit., p. 397.

⁴¹ Juan Antonio ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición: la evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo xxi, 2012, p. 145.

revestido con un conjunto de disposiciones sobre cómo se pondría en práctica el plebiscito, fácilmente revisable y donde residía la flexibilidad de la idea de Prieto. Con ello consiguió una capacidad de adaptación que le fue completamente necesaria tanto para enfrentarse a un contexto político internacional hostil, a veces rápidamente cambiante y en otras agotadoramente estancado, como para responder a los múltiples reveses que sufrió el Partido Socialista.

Según relató el propio Prieto, la idea plebiscitaria se le ocurrió ya en 1938, durante su preexilio como embajador en Chile. En estos momentos tan tempranos, Prieto se esforzó por adaptar el plebiscito a una España aún en guerra y a una política europea tibia ante el conflicto. Por ello, la primera encarnación del plebiscito consistió en realidad en dos plebiscitos, uno en zona republicana y otro en zona rebelde, tras un hipotético alto el fuego. En esta versión, la necesaria supervisión imparcial que asegurase un resultado justo quedaría al cargo de diversos países iberoamericanos, con la esperanza de que la hermandad hispana funcionase donde falló la solidaridad democrática europea.⁴²

Esa primera versión fue revisada en cuanto se perfiló la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. Los exiliados pronto intentaron adscribirse a la causa antifascista internacional, con la pretensión de integrar en ella la lucha de los demócratas españoles. Prieto intuyó que, incluso cuando los aliados no pretendiesen añadir a Franco a su lista de enemigos, sí que verían la democracia en España como una causa susceptible de ser apoyada siempre que los demócratas españoles les mostraran una vía clara. El fondo de esa vía era el plebiscito.

Durante estos años el esfuerzo de Prieto se dedicó no tanto al plebiscito, que por estos años era más una idea que un plan firme, como a presionar a las potencias para que prestasen oídos a los demócratas españoles. Esta fue la labor de la JEL, ya mencionada, y entre sus triunfos se encontró la presencia y protagonismo de los exiliados en la Conferencia de San Francisco, donde se logró el veto a la España franquista en las futuras Naciones Unidas.⁴³ Una vez las potencias prestasen su atención a los exiliados sería el momento de proponerles el plan plebiscitario. Ese plan y los éxitos de la JEL se vieron truncados por la aparición del Gobierno republicano y por su pésima labor a la hora de atraer el apoyo de las potencias internacionales.

Y ese desperdicio de la buena voluntad internacional fue un desastre para los planes de Prieto, ya que, sin llegar a la intervención, necesitaba mucho de las potencias democráticas. En primer lugar, la presión diplomática suficiente para forzar la caída de Franco. Después, una vez acabada la dictadura, que las potencias o la ONU fomentasen y garantizaran un espacio político imparcial en el que tuviese lugar el plebiscito.⁴⁴ Para asegurar la colaboración de las potencias, Prieto necesitaba que el plebiscito fuese respaldado por fuerzas representativas de todo el espectro político. El respaldo de parte de la izquierda y derecha liberal sería más efectivo que su aceptación exclusiva por la izquierda, por muy unida que se mostrase; otra razón por la que Prieto estaba dispuesto a rechazar a las izquierdas exiliadas con tal de pactar con las derechas.

⁴² César TCACH y Carmen REYES: *Clandestinidad y exilio. Reorganización del sindicato socialista. 1939-1953*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1986, p. 16.

⁴³ Luis Carlos HERNANDO: "Complejas alianzas...", p. 66.

⁴⁴ Indalecio PRIETO: "Cómo podría verificarse un plebiscito" en *Convulsiones..., Primera parte*, op. cit., pp. 65 y ss.

La negociación con los monárquicos trajo cambios de menor calado, pero igualmente importantes. Los principios sentados por Prieto hubieron de enfrentarse a la intención de los monárquicos de volver al sistema alfonsino de 1876. Ante ese extremo, la negociación fue una victoria de los socialistas ya que, tras mucho toma y daca, se firmó en agosto de 1948 un documento muy similar a la intención original de Prieto, si bien algunos de sus extremos habían quedado mellados: su petición de una intervención internacional, que los monárquicos se negaron a admitir, y el método electoral por el que se celebraría y verificaría la consulta a la nación, que las derechas querían lo más ambiguo posible.⁴⁵ Pese a esas concesiones, fue ante los planes monárquicos donde el plan de Prieto pudo mostrarse más rígido y dar respuesta, una a una, a todas sus objeciones.

La flexibilidad fue necesaria tres años después, en 1951, una vez el pacto con los monárquicos se dio por fracasado y Prieto dimitió como presidente del PSOE. Esto fue el pistoletazo de salida para que algunos de los antiguos caballeristas, ahora reorganizados como oposición a la Ejecutiva y a Prieto, viesan que el momento de volver a la antigua alianza republicana había llegado. La Ejecutiva expuso que la posición política plebiscitaria era del partido, y no de Prieto, y que su dimisión no implicaba un cambio de política. La crisis más enconada del período del exilio quedó abierta.⁴⁶ Gran parte de las agrupaciones y secciones dispersas por Europa y América reclamaron un congreso extraordinario que aclarase la posición en la que quedaba el Partido. En definitiva, en el Congreso Extraordinario de 1951 quedó claro, incluso para los opositores a Prieto, que la política plebiscitaria era la única posible. Solo algunos de sus aspectos fueron criticados, especialmente la voluntad de Prieto de ignorar al resto del exilio con tal de obtener un pacto con los monárquicos. Por entonces ese pacto ya no mostraba signos de vida, lo que fue aprovechado por la Ejecutiva para introducir un cambio de calado que habría de llevarse a cabo incluso si certificaba la muerte del pacto: el plan plebiscitario se apostilló señalando la necesidad de un gobierno provisional previo sin signo institucional definido. Con este cambio se buscaba aclarar que el partido no aceptaría un plebiscito celebrado bajo un gobierno que fuese monárquico o republicano.⁴⁷ Con ello se cortaba el paso al gran plan de los monárquicos, basado en forzar a los socialistas a aceptar la restauración monárquica a cambio de un plebiscito posterior que ellos controlarían. Este endurecimiento no era más que una salvaguarda ante futuras negociaciones que, tal y como Llopis reconoció, deberían ser mucho más abiertas a otras fuerzas y flexibles.⁴⁸ Ocho meses después, en noviembre de 1951 el pacto entre socialistas y monárquicos era oficialmente roto y el PSOE se abocaba al período de aislamiento ya referido.

Pero el fracaso de las negociaciones con los monárquicos y el lento período de recuperación durante la década de los cincuenta trajeron cambios más discretos y con mucho más calado. Es en este momento cuando se mostró la importancia vital que la política de Prieto

⁴⁵ Ese fue uno de los puntos de conflicto en la negociación del acuerdo. Ver Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, p. 80.

⁴⁶ Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, pp. 125 y ss.

⁴⁷ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 222.

⁴⁸ *Ibidem*.

tenía para el PSOE ya que, si bien fue vaciada de su valor práctico, se mantuvo en todo momento como la única válida.

En la situación política de los cincuenta, el plebiscito, tal y cómo lo enunció Prieto una década antes, ya no tenía sentido. Aun cuando los monárquicos hubiesen aceptado la intención de los socialistas e incluso si todo el exilio se hubiese puesto detrás del plan de Prieto, la aceptación internacional del franquismo ya era plena y, dentro del marco de la Guerra Fría, ninguna de las potencias internacionales pretendía hacer nada por derrocar al franquismo. Para algunos esto convirtió al plan de Prieto en un ideal inalcanzable que limitaba las opciones de los socialistas a la hora de negociar con las nuevas fuerzas de la oposición que surgían en el interior de España. Así, en 1958, la organización clandestina socialista propuso deshacerse por completo de la cuestión institucional, ya que las limitaciones impuestas por el plan de Prieto impedían la firma de pactos de acción con las fuerzas democráticas del interior. El aparato clandestino propuso, de hecho, que se aceptase la monarquía si eso facilitaba la colaboración con las fuerzas de la oposición en el interior⁴⁹. Como ya se ha señalado, desde el interior buscaban romper todos los tabús, incluido el veto al PCE. Su propuesta fue rechazada por la dirección al completo y explícitamente por Prieto, quien lo dejó bien claro:

La posición del partido no es que sea la mejor, es la única y no debemos hacer más concesiones [...] La solución plebiscitaria es la única que permitiría al Partido el no ser aniquilado, aunque triunfe la reacción en el plebiscito.⁵⁰

Sus palabras dejaron al descubierto, pese a todo, el principal problema de su plan. El plebiscito era necesario para la supervivencia del PSOE, pero cada día que pasaba era más irrealizable. Poco más tarde, durante el VII Congreso de agosto de 1958 —espoileado por otros veteranos como Luis Araquistáin— Prieto hubo de añadir, a modo de apéndice, qué se haría en el caso de que el franquismo cayese y el plebiscito no tuviese lugar. Ante esa más que probable situación, Prieto señaló que, una vez que en España se restituyesen las libertades y se hiciese posible un congreso del PSOE en el que todos los socialistas tuviesen libre participación, estos recobrarían plena libertad de acción y podrían decidir abandonar la política plebiscitaria. Cuestionado sobre por qué esa nueva acotación a su política no podía ser difundida, Prieto fue tajante: «porque debilita sin necesidad nuestra actitud».⁵¹

Por último, la misma lógica estratégica del plebiscito hubo de cambiar. Sin potencias internacionales que forzasen el final del régimen de Franco, y con la escasa fuerza política de las organizaciones antifranquistas, era obvio que la dictadura habría de caer por sí misma en algún lejano momento del futuro. La única forma de acelerarlo era fomentar la carcoma que poco a poco debilitaba sus pilares, no solo mediante la acción clandestina en el interior, sino aprovechando nuevas fuerzas semitoleradas y semiclandestinas —los democristianos de Gil Robles y los de Giménez Fernández, los funcionalistas de Tierno Galván y el grupo de Dionisio Ridruejo— que mostraban claramente las contradicciones de la dictadura. Para ese fin se

⁴⁹ Abdón MATEOS: *El PSOE...*, p. 120.

⁵⁰ Acta de la reunión del comité director, 11 y 12/8/1958, FPI/AE 115-8.

⁵¹ Carlos y José MARTÍNEZ COBO (coordinación y recopilación): *Congresos del PSOE...*, vol. i, p. 39.

emplearía el plan plebiscitario. Vacío de su lógica internacional, ahora se remodelaría para servir a la nueva lógica antifranquista. Gracias a esa, el PSOE se situaría durante la siguiente década en un punto intermedio y se propondría como el interlocutor con el que toda fuerza, de izquierda o de derecha, necesitaba negociar. Paradójicamente, la aparente disposición del PSOE a aceptar la monarquía llegó, incluso, a fomentar los contactos, ya que todas las nuevas fuerzas del interior creyeron ser las que conseguirían hacer entrar en razón a los socialistas. Los efectos de esta nueva versión del plan plebiscitario se dejaron mostrar en 1961 cuando el PSOE, junto con los republicanos exiliados y la Izquierda Demócrata Cristiana de Manuel Giménez Fernández formaron UFD, la primera plataforma en aunar fuerzas del exilio y del interior de España.⁵²

Años más tarde, tras pocos meses de la muerte de Prieto, esa política tuvo como fruto la reunión de Múnich de junio de 1962, donde las derechas y las izquierdas de la oposición antifranquista se encontraron después de veintiséis años. La política plebiscitaria sirvió igualmente para una década de acercamientos que sentó las bases de la transición.⁵³

Conclusiones

Estas tres ideas no agotan todas las que complementaban a la política plebiscitaria socialista, como fueron el rechazo a toda solución violenta, ya fuese una revolución desde la izquierda o un —nuevo— golpe militar desde la derecha, o la insistencia de que en el futuro plebiscito el PSOE votaría inexorablemente a favor de una III República. Pero son las que considero más relevantes para explicar la evolución del Partido Socialista durante el exilio y las más interdependientes entre sí y con la estrategia plebiscitaria de Prieto.

En la introducción me referí a que los tres principios articulados por Prieto creaban una densa red que dio base a la estrategia política del PSOE durante el franquismo. Apunté, también que en esos se pueden encontrar las razones de una supervivencia a treinta y seis años de exilio y clandestinidad que de ninguna manera estaba predestinada. La interacción entre las tres ideas y el plebiscito fue profunda y compleja. Pero a grandes trazos destacaré algunos puntos:

La permanencia de la política socialista era, por ejemplo, una parte integrante de su posición anticomunista. El PSOE siempre destacó la seriedad, la coherencia y la independencia de su posición política ante los continuos cambios de política del PCE que mostraban su irresponsabilidad y su dependencia de un poder superior que dictaba una política que no estaba al servicio de los españoles. Frente a eso, los socialistas no dudaban en destacar la coherencia a lo largo del tiempo de su posición política.

A su vez la política anticomunista permitió al PSOE acotar un conjunto de fuerzas donde los socialistas podían estar seguros de que podrían dictar la política a seguir. Prieto estaba tan seguro del peso del PSOE y de la razón de su estrategia que sabía que el resto de fuerzas habrían de abandonar su posición y seguir el camino por él abierto, como hicieron los republicanos cuando las instituciones de la República quedaron como mero vestigio. Para ello,

⁵² Abdón MATEOS: *El PSOE...*, p. 198.

⁵³ Sobre estas ver Luis Carlos HERNANDO: *El PSOE y la monarquía...*, pp. 254 y ss.

igualmente fue necesaria la permanencia de la posición política: semejante efecto de atracción no habría sido posible si hubiese cambiado en 1952, en 1959 o más adelante.

De igual forma, el anticomunismo fue un factor necesario a la hora de buscar una solución internacional, de ofrecer la posición plebiscitaria a las derechas españolas y de funcionar como cabeza del antifranquismo liberal. Dado el marco de guerra fría en el que se desarrolló el exilio, no solo su capacidad de actuar, sino su misma supervivencia dependía de tomar partido, por matizado que este estuviese.

Más importante a la hora de analizar la política socialista, esos tres principios nos ayudan a explicar ciertas paradojas creadas por el plan plebiscitario. La mayor de ellas fue, sin duda, el porqué del mantenimiento de la política plebiscitaria una vez que se mostró como irrealizable. Como ya he expuesto, más allá de su aplicación práctica, el plebiscito era aún útil porque funcionaba como punto de encuentro entre derechas e izquierdas, facilitando continuos contactos durante los años sesenta que, a la larga, simplificaron las negociaciones de la Transición. Pero, más allá de eso, la política plebiscitaria sirvió también como un punto medio dentro del partido. Sin ella las divisiones internas que comenzaban a despuntar deshilarían sin remedio al PSOE. El plebiscito sirvió de armazón que sostenía al PSOE hasta que, una vez en España y en completa libertad, pudo rehacerse.

Los tres principios, junto con la política plebiscitaria, no fueron exclusivos de Prieto; el viejo socialista siempre contó con una parte del Partido y con destacados cuadros que le apoyaron a lo largo de los años. Pero sí se le debe conceder que fue él quien los encumbró a la política socialista. Y con ello determinó, como ningún otro en esta etapa, el futuro del socialismo español.

Telesforo Monzón, el nacionalismo vasco y la Guerra Civil: Historia y Memoria

Telesforo Monzón, Basque nationalism and the Civil War: History and Memory

Fernando Martínez Rueda
Universidad del País Vasco
fernando.martinez@ehu.es

Resumen: Este artículo realiza una aproximación cultural a la Guerra Civil en el País Vasco que considera la experiencia, el discurso y la memoria del fenómeno bélico. Utilizamos para ello una metodología que pone al sujeto en el centro del análisis. Estudiamos la destacada figura política de Telesforo Monzón (1904-1981). Monzón fue un destacado líder del Partido Nacionalista Vasco (PNV) durante la Segunda República. En octubre de 1936 fue nombrado consejero del Gobierno Vasco, cargo en el que permaneció hasta 1953. En los años sesenta apoyó el nacionalismo radical de ETA y finalmente durante la transición a la democracia se convirtió en el principal líder carismático de *Herri Batasuna*.

A través de la figura del influyente político Telesforo Monzón observamos las dudas de un nacionalista vasco ante la Guerra Civil al inicio del conflicto bélico. Analizamos su percepción y discurso sobre la guerra entre 1936 y 1939. Monzón representaba la Guerra Civil en el País Vasco como un ataque externo contra Euskadi, y no como una guerra civil entre vascos. Tras la Guerra Civil, durante los años 40 Telesforo Monzón contribuyó a la mitificación de la experiencia bélica. En sus artículos políticos y en sus obras poéticas ensalzó y sacralizó la muerte por la patria, simbolizada en el *gudari* caído. En los últimos años del Franquismo y durante la Transición a la democracia Monzón adaptó la memoria de la guerra a la estrategia de ETA. Su principal idea era que la Guerra Civil no había acabado y que los militantes de ETA continuaban el combate iniciado por los *gudaris* vascos de 1936 a favor de la soberanía vasca.

La tesis de este artículo es que la mitificación de la experiencia de guerra y la transmisión de una memoria idealizada del conflicto contribuyeron al proceso de brutalización de la política protagonizado por el nacionalismo vasco radical tras la muerte de Franco. Durante la transición a la democracia Telesforo Monzón mostró esa brutalización de la política de diferentes maneras como su entusiasta defensa de la violencia de ETA, la exaltación de la muerte por la patria o su lenguaje belicista. Esa concepción combatiente de la política, expresada por Monzón, se convirtió en la principal característica del nacionalismo vasco radical.

Palabras clave: Guerra Civil, nacionalismo vasco, Telesforo Monzón, mitificación de la guerra, brutalización de la política.

Abstract: This paper analyses the Civil War in the Basque Country from a cultural perspective that deals with the experience, the discourse and the memory of the war. In order to achieve this aim, the methodology used sets the individual in the centre of the analysis. The leading figure of Telesforo Monzón (1904-1981) is taken as the focus of the account. Monzón was a noted leader of the Basque Nationalist Party (PNV) during the Second Republic. In October of 1936 he was named minister of the Basque Government and he continued during the post-war period, until 1953. In the 1960's he supported the radical nationalism of ETA and finally, during the transition to democracy, he became the most charismatic leader of *Herri Batasuna*.

Through the study of the influential politician Telesforo Monzón it can be observed the doubts of a Basque nationalist about the Civil War when the conflict started. It can also be analysed his war perception and discourse between 1936 and 1939. In Monzón's view the war in the Basque Country the war was an external attack against Euskadi, not a civil conflict between Basque people. After the civil war, during the 1940's, Telesforo Monzón contributed to making up the myth of the war experience. In his political articles and poetry works he praised and sacralised the death for the fatherland, symbolized in the fallen *gudari* (Basque soldier). In the late years of the Francoism and during the transition to democracy Monzón adapted the war's memory to the strategy of ETA. His main idea was that the civil war hadn't finished, so ETA's militants continued the fight started by the Basque soldiers in 1936 for the Basque Country's sovereignty.

The proposition of this paper is that the building of the myth of the war experience contributed to the brutalization of politics, performed by the Basque radical nationalism after Franco's death. During the transition to democracy Telesforo Monzón showed this brutalization of politics in different ways, such as the enthusiastic defence of the ETA's violence, the glorification of the death for the fatherland, or his warmongering language. This fighting mentality, expressed by Monzón, became the main feature of the Basque radical nationalism.

Key words: Civil War, Basque nationalism, Telesforo Monzón, myth of War, brutalization of politics.

Para citar este artículo: Fernando MARTÍNEZ RUEDA: "Telesforo Monzón, el nacionalismo vasco y la Guerra Civil: Historia y memoria", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, Nº 13 (2018), pp. 375-400.

Recibido: 11/06/2017

Aprobado: 03/01/2017

Telesforo Monzón, el nacionalismo vasco y la Guerra Civil: Historia y Memoria

Fernando Martínez Rueda
Universidad del País Vasco

Introducción

La Guerra Civil tuvo en el País Vasco algunas características singulares.¹ Una de ellas fue que un importante sector del catolicismo político, representado por el Partido Nacionalista Vasco, se posicionó contra la sublevación militar, en alianza con las fuerzas de izquierda. El PNV adoptó esa decisión, tras dudas y vacilaciones, porque creía que era la vía para conseguir el autogobierno del País Vasco, como efectivamente ocurrió en octubre de 1936 al aprobarse el estatuto vasco y constituirse el primer gobierno autónomo de Euskadi. En la Euskadi autónoma –vigente desde octubre de 1936 hasta junio de 1937 y prácticamente limitada al territorio de Vizcaya– no hubo persecución religiosa, ni tentativas revolucionarias. Por el contrario, se mantuvo el culto católico y, salvo excepciones puntuales, el Gobierno Vasco controló el orden público.²

Partiendo de esa motivación política singular para tomar partido en la Guerra Civil, el nacionalismo vasco desarrolló una cultura de guerra diferente y presentó el conflicto como una guerra impuesta al pueblo vasco, movilizándolo en defensa de la libertad de Euskadi, y no como una lucha a favor de la República española³. Dicho con las palabras del *Lehendakari* Aguirre: «¡Nuestra adhesión ha sido a la libertad de Euzkadi! A la lucha no hubiéramos ido directamente, no hubiéramos ido por defender la República».⁴ Una vez concluido el conflicto, el nacionalismo vasco tendió a mitificar la experiencia de la guerra. Elaboró una memoria bélica singular que, con sus correspondientes adaptaciones, fue incorporada en los años 60 y 70 por el nuevo nacionalismo radical surgido en torno a ETA, de forma que al llegar la Transición la cultura política nacionalista recordaba la Guerra Civil no como un conflicto fratricida que debía ser definitivamente superado mediante la reconciliación nacional, sino como un episodio más de la larga lucha por la libertad de Euskadi.⁵

¹ Sobre las características de la Guerra Civil en el País Vasco, Santiago DE PABLO: “La guerra civil en el País Vasco: ¿un conflicto diferente?”, *Ayer*, 50 (2003), pp. 115-141. Un breve balance historiográfico puede verse en José Luis DE LA GRANJA y Santiago DE PABLO (dirs.): *Guía de fuentes documentales y bibliográficas sobre la Guerra Civil en el País Vasco*, Vitoria-Gasteiz, Gobierno Vasco, pp. 39-51.

² Fernando DE MEER: *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España (1936-1937)*, Pamplona, Eunsa, 1992. José Luis DE LA GRANJA: *República y Guerra Civil en Euskadi (Del Pacto de San Sebastián al de Santoña)*, IVAP-HABE, Oñati, 1990.

³ Xose M. NÚÑEZ SEIXAS: “Los nacionalistas vascos durante la guerra civil (1936-1939): una cultura de guerra diferente”, *Historia Contemporánea*, 35 (2007), pp. 559-599. Un análisis de la forma en que la prensa nacionalista presentaba la Guerra Civil en José Luis DE LA GRANJA: *República y Guerra Civil en Euskadi...*, pp. 232-254.

⁴ Citado en de Fernando DE MEER: op. cit., p. 154.

⁵ Paloma AGUILAR: “La Guerra Civil española en el discurso nacionalista vasco. Memorias peculiares, lecciones diferentes”, en Javier UGARTE (ed.), *La transición en el País Vasco y España: historia y*

En las siguientes líneas analizamos algunas de las cuestiones arriba aludidas relacionadas con la historia y con la memoria de la Guerra Civil en el nacionalismo vasco. Utilizando una metodología que pone al sujeto en el centro del análisis, realizamos una aproximación cultural al fenómeno bélico que considera la experiencia, el discurso y la memoria de la guerra.⁶ A través de la figura de Telesforo Monzón (1904-1981) veremos cuáles fueron las dudas y decisiones de un nacionalista vasco ante los dilemas que le planteaba la Guerra Civil. Observaremos su percepción y discurso del conflicto bélico. Analizaremos la mitificación de la experiencia de guerra que desarrolló en los años cuarenta del siglo pasado. Estudiaremos la evolución de la memoria de guerra y la forma en que un veterano como Monzón la transmitió a las nuevas generaciones nacionalistas durante el tardofranquismo y la Transición. Trataremos de demostrar que la mitificación de la guerra y la transmisión de una memoria heroica del conflicto bélico contribuyeron al proceso de *brutalización de la política*⁷ protagonizado por el nacionalismo vasco radical tras la muerte de Franco. Esa brutalización de la política se manifestó de diversas maneras, como el empleo de la violencia para alcanzar objetivos políticos, la integración de la muerte como un elemento más de la vida política, la deshumanización del adversario, la concepción de la política como batalla, el empleo de un lenguaje maniqueo basado en el enfrentamiento amigo-enemigo, etc. En definitiva, se trasladaron a la política en tiempo de paz actitudes y comportamientos propios de la guerra, previa mitificación y exaltación del conflicto bélico. Y es que uno de los mitos sobre los que se asentó esa brutalización de la política fue la idea de que la Guerra Civil no había concluido, uno de los mensajes más repetidos por Telesforo Monzón.

El análisis de la figura política de Telesforo Monzón es especialmente adecuado para nuestro propósito por varias razones. En primer lugar, por su destacado protagonismo tanto en la historia de la Guerra Civil en el País Vasco, como en la posterior elaboración de su singular memoria. En segundo lugar, por su longevidad política, ya que su influencia se mantuvo desde los años treinta del siglo pasado hasta su muerte en 1981, como lo muestra el hecho de que fuera elegido parlamentario en las Cortes de la República, en el Congreso de los Diputados en la Transición y en el primer Parlamento Vasco constituido en 1980.⁸ Por último, su interés historiográfico reside también en que ejerció su influencia y liderazgo político en las dos ramas

memoria, Bilbao, UPV/EHU, 1998, pp. 121-154. Diego MUÑOZ: "The politics of war memory in radical Basque nationalism", *Ethnic and Racial Studies*, 32 (2009), pp. 659-678. Ludger MEES: "Gerra euskal nazionalisten memorian", en I. ARROITA y L. OTAEGI, *Oroimenaren lekuak eta lekukoak. Gerra Zibilaren errepresentazio artistikoak vs. kontaera historiko-politikoak*, UPV-EHU, Bilbo, 2015, pp. 51-69. Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA*, Madrid, Tecnos, 2016, pp. 145 y ss.

⁶ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: "La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español", *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

⁷ Concepto acuñado por George L. MOSSE: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 205-229 (1ª ed.: *Fallen soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Londres, Oxford, U.P., 1990). Sobre el debate historiográfico en torno al concepto, véase Ángel ALCALDE: "La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico", *Pasado y Memoria*, 15 (2016), pp. 17-42.

⁸ Una breve biografía del personaje, junto a un análisis de su actividad parlamentaria, puede verse en Fernando MARTÍNEZ RUEDA: "Monzón Ortiz de Urruela, Telesforo", en J. AGIRREAZKUNENAGA et alii (dirs.), *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia*, Vitoria-Gasteiz, Parlamento Vasco, 2007, vol. II, pp. 1712-1726.

del nacionalismo vasco, primero en el PNV y después, ya en la Transición, en Herri Batasuna. Su evolución política fue, por tanto, compleja y aparentemente contradictoria.⁹

Telesforo Monzón nació en 1904, en el seno de una aristocrática familia guipuzcoana. Durante su infancia y juventud recibió una formación integrista y antiliberal. Se acercó al nacionalismo vasco desde sus profundas convicciones católicas. En 1930 se afilió al PNV y durante la Segunda República desarrolló una intensa labor de difusión del nacionalismo vasco. Gracias a su condición de buen orador, tanto en euskera como en castellano, fue uno de los principales propagandistas del PNV. Se caracterizó entonces por el extraordinario énfasis con que unía lo religioso y lo político, tanto en las formas religiosas de expresar sus mensajes políticos, como en el contenido de éstos. Recorrió pueblos y ciudades dando charlas, conferencias y mítines. Se convirtió así en un político carismático, capaz de enardecer a las masas, cualidad que mantuvo hasta su muerte. Tal vez por eso su ascenso en el Partido Nacionalista Vasco fue fulgurante: concejal de Bergara en 1931, presidente del PNV de Guipúzcoa en 1933, Diputado en las Cortes ese mismo año y Consejero de Gobernación en el primer Gobierno autónomo de Euskadi en 1936. Tras la Guerra Civil se exiló primero en Francia y luego en Méjico, donde desarrolló una intensa actividad política como representante del Gobierno Vasco, siendo uno de los principales colaboradores del *Lehendakari* Aguirre, con quien le unía una estrecha amistad. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, regresó a Francia. En 1953 presentó su dimisión como Consejero del Gobierno Vasco en el exilio por discrepancias políticas con José Antonio Aguirre y con la dirección del PNV, ya que rechazaba la alianza con las instituciones republicanas y defendía la alternativa monárquica como solución más eficaz para acabar con el franquismo. Sus diferencias con el PNV se fueron ahondando durante los años sesenta, sobre todo por la actitud política ante ETA, creada en 1959. Monzón veía a las nuevas generaciones nacionalistas de ETA como miembros de la misma *familia* nacionalista vasca, con los que había que colaborar y constituir un Frente Nacional Vasco. Por el contrario, la dirección del PNV rechazaba colaborar con ETA, a la que consideraba una organización marxista y totalitaria. A la muerte de Franco Monzón continuó trabajando para constituir un Frente *abertzale*. Fracasada su propuesta de unidad nacionalista, abandonó el PNV y se alineó con el nacionalismo radical nucleado en torno a ETA. En 1978 participó en la constitución de Herri Batasuna y se convirtió en su principal líder carismático. Falleció en Bayona (Francia) en 1981, convertido en símbolo político del nacionalismo vasco radical.¹⁰

Telesforo Monzón expresó su pensamiento también a través de la actividad cultural, mayoritariamente en euskera, que para él era otra forma de activismo político. Compuso canciones, escribió poemas, artículos y obras de teatro con el objetivo, no sólo de dar a conocer sus ideas, sino también de extender la conciencia nacional y movilizar a la sociedad a favor del nacionalismo vasco. Algunas de sus composiciones que llamaban a la lucha por la patria se convirtieron en himnos de la cultura política nacionalista y todavía hoy se escuchan en manifestaciones o fiestas de pueblos y ciudades vascas. Ello es buena muestra de la enorme influen-

⁹ Fernando MARTÍNEZ RUEDA: "Telesforo Monzón, del nacionalismo aranista a Herri Batasuna: las claves de una evolución", *Revista de Estudios Políticos*, 174 (2016), pp. 267-297.

¹⁰ Sobre su condición de figura simbólica del nacionalismo vasco, véase Ludger MEES y Jesús CASQUETE: "Telesforo Monzón", en Santiago DE PABLO et alii (coords.), *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 79-91.

cia de la figura de Telesforo Monzón en el imaginario del nacionalismo vasco, especialmente en el del *abertzalismo* radical.

El nacionalismo vasco y Telesforo Monzón ante la Guerra Civil

Al analizar la actitud de Telesforo Monzón y del nacionalismo vasco en la Guerra Civil es conveniente distinguir tres momentos en los que los nacionalistas mostraron diferentes talentos: una cierta ambigüedad en los meses previos al 18 de julio; un tibio y obligado apoyo a la República antes de la aprobación del Estatuto de autonomía; y un decidido compromiso beligerante contra los sublevados durante la vigencia del autogobierno vasco. Veamos cada una de estos momentos con mayor detalle.

Tras la victoria electoral del Frente Popular las derechas empezaron los preparativos para derrocar a la República, en un clima de conflictividad social, intensa movilización y episodios de violencia política. También en el País Vasco se celebraron reuniones conspirativas previas a la sublevación militar del 18 de julio. La situación política vasca en la etapa final de la República era algo diferente a la del conjunto de España. En lugar de la radical bipolarización entre izquierda y derecha existente en el Estado español, las elecciones de febrero de 1936 reflejaron un equilibrio entre las tres principales culturas políticas vascas: las izquierdas agrupadas en el Frente Popular, las derechas *españolistas* donde destacaba la gran influencia del tradicionalismo carlista y el nacionalismo vasco, en pugna estas dos últimas fuerzas por atraer el voto católico.¹¹

En aquel convulso panorama político las fuerzas derechistas de Guipúzcoa convocaron una reunión en San Sebastián el 20 de abril de 1936, donde sondearon la actitud del PNV. En casa del carlista Fausto Gaiztarro, representante junto a Luis Zuazola de Comunión Tradicionalista, se reunieron el delegado de Renovación Española, Ramón Sierra Bustamante, representantes de la CEDA, de Falange y Telesforo Monzón en representación del PNV. En aquella reunión se plantearon al menos dos cuestiones. En primer lugar, se trató sobre la manera conjunta de actuar ante una posible revolución comunista. Monzón mostró la disposición del PNV a enfrentarse a esa supuesta tentativa revolucionaria y a garantizar el orden público, para lo que, según dijo, los nacionalistas, aunque disponían de hombres, necesitaban armas. En segundo lugar, se planteó la posibilidad de colaborar en el establecimiento de una dictadura militar. En este punto los testimonios son contradictorios. Sierra Bustamante y Gil Robles afirmaron que el PNV, por boca de Monzón, mostró cierta disposición a colaborar, aunque con «distingos y vacilaciones». Telesforo Monzón, por el contrario, en carta privada a José Antonio Aguirre negó rotundamente haber asumido ningún compromiso con las fuerzas derechistas. Sea como fuere, lo cierto es que tras la reunión no se concretó ninguna colaboración entre el PNV y las fuerzas derechistas. El propio Sierra Bustamante dijo que «los nacionalistas querían las armas sin comprometerse a nada que no fuese la defensa del País Vas-

¹¹ José Luis DE LA GRANJA: *Nacionalismo y II República en el País Vasco. Estatutos de autonomía, partidos y elecciones. Historia de Acción Nacionalista Vasca: 1930-1936*, Madrid, Siglo XXI, 2008 (edición actualizada de la primera publicada en 1986).

co». ¹² Efectivamente, en los meses previos al alzamiento militar los nacionalistas guipuzcoanos se dedicaron a custodiar por su cuenta sus sedes y los edificios religiosos, para lo que organizaron grupos de jóvenes y trataron de adquirir armas, en previsión de un intento revolucionario. ¹³ Sus preocupaciones eran garantizar el orden público y salvaguardar el culto católico, sin que eso supusiera acuerdo alguno con las fuerzas derechistas de cara a un golpe antirrepublicano.

La sublevación militar del 18 de julio planteó al PNV el dilema de tener elegir entre la República o los militares rebeldes. En los primeros momentos la actitud de los nacionalistas fue vacilante y dubitativa. La posición nítida contra el pronunciamiento militar y a favor de la República de los diputados nacionalistas Manuel Irujo y José María Lasarte fue desautorizada el mismo 18 de julio por la ejecutiva del partido, que decidió mantener una actitud de prudente espera, hasta ver cómo evolucionaban los acontecimientos. ¹⁴ Sin embargo, el fracaso del golpe y su deriva en guerra civil hizo imposible la neutralidad. Las palabras Juan Ajuaguerra, el dirigente peneuvista más influyente entonces, sobre su actitud y la del PNV en aquel momento dramático no pueden ser más elocuentes:

Tenía la esperanza de escuchar alguna noticia que nos ahorrase tener que tomar una decisión, que uno u otro bando ya hubiese ganado la partida (...). A las seis de la mañana, tras una noche en blanco, tomamos una decisión unánime. Promulgamos una declaración dando nuestro apoyo al gobierno republicano. Tomamos esa decisión sin ningún entusiasmo, pero convencidos de haber elegido el bando más favorable para los intereses del pueblo vasco. ¹⁵

Obligado a tomar partido, el PNV se decantó finalmente por el bando republicano con la esperanza de conseguir el Estatuto de autonomía. Fue precisamente consecución del autogobierno la línea divisoria entre dos actitudes distintas del PNV durante la guerra: dudas y ausencia de beligerancia antes del Estatuto; compromiso y combate contra los sublevados mientras duró la autonomía.

La actitud de los nacionalistas vascos durante el verano del 36, aunque oficialmente fuera de apoyo a la República, puede calificarse de *no beligerante* de hecho. En Álava ¹⁶ y sobre todo en Navarra, donde la sublevación militar había triunfado con facilidad, algunos dirigentes y muchos militantes nacionalistas mostraron su desafección a la República, movidos por su fe católica. En Guipúzcoa, donde el levantamiento militar fue derrotado por las fuerzas de izquierda tras varios días de lucha, las consignas de los dirigentes *jeltzales* a sus juventudes y afiliados en las jornadas posteriores al 18 de julio eran que no se enzarzasen en la

¹² Ramón SIERRA BUSTAMANTE: *Euzkadi de Sabino Arana a José Antonio Aguirre: notas para la historia del nacionalismo vasco*, Madrid, Editora Nacional, 1941, pp. 155-157. José María GIL ROBLES: *No fue posible la paz*, Madrid, Planeta, 1998, p. 706. AHE, GV, Presidencia, 42-1, 11-11-1939.

¹³ Fernando DE MEER: op. cit., p. 69.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 83-88.

¹⁵ Ronald FRASER: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 66.

¹⁶ Los dirigentes del PNV de Álava, Javier Landaburu y Manuel Ibarrondo, muy probablemente presionados por los militares sublevados, escribieron a Monzón pidiéndole que el nacionalismo guipuzcoano se mantuviera neutral: «Tú, con tu gran personalidad, con tu elevada espiritualidad, debes contribuir a evitar esta lucha fratricida y a frenar a aquellos elementos afines a nosotros que se hayan lanzado suicidamente a la lucha». Citado en C. M. OLAZABAL: *Negociaciones del PNV con Franco durante la guerra civil*, Bilbao, Fundación Popular de Estudios Vasco, 2014, p. 99.

guerra, ni se inscribieran para ir a los frentes.¹⁷ Al igual que en los meses anteriores a la guerra, los nacionalistas se movilizaron para salvaguardar el orden público y el culto católico, no para luchar en una guerra que entonces percibían como algo ajeno.

El 27 de julio de 1936 se constituyó la Junta de Defensa de Guipúzcoa, presidida por el socialista Miguel Amilibia. Telesforo Monzón, en representación del PNV, fue nombrado comisario de Orden Público. Desde el primer momento su principal preocupación fue garantizar la vida de los presos y el culto católico. El mismo día de su constitución la Comisaría de Orden Público difundió una orden prohibiendo cualquier violencia, detención o registro extrajudicial. Aunque Monzón trató de eliminar “los paseos” y la violencia política protagonizada por milicianos de izquierda, no consiguió evitar las matanzas de presos derechistas de las cárceles de Ondarreta (San Sebastián) y Tolosa, ocurridas los días 30 y 31 de julio. Presentó su dimisión en protesta por aquellos acontecimientos, calificados por los dirigentes nacionalistas guipuzcoanos como «crímenes que avergüenzan a toda conciencia honrada».¹⁸

El 8 de agosto se constituyeron en el santuario de Loyola (Azpeitia, Guipúzcoa) las milicias nacionalistas vascas, denominadas *Euzko Gudarostea* (Ejército Vasco), dirigidas por un comité en el que participaban dirigentes de las diversas organizaciones *abertzales*,¹⁹ entre los que figuraba Telesforo Monzón, en representación del PNV. La misión inicial de *Euzko Gudarostea* era garantizar el orden público en la zona occidental de Guipúzcoa, a pesar de que era en la zona de Irún y San Sebastián donde se estaba librando la batalla decisiva por Guipúzcoa.²⁰ Incluso cuando el Jefe de la Defensa de Irún, Antonio Sanjuan, pidió la colaboración de las milicias nacionalistas, Manuel Irujo y Telesforo Monzón le contestaron que «querían mantener a sus gentes reunidas y bajo su mando directo, para utilizarlas en un momento oportuno allí donde les interesara».²¹ Y es que durante el verano del 36 *Euzko Gudarostea* no combatió, porque era una fuerza concebida inicialmente para guardar el orden, más que para luchar en el frente.

En los primeros meses de la guerra los nacionalistas vascos mostraron, además de una actitud no beligerante, sus dudas y vacilaciones. Uno de los problemas que se planteaban era si era lícito combatir contra quienes decían defender la religión y tenían el apoyo de la jerarquía eclesiástica. Estas dudas, lógicas en un partido católico como el PNV, debían ser especialmente intensas en un político como Telesforo Monzón, caracterizado por la absoluta identificación que establecía entre su profunda fe religiosa y sus convicciones nacionalistas.²² La posición de los católicos nacionalistas se hizo todavía más delicada e incómoda cuando los obispos

¹⁷ Fernando DE MEER: op. cit., pp. 88-99.

¹⁸ Aunque el máximo órgano del PNV en Guipúzcoa trató de disuadirle, Monzón mantuvo su dimisión irrevocable, por lo que finalmente fue sustituido por el antiguo Diputado nacionalista Juan Antonio Careaga. Manuel IRUJO: *La guerra civil en Euzkadi antes del Estatuto*, Bilbao, Kirikiño, 2006. Pedro BARRUSO: *Violencia política y represión en Guipúzcoa durante la Guerra Civil y el primer franquismo (1936-1945)*, Donostia, Hiria, 2005, pp. 59-66 y 81-84.

¹⁹ Además del PNV, Solidaridad de Trabajadores Vascos, *Euzko Nekazari Bazkuna*, *Euzkadi Mendi-goxale Batza* y Acción Nacionalista Vasca.

²⁰ F. M. VARGAS: “El Partido Nacionalista Vasco en Guerra: Euzko Gudarostea (1936-1937)”, *Vasco-ña*, 31 (2001), pp. 305-343. CDMH, PS Bilbao, 64, 1-102.

²¹ Fernando DE MEER: op. cit., p. 129.

²² Fernando MARTÍNEZ RUEDA: “Religión y nacionalismo vasco en el siglo XX: aproximación desde el sujeto a una relación compleja”, *Hispania Sacra*, 69:140 (2017), pp. 721-733.

de Pamplona, Marcelino Olaechea, y de Vitoria, Mateo Múgica, difundieron una pastoral conjunta que criticaba muy duramente el apoyo del PNV a la República. Los obispos vascos acusaban a los nacionalistas de aliarse con adversarios encarnizados de la Iglesia, de «fraccionar las fuerzas católicas ante el común enemigo» y de «combatir al hermano católico». ²³ Al tener noticia de la pastoral, los dirigentes nacionalistas trataron de verificar su autenticidad. Con ese objetivo Telesforo Monzón se reunió con el sacerdote Celedonio Múgica, hermano del obispo de Vitoria, la misma noche del 6 de agosto en que se había difundido el mensaje de los prelados. Monzón le dijo que si la pastoral era cierta los nacionalistas deberían retirarse a sus «casas o al extranjero». Político y sacerdote hablaron de las consecuencias que ello podía tener. Coincidían en que la actitud «defensiva» del PNV contribuía a mantener el orden. Creían que si los nacionalistas se retiraban, Guipúzcoa y Vizcaya quedarían «a merced de los rojos, que arrasarían cuanto tuviese sabor religioso, asesinarían sacerdotes, religiosos y a muchos católicos». ²⁴

Otra de las dudas que asaltaba a los nacionalistas era quiénes debían ser sus compañeros de viaje. ¿Era lícito aliarse con «rojos» que profesaban el comunismo, definido por los obispos vascos como «síntesis de toda herejía»? ¿Los aliados de los nacionalistas no debían ser los otros católicos vascos que luchaban en el bando enemigo, como tantos y tantos requetés? A ese dilema se enfrentó Telesforo Monzón en los primeros días de la guerra en un episodio que él mismo narró. Se encontraba en la Diputación junto a Manuel Irujo. Allí fue conducido un grupo de requetés navarros, procedentes del Valle del Baztan, que habían sido hechos prisioneros. Monzón estuvo hablando con ellos en euskera. Para él, que identificaba lo vasco con lo rural y con lo católico, «aquellos mutilas [chicos] euskaldunes navarros» debían ser sus aliados. Y por eso le dijo a Irujo: «Manuel, mis aliados son estos y no aquellos!, señalando a los pequeñarros fachudos de Trintxerpe que los injuriaban al pasar». ²⁵ Como le contestó Irujo, el problema era que aquellos jóvenes navarros habían matado a una docena de nacionalistas vascos al entrar en Guipúzcoa. Aunque las circunstancias conducían a los nacionalistas vascos a una alianza con el Frente Popular, Monzón dudaba, ya que veía a los marxistas como un foco de «contaminación» ²⁶ para sus gentes nacionalistas.

Sin embargo, las dudas de Telesforo Monzón y de los nacionalistas vascos se disiparon con la aprobación del estatuto de autonomía. Si el 23 de septiembre el estatuto vasco fue dictaminado en las Cortes, el 25 salieron las primeras unidades de las milicias vascas para incorporarse al frente de Guipúzcoa. Ese mismo día, el principal ideólogo del PNV, Engracio Aranzadi, escribía: «Euzkadi no combate hoy por un Estatuto más o menos amplio, sino por su misma existencia». ²⁷ Y es que desde entonces cambió la actitud de los nacionalistas ante la guerra. En lugar del anterior talante dubitativo y defensivo, los nacionalistas adoptaron ahora una decidida postura beligerante contra el bando franquista. El reflejo político de ese cam-

²³ Fernando DE MEER: op. cit., pp. 109-111.

²⁴ «Informe nº 37. Informe de Telesforo Monzón (29 de marzo de 1940)», en *La guerra civil en Euzkadi. 136 testimonios inéditos recogidos por José Miguel de Barandiaran*, Bilbao, Bidasoa, 2005, p. 729.

²⁵ Carta de T. Monzón a M. Irujo, febrero de 1976, Fondo Irujo, J 18 M-N. Trintxerpe es un barrio del municipio guipuzcoano de Pasajes San Pedro de carácter obrero y cuya población ha sido de origen mayoritariamente inmigrante.

²⁶ Fernando DE MEER: op. cit., p. 129.

²⁷ *Euzkadi* 25-9-1936 (citado en J. L. DE LA GRANJA: *República y Guerra Civil en Euzkadi...*, p. 232).

bio fue la entrada del nacionalista Manuel Irujo en el Gobierno de Largo Caballero, también el 25 de septiembre.

En Euskadi se conformó una nueva realidad política e institucional. El 7 de octubre se constituyó el primer Gobierno Vasco de la historia, un gobierno cuasi independiente *de facto* por la excepcional situación bélica, presidido por el carismático líder nacionalista José Antonio Aguirre, que también asumió la cartera de Defensa. Aguirre formó un gabinete de concentración en el que estaban representadas todas las fuerzas republicanas, izquierdistas y nacionalistas vascas. Telesforo Monzón fue designado Consejero de Gobernación. Desde ese cargo adaptó la administración local y provincial a la nueva situación política, suprimiendo los organismos revolucionarios surgidos tras la sublevación militar. En lugar de las Juntas locales y provinciales de defensa, restableció los ayuntamientos -cubrió las concejalías vacantes con miembros del PNV y del Frente Popular- y las comisiones gestoras de las Diputaciones, a las que se incorporó el PNV. A cargo de Monzón estaban áreas delicadas como la censura o los servicios de información que vigilaban a supuestos quintacolumnistas. Obviamente, su principal labor fue el cuidado del orden público. Para ello sustituyó la Guardia Civil y Guardia de Asalto por un cuerpo de policía autónoma, la *Ertzaña*, formada por unos mil efectivos, de los que unos cuatrocientos constituían la policía motorizada. Al igual que ocurría en otras materias de Gobierno, Monzón gestionaba la seguridad y el orden público con una autonomía mucho mayor que la reconocida por el estatuto, debido la excepcional situación bélica. Trató de aprovechar la debilidad del Gobierno republicano para dar legalidad y así posibilidad de continuidad tras la guerra a las amplias cotas de autogobierno que entonces ejercía.²⁸ El balance de su gestión en cuanto al mantenimiento del orden en el País Vasco durante la guerra ha sido considerado positivo en líneas generales. El socialista Julián Zugazagoitia, buen conocedor de las dificultades de la tarea, ya que había sido ministro de Gobernación en 1937 y 1938, dijo que Monzón «había conseguido devolver a la vida humana su precio».²⁹ Sin embargo, el Consejero de Gobernación no fue capaz de evitar el asalto a las cárceles y asesinato de más de 200 presos derechistas ocurrido en Bilbao en enero de 1937, tras un bombardeo de la aviación alemana contra la villa. Como consecuencia de aquellos trágicos sucesos, Monzón presentó su dimisión, pero el *Lehendakari* Aguirre no la aceptó, a pesar de que la había pedido la propia dirección del PNV.³⁰

²⁸ Monzón pretendía que la Junta de Seguridad mixta contemplada en el estatuto fuera enteramente controlada por el Gobierno Vasco, y no por representantes del Gobierno de la República, aprovechando las circunstancias del momento «para obtener [del] Gobierno [de] Valencia facilidades y concesiones que más tarde serán más difíciles». AHE, Gobierno Vasco, Gobernación, 535-4. Sobre la actuación de Monzón como Consejero de Gobernación vid. José Luis DE LA GRANJA: *República y Guerra Civil en Euskadi...*, pp. 268-269 y 303-310. Iñaki GARRIDO y Aitziber LEKUONA: *Las raíces de los consejeros del primer Gobierno de Euzkadi*, Vitoria-Gasteiz, IVAP, pp. 67-76. Iñaki GOIOGANA: «Telesforo Monzón Ortiz de Urruela. Normalidad en tiempos de guerra», en AA.VV., *El primer Gobierno Vasco en Bilbao. En pie sobre la tierra vasca*, Bilbao, Fundación Bilbao 700, 2016.

²⁹ Julián ZUGAZAGOITIA.: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2001 (reed. 4ª), p. 295.

³⁰ José Luis DE LA GRANJA: *República y Guerra Civil en Euskadi...*, pp. 268-308. Fernando DE MEER: op. cit., pp. 263-280. Carmelo LANDA MONTENEGRO: «Bilbao, 4 de enero de 1937: memoria de una matanza en la Euskadi autónoma durante la Guerra Civil española», *Bidebarrieta. Anuario de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao*, 18 (2007), pp. 7-115.

La constitución del Gobierno Vasco no sólo cambió la actitud política del PNV ante la guerra. También modificó su relato y su percepción del conflicto. Sobre esa realidad política e institucional que era el Gobierno Vasco, el nacionalismo elaboró un nuevo discurso y desarrolló una cultura de guerra singular, capaz de movilizar a sus seguidores para luchar por su patria. El nuevo relato de la Guerra Civil sostenía que se trataba de un conflicto bélico impuesto al País Vasco desde el exterior, una guerra no deseada por el pueblo vasco, al que no quedó otro remedio que defenderse de la agresión externa. Obligados a luchar por la libertad de Euskadi, los *gudaris* hacían una guerra defensiva y con criterios humanitarios, de acuerdo a su propia idiosincrasia. Se presentaba la guerra en el País Vasco al margen de la Guerra Civil española en su conjunto, como si fuera un conflicto aislado, en el que los vascos luchaban por Euskadi, por su libertad y por su autogobierno. Este relato encontraba fácil acomodo en la visión nacionalista de la historia vasca, interpretada como una secular agresión de España contra Euskadi. La Guerra Civil sería así un episodio más de la larga resistencia vasca frente al afán dominador de España. Este relato era uno de los elementos de una cultura de guerra específica elaborada por el nacionalismo vasco, que se expresaba en los batallones nacionalistas mediante la exhibición de sus propios símbolos (la *ikurriña*, en lugar de la bandera republicana); sus rituales diferentes (las misas de campaña celebradas por sus propios capellanes *abertzales*); sus himnos particulares (el *Eusko Gudariak*); una autopercepción singular, representada en la figura del *gudari*, una imagen del enemigo como invasor español, etc. Muchas de estas imágenes, valores e ideas no eran absolutamente nuevas. Entroncaban con la tradición del nacionalismo aranista que ensalzaba el sacrificio por la patria en el marco de una visión agónica de la identidad vasca, lo que contribuye a explicar su influencia y arraigo. El resultado final de toda esa cultura de guerra específica fue que el *gudari* creía luchar por la libertad de Euskadi. Percibía la guerra como una defensa del territorio e identidad vascos, y no como un combate por la República española.³¹ Poco importa que en realidad la guerra fuera un conflicto civil también en el País Vasco, ya que sociedad vasca estaba, al igual que la española, escindida en dos bloques antagónicos que se enfrentaban violentamente. Lo que ahora nos interesa subrayar es que, tras las dudas iniciales del verano del 36, esa percepción de la Guerra Civil como lucha por Euskadi arraigó en el imaginario del nacionalismo vasco.

Telesforo Monzón adaptó ese relato nacionalista de la guerra a su particular carácter vehemente, místico y poético. Superadas las dudas de los primeros meses de la guerra, se refería ahora a la lucha de los *gudaris* vascos como una auténtica “epopeya” que anunciaba la libertad de la patria vasca. Desde su cosmovisión profundamente religiosa, trasladaba conceptos católicos como el martirio al credo nacionalista en el marco de la guerra. De la misma manera que el dolor y el sacrificio santificaban al cristiano, la patria también se purificaba por el sufrimiento y la entrega de su juventud. De la misma forma que Jesucristo derramó su sangre por la salvación de su pueblo, la sangre de *gudaris* vascos consagrará una patria vasca libre. La muerte adquiriría sentido y se convertía en algo glorioso al ofrecerse en sacrificio por la salvación, en este caso de la patria vasca. Eran imágenes y conceptos religiosos (consagración,

³¹ Sobre el relato nacionalista de la guerra José Luis DE LA GRANJA: *República y Guerra Civil en Euskadi...*, pp. 232-254, y sobre esta cultura de guerra específica Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: op. cit.

purificación, sacrificio...) que se transformaban en símbolos de lucha patriótica.³² tal como muestra esta proclama de Monzón de 1937:

Os saludo en nombre del Gobierno Vasco, de los gudarís vascos y de todo el pueblo vasco, brindándoos con alegría nuestro sacrificio y nuestra epopeya, como signo, como heraldo de una victoria próxima, cuyo fruto será una Patria libre, consagrada por la sangre de nuestra juventud, fortalecida por la unión de todos sus hijos, purificada por el dolor y por el sacrificio, y admirada por el mundo que hoy contempla con asombro el espectáculo escalofriante de la resistencia heroica, rabiosa, febril de vuestro pueblo vasco a perder su libertad...³³

Este discurso de guerra tan ardorosamente defendido por Telesforo Monzón dejaba poco margen para la transacción con los franquistas. Sin embargo, una tendencia en el seno del PNV, impulsada por el diputado Julio Jáuregui, proponía negociar algún tipo de acuerdo con los militares rebeldes.³⁴ Otro sector, encabezado al parecer por Aguirre y Monzón, era partidario de luchar hasta el final, entendiendo por momento final la caída del territorio vasco. Como hemos visto, la visión de la guerra que había elaborado Monzón entendía la lucha por Euskadi como un sacrificio que contribuía a forjar la nación vasca. Por eso, rechazaba cualquier negociación mientras los *gudarís* pudieran continuar luchando en territorio vasco: «Mientras quede un solo vasco en pie, no nos rendiremos, ni podemos rendirnos», proclamó.³⁵

Telesforo Monzón y la mitificación de la experiencia de guerra

A pesar de la resistencia del ejército vasco, desde marzo de 1937 las tropas franquistas avanzaron en el Frente Norte y en junio consiguieron dominar todo el territorio vasco. El Gobierno de Euskadi decidió abandonar Bilbao, manteniendo el orden y la vida de los presos políticos hasta la entrada en la villa de los sublevados, y no destruir la potente infraestructura industrial vizcaína, que quedó en manos del ejército franquista. Los batallones vascos se retiraron hacia Cantabria. Mientras tanto, los dirigentes del PNV negociaron con los italianos el Pacto de Santoña, un intento de rendición de las milicias nacionalistas vascas ante el ejército italiano en condiciones ventajosas. Según el acuerdo, los soldados vascos se entregarían a cambio de quedar bajo custodia de las autoridades militares italianas, y no de las franquistas, y se permitiría marchar al exilio a los responsables políticos y militares. Los nacionalistas negociaron el acuerdo al margen del Gobierno republicano, ante el que la rendición debía presentarse como una derrota militar. En cumplimiento de lo pactado, el 26 de agosto de 1937 los batallones nacionalistas, junto a algunos izquierdistas, se entregaron a los italianos. Pero el Pacto de Santoña fue un rotundo fracaso para los nacionalistas. La evacuación prevista de los dirigentes nacionalistas vascos no se llevó a cabo por orden de Franco. Además, aunque ini-

³² Anthony D. SMITH: "The Sacred Dimension of Nationalism", *Millennium. Journal of International Studies*, 29:3 (2000), pp. 791-814.

³³ AHE, Gobierno Vasco, Presidencia, 534-18.

³⁴ Fernando DE MEER: op. cit., pp. 236-240. C. M. OLAZABAL: op. cit., pp. 218-284.

³⁵ Citado en C. OLAZABAL (comp.): *Pactos y traiciones: los archivos secretos de la guerra en Euzkadi*, Bilbao, Fundación Popular de Estudios Vasco, 2009, vol. I, p. 260.

cialmente los rendidos quedaron bajo custodia italiana, poco después fueron entregados al ejército franquista.

El Pacto de Santoña era consecuencia lógica de la concepción de la guerra de los nacionalistas vascos. Si, como proclamaban, luchaban por la libertad de Euskadi, caído su territorio vasco y perdido el autogobierno vasco, nada tenían que defender. No tenían ya motivos para continuar la lucha, según su relato del conflicto. En este tiempo Monzón continuó desarrollando su labor como consejero del Gobierno Vasco, ahora en el exilio. Tras el fracaso del Pacto de Santoña se desplazó a Ginebra, en representación del Gobierno Vasco, para realizar gestiones ante la Sociedad de Naciones a favor de los presos vascos, entre los que se encontraban destacados dirigentes del PNV, por cuya vida se temía. Su misión fue ignorada por la delegación española, encabezada por Negrín.³⁶ En el exilio francés Monzón se encargó de los vascos internados en penosas condiciones en campos de refugiados, junto a miles y miles de exiliados procedentes de otras partes España que huían de la guerra. Con el objeto de afirmar y preservar la singularidad vasca, gestionó el agrupamiento de los refugiados vascos en zonas o campos diferenciados.³⁷

Aunque los combates en territorio vasco acabaron en junio de 1937 y la contienda concluyó definitivamente en abril de 1939, la experiencia de guerra fue para Telesforo Monzón, y para el nacionalismo vasco en general, un fenómeno de larga duración que no se agotó con el fin del conflicto bélico. La cultura y el relato de guerra elaborados durante 1936 y 1937 continuaron influyendo en Monzón durante toda su vida e impregnaron el imaginario del nacionalismo vasco del futuro. Como hemos visto, durante el franquismo el nacionalismo vasco elaboró una memoria heroica de la guerra,³⁸ que fue transferida a generaciones posteriores, al tiempo que fue adaptándose a nuevas realidades y reformulándose según diversos intereses políticos durante el tardofranquismo y la Transición. En ese proceso de elaboración, reelaboración y transferencia de la memoria de guerra a las nuevas generaciones Telesforo Monzón desempeñó un papel de destacado protagonismo. En los años cuarenta participó en la construcción de una memoria que mitificaba la experiencia de guerra. Dejando en un segundo plano el dolor y el sufrimiento causados por el conflicto, Monzón recordaba la guerra como algo glorioso. En lugar del horror de la guerra, evocaba el generoso sacrificio por la patria y la epopeya bélica.³⁹ Como veremos, mantuvo siempre esa percepción idealizada del conflicto al que llegó a calificar, ya en la Transición, de «sublime locura colectiva».⁴⁰ Para Monzón, la Guerra Civil no fue sólo algo memorable y heroico. También fue un acontecimiento útil, que tuvo sentido. Recién acabado el conflicto, escribió una carta al Lehendakari Aguirre en la que detallaba las utilidades de la guerra:

³⁶ AHE, Gobierno Vasco, Presidencia, 34-4.

³⁷ Juan Carlos JIMÉNEZ DE ABERASTURI: *De la derrota a la esperanza: políticas vascas durante la Segunda Guerra Mundial (1937-1947)*, Oñati, IVAP, 1999, pp. 178-193. Josu CHUECA: *Gurs. El campo vasco*, Tafalla, Txalaparta, 2007, p. 33.

³⁸ Ludger MEES: op. cit. Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: op. cit., pp. 145 y ss.

³⁹ Ese fenómeno de mitificación de la experiencia de guerra fue general en la Europa de entreguerras y ha sido estudiado por George L. MOSSE: *Fallen soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Londres, Oxford, U.P., 1990. También se manifestó en la prensa *abertzale* del exilio, como muestra Gaizkan FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: op. cit., pp. 152-163.

⁴⁰ Telesforo MONZÓN: "Respuesta de un demente a un cuerdo", *Egin*, 13-7-1980.

Se equivoca el que pueda creer que haya sido estéril nuestro sacrificio: hemos fortalecido la conciencia nacional; despertado en los reacios el orgullo de ser vascos; extendido por el mundo el nombre de nuestro pueblo y la fama de su conducta; demostrado ante propios y extraños que nuestro vasquismo no era una palabra hueca más, sino la resolución de nuestra vida. (...) Lo que ahora mismo está ocurriendo en nuestro País, es de una grandeza incomparable.⁴¹

Como vemos, Monzón era consciente de que la guerra era un agente que contribuía a forjar la nación. Sabía que la guerra delimitaba fronteras entre grupos enfrentados –de ahí la importancia de presentar la Guerra Civil como una guerra defensiva de los vascos frente a una imaginada agresión extranjera- y que robustecía la cohesión del grupo nacional, en este caso despertando «el orgullo de ser vascos» y fortaleciendo «la conciencia nacional». Esto le llevó a reflexionar sobre la función nacionalizadora de la guerra, estableciendo una comparación entre la debilidad del *abertzalismo* en el territorio vasco-francés y su arraigo en la Euskadi peninsular. En su opinión, la razón de esa diferencia había que buscarla en la guerra. Las guerras de los vascofranceses no habían sido por Euskadi, sino por Francia, lo que había “afrancesado” a las gentes de *Iparralde*, a través del culto a sus héroes y a sus muertos, especialmente de la Gran Guerra.⁴² No es de extrañar, pues, que Monzón se propusiera cultivar la memoria de la Guerra Civil, entendida como guerra por Euskadi, y rendir culto a los *gudaris* caídos por la patria vasca, según su relato del conflicto. Para ello utilizó la literatura. En los años cuarenta escribió dos libros de poemas, movido por la experiencia la guerra, según confesó. El primero de ellos, titulado *Urrundik (Desde lejos)*, vio la luz en 1944 en el exilio mejicano. En él quiso reflejar sus recuerdos de tiempo de paz y de guerra. Sus poemas representaban un País Vasco tradicional, rural e idílico, donde reinaba la paz. Una paz que fue quebrada por la agresión exterior. Su segundo poemario fue *Gudarien eginak (Las gestas de los gudaris)*, publicado en Biarritz (Francia) en 1947, poco después de regresar a Europa para asentarse en la localidad vasco-francesa de San Juan de Luz. Con esta obra trataba de crear ritos populares para el cultivo de la memoria de guerra y especialmente para rendir culto al *gudari* caído. Por eso los poemas iban acompañados de una melodía y de unos estribillos que debían ser cantados por “el pueblo”.

Tanto *Urrundik* como *Gudarien eginak* muestran una visión profundamente religiosa de la guerra y una sacralización de la experiencia bélica, coherente con la concepción religiosa del nacionalismo vasco de Monzón. Y es que Telesforo, al igual que Sabino Arana, fue católico antes que nacionalista o, mejor dicho, vivió el nacionalismo como una consecuencia de su fe religiosa. Concibió el patriotismo vasco como un camino hacia la salvación religiosa y sintió su militancia política como una suerte de labor pastoral. Partía de la idea de que las naciones eran creación divina. También «el pueblo vasco» era obra de Dios, que le había dotado de una identidad virtuosa singular. Es lo que Monzón llamaba el *ser*, el *alma* o el *espíritu* vascos. Esa identidad vasca, aunque se había ido degradando con la modernidad, se conservaba en toda su pureza en el mundo rural. La principal misión del nacionalismo vasco era preservar

⁴¹ AHE, Gobierno Vasco, Presidencia, 42-1, carta de T. Monzón a J. A. Aguirre, fechada en Bayona, 11-11-1939.

⁴² Telesforo MONZÓN: “Kontzientziaren eboluzinoa”, *Jakin*, 1969 (reproducido en *Telesforo Monzón, hitzeko gizona: Aturritik Ebrora*, Bilbao, Anai Artea, 1993, pp. 135-144)

ese *espíritu* vasco auténtico, creado por Dios, paradigma de virtudes.⁴³ Esa concepción del nacionalismo impregnó de sacralidad la memoria de guerra que elaboró Monzón en los años cuarenta. Su relato del conflicto reforzó el significado religioso que la nación ya tenía previamente para él. La Guerra se convertía en una lucha en defensa de la identidad de un pueblo creado por Dios, se transformaba en un combate a favor de la auténtica ley cristiana.⁴⁴ La experiencia bélica se convirtió así en experiencia sagrada. La guerra aportó santos y mártires, que se sacrificaban por la resurrección de la patria vasca. El *gudari* caído era la encarnación del mártir vasco. Los poemas de Monzón transformaban la muerte del *gudari* en alegre sacrificio martirial por el *espíritu vasco*.

Los gudaris que murieron en la cumbre de nuestros montes, supieron vivir como ángeles y morir como valientes. En sus manos confió la Patria su esperanza y libertad. Ellos amaban la paz, el trabajo y la danza, pero fueron a la guerra para que la familia que allí dejaste, el caserío que te vio nacer y el apellido que llevas con orgullo, no vieran la muerte del alma de los vascos. Supieron morir cantando, llenando el blanco de sus almas y el verde de las praderas, con el rojo de su sangre generosa.⁴⁵

Las figuras literarias y conceptos que sacralizaban la experiencia de guerra y la vinculaban con la religión abundan en los poemas de Monzón de los años cuarenta. En absoluta fusión de nacionalismo y religión, Monzón presentaba al *gudari* como un ser angelical, hijo de *Andra Mari* (la Virgen María), cuyas hazañas eran ofrendadas a la Virgen o a Dios, y cuyo fruto sería la libertad de Euskadi y la unidad del pueblo vasco. La muerte del *gudari*, como la de los santos y mártires cristianos, debía ser celebrada y recordada con oraciones por la comunidad.⁴⁶ Monzón no sólo dotaba de un carácter sagrado a la guerra por la patria, también la relacionaba con la divinidad. Expresó esa idea en un poema en que recordaba la muerte de un sacerdote celebrando misa como consecuencia de un bombardeo italiano sobre Durango el 31

⁴³ Fernando MARTÍNEZ RUEDA: "Religión y nacionalismo vasco en el siglo XX. Sobre el nacionalismo y el mito del pueblo elegido, véase Anthony D. SMITH: *Chosen peoples*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

⁴⁴ Telesforo MONZÓN: "Eguberrietako itzaldia", en *Gudarien Eginak*, reproducido en Koldo IZAGURRE (ed.), *Telesforo Monzón: hitzak eta idazkiak*. Vol. 4, [s.l.], Jaizkibel, 1986, pp. 110-111. En ese volumen se reproduce casi toda la obra poética de Monzón y de ahí tomamos los fragmentos de sus poemas que citamos en el texto.

⁴⁵ El texto pertenece al prólogo de *Urrundik* (Méjico, 1944). Original en euskera. La traducción, publicada con el poemario, es libre y fue realizada por el amigo y correligionario de Monzón Germán Iñurrategui. Tomamos el texto de Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 4, p. 23.

⁴⁶ En el poema "Eskeintza" ("Ofrenda") de *Urrundik*, dedicado a la Virgen de Aranzazu, Monzón escribe: «Zure seme da, Andra Mari, anaia detan gudari!» («Mi hermano gudari es tu hijo, Virgen María»; original en euskera, traducción del autor. En *Ibidem*, p. 26). En "Adiskide bi" ("Dos amigos") de *Urrundik* presenta la muerte del *gudari* como sacrificio a favor de la libertad de Euskadi, por la que se ruega a Dios: «¡Al pie del monte, una pequeña tumba unirá para siempre al gudari con su tierra vasca! ¡Ven pastor, y con tu albugue, pon música a estos esposales! Y pide conmigo a Dios, que de esta unión, nazca un fruto que se llame... ¡LIBERTAD!» (original en euskera, traducción de G. Iñurrategui; en *Ibidem*, p. 84). Sobre el culto al *gudari* caído, Monzón escribe en "Eguberrietako itzaldia" ("Discurso de Navidad") de *Gudarien eginak*: «Illik yausiko ba'intzake Lurrari opaz odola, iretzat izango ituke Euzkadi'ko otoi ta lora...!» («Si cayeses muerto, entregando tu sangre a la tierra, para ti será la oración y la alabanza de Euzkadi»; original en euskera, traducción del autor; en *Ibidem*, p. 111).

de marzo de 1937. Con la muerte del sacerdote en el momento mismo de la consagración se unían, en la poesía de Monzón, la sangre del pueblo vasco y la sangre divina:

| | |
|---|--|
| <p>Apaiz zartxo bat da mezlari. Yauna eskuan dula ilda jausi! Ta Yainkoaren Odol Bera ixuri zitzaigun lurrera. . . Onelaxe dala bat egin Aren Odol Erriarenarekin.⁴⁷</p> | <p>Un sacerdote anciano celebra la misa. ¡Cae muerto teniendo a Dios en la mano! Y la misma Sangre del Señor se nos derramó por la tierra Se unen así Su Sangre y la del Pueblo.</p> |
|---|--|

Con ese tono de fervor religioso-patriótico Monzón construyó una memoria mitificada del conflicto que se inspiraba en el relato construido por el nacionalismo durante la guerra. En primer lugar, repetía la idea de que era un conflicto ajeno a Euskadi, impuesto desde el exterior, mediante una agresión externa que rompió la paz característica del pueblo vasco: «¡Euskalerria, pueblo de los vascos!... ¿quién mató tu paz? ¿A quién hacías tu daño, mi Euskalerria?»⁴⁸ El propio Monzón se respondía a sí mismo presentando al enemigo que rompió la paz vasca como «arrotzak» («los extranjeros»), entre los que se encontraban «moros, alemanes y romanos», además de los franquistas españoles. Esa agresión extranjera pretendía destruir la identidad del pueblo vasco, acabar con su lengua, con sus costumbres y con su libertad.⁴⁹

En el relato de Monzón el ataque contra el pueblo vasco fue resistido por el *gudari*, compendio de virtudes, que sacrificó su vida para defender la casa del padre y el alma vasca. En sus poemas rendía culto de manera exagerada a la figura del soldado vasco, al que confería unas cualidades morales y físicas absolutamente excepcionales. Lo describía como una figura angelical y pacífica, sin odio al enemigo, físicamente superior y de una valentía insuperable. El *gudari* encarnaba las virtudes del *pueblo* vasco, al que ahora Monzón llamará también «*el Pueblo de los Gudaris*», convertidos así en símbolo de identidad vasca. Monzón difundió el *mito del gudari pacífico*, que hacía la guerra de forma pacífica y generosa, al tiempo que valiente y audaz.⁵⁰ Probablemente Monzón basaba ese mito en el respeto a la vida de presos y en la no destrucción tras la derrota que caracterizó la actuación de los batallones vascos. No se trataba de un simple recurso literario, ya que Monzón creía en el mito del *gudari angelical*, como muestra el siguiente fragmento de una carta que le escribió al Lehendakari Aguirre en 1944:

Lo que verdaderamente ha caracterizado nuestra guerra es la casi no humana generosidad de nuestros gudaris, que peleaban con estas dos grandes preocupaciones: defender la tierra y defender al enemigo. Aquello fue una guerra de ángeles. (...) La gesta de Archanda, por ejemplo, no parece de esta tierra y si algo nos ha dado ante Dios, ante nosotros mismos y ante el Mundo, personalidad, ha sido esa locura de generosidad sin límites, practicada no por un grupo, sino por un pueblo.⁵¹

⁴⁷ Ibídem, p 114. Traducción del autor.

⁴⁸ “Bakean”, en *Urrundik* (original en euskera; traducción de G. Iñurrategui; Ibídem, pp. 23 y 28).

⁴⁹ “Geuri lurak ematen indarra...!”, y “Gudara” en *Gudarien esinak*; “Adiskide bi” en *Urrundik* los tres poemas tomados de Ibídem, pp. 113, 85 y 99).

⁵⁰ Ibídem, pp. 23 y 98. Esa visión idealizada del gudari también es frecuente en la prensa nacionalista de la época, tal como ha observado Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: op. cit., pp. 152-163.

⁵¹ A.N., EBB, 117-2, Carta de T. Monzón a J.A. Aguirre, fechada en México el 6 de junio de 1944.

Siguiendo el relato nacionalista, Monzón presentaba el conflicto como un episodio más de la lucha secular en defensa de la libertad vasca. De la misma forma que los antepasados habían dejado la azada para defender el espíritu vasco de los invasores, los *gudaris* también subieron al monte para defender Euskadi, al grito de «Antes morir que perder la libertad». El *gudari* era continuador de la lucha por la libertad vasca del pasado y también modelo a emular en el futuro, puesto que la resistencia continuaría mientras la libertad vasca estuviera en peligro: «¡Convéncete invasor! No tendrás paz mientras nuestro pueblo no vuelva a su Vieja Ley».⁵² La exaltación de la muerte por la patria, simbolizada en el *gudari* caído, se repetía una y otra vez en los poemas de Monzón. Al glorificar el sacrificio supremo por Euskadi proponía un modelo ideal de conducta que en el futuro arraigaría en el imaginario del nacionalismo vasco:

| | |
|--|------------------------------------|
| Dantza ta Guda mendi goietan... | [Guerra y danza en los montes... |
| Aupa mutillak! Aurrera! | ¡Aúpa, muchachos! ¡Adelante! |
| Bakea baitegu biotzetan, | Llevamos la paz en el corazón |
| ez degu iltzeko beldurra! | ¡Por eso no tememos a la muerte! |
| Euskalerrri ⁷ ko mutil gazteak, | Jóvenes muchachos de Euskalerrria, |
| Aingeru, naiz ta Gudari- | Ángeles, aunque Gudaris, |
| Gorroto gabe yausiak dira | cayeron sin odio |
| Mendigoietan kantari! ⁵³ | cantando en las cumbres] |

Sin embargo, ese relato maniqueo de la guerra no podía ocultar, tampoco a los ojos de Monzón, la fractura que el conflicto bélico había provocado en el seno de la sociedad vasca. Telesforo simplificó esa ruptura al identificar a los navarros con los sublevados y al resto del *pueblo vasco* con la defensa de Euskadi. Veía a los requetés navarros como *hermanos*, muchos de los cuales hablaban euskera y procedían de ese mundo rural que Monzón identificaba con la esencia vasca. Formaban parte de lo que Telesforo entendía que era el *pueblo vasco*, concebido como una comunidad orgánica y homogénea, cuyo estado natural era la armonía y unidad. Nada más grave para él que la ruptura de la unidad del *pueblo*, una de sus principales obsesiones. Según Monzón, esa cohesión se había roto, no por culpa del *pueblo*, sino del enemigo externo. En uno de sus poemas se preguntaba «¿Cómo los navarros contra nosotros?», y sugería que un *aizkolari* había tratado de separar la rama navarra del tronco vasco.⁵⁴ Acabada la guerra, el objetivo principal debía ser, pues, recuperar la unidad del pueblo. Por eso a mediados de los años cuarenta, convencido de que el franquismo estaba a punto de caer, pro-

⁵² «Azkatasun nahia», en *Urrundik* (cit. en Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 4, p. 31). Original en euskera, traducción de G. Iñurrategi.

⁵³ Esos versos constituyen una estrofa con la que acaban numerosos poemas de *Gudarien eginak*, que debía ser cantada por «el pueblo». Original en euskera, traducción del autor. La distancia entre el mito y la realidad puede apreciarse en la respuesta que el antiguo gudari y reputado intelectual Koldo Mitxelena («De prosa y versos», *Muga*, nº 2, 1979, p. 9) dio a esos versos en 1979: «Lo malo es que no me reconozco en el retrato, ni reconozco en él a mis compañeros. (...) La alusión a la danza en el frente sólo podría entenderse como una burla macabra, y al caer no se canta. (...) No solamente he tenido miedo a morir (...), sino que sudaba pesadillas con sólo pensar que alguna de la innumerables partes útiles y sensibles que componen nuestro cuerpo pudiera sufrir daño o perjuicio».

⁵⁴ Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 4, p. 101.

ponía una «política de brazos abiertos y del perdón» entre vascos, una política de paz «nacional» vasca que primara la generosidad sobre la justicia:

Hay que crear, debemos crear una mística del perdón, porque de otro modo no se habría coronado la obra de nuestro pueblo. (...) No veo además modo práctico de poder llevar a cabo esa política que algunos llaman de justicia y que había de hacer correr sangre y llenar las cárceles; política triste que yo no quiero para mi pueblo en el día de su renacimiento. ¿Sobre quién se va a hacer 'JUSTICIA'? Si la maldad pudiera concretarse en un grupito de seis o de doce, pero si solo en Nabarra los asesinos, los cómplices, los delatores se cuentan por millares, ¿cómo vamos a realizar más justicia que esa otra del Cristiano, que es la del perdón? Esta política del perdón, será capaz de levantar al País entero en una exaltación de misticismo, de generosidad y de alegría que coronará su obra.

Las expectativas de derrocamiento del franquismo no se cumplieron. Fracasó la estrategia del Lehendakari Aguirre de colaborar con los aliados, convencido de que acabarían con el franquismo tras su victoria en la Segunda Guerra Mundial. El inicio de la Guerra Fría y la aceptación por parte de Estados Unidos del régimen de Franco, que le aseguraba orden y anticomunismo a ultranza, frustraron las esperanzas. No hubo, pues, posibilidad alguna de aplicar la política de perdón «nacional» y unidad entre vascos propuesta por Monzón.

De la mitificación de la guerra a la brutalización de la política

En los años cincuenta Telesforo Monzón se distanció de la dirección nacionalista. Discrepaba de la política de unidad y colaboración con todas las fuerzas antifranquistas del exilio republicano, cuya expresión institucional era el Gobierno Vasco en el exilio, compuesto por nacionalistas, socialistas y republicanos. Abogaba por lo que llamaba una política “netamente vasca”, es decir, un acuerdo entre vascos, incluidas las fuerzas derechistas, en vez de una alianza con grupos políticos republicanos de ámbito estatal. Su visión dicotómica de la realidad – España *versus* Euskadi- le hacía oponerse a la política de colaboración con fuerzas republicanas españolas y le llevaba a favorecer una aproximación a fuerzas derechistas vascas. También rechazaba la política de lealtad hacia las instituciones republicanas liderada por el *Lehendakari* Aguirre. Consideraba que la alternativa republicana era absolutamente inútil para derrocar a Franco y estaba convencido de que la solución monárquica era la más eficaz para acabar con el franquismo. Su visión de la política española era puramente instrumental. Los vascos se deberían decantar por la República o por la Monarquía teniendo en cuenta sus propios intereses únicamente. Y en ese momento histórico, en opinión de Monzón, les interesaba más la alternativa monárquica, por ser ésta la única con posibilidades de sustituir a Franco. El escaso eco de sus planteamientos en el PNV y en el Gobierno Vasco llevó a Monzón a presentar su dimisión como consejero en septiembre de 1953. Dijo que la principal razón de su renuncia había sido su desacuerdo con la línea política del Gobierno Vasco de vincular la cuestión vasca a la alternativa republicana española.

Desde los años sesenta Monzón se fue alejando cada vez más de la dirección del PNV y del Gobierno Vasco. Reprochaba al Partido Nacionalista su pasividad, su falta de liderazgo, su incapacidad para atraer a las nuevas generaciones y su funcionamiento antidemocrático. Para superar estos males proponía una profunda renovación, un proceso de apertura y de

regeneración del partido. Pero el principal desacuerdo entre Monzón y los dirigentes *jeltzales* era su diferente actitud ante ETA. Para Monzón, obsesionado con la unidad del pueblo vasco, era imprescindible la acción concertada de todos los *abertzales* y proponía la constitución de un Frente Nacional Vasco compuesto por ETA y el PNV. Veía el mundo de ETA como uno de los elementos constitutivos de la misma familia vasca, que tomaba el relevo de las viejas generaciones. Había que dialogar y colaborar con ETA, que identificaba con la juventud vasca, evitando rupturas. Como sus planteamientos no fueron asumidos por la dirección *jeltzale*, el propio Monzón, al margen del PNV, puso en práctica ese acercamiento y colaboración con ETA. Su principal iniciativa en ese sentido fue la creación en 1969 de *Anai-Artea*, asociación de ayuda a los refugiados *etarras* en el país vasco-francés. Recuperó cierta notoriedad pública cuando medió para conseguir la liberación del Cónsul alemán Beihl, secuestrado por ETA, con motivo del juicio de Burgos. Y participó en actos de protesta, manifestaciones, huelgas de hambre o reuniones con los refugiados vascos del entorno *etarra* en los primeros años setenta. Desde esa época radicalizó sus mensajes y actuó políticamente a favor de ETA, aunque mantuvo su militancia en el PNV hasta su expulsión en 1977.⁵⁵

Telesforo Monzón también reelaboró su relato del pasado y memoria de guerra para adaptarlos a sus nuevos planteamientos políticos. La memoria colectiva debe ser entendida como un proceso social que construye y reconstruye el pasado bajo la influencia de un contexto cambiante. Es decir, se recuerda condicionado por el grupo y por el entorno, reinterpretando el pasado al servicio de determinadas concepciones e intereses del momento. Como ha expresado con claridad Enzo Traverso, «la memoria se conjuga siempre en presente», y en plural, añadiríamos nosotros.⁵⁶ El proceso de adaptación de la memoria de guerra realizado por Monzón desde los años sesenta está relacionado con esos cambios en el *nosotros que recuerda*—su aproximación al grupo de refugiados de ETA— y en el contexto político —la escisión del nacionalismo. En esa nueva situación Telesforo Monzón adaptó la memoria de guerra y la puso al servicio de ETA y de su estrategia violenta. Esa reelaboración del pasado no sólo estaba influenciada por un determinado contexto, sino que, en una relación recíproca, también actuaba sobre él, en este caso aportando una supuesta legitimidad histórica a la violencia de ETA.

Desde sus primeros tiempos ETA buscó esa legitimidad histórica estableciendo una línea de continuidad entre su activismo y la Guerra Civil. Los documentos de ETA repetían esa idea al describir a los *etarras* como «los nuevos gudarís» que recogían «la antorcha» y continuaban el camino iniciado por los viejos gudarís del 36.⁵⁷ Los jóvenes nacionalistas habían recibido mediante diversos canales (el medio familiar, la literatura o la prensa nacionalistas, el espacio parroquial, etc.) esa memoria heroica de la guerra que Monzón había contribuido a

⁵⁵ Fernando MARTÍNEZ RUEDA: “Telesforo Monzón, del nacionalismo aranista a Herri Batasuna”, pp. 267-297.

⁵⁶ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Memoria e Historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales*, Madrid, Libros de la Catarata, 2013. Enzo TRAVERSO: *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, Memoria, Política*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 8. Paolo JEDLOWSKI: “La sociología y la memoria colectiva”, en A. ROSA, G. BELLELLI y D. BAKHURST (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 123-131.

⁵⁷ Jesús CASQUETE: *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid, Tecnos, 2009, pp. 146-147. Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: op. cit., pp. 39, 160 y ss.

construir. Sin embargo, en los años cincuenta el mito del gudari contrastaba con la pasividad de la oposición nacionalista, sumida en la inactividad y en el desánimo. Como dijo Mario Onaindía: «Por una parte se nos transmitía en el círculo familiar una leyenda heroica de la guerra y, por supuesto, nos contaban todo tipo de horrores del franquismo. Pero, al mismo tiempo, [...] [los miembros de la generación anterior, la generación de los gudaris] no movían un dedo contra la dictadura. Nos fuimos de casa para continuar su guerra».⁵⁸ En el imaginario del nacionalismo radical arraigó, pues, la idea de continuidad entre el militante *etarra* y el *gudari* del 36, ambos en lucha por Euskadi.

Al servicio de esa representación Monzón puso toda su influencia y todo su prestigio como nacionalista histórico y como veterano de la Guerra Civil, aunque no combatiente. El propio Monzón se veía a sí mismo como puente entre el pasado y el presente, como nexo entre las viejas generaciones nacionalistas del PNV y los jóvenes *abertzales* del entorno *etarra*. Por eso, según dijo, aspiraba a acercar a la juventud el recuerdo del pasado.⁵⁹ Se convirtió así en uno de los principales productores y difusores de la memoria de guerra en los años sesenta y sobre todo en los setenta. Como hemos visto, su cultivo y mitificación de la experiencia bélica no era ninguna novedad. Sí lo era, en cambio, la nueva audiencia y la enorme difusión que sus mensajes iban a alcanzar en los últimos años del franquismo y en la Transición.

El eje central del discurso de Monzón en esta época era la idea de la continuidad de la Guerra Civil. Frente a la política de perdón y reconciliación nacional vasca que había defendido en los años cuarenta, ahora proclamaba rotundamente que la guerra no había terminado. Una y otra vez repitió esta idea en torno a la cual articuló el resto de sus mensajes. Los vascos no habían firmado armisticio alguno. Por tanto, los *etarras* no hacían sino continuar el inacabado combate de los *gudaris* en defensa de Euskadi «contra la invasión armada hispanofascista».⁶⁰ La idea de continuidad de la guerra exigía establecer una similitud entre el pasado y el presente, entre la situación de la Guerra Civil y la de los años setenta, algo que sólo era posible mediante la manipulación del pasado. Como el propio Telesforo reconoció, él no aspiraba a narrar «historia auténtica», sino a componer «poesía histórica» con el fin de extender la «conciencia nacional».⁶¹ Se trataba de utilizar el pasado para forjar nación.

El resultado fue la elaboración de un relato que sostenía que la violencia de ETA era la continuación del largo combate del pueblo vasco a favor de su soberanía. Si en los años cuarenta Monzón representaba la Guerra Civil como una poco definida defensa de la identidad del pueblo vasco frente a una agresión extranjera, ahora la convertía en una guerra a favor de la independencia nacional vasca.⁶² El Gobierno autónomo, reducido al territorio vizcaíno, se transformaba ahora en el «primer Gobierno nacional de Euskal Herria». Monzón lo describía

⁵⁸ Cit. en Juan ARAZANZADI, Jon JUARISTI y Patxo UNZUETA: *Auto de Terminación*, Madrid, El País Aguilar, 1994, p. 192.

⁵⁹ Telesforo MONZÓN: *Langosta baten inguruan*, Donostia, Elkar, 1995, p. 12.

⁶⁰ En 1973 declaró «seguimos estando en guerra. No se firmó armisticio alguno» (Iñaki ANASAGASTI: *Llámame Telesforo*, Tafalla, Txalaparta, p. 150). En vísperas de la muerte de Franco escribió: «La Guerra que la España franquista desencadenó contra Euzkadi en 1936 no ha terminado», (Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 129-131). Repitió hasta la saciedad el mismo mensaje en numerosas entrevistas durante la Transición.

⁶¹ Fondo Irujo, J 15 M-N, Carta de T. Monzón a M. Irujo, 1973.

⁶² Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 129-131. *Punto y Hora*, 14-21 junio de 1979. Anai Artea (ed.): *Telesforo Monzón, hitzeko gizona: Aturritik Ebrora*, [s.l.], Anai Artea, 1993, pp.120-134.

como un «Gobierno soberano [...] tenía sangre, alma, espíritu».⁶³ Mantenía la vieja idea de que la Guerra Civil era un episodio más de la larga lucha del pueblo vasco. Pero si en el relato de posguerra Euskadi había combatido por una genérica libertad vasca, ahora se trataba de una lucha por la soberanía vasca. Era un conflicto bélico que duraba más de un siglo y que Monzón bautizó como «la guerra de los 150 años», iniciada en 1839 cuando unos «terroristas» robaron a Euskadi su soberanía.⁶⁴ Era una guerra por la independencia, cuyo primer eslabón fue el carlista Zumalacaregui y el último era ETA:

...unos terroristas vinieron hace ciento cincuenta años a este país y se llevaron en el saco la soberanía. Y estos terroristas se van sucediendo hasta los actuales terroristas que siguen con la soberanía metida en el saco sin querer devolverla. Y viene la guerra. Una larga guerra que no se ha terminado y que yo llamo la guerra de los 150 años. [...] La época de Zumalacaregui y la primera guerra. La de Santa Cruz y la segunda. La de Aguirre y del Gobierno vasco, la de ETA y Txikia y Argala. [...] el componente del fondo es el mismo: Una guerra nacional de recuperación de lo que los terroristas nos robaron hace ciento cincuenta años y hasta que esta soberanía vuelva a nuestro pueblo no hay paz posible.⁶⁵

Partiendo de esa idea básica de continuidad y asumiendo el papel de *oráculo de la memoria*, Monzón estableció un constante paralelismo entre pasado y presente. Mediante multitud de símiles y metáforas representó una permanente identificación entre la heroica lucha pretérita y el universo etarra. Para alguien como Monzón que había cultivado desde la posguerra el mito del gudari, la primera simetría no podía ser otra que la imaginada entre el soldado vasco del 36 y el militante de ETA. Resumió esa idea en su famoso lema «atzto eta gaurko gudariak» («los gudarís de ayer y de hoy»), que explicó así: «Y entonces viene una generación nueva (...) Yo veía que eran iguales que los gudarís de mi tiempo, exactamente igual». Por eso equiparaba a Cándido Saseta, comandante de *Euzko Gudarostea* caído en 1937, con Eustaquio Mendizabal, dirigente etarra abatido por la policía en 1973, ambos muertos «entre espinas (...) por Euskadi».⁶⁶ Monzón representaba todo acontecimiento o personaje del entorno etarra como una prolongación del pasado, donde encontraba su equivalente. Los etarras encarcelados eran los hijos de los presos de la Guerra Civil y de la posguerra. La represión del tardofranquismo no era más que continuación de la violencia franquista durante la Guerra Civil. El juicio de Burgos tenía su antecedente en el bombardeo de Gernika. Los familiares de Txiki y Otaegi (miembros de ETA fusilados en septiembre de 1975) sufrían igual los de Aitzol y Lauaxeta (sacerdote y escritor nacionalistas fusilados en la guerra por los

⁶³ Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 129-131. Iñaki ANASAGASTI: op. cit., p. 50.

⁶⁴ Monzón hacía referencia a la ley de 25 de octubre de 1839 que confirmaba los fueros de los territorios vascos «sin perjuicio de la unidad constitucional». Sobre el significado de esa fecha en el universo simbólico del nacionalismo vasco, véase Coro RUBIO: «Celebración o duelo. Controversia emocional y simbólica en torno al 25 de octubre y el Día de Euskadi», en Geraldine GALEOTE, María LLOMBART y Maitane OSTOLAZA, *Emoción e identidad nacional: Cataluña y País Vasco en perspectiva comparada*, París, 2015, Éditions Hispaniques. Intitut d'Études Hispaniques, 2015, pp. 133-146. De la misma autora, la entrada «25 de octubre de 1839», en Santiago DE PABLO et alii (coords.): op. cit.

⁶⁵ *Punto y Hora*, 14-21 junio de 1979 (citado en Telesforo MONZÓN: *Herri baten oihua. Hitzak eta idatziak*, Pamplona, Mesa Nacional de Herri Batasuna, 1982, pp. 73-81).

⁶⁶ Telesforo MONZÓN: *Herri baten oihua...*, p. 117. Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 4, p. 344.

franquistas). Pasado y presente se identificaban en ese relato porque, según Monzón, la guerra continuaba.

Monzón creyó ver en el final del franquismo la oportunidad histórica para conseguir la soberanía de Euskadi mediante la violencia, la movilización popular y la acción concertada de todos los *abertzales*. En los primeros momentos de la Transición trató de constituir un frente *abertzale*. En abril de 1977 organizó la *cumbre de Txiberta*, unas conversaciones entre todas las fuerzas nacionalistas (entre las que destacaban el PNV y ETA) para establecer una estrategia común ante el proceso de Transición. Fracasadas esas negociaciones, Monzón tuvo que elegir entre el PNV, su partido de toda la vida en el que todavía seguía militando, y ETA. Se decantó por ETA, identificándola con los *gudaris* «...no sé en este momento qué camino hay que tomar, pero a pesar de todo, en el momento más grave, y sin la seguridad de acertar, digo que yo no me separo de los gudaris vascos, ni les dejo solos».⁶⁷ Se convirtió entonces en el líder más carismático del nacionalismo radical. Participó en la constitución de Herri Batasuna en 1978 y fue designado miembro de su Mesa Nacional. Volvió a emplear su vehemente oratoria para enardecer a las masas en actos multitudinarios organizados por la coalición radical. Encabezó con éxito candidaturas electorales de esa formación y desplegó en su seno una intensa actividad (encierros, manifestaciones, contactos internacionales, mítines, conferencias, etc.). Su discurso beligerante, basado en la idea de continuidad de la guerra, y su retórica combatiente contribuyeron al proceso de brutalización de la política que protagonizó el nacionalismo vasco radical tras el franquismo.

El concepto de brutalización de la política fue acuñado por George L. Mosse para aludir a la continuidad de actitudes propias del período bélico en la vida política de la Europa de entreguerras. Según Mosse, el origen de ese proceso se encontraba en la mitificación de la experiencia de la Gran Guerra, que había convertido el fenómeno bélico en algo glorioso.⁶⁸ La transmisión a las nuevas generaciones de la mística combatiente fue fundamental en ese proceso. También en Euskadi voces del nacionalismo vasco, entre las que, como hemos visto, destacó Monzón, difundieron una memoria idealizada de la guerra, que hizo del mito del *gudari* un modelo de conducta a emular en el futuro.⁶⁹ Durante el tardofranquismo y la Transición el nacionalismo vasco radical se consideró heredero del *gudari* y continuador de la guerra que, según el relato de Monzón, no había acabado. Ese mito tantas veces repetido de continuidad de la guerra contribuyó al proceso de brutalización de la política protagonizado por el *abertzalismo* radical desde la Transición. Si el conflicto bélico no había terminado, era lícito emplear estrategias, comportamientos y actitudes de guerra, aunque eso ocurriera justo en el momento en que se empezaban a crear las condiciones para hacer política, tras la muerte de Franco.

Las manifestaciones de esa brutalización, entendida como un fenómeno que impregna de belicismo la política en tiempos de paz, han sido diversas. Obviamente, destaca en primer lugar la utilización de la violencia como *prima ratio* de la política, con la consiguiente deshumanización del adversario e indiferencia por la vida humana, propias de la guerra. Monzón

⁶⁷ Anai Artea (ed.): *Las actas de Txiberta. Xibertako Aktak. Les actes de Chiberta (1977)*, [s.l.], Anai Artea, 2011, p. 54.

⁶⁸ George L. MOSSE: op. cit., pp. 205-229.

⁶⁹ Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: op. cit., pp. 160 y ss.

legitimó y defendió con vehemencia el empleo de la violencia por parte de ETA. Afirmaba que «la guerra» —es decir, la actividad armada de ETA— debía continuar hasta que se reconociera la soberanía y el derecho de autodeterminación de Euskadi: «La Guerra no terminará, ni puede terminar, ni debe terminar, ni es posible ya que termine, mientras no se reconozca a EUSKADI como NACIONALIDAD CON PLENA SOBERANÍA Y DERECHO A POSEER SU PROPIO ESTADO INDEPENDIENTE», escribió en junio de 1976.⁷⁰ Justificaba la violencia etarra empleando, una vez más, el paralelismo entre pasado y presente: «¿Qué argumentos se nos ofrecen hoy para pedir a nuestros jóvenes hermanos que dejen caer las armas que nosotros empuñamos hace 40 años?», se preguntaba en 1978.⁷¹ Esa justificación de la violencia iba acompañada de un ensalzamiento de ETA, a la que los vascos debían estar «agradecidos» por «haber devuelto la esperanza a su pueblo» y por dar continuidad al patriotismo.⁷² El principal recurso de Monzón para expresar su apoyo a la violencia de ETA era la glorificación de sus militantes. Como ya había hecho en los años cuarenta con los *guduzis* de la Guerra Civil, Monzón ensalzó exageradamente a los *etarras* a quienes definía como «juventud heroica, sincera y generosa hasta el límite». Los convirtió en modelo de conducta a imitar y se refirió a ellos como la «aristocracia de nuestro pueblo», dotada de una «inmensa categoría morab».⁷³ Su apasionada defensa de ETA le supuso ser encarcelado durante dos meses, en febrero y marzo de 1979, y ser procesado por apología del terrorismo, lo que consolidó su imagen de incansable luchador *abertzale* en el seno del nacionalismo radical.

Otra manifestación del proceso de brutalización de la política auspiciado por Monzón fue la integración de la muerte como un elemento más de la vida política. ETA mataba para conseguir el objetivo político de la soberanía y según Monzón debía continuar haciéndolo hasta alcanzarlo. Pero más allá de la función política del terrorismo como elemento de presión, Monzón entendía la violencia como un agente nacionalizador que en sí mismo tenía sentido: «Las causas no progresan sino con lágrimas, sangre, persecución», declaró en 1979.⁷⁴ La violencia de ETA tenía un significado simbólico, ya que representaba la lucha del pueblo vasco por la liberación de Euskadi. De la misma forma que en 1939 había valorado positivamente la utilidad de la Guerra Civil, a pesar de la derrota, porque había robustecido la conciencia nacional, ahora consideraba que la muerte o el encarcelamiento de los jóvenes etarras era útil. La muerte por la patria creaba héroes y mártires que ayudaban a avanzar en el proceso de construcción nacional. Por eso Monzón consideraba que la muerte producía una rentabilidad política, como afirmaba en 1975: «La sangre de nuestros héroes debe ser aprovechada al máximo. Es menester hacer que el sacrificio y la entrega de cada abertzale rindan lo más posible». Se refería a «la sangre» como «el ahorro de los movimientos de liberación». Consideraba el fusilamiento de Txiki en septiembre de 1975, no como la trágica pérdida de una vida joven, sino como «un regalo inestimable». Pensaba que los presos y «mártires» de ETA eran «riqueza»

⁷⁰ Telesforo MONZÓN: «La causa nacional vasca en 1976», *Enbata*, junio de 1976 (citado en Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, p. 157; mayúscula en el original).

⁷¹ *Egin*, 26-10-1978.

⁷² *Cambio 16*, 297, 21-8-1977.

⁷³ Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 148-150. Telesforo MONZÓN: «Suceda lo irreparable», *Egin* 1979-5-16 (citado en Íd.: *Herri baten oihua...*, pp. 162-163). *Punto y Hora*, 15-31 diciembre 1976.

⁷⁴ *Le Monde*, 1979-2-2 (citado en Telesforo MONZÓN: *Herri baten oihua...*, pp. 65-67).

para el movimiento nacional vasco.⁷⁵ Por eso en una de sus canciones más conocidas, *Lepoan hartu ta segi aurrera*, animaba a los jóvenes vascos a cubrir el hueco dejado por el militante caído. Desde su cosmovisión religiosa, que conservaba con fervor, Monzón concebía la muerte por la patria como el sacrificio necesario para la resurrección del país. Daba continuidad a la sacralización de la experiencia de guerra que había mostrado en los años cuarenta, pero la adaptaba a la nueva situación política y la expresaba con un lenguaje menos teísta. Mantenía la creencia de que la vida se engendra partiendo del sacrificio, de la entrega y de la muerte. Empleaba la palabra “mártir” para referirse al etarra caído. Seguía creyendo en el valor redentor de la sangre derramada. Por eso afirmaba en 1975 que a Euskadi le quedaba padecer todavía un viernes de pasión antes de su resurrección. Y recordaba que los pueblos, como los niños, nacían en sangre.⁷⁶

El lenguaje empleado por Monzón mostraba esa concepción combatiente de la política. Utilizaba una retórica maniquea basada en el enfrentamiento de un “nosotros” (la comunidad *abertzale*) y un “vosotros” (España),⁷⁷ y en la contraposición amigo-enemigo. La máxima expresión del bien era el “mártir” etarra que daba la vida por su pueblo. La imagen idealizada del héroe-mártir necesitaba de la figura del anti-héroe, encarnación del principio del mal, que se concretaba en el Estado español, presentado por Monzón como un negro lobo dispuesto a acabar con todos los vascos.⁷⁸ Monzón hablaba del «enemigo», del «cazador» que tendía a los *abertzales* la «trampa» de la desunión. Su léxico belicista aludía a la autodeterminación como «la razón suprema de la batalla». Expresaba su convocatoria a la participación política como una llamada a «la lucha» contra el enemigo político, «el sacrificio», «la entrega total», entendidos como obligación del buen *abertzale*: «todos debemos luchar».⁷⁹ Hasta el uso del euskera se convirtió para Monzón en un arma del combate contra España:

El euskera tiene, hoy, un tono de guerra, un sonido de lucha. Y es que, en caso de saber emplearlo, el euskera sería hoy nuestro mejor escudo, nuestra mejor arma, nuestro mejor instrumento de guerra, el más rápido. Cada palabra dicha en euskera debería ser hoy una bala.⁸⁰

Conclusiones

El recorrido que hemos realizado por la Guerra Civil y su memoria en el País Vasco a través de la figura de Telesforo Monzón nos ha permitido observar la profunda huella que el conflicto dejó en el nacionalismo vasco. Aunque, al contrario de lo que decía Monzón, la gue-

⁷⁵ Anai Artea (ed.): *Telesforo Monzón, hitzeko gizona...*, pp. 135-144. Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 124-125. Telesforo MONZÓN: *Herri baten oihua...*, pp. 66-67. Archivo Tarradellas, 874-4, Carta de T. Monzón a J. Tarradellas, 10-10-1975.

⁷⁶ Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 124-125 y 139.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 115.

⁷⁸ «*Euskaldunok banan banan hiltzea, Otso beltzak ez dik beste nahirik*» («El lobo negro no tiene más deseo que matarnos de uno en uno a todos los vascos»), reza la letra de su conocidísima canción *Batasuna (Unidad)*.

⁷⁹ Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 113-117, 128 y 137. Iñaki ANASAGASTI: op. cit., p. 20.

⁸⁰ Koldo IZAGURRE: op. cit., vol. 5, pp. 122-123.

rra sí había acabado en 1939, la experiencia de guerra perduró. Estuvo muy presente en las décadas posteriores y, a través de la memoria de guerra, influyó de forma honda y duradera en el nacionalismo vasco de la segunda mitad del siglo XX, especialmente en el nuevo nacionalismo radical surgido en los años sesenta. La mitificación de la experiencia de guerra impregnó el imaginario del nacionalismo vasco de una memoria bélica que recordó la Guerra Civil como una heroica lucha por la patria vasca.

Contrastar historia y memoria, como hemos tratado de hacer en estas páginas, es un ejercicio interesante que suele desvelar contradicciones y paradojas. Por ejemplo, quien haya observado el ardor belicista del discurso de la última etapa de Monzón se sorprenderá al constatar históricamente sus dudas y vacilaciones en el verano del 36, propias de un dirigente del PNV. Y es que Telesforo Monzón y el nacionalismo vasco mostraron en los primeros meses del conflicto una actitud vacilante y puramente defensiva ante a la ofensiva de los sublevados. Su preocupación fue controlar el orden público y mantener el culto católico, sin combatir en el frente contra el avance de las tropas franquistas. Monzón dudaba si era lícito combatir contra otros católicos vascos. Ante el llamamiento de los obispos de Vitoria y Pamplona llegó a plantearse la posibilidad de retirarse del conflicto. Desconfiaba de la alianza con las fuerzas izquierdistas y temía que los marxistas “contaminaran” a sus seguidores *abertzales*.

La aprobación del estatuto de autonomía y la constitución del Gobierno Vasco en octubre de 1936 disiparon las dudas de Monzón y del PNV. Pero, además, posibilitaron la elaboración de un relato y el desarrollo de una cultura de guerra específica, acorde con la visión sabiniana de la historia, que presentaba el conflicto como una guerra por Euskadi. El nacionalismo vasco había transformado, en el plano discursivo, la Guerra Civil en guerra patriótica vasca. Ese cambio fundamental permitió a Monzón, desde su cosmovisión religiosa que fundía fe y patriotismo, sacralizar la experiencia de guerra y presentar la muerte de los jóvenes soldados como sacrificio por la patria vasca, que sería redimida por la sangre de sus hijos.

En la posguerra Monzón participó en el proceso de mitificación de la experiencia de guerra. Recordaba el conflicto bélico no sólo como una epopeya memorable, sino también como algo útil que había fortalecido la conciencia nacional. La guerra se había convertido para Monzón en un eficaz agente nacionalizador. Aportaba héroes-mártires que debían ser objeto de culto. A ese empeño se dedicó Monzón mediante la literatura. Sus artículos y su poesía contribuyeron a la difusión del mito del *gudari*, presentado como un ser angelical, pacífico, generoso y valiente que sacrificaba su vida por Euskadi. Con un tono religioso exaltó y sacralizó la muerte por la patria, simbolizada en el *gudari* caído.

El mito del *gudari* arraigó en el imaginario del nacionalismo vasco. Llegó a convertirse en modelo de conducta a imitar para los jóvenes *abertzales* de ETA que se proclamaron herederos y continuadores de la lucha de los soldados de la Guerra civil. En los últimos años del franquismo y en la Transición Monzón adaptó su memoria de guerra a los planteamientos de ETA, organización con la que se fue identificando progresivamente. Reelaboró su relato del pasado para proporcionar legitimidad histórica a ETA, desde su condición de nacionalista histórico y protagonista de la Guerra Civil. Se convirtió en una especie de *oráculo de la memoria* del nacionalismo radical. Su idea central era que la guerra no había terminado y que los etarras no hacían sino continuar la lucha de los viejos *gudaris* del 36, convertida ahora en un combate por la soberanía de Euskadi, guiado por el Gobierno Nacional de Euskal Herria.

Para expresar la idea de continuidad de la guerra Monzón estableció un constante paralelismo entre pasado y presente, de forma que todo personaje o acontecimiento del universo etarra encontraba su equivalente en el heroico pasado de la Guerra Civil.

La mitificación de la experiencia de guerra y el mito de su continuidad contribuyeron a la brutalización de la política, protagonizada por el nacionalismo vasco radical tras la muerte de Franco. Se trasladaron al mundo de la política en tiempo de paz actitudes y comportamientos propios de la guerra. Monzón expresó ese proceso de brutalización de la política de diversas maneras, como su apasionada defensa de la violencia de ETA, su exaltación de la muerte por la patria, o su lenguaje belicista y maniqueo. Ese espíritu combatiente impregnó el nacionalismo radical que acabó definiéndose, no por uno u otro rasgo ideológico, sino por la idea misma de la acción, de la lucha, del enfrentamiento.⁸¹ En definitiva se caracterizó por una concepción combatiente de la política que se nutría, entre otros imaginarios bélicos⁸², de la mitificación de la experiencia de la Guerra Civil.

⁸¹ José Manuel MATA: *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, Bilbao, UPV/EHU, 1993, p. 178

⁸² Otros imaginarios guerreros que alimentaron el nacionalismo radical fueron el carlismo montaraz y los movimientos tercermundistas de liberación nacional, según sostiene Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: "Brutalización de la política y banalización de la violencia en la España de entreguerras", en Carlos NAVAJAS ZUBELDIA (coord.), *Crisis, dictaduras, democracia*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2008, p. 25.

Del relato biográfico al retrato colectivo: Margarita Nelken y Pilar Soler en la Agrupación de Mujeres Antifascistas

From the biographical story to the collective portrait: Margarita Nelken and Pilar Soler in the Association of Antifascist Women

Vicenta Verdugo Martí

Florida Universitaria (centro adscrito Universidad de Valencia)

vverdugo@florida-uni.es

Resumen: El artículo aborda el análisis de las biografías de Margarita Nelken y Pilar Soler dos biografías insertas en tiempos históricos concretos, como la Segunda República, la Guerra Civil y el exilio. Así, se trata de mujeres que pertenecieron a las culturas políticas de la izquierda. Siguiendo en este mismo punto hay que destacar la importancia que los materiales biográficos, historias de vida, memorias, etc., tienen para la historia de las mujeres y del género en cuanto que posibilitan captar la especificidad y complejidad de las experiencias de vida de las mujeres y con ello la progresiva valoración de las identidades femeninas. En este sentido, la historia de las mujeres nos ha desvelado algunas de estas vidas femeninas rescatándolas de un segundo plano lo que, al mismo tiempo, nos conduce a plantearnos los porqués de su invisibilidad. Consecuentemente, el análisis biográfico tiene un papel importante en los trabajos sobre la historia de las mujeres y del género ya que supone un método de investigación sobre las formas en las que las mujeres se apropian de sus condiciones de existencia y cómo, a partir de ellas, crean posibilidades y estrategias de cambio. Sus biografías nos muestran sus compromisos políticos de militancia y sus relaciones con ámbitos político-organizativos específicamente femeninos como la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA), organización en la que ambas militaron y de la que se realizará una aproximación sobre su protagonismo durante la Segunda República, la Guerra Civil y la posguerra.

Palabras clave: biografía, género, Mujeres Antifascistas, república, Guerra Civil.

Abstract: The article makes the analysis of the biographies of Pilar Soler and Margarita Nelken. Insert the two biographies in a specific historical times, as the Second Republic, the

Civil War and the exile. They are women who belong to political cultures of the left. Following on this same point, it is necessary to highlight the importance that biographical materials, life stories, memories, etc. have for the history of women and gender in that they make it possible to capture the specificity and complexity of life experiences of women. women and with it the progressive assessment of female identities. In this sense, the history of women has revealed to us some of these female lives by rescuing them from the background, which, at the same time, leads us to consider the reasons for their invisibility. Consequently, biographical analysis plays an important role in the work on the history of women and gender since it involves a method of research on the ways in which women appropriate their conditions of existence and how, from them, create possibilities and strategies for change. Their biographies show their political commitments of militancy and their relations with political and organizational fields specific for the women as the Association of Antifascist Women (AMA), organization to which both belonged and from which an approach to their role during the Second Republic, the Civil War and the postwar period.

Keywords: biography, gender, Antifascist Women, Republic, Civil War.

Para citar este artículo: Vicenta VERDUGO MARTÍ “Del relato biográfico al relato colectivo. Margarita Nelken y Pilar Soler en la Agrupación de Mujeres Antifascistas”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 400-422.

Recibido: 03/07/2017

Aprobado: 22/12/2017

Del relato biográfico al retrato colectivo: Margarita Nelken y Pilar Soler en la Agrupación de Mujeres Antifascistas

Vicenta Verdugo Martí

Florida Universitaria (centro adscrito Universidad de Valencia)

La Historia del Género y la diversidad de fuentes para construir biografías femeninas.

El presente artículo plantea dos relatos biográficos: el de Margarita Nelken y Pilar Soler y su interrelación de militancia en un ámbito asociativo como fue la Agrupación de Mujeres Antifascistas, durante un período cronológico que abarca la Segunda República, la Guerra Civil, y el franquismo, con el objetivo de, partiendo de dos relatos biográficos conformar un retrato colectivo transversal que contribuya a iniciar la recuperación de otras experiencias femeninas vividas en este mismo contexto y que en la actualidad siguen resultando desconocidas a pesar de su significación histórica.

En la investigación histórica y especialmente en el ámbito de la historia contemporánea la utilización de metodologías cualitativas y enfoques microhistóricos como las biografías y las historias de vida han supuesto importantes herramientas y fuentes para la renovación del conocimiento histórico. Así, mediante la utilización de la metodología cualitativa se aborda el estudio de lo que podemos denominar como lo “vivido” de la experiencia humana y además, se plantean investigaciones sobre sujetos históricos como las mujeres y se abren vías de trabajo dirigidas a temáticas históricas vinculadas con la vida privada, la vida cotidiana, las ideologías o las formas de sociabilidad.¹

A este respecto, la combinación de diversos tipos de fuentes: archivísticas, hemerográficas, memorialísticas, orales, etc., posibilita complejizar, enriquecer y profundizar en el estudio de las experiencias de vida de los sujetos históricos. Así, el análisis de la experiencia se convierte en el centro del trabajo histórico mediante la utilización de fuentes escritas u orales a través de las cuales el sujeto “toma la palabra” y con ello recupera “su nombre”.

Siguiendo en este mismo punto hay que destacar la importancia que los materiales biográficos, historias de vida, memorias, etc., tienen para la historia de las mujeres y del género en cuanto que posibilitan captar la especificidad y complejidad de las experiencias de vida de las mujeres y con ello la progresiva valoración de las identidades femeninas. En este sentido, la historia de las mujeres nos ha desvelado algunas de estas vidas femeninas rescatándolas de un

¹ Véase: Ana AGUADO y Vicenta VERDUGO: “Cal continuar investigant la repressió franquista: vies d’investigació des d’una perspectiva de gènere”, en Ricard Camil TORRES FABRA y Francisco Javier NAVARRO NAVARRO (eds.), *Temps de por al País Valencià (1938-1975). Estudis sobre la repressió franquista*, Castellón de la Plana Publicaciones UJI, 2012, pp. 87-104.

segundo plano lo que, al mismo tiempo, nos conduce a plantearnos los porqués de su invisibilidad.²

Consecuentemente, el análisis biográfico tiene un papel importante en los trabajos sobre la historia de las mujeres y del género ya que supone un método de investigación sobre las formas en las que las mujeres se apropian de sus condiciones de existencia y cómo, a partir de ellas, crean posibilidades y estrategias de cambio.

Partiendo de estos planteamientos teóricos y metodológicos en los siguientes apartados se aborda el análisis de las experiencias de vida de Margarita Nelken y Pilar Soler, dos relatos biográficos insertos en contextos y tiempos históricos concretos, como la Segunda República, la Guerra Civil, la posguerra y con ella el exilio.

Se trata del análisis de mujeres cuyas identidades se construyeron en el seno de las culturas políticas de la izquierda y cuyas biografías nos muestran sus compromisos políticos de militancia y sus relaciones con ámbitos político-organizativos específicamente femeninos como la Agrupación de Mujeres Antifascistas, organización en la que ambas militaron y sobre la que se elabora en este artículo un apartado específico a modo de “retrato colectivo”.

Relato biográfico de Margarita Nelken: intelectual, feminista y diputada socialista.

Margarita Teresa Lea Nelken Mansberger nació en Madrid el 5 de julio de 1894³, y su hermana Carmen Eva en 1898, pertenecían a una familia judía de origen centroeuropeo. Las dos hermanas fueron educadas en un ambiente culto donde aprendieron francés, alemán, inglés y español. Estudió piano y armonía, en París estudió pintura, dedicándose posteriormente a la crítica de arte. Margarita ya desde niña mostraba sus dotes artísticas y musicales. En París estudió pintura con María Blanchard y Eduardo Chicharro, allí se relacionó con pintores como Diego Rivera, escultores como Auguste Rodin y compositores como Manuel de Falla. Sus trabajos como pintora se expusieron en galerías de Viena y Barcelona entre 1914 y 1916. Pero la pérdida de visión en un ojo la obligó a abandonar su carrera artística cuando todavía era muy joven, por lo que decidió dedicarse a la crítica de arte.⁴ Su prolífica obra como crítica de arte, así como sus colaboraciones en prensa, sus libros sobre feminismo, política y sus incursiones literarias fueron enumeradas por ella misma como aparece recogido en el libro que Josebe Martínez publicó sobre ella.⁵

Por lo que respecta a sus experiencias vitales y su pensamiento feminista Margarita Nelken, como mujer culta e independiente era la antítesis del estereotipo de feminidad mayoritario en la España de principios del siglo XX. Representaba un modelo de género femenino desafiante y transgresor en una sociedad en la que las mujeres eran educadas para la sumisión y la ignorancia. La coherencia entre su pensamiento y sus prácticas de vida le condujeron a romper con la falsa moral de la época, con las normas de “decencia” impuestas tradicional-

²Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: “La biografía, entre el valor ejemplar y la experiencia vivida”, *Asclepio*, Vol. LVII: 1 (2005), p. 28.

³Josebe MARTÍNEZ GUTIÉRREZ: *Margarita Nelken (1896-1968)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1997.

⁴Paul PRESTON: *Palomas de Guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, p. 266.

⁵Josebe MARTÍNEZ GUTIÉRREZ: op. cit., pp. 14-19.

mente al colectivo femenino. Ejemplo de ello, fue su decisión de ser madre soltera dando a luz a su hija Magda el 26 de marzo de 1915. El 11 de marzo de 1921 nació en Madrid su segundo hijo Santiago, fruto de su relación con Martín de Paul, con quien se casaría en 1933.

Para Margarita Nelken, la cuestión de la maternidad estaba interrelacionada con la situación de las mujeres españolas. Consideraba la maternidad como parte del desarrollo de la sexualidad femenina, pero en el caso de las españolas la sexualidad se encontraba en una situación tan precaria como la educación y/o la salubridad. Criticaba la construcción que la Iglesia y el Estado hacían de la sexualidad como algo vergonzoso y planteaba la necesidad de medidas como la higiene sexual para terminar con la incultura existente. Proponía el fin de las ayudas institucionalizadas a los centros de acogida de jóvenes “descarriadas” porque las estigmatizaban, a la vez que difundían el discurso de la sumisión y el pecado, minusvalorando a las muchachas en lugar de ayudarlas.⁶

Su preocupación por la situación social de las mujeres unida a sus inquietudes feministas la condujeron a crear en Madrid, en 1919, la Casa de los Niños de España, un centro atendido por personal laico, destinado a acoger a los hijos e hijas de mujeres trabajadoras. Pero la reacción de los medios clericales y las campañas de descrédito que promovieron condujeron a que el centro cada vez tuviera menos ayudas. Frente al hecho de tener que aceptar, por falta de fondos, una oferta de subvención que exigía que el centro fuera regido por religiosas, Margarita optó por cerrarlo al considerar que la educación no era una cuestión negociable.⁷

Conferenciante incisiva y escritora prolífica, Margarita Nelken recogió principalmente su pensamiento feminista en su libro: *La condición social de la Mujer en España*, publicado en 1919, en esta obra traza una panorámica sobre los principales problemas que aquejaban a las mujeres. Esta obra forma parte del incipiente feminismo español que buscaba la mejora de la condición social de las mujeres a comienzos del siglo XX. Así, desde una perspectiva que podemos calificar de feminismo socialista analizaba temáticas como la prostitución o la falta de asistencia a la maternidad, denunciaba la condición en que se encontraban las trabajadoras y señalaba la importancia de que se organizaran en el sindicalismo al igual que sus compañeros de clase:

Los obreros, ellos solos, no han podido iniciar sus agrupaciones: han tenido consejeros, ha habido hombres que han sabido luchar por los derechos de los demás: las obreras necesitan también que se las guíe, y se las aconseje: el día en que se consiga que las modistas tengan una jornada que no sobrepase ocho o nueve horas y que una maestra de taller no pueda despedir a una oficiala por mero capricho, el feminismo español habrá progresado más que con todos los escritos y todas las proclamas.⁸

Sus reflexiones sobre la situación social y económica le condujeron a identificarse y comprometerse políticamente con el socialismo, afirmando que todas las problemáticas que

⁶ Vicenta VERDUGO MARTÍ: “El compromiso de Margarita Nelken”, *Andalucía en la Historia*, 38 (2012), p. 56.

⁷ Antonina RODRIGO: *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Barcelona, Ediciones Carena, 2002.

⁸ Margarita NELKEN: *La condición social de la mujer en España*, Madrid, Edición de la Librería de Mujeres HORAS y HORAS, 2012, p. 145.

afectaban a las mujeres encontrarían solución cuando triunfara el socialismo. Vinculando su pensamiento feminista con las reformulaciones igualitarias y emancipadoras que en clave de género y clase planteaban las mujeres socialistas en el seno de su cultura política a comienzos del siglo XX.⁹ Margarita Nelken aumentaba su implicación con los problemas sociales llegando a dirigir la primera huelga de las obreras de la Fábrica de Tabaco en Madrid.¹⁰

Su obra *La condición social de la Mujer en España*, alcanzó un notable éxito que fue acompañado de algún escándalo que llegó a ser motivo de debate en las Cortes.¹¹

Entre sus múltiples inquietudes aparece su interés por los acontecimientos y cambios que se estaban produciendo en la Rusia soviética, de tal forma que en 1921 publicó en *El Socialista* un trabajo sobre la situación laboral de las mujeres y los niños en la Rusia de los soviets:

Si bien el régimen actual de Rusia debe considerarse ante todo, como un régimen de forzosa transición y que, por lo tanto, sería superficial considerarlo, en su totalidad, como hecho consumado, no es menos perentorio que este régimen, en su mismo estado actual de transición, ofrece multitud de ejemplos dignos de ser conocidos y lo más posible imitados (...) Las condiciones de trabajo en la Rusia de los Soviets constituyen una de las obras sociales más formidables –la más formidable, sin duda alguna- de este tiempo.¹²

Margarita Nelken, mujer libre y rompedora con su forma de vida, con sus publicaciones y sus opiniones provocaba la hostilidad de la derecha y de la Iglesia, pero también, de algunos sectores del feminismo burgués que frecuentaba los salones modernos del Lyceum Club. No dejaba indiferente a nadie y se convirtió en una escritora y conferenciante famosa, atraída por la política y por el compromiso social. Con el establecimiento de la Segunda República, ella y su compañero Martín Paul ingresaron en el Partido Socialista, donde Margarita colaboraba en el periódico *El Socialista*.

Elegida diputada a Cortes por la circunscripción de Badajoz en representación del Partido Socialista durante las tres legislaturas de la Segunda República¹³ fue la única mujer que repitió como diputada en las tres elecciones.¹⁴ Sus problemas para obtener el acta de diputada a causa de su nacionalidad, impidieron que asistiera al debate entre Clara Campoamor y Victoria Kent sobre el sufragio femenino. No obstante, su opinión sobre el voto femenino ya la había expuesto en su libro, *La mujer ante las Cortes constituyentes*, publicado en 1931. Su postura sobre este tema coincidía básicamente con la de Victoria Kent. En una entrevista sobre su opinión acerca del voto femenino contestó:

⁹ Véase: Ana AGUADO: “Cultura socialista, ciudadanía y feminismo en la España de los años veinte y treinta”, *Historia Social*, 67 (2010), pp. 131-153.

¹⁰ Josebe MARTÍNEZ GUTIÉRREZ: op. cit., p. 25

¹¹ Paul PRESTON: op. cit., p. 271.

¹² *El Socialista*, 14 febrero de 1921.

¹³ Página web Congreso de los Diputados: (http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/SDocum/ArchCon/SDHistoDipu/SDI ndHistDi: p?_piref73_1340024_73_1340023_1340023.next_page=/wc/servidorCGI&CMD=VERLST&BASE=DIP H&FMT=DIPHXLDA.fmt&DOCS=1125&DOCORDER=FIFO&OPDEF=Y&QUERY=%2880040%29.NDIP.) (Consultado por última vez 20-06-2017)

¹⁴ Paul PRESTON: op. cit., p. 280.

Pues en principio muy bien. Pero nada más que en principio. La mujer española (...) “no está aún” preparada “para nada”. Es una mujer que sabe de su hogar pero “nada más”. Ha vivido “completamente apartada de la vida política”. ¿Cómo puede, pues, emitir plenamente, sabiendo lo que hace, el voto?..¹⁵

Como diputada por Badajoz, Margarita fue adoptando una postura radicalizada, consciente de las penurias del campesinado extremeño lo que acrecentó su popularidad, pero también la inquina contra ella, incluso por parte de la cúpula de su propio partido que no aceptaba bien la presencia política de las mujeres y especialmente la combatividad de Margarita. Cada vez más comprometida con la reforma agraria y la mejora de las condiciones de vida del campesinado extremeño conllevó el aumento de su tono beligerante frente a la resistencia de los terratenientes locales y los excesos de la Guardia Civil sobre la población. La situación de tensión social del campo extremeño estalló el 31 de diciembre de 1931 con los sucesos de Castilblanco, donde el sindicato socialista de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra convocó una huelga y la Guardia Civil abrió fuego contra una manifestación pacífica. Un jornalero murió, otros dos resultaron heridos y cuatro guardias civiles fueron linchados. Los socialistas, y especialmente Margarita, fueron acusados por la prensa, las derechas, la Guardia Civil y el gobierno, de incitar a la rebelión. Se acusaba a Margarita Nelken de soliviantar al campesinado con sus discursos incendiarios.¹⁶ No había transcurrido una semana, cuando el 6 de enero, los guardias civiles dispararon contra una manifestación obrera en Arnedo (Logroño), lo que provocó seis muertos, de ellos cuatro mujeres y treinta heridos.¹⁷ Margarita apoyó a los mineros en la revolución de Asturias como diputada socialista y como miembro de la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA), organización que bajo el nombre de Pro-Infancia Obrera realizó la tarea de socorro y evacuación de las víctimas de la brutal represión gubernamental. Su activismo en el levantamiento de Asturias le creó graves problemas, perdió su inmunidad parlamentaria y partió al exilio, ya que el gobierno radicalcedista la consideraba figura central de este episodio revolucionario. Exiliada en la URSS, conoció el régimen socialista en primera persona y se entregó a su causa.¹⁸ En su estancia soviética escribió: *Por qué hicimos la revolución*, publicado en 1936, donde establecía un paralelismo entre la revolución rusa y la española. Su conocimiento del régimen soviético y sus convicciones ideológicas le condujeron a plantear la causa feminista como parte inherente de la revolución socialista desde sus planteamientos ideológicos cada vez más próximos al comunismo.

El aumento de las desavenencias con el Partido Socialista y su mayor radicalización política supuso su acercamiento al PCE, donde comenzó a militar en diciembre de 1936.¹⁹ En 1937 su escrito sobre *La mujer en la URSS y en la Constitución Soviética* es ya una clara

¹⁵ *La Calle*, 27 noviembre, 1931.

¹⁶ *ABC*, 3 enero 1932; *ABC*, 5 enero 1932.

¹⁷ *El Socialista*, 7 enero, 1932.

¹⁸ Josebe MARTÍNEZ GUTIÉRREZ: op. cit., pp. 33-34.

¹⁹ *El Sol*, 30 diciembre 1936.

muestra de su convicción de que la revolución comunista liberaría a las mujeres de toda servidumbre.²⁰

La sublevación militar en julio de 1936 que dio comienzo a la Guerra Civil supuso para Margarita Nelken el desempeño de un frenético activismo. En noviembre, con las tropas franquistas próximas a Madrid, Margarita infundía ánimos a quienes defendían la ciudad:

Estamos viviendo las horas más heroicas de nuestro pueblo. Horas decisivas que han de alejar definitivamente de nuestra capital, de la capital de la República, la amenaza del fascismo, la amenaza de la barbarie para nuestros hogares todos (...); ¡Trabajadores socialistas, comunistas, sindicalistas, anarquistas y sin partido!; Hombres de conciencia libre, pueblo de Madrid! ¡Todos juntos, con vuestras mujeres, formad un baluarte de voluntades que pueda más que todas las amenazas. Tenemos armamento más que suficiente; tenemos reservas más que suficientes; nadie haga caso a quienes quieren engañarnos para hacer el juego a los facciosos.²¹

En abril de 1937, el periódico republicano *La Libertad* calificaba a Margarita Nelken como «la heroína madrileña símbolo de todas las mujeres antifascistas españolas».²² Destaca su participación en la campaña *Salvar a los niños*, donde a través de la prensa se dirigía a las madres madrileñas para que dejaran que sus hijos abandonaran la capital asediada por la guerra. Ya no se trataba solamente de defender la Segunda República, las mujeres debían también de cumplir con los deberes de protección y amparo de la comunidad infantil republicana:

Enfréntate con la realidad, mujer, como si hubiera fuego en tu casa: coge a tus chiquitines en tus brazos, apriétalos contra tu pecho, que los sustentó y, sin mirar hacia atrás, con la visión loca en los ojos del incendio devorador, echa a correr, de prisa, más de prisa, y aléjalos del posible peligro.²³

Es también de señalar su contribución en el Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas, celebrado en Valencia y Barcelona en 1937, donde dio a conocer la lucha por la República y desmintió internacionalmente la propaganda fascista sobre la contienda española. En su incansable labor contra el fascismo recorrió las trincheras y frentes de batalla elaborando reportajes para la revista *Estampa*.

Poco antes de finalizar la Guerra Civil Margarita Nelken, salió hacia el exilio, primero estuvo en París y posteriormente en México. En 1942 fue expulsada del PCE por no apoyar la política de Unión Nacional proclamada por la dirección comunista, como ha escrito Josebe Martínez: “a Margarita le costaría cara su osadía”²⁴ pues el PCE bloquearía parte de sus pu-

²⁰ Josebe MARTINEZ: *Exiliadas. Escritoras, Guerra civil y memoria*. Barcelona, Ed. Montesinos, 2007, p. 71.

²¹ *La Libertad*, 9 noviembre 1936.

²² *La Libertad*, 17 abril, 1937.

²³ *Mundo Obrero*, 13 enero 1937.

²⁴ Josebe MARTINEZ: op. cit., p. 102.

blicaciones y proyectos de trabajo. En el exilio continuó con su lucha contra el fascismo y denunció la represión franquista. Falleció en México en 1968.²⁵

Margarita Nelken fue represaliada por el franquismo siendo acusada de masona y comunista, aplicándosele la jurisdicción especial de la Ley contra la Masonería y el Comunismo de marzo de 1940, por lo que se la condenó a 30 años de prisión y la inhabilitación absoluta para el ejercicio de cargos públicos. Junto a esta pena también se le aplicó la Ley de Responsabilidades Políticas de febrero de 1939 lo que conllevó la pérdida de todos sus bienes.²⁶ Pero no terminaron aquí las represalias del franquismo contra Margarita Nelken que aparece también en la Causa General acusada sin pruebas de diversos delitos y de conducta licenciosa.²⁷ Margarita era acusada por roja, por republicana y por haber desafiado con su comportamiento privado y su participación en la vida pública el modelo femenino católico y reaccionario del bando franquista.

Relato biográfico de Pilar Soler: comunista y feminista valenciana.

Pilar Soler nació en Bunyol (Valencia) el 21 septiembre de 1914, hija del diputado blasquista Felix Azzati y de Ángeles Soler Miguel, joven de una conocida familia valenciana, que tuvo dos hijas con Felix Azzati: Pilar y Angelita al margen del matrimonio. La relación extramatrimonial entre Felix Azzati y Ángeles Soler se mantuvo durante años hasta la muerte en 1929 del padre de Pilar.²⁸ Por su condición de hija de madre soltera, Pilar asistió poco a la escuela, de hecho, hasta casi la adolescencia, se puede decir que vivió apartada de la sociedad, una situación bastante común en la España del primer tercio del siglo XX donde se estigmatizaba no solo a las madres solteras, sino también a sus hijos considerados como “fruto del pecado”. Esta circunstancia marcó su trayectoria vital, tal y como ella reconocería casi al final de su vida:

Esta situación de mi madre la sentí de tal manera que, en ciertas dosis la llevo conmigo. El inconformismo y las ganas de batallar por una vida mejor me llevaron al feminismo desde bien joven²⁹.

Con 15 años, y pocos estudios se planteó trabajar para contribuir a la escasa renta familiar. Se matriculó en la Escuela de Comercio municipal. Pronto, encontró su primer trabajo en las oficinas del Gran Teatro de Valencia. Poco después entró a trabajar en Electra Valenciana. Aquí inició sus primeros contactos con la CNT a la que pertenecían algunos compañeros:

²⁵ Ibidem, pp. 95-124.

²⁶ BOE, 19 octubre 1941, p. 4513; Centro Documental de la Memoria Histórica. Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Madrid: Expediente de responsabilidades políticas/ sig: 42.02830 (1939-1946)

²⁷ Archivo Histórico Nacional. Causa General: Primera Pieza o Principal de la Provincia de Madrid: Legajo: 1505 Caja: 2 Exp.: 4 Folio: 139-152, 9 noviembre 1939.

²⁸ Emilia BOLINCHES: *Pilar Soler. Rebelde con causas*, Valencia, PUV, 2013.

²⁹ Ibidem. p.149.

Yo no pertenecía a ningún sindicato en aquel momento. En la conversación me explican cómo se encuentra la clase obrera en España, su situación como trabajadores, sus salarios, me hacen una descripción real de su situación y también me explican lo que es el capitalismo como estado opresor. Me “agrada” ese discurso de los compañeros.³⁰

Este período vital de Pilar coincidió con la proclamación de la Segunda República:

Nosotros salimos todos a la calle, había muchísima gente con banderas republicanas y gritos de: “Viva la República”. Eso fue una explosión enorme de simpatía hacia la República.³¹

Pilar en estos años, buscaba progresar profesionalmente por lo que preparó oposiciones, presentándose a la Diputación de Valencia. Oposición que aprobó en 1932.³²

Paralelamente, comenzó a establecer amistad con una generación de jóvenes estudiantes de la Federación Universitaria Escolar (FUE)³³ entre los que se encontraba un estudiante de Derecho, Gonçal Castelló y Gómez Trevijano³⁴, con quien inició una relación sentimental y con el que se casaría durante la Guerra Civil y tendría una hija. A partir, de estas amistades en la FUE, inició sus actividades en este espacio cultural y político. En este ambiente encontramos a una joven Pilar Soler, que como aparece en el periódico *Las Provincias*, participó en un festival atlético organizado en Valencia en 1933.³⁵

Entre 1931-1932, Pilar empezó a interesarse por lo conseguido por las mujeres rusas con la Revolución de Octubre, leía a Alejandra Kollontai, Clara Zetkin y, al igual que Margarita Nelken, ella también sentía admiración por la esperanza que para las mujeres y hombres de la clase trabajadora suponía el régimen soviético. Es también en estas fechas cuando se produjo su ingreso en el Partido Comunista de España (PCE).

Entre 1933-34, Pilar, junto a Agustina Sánchez, fundó en Valencia la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA), organización femenina que formaba parte del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo.³⁶ Para ello, contactaron con las mujeres de las Agrupaciones Femeninas Republicanas del Partido de Unión Republicana Autonomista (PURA):

Entonces nos pusimos en contacto con las Agrupaciones Femeninas Republicanas... y concretamente con una mujer, Carmen Manzana, que formaba parte de una agrupación de mujeres.³⁷

³⁰ *Ibidem*. p. 129.

³¹ Testimonio de Pilar Soler recogido en, Ana AGUADO: *El siglo XX en femenino. Ellas piden la voz y la palabra*. [DVD] Valencia, Institut Universitari d'Estudis de la Dona, 2000.

³² Archivo Diputación de Valencia (ADV) Acta del Pleno de la Diputación de Valencia del, 13 septiembre 1939: Pilar Soler fue sometida a proceso de depuración y destituida de su cargo perdiendo todos sus derechos.

³³ Sobre la FUE, véase, M^a Fernanda MANCEBO: *La Universidad de Valencia. De la Monarquía a la República (1919- 1939)*, Valencia, Universitat de València / Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1994.

³⁴ Sobre Gonçal Castelló, véase, Ángel VELASCO: *Gonçal Castello, 1912-2003*, Barcelona, Fundació Josep Irla, 2012.

³⁵ *Las Provincias*, 7 enero 1933.

³⁶ Irene FALCÓN: *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996.

³⁷ Testimonio de Pilar Soler, recogido en: Ana AGUADO: “Les Dones valencianes en la guerra civil (1936-1939)”, en Manuel GARCÍA (ed), *Homenatge a Manuela Ballester*. Valencia, Direcció General de la Mujer, 1996, p. 31.

Así se produjo en Valencia la fundación del AMA con la utilización de una infraestructura política que ya existía, como la de las Agrupaciones Femeninas Republicanas.

Con el golpe de estado y el comienzo de la Guerra Civil, Pilar Soler desarrolló una ingente tarea de militancia política femenina llegando a ocupar en la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA) el cargo de delegada provincial cuya sede se encontraba en la calle de la Paz, nº 38:

El país está movilizado para la guerra y si a las mujeres se les amplía el campo de participación es porque el país necesita a los hombres, porque los hombres dejan su puesto de trabajo para irse al frente (...) Los hombres lo habían dejado todo, se habían ido, entonces nosotras teníamos que prepararnos para una serie de cosas, entre otras para el Instituto de Armamento y hubieron muchas mujeres que iban a los talleres y formamos también muchos talleres de ropa para el ejército y bueno ocupábamos también los tranvías de Valencia, parte del comercio...³⁸

Desde el inicio de la guerra la Agrupación de Mujeres Antifascistas y su filial juvenil la Unión de Muchachas desarrollaron una gran movilización con la finalidad de promover la participación activa de las mujeres en la retaguardia. Ya en septiembre de 1936 la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA) llamaba a la colaboración de las mujeres en la guerra contra el fascismo. Tal y como se recoge en el periódico *Verdad*:

Movilicémonos enseguida, que nada falte a los que luchan: ni alimentos, ni ropas (...) Se acerca además el invierno; de nuestras manos han de salir por millares las prendas de abrigo que librarán del frío los cuerpos de nuestros camaradas.³⁹

Las militantes de AMA recorrían pueblos y barrios para informar a las mujeres, escribían a los soldados y recogían alimentos para el frente.⁴⁰ Editaban su propia revista: *Pasionaria*, de la que Pilar Soler formaba parte en el consejo de redacción.⁴¹ Visitaban a los heridos y organizaban rincones de cultura en los hospitales.⁴² Junto a estas actividades pusieron en marcha en la retaguardia: cursos de capacitación técnica y profesional para las mujeres y la creación de Casas de Muchachas en Benimamet y Ruzafa⁴³. Igualmente, organizaron brigadas de choque, como las denominadas Pasionaria y Lenin para la confección de prendas destinadas al frente.⁴⁴ Crearon escuelas y cursos de alfabetización para adultas⁴⁵ y colaboraban en las labores agrarias.

Junto a todas estas tareas y actividades conmemoraban fechas como el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, así el periódico *Frente Rojo*, en 1937, preguntaba a Pilar Soler cómo iban a celebrar las Mujeres Antifascistas este día:

³⁸ Testimonio de Pilar Soler recogido en Ana AGUADO: *El siglo XX en femenino...*

³⁹ *Verdad*, 2 septiembre 1936.

⁴⁰ *Verdad*, 6 noviembre 1937.

⁴¹ *Crónica*, 7 marzo 1937.

⁴² *Crónica*, 11 abril 1937.

⁴³ *La Hora*, 9 diciembre 1937; *Frente Rojo*, 29 junio 1937.

⁴⁴ *La Hora*, 7 agosto 1937; *Frente Rojo*, 11 octubre, 1937.

⁴⁵ *Crónica*, 14 febrero, 1937.

Nosotras las mujeres antifascistas de España celebraremos el 8 de marzo acentuando nuestro trabajo de guerra, intensificando nuestra ayuda a los evacuados (...) llevando nuestro aliento a los heridos de guerra, a los huérfanos de combatientes republicanos, realizando colectas y organizando festivales a beneficio de los Hogares Infantiles y guarderías, etc. Entre otras cosas hemos movilizado a las campesinas de Valencia y su huerta para que se manifiesten este día y nos ayuden con sus donativos.⁴⁶

El traslado del gobierno republicano desde Madrid a Valencia en noviembre de 1936 supuso que Valencia se convirtiera en capital de la República. Este contexto de capitalidad y la fuerte implantación de la Agrupación de Mujeres Antifascistas en el territorio valenciano conllevaron el que se celebrara en Valencia a finales de octubre de 1937 la Segunda Conferencia Nacional de Mujeres Antifascistas (AMA).⁴⁷ Conferencia a la que asistieron Pilar Soler y su hermana Angelita. Esta convocatoria marcó un momento fundamental en la trayectoria de esta organización en cuanto al balance de las actividades realizadas durante el conflicto y las perspectivas de trabajo.

En este marco de activismo femenino en el contexto bélico, Pilar Soler, su madre y su hermana permanecieron en Valencia durante la capitalidad de la ciudad, comprometidas con la organización de la retaguardia. Pilar con su militancia en Mujeres Antifascistas acudía diariamente a la sede de esta asociación. Mientras, su madre realizó un cursillo de enfermería siendo destinada al hospital del Ejército de Levante.⁴⁸ Por su parte, Angelita, se desplazó a Barcelona como Secretaria del Buró Político del PCE. Con el traslado del gobierno republicano a Barcelona, Pilar fue enviada allí por el PCE para realizar tareas organizativas. En esta ciudad se encontraba su marido Gonçal Castelló, al que Pilar hacía mucho que no veía. Al poco tiempo, Gonçal fue trasladado al Frente de Levante, en Castellón.⁴⁹

Antes de finalizar la guerra Pilar consiguió volver a Valencia y reencontrarse con su madre, sus camaradas de AMA y su marido, al que le comunicó su embarazo. Con el final de la guerra, Pilar, su madre y Consuelo Barber, camarada de Mujeres Antifascistas, partieron hacia el puerto de Alicante con la esperanza de poder partir al exilio. Después de seis días detenidas consiguieron volver a Valencia y refugiarse en casa de Consuelo Barber, fue aquí donde los falangistas las detuvieron.

El 10 de mayo 1939, Pilar Soler, su madre y Consuelo Barber fueron detenidas e ingresadas en la Prisión Provincial de Mujeres de Valencia, sometidas a un Consejo de Guerra y acusadas: Consuelo Barber de adhesión a la rebelión, condenada a treinta años de prisión,⁵⁰ a Pilar y su madre las acusaron de auxilio a la rebelión siendo condenadas a doce años de prisión.⁵¹ Recluidas en la cárcel en condiciones infrahumanas, Pilar el 15 de septiembre de 1939 se ponía de parto en la cárcel, Pilar recordaba este episodio muchos años después:

⁴⁶ *Frente Rojo*, 27 febrero 1937.

⁴⁷ *Crónica*, 14 noviembre 1937.

⁴⁸ Emilia BOLINCHES: op. cit., p. 89.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 91.

⁵⁰ Archivo Reino de Valencia (ARV). Expediente penitenciario (EP): Consuelo Barber Soler, causa nº 3641-V.

⁵¹ ARV. EP: Pilar Soler Miquel, causa nº 3641-V; ARV. EP: Ángeles Soler Miquel, causa nº 3641-V.

Di a luz en la cárcel en condiciones tremendas, tremendas, como os podéis imaginar, casi me muero, casi me muero también porque allí ni había médico ni había nada. A los tres o cuatro días de haber dado a luz apareció el médico, un falangista uniformado que se acercó... Era una enfermería de seis camas y de las seis camas yo era la última, al rincón. Y recuerdo que... , menos yo, todas las demás eran mujeres que estaban con sarna infectada (...) Y se acercó el médico aquel, el falangista muy..., muy grande y me dice: “¡Señora! ¿Quiere usted algo?”. Yo le dije: “nada”. “¡Ah, pues nada!”, “Pues hasta mañana”. Después de tres días de parir allí, preguntó el médico esta cuestión. Bueno pues estuve muy enferma, estuve más de cuarenta días con fiebres tremendas y me puse bien... , pues como un animal se pone bien sin que le den medicamentos de nada.⁵²

En noviembre de 1939 fueron trasladadas a la Prisión Convento de Santa Clara de Valencia, la vida en la cárcel con una criatura recién nacida era insostenible. La pequeño mal alimentada se contagió de sarna y enfermó por lo que decidieron que se la llevara la familia de Gonçal Castelló quien también estaba en prisión.⁵³

Pilar y Ángeles Soler saldrían de prisión en libertad condicional en abril y mayo de 1941 respectivamente.⁵⁴ Consuelo Barber permaneció en la cárcel hasta marzo de 1944.⁵⁵ En 1944, Pilar Soler fue nuevamente detenida:

A los pocos meses me vuelven a detener. Vienen los falangistas y la policía, me detienen y me llevan a la Jefatura de Policía. De ahí salgo después de estar quince días, y de nuevo al poco tiempo tomo contacto con un camarada que me dice que me necesita y que debo desplazarme a Madrid en una misión. Esto es ya en el año 45.⁵⁶

La misión en la que tenía que participar era la de enlace y persona de confianza de Jesús Monzón⁵⁷ con quién colaboró en Madrid y en Barcelona. Monzón, fue uno de los impulsores de la política comunista de Unión Nacional y de la invasión del Valle de Arán. El fracaso de este intento supuso su caída en desgracia en la cúpula del PCE y su expulsión del partido en 1947.⁵⁸ En 1946, cuando Monzón se dirigía desde Barcelona a Francia fue detenido.⁵⁹ En este contexto, Pilar Soler fue llamada por la dirección del partido para su traslado a Francia, concretamente a Toulouse, debía dar explicaciones e informar, puesto que era el enlace de Monzón. En Francia permaneció bajo la identidad falsa de Josefina Peña Castillo⁶⁰ y parti-

⁵² Testimonio de Pilar Soler en: TVV. Canal 9: *L'Entrevista*, emisión marzo 1998. [Programa de televisión] https://www.youtube.com/watch?v=p_frY-CL904&t=211s (consultado por última vez el 01-07-2017).

⁵³ Emilia BOLINCHES: op. cit., p.26.

⁵⁴ ARV. EP: Pilar Soler Miquel, causa nº 3641-V; ARV. EP: Ángeles Soler Miquel, causa nº 3641-V.

⁵⁵ ARV. EP: Consuelo Barber Soler, causa nº 3641-V.

⁵⁶ Testimonio de Pilar Soler, recogido en, Fernanda ROMEU ALFARO: *El silencio roto. Mujeres contra el Franquismo*. Oviedo. Gráficas Summa, 1994, p. 154.

⁵⁷ Sobre Jesús Monzón, véase: Manuel MARTORELL: *Jesús Monzón, el líder comunista olvidado por la Historia*, Navarra, Pamiela, 2010.

⁵⁸ Juan AVILÉS FARRÉ: *Pasionaria. La mujer y el mito*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005, p. 170.

⁵⁹ Todo el proceso en: Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Barcelona, Crítica, 2015.

⁶⁰ Emilia BOLINCHES: op. cit., p. 260.

cipó en la Unión de Mujeres Españolas, formando parte de su Consejo General.⁶¹ Allí, conoció en 1955 a Antonino, su compañero sentimental hasta el final de sus días, juntos regresaron a España en 1971:

Cuando yo regreso en el 71 del exilio, me digo: yo voy a denunciar que mi identidad es falsa y entonces empiezo una evolución (...) Y me convierto en la mujer que quiere venir a su país, vivir aquí, a ver qué pasa y arreglar mi vida. ¡Arreglar mi vida! Esta es la palabra. Porque yo en Francia, no he sido una “liberada” de las cuestiones que el Partido te mandaba (...) Tantos años si mi hija y con todas las cosas que ocasionó ese alejamiento de mi vida, esto ha ocasionado en mis tremendas situaciones. No de depresión, ya que, en el fondo, yo sabía que aquello tenía que acabar y tenía que arreglar el asunto conmigo misma.⁶²

A mediados de los años setenta, Pilar Soler militaba activamente en el Movimiento Democrático de Mujeres del País Valenciano y se involucró en las campañas feministas en los años de la Transición Democrática. En 1979 formó parte del Comité Central del Partido Comunista del País Valenciano. En 1982 pasó a militar en el PSOE. Falleció en Valencia en junio de 2006.

El retrato colectivo: la Agrupación de Mujeres Antifascistas.

Margarita Nelken y Pilar Soler desarrollaron una parte importante de su militancia feminista en el ámbito de la cultura política comunista y en la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA), si bien desde planos distintos: Margarita, diputada en Cortes y como miembro en la dirección estatal de Mujeres Antifascistas, así como en el Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo. Mientras que Pilar desarrolló una militancia de base con cargos de carácter provincial.

Esta organización fue un espacio de actuación política, pero también de sociabilidad femenina para las muchas mujeres que junto a Margarita y a Pilar militaron en AMA. Mujeres que con su colaboración en esta organización adquirieron nuevas experiencias vitales y nuevos aprendizajes relacionados con la participación en la vida pública y con una mayor autonomía en la vida privada. Podemos decir que la guerra marcó un punto de inflexión, con la actuación política y social de miles de mujeres, lo que conllevó la alteración de la cotidianidad y una ruptura coyuntural del tradicional confinamiento femenino en el hogar.⁶³

Así, en este apartado se trata de elaborar, a modo de “retrato colectivo” lo que fue la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA) durante el contexto bélico. La creación de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, se remonta a 1933 cuando ante la amenaza del fascismo se formó el Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, en el que Margarita Nelken participó activamente asistiendo a las reuniones celebradas en Madrid en 1936.⁶⁴ La

⁶¹ *Boletín de Mujeres Antifascistas Españolas*, nº 10. s/f; *Boletín de Mujeres Antifascistas Españolas*, nº 8, mayo 1947.

⁶² Testimonio de Pilar Soler, recogido en, Fernanda ROMEU ALFARO: op. cit., p. 168.

⁶³ Ana AGUADO: “Les Dones valencianes...”, p. 28.

⁶⁴ Pelayo JARDÓN PARDO DE SANTAYANA: *Margarita Nelken, del feminismo a la revolución*, Madrid, Ed. Sanz y Torres, 2013, p. 415.

sección española de este Comité Mundial se denominó Agrupación de Mujeres Antifascistas, con el objetivo de ser una organización femenina unitaria.⁶⁵ Pero desde el principio la dirección fue comunista.

El congreso fundacional del Comité Nacional de AMA se celebró en agosto de 1934 en Madrid, recayendo la presidencia honorífica en Catalina Salmeron y la presidencia efectiva en Dolores Ibarruri. Por entonces formaban parte del Comité Nacional mujeres de diferentes procedencias políticas, como Victoria Kent, Federica Montseny o Clara Campoamor,⁶⁶ entre ellas se encontraba Margarita Nelken. Asistieron a este congreso mujeres de toda España, la Secretaria recayó en Emilia Elias, y entre las numerosas asistentes estaba una delegación valenciana formada por Agustina Sánchez y Pilar Soler.⁶⁷ Así, vemos ya la implicación y el compromiso con esta organización de nuestras dos biografiadas, ambas coincidieron en este encuentro fundacional del AMA.

Desde su creación, el AMA, desarrolló una gran actividad de movilización femenina, pero las tareas se intensificaron durante el conflicto bélico con manifestaciones de ayuda a las víctimas del fascismo y contra la guerra y la política militar.⁶⁸

Tras los sucesos de Asturias en octubre de 1934, donde como hemos visto Margarita Nelken tuvo un activo papel como diputada, el AMA fue ilegalizada, por apoyar a las familias de los mineros insurrectos, pasando a la clandestinidad y siendo sustituida por una nueva organización, la Asociación Pro-Infancia Obrera, presidida por Clara Campoamor, que realizó tareas de ayuda a las familias mineras asturianas.⁶⁹

En 1936, la organización volvió a aparecer con el nombre de Mujeres Antifascistas y ante las elecciones de febrero de ese año apoyaron activamente al Frente Popular:

¡Atrás la caverna, atrás el fascismo! ¡Por nuestros hermanos, por nuestros maridos, por nuestros hijos, por nosotras mismas, por la causa del progreso, votad al Frente Popular!⁷⁰

Con el alzamiento militar de julio de 1936, la Agrupación de Mujeres Antifascistas se expandió por toda la España republicana y durante los tres años que duró la guerra llegó a contar con unas 60.000 afiliadas.⁷¹

Al comenzar la Guerra Civil, el AMA se planteó la creación de un frente unido que integrara a las españolas en la causa antifascista, por medio de una alianza nacional de mujeres como un frente popular femenino, como plataforma transpolítica de mujeres antifascistas. Así, convocaban:

¡Republicanas, socialistas, libertarias, comunistas, sindicalistas, jóvenes! Todas unidas formemos la Alianza Nacional de la Mujer Española.⁷²

⁶⁵ Irene FALCÓN: op. cit., p. 98.

⁶⁶ Mónica MORENO SECO: "Republicanas y República en la guerra civil: encuentros y desencuentros." *República y republicanas en España. Ayer*, 60 (2005) pp., 165-195, p. 170.

⁶⁷ Irene FALCÓN: op. cit., p. 100.

⁶⁸ Mónica MORENO SECO: op., p. 170.

⁶⁹ Juan AVILÉS FARRÉ: op. cit., pp. 88-89.

⁷⁰ *Mundo Obrero*, 31 enero 1936.

⁷¹ Ana AGUADO: "Les Dones valencianes...", p. 31.

En Valencia y provincia, ámbito en que militaba Pilar Soler, se constituyeron comités de Mujeres Antifascistas en pueblos como Godella, Rafelcofer, Museros, Pedralba, Buñol, Benifayó, Foios, Gandía, Sagunto, Torrente, Benimámet, Benicalap, Benifaió, Ontiyent, Fontaneres, El Perelló, Gandía. En Valencia ciudad, los comités del AMA trabajaban en diferentes barrios como Monteolivete, Ruzafa, Museo, o el Distrito Marítimo.⁷³ A este respecto, Pilar Soler recordaba algunas de las actividades impulsadas por los Comités del AMA valencianos durante las duras condiciones de la Guerra Civil, bajo los continuos bombardeos:

Los pueblos se vaciaban de brazos en el campo. Los hombres eran llamados a filas. Esta fue otra atención para las mujeres. Tuvieron que ir al campo, pero aun así, no se lograban cubrir las necesidades de la población. Mujeres Antifascistas en Valencia organizó una cooperativa de venta de patatas. También nos encargamos de montar talleres de confección de ropa para los soldados. También talleres de municiones para la guerra (...) Contábamos con nuestro semanario *Pasionaria*, que enviábamos a toda nuestra organización. Llegamos a tener doscientos cuarenta y cinco comités en la provincia.⁷⁴

Destaca en esta organización femenina la evolución de su discurso como organización pacifista en 1933 durante la República y el cambio discursivo en la Guerra Civil, cuando el AMA desarrolló un *pacifismo realista* que identificaba la República con la paz, por lo que había que defenderla y derrotar al fascismo si se quería conseguir la paz y la libertad.⁷⁵ Las mujeres de AMA tomaban conciencia de la necesidad inevitable de defender la República incluso con las armas. Había que resistir al fascismo para garantizar la paz de las generaciones futuras. En 1936, Dolores Ibarruri llamaba a la defensa de la legalidad republicana contra la agresión del fascismo encarnada en el golpe de Estado del 18 de julio:

El infierno que pintó Dante es un pálido reflejo de la realidad de la situación de los pueblos por donde han pasado estos vándalos modernos. Niños y viejos asesinados, mujeres violadas, atropelladas y escarnecidas, monumentos artísticos destruidos. Por dondequiera que pasan han sembrado el exterminio y la muerte (...) Y siendo hoy esta amenaza tan grande, siendo este peligro tan pavoroso, que amenaza las libertades, que amenaza a millares de trabajadores.⁷⁶

A través de la propaganda, carteles y en sus revistas: *Mujeres y Pasionaria*, llamaban a la incorporación femenina en la lucha antifascista, en defensa de la libertad. Esta apelación se relacionaba con la maternidad, una maternidad combativa defensora de la vida frente a la brutal devastación de la guerra. Una maternidad combativa que ayudaba a conformar una

⁷² Secretaría Provincial de Mujeres Antifascistas de Valencia, junio 1937. Carteles de Guerra (1936-1939) Col. Universidad de Valencia (http://webliblioteca.uv.es/cgi/view.pl?source=uv_ca_i19390300) (consultado por última vez el 01-07-2017)

⁷³ Mary NASH: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid, Taurus, 1999.

⁷⁴ Emilia BOLINCHES: op. cit., p. 154-155.

⁷⁵ Mónica MORENO SECO: op. cit., p. 171.

⁷⁶ *Mundo Obrero*, 24 agosto 1936.

identidad colectiva femenina que traspasaba fronteras y religiones. Se llamaba a una “solidaridad universal maternal”:

¡Mujeres católicas, protestantes, mujeres de todas las tendencias, de todas las razas, de todas las religiones! Pensad en el dolor de las madres españolas. ¡Venid en nuestra ayuda!⁷⁷

Así, la maternidad combativa con su compromiso de lucha antifascista politizó el contenido del modelo maternal tradicional. La maternidad se concibió como una función social, poseedora de conocimientos y capacidades, proveedora de servicios colectivos y de cuidados. Es decir, tareas relacionadas con el bienestar de la retaguardia antifascista.

Por otra parte, el AMA, tutelada por el PCE, en general no se centró en la especificidad de la emancipación femenina, este era un tema que no se trataba, puesto que se suponía que la emancipación se produciría con la derrota del capitalismo. Partiendo de esta tesis del comunismo ortodoxo había que subordinar cualquier demanda femenina a la lucha del partido y proyectar a las mujeres españolas antifascistas el modelo de las mujeres soviéticas como referente de maternidad social y combativa.⁷⁸

Colaboraron con el gobierno republicano a partir de septiembre de 1936 mediante la creación de una Comisión de Auxilio Femenino. El objetivo de esta Comisión, era cooperar en el suministro del frente y ayuda a los combatientes. A partir del otoño de 1936 el decreto de Largo Caballero sobre Reorganización de las Milicias y la consigna “Hombres al Frente, mujeres al trabajo”⁷⁹ conllevó una intensa participación de las mujeres en la producción, en fábricas, talleres. Siguiendo la medida gubernamental AMA hacía llamamientos para que las mujeres se prepararan para alistarse en los Frentes de Trabajo:

Debemos estar dispuestas a secundar entusiásticamente las órdenes del Gobierno para nuestra incorporación al trabajo y debemos, sobre todo, prepararnos rápidamente para ocupar los puestos que en la producción han de señalárenos.⁸⁰

Acorde con estos llamamientos Pilar Soler pedía en Valencia la colaboración de las mujeres en las tareas agrícolas:

Vuestra tierra, la que están defendiendo bravamente nuestros hombres debe ser pródiga. El puesto que deje libre un campesino ocupadle vosotras, haced que con vuestro esfuerzo que las tierras produzcan más; que no hagan falta en ella los brazos de los hombres que ocupan un puesto en las líneas de fuego.⁸¹

⁷⁷ *Mundo Obrero*, 18 julio 1937.

⁷⁸ Sobre el modelo identitario de las mujeres comunistas, véase: Eric D. WEITZ. “L’home heroic i la dona eterna. Gènere i política en el comunismo europeu, 1917-1950.” *Afers*, nº 33-34 (1999), pp. 393-414.

⁷⁹ Mary NASH: op. cit. p. 97. Se obligó a la retirada de las milicianas a la retaguardia argumentando que obstaculizaban el desarrollo correcto del esfuerzo bélico. .

⁸⁰ *El Sol*, 3 octubre 1937.

⁸¹ *Rutas. Semanario de Orientación Política y Social*, 6 octubre 1937.

Pero la ocupación de puestos laborales por las mujeres en la retaguardia, se hizo de manera selectiva dependiendo de actividades y manteniendo una diferenciación salarial de un cincuenta por cien entre salarios femeninos y masculinos.⁸²

Fue en Valencia, como sede de capital de la República donde se celebró en octubre de 1937 la Segunda Conferencia Nacional de Mujeres Antifascistas (AMA)⁸³, a ella asistieron Pilar Soler y su hermana Angelita. Dicho encuentro estuvo presidido por Dolores Ibarruri, Irene Falcón y Emilia Elías, también asistió la socialista Matilde Huici. En la presidencia de honor póstuma Lina Odena y Aida Lafuente. En esta conferencia el predominio de las mujeres comunistas era ya casi absoluto, consecuencia de la polarización política del momento. Sin embargo desde la propia organización se seguía llamando a la unidad de todas las mujeres:

La Segunda Conferencia Nacional no debe ser solamente la conferencia de las mujeres organizadas en nuestras Agrupaciones. En ella debe oírse la voz de las jóvenes Unión de Muchachas, la voz de las Mujeres Libres, para que ellas nos expongan sus aspiraciones, sus reivindicaciones, sus problemas. ¡Viva la Alianza Nacional de las Mujeres Españolas!⁸⁴

En su discurso Dolores Ibarruri destacó las reformas a favor de las mujeres, aunque observó que había sido necesaria la guerra para que se pusieran de manifiesto las capacidades femeninas.⁸⁵ Se hizo balance de las actividades desarrolladas en un año de guerra, de la intensa actividad en apoyo de la República, pero en la retaguardia y principalmente en tareas auxiliares.⁸⁶

Se demandaba al Ministerio de Defensa la puesta en vigor del decreto que debía incorporar a las mujeres a la producción de guerra y a la industria, ya que todavía se tropezaba con serias resistencias. Igualmente demandaban la instalación de comedores colectivos, casas cuna y guarderías junto a los centros de producción y las barriadas; la creación de escuelas de capacitación para las mujeres; la igualdad de salarios entre hombres y mujeres por el mismo trabajo, así como la protección de las madres trabajadoras.⁸⁷

En noviembre de 1937, se celebraba el I Congreso de la Dona Catalana convocado por la Unió de Dones de Catalunya organización filial del AMA, la sesión última de dicho congreso la cerró Margarita Nelken con un emotivo discurso en el que pedía a las mujeres unidad para la victoria.⁸⁸ Un año después, en 1938, Margarita Nelken participó en Barcelona en el homenaje de despedida de Elvira Elena de Taborda, presidenta honorífica de la sección femenina del Comité de Ayuda a la España republicana en Córdoba (Argentina). Dicho homenaje fue organizado por el Comité Nacional de Mujeres Antifascistas en agradecimiento a Elvira Elena de Taborda por la ayuda prestada en el conflicto bélico.⁸⁹

⁸² Ana AGUADO: "Les Dones valencianes...", p. 27.

⁸³ *Estampa*, 13 noviembre 1937.

⁸⁴ Comité Provincial Mujeres Antifascistas de Valencia, 1937. Carteles de Guerra (1936-1939). Universidad de Valencia (http://webliblioteca.uv.es/cgi/view.pl?source=uv_ca_i19383885) (Última consulta 25 julio, 2017).

⁸⁵ *Frente Rojo*, 29 octubre 1937.

⁸⁶ *Estampa*, 13 noviembre 1937.

⁸⁷ *El Sol*, 2 noviembre 1937.

⁸⁸ *La Vanguardia*, 9 noviembre 1937.

⁸⁹ *Frente Rojo*, 26 octubre 1938.

Por otra parte, a pesar de las circunstancias de la guerra, la incorporación de las mujeres al ámbito laboral fue lenta. A modo de ejemplo, en abril de 1938 las direcciones valencianas de los sindicatos UGT y CNT recurrieron a reclutamientos forzosos. Aun así, a finales de 1938 todavía se hablaba de la incorporación femenina, cuando prácticamente la mitad de la población masculina estaba movilizada. A este respecto, el periódico *Verdad* publicaba: «100.000 mujeres a la producción en el plazo de días. En cada fábrica, al lado de cada obrero, una mujer que se capacite para sustituirle»⁹⁰.

Pilar Soler recordaba algunas de las actividades impulsadas por los Comités del AMA en Valencia, así como la elaboración de una revista propia, denominada *Pasionaria*. Todo ello en las duras condiciones de la Guerra Civil, bajo los continuos bombardeos:

Los pueblos se vaciaban de brazos en el campo. Los hombres eran llamados a filas. Esta fue otra atención para las mujeres. Tuvieron que ir al campo, pero aun así, no se lograban cubrir las necesidades de la población. Mujeres Antifascistas en Valencia organizó una cooperativa de venta de patatas. También nos encargamos de montar talleres de confección de ropa para los soldados. También talleres de municiones para la guerra (...) Contábamos con nuestro semanario *Pasionaria*, que enviábamos a toda nuestra organización. Llegamos a tener doscientos cuarenta y cinco comités en la provincia.⁹¹

En 1938 se reconocía el fracaso de la Comisión de Auxilio Femenino y nuevamente se formó una comisión para incrementar el papel de las mujeres en el trabajo y el apoyo auxiliar a los heridos y sus familias. Entre otras tareas plantearon: el aumento del personal femenino en los talleres vinculados al Ministerio de Guerra; contacto con los Cuarteles de Suministros Militares para la distribución de productos; nombramiento de delegaciones femeninas para visitar hospitales y auxiliar a los heridos; creación de orfanatos para los hijos de los combatientes y organización del auxilio oficial para las trabajadoras de las industrias especializadas en material de guerra y para sus hijos.⁹²

Pero a pesar de que contaban con el apoyo gubernamental, siguieron sin poder integrarse plenamente en los servicios del Ministerio, persistía la resistencia a la presencia femenina, en círculos militares y en la política, al considerarse que estos temas pertenecían al ámbito masculino.

A este respecto, hay que tener en cuenta que AMA no ponía en entredicho su asignación a un papel de apoyo auxiliar. Su objetivo primordial era luchar contra el fascismo y defender la república democrática auspiciada por el Frente Popular.⁹³ En los discursos de AMA se buscaba el equilibrio entre la función doméstica y la maternal, y la incorporación masiva de las mujeres a la producción. Desde esta apelación realizaban una asociación entre la incorporación de las mujeres al trabajo y sus derechos como ciudadanas.⁹⁴

El 1 de abril de 1939 Franco dio el último parte de guerra. Las mujeres que defendieron la Segunda República, entre ellas las que pertenecían al AMA, padecieron la represión,

⁹⁰ *Verdad*, 15 abril 1938.

⁹¹ Emilia BOLINCHES: op. cit., p. 154-155.

⁹² Mary NASH: op. cit., p. 119.

⁹³ *Ibíd.*, p. 120.

⁹⁴ *El Sol*, 5 diciembre 1937.

una represión específica y diferenciada por su condición femenina, como le ocurrió a Pilar Soler, a su madre y a Consuelo Barber, entre otras muchísimas más. Desfilaron por los tribunales militares y poblaron las prisiones en condiciones infrahumanas. Otras muchas, recién acabada la guerra pudieron salir hacia el exilio como Margarita Nelken o como Angelita Soler, hermana de Pilar, exiliadas a México o a Francia, allí crearon organizaciones como la Unión de Mujeres Españolas y la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas. Otras, muchas otras, quedaron en el exilio interior y participaron en la reorganización de la lucha antifranquista en la clandestinidad.

A modo de conclusión

Los relatos biográficos de Margarita Nelken y Pilar Soler, nos muestran dos trayectorias, dos proyectos vitales que compartieron un ideario emancipatorio y un proyecto político colectivo, identificándose ideológicamente con la cultura política comunista y militando activamente en el PCE y en la Agrupación de Mujeres Antifascistas. No sabemos si personalmente se llegaron a conocer, si, por ejemplo, Pilar acudió a la Conferencia sobre La Mujer en la URSS que dio Margarita Nelken en Valencia en 1937, o si en alguna ocasión intercambiaron un saludo. Sí sabemos de la admiración que despertaba en ambas el modelo de sociedad y de mujer soviética y del compromiso político que adquirieron en su defensa de la República.

Estas dos experiencias de vida son significativas porque recuperan memorias de mujeres y nos muestran identidades de género y diferencias sexuales. Sin embargo, hay que señalar que existieron entre ambas toda una serie de factores que influyeron en su construcción identitaria, en su manera de entender el mundo, en sus vivencias y experiencias personales.

Así, aparecen importantes contrastes entre ambas como la edad, ya que entre ellas hay una diferencia de dieciocho años. Margarita Nelken cuando se proclamó la Segunda República tenía 35 años, dos hijos y una trayectoria profesional fulgurante. Pertenecía a una generación de mujeres caracterizada por su preparación cultural, su modernidad y su feminismo. De forma que con la Segunda República, ella perteneciente a esta élite intelectual femenina tuvo un especial protagonismo por su activismo en la vida cultural y especialmente en la política del país, al ser elegida diputada en las tres legislaturas. Es en este marco donde se sitúa su compromiso feminista y político, primero con el PSOE y posteriormente en el PCE. Con el final de la Guerra Civil, Margarita Nelken se exilió a México, donde seguiría con su ingente producción como escritora y como crítica de arte. Mantuvo su lucha contra el franquismo y su denuncia de la represión en España y colaboró con las organizaciones antifranquistas desde el exilio, entre ellas la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas. Murió en el exilio mexicano en 1968.

Mientras que Pilar Soler en 1931 era una joven de 17 años que vivía en la casa familiar, tenía una formación cultural básica pero fuertes inquietudes políticas y sociales. Buscaba poder desarrollar un proyecto de vida autónomo y profesional. Además, su experiencia por su condición de hija de madre soltera alentó en ella una sensación de rebeldía que la condujo a luchar por la justicia social y el feminismo desde las propuestas del Partido Comunista y Mujeres Antifascistas. Su trayectoria de militancia abarca desde la Segunda República hasta los años de normalización democrática en España. Una extensa trayectoria que llevó a Pilar a la

cárcel, el exilio y el posterior retorno a España en los años setenta. Una militancia que mantuvo activa hasta su fallecimiento en el año 2006.

Igualmente, hay que destacar las diferencias en ambos relatos biográficos en cuanto a procedencia social y formación. Margarita Nelken pertenecía a la burguesía de origen centroeuropeo, había sido educada en el seno de una familia culta, hablaba varios idiomas y estudió en diversos países extranjeros. Por el contrario, Pilar Soler, fue durante su infancia poco a la escuela y comenzó a trabajar con apenas dieciséis años, combinando su trabajo con estudios en una Escuela de Comercio. No obstante, su motivación y curiosidad, así como el ambiente político durante la República y sus relaciones con jóvenes de la FUE la condujeron a adquirir una sólida formación política.

De tal forma que, en ambos relatos biográficos la edad, clase social y la formación son factores importantes puesto que marcaron de manera diferente pero significativa sus experiencias vitales, su percepción de los procesos y acontecimientos ocurridos durante la Segunda República, la Guerra Civil y la posguerra. En este sentido, los relatos biográficos de Margarita Nelken y de Pilar Soler nos ayudan a comprender e interpretar sus actuaciones como sujetos históricos y su capacidad de acción social. Sus biografías nos muestran, la habilidad de las personas de hacer algo con sus vidas a partir de lo que la vida ha hecho de ellas.

En ambos casos tanto para Margarita como para Pilar, al igual que para miles de las mujeres vencidas, la Guerra Civil y la victoria franquista marcaron sus experiencias de vida rompiendo sus esperanzas de que otro mundo era posible y fueron represaliadas por el franquismo, por la violencia represiva que se ejerció sobre la población republicana que no tendría ni paz, ni piedad, ni perdón.

Por otra parte, junto a Margarita y Pilar militaron en la Agrupación de Mujeres Antifascistas otras muchas mujeres conformando un retrato colectivo. Mujeres que adquirieron nuevas experiencias vitales, ampliaron horizontes y accedieron a una mayor formación cultural y política. Lo que les permitió nuevos aprendizajes relacionados con la participación en la vida pública y con una mayor autonomía en la vida privada. Así, en el contexto de la Guerra Civil se produjo una aceleración de los cambios en los modelos de género y en las relaciones entre los sexos. Pero en el análisis sobre el significado de las guerras para las mujeres, debemos movernos entre los cambios y sus límites o continuidades. Es decir, en la persistencia de modelos de género tradicionales, junto a modelos emancipatorios, entre la maternidad combativa y la miliciana con fusil al hombro símbolo de la resistencia antifascista. Sin embargo, incluso en el contexto bélico y a pesar de los esfuerzos de la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA), así como de otras organizaciones de mujeres, las reticencias a la colaboración femenina no se superaron. Lo que en la práctica conllevó una infrautilización del enorme potencial que representaba la movilización femenina de la retaguardia. Así, a pesar de los cambios que se estaban produciendo en las relaciones de género, las organizaciones femeninas antifascistas no tuvieron la suficiente fuerza como para modificar los valores y las normas de conducta tradicionales.

Finalmente hay que señalar que las experiencias vitales individuales, al igual que las actuaciones y respuestas colectivas femeninas en la Guerra Civil, no fueron homogéneas ni unívocas, sino plurales y heterogéneas. Estuvieron influenciadas por aprendizajes históricos anteriores y en función de sus propias realidades de género, clase, de identidades culturales y políticas. Fue a partir de estos itinerarios como las mujeres antifascistas desarrollaron sus

múltiples estrategias de resistencia y su capacidad de actuación histórica en el proceso de transformación social durante la guerra. La propia experiencia colectiva anterior les facilitó la capacidad de organizar formas de acción colectiva y respuestas sociales acordes con sus realidades e inspiradas en situaciones socioeconómicas y culturales pasadas. Este aprendizaje histórico les sirvió para elaborar estrategias de resistencia y supervivencia durante el conflicto bélico y para poner en marcha, ya durante el franquismo y a pesar de la violencia represiva, la reorganización de la lucha antifranquista en la clandestinidad del interior o en el exilio.

Enrique Líster: el antimilitarista que llegó a general

Enrique Líster: The antimilitarist leader who became a general

Víctor Manuel Santidrián Arias
vsantidrian@gmail.com

Resumen: Jesús Liste Forján (1907-1994) nació en una familia gallega pobre, de tradición cantera y campesina que parecía destinada a la emigración. Por lo tanto, sus orígenes sociales no parecen ser los más adecuados para convertirse, ya como Enrique Líster, en uno de los más conocidos jefes militares del Ejército Popular de la República.

Sus contactos juveniles con formas de violencia intercomunitaria en Galicia, su emigración a Cuba, donde se produjo su socialización política, su militancia en el Partido Comunista de España —labrada en la Unión Soviética de los años 30 del siglo XX— y el estallido de la Guerra Civil son algunos de los factores que sirven para explicar una carrera militar que fue más allá de la derrota de la II República española.

Fue después de su regreso de la URSS en 1935, donde recibió la formación adecuada, cuando su militancia le hizo entrar en contacto con el mundo castrense, tanto a través de la acción clandestina en los cuarteles —la llamada «actividad antimilitarista» que, en realidad, no pretendía generar actitudes antimilitaristas sino subvertir el orden del ejército tradicional, el ejército burgués— como por su participación en grupos armados relacionados con el Partido Comunista de España, las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas.

Enrique Líster fue organizador de unidades militares del nuevo Ejército Popular de la República, al frente de las que tomó parte en gran parte de las principales batallas de la Guerra Civil y alcanzó el empleo de coronel. Finalizado el conflicto, Líster, que continuó su formación militar en la Unión Soviética y se encuadró en su ejército y en el de los de Polonia y Yugoslavia, se había convertido en uno de los referentes militares del PCE.

Palabras clave: antimilitarismo, comunismo, Líster, milicias, violencia política

Abstract: Jesús Liste Forján (1907-1994) was born into a poor Galician family, of quarry and peasant tradition that seemed destined for emigration. Therefore, its social origins do not seem to be the most adequate to become, already like Enrique Líster, one of the best known military leaders of the Popular Army of the Republic.

His early contacts with forms of intra-community violence in Galicia, his emigration to Cuba, where his political socialization took place, his militancy in the Communist Party of Spain —celebrated in the Soviet Union in the 30s of the 20th century— and the

outbreak of Civil War are some of the factors that serve to explain a military career that was beyond the defeat of the Second Spanish Republic.

It was after his return from the USSR in 1935, where he received adequate training, when his militancy made him come into contact with the military world, both through clandestine activity in the barracks—the so-called "antimilitarist activity" that, in reality, it did not intend to generate antimilitarist attitudes but to subvert the order of the traditional army, the bourgeois army—as by its participation of armed groups related to the Communist Party of Spain, the Workers Antifascist and Peasant Militias.

Enrique Lister was the organizer of military units of the new People's Army of the Republic, at the head of which he took part in a great part of the main battles of the Civil War and achieved the employment of colonel. After the conflict, Lister, who continued his military training in the Soviet Union and was part of its army and that of Yugoslavia and Poland, became one of the military references of the PCE.

Keywords: antimilitarism, communism, Lister, militias, political violence

Para citar este artículo: Víctor Manuel SANTIDRIÁN ARIAS: “Enrique Lister: el antimilitarista que llegó a general”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 423-439.

Recibido: 01/03/2018

Aprobado: 01/04/2018

Enrique Lister: el antimilitarista que llegó a general

Víctor Manuel Santidrián Arias

En el discurso de la Pascua militar de 1978, el Jefe del Estado Mayor del Ejército, teniente general José Miguel Vega Rodríguez, «elogió la capacidad militar de Lister y de Modesto».¹ El comentario resulta sorprendente si tenemos en cuenta tanto que Lister había regresado del exilio hacía poco más de un año,² como la personalidad de quien pronunciaba esas palabras: un militar que había tomado parte en la Guerra Civil en el ejército de Franco, en cuyas filas había hecho toda su carrera. El teniente general añadió que «de haber recibido la debida formación militar, [Lister y Modesto] hubieran podido llegar a ser perfectamente capitanes generales competentes». No es de extrañar que la referencia a los milicianos republicanos produjera «gestos de extrañeza y de contrariedad en algún sector de los militares asistentes, e hizo que el teniente general Iniesta Cano [...] se santiguase».³ Al día siguiente, el diario *El Alcázar*, órgano de la Hermandad de Ex-Combatientes, contestó las palabras de Vega Rodríguez con una antología de textos sobre los republicanos, que supuestamente fundamentaban su incompetencia militar. Entre esos textos estaba una conocida entrada del diario de Manuel Azaña:

En las grandes unidades hay, por jefes supremos, gente improvisada, sin conocimientos: El Campesino, Lister, Modesto, Cipriano Mera... que prestan buenos servicios, pero que no pueden remediar su incompetencia. El único que sabe leer un plano es el llamado Modesto. Los otros, además de no saber, creen no necesitarlo.⁴

Tampoco sería de extrañar que las palabras de Vega Rodríguez hubieran sorprendido al propio Lister si hacemos caso a unas declaraciones de 1986 en las que el cantero gallego

¹ “El general Vega elogió la capacidad militar de Lister y Modesto”, *El País*, 6 de enero de 1978, https://elpais.com/diario/1978/01/06/espana/252889227_850215.html. Consultado por última vez el 10-02-2018.

² Con fecha del 24 de agosto de 1976 «se reitera la prohibición de entrada en España» de Carrillo, Dolores, Irene Falcón e Enrique Lister, a los que se les deniega la petición de «pasaporte normal» (Fondos Contemporáneos do Arquivo Histórico Nacional. Madrid). De los cuatro comunistas citados, Enrique Lister fue el último en regresar a España. Resulta sorprendente la tozudez del gobierno español por negar el pasaporte a Enrique Lister: la prensa recoge hasta diez negativas. Para esta cuestión véase Víctor Manuel SANTIDRIÁN ARIAS: “O caso galego dentro do exilio comunista internacional”, en Ramón VILLARES y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS (eds.), *Os exilios ibéricos: unha ollada comparada. Nos 70 anos da fundación do Consello de Galiza*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2017, pp. 223-247. Descargable en <http://consellodacultura.gal/publicacion.php?id=4305>. Consultado por última vez el 10-02-2018.

³ “El general Vega elogió la capacidad militar de Lister y Modesto”, *El País*, 6 de enero de 1978, https://elpais.com/diario/1978/01/06/espana/252889227_850215.html. Consultado por última vez el 10-02-2018.

⁴ La cita que reproducía *El Alcázar* corresponde a la entrada del Cuaderno de La Pobleta de Manuel Azaña de 6 de agosto de 1937, en la que el Presidente de la República narra la visita del teniente coronel Menéndez, quien describía la situación del Ejército Popular en los términos citados (Manuel AZAÑA: *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 1073).

afirmaba ser un «antimilitarista de sentimiento» cuya carrera militar respondía al cumplimiento del deber que le había sido asignado —lo que, por cierto, no deja de ser una explicación de marcado carácter castrense—. ⁵ Lister ni siquiera había hecho el servicio militar. En diciembre de 1929 Jesús Liste Forján fue llamado a filas por la Junta de Clasificación y Revisión de A Coruña que remitió su cartilla militar al ayuntamiento de Teo para que le fuera entregada a nuestro biografiado y se presentara en la Caja de Recluta de Santiago. ⁶ No sabemos si lo hizo, pero sí que no realizó el servicio militar «porque me mandaron a la cárcel». ⁷

No parece que los orígenes familiares de nuestro protagonista (nacido como Jesús Liste Forján) estén relacionados con ningún tipo de predisposición hacia la carrera militar y, sin embargo, su vida fue un encuentro con varios ejércitos. Puede que sus tempranos contactos con la violencia intercomunitaria, primero, y, posteriormente, con la violencia como parte del repertorio de acción política de sus años de formación, sirvan para entender la actividad castrense de Enrique Lister. Esto es lo que pretenden explicar estas líneas.

Los primeros años

Nacido en el seno de una familia humilde en la aldea de Calo (municipio de Teo), a pocos kilómetros de Santiago de Compostela, su madre, Josefa Forján Noya, era una campesina que combinaba trabajo doméstico y remunerado, dado que vendía los excedentes que proporcionaba la explotación agraria familiar. Los ingresos maternos coexistieron con los de Manuel Liste, marido y padre de los siete hijos de Josefa; era un cantero de profesión que, como tantos otros gallegos, parecía predestinado a la emigración, estrategia común a muchas de aquellas personas que querían mejorar su situación económica. Marchó a Cuba y, años después, le siguió su hijo Jesús, que desembarcó por primera vez en la isla en 1919. Allí vivió, aunque con varias estancias en Galicia, hasta 1928. Su permanencia en el Caribe fue determinante para su trayectoria vital porque «me fui para hacerme rico y lo que me hice fue comunista», según su propio relato. ⁸

Como el «sueño paterno» era liberar a Jesús «del cincel, del puntero y la maceta», ⁹ trabajó en varias bodegas, denominación con la que se conocía en Cuba a las tiendas de ultramarinos, negocio habitual entre la colonia española, sobre todo en la gallega. ¹⁰

⁵ Libros como *Militares republicanos de la guerra de España* (María Teresa SUERO ROCA, 1981), o *25 militares de la República* (Javier GARCÍA FERNÁNDEZ, 2011) no incluyen en sus páginas ni a Lister ni a ningún otro militar procedente de las milicias republicanas. Aunque no con profusión, los milicianos sí que están presentes en el Museo del Ejército (Toledo), en el que está expuesta la Medalla del Valor de Enrique Lister.

⁶ Archivo Histórico de Teo. Oficios de la Caja de Recluta de Santiago sobre el recluta Jesús Liste Forján, 544.5.6.

⁷ Manuel NAVARRO: «Entrevista a Enrique Lister. 60 años de militancia comunista: No reniego de nada», *El País*, 14 de agosto de 1990 (https://elpais.com/diario/1990/08/14/opinion/650584811_850215.html). Consultado por última vez el 10-02-2018). En este, como en otros recuerdos y escritos de Lister, las fechas no son muy precisas.

⁸ Antonio OLANO: «Lister: la vida, la cantera, el frío...», *Faro de Vigo*, 16 de marzo de 1986.

⁹ Enrique LISTER: *Nuestra guerra. Memorias de un luchador*, Guadalajara, Silente, 2007, p. 22.

¹⁰ Consuelo NARANJO OROVIO: *Cuba vista por el emigrante español a la isla, 1900-1959. Un ensayo de historia oral*, Madrid Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987, p. 65.

Posteriormente, la familia se trasladó a Matanzas, para regresar a La Habana, ciudad en la que, siempre según el relato de Lister, tuvo lugar un suceso que puso en contacto a nuestro protagonista con la violencia política. El 17 de septiembre de 1925 una bomba estalló en el Teatro Payret, en el centro de La Habana, frente a la cervecería Polar, propiedad de un empresario famoso por su intransigencia en los conflictos laborales.¹¹ En aquel momento, el país caribeño se encontraba bajo el mando de Gerardo Machado, dictador en plena lucha contra anarquistas, socialistas y comunistas. Pocos días antes del suceso del Payret, Machado había hecho detener a José Miguel Pérez, secretario general del recién creado Partido Comunista Cubano (PCC). La detención de Pérez y su posterior deportación —era de origen canario— se acompañó de la confiscación de documentos del PCC, que sirvieron para desencadenar una oleada de detenciones. Por orden del juez los detenidos fueron puestos en libertad después del pago de una fianza, por lo que la policía cubana buscó un nuevo pretexto para descabezar a la oposición: es en este punto donde entran en juego la bomba del Teatro Payret y Jesús Lister.

Según su versión, Lister había recibido un cesto de una mujer. A cambio de un par de pesos tenía que llevar el paquete a una dirección determinada. Lo que no sabía Jesús Lister es que ese cesto contenía una bomba, la que estalló en el Payret. Muchos años después el comunista de Calo insistía en la inocencia de su acción: «Te doy mi palabra de que yo no sabía qué había en él», afirmaba en una entrevista.¹² Conocedor o no del significado de su acción, Jesús fue interrogado por la policía cubana. Uno de los agentes le preguntó «brutalmente» de dónde había salido el cesto con la «bomba», palabra que «tenía para mí un sentido de lucha contra los opresores y explotadores».¹³ Puede que sea este un ejemplo de «construcción personal posterior de un sentido de injusticia».¹⁴

Como consecuencia de estos hechos, Jesús Lister pasó una larga temporada en un correccional cubano. Ya en libertad, el 25 de enero de 1926 recibió una noticia que cambió el rumbo de la vida de Jesús: el herrero de Calo, Manuel Jiménez Carballal, y uno de sus hijos habían agredido a Josefa Forján.¹⁵ Parece que detrás del suceso estaban las deudas del herrero con Manuel Lister, quien había construido la vivienda de Jiménez Carballal. Los Lister Forján decidieron que Jesús, el único con la documentación en regla, regresara a casa. Se embarcó el 28 de enero rumbo a Vigo, donde llegó el 11 de febrero. Dos días después estaba en Calo.

Lister no es demasiado preciso en la narración de lo ocurrido en esas semanas. Sabemos que el 28 de marzo de 1926 Jesús Lister fue puesto a disposición del Juzgado de Instrucción por «atentado a los agentes de la Autoridad», un altercado ocurrido en la Rúa do Vilar,

¹¹ L. KHEYFETS, V. KHEYFETS, R. ORTIZ y Ch. HATZKE: «Antonio Mella: su huelga de hambre y la expulsión del Partido Comunista de Cuba. Una laguna en su biografía», *Historias* (México, D.F.), 49 (mayo-agosto de 2001), pp. 107-145 (Descargable en <http://www.latinamericanstudies.org/cuba/mella.pdf>. Consultado por última vez el 10-02-2018). La datación de este y otros acontecimientos que Lister recoge en sus memorias es confusa, lo que queremos atribuir a los muchos años pasados entre los sucesos narrados y la fecha en que fueron escritos los libros del gallego.

¹² Antonio OLANO: op. cit.

¹³ Enrique LÍSTER: op. cit., pp. 22-23.

¹⁴ Rafael CRUZ: *Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 32.

¹⁵ Enrique LÍSTER: op. cit., p. 25. Lister data estos acontecimientos en 1925, pero creemos que se trata de un error cronológico.

en pleno Santiago de Compostela, que no parece tener origen político.¹⁶ Poco después, la Guardia Civil realizó un registro en la casa de los Liste Forján, donde encontró una pistola.¹⁷ Finalmente, el 30 de abril de 1926, Jesús se «batió» con el *ferreiro* Manuel Jiménez Carballal y su hijo, por lo que fue denunciado ante el Juzgado de Instrucción por heridas de pronóstico reservado.¹⁸

Unos meses después, nuestro protagonista volvió a ser denunciado por causar herida de arma de fuego a otro vecino de Calo, en este caso Manuel Martínez.¹⁹ Si la memoria de Lister no falla, tuvo otro choque, en este caso con la Guardia Civil. Decidió entonces volver a Cuba para evitar una nueva estancia carcelaria. Era el mes de enero de 1927.

Ya en La Habana, Jesús Liste recuperó la tradición laboral paterna y empezó a trabajar como cantero en la construcción del Centro Asturiano de la capital cubana.²⁰ Entró en contacto con los líderes sindicales y llegó a ser elegido representante del Sindicato de Canteros de La Habana. De la mano de uno de aquellos sindicalistas ingresó en el perseguido Partido Comunista Cubano (PCC), que había sido fundado tan solo dos años antes y que vivía un momento agitado, con frecuentes cambios en la dirección y complicadas relaciones con Moscú.

Los historiadores discuten la importancia de los trabajadores inmigrantes en el desarrollo del movimiento obrero cubano. Parece que la militancia del joven PCC se nutrió de trabajadores inmigrantes: judíos, chinos... y españoles. Así, por ejemplo, el primer secretario general del PCC, el ya citado José Miguel Pérez, era un inmigrante canario, quizás quien abrió las puertas del partido a Jesús Liste. Partido, como hemos dicho, perseguido por la dictadura machadista por lo que el de Calo tuvo que abandonar Cuba nuevamente y regresar a España.²¹

Otra vez en Galicia

Comenzaba de esta manera otro periodo convulso en la vida de Jesús, que entró y salió en varias ocasiones de las cárceles de Padrón, Santiago y A Coruña. El 8 de octubre de 1927, a los pocos días de llegar a Galicia, fue detenido por lesiones y puesto a disposición de la autoridad.²² Un año después, el 22 de octubre de 1928 fue denunciado al Gobernador Civil de A Coruña por escándalo e insolencia con los agentes de la autoridad.²³ No parece que todas las

¹⁶ Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725.

¹⁷ Enrique LÍSTER: op. cit., p. 26.

¹⁸ Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725.

¹⁹ El suceso data del 4 de agosto de 1926. Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725.

²⁰ En *Memorias de un luchador* leemos que fue en 1924, con diecisiete años (Enrique LÍSTER: op. cit., p. 25). A nosotros no nos salen las cuentas de esa manera.

²¹ *Ibidem*, p. 33.

²² Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725.

²³ La detención, en la que le acompañó Luis Regueiro Torreira, tuvo lugar en la rúa Preguntoiro de Santiago de Compostela. Apercibidos verbalmente por un guardia por manosear a una mujer, Jesús y Luis «se insolentaron» contra la autoridad «con palabras groseras y blasfemando al ser detenidos», según el atestado policial (Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725).

detenciones estuvieran relacionadas con su «odio» a la Guardia Civil, revolucionario sentimiento que «venía de un día de carnaval, cuando yo tenía ocho años».²⁴

En mayo de 1929 fue nuevamente detenido. Lister aduce motivaciones políticas. Durante uno de sus periodos carcelarios había entrado en contacto con el Partido Comunista de España (PCE) y, al quedar en libertad, formalizó su afiliación en Santiago de Compostela. En aquellos meses simultaneó su trabajo como cantero con la organización del partido y el Sindicato de Oficios Varios de Teo. Una noche de sábado, después de una asamblea con un grupo de trabajadores de la madera, ya de regreso a casa, Jesús Lister se cruzó con una procesión. Mientras el sacerdote le exigía muestras de respeto, aparecieron tres guardias para detenerle. «La injusticia de la detención, las sonrisas del cura y de otros que presenciaban la escena, me revolvió de tal forma la sangre que de un puñetazo mandé a rodar a tierra al guardia Sanmiguel».²⁵ Después de dieciocho días de cárcel, salió en libertad provisional, pero el 9 de noviembre volvió a tener problemas con la Benemérita, aunque en esta ocasión sin consecuencias legales.²⁶

El escritor José María Castroviejo, preso en la cárcel de Santiago por las algaradas estudiantiles contra la dictadura de Primo de Rivera, rememoraba este episodio, muchos años después, en un artículo del diario *ABC*. Una madrugada Castroviejo vio ingresar en la Falcona —los calabozos de Santiago de Compostela— a «un fuerte mozo moreno y de pómulos salientes, un tipo muy celta», incomunicado y a disposición del juez militar. El detenido no era otro que Jesús Lister, acusado de haber agredido a dos guardias civiles. Castroviejo dice que aquel joven «bullanguero y valiente en las romerías», se movía

siguiendo una herencia ancestral al margen de toda política, toda romería gallega que se apreciase no podía terminar sin pelea: Vaamonde contra Trobe, Vilariño contra San Fiz, Teo contra Cacheiras... Las parroquias se enzarzaban que era un alabar a Dios.²⁷

Como en otros territorios, la violencia intercomunitaria entre mozos de aldeas rivales ha sido un fenómeno de cierta regularidad en la Galicia contemporánea. Alcanzó tal intensidad que durante la dictadura de Primo de Rivera, precisamente los años a los que nos estamos refiriendo, el gobierno adoptó medidas severas para poner fin a esta costumbre. En este sentido, Cabo Villaverde y Vázquez Varela apuntan que algunas formas de acción colectiva de repertorio moderno del movimiento agrarista o de organizaciones políticas contemporáneas se

²⁴ Enrique LÍSTER: op. cit., p. 29. En los primeros años de militancia de Jesús Hernández, el recurso a la violencia como instrumento político era frecuente. Participó en el asalto al periódico *El Liberal*, en el que colaboraba Indalecio Prieto. Con 16 años fue condenado a cinco años de prisión, donde aprendió a leer y a escribir. No es de extrañar que cuando se hace referencia a la primera década de vida del PCE se hable de «años de plomo y rejas» (Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010).

²⁵ Enrique LÍSTER: op. cit., p. 30. El periódico *El Compostelano* del 12 de junio de 1929 informaba de la liberación de Jesús Lister, encausado en el Juzgado Militar por agresión al guardia civil Sanmiguel.

²⁶ *Ibidem*, p. 32.

²⁷ José María CASTROVIEJO: «El mozo de Calo», *ABC*, 12 de agosto de 1973. También *El Pueblo Gallego* del 21 de junio de 1929, por ejemplo, relata una pelea de mozos por una moza, en la romería de San Xulián de Sales, en las proximidades de Santiago. Varias personas resultaron heridas de bala (Dionisio PEREIRA: *José Pasín Romero: Memoria do proletariado militante de Compostela*, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2012, p. 231).

superpusieron a estas «omnipresentes enemistades locales», de forma que no desapareció «la violencia intercomunitaria como instrumento de resolución de conflictos».²⁸

El municipio de Teo, donde vivía la familia Liste, tenía una cierta tradición asociativa, debido, quizás, a la influencia del obrerismo compostelano o al dinamismo de la población emigrada.²⁹ Desde 1919 existía la citada Sociedad de Oficios y Profesiones Varias de Teo. Disuelta en 1928 por la dictadura de Primo,³⁰ reinició sus actividades a partir de 1931, cuando la familia Liste adquirió protagonismo en su labor: Líster fue elegido su presidente en una asamblea general extraordinaria que se celebró en Calo el 6 de septiembre de 1931.³¹

Mientras eso ocurría, el 23 de octubre de 1930 había sido otra vez detenido y puesto a disposición del Juzgado de Instrucción de Santiago por atentado contra agente de la autoridad.³² Y no fue la última vez. Las obras públicas promovidas por el ayuntamiento de Teo se convirtieron en foco de controversia, pues si para unos aliviaban el paro, para otros eran sospechosas de tráfico de influencias. El enfado no fue solo dialéctico y desembocó en enfrentamientos en los que la familia Liste Forján se vio implicada. En enero de 1932, Teo vivió una huelga general de varios días en demanda de mejoras salariales. La localidad quedó incomunicada. La Guardia Civil se empleó con contundencia y realizó numerosas detenciones. La resistencia de los huelguistas consiguió aumentos de salarios y la liberación de los detenidos.³³ Aquel conflicto «constituyó una gran victoria», según Enrique Líster,³⁴ pero fue detenido y puesto a disposición de Juzgado de Instrucción de Santiago el 1 de enero de 1932. Fue acusado de atentado a agentes de la autoridad.³⁵

El sábado 12 de marzo de 1932 se produjo un enfrentamiento en la casa del cacique de Ames. La prensa local decía que se había producido un muerto, Aurelio Otero Blanco, y tres heridos, en un «suceso promovido por cuestiones sociales».³⁶ El hecho se explicaba por la situación existente entre algunos sectores de la Sociedad de Oficios Varios que, descontentos con la presidencia de Jesús Liste, habían fundado otra sociedad en Ames. Cuando estaban reunidos para nombrar directiva, sufrieron el asalto a tiros de un grupo de trabajadores de Calo

²⁸ Miguel CABO VILLAVERDE, y José Manuel VÁZQUEZ VARELA: «Las otras guerra de nuestros antepasados: La violencia intercomunitaria en la Galicia rural contemporánea», *Hispania*, 251 (2015), pp. 781-804 (<http://hispania.revistas.csic.es/index.php/hispania/article/view/471>). Consultado por última vez el 10-02-2018).

²⁹ Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: *Agrarismo na comarca de Compostela 1900-1936: Cambio social e poder local no Concello de Teo*, Teo, Concello de Teo, 1994, p. 127.

³⁰ Dionisio PEREIRA: op. cit., p. 264.

³¹ Archivo Histórico del Reino de Galicia. Gobierno Civil. 1816. Véase también Enrique LÍSTER, op. cit., p. 43.

³² Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725.

³³ Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: op. cit., p. 149.

³⁴ Enrique LÍSTER: op. cit. 44.

³⁵ Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725. De esas fechas existe, además, una sentencia de A Coruña por la que se condenaba por robo en lugar no habitado, a Manuel García N. a cuatro años y nueve meses. A Jesús Liste, condenado como encubridor, le correspondió una pena menor: arresto de un mes y un día, suspensión de cargo público y del derecho de sufragio. Los condenados fueron indultados (decretos de 14 de abril y 8 de diciembre) pero el auto, fechado el 18 de octubre de 1932, no se le pudo notificar a Jesús Liste por estar fuera de España. La sentencia de A Coruña data del 6 de febrero de 1932 y fue declarada firme el 8 de septiembre del mismo año (Archivo Histórico de Teo. Oficio de remisión de la condena impuesta a Jesús Liste Forján por la Audiencia Provincial de Coruña. 18 de noviembre de 1934).

³⁶ *El Eco de Santiago*, 14 de marzo de 1932.

encabezados por Liste. Días después, fueron detenidos como autores del crimen Ricardo Otero Sueiro y Faustino Liste Forján, hermano de nuestro protagonista. Fueron puestos a disposición del Juzgado de Negreira.³⁷ El 23 de marzo de 1932, el mismo Juzgado reclamó a Jesús Liste Forján por homicidio, lesiones y disparo de arma de fuego.³⁸ Unas semanas después pesaba sobre él una orden de búsqueda y captura dictada por el Juzgado de Santiago.³⁹ Para escapar de la justicia, nuestro protagonista había iniciado el viaje que iba a marcar definitivamente su existencia.

Los primeros años soviéticos

Enrique Lister pertenece a una generación formada en el periodo 1914-1945, el de la Europa contra Europa,⁴⁰ el de la «guerra civil europea»⁴¹ el de la guerra de los treinta años, cuando las transformaciones comenzadas en épocas anteriores y, en especial, las producidas por la Guerra del 14, invalidaron unas instituciones políticas que excluían a amplios sectores de la población. Además, si bien es cierto que en España la Gran Guerra habían generado un proceso de acumulación de capital, también lo es que los beneficios no alcanzaron a las clases trabajadoras, cuyos salarios se vieron afectados por la inflación. Se produjo una «agudización de la lucha de clases» que fue aprovechada por las organizaciones obreras, que intentaron «capitalizar el descontento social existente y las exigencias de cambio democrático hacia una transformación radical del sistema político y social»,⁴² como también ocurrió en otros países. La vida política se «brutalizó»,⁴³ en el repertorio de acción política se normalizó la violencia, que dejó de ser monopolio del Estado liberal.⁴⁴ Como afirma González Calleja:

En uno u otro momento, casi todas las fuerzas políticas y sociales (militares, catalanistas, republicanos, anarcosindicalistas, comunistas, socialistas, carlistas e incluso figuras del *ancien régime* constitucional) se vieron tentadas de recurrir a la clandestinidad como modo de acción, y de utilizar la fuerza como medio de ejecución de sus proyectos políticos.⁴⁵

Además, la Revolución de Octubre había convertido en un nuevo mito para el movimiento obrero, que modificó hasta su lenguaje, marcado ahora con connotaciones militares procedentes del bolchevismo. No se trataba de un simple cambio en el código lingüístico sino de una transformación en la forma de actuar de la militancia: un partido comunista era el

³⁷ *El Eco de Santiago*, 21 de marzo de 1932.

³⁸ Archivo Histórico Nacional. Madrid. Fondos Contemporáneos. H13725.

³⁹ Archivo Histórico del Reino de Galicia, Gobierno Civil.

⁴⁰ Julián CASANOVA: *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011.

⁴¹ Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009.

⁴² Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999, p. 637.

⁴³ *Ibidem*, p. 21.

⁴⁴ Enzo TRAVERSO: *op. cit.*, p. 53.

⁴⁵ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *op. cit.*, p. 638-369.

«destacamento» de la revolución, el «ejército» del proletariado; sus dirigentes constituían el «estado mayor» que elaboraba «táctica y estrategia», etc.⁴⁶

El bolchevismo implantó en el movimiento obrero —en los partidos comunistas fundamentalmente— tres «novedades operativas»: la necesidad de establecer un contrapoder político y, lo que ahora más interesa, la acción antimilitarista y la creación de milicias obreras como embrión de un ejército revolucionario.⁴⁷ En ambos frentes de lucha encontraremos a Enrique Lister, como veremos después. Inspiradas en la literatura leninista aunque con ligeras modificaciones realizadas en el VII Congreso de la Internacional Comunista, esas tácticas perseguían la neutralización del Ejército burgués y la organización paramilitar del proletariado.⁴⁸ Volveremos sobre ellas un poco más adelante.

El Partido Comunista de España necesitaba cuadros formados para convertir en realidad esas novedades operativas, para lo que algunos militantes fueron enviados a la URSS, Lister entre ellos.⁴⁹ También recibió formación en ese curso, por ejemplo, un personaje clave en la vida del cantero de Calo: Juan Modesto. Desgraciadamente, el comentario de Modesto sobre este periodo es harto lacónico: «En el mes de julio de 1933 la dirección del Partido me envió a Moscú, a la escuela leninista, donde hice un curso de teoría marxista».⁵⁰

Después de salir de Galicia, Jesús pasó dos meses en Madrid, encargado de «cosas militares» en el cuartel de Vicálvaro,⁵¹ presumiblemente el «trabajo antimilitarista» del que hablaremos más tarde.⁵² Su destino final era Moscú, hacia donde se dirigió vía País Vasco, París y Berlín.⁵³ En la capital soviética permaneció desde septiembre de 1932 hasta finales de agosto de 1935.

⁴⁶ Rafael CRUZ: op. cit., p. 32-33; véase también Enzo TRAVERSO: op. cit. p. 52.

⁴⁷ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: op. cit., p. 643.

⁴⁸ Remitimos al análisis que realiza Juan Andrés BLANCO RODRÍGUEZ: «Las M.A.O.C. y la tesis insurreccional del PCE», *Historia contemporánea: revista del departamento de Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 129-151. Las citas siguientes están en la página 132. Blanco Rodríguez resalta la importancia de los escritos contenidos en la obra colectiva *La insurrección armada*, publicada bajo el seudónimo colectivo de A. Neuberg.

⁴⁹ También fueron compañeros de estudios un valenciano, un asturiano escapado de la represión posterior a la revolución asturiana de 1934 y Antonio Muñiz, también asturiano, que posteriormente fue dirigente de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas de Gijón y que murió en Tineo, al comienzo de la Guerra Civil. Sobre Antonio Muñiz: Juan AMBOU: *Los comunistas en la resistencia nacional republicana (la guerra en Asturias, el País Vasco y Santander)*, Madrid, Hispamerca, 1978, p. 30 y Carmen GARCÍA GARCÍA: «El Partido Comunista en la Guerra Civil y en la guerrilla», en Francisco ERICE (coord.), *Los comunistas en Asturias*, Gijón, Ediciones Trea, 1996, p. 88.

⁵⁰ Juan MODESTO: *Soy del Quinto Regimiento*, París, Editions de la Librairie du Globe, 1974, p. 8.

⁵¹ Enrique LÍSTER: op. cit., p. 54.

⁵² «La propaganda en los cuarteles por envíos de literatura ilegal es verdaderamente copiosa», se puede leer en un informe judicial inmediatamente anterior a la proclamación de la República («Informe elevado al ministro de la Gobernación sobre las actividades del PCE durante la dictadura de Primo de Rivera por el Juez Especial Salvador Alarcón: el informe fechado en Madrid el 19 de enero de 1931 consta de 50 cuartillas mecanografiadas». Archivo Histórico Nacional. Guerra Civil. Salamanca, PS Madrid Carpeta 98, Leg. 1116. El texto está reproducido y comentado en José HINOJOSA DURÁN: «Una fuente para el estudio del PCE durante la dictadura de Primo de Rivera: El informe del juez Salvador Alarcón», *Norba. Revista de Historia*, 1994, pp. 185-198.

⁵³ Enrique LÍSTER: op. cit., p. 51.

Durante ese periodo pasó catorce meses en la «Escuela Militar», en la que eran profesores, personajes que compartieron trincheras con el cantero gallego durante la Guerra Civil.⁵⁴ Además de formación sobre armamento, los asistentes a la escuela militar adquirieron conocimientos sobre cartografía por lo que Lister se reía de aquellas opiniones que afirmaban que ni él ni Modesto «sabíamos leer un mapa ni nada de cosas militares».⁵⁵

Pasados los tres años de estancia moscovita, Lister viajó de Moscú hacia París y, de Francia, pasó a España. En Madrid estaba ya en el mes de septiembre. Con él desembarcó en el aparato del Partido “toda una hornada de antiguos jóvenes comunistas procedente de la Escuela Leninista, dispuesta a la bolchevización del partido”.⁵⁶ Fue en la capital donde Victorio Codovilla, delegado de la Internacional Comunista, y Vicente Uribe le encargaron la dirección de la acción antimilitarista, que junto a su papel como instructor de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) fueron las tareas que ocuparon a nuestro protagonista hasta el golpe de Estado de julio de 1936.⁵⁷

La acción antimilitarista

Como hemos comentado anteriormente, el antimilitarismo era una de las «novedades operativas» para conquistar el poder propio de los partidos bolcheviques. Ya la cuarta de las 21 condiciones de admisión de un partido en la Internacional Comunista, de 1919, había establecido que

el deber de propagar las ideas comunistas implica la necesidad absoluta de llevar a cabo una propaganda y una agitación sistemática y perseverante entre las tropas. En los lugares donde la

⁵⁴ Desconozco si se trata de la Escuela Internacional Lenin, creada en mayo de 1926 con el objetivo de formar cuadros comunistas en la época de la bolchevización para «forjar» a los partidos jóvenes, radicales y caóticos del anterior período revolucionario y acomodarlos al nuevo patrón elaborado en Moscú” (David PRIESTLAND: *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 137-138). Por los cursos de esta Escuela pasaron entre 1932 y 1933, 597 personas, seleccionadas por sus partidos de origen (Pierre BROUÉ: *Histoire de l'Internationale Communiste 1919-1943*, París, Fayard, 1997, p. 623). Alumnos de la Escuela Lenin fueron algunos de los cuadros dirigentes del PCE durante los años treinta, como José Díaz y Jesús Hernández (Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio*, Madrid, Raíces, 2007, p. 50; Alejandro SÁNCHEZ MORENO: *José Díaz, una vida en lucha. La biografía de uno de los máximos dirigentes del movimiento obrero español*, Jaén, Almuzara, 2013, p. 99). Además de materias académicas relacionadas con la historia del partido bolchevique o sobre la construcción del socialismo en la URSS, clases de marxismo e historia del movimiento obrero, atendían al «estudio de la táctica política y de la organización de huelgas e insurrecciones, incluido el texto clásico *De la guerra* del teórico militar alemán Clausewitz» (David PRIESTLAND: op. cit., pp. 137-138) porque también recibían formación militar.

⁵⁵ Enrique LÍSTER: op. cit., 53. Es una respuesta al comentario de Manuel Azaña, al que hemos hecho referencia anteriormente. Curiosamente, en *Nuestra guerra*, Lister no se refiere a Modesto con su nombre sino que habla, sencillamente, de un camarada. Tampoco Modesto escribe sobre este episodio.

⁵⁷ Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, 2010, p. 57. La información de Hernández Sánchez procede de Antonio ELORZA y Marta BIZCARRONDO: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999, p. 483, que, a su vez, procede de documentación moscovita.

propaganda abierta presente dificultades a consecuencia de las leyes de excepción, debe ser realizada ilegalmente.⁵⁸

Negarse a desarrollar esa labor constituía «una traición al deber revolucionario y en consecuencia incompatible con la afiliación a la III Internacional».⁵⁹

La insurrección proletaria tenía necesidad de contar con las fuerzas armadas, pero era necesario fragmentarlas para eliminar a los sectores que constituían el «pilar básico del Estado burgués», para desmoralizarlas y poder contar así con los sectores partidarios de la revolución. Se trataba de neutralizar a los mandos reaccionarios, potenciar la creación de células comunistas en el seno del ejército y atraer «a la mayoría de los soldados para ejecutar las misiones revolucionarias, conjuntamente con el proletariado». La agitación entre la tropa no tenía, por lo tanto, un sentido estrictamente antimilitarista ni pacifista, no estaba dirigida contra «la formación militar de la juventud y de los obreros sino contra el orden militarista y contra la arbitrariedad de los oficiales».⁶⁰

El trabajo antimilitarista tenía un carácter eminentemente clandestino, lo que dificultaba el intento del historiador para reconstruir la labor de Enrique Lister.⁶¹ Gran parte de sus recuerdos sobre esta tarea proceden de un documento, *Algunos datos sobre la actividad clandestina*, que reproduce parcialmente en sus memorias.⁶² No es fácil contrastar con otras informaciones las procedentes de dicho documento.⁶³ *Algunos datos sobre la actividad clandestina* está firmado por Francisco Abad Soriano, que en los años republicanos era un comunista destinado como militar en el Regimiento de Infantería Saboya nº 6, situado en el Paseo Moret de Madrid, cerca del Cuartel de la Montaña. Los comunistas de este Regimiento consiguieron articular en su unidad una red de militantes a lo largo del año 1935 y en la primera mitad del 36. Su trabajo se coordinaba con el exterior gracias a los contactos con el grupo formado por «La Peque» (Alicia Herraiz), «El Peque» (Cayetano Fernández), «Jorge» también llamado «El Rubio» (Mariano Calvo, caído en el frente de Talavera en el verano de 1936), «García» (Ramos Flores, muerto en Praga en 1976), Ángel Huerga (muerto en los campos de concentración alemanes), «Clara», Bautista y «El Gordo», que no era otro que Enrique Lister. Fue Lister, precisamente, quien presidió la muy clandestina «1ª Conferencia de la guarnición de Madrid y su cantón», organizada, precisamente, para coordinar la red antimilitarista existente en la capital española. Hubo una segunda conferencia, en la primera mitad de julio de 1936, pero esa ya no estuvo presidida por el cantero gallego, quizás por estar realizando una gira

⁵⁸ Joan ESTRUCH: *Historia del P.C.E. 1. (1920-1939)*, Barcelona, El Viejo Topo, 1978, p. 136.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 136.

⁶⁰ «Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas», *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, 1973: p. 81.

⁶¹ Pierre BROUÉ: op. cit., p. 610.

⁶² *Algunos datos sobre la actividad clandestina* (Archivo Histórico del PCE. Tesis, manuscritos y memorias 26/8). Está firmado en Moscú el 30 de mayo de 1966.

⁶³ Evidentemente, el Estado no se quedó cruzado de brazos ante la amenaza comunista: un escrito de Ministerio de la Guerra dirigido al Ministro de Gobernación anunciaba el 11 de septiembre de 1931 la creación de una «Oficina de Investigación Comunista del Ejército (ICE)» (Archivo Histórico Nacional. Fondo del Ministerio del Interior. Política y orden público. Serie A. Legajo 3. 18. Véase también Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fernando DEL REY REGUILLO: *La defensa armada contra la revolución: una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1995).

para visitar las guarniciones de Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Palencia, León, Astorga, Galicia y, a la vuelta, las de Zamora, Salamanca y Ávila.⁶⁴ Sea como fuere, fue Lister, recuerda Abad Soriano, quien le comunicó el 17 de julio de 1936 que la consigna era impedir que la tropa saliera a la calle. Esta ya es otra historia.

Instrumento de agitación y propaganda antimilitarista fue el periódico *El soldado rojo*, de regularidad mensual, con cierto eco fuera de Madrid y del que, desgraciadamente, no conocemos ningún ejemplar.⁶⁵ Su difusión debió causar preocupación porque José Calvo Sotelo denunció en el Parlamento la actitud de *El Soldado Rojo*. En la sesión del 15 de abril de 1936, el diputado dijo:

¿Es que S.S. sabe —¡claro que lo sabe! —; es que su señoría ha procurado evitar la introducción de armamento con destino a fines comunistas en España? ¿Es que S.S no sabe que se están armando grupos proletarios para dar el golpe el día que tengan medios suficientes en su mano? ¿Es que no sabe S.S. que se desarrolla en los cuarteles una política enorme de indisciplina?⁶⁶

El parlamentario de Renovación Española continuó su intervención blandiendo un ejemplar de *El Soldado Rojo*, «en el que se dan nombres y apellidos de jefes y oficiales, señalándoles a la brutalidad de las gentes comunistas».

Fruto del trabajo del comité antimilitarista, a principios de 1936 había delegados comunistas en numerosas unidades militares madrileñas, que nuestro protagonista detalla en sus memorias.⁶⁷ Puede ser de interés comparar el mapa que configura esta información con el del golpe de Estado del 18 de julio de 1936, pero no es el objetivo de este texto.

Las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas

Como dijimos anteriormente, el trabajo de Lister en el Madrid anterior a la Guerra Civil se centró en la actividad antimilitarista y en la instrucción de las MAOC, que decían ser instrumentos de defensa de la actividad obrera.⁶⁸ Resulta curioso lo poco que Enrique Lister cuenta de esta experiencia pues se limita a hacer una descripción general del origen de esta organización y de su funcionamiento. Por su parte, Modesto, responsable nacional de las Mili-

⁶⁴ Enrique LÍSTER: op. cit., 58.

⁶⁵ Ibídem, p. 58

⁶⁶ ABC, 16 de abril de 1936, p. 28. La siguiente cita procede de la misma fuente.

⁶⁷ Regimiento de Infantería número 1, Regimiento de Ingenieros, Grupo de Alumbrado, Parque Central de Artillería, Carros de Combate, Escolta Presidencial, Escuela Superior de Guerra, Centro Electrotécnico y Transmisiones, Parque Central de Automóviles, Regimiento de Infantería número 2 (antes Saboya número 6), Grupo de Aviación, Regimiento de Artillería Ligera, Escuela Central de Infantería, Escuela de Equitación, Aeronáutica, Aviación de Cuatro Vientos, Aviación de Getafe, Grupo de Infantería del Ministerio de la Guerra, Compañía de Artes Gráficas del Ministerio de la Guerra, Intendencia, Sanidad, Artillería Pesada de Vicálvaro, Regimiento de Ferrocarriles de Leganés, Regimiento de Caballería de Alcalá de Henares (Enrique LÍSTER: op. cit., p. 57).

⁶⁸ Sobre el carácter de las MAOC, es de consulta obligada Juan Andrés BLANCO RODRÍGUEZ: op. cit., 1993. Véase también *Modelo de Estatutos para constituir legalmente las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas*, Archivo Histórico del PCE. Film XIV, 183.

cias bajo la dirección directa del secretario de organización del PCE, tampoco hace ninguna referencia a Lister en las páginas que dedica en sus memorias a las MAOC.⁶⁹

El propio PCE informó en su momento de que carecía de datos numéricos sobre estas, aunque afirmaba que se estaban creando en todo el país. Oviedo, Barcelona, Bilbao y Vigo eran las localidades en la que mejor funcionaban.⁷⁰ De todas maneras, su implantación nunca fue espectacular. Lister así lo reconoce cuando escribe en sus memorias que

En su propaganda, los franquistas presentan las Milicias Populares de antes de la guerra como algo impresionante por su número de sus miembros y por el armamento y la instrucción. ¡Qué más hubiésemos deseado nosotros!⁷¹

En la misma línea, Modesto, máximo responsable de las MAOC, dice:

Amigo lector, no confundas a las MAOC con otra cosa. Ni hay dinero, ni hay vestidos, ni hay comida, ni hay nada. Todo eso en los tiempos heroicos de las MAOC, que son a lo largo de toda su existencia.⁷²

Aunque al lector actual le pueda resultar sorprendente y pese a todas sus dificultades, estas milicias tuvieron una vida más visible de lo que hoy se puede entender. Sabemos, por ejemplo, que después del triunfo del Frente Popular, las Juventudes Socialistas Unificadas de Vigo hacían algún tipo de práctica militar en las proximidades de la ciudad y, con motivo de un mitin, desfilaron con camisa azul y corbata roja, el uniforme de las MAOC. También en Pontevedra, en una fecha tan temprana como el 1º de Maio de 1933, ondearon banderas de las MAOC.⁷³

Al margen de estimaciones cuantitativas, cuestión sobre la que poca información más podemos ofrecer, las MAOC fueron «los primitivos núcleos disciplinados y el armazón que permitió la creación de los primeros grupos de milicias comunistas ya en la guerra».⁷⁴ Por lo tanto, no es difícil establecer una relación entre la experiencia que los comunistas —Lister entre ellos— adquirieron en estas Milicias y la organización del Quinto Regimiento, germen del ejército republicano.⁷⁵

La militarización de Enrique Lister

En las jornadas inmediatamente posteriores al golpe de Estado, Lister desarrolló una incesante actividad que tenía como objetivo sofocar la sublevación en Madrid, principalmente

⁶⁹ Juan MODESTO: op. cit. 14-17.

⁷⁰ *Organizaciones de masas*. [¿1934, 1935?], Archivo Histórico del PCE. Microfilm X, 133.

⁷¹ Enrique LISTER: *Nuestra guerra*, París, Éditions de la Librairie du Globe, 1966, p. 27. Este párrafo, que procede de la primera versión de las memorias de Lister, desaparece, curiosamente, en el texto de 1977 (*Memorias de un luchador*).

⁷² J. MODESTO: *Al servicio del pueblo*, Archivo Histórico del PCE. Sección Tesis y Manuscritos, c. 47; citado en Juan Andrés BLANCO RODRÍGUEZ: op. cit., p. 136.

⁷³ “La Fiesta del Trabajo en Pontevedra”, *El País. Diario republicano*, 2 de maio de 1933.

⁷⁴ Juan Andrés BLANCO RODRÍGUEZ: op. cit., p. 151.

⁷⁵ El estudio de referencia sobre el Quinto Regimiento sigue siendo Juan Andrés BLANCO RODRÍGUEZ: *El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil*, Madrid, UNED, 1993.

en el Regimiento de Infantería Wad-Ras número 1.⁷⁶ El 23 de julio fue designado responsable político de una columna y salió hacia Guadarrama, donde en una asamblea de los milicianos fue elegido jefe y nombrado teniente.⁷⁷

Pocos días después, siempre según su propio testimonio, nuestro protagonista se trasladó a Collado Mediano, desde donde regresó a Madrid. La dirección del Partido Comunista le ordenó contactar con la jefatura del Quinto Regimiento, donde el comunista italiano Vitorio Vidali, el comandante Carlos, le dijo

que ya tenían noticias de mi actuación en Guadarrama, que en el patio tenían la 4ª y la 6ª Compañías de Acero dispuestas a salir para el frente, pero que aún no tenían jefe y que ésa era la cuestión que estaban discutiendo en la reunión, y terminaron preguntándome si yo aceptaba el mando de esas dos Compañías. Acepté en el acto, me ascendieron a capitán, y un par de horas después salí para Guadarrama al frente de las dos Compañías de Acero.⁷⁸

Fue precisamente en Guadarrama donde, gracias a la toma de una posición como resultado de una operación nocturna, fue ascendido a comandante.⁷⁹ Pocos semanas después, el decreto del 10 de octubre de 1936 creaba el Ejército Popular de la República, basado en la brigada mixta como unidad militar.⁸⁰ Lister recibió el mando de la 1ª, establecida en Alcalá de Henares como centro de organización. «Las heterogéneas columnas, compuestas de retazos, se van transformando en brigadas —escribió Mijaíl Kolstov en la entrada de su diario correspondiente al 23 de octubre de 1936—. Quien efectúa este cambio con más éxito es Lister».⁸¹

A partir de este momento, la actividad del comunista gallego en el desarrollo de las unidades militares del Ejército Popular de la República se entrelazó con su participación en muchas de las grandes batallas de la Guerra Civil: desde el Tajo hasta la retirada republicana a través de Cataluña, pasando por su presencia en el sitio del Alcázar de Toledo (donde fue herido), la defensa de Madrid (en la Ciudad Universitaria, en Seseña), en las sangrientas batallas del Jarama, Guadalajara y Brunete, en el frente de Aragón (tanto en la controvertida desarticulación de las colectividades anarquistas como en Belchite), así como en la última gran ofensiva republicana, la del Ebro. La presencia de Lister en la bibliografía sobre la Guerra Civil es una constante porque su actividad bélica también lo fue hasta el punto de convertirse, sin duda, en uno de los símbolos del Ejército Popular de la República junto a otros mandos de milicias (Lister, Modesto, Valentín González, *el Campesino*, Francisco Galán, Gustavo Durán, Hidalgo de Cisneros...) que eran, en palabras de Hernández Sánchez, «Unos, auténti-

⁷⁶ Enrique LÍSTER: op. cit., p. 72.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 75.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 76. Las Compañías de Acero fueron una iniciativa del 5º Regimiento para crear unidades de choque con los mejores milicianos: sanos, garantizados por una organización antifascista, con algún conocimiento de arte militar y con el compromiso de respetar una disciplina rígida («Qué es una Compañía de Acero», *Milicia popular*, 10, 6 de agosto de 1936).

⁷⁹ *Ibidem*, p. 76.

⁸⁰ Para el ejército republicano véase Michael ALPERT: *El Ejército Popular de la República (1936-1939)*, Barcelona, Crítica, 2007.

⁸¹ Mijaíl KOLSTOV: *Diario de la guerra de España*, Barcelona, Backlist, 2009.

cos jefes militares por méritos indiscutibles. Otros, fabricados bajo el troquel de la propaganda y colocados sobre un pedestal que se reveló humo al compás de los reveses militares».⁸²

A lo largo de los tres años de guerra, el antimilitarista Enrique Lister había llegado a comandar un Cuerpo de Ejército y a alcanzar el empleo de coronel. Se abre aquí el debate sobre la penetración y hegemonía comunistas en el ejército. Aunque supera el marco de este trabajo, merece una referencia. La historiografía solvente más reciente resitúa el debate frente a escritos anteriores: buena parte del discurso que hizo del PCE un partido que estaba ocupando todos los resortes del poder, nació ya durante la guerra de sectores anarcosindicalistas, a veces manipulando datos como los relacionados con la penetración comunista en el ejército republicano.⁸³

En su momento, Seguismundo Casado afirmó que el golpe de Estado de marzo de 1939 había sido respuesta a un complot comunista, prueba del cual fueron los ascensos de Antonio Cordon, Juan Modesto, Manuel Tagüeña, Valentín González y Enrique Lister, entre otros militares militantes del PCE, a los que se les asignaba la jefatura suprema de las Fuerzas Armadas y la comandancia de los Ejércitos del Centro, Andalucía, Extremadura y Levante, respectivamente. El propio Enrique Lister afirma en sus memorias que los ascensos firmados por Negrín le produjeron indignación

pues era como una banderilla que, estúpidamente, se les ponía a los conspiradores y un arma que se les metía en las manos y que fue manejada por Casado y compañía, quienes afirmaron que ahí estaba la prueba de que los comunistas habíamos regresado de Francia para apoderarnos de los mandos y conducir la guerra a nuestro antojo.⁸⁴

Efectivamente, estos comunistas ascendieron en el escalafón: Lister, por ejemplo, adquirió el empleo de coronel. Sin embargo, como ya en su momento demostraron Bahamonde y Cervera no se les asignó mando de unidades.⁸⁵ Solo la aparición de un ejemplar del *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* del 4 de marzo, cuyo contenido Casado había manipulado, deshizo el entuerto del golpista por lo que Michael Alpert afirma que «El famoso nombramiento de los milicianos comunistas para la cúpula militar no existió».⁸⁶

Después de cruzar la frontera francesa con el Ejército del Ebro, Lister regresó a España. En los días finales del conflicto y en los meses siguientes, tanto dentro de España como ya en el exilio, tomó parte en los debates comunistas sobre el final de la guerra, en alguna ocasión invitado como experto militar.

Después de su salida definitiva de España, y tras pasar por Francia, se dirigió con otros camaradas a la Unión Soviética, pero la carrera castrense de este antimilitarista no remató en el País de los Sóviets. Todo lo contrario: ingresó en la Academia Frunze y, después de

⁸² Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: op. cit., p. 358.

⁸³ Ángel VIÑAS y Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *El desplome de la República*, Barcelona, Crítica, 2009: pp. 156 y ss.; véase también Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: op. cit., p. 369.

⁸⁴ Enrique LISTER: op. cit., 360-361.

⁸⁵ Ángel BAHAMONDE MAGRO y Javier CERVERA GIL: *Así terminó la Guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999, pp. 340 y 364.

⁸⁶ Michael ALPERT: *El Ejército Popular de la República (1936-1939)*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 326.

la Guerra Mundial, pasó por los ejércitos polaco y yugoslavo.⁸⁷ Lo que no es poco para un antimilitarista. Además, su papel en la guerrilla antifranquista o los escritos de temática militar que firmó en los años cuarenta y cincuenta, temas que exceden los límites de estas páginas, son otras cuestiones que mantuvieron la relación de Enrique Lister con el mundo castrense. Si, como decíamos al comienzo de estas líneas, los orígenes de nuestro cantero gallego no parecían ser los más adecuados para comenzar una carrera militar, fueron su adscripción al comunismo de la década de los treinta del siglo XX y la Guerra Civil española, lo que le llevaron del antimilitarismo al generalato.

⁸⁷ Sobre algunas de estas cuestiones remitimos a Enrique LÍSTER [LÓPEZ]: «Lister combatiente contra el fascismo en la URSS, Polonia y Yugoslavia», *Congreso Internacional O Exilio Galego (2001. Santiago de Compostela)*, pp. 237-266, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2001. Descargable en http://consellodacultura.gal/mediateca/extras/CCG_2001_Actas-do-congreso-internacional-O-Exilio-Galego.pdf (Consultado por última vez el 10-02-2018).

La guerra civil que no fue. Ossorio y Gallardo

The Civil War that did not happen. Ossorio y Gallardo

Antonio Miguel López García
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)
amlopezgar@gmail.com

Resumen: El presente artículo aborda la actitud ante la guerra civil española (1936-1939) de un personaje olvidado durante décadas y testigo de excepción, el jurista y político madrileño Ángel Ossorio y Gallardo. Procedía de la tradición ideológica conservadora, monárquica y católica finisecular y apenas evolucionó durante las primeras dos décadas de su actividad política, aunque apuntaba maneras. Fecha clave en su tránsito es 1923 y su Dictadura. En ese periodo se producen los cambios necesarios en su bagaje para que, llegada la II República, rompa costuras y adopte unas posiciones que ya no tendrán retorno. No obstante, esas mutaciones serán más por la fuerza de los acontecimientos que por una maduración interna de readaptación a nuevas ideologías que nunca acogió en su fuero interno. Veremos su decantación por la República, los pasos que va dando en esa dirección, en qué medida contribuyó el militarismo para reafirmarse en tales actitudes durante aquel complicado sexenio y especialmente el alzamiento del 18 de julio. Veremos también que su arma, la palabra, la empleó a fondo en la propaganda de guerra durante su etapa diplomática. Sin entrar a considerar el drama, una guerra siempre invita al apasionamiento; una guerra civil mucho más. Ossorio la vivió con gran intensidad pese a encontrarse físicamente distanciado. Y colaboró denodadamente en el intento de ganar un enfrentamiento bélico que pronto se decantó contrariamente. Veremos la evolución de su republicanismo sobrevenido, su antimilitarismo, su carácter, aspectos que influyeron en sus posicionamientos ante aquel grave conflicto.

Palabras clave: Guerra, militarismo, República, violencia, propaganda

Abstract: The present article tackles the attitude to the Spanish civil war (1936-1939) of a public figure forgotten for decades and witness of exception, the jurist and politician from Madrid, Ángel Ossorio y Gallardo. He came from the conservative, monarchic and late-20th century Catholic tradition and barely evolved during the first two decades of his political activity, although he pointed out ways. Key date in its transit is 1923 and its Dictatorship. In that period the necessary changes in their baggage are produced so that, when the Second

Republic arrives, it breaks seams and adopts positions that will no longer have a return. However, these mutations will be more by the force of events than by an internal maturation of readjustment to new ideologies that he never received internally. We will see his decanting by the Republic, the steps that he is taking in that direction, to what extent did militarism contribute to reaffirm himself in such attitudes during that complicated sexennium and especially the uprising of July 18. We will also see that his weapon, the word, he used in depth in the propaganda of war during his diplomatic stage. Without entering to consider the drama, a war always invites to the passion; a civil war much more. Ossorio lived it with high intensity despite being physically distant. In addition, he worked boldly to win a war confrontation that soon leant towards defeat. We will analyze the evolution of his unexpected republicanism, his antimilitarism, his personality, aspects that influenced his stance in front of that huge conflict.

Key words: War. Militarism. Republic. Violence. Advertising

Para citar este artículo: Antonio Miguel LÓPEZ GARCÍA: “La guerra civil que no fue: Ossorio y Gallardo”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 440-465.

Recibido: 12/02/2018

Aprobado: 01/04/2018

La guerra civil que no fue. Ossorio y Gallardo

Antonio Miguel López García

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

El personaje que capitaliza estas páginas vivió la conflagración española como diplomático de la II República. Delegado en la Sociedad de Naciones (SdN) y Embajador en diferentes cancillerías, veremos que su posicionamiento republicano *de facto* no ofrece dudas. Si acaso, su consistencia ideológica como así ocurre. Conviene resaltar este aspecto ya que siempre se consideró doctrinariamente monárquico. Consideración aparte merecen las circunstancias de su periplo vital que le llevaron a identificarse con los republicanos en los años treinta, así como su antimilitarismo, o mejor su antipretorianismo, que exhibe toda su vida. Consideró al Ejército necesario en las misiones que le son naturales (defensa del país y su modo de vida ante un eventual enemigo exterior), nunca en conflictos civiles para lo cual existen las fuerzas del orden público.

Veremos su decantación por la República, los pasos que va dando en esa dirección, en qué medida contribuyó el militarismo para reafirmarse en tales actitudes durante aquel complicado sexenio y especialmente el alzamiento del 18 de julio. Veremos también que su arma, la palabra, la empleó a fondo en la propaganda de guerra durante su etapa diplomática.

Ossorio procedía de la tradición ideológica conservadora, monárquica y católica finisecular y apenas evolucionó durante las primeras dos décadas de su actividad política, aunque apuntaba maneras. Fecha clave en su tránsito es 1923 y su Dictadura. En ese periodo se producen los cambios necesarios en su bagaje para que, llegada la II República, rompa costuras y adopte unas posiciones que ya no tendrán retorno. No obstante, esas mutaciones serán más por la fuerza de los acontecimientos que por una maduración interna de readaptación a nuevas ideologías que nunca acogió en su fuero interno.

Tras una brevísima biografía de Ossorio iniciaremos el relato en las elecciones de 1933 que es donde, en nuestra opinión, se enciende la mecha que terminaría en la explosión fratricida en un proceso que no dejó de aumentar merced a la “colaboración” de los políticos de uno y otro signo fervorosamente seguidos por sus bases y por la calle, especialmente en la primavera de aquel dramático 1936.

Reseña biográfica-política

Ángel Ossorio y Gallardo (Madrid, 1873) nació en una modesta familia de tradición liberal, católica y monárquica. Estudió Derecho licenciándose (1893). Ejerció la pasantía y colaboró en prensa mientras alcanzaba la edad para poder ejercer. Inició la carrera como *abogado de pobres* y Fiscal sustituto de la Audiencia, llegando a ser un prestigioso abogado. Durante la II Re-

pública, y en sus prolegómenos, defendió ante los Tribunales, por ejemplo, a Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Companys o Azaña. Presidió el Ateneo de Madrid, la Academia de Jurisprudencia, el Colegio de Abogados (ICAM). Escritor compulsivo, colaborará en importantes periódicos: *El Debate*, *Ahora*, *La Vanguardia*. De no haber sido abogado hubiera sido escritor, decía. Entre sus libros destacamos “El alma de la toga”. Su escritura está considerada como “visceral”, lo que exige un espíritu crítico constante.

Fue concejal del Ayuntamiento de Madrid (1899-1903) y pasó a la política nacional, de la mano de Maura en el Partido Conservador, como Diputado por Caspe (1903-1923). Fue Gobernador de Barcelona (1907-1909) y al estallar la Semana Trágica dimitió por negarse a utilizar al Ejército en la solución del conflicto. En 1913 fundó el *maurismo* (catolicismo, monarquía... y defensa de Maura, cuestionado dentro y fuera del partido) escindiendo al Partido Conservador. Efímero Ministro de Fomento (1919), donde tuvo en contra a sus propios compañeros de Gabinete, fue abandonando el *maurismo* en dirección a la Democracia Cristiana (DC), y en 1922 fundó con Severino Aznar y el Grupo de la DC el Partido Social Popular (PSP), de corte liberal-conservador, no confesional, organicista. Duró un año por la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera. También del PSP se marchó por diferencias con los colaboracionistas. Ante la Dictadura Ossorio fue abstencionista hasta 1928 cuando el dictador pretendió elaborar una Constitución para perpetuarse en el poder. Entonces se opuso con rotundidad llegando a romper con Alfonso XIII, inspirador del golpe, proclamándose «monárquico sin rey» aunque jamás abandonó su monarquismo.

La II República, a cuya llegada Ossorio nunca colaboró, le fue conquistando y en unos meses la vio como el único régimen viable tras fracasar el turno. Aunque encontró sectarismo y antijuridicidad en la legislación del Primer Bienio, que calificó de «dictatorial», colaboró presidiendo la Subcomisión del Anteproyecto constitucional, entre otras cosas. Combatió muchas de sus leyes: la de Defensa de la República (“ley excepcional”), la Electoral (“disparatada” adaptación de la ley Cierva, 1907), la del Tribunal de Garantías Constitucionales (TGC), la legislación religiosa (“gran yerro”), la Reforma Agraria. Le parecían contrarias a la libertad. No obstante, una vez aprobadas las defendía por su origen parlamentario. Diputado por Madrid en las Constituyentes, en 1933 suspenderá su actividad política. Al declararse las hostilidades, será embajador y ya en el exilio ministro sin cartera con Giral. Falleció en Buenos Aires en 1946.

Larga rampa hacia la violencia. Elecciones 1933.¹ Octubre 1934.

Para Ossorio, la Ley Electoral fue un coadyuvante de la violencia y la guerra civil, ya que impedía el acceso al Parlamento de los partidos extremos que irían a la acción directa. Así, lamentó la «cerrada y feroz intransigencia», que solo traería males, del Gobierno Azaña para hacer

¹ La intransigencia y sectarismo de la izquierda consideró legitimadas las Constituyentes por el voto popular y obvió trámites tras aprobar la Constitución. No permitiría un desarrollo contrario a su “espíritu” imbuido de sus propios principios (PSOE en especial); Roberto VILLA: *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 21.

una legislación electoral íntegra, y vaticinó para 1933 unos comicios «crudísimos» entre socialistas y derechas antirrepublicanas. Entendemos, pues, que la victoria conservadora haría germinar el conflicto que estallaría en 1936. Sin embargo, la derecha había aceptado el juego político. Cuenca Toribio rechaza el reaccionarismo endosado a CEDA que cobijaba gran parte de la DC. Jugó «a todo trapo» el posibilismo, aunque albergaba «tendencias autoritarias» en aras de su propia salvación. Según Tusell, la izquierda la tituló de «fascista», y Ossorio la condenó, como a Gil Robles, hasta la injusticia sin tener en cuenta sus difíciles equilibrios². CEDA era un partido «bien organizado, moderno... y dispuesto a pugnar por el poder a través de las urnas» para cambiar la Constitución.³ Según Ossorio «fingieron» aceptar la República para destruirla; suponía el «mayor peligro de anarquía».

El primer aviso de cambio político había ocurrido en las municipales de abril donde los electos de centro-derecha duplicaron a los gubernamentales; el segundo con la elección de vocales del TGC; y los sucesos de Casas Viejas desataron la crisis en septiembre. Algunos grupos políticos (incluidos conservadores liberales) y parte del Ejército empezaban a conspirar asustados por el sesgo reformista y anticlerical de la República. Se formalizó el Frente conservador con intención de revisar la legislación, amnistiar a los implicados en la *Sanjurjada*, etc., y su triunfo fue arrollador.⁴ La gestión republicana colaboró a ello permitiendo que las izquierdas extremas “manipularan”. Ossorio lo reconocía, pero antes del cambio debía mediar un Gobierno republicano de izquierdas «sedante», sin socialistas que exigían «todo el poder», ni conservadores que amenazaban con el fascismo, para ultimar leyes “imprescindibles”.⁵

Lerroux constituyó Gobierno apoyado por CEDA, lo que provocó mayor tensión social y radicalización del PSOE, que debatía su línea revolucionaria con Largo Caballero diciendo estar en «plena guerra civil»⁶ para conquistar el poder. Pidieron anular las elecciones y aprobaron un programa revolucionario (nacionalizaciones, disolución de Órdenes, etc.): tendría «todos los caracteres de una guerra civil»⁷. También Azaña o Domingo pidieron la anulación dispuestos a cometer «el más escandaloso pucherazo imaginable» para recuperar el poder y aniquilar el posibilismo de CEDA. Por su parte, Ossorio asumió el mensaje deslegitimador de las izquierdas y encajó muy

² Javier TUSELL: *Historia de la Democracia Cristiana en España II. Los solitarios*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1974, p. 218 ss. José M. CUENCA: *Aproximación a la Historia de la Iglesia contemporánea en España*, Madrid, Rialp, 1978, p. 175 ss. Fuentes juzga “irresponsable” la actuación del socialismo (1933-1936); en Gabriel JACKSON: *Revista de Libros*, 115 (2006).

³ Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer*, Madrid, Taurus, 2004, p. 80 y ss. Joan M. THOMAS: “Recuperando al caudillo de Castilla”, *Revista de Libros*, (10.7.2017), habla de “aceptación y disposición a trabajar desde dentro para transformar el nuevo régimen”.

⁴ Y limpio; en Pedro C. GONZÁLEZ: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 307 ss.

⁵ Correo Ossorio-*Gaziel* (septiembre-octubre 1933), en Antonio M. LÓPEZ: *Ángel Ossorio y Gallardo. Biografía política de un conservador heterodoxo*, Madrid, Editorial Reus, 2017, p. 257. “Manipulación”, en *Gaziel*: “Ha terminado la revolución pacífica”, *La Vanguardia*, 15 de septiembre de 1933.

⁶ Stanley PAYNE: *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1936)*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003, p. 65. Roberto VILLA: op. cit., p. 224 ss, habla de la “vaporosa lealtad” socialista y sus apelaciones a la violencia.

⁷ Stanley PAYNE: op. cit..., p. 67ss. Romero Maura comenta el infravalorado marxismo del PSOE.

mal la derrota⁸. La maniobra era tan violenta y escandalosa que propició, «por fortuna», la formación del Frente Popular (FP) y una reacción «proporcionada» contra aquella mixtura de radicales y derechistas «impotentes y risibles». Supondría el estallido de «movimientos» en Asturias, llevados “puramente” por obreros y mineros.⁹ Se preguntaba qué clase de República harían las izquierdas cuando volvieran a gobernar: responderían a la «traición al régimen amado».¹⁰ Al caer Samper (4.10.1934), Lerroux formó gobierno incluyendo tres ministros cedistas y el día 5 estalló la sublevación en Asturias, Cataluña, y en menor medida en el resto de España.

Según Maura, la impunidad del delito político no mejora la libertad, es «su antítesis y su muerte».¹¹ Palabras compartidas por Ossorio que decía que la glorificación del sublevado de ayer era la simiente para justificar al de mañana. No le faltaba razón si aceptamos la conocida sentencia de Madariaga: «con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936». Pero la inquina de Ossorio hacia los hombres del centro-derecha era irrefrenable y arreciaba. Desde la «formidable equivocación» de disolver las Cortes se desbarraba, y las fuerzas republicanas estaban atemorizadas; quedaban “frente a frente, las dos violencias”.¹²

El eje político¹³ viraba hacia la derecha cuando Gil Robles pidió la entrada de CEDA -no él mismo- en el Ejecutivo. Obtuvo tres carteras. Para Azaña suponía «entregar» la República a monárquicos disfrazados. Largo Caballero y Prieto hablaban de desencadenar la revolución. Y así fue, en especial en Asturias (UGT-PSOE, CNT, PCE). En Cataluña Companys declaró el Estat Català¹⁴. Perdieron la oportunidad de incluir en lugar de excluir y respondieron con las armas.¹⁵ Incomprensiblemente sorprendido Ossorio de que se dieran carteras ministeriales a los vencedores de las elecciones, y en especial la de Guerra a Gil Robles, se explicaba las desgracias

⁸ Carlos SECO: *Historia Conservadurismo español. Una línea política integradora en el siglo XIX*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, p. 307. Ángel OSSORIO: “Las vueltas de la vida”, *Noticias Gráficas*, 1 de junio de 1939. Mercedes CABRERA: “Las Cortes republicanas”, *Ayer*, 20 (1995): CEDA iba contra las Constituyentes, “no contra el régimen”. Santos JULIÁ: “Sistema de partidos y problemas de consolidación de la democracia”, *Ayer*, 20, (1995): se salieron del sistema los partidos que lo habían fundado y gobernado, y CEDA se constituyó en “partido gubernamental”.

⁹ En Antonio M. LÓPEZ: op. cit. p. 260. Ángel OSSORIO: *Vida sacrificio de Companys*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 113: “desvergonzado escándalo” que daba aire a fascistas y monárquicos, José Antonio, Gil Robles, Calvo Sotelo, “todos los que, vivos o muertos, habrían de inspirar la catástrofe de 1936”.

¹⁰ En Antonio RUIZ: *Ateneo, Dictadura y República*, Valencia, Fernando Torres, 1976, p. 224-225.

¹¹ Eduardo GONZÁLEZ: *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-19117)*, Madrid, CSIC, 1998, p. 419.

¹² En Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 266. Salvador MADARIAGA: *España, Ensayo de historia contemporánea*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 362-363.

¹³ Nigel TOWNSON: *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Madrid, Taurus, 2002, p. 411ss: Lerroux percibió la necesidad de estabilizar el régimen. Según Manuel ÁLVAREZ y Roberto VILLA: *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*, Madrid, Encuentro, 2010, p. 33 ss, intentó centrar la República ante una izquierda nada conciliadora.

¹⁴ Enrique MORADIELLOS: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2005, p. 56 ss: la exigencia de Gil Robles pudo ser causa, pero no culpa tras ganar unas elecciones sin la más leve duda.

¹⁵ Manuel ÁLVAREZ y Roberto VILLA: *El precio...*, p. 14-22. Mercedes CABRERA: op. cit.: Cataluña pasó a la “rebelión abierta”, y los socialistas, de amenazar en la Cámara al cumplimiento en la calle. La entrada de CEDA al Gobierno era “irreprochable”. Gil Robles intentó con los radicales salvar el régimen.

consiguientes. Dice que así la República desaparecía sin aclarar que la entrega de cartera al salmantino ocurrió ocho meses después del golpe. Fue un «ataque gubernamental» que mereció respuesta de los «bravos» mineros, dice. La mayoría eran socialistas que perpetraron «algunos crímenes y barbaridades, pero las fuerzas del Gobierno las hicieron muchísimo mayores».¹⁶

Octubre fue el prelude de la guerra. Carr culpa a socialistas y republicanos anti-radicales por negar la participación en el gobierno al mayor partido de las Cortes. Juliá recuerda el leguaje guerracivilista del socialismo, que abandonó su posición de «ni que sí ni que no», y rompía con la República a la que “desearán expresamente la muerte”. También Azaña rompería con las Instituciones.¹⁷ En cambio, Ossorio aseguraba que tras el triunfo de las derechas los republicanos respetaron «dealmente el fruto del sufragio». Les dejaron hacer lo que se les ocurrió: “destruir la obra de la República”. Era «sublevante» y hubo sublevación.¹⁸ Ya tras el cambio de gobierno decía que cuando volvieran las izquierdas lo harían de forma revolucionaria, si pasaba algo grave sería culpa de la derecha.¹⁹ No le gustó lo de Asturias, pero entregar el poder a aquellas derechas fue una traición: asturianos y Generalidad tenían razón.²⁰ Encontró «justificadísima» la rebeldía catalana por el rechazo a la ley de Cultivos.²¹ Pero en privado reconoce parte de culpa de la situación en la gestión de los gobiernos de izquierdas: «tampoco todo lo que hicieron Vds. era bueno» (ley de Defensa, política agresiva, aficiones dictatoriales,...), y justificaban los abusos actuales.²²

La izquierda catalana hablaba de «golpe de Estado cedista» y urgía a las masas de España a levantarse.²³ En su violenta proclama separatista, Companys habló de “asalto al Poder” de los fascistas, de «odio» y «guerra» contra Cataluña, rompía relaciones con las Instituciones; la llegada de CEDA al poder fue el pretexto ya que hacía meses que se preparaba el golpe de Estado.²⁴ Dencàs (Consejero de Gobernación) y Badía (Jefe Orden Público), de *Estat Català*, fueron los que liaron lo de octubre, con 9.000 escamots de tipo fascista y proclamas belicosas. El General Batet declaró el Estado de Guerra y en los enfrentamientos hubo varios muertos y heridos militares.²⁵ En Asturias, el PSOE protagonizó su «patético *Bundschuh*» sin más posibilidad que «fra-

¹⁶ Ángel OSSORIO: *Mis memorias*, Buenos Aires, Tebas, 1945, p. 184 ss. En su *España...*, citará bien la entrada de Gil Robles en el Gobierno (6.5.1935).

¹⁷ Raimond CARR: *España 1808-1975*, Barcelona, Ariel, 1988, p. 603. Santos JULIÁ: *Manuel Azaña. Una biografía política*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, p. 143-145, 316 ss. Stanley PAYNE: *Unión...*, p. 93-94: *Claridad* pregonaba el modelo soviético por vía de revolución violenta.

¹⁸ Ángel OSSORIO: *España...*

¹⁹ Carta a marfil, 26.11.1935; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 268. Reformar sí, pero no cuando las cosas se apaciguaban porque la guerra civil, latente, se convertiría en lucha armada.

²⁰ Lo decía en 1939; *Ibidem*, p.268.

²¹ Correspondencia con *Gaziel* (abril-julio 1934); *Ibidem*, p. 262. Según *Gaziel* todos cometieron torpezas y no debía dar la razón a ninguno.

²² Todos renegaban de la democracia; correspondencia con Galarza, verano 1935; *Ibidem*, p.269.

²³ Ángel OSSORIO: *Vida...*, p. 125 ss.

²⁴ Arnau GONZÁLEZ y Gisela BOU: *La creació del mite Lluís Companys. El 6 d'octubre i la defensa de Companys per Ossorio y Gallardo*, Barcelona, Base, 2007, p. 176-177, 80-87, que, no obstante, juzgan a CEDA “extrema derecha” con estética y dialéctica fascista.

²⁵ Ángel OSSORIO: *Vida...*, p. 129 ss; descalifica a Dencàs: “turbio” y de “aficiones fascistas”. Roberto VILLA: op. cit., p. 239; la Generalidad ya puso los medios oficiales a favor de ERC y sus escamots en la campaña electoral, p. 292.

casar en un baño de sangre». Besteiro decía que *El Socialista* procedía «en bolchevique». También CEDA acarreaba mensaje violento al decir que quería «todo el poder; en república o como sea, pero todo», aunque estaba “a años-luz del fascismo».²⁶

Impulsor principal del «Octubre» fue Largo Caballero. Bien organizado, con acopio de armas, encuadramiento militar juvenil y gobierno a la sombra. Fue un proceso complejo con izquierdas y derechas involucradas, donde la actuación socialista contra CEDA fue desastrosa. Gil Robles argumentaba soluciones legales con una visión del Estado corporativista, entonces en boga. El gobierno anterior le había suspendido reuniones, cerrado periódicos y negado la condición de constitucional. Esta actitud proyectada a 1934, cuando Gil Robles se había deshecho de los extremistas, resultó nefasta.²⁷ Las carteras obtenidas: Agricultura (Jiménez Fernández), Justicia (Anguera de Sojo), y Trabajo (Aizpún); republicanos. Al fracasar sus presiones los socialistas lanzaron el alzamiento, y el resto de partidos de izquierda lo justificaron. Por su parte, el Gobierno Lerroux registró sedes socialistas, controló focos de insurrección e impidió asaltos a organismos. Aun así, Asturias aparte, hubo decenas de muertos.²⁸ Payne destaca la opinión de Bennassar, bastante extendida, de que la posterior «cuasirrevolucionaria» primavera 1936 no intentó rectificar el problema, sino contribuir a que comenzara la guerra, y rechaza la versión simplista y políticamente correcta de que los militares iniciarían el conflicto en julio por razones puramente egoístas.²⁹

No es fácil encontrar en Ossorio críticas a esta sublevación, contra el poder legal y legítimo, que se puedan asemejar en acritud a las lanzadas contra el Gobierno agredido. La consideró un grave error de la izquierda, pero lo entendía al entrar CEDA en el Gobierno, cuyo principal error fue enviar a Asturias tropas de moros que «perpetraron atrocidades». Así, las izquierdas sufrieron «sistemáticos y duros vejámenes». En cambio, Sturzo veía la revuelta en un régimen libre «como el robo y el fraude en un régimen económico».³⁰ Payne concluye que, «inicialmente severa», la represión en general fue «suave e ineficaz». Una verdadera represión hubiera podido salvar a la República ya que, al volver la izquierda al poder «el orden y la legalidad constitucionales empezaron a desaparecer».³¹ Yagüe confesó a Ossorio que apenas se esforzaron en contener a las organizaciones revolucionarias que en 1935 resurgirían. Se conmutaron penas de muerte (una treintena; solo dos ejecuciones), el Gobierno no quiso atacar las libertades catalanas y reactivó el

²⁶ Joaquín ROMERO: *La romana del diablo*, Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 221 ss.

²⁷ Raimond CARR: op. cit., p. 594: el apoyo de Gil Robles a Lerroux fue “un triunfo para la República”, pg 603 ss. Y demostraba “buena fe republicana”.

²⁸ Alfonso BULLÓN: *José Calvo Sotelo*, Barcelona, Ariel, 2004, p. 454 ss.

²⁹ Stanley PAYNE: “La guerra civil de Bartolomé Bennassar”, *Revista de Libros*, 102 (2005).

³⁰ Era normal la respuesta del Gobierno; Alfonso BOTTI: “Luigi Sturzo y los católicos republicanos españoles”, en Julio De la Cueva y Feliciano Montero (eds.): *Laicismo y catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2009, p. 262 ss.

³¹ Stanley PAYNE: *Unión...*, p. 79 ss: la “legalista” CEDA tenía aversión a la violencia; la izquierda, de apariencia antifascista, en muchos aspectos era fascista: rechazo de la legalidad y uso de violencia.

Estatut «intacto» desde abril 1935.³² Ossorio no compartirá ni remotamente estas apreciaciones. Para él, la represión fue bárbara: «creí que todo lo tendría yo conocido», solo la IIGM lo superó; a Cataluña se le arrebató el Estatut; se inició una «sucia» e «indecorosa» campaña contra las izquierdas (el principal objetivo fue Azaña), pero su reacción fue limpia y legal.³³ Seguía sangrando la «espantosa tragedia» de Asturias y sin trazas de justicia: el Estatut negado, tres meses de estado de guerra y amordazada la prensa le hacían ver la situación parecida a la dictadura. Se vivía «una verdadera guerra civil».³⁴ Ossorio hablaba con crudeza: si la derecha quería modificar la Constitución sería lógico que la izquierda retomase la disolución de las Órdenes, incluso su expulsión, y ello porque había un ordenamiento jurídico, de lo contrario, no faltaría quien propusiera “un degüello general”.³⁵

Gaziel, menos temperamental, lamentaba los tres años de república vividos. Gran parte del país estaba disconforme y se preveía que iría enfureciendo hasta reventar. Y cuando las derechas comenzaron a republicanizarse, las izquierdas dieron muestras de “una extraña locura”. Deberían haber pensado que era bueno para el régimen, pero desbarraron diciendo que las derechas no debían llegar al poder. Tras la victoria del FP Companys encargará a Ossorio, su factórum en Madrid, el recurso contra la suspensión del Estatut. Cuando el TGC la declaró inconstitucional (4.3.1936) Ossorio manifestó la trascendencia «grandiosa» del veredicto, sin el cual la reclamación catalana habría degenerado en protesta, luego en indignación y por fin en subversión violenta.³⁶

1936. Elecciones. La lucha política sale a la calle.

Las derechas intentaban formar un bloque ante las elecciones inminentes mientras las izquierdas cerraban el del FP que evitaba la «dispersión, desmoralización y recíproca hostilidad» entre partidos y sindicatos tras octubre 1934.³⁷ Algunos autores vinculan su creación a la URSS. En 1935, el Komintern acordó crear los FFPP, «alianzas diplomáticas y militares antifascistas» para avanzar hacia el comunismo. Por su parte, *El Socialista* hablaba de hacer como en Rusia, «el plan del socialismo español y del comunismo ruso es el mismo»; y veía 1936 como «año revolucionario». *Mundo Obrero* pedía «disolver las organizaciones monárquicas y fascistas» ilegali-

³² Salvador MADARIAGA: op. cit., p. 363 ss. Stanley PAYNE: *España...*, p. 269, dice que la izquierda omitió sus atrocidades y acusó a las autoridades de crímenes (culpabilizó a las víctimas); comenzó la retórica y la propaganda, la polarización y el clima de guerra civil.

³³ Ángel OSSORIO: *Las Injusticias...*; Id.: “Una voz en la derecha”, *Ahora*, 5 de marzo de 1935.

³⁴ En Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 277: “desviar la política de autonomía, (...) primordial para la paz de España (...) implica una cerrazón mental que costará muchos días de amargura”.

³⁵ Carta a Zapico, 26.7.1935; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 306. A veces cuesta entenderle: ¿quería decir que habría que renunciar a una lícita reivindicación o habría degüello?; ¿le parecía bien el chantaje?, ¿cómo vería él el degüello, lógico como una reacción de la masa?

³⁶ En Ossorio a Companys, 9.10.1935; Arnau GONZÁLEZ: *Un catalafónilo en Madrid: epistolario catalán de Ángel Ossorio y Gallardo (1924-1942)*, Barcelona, UAB, 2007, p. 205. Ossorio, *La Voz*, 4.3.1936. *Gaziel*: “Nuestra incapacidad para la democracia”, *La Vanguardia*, 9 de noviembre de 1935.

³⁷ Miguel A. ARDID y Javier CASTRO: *José María Gil Robles*, Barcelona, Cara y cruz, 2003, p. 238.

zando a toda la derecha.³⁸ Restablecidas las libertades civiles (octubre 1935) las actividades políticas crecieron rápidamente. Y Ossorio, preocupado por la llegada de los comicios con España dividida, advertía contra violencias e insultos: «orden sobre todo»; las elecciones no serían el fallo de una contienda civil sino «comienzo de una etapa cruenta y destructora». En ambos bandos se movía la venganza, el Gobierno debía ser imparcial e impedir grupos militarizados y revolucionarios, estimular candidaturas intermedias.³⁹

Portela convocó elecciones y se formaron bloques electorales que produjeron amenazas y violencias. Falange y las juventudes socialistas y comunistas fueron los más violentos, y mostraron incapacidad severa para la convivencia democrática. Pero Ossorio encontró «moderadísimo» el programa del FP, tanto que lo suscribieron los socialistas, dirá. En cambio, las derechas llegaron «desde lo trágico hasta lo ridículo».⁴⁰ Veía con simpatía el posible triunfo del FP, pese a sus firmes “convicciones conservadoras”; y seguía lamentando el sistema electoral que partía España en dos sin las *almohadillas* de los pequeños partidos. Nada se resolvería: «es el lunes 17 cuando comienza la verdadera guerra civil de España».⁴¹ Después dirá con exceso que el 16 fue un terremoto: España entera, «movida por la más justificada indignación», votó al FP, y ya todo eran prisas: se restauró el Estatut sin más trámites, se liberó el Gobierno catalán, se destituyó a Alcalá Zamora.⁴² El sistema legal republicano entró en colapso, «dos gérmenes de la revolución estaban en el aire» y parte de la población, asustada, «se inclinó a la resistencia». La otra parte, «deseosa de conquistar» los bienes prometidos, se unió para una acción directa. La guerra civil, iniciada en la Universidad bajo la Dictadura, «se invirtió y se amargó».⁴³

Según Ossorio, tras el triunfo clamoroso, pacífico y limpio la izquierda tomó el poder de inmediato contra su voluntad por la precipitada salida de Portela. Se formó un Gabinete republicano burgués, sin comunistas ni socialistas. Martínez Barrio fue nombrado presidente del Congreso con apoyo unánime y las derechas dispuestas a colaborar⁴⁴ -afirmación que no se compadece con sus acusaciones-. Según Gil Robles las derechas no perdieron y de haber sistema proporcional habrían obtenido más escaños que la izquierda y más ajustado a la realidad. El FP obtuvo el 80

³⁸ Stanley PAYNE: *Unión...*, p. 103 ss, asegura que en las elecciones siguieron directrices del Komintern. Cita a Elorza y Bizcarrondo, que ven al PCE de como “Sección española de la Internacional Comunista”.

³⁹ Y los partidos ayudar; Ángel OSSORIO: “Elecciones”, *Ahora*, 24 de diciembre de 1935. Seguía reclamando el poder para los “inequívocamente republicanos”; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 286.

⁴⁰ Ángel OSSORIO: “Las vueltas de la vida”, *Noticias Gráficas*, 1 de junio de 1939. Las derechas no consentirían que ganara la izquierda. Después resultó ser al revés.

⁴¹ En Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 286.

⁴² Ángel OSSORIO: *Mis memorias*, p. 190 ss, sobre la “primavera trágica”: todas las acusaciones al Gobierno fueron “una monstruosa farsa”. El Gobierno, como los anteriores izquierdistas, pecó de “exageradamente conservador”.

⁴³ José CASTILLEJO: *Guerra de ideas en España. Filosofía, Política y Educación*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 123-124 y 131 ss.

⁴⁴ Ossorio, *España*; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 287. Según Manuel ÁLVAREZ y Roberto VILLA: *1936. Fraude y violencia en las elecciones del FP*, Barcelona, Espasa, 2017, el triunfo electoral no fue clamoroso, pacífico ni limpio.

por ciento de los escaños con el 50 por ciento de los votos.⁴⁵ La izquierda ignoró que solo tenía un dos por ciento de margen e interpretó un mandato absoluto para hacer su voluntad.⁴⁶

Las elecciones se llevaron por delante a los partidos de centro. Derecha e izquierda basaron sus mensajes en el “Octubre”. Las fuerzas estaban equilibradas y la lucha por el poder salió a la calle. La influencia soviética crecía: desfiles, retratos de Lenin, Stalin y Largo Caballero.⁴⁷ Los desmanes volvieron como las primeras semanas de la República. Azaña deploraba los hechos y las quemas: «el Gobierno (...) nace, como el 31, con chamusquinas». No obstante, él tampoco esta vez moderó su conducta: restableció la legislación derogada y acentuó su agresividad.⁴⁸ En la «primavera violenta», según Juliá, el panorama político estaba profundamente fragmentado y los dos grandes partidos divididos. Ossorio esgrimía *su* lista, incompleta, de asesinatos perpetrados por la derecha, y no veía violencias por parte del Gobierno:

Hubo huelgas (...) las más graves y largas de ellas fueron provocadas y sostenidas por los patronos; hubo incendios de algunas iglesias; hubo coacciones en algunos pueblos para pedir pan. (...) Asesinatos, no recuerdo que los hubiera. Si alguno se produjo, sería cosa esporádica. ... El terror venía implantándose por parte de los fascistas desde 1934.⁴⁹

Según Cruz hubo poder abusivo, «muy regulador e intervencionista», del Gobierno. Controló el centro de la política con despotismo «y cotidianidad». Controló a la prensa, limitó el derecho de reunión y manifestación, disolvió Falange, ... Así, las acciones pacíficas superaron con creces a los enfrentamientos. Los problemas solían venir después. La falta de previsión y preparación policial devenía en represión y la espiral de violencia subía el tono y el nivel de las víctimas. El Estado ocupó la calle y en junio redujo los incidentes por el «devastador» control policial. En tal situación, experiencias golpistas como 1932 y 1934 no eran posibles. Se evidenciaba que ninguna organización, salvo el Ejército, podría contrarrestar tanto poder.⁵⁰

Sin embargo, para Ossorio era incomprensible la «pasividad del Poder público». Los ministros, «hombres de honor», estaban desbordados. Y si no era el FP ni sus afines los causantes del desorden, «¿quiénes son?, ¿por qué se detienen ante ellos las autoridades?». En España mandaban «los inspiradores de huelgas inconcebibles, los asesinos a sueldo», y los que los pagaban. En pocas horas el Gobierno reprimiría «los desmanes con mano segura». Campoamor, por su parte,

⁴⁵ José M. GIL ROBLES: op. cit., p. 513 ss.

⁴⁶ Stanley PAYNE: *Unión...*, p. 108.

⁴⁷ Raimond CARR: op. cit., p. 601 ss. Desfiles, Juan M. GÓMEZ: *Los gobiernos republicanos. España 1936-1939*, Barcelona, Bruguera, 1977, p. 19.

⁴⁸ Gabriele RANZATO: *El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. XV. Manuel AZAÑA: *Diarios completos*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 940, 20.2.1936. Enrique MORADIELLOS: op. cit., pg 74: la iniciativa política fue ya de sindicatos y militares.

⁴⁹ Una sola vez le vemos reconocer violencia izquierdista, pero porque era anarquista y alentaba al fascio: “la F.A.I. sigue imponiéndose con la pistola”; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 289. Santos JULIÁ: *Hoy no...*, p. 63.

⁵⁰ Rafael CRUZ: “El repertorio frenético. La ocupación de la calle en la primavera de 1936”, *Historia y Política*, 16 (2006).

veía impotencia en el gobierno por no dislocar al FP, y advertía violencia contra derechas, agrarios, radicales y religiosos; derechas que, con «exceso de prudencia», silenciaron a sus diputados, excepto Calvo Sotelo, lo que «de costaría la vida». Por su parte, un sector militar intrigaba abiertamente.⁵¹

Ossorio comprendía el temor a las propagandas comunistas de Moscú, pero sin obsesionarse porque aquello no era verdadero comunismo; no era 1917.⁵² Resulta cuando menos extravagante que un liberal informado como él elogie, *ad nauseam*, la URSS y su Constitución de 1936, la “estalinista”, elaborada y promulgada en los años del *GULAG* (la «picadora de carne» que diría Solzhenitsyn) y considerada un elemento más de propaganda de aquél despiadado régimen. En ella encontraba Ossorio «declaraciones simpaticuísimas» de los tiempos nuevos: derecho al trabajo, seguros sociales, organización federal «con gran respeto» para regiones y repúblicas, etc. Su organización empresarial (estatal y cooperativa) estaba bien. En la propiedad privada (koljoses) se reconocía la propiedad privada de la casa, tierra, animales y material agrícola. El ensayo soviético serviría para disminuir a los poderosos y «difundir extraordinariamente» la propiedad particular, la salud, bienestar y cultura «en zonas inmensas».⁵³ Pero no estaba en la inopia. En 1932 había criticado la revolución social, su colectivismo y la “negación de la propiedad privada” por socialistas, comunistas, etc.; y decía que sus medios políticos llegaban hasta lo «cruelmente soviético»; donde se implantaba el socialismo integral surgía el «tremendo fracaso ruso». El capitalismo no era la justicia (unos comen, otros no), pero en el socialismo integral “no come nadie”. No basta que los papeles reconozcan los derechos si luego no se cumplen.⁵⁴

Volvemos con la primavera 1936. Ossorio seguía con su verdad: legítima impaciencia obrera, huelgas, alguna iglesia incendiada, «la auténtica agitación» que arriesgaba vidas inocentes venía del fascismo desde 1934, etc. El asesinato de Calvo Sotelo, «prácticamente un falangista más», lo deja en una reacción contra la muerte de Faraudo y Castillo por la Guardia Civil o de Seguridad.⁵⁵ El magnicidio fue a manos de Guardias de Asalto (de la guardia personal de Prieto). Gil Robles culpaba al Gobierno y sus partidos si estallaba la guerra.⁵⁶ En la Diputación perma-

⁵¹ Clara CAMPOAMOR: *La revolución española vista por una republicana*, Sevilla, Espuela de Plata, 2007, pp. 49 ss. Ángel OSSORIO: “El grave día de hoy”, *La Vanguardia*, 19 de junio de 1936.

⁵² Ossorio, “El oro de Moscú”, suelto ¿1935?, en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 292.

⁵³ Era julio 1936: un liberal y católico-social “encontrará abundantísimos motivos de coincidencia con el proyecto de Constitución de la URSS”. Esto contrasta con lo que era su tradición: “Nada con el Estado. (...) Todo contra el Estado”. Decía a Azaña, 1.8.1935: “donde pone su mano el Estado cae una maldición”; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 292.

⁵⁴ Ángel OSSORIO: *Cartas a una señora sobre temas de derecho político*, Madrid, Imprenta J. Pueyo, 1932, p. 205; Id.: “Las revoluciones social y política de la nueva España”, en *La Tribuna de “El Sitio”. 125 años de expresión libre en Bilbao (1875-2000)*, Ansoain, 2001, p. 466-467.

⁵⁵ Ossorio, *España*; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 293. Para Mariano ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 126, tras Octubre 1934 fue “el mayor atentado cometido contra la República”.

⁵⁶ Miguel ARDID y Javier CASTRO: op. cit., p. 119ss. Ossorio, por la Asociación de Socorros de ICAM, envió a la viuda sus condolencias, condenando el suceso, y poniendo a su disposición 25.000 pesetas del seguro de vida de su esposo. Eso es todo; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 294. Galarza: “un atentado contra él estaría perfectamente justificado”; en Clara CAMPOAMOR: op. cit., p. 56.

nente del 15 julio aportaba su particular recuento del último mes bajo el Estado de Alarma; dijo que el Gobierno había creado en las derechas el sentido de violencia. Ni las libertades, ni la inviolabilidad del domicilio, ni el derecho a la vida tenían “la menor garantía con esta ley excepcional (...) de persecución” contra los de ideas políticas diferentes. Algún día esa violencia se volvería contra ellos.⁵⁷ Según Martínez Val, había en la calle «falsas campañas» de calumnias por cohecho, enriquecimiento, etc., contra Calvo Sotelo; su silenciamiento era «obligado» por ser un formidable orador y atesorar montañas de datos. Y reprocha a Ossorio que en sus memorias solo le hace una «parcial calificación»: joven y audaz ministro de Hacienda.⁵⁸

Según Carr, el obrerismo mostraba «incoherencia caótica», los sindicatos se tiroteaban entre sí, y había ambiente revolucionario. Recoge, además, unas palabras de Montseny en el sentido *weberiano* de que el golpe militar aceleró la revolución «que todos deseamos pero que nadie esperaba tan pronto». Fue la resistencia a la contrarrevolución la que desató la revolución. Mientras, la extrema derecha presentaba inquietudes conspiratorias y de naturaleza violenta para la lucha próxima, y rechazaba el legalismo de Gil Robles. Escuchando a González Cuevas, las derechas en general vivían la experiencia republicana como un «peligroso morbo» que amenazaba sus vidas, intereses y creencias y reaccionó al dictado de unos ideales hondos y de sus instintos de defensa. Apoyarán el golpe. También el PRR por instrucción de Lerroux exiliado; y una importante lista de intelectuales hizo lo propio: Unamuno, Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, Baroja, Menéndez Pidal, Zuloaga, D’Ors, Pla, Cambó... Y los más claramente conservadores Pemán, Manuel Machado, Foxá, Ridruejo, Laín, Mihura, Neville, Torrente Ballester. Aunque quién legitimó el alzamiento fue el clero, que lo consideró una Cruzada.⁵⁹ Las Juventudes Socialistas, mientras, pedían un Gobierno proletario y un Ejército Rojo. La situación, dice Castillejo, solo podía desbloquearse con la violencia y su “misteriosa virtud de la fecundidad”, y con su capacidad de contagio.⁶⁰ Neutralizado el liberalismo jacobino de Azaña «por los maximalismos de la izquierda», y el matiz *democristiano* de Gil Robles «por la vocación totalitaria de los *conservadores* de su partido», los dos extremismos maniqueos dislocaban la realidad española.⁶¹ El *síndrome maximalista* de Linz.

Una guerra civil que no era. Ira y fuego en la retaguardia.

⁵⁷ Alfonso BULLÓN: op. cit., p. 696ss: la guerra se pudo evitar si a un hecho sin precedentes el gobierno hubiera reaccionado con contundencia sin precedentes. Franco, poco conspirador, cambió su postura.

⁵⁸ José M. MARTÍNEZ: *Galería de grandes juristas*, Barcelona, Bosch, 1993, p. 171 ss.

⁵⁹ Raimond CARR: op. cit., p. 615 ss. Max WEBER: *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1991, p. 165: los socialistas revolucionarios prefieren la guerra generadora de revolución a una paz que la impida. Pedro C. GONZÁLEZ: *Historia...* p. 356 ss. Según José CASTILLEJO: *Democracias destronadas. Un estudio a la luz de la revolución española 1923-1939*, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. 197: el Comintern propugnaba las guerras civiles como la mejor arma revolucionaria.

⁶⁰ José CASTILLEJO: op. cit., p. 44 ss.

⁶¹ Carlos SECO, op. cit., pg 308: principal culpable, Azaña, *contramodelo* del integrador Cánovas. Stanley PAYNE: “La guerra civil de Bartolomé Bennassar”, *Revista de Libros*, 102 (2005), recuerda que Bennassar ve a la República como una “democracia poco democrática”. José CASTILLEJO: op. cit., p. 45: solo quedaba “la renuncia a la responsabilidad”, de raíz socialista.

Azaña encuentra las causas del conflicto en los mismos inicios de la República, en la desestructurada España y su descompensación social con graves carencias: hambre, analfabetismo, ficción parlamentaria... La fractura social (discordia interna de la clase media y de la burguesía), con el problema autonómico, fue “el origen de la guerra”, dice. Y su “prólogo” fue octubre 1934. En febrero 1936 ya reconoce guerra entre los extremos. No obstante, echa la culpa los «complots» y «asaltos a viva fuerza» sufridos por el régimen, como la Sanjurjada. Aquí no incluye el “Octubre” ni las quemadas de mayo 1931.⁶² Para Juliá el origen de la guerra es estrictamente español, y confluyeron varios conflictos: guerra de religión, lucha de clases, nacionalismo, rebelión militar. Pronto adquirió dimensión internacional. Según Álvarez y Villa la dictadura nacida de la guerra no surgía de las profundidades de la reacción contra una democracia consolidada: «el déficit de legitimidad», la “insostenible” violencia política, el constante desafío de revolución social, la renovada fuerza tradicionalista y autoritaria, la debilidad de liderazgos..., impidieron su consolidación.⁶³

Ossorio, instalado en la propaganda, dista de hacer una exégesis de calado donde aparezcan causas estructurales, quedándose en lo circunstancial, la mera acusación, en especial a las derechas no republicanas (les llama fascistas) y a los indiferentes. El deterioro del ambiente político y el auge del obrerismo preocupaban a conservadores y grupos republicanos que veían al Gobierno incapaz de controlar la situación, mientras los rumores de golpe militar crecían. Ossorio echará en falta una anticipación «ya que la conjura se fraguaba a la vista de todo el mundo»: hubiera bastado un decreto «muy chiquitito» disolviendo el Ejército.⁶⁴

Según Castillejo, ambos bandos presentaban facciones que pensaban que la solución era exterminar al enemigo. Álvarez Tardío habla de violencia generalizada, deslealtad socialista, reacción de la derecha, persecución del ajeno.⁶⁵ La mala organización de la sublevación degeneró en guerra. Sin embargo, Romero Maura cree que el golpe fue exitoso: el objetivo de aquellos experimentados militares era «poner en marcha una larga guerra civil». Y no cree que la guerra fuera inevitable ni que hubiera pérdida de legitimidad de la República.⁶⁶ Ossorio avista tres elementos capaces de impedir el conflicto: la Iglesia (condenando la guerra, no bendiciéndola); las mujeres

⁶² Manuel AZAÑA: *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, Barcelona, 2002, p. 23 ss. Clara CAMPOAMOR: op. cit., p. 141 ss: el FP dejó el país en el desorden y provocó el alzamiento que pudo haber detenido. Azaña desechó “deliberadamente” la posible salvación de la república.

⁶³ Manuel ÁLVAREZ y Roberto VILLA: *El precio...*, p. 10. Santos JULIÁ: *Hoy no...*, p. 65.

⁶⁴ Ossorio, artículo “Defensa de las gallinas”, s/f, en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 298. Juan M. GÓMEZ: op. cit., p. 9 ss.

⁶⁵ José CASTILLEJO: *Democracias...*, p. 65: para los nacionales la democracia que no respeta legados y costumbres “es sólo una revolución que provoca otra”. Manuel ÁLVAREZ: “Los desafíos de la democracia”, *Revista de Libros*, 167 (2010). Georges ORWELL: *Orwell en España. Homenaje a Cataluña y otros escritos sobre la guerra civil española*, Barcelona, Tusquets, 2010, p. 253: el FP era un híbrido con un “falso barniz democrático”.

⁶⁶ Joaquín ROMERO: op. cit., p. 231-232. Jackson comparte el fracaso del golpe; el país se partió en dos: una dictadura militar y una revolución anarco-socialista; en Manuel AZAÑA: *Causas...*, p. 13.

(sacando de su hogar el belicismo masculino); y el obrerismo («huelga de brazos caídos» frente a la voz de mando).⁶⁷

Azaña conocía los preparativos golpistas, pero no creía en su triunfo, y el único civil de derecha que podía haber dominado la contrarrevolución y a los militares era Calvo Sotelo. Su asesinato precipitó todo.⁶⁸ Prieto no quiso reprimir la violencia y presionó a Casares para que no detuviese a los asesinos (algunos amigos suyos). Casares esperaba el alzamiento para derrotarlo y presentarse como vencedor tapando así el asesinato.⁶⁹ Ya a primeros de 1934 Ossorio vaticinaba una guerra entre totalitarismos, una «sentencia sanguinaria» para el pleito ante la demanda «comunista» de los trabajadores y la oposición de los acomodados mediante el «fascismo». ⁷⁰ Y veía venir la dictadura. Azaña decía a Sánchez Albornoz que si ganaban la guerra, en el primer barco que saliera de España tendrían que salir los republicanos si les dejaban. Estas vacilaciones se extendieron al extranjero, y es ahí donde ve De Blas la raíz de las reticencias de las democracias europeas durante la guerra.⁷¹

Al llegar Giral al Gobierno (19.7.1936) había encontrado un Ejército desestructurado; con recursos, pero sin capacidad de aprovecharlos, y sin saber qué hacer al ver fuerzas y material extranjero con los rebeldes. Desconfiando de los militares profesionales, armó al pueblo y no hubo vuelta atrás.⁷² Para Madariaga, Giral se debilitó al armar a los Sindicatos, más ocupados en la revolución que en la guerra. Su recambio sería Largo Caballero, que «había desencadenado el huracán». ⁷³ Gil Robles condenaba la violencia y deploraba que muchos amigos se acogieran a ella como única solución. Prieto confesaba: «vamos a merecer, por estúpidos, la catástrofe». ⁷⁴ Por su parte, Ossorio, al poco de estallar la guerra afirmaba en foros internacionales que en el Parlamento español se respetaba a los grupos de derechas y centro «escrupulosamente»; allí, las últimas palabras fueron «de caudillos de derecha amenazando» con la guerra. No menciona amena-

⁶⁷ Ossorio carta a Rosario del Olmo, s/f., en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 299. En *La velada en Benicarló*, Azaña dice que *Marón* (Ossorio) creía en la culpa parcial femenina en el origen de la guerra.

⁶⁸ Raimond CARR: op. cit., p. 613 ss. Se impuso la violencia para desesperación de legalistas: desde Gil Robles a Azaña, pg 623. Enrique MORADIELLOS: op. cit., p. 64, habla del “nacional-militarismo” de Calvo Sotelo, que ya apetecía el golpe antes de las elecciones.

⁶⁹ Alfonso BULLÓN: op. cit., p. 704 ss; pintadas en la calle: “la descendencia de Calvo Sotelo, seguirá el mismo camino”, “hay que exterminar la semilla”. Según Stanley PAYNE: *España...*, p. 279, el Gobierno prometió castigo, pero culpó a la víctima, arrestó arbitrariamente a 200 derechistas, cerró sus centros, etc.

⁷⁰ Ossorio, carta a Mario Zamora, 7.2.1934; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 299

⁷¹ DE BLAS: *Revista de Libros*, núm. 77, mayo 2003. Azaña en José M. MARTÍNEZ: op. cit., p. 103.

⁷² Ángel VIÑAS: *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 25 ss. Sin embargo, fue Giral el primero en pedir ayuda el mismo día 19 a Francia. Franco reaccionó con mayor fortuna, además ya gestionaba con Italia aviones para transportar el “Ejército de África”, resuelto a partir del día 25.

⁷³ Salvador MADARIAGA: op. cit., p. 416. Clara CAMPOAMOR: op. cit., p. 68: el Gobierno entregó España a la anarquía. Georges ORWELL: op. cit., p. 208: además de una guerra civil estalló una revolución, detalle que disimulaba la prensa antifascista extranjera. En agosto Ossorio apoyaba mantener armado al pueblo, “que salvaba España”; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 300.

⁷⁴ Fernando GARCÍA DE CORTÁZAR: “Historia de dos odios”, en *Así llegó España a la Guerra Civil*, Tomo 1 (2005), p. 7-8.

zas a Gil Robles o Calvo Sotelo, en cuyo asesinato ve causa «ocasional» de la guerra. Decía que entre las abundantes huelgas no hubo «la menor expresión revolucionaria ni agresora», y culpa de nuevo a patronos y derechas. Pero según Gil Robles «lo mismo fracasa un Gobierno cuando no puede dominar a las derechas que cuando se deja imponer por las izquierdas». Buscaban predisponer contra ellos a las masas y lanzarlas a la violencia.⁷⁵

El 25 julio, los rebeldes habían contactado con Mussolini recabando ayuda en material bélico.⁷⁶ Hubo contactos también, según Ossorio, con Hitler por mediación de Sanjurjo. Y tomando pie aquí, asegura que desde 1932 había una conspiración contra la República, gobernase quien gobernase.⁷⁷ La crueldad represora llegó pronto, y en ambos bandos fue similar, en especial los métodos, y estudios recientes reducen la brecha del número de víctimas; además cuestionan la espontaneidad de la represión republicana⁷⁸. Por su parte, Ossorio negó la existencia del «terror rojo» en Madrid: era una «infamia». El principal culpable fue el clero por privar al Gobierno de su autoridad, y la excarcelación de docenas de delinquentes. No encuentra «ni un solo crimen imputable a los Gobiernos», que lucharon para reducir a los «exaltados». Los clericales perpetraron «las infamias más horrendas que por cada hombre que murió en nuestro lado, fueron asesinados ciento en el suyo». Olvidaban su ministerio y que no podían hacer política con hábitos sacerdotales; eran los herederos del cura trabucaire. Encima, la prensa derechista inflaba la cifra de muertos de la República. En cambio, restaba importancia o encontraba justa la actuación de turbas descontroladas (“violencias anónimas”) o la represión republicana hacia los religiosos, las quemas de iglesias duraron poco, dice. Y afirmaba respeto al culto.⁷⁹ Pero su amigo y sacerdote Gallegos Rocaful dice que aquella quema había empezado «casi inmediatamente», y en unas proporciones que no se habían alcanzado nunca antes. Un capellán conocido suyo le contó que un antiguo sacristán, al que había despedido meses antes, se subió a la torre y disparó desde allí.

⁷⁵ Juan M. GÓMEZ: op. cit., p. 10, cita a Ossorio: “a estas horas, (...): ni el Gobierno, ni el Parlamento, ni el FP significan nada”. José M. GIL ROBLES: op. cit., p. 649. Ossorio a la Unión Universal por la Paz, 1936; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p.301.

⁷⁶ Pedro C. GONZÁLEZ CUEVAS: “Antonio Goicoechea. Político y doctrinario monárquico”, *Historia y Política*, 2 (2001), p. 183-185.

⁷⁷ Ossorio en *España*, suelto s/f., en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 301.

⁷⁸ Gabriele RANZATO: op. cit., p. 378 ss: las represiones siguieron “modos y rituales de sorprendente paralelismo”. De los 150.000 o 200.000 muertos atribuye 2/3 a los nacionales, pero la represión republicana fue en territorio menguante; así, no considera la desigualdad en cifras “muy indicativa de una diferencia de crueldad”. Espontaneidad: los rebeldes dejaron la represión a requetés y falangistas; la justicia popular republicana era ejercida por comités locales u organizaciones políticas y sindicales. Madrid tenía más de 200 checas. La de Fomento, dirigida por la policía.

⁷⁹ Ossorio, “Un lobo de mar”, s.f.; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 302. Los dirigentes republicanos le parecen buenos, incluso extremistas como Galarza o Nelken, una “fanática”, dice Trapiello; *La COPE*, 14.2.2016; en su artículo “El potaje madrileño”, *El País*, 11.2.2016. Nelken terminará en el comunismo.

De la quema de iglesias se pasó a la matanza de sacerdotes (...). El culto público quedó de hecho proscrito. Las iglesias que se salvaron del fuego fueron incautadas y dedicadas a usos más diversos y más profanos. Años enteros duró esta situación.⁸⁰

Durante la guerra Ossorio rompió con su clásica juridicidad. Foxá le acusa de connivencia en los delitos republicanos: Giral le encargó un «espaldarazo jurídico» al tribunal popular, donde no había códigos, ni artículos, ni atenuantes y agravantes. Se sentó entre «aquellos asesinos», y cuando salió del tribunal «había ungido con su prestigio de jurista aquellos asesinatos... Aquellos infelices podían ya morir tranquilos. El mejor abogado de España garantizaba su fusilamiento».⁸¹ Ossorio nunca emitió una condena sin paliativos por el asesinato de cerca de 7.000 sacerdotes. Siempre había un *pero*. Más grave parece a Martínez Val que tampoco condenara la matanza de la Modelo donde fue asesinado el Decano Melquíades Álvarez, y cita a Azaña con su horror y “conflicto de conciencia” por aquellas muertes. Ossorio contestaba:

- Yo no justifico nada; no. Pero está en la lógica de la historia. Note usted que muchos de esos hombres, hace dos años, creyéndose los amos de la historia, hicieron algunas atrocidades y a usted mismo le involucraron en una maraña, (...), con el sano propósito de fusilarlo a usted. ¡Pues ya ve usted: son ellos los fusilados! El pueblo no se había olvidado (...).

- También han matado al juez Alarcón.

- Lo sé. Otro prevaricador (...).

Azaña estaba confundido ante la actitud del que era «expresión de la más estricta juridicidad».⁸² Ossorio quedaba pasmado cuando el presidente le decía haber librado a José Antonio del asesinato tramado por «ciertos obcecados».⁸³ Hay un interesante debate epistolar entre el madrileño y Sturzo sobre las violencias contra templos y religiosos. Al italiano le decepcionó la falta de respuesta del Gobierno en la Asamblea de la SdN ante la protesta vaticana por los hechos. Pedía la reprobación *degli'incendi di chiese e del massacro d'innocenti*. No era acertado justificar las masacres de religiosos como represalias, pues la gran mayoría nada tenía que ver con los insurgentes. Ossorio respondía. 1) protestaba por calificar un suceso histórico «por sus accidentes momentáneos»: más grave fue la Revolución francesa y ya solo se juzgaba su ideario y los cambios propiciados, olvidando la guillotina. 2) la actividad religiosa seguía normal, incluso reta-

⁸⁰ José M. GALLEGOS: *La pequeña grey*, Barcelona, Península, 2007, p. 8 ss. Georges ORWELL: op. cit., p.210: equipos de trabajadores se dedicaban a demoler iglesias e imágenes “sistemáticamente”, pg 73; no se permitía “abrir sus puertas ni celebrar servicios” hasta julio 37; saqueos por rutina.

⁸¹ Agustín de FOXÁ: *Madrid, de Corte a checa*, Madrid, El buey mudo, 2009, p. 328-331. Se podrá cuestionar el testimonio, pero Ossorio había defendido el Jurado popular solo para delitos comunes, no para los políticos; DSCD, 30.6.1933, Vol. 593, pgs 13778-13783. Proclamó su “normal funcionamiento”; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 302. Atrás quedan sus notas advirtiendo que la pérdida de la fe en la justicia se suplantaba “con tribunales revolucionarios, que son una de las formas más odiosas de la tiranía”; Boletín ICAM, nº 6, 1931. Clara CAMPOAMOR: op. cit., p. 106: sentenciaban sin pruebas.

⁸² José M. MARTÍNEZ: op. cit., p. 110, reproduce a Azaña (*Diarios...*, p. 990 ss). Ossorio compartió con Álvarez candidatura electoral derechista templada en 1931; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 203.

⁸³ Carlos ROJAS: *Los dos Presidentes: Azaña, Companys*, Barcelona, Dirosa, 1977, p. 28.

dora: burlaban las leyes de enseñanza, los periódicos católicos insultaban al Gobierno -no explica cómo estando incautados-, la derecha fascista asesinaba y la Iglesia no condenaba. Se alzaron los militares, capitalistas, fascistas, terratenientes (*beati possidenti* que provocaron la invasión de España), y la Iglesia callaba. Denuncia su concurso “evidentísimo y escandaloso” con ametralladoras en los campanarios y curas armados con los facciosos. «Naturalmente» el pueblo respondió quemando y matando, “lo que yo llamo represalias”. Eran atrocidades, pero después de la sublevación, no antes.⁸⁴

Ranzato apunta que muchos católicos europeos “aun horrorizados por la persecución que sufría la Iglesia” denunciaban el terror de los franquistas; equidistancia que compartían Maritain, Mauriac, Sturzo; pero «la furia anticlerical» hacía que los católicos demócratas corrieran los mismos peligros que el clero integrista.⁸⁵ Continúa Ossorio. 3) Pregunta si defender a la nación es traer mercenarios a matar españoles, y si traer moros es defender la religión, o si es Derecho atacar el poder legítimo con las armas. Si aquello no indignaba a Sturzo, tendría que estar junto a Mussolini. 4) Él, creyente y conservador, hablaba en la radio comunista cuya prensa lo reproducía íntegro. Sturzo respondía que la Iglesia no participaba en la rebelión ni en la guerra, pero la violencia contra religiosos llegaba a «un límite inhumano increíble»; el Gobierno debía restablecer el orden; la opinión internacional temía una victoria republicana y la «bolchevización de España»; y, en fin, habría que distinguir entre sacerdotes culpables e inocentes, y para ello habría de crearse un tribunal. Ossorio insistía:

Con la Iglesia no hay cuestión ninguna. (...). Se trata de un fenómeno político y nada más que político. Ahora bien, en este fenómeno político es innegable que los católicos y el clero se han puesto del lado del militarismo fascista (...).

Dice V. que se han cometido actos inhumanos contra los curas, es verdad (...). Pero, ¿por qué no hablan los católicos de los horrores (...) contra los republicanos (...)?

Según Sturzo, el Gobierno no hacía nada para diferenciar el problema religioso «del político-militar de los insurgentes», y no era cierto que la Iglesia silenciara las barbaridades de los *nacionales*, aunque él hubiera querido mayor energía. Ossorio se apoyaba en recortes de prensa sobre saqueos de los moros y los militares, y sobre las matanzas de Badajoz.⁸⁶ Azaña, en *La velada*, habla de las justificaciones de *Marón* por las atrocidades republicanas como «represalias» que el Gobierno no podía controlar. En cambio, en el otro bando, las autoridades planeaban los crímenes. Como vemos, el alcaíno conocía bien a su amigo.⁸⁷ Campoamor, que vivía en Madrid, no

⁸⁴ A José M. GALLEGOS: op. cit., p. 20, sí le escandalizan los asesinatos, y denuncia que no se quería acabar con ello.

⁸⁵ Gabriele RANZATO: op. cit., p. 407 ss: muchos huyeron (por ejemplo, Vidal i Barraquer) o cambiaron de bando. Solo en el País Vasco no se persiguió a la Iglesia, aunque muchos curas allí murieron por apoyar a la República.

⁸⁶ Correspondencia Sturzo-Ossorio (septiembre-octubre 1936); en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 305 ss.

⁸⁷ Siendo embajador en París, Ossorio recibió protestas de sindicalistas franceses por los crímenes del gobierno contra el POUM. Los crímenes republicanos eran perseguidos por el Gobierno, dice; *Ibidem*, p. 305.

creía a la prensa republicana sobre las atrocidades de los alzados, ni los desmentidos del Gobierno. Y en fin, para Azaña, el aislamiento de la República se debió a la eficaz diplomacia del Eje y a las purgas en Rusia y España, que impedía a las democracias creer que Stalin apoyaría una República democrática e independiente.⁸⁸ Ossorio tenía una visión idílica de la España prebélica: evolución social, leyes respetadas, convivencia pacífica... Todo «me lo han destruido en veinticuatro horas». El Gobierno traicionado tenía razón.⁸⁹

Con el estallido de la guerra tuvo lugar otra vuelta de tuerca en el giro político-práctico de Ossorio (no así en el teórico). Empleó para ello su capacidad divulgativa con abundantes excesos. Resulta interesante verle criticar a los periodistas de guerra y la curiosa distinción que hace entre la exageración y la mentira: la guerra engendra una literatura insincera, decía; para el cronista los suyos son invencibles y nunca se equivocan. Esto lo entendía, lo que no entendía ni disculpaba es «faltar a la verdad».⁹⁰ Y repelía con ahínco la «inexacta versión» de guerra civil, lo que chocaba con las opiniones de Prieto y Azaña, por ejemplo. Así, España sufría un continuo de tres guerras: una primera «verdaderamente civil» donde una parte de españoles que «detestaba» la República se sublevó, fue dominada en pocos días; una segunda guerra, también de españoles, pero «auxiliados» por extranjeros que no bastó para derrotar a la República; y una tercera que en realidad era una «invasión internacional». La situación había dado un giro y, con pasión *a l'excès*, dice que era de «grandes ejércitos extranjeros auxiliados por algunos españoles».⁹¹ Teoría muy discutida; por ejemplo, Ranzato en *El eclipse*.

En otro orden de cosas, tras la incautación de *La Vanguardia*, la nueva directora, elegida por el Comité de trabajadores, María Luz Morales, le contaba (agosto 1936) la situación del periódico: dueño, director y administrador huidos, y 400 familias al cabo de la calle. Había que salvarlo y para eso necesitaba firmas importantes, y la más importante «es la suya, don Ángel». Le pedía un crédito más largo. Ossorio ya no sorprende: era «lo mejor que podía ocurrir», en *Ahora* había pasado lo mismo y trabajaban afanosos. Esto se aproximaba a su idea de pasar la propiedad empresarial a los empleados, aunque por otro conducto. Colaboraría. «Me paga V. lo que quiera, cuando quiera y como quiera».⁹² Adjuntaba un artículo criticando ásperamente a los ricos.⁹³ También colaboró en *Ahora*, incluso siendo Órgano de las Juventudes Socialistas (1937).

⁸⁸ Manuel AZAÑA: *Causas...*, p. 37-38, Jackson lo anticipa en su prólogo, p. 16-17. Español, en Clara CAMPOAMOR: op. cit., p. 33.

⁸⁹ Era ilícito derramar más sangre que «la que exigen la pelea y la justicia». No había que consentirlo ni allí ni aquí; Ángel OSSORIO: «Sangre», *Ahora*, 16 de septiembre de 1936. Después cambiará: no pudieron evitar «que se maten unos sacerdotes»; Id.: «La Iglesia y nosotros», *Democracia española*, 30 de abril de 1939, pg 312. En algunas zonas, los asesinatos de curas alcanzaron tasas de exterminio.

⁹⁰ Ángel OSSORIO: «La verdad y la ilusión», *Ahora*, 2 de septiembre de 1936.

⁹¹ Pero no se restablecería el orden: los militares querrían reparar su traición, los falangistas construir una España tiránica; los requetés resucitar el siglo XV; Ángel OSSORIO: *Galicia*, 7 de agosto de 1938. «No os prestéis a seguir hablando de guerra civil»; Id.: «La invasión extranjera en España», *España Republicana*, 6 de agosto de 1938; Id.: «La causa inmortal de España», *Nosotros*, 25 de agosto de 1938.

⁹² *Ibidem*, p. 306; la nueva colaboración con *La Vanguardia* duró hasta el final de la guerra.

⁹³ Ángel OSSORIO: «Tópicos: Todo el mundo», *La Vanguardia*, 11 de agosto de 1936

Ossorio nunca perdonaría a los militares el haberse puesto al servicio “de una pandilla de señoritos holgazanes y de curas renegados”. Los brigadistas eran otra cosa: no eran soldados, sino hombres libres venidos de fuera en servicio de su ideal.⁹⁴ Desde el inicio de la guerra advertía tres tipos de delincuentes: malhechores vulgares, grupos anónimos irresponsables y el Gobierno de Franco «que asesinaba en cada provincia veinte, treinta o cuarenta mil adversarios». Se encargaban los falangistas⁹⁵ que amparados por ejército y policía cometían «tempestuosas audacias» sin límite, unos forajidos que aspiraban a imperar gracias a sus crímenes. Acabada la guerra, en España no había concierto: «Franco, sin mandar en nada ni en nadie y entregado a una guardia mora. No se trabaja ni se come. Continúan los fusilamientos a granel». ⁹⁶ Franco hablaba en serio al referirse a una lista negra de “dos millones de republicanos” destinados a morir, y que necesitaría un año de limpieza antes de restaurar la monarquía. Las atrocidades republicanas, con el Gobierno “inerte”, eran “juegos de serafines”.⁹⁷

Haré una breve referencia al traslado de los tesoros de El Prado durante la guerra, que para Ossorio fue inmejorable: donde los milicianos veían riesgo cogían las obras de arte y las llevaban a la Comisión encargada. Afirma que los franquistas bombardearon el museo para destruirlo con el tesoro dentro y que se salvó porque ya estaba en Valencia. Un informe de arqueólogos ingleses atestiguaba la «maravillosa» forma de conservación en las Torres de Serranos.⁹⁸ Sin entrar a considerar el destino de una inmensidad de obras de arte religioso, perdidas para siempre, solo hay que leer la famosa carta de Azaña a Ossorio (18.6.1939) para darse cuenta de los gravísimos riesgos que corrió tan incalculable tesoro. Para Madariaga el «cacareado» salvamento, fue «uno de los mayores crímenes» jamás cometido contra nuestra cultura. Lo perpetró aquel Gobierno, y su ministro de Instrucción, comunista, que ordenó el traslado contra la opinión del especialista Sánchez Cantón.

Madrid poseía precisamente la mejor cámara subterránea quizá entonces del mundo para la protección de tesoros artísticos, recién terminada con arreglo a la técnica más moderna a treinta metros de profundidad bajo el Banco de España. A los técnicos ingleses (...) se les enseñó un par de cuadros del Greco enmohecidos por la humedad para hacerles creer que esta cámara subterránea no era suficiente.⁹⁹

⁹⁴ Id.: “A un militar del otro lado”, *Ahora*, 26 de marzo de 1937: “ganarás o perderás (...). Y alguna vez a tus nietos, (...) alguien les contará tu vida”.

⁹⁵ Id.: “Los falangistas de Zaragoza”, *Patronato*, 3 de diciembre de 1943. Georges ORWELL: op. cit., p. 220: un diario decía que “los fascistas levantaban barricadas con niños vivos (un material muy poco práctico para hacer barricadas)”.

⁹⁶ Ossorio, nota a Casa de España, Montevideo, 18.7.1940; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p.380.

⁹⁷ Ángel OSSORIO: “La matanza”, *La Nación*, 1 de julio de 1939.

⁹⁸ Id.: “El tesoro artístico español”, *La Nación*, 27 de septiembre de 1942.

⁹⁹ Salvador MADARIAGA: op. cit., p. 422, presidía la Oficina Internacional de Museos de la SdN: los cuadros “no debieron haber salido nunca de Madrid”, pero predominaba “la pasión política más miserable sobre el respeto a la cultura y al arte”.

Nacionalismo y revolución en guerra

Ossorio apostaba por el valor guerrero de los catalanes, que «sabían morir» por la libertad y contra la tiranía. Cuando ante un posible armisticio (1937) se decía que Cataluña quiso evitarse daños al ver el peligro en sus puertas (vivía tranquila mientras los demás morían, lo que irritaba al resto de España), Ossorio se reafirma en su defensa.¹⁰⁰ Companys había despreciado tal rendición; y los separatistas de Estat Catalá, que se decía que eran los que negociaban «la capitulación», serían los primeros en rechazar tratos con «el verdugo de Cataluña».¹⁰¹ Sin embargo, Azaña lamentaba la falta de lealtad mutua Gobierno-Generalidad que acabó en «un despego (llamémosle así) que no se disimulaba» por parte catalana. Rovira Virgili escribía que «*els pits catalans* opondrían (...) una barrera inexpugnable», no como en Madrid. Pero la realidad era que Saravia, General de los Ejércitos de Cataluña, informaba tras una ofensiva rebelde que tenían «sesenta mil desaparecidos». Escribe el presidente: «habían arrojado las armas en cuanto quedó rota la primera línea y se escondían en las bodegas, en los pajares, aguardando la llegada de los facciosos».¹⁰² Estaba muy molesto con la actitud de aquel nacionalismo tan hábil en «tergiversaciones y sobreentendidos». Había «falta de solidaridad nacional» durante la guerra;¹⁰³ partidos y sindicatos se atribuyeron funciones, «escatimaron cooperación», desalojaron casi por completo al Estado de la región; y veían al ejército como de ocupación. Sin embargo, la invasión sindical les desbordó y la colectivización colapsó todo. El colmo fue la prohibición por la Generalidad de la fabricación de material de guerra para el Gobierno, que se trasladó a Barcelona para controlar la situación.¹⁰⁴

Según Ossorio este traslado no respondía a motivos de guerra sino políticos: «acentuar la autoridad del Gobierno en el punto más importante por razones de industria de guerra», orden público, avituallamiento y unidad nacional.¹⁰⁵ Lo cual confirma lo indicado por Azaña; y más aún las quejas catalanistas. Según el madrileño, empero, estaban «muy contentos». Se explicaba por su carácter, ilusionado con su autonomía, pero «miedoso de perder su riqueza», sus monumentos, su tranquilidad. Al verse apurados quedarían «contentísimos» con las fuerzas del Estado

¹⁰⁰ Carta de Ossorio a Azaña, 1.5.1937; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 307; si les preguntasen, seguro que querían seguir luchando como “los demás hermanos de España”. El “valor” en Ángel OSSORIO: “Cataluña”, *Ahora*, 11 de agosto de 1936. Georges ORWELL: op. cit., p. 175, dice que allí la vida seguía “como de costumbre”: cafés elegantes, baños, etc.

¹⁰¹ Carta de Ossorio a Giral, 6.8.1937; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 307.

¹⁰² Carta de Azaña a Ossorio, 18.6.1939; *Ibidem*, p. 307. Incluye el informe de Saravia a Azaña, 1.12.1938. Georges ORWELL: op. cit., p. 89: las milicias catalanas obedecían al partido tanto como al Gobierno; en 1937 se integraron en el Ejército Popular, pero solo formalmente.

¹⁰³ Manuel AZAÑA: *Diarios...*, 4.7.1937, p. 1029, preferían obreros nacionalistas antes que sindicalistas o marxistas. *Insolidaridad*, id., 15.9.1937, p. 1143.

¹⁰⁴ Manuel AZAÑA: *Causas...*, p. 105-117. José CASTILLEJO: *Democracias...*, p. 122, lamentaba que los catalanes seguían “su política tradicional de sacar provecho de las dificultades de Madrid. Salvador MADARIAGA: op. cit., p. 417: la Generalidad tomó facultades que no le correspondían.

¹⁰⁵ Carta de Ossorio a Giral, 15.10.1937; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p.308.

imponiendo el orden. Se pensó incluso en «la conveniencia de disolver» la Generalidad, dejando algún representante junto al Gobierno. «Nada sabía yo de actitud tan simpática».¹⁰⁶

«Resistir es vencer», o «el factor predominante en la lucha, es la fe». Estas citas de Negrín constituían para Ossorio el secreto de la victoria final. En biología, dice, se mantiene al enfermo esperando algo que cambie la situación -a los efectos, una guerra europea-. «La fe es (...) nuestra táctica». Seguía, pues, con su fe sólida en la victoria, aunque él, liberal, conservador y abogado, nunca recuperaría lo que tuvo. Las razones de su fe residían en la evolución histórica: jamás la Historia dio marcha atrás en la emancipación del hombre; no era un problema español sino el acceso de los trabajadores del mundo al poder político y económico. Las transformaciones conllevarían sufrimiento, pero aportan mayor justicia social, asegura.

Y no se impondría un «comunismo sanguinario». Razones: 1) el «ferozmente individualista» temperamento español; 2) el sindicalismo y el socialismo -de tendencia comunista- se entenderían como hacían en el gobierno; 3) la contribución de anarquistas y algunos católicos; 4) «los que hacen aspavientos contra el comunismo» miran la URSS de 1917, pero tras veinte años era muy distinta, bastaba con ver su economía y su última Constitución. España no sería bolchevique, sino que prevalecería la economía mixta: bienes nacionalizados, socializados, municipalizados, gran *cooperativización*, y multitud de pequeños y medianos propietarios y profesiones libres. En sus predicciones prácticamente desaparece el capitalismo (no digamos el gran capitalismo), sujeta la propiedad privada a la función social, se hundirían las castas militar, teocrática, plutocrática y aristocrática, desaparecería el señorito «parásito y holgazán». Todas las actividades y poderes quedarían “invadidos” por los trabajadores. España sería lo que su Constitución quiso: una República democrática de trabajadores (Posada lo calificó de «ingenuo»), en libertad y justicia. Y los fundamentos «serios» de su optimismo incluyen el hecho de haber ministros anarquistas.¹⁰⁷ Al poco de empezar la contienda Ossorio ya había visto avances sociales, en especial en Cataluña, donde dice que trabajaban juntas todas las izquierdas.¹⁰⁸

Embajadas y propaganda.

Su posicionamiento pro-republicano y la escasez de diplomáticos profesionales, huidos por miedo a rebeldes y/o a revolucionarios, posibilitó su llamamiento para la diplomacia. Así, formó en la Delegación española ante la SdN: «comedia descarada» donde todos buscaban la conveniencia de su país. Llama la atención su silencio ante el seguidismo previo de España a Francia en dicho Organismo (4.7.1936) a favor del levantamiento de sanciones a Italia tras invadir Abisi-

¹⁰⁶ Carta de Ossorio a Giral, 16.10.1937; *Ibidem*, p. 308. Si había habilidad, serían “excelentes colaboradores”. Salvados “el espíritu y la lengua de Cataluña”, todo iría bien.

¹⁰⁷ Ángel OSSORIO: “El porvenir de España”, Valencia, Gráficas Genovés, 1937. No menciona los millones de muertos de los planes quinquenales estalinistas. Clara CAMPOAMOR: *op. cit.*, p. 144: La guerra no era “asunto privado”, era lucha fascismo vs comunismo por la hegemonía mundial.

¹⁰⁸ Los cambios serían a mejor, “como lo demuestra la evolución democrática de la U.R.S.S.” (!); *Id.*: “Materiales en construcción”, *Ahora*, 25 de agosto de 1936.

nia.¹⁰⁹ Pasó por las cancillerías de Bruselas, París y Buenos Aires. Limar asperezas con los católicos y atraerles a la *causa*, aliviar la mácula de *rojos* del FP, buscar el apoyo de los gobiernos, etc., eran sus misiones. No podemos hablar de éxito. Claro que sus discursos exaltando las colectivizaciones (siempre las había rechazado), lo hacían difícil. Su tarea se desdibujaba por la gran cantidad de propaganda que desarrolló. Veamos alguna de sus declaraciones: Bruselas era un «archivo de groserías», el rey belga una “especie de tenientillo de infantería”; en París traficó con armas para la República incomodando al gobierno francés, y Blum, judío y socialista, era “un alemán más”. Criticó a casi todos los políticos de los países de destino,¹¹⁰ donde siempre decía encontrar hostilidad.

Pero lo que descomponía su ánimo era el Acuerdo de *No-Intervención* de las democracias europeas en el conflicto español, lo que acarrea un gravísimo riesgo para ingleses y franceses, ya que con los italianos en los Pirineos, la agresión desde España era el «peligro inmediato» y la guerra europea el «eventual».¹¹¹ Francia corría riesgo de invasión, de control alemán sobre sus colonias africanas, sobre el Mediterráneo y el Atlántico; etc. No pedía su participación en nuestra guerra, solo el cumplimiento de los tratados, en alusión al convenio de 1935, vigente, sobre compra de armas.¹¹² Con la excusa de librar a España del comunismo, el fascismo seguiría apoderándose de ella y las potencias del Eje tendrían nuestras riquezas contra las democracias. Si se les vencía en España sería difícil que intentasen otras empresas, pero si triunfaban se derramarían «torrentes de sangre».¹¹³ Otra de sus actividades como embajador fue la recluta de voluntarios, que según dice brotaban por generación espontánea; “todos los días salen 60 voluntarios”.¹¹⁴

Estaba en Buenos Aires al finalizar la guerra, y como exiliado también la propaganda ocupó su tiempo siendo un importante portavoz de la República y del exilio. Sus temas preferidos fueron los habituales: la guerra de España, la República, totalitarismos, no-intervención, los tiranos (Hitler, Mussolini o Stalin),¹¹⁵ la Iglesia, etc. Y la *Tercera España*, a la que llegó a odiar. Les llamó «egoístas», «vacilantes», «indiferentes» ante el ataque al Gobierno legítimo y la barbarie: los que no estaban “ni con los unos ni con los otros” fueron los más irritantes. Le pareció «más intolerable que la agresión misma», porque llegado el momento estarían con los triunfadores. Al menos los agresores tendrían su responsabilidad.¹¹⁶ Este brillante subgrupo de exiliados se nutría

¹⁰⁹ Ángel VIÑAS: op. cit., p. 30. Según Santos JULIÁ: *Hoy no...*, p. 147, la República hizo seguidismo de Francia. Sin embargo, Ossorio hablará después de “inacción cobarde” de las democracias cuando dicha invasión; “La lógica”, *La Nación*, 21.4.1940.

¹¹⁰ José M. MARTÍNEZ: op. cit., p. 112-113. Lo podemos corroborar en su correspondencia.

¹¹¹ Ossorio, “¡Cuidado, ciudadano francés!”, octubre 1937; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 337.

¹¹² Ángel VIÑAS: op. cit., p. 31. Según Prieto, la *No intervención* anulaba el compromiso, en correo Ossorio-Prieto (febrero 1938); *ibidem*, p. 337.

¹¹³ Carta de Ossorio a Herriot, 7.2.1938; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 338.

¹¹⁴ Pero un informe suyo (París, 8.2.1938) habla de malos resultados. Escaseaban los voluntarios y eran “casi todos comunistas” (95%) españoles y franceses. Las previsiones de 30/40.000 en el Mediodía fueron unos cientos, algunos bajo amenazas; *ibidem*, p. 338.

¹¹⁵ Carta a Fernández Shaw, 6.8.1944; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 357. Llegó a poner en pie de igualdad a Stalin con Churchill o Roosevelt.

¹¹⁶ Ángel OSSORIO: “La invasión...”. *Id.: Las Injusticias...*

de políticos e intelectuales más o menos vinculados a la República: Alcalá Zamora, Miguel Maura, Ortega, Marañón, Madariaga, Gómez de la Serna, Miquelarena, Corpus Barga, Azorín, Pérez de Ayala, Grandmontagne, Américo Castro, Pittaluga o Baroja. Según Ranzato, la *Tercera España* representó una postura digna, probablemente la de la gran mayoría de españoles. Si bien no incluye a los Ortega, Marañón..., sino a Menéndez Pidal, Américo Castro, Sánchez Albornoz o Alcalá Zamora.

Con sus discursos y escritos, Ossorio se ganó la vida con cierta holgura. Como diplomático no dio la talla como sí lo había hecho en política, y muy especialmente en la abogacía. No creía en la diplomacia, lo que unido a sus brusquedades y el exceso de propaganda, convirtió esta faceta en poco o nada exitosa. Su gran actividad le valió la fama de “exaltado”. El mismo Azaña le encontraba ligero, impulsivo, poco refinado.¹¹⁷ En febrero 1939, ante el inminente reconocimiento de Franco por Argentina, entregó la Embajada y pasó al exilio, donde las disputas entre los republicanos le ocuparon y preocuparon. Con optimismo fuera de lugar decía que durante el combate se habían mantenido «maravillosamente unidos», pero tras la derrota cada uno volvió a su puesto ideológico, incluida la desconfianza hacia los comunistas que, «magníficos» en la guerra, habían vuelto a «su habilidad política de infiltración y a mostrarse absorbentes».¹¹⁸ Su correspondencia transmitía pesimismo y crítica: resultaba imposible unir comunistas y liberales, había pésimas relaciones entre las organizaciones de exiliados, y los nacionalismos iban a más. Era un *sinvivir*:¹¹⁹ Ossorio fue orador estelar en los actos de solidaridad con España y referente de los exiliados al que todos respetaban. El Gobierno del exilio decía: «tuvimos la fortuna de incorporar a la figura combativa, desprendida y venerable de Don Ángel Ossorio y Gallardo».¹²⁰

Con los separatismos, que los ve como «agitaciones, hijas de literatos, historiadores, artistas», lucha entre hermanos, «disparate suicida» del que pronto se arrepentirían los separados,¹²¹ procuró llevarse bien y calmar ánimos, no así con los vascos que apenas contribuían a la paz entre los exiliados. Ossorio aseguraba a Esplá que no haría absolutamente nada por congraciarse con el separatismo: se limitaría a no conocerlos.¹²² En especial, detestó al Lehendakari Aguirre.

¹¹⁷ Manuel AZAÑA: *Diarios...*, p. 1095, 13.8.1937. Hubiera preferido a Besteiro en París.

¹¹⁸ Ossorio, *España*; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p.383.

¹¹⁹ Ángel OSSORIO: “Un viaje por la República argentina”, *La Vanguardia*, 4 de octubre de 1938.

¹²⁰ Suelto, 7.11.1946; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 385.

¹²¹ Ángel OSSORIO: “España no podrá ser afectada por los separatismos”, artículo de escaso rigor histórico, ¿1939? Dice que vascos (con hosquedad) y catalanes (más amables) estaban entregados al separatismo; incluso los gallegos de Castelao; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 386.

¹²² Pedro L. ANGOSTO.: *La insurrección contra la inteligencia. Epístolas republicanas: Carlos Esplá, Amós Salvador, Ángel Ossorio y Gallardo*, Madrid, CIERE, 2007, p. 103. Según Azaña, el común de los vascos juntaba “al primitivismo de su raza, tardíamente incorporada a la civilización, una soberbia insoportable”; en Santos JULIÁ: *Manuel Azaña...*, p. 301.

Algunas conclusiones.

Hemos podido ver que Ossorio fue consecuente con su pensamiento primigenio de antimilitarista convencido. Lo demostró siempre que tuvo ocasión. Fue muy crítico con las militaradas del siglo XIX (por contra aplaudió el civilismo de Cánovas); censuró los asaltos de los militares a dos periódicos catalanes en 1905; dimitió como Gobernador por la intervención castrense durante la Semana Trágica (1909); atacó a las Juntas Militares (1917); y con acritud a la Dictadura de 1923; criticó la sublevación de Galán y Hernández en Jaca (1931); y más aún la *Sanjurjada* (1932). Y en fin, su actitud ante el golpe militar de Franco en 1936 fue de contundente y férreo enfrentamiento. Ninguna fisura al respecto. Su antimilitarismo es indiscutible, sin evolución, solo firme ratificación. Si hay algo que no soporta es un ejército revolviéndose contra el país al que ha de servir y proteger.

Como vimos no consideró la nuestra una Guerra civil en toda la extensión del concepto, salvo los primeros días. Después devino en una guerra de invasión, y le indignó la pasividad de la SdN al ver a su Consejo de Seguridad «tomar nota» sin hacer nada al respecto.¹²³ Culpó a la derecha de la sublevación, mientras vio al FP como un «Gobierno de guerra» (partidos, CNT, pueblo), y le maravillaba que al tiempo que luchaba preparase su porvenir haciendo escuelas y hospitales. Su fe en la victoria era inquebrantable, aunque militarmente perdieran: cómo acabaría el dramático empeño era indiferente; aunque la República fuera hundida, «venceremos!».¹²⁴

Hay acuerdo general en que la aportación de armamento extranjero a los sublevados fue superior a la que recibió la República, pero se discute la llegada de grandes ejércitos foráneos. Según Ranzato, Franco era reacio a ello, pero al fracasar la toma de Madrid Mussolini envió por propia iniciativa 48.000 soldados.¹²⁵ Alemania, por su parte, destinó unos pocos hombres y abundante tecnología militar y aviación. Así, acabando julio 1936 el ejército rebelde contaba con 140.000 efectivos. Los refuerzos no habían llegado aun y las cifras distan de la desproporción que reiteraba Ossorio: 20.000 soldados alemanes y 100.000 italianos. Esto parece lógico ante la explicación que da de la tercera parte de nuestra guerra, donde considera a las fuerzas republicanas como la encarnación del sentimiento español por su origen nativo en su práctica totalidad.¹²⁶

En cuanto a su republicanismo y su conservadurismo encontramos más motivos de duda ya que divergen con fuerza las líneas ideológica y práctica. Esto hace que a veces aparezca como un personaje un tanto errático. Y, desde luego, a ello contribuye su fuerte carácter, su impulsividad, que incluía no pocas exageraciones en apoyo del bando republicano, llevándole a dar algunos pasos acaso poco comprensibles. Ello vino a determinar su aislamiento político pese a sus grandes expectativas. Era del «conmigo o contra mí» y quedó solo: las derechas le trataron de traidor, y

¹²³ Ossorio, *Las injusticias que sufre España*, 13.8.1938; en Antonio M. LÓPEZ: op. cit., p. 358.

¹²⁴ Ángel OSSORIO: "La causa inmortal de España", *Nosotros*, agosto 1938.

¹²⁵ Gabriele RANZATO: op. cit., p. 296 y 368

¹²⁶ Enrique MORADIELLOS, op. cit., p. 84. Ángel OSSORIO: entrevista, *España Democrática*, 24 de junio de 1938. Según Stanley PAYNE: *España...*, p. 287, las Brigadas Internacionales aportaron 42.000 hombres; la República movilizó un millón.

las izquierdas no le consideraron uno de los suyos. Lo que se detecta con claridad son los hitos que fue cumpliendo en esta trayectoria y que detallamos arriba.

En nuestra opinión, el Ossorio conservador y monárquico cede paso a otro de dudosa concreción ideológica en el que ambos conceptos se difuminan en beneficio de un izquierdismo y republicanismo por la vía de los hechos ya que él mismo desmiente de forma reiterada su cambio ideológico. Todo ello repercute en su posicionamiento favorable a la II República, y aunque no ayudó a su llegada es cierto que le fue ganando pese a encontrarle graves defectos en especial en materia legislativa. Cuando más se aprecia su cambio fáctico es con la Guerra Civil, por su visión desilusionada de unas derechas que en su opinión no evolucionaban (no al menos al ritmo que él deseaba) y que además habían respaldado la Dictadura de 1923. Había ocurrido en este periodo la inflexión del personaje, y tomará una evolución que se irá reafirmando con el paso del tiempo. Evolución no exenta de aciertos y errores, y dentro de estos, de excesos y confusiones que a veces resultan incomprensibles en un personaje de sus capacidades intelectuales y de su experiencia política. Tal sería el caso de las opiniones tan negativas que vierte sobre Gil Robles (antiguo compañero del PSP) y la CEDA, o las increíblemente positivas que da sobre la evolución de la URSS, o de la excelente opinión que esgrime sobre los dirigentes de la izquierda durante toda la república, incluida la guerra.

La llegada al poder de la derecha en 1934, incontestable, le terminó de decantar y ya la rebelión militar le llevó a quemar sus naves uniendo su destino al de los republicanos. Ossorio y Gallardo, en fin, dotó de autoridad moral al bando republicano con su presencia de conservador y católico. Y no fue un testigo neutral; vivió la guerra con apasionamiento, de acuerdo con su carácter que era todo entrega. Su tránsito a la república creció hasta ese punto condicionado por su antimilitarismo, su democratísimo y su juridicidad. Llegado el momento jugó al todo o nada, y fue nada. Su fuerte carácter hizo el resto. Su entrega a la causa fue, pues, total y absoluta.

El Consejo de guerra sumarísimo contra el coronel de Artillería José Franco Mussiό y los oficiales de la Fábrica de cañones de Trubia

The summary war council against Artillery Colonel José Franco Mussiό and the officers of the Trubia Cannon Factory

Carmen García
Universidad de Oviedo
carmeng@uniovi.es

Resumen: Con la ocupación de Gijón a finales de octubre de 1937, el ejército franquista daba por finalizada la campaña del Frente Norte. Asturias constituyó el último reducto del maltrecho y nunca cohesionado ejército republicano, comenzando la ocupación de un territorio considerado, no sin razón, hostil por los rebeldes.

El primer Consejo de guerra tras la rendición, tuvo lugar en noviembre de 1937 y se celebró contra los mandos y oficiales de la Fábrica de cañones de Trubia que no se habían sumado al levantamiento encabezado por el coronel Aranda en Oviedo. Como cabía esperar, el proceso judicial fue rápido; se trataba de aplicar el Código de Justicia militar. Acusados de un delito continuado de traición a la patria, fueron condenados a muerte y fusilados al amanecer del 14 de noviembre

Trato de analizar el proceso haciendo hincapié, especialmente, en la figura del Coronel José Franco Mussiό, militar de brillante trayectoria profesional, que asumió personalmente toda la responsabilidad, pretendiendo exculpar a sus subordinados, cuya única “debilidad” había sido la de no abandonar a su coronel. Una vez cercado Oviedo, no pudieron incorporarse al movimiento de Aranda, como hubiera sido su deseo. Sus oficiales eran todos derechistas, o cuando más, indiferentes, y su continuada labor de sabotaje contribuyó, según alegaban en su defensa algunos oficiales, a precipitar la derrota republicana.

No todos actuaron igual en el proceso; si bien de nada les sirvieron exculpaciones, declaraciones favorables de testigos, o incriminaciones aviesas respecto a su antiguo jefe. La ejecución de todos ellos no libró siquiera a sus familias de la aplicación *post mortem* de la Ley de Responsabilidades Políticas.

Comenzaba a funcionar la bien engrasada maquinaria represiva aplicada, con extrema dureza a los vencidos.

Palabras clave: guerra civil, Franco Mussiό, Trubia, militar, republicano.

Abstract: With the occupation of Gijón at the end of October 1937, the Francoist army ended the campaign of the North Front. Asturias constituted the last redoubt of the battered and never cohesive republican army, beginning the occupation of a territory considered, not without reason, hostile by the rebels.

The first Council of war after the surrender took place in November 1937 and was held against the commanders and officers of the Trubia cannon factory who had not joined the uprising led by Colonel Aranda in Oviedo. As expected, the judicial process was quick; it was about applying the Military Justice Code. Accused of a continued crime of treason, they were sentenced to death and shot at dawn on November 14.

I try to analyze the process, emphasizing, especially, the figure of Colonel José Franco Mussiό, a military man with a brilliant professional career, who took personal responsibility, pretending to exculpate his subordinates, whose only "weakness" had been not to abandon your colonel. Once surrounded Oviedo, they could not join the movement of Aranda, as would have been his wish. His officers were all right-wingers, or at most, indifferent, and their continued work of sabotage contributed, as some of their officers claimed in their defense, to precipitate the Republican defeat.

Not all acted the same in the process; although nothing was served by exonerations, favorable witness statements, or vicious incriminations with respect to their former boss. The execution of all of them did not spare even their families from the post-mortem application of the Law of Political Responsibilities.

The well-oiled repressive machinery applied began to work, with extreme hardness to the vanquished.

Keywords: civil war, Franco Mussiό, Trubia, military, republican.

Para citar este artículo: Carmen GARCÍA: “El consejo de guerra sumarísimo contra el coronel de Artillería José franco Mussiό y los oficiales de la Fábrica de cañones de Trubia”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 466-481.

El Consejo de guerra sumarísimo contra el coronel de Artillería José Franco Mussiό y los oficiales de la Fábrica de cañones de Trubia

Carmen García
Universidad de Oviedo

Introducción

«La Ley Constitutiva del Ejército impone a los militares como obligación ineludible y suprema la de salvar a la Patria en peligro, librándola de sus enemigos interiores y exteriores.»¹

Los fundamentos de la sentencia impuesta a los militares de la Fábrica de Trubia insistían en los argumentos repetidos machaconamente por los sublevados:

«... cuando al mes de implantarse en la Nación del Régimen Republicano, fueron incendiados numerosos templos se a(d)virtió dolorosamente por los españoles honrados y sanos de espíritu que la República traía un contenido revolucionario que tuvo nuevo brote en el movimiento sindicalista de Diciembre de 1933 y en la revolución de Octubre de 1934 hasta llegar a la formación del llamado Frente Popular para acudir a las elecciones de Febrero de 1936, que fueron ganadas por él después de cometer falsedades y atropellos, desarrollando una vez logrado el Poder una política claramente revolucionaria (...) que solo conducía a lograr una dictadura del proletariado que permitiese después hacer de España un Estado comunista, como se probó con la resistencia armada y organizada militarmente que por parte de la Revolución se opuso al Alzamiento Nacional»

Y ante tal peligro, «no faltaron individuos que como los procesados se unieron al marxismo nervio y músculo de la revolución».²

La sublevación en Asturias había fracasado, pese a la estrategia desplegada por el coronel Aranda Mata, que acabó recluido en la ciudad de Oviedo, cercada por los milicianos hasta el fin de la contienda. El coronel Pinilla, comprometido con los sublevados, no pudo ocupar la ciudad de Gijón, siendo derrotado por las fuerzas leales al Frente Popular; si a ello se

¹ Véase *Calificación provisional del Fiscal* (Texto mecanografiado, p. 156) en Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste. Ferrol (en adelante, AIRMN): “Causa instruida con carácter sumarísimo contra el Coronel de la Fábrica de Trubia D. José Franco Musio (*sic*) y siete más por el Delito de Traición”. Juzgado Especial Plaza de Oviedo. Año 1937. *José Franco Mussiό*. Caja 1(l), Causa 3, Balda 262, nº 2. Asturias

² Vid, *Sentencia del Consejo de Guerra de Oficiales Generales* (Texto manuscrito, pp. 173 r. y v.) en AIRMN, “Causa instruida con carácter sumarísimo...” cit. nota anterior

le a6ade la lealtad de los militares trubiecos que impidieron la toma de la F6brica de ca6ones, nos encontramos con una regi6n en poder de la Rep6blica hasta la ca6da del Frente Norte en octubre de 1937. Ser6 entonces cuando los «salvadores de la patria en peligro» pudieron contar con todas las provincias nortea6as, una de las zonas industriales m6s importantes, que fueron entregadas a los vencedores sin apenas da6os irreparables.³

El 21 de octubre de 1937 el coronel Franco rendi6 Gij6n a los vencedores despu6s de haber decidido no huir, aun cuando habi6a tenido ocasi6n de embarcar en el buque Mar6a del Carmen, junto a su esposa e hijo. Con inusitada rapidez, apenas habi6a transcurrido una semana, el 29 de octubre, a las 10 de la ma6ana, se constitu6a el juzgado en el Hospital Militar de las Salesas de Oviedo «con objeto de recibir declaraci6n al detenido Don Jos6 Franco Mussi6»

El coronel Franco: retrato de un militar leal, conservador y paternalista

Jos6 Franco, hijo de Jos6, militar m6dico de la Armada destinado en Filipinas, se habi6a casado con una filipina tagala llamada Erlinda Mussi6,⁴ naci6 en Manila y contaba con una larga y brillante carrera militar desde que ingresara por oposici6n en 1894 como alumno del arma de Artilleri6a. Con m6s de 43 a6os de servicio activo en el Ej6rcito era juzgado muy positivamente por su extraordinaria competencia t6cnica, su valor «acreditado», capacitado en «t6ctica», en «procedimientos militares», en «arte militar»; mientras se calificaba como sobresaliente en «teor6a y pr6ctica del tiro». Por otra parte, hablaba correctamente ingl6s y franc6s. As6 consta en su hoja de servicios cuando 6sta quede cerrada y firmada por el jefe de la Regi6n de la Coru6a con fecha 14 de noviembre de 1937, d6a de su fusilamiento en Oviedo.

El coronel Franco habi6a prestado servicio en la F6brica de Trubia desde 1903, en Comisi6n de servicio, encargado de los laboratorios qu6mico y mec6nico y talleres de fundici6n de acero y prensa y otras tareas t6cnicas. En 1907 obtuvo destino definitivamente en el «citado Establecimiento», logrando «la cruz de 1^a clase del M^o M^{ar} con distintivo blanco y pasador especial de Industria Militar».⁵

³ La cl6sica obra de Michael ALPERT: *El ej6rcito republicano en la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1989, yerra estrepitosamente en el caso de Asturias, dando por sentado que las guarniciones de Galicia y Asturias se hab6an sublevado, y se refiere 6nicamente “un batall6n de Monta6a con sede en Bilbao”; m6s adelante, en el ep6grafe sobre las “Milicias de Norte” alude de pasada a las vascas. Y resta toda importancia a la p6rdida del ej6rcito del Norte. Concede mucha m6s importancia a la militarizaci6n del Norte en el territorio vasco que a la provincia de Asturias, pp. 29-30, 47-48; en las p6gs, 84-86 insiste otra vez en que en Asturias “la guarnici6n se habi6a sublevado enteramente”, aunque a6ade que hubo milicias militarizadas y se formaron Cuerpos de Ej6rcito, pero los problemas del Norte “eran insuperables”, vid, tambi6n p. 263.

⁴ Informaci6n facilitada por Jos6 Franco, nieto del Coronel, en carta fechada en Las Palmas de Gran Canaria de 26 de octubre de 2005. Desde aqu6 quiero reiterar mi gratitud a Don Jos6 por la rica informaci6n que me aport6 sobre su abuelo, del que se considera albacea. Como en tantos otros casos, Don Jos6 sigue lamentando el olvido de la figura de su abuelo como militar leal, y defensor de la F6brica de Ca6ones a la que dedic6 todos sus desvelos mejorando las condiciones de los trabajadores y su protecci6n social, as6 como su formaci6n cultural. As6 lo reconocen varios antiguos trabajadores de la F6brica en correspondencia particular con Jos6 Franco que amablemente me ha facilitado

⁵ V6ase “Hoja Matriz de Servicios de Don Jos6 Franco Mussi6”. Documento manuscrito y numerado, 3 de Mayo de 1939 [Anotado a l6piz, “Fallecido. Consejo de Guerra”], en Archivo General Militar de Segovia (en adelante, AGMS) Secci6n 1^a, Leg. F.1768 (36 folios, recto y vuelto, *passim*)

A partir de 1910 fue destinado a la Comandancia de Artillería de Melilla, participando en varias campañas militares en Marruecos, donde permanecerá de forma continuada hasta 1926. Menciones honoríficas, condecoraciones, cruces al Mérito Militar y ascensos, jalonaron su hoja de servicios en estos años en los que, como cabía esperar en una guerra colonial como la de Marruecos, no faltaron entre sus *hazañas*, la dirección de “bombardeos de los poblados y asentamientos de cañones enemigos” o, por ejemplo, su asistencia el 19 de diciembre de 1922 «al bombardeo que verifican las baterías de 15,5 con *granadas de gases asfixiantes* sobre Yebel Udía, regresando al día siguiente a la Plaza»⁶. Por la presidencia del Consejo de Ministros le fue concedida la «Medalla de la Paz de Marruecos».

Desde 1926 fue destinado a la Sección de Artillería del Ministerio de la Guerra, y comisionado en Inglaterra «con el fin de inspeccionar la fabricación del material de guerra contratado por el Gobierno en aquella Nación»; pasará varios años en Gran Bretaña con renovaciones periódicas como comisionado del Ministerio. Tras la proclamación de la República, «este jefe firmó promesa por su honor de servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas»⁷

Coronel de Artillería por antigüedad desde agosto del 32, mandaba el Regimiento de Artillería de Costa nº 2 con base en El Ferrol. Tomó parte en la «represión del movimiento revolucionario del mes de Octubre»⁸ y el 7 de febrero de 1935 marchó a Oviedo, en comisión de servicio, «a formar parte del Consejo de Guerra de Oficiales Generales». El 1 de mayo de 1935 fue nombrado Director de la Fábrica de Cañones de Trubia y Comandante Mayor de la Plaza de Trubia.

En su hoja de servicios referida al año 1936 se anota escuetamente; «En Trubia permaneció sin adherirse al Movimiento Nacional salvador de España, iniciado el 20 de julio en todo el territorio de la octava división orgánica, y en la citada plaza, sin liberarse la misma, finó el año». Y en el último registro anual, el de 1937, se añade, «En la anterior situación, hasta que rendidas las tropas enemigas de Asturias el 21 de octubre, fue hecho prisionero (...) sujeto seguidamente a procedimiento sumarísimo en Oviedo...»⁹

⁶ Vid. “Hoja Matriz de Servicios...” en AGMS, citas textuales en p. 14 r. y p. 15 r. respectivamente [subrayados míos]. Una muestra, entre otras, de las felicitaciones recibidas sobre su actuación militar puede ser la que dirige el General Alfredo Correa al Regimiento de Artillería de Melilla, “pero especialmente al Comandante Jefe del citado Grupo Don José Franco, cuyos desvelos, cuya competencia, cuya rectitud y firmeza de mando los encuentro sobresalientes y acreedores a que V.S.se lo exprese por nota especial en su hoja de hechos” Ibidem, p. 14 v.

⁷ Vid. “Hoja Matriz de Servicios...” en AGMS, citas textuales en p. 18 r. y 19 v. respectivamente

⁸ Aunque así consta textualmente, el Coronel no se desplazó de su Regimiento de Costa del Ferrol como prueban dos cartas escritas a su hijo Mario, fechadas, una el 13 de octubre en la que le pide que indague en Oviedo sobre el paradero de su hijo José Luis, destinado en la Fábrica de Trubia, y del que nada sabe. Falto de noticias, le escribe “Yo estoy apuradísimo”. La segunda es ya del 18 y en ella le da cuenta de que José Luis está bien, en Oviedo, añadiendo, “Voy a ver si lo traigo aquí”. Cartas manuscritas de José Franco a su hijo Mario, facilitadas amablemente por José Franco, hijo a su vez de Mario

⁹ Vid. “Hoja Matriz de Servicios...” en AGMS, *passim*, citas textuales en p. 21 r. y v.

La defensa del coronel Franco ante el Consejo de guerra: su asunci6n de responsabilidades

El juez instructor, Luis Soto Rodr6guez, coronel de Infanter6a, ya contaba por conducto del Estado Mayor del VIII Cuerpo del Ej6rcito, con un considerable volumen de documentaci6n *oficial* sobre la actuaci6n de los inculpados a lo largo de los 15 meses de guerra en Asturias.

En su primera declaraci6n ante el Juez instructor, el coronel Franco reconoc6a que en ning6n momento supo de los prop6sitos de Aranda. En su entrevista del 19 de julio Antonio Aranda le manifest6 su confianza en que «en esta provincia no se alterar6a el orden y que estaba acordado con el Frente Popular la formaci6n de columnas mixtas de milicianos y tropas del Ej6rcito». Estaba «en absoluto seguro de que Aranda era sincero con el dicente» y en la «confianza de su amistad»¹⁰ regres6 a Trubia habi6ndole prometido el env6o de 150 guardias civiles a fin de reforzar la seguridad de la F6brica en previsi6n de posibles disturbios.

A primera hora de la tarde, sin embargo, la orden era la de trasladar a Oviedo a todos los guardias civiles, «incluso los del puesto de Trubia, para formar las columnas mixtas». Al plantearle Franco que no ten6a fuerzas para cubrir los accesos a la F6brica en caso de disturbios, Aranda dio al que declara la siguiente orden:

1º Mandar las familias todas a Oviedo, as6 como todos los Jefes y Oficiales de la F6brica. 2º Que quedase solamente el declarante en la F6brica. 3º Que mandase los obturadores de las ocho piezas de montaa (..) 4º Que destruyese los transformadores de cincuenta mil voltios de la F6brica. 5º Que todo esto tendr6a que estar hecho a las 17,30 hora a la que saldr6an para Oviedo los Guardias Civiles. Le quedaba escasa media hora para cumplimentar la orden¹¹

Reuni6 a los Jefes y Oficiales -prosigue su relato de los hechos el coronel- y les comunic6 la orden «y todos se negaron, contest6ndole que hubiese sido la primera vez que abandonasen a su coronel los Oficiales de Artiller6a». A juicio de Franco las dem6s 6rdenes se hab6an cumplido, salvo la concerniente a la Oficialidad «que se hab6a negado a dejarle», y en cuanto a «los transformadores no se hab6an podido volar o destruir pues no ten6a explosivos». Ante las

¹⁰ El testimonio de Franco sobre la seguridad de su amistad con Aranda lo explica con m6s detalle en su declaraci6n ante el Tribunal Popular, cuando fue juzgado por un delito de *Auxilio a la rebeli6n*; ambos relatos sobre los acontecimientos de aquellos d6as son coincidentes, aun narrados en contextos bien diferentes. Dec6a al respecto de su relaci6n de amistad con Aranda lo que sigue: «*el hecho de que el declarante sab6a positivamente que Aranda le deb6a favores, tales como que durante la permanencia en 6frica del dicente coincidi6 con Aranda y Jordana, siendo este 6ltimo Alto Comisario en Marruecos y servicios de artiller6a prestados por el dicente sirvieron para el ascenso de Aranda.* En resumen todo le hac6a en aquel entonces suponer una *absoluta lealtad por parte de Aranda para con el dicente*» V6ase «Declaraci6n del inculpado Jos6 Franco Mussi6, Gij6n, a 11 de abril de 1937, ante el Instructor, Secretario y Fiscal» (Texto mecanografiado, pp. 97-117, cita textual en p. 98) [subrayados m6os], en *Tribunal Popular de Justicia. Asturias*. Juzgado Especial n6 3, Causa 188. A6o 1937. Leg. 37-38 en, Archivo Hist6rico Nacional. Secci6n Guerra Civil Salamanca. P. S. Gij6n. Copia microfilmada en Archivo Hist6rico de Asturias, Rollo 38,

¹¹ V6ase «Declaraci6n del encartado Coronel de Artiller6a D. Jos6 Franco Musio» (*sic.*) (Texto mecanografiado, paginaci6n posterior a mano y ocasionalmente ilegible) en «Causa instruida con car6cter sumar6simo...», ya citado en AIRMN

noticias cada vez más confusas, envió a varios oficiales a Oviedo a fin de recibir instrucciones de Aranda al que no podía localizar «y los rumores eran cada vez más alarmantes».

Se quedaron con él el comandante Espiñeira (indiferente); el capitán Villegas (derechista); el capitán Cuartero (derechista); el capitán Cenzano (derechista); el capitán Reguerín (indiferente); el capitán Bonet (indiferente); el capitán Franco, hijo suyo, también de derechas¹² (dos días antes había pedido la mano a la hija del Marqués de Santa Cruz para él); el teniente Fernández de Velasco, de derechas.

Qué duda cabe que la adscripción ideológica de los Oficiales, todos derechistas o indiferentes, —a juicio del coronel— tenía una función meramente exculpatoria de su proceder a lo largo de la guerra. Porque, si bien es cierto, que todos ellos pueden situarse entre los militares «deales geográficos» no mantuvieron la misma actitud en el decurso del conflicto.¹³

En efecto, las actitudes de los Oficiales variaron notablemente, desde aquellos que como el capitán Bonet estaban plenamente identificados con el Frente Popular, hasta la de los que se vieron obligados a permanecer en un campo de batalla que no era el suyo. Y en medio, los que fueron cambiando de posición según se acercaba la derrota. Algunos lograron huir, caso del capitán Villegas, o del capitán de Infantería Conrado Allas Herranz, mientras el teniente Velasco moría ahogado y tiroteado en su intento de fuga.

A las 10 de la noche pudo localizar al coronel Aranda y éste le afirmó que estaba muy contento con él y «de insistió que tuviese preparada la destrucción de los transformadores», orden ésta que Franco consideraba un error.¹⁴

Nada pudo el relato de Franco contra la insidiosa declaración que por escrito envió al Tribunal el ya por entonces General de Brigada y Jefe del VIII Cuerpo del Ejército, Antonio Aranda Mata. El golpista Aranda le había comunicado el 19 de julio a las cinco de la tarde la noticia del «Movimiento» indicándole que declararía el estado de Guerra en Oviedo, que lo mismo haría el coronel Pinilla en Gijón y que él tenía la obligación terminante de defender la Fábrica a toda costa y que en el caso de no poder «sostener la defensa, se realizara la paralización de la Fábrica por la voladura de los transformadores u otros sistemas». A ello “me respondió con evasivas, reprobando las citadas voladuras que decía no eran necesarias porque creía poder responder de sus obreros.”

Sus categóricas órdenes -prosigue el flamante General- fueron «textualmente incumplidas»; en connivencia con un delegado del gobierno marxista desarmaron la guarnición a espaldas del Capitán Jefe de la Compañía, de acuerdo con un Alférez de ideas marxistas. Con

¹² El capitán de Artillería José Luis Franco Soto fue hecho prisionero a la caída de Santander. Había recibido órdenes de su padre para hacerse cargo de la organización de la Artillería del Ejército Vasco, y después estuvo al frente de la Artillería santanderina. Sometido a consejo de guerra junto a otros mandos militares, todos ellos fueron condenados a muerte y fusilados en Santander el 18 de noviembre de 1937. Era el hijo mayor del coronel, tenía 36 años, y aún otro de sus hijos, Mario Franco Soto, fue fusilado en Irún en 1942. Véase la estupenda monografía de Marcelino LARUELO ROA: “José Franco Mussió, el coronel que no siguió a Aranda” en su obra *Muertes paralelas. El destino trágico de los prohombres de la República*, Gijón, ed. del autor, 2004, pp. 151-175, referencias a José Franco Soto en pp.166-167. La información sobre Mario Franco me la facilitó su hijo José Franco, nieto del Coronel, en carta particular, Las Palmas de Gran Canaria, de 11 de julio de 2007.

¹³ Vid. Michael ALPERT: op. cit., p. 105

¹⁴ Vid. “Declaración del encartado Coronel de Artillería D. José Franco Musio” (*sic.*) (Texto mecanografiado, paginación posterior a mano, en este caso, ilegible) en “Causa instruida con carácter sumarísimo....”, ya citado en AIRMN

ello continu3 la fabricaci3n de armas y municiones que «ya pod3a suponer iban a ser empleadas en contra del Movimiento».

Aranda afirmaba tajantemente que «la posesi3n por los marxistas de la F3brica de Trubia en plena producci3n, estuvo a punto de decidir la lucha en su favor en Asturias y que posteriormente fue un factor de gran importancia en el curso general de la guerra».

Abundando en su inquina contra Franco, se apoyaba en el Servicio de Informaci3n para acusarle de su actuaci3n en favor del enemigo, «dirigiendo la fabricaci3n en Trubia, extendi3ndola a la f3brica de Mieres, La Felguera y Gij3n; dirigiendo asentamientos de bater3as y la elecci3n de posiciones defensivas, y 3ltimamente, con ocasi3n del ataque de 1º de agosto 3ltimo, inspirando y dirigiendo el ataque a las posiciones Cuero, Cimera y Tresperana».¹⁵

Son muchos los autores que hablan del escaso entendimiento entre ambos coroneles; as3 Antonio L3pez-Oliveros en sus *Memorias de la Guerra Civil en Asturias*, o el franquista Ricardo V3zquez Prada, en su obra novelada *Historias de la defensa de Oviedo*, quien llega a sostener ideas tan peregrinas como la de afirmar que estando Franco Mussi3 en capilla, habr3a confesado a un teniente que le acompa3a que “Si Aranda se hubiese ido con los republicanos, yo ser3a hoy el h3roe de la defensa de Oviedo. Aranda y yo no pod3amos estar en el mismo bando...”¹⁶

En cuanto se refiere a su papel una vez consumada la traici3n de Aranda, Franco Mussi3 asume enteramente la responsabilidad intentando “salvar” a los oficiales que permanec3an bajo su mando:

El acto de sentimentalismo de su Oficialidad cre3 un estado de 3nimo que todav3a creo no haya pasado: al ver que el martirio se prolongaba comenzaron a odiarle por haber sido el declarante causa inconsciente, pero al fin causa, de que se hubiesen tenido que quedar sin unir al Movimiento Nacionalista; aun cuando dejaba hacer comenzaron a sabotear todo demasiado descaradamente.

El mismo, a3ad3a, «ten3a que multiplicarse para sacar a flote todo, que era muy poco, y maldec3a el acto de sentimentalismo». Su 3nico deseo fue «sacarlos con vida y ahora que lo ha conseguido est3 contento». En su descargo, refiri3 el haber sido encarcelado y sujeto a juicio sumar3simo en la primavera del 37, al igual que el Comandante Espi3eira. Si al final am-

¹⁵ “Escrito Certificado de Antonio Aranda Mata”, fechado en Oviedo, a dos de noviembre de 1937, dirigido al Sr. Coronel Juez Instructor del Juzgado Militar Especial. Oviedo (Texto mecanografiado, 4 folios) vid. en “Causa instruida con car3cter sumar3simo...” ya citada en, AIRMN

¹⁶ Antonio L3PEZ-OLIVEROS Y CARRILLO: *Memorias de la Guerra Civil en Asturias*, Madrid, 1985, p. 50. Obra in3dita y mecanografiada, depositada en la Biblioteca Nacional Sig. 4/233196; Ricardo V3ZQUEZ-PRADA: *Historias de la defensa de Oviedo*, Madrid, Ediciones Dyrsa, 1984, cit. p. 331. A V3zquez-Prada “le hab3a impresionado la serenidad del coronel en aquel proceso. Fumaba tranquilamente. Contestaba, siempre puesto en pie, sin prisas...” y reconoc3a que muchos de aquellos militares ten3an que haber sido absueltos. Ibidem. Tamb3en peca de tendencioso el p3rrafo referido al coronel Franco en el cap3tulo de Josep M. SOL3 I SABATE y Joan VILLARONGA: “Mayo de 1937-Abril de 1939”, en Santos JUL33 (Coord.), *V3ctimas de la guerra civil*, Madrid, ed. Temas de hoy, 1999, p. 214.

bos fueron absueltos, se debi3 ante todo a que los partidos socialista y «el de la CNT» se impusieron al partido comunista.¹⁷

Indudablemente Franco Mussi3 no hace alarde de su papel central a la hora de defender Trubia del acecho de las columnas gallegas, ni tampoco de las eficaces medidas adoptadas para salvar la F3brica de los constantes bombardeos de la aviaci3n nacionalista desde su base leonesa. Pero no deja de reconocer que despu3s del juicio, fue Director de todas las industrias de guerra de Asturias y Le3n, y trat3 de encauzar el trabajo, aunque, apuntaba, «cost3 conseguirlo pues decían que eso era r3gimen capitalista». Y, sorprende su defensa del cargo de Comisario pol3tico, del que dice «no dej3 de ser un buen auxiliar pues había que encauzar a las masas obreras».¹⁸

Sostenía Franco que, tras la ocupaci3n de Cangas de Onís, la guerra estaba perdida militarmente y Gij3n no tardarí a caer, de forma que intent3 convencer a Belarmino Tom3s para que le diese el mando de todo el ej3rcito «con objeto de solicitar del Mando Nacionalista un armisticio». Esta opci3n exigía, desde luego, la «declaraci3n del Estado de Guerra»; si hemos de creerle, «en aquellos momentos los dirigentes del Partido socialista en masa estuvieron conformes», pero el coronel Prada y su jefe de Estado Mayor, Ciutat, «entendían que era muy prematuro y sacaban del bolsillo planos con nuevas línas de resistencia». En consecuencia, todo fue inútil; «Los dos estrategas, Coronel Prada y Comandante Ciutat, convencieron a la Comisi3n de Guerra, y con verdadera pena el que expone volvi3 a recluirse en su oficina».

Finalizaba su declaraci3n relatando los aciagos acontecimientos de los últimos días en los que habiendo decidido quedarse, asumi3 el mando, dio la orden de «rendici3n y desmovilizaci3n» y no curs3 las instrucciones recibidas de proceder a la «destrucci3n de todas las industrias de Guerra de Asturias»; el 21, a las seis de la tarde «hacía entrega de toda Asturias al Sr. Coronel D. Camilo Alonso y se constituy3 en arrestado bajo palabra de honor en su domicilio». Sus Oficiales, concluía, «no han hecho nada deshonoroso. Valen muchísimo y sin exclusi3n sus tendencias y formaci3n moral son anti-marxistas»; y en cuanto a los obreros de la F3brica, «como todo obrero campesino», habían de ser considerados apolíticos.

Contestando al fiscal, seguramente respondía con total sinceridad: «Si hubiese tenido la facultad de elegir me hubiera ido siempre con mis compaÑeros entre quienes tenía mis amigos, y entre quienes había convivido siempre; adem3s siempre conden3 y condena esta batalla roja».¹⁹ Era la posici3n en que se habían visto tantos militares que, sin estar comprometidos con la sublevaci3n, permanecieron leales al Gobierno muchas veces a su pesar, y en algunos

¹⁷ Vid. «Declaraci3n del encartado Coronel de Artillería D. José Franco Musio» (*sic.*), en «Causa instruida con carácter sumarísimo...», ya citado en AIRMN. Sobre el juicio al que fue sometido por el Tribunal Popular y sus implicaciones políticas, puede consultarse mi artículo «¿Desenmascarando traidores o persiguiendo a leales? El papel del PCE en el juicio del Coronel Director de la F3brica de Trubia, José Franco Mussi3» en Manuel BUENO, Carmen GARCÍA y José HINOJOSA (coords.), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Barcelona, Fundaci3n de Investigaciones Marxistas, 2007, vol. I, pp. 349-364.

¹⁸ Vid. «Declaraci3n del encartado Coronel de Artillería D. José Franco Musio» (*sic.*), en «Causa instruida con carácter sumarísimo...», ya citado en AIRMN

¹⁹ *Ibidem.*

ocasiones, contra sus más íntimas convicciones, aunque no sea éste el caso del coronel Franco, que asumió hasta el final su lealtad al régimen republicano.²⁰

No se le conoce participación alguna en tramas conspirativas de ningún signo; cuando estalla la guerra era ya un hombre mayor, entregado a su trabajo, sin otra ambición que la de dirigir *su* Fábrica; bajo su dirección mantuvo el diálogo con los trabajadores, y siguiendo los postulados de un cierto paternalismo, favoreció, sin duda, la mejora de las condiciones laborales, educativas y sociales de los obreros. El coronel era estimado y respetado; prueba de ello fue la actitud del comité de la Fábrica que se negó a secundar acusación alguna contra la supuesta actitud desleal de su director, denuncia que mantuvo en solitario el único representante del PCE en el comité.

Ajeno a banderías políticas, era, seguramente, un hombre de ideas conservadoras, y si bien puede ser encuadrado entre los militares «leales geográficos» no por ello dejó de implicarse y asumir las responsabilidades que en cada momento le fueron asignadas.

Santiago Blanco al hacer la semblanza de Franco Mussió le retrataba ante todo como un militar de palabra: «El coronel era, en forma realmente ejemplar, todo un caballero. Pero un caballero de verdad, a la antigua. Inconmovible, sereno, discreto. Y nos había informado que ni era socialista, ni republicano, ni político de ninguna clase. Él era militar, artillero. Y hombre de honor.»²¹

Los mandos militares no eran de fiar para la mayoría de los milicianos, y contaban con la desconfianza de muchos dirigentes del Frente Popular; sin embargo, para los facciosos la realidad de su estrecha colaboración con los “rojos” no dejaba duda alguna. La Comandancia de la Guardia Civil de Oviedo informaba en los siguientes términos sobre la actitud seguida por el coronel Franco Mussió:

Prestó toda su cooperación a los rojos, dirigió operaciones en diversos sectores enemigos, en contra de nuestro Ejército y ejerció el mando en grupos artilleros enemigos. En todo momento, demostró su gran antipatía y odio hacia el glorioso Movimiento Nacional, circunstancias por las cuales ha sido juzgado y pasado por las armas...²²

²⁰ Vid. Carmen GARCÍA: op. cit., en nota 15 *passim*.

²¹ Vid. Santiago BLANCO: *El inmenso placer de matar un gendarme. Memorias de guerra y exilio*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1977, pp.208-209. La contrafigura del personaje nos la ofrece un deleznable suelto, anónimo, recogido en un diario bajo el título *El marido de la espía*, en forma dialogada, desgranaba el odio que concitaba Franco Mussió: “El organizador de las fuerzas rojas no es González Peña (...) es un coronel de Artillería llamado Franco, que naturalmente, no tiene el menor parentesco con el generalísimo (...) El hecho cierto es que sabe su oficio, y estaba reputado como un buen oficial (...) Un amigo nuestro que ha vivido también en El Ferrol nos da la clave de su conducta. El secreto está en su mujer-nos asegura -¿En su mujer? ¿Por qué? -Es inglesa-¿Y bien? -Ella era agente del servicio secreto inglés, del servicio de espionaje -¿Era...? (...) ¿Es pura casualidad que sea rojo, es decir, enemigo de España, el oficial español marido de la espía británica...?”. Artículo facilitado por José Franco sin indicación del periódico ni la fecha en que fue publicado

²² Vid. “Informe de la Comandancia de la Guardia Civil de Oviedo” de 21 de diciembre de 1937, en José Franco Musio (sic) y otros. Tribunal de Responsabilidades Políticas de Oviedo. Sección *Responsabilidades Políticas*, Caja 29100, Expte. 7 en Archivo Histórico de Asturias (en adelante AHA). Sobre la desconfianza hacia los mandos militares pueden verse varios ejemplos en mi artículo “¿Desenmascarando traidores o persiguiendo leales?...” en op. cit. p. 360. Desde el enfoque derechista en el que por entonces se situaba Antonio López-Oliveros, refería al respecto: “Dado el am-

Las actitudes exculpatorias ante el proceso de los oficiales de la F6brica

Respecto a las declaraciones de los dem6s encartados, cabe mencionar que el comandante Manuel Espi6eira Cornide explicaba su destituci6n del cargo que ocupaba en Gij6n bajo mando del comandante Linares por un comunicado del Partido Comunista en el que se recogía que «no quiso poner toda su inteligencia al servicio de su causa»; en abril fue encarcelado «por sabotaje» (*sic*) y, juzgado por el Tribunal Popular, fue absuelto. A preguntas del Fiscal, reconocía que al «iniciarse el Movimiento tenía ideas republicanas y perteneci6 a la Masonería hasta el a6o 32 en que fue baja».²³

El siguiente en declarar fue el capit6n de Artillería Hilario Saenz de Cenzano, que aun reconociendo que tomaron individualmente y sin coacci6n la decisi6n de permanecer en Trubia, no dejaba de responsabilizarle de la situaci6n en que se encontr6 «provocada con intenci6n o no por su Coronel». Este capit6n alegaba no haber trabajado «por la causa roja», saboteando la producci6n, escondiéndose o provocándose v6mitos de acuerdo con el M6dico para dejar de ir al frente.²⁴

En la misma lnea declararon los dem6s capitanes; Luis de la Revilla y de la Fuente se había dedicado a «favorecer la Causa Nacional ejerciendo el sabotaje». Por su parte, Ernesto Gonz6lez Reguerín Su6rez «intent6 evadirse en direcci6n a las filas nacionales, permaneciendo oculto». Mayor inter6s reviste la extensa declaraci6n de Ignacio Cuartero Larrea que acusa veladamente al coronel de haber tenido «concomitancias con el Frente Popular» a espaldas de los oficiales; los milicianos le quisieron fusilar, sabote6 la producci6n, no dispar6 batería alguna, y ejerció el espionaje «d6ndoles cuantos datos eran necesarios para su comunicaci6n a Salamanca». Esgrimía como prueba «de que su actuaci6n era conocida y apreciada por los nacionalistas» presentando «el caso de que su mujer estaba en zona nacional, (y) venía recibiendo pensi6n alimenticia». No obstante, respecto a sus ideas políticas se veía obligado a reconocer que aunque sus compa6eros lo tenían conceptualizado como de ideas izquierdistas, afirmaba, a rengl6n seguido, que desde los sucesos del 34 «evoluci6n6 ideol6gicamente simpatizando con las ideas de orden».²⁵

Caso diferente fue el del teniente Luis Alau G6mez-Acebo quien convalecía en la casa de sus padres en Cand6s; no le di6 mayor importancia la sublevaci6n de unas Unidades Ar-

biente antimilitarista de la Asturias roja, aquellos militares, vejados, humillados por las masas no podían sentir devoci6n alguna por una causa política que les repelía. Una injusticia fue que el Ej6rcito los fusilase.” *Memorias de la guerra civil en Asturias*, ya citado, p. 206 y referencias en el mismo tono en pp. 50, 65, 125-126, 134, 146, 148, 151, 161-162

²³ Vid. “Declaraci6n del encartado Comandante de Artillería D. Manuel Espi6eira Cornide”, 30 de octubre de 1937 “El A6o Triunfal” (Texto mecanografiado, p.103 r. y v.) en “Causa instruida con car6cter sumarísimo....”, ya citado en AIRMN

²⁴ Vid. “Declaraci6n del encartado Hilario Sanz de Cenzano”, 30 de octubre de 1937 (Texto mecanografiado, paginaci6n posterior a mano, p. 105 r. y v.) en “Causa instruida con car6cter sumarísimo....”, ya citado en AIRMN

²⁵ Véanse las declaraciones de “Luis de la Revilla y de la Fuente”, 30 de octubre de 1937 (Texto mecanografiado, paginaci6n posterior a mano, p. 106 r. y v. y 107 r.); “Ernesto Gonz6lez Reguerín Su6rez”, 31 de octubre de 1937 (p. 108 r. y v.) “Ignacio Cuartero Larrea”, 31 de octubre de 1937 (pp. 108 a 111), en “Causa instruida con car6cter sumarísimo....”, ya cit. en AIRMN

madras en 6frica pues la noticia daba «como sofocado el Movimiento». Recluido en su casa fue detenido y llevado a presencia del comandante G6llego ante el que se excus6 por no estar en condiciones de «tirar con un ca6n6n de costa al Almirante Cervera que estaba en las inmediaciones del Puerto», dado su estado de convaleciente. M6s tarde «de condujeron por la fuerza» al sector de la Espina y, habiendo tenido la ocasi6n de quedarse a solas con el capit6n de Artillería Sr. Bonet, compa6ero de arma, le dio confianza aclar6ndose las actitudes de ambos. Bonet le contest6 «de una manera indiferente», en cambio, el declarante le dijo «de una manera concreta y terminante (que) no estaba dispuesto a tirar contra sus compa6eros ni a hacer nada que pudiera favorecer a la gentuza que tenían alrededor». Sabote6 cuanto pudo y «prest6 seg6n cree un buen servicio a la Causa Nacional»; adem6s, «facilit6 la fuga de varias personas de derechas» y «personalmente intent6 varias veces evadirse». Interrogado por el Fiscal responde: «Que si no se neg6 a prestar servicios fue bajo la base de no tirar nunca contra los nacionales y al mismo tiempo procurar desde los puestos que le confiaron perjudicar la causa roja en favor de la Nacional».26

Por lo que atañe al capit6n Jos6 Bonet Molina, su declaraci6n es quiz6 la m6s quim6rica de cuantas oy6 el Fiscal; cuando regresaba a Trubia junto al capit6n Reguerín fueron sorprendidos por una guardia roja, siendo detenidos ambos. Fue conducido a Luarca por orden del coronel y del Comit6 para emplazar piezas «a lo que se neg6»; le volvieron a dar la misma comisi6n para la Espina «sin que tampoco cumpliera con su cometido dejando allí al teniente Alau.» Nombrado Director de Industrias Movilizadas «durante su mando lo que m6s se construy6 fue material sanitario, de Intendencia»; sabote6 la producci6n hasta que lo destituyeron. La prensa «hacía comentarios desfavorables sobre su actuaci6n», tuvo, incluso, «los tel6fonos intervenidos porque desconfiaban de 6l». Respondiendo al Fiscal contest6 con aplomo: «Que no es izquierdista, ni fue mas6n y que no perteneci6 a los partidos del Frente Popular. Vot6 a las derechas (...) Afirma que no tuvo dos etapas, una de adhesi6n a la causa roja y otra de indecisi6n, sino que al contrario siempre procur6 el saboteo».27

Cuando el capit6n de Infantería Conrado Allas Herranz, que mandaba la compa6a de protecci6n de la F6brica de Trubia, declare en el juicio sobre c6mo se produjo su detenci6n a «punta de pistola» por el comandante Aixa, recuerda «que esto causaba gran disgusto a los Oficiales, con excepci6n del Capit6n Bonet cuyas ideas izquierdistas eran conocidas de antemano, el cual de regreso de la primera salida apareci6 vestido de miliciano rojo y ya le vieron perfectamente adherido a la causa Marxista». Arremetía contra el coronel Franco, quien no tom6 «medida alguna para la defensa de la F6brica», m6s a6n, el comandante Aixa, «ya se había hecho due6o de la F6brica, de acuerdo con el Coronel». La columna de mineros, que dirigi6 Aixa con el teniente de Asalto de Oviedo, Yust, no necesit6 entrar, «dada la actitud del Coronel».

²⁶ Vid. «Declaraci6n del encartado D. Luis Alau G6mez-Acebo, Teniente de Artillería», 31 de octubre de 1937 (Texto mecanografiado, pp. 130 r. y v. y 131 r.), en «Causa instruida con car6cter sumarísimo...», ya cit. en AIRMN

²⁷ Vid. «Declaraci6n del encartado Jos6 Bonet Molina, Capit6n de Artillería», 31 de octubre de 1937 (Texto mecanografiado, p. 132 r. y v.) en «Causa instruido con car6cter sumarísimo...», ya cit. en AIRMN.

Por el contrario, los dem6s encartados «incluso del Capit6n Reguer6n que hasta esa fecha estaba considerado como izquierdista, puede afirmar que (...) estaban verdaderamente deprimidos y molestados e hicieron tentativas de evasi6n, en una de las cuales, se ahog6 el Teniente Velasco, y se pas6 a las filas Nacionales el Capit6n Villegas, sin que los dem6s hubieran podido llevar a la realidad sus prop6sitos» Todos los Oficiales «de ayudaron a esconderse». Finalmente, el deponente pudo pasar a las filas Nacionales, a trav6s del monte, a finales de diciembre del 36, «fecha desde la cual no volvi6 a saber nada de ellos».²⁸

En las declaraciones indagatorias, el capit6n Ignacio Cuartero comienza acusando directamente al culpable de sus desdichas: «fue enga6ado por el Coronel Franco que para nada les indic6 que el coronel Aranda se sublevaba»; por su parte, Jos6 Bonet, ampliaba su testimonio y esgrimia como prueba de sus convicciones derechistas el hecho de haber sido detenido, «habiendo tambi6n sufrido por la falta de confianza que tenian en 6l los rojos, el saqueo de sus casas y la de sus suegros»²⁹

La escasa gallardia de que hicieron gala algunos inculpados, acusando directamente al coronel de haberles enga6ado, de nada les sirvi6 para su defensa; el haber permanecido con el enemigo en una *guerra total* les hacia part6cipes del mismo acto criminal: haberse opuesto por las armas a la salvaci6n de Espa6a.³⁰

Dictado Auto de Procesamiento el 3 de noviembre, dos d6as m6s tarde, son elevados los Autos a plenario; el d6a 6 se procede a la «Diligencia de lectura de cargos» en la que los encartados, con sus abogados, tenian la posibilidad de a6adir, enmendar o alegar lo que estimasen pertinente respecto de las acusaciones que pesaban sobre ellos. El 8 de noviembre, a las 10 de la ma6ana, se reune el Consejo de Guerra de Oficiales Generales «para ver y fallar juicio sumar6simo ordinario se6alado n.º 3. Auditoria Guerra Gij6n instruido contra Coronel Artilleria Jos6 Franco Mussi6 y 7 Oficiales m6s». El Consejo se celebr6 en el Palacio de la Diputaci6n Provincial, presidido por el general de Brigada Salvador Mújica Buhigas, contaba con cinco vocales; como Vocal Ponente Auditor figuraba el brigada Hern6n Mart6n Barbadillo y era Fiscal Teniente Auditor Joaqu6n Otero Goyanes.

²⁸ V6ase “Declaraci6n del Capit6n de Infanteria D. Conrado Allas Herranz”, Oviedo, 3 de noviembre de 1937 (Texto mecanografiado, p. 135 r. y v. y 136 r.) en “Causa instruido con car6cter sumar6simo...”, ya cit. en AIRMN

²⁹ Las declaraciones indagatorias a veces suelen ser extensas, est6n manuscritas y amplian o concretan aspectos que puedan ser favorables en su defensa. Cuartero Larrea, del 6nico que el SIM informa que era considerado “sospechoso por los rojos”, no descuella precisamente por su lealtad acusando a su Coronel. Por su parte, Jos6 Bonet, del que el SIM dice que es “uno de los que m6s se destac6 contra el Movimiento Nacional”, al que acusan numerosas voces de ser socialista, peca de una candidez digna de mejor causa. Vid. “Declaraci6n indagatoria de Ignacio Cuartero Larrea” (p.148 r.) y “Declaraci6n indagatoria de Jos6 Bonet Molina” (p. 149 v.). El Informe del SIM sobre los encausados es muy escueto y bastante pobre en informaci6n. Son calificados de contrarios al “Movimiento Nacional” el Coronel, por supuesto, Manuel Espi6eira, as6 como Gonz6lez Reguer6n, adem6s de Bonet; sin embargo, no tienen antecedente alguno de varios de los encausados y se6alan, por ejemplo, que Hilario Saenz de Cenzano, “no contaba con las simpatias de los obreros de la F6brica”, o sobre Luis de la Revilla afirman que “no era muy querido por los obreros, ignor6ndose su actuaci6n”; Luis Alau es para el SIM un perfecto desconocido. Informe mecanografiado fechado en Oviedo, 4 de noviembre de 1937 (p. 153), en “Causa instruida con car6cter sumar6simo...”, ya cit. en AIRMN

³⁰ Vid. Juan PAN-MONTOJO (coord.): *El sue6o republicano de Manuel Rico Avello (1886-1936)*, Madrid, 2011, Biblioteca Nueva, especialmente pp. 167 y 184.

Cerca de 80 testigos habían sido convocados por las defensas, ninguno de ellos a petición del abogado del coronel Franco. La calificación provisional del Fiscal, presentada por escrito, se iniciaba con el consabido argumentario sobre la prevención del movimiento revolucionario que había de conducir inexorablemente a la implantación en la nación española de la Dictadura del proletariado “en relación con la URSS que soñó con tener en la Península Ibérica un trozo más de Europa sometido a su tiranía y métodos brutales”. El Ejército *columna vertebral de la Nación* hubo de «asumir los poderes soberanos del Estado para salvar la independencia misma de la Patria». Proseguía narrando lo ocurrido en Asturias y pasaba a acusar a los encausados, cebándose en el coronel Franco cuya actuación resumía en los siguientes términos:

Lo mismo en las funciones técnicas de producción de material de guerra que en la confección, ejecución y realización de todas las operaciones militares de esta provincia, *fue el alma, centro y base*, hasta el extremo de que la mayor dificultad para el enjuiciamiento de sus responsabilidades radica en que ante conculcación tan evidente y profusa de todas las leyes del honor y del deber militar se hace difícil buscar dentro de la legislación aplicable la tipicidad más adecuada.³¹

Proseguía desgranando las acusaciones a los demás Oficiales a partir del momento en que «eligieron todos continuar al lado de aquél siguiendo su suerte», y aunque en su descargo afirmaban «haber intentado pasarse a las filas nacionales» o procurar «sabotear la producción y entorpecer las operaciones del Ejército al que servían», en modo alguno podían ser tales hechos atenuantes del «delito de traición» tipificado, claro está, con la pena de muerte.

En la vista oral, buena parte de los testigos no comparecieron, ya que «gran parte de ellos» –informaba *La Nueva España*– «tienen que responder de su actuación al servicio de los rojos, sin que haya recaído decisión en su expediente depurador. Por este motivo, la defensa renunció al interrogatorio»³². En cualquier caso, de nada sirvieron los testimonios, algunos de ellos militares retirados o en activo, documentos probatorios, escritos exculpativos, sobre todo de Ignacio Cuartero Larrea, calificado de claro partidario del *Movimiento Nacional*, no hubo piedad para ninguno. Es más, el Fiscal, que intervino «con tono patético» –al decir de *La Nueva España*– «llama la atención del Consejo acerca de la tacha moral que tienen todos los testigos que han estado durante la dominación roja en territorio rebelde y pide con respecto a todos, se llame la atención a la autoridad judicial y muy particularmente con respecto a este testigo, militar de profesión, para que se investiguen sus actividades».

De hecho, los testigos José Muñoz Serrano, que estuvo formando parte de una batería de costa del *ejército rojo*, y el ingeniero químico, Vicente Urrutia, que por su profesión «prestó servicios de carácter técnico en la Fábrica de Mieres» fueron, el primero detenido por orden del Presidente y «puesto a disposición del Juez permanente de plaza» y el Sr. Urrutia tendría que presentarse al día siguiente ante el Auditor de Guerra.³³

³¹ Véase “Calificación provisional del Fiscal” firmada en Gijón, a cinco de noviembre de 1937 (Texto mecanografiado, 4 folios, numerados con posterioridad a mano, citas textuales en p. 156 r y v. respectivamente) [subrayados míos] en “Causa instruida con carácter sumarísimo...” ya cit. en AIRMN

³² Véase *La Nueva España*, Oviedo, martes 9 de noviembre de 1937. El diario falangista hacía un amplio despliegue informativo sobre el juicio (pags. 2 y 5, cita textual en p. 2)

³³ Vid. “Acta del Consejo de Guerra” Oviedo, 8 de noviembre de 1937 (Texto mecanografiado, 3 folios, citas textuales en p. 166, folio 2) en *Ibidem*.

Las defensas poco podían hacer; los procesados ratificaron sus declaraciones y concluyeron «diciendo todos que a su juicio no han sido traidores» Seguidamente el Consejo «continuó en sesi6n secreta para dictar sentencia». ³⁴

La sentencia, fechada el mismo día 8 de noviembre, como cabía esperar, asumía tanto el discurso del Fiscal como todas las acusaciones; «los procesados optaron por formar en el ej6rcito enemigo abandonando las banderas espaolanas y a sus compaeranos de arma para incorporarse a las fuerzas de la Revoluci6n donde actuaron voluntariamente durante quince meses». Todos tuvieron cargos y responsabilidades; podían haberse evadido, «solo el Coronel Franco segun el pasaporte que presenta (...) parece que opt6 por esperar la presencia del Ej6rcito Nacional lo que en 6ltimo caso demostraría su gallardía, pero sin atenuarse con ello sus gravísimas responsabilidades anteriores»

Como oficiales del ej6rcito, no debieron oponerse nunca “a un movimiento Militar que tenía como 6nico m6vil el salvar a Espaia del terror revolucionario, poniéndose de manifiesto con tal conducta la *perversidad* de los procesados”. En consecuencia,

El Consejo de Guerra falla que debe condenar y condena a la pena de muerte, previa degradaci6n, al Coronel Don Jos6 Franco Mussi6, Comandante Don Manuel Espiñeira Cornide, Capitanes Don Luis de la Revilla y de la Fuente, Don Hilario Saenz de Cenzano y Pinillo, Don Ernesto Gonz6lez Reguerín Su6rez, Don Ignacio Cuartero Larrea, Don Jos6 Bonet Molina, y Teniente Don Luis Alau y Gomez-Acebo. ³⁵

El Auditor de Guerra del *Ej6rcito de ocupaci6n* en Asturias comunicaba la sentencia al general Jefe del Ej6rcito del Norte, Fidel D6vila, quien tenía que dar su conformidad. En su escrito, adem6s de otras lindezas, les acusaba de cobardes pues, «amparados en el equívoco de exculpaciones en que cristaliza en el caso m6s favorable una timidez y una pusilanimidad reñida con la profesi6n de las armas», en cuyo caso la misma palabra *traici6n* «adjetiva con exactitud la conducta de quienes hasta para defenderse acuden al juego de la deslealtad» ³⁶

El 11 de noviembre, en Burgos, D6vila dio el visto bueno a la sentencia, y el 12 ya notificaba «que S.E. el Jefe del Estado qued6 enterado de las penas impuestas». Un escrito del Auditor de Guerra, fechado en Gij6n el 13 de noviembre, daba cuenta del 6ltimo trámite. ³⁷ Los reos, leída la sentencia, fueron conducidos «al lugar habilitado para Capilla» y los condenados se negaron a firmar la sentencia.

Fusilados al amanecer del 14 de noviembre, en el campo pr6ximo al *Stadium*, fueron inhumados en 8 fosas en tierra en el cementerio de Oviedo. Y, seguidamente, «sin p6rdida de tiempo», se ordenaba proceder «al embargo e incautaci6n de cuantos bienes muebles e in-

³⁴ Ibidem, p.166, folio 3. El juicio p6blico se celebr6 en el día; eso sí, en dos sesiones, mañana y tarde.

³⁵ “Sentencia”, Oviedo, 8 de noviembre de 1937, texto manuscrito, pp. 173-178, citas textuales en 177 v. y 178 r. respectivamente, *passim*. [subrayado mío] en “Causa instruida con car6cter sumarísimo...”. ya cit. en AIRMN

³⁶ Comunicado del Auditor de Guerra fechado en Gij6n el 9 de noviembre de 1937 [subrayados míos] Ellos mismos se denominaban ej6rcito de ocupaci6n en Asturias, pero ¿no eran sus libertadores? (Texto mecanografiado, 2 folios, citas textuales en p. 180 v.), en “Causa instruida con car6cter sumarísimo...” ya cit. en AIRMN

³⁷ Ibidem, texto mecanografiado, p. 189. Anotaci6n a mano “Fin”

muebles pertenecieran al expedientado, depositando los muebles en el local destinado al efecto previo inventario de los mismos».

No era suficiente castigo el asesinato de los Oficiales; convenía proseguir humillando durante a6os a sus familias, porque la ejecuci6n de todos ellos por *traici6n*, «constituye indicio m6s que suficiente, para someterles a una responsabilidad de car6cter civil, y de ah6 la necesidad de proceder al embargo de sus bienes para que no *resulte ilusoria la sentencia dictada* y acuerdo decretado por la Autoridad Militar competente, y la responsabilidad que en todo sentido se pronuncia». ³⁸

Mientras tanto, remedando a Fernando VII, el rey fel6n, la primera orden del d6a de la F6brica de Ca6ones de Trubia rezaba as6:

Art. 1º LA ESPA6A NACIONAL, considera como sino (*sic*) hubiera existido F6brica durante el periodo “rojo” y por lo tanto restablece unicamente (*sic*) la situaci6n a lo legislado y existente hasta el d6a 18 de julio de 1.936, que pasa sin sucesi6n alguna a soldarse con la Gloriosa fecha de la Liberaci6n, el 21 de octubre del Segundo A6o Triunfal; quedando por lo tanto sin valor alguno, todo lo dispuesto en el citado periodo “rojo”. ³⁹

Otros felones reg6an ahora los destinos de Asturias... y en poco m6s de un a6o, en toda Espa6a, los traidores se erigieron en vencedores.

³⁸ Vid. Escrito del Juez de 23 de diciembre de 1937, en “Secci6n Responsabilidades Pol6ticas”, Leg.29110/7. Expediente: Jos6 Franco Mussi6 y otros en AHA. Tras un largo proceso burocr6tico de informes de la Guardia Civil, Policia, Falange, Ayuntamientos, bancos y dem6s instituciones crediticias, el Expediente queda sobreesido por la Comisi6n liquidadora de Responsabilidades Pol6ticas, “quedando levantadas cuantas trabas, embargo y retenciones se hubieran verificado con motivo de este expediente” con fecha de 9 de febrero de 1946, en *ibidem*. [subrayados m6os]

³⁹ “¡VIVA ESPA6A! ARTILLER6A-F6BRICA DE TRUBIA. “Orden del d6a 8 de noviembre de 1937” escrito a mano al final del texto, Ayuela. Documento impreso, facilitado junto a otras Ordenes del d6a de la F6brica, por Jos6 Franco

Fal Conde: Carlismo y modernismo

Fal Conde: Carlism and Modernism

Javier Ugarte Tellería
Universidad del País Vasco
javier.ugarte@ehu.es

Resumen: Es un primer esbozo de la biografía de Manuel Fal Conde, pero contiene importantes elementos del debate historiográfico sobre lo que fueron los orígenes del franquismo. Sostiene la tesis de que el tradicionalismo de Fal Conde —como el de buena parte del carlismo más militante de la época— fue un tradicionalismo *modernista*, tal como lo define Roger Griffin —lo que explica su arraigo en el tiempo y su aportación a la sublevación antirrepublicana—. La aparición de una formada élite joven y urbana educada en la tradición apologética del pensamiento católico que asocia nación y religión, y el vacío que dejó la secularización y la pérdida de la idea de lo sagrado hacia 1900, hacen surgir en estos círculos —como una rebeldía— la esperanza de un nuevo comienzo, de un nuevo orden que vino a representar para ellos el carlismo tal como lo expresaron Fal Conde y Víctor Pradera. Por su parte, al primer franquismo hay que considerarlo, sin ambages, como uno de tantos regímenes autoritarios que surgieron en la Europa de principios del siglo XX (donde cabe hablar, sí, de un *fascismo genérico* en toda Europa); del mismo modo que Quentin Skinner considera liberales a USA, a Francia, a Gran Bretaña o a la Gran Colombia de Bolívar. Se debe comenzar por hacer una historia de los hechos para apreciar, después —o al tiempo—, las ideas con las que se fueron tejiendo. Se propone, de modo concomitante, emplear el lenguaje ordinario, el del habla corriente o común —al modo en que lo hacía Benedetto Croce, sin universales ni abstracciones— para elaborar la narrativa, la historia de ese tiempo convulso. Con ello se recuperaría un saber práctico y prudente con el que comprender ese momento histórico de entreguerras (demasiado alterado por el uso de categorías de la sociología y la politología).

Palabras clave: Fal Conde, neoaristotelismo, modernismo, tradicionalismo, *fascismo genérico*.

Abstract: This article about the biography of Manuel Fal Conde, wants to enter also on the way to approach us that time. It defends the thesis the traditionalism of Fal Conde —as much of the most militant Carlism of the time were— was a *modernist* traditionalism, as Roger Griffin defined it —which explains its roots in time and its contribution to the anti-republican uprising—. The arrival of young upbringing urban elite educated in a apologetic tradition in Catholic thought that associates nation and religion, and the emptiness that left by secularization and the loss of the idea of the sacred around 1900, give rise in these circles —as a gesture of rebellion— the hope of a new beginning, of a new order. It is what came to represent for them the Carlism expressed by Fal Conde and Víctor Pradera. On the other hand, the first Franquism must be considered as one of many authoritarian regimes emerged in The Europe of the early twentieth century (where It can speak about a generic fascism in throughout Europe); just as Quentin Skinner considers USA France, Britain or the Gran Colombia of Bolívar, liberal. It should begin by making a history of the facts to appreciate them —or at the same time—, the ideas with which were weaving. It proposes, concomitantly, to use ordinary language, common speech —the way Benedetto Croce did it, without universals or abstractions— to elaborate the narrative, the history of that convulsive time. With this, is recovered a practical and prudent knowledge with which to comprise the particular historical moment interwar period (too upset by the use of categories of sociology and political science).

Key words: Fal Conde, neo-Aristotelianism, modernism, traditionalism, *generic fascism*.

| |
|---|
| Para citar este artículo: Javier UGARTE TELLERÍA: “Fal Conde: Carlismo y modernismo”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 482-513. |
|---|

Recibido: 14/02/2018

Aprobado: 10/04/2018

Fal Conde: Carlismo y modernismo

Javier Ugarte Tellería
Universidad del País Vasco

No es cosa fácil acercarse al mundo político de Manuel Fal Conde. Ni tampoco al tiempo en que vivió en política. Aun así, ensayaré esa aproximación —tal vez porque creo necesario hacerlo en aras a la verdad de aquel tiempo; o, si se prefiere, a los preliminares del nuestro—.

Apenas si se conocen detalles sobre su vida particular ni sobre su formación y actividad hasta que en 1930 inicia su vida política. Tras ella, su presencia en la esfera pública decayó. No dejó memorias —para lo que estaba bien dotado— ni se ha escrito ninguna biografía sobre él que merezca tal nombre —apenas alguna hagiografía—. Y, sin embargo, fue un hombre clave en la conspiración contra la República que condujo al 18 de julio de 1936 (de lo que llegan susurros contradictorios que no ocultan su papel decisivo)¹.

Junto a la escasa información, está la pérdida de foco. Frente al fulgor vanguardista de Falange, al que los especialistas tienden a prestar mayor atención, Fal Conde y el carlismo aparecen como extemporáneos en la propia República («cosa del XIX»). Dejó, eso sí, un gran fondo de archivo con el que los investigadores (Manuel Martorell, Mercedes Vázquez de Prada, Santiago Martínez y otros) comienzan a trabajar más intensamente, y del que, sin duda, cabe esperar aún numerosas noticias².

¹ La mejor descripción es aún la brevísima de Joaquín ARRARÁS (*Historia de la Segunda República Española*, Madrid, Editora Nacional, 1964-68, 4 vols., vol. 2, pp. 353-354). Un retrato berroqueño en Francisco ELÍAS DE TEJADA, *ABC* Sevilla, 22 de mayo de 1975. Ramón SERRANO SUÑER (*Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 138) lo cita como personaje decisivo para Franco, para olvidarlo después. Fal sobre Mola, en el Archivo General de la Universidad de Navarra. Fondo Manuel Fal Conde. ES. 31201.AGUN/133 [en adelante, AFC, por seguir notaciones anteriores]: 008-1936. Fal a Franco, en AFC: 258-Conspiración (1) (2). Trato en parte en Javier UGARTE: «Del carlismo vasco o el carlismo en el país vasco durante la dictadura (1936-1975)», *Cuadernos de Alzate* 50-51, 2017.

² Inclinación por el falangismo que ya vislumbraba Enric UCELAY DA CAL en 1989 («Prólogo» a Francisco VEIGA: *La mística del ultranacionalismo. Historia de la Guardia de Hierro. Rumanía, 1919-1941*, Barcelona, UAB, 1989). Ya decía entonces que «la mayoría de los trabajos nuevos [desde la Transición] ... han dado más importancia a la vocación fascista del falangismo», lo que le llevaba a «replantear el tema de la relación ... entre la ideología formal de los portavoces y la latente de los militantes ... Desde este ángulo, se pueden ver dos tradiciones fascistas en España», la católica y la laica, ambas en equilibrio inestable dentro de FET-JONS.

Viene a complicarlo el hecho de que la propia historia de la España de aquel tiempo entre 1931 y 1939 esté hoy en revisión —en el contexto de uno de los más profundos e interesantes debates de la historiografía contemporánea—³.

Ésta y otras faltas, propias o compartidas con otras historiografías (de modo especial la disputa que la historia tiene con la *memoria*, una memoria *comunicativa*, la poderosa memoria *vinculante* de Nietzsche hecha de poder y regla), nos cuesta ponernos a *comprender* (en el sentido hermenéutico de Droysen) ese pasado y las lagunas quedan como vacíos de olvido. Fal Conde — y el tradicionalismo— es una de esos “vacíos” abandonados a la incompreensión —o a la exaltación, que es la otra cara de la moneda—⁴.

De modo que ésta, antes que una biografía de Fal, es, de momento, una consideración sobre ella, una aproximación.

De lo que se puede hablar y de lo que no

Mientras trabajaba en este texto, leía sin otro propósito *La ética protestante* de Max Weber. Su lectura me llevó a otras lecturas y una serie de reflexiones que no puedo desarrollar aquí pero que trataré de resumir en pocas palabras.

Frente a la expresión clara pero reflexiva de Weber (en un tiempo cargado de alta y fecunda controversia)⁵, la tradición historiográfica europea referida a las dictaduras de entreguerras resulta poco satisfactoria y gastada. O bien —y sobre todo— está tan cargada de quiebros y circunloquios, de elaboraciones teóricas incompatibles entre sí, tan desgarrada por una diversidad conflictiva de métodos y enfoques, que dificultan la conversación y la comprensión de aquel tiempo (fascismo genérico, nazismo; conservadurismo, régimen fascistizante o fascistizado, dictadura autoritaria o simplemente militar; totalitarismo, autoritarismo, conservadurismo revolucionario, derechas, contrarrevolución, reaccionario, etc., por no avanzar con “religión política”, etc. o la del “fascismo frailuno” o despotismo moderno reaccionario en España). O si no —a modo de rechazo de lo anterior—, se hacen exposiciones tan apegadas al empirismo puro y al matiz local, que dificultan la reflexión y la comparación. Imposible, por tanto, el concurso entre distintas tra-

³ Sobre esto, entre muchos, Michael SEIDMAN: «Una democracia sin demócratas», *Revista de Libros*, 165 (2010); o el reciente, Francisco MORENTE, Jordi POMÉS y Josep PUIDSECH (eds.): *La rabia y la idea*, Zaragoza, PU Zaragoza, 2016.

⁴ Sobre historia humanitaria de verdugos y víctimas, y la necesidad de otra historia, Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, PUV, Valencia 2009, pp. 12-13, y también, Nicholas STARDGARDT: *La guerra alemana*, Barcelona, GG, 2016, pp. 32-33. En cuanto a la *memoria*, ésta del poder y la dialéctica amigo/enemigo (antes que la *colectiva* de Halbwachs) la que viene imponiéndose, v. Jan ASSMANN: *Religión y memoria. Diez estudios*, Buenos Aires, Ed. Lilmod, 2008, entre otros trabajos suyos y de Aleida Assmann. A propósito, Matteo TOMASONI encabeza su libro con un significativo: *El caudillo olvidado*, Granada, Comares, 2017.

⁵ Una muy detallada relación sobre Weber y su “libro” en Francisco M. GIL VILLEGAS: *Max Weber y la guerra académica de los cien años: Historia de las ciencias sociales en el siglo XX. La polémica en torno a La ética protestante y el espíritu del capitalismo (1905-2012)*, México, FCE, 2013.

diciones historiográficas y un pensamiento más penetrante o perspicaz (así, la tradición francesa, italiana, española o rumana ...; o referencias al rexismo, francismo, franquismo, integralismo, falangismo, legionarismo, etc.). No era algo nuevo, ya lo había abordado en 2004 con algo así como «Por una gramática compartida» presentada en Barcelona, y en mis otros trabajos. Pero con Fal Conde se me hace acuciante releerlo⁶.

Resumidamente, podría decirse que en esos estudios sobre los treinta, convergieron ya en los 40s al menos tres conjuntos de factores (con las cautelas que cabe hacer a toda generalización). En primer lugar, la proximidad vivencial y emocional del espanto hacía que se requiriera de los historiadores —que ya tenían una relación conflictiva con la *memoria*—, antes juicios morales que análisis históricos. En segundo, el dominio que en el sistema moderno del saber y en las humanidades en general tenía el paradigma científico galileano según el ideal de la *scientia*. Y, finalmente, el impacto de una serie de influyentes estándares en la propia disciplina (teorías de la modernización, de la acción colectiva, de la demografía histórica, de la historia económica) e informes del Social Science Research Council estadounidense (1946, 1954 y 1963) que instaban a los historiadores a adoptar las herramientas de sociólogos y politólogos —conocimiento concebido como teoría—. Todos ellos convenían en impulsar un ideal de objetividad y universalidad del quehacer histórico, identificando conocimiento con *theoria* (o, en su ausencia, la neutralidad descriptiva)⁷.

Esta situación se modificó en los años 60s y 70s con un cambio bastante general en la «ecología del saber» (Clifford Geertz) que afectó también a la historiografía. Un movimiento convergente en EEUU y Europa desde la filosofía (Hans-Georg Gadamer, Joachim Ritter, Hannah Arendt, Hermann Lübbe, Karl-Otto Apel, T.S. Kuhn, Richard Rorty, y sus predecesores pragmatistas, Peirce, James o Dewey, el último Habermas), la ciencia política (Eric Voegelin, Arendt), la sociología (Niklas Luhmann, Peter L. Berger, ...), y, para lo que nos toca, la antropología (Karl Polanyi, Clifford Geertz, Víctor Turner...) y la historia (Ernst Kantorowicz, E.P. Thompson, Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis, Le Roy-Ladurie, ...) que vinieron a rehabilitar en las humanidades un cierto saber *práctico* al modo en que lo concibiera Aristóteles: «un saber moral [que] debe comprender en la situación concreta qué es lo que ésta pide de él en general». Concreción, ponderando debidamente lo general. Fue lo que para nosotros constató Lawrence Stone en su famosa reseña de 1979 sobre una *nueva narrativa* en historia⁸. [Todo esto tiene una complejidad muy superior que a nadie escapa, pero que no puede contemplarse en este artículo.]

⁶ Jornada de Debat: franquisme i feixisme. Seminari Internacional Dictadures del Segle XX. Un estudi comparatiu entre Itàlia (1922-1945) i Espanya (1936-1957), Barcelona, octubre, 2004.

⁷ Para las cautelas frente a construcciones sinópticas, Richard RORTY: «Filósofos, novelistas y comparaciones interculturales: Heidegger, Kundera y Dickens», en Eliot DEUTSCH (ed.), *Cultura y modernidad. Perspectivas filosóficas en Oriente y Occidente*, Barcelona, Kairos, 2000 (1991), pp. 19-36. También, Siegfried KRACAUER: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010 (1969, 1995).

⁸ Para esto, Franco VOLPI: «Rehabilitación de la filosofía práctica y neo-aristotelismo», *Anuario Filosófico*, 32 (1999). Sobre cuestiones del saber teórico, el moral y el práctico, el trabajo germinal de Hans-Georg GADAMER: «La actualidad hermenéutica de Aristóteles», capítulo de *Verdad y Método*, Salaman-

Comprender, en la mejor tradición historiográfica, de Droysen a Weber y Bloch, *saberse*, un conocimiento que orientara el obrar. Un saber que se construye en la propia práctica investigadora sobre la que se proyectaba y de la que se nutre. Éstas eran las claves para un conocimiento ponderado, «prudente» (*phrónesis* aristotélica); un saber como parte del proceso de verificación; más apegado a la experiencia, pero también a una reflexividad *prudente*. Tan es así, que «las obras metodológicas significativas en historia y antropología —dice Geertz refiriéndose a *Los dos cuerpos del rey* de Kantorowicz, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson, etc. — tienden a ser al mismo tiempo obras empíricas importantes» huyendo de debates epistemológicos.

Más allá de una estupenda historiografía⁹, este modo de ver el conocimiento penetra muy lentamente los estudios que nos ocupan. Nunca ha decaído del todo la poderosa presencia de los Friedrich y Brezinski, Abendroth, Organsky, Moore Jr., Marcus, y también Nolte o incluso Bracher, que fueron escuchados por la siguiente generación (Broszat, Mommsen, Hillgruber, Woolf, Zunino, hasta los Sternhell, Paxton, Milza o Gentile, e incluso, Eatwell o Griffin), y así, hasta hoy en cierta forma. A pesar de los grandes avances de conocimiento histórico, la teoría, la politología, la sociología y la reflexión genérica ha dominado sobre el saber práctico (véase p.ej. Emilio Gentile). Esto, sin menoscabo tampoco de su historiografía, sucede aún con más fuerza en España donde la dualidad cientismo-empirismo es aún más acentuada¹⁰.

No es difícil encontrar un contraejemplo. Véase, por significativo, el modo en que Bernard Bailyn, Gordon Wood, y luego la llamada escuela de Cambridge (Pollock, Skinner) abordaron una auténtica transformación en el modo de observar la Revolución americana, el origen de la sociedad estadounidenses y la historia de las ideas sin apenas cambios nominales: simplemente indagando en los hechos, rastreando su origen (en las disputas entre tiranía y libertad de la Antigüedad, en las rebeliones inglesas del XVII, en las nuevas corrientes religiosas, etc.) y trabando

ca, E. Sígueme, 2005 (1960), pp. 383-396 (la cita en p. 384). Influencia de la sociología en la historiografía, Geoff ELEY: *Una línea torcida: de la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia 2008 (2005), pp. 80-90. Historia-antropología, Clifford GEERTZ, *Reflexiones antropológicas sobre temas antropológicos*, Barcelona, Paidós, 2002 (2000), pp. 86-89 y Lawrence STONE: «The Revival of Narrative. Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. La politología y sociología de la época en España en Manuel PASTOR: *Ensayos sobre la dictadura (Bonapartismo y fascismo)*, Madrid, Túcar E., 1977.

⁹ Aquí la relación es memorable e ineludible: desde Franz Neumann y Tasca a Mark Mazower y Michael Thad Allen; George Mosse, Bracher, Mommsen, Tim Mason, Broszat, W.S. Allen, Peukert, Niethammer, Johnson y Reuband, Kershaw, Evans, Ulrich Herbert, Götz Aly por citar sólo los estudiosos del nazismo. Inevitablemente, De Felice y Emilio Gentile y Paxton y Eugen Weber. Y nuestros Payne, Preston, Tusell, etcétera.

¹⁰ La más reciente revisión, António COSTA PINTO (ed.): *Rethinking the Nature of Fascism. Comparative Perspectives*, Basingstoke-UK, Palgrave, 2011. El mismo António COSTA: *The Nature of Fascism Revisited*, Boulder CO, SSM-Columbia UP, 2012, ensayó una descripción sintética que tampoco resuelve el tema. Siempre ha habido trabajos que buscan salvar esa distancia; por reciente, Traian SANDU: *op. cit.* También los trabajos de Mark Mazower, etc. En España, arranque terminológicamente extremo (ver *Papers. Revista de sociología*, 8, 1978). Aún hoy, cierto equívoco entre historia de los *hechos* e historia de las ideas.

una historia mucho más rica y explicativa sobre el nuevo *ethos* que se generó. Términos como liberalismo, gobierno representativo o *check of balance* siguieron empleándose sin ningún inconveniente. Había, por lo demás, entrelazadas tanto una historia de las *ideas* como una historia de las *prácticas*. Un formidable cambio en el conocimiento sin distraerse en mezquinas batallas nominales¹¹.

Creo, con todo, que hoy estamos mejor equipados para abordar más sosegadamente aquel tiempo de los fascismos y los antifascismos. Dar nombre a las cosas sin remilgo ni afectación¹².

Y el modernismo hacia 1900. Reacción a la modernidad

En cierta manera, era necesario adentrarse en lo anterior para reducir al lenguaje ordinario propio de la historiografía (Croce) categorías como tradicionalismo, conservadurismo, franquismo, fascismo, etc., con una carga semántica excesiva¹³. Desmontar la trama de conceptos-lastre que rodean el estudio de aquel tiempo y pasar a hacer su historia en la que aparezcan Fal, Franco, José Antonio, Hitler, Degrelle, Codreanu, La Rocque y todas aquellas variopintas coaliciones que dieron origen a un efímero nuevo tiempo en Europa¹⁴.

Pues bien, muchos de los trabajos de historia arriba citados (Broszat, Mommsen, Mosse, De Felice, Emilio Gentile), en los que todos nos hemos inspirado, han dado paso, de un tiempo aquí, a un cierto *nuevo consenso* impulsado por los británicos Roger Eatwell y Roger Griffin sobre lo que sería un *fascismo genérico* del que en parte me valdré¹⁵. Sus estudios (especialmente

¹¹ Víctor MÉNDEZ BAIGES: «Estudio preliminar» a Bernard BAILYN: *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Madrid, Tecnos, 2012.

¹² Véase la naturalidad con que Michael SEIDMAN rotula su reciente libro como *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico* (Madrid, Alianza, 2017).

¹³ Se trata de la claridad y exactitud a que aspira Croce para el lenguaje ordinario. Contra aquellas tentaciones, Siegfried KRACAUER: *op. cit.*

¹⁴ Toda la tradición que convergió en el franquismo: Guy HERMET, *Los católicos en la España franquista*, Madrid, CIS, 1985 (1980), 2 vols.; Raúl MORODO: *Los orígenes ideológicos del franquismo*, Madrid, Alianza E, 1985; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998; Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacional catolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza E., 1992; Stanley G. PAYNE: *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965, y Martin BLINKHORN: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Madrid, Crítica, 1979 (1975); y otras aún por estudiar (como la apologética católica española), véase A. GONZÁLEZ MONTES: «La apologética española entre 1850 y 1930», *Dialogo Eucarístico*, t. XXXII:103-114 (1997), pp. 251-275. Alfonso ÁLVAREZ BOLADO: «Guerra civil y universo religioso. Fenomenología de una implicación», *Miscelánea Comillas*, 7 entregas (1983-1995) (a completar con Botti y Di Febo). También, Antonio Elorza (1966), Javier Herrero (1971) y otros (Begoña Urigüen, Antonio Fernández, Josep María Margenat) que va de la teología a la apologética. No he podido trabajar Alfonso BOTTI: *España y la crisis modernista. Cultura, sociedad civil y religiosa entre los siglos XIX Y XX*, Cuenca, Centro de Estudios de C. la M., 2012 (1987). Creo que emplea el término *modernismo* en un sentido diferente al usado aquí.

¹⁵ Ver Roger EATWELL: *Fascism. A History*, Londres, Random House, 1995, y Roger GRIFFIN: *The Nature of Fascism*, Londres, Pinter P., 1991, y, del mismo, *Modernismo...*

Modernismo y fascismo de Griffin) son verdaderamente sugerentes —aunque tomado con cautela—. En cualquier caso, son muchos los enunciados interesantes y las ideas útiles en estos ensayos.

De Griffin tomaré —con la flexibilidad necesaria— su idea de *modernismo* como una «respuesta [...] atribulada y fluctuante a las condiciones de modernidad determinadas [o generadas] por un proceso particular de modernización» a principios del s. XX en Europa (que él toma de David Harvey). Algo que ya apuntaron Georg Simmel (dinero) o Max Weber (burocratización). El resultado serían situaciones represivas, enajenantes y deshumanizadoras —«jaulas de hierro» del capitalismo para Weber; «especialistas sin espíritu, hedonistas sin corazón», para Simmel—. El hecho cierto es que las ilusiones humanistas que la Ilustración había sembrado, aparecían hacia 1900, tras una industrialización desordenada, como crueles parodias de sí mismas. Los lazos humanos parecieron diluirse, colapsar las instituciones, se extendía un estado de angustia vital, de percepción de amenaza existencial que podría llevar al «extravío del hombre» (clima recogido por Karl Jaspers, *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, 1933—1931—). Griffin lo describe con detalle y estudia largamente. A él me remito¹⁶.

Si a la *sensación de final* (Kermode), añadimos una vocación ultranacionalista, la creencia en cierto potente mito nacional sostenido por la tradición del país (y un guía nacional), un antiliberalismo feroz, la defensa de un estado corporativo y la definición de una nación como una comunidad excluyente y propia en la que materializar ese nuevo orden del hombre *auténtico*, producen variadas corrientes ideológicas y coaliciones políticas que tuvieron algo de revolucionarias y algo de conservadoras en su trayectoria (Blinkhorn) y dieron lugar a varios estados que se tuvieron un tiempo (1920-1945) por el *nuevo orden* europeo¹⁷.

Aquel estado de desasosiego tuvo sus expresiones culturales en toda Europa: el *Sturm und Drang*, la Joven Alemania, el Expresionismo alemán, el noventayochismo español, el romanticismo inglés de Coleridge, la actitud de Baudelaire y Valéry, D'Annunzio y Marinetti, Friedrich Schlegel y el mismo Freud. Esto en el mundo de la cultura secular. También las iglesias —en especial, la católica— desarrolló sus “modernismos”. También los católicos romanos *ultramontanos* fueron convirtiéndose en focos de afirmación nacionalista. Apariciones marianas apocalípticas y peregrinaciones que se multiplicaban (París, a la monja Labouré; Marpingen, en Alemania; Lourdes; Fátima), la doctrina de la Inmaculada Concepción y la infalibilidad del Papa; *Syllabus Errorum* (1864) de Pío IX daban el pistoletazo de salida en la iglesia. Todo un “modo de estar” (Kracauer y Fusi) que, tras la Gran Guerra, dio el salto a la política y a la idea de la inminencia de un nuevo comienzo (el *Aufbruch* alemán, tan utilizado en Weimar). La necesidad de rehacer un «nuevo cielo protector», un dosel sagrado (Berger) para las gentes que se percibían a la intemperie. Colectividades frente al individualismo; sacrificio y crueldad; guerra si hiciera falta¹⁸.

¹⁶ Roger GRIFFIN: *Modernismo...*, p. 85. David HARVEY: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990, p. 119. WEBER: *op. cit.*; Georg SIMMEL: *Filosofía del dinero*, Madrid, IEP, 1976 (1900); Frank KERMODE: *Il senso della fine. Studi sulla teoria del romanzo*, Milán, Rizzoli, 1972 (1966).

¹⁷ Martin BLINKHORN: *Fascists and Conservatives*, Londres, Unwin Hyman, 1990

¹⁸ Siegfried KRACAUER: *De Caligari a Hitler*, Buenos Aires, Paidós, 1985 (1947) y Juan Pablo FUSI: *Manual de historia Universal. 8. Edad Contemporánea, 1898-1939*, Madrid, Historia 16, 1997; Rafael GUTIÉ-

También en España —al margen, las acertadas observaciones de Enrique Moradiellos—, Ferrán Gallego ha logrado situar el debate sobre los orígenes del franquismo en el ámbito europeo (en cierta manera le precedía Ismael Saz). Una dirección que ya apuntara Javier Tusell, pero que fue formulada con la gramática clara del historiador por Carmen Molinero y Pere Ysàs ya en 1992 (y cuyo libro de 2008 es probablemente el más reflexivo y acertado estudio del franquismo), seguidos en sus trabajos por Joan Maria Thomàs¹⁹.

Dice Frank-Lothar Krol, que «el nazismo... era una alianza amplia de proyectos diferentes, a veces incluso contradictorios, para la regeneración de Alemania...». Ocurre otro tanto con el fascismo italiano (a pesar de Sternhell)²⁰. Ni tan siquiera la cultura *Völkisch* —con ser ésta ya abigarrada— fue el único nutriente del estado nazi. La cultura politizada de los católicos del sur alemán y Austria, los *Deutsche Christen*, la *Konservative Revolution*, las propuestas jurídicas de Carl Schmitt, el racionalismo iluminado de Speer, del italiano Adalberto Libera frente al movimiento *strapaese* (tradicionalista y también fascista), o a Speer frente a la arquitectura costumbrista de Paul Schultze-Naumburg (impulsor de la exposición de “arte degenerado”), y las aportaciones de Martin Heidegger sobre organización de la universidad y del conocimiento, etc. convergieron para dar forma al estado nazi “real”. Y al historiador corresponde contarlos; no dar “carné de nazi” a éste o aquél²¹.

RREZ GIRARDOT: *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983, pp. 17, 33-40; Peter BERGER: *El dosel sagrado*, Barcelona, Kairos, 1999; Diarmaid MCCULLOCH: «Catolicismo rampante: el triunfo de María y el reto del liberalismo», en *Historia de la Cristiandad*, Madrid, Random House Mondadori, 2011 (2009), pp. 871-888.

¹⁹ Ferrán GALLEGO: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014; Enrique MORADIELLOS: «Evangelios fascistas», *Revista de Libros*, Segunda época, (2014); Ismael SAZ: *España contra España: los nacionalismos franquistas*, Madrid, MP, 2003; Javier TUSELL: *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza E., 1988; Carmen MOLINERO y Pere YSÀS: *El régimen franquista. Feixisme, modernització i consens*, Barcelona, Eumo E., 1992, y *La anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008. Un estado de las cosas reciente en Zira BOX y Julián SANZ HOYA: «Introducción» a «Repensar el fascismo español: nuevos enfoques y perspectivas», en Damián A. GONZÁLEZ MADRID, Manuel ORTIZ HERAS y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN (eds.): *La Historia, lost in translation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Cuenca, EU Castilla-La Mancha, 2017, pp. 3465-3472.

²⁰ Roger GRIFFIN: *Modernismo y...*, p.377, pero basta ver Mosse, Kershaw, etc. Para Italia, Walter L. ADAMSON: *Avant-Garde Florence. From Modernism to Fascism*, Massachusetts-Londres, Harvard UP, 1993, Philip MORGAN: *Italian Fascism, 1915-1945*, Nueva York, Palgrave, 2003 (1995) y Claudio FOGU: *The Historic Imaginary: Politics of History in Fascist Italy*, Toronto-Londres, U. Toronto P., 2003.

²¹ Robert Anthony KRIEG, *Catholic Theologians in Nazi Germany*, Nueva York-Londres, Continuum, 2004; Anthony PHELAN: *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la república de Weimar*, Valencia, PUV, 1990; Alfred DIAMANT: *Austrian Catholics and the First Republic: democracy, capitalism, and the social order, 1918-1934*, Princeton UP, 1960; Joseph W. BENDERSKY: *Carl Schmitt. Teorico del Reich*, Bolonia, Il Mulino, 1989 (1983); Tom ROCKMORE and Joseph MARGOLIS: *The Heidegger Case. On Philosophy and Politics*, Filadelfia, Temple UP, 1992. Sobre Mies, Tim DYCKHOFF, *cit.* en Roger GRIFFIN: *Modernismo ...* p. 50.

Si esto ocurre con el nazismo o el fascismo, ¿qué decir de España y el franquismo? Más homogénea por una larga tradición de ultra-nacionalismo católico, era sin embargo de una gran diversidad en cuanto a sus visiones del mundo y cuerpo de ideas, imposibles de comprender desde el mero falangismo y aledaños, como hoy tiende a hacerse. ¿Qué podía conciliar la visión de las cosas de aquel magma levantado contra la República? Apenas nada que no fuera un radical nacionalismo (católico); convencidos —algunos, *los modernistas*— de que realmente la vida comenzaría tras guerra (tras la Victoria en la Cruzada de Liberación, la Victoria Final—de la *Endsieg* nazi). Ése es el momento histórico concreto, el contexto histórico, en el que nos centramos aquí²².

Modernidad y modernismo. Dos términos que se prestan a confusión. Una época contra la que se alza una corriente social y de pensar y sentir. La modernidad, frente a la que se alza el modernismo. Ésos son los términos del dilema.

Fal

Fal Conde fue un tradicionalista que creció en ese clima *fin-de-siècle* de melancolía y exarbabación de los ideales como el visto. Fue líder desde 1934 de la Comunión Tradicionalista, de los carlistas. ¿Fue también un líder *modernista*?

Fal era tradicionalista, no hay duda. Pero hubo muchos tradicionalistas explícitos hacia 1900. Lo eran —o enraizaban su pensamiento en él— Luis Lucia, Calvo Sotelo, el conde de Rodezno, Gil Robles, Herrera Oria, el cardenal Segura y Fal Conde. Lo eran, pero sus prácticas políticas y trayectorias difirieron. El primero practicó tradicionalismo evolucionado hacia la democracia cristiana (al modo de Sturzo o De Gasperi) y en 1936 se puso del lado de la República. Al segundo, lo asesinaron, pero podía emparentar con los *Konservativrevolutionärer* alemanes. Rodezno era manifiesta y explícitamente conservador, «comodón, abúlico y figurón», para Tomás Echeverría. Gil Robles y Herrera Oria coincidieron, durante la República, pero divergieron tras 1943. El cardenal Segura compartió conspiración con Fal Conde —y ciudad tras la guerra—, pero su afán único era restablecer la primacía absoluta de la Iglesia, era un *clerical* según una ecle-siología con raíces en el XVIII. Hasta José Antonio se proclamaba tradicionalista en cuanto que los *falangistas*, del mismo modo que «el fascismo e[ra] “esencialmente tradicionalista”»²³. Eran

²² Ha sido la visión de Tusell, Julián Casanova, etc. (no tanto de Paul Preston). Una diversidad que refleja Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas (1931-1936)», *Pasado y Memoria*, 2 (2003). Hoy parece volver esta visión de múltiples subculturas; cf. Ramiro TRULLÉN: *España trastornada. La identidad y el discurso contrarrevolucionario durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Madrid, Akal, 2016. Sobre el Alemania, STARDGARDT: *op. cit.*, p. 51.

²³ Para Fal, el tradicionalismo de Rodezno era «escéptico», mientras que el suyo estaba «lleno de fe en la salvación y regeneración de la Patria» («Última entrevista con Fal Conde» por Josep Carles CLEMENTE: *Tiempo de Historia* 39, 1978, p. 18). Sobre el conde (del Burgo cree que practicó el «más puro quietismo conservador»), Fernando MENDIOLA, *et al.*: *Conde de Rodezno: la justicia al revés*, Pamplona, Autobús de la Memoria, 2010 (cit. de del Burgo, p. 68), y Tomás ECHEVERRÍA: *El Pacto de Territet, Alfonso XIII y los carlistas*, Madrid, Rubiños, 1973, p. 38. Sobre Luis Lucia, Vicent COMES: *En el filo de la navaja. Bio-*

tradicionalistas, pero su tradicionalismo les llevó a situaciones muy diferentes en relación con el primer franquismo. Los hechos desmienten, en ocasiones, otros parentescos ideológicos —como advierte Marc Angenot en el caso de Vichy—²⁴.

¿Y el de Fal Conde? ¿Cómo fue el tradicionalismo de Fal Conde? De los mencionados, compartió partido con Rodezno, pero no creencias. Y proyectos, con el cardenal, pero no, objetivos últimos. Con el resto, nada compartió en apariencia. En cambio, José Antonio decía de ellos, de los carlistas de Fal: «Hay un grupo, que es el tradicionalista, que tiene positiva savia española y una tradición guerrera auténtica», lo que le acercaba al falangismo. Y, ya en 1963, en Montejurra, el joseantoniano Blas Piñar emocionaba a Manuel Fal Conde que escribía del falangista: «pensar así, sentir así, y expresarse así, es ser carlista»²⁵. Fal Conde combatió toda su vida lo que él llamaba el “totalitarismo” de la Falange. Sin embargo, ¿qué era eso que vinculaba a Fal y José Antonio?

Cuando Mola piensa en unas milicias que puedan acompañar una intentona militar, piensa en carlistas y falangistas, en ese orden y sin dudarlos. Sólo podía contar con ellos y debió hacerlo (tras la experiencia primorriverista y la sanjurjada). Fal y José Antonio, ambos, supieron que el Ejército debía insertarse en su proyecto. Aquel nuevo régimen debía mirarse en Europa (decía el escéptico y racionalista Mola) y ser soportado por una idea regeneradora. ¿Era este papel e ideal lo que compartieron Fal y José Antonio? El escritor Peter Ryley en un comentario a *Against the Modern World*, de Mark Sedgwick dice: «las utopías más seductoras y represivas no son las que ofrecen una audaz visión de un futuro rehecho, sino las que buscan imponer un pasado ficticio sobre un presente reticente». Tal vez²⁶.

Fal nació en Higuera, Huelva, como Manuel José a fines del XIX, en la Sierra de Aracena. Su padre, Juan Fal, pasaba consulta como médico (oculista) y era un pequeño industrial del corcho. Fue alcalde de la localidad.

Pepe (de Manuel José) y sus hermanos cursaron estudios en un colegio de los Jesuitas en Villafranca de los Barros, Badajoz. Marchó a estudiar Derecho a Sevilla; y de allí, a Madrid, donde se doctoró en 1917²⁷. Al año siguiente, con 24 años, se colegiaba en la capital andaluza. Com-

grafía política de Luis Lucía Lucía (1888-1943), Madrid 2002. Calvo Sotelo y Herrera Oria, Julio GIL PECHARROMÁN: *Conservadores subversivos: la derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, EUDEMA, 1994. El cardenal Segura, Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ, *Los papeles perdidos del Cardenal Segura, 1880-1957*, Pamplona, EUNSA, 2004, véase p.ej. los motivos de su enfrentamiento con Franco en 1953 en p. 734-735. José Antonio PRIMO: «Al volver», *La Nación*, 23 de octubre de 1933 (en *OO.CC.*).

²⁴ cf. Marc ANGENOT: «L'immunité de la France envers le fascisme: un demi-siècle de polémiques historiques», *Études françaises*, 47 :1 (2011), pp. 15-42.

²⁵ Declaraciones de José Antonio en *Ahora*, 16 de febrero 1934 (*OO.CC.*). Recogido por Blas PIÑAR LÓPEZ *La pura verdad*, Madrid, Fuerza Nueva, 2002, pp. 75-76 (cit. en http://www.wikivisually.com/lang-es/wiki/Blas_Piñar).

²⁶ Primo y Sanjurjo, en Raúl MORODO: *op. cit.* Peter RYLEY: Reseña en *Democratiya* 7, 2006, p. 138, *An against the Modern World*, de Mark Sedgwick.

²⁷ Son VILLARÍN Y WILLY [Joaquín Valdés y Guillermo Poole]: *El Secretario de S.M.*, Sevilla, E. Católica Española, 1975 (versión reducida de la de 1935) quienes dan la fecha de 1917. Sin embargo, según WorldCat, <http://www.worldcat.org/>, hay un registro de 1919, Manuel Fal Conde, *Introducción doctrinal a*

paginaba este trabajo con clases de Derecho Procesal en la Universidad de Sevilla, y de historia en el Colegio de Villasís de los PP. Jesuitas. En Villafranca había entrado en contacto con el Padre de la Torre y con el conocido apologeta Gabino Márquez, autor de numerosos trabajos de derecho y filosofía (de matriz germánica). El padre Gabino era un activo agitador (el historiador Jesús Pabón, diputado de la CEDA, siendo alumno de jesuitas en Puerto, tomaba parte en uno de sus mítines católicos), cursillista, divulgador del catecismo (*Explicación literal del catecismo Ripalda*, 1928) y colaborador del cardenal Gomá tras 1936. Fal mantuvo ese contacto personal, con numerosas confidencias y consultas intelectuales, hasta su fallecimiento en 1954. El mundo de los apologetas católicos que estaba íntimamente asociados a la actividad política (como sucedía en Austria o en sur de Alemania)²⁸.

Ya durante el bachillerato en Villafranca acudió a una Academia de Apologética del padre Márquez. Y en quinto curso, disertaba ya sobre ello. En Villafranca conoció también —y admiró— a Manuel Senante, otra lealtad de vida e importantísima para Fal.

Los colegios jesuitas por su parte, siguiendo las propuestas pedagógicas de los padres Venancio Minteguiaga y Pablo Villada, habituales de *Razón y Fe*, se ocupaban de la preparación de una nueva élite católica española (como después la ACNP y el Opus Dei) por la vía de la profesionalización y la práctica sistemática de ejercicios espirituales. Buscaban el activismo social del católico militante. «Que quieren que vayamos al circo —por la política callejera— como cuando los Romanos, iremos» decía el estudiante de derecho, luego diputado por CEDA y del entorno formativo de Fal, José Luis Illanes, en un mitin en 1912. Así es como se emparentaban con Acción Católica y con los Propagandistas (ANJP, luego ACNP), fundada precisamente por el padre Ángel Ayala, SJ. Coligaban íntimamente la religión y la actividad política (para que las «iglesias no se conviertan en cenizas»). «Los jesuitas se constituye(ro)n —dice José Antonio Zamora— en extraordinarios agentes de movilización, influyendo en la sociedad a través de sus alumnos, gracias a la eficacia del método pedagógico»²⁹.

Y, entre ellos, Pepe Fal Conde. Ésta fue la formación y la disposición vital con la que Fal Conde comenzó su actividad en Sevilla.

un estudio sobre los procedimientos Canónicos y Civiles en sus conflictos jurisdiccionales, Tesis doctoral inédita de la Universidad de Madrid, Facultad de Derecho, leída en 1919.

²⁸ Abúndate correspondencia de Fal Conde con el padre Gabino Márquez en AFC. Por lo demás, VILLARÍN Y WILLY, *op. cit.* (completada aquí con *In Memoriam. Manuel Fal Conde*, Sevilla, E. Católica Española, 1978, basada en el anterior libro), pp. 9-12; sobre Márquez, Gonzalo DÍAZ DÍAZ: *Hombres documentos de la filosofía española. M-N-Ñ*, tomo V, Madrid, CSIC, 1995, pp. 216-217; Bernardo RODRÍGUEZ CAPARRINI: «Jesús Pabón, historiador», *Diario de Cádiz* 02 de julio de 2012; Jesús PABÓN: «Del Deán López Cepero: Apunte autógrafa y autobiográfico», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXI:3 (1974); José ANDRÉS-GALLEGO y Antón M. PAZOS (eds.): *Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil*, Madrid, CSIC, 2002-2009, 12 vols., *passim*.

²⁹ José Antonio ZAMORA: «Educación jesuita para la excelencia y el liderazgo. una experiencia concreta (1864-1924)», *Aula de Encuentro* XVII-16, vol. 1; la cita en la p. 159. También, Enrique LULL MARTI: *Jesuitas y pedagogía*, Madrid, UPCO, 1997, y Bernardo RODRÍGUEZ CAPARRINI: «El colegio de San Luis Gonzaga de la Compañía de Jesús en El Puerto de Santa María: Un recorrido histórico-literario (1875-1924)», *Pliegos de la Academia*, 10 (2006).

Al llegar a Sevilla, a la Facultad de Derecho, Fal se relacionó con el pensador carlista Manuel Sánchez de Castro, abogado y catedrático de Historia y Derecho Procesal de la Universidad sevillana. Él fue uno de los fundadores de la Liga Católica de Sevilla en la que se inscribiría gran número de profesores y alumnos de la Facultad. Entre los estudiantes fue impulsada la Asociación Escolar Sevillana (1912), que en 1914 la presidía ya Manuel Fal Conde. Publicarían la revista *Alma Mater*, en la que colaboraron el profesor de Derecho Canónico José M^a Campos y alumnos como Benito Pabón, hermano del historiador Jesús, Manuel Beca Mateos y Manuel Giménez Fernández —estos dos, futuros cedistas—. Giménez Fernández sería concejal en 1922 con su amigo José Luis Illanes del Río. Luego llegaría al parlamento —con Jesús Pabón—. En el Colegio Villasís estudió buena parte de los jóvenes de la élite sevillana. Fue, como buena parte los jóvenes de su círculo, miembro de los Luises, impartió clases en el Patronato para Obreros, obra de los jesuitas y fue miembro de la Hermandad de la Sagrada Familia —lo que le permitía un trato frecuente y fluido con la jerarquía eclesiástica y el cardenal Illundáin, y luego con Segura—. Su actividad se multiplicó. En 1924, en compañía de su primo Rafael Lancha Fal, del andalucista José Andrés Vázquez, el médico de Alájar y otras personalidades (y el patrocinio de los Marqueses de Aracena) idearon y promovieron la Romería de la Peña de la Reina de los Ángeles. Continuó colaborando en distintas obras apostólicas, dirigió el Patronato para Obreros. Colaboró intensamente con los Padres Franciscanos, con quienes mantendría una estrecha y larga relación, con las Hermanas de la Cruz en la que adquirió Carta de Hermandad, etc.

Profesionalmente, además de un negocio de automóviles en un principio, sus clases de derecho en la Universidad y el Colegio Villasís, comenzó a trabajar en el bufete de Enrique Porras como pasante en 1918, conocido abogado sevillano. Y a su muerte, abrió su propio bufete en la calle José Gestoso, 22, junto al domicilio de su primo, Rafael Fal. La familia, siempre la familia.

... prolongación de la religión por otros medios

Contra lo que suele decirse (que Fal, llamado por Manuel Senante, asoma a la política *tan sólo* con la República), la estructura de pensamiento y la personalidad política Manuel Fal ya se había formado, como se ve por lo dicho, antes incluso de la Dictadura de Primo.

La política para aquellos jóvenes, en un mundo que se secularizaba, era la prolongación de la religión por otros medios³⁰. Se aferraban a la seductora utopía de un pasado ficticio, ultracatólico y armonioso, que no era recuperación de un pasado más bien prosaico, sino realización de un ideal intuido.

Hombres cabales, de ideales, de muy arraigadas creencias (Dios y España) como era Fal, parte del público llamado «selecto», vivían esa experiencia como una perentoria demanda de acción. Cuando Fal aceptó el ingreso en el partido (la refundación de la Comunión Integrista-

³⁰ En 1919 Fal Conde solicitaba su ingreso en Compañía de Jesús (Leandro ÁLVAREZ REY: *La Derecha en la II República: Sevilla, 1931-1936*, Sevilla, SPU Sevilla, SP E. Ay. de Sevilla, 1993, p. 135-136). Sin embargo, no lo hace. Pero su apostolado no cambió.

Tradicionalista en 1930), lo hacía para prolongar sus profundas convicciones amenazadas por la modernidad republicana³¹.

Habían sido jóvenes formados en lecturas religiosas, apocalípticas de mística y de historia de España. Jaime Balmes era lectura obligada —quizá *El Criterio* (1845), y, para los muy iniciados, el *Curso de Filosofía elemental* (1849)—. Sobre Balmes precisamente se celebró un Congreso en Vich con motivo del centenario de su nacimiento, 1910, que fue publicado en dos tomos—. Las lecturas se ampliaban con autores como Joaquín Roca i Cornet (1804-1873), Juan Donoso Cortés (1809-1853), por descontado, Ceferino González (1831-1894), Joaquín Rubió y Ors (1817-1899), José María Quadrado (1819-1896), Antonio Aparisi y Guijarro (1815-1872), José Selgas (1822-1882), Juan Manuel Ortí y Lara (1826-1904), Francisco Javier Caminero (1830-1885), Ramiro Fernández Valbuena (1848-1922), el constantemente citado Juan Vázquez Mella (1861-1928), y otros coetáneos de ellos: Zacarías García Villada (1879-1936), jesuita, eminente medievalista (paseado luego, en 1936, en la carretera de Vicálvaro), Manuel Suirot (1872-1940), Constantino Bayle (1882-1953), Ramiro de Maeztu (1874-1936; también paseado) y su *Defensa de la Hispanidad*, Graciano Martínez (1869-1925), Francisco Marín Sola (1873-1932), Ángel Amor Ruibal (1869-1930), o revistas como *Razón y Fe*, *Ciencia Tomista*, *El Mensajero*, *La Ciudad de Dios*, etc. Los recoge en un breviario apasionado dirigido a los jóvenes de Acción Católica el padre Rafael García García de Castro (1895-1974), catedrático de Derecho Natural y de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas, y, desde 1926 en Granada, donde fue uno de los fundadores del periódico *Ideal* (1932). El padre García de Castro presentaba a este grupo de escritores en 1935 como los auténticos defensores de España. Compartía especialmente la opinión de Manuel Bueno (periodista de *ABC* de Madrid) que consideraba que «caminan en la vanguardia del saber [científico, y] ... recogen con avidez todas las palpitaciones del pensamiento contemporáneo». Terminaba su alegato animando a los jóvenes a tomar parte en la empresa titánica de la recreación de la España católica. «La juventud estudiantil se equivocaría de todo en todo —decía—, si se detuviese en las cisternas rotas y pedregosas [del intelectualismo laico] y no acudiese a la roca viva donde salta bullente y espumoso el raudal de la verdad»³².

Esa visión actualizada por el positivismo era la que había catalizado Marcelino Menéndez Pelayo —también en García de Castro— por ser el más influyente de los escritores del grupo. Y de él, su *Historia de los heterodoxos españoles* (de la que Jorge Vigón editó un breviario con el título de *Historia de España*), donde se establecía la que iba a ser historia canónica de España

³¹ Puede seguirse en Leandro ÁLVAREZ REY: (*La Derecha en ...*, p. 134-135). Sobre la pretendida influencia del cardenal Segura en Fal, Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ: «El jacobinismo antirrepublicano de Manuel Fal Conde y del cardenal Segura», en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA GARCIA (dir.): *Nuevos estudios sobre la Cultura Política en la II República Española 1931-1936*, Madrid, E. Dykinson, 2012. No fue así: Fal se había movilizado ya y su contacto era Senante. Ver también Julio de la CUEVA MERINO, «Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923», *Historia y política*, 3 (2000), catolicismo militante esos años, aunque no desde la perspectiva del modernismo sino desde la defensa del universo eclesiástico y del antiliberalismo.

³² Rafael G. GARCÍA DE CASTRO: *Los apologistas españoles, 1830-1930*, Madrid. Ediciones FAX, 1935; cit. en pp. 8 y 235-236.

durante todo el franquismo: cristianizada por Santiago ya en el siglo I, etc., que no repetiré aquí por conocida. Él era quien, apelando a San Agustín, al Siglo de Oro español y a Jacques-Bénigne Bossuet, defendía la *ley moral* de la historia: el «*pecado original* como fuente del desorden en el universo... y el *pecado social* como explicación del menoscabo y ruina de los Estados», castigo divino —como sostenían los autores del XVII español— que debía ser purgado. «¿Qué se deduce de esta historia?» se preguntaba en el «Epílogo» a su obra. «Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación... Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime, sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones, sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social... Esta unidad se la dio a España el cristianismo». Marcelino, roca firme y viva del patriotismo, advertía sobre las causas de la catástrofe revolucionaria y la decadencia de la modernidad (irreligión y ausencia de tradición; blasfemia y ateísmo). Sugería volver, como los teutones y los italianos, al nervio de la nación para su *renacimiento*. Ahí había un ideal de nación que seducía fuertemente a aquellas generaciones. «¡Dichosa edad aquella, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera...» a lo que Vigón, en aquellos tiempos beligerantes de la República, añadió un pasaje obtenido de los *Ensayos de crítica filosófica*, un contexto muy diferente: «Un rayo de luz ha brillado en medio de estas tinieblas, y los más próximos al desaliento hemos sentido renacer nuestros bríos...». Ante un presente desgarrado por la blasfemia, el ateísmo y la secularización, el pasado aparecía como «lo firme y conocido». Lecturas melancólicas, tristes, de dudas y llanto como *Pepita Jiménez* de Juan Valera (1877); la pesadumbre y los remordimientos del jesuita Julio Alarcón Meléndez (1865). O el crucifijo, *símbolo de nuestra Redención*, arrastrado por los estudiantes en L'École Polytechnique de Paris de su *La Europa salvaje: exploraciones al interior de la misma* (1894). Las mezquindades de *Pequeñeces* (Luis Coloma, 1891), un mundo sórdido que se resquebrajaba, el pasado, así narrado por Menéndez Pelayo, animado por un exacerbado nacionalismo recorrido por el nervio de vida, se convirtió en una renovada y poderosa esperanza, que tentó vigorosamente con la promesa de un cálido y seguro porvenir: la nueva España católica³³.

Menéndez Pelayo, receptor privilegiado de la tradición católica europea, de esmerada formación clásica y un nacionalismo por momentos iracundo; con un estilo directo, erudito a veces, pero brusco y explícito en otras, entusiasmaba a aquellos jóvenes católicos inconformistas del momento... De ahí la edición reducida y divulgativa, para el consumo masivo hecha por el miembro *Acción Española* y capitán en la reserva, Jorge Vigón³⁴.

³³ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 tomos, Madrid, E. Católica, 1978 (1880-1882), *cit.* Tomo III, pp. 1036-1038; «Ensayos de crítica filosófica», *Primer Congreso Católico*. Madrid Tipografía de los Huérfanos, 1889; *Historia de España. Seleccionada en la obra del Maestro*. «Prólogo» y composición, Jorge VIGÓN, Madrid, Gráfica Universal, 1934, p. 358.

³⁴ Véase la crudeza con que relata el asesinato en 1822 de 16 jesuitas: MENÉNDEZ PELAYO: *op. cit.* pp. (2809-2810). V. Marta M. CAMPOMAR: *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los hetero-*

El confidente de Fal, padre Gabino Márquez, sostenía que, si los republicanos ganaban, «los diputados serán malos y las leyes perversas; y de gobiernos creados y sostenidos por tales mayorías no se puede racionalmente esperar que procuren el bien de España, ni mucho menos el de la Iglesia.» Iglesia y España eran los bienes superiores, trascendentes que debían preservarse de la amenaza diabólica de los tiempos. Era lo que repetía machaconamente la apologética: ni del bien común ni de las condiciones de vida o la perfección de las gentes tomaba derecho (*Ius suum*) la comunidad política; su legitimidad provenía tan sólo de Dios y de la Patria (una propuesta bien alejada de la trinitaria de San Agustín, el sacerdote como *quirit* romano ... lo que más adelante enfrentaría a los carlistas con falangistas y con Franco). El padre Gabino soportaba su discurso con citas de autoridad de la apologética austríaca, italiana y de los jesuitas (Hieronimus Noldin, Pablo Villada, Edward Génicot, Gennaro Buceroni, August Lehmkuhl). Más explícito, el padre Aniceto de Castro Albarrán, sostenía en 1934 que la «resistencia a la tiranía ... puede ser ... virtud cristiana. [Y]... que la legítima rebeldía es virtud española... La historia española es una perpetua guerra de *independencia*. [El padre Frederick William] Fáber nos ha llamado «*el país de la eterna cruzada*». Cruzada religiosa y cruzada, al mismo tiempo, civil y política». Se discute cuándo comenzó a emplearse la palabra «cruzada» para la guerra española: el término estaba en el ambiente en los años de la República³⁵.

Aunque, ya en abril de 1932, tras una conferencia en Valencia, antes de la Sanjurjada, por tanto, Manuel Senante, padrino político y amigo de Fal Conde, había publicado un denso opúsculo «sobre la licitud de la resistencia a los poderes ilegítimos y de hecho». En la conferencia sostuvo el programa pleno que el carlismo de Fal Conde trató de llevar adelante hasta que estalló la Guerra (y aún en ella). Decía: «y como los momentos actuales son de gravedad extraordinaria... más que nunca hace falta que vayamos a aquel campo desde el cual únicamente se puede lograr la restauración de España, porque si no actuamos intensamente, diariamente, valerosamente, heroicamente si es preciso, en política, no repararemos estos males, ... (Muy bien. Aplausos.) Y, claro está, a esa política, a la cual invito a todos, hemos de ir con gran desinterés, con espíritu de sacrificio, porque si alguno piensa ir a ella a buscar lucimientos personales o el medro de sus propósitos... que no venga: ese no es digno de venir con nosotros. (Grandes aplausos.) ... El partido tradicionalista, en verdad, no es un partido, porque si nosotros llegáramos a triunfar, ... procuraremos que España sea una nación sin partidos de ninguna clase, unidos todos por el mismo amor, por el mismo deseo, por los mismos propósitos y por los mismos ideales. (Muy bien. Aplausos.) Pero para llegar a esto es preciso actuar con una gran organización ... Y pregunto: ¿Cómo es más práctico actuar en política? ¿Fortaleciendo este gran partido nuestro, que es el partido de la tradición, ..., o constituyendo esos conglomerados, esas agrupaciones, esas coaliciones a las que van gentes de todas procedencias...?» Aquel tipo de mensaje venía emitiendo abiertamente Senante

doxos españoles, Santander, Asociación MP, 1983. Antonio SANTOVEÑA, *Menéndez Pelayo y las derechas españolas*, Santander, Ayuntamiento, 1994.

³⁵ Ver lo dicho en la nota 12. Padre Gabino MÁRQUEZ, S.J.: *Errores modernos. Expuestos y refutados*, Jerez, 1917, pp. 103-111. Las alusiones a la *cruzada* en A[niceto] de CASTRO ALBARRÁN: *El derecho a la rebeldía*, Madrid, Gráfica Universal, 1934, p. 423.

desde la instauración de la República (p.ej. en diciembre de 1931 en conferencia dada en Lérida). Recuperar España, esa gran comunidad católica unida por lazos de amor (en la ciencia política católica desde el XVII prevaleció ese componente frente al amor *más temor* maquiavélicos) donde desaparecerán los males que hoy nos acechan. Y hacerlo a través de la Comunión, que no es tanto un partido como el embrión de la sociedad hermanada futura; hacerlo con esfuerzo, sacrificio, hasta con un sacrificio heroico, pues ese es el camino para reconciliarse con Dios. No con “esas coaliciones” como CEDA, pues estimaba desubicado y anacrónico apelar a la Carta-Encíclica papal enviada a los obispos franceses en febrero de 1892 («¿Pero el Papa habló a España? No; a Francia. ¿Y cuándo? ¿Ahora? No. El año 1892, hace cuarenta años») recomendándoles una política de *ralliement* (de la que Herrera Oria y CEDA derivaban su *accidentalismo*). Senante, con una cabriola retórica, apelaba a los doctores del XIII y el XVI, al *Mirari Vos* (1832) y al *Syllabus* (1864). La conferencia terminaba entre grandes aplausos. Todo se “compraba” por parte de un público airado y envalentonado³⁶.

Habría que reconstruir más detalladamente los contornos del pensamiento e imágenes en que se formaron aquellos jóvenes inmersos en una Cultura del Pesimismo (*Kultur pessimismus* decían los germanos), la del catolicismo militante, revistas como *La Avalancha*, *Luz Católica*, *Idearium*, *Razón y Fe*, *Las Damas Catequistas y sus Centros Obreros* y tantas otras, o libros como *El hebreo de Verona*, *El Solitario del Monte Carmelo, episodio de los primeros tiempos del Cristianismo* para entender el modo en que reaccionaban ante un mundo que surgía amenazante ante ellos (como lo han hecho Marta Campomar y Antonio Santoveña, y en el que incursionó tentativamente Alfonso Botti; o lo vienen haciendo historiadores austríacos y alemanes con su pasado religioso; o los alemanes con su propia tradición, su *Völkisch*, los rumanos con los *haiduci*, o italianos, sus *avanguardie*). Habría que hacerlo, para recomponer otro de los arroyos que desembocaron en el sincretismo ideológico del régimen autoritario español³⁷.

Fal, hombre sobrio, formado y de carácter, observaba con gran quebranto (nada fingido) lo que él estimaba era la tremenda degradación de la sociedad surgida a raíz de la secularización del XIX. Dondequiera que mirara, solo veía corrupción de costumbres, blasfemia y laicismo perturbador, en lugar de cualquier “resurrección” purificadora con la que había fantaseado para Es-

³⁶ Manuel SENANTE: *Verdadera doctrina sobre acatamiento, obediencia y adhesión a los poderes constituidos, y sobre la ilicitud de la resistencia a los poderes ilegítimos y de hecho La política tradicionalista*, Madrid, Imprenta de José Murillo, 1932; la cita en las pp. 9-11; *El Siglo Futuro*, 23 de diciembre de 1931 (primera plana); «La presunta obligación de adherirse al Poder constituido», en *El Tradicionalismo Español: Su ideario, su historia, sus hombres*, San Sebastián, Ed. Católica Guipuzcoana, 1934.

³⁷ Marta M. CAMPOMAR: *op. cit.*; Antonio SANTOVEÑA, *op. cit.*; Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero*, y «Algo más sobre el nacionalcatolicismo», en Julio de la CUEVA MERINO, Ángel Luis LÓPEZ VILLAVARDE (coord.), *Clericalismo y asociacionismo católico en España, de la Restauración a la Transición*, Cuenca, EU Castilla-La Mancha, 2005, pp. 195-211. George L. MOSSE: *The crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1970 (1966), especialmente, la I Parte, «The Ideological Foundations», pp. 13-145. Jost HERMAND: *Old Dreams of a New Reich: Volkish Utopias and National Socialism*, Indiana UP, 1992. Walter L. ADAMSON: *Avant-Garde ... Cristian SANDACHE: Doctrina național-creștină în România*, Bucarest, Paideia Științe, 1997 (cit. in SANDU: *Un fascisme roumain...*).

pañña en su juventud de activista en la Sevilla universitaria. Así, en el primer número de *El Observador* (nueva época en Sevilla; periódico que editaría él mismo como veremos) escribía: «Cuando se están riñendo *las más duras batallas* contra la Religión y la paz social, atacada la Iglesia en su sagrada independencia combatidos sus imprescindibles derechos, negada la inmunidad de los obispos, aparece EL OBSERVADOR pidiendo un puesto de filas y en vanguardia de los *aguerridos ejércitos de la Cruz*... Nacidos en el fragor de las *contiendas*, sólo aspiramos a permanecer en ellas firmes en la defensa de la Religión y de la Patria...». Era junio de 1931, la República que anunciaba calamidades, se había instalado en abril, y en mayo se habían producido las quemadas de iglesias que confirmaban los malos presagios. El primado del Toledo había sido expulsado (y pronto sería disuelta la Compañía de Jesús, de cuyo colegio se hizo cargo con otros). La virulencia pública con la que se expresaba Senante aún no se había producido. Pero ya el léxico de Fal, un hombre formado de treinta y siete años, casado, con tres hijos, negocio y despacho abierto, era el del padre Gabino Márquez y la apologética, el de Menéndez Pelayo y Manuel Senante: Dios, Patria y respuesta inmediata, en vanguardia con los aguerridos ejércitos de la Cruz³⁸.

Había cierto magma cultural católico en el sur de Alemania (Baden-Wurtemberg, Baviera, Schwaben), católicos romanos enfrentados a los católicos antiguos; en Austria, los llamados *ultramontanos*, a quienes he hecho ya referencia (Clemens Maria Hofbauer y demás; abalados, según algunos, por el corporativismo que se defendía en el *Quadragesimo Anno* del papa Pío XI), reactivos frente al socialismo asociado a Prusia y la modernidad dominante (y en el que creció y consolidó la primera filosofía “práctica” de Heidegger), muy arraigada entre las comunidades jesuitas del lugar, que radicalizó al catolicismo hasta dar paso a formas políticas social-católicas (como la de Karl Lueger que dio paso a Dollfuss), un tipo de catolicismo similar al español³⁹. Un fenómeno a estudiar en el contexto de estas dictaduras radicales, pues pudo ser un fenómeno que recorriera Europa. También, España. Y Fal Conde pertenecía a ese colectivo de élites católicas, profesionalmente modernas y formadas en un pensamiento sin secularizar que acompañó aquel radicalismo.

Cuando los carlistas llegan del sur

Ha solido subrayarse —en exceso a mi entender— la condición familiar-local del carlismo. Sin negar esa explicación —que he podido constatar numerosas veces—, entre muchos jóvenes de la época las cosas sucedieron de otro modo. El carlismo fue para ellos un modo de rebeldía y contestación —no muy diferente al que pudo ser el falangismo—; un modo de *épater le bourgeois*, como aquel ‘Jean des Esseintes’ de *À rebours* (o *A contrapelo*, J.-K. Huysmans, *À rebours*, de 1884), antihéroe que odiaba el utilitarismo del siglo XIX y a quien los jesuitas del colegio veían como un chico de «inteligencia despierta pero indócil». Era la versión nihilista... pero no se olvide que

³⁸ *El Observador*, 21 de junio de 1931 (Año I, N° 1), en AFC: 328.

³⁹ Alfred DIAMANT: *op. cit.*; Robert A. KRIEG: *op. cit.*; Robert P. ERICKSEN, *op. cit.*

Huysmans recuperó más adelante un catolicismo místico y feroz. Los tiempos eran hostiles, pero ellos se veían alumbrando uno radicalmente nuevo y puro —digno de sacrificio, ... propio o ajeno—. Sucedió en Pamplona con Jaime del Burgo o Mario Ozcoidi (y su correspondencia de cárcel, digna de un místico como el rumano Corneliu Codreanu), la *a.e.t.* y el requeté local (que recibió con entusiasmo en 1934 el ascenso de Fal)⁴⁰.

Pero tal vez de un modo más sutil en Sevilla. Así, Manuel Giménez Fernández, luego, ministro de agricultura cedista (1935), joven sevillano del entorno de Fal (ver *supra*), opositor discreto del franquismo y reconocido jurista, confesaba en 1966 su *juvenil* identificación con el carlismo como una fiebre adolescente: «yo fui carlista, *actitud de protesta frente al orden establecido*, [...] desde los 15 a los 18 años» (ver *supra*). Jóvenes católicos radicalizados tras la Dictadura de Primo y la supuesta claudicación de los políticos ante la nueva República. Lo hemos señalado arriaba: alumnos de los jesuitas, doctores por la Complutense, profesores de derecho canónico de la Hispalense, ... se socializaban en cierta rebeldía piadosa y descarada ante lo establecido⁴¹.

Podría decirse —y valdría igualmente para Valencia, ciertos ambientes de Bilbao, Madrid, Barcelona, Zaragoza, etc.—, que, como el clima *Völkisch* de Múnich (I. Kershaw) o la vanguardia de Florencia (W. Adamson), había en la España de la época cierta cultura y tradición asociativa católico-apologeta, círculos de sociabilidad, que propiciaba la aparición de discursos radicales de transformación y redención provenientes del catolicismo militante⁴².

El caso cierto es que, gracias a la iniciativa de los integristas, inquietos ya con la caída de Primo de Rivera, había Juntas de la Comunión Tradicionalista-Integrista en buena parte de las capitales andaluzas ya en abril de 1930 (cuando el acto oficial de unificación no se produjo en el frontón Euskal-Jai de Pamplona el 11 de enero de 1932, casi dos años después). Al frente de aquella operación se situaron —no sin resistencia en el caso de Fal— un grupo de jóvenes encabezados por Manuel Fal Conde (Francisco Ayala y Más, Marcelino Agea Lama, Francisco López de Meneles, Enrique Valdenebro, Guillermo Poole, etc.). No era tan sólo «savia nueva» para el carlismo. Vendrían a comprometerlo con los tiempos, a hacer que el carlismo jugara un papel en Es-

⁴⁰ Esto pude verlo en Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 276-290.

⁴¹ Para el discurso católico radical, acorde con el papa Pío XI, ver Josep María MARGENAT: *El factor católico en la construcción del consenso del nuevo Estado franquista (1936-1937)*, Tesis doctoral, UCM Madrid 1991; ya SHLOMO BEN-AMI lo veía así en 1978; también Santos JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 275 y ss. Lo de Giménez Fernández en «Gente que cuenta. Manuel Giménez Fernández», entrevistado por E. MANZANO TORRES: *El Pensamiento Navarro*, 21 de agosto de 1966. También, José CALVO GONZÁLEZ: «Giménez Fernández y el regionalismo andaluz de los años 30», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 4 (1987), p. 95; Alberto CARRILLO-LINARES: *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965 - 1977)*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2008, pp. 33 y ss. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «La violencia y sus discursos: los límites de la «fascistización» de la derecha española durante el régimen de la Segunda República», *Ayer*, 71 (2008), p. 99, comparte de algún modo esta visión.

⁴² Precisamente de Valencia (Rafael Calvo Serer), Onésimo DÍAZ: «La vida de un joven monárquico en la zona republicana: Rafael Calvo Serer» (Universidad de Navarra. Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei).

pañá, que fuera jugaron otras organizaciones. No va a haber ocasión de desarrollarlo aquí es sus detalles, pero desde Sevilla se gestó una gran operación que abarcó toda España y supuso el germen de un *partido milicia* (pueden verse algunos detalles en la monografía de Leandro Álvarez Rey sobre Sevilla). Fuerte estructura organizativa (militarizada), apertura de sedes, importante red de periódicos entre Sevilla, Cádiz, Jerez de la Frontera, Jaén y Almería, constante realización de mítines (despliegue propagandístico), instrucción militar (cerrada y abierta) y acciones en las calles y los pueblos, paradas militares, grandes concentraciones (con servicio de orden) en plazas de toros, sedes y grandes locales; y alguna gran concentración en con parada militar, avionetas, misa solemne, becerradas, etc. como la celebrada en El Quintillo en 1934⁴³.

Se habló de sufrimiento, sangre y guerra desde el principio; de pureza y martirio, una combinación reiterada y que tanto sufrimiento produjo ese siglo en toda Europa. «No es momento propicio para flores —decía Fal Conde en el primer mitin celebrado en Sevilla tras la Sanjurjada; abril de 1933—. El tributo que desde aquí podemos rendir a la Inmaculada Virgen del Pilar, son esas boinas blancas, que parecen simbolizar la *pureza* de la mujer sevillana, y esas boinas rojas ... de las que dijo Lamamié que eran como un recuerdo de la sangre vertida en la Cibeles por dos jóvenes tradicionalistas [se refiere a dos jóvenes de AET muertos en Madrid el 10 de agosto, José María Triana y Justo San Miguel]... Sean aquí esas boinas [rojas] de la Juventud como el homenaje de *vuestra sangre que estáis dispuestos a derramar para que España no se derrumbe*. (Ovación) (cursiva, JU)». En el acto masivo en Sevilla celebrado en un abarrotado local de la calle Adriano con más de 3.000 personas según la prensa, hablaron Fal, Joaquín Valdés (Juventudes), Urraca Pastor y Ginés Martínez (obrero ferroviario)⁴⁴. Sangre derramada no hacía tanto por compatriotas en la Guerra del Rif (1911-1927; especialmente, 1921). Ramón J. Sender escribía sobre ella (*Imán*, 1930). «Huele a gasa fenicada [antiguo antiséptico]. Guerreras desgarradas y sangre en... los vendajes. Aquél blasfema al ladear la camilla, y éste que lleva un “tiro de suerte” [lo que le permitía volver a casa], ríe al pasar y guiña un ojo... En la baca del autobús se apilan los cadáveres mal cubiertos con una lona impermeable. Oficiales, casi niños, y soldados. Sangre roja en menudos arroyuelos, ventanillas abajo». No hacía doce años de aquello: el desastre de Annual... Pero la matanza de Casas Viejas —«obra de Azaña», se decía— había sucedido apenas un mes antes. (En Benalup, que Fal y Clairac visitaron pocos días antes, en enero, con los hechos recientes, dejando un donativo para las familias). Las palabras de Fal hablaban a hombres y jóvenes sabedores de lo que era sangre y sufrimiento⁴⁵.

⁴³ Puede seguirse todo esto en Leandro ÁLVAREZ REY: «El carlismo en Andalucía durante la IIª República (1931-1936)», en Alfonso BRAOJOS, Leandro ÁLVAREZ REY, Francisco ESPINOSA, *Sevilla, 36: Sublevación fascista y represión*, Sevilla, Muñoz Moya y Monraveta Eds., 1990; del mismo *La Derecha en ...*; VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.* También, el muy poco fiable Ricardo MARTÍNEZ DE SALAZAR, *Manuel J. Fal Conde. La política como servicio de Dios y España*, Cádiz, 1998. Lo de *partido milicia* en Emilio GENTILE, *Storia del partito fascista 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, Editorial Laterza, 1989.

⁴⁴ VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, p. 43. Clemente, «Última entrevista ...», p. 15.

⁴⁵ VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, pp. 41-43 y 69 n. Sobre Casas Viejas (Benalup), la dureza de las imágenes y el “proceso” a Azaña, puede verse el minucioso trabajo de Tano RAMOS: *El caso Casas Viejas. Crónica*

Y fue en Sevilla donde precisamente se materializó la Sanjurjada, un antes y un después en la trayectoria de Fal (del carlismo y de la República misma). Allí fue donde el general Sanjurjo se pronunció. El carlismo dudó ante la conspiración del general en agosto de 1932. «La intervención carlista ... fue no sólo insignificante, sino hasta menor de lo que después se ha venido diciendo», dice contundente Martin Blinkhorn. Así fue ... en parte. La dirección carlista del momento, 1932, navegaba en un ambiguo territorio entre la insurrección y la actividad parlamentaria. En realidad, la organización tuvo un comportamiento errático. En ningún momento se dieron instrucciones. Los contactos fueron más amplios de lo que se recoge. Fue contactado hasta el PNV, que mantuvo una actitud expectante (aunque lo rechazara en el momento). Los sectores más impacientes del carlismo en cambio se sumaron al pronunciamiento sobre la marcha. Blinkhorn da noticia de Jaime del Burgo (encarcelado en ese momento). El asalto a la sede del Ministerio de Guerra (donde se hallaba Azaña) y al Palacio de Comunicaciones desde la plaza Cibeles no fue cosa menor. Comparativamente, fue mucho más cruento que el 23-F y cualitativamente, mucho más peligroso. Allí murieron dos carlistas, en (diez en total), coches, civiles con armas largas, hombres armados y abatidos en el interior del Palacio, oficiales de gala llevados detenidos en camiones, ... son suficientemente expresivas de la virulencia del momento. Y de la gravedad, el control absoluto que tuvieron de Sevilla. El fracaso en Madrid de la intentona (con las autoridades ya informadas) impediría que se generalizara el golpe. El “error” fue concebir la intentona como mero *pronunciamiento* a la manera decimonónica: bando en Sevilla, otros pronunciamientos locales y control definitivo de Madrid. Los civiles, ya se irían sumando. Para el carlismo, sin embargo (cárceles compartidas, visitas y complicidades) supuso la entrada en contacto con una segunda línea de jefes del ejército (Varela, Utrilla, Rada proveniente de FE, etc.) valiosísima en el seno del ejército. La Sanjurjada fue al franquismo, lo que el *Putsch de la cervecería* al nazismo (aunque de signo contrario)⁴⁶.

Ginés Martínez Rubio, carlista, ferroviario y diputado por Sevilla en 1933, entrevistado por *El Siglo Futuro*, hablaba abiertamente de la instauración.

¿Cree usted que estas Cortes podrán hacer algo efectivo?», le preguntaba el periodista. «No creo ... Yo voy a ellas con la convicción de que éste será el último Parlamento que se elige por sufragio universal inorgánico. —¿...? —La lucha contra el marxismo, según se lleva hoy, me parece que es una profunda equivocación. El marxismo surgió como consecuencia lógica del liberalismo económico, de manera que, para acabar con el marxismo, es preciso acabar antes con las causas, o sea con el liberalismo. ... Luego, destruido el marxismo, hay que educar a las derechas de intereses [las del dinero], que a veces no han tenido más Dios ni más ley que la caja, para que los obreros, al ver defraudadas sus esperanzas, no nos vuelvan la espalda. ... —¿Cree usted que se solucio-

de una insidia (1933-1936), Barcelona, Tusquets, 2012, muy superior a la *Aldea maldita* del propio SÉNDER (autor de *Imán*, Barcelona, Destino, 1997, p. 36).

⁴⁶ Martín BLINKHORN: *Carlismo y ...*, pp. 138-140. VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, pp. 22-25. Sobre el PNV, José Luis de la GRANJA: *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 295-296, pero más en José Antonio de AGIRRE: *Entre la libertad y la revolución, 1930-1935*, Bilbao, GEU, 1976 (1935?), pp. 150-160. Los sucesos en Arrarás (*Historia de la...*, v. I, pp. 419-496).

naría la lucha de clases? —La lucha de clases terminará resucitando los antiguos gremios y aplicando las doctrinas de la Iglesia. . . practicar las doctrinas de León XIII. —¿A qué achaca usted el triunfo de los candidatos tradicionalistas por Sevilla? —Nuestro triunfo en Sevilla y en Andalucía es debido a . . . una gran corriente de simpatía al Tradicionalismo, sobre todo en la clase obrera, y a la labor de un grupo de hombres de buena voluntad, dirigidos por el infatigable Fal Conde . . .

La cita, larga, creo que resume mejor el modo de verse que el carlismo tenía en el grupo sevillano: una ideología acorde con León XIII, y ahora con *Qudaragesimo Ano* de Pío XI, radicalmente antiliberal por católica, pero propositiva, utopista. Y su configuración social no era nada *señoril*, a diferencia de FE. Si en las pasadas guerras los señores de la finca salían con “los criados”, ahora la adscripción era individual, con un orgullo nuevo obtenido de sus creencias y su compromiso⁴⁷.

Por lo demás, Fal rechazaba radicalmente la actividad parlamentaria. Por ello se dedicó en exclusiva a la labor de organizar «desde el interior» a la *nueva nación en marcha*. En esto coincidía con su correligionario Víctor Pradera quien apostaba también por la vía insurreccional. En su libro *Al servicio de la patria. Las ocasiones perdidas por la dictadura* de 1930, analizaba el golpe o pronunciamiento de Primo, las «causas del mal» que corrompía el sistema, el *sistema liberal parlamentario* en sí mismo —*que había que extirpar*, por incorregible—, y, las «Omisiones de la dictadura», y sostenía que el golpe de Estado primorriverista resultaba «necesario» según el derecho natural, que justifica tales acciones cuando la vida nacional se halla en peligro de muerte. Una tesis semejante al «estado de sitio» (*Belagerungszustandes*) de Carl Schmitt o el «derecho de rebeldía» canónico de Manuel Senante (1932) o el sacerdote Aniceto Castro Albarrán, rector de Comillas⁴⁸.

Buscad el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura

Fal Conde (como Ginés, Manuel Senante y otros) bebía doctrinalmente de un catolicismo tradicionalista apologético, radicalizado por el estado de cosas y el pensamiento de la época en el continente. Quien había llevado al pensamiento político del XX aquella idea de Balmes (dialogada con los Donoso Cortés, con Bonald o De Maistre y otros) atravesada por Menéndez Pelayo, era Vázquez de Mella. Y, tras él, por el navarro Víctor Pradera (1873-1936), que hay que entender inmerso en la cultura de occidente. Y, qué duda cabe, por la Iglesia católica, más conectada con la Iglesia mundial del tiempo de lo que suele reconocerse: un epicentro en el Vaticano, y “redes transfronterizas” de congregaciones, asociaciones y jerarquías. Pradera no es comprensible sin el

⁴⁷ AFC: 187-2. *In Memoriam. Manuel...*, p. 28. *El Siglo Futuro*, 24 de noviembre de 1933. 28. Véase cuadro sobre origen profesional de los militantes en Leandro ÁLVAREZ REY, *La Derecha en...*

⁴⁸ AFC: 176-Sevilla. Carta de Fal Conde a Fernando Contreras, 19 de octubre de 1933. MORODO: *op. cit.*, pp. 37-39, 172, 207.

cardenal Mercier o Karl Marx, a quienes estudió; sin Pío XI y León XIII o Engracio Aranzadi, Sabino Arana y Cambó, sin Rousseau o Jean Maritain, sin Gumersindo Azcárate, el conde de Romanones, Donoso Cortés o Aristóteles y Santo Tomás. Y, sobre todo, sin Charles Maurras y *Action Française*. *El Nuevo Estado*, su libro mayor, se tradujo al inglés por la editorial Sands y Co. En él Pradera citaba a G. K. Chesterton, converso del anglicanismo al catolicismo por su idea corporativa. Y, tal como el inglés descubrió lo que proponía en la Iglesia Católica, él, dice, encontró lo suyo en los Reyes Católicos. Fue amigo de Francisco Rolao Preto, integralista, como lo eran Antonio Sardinha o Hipólito Raposo, Luis Almeida, colaboradores de *Acción Española*, y Oliveira Salazar. Pradera se formó en Burdeos y desde joven quedó seducido con el corporativismo católico de La Tour du Pin. Fue suscriptor de *Action Française*. Se familiarizó con León Daudet y su padre Alphonse Daudet, con Georges Valois, declarado fascista, y su *La Nueva Economía*—que lo utilizó en su argumentación anticapitalista y anti-materialista—. Se interesó por la Croix de Feu del coronel de La Roque, el mayor partido movilizador en la “derecha” francesa—base sobre la que el Régimen de Vichy formó la Légion Française des Combattants; un coronel de La Roque con numerosos paralelismos con nuestro Fal—. También miró con mucha atención todo lo que en Austria sucedió con Karl Lueger y con Dollfuss; y al rexismo belga de Leon Degrelle, con el que le emparentaba la mutua admiración por Charles Maurras. Todos, como se ve, europeos, habitualmente católicos militantes (ligados a León XIII o Pío XI), monárquicos, partidarios del corporativismo y radicalizados en sus propuestas políticas y sociales⁴⁹.

Pues bien, en 1934, Fal Conde, ya como Secretario de la CT, formaba una comisión asesora de letrados compuesta por Víctor Pradera, Manuel Senante y Martín de Asúa y Mendía (hermano del sacerdote Pedro). En breve, diciembre de 1934, se constituyó el Consejo de Cultura Tradicionalista, de nuevo, Fal sitúa a Pradera como presidente. Un Pradera que, entre los miembros de la revista *Acción Española*, mejor había recibido el famoso *discurso del Teatro de la Comedia* de José Antonio en octubre de 1933 (con un artículo en diciembre). No voy a revisar aquí la doctrina de Pradera. Lo dicho más arriba puede servir para enmarcar su perfil (muy influenciado por las encíclicas papales de León XIII y Pío XI). Fal Conde siempre se consideró un fiel seguidor de Pradera y Vázquez de Mella, como muestran todas estas resoluciones ejecutivas que tomó⁵⁰.

⁴⁹ Sobre el coronel La Rocque y su circunstancia, Robert O. PAXTON: *La France de Vichy, 1940-1944*, Paris, Ed. du Seuil, 1997 (1973), p. 294. Detalladísimo, Jacques NOBÉCOURT: *Le colonel de La Rocque ou les pièges du nationalisme chrétien (1885-1946)*, Paris, Fayard, 1996. Sobre esto, José Luis ORELLA: *Víctor Pradera. Un católico en la vida pública de principios de siglo*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000, pp. 219-232.

⁵⁰ El artículo, Víctor PRADERA: «¿Bandera que se alza?», *Acción Española*, 43 (1933), pp. 643-651. *El Nuevo Estado*, Madrid, 1935. Lo mejor sobre Víctor Pradera sigue siendo Martin BLINKHORN: *Carlismo y...*, pp. 211-220, y algunas iluminaciones de Raúl MORODO: *op. cit., passim*. Una interesante biografía intelectual José Luis ORELLA: *Víctor Pradera...* (especialmente, para lo nuestro, pp. 135-232). Sobre su impacto en el franquismo, su discípulo Rafael GAMBRA: «Victor pradera en el pórtico doctrinal del alzamiento», *Revista de Estudios Políticos*, 192 (1973), pp. 149-163.

Iniciada la guerra, en octubre de 1936, un periodista de guerra de *La Petite Gironde* de Bayona entrevista a Fal. De nuevo, Víctor Pradera y su libro *El Estado Nuevo*: «Víctor Pradera, mártir de la Causa, fusilado en el fuerte de Guadalupe [en realidad, en el cementerio de San Sebastián]. El Carlismo quiere abolir en España la República —seguía—, protectora del comunismo y del separatismo, fuente de división y de escándalos, y *sustituirla por un Estado católico, regionalista, corporativo, antidemocrático y antiliberal*» (cursiva JU). En ello se insiste en toda la guerra. Tras su expulsión el 20 de diciembre de 1936, y su exilio en Lisboa mantiene una tensa correspondencia con el Caudillo rechazando la Unificación y por no querer formar parte del Consejo de FET. En diciembre de 1937 Fal, en carta enviada el 28 de noviembre, ya desde Sevilla, al cuartel del Generalísimo en Salamanca, que el Partido único «ahoga y desfigura las representaciones naturales de la Nación»; y recurría para sostenerlo a la autoridad intelectual de Mella y Pradera. Franco respondió áspero dando su versión de lo que Pradera y Mella querían decir (que escribían «contra el *partido político* ... liberal de pluralidad de partidos ... y que nunca podría dirigirse a nuestro sistema político que significa precisamente la superación de aquéllos en un régimen nacional de unidad»). Dos idiomas. Franco, empachado de palabras. Fal, fiel a la idea de Pradera y Mella. Hay más ejemplos así, siempre apelando ambos a Mella y Pradera⁵¹.

Firme en sus convicciones, Fal Conde, tras un arduo trabajo y diversas consultas políticas y técnicas a su equipo, presentaría en marzo de 1939 un «Bosquejo de la futura organización política española inspirada en los principios tradicionales», siempre en esta misma línea derivada de Mella y Pradera. Para esas fechas, Franco ya había optado: partido único burocratizado, máxima centralización, control en cada provincia a través de los gobernadores civiles, una secretaría nacional de confianza y la liturgia y el boato falangista, más vistoso para la potencia ascendente del momento, Alemania. El diseño, una arquitectura autoritaria eficaz, lo había hecho Serrano Suñer —dice que inspirándose en la tradición y más en Italia que Alemania—. En realidad, una dictadura férrea según el nuevo modelo europeo del “líder carismático”, la movilización de la población, etc.⁵².

En abril de 1937 aún, escribía don Javier a Fal Conde: Renunciamos a todo por la Patria y su propósito. Pero hay algo a lo que no podemos renunciar; «... un sacrificio que no puede imponérsenos y que nosotros no podríamos aceptar ... es el que renunciemos al porvenir. *No renunciamos ni renunciaremos al porvenir*» (cursiva JU). Aquél era un movimiento que, desde ese sentido de final de época que el modernismo podía representar, buscaba un nuevo renacer, un nuevo

⁵¹ El corresponsal firma R. C. S., «El carlismo en el bloque nacionalista», *La Petite Gironde*, 15 de octubre de 1936, de Bayona, recogido y traducido por Fernando Miguel NORIEGA en *Fal Conde y el Requeté juzgados por el extranjero. Crónicas de prensa*, Madrid, Ed. Católica Española, 1979 (1937), pp. 39-40. Lo de diciembre de 1936 en Jaime del BURGO: «Un episodio poco conocido de la guerra civil española La Real Academia Militar de Requetés y el destierro de Fal Conde», *Príncipe de Viana*, 196 (1992), pp. 495-494. La correspondencia Franco / Fal en AFC: 258-Conspiración (1) (2) y otras cajas.

⁵² El «Bosquejo...» en AFC: 178. Sobre estos episodios y Serrano he escrito en Javier UGARTE: «Del carlismo vasco...»

manto sagrado que les devolviera la seguridad, la confianza en el porvenir. No lo lograron en absoluto. Y la guerra y la limpieza política consiguiente no produjeron sino destrucción⁵³.

Si dos o tres se reúnen en mi nombre...

El 15 de abril de 1934 —a días de ser propuesto por Alfonso Carlos como Secretario General de toda la Comunión— se movilizó el carlismo sevillano para hacer una fiesta y una parada militar sin precedentes en el cortijo El Quintillo —lo cedía para tal fin el ganadero Anastasio Martín—. El acto se inició con una ceremonia religiosa, la entrega de un banderín, y «un espectacular desfile de casi mil requetés —cuenta el organizador militar del acto—, de ellos unos 600 totalmente uniformados, y todos los demás cubiertos con la boina roja y en perfecta formación militar, cornetas y tambores. Se desfiló (incluidas dos avionetas) bajo el estandarte del Sagrado Corazón, se pasó revista, se escucharon discursos, himnos; hubo comida campestre, Hora Santa y fiesta andaluza con becerrada incluida. Fue la puesta de largo del carlismo andaluz como *partido milicia* bien organizado. La parada la había presidido el que fuera general carlista José Díez de la Cortina, conde de la Cortina de la Mancha que decía: «Pero si yo soy de Sevilla, y aquí no había hace dos años más que dos curas carlistas... No sé si estoy soñando o si esto es realidad. Hay más carlistas hoy en esta tierra que cuando me eché al monte hace sesenta años con los criados de mi casa», cuentan Redondo y Zabala⁵⁴.

Aquella presentación significaba una nueva forma de concebir la política. La acción política debía conducirse por la vía de la organización, una buena red de prensa y la preparación de una fuerza de choque que permitiera el asalto al poder. Algunas autoridades de la Comunión preguntaban a Fal Conde si gustaba de jugar a «los soldaditos» —pregunta recurrente: se la hizo el conde de Rodezno a Jaime del Burgo a la puerta del Círculo de Pamplona, y el mariscal Pétain al coronel La Rocque tras un desfile de la Croix de Feu en París—⁵⁵.

Por lo demás, cuando el Conde de la Cortina recordaba que se echó al monte «con los criados de la casa», venía a mostrar la diferencia de los tiempos: ahora, jóvenes y gente de clase media, se sentían libres en su condición carlista; no era una revuelta de lealtades sino de voluntades libres. Equipos bien disciplinados y encuadrados, exhibición de fuerza y de medios, convicción y decisión, una doctrina y una promesa de porvenir. Si Hitler empleó una Ju-52 Tante para su campaña electoral, Fal Conde, más modesto, claro, los ponía al servicio de su vía insurreccional.

⁵³ Carta de don Javier a Fal Conde desde San Juan de Luz, 23 de abril de 1937, AFC: 274 C-2.

⁵⁴ Luis REDONDO y Juan ZAVALA, *El Requeté. (La Tradición no muere)*. Barcelona, Ed. AHR, 1957 (1954), pp. 273-274. *In Memoriam. Manuel...*, p. 32. VILLARÍN Y WILLY: *op. cit.*, pp. 71-73. *La Unión*, 16 de abril de 1934. Sobre la imagen del asalto a Madrid escribí en JAVIER UGARTE: *La nueva Covadonga...*, pp. 235-239 y 350-369.

⁵⁵ Puede seguirse esta pugna en Martin BLINKHORN: *Carlismo y...*, pp. 194-204 y ss.

Los jóvenes tuvieron su expresión en Jaime del Burgo desde Pamplona y la *a.e.t.* «La mano tendida en el Norte, en esta querida Navarra ha sido, gracias a Fal, estrechada por sobre España en tierras andaluzas, para empuñar las espadas»⁵⁶.

La vía insurreccional conllevaba una estrategia conspirativa muy bien estructurada (contactos permanentes, fuera y dentro de las instituciones), una fuerza de choque bien estructurada (de ahí la comentada recluta de los jefes militares José Varela, Ricardo Rada y Alejandro Utrilla, que con José Luis Zamanillo como Delegado Nacional, diseñaron un detallado plan de despliegue militar), la militarización de la estructura del partido (que se ensayaría en 1936 con la constitución de la Junta Nacional Carlista de Guerra en Burgos, contrapuesta —y ésta sería su debilidad— a la Junta Central de Guerra Carlista de Navarra), y grandes concentraciones de gente con consignas, liturgia y el Requeté desfilando en ellas para que ésta se templara en la idea de un golpe. Hacer un *partido milicia*⁵⁷.

Es cosa conocida que el catolicismo militante entre finales del XIX y principios del XX se “apropió” de diversas liturgias locales, tradiciones, devociones de la Península para convertirlas en actos políticos. El equipo de Fal Conde lo hizo también, y la politizó al extremo. En otro lugar he llamado *estilización* a este modo de elevar el nivel simbólico de un acto; fijar un *estilo* para expresar emociones primordiales y convertirlas en una alegoría de un todo político al que el símbolo y la liturgia remiten. Pero el término es lo de menos; importa saber de lo que hablamos⁵⁸.

El Monasterio de Santo Toribio de Liébana se encuentra a 2 km. de Potes. En su interior se encuentra la Capilla del *Lignum Crucis*, donde se custodia la mayor reliquia conservada de una astilla de la Cruz. Allí organizó José Luis Zamanillo el 15 de julio de 1934, año jubilar, una masiva concentración de la Comunión santanderina. Santo Toribio se pobló de grandes «dosis de espíritu [del que] estaban llenos los requetés de la Montaña» se dijo. Zamanillo, vería allí «un simbolismo especial en la ingente corona de montañas que circundan la villa (de Potes), que son imagen de esa tradicional corona, más grande aún que esta, que es el verdadero y más firme baluarte de los derechos de la Patria y de Dios». *El Siglo Futuro* calculó que habría unas 3.000 personas y mil requetés «perfectamente uniformados». Hubo marcha hasta el Monasterio a las órdenes del comandante Alejandro Velarde, Santa Misa, Desfile (con banda de cornetas y tambores; y arenga de Fal Conde desde lo alto de una roca) Allí, los requetés «humillaron su frente ante el *Lignum Crucis*, confesando a Dios, hacedor de la Patria» su lealtad. Después, en Potes, comida y mitin.

Fal pedagógico, como un excelente predicador, les dijo, «sólo quiero ser semilla que se eche al surco para que en él se pudra y luego germine en la hermosa amapola del triunfo. Quiero morir,

⁵⁶ *a.e.t. cit.* en REDONDO Y ZABALA, *op. cit.*, p. 274.

⁵⁷ Ver Martín BLINKHORN: *Carlismo y...*, pp. 235-347, la relación ambivalente del carlismo con los fascismos. Javier UGARTE, *La nueva Covadonga...*, pp. 49-139. El enfrentamiento JNCG y JCCGN en varios lugares. Lo traté en Javier UGARTE, «El carlismo en la Guerra del 36: la formación de un cuasi-estado nacional-corporativo y foral en la zona vasco-navarra», *Historia Contemporánea*, 38 (2009), pp. 49-87.

⁵⁸ Javier UGARTE: «Un episodio de “estilización” de la política antirrepublicana: la fiesta de San Francisco Javier de 1931 en Pamplona», en Luis CASTELLS (ed.), *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, UPV-EHU, 1999, pp. 159-182. Para lo comentado, a partir de Max Weber, ver especialmente nota 7.

pero morir en los campos de batalla o en las calles... Este es el momento del triunfo y al pensar en esto imaginad lo que será una educación cristiana, imaginad lo que será un hogar en el que presida Cristo, imaginad lo que será estar gobernados por un Insigne caudillo». Imaginad ... era su lema. Les animaba al sufrimiento, a la muerte en batalla si fuera necesario. *Adveniant Regnum Tuum*. La alegría de una vida pura. Y se adentró en el lema: Dios, Patria y Rey: «Con Dios y la Patria está el Rey, porque éste simboliza los tres postulados del lema... el puente histórico que se tiende entre los 70.000 voluntarios que lucharon en la ... pasada reconquista dando muchos de ellos su sangre y su vida por el triunfo de este lema, y estas juventudes de hoy que, o son cobardes y suicidas, o están decididas a lanzarse a las montañas. (La ovación que los concurrentes ..., es imponente.)». Es una inmensa concentración humana; coches, camiones; una gran expectación entre el público —a quienes ha señalado quién es el enemigo: la democracia y el parlamentarismo—. «Vamos a la tercera reconquista», termina. Antes, Sanganís Zamanillo, Arellano, Comín, Lamamié de Clairac y Urraca Pastor, que «con el lenguaje admirable de la mujer fuerte y cristiana», les dijo «¡Fiestas carlistas! ¡Peregrinaciones carlistas! *Benditas mil veces porque templáis el ánimo* de los que empezamos la vida y *dais esperanza* a los viejos en la lucha por la Causa de ver el triunfo antes de la muerte»⁵⁹.

Se hicieron cientos de actos como aquél. En Estella, en Tafalla, Elgóibar, Alcoy, Arciniega, Mañeru, Cádiz Tudela, Santa Cruz de Campezo, Campillos, Gerona, Azpeitia, Algorta, Baracaldo, Pamplona, Toledo, Fuencarral, Sevilla, Huelva, Jerez de la Frontera, Puerto de Santa María, Málaga, Sanlúcar, Córdoba, Madrid, media España era recorrida por los activistas carlistas coincidiendo con festividades religiosas o no. Y estaban los *Aplec* en Cataluña y Valencia. Basta recorrer la sección «Noticiario quincenal» de *Tradicción* para hacerse una idea de la inmensa actividad que desplegó el carlismo esos pocos años anteriores a 1936⁶⁰.

Por lo demás, podría decirse que la figura de Fal fue adquiriendo cierto aire carismático (cosa no menor en aquel tiempo de mitos y símbolos, como señaló Cassirer). De aspecto distinguido y bien plantado, de mediana estatura, algo grueso, pero aun así esbelto, cuentan los próximos que era conversador y con un humor risueño y afable. Las viejas autoridades del partido (Rodezno, Oriol), tenían mala opinión de su 'compostura': insípido y mediocre, decían (aunque, quien lo decía, Luis Arellano, íntimo de Rodezno, le reconocía la admiración que sentían hacia él muchos carlistas). Su perfil se estilizó una vez estallada la guerra. «Fuerte, atrayente, con mirada extremadamente dulce —le describe un periodista francés—, que se anima con llama ardiente cuando habla, cortés, amable, elocuente». Puede vérselo en la primera de *La Unión* de Sevilla del 19 de octubre de 1936 —a toda plana—, junto al general Queipo de Llano y al comandante Luis Redondo. Brazos cruzados, bien asentado en tierra, la cabeza tiesa, es Fal quien domina la escena.

⁵⁹ De *El Siglo Futuro*, 16/19 de julio de 1934. Y REDONDO Y ZABALA: *op. cit.*, pp. 271-272.

⁶⁰ *Tradicción* fue la revista quincenal de doctrina carlista (1933-1935) que promovió Fal Conde con el ánimo de ir unificando criterios doctrinales dentro del tradicionalismo. Puede consultarse en la página del Ministerio de Cultura http://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?idPublicacion=1000796&anyo=1934.

Hay otras muchas fotografías entre requetés, con otros compañeros: risueño o no, siempre transmite cierta apacible serenidad. Vestido de caqui, corraje y boina roja, logró, tras el estallido de la guerra, un porte al modo de los líderes de la época: aire de comandante (Jefe), cierto aire también de predicador... un Mussolini sin histrionismos. De su tono de voz y ademán en los discursos nada sabemos salvo un par de fotos. Quizá tras su afabilidad había un orgullo lacónico que ha solido “confundirse” frecuentemente con intransigencia, dogmatismo y «ácido anti-totalitarismo» (Tusell). En la jerga de la época, algunos le llamaban *Jefe*. Pero él siempre supo que el Caudillo era —y así debía ser— el Rey. Esto —y tal vez su falta de desparpajo y arrogancia de la que hicieron gala los chicos de FE— le impidieron asumir un mayor papel de liderazgo que algunos le reclamaban. No fue el Jefe, el Líder absoluto que el carlismo pudiera necesitar. Eso siempre se lo reservó al Rey o al Príncipe (Alfonso Carlos o Javier). Pero fue sin duda un hábil organizador y político de calado, cambió las reglas de juego de la derecha radical durante la República, y el partido (CT) estuvo listo para recibir, organizar y movilizar a los españoles de todos los estratos sociales.⁶¹

Como Montejurra más adelante, el *Aplec* de Montserrat (en mayo se había celebrado otro en Poblet) era un encuentro anual que se celebraba en otoño. En 1935 se celebró el 3 de noviembre, domingo. Fue aquél en el que Fal Conde dijo aquello de que «si la revolución al servicio del extranjero quiere llevarnos a una guerra, habrá guerra. (Enorme ovación)», según *El Siglo Futuro*. En su tiempo fue tan conocida como la frase Calvo Sotelo de «antes una España roja que una España rota»⁶².

Aquel año hubo una asistencia masiva. Con lo que implicaba en aquel tiempo el desplazamiento hasta un lugar mal comunicado: coches autobuses, trenes, excursiones a pie, ... se calculó que asistieron unas 50.000 personas. La escenografía fue la de Potes, pero mucho más masiva. Pueden verse fotografías en *El Siglo Futuro* de esos días. También *La Vanguardia* en la que se relataba. A la escenografía habitual de banderas y oradores y requetés desfilando, habría que añadir la monumentalidad y carga emblemática del escenario y del recinto conventual: Montserrat, la “la Sacra montaña”, asiento de la Moreneta, lugar de recogimiento para los reyes⁶³.

⁶¹ *La Unión* ya citada. «No es sólo, con ser mucho, el Jefe. Es, además, ... factor indispensable del resurgimiento nacional, editorializaba el *Pensamiento Alavés*, 23 de marzo de 1937, mientras se preguntaba por su paradero. Fal estaba exiliado en Lisboa. Periodista en Fernando Miguel NORIEGA, *op. cit.*, p. 39. Javier TUSELL: «Los zigzags del carlismo», *La Vanguardia*, 07 de octubre de 1977. Fernando GARCÍA DE CORTÁZAR: «El tradicionalismo de Fal Conde», *ABC Cultura*, 19 de mayo de 2015. Sobre el ambiguo liderazgo de Fal, Martin BLINKHORN: *Carlismo y...*, p. 302.

⁶² Se recogen las intervenciones en *El Siglo Futuro*, 04 de noviembre de 1935. Además, ver los días 1 a 6. *La Vanguardia*, 05 de noviembre de 1935.

⁶³ «EL CENTENARIO DE WALTER SCOTT —titulaba destacado *La Vanguardia* del domingo 14 de mayo de 1933, dos años antes— Un acto simbólico en Montserrat. EL RENACIMIENTO CATALÁN». Y en el texto podía leerse: «El Presidente de la Generalidad de Cataluña, don Francisco Maciá, acompañado de su secretario señor Alavedra, comandante de los mozos de escuadra señor Pérez Farrás y del oficial de ceremonial de la Generalidad señor Gibert; salió ayer a las tres de la tarde, en automóvil, hacia Montserrat para asistir al acto de plantar un brote de brezo, enviado especialmente de Escocia, en los jardines de aquel Monasterio».

En 1935 y 1936 el carlismo y su líder Fal Conde habían llegado a su cénit como partido movilizador (*partido milicia*, como llama a esto Emilio Gentile): su capacidad de convocatoria era enorme, su organización semi-militarizada estaba perfectamente engrasada, el poder simbólico era inmenso, llegaba a buena parte del territorio español... y tenía importantes contactos institucionales —aunque ni mucho menos los suficientes como el de apoyarse en sectores armados de policía o ejército—. Era la parte débil de su estructura conspirativa. En España esa tarea estaba en manos de mucha gente, pero, finalmente, la concentraron los jefes militares, un colectivo de generales que tuvieron aquella reunión germinal en Madrid el 8 de marzo —que, por otra parte, controlaban las armas—.

Con todo, el carlismo no resultaba una fuerza militar despreciable en absoluto (ha habido un canon que se ha repetido formulado por Julio Aróstegui, uno de los mejores conocedores del carlismo por lo demás, sobre la “fantasía” de una «insurrección carlista» contra la República). Fal Conde hizo un relato convincente sobre el particular en una entrevista concedida en 1978 en la que, tras hacer recuento de su propio potencial militar, muy considerable, con conexiones en Italia y Portugal, concluye que un salto sostenido no hubiera sido imposible; sin embargo, no había duda de la necesidad de contar con el Ejército —cosa que confirman las fuentes consultadas por González Calleja y las lecturas de Fal Conde en el momento: Curzio Malaparte, *Técnica del golpe de Estado*—. Mola lo sabía, sabía que tenía que contar con los carlistas. Y Fal sabía que no se bastaban. Ejército y carlismo se necesitaban; tenían que entenderse o no hubiera habido un 18 de julio. El mes de julio se jugó una delicada, tensa y decisiva partida de ajedrez entre San Juan de Luz y Pamplona (con cierto arbitraje del general Sanjurjo). La partida la ganó Mola por la intervención torticera del sector conservador de la Comunión en la partida (el conde de Rodezno y otros notables navarros, Martínez Berasáin, y la incitación de *Garcilaso*, Raimundo García, director del *Diario de Navarra*; lo he relatado en otro lugar). El enemigo no estaba fuera (FE, los totalitarios), lo tenía en casa. El Requeté, el sector joven y más comprometido y convencido del ideal, le apoyó hasta el final de la guerra; la dirección de CT en Navarra, los “conservadores” de Jaime del Burgo, lo sabotó⁶⁴.

El carlismo radical partió internamente derrotado al frente en julio de 1936. (El 17 de septiembre de 1936 se homenajeó a Fal Conde en Higuera de la Sierra), su pueblo natal; el 10 de noviembre de 1941, el fiscal de Sevilla denunciaba a Domingo Fal Conde, hermano de Manuel, por haber encargado una misa «con la intención de que la Virgen Patrona librara a su hermano D.

⁶⁴ Las explicaciones de Fal Conde en CLEMENTE: *op. cit.*, pp. 15-17. GONZÁLEZ CALLEJA: «La violencia y...», pp. 99-100. Julio ARÓSTEGUI: «El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936», *Arbor* 491-492 (1986) sostiene que nunca fue viable una insurrección carlista independiente, de modo que éstos no harían sino fantasear sobre sus pasadas guerras guerrilleras del XIX. Gabriele RANZATO: *El gran miedo de 1936*, Madrid, La Esfera, 2014 (2011), pp. 340-341, se hace eco y lo remata hablando de la indecisión y precariedad de los labores de Mola (aparte de confundir el número de milicia falangista con la carlista, 10.000). Parece querer ignorar lo que hubo de improvisación en el nombramiento como canciller de Hitler y el viaje del general Blomberg desde Ginebra el mismo día 30 de enero de 1933; o los sucesos, inevitablemente también improvisados en Italia entre los días 27 y 31 de octubre de 1922. Mi propia descripción, en UGARTE: *La nueva Covadonga...*, pp. 49-100.

Manuel de todo peligro»⁶⁵). Aquella coalición iba a ser liderada por los militares (con el adorno de la retórica y estética falangista). La guerra fue una tragedia en sí para España (herida por la que aún sangramos). Una tragedia para España y una derrota para ese carlismo que representó Fal Conde, el carlismo joven, el convencido, el más exaltado, el esperanzado que buscaba recomponer un cielo protector sobre el país. Durante la guerra ese carlismo continuó siendo sistemáticamente refrenado, arrinconado, destruido, como muestra cuidadosamente Manuel Martorell, por los militares y Serrano Suñer. A pesar de ello, como mostró Julio Aróstegui, al fracasar el golpe del 18 y 19 de julio, inmediatamente una inmensa fuerza salió a combatir en todos los frentes (que no tiene comparación con la falangista: fuerza de aluvión, de última hora, sin estructura, frente al encuadramiento, la red de mandos —lo primero en ser destruido— y el adiestramiento del Requeté). Tal como los comunistas formaron la fuerza de élite de la República, la de los sublevados la compusieron, con la Legión, los carlistas (decisivas en la Batalla del Ebro de 1938)⁶⁶.

Lo que se ganó con un régimen abierto (el liderazgo movilizador del nacionalismo radical en España) se perdió con el clima castrense y ciego de la guerra.

Seamos, pues, prudentes

Identificar un contexto histórico en torno a 1900 en el que la modernidad desgastada entra en crisis, y denominar *modernismo*, como hace Roger Griffin, a un amplio y abigarrado movimiento de rechazo que, surgiendo en las artes, pasa a la sociedad y toma formas variadas en la política, ayuda a entender figuras como son las de Manuel Fal Conde y situarlas en su contexto.

Aparte de ajustarse relativamente bien a las cosas tal como sucedieron, digamos, es un concepto de larga tradición también en la cultura hispana. Ya en 1932 el lingüista e historiador hispano-estadounidense Federico de Onís lo empleaba: «el modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy». Una fórmula que se asemeja a la que emplea Griffin. También Juan Ramón Jiménez, frente a un Gabriel Maura, Azorín, Laín Entralgo o, sobre todo, Guillermo Díaz-Plaja, veía las cosas más o menos, así. Jorge Urrutia en la introducción a Juan Ramón decía que teniendo en cuenta que existieron ciertas posturas místicas centroeuropeas, que tuvieron gran repercusión y han sido suficientemente estudiadas, llama «la atención que los historiadores y críticos franceses de la literatura no tengan en cuenta ese modernismo religioso que explicaría sensatamente las famosas conversiones de Verlaine, Huysmans, etc...» (también los franceses, como los españoles, jugaban al localismo en esa área). De eso se trata, de no dar la espalda a lo que suce-

⁶⁵ El homenaje en *La Unión*, 17 de septiembre de 1936. La denuncia en AFC: 187-Huelva.

⁶⁶ Julio ARÓSTEGUI: *Los combatientes carlistas en la guerra civil española. 1936-1939*, Madrid, Aportes XIX, 1991, 2 vols. Y Manuel MARTORELL: *Retorno a la lealtad. El desafío carlista al franquismo*, Madrid, Actas, 2010, sobre la marginación sistemática del carlismo.

de en Europa, y tener una explicación cabal y comprensible —no demasiado sinóptica, más bien flexible— en el ámbito natural europeo, de modo que resulte inteligible el tradicionalismo de Fal Conde en los 30s⁶⁷.

Volviendo al caso inicial, del tradicionalismo de Luis Lucia, Calvo Sotelo, el conde de Rodezno, Gil Robles, Herrera Oria, el cardenal Segura y el propio Fal Conde, podría decirse que sólo este último practicaría un catolicismo político asimilable a esa imagen modernista de oposición vehemente al mundo heredado de la revolución francesa, al racionalismo y al cientismo (no a la ciencia), al triunfo de lo prosaico en la sociedad burguesa decimonónica, mientras proponía —y esto es fundamental— un nuevo renacer en una sociedad cristiana (todas sus apelaciones al porvenir, al “Reinaré”, y su resistencia a que esa ilusión decayera a manos de los militares), una España nuevamente poderosa, que creara un nuevo manto protector, que la secularización del mundo había retirado dejando a las comunidades naturales, al hombre, a la intemperie.

Lo hicieron, por otro lado, según el estilo de los tiempos y las fórmulas políticas asimilables (aquí sí puede hablarse de un *fascismo genérico*, a lo Griffin y Eatwell): creando una milicia urbana templada, adoptando las formas de acción callejera y la disciplina militar correspondiente, echando mano del ultranacionalismo católico como tocaba en España (como tocó la ortodoxia en Rumanía y o el Imperio romano en Italia), y adoptando los símbolos y la liturgia propia para encantar de nuevo a unas poblaciones atemorizadas. Hasta hicieron un amago de crear un líder carismático con Fal Conde, vestido de caqui, correa y boina roja (y un *detente* del Sagrado Corazón en el pecho). Había una actitud de rebeldía con la época y había un estilo, una estética particular.

En cuanto toca a la Comunión, no fue aquella una divisoria que separara a integristas (Fal lo fue) de jaimistas como en algún sitio se ha sugerido. Fal contó siempre con el apoyo de aquellos más convencidos de que tras el esfuerzo de reconquista «en ocho meses, no: en ocho días», nacería un mundo nuevo y protegido, refundado, donde estarían a salvo del ateísmo, de la revolución, de la masonería —o, si se prefiere, una España recristianizada y armoniosa—. Eso estaba homogéneamente repartido en las viejas facciones. Entre los seguidores de Fal predominaron los jóvenes, los comprometidos en el frente, universitarios cargados de ilusión, en general, la estructura y los componentes del Requeté. Quizá José Luis Zamanillo representase todo aquello para Fal. Fue su lugarteniente mucho tiempo. De ahí tal vez que su alejamiento personal a partir de 1955, con la dimisión de Fal como jefe Delegado, y su separación paulatina de la Comunión (aquí hay otras circunstancias, como fue la llegada de Carlos Hugo) representó para Fal su mayor disgusto personal.

Por lo demás, es cierto, como dice González Calleja, que, a lo largo de la guerra, el exilio en Portugal de Fal ya el mismo 36, la desvertebración de la estructura de mando del Requeté y de sus propias unidades, y la unificación forzosa en abril del 37 desarboló al carlismo, le dejó sin apo-

⁶⁷ Federico de ONÍS: «Prólogo» a su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, 1932, cit. por GUTIÉRREZ GIRARDOT: *Modernismo*, p. 18. Jorge URRUTIA: «Introducción» a Juan Ramón JIMÉNEZ: *El modernismo. Apuntes de curso (1953)*, Edición del propio Jorge Urrutia, Madrid, Visor, 1999, p. XIV.

yos firmes y en manos de los militares y Franco: ya sólo podían proponer e intentar convencer a Franco (a ello se dedicó Fal con ahínco hasta su dimisión en 1955). Pero ya no contaban para el dictador. El falangismo, por el contrario, «que en julio de 1936 partía virtualmente de cero», ascendió de modo fulgurante de la mano de Serrano Suñer (aunque muriera también de éxito)⁶⁸.

Lo que Fal representó, un catolicismo modernista (que no moderno, insisto), el mundo nuevo formado en el catolicismo militante, el tradicionalismo de apologetas y nuevos intelectuales de la Iglesia, emparentado con todos los radicalismos contrarrevolucionarios de Europa (aunque se vieran a sí mismos revolucionando su mundo y se llamaron muchas veces revolucionarios) fue uno de los cauces por los que discurrieron las aguas que desembocaron en el río del franquismo. Ésta y otras. Lo fueron al menos como lo fue la Falange de José Antonio. O tal vez más en sus orígenes: habría que comparar la penetración en la clase media de los 30s de los apologetas y Menéndez Pelayo frente a la que pudo tener el fascismo de Gecé (Giménez Caballero), por ejemplo, tan tratado por la profesión. Reconstruir *todos* los flujos variados que atravesaron al franquismo es tarea del historiador; y no separar el grano de la paja (lo que quisiera que fuera el fascismo), porque en la vida nada es paja, nada resulta desechable.

De modo que, sin perplejidades ni paradojas, es lo que hubo y es lo que toca contar. Después de todo, también ocurría en Alemania (y en Europa en general como he tratado de mostrar). «Alemania —dice el estudioso Robert Ericksen— se enfrentó a una grave crisis de modernidad en el período posterior a la Primera Guerra Mundial. Dentro de esa crisis, tres teólogos protestantes bien intencionados, inteligentes y de buena reputación —Gerhard Kittel, Paul Althaus y Emanuel Hirsch— adoptaron una postura política que finalmente les llevó a apoyar a Adolf Hitler». También ellos «eran nacionalistas a quienes la derrota y la humillación posterior de Alemania en la Primera Guerra Mundial les resultó personalmente dolorosa y anhelaban un renacimiento de la unidad, la fuerza y el orgullo de Alemania, basados en los valores comunes de un *Volk* unificado». Pasó en Europa. Así debemos razonablemente contarlo. Fue el franquismo, parte del franquismo, y así debe mostrarse —sin olvidar las ramas que se rompieron o fueron podadas en un momento del pasado, como dijo del carlismo hace ya mucho Jaume Torras⁶⁹—.

⁶⁸ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)», *El Argonauta Español* [on line] 9, (2012) (<http://journals.openedition.org/argonauta/819>). Sobre la evolución posterior de CT doy una visión muy resumida en Javier UGARTE: «Del carlismo...».

⁶⁹ Robert P. ERICKSEN: *Theologians...*, p. 198.

Ensayos bibliográficos

Pensar en genocidio el golpe de 1936, la guerra civil, el franquismo y la transición*

Reshaping in Genocidal Terms the 1936' Coup, Civil War, Francoism and Transition

Antonio Miguez Macho

HISTAGRA, Universidade de Santiago de Compostela

antonio.miguez@usc.es

Resumen: Este ensayo argumenta el potencial interpretativo que aporta pensar en genocidio el pasado español del golpe de Estado de julio de 1936 y los procesos de violencia masiva que generó. Partiendo de una reflexión en clave comparada sobre los efectos de la violencia genocida en la memoria y en el espacio, señala el elemento central que ocupa la movilización social en la denuncia del negacionismo y en la transformación de la semántica con que interpretamos el pasado. De esta forma, se presenta el concepto de genocidio más allá de los debates nominalistas y exclusivamente jurídicos al uso, poniendo el foco en su capacidad performativa sobre el discurso histórico y la memoria colectiva, lo que se expresa precisamente con la noción de “pensar en genocidio”. El pasado traumático se puede leer así en una continuidad en la que adquieren la misma importancia tanto los hechos mismos a los que se refiere ese pasado, como el modo en que posteriormente los recreamos.

En el caso español, esta relectura del pasado asociado al golpe, guerra y postguerra se realiza desde el mismo contexto en que están teniendo lugar los hechos de violencia masiva. Se generó entonces un discurso de justificación de la violencia ejercida por los golpistas devenidos posteriormente en franquistas, ligado al propio desarrollo del exterminio. Con el tiempo, se promueve la transformación del contexto de justificación de la violencia en un contexto de negación, con el cual se modifica la funcionalidad de los espacios de violencia y el significado de los espacios de memoria convertidos en espacios de amnesia y negación. Se propone así una lectura alternativa a la interpretación del proceso asentada por el “paradigma de la repre-

*Este artículo se enmarca en los proyectos: “Actitudes sociales en contextos de violencia estatal masiva: procesos de adaptación y resiliencia en la retaguardia de la Guerra Civil española (Galicia, 1936-1939)” (2016-2019) HAR2016-80359-P, IP: Antonio Miguez Macho, Proyectos de Excelencia, Ministerio de Economía y Competitividad y “Dos lugares da violencia aos lugares da memoria: actitudes sociais nos espazos de reclusión, execución e enterramento durante o Golpe, a Guerra Civil e o franquismo en perspectiva comparada” (2017-2020) 2017-PG128, IP: Antonio Miguez Macho, Proxectos de Excelencia (Modalidade D), Consellería de Cultura, Educación e Ordenación Universitaria (Xunta de Galicia).

sión”, tomando en consideración las aportaciones de la historiografía más reciente. Pensar en genocidio, por último, cuestiona también el paradigma de “la memoria y olvido de la guerra civil” y propone el empleo de las categorías de negación e impunidad para comprender el proceso transicional español.

Palabras clave: genocidio, franquismo, memoria, negación, impunidad.

Abstract: This essay underlines the interpretative potential of reshaping in genocidal terms the 1936’ Spanish *coup d’état* and the subsequent violence. Bringing reflection in comparative perspective of the genocide in the memory and the space, highlights social mobilization as a key actor in denouncing denialism and in the development of a new semantic for understanding the past. By this way, the concept of genocide is considered here aside from the denominational o exclusively juridical debates, focusing instead on the performative capacity through the historical discourse and the collective memory, which expresses precisely the idea of “understand the past in genocidal terms”. The traumatic past can be read as a *continuum* in which it brings the same importance the actual facts to which that past it refers, as well as the way in what later we re-create them.

In the Spanish case, this revision of the past related to the *coup*, the Civil War and the postwar period arose from the same context as the mass violence is happening. It was produced then a discourse of justification of the violence developed by the supporters of the *coup* become later in francoist, tied to the own development of the extermination. Over time, it was promoted the transformation of the context of justification of the violence into a context of denial, as the same time as the functionality of the spaces of violence and the meaning of the spaces of memory changed to spaces of amnesia and denial. This article offers an alternative reading of that process to the interpretation settled by the “repression paradigm”, taking into consideration the contributions of the most recent historiography. Finally, it proposes a new approach to the Spanish transitional process using genocidal terms as well as the use of the concepts of denial and impunity instead of the “memory and oblivion paradigm”.

Keywords: genocide, francoism, memory, denial, impunity

Para citar este artículo: Antonio MIGUEZ MACHO: “Pensar el genocidio el golpe de 1936, la guerra civil el franquismo y la transición”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 515-526.

Pensar en genocidio el golpe de 1936, la guerra civil, el franquismo y la transición

Antonio Miguez Macho

HISTAGRA, Universidad de Santiago de Compostela

Existe en nuestra época una demanda de pasado que no significa necesariamente una demanda de memoria o una demanda de todos los tipos de memoria.¹ No toda la memoria es un plato de fácil digestión, como bien sabemos, pero siempre se puede cocinar al gusto de cada quien. Un fenómeno que ha convertido en habitual el toparse en los archivos históricos a los profesionales de las genealogías familiares antes incluso que a los profesionales de la historia.² Hoy páginas web como familysearch.com (creada en 1999 por la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días) y myheritage.com (fundada en 2003 en un Moshav en Bnei Atarot, Israel), que reconstruyen las historias familiares en elaborados árboles genealógicos, presentan índices de crecimiento anual muy elevados y se multiplican bajo fórmulas diversas. También en series de televisión como *Who Do You Think You Are?* (BBC, 2004) se puede rastrear esta estela de “furor genealógico”.³ Se trata de un fenómeno que nos remite a una suerte de “privatización de la historia” en relación con otros procesos paralelos de crisis de las identidades históricas y políticas.⁴

Este modo de abordar el pasado también funciona como un mecanismo de expiación. El pasado visto con estos ojos de lo personal y privado elude una valoración ética y se refiere a un aspecto sentimental de búsqueda de una identidad: todo el mundo quiere tener la suya como una especie de paliativo para el mal de la *multiphrenia*, el yo saturado.⁵ No deja de ser este un proceso construido socialmente, tan construido por Stefan Zweig en *El mundo de ayer* al referirse a la generación europea anterior a la Primera Guerra Mundial, como por The Who en 1965 con “my generation” y que daba forma a esa juventud nacida tras la Segunda.⁶

La mirada generacional conecta directamente con el proceso de convertir la memoria individual en memoria colectiva, tal y como Hallwachs señalaba al indicar que la memoria que tenemos de una experiencia histórica vivida no es solamente la de nuestros recuerdos personales,

¹ Sobre el concepto de “hambre de historia”, John LUKACS: *El futuro de la Historia*, Madrid, Turner, 2011.

² David LOWENTHAL: *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 37 y ss.; Pierre NORA: “Between Memory and History: Les Lieux of de Memoire”, *Representations*, 26 (1989), p. 14.

³ Jerome de GROOT: “On Genealogy”, *The Public Historian*, 37:3 (2015), pp. 102-127.

⁴ Frank ANKERSMIT: *Historical Representation*, Stanford University Press, 2001, pp. 149-175.

⁵ Kenneth J. GERGEN: *The Saturated Self: Dilemmas of Identity in Contemporary Life*, Nueva York, Basic Books, 1991. Como forma de memoria individual, ver Ángel LOUREIRO: *Huellas del otro. Ética de la autobiografía en la modernidad española*, Madrid, Postmetropolis, 2016

⁶ Stefan ZWEIG: *El mundo del ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2015; Pete TOWN-SHEND: “My Generation”, en THE WHO, *The Who Sings My Generation*, Brunswick Records, 1965.

sino también la que construye la reificación del pasado por los medios y la industria cultural, las políticas de la memoria, las conmemoraciones y museos y, también, la organización jurídica del pasado.⁷ Estamos rodeados de pasado y nuestra propia relación con el espacio que nos circunda está atravesada por ese pasado. Los aficionados a *Stranger Things* me entenderán bien al recordar que ese pasado, cuando se refiere a hechos de violencia masiva genealógica unidos con nosotros, funciona como un verdadero *Upside Down* de nuestro presente: nos rodea, nos observa, incluso interfiere con nosotros al modo de un fiel reflejo de donde habitamos pero frío, con niebla y partículas flotantes.⁸ Abrir una puerta para dialogar con ese pasado carece de ningún tipo de romanticismo y amabilidad, al tiempo que no hacerlo tampoco logra que desaparezca por sí mismo. Un hecho que pone en duda la virtualidad taumatúrgica del historiador, salvo que salga indemne de la prueba de exponerse a los leones o realice el milagro de curar con solo tocar a sus súbditos.⁹ Volver la mirada hacia ese pasado traumático no ayudará a sanarlo, cauterizarlo o, remotamente, clausurarlo.

La relación íntima entre la memoria y la espacialidad fue señalada justo en un momento en el que los sitios de la violencia se estaban convirtiendo por virtud de decisiones políticas en sitios de la memoria. No en vano, en 1927 y de forma simultánea en sendos actos en Francia y lo que entonces era Alemania presididos respectivamente por Pétain y Hindenburg, tuvo lugar la inauguración de dos grandiosos monumentos (el osario de Douaumont y el de Hohenstein) para conmemorar Verdún y Tannenberg.¹⁰ La Gran Guerra dejaría un reguero de sitios de memoria construidos sobre la propia base espacial de la violencia que había tenido lugar, incluyendo también la materialidad de los cementerios con miles de tumbas de los caídos haciendo buena la idea de que los que morían juntos, debían ser enterrados también juntos.¹¹ Y simultáneamente, se institucionalizó el modo de conmemorar a los ausentes por medio de los sarcófagos vacíos (los cenotafios, como el inaugurado en Londres en 1920) y también los listados de los caídos en las plazas centrales de cada pueblo, de cada aldea. Son las mismas placas, no lo olvidemos, que hasta hace muy poco tiempo también estaban presentes por doquier en España referidas a los “caídos” y que, no todas, han ido desapareciendo.¹²

⁷ Maurice HALBWACHS: *La mémoire collective*, Paris, Albin Michel, 1997; Hugo VEZZETTI: *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

⁸ Matt DUFFER y Ross DUFFER: *Stranger Things*, Netflix, 2016.

⁹ Marc BLOCH: *Los reyes taumaturgos*, México, FCE, 1988

¹⁰ Anna VON DER GOLTZ y Robert GILDEA: “Flawed Saviours: the Myths of Hindenburg and Pétain”, *European History Quarterly*, 39:3 (2009), pp. 439–464.

¹¹ Jay WINTER: *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

¹² Thomas W. LAQUEUR: “Memory and Naming in the Great War”, en John R. GILLIS (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 150-167; José Luis LEDESMA y Javier RODRIGO: “Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)”, *Ayer*, 63 (2006), pp. 233-255; Miguel Ángel del ARCO: “Las cruces de los caídos: instrumento nacionalizador en la ‘cultura de la victoria’”, en Íd., Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ y Jorge MARCO, *No solo miedo. Actitudes populares y dictadura franquista*, Granada, Comares, 2013, pp. 65-82.

Se conmemoraba aquello de lo que se sentía orgullo, o de lo que se pretendía hacer sentir orgullo, porque vencedores y vencidos en la Primera Guerra Mundial sentían que tenían motivos de orgullo nacional. Sin embargo, en el marco de la Gran Guerra también se experimentaron otras formas de violencia que marcaban un antes y un después en el significado mismo de lo que era la violencia.¹³ Otro tipo de violencia sistemática y masiva que se cobijaba en el ocultamiento más absoluto y, aún más, en la negación.¹⁴ Esto sucedería con las diversas expresiones de violencia acaecidas en los distintos frentes, especialmente en el oriental, pero sobre todo con el exterminio de la población armenia. No había nada glorioso que conmemorar ahí, ni por parte de la naciente República Turca que convertía en el negacionismo su forma de relación con ese pasado, ni tampoco servía el modelo de orgullo nacional de los vencidos como forma de resarcimiento de las víctimas.¹⁵ El contexto en el cual se conmemore a las víctimas del genocidio armenio, siempre fuera de Turquía, será bastante posterior no solo a 1918 sino también a 1945. El memorial y museo erigido en Yeraván (República de Armenia), el Tsitsernakaberd (la fortaleza de las golondrinas) fue inaugurado en 1967.¹⁶

Esta disociación efectiva entre las distintas violencias que acaecen en el marco de un mismo proceso violento y su reificación memorial, se puede apreciar también en diversos ejemplos del período de entreguerras que se enfrentan a las mismas dificultades de encaje en el modelo de las conmemoraciones gloriosas. Este puede ser el caso de la Guerra Civil finlandesa, en la que la gestión de la memoria realizada por los blancos vencedores se refiere exclusivamente a la victoria militar en la contienda y obvia la violencia sistemática contra los vencidos con ejecuciones sumarias y el internamiento en campos de detención.¹⁷ La práctica memorial refleja el mismo tipo de evolución. El memorial erigido en piedra de granito negro inaugurado en 1920 en Helsinki se refiere solo a las víctimas de la guerra (blancas) y contiene, además de los bajorrelieves de inspira-

¹³ Alan KRAMER: *Dynamic of destruction: culture and mass killing in the First World War*, Oxford, Oxford University, 2007

¹⁴ John HORNE y Alan KRAMER: *German atrocities: a history of denial*, New Haven, Yale, 2001 e Isabel V. HULL: *Absolute destruction: military culture and the practices of war in imperial Germany*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 2004.

¹⁵ Taber AKÇAM: *A Shameful Act: The Armenian Genocide and the Question of Turkish Responsibility*, New York, Metropolitan Books, 2006.

¹⁶ Rebecca JINKS: "Situating Tsitsernakaberd: the Armenian Genocide Museum in a global context", *International Journal of Armenian Genocide Studies*, 1:1 (2014), pp. 39-52; Serafim SEPPÄLÄ: "The 'Temple of Non-Being' at Tsitsernakaberd and remembrance of the Armenian genocide: an interpretation", *Art Approaching Science and Religion*, 6:2 (2016), pp. 26-39; Armen T. MARSOBIAN: "Collective Memory, Memorialization and Bearing Witness in the Aftermath of the Armenian Genocide", en Jutta LINDERT y Armen T. MARSOBIAN (eds), *Multidisciplinary Perspectives on Genocide and Memory*, Cham, Springer, 2018, pp. 305-320.

¹⁷ Marko TIKKA: "Warfare and Terror in 1918", en Tuomas TEPORA y Aapo ROSELIUS (eds.), *The Finnish Civil War 1918. History, Memory, Legacy*, Leiden, Brill, 2014, pp. 90-118; Jukka KEKKONEN: "Judicial repression during and after the Finnish (1918) and Spanish (1936-1939) civil wars: A comparative analysis", en Margo DE KOSTER, Hervé LEUWERS, Dirk LUYTEN y Xavier ROUSSEAU (eds.), *Justice in War-time and Revolutions: Europe, 1795-1950*, Brussels, Algemeen Rijksarchief, 2012, pp. 57-72; Anne HEIMO y Ulla-Maija PELTONEN: "Memories and Histories, Public and Private. After the Finnish Civil War", en Katharine HODGKIN y Susannah RADSTONE (eds.), *Contested Pasts: the politics of memory*, Nueva York, Routledge, 2003, pp. 42-56.

ción griega, un listado de nombres en uno de sus costados. Es un monumento conmemorativo que encaja en el modelo post-Primera Guerra Mundial. El memorial dedicado a las víctimas “rojas”, sin embargo, se inaugurará en 1970 y es la obra de Taisto Martiskainen tras ganar el concurso público convocado en 1968 (50 años después de los hechos). En su inscripción en bronce se puede leer que se alza en memoria de los “rojos”, hombres y mujeres que lucharon, cayeron y perecieron en los campos de prisioneros, y en el dorso: “cuando todos los caminos terminan es tiempo de pensar.¹⁸ Es un monumento al “genocidio” y, paradójicamente, es la monumentalización de la antípoda del orgullo: la vergüenza.

Pensar en genocidio

Entre las formas de violencia y su representación asistiremos no solo al paso del tiempo, sino también a la emergencia de un nuevo modo de pensar en la violencia y en el modo de transmitirla. Tras la Segunda Guerra Mundial se continuaba la estela de la práctica de memorialización de la Primera, pero convivía con la del ocultamiento y, en su caso, el recuerdo obligado por los vencedores a los vencidos de los sitios de violencia asociados a masacres o actos considerados ignominiosos, como campos de concentración y exterminio.¹⁹ Una nueva semántica para entender la violencia masiva se abría paso. Será en el contexto de la Segunda Guerra Mundial cuando Raphael Lemkin creará un neologismo de largo recorrido e inesperado éxito: genocidio. Publicado originalmente en su obra *El dominio del eje en la Europa ocupada* (1944), el concepto de Lemkin será la culminación de los esfuerzos encaminados a caracterizar toda una forma de violencia en la cual el objetivo trasciende la mera eliminación física de los enemigos, y aspira, por encima de ello, a borrar a grupos humanos enteros de la faz de la tierra. El “pensar en genocidio” de Lemkin ya empieza antes de que surja como tal el concepto de genocidio, como muestran sus propuestas para definir y perseguir internacionalmente un tipo de actos en donde “la voluntad del autor tiende no solamente a perjudicar al individuo, sino, en primer lugar, a perjudicar la colectividad a la cual pertenece este último”.²⁰ A Lemkin le había impresionado singularmente la violencia ejercida contra los armenios, porque incluía además de la violencia física contra los individuos, el propósito de borrar cualquier vestigio de estos en la península de Anatolia, lo que incluía el derribo de aldeas enteras, iglesias, bibliotecas, cualquier expresión cultural. La asociación entre pensar en genocidio y negarlo es pues intrínseca al concepto: de ahí la idea de que una dimensión fundamen-

¹⁸ Piotr M. SZPUNAR: “Collective Memory and the Stranger: Remembering and Forgetting the 1918 Finnish Civil War”, *International Journal of Communication*, 6 (2012), pp. 1200-1221.

¹⁹ Dominick LACAPRA: *History and Memory After Auschwitz*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1998; James E. YOUNG: *The texture of memory. Holocaust memorials and meaning*, New Haven, Yale, 1993; Alessandro PORTELLI: “The Massacre at the Fosse Ardeatine”, en Katharine HODGKIN y Susannah RADSTONE (eds.), *Contested Pasts: The Politics of Memory*, New York, Routledge, 2003, pp. 29-41.

²⁰ Daniel Marc SEGESSER y Myriam GESSLER: “Raphael Lemkin and the international debate on the punishment of war crimes (1919-1948)”, *Journal of Genocide Research*, 7:4 (2005), pp. 453-468. Raphael LEMKIN: “Los actos que constituyen un peligro general (interestatal) considerados como delitos contra el derecho de gentes”, Ponencia presentada en la V Conferencia Internacional para la Unificación del Derecho Internacional, Madrid, octubre de 1933.

tal del genocidio es el memoricidio. “Para liquidar a las naciones -decía [Milan] Hübl- lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros, les da otra cultura y les inventa otra historia. Entonces la nación comienza lentamente a olvidar lo que es y lo que ha sido”.²¹ Y como Ernst Renan señaló, las naciones son únicas “no solo en cuanto a lo que recuerdan, sino a lo que se ven obligadas a olvidar”.²²

“Pensar en genocidio” difiere (incluso en lo temporal) de la conocida disputa nominalista sobre la aplicabilidad del concepto, disputa que nada tiene que ver con el planteamiento de estas páginas.²³ Solo así se puede entender la capacidad performativa del concepto creado por Lemkin, que adquiere vida propia lejos de las manos de su creador. Al conceptualizar el acto de destruir colectividades como genocidio, pone el listón en un lugar nuevo: los genocidios o se reconocen o se niegan. No hay otras alternativas posibles. Es en este sentido donde debemos entender que los campos de exterminio se preserven para un fin aleccionador, como parte de la política de desnazificación emprendida por los aliados vencedores. En 1947 el Parlamento polaco creará el Museo estatal de Auschwitz-Birkenau, abriendo la primera exposición sobre el tema en varios barracones y conservando a los efectos de memoria la cámara de gas y el crematorio. En este acto de preservar un lugar de violencia masiva se anticipa un nuevo empleo memorial que difiere radicalmente de las formulaciones anteriores y de otras que están teniendo lugar simultáneamente. Sin embargo, conviene subrayar que la formulación inicial que se atribuye entonces al museo es un homenaje a los luchadores de distintas naciones que allí perecieron, sin ninguna mención explícita a los judíos. Ni siquiera cambiará esta perspectiva al crearse en 1952 el Comité Internacional de Auschwitz, aunque la mayor parte de sus integrantes fueran judíos.²⁴

La creación de Yad Vashem (1953) por más que anticipa una nueva expresión memorial, no cuenta tampoco con la semántica precisa en términos de “genocidio” y sí con una exaltación del “carácter resistente” de los judíos.²⁵ El cambio de semántica que se consolidará en la década de 1960 ya sí está influido directamente por una parte por el conocimiento preciso que se pasa a tener del proceso de exterminio de los judíos, gracias a la tesis doctoral de Raul Hilberg.²⁶ Hilberg no solo relativiza en su trabajo el papel resistente del pueblo judío, sino que pone el foco en el qué,

²¹ Milan KUNDERA: *El libro de la risa y el olvido*, Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 227.

²² Ernst RENAN: “What Is a Nation?” (1882), en Homi K. BHABHA (ed.), *Nation and Narration*, London, Routledge & Kegan Paul, 1990, pp. 8-22.

²³ Véase este aspecto en Antonio MIGUEZ MACHO: *O que fixemos en Galicia. Ensaio sobre o concepto de práctica xenocida*, Ourense, Difusora de Artes e Ideas, 2009 y, más recientemente, en Antonio MIGUEZ MACHO: *La genealogía genocida del franquismo. Violencia, memoria e impunidad*, Madrid, Abada, 2014.

²⁴ Amalia ROSENBLUM: “Time in the Museum, the Museum in Time: the History of the Auschwitz-Birkenau State Museum”, *Anthropology of East Europe Review*, 19:1 (2001), pp. 42-55.

²⁵ Boaz COHEN: “Setting the Agenda of Holocaust Research: Discord at Yad Vashem in the 1950s”, en David BANKIER y Dan MICHMAN (eds.), *Holocaust. Historiography in Context. Emergence, Challenges, Polemics & Achievements*, Jerusalem, Yad Vashem, 2008, pp. 255-292.

²⁶ Raul HILBERG: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005. Sobre el proceso de publicación de la obra en palabras del propio autor: Íd.: *The Politics of Memory: The Journey of a Holocaust Historian*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996, pp. 156-157.

en el cómo y en el quién de la práctica violenta. Y señala algo fundamental en el prólogo: “no es un libro sobre los judíos”, sino es un libro sobre el exterminio de los judíos. Es el momento también en que Arendt escribe sus crónicas para *The New Yorker* sobre el juicio de Eichmann en Jerusalén que darán forma a su famoso libro sobre la *banalidad del mal* y que tendrán en los experimentos de Stanley Milgram sobre la obediencia a la autoridad un correlato en forma de preguntas sin respuesta: qué hace verdugo al verdugo. La emergencia de las reflexiones sobre la racionalidad de la violencia y el descrédito de las visiones psicologistas contribuyeron también a dotar de músculo al pensar en genocidio.²⁷

Una nueva manera de pensar que también se puede apreciar en la creación del Jardín de los Justos entre las Naciones (1962), en donde se hacía un reconocimiento a aquellos gentiles que pusieron en peligro su vida, su libertad o su estatus para salvar judíos durante el genocidio. Así mismo, en 1962 se acordará la creación del memorial de Dachau. Se produce tras una movilización que reclama una actuación al respecto al Estado de Baviera, a quien le fue entregada la tutela del espacio ocupado por el campo en 1948 por el ejército de Estados Unidos.²⁸ Es fundamental en la época de crecimiento de la movilización social el papel que adopta esta en la reclamación de la transformación memorial: lo es desde Yeraván a Jerusalén, y lo es desde Dachau a Helsinki.

En esa movilización se denuncia lo que con acierto señaló Gregory H. Stanton como la última fase de un genocidio, la negación, la que trasciende al propio exterminio de las víctimas y que, a diferencia de esta, no está necesariamente acotada en el tiempo. Cabe recordar que en 1960 se promulga en Alemania la primera ley que se aprueba en el mundo persiguiendo la negación del exterminio judío, como respuesta a una creciente ola de acciones antisemitas que tuvieron en las pintadas con esvásticas en las paredes de la reinaugurada sinagoga de Colonia en la nochebuena de 1959 su expresión más conocida.²⁹

España: un pasado negado

Mientras esta nueva forma de entender el fenómeno de la violencia colectiva emergía en el mundo, en España hacia finales de la década de 1950 el franquismo estaba concluyendo en las laderas de la sierra de Guadarrama, en el valle de Cuelgamuros a algo más de 50 kilómetros de Madrid, el gran memorial dedicado a las víctimas de la Guerra Civil. Era la culminación de la obra que se había proyectado en 1940 inmediatamente después de la victoria de los franquistas

²⁷ Hemos analizado este proceso en Antonio MIGUEZ MACHO: “1961. Los términos del debate sobre la naturaleza de la violencia franquista”, en Íd. (ed.), *Ni verdugos ni víctimas. Actitudes sociales ante la violencia, del Franquismo a la dictadura argentina*, Granada, Comares, 2016, pp. 1-18.

²⁸ Aline SIERP, “Memory, Identity and a Painful Past: Contesting the Former Dachau Concentration Camp”, en Maria STARZMANN y John ROBY (eds.), *Excavating Memory: Sites of Remembering and Forgetting*, Gainesville: University Press of Florida, 2016, pp. 316-335; Jenny WÜSTENBERG: *Civil Society and Memory in Postwar Germany*, Nueva York, Cambridge University Press, 2017.

²⁹ Noah Benezra STROTE: *Lions and Lambs: Conflict in Weimar and the Creation of Post-Nazi Germany*, New Haven, Yale University Press, 2017, pp. 231 y ss. Al respecto de la persecución del negacionismo, ver Emanuela FRONZA: *Memory and Punishment: Historical Denialism, Free Speech and the Limits of Criminal Law*, The Hague, Asser Press, 2018.

como una monumentalización de sus “caídos” con una clave arquitectónica netamente fascista: “es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido y que constituyan lugar de meditación y de reposo en que las generaciones futuras rindan tributo de admiración a los que les legaron una España mejor”.³⁰ El Duomont o Hohenstein de Franco, un osario inmenso al que llegaban víctimas de los “dos bandos”, ya que, los que morían juntos debían yacer juntos.³¹ El contexto de justificación de la violencia ejecutada dejará paso paulatinamente a un contexto de negación, en el cual ya no se realiza un público alarde de la violencia ejercida como necesaria, sino que se transforma en una violencia diferente: una violencia fratricida, una guerra civil donde hubo víctimas por los dos bandos.³² En este contexto, los sitios de la violencia (aquellos que identifican las prácticas que ahora se quieren negar) son transformados, sea por destrucción o por cambios en su uso. Ese paso del contexto de justificación al de negación se puede observar precisamente en la reconversión simbólica del Valle de los Caídos, en primer lugar negando su pasado como campo de concentración.³³

El conjunto de los sitios de violencia pasan a ser sitios de olvido, ya que se promueve activamente el ocultamiento de su funcionalidad en el desarrollo de la práctica genocida como espacios de reclusión, ejecución y enterramiento.³⁴ Decimos “se promueve” porque el proceso de la transformación de los sitios de violencia en sitios de olvido se realiza por la agencia de los individuos, no es un proceso natural o espontáneo. Entre los sujetos sociales que participaron en la configuración de los sitios de violencia como tales, se hallan verdugos, víctimas y un amplio abanico de “espectadores” o *bystanders*.³⁵ Los gestores de la transformación de los sitios de violencia en

³⁰ “Decreto de 1 de Abril de 1940, disponiendo se alcen Basílica, Monasterio y Cuartel de Juventudes, en la finca situada en las vertientes de la Sierra de Guadarrama (El Escorial), conocida por Cuelgamuros, para perpetuar la memoria de los caídos de nuestra gloriosa Cruzada”, BOE, núm. 93, 2 de abril de 1940, p. 2240.

³¹ Francisco FERRÁNDIZ: *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*, Madrid, Anthropos Editorial, 2014.

³² Manuel PÉREZ LEDESMA: “La Guerra Civil y la historiografía: *no fue posible el acuerdo*”, en Santos JULIÁ (coord.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 101-133. Una precisión sobre el balance de víctimas de la violencia en el período de la II República, en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República (1931-1936)*, Granada, Comares, 2015.

³³ Belén MORENO GARRIDO y José Carlos RUEDA LAFFOND: “Televisión y memorias sobre la violencia”, *Hispania Nova*, 10 (2012).

³⁴ La burocratización del proceso de exterminio fue detalladamente estudiada en Javier RODRIGO: *Cautivos, campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005. Recientemente, el proceso de clasificación de los perseguidos en Erik ZUBIAGA: *La huella del terror franquista en Bizkaia. Jurisdicción militar, políticas de captación y actitudes sociales (1937-1945)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2017; Peter ANDERSON: *¿Amigo o Enemigo? Ocupación, colaboración y violencia selectiva en la Guerra Civil Española*, Granada, Comares, 2017.

³⁵ La pluralidad de los sujetos involucrados en el desarrollo de la violencia desde distintas perspectivas en Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA (ed.): *El Franquismo desde los márgenes: campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Almería/Lleida, Universidad de Almería/Universitat de Lleida, 2013; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo: zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Universidad de Granada, 2013; Fernando MIKELARENA: *Sin Piedad. Limpieza política en Navarra, 1936. Responsables, colaboradores y ejecutores*, Pamplona, Pamiela; Antonio MI-

sitios de olvido se corresponden de alguna forma con aquellos: los verdugos pasan a ser ahora los gestores de las políticas de la memoria, las víctimas son supervivientes, y los *bystanders* constituyen el grueso de la sociedad española. El papel de los verdugos como gestores de las políticas de la memoria en el franquismo se plasmará en la consolidación de la política de negación de la violencia ejercida. El éxito de esta concepción trasciende a los gestores de las políticas de la memoria y se filtra en el conjunto social, convirtiéndose entonces en el relato hegemónico de la sociedad española sobre su pasado. A ello contribuye también el relato apaleado de los supervivientes y las familias, que desprovistas de cualquier capacidad para poder construir un relato alternativo, mantienen la memoria de los hechos como una memoria privada y sentimental.³⁶

Pasados treinta años desde el final del contexto de práctica de violencia masiva (que no del conjunto de prácticas represivas que acompañaron a la Dictadura hasta su extinción), la muerte de Franco y el proceso transicional (1975-1982) supuso un momento crucial en el proceso de resignificación de los sitios de violencia, ahora ya transformados en pretendidos sitios de olvido.³⁷ Emergieron entonces toda una serie de manifestaciones públicas, hasta entonces vetadas, dirigidas a resignificar los sitios de olvido en sitios de memoria. Por primera vez, homenajes públicos, placas, monolitos y todo tipo de sinaléctica hacía emerger una nueva tipología de sitios que incluían los mencionados sitios de memoria (sobre la base de los sitios de violencia realmente existentes) y creaba nuevos sitios (atribuyendo nombres a estos que remitían a las prácticas de violencia). Lejos de una dialéctica entre la memoria y el olvido, existió entonces un vigoroso movimiento memorialista que comenzó a cobrar forma como una panoplia de iniciativas individuales y colectivas que tuvieron también una plasmación institucional en la forma de iniciativas políticas, sobre todo en el ámbito municipal (como el cambio de nombres de calles desde la constitución de los ayuntamientos democráticos en 1979).³⁸ La desmemoria de la memoria histórica nacida en las

GUEZ MACHO (ed.): *Ni verdugos ni víctimas...*, pp. 1-18. Y con un enfoque único, en Carlos GIL ANDRÉS: *Piedralén. Historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

³⁶ La relación entre la violencia fundadora y el consenso, en Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: "Beyond They Shall Not Pass. How the Experience of Violence Reshaped Political Values in Franco's Spain", *Journal of Contemporary History*, 40:3 (2005), pp. 503-520; Ana CABANA IGLESIA: *La derrota de lo épico*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València. Su relación con la reconfiguración de las identidades nacionales, en Fernando MOLINA: "La reconstrucción de la nación'. Homogeneización cultural y nacionalización de masas en la España franquista (1936-1959)", *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 38 (2017), pp. 23-56.

³⁷ Una visión sintética de conjunto del carácter sistemático de la violencia en el franquismo, en Manuel ORTIZ HERAS: *La violencia política en la dictadura franquista 1939-1977: la insoportable banalidad del mal*, Albacete, Bomarzo, 2013; José BABIANO, Gutmaro GÓMEZ, Antonio MÍGUEZ y Javier TÉBAR: *Verdugos impunes. La violación sistémica de los derechos humanos en el franquismo*, Barcelona, Pasado y Presente, 2018.

³⁸ El movimiento de memoria en la Transición necesita ser estudiado en profundidad para redimensionar su relevancia: Iria MORGADE VAL: "Las acciones colectivas en torno a la violencia de la Guerra Civil y el franquismo durante la Transición en Galicia. Una aproximación al homenaje en Tui de 1976", en Mónica FERNÁNDEZ AMADOR y Emilia MARTOS CONTRERAS, *Historia de la Transición en España. Democracia y mundo rural*, Almería, Universidad de Almería, 2017 pp. 399-416

postrimerías de la década de 1990 anula también la existencia de este activismo memorial anterior.³⁹

Todo este proceso no se integró, con todo, en un marco legal e institucional mucho más amplio que tuvo como hitos fundamentales la política de reconciliación nacional, la Ley de Amnistía de 1977 y la Constitución de 1978. Fue laminado y subalternizado, como otras expresiones contestatarias en la transición.⁴⁰ No es una cuestión pues de “memoria y olvido” de la guerra civil española la que permite entender el proceso transicional español, sino que es una cuestión de negación. Pensar en genocidio nos permite entender el caso español en un marco mucho más amplio, para lo que es imperativo discutir el paradigma interpretativo de la “represión” que se construyó en la década de 1960 al respecto de la historia.⁴¹ Pero además, es también el momento de reconsiderar lo que se cimentó en la década de 1990 al respecto de la memoria. A ello contribuyó la elaboración del relato oficial de la transición con el modelo *mass media* de Victoria Prego (1993) y con el modelo académico establecido por Paloma Aguilar en su obra seminal *Memoria y Olvido de la Guerra Civil española* (1996). Ambos trabajos, brillantes en su campo, coinciden en un mismo relato sobre lo que fue la Transición, contado siempre por (algunos de) sus protagonistas. Ambos trabajos responden a la misma pregunta de qué factores animaron, condicionaron y delimitaron el recorrido seguido por la política y la sociedad española de aquel tiempo. Y ambos trabajos, con distinto enfoque, sitúan el recuerdo (y el olvido memorioso que puntualizaría Santos Juliá) de la guerra civil en el centro del tablero. Ambos trabajos, sin embargo, confunden el relato con el pasado mismo y obvian el factor de negación del pasado existente en el proceso.

En el caso de la transición según Victoria Prego, el modo en que su documental (y posterior libro, *Así se hizo la Transición*, 1996) pasa a sustituir la historia misma adquiere tintes cómicos. Como la propia Victoria Prego admite en una entrevista realizada en torno al año 2000: “Tras su emisión nadie nos ha llamado discutiendo lo que decimos. Yo siempre soñaba que personas de diferentes ideologías dijeran sobre la misma secuencia que aquello fue exactamente como pasó aunque cada una lo interpretara de forma diferente. y eso nos pasó. Nadie se sintió interpretado o manipulado por nosotros. De hecho un ministro de la época con una cartera muy política

³⁹ De tal forma que la presencia de irrupción de la memoria en la Transición habría sido solo cosa del mundo literario y artístico, pero no de la política y los medios, según indicaron: David HERZBERGER: *Narrating the past. Fiction and History in Postwar Spain*, Durham: Duke University Press, 1995 y Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

⁴⁰ Germán LABRADOR: *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*, Madrid, Akal, 2017.

⁴¹ La disputa de paradigmas en marcha tiene una genealogía propia, a la que han contribuido obras con fuerte ambición interpretativa como Javier RODRIGO: *Hasta la raíz: violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza 2008; Antonio MIGUEZ MACHO: *La genealogía genocida...*; Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura: historia para un pasado incómodo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014; Pablo SÁNCHEZ LEÓN y Jesús IZQUIERDO MARTÍN: *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*, Madrid, Postmetropolis, 2017. Un balance reciente en José Luis LEDESMA VERA, “Los años treinta y cuarenta desde abajo: La historia social y la historiografía reciente sobre la Segunda República, la guerra civil y la primera posguerra”, *Studia Historia. Historia Contemporánea*, 35 (2017), pp. 205-240.

me contó que tras la emisión de un episodio, otro ministro del mismo gabinete le llamó para preguntarle ‘¿Oye, esto que ha salido es lo que pasó?’ A lo que él contestó: “Pues claro, lo que pasa es que tú no te enteraste”.⁴²

Aceptar como hemos hecho todos estos años que el análisis de la “memoria y olvido” es básicamente correcto supone aceptar que el relato de justificación personal, política o generacional que da forma al discurso de la negación es la realidad misma. Es confundir el pasado con un registro de myheritage.com. El ejercicio de negación del pasado de la transición está construido con un único fin: garantizar la impunidad de los verdugos. El mismo fin que tiene todo discurso de negación sobre un genocidio. Esa es la preocupación fundamental que motiva a los diversos agentes sociales que lo construyeron y lo sostienen, y también la garantía de su éxito a nivel social. Hay quien lo sostiene porque fue verdugo, por supuesto, o beneficiado a nivel personal y económico de las desgracias de otros, pero es una visión solo parcial de lo que lo hace fuerte, la misma de los que denuncian la transición solo como un acuerdo entre elites o un pacto entre unos pocos. Quien convalida el borrón y cuenta nueva no es solo el verdugo sino es el que siente que su padre fue verdugo o que el padre de su amigo fue verdugo, o, más probablemente, que pudieron serlo. Esta sensación de una culpabilidad colectiva es la herencia más duradera del genocidio y tiene como consecuencia un temor reverencial a la fijación de responsabilidades. Dejamos que los muertos descansen en paz para que no perturben a los vivos.⁴³

Por ello, cuando hacia el año 2000 comenzaron a proliferar imágenes de exhumaciones de fosas, resultó algo tan chocante para la sociedad española.⁴⁴ No porque se estuviese haciendo algo inédito, recordemos que se llevaban moviendo cadáveres desde los años cuarenta, se hizo de manera continuada durante la transición y los años 80. Ni siquiera porque lo hecho cambiase de por sí o se hiciese sobre las bases de un nuevo relato, ya que los promotores de aquellas acciones no disponían de uno nuevo que aún tardaría en cobrar forma. Recordemos que Castresana y Garzón hablaban en genocidio, pero refiriéndose a América Latina, nunca a España.⁴⁵ Sin embargo, lo que había quedado integrado en los itinerarios de memoria como espacios de amnesia, se revelaban como espacios de violencia. De vergüenza. Era nuestro ejercicio de desnazificación, al que no fuimos sometidos en 1945.

⁴² A pesar de la influencia desmesurada del trabajo de Victoria Prego y Elías Andrés, existen muy pocos estudios al respecto, como Sergio ALEGRE: “La Transición Española, un documental histórico”, *Filmhistoria*, 10 (3), 2000.

⁴³ Antonio MIGUEZ MACHO: “Nada nuevo que ocultar y algo viejo (aún) que contar. Un nuevo relato sobre 1936, el franquismo y la Transición”, *Rey Desnudo: Revista de Libros*, 6:11 (2017), pp. 157-177.

⁴⁴ De igual modo que lo fue para otras sociedades que vivieron experiencias de negación, Élisabeth ANSTETT y Jean-Marc DREYFUS (eds.): *Human Remains and Identification: Mass Violence, Genocide and the Forensic Turn*, Manchester, Manchester University Press, 2015.

⁴⁵ Carlos CASTRESANA: “Persecución de crímenes contra la humanidad en la Audiencia Nacional: los informes que los fiscales no quieren firmar”, *Jueces para la democracia*, 31 (1998), pp. 3-10.

El amparo que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936-1939*

The Refuge that Never Existed: Civilians in the Rebel Zone during the Spanish Civil War of 1936-1939

Joan Serrallonga Urquidi
Universitat Autònoma de Barcelona
joan.serrallonga@uab.cat

Resumen: La población civil siempre vive las guerras como una enorme tragedia. Cuando se trata de una guerra civil aumenta en mucho este terror. En este conflicto se aleja cualquier ayuda de los indefensos civiles, que más pronto o más tarde se refugian donde pueden. El movimiento continuado de desplazados y refugiados en las dos guerras mundiales transformó profundamente Europa. El alcance de esta tragedia se mantendrá durante años. España ya hacía tiempo que había quedado atrás como vieja potencia, pero su clase dirigente nunca asumiría esa pérdida. La perplejidad por el cambio del escenario provocó un incremento de figuras y figurones. Las clases populares se opusieron a valorar el entramado de intereses poco confesables de las clases pudientes. La Guerra Civil española de 1936-1939 puso en evidencia todas estas contradicciones. Los dos bandos actuaron de forma distinta sobre la desabrigada población civil, la verdadera víctima del conflicto. En el bando rebelde, pronto el bando franquista, los ciudadanos desaparecieron de cualquier narración. La asistencia general a los civiles, a los no combatientes, fue desprovista de medios o muy deficitaria. Los recursos y las energías existían, pero se destinaron a mandos y combatientes. Aunque el relato de los imposibles vencedores no lo recoge en absoluto, hubo hambre (e incluso hambruna), miseria, enfermedades y muerte. El más que necesario esfuerzo sanitario y asistencial no funcionó nada adecuadamente en territorio sublevado. En cambio, en la inmediata posguerra, los miembros de esta estructura sanitaria se integraron en el complejo entramado del régimen franquista. Hubo cargos y prebendas. Se mantuvo el mutismo sobre la realidad de la vida cotidiana de la población durante la guerra. El amparo para los civiles en la zona rebelde nunca existió.

Palabras clave: España, Guerra Civil de 1936-1939, Sanidad y asistencia social, vida cotidiana, régimen franquista.

* Esta aportación al Congreso *Teatros de lo bélico* se deberá situar en un trabajo más extenso que se desarrolla por fases en el proyecto de investigación HAR2015-67173 (MINECO/FEDER, UE).

Abstract: Civil population always live war as an enormous tragedy, and moreover when they are living a civil war. In this type of conflict, assistance is driven away from civilians, who sooner or later seek refuge wherever they can. The continuous movement of displaced and refugees in the two world war deeply transformed Europe. The significance of this tragedy will last for years. Spain was far from his time as a global power, but its leaders never assumed that loss. The perplexity of this change of scenario generated an increase of figures and pretending figures. Popular classes opposed to give value to the scheme of unspeakable interests of the wealthy classes. The Spanish Civil War of 1936-1939 made evident all these contradictions. Both sides acted differently regarding civilians, the true victims of the conflict. In the rebel side, soon the Francoist, citizens disappeared from every narration. General assistance to civilians, to non-combatants, lacked of means or was very loss-making. Resources and energies were there, but were directed to commanders and combatants. Although the victors' narration does not mention it, hunger (and even famine), misery illnesses and death were something common. Sanitary effort didn't work well in rebel territory. However, in the immediate postwar, the members of the sanitary structure were integrated into the complex scheme of the Francoist regime, through positions and privileges. The mutism about everyday life of the Spaniards persisted. The protection for civilians in the rebel side, never existed.

Keywords: Spain, Spanish Civil War of 1936-1939, Health services and social aid, everyday life, Francoist regime.

Para citar este artículo: Joan SERRALLONGA URQUIDI: “El aparato que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936-1939”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 527-544.

Recibido: 24/03/2018

Aprobado: 08/04/2018

El amparo que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936-1939

Joan Serrallonga Urquidi
Universitat Autònoma de Barcelona

Las tres décadas del siglo XX, a las que vamos a referirnos aquí como carátula, fueron sin lugar a dudas un período apasionante, pero también una galería de trastornos y de terribles desdichas para las personas. Nadie como el buen soldado Svejik –el ya inmortal personaje creado por el escritor checo Jaroslav Hasek– puede expresarlo mejor. El verbo torturado y satírico usado para el protagonista de esta obra simboliza la tenaz lucha para mantener activa la vida en aquella conflagración.¹ La historiografía habla, con voces encontradas, de la puesta en escena de «la guerra civil europea». En cambio, la polemología, la ciencia de las guerras, sitúa la estrategia sin ni siquiera preguntarse los motivos del colosal conflicto. Las convulsiones provocadas por estas dos guerras, que hemos llamado mundiales, se sucedieron con otras contiendas nada menores dentro de los estados. El peligro, la tragedia no eran una representación lejana, sino que se acercaban cada vez más a la platea donde vivía el confiado ciudadano. Estas guerras civiles, en la más terrible de las acepciones del término, provocaron pronto un drama sin fin sobre la población civil indefensa. La muerte, el asesinato, la reclusión sin ley, el suplicio, la rabia incontenida, la destrucción deliberada, la ruina y la huida desesperada conformarán el teatro de la guerra, no solo en los anchos frentes, sino en la inmediata retaguardia. Una situación duplicada en el interior de los territorios. Frecuentemente, estas escenas de espantoso dolor, evidentes en los distintos países, se escondieron en el torbellino provocado por los conflictos mayores.

Escena primera

Los movimientos de población que se desencadenaron durante y después de la Gran Guerra de 1914 asombraron al mundo. «El alcance global de aquella guerra se deja sentir no solo en la labor desarrollada durante décadas por historiadores de una gran cantidad de países de dentro y de fuera de Europa».² Con gran espanto contemplaron los espectadores como se venía abajo la tramoya del pasado siglo. Era el ocaso de los vetustos Imperios, aquellos que muchos súbditos consideraron eternos. Era la prisa de las potencias emergentes para provocar un cambio de grandes dimensiones. Pero era también la perpetuación de la miseria, del desnivel social que durante

¹ Jaroslav HASEK: *Las aventuras del buen soldado Svejik*. (1921), Madrid, Galaxia Gutenberg, 2008; *El buen soldado Svejik antes de la guerra*, Barcelona, La Fuga ediciones, 2016.

² Francisco MORENTE y Javier RODRIGO (eds.): *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Granada, Comares, 2014, p. VII.

largos años no abandonaría a extensas capas de población. Porque, con el nuevo escenario de guerra, la dolorosa lucha contra el espantoso fenómeno de la pobreza, la enfermedad, la desigualdad quedó ladeada. Resultado de este parón fue que el genocidio diario de la clase subalterna continuó sin ninguna novedad apreciable. Los poderosos imponían su fórmula: la ley de la selva, siempre bajo el convincente paraguas del «progreso».

Los conflictos bélicos comportaron un enorme éxodo, una huida en masa y, casi de inmediato, la difícil recolocación de millones de personas. Porque, evidentemente, buscar refugio era forzoso, vital. Cada Estado e incluso las iglesias miraron a estos refugiados de guerra con un cristal distinto. Cada gobierno los introdujo en su haber de manera desigual, y astutamente los exprimió como mecanismo de afirmación. Para algunos gobernantes insensibles la diáspora simplemente no existió, para otros era cosa de aplicarle la vieja caridad y para muchos fue considerada un simple entreacto. Pero, los desplazados movían las conciencias de la población civil europea. En cuales quiera de estos países los refugiados y desplazados marcaron algunas líneas maestras de su futuro. Y es que si mirásemos el fenómeno desde el punto de vista de los equilibrios, podríamos afirmar sin lugar a dudas que en cada uno de los conflictos bélicos Europa se dividía en pedazos asimétricos contenidamente alejados. Es por eso que en los dos grandes conflictos deberemos matizar con fina ecuanimidad la versión de las potencias vencedoras y vencidas, para así poder situar con mayor énfasis el acceso o no a la toma de decisiones trascendentes. Porque, casi de inmediato, y en todo caso al final de los dos conflictos mundiales, una abigarrada periferia dejará de contar en el escenario que se ha abierto. Incluso personajes o actores antes bien reconocidos quedarán ahora parcial o totalmente fuera de escena. No hay diferencia en ninguno de los conflictos que podamos analizar, ni en ninguna de las posguerras: el libreto siempre es el mismo. Fue evidente en el camino hacia 1914 o 1939 y lo continuó siendo después de 1918 o de 1945.

Escena Segunda

La España de finales del siglo XIX mostraba sin ningún pudor los harapos de su viejo colonialismo.³ Se trataba de unas colonias que aún contaban algo (mas bien poco) en los expeditivos mercados mundiales. Caía el telón al final de una comedia poco o nada aplaudida por la población. Era, sin que nos quepa ninguna duda, la constatación de una decadencia nunca asumida. Nadie quería (ni quiere) hablar de ella. Todos la escondían: la corona, los dirigentes políticos, los poderes públicos, los periódicos ministeriales, la prepotente administración, los nobles linajudos, la servil Iglesia o los arrogantes militares. Era un ocaso de enormes proporciones, se ponía el sol en el imperio. Ante tamaña afrenta, la España eterna se reorientó para poner en escena la nueva Reconquista en suelo marroquí en beneficio del astuto *lobby* africanista. Las escaramuzas en el Norte de África, alguna simplemente inventada o fantaseada, no podrán situar en ningún caso al

³ Rafael SÁNCHEZ MANTERO (ed.): *En torno al "98". España en tránsito del siglo XIX al XX*, Universidad de Huelva, 2000, 2 tomos. Rafael NÚÑEZ FLORENCIO: *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*, Madrid, Marcial Pons, 2010, p. 55-91.

colonialismo español entre los que entonces pesaban algo en el mundo. Esta herida, para algunos aún hoy no cicatrizada, recolocó a España en una posición rotundamente subalterna. Que las irrupciones de las armas españolas en el teatro africano sean cada vez más sangrientas y hasta vandálicas no modificará un ápice esta percepción, mas bien lo contrario.⁴ Las sonadas derrotas militares ante las tribus del Rif incrementarán la dependencia y dejarán a la arruinada España mirándose en un espejo desenfocado.

En cambio, en este escenario de perplejidad sí que fue visible el daño infringido a los civiles, tanto a los peninsulares como a los africanos. La protesta popular emergió con mucha fuerza ante el impresionante drama que se representaba. Casi ningún escritor conocido de esta época, ningún periódico quedó indiferente ante estos fangos y ante tamaña matanza. Pío Baroja, torturado interiormente por la barbaridad de los actos, registrará esta carnicería con sesuda exactitud y en un lenguaje cortante, seco.⁵ El mismo interés mostraron los políticos del régimen alfonsino, no obstante tener una insuficiente información. Todos colocaron su argumento, aunque fuera poco relevante. Unos lo hicieron para justificar la protesta sin siquiera usar las evidencias, otros simplemente con gran descaro y muchos más para denunciarla con tesón digno de mejor causa. En el campo de la política, solo los republicanos y los anarquistas mantuvieron inalterables sus poderosas razones contra aquél enorme degolladero, como lo habían hecho contra la llamada «contribución de sangre». Los socialistas se unieron muy pronto a la denuncia, que su sobresaliente líder nunca abandonó.⁶

La pretensión española en tierras africanas provocó un intenso cataclismo en las dos colectividades humanas que se veían enfrentadas por los intereses de otros. Este sensible deterioro de la coexistencia será visible en la absurdidad de las medidas emprendidas por los africanistas con el secreto (o no tanto) auxilio regio. No se resignaba el rey a ser un árbitro constitucional, quería visibilidad, pretendía ser el protagonista de la comedia de figurón. Pronto se vio que aquel aparato militar de gasto sin fin, de fanfarria y de demostrada crueldad comenzaba a caminar solo. Marchaba sin el concurso de los poderes constitucionales y sin la más mínima comprensión por parte de la población española. Digamos con claridad que los africanistas eran aborrecidos mayoritariamente por la opinión pública española. A pesar de ello, estos militares, que eran comparsas y bufos en el escenario nacional, se creyeron celebrados actores e intentaron crear (con un notable éxito) su propia compañía de teatro.

Escena Tercera

En el largo período de la dictadura franquista –casi cuatro décadas de desfile–, el conocimiento preciso y razonado de las guerras continuadas, vivas y rompedoras que se desarrollaron en Europa y en el mundo durante los últimos cincuenta años no existió. Ello fue así en la teoría y en

⁴ AGA. África, caja 265, exps. 1-2. Rif 1913-1921. John Arnall (1922).

⁵ Pío BAROJA: *Corresponsalía de guerra y otros textos olvidados*, recopilación, introducción y notas de Miguel Ángel García de Juan, Madrid, Caro Raggio, 2014.

⁶ Joan SERRALLONGA: *Pablo Iglesias. Socialista, obrero y español*, Barcelona, Edhasa, 2006.

la práctica. En España, la neutralidad en la contienda de 1914-1918 parecía haber impuesto un espeso silencio a los historiadores que ahora subsistían de una manera servil en la dictadura de Franco. Los teatros de las guerras se limitaban a unos cartones de decoración del pobre escenario nacional. El único acercamiento autorizado a la realidad de la guerra se debía vehicular a través del fino tamiz del enaltecimiento de los valores patrios. Era la inmarcesible comedia heroica. Los intelectuales orgánicos se ocuparon de articular estos campos de estudio, eso sí, con provecho para los vencedores de la Cruzada bendecida por la Iglesia. Se trataba de aniquilar a los agentes del mal para volver al espíritu religioso católico que representaba la España eterna. La dominación de clase montaba la ficción y se amparaba en estas interpretaciones. Nadie podía alterar aquel relato que, con supina ignorancia y mayor mala fe, contribuía a apuntalar la supervivencia de la dictadura de Franco. Nada fuera del credo oficial, ni análisis profundos, ni superfluos. Nada fuera de las coordenadas marcadas por el «desarrollo altamente espiritual» de la Historia de España y de la civilización española. Ningún intelectual afín al régimen habría osado señalar que la relativamente cercana Gran Guerra de 1914 a 1918 podía analizarse como un episodio superior de la verdadera guerra civil europea. No es necesario decir aquí como el régimen de Franco acomodó a sus propósitos el conflicto mundial surgido en 1939. Cualquier visión, aunque fuera autorizada, se inspeccionada a fondo, cualquier análisis que pretendiera quebrantar «lo sagrado» se precipitaba en la censura. Así, todo escrito estaba emborronado por la ocultación del exterminio practicado con saña por los sublevados desde el mismo 1936.

Durante mi juventud, en la etapa del largo bachillerato y las reválidas, los estudios continuaban marcados por la presencia (o quizá la activa ausencia) de la Guerra Civil española. Una escenografía inconfundible presidía las aulas y, con tacaña tipografía, se estampaba en los manuales. Los programas de los libros de historia se construían siempre en base a la España inmortal, aquella que había desafiado el curso del sol con altivez. Todo el fulgor de las guerras coloniales españolas y la machacona explicación de las guerras contemporáneas en las que había participado España pasaba con verbo contenido por las tristes aulas de secundaria. En este minúsculo tablado, la historia de España se exponía como la de una gran potencia. El *attrezzo* era, como no podía ser de otra forma, alcorconiano. Naturalmente, este paseo obligado por la «no decadencia» era vigilado de forma nada distante por los impuestos profesores de Formación del Espíritu Nacional, aquellos acomodadores que sin ninguna originalidad predicaban que «la plenitud de la nación se halla en el imperio».⁷

La guerra ausente y las guerras presentes, o bien al revés, se alternaban en las explicaciones rutinarias, siempre repetitivas, y en las larguísimas e inútiles cronologías y genealogías. Nada pasaba de los figurones, de la narración de los héroes y los villanos, nada se alejaba de la insistencia en las cobardes afrentas que había sufrido la gloriosa España a manos de sus numerosos enemigos. Las pobres explicaciones dejaban a los alumnos en el desánimo y la turbación, entonando al dictado la canción de la España indestructible. Eran representaciones monumentales, insulsas comedias de capa y espada vacías de realidad. Su única finalidad era encartar unas publicaciones

⁷ Gonzalo TORRENTE BALLESTER: *Aprendiz de hombre*, Madrid, Editorial Doncel, 1960.

que justificasen la guerra «que ellos habían provocado».⁸ Era, por decirlo con discreción, la represora imposición de la paz. Prácticamente nada se aprendía en las clases regladas que no fuera vehiculado por el opresor régimen nacido el 18 de Julio. Esta formación, bastante similar en métodos y en algunos contenidos en las dos «naciones ibéricas», no podía compararse a la que recibían los estudiantes europeos de la época. Hubo que esperar, y mucho, para ver como se construía con tiento una primera explicación de las guerras que sacudieron a las indefensas personas de España y de su entorno geográfico desde finales del siglo XIX.

La distancia y el impuesto realce de las guerras patrias colocaba entre los miembros de mi generación un relato por completo desprovisto de personas corrientes. La gente, para ellos la muchedumbre, no aparecía. Era algo absurdo. No había espectadores fuera de los pocos autorizados, el gallinero permanecía desocupado. Los civiles no formaban parte de la recitación de lo bélico si no era para apuntalar como actores secundarios los logros del seguro bando vencedor de la guerra colonial, de la última pendencia, de la contienda africana o de la siempre mencionada «guerra civil española». El programa general de Historia de España no contaba con las personas sencillas, habían desaparecido. Solo veíamos civiles formando parte del difuso coro de actores que acompañaban a los héroes o al omnipresente caudillo. Y es que, como veremos, el manto que cubrió la zona ocupada por los sublevados en 1936 liquidó o escondió a la gente. Parecía que en esta España no vivían ya civiles, solo militares en constante movimiento, cruzados en estado de gracia y religiosos en permanente misión de convertir a todos a la fe única y verdadera. Este era el auto sacramental que ocurría cada día en el territorio controlado por los rebeldes. Pero volvamos al teatro bélico. La ausencia de personas en el relato, manifestado sin ningún rubor por los sublevados, me ha hecho reflexionar a menudo. Pocas veces se había analizado esta insólita situación y creo con firmeza que ello fue debido al hecho que quienes controlaron la narración guerrera lo ocultaron y encerraron en la espesura de la desinformación con la más artera de las intenciones. Esta es la base de la reflexión sencilla que muy brevemente me propongo exponer en las escenas que siguen.

Escena Cuarta

Una porción bastante considerable del territorio peninsular, de las islas y del Protectorado en tierras africanas quedó en manos de los sublevados al producirse la rebelión militar de julio de 1936. Una buena parte de este espacio ya no será objeto de posteriores combates, sino que quedará bloqueado en poder de los insurgentes y de los poderes tradicionales que pudieron permanecer sobre el terreno. Para buena parte de estos indefensos ciudadanos el armazón se cerraba sin remedio. Porque pronto quedaron atrapados sin posibilidad de salida. Mientras se desplegaba el

⁸ «No se entenderá nada de la situación de la España republicana durante los primeros meses de la guerra si no se tiene presente que para buen número de los agredidos el alzamiento militar era, si no un hecho venturoso, una coyuntura favorable, que podía y debía aprovecharse para cortar los nudos que los procedimientos normales del tiempo de paz no habían logrado desatar, y para resolver radicalmente ciertas cuestiones que la República dejaba en suspenso». Manuel AZAÑA: *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1986, p. 81.

frente con gran lentitud, esta población quedó anclada en lo que con poca precisión y menos cordura vendrá a llamarse «zona nacional».⁹

La población civil vio con espanto como eran «liberados» por las tropas rebeldes. Porque, de inmediato, el asesinato cruel e impune, considerado como acto de guerra, lo inundó todo. Mientras aún podían, en las primeras horas que siguieron a la declaración del estado de guerra, cientos, miles de personas civiles abandonaron precipitadamente sus domicilios. Muchos de estos forzados evadidos ya no volverían jamás. Huían del terror caliente, de la violencia sin control alguno. Los caminos se llenaron de fugitivos que cargaban penosamente con los pobres enseres de toda una vida. Pero, los precarios pasos entre los dos bandos en guerra se fueron cerrando, hasta incomunicarse. Los huidos que tuvieron mayor suerte u oportunidad se escondieron, incluso en las alejadas estribaciones montañosas; quizá un poco más tarde podrán escaparse a la desesperada para refugiarse con urgencia en la entonces amplia zona leal a la República. Fue una odisea que se vio recompensada con la vida. Porque de inmediato se dieron cuenta que la población que quedaba atrapada en la zona nacional desaparecía de la escena. Solo desfiles, solo encuadres. No llegaban otras noticias de la “liberación”, las personas corrientes no estaban. Además, los vagos rumores en nada podían tranquilizar a nadie. Cualquier acción correccional de los cruzados rebeldes sobre la población civil en la retaguardia se borró de la crónica pública. Esta ocultación ha continuado imperturbable hasta fechas muy recientes... y en algunos aspectos matizados aún sigue.

Los estudios realizados sobre la Guerra Civil española de 1936-1939 son sin duda innumerales, forman un conjunto gigantesco sin posibilidad de comprensión racional. Este abrumador bulto es, precisamente, el secreto de la desinformación. Añadamos que en estos análisis se han empleado de forma prioritaria y desigual las imágenes de los frentes bélicos, el debate estéril y envenenado sobre el número de muertos, la inmensa legión de prisioneros y penados, la alteración de la estructura pública, la participación y proyección internacional, la construcción del Estado franquista, la singular evolución del territorio leal controlado por la República y un largo etcétera. En las monografías relacionadas con la historia social durante la contienda, el apartado referido a la República, a la zona leal ha tenido un notable desarrollo. De ninguna forma se puede comparar este ingente volumen de análisis de la retaguardia republicana a los cortos ensayos dedicados a la sociedad civil de la zona rebelde. Porque es un hecho que el tema de la población en la zona ocupada quedó a oscuras. Hemos tenido que esperar años a que la esforzada historia local y comarcal aporte informaciones de algún relieve.

En cambio, el conocimiento y progreso de la vida de la población civil en el bando republicano nada tiene que ver con el secano que acabamos de enunciar.¹⁰ En este sentido, en el bien trabado tema del auxilio se han añadido las investigaciones sobre refugiados de guerra y despla-

⁹ Fernando PUELLL y Justo A. HUERTA: *Atlas de la Guerra Civil española. Antecedentes, operaciones y secuelas militares (1931-1945)*, Madrid, Síntesis, 2007.

¹⁰ Joan Serrallonga, Manuel Santirso y Just Casas, *Vivir en guerra. La zona leal a la República*, Barcelona, Bellaterra, 2013.

zados, que creaban un territorio propio a su acelerado paso.¹¹ Todo ello es sin ninguna duda debido al hecho que en la retaguardia del territorio leal se desarrolló una política gubernamental que tenía que ver directamente con la invariable atención a los ciudadanos, con la solidaridad. Una política sanitaria y asistencial que, a pesar de la oscilante situación, no renegaba de las conquistas sociales duramente conseguidas en el primer bienio republicano. Al hablar de sostener una eficaz asistencia social, no quiere decirse que se produzca negligencia en los necesarios recursos destinados al frente de guerra. La población civil en la zona republicana será atendida con todo el cuidado posible hasta que la situación bélica llegue al límite y los medios ya no sean suficientes para aguantarla. Porque, con un formidable número de pruebas documentales a la vista, podemos afirmar que las autoridades republicanas de cualquier área continuaron consiguiendo muchos o pocos bienes de consumo destinados a los civiles hasta el final de la guerra. No tenemos la menor duda que en ocasiones hubo ineptitud y pillería en quienes estaban encargados de distribuirlos, pero no fue un episodio que merezca un comentario más allá de casos separados.

Escena Quinta

En el área ocupada por los militares rebeldes, como hemos dicho, se impuso de inmediato el terror como forma de apuntalar su posición e impedir la contraria. «La acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo que es fuerte y bien organizado», decían las instrucciones del general Mola. Parece haber un acuerdo entre los historiadores militares que la capacidad de los «nacionales» para controlar su cada vez más extensa retaguardia fue uno de los factores concluyentes para la victoria de sus armas. De nuevo, la polemología solo habla de técnica y no sitúa nada más. Creo, en cambio, que durante un prolongado período se persistió en el error de considerar este hecho solo como un mero elemento de la táctica militar, cuando en realidad fue la más cruel de las venganzas. Fue un hecho que se disfrazó en la forma de disciplina. Pero de un rigor por completo incontenido y fanático. El control social así impuesto, dismanteló la legalidad e introdujo adrede una violencia desmedida. ¡Matar a una persona desarmada e indefensa se consideró un acto de guerra! En algunos momentos, los fusilamientos sin juicio o las muertes sin control se volvieron medida común. Ello provocó la indisimulada extensión del crimen, los asesinatos, la crueldad sin límites, el miedo arrollador y... que continuase la huida de la despavorida población.

Hemos de lamentar que durante años el debate historiográfico sobre la represión franquista olvidara empezar a razonar por el principio. Poco o nada decía del tiempo de la guerra en la primera zona ocupada y de aquellos que quedaron atrapados en ella. De hecho, hemos de lamentar que los primeros exámenes de la represión franquista los realizaran los propios testigos de aquella horrible iniquidad. A pesar de ello, nuestra historiografía continuó trabajando al paso. En

¹¹ Joan Serrallonga, «Huida en masa, evacuación y refugio solidario, 1936-1939», en Francisco Morente (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*, Madrid, La Catarata, 2011, p. 121-138 y mapa p. 125.

el Primer Encuentro de investigadores del franquismo, celebrado en Barcelona en 1992, solo una comunicación se dedicaba con fundamento a la opresión de los civiles en la España nacional. Quizá por eso, cuando al final de aquella década Jesús María Palomares desenterró la represión franquista en la ciudad de Valladolid resultó algo portentoso, incluso sorprendente.¹² Lo dijo el autor con precisión: «De poco sirvió que en esta provincia castellana desde el principio estuviese en el mapa de la guerra situada en la retaguardia. esta circunstancia no privó a sus habitantes de experimentar, mientras duró la contienda, la mezcla, a partes iguales, de miedo y la esperanza, como ingredientes del vivir cotidiana». Y añadió: «el miedo duró más de lo previsto». Al señalar este tardío relato de la muerte en la ciudad del Pisuerga, 25 años después de la muerte del dictador Franco, debemos celebrar que los análisis continúen subsanando aquel absurdo descuido. En el Congreso Internacional de Historia celebrado en Barcelona y Bellaterra en 2011, editado un año después por Manuel Santirso, ya se dedicó un breve apartado a la «violencia en la retaguardia» (franquista).¹³ Así, aunque quizá algo despacio, se reconducen al análisis histórico las masacres en la retaguardia rebelde. Pero, sigamos.

Al poco tiempo de la ocupación, los pasos de comunicación quedaron cerrados y con escasas posibilidades de movilidad. En esta situación se vio que había tres teatros de guerra, a saber: el del frente, la retaguardia con servicios y un creciente territorio donde solo vivía la población civil. Esta zona desatendida estaba detrás de la primera retaguardia. La variable línea del frente condicionaba el ritmo de la ocupación, que no paraba de modificarse. En la primera y segunda zonas se concentraban los pertrechos, los suministros y los verdaderos servicios para los cuerpos de ejército en campaña. Es cierto que casi todos los efectivos y recursos se vehiculaban al servicio de la guerra, pero también lo es que no se desatendía las necesidades de la retaguardia activa donde se ubicaban el Cuartel General de Franco, los demás mandos y la poderosa estructura administrativa. En esta dilatada segunda línea encontramos la intendencia transportada, que alimentaba y pertrechaba a los combatientes, así como la liada red hospitalaria que debía socorrerlos. A ésta última nos referiremos a continuación.

Pronto, muy pronto, quedó claro que sin el vaciado de todos los efectivos civiles esta trama de intendencia y la vital red sanitaria militar no funcionarían.¹⁴ La planta del Cuerpo de Sanidad Militar no era suficiente, ni tan siquiera añadiéndole los sanitarios que estaban destacados en primera línea. Hubo que buscar entre los médicos, ayudantes, practicantes y personal de enfermería que de ordinario habían atendido a los civiles de la ahora zona ocupada. Porque, contrariamente a lo afirmado por algunos torcidos estudios —que ilógicamente siguen editándose—, la

¹² «La Guerra Civil en Valladolid: notas sobre la represión en la ciudad», fue fruto de un proyecto de investigación financiado por la Junta de Castilla y León, contiene unos listados precisos e impactantes. El estudio fue publicado en 2001 por el Ayuntamiento de Valladolid con el título: *La Guerra Civil en la ciudad de Valladolid: entusiasmo y represión en la "capital del alzamiento"*.

¹³ Manuel SANTIRSO (coord.): *La guerra de España en la guerra civil europea. Relaciones y comunicaciones del Congreso Internacional de Historia celebrado en Barcelona y Bellaterra del 5 al 8 de julio de 2011*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011, p. 125-149.

¹⁴ Joan SERRALLONGA: "The main military medical organisations in the rebel army, 1936-1939", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4:7 (2015), pp. 41-66.

plantilla del Cuerpo de Sanidad Militar anterior a la rebelión quedó o se dirigió en su mayor parte hacia el bando republicano. Lo mismo ocurrió, aunque ciertamente aumentado, con la delicada planta de los farmacéuticos militares. Obtendríamos un resultado casi idéntico si contásemos los pocos efectivos que estaban sujetos al Instituto Nacional de Previsión o los muchos que antaño obedecían a la Dirección General de Sanidad y después al Ministerio de Sanidad durante la República. De este modo, cuando se intentó dotar la Jefatura de los Servicios de Sanidad Militar en octubre de 1936 o la Junta Facultativa en julio de 1937 se vio que los médicos militares no llegaban ni para la dirección de los principales hospitales castrenses. La triangulación sanitaria de cualquier campaña hubiera quedado casi desierta con este exiguo personal en el bando rebelde. Porque la reducida plantilla de médicos, practicantes y farmacéuticos militares que en aquel momento prestaron sus servicios a los sublevados no podía atender ni las necesidades más urgentes.

Cuadro 1. Jefatura de los Servicios de Sanidad y Junta Facultativa de Sanidad Militar en el campo rebelde, 1937-39.

1. Jefatura de los Servicios de Sanidad del Ejército.

Jefe (Inspector General de Sanidad): Coronel Melchor Camón Navarra (10-1936 /1-1941).

Ayudante: comandante José Salarrullana Alabart (12-1937).

Segundo Jefe: coronel Luís Rubio Janini (10-1936).

Personal de la IG de SM: coronel Manuel Meléndez Castañeda (3-1939); coronel Mariano Gómez Ulla (3-1939); teniente coronel Mariano Navarro Moya (12-1937).

Inspección de hospitales: coronel de EM retirado Jesús Ferrer Gimeno (10-1936).

2. Junta Facultativa de Sanidad militar.

Presidentes: 27-7-1937: Miguel Parrilla Bahamonde, coronel.

1-10-1937: Aurelio Belsol Oria, coronel (cesa por enfermedad).

15-9-1938: Adolfo Chamorro Lobo, coronel.

Vocales:

Benjamín Tamayo Antón, teniente coronel retirado, director del Hospital militar de San José de Burgos.

César Antón Arnaiz, teniente coronel, director del Hospital militar de Burgos.

Elías Nages Martínez, comandante, jefe del Laboratorio de análisis del Hospital militar de Burgos.

Francisco Martínez Nevot, comandante retirado, Hospital militar de San José de Burgos.

Ovidio Fernández Rodríguez, comandante, Parque de SM de Burgos.

Alfredo Sainz Royo, veterinario mayor.

Victoriano Nieto Magán [27-1-1938], subinspector veterinario.

Secretario: Tomás López Mata, comandante, Jefatura de Servicios Sanitarios del Sexto Cuerpo de Ejército.

Auxiliar: José Mingo de Benito, teniente, Grupo de SM del Sexto Cuerpo de Ejército.

En el terreno de la administración civil, la Junta de Defensa Nacional de España decretó de inmediato la jerarquización de mando y la preeminencia militar a la hora de tomar cualquier decisión. La precipitada orden no hacía demasiadas distinciones. Este hecho, hasta cierto punto corriente en una sublevación como la emprendida por los militares rebeldes, dejó fuera de juego cualquier autoridad que no siguiese el conducto reglamentario castrense. Al principio de la ocupación, todas las magistraturas civiles quedaron ocupadas y suspendidas. Los integrantes de la autoridad civil sufrieron una depuración –a veces se le llamó exprés– que no tuvo contemplaciones de ningún género. Todas las autoridades asaron por este proceso. Tenemos la convicción, fundada en el estudio, que la corrupción hizo estragos en estas noveles capacidades. Las decisiones corrientes que afectaban a la vida cotidiana de la gente quedaron coartadas por cualquier autoridad militar que en aquel momento se hallase ubicada en tal o cual zona ocupada. Incluso los militares jubilados desempolvaron de inmediato sus espadones para añadirse al llamado «alzamiento». Cualquier «liberador» podía imponer su ley sin traba alguna. La situación llegó a tal extremo que el retén de la Guardia Civil en un pueblo pequeño o mediano podía decidir sobre cuestiones que nunca le hubieran sido encomendadas en otro tiempo y de las que por lo general no tenía ni la más remota idea. Además, estaban convencidos que consultar era un signo de debilidad que no podían permitirse de ningún modo. Así las cosas, un militar retirado cualquiera podía encabezar una administración local con la simple comunicación e incluso sin ella. Un poder que, durante un cierto tiempo, pudo ser prácticamente ilimitado.

Las figuras de la pasada dictadura de Primo de Rivera, los miembros de la fantasmal Unión Patriótica, se apoderaron pronto de buena parte de las administraciones civiles. La vida empezó a ralentizarse para acomodarse al paso de estos nuevos amos, que en demasiadas ocasiones eran los viejos señores o sus adláteres. En el conjunto de la España ocupada, la presencia de algunos falangistas en las primeras comisiones gestoras municipales no varió la forma del control social de siempre. El caso de Galicia, una despensa cerrada e incomunicada, nos puede resultar particularmente interesante. Así lo destacó tempranamente Emilio Grandío y, por poner solo algunos ejemplos, lo han recopilado más recientemente Julio Prada o Lourenzo Fernández Prieto. En toda la España llamada «nacional», el control de la administración era, por decirlo así, una competencia horizontal entre viejos y nuevos amos, de momento en beneficio de los primeros. Sin duda un buen pillaje que no dejaron escapar. Nos hallamos, pues, ante una carrera rastrera para asegurarse la apropiación de los recursos que proporcionaba el poder. La aprehensión del botín bullía en las mentes de aquellos alumbrados dueños. José Ángel Sánchez Asiaín nos ha ilustrado sobre aspectos fundamentales de la financiación de la contienda, pero sin duda debemos añadir a los interrogantes atractivos la visión del beneficio particular, que ocupó la mente de los «cruza-

dos».¹⁵ Es por todo ello, que estamos esperando un estudio serio y amplio sobre el botín de guerra y las fortunas durante la contienda y en la inmediata postguerra, todo a cuento de este robo institucionalizado.

La retaguardia rebelde, aquella que no tenía actividad bélica, ni columna activa del frente, se convirtió pronto en proveedora universal de bienes y servicios. Proveía a los mandos a base de privarse de todo. Era el saqueo, el asalto, que empezó pronto con el amparo de las medidas excepcionales dictadas por la Junta de Defensa Nacional y aumentó de forma descomunal al trasladarse todas las decisiones al Cuartel General del Generalísimo. Sin ninguna contemplación, ni misericordia se vació de las instituciones civiles todo aquello que precisaban los mandos, los propietarios seculares y los combatientes, siempre por este orden. Esta feroz depredación incluía los efectivos asistenciales y sanitarios. En las zonas más conservadoras muchos profesionales sanitarios se habían pasado a las filas del Movimiento en los primeros momentos, incluso con la denuncia de quienes se consideraban tibios. Zamora se ha tomado como ejemplo representativo. Pero ahora, por disposición gubernativa, los médicos civiles fueron asimilados a grados militares, desde alférez a capitán, para cubrir con largueza la asistencia a los heridos del frente y a los mandos de la primera retaguardia. Similar disposición se tomó con los practicantes y el personal de enfermería. Tampoco la Farmacia militar hubiera podido funcionar en campaña sin la incorporación forzosa de boticarios civiles y asistentes cualificados. Añadamos a este cómputo un poco valorado número de médicos que, algunas veces con sus equipos quirúrgicos al completo, se «pasaron» a la zona nacional durante la guerra. No es nada menor el número de sanitarios catalanes y vascos de cierto relieve que emprendieron este camino.

En resumen, bástenos decir aquí que no menos de tres cuartas partes de los médicos que servían en la Sanidad Militar rebelde eran sanitarios civiles asimilados. Los farmacéuticos conformaban otro aspecto de esta asimilación, aún mayor en número. El resultado fue que la población que habitaba en el territorio alejado del frente quedó sin servicios sanitarios y con un escasísimo suministro de medicinas.

Escena última

Ubiquémonos concisamente en la situación social de esta zona ocupada por los rebeldes, un territorio que se ensanchaba de forma lenta pero continuada. Ya hemos dicho antes que, desde el minuto cero, la represión sobre los ciudadanos desarmados se ejerció de una forma expeditiva, brutal. Una venganza que había comenzado con la «liberación» y que continuaba sin límites. La población civil que se había quedado y los prisioneros encerrados en la multitud de campos de

¹⁵ «Casi todo lo que conocemos de la guerra civil se refiere fundamentalmente a su desarrollo político y social, a los avatares militares, o a la ayuda extranjera. En términos generales, sabemos cómo acabó y alguna de las razones económicas que justificaron el resultado final.» *La financiación de la guerra civil española. Una aproximación histórica*, Barcelona, Crítica, 2012 (Cita de la Introducción).

concentración,¹⁶ debían vivir con una alimentación por completo insuficiente, raquítica y unos recursos asistenciales más que reducidos. Por otra parte, estos civiles debían hacer frente a las enfermedades con una red asistencial precaria o nula.

Los amos de las tierras ocultaban los productos para venderlos en el mercado negro. Incluso saqueaban las despensas de otros con la justificación del aguinaldo del soldado. Las enfermedades asociadas a esta miseria inclemente se manifestaron a las pocas semanas del inicio de la guerra civil. Nada había en las boticas que ofreciera remedios eficaces. Y el hecho que los sanitarios oficiales negaran las epidemias sin rigor alguno, no las hacía desaparecer. Nadie ponía remedio a esta catástrofe, porque era un episodio vergonzoso que se ocultaba. El negocio de los medicamentos estaba ahí y continúa esperando un estudio profundo. La realidad era que, en medio de este furor represivo, la falta de cualquier asistencia fue un castigo común que se mantuvo. La disciplina impuesta por los sublevados significó el hambre, la enfermedad y la muerte. Este disciplinamiento sobre una voluminosa población indefensa que no pudo huir y ahora no podía moverse se ejercía con la más cruel violencia. Al contrario de lo estudiado por los lacayos del régimen de Franco, el hambre fue extensa e inmisericorde sobre la población que quedó atrapada en la zona rebelde durante toda la guerra. Las enfermedades asociadas a esta hambre atroz diezmaron a un enorme grupo de personas. Y los remedios, las medicinas o el auxilio sanitario nunca llegaron de una forma real y suficiente a la población necesitada.

Escena supletoria

El aparato de propaganda del Cuartel General del Generalísimo se dedicó sin rubor alguno a difundir el «constante» amparo que las fuerzas rebeldes ofrecieron a la población que quedó en la zona ocupada. Unos civiles que habían desaparecido de la escena, pero que formaban el attrezzo de la transmisión de bondades ofrecidas por los vencedores de la Cruzada. Con posterioridad al teatro de la guerra, esta escenificación, esta contrafigura continuó en el seno de los poderes públicos sin excepción alguna. El régimen de Franco consideró que «la revolución es tarea de una minoría cuyos primeros pasos no entenderá la masa, pero que, al cabo, sustituirá la árida confusión de la vida colectiva con la alegría y la claridad del orden nuevo». Naturalmente la visión así construida, la perspectiva de un «auténtico y vigoroso movimiento social de alcance nacional», circuló por el conducto jerárquico, tanto durante la guerra como después de finalizada.

¹⁶ Javier RODRIGO: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 1-34. La cuestión de la centralidad de la violencia en los relatos sobre la Guerra Civil española y en sus memorias tiene, pues, hondas, sólidas, profundas y antiguas raíces. Íd.: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 25.

Cuadro 2. Capitanes médicos asimilados en la Universidad de postguerra.

| <i>Nombre</i> | <i>antes de la guerra Universidad</i> | <i>después de la guerra Universidad</i> |
|--------------------------------|---|---|
| Rafael Alcalá-Santaella Núñez | Valencia (1934) | Valencia (hasta 1948) |
| Fernando Alsina González | Santiago | Santiago |
| Guillermo Arce Alonso | Santiago (1934) | Salamanca (1943) |
| Rafael Argüelles López | Valencia | Valencia |
| Juan José Barcia Goyanes | Valencia | Valencia |
| Miguel Carmena Villalta | Cádiz | Valencia |
| Vicente Carulla Riera | Barcelona | Barcelona |
| Fernando Cuadrado Cabezón | Salamanca | Salamanca (1944) |
| Francisco Díez Rodríguez | Salamanca | Salamanca |
| Fernando Enríquez de Salamanca | Madrid | Madrid |
| Gumersindo Fontán Maquieira | Santiago | Santiago (1943), Madrid |
| Gonzalo García Rodríguez | Salamanca (1905) | Salamanca |
| Primo Garrido Sánchez | Salamanca (1912) | Salamanca (1939) |
| Salvador Gil Vernet | Salamanca, Barcelona | Barcelona |
| Carlos Gil y Gil | INC (Madrid) | Madrid |
| Lorenzo Gironés Navarro | Santiago (1933) | Barcelona (1944) |
| Enrique Hernández López | Cádiz | Cádiz |
| Leonardo de la Peña Díaz | Sevilla (1911) | Madrid |
| Juan José López Ibor | Salamanca | Madrid |
| Ricardo Lozano Blesa | Zaragoza | Zaragoza |
| Francisco Marco Merenciano | Valencia | Valencia |
| Francisco Martín Lagos | Cádiz (1927) | Madrid (1945) |
| Guillermo Martín Marín | Salamanca | Salamanca |
| Miguel Moraza Ortega | Salamanca | Salamanca |
| Ángel Moreu González-Pola | Valencia | Valencia |
| Arturo Núñez García | Salamanca (1903) | Salamanca |
| Guillermo Núñez Pérez | Salamanca | Madrid |
| Eusebio Oliver Pascua | Madrid | Madrid |
| Vicente Pallarés Irazo | Valladolid | Valencia |
| José Pérez López-Villamil | Salamanca | Santiago |
| Serafín Pierna Catalán | Salamanca (1930) | Salamanca |
| Ambrosio de Prada Garrido | Salamanca | Salamanca |
| Juan Puig Sureda | Barcelona | Barcelona |

| | | |
|------------------------------|------------------|------------------|
| Fermín Querol Navas | Salamanca (1935) | Salamanca |
| Rafael Ramos Fernández | Salamanca (1935) | Barcelona (1940) |
| Jacinto Reventós Bordoy | Barcelona | Barcelona |
| Ricardo Royo-Villanova | Valladolid | Madrid |
| Juan Sánchez Cózar | Granada | Granada |
| Gabriel Sánchez de la Cuesta | Sevilla | Sevilla |
| Ángel Sanchiz Roqué | Barcelona | Barcelona |
| Manuel Taure Gómez | Barcelona (1932) | Barcelona (1939) |
| Rafael Vara López | Cádiz (1934) | Madrid |
| Ramón Villarino Ulloa | Salamanca | Salamanca (1944) |
| Emilio Zapatero Ballesteros | Madrid | Madrid |

El personal de la estructura local y provincial del régimen, todos los cargos de las instituciones civiles contribuyeron de forma eficaz a la difusión de este mensaje, de esta burda recitación. Se enterró así cualquier representación de la realidad con una tramoya que aupaba la farsa a base de prebendas, de actitudes discrecionales y de un miedo por completo irrefrenable. El hecho no es nada nuevo. La realidad es simple. El pretendido amparo de los sublevados a los indefensos civiles, nunca existió. Ahora bien, como conocemos muy bien, las secuelas de este drama continuaron vivas.¹⁷ Impasibles e insensibles, permanecieron en escena todos aquellos que habían contribuido a falsear la realidad. y así, estos figurantes mudos pasaban ahora a cobrar su estipendio mientras la obra continuaba representándose. Administradores en general, funcionarios, médicos, practicantes, enfermeras y farmacéuticos obtuvieron su premio de la Dirección General de Sanidad en primera instancia y de los resortes del Estado en una proporción mayor. Fueron, como se esperaba, los diligentes, fieles y puntuales servidores del Estado español. Una parte considerable resultaron unos fervientes esbirros que controlaron la situación con mano de hierro.

Cuadro 3. *Nota breve sobre oficiales médicos asimilados en organismos públicos.*

| | |
|--|---|
| Antonio Albi Coll (teniente, 1938) | Alcalde de Barco de Ávila, procurador en Cortes |
| Manuel Álvarez Buylla (teniente, 1937) | Procurador en Cortes (1967 y 1971) |
| José Agra Varela (alférez, 1937) | Sanidad Falange. Revista “Ser”. |
| Vicente de Andrés Bueno (capitán, 1938) | Caja Nacional de Accidentes de Trabajo (1940) |
| Enrique Álvarez Sainz de Aja (capitán, 1937) | Dirección General de Sanidad |
| Félix Aparicio Fernández (alférez, 1936) | Gobierno político-militar de Ifni-Sáhara (1946) |
| Ramón Azaola Ordanza (teniente, 1937) | Instituto Nacional de Previsión |
| Juan José Barcia Goyanes (capitán, 1937) | Procurador en Cortes (1964, 1967, 1971) |
| José María Bermejo Correa (alférez, 1937) | Hospital provincial de Zaragoza |

¹⁷ Paul PRESTON: *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Madrid, Debate, 2011.

- José Botella Llusí (teniente, 1937)
Pedro Carazo Carnicero (teniente, 1939)
- José Córdoba Rodríguez (capitán, 1937)
Arturo Criado Amunategui (alférez, 1937)
Emilio Díaz-Caneja Canedo (capitán, 1937)
José Eguiagaray Pallarés (capitán, 1937)
- Carlos Elósegui Sarasola (capitán, 1937)
Alfonso de la Fuente Chaos (capitán, 1939)
- José María García Bravo Ferrer (teniente, 1938)
Joaquín García Morán (capitán, 1937)
Saturnino García Vicente (capitán, 1937)
José García-Cossío González (capitán, 1938)
Agustín García-Die Andreu (capitán, 1938)
Lorenzo García-Tornel Carros (capitán, 1937)
- Carlos Gil y Gil (capitán, 1937)
Manuel Gómez Durán (capitán, 1939)
José Gómez Orbaneja (alférez, 1937)
Norberto González de Vega Soto (alférez, 1938)
Cayetano Guerra Alemán (teniente, 1938)
Dámaso Gutiérrez Arrese (capitán, 1938)
Pablo de la Peña Regidor (teniente, 1938)
Francisco López de la Grama (alférez, 1938)
Juan López Miguel (teniente, 1937)
Primitivo de la Quintana López (teniente, 1938)
- Alfonso Martín de Santaolalla (alférez, 1937)
Luís Morales Noriega (capitán, 1939)
Antonio Moreno Monforte (alférez, 1937)
Jacinto Navas González (capitán, 1937)
Guillermo Núñez Prado (capitán, 1937)
(1939).
- Procurador en Cortes (1967 y 1971)
Presidente de la Diputación de Burgos (1965-1977). Procurador en Cortes (1971)
Director del Manicomio Sant Boi de Llobregat
Inspector General de Sanidad Militar (1980)
Director del Hospital Valdecilla, Santander
Alcalde de León, presidente de la Diputación, procurador en Cortes.
Patronato Nacional Antituberculoso
Jefe nacional Obra 18 de Julio. Procurador en Cortes (1943-1971).
Procurador en Cortes (1967)
Director del hospital de la CRE de Oviedo
Consejo General de Colegios Médicos
Instituto Nacional de la Silicosis
Director Hospital del Sagrat Cor, Barcelona
Ayuntamiento de Barcelona (1939-1952).
Vocal del Consejo General Colegios Médicos (1939).
Dirección General de Sanidad. INC.
Hospital militar Gómez Ulla, Madrid.
Beneficencia provincial de Madrid
Servicio antituberculoso del Estado.
Director del Hospital Insular de Las Palmas
Consejo Nacional de Sanidad (1944)
Dirección general de Sanidad
Clínica del Trabajo
Procurador en Cortes (1967 y 1971)
Consejo Nacional de Sanidad. Jefatura provincial de Sanidad de Madrid.
Comisión gestora: Alcalde de Alicante
Director del hospital de San Sebastián
Alcalde de Teruel. INP
Hospital de Córdoba
Consejo General de Colegios Médicos

| | |
|---|---|
| Emilio Ortiz Fernández (alférez, 1937) | Alcalde de Don Benito (Badajoz), 1953-1960 |
| Higinio Paris Eguilaz (teniente, 1937) | Consejo de Economía Nacional |
| Salvador Pascual Ríos (capitán, 1937) | Dirección General de Sanidad |
| Francisco Ponte Ferreiro (capitán, 1937) | Inspección de Emigración |
| Julio Pozueta Jaén (alférez, 1937) | Diputación Foral de Navarra |
| Alfredo Prieto Vidal (alférez, 1938) | Director del Hospital Psiquiátrico de San Luís, Palencia. |
| Jacinto Reventós Bordoy (capitán, 1938) | Hospital militar de Barcelona (1939-1943) |
| José Rincón de Arellano García (alférez, 1937) | Alcalde de Valencia, Presidente de la Diputación |
| Fernando Rodríguez-Fornos (capitán, 1937) | Patronato Nacional Antituberculoso |
| José Roperó Fernández (teniente, 1937) | Diputación Cáceres. Procurador Cortes (1956) |
| Venancio Sáenz de Tejada (alférez, 1938) | Obra materno-infantil. DGSA |
| Miguel Sagardía Laurnaga (teniente, 1937) | Diputación de Guipúzcoa. Procurador en Cortes (1952-1958) |
| Adolfo Sánchez García (teniente, 1938) | Procurador en Cortes (1967 y 1971) |
| Rafael Tejedor Torcida (teniente, 1938) | Ayuntamiento de Valladolid |
| Antonio Vallejo de Simón (capitán, 1938) (Madrid) | Instituto de Higiene. Hospital del Rey |
| Justo Vega Fernández (teniente, 1937) | Alcalde de León (1941-1944) |
| Eugenio Zubimendi Marcé (teniente, 1938) | Ayuntamiento de Valladolid. |

Entre la multitud de civiles que debían haber tenido amparo en la zona ocupada, la sumisión y la represión se mantuvieron durante décadas, incluso a veces con el terrible convencimiento de estar viviendo en la pura irrealidad. Ello tuvo quizá como consecuencia que cuando se produjo el fallecimiento del dictador, el lento desenlace de la obra largamente representada, les pillase a contrapié. Este estado de desamparo de las zonas que se vieron diezmadas desde el mismo momento de la ocupación rebelde provocó la falta inmediata de reacción cuando por fin cayó el telón de foro y se pudo salir de las bambalinas. En determinadas áreas eran demasiados años y se habían llevado por delante a demasiados espectadores. Pienso sinceramente que la actitud frente a la Transición en las zonas que fueron ocupadas en el transcurso de la guerra es bastante disimilar a la que ha habido en las otras áreas. Pero, paremos aquí cualquier especulación de trabajo inacabado. Lealmente creo que esta es una comprobación de todo punto necesaria, que deberemos realizar más pronto que tarde.

Reseñas

Matteo TOMASONI: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo redondo (1905-1936)*, Granada, Comares Historia, 2017, 311 pp., ISBN: 9788490454985

Miguel Ángel Ruiz Carnicer
Universidad de Zaragoza

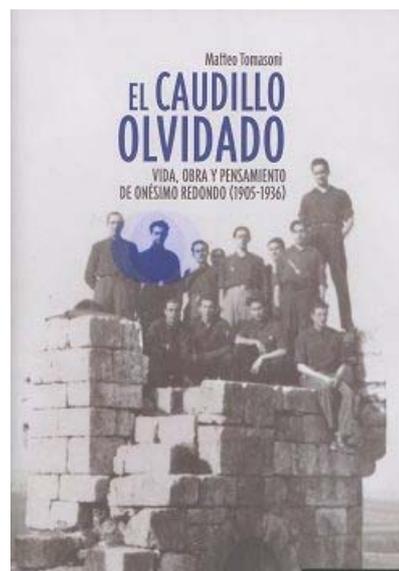
El caudillo congelado

En febrero de 2016 se iniciaron los trabajos de desmontaje del monumento a Onésimo Redondo que recibía los vientos castellanos en el cerro de San Cristóbal de Valladolid. Era una aplicación tardía de la ley de Memoria histórica de 2011, al igual que tardía fue la erección del monumento, 1961, cuando el régimen avizoraba ya otro tipo de discurso que no era el de la reafirmación del fascismo que se rebeló ante la II República, y la modernidad que traía el desarrollismo se iba perfilando ante sus ojos.

Las casi cinco toneladas de este conjunto escultórico mostraban una perfecta definición de lo que fue o quiso ser el fascismo, mejor seguramente que algunos de los gruesos y eruditos trabajos que realizamos en el gremio de historiadores: un campesino, un estudiante, un obrero, un combatiente y el eternamente joven castellano -Onésimo nunca conoció la vejez; murió con 31 años- que aparecía como síntesis de ello. Redondo venía a sustanciar –al menos en el imaginario del franquismo- las pulsiones culturales y políticas de un tiempo denso y duro en la Europa de entreguerras pero también de todo el proceso de fascistización de una parte importante de la sociedad española que había llevado a la guerra y la *victoria*.

Este Onésimo Redondo Ortega que aparece retratado en el libro del estudioso italiano Matteo Tomasoni, muy integrado en el mundo de la historiografía profesional contemporánea española, ha tenido un encaje difícil en la historia del franquismo salvo como un mito menor, un “ausente” de segunda en comparación con el “gigante” José Antonio, auténtico mito fundador del régimen –en el hueco que Franco le dejó, claro está-. Su memoria fue mantenida por el cambio de nombre de su pueblo natal, Quintanilla de Abajo, y la pervivencia de su recuerdo en algunos monumentos y conmemoraciones castellanas como uno de los pocos líderes políticos castellanistas del siglo pasado.

Onésimo Redondo (para muchos Onésimo, usando la exaltación propia del uso del nombre de pila como toda identificación) es una muestra casi perfecta del proceso de fascistización que experimenta un joven agrarista –en realidad, enamorado del campo y sus ritmos y estaciones- y católico, inquieto y de orden a la vez radicado en la provincia castellana en la segunda mitad de los años veinte y en los años treinta. El punto de partida es un entorno religioso tradicional de rígida observancia ritual y un contexto rural en el sentido de conexión con la naturaleza y lejos del *artificio* urbano, muy ligado a la tierra y a las tradiciones. El joven



Redondo va a experimentar una socialización religiosa a través de los Jesuitas (va ser uno de los jóvenes *luises*) y luego en el seno del catolicismo político de los propagandistas con el propio cardenal Herrera Oria y su hermano Luis como mentores. Este es el punto de partida de este joven formado como abogado en Salamanca y luego vuelto al mundo del cooperativismo remolachero vallisoletano, aunque sus crecientes inquietudes políticas le llevaron a convertirse en un ejemplo de cómo surge un dirigente fascista de forma casi autodidacta a partir de sus experiencias intelectuales: lecturas de Menéndez Pelayo, Maeztu, autores tradicionalistas del XIX, Sorel y *Mein Kampf*; estancias en el extranjero como la influyente estancia en Mannheim en 1928-29, la experiencia vital en la Castilla deprimida de sus años o publicaciones como *Acción Española*. A partir de ahí, Redondo se va construyendo como un sujeto político crecientemente movilizado y atraído por una idea nacionalista muy potente, que bebe en el mismo contexto cultural europeo del fascismo italiano y el nazismo alemán y que le lleva a ir más allá de la *blandura* con que los dirigentes propagandistas y la propia Iglesia defienden una causa puesta según él en jaque por el judaísmo, el bolchevismo y la masonería, apoyados todos ello por el gran capital.

El retrato que Tomasoni nos presenta aquí, y que ha contado con documentación nueva de carácter epistolar y personal como apuntes de lecturas y esquemas para charlas halladas por el investigador, nos muestra un Redondo que va más allá de ese carácter conservador y sobre todo religioso que le ha hecho aparecer históricamente como un precedente agrarista y anticuado de un fascismo que se apoyaría en los elementos auténticamente modernizadores de la derecha radicalizada como Ramiro Ledesma Ramos o el propio José Antonio Primo de Rivera. Nos encontramos sin embargo con un dirigente dispuesto a la utilización de la violencia, admirador de Hitler y de su modelo político como más acabada unión de nacionalismo basado en una comunidad ideal, claro defensor de los modelos corporativos en lo económico y representativo y, quizá el rasgo más curioso en el contexto español, un decidido antisemita, editor y difusor de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, que hará de la denuncia del judaísmo uno de sus rasgos más marcados. Mientras que el antisemitismo no tiene presencia apenas en los textos y discursos de sus compañeros en la construcción del fascismo hispano, aquí nos encontramos con una temprana denuncia de los planes judíos que en el caso de España pasaban por una II República que para él era la encarnación de todos los enemigos del esencialismo menendezpelayista de España que era la base más firme de su visión política. Así lo proclama como director de *Libertad*, en su faceta periodística o más bien de agitador político.

Es ese rechazo a la República de 1931 lo que le lleva a extremar su movilización política, colaborando con la sanjurjada y sufriendo por ello el exilio en Portugal. Denunciará el separatismo catalán con gran tenacidad y participará de la necesidad de un levantamiento contra las autoridades republicanas a cuyos dirigentes tildará públicamente de asesinos. No hay duda del grado de compromiso con un 18 de julio que aunque él no pudiera preparar por estar detenido por el gobierno frentepopulista, era completamente consecuente con sus ideas e iniciativas pues para él la supervivencia de España como nación pasaba por la eliminación del régimen republicano.

El aporte de este trabajo pues no es tanto las ya conocidas aventuras políticas del vallisoletano que le llevaron a la creación de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, luego a la formación de las JONS para finalmente converger en el partido FE y de las JONS ya bajo la dirección joseantoniana, sino el retrato completo y complejo, íntimo incluso, que se nos

hace de un joven convertido en un ejemplo de un proceso de fascistización comparable a cualquier otro dirigente de segundo nivel de los fascismos europeos. Su pronta muerte –casi accidental– en una escaramuza inicial de la guerra le dejó congelado en el tiempo, ajeno a lo que sería el desarrollo de la guerra, y su resultado, el establecimiento del régimen franquista. Su utilización posterior y la propia proyección de su esposa, Mercedes Sanz Bachiller, luego casada en segundas nupcias con otro de los dirigentes jonsistas de primera hora como Javier Martínez de Bedoya, contribuyeron a mantener su memoria y la identificación con la construcción política de los vencedores.

En ese sentido, la peripecia vital de Redondo reafirma algunas ideas fuerza que el prologoista de la obra, Ferrán Gallego, ha defendido en *El evangelio fascista*: que el contexto europeo para la extensión del fascismo marca y explica también el caso español y la dictadura franquista y que no se puede hacer una división tajante entre sectores católicos y sectores fascistas o fascistizados pues hay unos elementos comunes y una importante identidad de objetivos que se puede resumir en la necesidad de la contrarrevolución y la destrucción de la democracia. Redondo, con su rosario diario y su misa cotidiana, partidario de un acuerdo con Acción Nacional y luego con la CEDA y otros sectores *nacionales*, no tuvo problema en ser un relevante agente para la fascistización de muchos jóvenes castellanos y a la hora de conformar un movimiento que era la versión española de una oleada internacional que impregnó Europa.

Redondo será el elemento de menos peso en el triumvirato original del fascismo español, pero se convierte en ejemplo de libro del proceso de radicalización que define toda una época. Frente a Ramiro Ledesma, Onésimo se mantuvo siempre fiel a José Antonio tras la ruptura en 1935 en el seno del fascismo español, lo que le dio un perfil más leal pero también más conformista en comparación con el heterodoxo Ledesma Ramos, quien por ello pudo ser recuperado desde fines de los años cincuenta y en los sesenta por los sectores críticos del falangismo que reprochaban al franquismo su instalación en la mediocridad y su traición a los objetivos acerados de una España nacional-sindicalista por la que muchos lucharon en la guerra. Tomasoni dedica en sus conclusiones algunas páginas a ese uso de la memoria del llamado Caudillo de Castilla durante el franquismo, aunque hubiera sido muy oportuno desarrollar más este tema de la utilización de su figura por el régimen y seguir la pista de las citas que se le hacían, su presencia en los medios falangistas, o la conmemoración de su *martirio*.

Y es que el franquismo se apropió sin problemas de este líder castellano dado que aglutinaba los principales elementos de lo que fueron los alzados, por su alineamiento con José Antonio en los días de división del fascismo hispano y por el peso que el factor castellanista va a tener en la caracterización de la España victoriosa en contraste con los separatismos derrotados. Castilla, esa Castilla milenaria que se conmemoraba en 1943 aparecía retóricamente como la referencia y ejemplo de la nueva España, algo que hubiera complacido mucho a su extinto defensor.

En todo caso, Redondo será una figura que no tendrá la misma capacidad de erigirse como una referencia de peso a nivel nacional como sus antiguos camaradas. De ahí esa tardía fecha de 1961 a la hora de erigirle un monumento en su tierra natal y la relativa discreción de su figura durante la dictadura franquista, siendo un nombre más en la retahíla de protomártires y mártires de la causa: Calvo Sotelo, Ruiz de Alda, Onésimo Redondo y por supuesto, el “ausente” José Antonio.

Tomasoni argumenta que es el “Caudillo olvidado” por el escaso número de estudios sobre su dimensión y trayectoria. Desde luego su recuperación hay que verla como un aporte muy relevante a la hora de reconstruir el proceso de fascistización de tantos jóvenes de los años veinte y treinta, con su interacción de factores filosóficos, políticos, sociales, económicos, culturales y vitales que hacen posible lo que llamamos fascismo del periodo de entreguerras. Aquí tenemos espléndidamente dibujado el tránsito de cómo un joven católico, de orden, activo propagandista y rezador habitual se convierte en un defensor de la acción violenta contra el enemigo político, un convencido antisemita y un heraldo del nuevo amanecer nacional que en realidad estaba teñido de sangre y miseria.

Enrique MORADIELLOS: *Historia mínima de la Guerra Civil española*. Madrid, Turner, 2016, 298 pp., ISBN 9788416714025

Carlos Gil Andrés
IES Inventor Cosme García (Logroño)

Una referencia básica de la Guerra Civil

“¿Por qué y para quién escribimos los historiadores?”. La pregunta es de la historiadora colombiana Marixa Lasso.¹ Bueno, en realidad no es una cuestión original. Muchos historiadores se la han planteado alguna vez, al menos aquellos preocupados por el sentido y la finalidad de su trabajo, por la transmisión del conocimiento más allá del ámbito académico y de las publicaciones especializadas. El profesor Enrique Moradiellos es uno de ellos. Desde hace muchos años nos ha dejado pruebas de su esfuerzo por divulgar el saber histórico. En las estanterías de muchas bibliotecas públicas podemos encontrar ejemplares de sus libros sobre las bases del oficio de historiador, la enseñanza de la historia, la España de Franco, los mitos de la Guerra Civil, el contexto internacional del conflicto bélico español o la figura de Juan Negrín, a quien ha dedicado una biografía tan completa como apasionante.



Enrique Moradiellos es uno de los mayores especialistas en el estudio de la Guerra Civil española. Pero no basta con el conocimiento. Hay que tener también la voluntad de difundir lo que uno sabe, con el empeño y la dedicación que exige esa tarea. Y la capacidad para hacerlo, combinando el análisis riguroso con la narración accesible, la síntesis con el cuidado de la prosa. Muchas virtudes que podemos apreciar, reunidas, en las páginas de su último libro, *Historia mínima de la Guerra Civil española*.

La pregunta de la historiadora Marixa Lasso, por qué escriben los historiadores, y para quién lo hacen, forma parte de una reflexión más amplia motivada por el comentario de un colega colombiano: “¿Por qué escribir un libro si con ese esfuerzo se pueden escribir cuatro artículos en revistas especializadas?”. Así es, en la universidad colombiana, como en la española, escribir dos o tres artículos en publicaciones de carácter científico es mucho más rentable, desde el punto de vista de la carrera profesional y el reconocimiento profesional, que escribir un libro. Ninguna institución educativa valora la importancia de un libro de síntesis, de un ensayo histórico pensado para lectores no especialistas o de un manual de texto para estudiantes. Dedicar uno, dos o tres años de esfuerzo intelectual a la tarea de escribir un buen libro de historia es algo muy poco recomendable, casi una renuncia insensata, una pérdida de tiempo si nos atenemos a los criterios de las agencias de evaluación del trabajo académico.

¹ Marixa LASSO: “¿Por qué y para quién escribimos los historiadores?”, *El Espectador*, 29-5-2016, <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/y-quien-escribimos-los-historiadores-articulo-635072>

Y de esta manera, argumenta Marixa Lasso, aumenta la brecha entre el conocimiento histórico y las personas del común, crece la distancia entre los historiadores y la sociedad: “¿nos estamos comunicando con el público? ¿Le estamos contando al país su historia?”. Porque ese espacio que no ocupan los historiadores no permanece vacío. Los ciudadanos adquieren una visión de su pasado a través de la familia, de sus grupos más cercanos y afines, de las noticias de la prensa y la televisión; aprenden historia en los museos, las novelas históricas, las películas y el teatro. Donde, de forma paradójica, la buscan y la encuentran cada vez menos es en los libros de historia escritos por historiadores profesionales.

Podemos lamentarnos, y echar la culpa a los cambios vertiginosos de la cultura digital, a la crisis de las humanidades, a la desidia de las autoridades educativas o a la inadecuación de los planes de estudios. Pero también podemos hacer algo. Creer que la divulgación forma parte del trabajo de los historiadores, participar en los debates públicos, publicar en los medios de comunicación y colaborar con las iniciativas culturales que nacen de la sociedad, por ejemplo. Y escribir libros de historia. Escribir pensando en un público amplio. Libros que acerquen el conocimiento a los lectores no especializados. Libros pensados para que nos quieran leer, sin abusar de la erudición, con una narración cuidada y una edición esmerada, explicando la complejidad de los problemas y procesos históricos de una manera clara y accesible.

El profesor Enrique Moradiellos nos ofrece un buen ejemplo con el libro que reseñamos aquí. ¿Cuántos libros se han escrito sobre la Guerra Civil? Miles y miles. Seguramente, después de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto bélico español sea el acontecimiento histórico sobre el que más páginas se han publicado. La bibliografía es inabarcable. Y cada año se suman nuevos títulos que superan la capacidad de lectura de los estudiosos más atentos. Pero si un lector no especializado nos pide que le recomendemos un solo título, uno actualizado, bien escrito y atractivo, empezamos a pensar y acabamos ofreciendo una lista amplia, con muchos autores, que no responde a la petición. Ahora, con la *Historia mínima de la Guerra Civil española*, tenemos una respuesta concreta, una referencia básica.

El libro tiene un subtítulo largo que revela lo que el lector va a encontrar en su interior: las causas, el desarrollo, las consecuencias y los protagonistas de la gran tragedia española del siglo XX. Esta declaración de intenciones se repite en un breve prefacio en el que el autor subraya que su interpretación de la contienda de 1936-1939 se enmarca dentro del mayor grado posible de rigor historiográfico. Y lo hace apoyándose en una buena cita de Enzo Traverso: un intelectual, un historiador, no debe olvidar la autonomía crítica esencial para su trabajo. En el caso que nos ocupa, apunta Moradiellos, presentando en toda su complejidad los perfiles básicos del conflicto español “con sus pertinentes matices de luces y sombras, sin ánimo beligerante sectario, ni propósito maniqueo intencionado”.

Con este propósito de partida arranca el libro en un primer capítulo muy interesante, “La Guerra Civil entre el mito y la historia”, que eleva el texto muy por encima de la narración de los acontecimientos. Conocemos en las páginas que siguen la definición de guerra civil y las principales causas de la contienda española, un conflicto endógeno pero con una proyección internacional excepcional, que se convirtió en su día en el foco de la atención de la opinión pública mundial y que, desde entonces hasta ahora, pasados ochenta años, sigue levantando pasiones y controversias. Y repasamos, además, las visiones míticas de la guerra, desde la “gesta heroica” de las décadas de la posguerra hasta la “locura trágica” del final del franquismo y los años de la transición a la democracia para llegar, en los años ochenta del siglo pasado,

a la eclosión bibliográfica de la nueva historiografía española en la que se incluyen los propios trabajos de Enrique Moradiellos.

El segundo capítulo, en un excelente ejercicio de síntesis, presenta la historia de la Segunda República en apenas cuarenta páginas que podrían publicarse y leerse por separado, de manera autónoma. El lector es difícil que encuentre, en ningún otro libro, en tan breve espacio, una presentación tan completa de los acontecimientos, logros, problemas y conflictos del quinquenio republicano en el que confluyeron y se enfrentaron, según el autor, no dos Españas sino más bien tres proyectos políticos antagónicos: el reformismo democrático, la reacción autoritaria y la revolución social. Las “Tres Erres”, reforma, reacción y revolución. Una competencia triangular, en un equilibrio inestable segado, en el verano de 1936, por el golpe de Estado protagonizado por los militares sublevados contra la legalidad del Estado republicano.

El capítulo tercero está dedicado al estallido de la guerra y el despliegue del golpe militar, parcialmente fallidos, que en un empate de éxitos y fracasos partió a España a dos y abrió las puertas de una guerra total y de la violencia masiva de ambas retaguardias. Los capítulos cuatro y cinco abordan la construcción de la dictadura caudillista de Franco en el bando insurgente, apoyada en los tres pilares sobre los que se cimentará el régimen (el ejército combatiente, la Iglesia militante y el partido único fascista), y el colapso del Estado republicano, por otro lado, que tuvo que hacer frente al desafío revolucionario mientras atendía, como podía, a las demandas de una guerra que no podía ganar.

La dimensión internacional de la guerra, convertida España en el “reñidero” de toda Europa, es el objeto del capítulo sexto. En estas páginas advertimos que quien escribe es uno de los mayores especialistas en el tema. Que pisa firme en ese suelo. Las conclusiones son claras: la internacionalización del conflicto creó condiciones ventajosas para el bando insurgente y provocó un lento desahucio de la causa republicana. La victoria rotunda de Franco no puede entender sin la constante ayuda de las potencias fascistas. La derrota militar de la República aparece narrada en el capítulo séptimo. En treinta páginas podemos seguir el curso de los acontecimientos bélicos entre la guerra de movimientos del inicio de la contienda, con los nombres propios y los lugares esenciales, hasta la larga guerra de desgaste, batalla a batalla, que concluyó con el triunfo aplastante de los sublevados.

El capítulo que cierra el libro se titula “Vencedores y vencidos: el coste humano de la Guerra Civil”. Además del recuento actualizado de los muertos de la guerra (incluyendo los combates, la represión y las privaciones de todo tipo), el autor incluye el desplome del producto interior bruto nacional y la destrucción de las infraestructuras, en el escenario de una durísima posguerra, que impidieron que la economía española no recuperara su tendencia de crecimiento hasta 1956. El libro se cierra con unas páginas muy pertinentes sobre la España del exilio, una enorme “hemorragia humana” que dejaría lastrado el futuro del país durante mucho tiempo. La larga sombra del franquismo.

Quizás aquí, en este punto final, se echan en falta unas páginas que introduzcan al lector en la principal consecuencia de la guerra, las cuatro décadas de dictadura militar impuesta por los vencedores, la gran excepción española en la historia del siglo XX, que un dictador salido de la Europa de entreguerras se mantuviera en el poder durante tanto tiempo. Unas páginas, también, en las que autor presentara la oportunidad del libro y del conocimiento histórico de una guerra ocurrida hace ochenta años, y el debate actual que sigue existiendo en torno a la manera de recordar ese pasado traumático, su uso público. De eso habla también

Enzo Traverso. Porque en la cita inicial el historiador italiano no defiende solo la autonomía del intelectual. Además de una cierta distancia crítica, Traverso dice que, para ejercer su oficio, el historiador debe ser consciente de aquello que lo une al objeto de su investigación, lo cual conlleva siempre una “transferencia”, una parte de subjetividad que refracta como un prisma los sucesos históricos y “orienta su mirada”.² ¿Qué nos une al objeto de nuestra investigación? Volvemos a las preguntas iniciales. ¿Por qué y para quién escribimos los historiadores? Esperemos que sea un libro para muchos, para miles de lectores. Y que así lo demuestren las sucesivas ediciones.

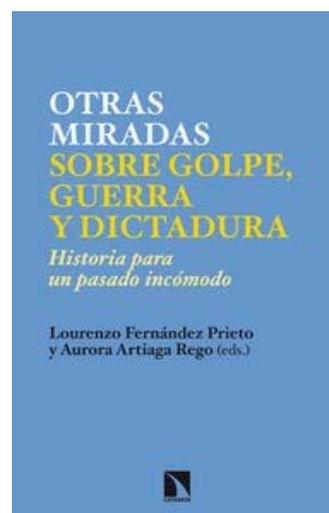
² Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, PUV, 2009, pp. 24-25.

Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Aurora ARTIAGA REGO (eds.): *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, La Catarata, 2014, 352 pp., ISBN 9788483199367

Claudio Hernández Burgos
Universidad de Granada

Ahondando en los relatos sobre la guerra y el franquismo

“España es el país donde las diferencias en los modos de pensar se ventilan a tiros [...] Los españoles usan sus ideas como si fuesen bombas de mano”. Estas palabras del escritor nacido en Azpeitia, José de Arteche, reflejaban sus impresiones de la Guerra Civil en pleno frente de batalla. Sin duda, la realidad descrita por Arteche no constituye un elemento intrínseco del ADN español, pero, qué duda cabe, que hoy en día el conflicto que partió a España en dos y el régimen que surgió de sus cenizas siguen siendo utilizados por muchos como un arma arrojadiza. Se trata, en efecto, de un “pasado incómodo” que continúa presente en el espacio público, la memoria y los relatos que recorren nuestra actualidad y que tanto dentro como fuera del mundo académico sigue desatando pasiones enfrentadas, inconveniencias y controversia.



Otras miradas. Sobre golpe, guerra y dictadura se mete de lleno en ese pasado incómodo y lo hace valiéndose de una perspectiva cronológica muy amplia: desde los comienzos del siglo XIX hasta nuestros días. En sus páginas se dan cita textos muy diversos, firmados por investigadores pertenecientes a diferentes generaciones y con campos de estudio muy variados. Sin embargo, la obra pivota en torno a marcos teóricos y metodologías comunes: como el enfoque de la “historia desde abajo”, la historia sociocultural o las perspectivas más recientes en torno a los modos de vida del campesinado y el mundo rural. Esto dota al conjunto del volumen editado por Fernández Prieto y Artiaga Rego de la solidez y coherencia que no siempre es posible encontrar en las obras colectivas.

El libro se inicia con una introducción en la que se exponen las ideas esenciales que articulan los textos. Los autores parten de la idea de la inexistencia de un relato sobre el golpe, la guerra y la dictadura que achacan a la existencia de dos relatos –el franquista y el antifranquista– que deben ser superados. No pretenden –lo dejan claro desde un principio– ofrecer un relato definitivo, sino más bien enseñar al lector los ingredientes para la generación del mismo. Un relato que no depende de la historiografía, pero cuyas claves interpretativas deberían ser brindadas por ésta. En definitiva, Fernández Prieto y Artiaga Rego postulan la necesidad de integrar los valiosos avances que se están realizando en estos campos en esa nueva narrativa, para lo que estiman imprescindible visitar, “mirar con otros ojos”, el pasado incómodo de España

En el primer capítulo Miguel Cabo y Xosé R. Veiga analizan el proceso de fortalecimiento de la sociedad civil y de la opinión pública en Galicia, analizando la creciente participación política de la sociedad desde 1808 hasta las vísperas del golpe de Estado de 1936. Para ello, defienden una noción amplia de lo político y muestran la ausencia de linealidad en los niveles y formas de participación a lo largo del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. A continuación, Lourenzo Fernández y Antonio Míguez firman un capítulo que sirve para presentar los resultados del proyecto “Nomes e Voces”. En éste los autores comentan la importancia del proyecto financiado por la Xunta de Galicia y su interés de establecer un diálogo entre Historia y memoria. Asimismo, explican las motivaciones que les llevaron a realizar numerosas entrevistas orales y, finalmente, ofrecen interpretaciones en torno a la violencia desencadenada en Galicia tras el golpe de Estado, con datos que demuestran el alcance de la represión y la naturaleza masiva de las persecuciones realizadas.

En el tercer capítulo, Aurora Artiaga examina la movilización rebelde en Galicia valiéndose de un amplio abanico de fuentes archivísticas. En su texto, intenta establecer un diálogo entre el relato mitificado de la movilización de los combatientes gallegos y la realidad. Su conclusión es que lejos de ser Galicia una “nueva Covadonga” que nutrió de voluntarios al Ejército rebelde, la realidad demostró la importancia de la coerción y del reclutamiento forzoso, si bien la movilización fue importante tanto en la primera como en la segunda línea de batalla, donde las milicias adquirieron gran importancia. De la movilización militar también se ocupa el capítulo de Francisco Leira, pero lo hace tratando de estudiar y clasificar las heterogéneas actitudes que los combatientes gallegos adoptaron no solo ante el reclutamiento, sino también frente a la experiencia de las trincheras, la violencia o la propaganda. Las actitudes son también el objeto de atención del capítulo de Antonio Míguez. Aunque toca diversos asuntos, quizás lo más atractivo resulte su utilización de los conceptos de adaptación y resistencia –ya propuestos por Rodríguez Barreira– para el estudio de las mismas. Dos conceptos que entiende como caras de una misma moneda y que, a su juicio, englobarían la mayor parte de los compartimentos que dieron forma al régimen de Franco.

El sexto capítulo, del que son autores Lourenzo Fernández y Daniel Lanero examina las luchas de poder desplegadas en el seno del Sindicato de productores de semillas de Pontevedra. Estas pugnas, aparentemente intrascendentes y localizadas, resultan, desde su punto de vista, un episodio relevante de las diferentes facciones que componían la dictadura y, sobre todo, del proceso de destrucción de la sociedad civil activado por la dictadura, que traspasó las fronteras de lo político para convertirse en generacional. El mismo Lanero, junto a Ana Cabana presenta una propuesta de microhistoria del poder local durante el franquismo. Este acercamiento a lo local les sirve para observar luchas de poder y clientelas, pero también para comprobar el desbaratamiento de los códigos culturales y sociales comunitarios por parte de las autoridades del régimen y las dinámicas de negociación que se dieron a escala local y que demuestran el complejo funcionamiento cotidiano de la dictadura

Entrando en el tardofranquismo y la Transición, Araceli Freire ofrece un estudio de caso sobre los conflictos en torno al uso y explotación del Monte Serra de Casano e Lardeira, tratando de conectar montes, comunidades rurales y Administración. Su conclusión es que las comunidades rurales obligaron al régimen adaptarse a sus demandas, si bien éste no lo hizo gratuitamente y mantuvo un control sobre dichos espacios. Más teórico, el siguiente capítulo firmado por la propia Freire junto a Díaz Geada al proceso de cambio social en el campo rural

gallego. Basándose en estudios antropológicos y sociológicos y en fuentes orales, las autoras tratan de valorar el alcance de las transformaciones experimentadas sobre sus habitantes y el impacto que tuvieron las relaciones comunitarias. Por último, el libro se cierra con el capítulo de Andrés Domínguez y Borja Santiago, en el que, tras realizar un recorrido sobre la actualidad de la docencia de la Guerra Civil, ofrece una propuesta de nuevos contenidos, muy vinculada al propio proyecto de “Nomes e Voces”, que apuesta por fijar la mirada sobre las víctimas y los perpetradores.

En su conjunto el enfoque sobre golpe, guerra y dictadura funciona bastante bien a lo largo de los capítulos que conforman la obra. Sin duda, no parece inintencionada la ruptura del manido binomio República-Guerra Civil y la apuesta por una visión amplia del régimen franquista desde sus orígenes hasta sus estertores. La obra no deja de ser el producto del buen trabajo que realizan los componentes del grupo de investigación Histagra y esto se traduce en un enfoque muy definido y de resultados contrastados. Sin embargo, la amplitud del tema tratado y la perspectiva de la que parten sus autores, puede provocar que el lector encuentre ciertos desequilibrios entre las contribuciones, que eche en falta algún capítulo dedicado explícitamente a la cuestión del nacionalismo o el catolicismo durante la dictadura o que vea el libro en su conjunto muy escorado hacia el mundo rural. Estas carencias –asumibles en la medida en que afectan a la mayor parte de los libros colectivos– no restan en absoluto valor al libro. Más bien dejan abierta la posibilidad de emprender nuevas investigaciones en el futuro.

En su conjunto *Otras miradas* es una obra interesante, con algunas propuestas teóricas y desafíos que quienes tenemos por campo de estudio este periodo deberíamos, al menos valorar. No está de más que nos cuestionemos por las razones de la fortaleza de la visión dualista –franquista y antifranquista– que continúa dominando las narrativas en torno al golpe de Estado, la Guerra Civil y la dictadura franquista. Interpelarnos por la naturaleza y el funcionamiento del régimen, sus apoyos sociales, las actitudes de los ciudadanos y la relación de éstos con sus instituciones es esencial para conocer mejor el porqué de su larga trayectoria o su permanencia más allá de la existencia vital de su fundador. Pese a todo, el relato por el que claman los autores del libro lleva tiempo “cocinándose”. Es cierto que puede que no tenga la solidez y la densidad necesaria, pero no es menos cierto que hace ya tiempo que muchos investigadores abandonaron esa dualidad –franquismo/antifranquismo– para ofrecer interpretaciones más complejas sobre el periodo 1936-1975. Los verdugos, perpetradores y mediadores aparecen en los estudios sobre la represión franquista; las adaptaciones, las contradicciones y las ambivalencias parecen ganar protagonismo en los trabajos dedicados a examinar las actitudes de la población; las miradas al espacio situado entre los mitos del régimen y la realidad son cada vez más profundas y certeras; y, en definitiva, la complejidad se impone sobre explicaciones tajantes y permanentes. Quizás, el problema no esté tanto en la necesidad de ese nuevo relato, sino más bien en que éste trascienda los muros de la academia y llegue al conjunto de la sociedad donde es más necesario que en ningún otro lugar.

David BAIRD: *Historia de los maquis. Entre dos fuegos*, Córdoba, Almuzara, 2016, 368 pp., ISBN 978-84-16776-76-4

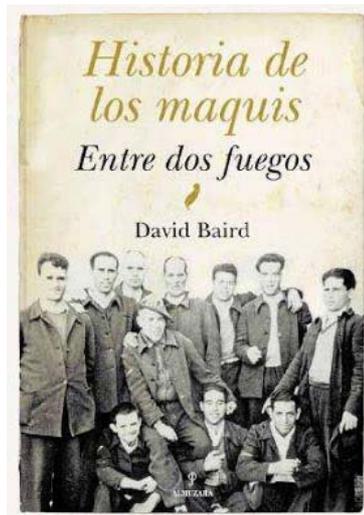
Alejandro Rodríguez Gutiérrez
Universidad de Santiago de Compostela

La resistencia armada y sus nuevas perspectivas

Historia de los maquis. Entre dos fuegos, de David Baird y editado por Almuzara por primera vez en 2008, se ha reeditado a finales del pasado año 2016 (ISBN 978-84-16776-76-4), con una nueva edición ilustrada, mucho más visual y completa que la primera, aunque la estructura y el texto continúan siendo los mismos editados por primera vez. Trataremos de adentrarnos en este libro y, a través del mismo, analizar el desarrollo del estudio de la guerrilla antifranquista y sus posibilidades hoy en día.

Frigiliana, un pueblo de Axarquía malagueña de apenas 3000 habitantes a día de hoy, podría ser perfectamente un modelo, el ejemplo que explicase la situación real en la que se encontraba una gran parte de la sociedad española tras la Guerra civil – o más bien como consecuencia de ella –, especialmente aquella que residía en zonas rurales. La historia de Frigiliana en los albores de la década de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, es muy similar a la de Potes en Cantabria, la de Ferradillo en León, la de Santa Cruz de Moya en Cuenca o tantas otras repartidas por toda la geografía estatal. Es la historia de la continuación de la guerra. Una guerra que para nada había finalizado el 1 de abril de 1939, una guerra sucia, oscura, clandestina, en la que se vieron envueltas miles de personas. Es más, en algunos casos, no supone la continuación del conflicto bélico nacional, supone su único desarrollo. Alejadas de los frentes de batalla tras el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, diferentes zonas tan “sólo” experimentan la resistencia, el fenómeno de los huidos, de los maquis, de los guerrilleros, de los del monte, de aquellos que se niegan a aceptar la derrota y persiguen el ilusorio sueño – visto desde nuestra perspectiva actual – de combatir hasta derrocar a Franco. Y, aunque ahora entendamos que era sólo eso, un sueño, no debemos ignorar sus razonamientos y su lógica para continuar esta lucha clandestina contra la dictadura, enmarcada claramente en un contexto internacional más amplio y definido por la Segunda Guerra Mundial y por la posguerra europea.

De forma genérica, la obra analiza dos partes claramente diferenciadas. Una primera, analítica, en la que el autor aborda un estudio histórico sobre la guerrilla en la zona en cuestión, una aproximación al desarrollo general del conflicto en esta parte concreta de la provincia malagueña. Su relato es una conjunción casi perfecta de todos los puntos de vista que afectan al desarrollo de la guerrilla de los años 40. Su análisis, como corresponde, comienza en la Segunda República, dando esa línea continuista y necesaria con el desarrollo local y provincial de la Guerra y los primeros años de la dictadura. Además, en su relato se incorpora un estudio



genérico sobre la influencia extranjera en el desarrollo de este fenómeno, un *rara avis* en la historiografía de la guerrilla en el contexto general de España, muchas veces centrado, erróneamente, en analizar tan sólo la importancia de lo local en el devenir de este período histórico. El autor deja claras las influencias que el desarrollo de esa Segunda Guerra Mundial tiene en la creación y sostenimiento de la lucha armada contra Franco, especialmente con la influencia aliada y, posteriormente, comunista, en la inmensa mayoría de las organizaciones guerrilleras de posguerra. Sin ese contexto, sin el entendimiento de la influencia de Argelia en los primeros desembarcos de radios, hombres y armas en 1943, sin el conocimiento de la creación de campamentos de entrenamiento de guerrilleros auspiciados por algunos miembros de la Embajada de Estados Unidos o sin el conocimiento de la presencia de Santiago Carrillo en Orán y la orden de ruptura con los americanos – a pesar de que a él mismo le habían facilitado una parte de su transporte hacia Argelia –, no podríamos comprender el posterior desarrollo de la Agrupación Guerrillera de Málaga-Granada. Posteriormente, se analiza y se expresa con meticulosidad la absorción absoluta que el Partido Comunista hará de esta zona guerrillera, fundamentalmente con la llegada a la zona de Juan José Muñoz Lozano, más conocido como *Roberto* – algo que ocurre en la práctica totalidad de zonas en las que existe resistencia al franquismo en estos años –. Su importancia, fundamentada en el control absoluto que ejercerá en toda la zona, parte de la base de un conglomerado de pequeños grupos de *huidos* de muy diversa significación, o sin ella, así como del continuo crecimiento de las diferentes guerrillas desde septiembre de 1946 hasta, aproximadamente, 1948. Insistimos en que no es, sino, uno más de los diferentes ejemplos que encontramos en casi toda la España que continúa resistiendo al fascismo. Esta nueva fase de lucha armada, que tiene sus cimientos en el final del conflicto bélico mundial y que será, insistimos, capitalizada por el PCE desde el exilio, marca un desarrollo completamente diferente al experimentado previamente. Pasamos de grupos sin apenas organización, poco numerosos, dispersos, incomunicados... a una fase en la que, a pesar de que las dificultades continúan siendo enormes, el control absoluto por parte de los cuadros dirigentes se hace más que evidente. Desde los guerrilleros a las acciones, pasando por el dinero y los recursos marcan el férreo control impuesto por los Jefes de las Agrupaciones, normalmente personas férreas, inculcadas de una clara cultura stalinista, la cual capitalizaba el fervor comunista de mediados de los cuarenta. La elevación en cuanto número de las acciones realizadas, su relación directa con una forma de resistencia y sabotaje contra todo aquello que tuviese relación con la dictadura, así como la utilización del poder de las armas para ejercer un control directo sobre algunas capas sociales, son las tónicas que marcaran esta nueva etapa.

Experimentamos con el relato de Baird, como mencionábamos, una visión clara y real de una etapa histórica oscura y silenciada, marcada por la evolución de ambas zonas en conflicto, en la cual consigue aproximarse de una manera totalmente neutral a varios puntos que pocas veces se aprecian en la historiografía de la guerrilla antifranquista. Primero, hablando de una cuestión normalmente tan complicada como es la vida cotidiana de los propios guerrilleros, lo que nos muestra a las claras la profundidad de los testimonios aportados, además de su grado analítico con los mismos. De todos modos, se nos hace ciertamente corta y, más que un análisis, debemos calificarlo como una pequeña aproximación a esta cuestión. Por otro lado, se habla también sin tapujos de la violencia implementada por ambas partes, resistentes y fuerzas de seguridad del Estado franquista, algo tan necesario en estudios de este tipo, marcados sin duda alguna por la utilización de la violencia en sus diferentes formas. En

este sentido, el autor aporta, creemos, un gran avance, ya que en muchos casos es capaz de aunar la versión oral con la versión documental, dejando a las claras la necesidad de nutrir de ambas aportaciones en una época tan silenciada como la posguerra española. A pesar de ello y, como crítica general a esta primera parte, echamos mucho de menos una cuestión tan fundamental en un libro de Historia: las citas de las fuentes a las que se refiere. A pesar de que la aportación, insistimos, es novedosa y profunda en muchos casos, el desconocer la procedencia de esas referencias nos lleva a confusión, a no poder acudir a esas fuentes para poder continuar o ampliar futuras investigaciones. A pesar de que muchas veces se cree erróneamente que el exceso de citas a pie de página retrasa y confunde en la construcción del relato y su propia divulgación, consideramos esto un error muy grave, que no debería ocurrir nunca en un estudio histórico que se precie, ya que la Historia no es, bajo ningún concepto, algo cerrado ni definitivo y el mencionar el lugar de procedencia de la información es siempre obligatorio.

Sin duda alguna, la parte central de la obra entendemos que es la segunda, titulada “Así fue. Testimonios personales”. En ella, el autor hace un esbozo del inmenso trabajo realizado en busca de aportaciones de testigos locales, experiencias de la lucha armada contra la dictadura en Frigiliana, algo que como imaginamos tardaría varios años en realizar. Veinticuatro testimonios que aportan su particular visión al conflicto, mediante la cual observamos varias cuestiones, más allá del propio relato de los hechos. En primer lugar, vemos cómo el paso del tiempo provoca la desaparición de los testigos. Son varios los casos de testimonios aportados por el autor que, lamentablemente, habían fallecido ya en el año 2008, fecha de la primera edición de la obra, y suponemos que, en la actualidad, casi diez años después de esa edición, esa lista será mucho mayor. Esto nos deja a las claras una de las problemáticas actuales en cuanto a la aportación de historia oral y testimonios en estudios que, de modo genérico, se centren tanto en la guerra como en la propia posguerra: la falta de testimonios directos, de primera mano. Quienes vivieron en primera persona los hechos, conservan una visión más próxima y real a los hechos, a pesar de que, como sabemos, esos recuerdos han podido verse alterados por la perspectiva del tiempo transcurrido. Hoy en día, que tan de actualidad – y tan necesaria – está la conservación de la memoria y el recuerdo de esta etapa de nuestra historia, la mayor parte de los testimonios ya no son de primera generación, sino de segunda, tercera e incluso cuarta, con lo cual los matices y la visión completa y real de ese momento se ha cambiado por completo. Estas aportaciones siguen siendo necesarias en la construcción de una sociedad que recuerda y conoce su pasado, pero, lamentablemente, aportan poco en lo que se refiere a un estudio histórico, ya que su visión no es la real, es la aportada por otros. Podríamos explicar esto con una sencilla comparación: el juego del *teléfono roto*, en el que una persona empieza contando una historia al oído a otro y este tiene que repetírsela a un tercero, este a un cuarto y así sucesivamente, hasta que la última persona que forma parte del círculo del juego, explica la versión que le ha llegado y se contrasta con la contada por la primera persona, la cual nunca suele ser igual. La memoria, en muchas ocasiones, actúa de la misma manera, como una especie de teléfono roto de nuestra historia, en la que se van perdiendo matices y cuestiones centrales del discurso, ante lo cual se hace estrictamente necesario el contraste de toda aquella información. Además, si comparamos este tipo de estudios con aquellos que se han realizado en el resto de la Europa resistente al fascismo, vemos cómo este tipo de aportaciones orales se han venido realizando desde mucho antes – véase Ingrid Strobl, Henri Michel, Neus Català, y tantos otros... –, con lo cual sus aportaciones son más profun-

das, más ejemplos de primera mano que nos sirven para conocer testimonios a los que ya no podemos acceder.

En la actualidad, aquellos investigadores que tratamos de aproximarnos a esta realidad histórica de la lucha armada y la resistencia, nos encontramos con algunas ventajas y desventajas respecto a aquellos colegas que lo hicieron previamente, especialmente aquellos que lo hicieron antes de la llegada del nuevo milenio. La información aportada por la documentación militar, abierta desde entonces, es una vía esencial, por no decir central en todo estudio de la resistencia armada que se precie. Mediante el análisis completo y exhaustivo de los cientos o miles de procedimientos existentes en las diferentes regiones militares del Estado, podremos obtener muchas respuestas, hasta ahora desconocidas y aproximarnos con mucha mayor claridad a datos que hasta ahora sólo la memoria oral poseía. Por ejemplo, en la obra de Baird, el autor continúa acudiendo a cifras referenciadas en los años 70 – Aguado Sánchez, Fernández Vargas... –, por lo que entendemos que, en este sentido, es una obra completamente desfasada. Aportaciones mucho más actuales, como las de Jorge Marco para la zona que analiza el autor, dejan al estudio de Baird en una simple aproximación a la realidad histórica de la guerrilla en esta parte de la provincia de Málaga – hemos de entender, así mismo, que los objetivos de una y otra obra son diametralmente opuestos, ya que, mientras Marco realiza un estudio completo de toda la zona de actuación, con un vaciado profundo y sistemático de toda la documentación disponible para el estudio, Baird da mucho más peso a la historia oral, a los testimonios, aunque hace algunas aportaciones novedosas en cuanto a esta documentación, como es el caso de los archivos americanos, además de centrarse “tan sólo” en una zona concreta de la provincia de Málaga –, pero no por ello hemos de desmerecer su aportación, ni muchísimo menos. Como hemos remarcado, la inexistencia de testimonios directos del conflicto, nos hace plantearnos otras vías de aproximación a la lucha armada contra el franquismo, y una de ellas es, sin duda alguna, esta obra. Además, el descender de esta manera en cuanto al análisis geográfico, nos permite ver con mucho más detalle aspectos desconocidos, de cómo la lucha entre vencedores y quienes no quisieron ser vencidos afecta a una gran parte de la población y sigue tiñendo de violencia, miedo y odio a muchas poblaciones españolas hasta bien entrados los años 50. La guerra civil no concluyó con el famoso parte de guerra del 1 de abril de 1939. En muchos lugares, todavía no había comenzado.

José MEJUTO BERNÁRDEZ: *Cartas de un condenado a muerte. Los últimos días en prisión en 1936 y 1937 del republicano gallego José Mejuto Bernárdez*, Santiago de Compostela, Alvarellos, 2015, 217 pp., ISBN 978-84-89323-91-9

Concepción López Sánchez
Universidade de Santiago de Compostela

“Condenado inocentemente a muerte”

El estudio del golpe de estado de 1936, la retaguardia y la guerra civil española vive desde los últimos años una renovación de la mano de nuevos enfoques metodológicos y teóricos. Éstos vienen dados, en gran medida, por esquemas interpretativos que permiten explicar la Historia desde abajo, partiendo de la sociedad compuesta por el conjunto de individuos. En muchos casos esta óptica requiere un estudio muy apegado a los miembros de la comunidad y necesita de fuentes que permitan arrojar luz a un nivel de análisis micro. Es en este contexto en el que epistolarios como el de José Mejuto, una persona socialmente anónima cuya vida se desarrolla en el ámbito privado, constituyen una puerta única de acceso a recovecos de la cotidianeidad. Tradicionalmente, la academia únicamente fijaba la vista sobre la correspondencia de personalidades, eruditos o personas destacadas en el ámbito público. No obstante ésta vía dudosamente permitía una aproximación a la sociedad de a pie, a sus problemáticas, a sus experiencias y también, a su Historia.



Esta edición toma realidad gracias a la iniciativa de la nieta del protagonista, Ana Paula Mejuto, y la colaboración de la profesora titular de teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de A Coruña, Olivia Rodríguez González y del catedrático emérito de la Universidad de Santiago de Compostela y presidente de la Real Academia Gallega, Jesús Alonso Montero. Este equipo se encarga de presentar a José Mejuto en los capítulos previos a sus 34 cartas como un mecánico natural de Cangas de O Morrazo, casado con Alejandra Nogueiras. Estos son sus datos personales identificativos, no se acredita documentación que afirme alguna filiación política ni otra información que lo sitúe en la esfera pública previa al golpe. Posteriormente, realizan un recorrido cronológico por la vida del protagonista y la trayectoria de su familia tras el fatídico día, pues en los años cincuenta se convierten en una más del colectivo emigrado.

Estas notas previas al epistolario aclaran cuestiones imprescindibles para entender las cartas en su conjunto y en su contexto. Atendiendo al marco temporal de la correspondencia, ésta abarca 8 meses de encierro en las cárceles del Frontón de Vigo, de Pontevedra y la isla de San Simón desde octubre de 1936 hasta julio de 1937. Debido a la evolución de su condición como preso, de su situación anímica y al desarrollo de la causa militar 790/36, que lo acusa por

el delito de rebelión militar, las cartas se agrupan en tres grupos de tono bien diferenciado. La trayectoria individual de Mejuto plasmada en este epistolario cobra vida a través de la galería gráfica que acompaña a la edición y recoge fotografías de familiares, objetos personales e imágenes de las cartas. Este apartado es fundamental para hacer tangible la situación que describen las palabras, dan verosimilitud a la experiencia e ilustran y ubican al lector en una realidad muy concreta.

De la siguiente lectura destacan varios aspectos, desde el abanico de emociones y sentimientos por las que han pasado las víctimas como nuestro protagonista, hasta su valor como fuente histórica. Por ello es que testimonios similares pueden ser leídos en dos claves, una literal y otra entre líneas, pues no debemos olvidar que están dirigidos a segundas personas, están realizadas bajo un entorno muy específico y permanecen sujetos a determinadas normas. Por ello son tan importantes tanto las presencias como las ausencias. Muchas veces la voz del protagonista parece dirigirse más a sí mismo que a su hermana o mujer, destinatarias de la mayoría de las cartas, junto con sus hijos. Por eso, en ocasiones, las palabras funcionan a modo de diario, como una vía de escape a los barrotes, al encierro físico o emocional. Precisamente en esto es donde radica la importancia de estas cartas, pues las víctimas han sido privadas de su palabra desde el 17 de julio de 1936. Es cierto que también tenemos, en algunos casos, sus declaraciones en los juicios militares, aquellos que fuesen juzgados. Pero en estas cartas, en especial, las del primer apartado (titulado por sus editores como “confusión y esperanza”), José no habla de sí mismo en consideración de víctima, sino en calidad de ciudadano con una vida social que pasa desapercibida. La implantación de un contexto violento en la cotidianidad y en todas las esferas vitales supone un gran trastorno tanto a corto como a largo plazo. Y precisamente, es observable y puede ser medido –en términos de análisis histórico- gracias a testimonios de víctimas inmediatamente previos como es el caso.

Desde el punto de vista de la investigación histórica, este tipo de obras constituyen fuentes primarias de valor incalculable porque permiten acceder al ámbito privado de la sociedad, a su pensamiento, a su vida cotidiana o al entramado de redes sociales que se tejen dentro de una comunidad y muchas veces son detectables únicamente desde su interior. La relación de la familia Mejuto Nogueiras con la familia Moldes es buen ejemplo de ello, al igual que el intento que hace por lograr el indulto por vía eclesiástica a través de su cuñado, Vicente. Así, dicho testimonio nos pone sobre la palestra personas con nombre y apellidos que tuvieron capacidad para modular e intervenir en el proceso violento, desde sus cuñados -ahora participantes falangistas- hasta guardias municipales en calidad de “contraavales”. A través del relato de su experiencia -que si bien hay que considerarlo sesgado, condicionado y cauto, también lo es directo, intencionado y emotivo- se dibuja todo un espectro de actores diferenciados que se mueven en el contexto violento implantado según múltiples intenciones. Por lo tanto, el uso de las etiquetas de “víctima” y “perpetrador” se nos quedan escasas para definir la realidad que le ha tocado vivir a José, y a tantos otros.

Y es que epistolarios como este nos dan jugosa información sobre cómo se llevaba a cabo el proceso de detención y el discurrir de los juicios militares, que aún calificados como “farsas” por Olivia Rodríguez (p. 64), realmente tenían un determinado *modus operandi* y en su evolución influían variados parámetros. Así, no está clara la capacidad de los testigos, de los avales o de los acusadores para influir en la sentencia final, incluso los roles dentro la propia jerarquía militar -recordar que la pena exigida por el fiscal para Mejuto fue la de pena perpe-

tua y la impuesta por el tribunal fue pena de muerte- o la procedencia de la última palabra irrefutable dentro del cuerpo. Pues tenemos casos contrarios de juicios en los que la pena se transforma de cadena perpetua a cadena de muerte por medio de una apelación de uno de los vocales del tribunal y no del fiscal¹.

Si aproximamos la lupa de análisis, la relación marital entre José y Alejandra se dibuja por medio de la correspondencia que recorre momentos vitales significativos desde que se conocieron hasta el desenlace final; además, nos ofrece importantes datos para la historia social, de la mujer y de género. A través de las palabras del encausado se pueden deducir cuestiones tan interesantes como el funcionamiento de la economía familiar de una determinada condición social, la alfabetización de una comunidad o las oportunidades laborales de la zona y del momento. Muchos de estos aspectos quedan emborronados u olvidados por la fuerte carga emocional de dichas cartas. Aunque otros datos son en los fija su atención un historiador en primer término, los sentimientos personales son piezas claves en la determinación de actitudes y comportamientos ante contextos violentos como el que le ha tocado vivir en primera persona a Mejuto. El tema de las motivaciones se tiende a considerar como un terreno pantanoso en el ámbito de la investigación histórica por estar sujeto en gran medida a cuestiones subjetivas y pertenecer a un plano abstracto. No obstante, los epistolarios permiten una aproximación a la dimensión humana de aquello que estudiamos.

Bien es cierto, que frente a todas las posibilidades de estudio en el ámbito académico que nos ofrece este tipo de fuente –como la apertura de nuevos horizontes de investigación– hay que considerar también ciertos peligros. Uno de ellos es el de tomar como norma la excepción, y es que frecuentemente se toma la experiencia personal de la víctima como patrón común a pesar de no haber estudios que refuten esas ideas. Así, considerar el papel de las delaciones como procedimiento mayoritario por el que un individuo cae en la red de víctimas o tomar las rencillas personales como único motivo causal de la violencia supone, en ocasiones, caer en explicaciones simplistas que no dan cuenta del fenómeno en su totalidad.

Dos últimas cuestiones a colación sobre la propia naturaleza de dicha obra, la primera, la continuidad de la memoria, la segunda, la reflexión del protagonista sobre la función de la disciplina histórica. La propia experiencia de José que hoy llega a nosotros se mantiene viva a través de su círculo familiar que conserva sus palabras, a pesar de la emigración y del paso de las generaciones. Esta terrible experiencia violenta no fue única ni excepcional, aunque si provocó un dicotómico y paradójico comportamiento en la sociedad española, por un lado, el miedo, el silencio y la ocultación; por otro, el recuerdo en voz alta. Esto está vinculado, de cierto modo, con el mensaje que nos deja Mejuto en la *consolatio* final a su familia cuando supo el futuro que lo depararía. En ella le otorga una tarea fundamental a la Historia, dar cuenta de lo sucedido para que las futuras generaciones reconstruyan lo que dicho episodio se ha llevado por delante.

¹ Causa 1363/36. Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste. Archivo del IV Tribunal Militar (Ferrol), Jurisdicción de Tierra. (folios 159-176).

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931-1936)*, Granada, Editorial Comares, 2015, 488 pp., ISBN 9788490453285

Rafael Cruz
Universidad Complutense de Madrid

Los guarismos de la violencia política en la Segunda República

La obra en conjunto de Eduardo González Calleja a la altura de 2017 refleja en su dimensión una capacidad de trabajo por completo inusual en la universidad española; supone además por su carácter la principal aportación al estudio del siglo XX español. Y todo ello desde una doble perspectiva. Por un lado, no hay nadie entre nosotros que haya utilizado las fuentes primarias con tanto detenimiento y exhaustividad para plantar sus argumentos sobre periodos largos de tiempo. De otro, sus propuestas suelen alimentarse de múltiples referencias teóricas, procedentes sobre todo de la sociología, y enriquecidas con la inclusión de experiencias de otros países, en especial, europeos. Si un buen puñado de estudiosos del pasado en nuestro entorno prestara la misma atención a los tres ingredientes combinados que Eduardo utiliza para elaborar sus relatos, el avance del conocimiento saldría más reforzado.

Eduardo estudia la violencia en la política desde mediados de los años noventa, con reflexiones sobre experiencias concretas que abarcan buena parte del siglo XX; con el epicentro de su análisis en el pasado español, pero con muchas páginas dedicadas al del resto de Europa; y con la mirada puesta en la historia siempre hermanada con la múltiple presentación y aplicación de teorías para el estudio de la violencia política. Ha contribuido de esa manera a formalizar un concepto, del que en los libros de Historia de España se hablaba mucho, pero de una manera simple y esquemática, con puntuales excepciones.

Cifras cruentas es la proposición de Eduardo para debatir sobre el número y características de las muertes políticas durante la Segunda República hasta julio de 1936. Es muy posible que este trabajo represente la primera sistematización del estudio de las víctimas mortales de la República, que incluye además en la parte final del libro una apabullante relación cronológica de los enfrentamientos con resultado de muerte. En este trabajo se contabilizan episodios, víctimas, perpetradores, tipos de enfrentamiento, fecha y Gobierno, localidad, clase de arma, profesión y adscripción política de los protagonistas, sus edades y sexo, el carácter premeditado o sin premeditación de la violencia, su secuencia por meses durante los cinco



años... Todos los rasgos, en definitiva, que importan para conocer una buena parte de los enfrentamientos con violencia letal que se produjeron en el periodo.

La estadística que aparece en *Cifras cruentas* se realiza sobre un número superior a mil episodios de enfrentamiento, en los que se produjeron un total de 2.629 muertos. Este cómputo se añade a los propuestos para todo el periodo republicano por otros estudiosos como Juan J. Linz (1.929), Stanley Payne (2.255), Michael Mann (2.500) y Juan Blázquez (3.623). Siempre he considerado que las cifras globales que proporcionan estos estudios pueden considerarse solo orientativas, porque pueden faltar o sobrar víctimas. Pero su cómputo lo más aproximado posible adquiere valor al poder establecerse una comparación con otros periodos de la historia española y con las experiencias de otros países; e interesa también al ir acompañada la cifra del resto de características adscritas a cada muerte. Gracias a la estadística realizada en *Cifras cruentas* puede saberse que el número de víctimas mortales durante la República hasta julio de 1936 fue muy superior a las ocasionadas en Alemania y Austria, y de similar cuantía a las de Italia, en el periodo anterior a la conquista del poder por nazis y fascistas. Las muertes en Italia y Alemania sin embargo resultaron ser en su mayoría más concentradas y a cargo sobre todo de milicias paramilitares, mientras en España se produjeron más dispersas, con el protagonismo policial en más de la mitad de las víctimas, y en su mayoría sin la intervención de las milicias. Las campañas electorales anteriores a 1922 y 1933 en esos países contemplaron más víctimas mortales que en la campaña electoral española de febrero de 1936. Todos estos datos nos permiten reflexionar sobre la naturaleza de la violencia y su relación con las crisis políticas de estos países.

Eduardo acude asimismo a la comparación con otros periodos del siglo XX español. La Restauración desde 1900 incluye un número inferior de víctimas mortales en un periodo de tiempo cinco veces superior, aunque no se conozca su cómputo global ni siquiera aproximado. Se produjeron menos de la mitad de muertos en los años setenta, durante el periodo final de la dictadura franquista y el de inicio de la Monarquía Parlamentaria. En esa etapa sin embargo los perpetradores de víctimas fueron organizaciones clandestinas y, en menor medida, policías. Todo ello revela el gran volumen de víctimas mortales durante la Segunda República pero, como afirma el autor, nada comparable con la insolente violencia letal durante la guerra de 1936 y el primer periodo de la dictadura franquista después de terminada la guerra. Para esos nueve años puede pensarse en una cifra cercana a los dos centenares de miles de muertos por razones políticas. Resulta paradójico entonces que los sublevados en 1936 se jactaran en intervenir para acabar con el “caos” republicano.

Eduardo advierte que es imposible conocer con detalle y menos con exactitud el número de muertos civiles durante la represión de la insurrección de octubre de 1934 en Asturias, en el mayor episodio de violencia letal durante la Segunda República. Las cifras oficiales, proporcionadas por el Gobierno de Lerroux en enero de 1935, señalan 1.084 muertos. Por la insurrección y su represión de aquel mes, 1934 es el año con más víctimas mortales, hasta un 55,4% del total. Los seis primeros meses y medio de 1936 contabilizaron un 16,3%, en la segunda posición del ranking.

La mayoría de los muertos se produjo en enfrentamientos violentos entre paisanos – de izquierda- y policías; no fue, por tanto, una violencia cometida por unas organizaciones políticas sobre otras –como en Alemania o Italia-, ni por trabajadores organizados sobre patronos o propietarios. La mayoría de las víctimas mortales pueden adscribirse al campo políti-

co de la izquierda. En tres cuartas partes de los enfrentamientos letales –aparte de la insurrección asturiana- se produjo un solo muerto, víctima de disparos de armas cortas o largas, en la misma proporción. Las muertes sucedieron en su inmensa mayoría en núcleos medianos y pequeños. Es por lo tanto una violencia localizada y rural. No puede conocerse la edad de la mayoría de los perpetradores y víctimas, pero sí que estas últimas eran hombres y asalariados. En su mayoría estaban afiliados a organizaciones de izquierda.

Todos estos son los principales datos globales de la estadística elaborada por Eduardo en *Cifras cruentas* para los cinco años de República. Una información muy completa, extraída de un número muy extenso de periódicos y archivos españoles y de otros países, así como de la bibliografía de la época y posterior a ella. La censura de la prensa en la mayor parte del periodo no ayuda a completar los datos de todos los enfrentamientos violentos, por eso se hace indispensable la consulta de la prensa americana y otras fuentes libres del control gubernamental. Tampoco ayuda la presentación de los enfrentamientos letales por la prensa antirrepublicana, empeñada en absolver a la Guardia civil del uso desproporcionado de la fuerza.

Los enfrentamientos violentos con resultado de muerte permiten conocer algunas de las características del proceso político republicano, ya que por ejemplo la insurrección de Asturias y su represión gubernamental tuvo una incidencia notable en el resultado de las elecciones de febrero de 1936; o los enfrentamientos violentos por el golpe de estado de agosto de 1932 aceleraron la aprobación en el Congreso de los Diputados del Estatuto de autonomía de Cataluña y del último proyecto de Reforma Agraria. Facilitan además el conocimiento de los conflictos sociales –y los cambios sufridos en ellos- más reseñables en la República, como la lucha por el poder local, el uso y la propiedad de la tierra, las condiciones de trabajo, la rivalidad entre organizaciones sindicales y políticas, los rituales y bienes religiosos, etc. Puede afirmarse en ese sentido que uno de los conflictos principales que asolaron al régimen republicano fue la disputa del uso de la calle para presentar demandas, entre ciudadanos organizados y, sobre todo, entre estos y las diferentes clases de policía y el Ejército regular.

Cifras cruentas incluye tres capítulos dedicados a cada una de las legislaturas republicanas. En ellos se desglosan los principales datos estadísticos. Pueden percibirse de esa manera las similitudes y diferencias entre los dos primeros “bienios”¹ y la última y corta legislatura de 1936; incluso las diferencias anuales en una misma legislatura. Los incrementos y descensos de la violencia letal corren paralelos a los cambios en la vida política republicana. La segunda legislatura fue la más violenta, sin duda por la insurrección de octubre; pero también incluye el año menos violento, el de 1935. Muy útil asimismo resulta la comparación entre el primer año, 1931, y el último, 1936. En los menos de siete meses de este año hubo más del doble de muertes que en los ocho meses y medio del año de la proclamación de la República. Digno de reflexión.

El 30% de las muertes en la primera legislatura se produjo después de celebrada una manifestación. La mitad de todas ellas sucedió en pequeñas ciudades o núcleos rurales. Hubo cuatro veces más víctimas de militantes de izquierda que de derecha. Eduardo narra con cierto detenimiento los enfrentamientos violentos más espectaculares de los primeros años republicanos, como las repetidas insurrecciones anarquistas.

¹ ¿Cuándo dejaremos de utilizar el término “bienio”, con cualquiera de sus adjetivos, la mayoría impregnados de alusiones políticas? Para enumerar los periodos de una República Parlamentaria, podemos utilizar sin ningún problema y de forma rigurosa Primera, Segunda y Tercera legislaturas.

La violencia letal durante la segunda legislatura –aparte la insurrección de Asturias– aumentó en las grandes ciudades sin duda por la irrupción de Falange Española como principal perpetradora de atentados y la principal víctima de ellos. Las policías continuaron constituyendo sin embargo el primer grupo de autores de las muertes, sobre todo en las áreas rurales. Como en el periodo anterior, el autor ofrece una secuencia narrada de los principales enfrentamientos violentos que produjeron el mayor número de víctimas. Destaca por supuesto la insurrección y la represión en octubre de 1934 que se llevó más de la mitad de las muertes políticas de toda la República y una cifra muy superior a la de las víctimas de la insurrección socialista de Viena en febrero de ese mismo año. El número de muertos aumentó de forma extraordinaria debido a las decenas de ejecuciones sumarias realizadas por el Ejército regular en Asturias, una vez conquistada la región a los insurrectos.

El análisis de la violencia letal en la tercera legislatura comienza con una comparación del número de muertos en las elecciones de noviembre de 1933 y los producidos en las de febrero de 1936. Esos enfrentamientos y víctimas electorales en España sucedieron de la misma manera en otros países, como Gran Bretaña, hasta pocas décadas antes. Frente a los autores que señalan la extrema violencia de 1936, Eduardo señala que la diferencia en la primera vuelta de las dos experiencias solo se encuentra en seis muertos. Es incontestable sin embargo que la violencia letal durante la llamada primavera –febrero-julio– de 1936 se convirtió en un hecho cotidiano de la política española: casi 400 víctimas mortales en 150 días aproximadamente. Si alguna organización hubiera decidido perpetrar la mayoría de estas muertes, habría cobrado un protagonismo político similar al de los *Fasci* italianos antes de 1922 o las SA en Alemania antes de 1933. Pero no hubo tal organización política.

La violencia letal en la España de los últimos meses de la República resultó ser en su mayoría de autoría policial, con víctimas de militantes de izquierda; se localizó en áreas de población pequeñas o muy pequeñas; fue muy atomizada, al corresponder un muerto por enfrentamiento y derivar de múltiples conflictos; hubo muy pocas masacres; la intervención de las milicias paramilitares fue muy limitada, aunque de gran repercusión mediática y política; y el número mayor de muertos se produjo en choques entre grupos de izquierda y policías, en su mayoría de la Guardia civil. Nada parecido en conclusión a los ejemplos de Italia y Alemania. El autor llama la atención sobre la campaña de los grupos antirrepublicanos y la prensa afín durante esos meses presentando las muertes como si fueran de sus militantes y los autores miembros de organizaciones de izquierda.

Eduardo propone como principal argumento de su obra que la espiral de violencia política de la primavera de 1936 obedeció a las mismas razones que las del resto del periodo: “enfrentamientos múltiples favorecidos por la apertura de oportunidades que brindaba un Gobierno comprometido con el reformismo”. Por enfrentamientos múltiples, entiende el autor un número muy alto de episodios en los que se produjo casi siempre un solo muerto; que los enfrentamientos obedecieron a muy variados conflictos; y que tuvo una dimensión en esencia local y rural, donde afirma se luchaba por el poder, las reformas eran motivo de conflicto y constituía el escenario donde el Estado poseía menos capacidades para imponer sus políticas. La institucionalización de la República desde 1931 facilitó la competencia entre organizaciones, la lucha por el poder local y nacional, el planteamiento público de reclamaciones y los conflictos por las políticas reformistas o contrarreformistas de los distintos gobiernos republicanos. La violencia reflejó ese marco político. Nada excepcional.

Resulta interesante en particular el análisis sobre la participación del Estado en los enfrentamientos. Nos habla Eduardo de un Estado “débil” –yo me referiría mejor a un Estado sin muchas capacidades para aplicar sus políticas-, que entre otras consecuencias, interfirió de manera constante en la presentación de demandas de la población en público. Es bien cierto que la mayoría de la acción colectiva en la calle se produjo de manera pacífica. Pero los distintos gobiernos restringieron la legalidad de las movilizaciones con la aplicación rutinaria de la Ley de Defensa de la República-Ley de Orden público e intervino con pocos recursos en muchas de las que, a pesar de su ilegalidad, se desplegaban. Eduardo resume las teorías de la incidencia de la represión policial en la acción colectiva y concluye que el gran número de víctimas mortales causadas por las policías y el Ejército regular se debió a la inadecuación de las fuerzas a la tarea de mantener la paz. En las ciudades se desplegó la Guardia de Asalto, especializada en el control policial con medios técnicos no letales. Pero en los núcleos rurales y ciudades pequeñas y medianas intervino la Guardia civil con material inapropiado, escasa capacitación técnica y ordenanzas anticuadas. Esas carencias se superponían a una política de primar la salvaguardia del orden en la calle sobre la concesión del derecho de los ciudadanos a plantear sus reclamaciones de manera colectiva y en público.

Eduardo dedica un capítulo entero a la exposición y crítica de las diferentes formulaciones sobre la violencia en la República, desde 1936 hasta hoy en día. Es un capítulo ya publicado con anterioridad, pero muy apropiado para explicar sus propuestas en *Cifras cruentas*. Dedicar un sustancial espacio a criticar las posturas “revisionistas” de los últimos años, aquellas que sostienen que la República cavó su propia tumba al excluir del proceso político a sus adversarios. Para esos autores, la ausencia de posiciones liberales ahogó la República en una democracia excluyente, en la que el PSOE desempeñó un papel protagonista de intransigencia. La violencia –brutalización de la política, común a otros países de la Europa de entreguerras- fue el recurso para excluir al adversario. Unos argumentos que ya utilizaba la prensa antirrepublicana –como el *ABC* en aquel periodo. Estos autores, incluso, consideran un descubrimiento la aportación de pruebas documentales de lo que ya denunció la “Causa General. La Dominación roja en España. Avance de la información instruida por el Ministerio público”, editada por el Ministerio de Justicia franquista en 1943. En ella se afirma que el Gobierno salido de las urnas en febrero de 1936 era ilegítimo por el falseamiento de las elecciones en la segunda vuelta. Desde mi punto de vista, Eduardo dedica muchas páginas a debatir unos trabajos que no realizan ninguna aportación al avance del conocimiento sobre la violencia política y el proceso político general durante la Segunda República.

La queja de Eduardo pues es fundada. Pero en mi opinión, para contraponer los argumentos “revisionistas” se enreda un poco con los suyos propios, al reivindicar ahora la importancia de considerar las condiciones materiales de existencia de la población como una razón sustancial para el despliegue de los enfrentamientos violentos. No sé si como una cierta concesión involuntaria a los autores “revisionistas”, Eduardo no desliga bien la espiral de violencia con el 17 de julio, al afirmar que aquella “resultó ser un elemento decisivo para entender la suerte que corrió el régimen democrático en la dramática coyuntura del verano de 1936”. Desde mi punto de vista, la rebelión militar del 17 de julio se explica mejor por las capacidades y recursos militares de los sublevados que por la espiral de violencia de la primavera, que constituyó tan solo su contexto, como afirma Michael Seidman en su último libro, *Antifascismos*. Asimismo, Eduardo es poco crítico con el uso del lenguaje político durante la Repú-

ca; un lenguaje cuyos significados no corresponden a los significados sangrientos de nuestra época. Así, voces como guerra civil, exterminio o persecución, de uso muy frecuente también en los primeros meses de 1936, no equivalían entonces a ese vocabulario de brutalización de la política que parece justificó el uso de la violencia coetánea y preludió la limpieza política del verano.

Por último, quisiera llamar la atención sobre una conclusión de *Cifras Cruentas*. La violencia letal durante la República fue voluminosa, dispersa, localizada y rural. Destaca por ello que fue mucha y en buena parte de la geografía española. En mi opinión, sin embargo, más importante que su volumen fue ese pequeño porcentaje que se produjo en Madrid y Barcelona. Tuvieron más impacto político en definitiva las 150 muertes en el escaparate de la capital del Estado que la mayoría de las otras 2.500 muertes en el resto de España. De igual manera, puede pensarse también el impacto político que supusieron los enfrentamientos violentos no letales, pero con resultado de heridos por arma de fuego o explosivos. Todas estas reflexiones se suscitan gracias al apasionante libro de Eduardo González Calleja.

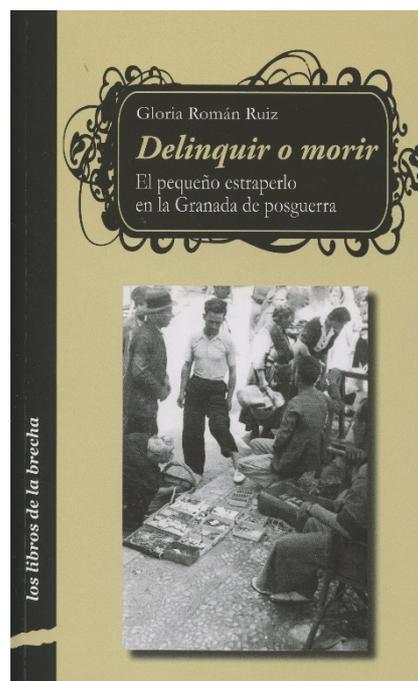
Gloria ROMÁN RUIZ: *Delinquir o morir. El pequeño estraperlo en la Granada de posguerra*, Granada, Editorial Comares, 2015, 187 pp., ISBN: 978-84-9045-277-6.

Francisco Jiménez Aguilar
Universidad de Granada

Lidiar con el hambre en la posguerra y no caer en el intento.

Cuando la carestía se cronificó una vez terminada la guerra de 1936, ¿qué hicieron una gran parte de los españoles para poder llevarse algo a la boca? ¿Cómo subsistieron durante estos años ante el paro, la escasez y la miseria? ¿Cuáles fueron las actitudes sociales que desplegaron frente a estas problemáticas que les obligaban a caminar siempre al filo de la navaja? Tristemente, la respuesta a estas preguntas sería para muchos el «estraperlo». Sin embargo, no hablamos aquí de aquel estraperlo de connotaciones lerrouxianas de unos años atrás, sino del que generó y fomentó el régimen de Franco en la posguerra. Nos referimos a ese conjunto de prácticas ilegales ligadas a un extendido mercado negro en el que se ponía en circulación a un precio superior los productos de primera y segunda necesidad que demandaba una gran mayoría bajo las penosas condiciones de desabastecimiento que conllevó la Autarquía. Unos simplemente para sobrevivir, otros para ganarse el pan, y unos pocos para enriquecerse a través del mal de muchos, hicieron de esta actividad prohibida su forma de vida durante prácticamente dos décadas. No obstante, más allá de su definición, sus dimensiones y algunas de sus cifras, aún quedaba por conocer quiénes estaban realmente detrás de él y por qué.

Ante estas cuestiones, los historiadores habían llegado a diferenciar con el paso de los años entre un gran y un pequeño estraperlo. De un lado, uno que ejercían conscientemente las élites franquistas a fin de lucrarse de las necesidades generalizadas entre la sociedad española. Del otro, el que se veían abocados a practicar aquellos que frente a la inanición no tenían nada que perder o a los que no estaban dispuestos a regirse bajo unas políticas económicas que los condenaban a la pobreza y la marginalidad a perpetuidad. Y sobre ambos, se erigía el Estado franquista, aprovechándose de premiar a unos y reprimir a otros. En una España políticamente dividida entre «vencedores» y «vencidos» un normalizado estraperlo debía poseer forzosamente más de un rostro. Es a partir de aquí desde donde se puede concebir una obra como *Delinquir o morir* (2015), una investigación a partir de la que la historiadora Gloria Román Ruiz se plantea el objetivo de dar voz a los sin voz, de adentrarse en aquel «estraperlo de miseria» de aquellos «estraperlistas del hambre» que la historia hasta hace poco prácticamente había silenciado.



El libro comienza con una reflexión historiográfica sobre los principales estudios que se han realizado sobre este tema y las fuentes que se han utilizado para adentrarse en él con la intención de plantear una aproximación diferente. Por una parte, se señala que si bien han sido muchas las investigaciones históricas que se han hecho desde diferentes perspectivas, estas acostumbraban a primar cuestiones como su impacto económico o su carácter represivo. Gradualmente, esta visión se fue abriendo en este nuevo siglo hacia otros aspectos políticos, sociales y culturales derivados de los nuevos interrogantes que han planteado las nuevas generaciones de historiadores del franquismo. Por otra parte, ante la escasez de fuentes y testigos que interpelar, las posibilidades que han ofrecido los expedientes de la Junta Administrativa de Contrabando y Defraudación, que a día de hoy se encuentran en el Archivo Histórico Provincial de Granada, junto con otro tipo de documentación de lo más heterogénea, han permitido delinear la visión microscópica del fenómeno estraperlista que caracteriza a este trabajo y que le ha llevado a alcanzar conclusiones más profundas.

Tras la introducción emprende un análisis de aquellas imágenes, noticias y columnas de opinión publicadas en los diarios locales *Idealy Patria* a través de las que la propaganda del régimen intentó envolver con otra luz los rigores de los años cuarenta. En las distintas tiradas de estos periódicos podía verse una imagen deformada de la realidad en la que parecía que todo el mundo podía nadar en la abundancia, que Franco era lo suficientemente benevolente y justo con su pueblo, y que en el exterior de la nación se vivía tal problema de desabastecimiento que carecía de comparación alguna con la situación nacional. En un contexto así, vivir en la España de Franco podía parecer como habitar un oasis en mitad de aquel oscuro desierto europeo. Pero, nada más lejos de la realidad, esta propaganda falaz y desaprensiva era publicada con la intención de construir una imagen de tranquilidad y de buen funcionamiento que permitiese sobreponerse al descontento social, a la par que transmitir a una parte de la población los ideales franquistas. Con la tinta sobre papel el régimen franquista quería empezar a construir su «Nueva España».

A partir de aquí, Román Ruiz intenta esbozar, con una parte de los datos documentales que nos ofrecen los expedientes, cuál pudo ser el perfil sociológico de los paupérrimos estraperlistas granadinos. Su clase, profesión, sexo, estado civil, edad y antecedentes políticos, le ayudan a delinear esa imagen ordinaria que pudieron poseer, tan difícil de ilustrar desde el presente. Si bien según ella puede apuntarse que los estraperlistas eran por lo general pobres de solemnidad, pertenecientes a las clases más bajas y a aquellos vencidos durante la guerra civil, de igual modo, también eran de ambos géneros y usualmente poseían algún tipo de carga familiar que hacía su supervivencia aún más ardua. Como bien apunta en este capítulo, «das entrañas del pequeño estraperlo estaban habitadas por grupos humanos más o menos próximos a la marginalidad» (p. 51), por lo tanto, el éxito o el fracaso de sus actividades estraperlistas determinaba el que pudieran escapar o hundirse todavía más en la penuria que les rodeaba.

Consecuentemente, esta frágil situación llevó a los estraperlistas a desplegar un abanico de actitudes sociales que podían traducirse en estrategias de «subsistencia-resistencia» contra el franquismo. Frente a tal contexto había que llegar hasta el punto de quebrar las leyes para mantenerse con vida, y ese intento de sobrevivir estaba lejos, como hasta ahora se había pensado, de carecer de un verdadero sentido político: ante todo tenían que resistir. En la última década ha despertado un gran interés el estudio de las actitudes sociales entre los historia-

dores del franquismo. Asimismo, desde diferentes ángulos se está incidiendo en los diferentes tipos y contextos de consentimiento y disconformidad ciudadana, influenciados por las reflexiones de antropólogos, politólogos y sociólogos contemporáneos como James C. Scott. A través de este trabajo se manifiesta un amplio conocimiento de las categorías y conceptos que está utilizando esta historiografía y se demuestra saber articularlos en su conjunto, los matices concretos que poseen con respecto al fenómeno del estraperlo y sus lógicas en el plano socio-político de la época, mucho más allá de lo que se había escrito hasta ahora.

Por una parte, diferencia cuáles fueron las armas de los estraperlistas, desde las más creativas para evadir los controles intervencionistas, cualquier delación malintencionada de un vecino o el control de la Guardia Civil, hasta las distintas estrategias que siguieron aquellos que fueron descubiertos con las manos en la masa. Por otra parte, también reflexiona sobre cómo se comportaron los ciudadanos ante esta problemática: los que la encubrieron siguiendo una «ética de la subsistencia», los que la denunciaron guiados por una cada vez más normalizada «cultura de la delación» o las «zonas grises» tan heterogéneas en su procedencia y tan semejantes en su actitud pasiva frente a las demandas delatorias de la dictadura o las súplicas desesperadas de sus iguales. En definitiva, con todo nos brinda una revisión del mosaico de actitudes sociales durante el primer franquismo desde una posición que no había sido adoptada con anterioridad.

Además, debemos apuntar la existencia en este contexto de lo que se ha denominado como una «geografía del estraperlo». Esta comprendió aquellos lugares de venta, transporte y detención del mercado negro tales como las tiendas, los kioscos, el ferrocarril, las plazas, las calles y las carreteras, entre otros, y su representación nos permite diferenciar las relaciones entre lo urbano y lo rural, entre barrios con diferentes niveles de renta o entre el espacio público, el privado y el no lugar de este periodo. Sobre ella se configuraban las ventajas que aprovecharían los estraperlistas para resistir y no ser arrestados, a la vez que las muchas desventajas con las que contarían los que de partida poseían un peor estatus socioeconómico, y por ende una mayor precariedad e incertidumbre a la hora de actuar. Al mismo tiempo, estos emplazamientos determinaban la probabilidad de ser capturados o no. Una vez empujados los pequeños estraperlistas de los espacios locales del poder hacia los barrios más pobres de la capital y de las principales redes de transporte a los caminos más tortuosos de la provincia, la vigilancia policial se orientó concienzudamente a estos últimos, donde los más vulnerables tendrían más posibilidades de caer bajo sus garras. Así, el pequeño y el gran estraperlo divergían también desde el espacio y sus condicionantes.

En último lugar, el libro concluye analizando los finales más o menos trágicos que sufrieron gran parte de estos pequeños estraperlistas. Desde una multa a la prisión, pasando por el embargo, los estraperlistas que experimentaron la desgracia de caer en las garras de los agentes de la ley franquista tuvieron que afrontar duras penas que los privaron de aquellos elementos que los sostenían con vida: sus bienes y su libertad. Puniciones que, posteriormente, desembocaban en el desastre económico del propio individuo y de su familia quedando completamente desamparados. A tenor de los resultados que nos ofrece este estudio, en unos primeros momentos la justicia franquista estaba más interesada en disuadir que en reformar a los infractores, dada la dura naturaleza punitiva de las penas y los medios de castigo empleados. Del mismo modo, hubo cierta benevolencia con las infracciones del vencedor y malevo-

lencia con las del vencido. La persecución no fue equilibrada y al final acabaron sucumbiendo bajo el peso de la justicia de Franco los mismos de siempre.

A diferencia de los trabajos clásicos sobre el tema de Carlos Barciela, José Manuel Naredo, Thomas Christiansen, y los más recientes de Miguel Ángel del Arco, Oscar J. Rodríguez e Iván Martínez, Gloria Román amplía más que ninguno los instrumentos teóricos y metodológicos para observar el fenómeno del estraperlo de los de abajo. Más allá de la estructura política, económica y jurídica del franquismo, esta profundiza la idea de Miguel Ángel del Arco del «pequeño estraperlo» o «estraperlo de los pobres» como actividad de «subsistencia-resistencia» de las clases más humildes y de los perseguidos por el régimen. Para ello, nos expone este documentado caso de estudio valiéndose de una perspectiva «desde lo local», donde responde resueltamente a interrogantes que carecían de una respuesta satisfactoria o estaban aún sin formular desde posicionamientos politológicos, feministas y culturalistas. Simultáneamente, todas estas cuestiones en torno al estraperlo son puestas en conexión con las relaciones de poder, la economía, la sociedad y la cultura franquista y su deseo de premiar a los vencedores y castigar a los vencidos. Sin duda, todo un ejemplo de que se puede extraer la complejidad de los hechos reduciendo nuestra mirada.

Pese a la fragilidad de las fuentes con las que se cuentan para estudiar este fenómeno, desde un primer momento se hace más que patente la posibilidad de realizar una lectura crítica y pormenorizada de las que disponemos: analizarlas desde abajo partiendo de una interpe-lación y un tratamiento diferente de las fuentes. Gracias a ello, a lo largo de los capítulos se lleva a cabo un desfile de casos de hombres y mujeres anónimas en el que sus voces son lúcidamente rescatadas y las distintas experiencias que vivieron afloran con toda su crudeza, enriqueciendo la fluidez y la atracción del texto. Personajes todos ellos que, pese a engrosar la lista de los ignorados de la historia, simbolizan con sus testimonios toda una época marcada por una violencia sin adjetivos.

Igualmente, es notable la profunda atención que dedica hacia las «mujeres del estraperlo», algo que otros historiadores no habían tenido suficientemente en cuenta. Las granadinas, cuyo destino parecía estar adscrito tras las puertas de sus casas, en incontables ocasiones las flanquearon para resistir contra las nuevas políticas de género impuestas por el franquismo y para luchar por su supervivencia al igual que sus coetáneos pero, indudablemente, en diferentes condiciones. Como bien reconoce, «la posguerra en Granada tuvo rostro de mujer» (p. 62). Por lo tanto, no podemos dejar de lado el hecho de que la provincia seguiría siendo durante muchos años una gran retaguardia en la que las mujeres desempeñarían un papel tan importante como en la guerra.

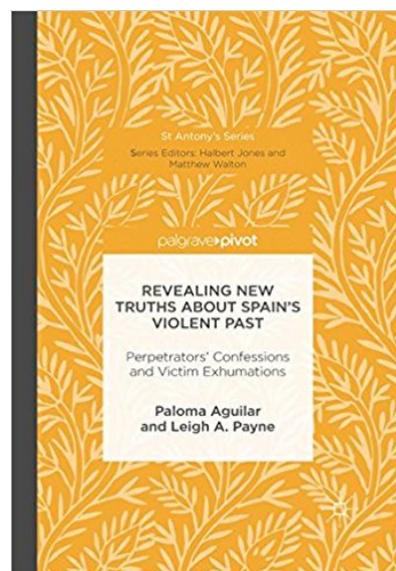
Una vez terminada su lectura, el lector podrá comprobar que en este libro está una parte de esa sombría Granada en la que luchaban día a día por sobrevivir aquellos granadinos que se estaban acostumbrando al pan negro y aquellas granadinas que podían vislumbrar su futuro en el hueco vacío de las alacenas. El retrato contemporáneo de la vetusta plaza de Bib Rambla, que sirve como broche final, es trazado por una mirada que otea el pasado y el presente buscando en ellos la defensa de la dignidad humana. Merece la pena rescatar aquí para acabar aquello que Rafael Chirbes escribió en una de sus novelas: «la historia es de los que saben que existe». De ahí que sea tan importante que los que la escriban dirijan una mirada comprometida hacia los que, ante los ojos del tiempo, parecen nunca haber existido. Afortunadamente, podemos decir que Gloria Román lo logra en estas páginas.

Paloma AGUILAR and Leigh A. PAYNE: *Revealing New Truths about Spain's Violent Past: Perpetrators' Confessions and Victim Exhumations*, Basingstoke. Palgrave Macmillan, 2016, 110 pp. ISBN: 978-1-137-56228¹

Ofelia Ferrán
University of Minnesota

On the benefits of, and difficulties in establishing, contentious coexistence in contemporary Spain

In *Revealing New Truths about Spain's Violent Past: Perpetrators' Confessions and Victim Exhumations*, Paloma Aguilar and Leigh Payne fruitfully bring to bear their combined expertise in issues of transitional justice in Spain and Latin America onto a little-studied aspect of Spain's recent past: the effect of perpetrators' confessions on the development of the movement for the recovery of historical memory and the transition to democracy more generally. The resulting book not only sheds light on a previously neglected aspect of Spain's transition and post-transition reality, but presents an innovative and original analysis that is required reading for anyone interested in the legacies of the civil war and Franco dictatorship in contemporary Spain as well as anyone interested in transitional and post-transitional justice from a comparative perspective. The comparative and theoretical framework within which perpetrators' confessions in Spain are studied is important as much for what it illuminates in the cases discussed in the book as for the way it provides a model for others to take up and use in the future as more attention is paid to perpetrators' confessions, and, perhaps, as more confessions emerge. Clearly written and engaging, this seminal book opens up a new area of study and is thus sure to make a lasting impact.



The central questions of the book build on the thesis of Payne's previous work in her 2008 monograph *Unsettling Accounts: Neither Truth nor Reconciliation in Confessions of State Violence*. In that book, Payne studied how perpetrator confessions in post-dictatorship and post-civil war contexts lead not to settling accounts of the past (as was expected, for example, in the South African Truth and Reconciliation Commission process), but to unsettling them: "rather than settling accounts with the past, therefore, perpetrators' confessions tend to unsettle them by inciting public contention over how that past is presented" (25). This unsettling of accounts, this public contention, in turn, is seen not as something to be feared or avoided in society but as a practice that generates a healthy "contentious coexistence"

¹ Se publicó en castellano bajo el título *de El resurgir del pasado en España: Fosas de víctimas y confesiones de verdugos*, Madrid, Taurus, 2018.

through the public debate about the past that it catalyzes. “Contentious coexistence,” based on a “dialogic notion of democracy” (27) in which antagonism is seen as “an essential characteristic of social life” (27), is thus understood as the mark of a deep and strong democratic practice, one in which debate and disagreement are not evaded but worked through. As Aguilar and Payne explain:

The assumption behind contentious coexistence is that reconciliation is unlikely where societies have been torn apart by violence. Contentious coexistence offers an alternative and more viable pathway to strengthening democratic practice in post-authoritarian and post-conflict contexts. It recognizes profound disagreements over interpretations of past violence that block reconciliation. It allows for debate over foundational matters. It acknowledges the equal participation of victims and their families in generating understanding of the nation’s history. That debate may not deliver a shared understanding about the past, but it can lead to agreement over fundamental principles, such as the importance of ending violence, supporting democracy, and promoting human rights protections. (27)

In light of this, the questions at the heart of *Revealing New Truths about Spain’s Violent Past* are: why have so few perpetrator confessions emerged in Spain and why have they not led to the unsettling of accounts Payne has documented in other national contexts? Why did contentious coexistence not emerge during Spain’s transition to democracy? And, why has it done so only in the new millennium? The main thesis of the book brings to bear on these questions Aguilar’s extensive work on the politics of the transition and post-transition in Spain and proposes that, in Spain, such a healthy unsettling of accounts has been catalyzed not by perpetrators’ confessions but by the most recent wave of exhumations of mass graves begun in 2000 and the movement for the recovery of historical memory within which they have been carried out.

In the first two chapters of the book, “Introduction” and “Unsettling Accounts” the authors present historical and theoretical frames for their study. The next four chapters (“Heroic Historic Confessions,” “Few, Fleeting, and Fugitive Confessions,” “Unsettling the Balance,” and “Preposterous Denial”) are dedicated to analyzing different types of perpetrator confessions that have emerged in Spain, from the time of the civil war up to very recently. Such confessions are mostly from proponents of Francoism but also include confessions of Republican violence. These chapters present very interesting discussions of the different reasons, contingent on the changing historical contexts, for why, even when perpetrators’ confessions did emerge, they did not lead to contentious coexistence in Spain. The seventh chapter, “Unsettling Bones as Unsettling Accounts,” explains why the exhumations of mass graves of Francoist violence in recent years have finally managed to generate such healthy debate and critical engagement with the past throughout society. However, the persistence of entrenched discourses firmly established during the transition that limit contentious coexistence is made clear throughout. The conclusion highlights that political processes are neither linear nor inexorable (89), and thus points to the open-ended and on-going nature of the process of unsettling the settled account of the past established by Spain’s transition to democracy.

The introduction provides a necessary critical overview of Spain's transition, a research area on which Aguilar is one of the leading experts in Spain. The authors effectively argue that the "mythology" (2) of a peaceful and exemplary transition to democracy in Spain has sidelined discussion of certain dimensions of the process that do not fit neatly into that dominant narrative of the time period, such as the violence that did exist at the time and the power asymmetries between the various sides in the complex negotiating process. The chapter provides a nuanced and detailed assessment of the implications of the "pact of silence and oblivion," a pact considered by many as necessary to prevent new outbursts of violence after Franco's death, and which has increasingly come to be seen as central to the dynamics of the transition itself and to the difficulties in breaking with, or unsettling, the "mythology," or settled account, of the era. That settled account was based on several problematic key tenets, such as "the agreement that both sides were [equally] guilty of violence; the consensus to avoid contention; the pact of oblivion as the pathway to peace and democracy" (91). The continued effect of these tenets in eschewing critical debate regarding Francoist violence, and in preventing demands for accountability for such violence, is at the heart of how difficult it has been to unsettle the dominant account of the transition and generate an effective contentious coexistence in Spain. As the authors explain:

Once the democratic regime was stable, the pact of oblivion remained unchanged. There were few challenges to it. The reasons behind this endurance when the threat of democratic collapse was no longer credible were never publicly debated. Over time, it thus become increasingly clear that the pact was based as much on its role in establishing democratic stability as in removing conflictual debate in Spanish society" (13).

Proof of the strength of the dominant narrative of the transition, and the manner in which it "constrains truth, justice and democracy" (17-18) is provided in the detailed analysis in subsequent chapters of how perpetrators' confessions in Spain failed to unsettle it, even when they made public the extent of Francoist repression.

The second chapter of the book provides the theoretical framework for the analysis of the confessions and their relation to the emergence (or lack thereof) of contentious coexistence. Understood as performances and public acts (as opposed to a narrower definition of confession as a private acknowledgement of wrongdoing) the authors explain that perpetrators' confessions necessarily involve five dramatic elements, all of which are necessary to study in order to understand the social and political impact of the performance: "script, actor and acting, stage, timing, and audience" (24). This focus on confessions as performances is very effective and engaging, and the comparative thrust of the chapter, placing the Spanish case in dialogue with other examples of post-dictatorship and post-civil war transitions to democracy, is helpful.

The detailed discussions in subsequent chapters of concrete examples of perpetrators' confessions are illuminating on several counts. In some cases, the authors discuss confessions that have hardly received any attention and are not widely known. Bringing them to light is therefore a valuable contribution in itself and models a practice of paying attention to such texts/performances that may help others uncover new examples. In other cases, where the confessions may have been more widely known (as in well-known declarations of an inten-

tional use of disproportionate violence against Republicans by major Francoist generals during the civil war), the author's detailed discussion of the elements of the performances and the context of their enactment and reception that account for why they did not lead to contentious coexistence is instructive, and, again, models an interpretative practice that can be used on other similar examples of confessions. The inclusion of confessions of Republican violence is a valuable contribution to the study of violence and its legacies in contemporary Spain. It is presented not as a way to create a supposedly "balanced" account of such violence (which would play into the tenet of the dominant transition narrative of an equally shared responsibility for civil war and postwar violence on both sides of the war) but as an acknowledgement that violence did exist on both sides although it responded to very different logics (actively and systematically sponsored from above on the Nationalist side, and mostly spontaneous eruptions that the Republican government tried to quell on the Republican side) and was extremely unequal (deaths due to Nationalist violence during and after the war being at least three times as high as those due to Republican violence). The inclusion of confessions from different time periods ranging from the civil war itself to very recently provides a useful historical perspective to study. Finally, the great variety of types of confessions analyzed and mediums through which they were made public (from public declarations and radio announcements in time of war to published autobiographies, from comments made in documentaries to anecdotes included within published novels, from confessions made in intimate diaries published posthumously to scenes in films) proves the versatility of the interpretative practice modeled by the authors.

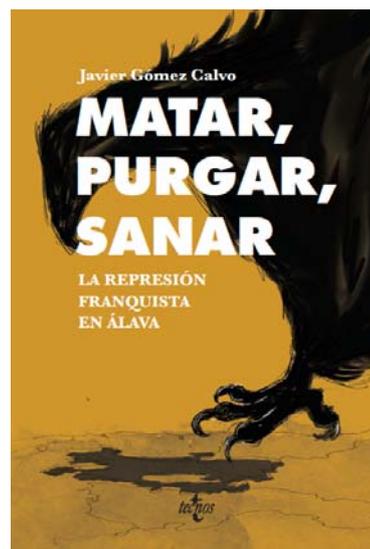
Revealing New Truths about Spain's Violent Past provides a very convincing and useful paradigm for understating not only why fewer perpetrators' confessions have emerged in Spain than in other post-dictatorship contexts, but also why, when they have appeared, they have not easily been able to unsettle the various dominant narratives about past violence that were established at different times of Spain's recent past (during the civil war, throughout the Franco regime, and in the transition to democracy). These varying settled accounts have all had a similar effect: inhibiting the emergence of a healthy contentious coexistence. As the authors demonstrate, however, the exhumations of mass graves of Francoist violence in the new millennium, and the social/political/legal/cultural developments that have accompanied them, have finally led to some amount of contentious coexistence that "put[s] political participation, contestation, and expression in practice" (89). This is proof that there are growing "cracks" in the "cemented foundational pact" of the transition (90). Aguilar and Payne's book is a welcome and useful contribution to a growing field of study that hopes to not only bring attention to such "cracks" but provide innovative frameworks to analyze their full significance. The book, no doubt, is a performance onto itself, one which not only explores these cracks, but helps widen them.

Javier GÓMEZ CALVO: *Matar, Purgar, Sanar. La represión franquista en Álava*. Madrid, Tecnos, 2014, 381 pp., ISBN: 978-84-309-6183-2

Erik Zubiaga Arana.
Universidad del País Vasco (UPV/EHU)

La represión de posguerra en Álava

Un ejemplar del *Euzko Deya* publicado en Argentina el 30 de abril de 1964 señalaba que la «inmolación del pueblo vasco en la guerra de 1936» había dejado tras de sí «21.780 fusilamientos [y] 15.000 muertos en la retaguardia»¹. Habían pasado 25 años desde el fin de la contienda, sin embargo, apenas nada se sabía sobre de la dimensión real de la represión acaecida en el País Vasco (y en España). La imposibilidad de investigar rigurosamente los crímenes cometidos por los sublevados, la dictadura no lo permitía, facilitó el surgimiento de relatos heroicos y especialmente dolientes que poco o nada tenían que ver con lo acaecido en aquellas fechas. El nacionalismo vasco, derrotado en la guerra junto con las fuerzas izquierdistas, presentó la guerra y la posterior represión como un ejemplo más de la secular belicosidad de España contra *Euzkadi*.



Bajo este punto de vista, el pueblo vasco, identificado en forma de sinécdoque con nacionalista, pacífico por antonomasia, volvía a sufrir, esta vez bajo la forma del fascismo, la arremetida violenta de España. Acontecimientos tales como el bombardeo de Gernika, sede del sistema tradicional foral de Bizkaia donde los monarcas españoles juraban los fueros desde el siglo XVI, fortalecieron la explotación de esa imagen doliente del pueblo vasco². Paradójicamente, si bien el ataque aéreo nazi dejó caer sobre la indefensa villa foral un número aproximado de 50 toneladas de bombas, la mayoría de ellas incendiarias, ocasionando un número de víctimas mortales aproximado entre 200 y 250 personas y destruyendo la mayor parte de los edificios, las fábricas así como la Casa de Juntas, la sede foral, no sufrieron impacto alguno³. Sin embargo, este tipo de consideraciones, casualmente las que dotan de complejidad el relato, fueron totalmente marginadas por la narrativa nacionalista, tal y como sucedió con la condición de vascos de muchos de los voluntarios que lucharon junto con los sublevados, los efectos de la represión en otros territorios españoles, así como la titubeante actitud de los dirigentes nacio-

¹ Jesús CASQUETE et al. (coords.): *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 447-449.

² Luis CASTELLS y Antonio RIVERA: "Las víctimas. Del victimismo construido a las víctimas reales", en Fernando MOLINA y José Antonio PÉREZ (eds.), *El peso de la identidad: mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 278-279.

³ Entrevista realizada a José Ángel Etxaniz, miembro del Grupo de Historia Gernikazarra. http://www.eldiario.es/norte/euskadi/bombardeo-Gernika-genocidio-pueblo-franquista_0_635187462.html

nalistas en Álava y Navarra ante el golpe militar, los pactos de rendición de Bilbao y Santoña o los diversos intentos de paz separada acaecidos durante la guerra.

Esta particular memoria de la guerra y la represión fue uno de los condicionantes (junto con la política represiva del régimen, las referencias anticoloniales, la ruptura generacional con el nacionalismo tradicional o la sensación de pérdida de las tradicionales esencias vascas, etc.) que participaron de forma determinante en el surgimiento y la consolidación de ETA. Si bien las juventudes del PNV como los miembros ETA quedaron imbuidos por este relato agónico del pueblo vasco, el mito operó de forma bien distinta en ambas organizaciones. Julen Madariaga, histórico militante de ETA, declaraba en una asamblea celebrada en 1964, dedicada a «los *gudaris* de todos los tiempos» y «en especial, los de la guerra 36-37, víctimas de la última y más incivilizada agresión extranjera perpetrada contra Euskal Herria», que para un «*gudari*» militante [...] engañar, obligar y matar no son actos únicamente deplorables, sino necesarios⁴. La narrativa de un pueblo vasco oprimido por los invasores españoles desde tiempos inmemoriales, con un fuerte protagonismo de la memoria de la guerra civil, la represión y la dictadura centralista, se convirtió así en un asidero en el cual justificar la adopción de la violencia revolucionaria como estrategia política, incluyendo el asesinato de los considerados enemigos de la patria.

Durante las últimas décadas, a medida que se ha ido completando la radiografía del terror franquista de guerra y posguerra en España, el País Vasco continuaba sin disponer de obras rigurosas sobre la represión política acontecida durante aquellas fechas. Un aspecto cuanto menos extraño, teniendo en cuenta el rol que había cumplido (y estaba cumpliendo) un particular relato de la guerra y la posguerra en ETA y en sus círculos políticos afines. De hecho, el espacio que la historiografía había dejado abierto había sido profusamente ocupado por obras pseudohistóricas que seguían alimentando el relato de la existencia de un proyecto secular genocida español encaminado al aniquilamiento del «pueblo vasco», empleando un descarado maniqueísmo terminológico y sobredimensionado burdamente los números de la represión. Por otra parte, pese a la ausencia de estudios monográficos específicos sobre la cuestión, diversos especialistas en la materia ya venían apuntado que la represión franquista en el País Vasco, al menos en cuanto al número de ejecutados, no habría alcanzado la virulencia desplegada en otros territorios. Francisco Espinosa, por ejemplo, incidiendo en la idea defendida en un artículo enormemente sugerente sobre el estado de la cuestión de la represión en el País Vasco publicado en 2009, señalaba que «para una comunidad como Euskadi, que lleva ya décadas alimentando el victimismo, no resulta fácil asumir que, frente a lo que se les ha contado siempre, la represión franquista allí fue de las menos duras de España»⁵. Es justamente en este contexto donde se publica el libro de Javier Gómez Calvo titulado *Matar, Purgar, Sanar. La represión franquista en Álava*.

El libro de Gómez Calvo es fruto de una investigación doctoral dirigida por el catedrático Antonio Rivera y defendida en el 2013 en la Universidad del País Vasco. La obra dividida en tres grandes bloques, si bien repara en ciertos pasajes de violencia política acaecidos en la provincia durante el periodo de la República, se centra fundamentalmente en el análisis de las

⁴ Gaizka FERNÁNDEZ: «Mitos que matan. La narrativa del «conflicto vasco»», *Ayer*, 98:2 (2015), p. 229.

⁵ Francisco ESPINOSA, José María GARCÍA y José Luis LEDESMA: *Violencia roja y azul, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 50.

distintas formas represivas implementadas por los sublevados en Álava durante la guerra y la inmediata posguerra. El primer apartado versa sobre el asesinato. En este sentido, habría que destacar que además de proporcionar un detallado listado nominal de las víctimas mortales, ahonda en la estructura de terror diseñada por los sublevados, atendiendo a los criterios de elección de las víctimas, a la cronología de los crímenes así como a la respuesta de la sociedad alavesa. El segundo bloque lo dedica a estudiar la persecución de carácter más bien económico. En primer lugar, se analiza la política depuradora, dando cuenta del impacto del proceso de depuración realizado en los distintos cuerpos de funcionarios y empleados de la administración pública, tanto provinciales como estatales. Asimismo, el apartado incluye un extenso análisis sobre las sanciones económicas impuestas por el Tribunal de Responsabilidades Políticas. El último bloque, bajo un sugerente epígrafe, “Sanar”, trata sobre el retrato social y político de los años que sucedieron a la implementación de las medidas coactivas más duras. En este terreno, es especialmente relevante, por lo novedoso, la tesis sobre la paulatina reconstrucción de la convivencia de la sociedad alavesa, principalmente la vitoriana, bajo la socialización de unos criterios de fuerte sentido comunitario, caracterizado por una especie de compromiso colectivo con el territorio y sus gentes, denominado *vitorianismo*.

La riqueza documental es, sin lugar a dudas, uno de los aspectos fuertes de este libro. El autor ha incorporado documentación, mucha de ella inédita, procedente de un elevado número de archivos, unos cuarenta aproximadamente, entre los que habría que destacar los archivos militares (sitios en Ferrol, Ávila, Guadalajara y Segovia), veinte archivos municipales, los dos archivos provinciales, la práctica totalidad de los registros municipales de la provincia, el Archivo General de la Administración y el archivo del Ministerio de Interior, entre otros. Pues bien, por si este soporte documental no fuera suficiente, la investigación se nutre también tanto de fuentes hemerográficas como de fuentes orales. Las noticias publicadas en la prensa de la época y las experiencias de las personas que vivieron *in situ* el periodo de la posguerra en Álava, siete en total y entrevistadas por el propio autor, proporcionan una calidez que complementa la inherente frialdad que transmiten los números y, a su vez, invitan al lector a introducirse en el vidrioso campo de las emociones y los sentimientos.

a mayor parte de los estudios que abordan la represión franquista van dirigidos prioritariamente a zanjar la cuestión de la denominada guerra de cifras. Por lo que a esta cuestión respecta, la investigación de Gómez Calvo no es una excepción y cumple a la perfección con este cometido, pues proporciona un listado completo de las víctimas mortales, suministrando información precisa sobre la vecindad, la causa de la muerte (asesinado, paseado o ejecutado tras consejo de guerra), la fecha de la muerte, la edad, la profesión y la filiación política de cada víctima. El estudio desvela que la represión de guerra y posguerra en Álava acabó con la vida de 193 personas, siendo 160 de ellas producto de los asesinatos «extrajudiciales» y las 33 restantes consecuencia de sentencias en consejos de guerra. En efecto, a tenor de los resultados, se confirma lo que se venía apuntando sobre las provincias vascas, al menos por lo que al caso alavés respecta. El porcentaje de asesinados en Álava (0,18%) fue infinitamente menor que la registrada en la mayoría de aquellos lugares donde triunfó la sublevación. No es una cuestión baladí, pues el dato confirma que la represión de los sublevados no se ejecutó en tiempo ni en forma de la misma manera en todos los territorios. Asimismo, cabe subrayar que la represión más atroz, los asesinatos extrajudiciales y las ejecuciones, fue a parar a los simpatizantes y militantes de las fuerzas izquierdistas, sobre todo, a socialistas, comunistas y anarquistas. Los

nacionalistas, en cambio, ya fuera por su acendrado catolicismo o conservadurismo político, sortearon con mucha mejor fortuna los rigores de la represión más dura.

La investigación concluye que las particulares características de la provincia frenaron de alguna forma el ejercicio generalizado de una persecución sin contemplaciones hacia el adversario. De modo que la violencia extrema desatada en la mayor parte de los territorios bajo control sublevado quedaría en parte neutralizada en el caso de Álava por factores tales como, la implantación de un fuerte sentido de comunidad local, la ausencia de graves conflictos políticos y sociales durante la República, una distribución de la tierra entre pequeños propietarios agrícolas así como la no existencia de una pobreza extrema (el analfabetismo, por ejemplo, era tres veces menor que la media nacional). Paradójicamente, si bien Álava ocupó las últimas posiciones en el macabro ranking de víctimas mortales, la situación fue justamente la contraria en cuanto a las sanciones pecuniarias respecta. El Tribunal de Responsabilidades Políticas sancionó a un elevado número de alaveses. El objetivo principal de dicha jurisdicción especial no fue otro sino la recaudación, razón por la cual las penas más severas fueron a parar a los sectores sociales económicamente solventes que perdieron la guerra, siendo éstos mayormente los adscritos políticamente al PNV y a los partidos políticos republicanos.

Otro de los aspectos destacables de esta obra es su claro afán interpretativo. El autor se posiciona y toma partido en el debate abierto en torno al carácter de la represión franquista de posguerra. De hecho, dedica un apartado extenso a impugnar lo que él viene a llamar el «paradigma exterminista». A través de una interpretación sólidamente estructurada, cuestiona la validez de las tesis que presentan la represión de los sublevados bajo conceptos tales como genocidio u holocausto. El autor estima que semejantes sustantivos no reflejan con precisión la naturaleza de la represión franquista, pues no reparan lo suficiente ni en los tiempos ni en las formas de las medidas coactivas.

En definitiva, nos encontramos ante el libro referencia de la represión franquista en Álava. La historiografía dispone ahora de un estudio riguroso y completo de la estructura represiva implementada en Álava tras el golpe militar de julio de 1936. Se trata de una investigación que lejos de detenerse en la labor meramente descriptiva y en la elaboración de listados nominales, contribuye también a reflexionar sobre las causas y el impacto de la represión desatada en la provincia alavesa, atendiendo a las variables temporales y contextuales. Para acabar, quisiera destacar que el libro de Javier Gómez además de solventar un vacío historiográfico de elevado interés científico, reporta beneficios sociales relevantes, pues proporciona utillaje argumental más que suficiente para dismantelar relatos, pretendidamente históricos, que gozan de gran predicamento social en el País Vasco.

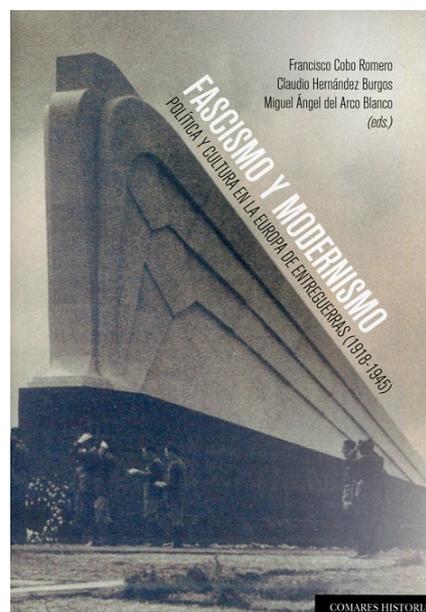
Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Fascismo y Modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares Historia, 2016, 281 pp., ISBN: 978-84-9045-457-2

Guillermo Sáez Aznar
Universidad de Zaragoza

La complejidad del fascismo como concepto

Los estudios en torno al fascismo que lo valoran como uno de los movimientos más determinantes del siglo XX han sido –y siguen siendo– uno de los principales temas de la historiografía profesional a lo largo de las últimas décadas, por lo que en principio podría parecer que ya no quedan nuevas vías para profundizar en cuanto a su conceptualización. Sin embargo, en *Fascismo y Modernismo* se vuelven a plantear diversas perspectivas a lo largo de un volumen donde se dan cita reconocidos especialistas para abordar diversas temáticas en relación con la naturaleza de un fenómeno tan diverso y difícil de aprehender. De hecho, a las categorías de reflexión más habituales incluyen otras líneas de investigación en relación con hechos más directamente culturales que si bien no son estrictamente novedosos en sí mismos, no han sido trabajados hasta la fecha con la misma profusión y enfoque transnacional que los anteriores, por lo que se plantea necesario profundizar en ellos para aportar mayor grado de conocimiento y poder seguir avanzando en ese sentido.

La obra, editada por Francisco Cobo Romero, Claudio Hernández Burgos y Miguel Ángel del Arco Blanco, es resultado del segundo encuentro del «Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo» (SIIF) celebrado en la Universidad de Granada en 2015 y donde reunieron a buena parte de los investigadores nacionales e internacionales más destacados de la comunidad historiográfica. De hecho, este formato favorece no sólo que se amplíe el ámbito de los fascismos más trabajados y conocidos en la Europa occidental, sino que la perspectiva comparada que adoptan permite ampliar nuestra capacidad analítica para superar aquellas visiones que los valoraban simplemente en la medida en que se acercaban a las dimensiones alcanzadas por el caso alemán, como si el resto de experiencias no merecieran ser analizadas en sí mismas. Precisamente, la variedad de conceptos y caracteres ideológicos del fascismo hace necesario seguir profundizando en su naturaleza hasta alcanzar una pretendida categoría universal que unifique las numerosas aportaciones desde las distintas experiencias desarrolladas en cada territorio, todo ello con el objetivo de defender la «existencia de un fas-



cismo genérico dirigido, tanto en sus orígenes como en el inmediato presente, hacia la superación de las carencias y desequilibrios gestados por la modernidad» (P. 2).

Para ello, el volumen se articula en torno a seis bloques en los que catorce capítulos presentan un texto que sintetiza las amplias investigaciones desarrolladas por cada historiador en relación a la conceptualización del fascismo, principales dinámicas, relación con otros fenómenos, etc., el cual se sustenta en un vasto aparato bibliográfico incluido a pie de página que facilita la consulta del mismo. Así pues, tras una introducción en la que sus editores presentan el sentido de la obra y su proceso de gestación se pasa a la primera parte, «Fascismo, ¿revolución modernista o reaccionaria?», donde se entra en el debate sobre su naturaleza entre la clásica disyuntiva de mera contrarrevolución o proyecto revolucionario cultural vinculado, de este modo, con el modernismo. Para ello, Roger Griffin analiza su concepción como un instrumento para superar la crisis de la modernidad a partir de la tesis de que sólo las visiones clásicas y más restrictivas del concepto de «modernismo» pueden negarle dicho carácter a un movimiento regenerador que aunaba numerosas innovaciones en aspectos intelectuales, espirituales, sociales o científicos, es decir, un amplio contenido multidisciplinar. En ese sentido, resulta clarificador cuando afirma que «el modernismo puede ser conceptualizado como una rebelión *contra* la modernidad, un intento palingenésico para crear un nuevo *nomos*. No es antimoderno, sino un asalto sobre la modernidad *existente*, y postula una nueva visión de la vida, una modernidad *alternativa*» (P. 25), de manera que su tesis invita a reconsiderar el fascismo como un proyecto revolucionario de transformación social. Por su parte, Francisco Cobo Romero presenta un ejercicio de historia comparada de los diferentes procesos desarrollados en la Europa de Entreguerras desde una perspectiva social para señalar las limitaciones de los proyectos revolucionarios, tanto de los regímenes plenamente fascistas como de aquellos parafascistas. En ese sentido, su tesis es que queda de manifiesto que pese a la retórica y estética netamente revolucionaria, en la práctica y en las transformaciones que llevaron a cabo se mostraron menos intensos, matizando así esa clásica visión.

El segundo bloque se agrupa bajo el epígrafe «Fascismo en Europa» y la inicia el capítulo de Francisco Morente Valero centrado en la importancia del movimiento universitario vinculado al NSDAP durante el periodo final de la República de Weimar. A partir de un análisis de su trayectoria destaca que se trató de la primera experiencia completa de fascistización de un colectivo en Alemania, aunque incide en que para ello no hicieron uso de ideas que supusieran una modernidad amenazante para sus posiciones, sino una actualización del pensamiento tradicional con elementos modernos y un lenguaje rupturista que fuera intercambiable con sus valores para poder atraer a una mayoría que procedía de la derecha tradicional antirrepublicana. En cuanto al caso español, Ferrán Gallego incide en su verdadera profundidad ideológica surgida tras un largo proceso de mutación desde su momento fundacional y fuertemente marcado por los elementos culturales y experiencias propias del país. Así pues, a partir de ese planteamiento y con el bagaje conceptual de su trayectoria investigadora, el autor sintetiza brevemente aquellos elementos principales y propios del proceso de fascistización del movimiento español—desarrollados ampliamente en otras obras— para indicar los ámbitos en los que deberían seguir profundizando la historiografía para ser capaces de valorarlo no sólo a partir de su desarrollo tras el triunfo en la Guerra Civil, sino desde sus momentos fundacionales y, quizá, más confusos o ambiguos.

En «Fascismo y Guerra» se presenta una reevaluación de la importancia de dicha experiencia tanto para la formación del movimiento como en su posterior desarrollo, comenzando por el estudio comparado de Ángel Alcalde a partir de fuentes primarias procedentes de ex combatientes alemanes, franceses e italianos y que le permite matizar la tesis de su «brutalización» general. Así pues, pese a que el pensamiento palingenésico fue un elemento transnacional presente en distintas formas y grados —aunque sólo de manera destacada en Italia—, defiende que dichas ideas de renovación no pueden vincularse exclusivamente al ultranacionalismo ni, de manera directa, al fascismo, tratándose de un proceso mucho más complejo. Por su parte, Miguel Alonso Ibarra sigue un método similar pero centrado en el ejército rebelde de la Guerra Civil española para señalar que, contra lo que pudiera esperarse, dentro de la socialización de su tropa la ideología fascista no fue un elemento común y dominante en todos ellos. Planteando que la particularidad de ser un conflicto interno tuvo su influencia, llega a la conclusión de que la interiorización de su ideología fue muy heterogénea y generó una amplia «escala de grises» que impide conceptualizarlos como fascistas de manera monolítica, al margen del posterior consenso construido en torno al franquismo. Para cerrar este bloque, Javier Rodrigo analiza la actividad bélica de Italia durante los años treinta para, lejos de ser una síntesis descriptiva, incidir en su propio proceso de radicalización bajo el mito imperial y previo a su entrada en la Segunda Guerra Mundial frente a visiones simplificadoras. Esto le permite destacar, al margen de su importancia dentro del proceso de fascistización europeo a través de la guerra total —con especial atención a su intervención en España—, el continuo que supusieron sus operaciones dentro de una violencia extrema que sirve para establecer una visión de conjunto entre ellas y que permite entender tanto la complejidad del proceso como el final al que se vio abocado.

En el cuarto bloque, «Fascismo: cristianismo y religiosidad popular», se aborda la función que tuvieron dichas prácticas dentro de su conformación ideológica y de su visibilidad en el espacio público, siendo quizá la parte más descriptiva del volumen. Para ello, Constantin Iordachi presenta la importancia que tuvo el cristianismo y el culto a los mártires dentro del fascismo rumano a través de la Legión del Arcángel Miguel, siendo el martirio uno de los motores de la religión política fascista. A través de un minucioso análisis presenta la importancia del culto a los caídos elaborado a partir de la muerte de dos de sus líderes en la Guerra Civil española para conseguir que los sacrificios voluntarios con propósitos políticos fueran honrosos para sus miembros, articulando así una ideología carismática de salvación y regeneración nacional que sirvió a su vez para explotar las creencias y miedos populares en su beneficio. En la misma línea, César Rina trata su vertiente más popular en el caso español para señalar que si bien en un principio se dotaron de significados políticos falangistas que legitimaran e identificaran plenamente con el proyecto franquista, transcurridos unos años las autoridades católicas optaron por liberarse de los mismos. En cualquier caso, tras exponer el modo en que se realizó dicha fascistización y la vistosidad que alcanzó en el espacio público durante la posguerra, el autor señala que si bien no lograron el objetivo de construir una verdadera religión política a nivel popular, consiguieron la unión entre el nacionalcatolicismo y la simbología fascista para que fueran asimilados por la colectividad como representación del franquismo y de su jerarquía.

La quinta parte trata sobre «Fascismo: espacio público y arquitectura», un interesante planteamiento donde Claudio Hernández Burgos presenta, en primer lugar, una reflexión

conceptual en torno al sentido de «espacio público» dentro de este tipo de regímenes entendiéndolo como la relación entre el poder del Estado y las sociedades de manera compleja a partir de distintos enfoques. En ese sentido, se centra en los intentos de fascistización de los espacios cotidianos para influir en la vida diaria y su asunción o contestación por parte de sus habitantes, siendo el mapa urbano un recurso de gran utilidad para ejercer su dominación aunque señala que, en todo caso, no pudieron alcanzar su totalidad y existieron otros proyectos que disputaron la hegemonía del fascismo. En cuanto a estructuras arquitectónicas, Daniel Domenech Muñoz realiza un estudio comparado entre los modelos alemanes, italianos y españoles para destacar la ausencia de una tipología común que permita hablar de una propia tipología fascista internacional. De hecho, señala que la elección de un estilo u otro por cada régimen obedecía a la representación propagandística de los valores de poder, legitimación, cotidianeidad, transgresión y atemporalidad que querían transmitir para crear o reforzar su identidad nacional regenerada, argumentándolo a través de una interesante reflexión conceptual sobre la que sustenta dicha tesis.

El volumen finaliza con un espacio dedicado a «Intelectuales y Fascismo» y que se inicia con el capítulo de Rita Almeida de Calvalho y Annarita Gori sobre el mito transnacional de la «Latinidad» impulsado desde Portugal con el objetivo de regenerar el mundo occidental a partir de ese ambiguo modelo, aunque se vio frenado tanto por el propio proyecto del fascismo italiano como por otras opciones de nacionalismo portugués promovidas en el régimen de Salazar, analizando las razones que llevaron a preferir una mayor cohesión identitaria del país en lugar de favorecer la unión entre dichos estados. Tras ello, Steven Forti retoma el estudio sobre personalidades relevantes para afrontar de manera comparada el de Pierre Drieu La Rochelle en Francia y Curcio Malaparte en Italia, aunque en este caso presenta la dificultad de conocer la ideología política en sujetos cuya producción profesional estaba dedicada a la intelectualidad y la literatura, presentando a partir de ello una teorización sobre las seis «ideas-fuerza» que identifica para entender su paso del fascismo al comunismo –y viceversa– y que considera distinto al realizado por dirigentes políticos tránsfugas. Por último, Eduardo Hernández Cano analiza los ensayos publicados por Ernesto Giménez Caballero entre 1927 y 1935 para destacar que en su caso la opción del fascismo surgió desde el modernismo como una búsqueda de soluciones políticas a los problemas específicos del campo cultural del que formaba parte como escritor, aunando tanto formas tradicionales como modernidad hasta llegar a teorizar un fascismo que resolvería esa supuesta crisis de legitimidad que atribuía a la situación de entonces y una nueva cultura nacional moderna.

Así pues, a modo de breve conclusión tras la síntesis realizada sobre el diverso contenido reunido por los distintos historiadores mencionados, una de las ideas generales que prevalece es la conceptualización del fascismo como un movimiento e ideología compleja que hace necesario un análisis multidisciplinar y comparado para poder seguir avanzando en su conocimiento, como se ha demostrado a través de argumentos procedentes de la politología, sociología política o historia cultural. Todo ello, además, pese a las restricciones en la extensión propias de este tipo de formatos académicos, por lo que cual resulta un mérito a valorar la capacidad para resumir y destacar las partes más importantes de sus amplias investigaciones –algunas de ellas posteriormente publicadas en obras propias–. De este modo los editores consiguen de manera solvente el objetivo de reunir en un único volumen una amplitud temática y conceptual que permite obtener una visión de conjunto sobre los nuevos estudios sobre los que

se sigue construyendo la historia del fascismo en todas sus manifestaciones. Sin embargo, en algunos capítulos se observa cierta falta de profundidad conceptual o conexión con la idea de modernismo planteada como línea central así como, por otra parte, aquellos en los que debido al menor conocimiento general de sus procesos nacionales o el análisis de casos específicos necesitan una exposición más descriptiva hasta poder presentar las tesis y conclusiones exportables a otras experiencias fascistas.

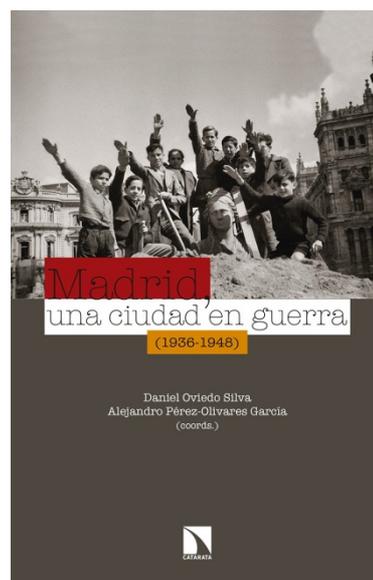
En cualquier caso, este volumen constituye una aportación historiográfica de importancia al ser capaz de presentar distintos paradigmas interpretativos que hacen posible superar aquellas visiones más tradicionales que limitaban su estudio a sus casos más significativos — especialmente el alemán— pero sin pretender zanjar o dar por concluidos los debates que afronta, sino replantearlos y redefinirlos para seguir profundizando en ellos. Por estos motivos, la lectura y análisis de *Fascismo y Modernismo* permite ampliar nuestro bagaje historiográfico a partir de los ejercicios de conceptualización, reinterpretación e historia comparada plasmados a través de una metodología cuidada en la que toda tesis anterior es sujeta a crítica para poder discernir mejor el sentido del proceso analizado. De este modo se contribuye a la renovación de un campo que, lejos de agotarse, sigue presentando importantes retos en torno a la reinterpretación del fascismo entendido como fenómeno amplio y su vinculación con conceptos en principio contrarios como pueda ser el de modernismo.

Daniel OVIEDO SILVA y Alejandro PÉREZ-OLIVARES (coords.): *Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)*, Madrid, Catarata, 2016, 262 pp., ISBN: 978-84-9097-231-1

Gloria Román Ruiz
Universidad de Granada

La vida en el Madrid de guerra y posguerra: miedo, hambre, persecución y olvido

Madrid, una ciudad en guerra comienza situando al lector frente a la diosa Cibeles, descubierta a finales de marzo de 1939 tras largos meses de bombardeos para asistir como invitada de honor al desfile de la victoria. Ya en la deliciosa introducción a cargo de los coordinadores se adivina una las principales cualidades de esta obra, el cuidado puesto en su escritura, acaso distintivo de la nueva generación de jóvenes historiadores. La propia cronología escogida resulta enormemente reveladora pues viene a subrayar que el 1 de abril de 1939, día en que oficialmente cesaron las hostilidades, no constituyó un punto y aparte, sino un punto y seguido. La «normalidad» no quedó restablecida hasta mucho tiempo después. Concretamente, los autores arrastran el punto de inflexión hasta 1948, año en que se puso fin al estado de guerra.



Tal y como apuntan Pérez-Olivares y Oviedo, uno de los principales objetivos de la obra es «acompañar los pasos de una creciente demanda social de conocimiento histórico». Y aunque a algunos lectores pudiera parecerles a priori que se trata de *otro libro más* sobre la guerra civil, lo cierto es que el volumen logra su pretensión de contribuir a la colmatación parcial de algunas de las lagunas todavía existentes en lo referente a la contienda española.

El primer capítulo, a cargo de Fernando Jiménez, está dedicado a la violencia en la zona republicana practicada por los comités revolucionarios durante los primeros meses tras la sublevación de julio de 1936, así como a la respuesta ofrecida desde el estado. A la hora de indagar en estas cuestiones el autor escoge como estudio de caso Villa de Vallecas y Puente de Vallecas. Tal y como se revela a lo largo de sus páginas, el nacimiento de un sistema de justicia paralelo al oficial supuso la pérdida del monopolio que hasta esos momentos venían ejerciendo las autoridades republicanas. Los más notables esfuerzos por parte del gobierno por recuperar las prerrogativas perdidas y por acabar con las detenciones y ejecuciones, cuyos perpetradores fueron tachados de «incontrolados», llegaron con la constitución de los Tribunales Populares. El autor alerta acerca del mito forjado por los vencedores, y convenientemente utilizado por su propaganda, en torno al «terror rojo» en el Madrid de las checas. Invita a contextualizar esta violencia -a la que confiere un carácter «contragolpista» y revolucionario- en una coyuntura bélica marcada por los bombardeos constantes, la llegada de refugiados a la ciudad y la rumorología sobre la Quinta Columna. Sus páginas tratan de dibujar el perfil tanto de pepe-

tradores como de víctimas, así como de esclarecer las motivaciones que tuvieron y los objetivos que persiguieron.

Carlos Píriz firma el capítulo dedicado a una serie de reflexiones teóricas acerca uno de los ámbitos que menos atención han merecido por parte de la historia cultural, las emociones como realidades historiables y en buena medida construidas. Concretamente el autor se detiene en una de las más determinantes a la hora de comprender la evolución de las sociedades históricas, el miedo, y en la forma en que éste se hace presente en la vida cotidiana de los individuos. El objetivo de este buceo por la historia de las emociones y por el temor cultural al enemigo no es otro que arrojar luz sobre el fenómeno de la Quinta Columna en el Madrid de la guerra. Una pregunta pivota sobre todo el texto: ¿hasta qué punto contribuyó la difusión del miedo a la Quinta Columna a la intensificación de la violencia en la retaguardia republicana? Para tratar de ofrecer una respuesta el autor analiza el papel jugado por la rumorología y por los medios de comunicación de masas en la expansión de la histeria colectiva.

Ainhoa Campos se desmarca del estudio de la violencia sobre la que se pone el foco en los capítulos anteriores para centrarse en la vida cotidiana y, más concretamente, en la cuestión de los abastecimientos en una ciudad en la que «hubo muchos días sin pan». Convertida en una de las principales preocupaciones de los madrileños, amenazaba con erosionar su moral y su capacidad para resistir al enemigo. Para evitar tal cosa, las autoridades optaron, de un lado, por censurar las publicaciones excesivamente críticas con el estado de los suministros y, de otro, por perseguir el derrotismo, estableciendo el delito de «desafección». En él incurrieron numerosas mujeres como Constantina Cortina, que expresó su voluntad de regresar «a su tierra, con los fascistas, para no pasar hambre». Como explica la autora eran ellas las que más sufrieron las colas ante los establecimientos, lugar predilecto para la expresión de quejas respecto a los abastecimientos. El análisis de Campos, que no pierde de vista realidades internacionales semejantes como la de la I Guerra Mundial, pone de relieve el alto riesgo que asumían quienes osaban articular este tipo de comentarios proscritos que, en el infortunio de ser denunciados, sufrieron largas condenas en campos de trabajo.

El cuarto capítulo llega de la mano de Jesús Espinosa, que realiza una detallada exposición en la que abundan datos que contribuyen a arrojar luz sobre la Delegación de Estado para la Recuperación de Documentos. Se trató de un organismo creado en abril de 1938, en el contexto de las políticas de la victoria orquestadas por los vencedores tras la toma de la capital, y dependiente del Ministerio encabezado por Serrano Suñer, cuyo objetivo era incautar y conservar la documentación perteneciente a organizaciones políticas izquierdistas o a individuos que se hubiesen significado a favor de la República. Para que esta ingente tarea llegase a buen puerto se requería de la colaboración ciudadana, por lo que las nuevas autoridades instaron a los madrileños a entregar cualquier material documental que hubiera pertenecido a los sectores revolucionarios. Esta institución se encargó también de devolver los documentos intervenidos por los «rojos» a los adeptos al Movimiento una vez hubieron cambiado las tornas. Editoriales, imprentas, sedes de prensa, sindicatos y partidos políticos, o domicilios particulares -donde se requirió abundante correspondencia- fueron registrados en busca de un ansiado botín que sirvió para crear un auténtico archivo del bando vencido. Uno de los aspectos de mayor interés del texto reside en su potencial para dilucidar el papel jugado por este organismo en la represión franquista, esto es, la medida en que los documentos incautados fueron empleados para procesar y condenar al enemigo.

Daniel Oviedo comienza presentándonos a un portero de una finca de Madrid, «ejemplar» según sus propias declaraciones ante la justicia. Haciendo uso de una maravillosa escritura y de un extraordinario despliegue de fuentes, el autor realiza un complejo análisis de los procesos violentos intracomunitarios rehuyendo de enfoques dicotómicos y reduccionistas. Y lo hace a través las declaraciones autoexculpatorias articuladas por las porteras y porteros una vez que las tropas franquistas ocuparon Madrid. En sus ingeniosas estrategias discursivas se adivinan ecos del lenguaje del poder y «formas de autopresentación» propias de cada contexto político en las que no faltan las contraverdades y a las que Oviedo se refiere como «máscaras». El capítulo pone de relieve la implicación y la responsabilidad de la sociedad en los procesos represivos y trata de dilucidar hasta qué punto fueron decisivos los testimonios ofrecidos por las porteras y porteros a la hora de salvar o de condenar a un procesado. Las actitudes adoptadas por este colectivo oscilaron entre la delación de sus vecinos y su solidaridad con ellos, ofreciéndoles refugio en la propia portería, alertándolos ante la llegada de patrullas o haciendo declaraciones favorables ante las autoridades. Pero las porteras y porteros tampoco escaparon de las denuncias, poniéndose así de relieve a lo largo del capítulo lo delgada que es la línea que separa la condición de víctima de la de verdugo. Tras haber descubierto el verdadero rostro de José Barbero, con quien se abría el capítulo, el lector comprueba que no fue un portero todo lo ejemplar que hacían prever sus declaraciones juradas.

Alba Fernández firma un último capítulo que comienza recordándonos que el espacio no es inocente. La autora pone la vista en uno muy concreto, el que fuera bautizado por Juan Ramón Jiménez como Colina de los Chopos. Durante el siglo XX el lugar acogió dos emblemáticas instituciones científicas, la Junta para Ampliación de Estudios y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La primera nació en 1907 inspirada en los principios el krausismo y del europeísmo que había hecho suyos la Institución Libre de Enseñanza y con el objetivo de impulsar la ciencia en España, si bien no fue hasta la Segunda República cuando experimentó su mayor impulso. Sin embargo, las nuevas autoridades franquistas acabaron con ella creando en su lugar una nueva institución, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Fernández analiza las continuidades y las discontinuidades inherentes a este proceso de reemplazo, apuntando a la pervivencia respecto al espacio físico – si bien ahora resignificado a modo de un «palimpsesto urbano», y a la ruptura en lo referente a la carga valórica. La ciencia y la cultura obedecerían en adelante a los principios ideológicos propios del nacionalcatoicismo. El texto concluye advirtiendo sobre los riesgos de la en ocasiones indebida e interesada apropiación que se hace de la memoria.

Todos estos jóvenes autores ponen sobre la mesa algunos de los debates historiográficos de mayor interés y actualidad, tales como la naturaleza polivalente de la violencia, en este caso en la retaguardia republicana; las actitudes ciudadanas deladoras, concretamente las exteriorizadas por las porteras y porteros del Madrid en guerra; las resistencias cotidianas en el ámbito de los abastecimientos protagonizadas por quienes fueron tachados de «derrotistas»; o el poder inherente a los espacios, en el caso que nos ocupa, la Colina de los Chopos. Quizá quede insuficientemente explicado en la obra el por qué de la elección de estos temas, perspectivas y enfoques y no la de otros muchos susceptibles de tener cabida en una obra como ésta para el mismo marco cronológico y espacial escogido. En cualquier caso, parece claro que con esta nueva generación de historiadores el «futuro del pasado» al que se refieren los coordinadores en la introducción queda garantizado.

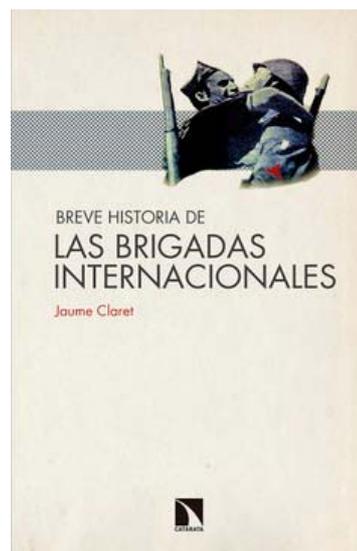
Jaume CLARET: *Breve historia de las brigadas Internacionales*, Madrid, Catarata, 2016, 94 pp., ISBN: 978-84-9097-242-7.

Manuel Requena Gallego
Universidad de Castilla-La Mancha

Una visión incompleta de las Brigadas Internacionales

Últimamente el mundo editorial ha prestado atención a las Brigadas Internacionales presentándonos tres obras de divulgación en los últimos diez años, resumiendo su contenido en cien páginas. Es una tarea compleja por la variedad temática y complicada para no caer en el subjetivismo partidario. Se trata de reunir las múltiples y excelentes investigaciones en casi todos los temas, sintetizarlas en una breve narración objetiva y amena. Ello es posible, aunque difícil, a no ser que lo realice un especialista en el tema. Pero es rentable para la editorial al disponer de un público, no muy habituado a la lectura, pero con curiosidad por la historia. Por ello los libros que intenten dar una visión global, de forma abreviada, serán bienvenidos al mundo editorial. Llevado, tal vez, por esta filosofía, se han publicado tres libros en los últimos diez años. El de Fernando Ballesteros Castillo: *Las Brigadas Internacionales. De Thorez a Togliatti, pasando por Tito*. Madrid, Editorial San Martín, 2006; el de Víctor Hurtado: *Atlas de la Guerra Civil española. Las Brigadas Internacionales*. Barcelona, DAU, 2013, con profusión de mapas y datos estadísticos; y el de Jaume Claret que analizamos aquí.

Este libro que, como su título indica, intenta ser una síntesis sobre las Brigadas Internacionales, reducido el contenido a 94 páginas y publicado por la editorial Catarata en colaboración con el Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales (CEDO-BI). Es una obra objetiva, redactada de una forma amena, con una tipografía adecuada que hace agradable su lectura a un público no especializado. Está dividida en cinco partes. Comienza explicando el origen de las Brigadas Internacionales como una iniciativa del Comintern que las funda el 17 de septiembre de 1936, con el visto bueno de Stalin, quien se compromete a ayudar al Gobierno republicano con armas y alimentos. Las fuerzas de izquierdas en cada país debían reunir voluntarios y todo tipo de ayuda material para la República que enviarían a París y desde aquí se traslada hasta Albacete, que había sido designada base de las Brigadas Internacionales. En el segundo capítulo, se relata la distribución de las diversas brigadas por los pueblos albacetenses para su formación militar antes de desplazarse al frente, su composición y sus jefes. En cuanto al número de brigadistas nos “habla de baile de cifras”, generando una polémica entre los historiadores. Andreu Castells ofrece la cantidad de 59.380, Rémi Skoultessi señala que nunca superaron los 36.000 y Andreu Clavet que “trabajos posteriores ya rebajaron el número a unos 40.000. El número de muertos fue alto, sobre unos 10.000 a los que debe sumarse unos 7.000 prisioneros, los desaparecidos y desertores.



A continuación relata las importantes batallas en las que participaron las distintas brigadas y el papel destacado que jugaron en cada frente y los diferentes resultados ante las estrategias militares empleadas, en especial en la de Madrid, considerada una guerra de desgaste y en la del Ebro, donde predominó la “máquina franquista” frente al soldado “soldado casi indefenso”. Además nos habla de la del Jarama, Guadalajara, Andalucía, Brunete, Belchite y Teruel. Es el capítulo mejor elaborado. El siguiente nos habla de la retirada de las brigadas. Juan Negrín ante la Sociedad de Naciones anuncia la retirada, el 21 de septiembre de 1937, de las Brigadas Internacionales. Se concentran las tropas para la marcha, se realizan varios actos de despedida muy emotivos, siendo el más multitudinario el celebrado en el paseo de la Diagonal en Barcelona con cien mil personas, celebrado el 28 de octubre de 1938. Y en diciembre de 1938 y primeros de enero de 1939 y fueron ingresados en los campos de internamiento Saint Cyprien, Arlges-Sur-Mer y Mauresque-Coliure. El último capítulo le sirve para recordar que sigue estando presente la Memoria de las brigadas a pesar de haber trascurrido ochenta años, y que se siguen realizando múltiples conferencias, jornadas, inauguración de monumentos, etc.

Mi valoración del libro es que el lector no tendrá una visión global, completa y real de lo que fueron las brigadas ya que la distribución y dedicación a la temática es muy desigual, destacando ampliamente la cuestión militar clásica centrada en los mandos y en la estrategia militar, olvidando otros aspectos humanos sobre la tropa. Le dedica más de la mitad del libro (páginas 35 a la 78), o sea 44 páginas del total. A otros aspectos quedan reducida la información. Pero resulta difícil de explicar que no se traten en el libro cuestiones importantes como los servicios que disponían las brigadas indispensables para su funcionamiento como fueron los servicios sanitarios, el correo, los medios de comunicación, la intendencia, el gran apoyo del mundo de la cultura de todos los países. Ello impide tener una visión lo más precisa posible. Ejemplos de ausencias importantes en el libro:

1. No aparecen los diversos servicios que disponían los brigadistas. Su intendencia que les permitía disponer de alimentos, vestidos, armas que provenían de granjas, graneros, talleres propios con el fin de cubrir las necesidades de tanta gente. El correo para que llegasen las cartas a los soldados y sus familiares y amigos que servía para levantar la moral de los soldados. Sanidad tan indispensable para salvar vidas de los soldados. Organizar a los médicos, enfermeras, hospitales del frente y de retaguardia, etc. Los medios de comunicación como la radio y la prensa para estar en contacto continuo con los brigadistas. Disponían de emisoras propias y unos 66 semanarios dirigidos y escritos por ellos. Modo de ejemplo consultar Ernest L. HELLER: *La Historia y el servicio postal de las Brigadas Internacionales*, Madrid, Lidner Filatélica Ibérica, 2007; Manuel REQUENA GALLEGÓ; María Rosa SEPÚLVEDA LOSA (coords): *La sanidad en las Brigadas Internacionales*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2006; Mirta NÚÑEZ DÍAZ-BALART: *La Disciplina de la conciencia: las Brigadas Internacionales y su artillería de papel*, Barcelona, Flor del Viento, 2006.
2. Un segundo aspecto que no se puede prescindir es la ausencia de explicar el traslado de la Base de las brigadas ubicada en Albacete a Barcelona en abril de 1938, ante el avance de Franco hacia Valencia que dejaba aislada a las brigadas en el sur, impidiendo colaborar en la defensa de Cataluña ante las tropas de Franco. Por ello André Martí decide que todos los contingentes se trasladen a Barcelona para seguir luchando frente a las tropas de

Franco. El autor, dicho relato importante lo ignora, o mejor dicho encontramos en la página 34 esta frase confusa referida a este hecho: “(los brigadistas) que se incorporaron, ya no llegaron a Albacete, sino que se habilitó el castillo de Figueras como centro de instrucción militar, a cargo de brigadistas holandeses”. Para este apartado disponía de la obra de Manuel González Moreno-Navarro. *Las Brigadas Internacionales (Guerra Civil Española 1936-1939). Su paso por Cataluña*, donde da una amplia y completa explicación de la salida de Albacete, su ubicación de la base en el barrio de Horta en Barcelona, la distribución de la tropa, su participación en la batalla del Ebro, la creación de los ocho hospitales, la ubicación de los presos en el castillo de Castelldefels y relata con amplitud los actos de despedida de España de los voluntarios.

Pero lo más criticable son los diversos errores detectados a lo largo de la obra. En la página 29 afirma: “La principal base de los brigadistas se instaló en el aeródromo albaceteño de Los Llanos, a las que se sumaban otras sedes repartidas por la provincia. . .”. Sobre ello debía decir, en la sede de Los Llanos estaba la aviación rusa, los aviadores y sus intérpretes. La Base se ubicó en la capital albacetense, donde residían los mandos y los servicios de intendencia, correos, medios de comunicación, servicios sanitarios, etc. Y en la página siguiente, al referirse a la estancia de los brigadistas en Albacete durante los primeros días dice: “Los primeros voluntarios tuvieron que dormir en el suelo y, en buena medida, dependieron de la población local que se volcó solidariamente para completar su alimentación”. Visión romántica muy alejada de la realidad como lo demuestra María Rosa Sepúlveda Losa, “Incautaciones de fincas urbanas en Albacete durante la Guerra Civil”, *Al-Basit*, noviembre de 1996, quien mantiene todo lo contrario. Ella ha estudiado la confiscación de edificios y casas de los sectores propietarios albaceteños que habían colaborado con la sublevación de la Guardia civil el 19 de julio de 1936. Y estaban a disposición de los primeros 1.500 brigadistas llegados el 14 de octubre a Albacete, siendo alojados en estas viviendas y en otros edificios gubernamentales como el cuartel de la Guardia Civil, colegio de las dominicas y otros edificios públicos. También hubo problemas para alimentarlos, pero en ningún momento dependió su sustento de los albaceteños. Se levantaron comedores oficiales aunque, a veces, con deficiencias de utensilios de comida y se habilitaron restaurantes en donde comían gracias a unos vales que les habilitaba el ayuntamiento. En la misma página 30 asegura que “está documentado numerosos fusilamientos dictados contra civiles. . .”. Este es un “mito franquista clásico”. Dicha afirmación tendría que acreditarla citando algún caso documentado. Está demostrado que los dirigentes brigadistas, incluido André Martí, nunca ordenaron fusilar a civiles, solo tomaron decisiones sobre brigadistas considerados traidores o desertores.

Las cifras dadas por el autor sobre la aportación de la mayoría de países son erróneas, al elegir las ofrecidas por Víctor Hurtado que “le resultan sumamente creíbles” aunque no indica por qué. Este autor, simplemente repite las cifras de Andreu Castells y desprecia los datos más acertados de Rémi Skoultesky. Ejemplos de los datos incorrectos sobre Francia, Alemania, Italia, Polonia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Cuba, entre otros. El equívoco más clamoroso es el referido a Francia. Claret le otorga la cifra de 13.300 brigadistas, cantidad muy superior de la aportada por Skoultesky en su tesis doctoral, *L'Espoir guidait leur pas. Les volontaires français dans les Brigades Internationales*, París, Grasset, 1998. La cantidad es de 9.900 soldados procedentes de su meticulosa y documentada investigación. Otras cantidades también son superiores en varios casos. Para Alemania e Italia ofrece la aportación de 4.400

voluntarios, cuando esta cantidad es de 3.500 italianos, ofrecida por Cantaloni y Pupinni y para Alemania con 2.800, según Benecker. También para los Estados Unidos a quien le otorga 3.262 cuando son 2.750, según lo calculado por el historiador Peter Carroll. A los británicos les adjudica 1.390, en una clara contradicción con los 2.300 calculados por Richard Baxell. El mayor desacierto es la cifra adjudicada a los cubanos de 136 voluntarios, cuando la especialista Denise Urcelay-Maragnès en un trabajo minucioso ofrece la cantidad de 1.100.

El lector no tendrá en esta obra de síntesis una visión global de las Brigadas Internacionales, sino una opinión parcial donde predomina la faceta militar y con destacadas ausencias sobre aspectos culturales y humanitarios y, sobre todo, con errores. También llama la atención que el prólogo esté firmado por los dos codirectores del Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales, con palabras tan elogiosas en la valoración sobre el conocimiento de las Brigadas Internacionales. Según ellos el autor ha logrado en este libro “sintetizar de modo claro y con rigor histórico” (p. 9). Y además ha sido cofinanciado por el CEDOBI. Me parece inadecuado y una grave equivocación de sus directivos por el apoyo dado a este libro por el CEDOBI, un centro que ha demostrado su alto nivel de rigor en los contenidos históricos y en su gestión como se puede comprobar en las once publicaciones en su colección *La Luz de la Memoria*, sobre las Brigadas Internacionales.

Augusto CANTALUPPI y Marco PUPPINI: “Sin haber empuñado un fusil jamás”. Antifascistas italianas en la Guerra Civil española 1936-1939, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Casilla-La Mancha, 2016, 166 pp., ISBN 978-84-9044-247-0.

Amaya Caunedo Domínguez
Universidad de Oviedo

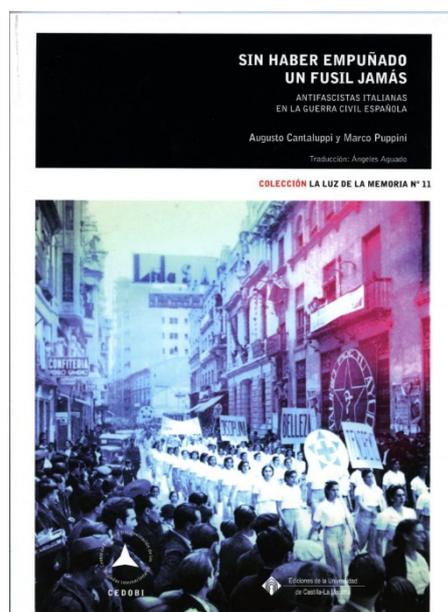
Mujeres antifascistas en la Guerra Civil española

Esta obra da un lugar en la Historia a 63 mujeres italianas (y 4 europeas) que participaron en la lucha antifascista en Europa y que estuvieron ligadas de una u otra forma a la guerra civil española. El libro es una reconstrucción de la lucha contra la explotación laboral y por la libertad, pero sobre todo contra el fascismo. Nos acerca a la historia de Europa (y en algunos casos de América) durante el final del siglo XIX y buena parte del XX. Nos transporta a las colectivizaciones de las fábricas y las ocupaciones de fincas agrarias en la Italia de la posguerra de la I Guerra Mundial, al antifascismo italiano y a la resistencia a los escuadrones fascistas antes de “La marcha sobre Roma”.

Los autores intentan reconstruir la vida de todas estas 67 mujeres, y al hacerlo, muy acertadamente, nos trasladan a todo un universo de luchas, conflictos y resistencias. Con un libro centrado en exclusiva en la participación de éstas mujeres en la contienda civil, habría resultado difícil comprender qué hacían estas mujeres en España y por qué aceptaron correr los riesgos que asumieron. Esta obra a través de sus páginas no sólo se nos permite comprender la Historia de la mitad de la humanidad que suele permanecer oculta (la Historia de las Mujeres), sino que nos permite hacernos una idea global de lo que significó ser revolucionaria y comprometerse con la lucha por un mundo mejor.

Cantaluppi y Puppini nos acercan, sin que este sea el objetivo principal de su libro, a la historia del anarquismo europeo y americano del siglo XIX y del siglo XX. A través de la lectura de las 166 páginas del libro aparecen los principales sucesos que marcaron las luchas anarquistas de esas décadas, publicaciones y distribuciones de distintos periódicos anarquistas (tanto en Europa como en América en el caso de las emigradas a dicho continente), acciones de propaganda por el hecho, distintos intentos de atentados contra Mussolini, comités de ayudas a presos y a hijos de presos, campañas por la libertad y en contra de la ejecución de Sacco y Vanzetti.

A través de las biografías de estas mujeres nos acercamos también a la lucha comunista, a las publicaciones comunistas en Europa y América, a la llegada de la URSS y su con-



templación como el triunfo del paraíso en la tierra para el proletariado, a las distintas organizaciones comunistas internacionales, desde la Komintern al Socorro Rojo Internacional, o las campañas de apoyo a presos y familiares de presos.

Este libro nos acerca también a las luchas cainitas entre opciones políticas revolucionarias, entre anarquistas y comunistas, entre comunistas ortodoxos y troskistas, entre socialistas y comunistas y entre comunistas ortodoxos y partidarios de la oposición obrera o bordiguistas. Nos acerca a una guerra también de espionaje y contraespionaje, donde a menudo resulta complicado saber para quién trabajaron estas espías. Nos acerca a la OVRA, y a la represión fascista italiana. Nos acerca a la resistencia francesa e italiana durante la II Guerra Mundial, a los campos de concentración nazis, fascistas y franquistas, a las cárceles y a las torturas... Pero también nos acerca a la utopía, a los intentos de vivir al margen de los cauces establecidos, a un mundo onomástico donde primaba el pensamiento revolucionario por encima del católico, con mujeres que llaman a sus descendientes “Líbero”, “Prometeo” o “Revoluzio”... O con mujeres que aún después de la posguerra de la II Guerra Mundial participan en la creación de producciones agrícolas cooperativas.

Los autores se plantean en la “Presentación” del libro, varias preguntas sobre la historia del movimiento obrero y el antifascismo y la historia de las mujeres, se cuestionan si los movimientos de emancipación de las mujeres estuvieron presentes en la intervención internacional durante la Guerra Civil, y si las mujeres que intervinieron en el conflicto consiguieron trascender del rol tradicional de esposa y madre del “guerrero”. Es una pregunta compleja que no es sencilla de contestar a través de las biografías individuales de cada una de las 67 historias personales que aparecen en este libro. Muchas tuvieron que dejar a sus hijos al cuidado de otras personas para poder acudir a España, otras los llevaron con ellas, otras tuvieron a sus hijos durante el conflicto y otras los perdieron en el mismo. Lo que sin lugar a dudas ocupa el espacio principal de estas historias no es su papel como madres sino como luchadoras y revolucionarias. Pero los autores optan por reservar unas líneas en sus biografías para hablar de la vida personal de estas mujeres, reflexionan sobre lo que la ausencia del reflejo histórico y biográfico de las vidas personales ha provocado en las semblanzas de los ilustres personajes masculinos protagonistas de la intervención internacional en la guerra civil (como Togliatti, de quien no se suele mencionar la existencia y presencia de su esposa Rita Montagnana como enviada de la III Internacional a la España de 1937), por este motivo los autores afirman haber decidido incluir unas líneas para explicar la vida familiar y personal de éstas mujeres, cabe preguntarse si a partir de ahora también lo harán cuando aborden el estudio de figuras masculinas o si tras reflexionar sobre la ausencia en el caso masculino y ponderar su importancia, simplemente se han limitado a perpetuar una constante cuando se biografía a las mujeres como la de prestar atención a sus vidas privadas aunque esto no se haga con la otra mitad de la humanidad.

Lo cierto es que las mujeres que aparecen en este libro se ocuparon de los más diversos asuntos durante la contienda española, algunas participaron militarmente en la contienda, pero la mayoría se encargó de tareas de retaguardia, trabajaron en fábricas, en escuelas, en hospitales, fueron enfermeras en el frente de combate, trabajaron en orfanatos, escribieron para distintas publicaciones periódicas, algunas tuvieron misiones diplomáticas internacionales, otras misiones políticas, hubo espías, fotógrafas, trabajaron para las Brigadas Internacionales en las más diversas ocupaciones (desde traductoras a enfermeras pasando por redactoras

de las numerosas ediciones de “El Voluntario de la Libertad” o “El Garibaldino”), en la radio al servicio de alguna organización antifascista, algunas ocuparon cargos de distintas organizaciones políticas o sindicales internacionales con encargos especiales en la España de la contienda y también como figuras para-policiales de las distintas organizaciones integrantes del Frente Popular.

A través de las páginas de *Sin haber empuñado un fusil jamás*, podemos reconstruir también parte de lo que fue la persecución y la represión entre facciones enfrentadas del bando republicano y lo que fue la propia represión republicana y la vigilancia contra la “quinta columna”. Encontramos mujeres que ayudaron al ejército republicano participando en interrogatorios de tropas de voluntarios fascistas italianos hechos prisioneros tras la batalla de Guadalajara, aparecen integrantes de la Komintern que trabajaron para los servicios secretos de la misma en España, participantes de grupos anarquistas de controles en la frontera franco-catalana, componentes del contraespionaje para detectar a la quinta columna (sobre todo en las estructuras sanitarias), etc.

Las referencias a la participación armada en el conflicto, no están ausentes en el libro, la frase que da nombre a esta obra está sacada de una carta que una de las milicianas que combatió en primera línea del frente escribe a sus compañeros de la retaguardia del “*Comité anarquista de defensa de Barcelona*”, en ella, además de apostar por un “*frente único proletario*” imposible de alcanzar debido a la soberbia y ambición de los “*jefes de los partidos*” y al egoísmo y las “*malas costumbres inculcadas*” por la sociedad en la que les ha tocado vivir hasta el momento, añade: “*Haré todo lo que pueda por ser útil de otra manera, y en caso de que debiera ser útil ahí donde estáis (...) escribidnoslo y ahí estaremos, pues sin ser yo un guerrero, sin jamás haber empuñado un fusil, bien se que hay muchos más trabajos necesarios en la revolución*” (p. 118). Es curioso como en esta obra vuelve a aparecer (p. 20, p. 36 y 37), la referencia a la prohibición de que las mujeres participaran en los combates, en este libro en concreto se cita el “*decreto de Largo Caballero de octubre de 1936*”, como la orden de la que emana la retirada de las mujeres del frente y el cambio de opinión general sobre su presencia en la primera línea de combate, la propia Mary Nash (una de las mayores expertas sobre la Historia de las Mujeres en la Guerra Civil española) cita en su obra Rojas (1999) en la página 166 “*a finales del otoño, Largo Caballero (...) y aprobó unos decretos militares que ordenaban a las mujeres retirarse de los frentes*” si bien estas palabras aparecen seguidas de una nota al pie en la que puede leerse (p. 293) “*Geraldine Scanlon se refiere a esto como una ley, pero no he podido localizarla como tal en la Gaceta Oficial del Estado. Esta orden parece haber existido, aunque es posible que se haya formulado como una medida militar interna*”. Si bien es cierto que casi toda la bibliografía y todos los testimonios orales de participantes en el conflicto (por ejemplo alguno de los testimonios de milicianas recopiladas por quien suscribe estas líneas y hoy depositadas en el Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias) sobre la materia mencionan la prohibición de las mujeres de estar en el frente, lo cierto es que tal orden no aparece como tal en el número 290 de la Gaceta de Madrid del 16 de octubre de 1936, ni en ningún otro número de dicho órgano durante los meses de octubre ni noviembre de 1936. Tal vez, como bien señala Mary Nash la orden fuera militar y de carácter interno y habremos de esperar para poder confirmarlo a la consulta exhaustiva de todos los fondos militares al respecto. Pero hasta el día de hoy no hemos encontrado ninguna fuente bibliográfica que señale la fuente originaria de tal creencia, siendo curioso, como una y otra vez todas las obras sobre el

tema continúan citando el origen de la orden en un decreto de Largo Caballero en octubre de 1936 publicado en el medio de comunicación escrito oficial del gobierno de la República para publicar sus normas jurídicas.

La lucha de las mujeres que aparecen en este libro no acaba con la Guerra Civil española, como ya hemos señalado muchas participarán en la resistencia y se convertirán en partisanas durante la II Guerra Mundial. Pero su compromiso revolucionario no acaba siempre con el fin del último gran conflicto bélico mundial. Muchas de estas mujeres seguirán siendo después, activas militantes de sus partidos y organizaciones sindicales, algunas serán diputadas y representantes del Partido Comunista Italiano (p. 110), otras serán secretarías generales de la “*Federación Italiana de Obreros de la Industria Textil*” (p. 105), participarán en la reorganización del “movimiento anarquista florentino” (p. 66), o en la campaña por la liberación de “*Valpreda, después de la bomba de Piazza Fontana*” (p. 126).

Algunas de las mujeres que aparecen en estas líneas estuvieron íntimamente ligadas a distintas organizaciones preocupadas de preservar la memoria y difundir la historia de los combatientes antifascistas tanto en Italia como en España, el ejemplo más claro de ello es la propia AICVAS (Asociación Italiana de Combatientes Voluntarios Antifascistas de España), asociación a la que pertenecieron algunas de las mujeres que aparecen en este libro y un buen número de voluntarios e historiadores que hoy en día han conseguido registrar el nombre de casi cinco mil combatientes italianos en la guerra civil (consultables online en: <http://www.antifascistispagna.it>). Son numerosos los archivos que en la Italia actual tratan de preservar la memoria de las luchas revolucionarias por las que pasaron algunas de las mujeres que aparecen en este libro, como el Centro Ligure di Storia Sociale o el archivo Berneri-Chessa de la Biblioteca Panizzi de la Reggio Emilia, el Istituto Nazionale Ferruccio Parri (red de Institutos para la historia de la Resistencia y de la edad contemporánea en Italia), o el ASFAI (Archivio Storico della Federazione Anarchica Italiana), por citar algunos de los consultados por los autores del libro. Gracias a todos ellos es posible hoy en día reconstruir parte de la vida y seguir los pasos por la Historia de este conjunto de mujeres que aparecen a lo largo de esta obra. Tarea mucho más difícil de conseguir si se tratara de hacer lo mismo con las combatientes españolas, pues al contrario que en Italia, no hubo en España una preocupación por preservar la memoria de las combatientes al acabar la contienda en 1939; debido a la intensa represión franquista de posguerra que llevó a que el pasado de combatientes fuera algo merecedor de muerte o cárcel en el mejor de los casos, este pasado se intentó ocultar en los casos en los que fue posible y buena parte de la documentación de las propias organizaciones políticas y sindicales desapareció, pero si bien la destrucción buscando la protección hizo parte del trabajo, el olvido y el oprobio hizo el resto con el paso de los años. Sólo contrarrestado en parte por las memorias escritas por las propias protagonistas, alguna investigación histórica y la recuperación de su pasado a través de la Historia Oral.

La presente obra ha indagado en diversas y variadas fuentes como los propios archivos de la policía política italiana, (la OVRA y el Casellario Politico Centrale, hoy de acceso público, no como el caso español), pero también en variada bibliografía y archivos estatales, para lograr arrojar luz sobre la vida y obra de estas mujeres que intentaron cambiar la Historia.

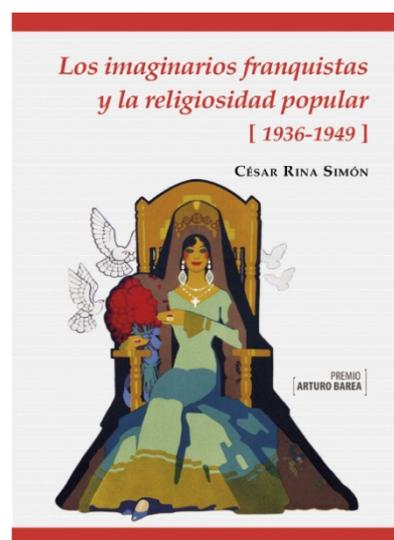
César RINA SIMÓN, *Los imaginarios franquistas y la religiosidad popular (1936-1949)*, Badajoz, Departamento de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, 2015, 244 pp., ISBN: 978-84-7796-283-0.

Antonio César Moreno Cantano
Universidad Complutense de Madrid, España

La sacralización de la dictadura franquista: usos y abusos del componente católico como mecanismo de legitimación

La imagen del Tercer Reich, concebido como un Estado totalitario enemigo de la religión, ha pervivido en la memoria de la ciudadanía hasta fechas bien recientes. Poco lustre o difusión se le dieron a los intentos de los jerarcas nazis de crear una religión protestante estatal bajo las líneas ideológicas que marcaba el NSDAP¹⁶⁹⁰. A diferencia de la España de Franco, la Alemania hitleriana hizo descansar su legitimación en otra serie de principios, totalmente alejada del catolicismo¹⁶⁹¹. La Guerra Civil del 36, concebida en una de sus múltiples facetas como la lucha entre "España y la anti-España", es decir, "la de las hordas sin Dios" (*ABC*, Sevilla, "Hispanidad", 12-X-1937), confirió al catolicismo un poder y resonancia tal que lo convirtió en una las señas de identidad constitutivas del régimen franquista, tanto a nivel público como privado.

Una de las primeras tareas de los ideólogos de la *Nueva España* fue la *ocupación visual del espacio público*. De esta manera, las calles –con sus paredes–, las plazas, los edificios... se inundaron de representaciones de Franco, del Partido Unificado (proliferación de símbolos de Falange y de los Tradicionalistas: el Yugo y las Flechas, efigies de José Antonio, la boina roja, el brazo en alto), así como la identificación del enemigo, el *rojo*, como un ser diabólico, caracterizado como un esqueleto viviente en muchos dibujos, portador del yunque y la hoz, "sembrador de muerte" y "destructor de la familia", encarnación absoluta de la amenaza bolchevique mundial. En torno a lugares y conceptos "fundacionales" del franquismo, como el Alcázar de Toledo, el catolicismo y el sentimiento imperial y de pertenencia a un pueblo "escogido", se organizaron multitud de exposiciones y un "turismo de guerra" que pretendía ensalzar los valores de la Nueva España frente a su antítesis republicana. La bibliografía sobre esta *construcción simbólica del franquismo* y *recatolización-fascistización* del espacio público ha tenido en los últimos años una incidencia enorme (Zira Box, 2010; Claudio Hernández-Burgos, 2011; Miguel Ángel del Arc et. al., 2013 o Miriam M. Basilio, 2013). A estos estudios



¹⁶⁹⁰ Richard STEIGMANN-GALL, *El Reich sagrado. Concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945*, Madrid, Akal, 2007.

¹⁶⁹¹ Claudia KOONZ, *The Nazi Conscience*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

hay que añadir, con letras mayúsculas, el trabajo de César Rina Simón¹⁶⁹², *Los imaginarios franquistas...*, ganador del Premio "Arturo Barea" 2014, convocado por la Diputación de Badajoz con el fin de reconocer y premiar el esfuerzo de los investigadores extremeños y apoyar la investigación cultural que se realiza en Extremadura sobre el conjunto de la contemporaneidad española (siglos XIX y XX). Méritos no le faltan. El autor analiza de manera pormenorizada en este excelente ensayo historiográfico (sin desdeñar el acceso a numerosas y variadas fuentes hemerográficas así como todo un elenco de boletines oficiales -estatales, religiosos) los mecanismos de legitimación de la dictadura franquista a partir de tres aspectos: la recatolización mediante las cruces de los caídos, las misas de campaña y procesiones; la militarización y fascistización de las celebraciones de raigambre popular; y la purificación por parte de la Iglesia de prácticas "heterodójas, sensuales o bárquicas".

Como escribió Hannah Arendt en una de sus obras más destacadas, hubo un deseo claro y manifiesto por parte de los regímenes totalitarios de la primera mitad del siglo XX por reescribir la Historia de acuerdo a sus necesidades presentes, con el fin de trazar un discurso e imagen que atrajese a las masas¹⁶⁹³. Esta adaptación historicista del pasado queda perfectamente reflejada en la construcción de los imaginarios franquistas. El autor, para aproximar estos temas e ideas al lector de la manera más objetiva y completa posible, integra en su discurso analítico y expositivo la disciplina sociológica y antropológica. Una de las ideas que prevalecen a lo largo de la obra son los intentos, políticos, militares y eclesiásticos, por instrumentalizar la religiosidad popular. No en vano, como se subraya claramente en el texto, "la individualización de los principios nacionales en determinadas imágenes religiosas permitió dotar al nuevo Estado de una fuente de legitimidad sagrada" (p. 22). Son loables los esfuerzos que se realizan a lo largo de la obra por categorizar y desmenuzar conceptos tan complejos como *religiosidad popular*: serie de ritos que articulan un conjunto de creencias más participativas y festivas que los que emanan de la doctrina oficial de la Iglesia (p. 37). Este tipo de religiosidad, por tanto, se caracterizaría -como se detalla perfectamente en la obra- por la participación horizontal de la mayoría de los miembros de la comunidad, con independencia de su status socioeconómico, de sus afinidades políticas o de sus creencias religiosas; la ausencia de dogmas o catecismos reglados por las autoridades eclesiásticas, ya que son las memorias, las tradiciones y las tensiones entre los participantes los que marcan el devenir de los ritos; la preponderancia de formas más intuitivas y sentimentales; la búsqueda de respuesta a planteamientos metafísicos que encuentran sentido en el culto a imágenes, iconos o milagros, y así un largo etcétera de caracteres que la diferencian de la religiosidad "oficial", más ortodoxa.

Celebraciones tan arraigadas en el sentir de las colectividades, como la Semana Santa, se convirtieron en campo de batalla ideológico entre los sectores católicos y fascistas de la Nueva España, ya fuese para manejarlas como medio de aceptación del Nuevo Estado mediante la inclusión de sus símbolos (desfiles, banderas, himnos) o para despojarlas de sus elementos "heterodoxos" (los colores alegres y llamativos, cánticos, idolatría...) por parte de la jerarquía católica. No en vano, y citando al profesor Demetrio Brisset, "las fiestas significaban también

¹⁶⁹² Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Navarra, con anterioridad a este título había publicado *La construcción de la memoria franquista en Cáceres. Héroes, espacio y tiempo para un nuevo estado, 1936-1941* (Cáceres, 2012), en el que adelantaba muchos de los temas y cuestiones que se plantean en la obra analizada.

¹⁶⁹³ Hannah ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2013 (sexta reimpresión), pp. 464-465

la plasmación de la libertad de una comunidad" (p. 27), razón por la cual las instituciones políticas y eclesiásticas a lo largo de los siglos han pretendido administrarlas, limitarlas y emplearlas para su propia legitimación. Las pugnas por el control simbólico de las nuevas manifestaciones del régimen vivió episodios tan polémicos como la negativa del Cardenal Segura a acatar la Orden del 16 de noviembre de 1938 que obligaba a las iglesias mayores de cada ciudad a que inscribieran en la paredes el nombre de José Antonio Primo de Rivera encabezando el listado de los caídos por la España Nacional; o la publicación de la carta pastoral del cardenal Gomá, *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, que cuestionaba en algunos de sus párrafos los orígenes cristianos de las prácticas conmemorativas falangistas: "una llama que arde continuamente en un sitio público, ante la tumba convencional del 'soldado desconocido', nos parece una cosa bella, pero pagana" (p. 191).

Junto a estas maniobras se llevaron a cabo procesos de *purificación del espacio* a través de la reposición al culto de imágenes que habían sido víctimas de la violencia anticlerical durante la guerra. El propósito de todos estos mecanismos eran insertar el destino de la nación en un discurso teleológico mediante la utilización de símbolos alegóricos y la sacralización de la dictadura. La asimilación de una simbología trascendente (propia de la religiosidad popular) -como incide una y otra vez César Rina- dotó a los rituales de la dictadura de una orientación populista plena de elementos legitimadores, movilizadores y excluyentes. Dentro de este proceso ejerció también un gran peso la gestión del miedo, que fue potenciado a través de la construcción social de la realidad mediante conmemoraciones, memorias, discursos, iconos o agradecimientos. Sirvió para reconocer al enemigo y encontrar la paz social en la autoridad protectora, que no era otra que el Estado franquista.

En definitiva, nos encontramos con un ensayo magistral que añade elementos novedosos y trascendentales para comprender el discurso ideológico, visual (incorpora decenas de imágenes de gran interés con las que articula -sobrepasando la mera tarea de complementar- la estructura del texto), religioso de la España franquista. Pocos "debes" podemos incluir en esta reseña. El trabajo se centra en las expresiones vinculadas con la semana santa y en especial en las grandes poblaciones de Sevilla, Málaga y Cáceres. Nada o poco se nos dice de otras manifestaciones, como romerías, cruces de mayo, etc. y no aparecen referencias a poblaciones de menor entidad. Otro pequeña crítica hace referencia al olvido de algunas obras actuales sobre la figura del cardenal Gomá y el nacionalcatolicismo (por ejemplo, los numerosos artículos y libros de Miguel Ángel Dionisio Vivas), que deberían haber sustituido otros títulos cuya validez, sino caduca, ya está más que sobrepasada (caso de *El cardenal Gomá, primado de España*, de A. Granados, del año 1965).